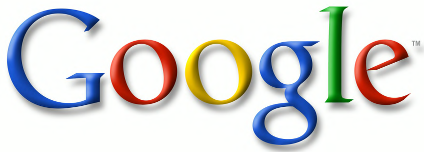
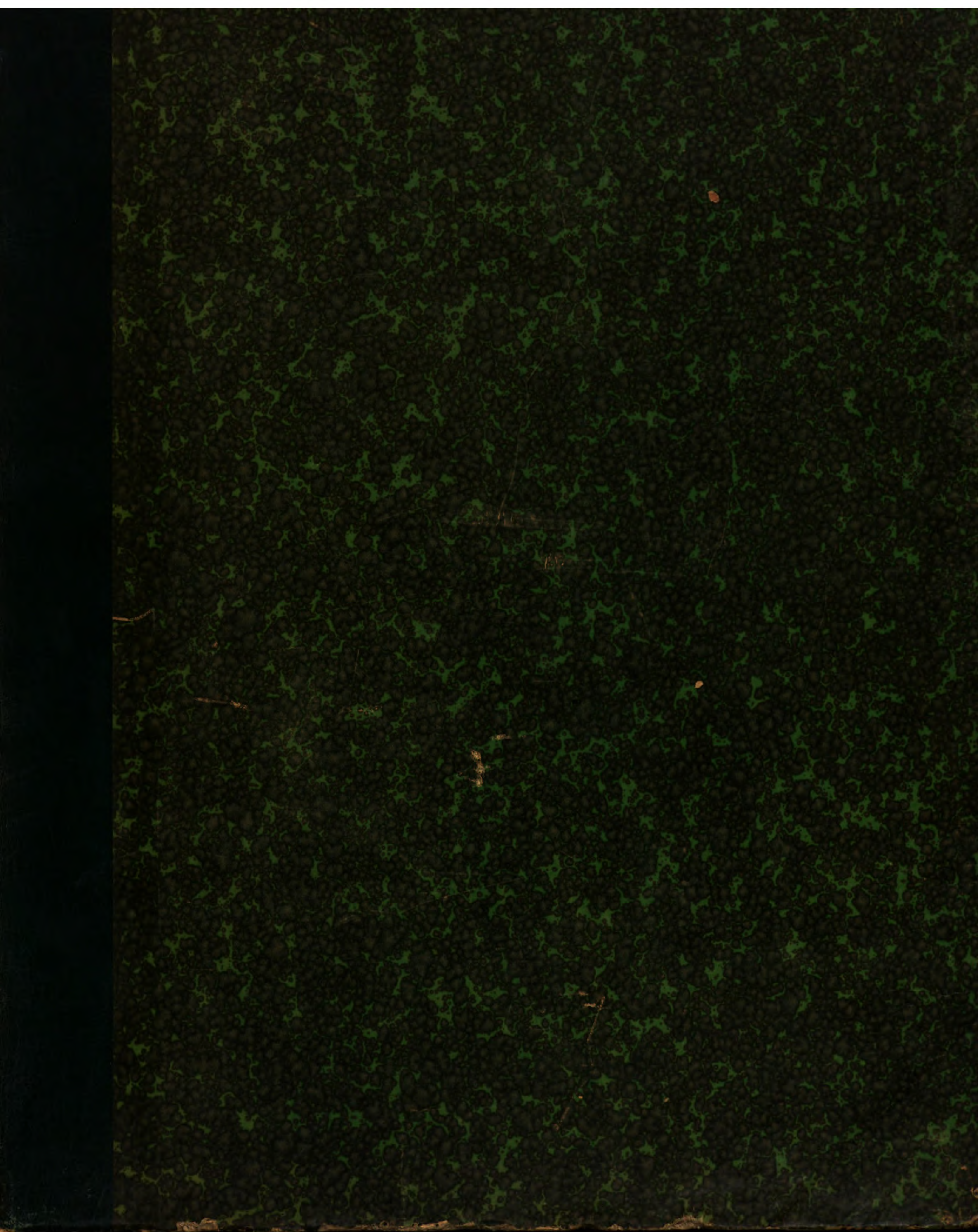
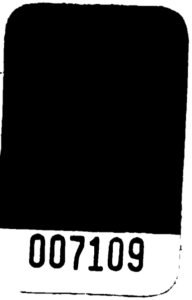



Google






LA ILUSTRACION
ESPAÑOLA
Y
AMERICANA.
1894 - 1º.
E. Rosales
SEVERINI

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

REVISTA DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES

FUNDADA

POR EL EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CARLOS.

AÑO XXXVIII.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO LVII.

(PRIMER SEMESTRE DE 1894.)

BELLAS ARTES.

Cuadros, estatuas, monumentos, etc.

Abuso de confianza, cuadro de Chocarné-Moreau, 340.
¡A ese! cuadro de D. A. Fillol, 398.
Al baile, cuadro de Conrado Kiesel, 60.
Ánfora de acero con incrustaciones de oro, trazada y cincelada por D.ª Felipa Guisasola, 248.
Apuntes de Sport, composición y dibujo del Sr. Conde de Torrepalma, 271.
¡Así! ¡Así!, por Alberto Linch, suplemento en colores al núm. 1.º
Aves y frutas, cuadro de D.ª Luisa Oñate, 305.
Ávila.—Fachada del convento de Santo Tomás, extramuros de la ciudad, 188.
Cáliz gótico del siglo XV, perteneciente á la catedral de Segovia, 185.
Copa de plata, ofrecida como premio por la Sociedad de Tiro de Pichones de Sevilla, 172.
Cruz de Valdespina (Palencia), presentada en la Exposición Histórico-Europea, 173.
Cuando Dios da, da para todos, cuadro de D. F. Jiménez y Fernández, 41.
Cuenca.—El puente de San Pablo, 168.
Cuentos fantásticos para niños, escritos por los hijos de Grimm. Muestra de los grabados de esta obra, 321.
Dos buenos amigos, cuadro de E. Dinet, 49.
El «Angelus» en Bretaña, cuadro de Walter Gay, 189.
El corsario francés Juan Barth reclutando gente en Dunquerque, cuadro de Mme. Demont-Bretón, 297.
El globo en el convento, cuadro de don E. Oliva, 368.
El expolio de Cristo, cuadro de *El Greco*, 180.
El Judas, composición y dibujo de Huertas, 237.
El maestro improvisado, por D'Entraygnes, suplemento en colores al núm. 1.º
El memorialista.—Recuerdo de Barcelona, cuadro de Mme. Beaury-Saurel, 133.
El monaguillo, dibujo de D. J. R. Torres, 169.
El patio de una casa de Córdoba un día de Carnaval, 64.
El periódico del abuelo, cuadro de Deulli, 88.
El Santo Sepulcro, cuadro de Peszty, 177.
En casa del Maestre de Campo.—La canción de guerra, cuadro de Grison, 105.
En el mes de las flores, cuadro de Geoffroy, 313.
En la puerta de una ermita, cuadro de don M. Peña, 148.
En marcha, grupo báquico decorativo de la escalera del nuevo palacio de los Duques de Denia, escultura de Susillo, 325.
Ensueños, cuadro de Mme. Real de Sarte, 57.
Estatua erigida en Santiago de Compostela al Excmo. Sr. D. Manuel Ventura de Figueroa, 125.
Flores de primavera, cuadro de Bethune, 232.
Gitana oriental, cuadro de G. Hever, 84.
Horas felices, cuadro de A. Andrade, 368.
La adoración de los Reyes, cuadro de Velázquez, 20.
La beguda dels segadors, cuadro de don Juan Pinos y Palá, 398.
La canción favorita, cuadro de Conrado Kiesel, 16.
La capilla de los toreros, cuadro de Villegas, 332.
La Dolores, cuadro de J. Garnelo, 384.
La lectura del testamento, composición y dibujo de Picolo, 289.
Las bodas de oro, cuadro de E. Hircheld, 249.
Las cantadoras, cuadro de Francés, 329.
Las redes, cuadro de Sorolla, 333.
La siega, cuadro de A. Andrade, 384.
La tarde, cuadro de D. E. Alba, 169.
La tómbola en la sala de Velázquez, composición y dibujo de M. Bringas, 377.
La transgresión del mandamiento, cuadro de Danger, 182 y 183.
Lectura interesante, cuadro de J. A. Benlliure, 149.
León.—Fachada principal del convento de San Marcos, 317.
Los dos amigos Jach y Leo, cuadro de A. Aublet, 257.
Los preparativos, composición y dibujo de D. Joaquín Sorolla, 67.
Los prófugos, cuadro de F. Le Blont, 336.
Los trabajadores del mar, cuadro de Lionel Waldeu, 121.
Los tres mosqueteros, muestra de los grabados de la nueva edición francesa de la obra de Dumas, publicada por Colmann Levy, 37.
«Mater dolorosa», cuadro de D. Federico de Madrazo, 157.
Meditación, por Miss H. M., 1.
Minué infantil, cuadro de Araujo, 309.
Mirador de la quinta de Carnot, cuadro de F. Masriera, 368.
Monaguillos, grupo en yeso de Dolp y Calonge, 336.
Monumento á la memoria de Colón en la plaza de Menores de Salamanca, 293.
Nueva puerta de ingreso al paseo de las Estatuas en el Parque de Madrid, 48.
Orfeo llorando la pérdida de Euridice, cuadro de Thirion, 372.
Paisajes y Marinas en el salón de los Campos Elíseos de París en 1894, 353.
Patio de la casa de Samuel Levi en Toledo, cuadro de Martín Rico, 9.
¡Que vuelvas pronto!, cuadro de Bilbao, 300.
Recolección de patatas, cuadro de Bertodano, 329.
Retrato de un jesuíta, atribuido á Giambattista Morón, 32.
Retratos de Teodora Lamadrid y Arjona y Ferrer, por D. F. de Madrazo, 348 y 349.
Rosa, cuadro de Schryver, 277.
Salida de un baile de máscaras, cuadro de Viniegra, 65.
San Antonio de Padua, cuadro de Van Dyck, 341.
¿Será difteria? cuadro de D. M. de Santa María, 399.
Sobre el campo de batalla, cuadro de Cutanda, 364.
Tentación y prudencia, cuadro de Fanny Moody, 132.
Tipos madrileños.—Visitando los sagrarios, composición y dibujo de Huertas, 175.
Una cenicienta, cuadro de Mr. J. Bail, 301.
Un almacén de flores artificiales, cuadro de Gilbert, 372.
Un concierto casero á principios del siglo, cuadro de D. Luis Álvarez, 266 y 267.
Un día de recepción en el Palacio Real, cuadro de Ferrant, 284.
Un patio de Córdoba, composición y dibujo de Huertas, 316.
Un rincón de la feria de Sevilla, composición y dibujo de Huertas, 233.

RETRATOS.

Araujo y Ruano (D. Joaquín), insigne pintor, 205.
Arrieta (D. Emilio), 96.
Baccelli (Dr.), 243.
Barbieri (D. F. Asenjo), 120.
Ben Baschir, coronel de askaris, 5.
Berges (D. Eduardo G.), 124.
Bismarck (Príncipe de), 77.
Blasco (D. Justo), profesor de canto del Conservatorio de Madrid, y sus discípulos señoritas Miralles y Gardeta y señores Calvo y Arroyo, 296.
Brown-Sequard, 240.
Cajal (D. Santiago R. y), 141.
Carlos de Hohenzollern Sigmaringen, 343.
Casas (D. José Gonzalo de las), fundador y director de la *Gaceta del Notariado*, 137.
Cortés y Bayona (D. J.), 145.
Chervin (Dr.), director del Instituto de tartamudos de París, 108.
Diego José de Cádiz (el venerable Fr.), 312.
Fernández Vallín (D. A.), 29.
Figueroa y Torres (D. Álvaro), conde de Romanones, 245.
Fuentes (D. E. S. de), académico c. de la Española, 137.
García Barzanallana (D. José), 264.
Garnit (Sid Mahomed Feldul el), 204.
Gan duque de Hesse, 272.
Hernández Amores (Ilmo. Sr. D. Germán), 320.
Iglesias (D. Rafael), presidente de la república de Costa Rica, 385.
Jiménez de la Espada (D. Marcos), 369.
Josefina de Bélgica (La princesa), 343.
Juan de Ávila (el Ven. maestro Fr.), 304.
Justino María (el Rdo. Hermano), 168.
Kerdudi (secretario de Muley Araaf), 5.
Levi (El maestro Herman), 209.
Liniers (D. Santiago), 221.
López y Brú (D. Claudio), marqués de Comillas, 93.
Madrazo (Exmo. Sr. D. Federico de), 358 y 360.
Mad. Carnot, 392.
Maimón Mojtar, 4.
María Berta de Rohan (esposa de D. Carlos de Borbón), 192.
Maristany y Gibert (D. Eduardo), 400.
Mesía del Barco (D. José), duque de Tamames, 193.
Ministro de Hacienda de S. M. Jerifiana, 224.
Mochales (Marqués de), 264.
Montesino (Exmo Sr. D. Cipriano Segundo), 344.
Núñez de Arce (D. Gaspar), presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, 25.
Ovilo y Canales (D. F.), 145.
Palacio (D. Manuel del), 225.
Palmella (Duquesa de), 160.
Quiroga y López Ballesteros (D. Benigno), director general Obras públicas, 252.
Ricardos (D. Antonio), capitán general de ejército, 152.
Sadi Carnot, Presidente de la República francesa, 389.
Sanz y Escartín (D. Eduardo), 221.
Seffar, secretario de Mohamed Torres, 204.
Simonet (D. Enrique), 104.
Velázquez de Silva (Diego), retrato autógrafo, 373.
Victoria Melita (la princesa), 272.
Viñas (D. Francisco), tenor español, 276.
Zorrilla (D. José), y D. Antonio Fernández Grilo, 43.

MARRUECOS.

Negociaciones de paz.—La Embajada.

Croquis de los itinerarios de Mazagán y Mogador á la ciudad de Marruecos, 35.
Costumbres marroquíes.—El Carnaval en Safé, 61.
Diversos aspectos del ejército Imperial, al regresar de cobrar los impuestos á las tribus rebeldes, 21.
La Embajada española en Marruecos.—Aspecto de los alrededores de la ciudad al llegar la Embajada.—Magnates de la corte jerifiana presenciando la recepción.—El coche del Sultán.—El yate de vapor en un estanque de Palacio, 129.
Campamento de Zok-el-Arba, entre Mazagán y Marruecos, 256.
Casamiento de un magnate moro, 213.
El *Conde de Venadito* despidiéndose de la Escuadra en aguas del cabo Espartel, 72.
El general Martínez Campos leyendo al Sultán las bases del nuevo tratado, 165.
El mercado de esclavos, 161.
En marcha.—La vanguardia.—Camino de Mazagán á Marruecos.—El puente de Alcántara.—La Embajada en las llanuras de Dukala, 113.
Entrada de la Embajada en Marruecos, 116.
Fortificaciones modernas de la ciudad de Marruecos.—Baluarte de la Alcazaba, 156.
Las cofradías religiosas musulmanas.—Cuestación en las calles, 145.
Los moros de la kabila de Dukala corriendo la pólvora ante el Embajador y su séquito, 100 y 101.
Posesiones del Sultán en los alrededores de Marruecos.—El Menara, 376.
Recepción oficial.—El general Martínez Campos y su comitiva ante S. M. Jerifiana, 117.
Santuario de Sidi Yub, donde se hallan depositados los restos mortales de Muley-el-Abbas, 160.
Vista de conjunto del patio en que se verificó la recepción oficial, 136.
Vista de la ciudad de Marruecos y de la cordillera del Atlas.—La puerta del Cristiano, 73.
Un alto en la marcha.—La aldea de Simara junto á la cual instaló la Embajada su campamento, 128.
Una calle de la capital.—El tribunal de transacciones en el mercado de caballos.—Pabellón donde se celebraron las conferencias.—El banquete de despedida: conducción de las viandas, 229.
Las mujeres del Sultán en viaje.—Campamento especial del Harén, 136.
Maimón Mojtar y su sobrino á bordo del crucero *Isla de Cuba*, 92.
Mazagán.—Aspecto del desembarcadero al avistarse los buques que condujeron la Embajada, 97.
— Aspecto del muelle y de las murallas al desembarcar el general Martínez Campos, 109.
— Danza callejera en el Zoco, 85.
— Desembarque de los equipajes de la Embajada.—Llegada de la Embajada al campamento establecido en los alrededores de la ciudad, 112.
— El baluarte del puerto, visto desde la azotea del consulado de España.—Vista parcial de la ciudad, 80.
— La primera *muna* ofrecida á la Embajada española, 104.
— Preparativos para la instalación del campamento de la Embajada.—La tienda del general Martínez Campos.—El zoco ó mercado, 80.
Melilla.—Construcción del fuerte de la Concepción (Sidi Guariax).—Estado de las obras al restablecerse la paz, 52.
— Despedida del general Martínez Campos.—El general y su Estado Mayor bajando por el camino de Cabrerizas en dirección á la plaza, 72.
— Escenas del campamento.—Tiro al blanco.—Vista de la parte del campamento de Horcas Coloradas inmediato al cementerio.—Una cantina, 69.
— El fortín núm. 1, vigilado por los moros de rey durante la noche, 8.
— El general Macías y el Bajá del campo rifeño, 4.
— La feria de Frajana.—Aspecto del mercado, 5.
— Oficiales españoles conversando con los askaris de la escolta de Muley Araaf, 8.
— Sumisión de las kabilas rifeñas.—El general Martínez Campos recibiendo á los cabos de kabila, 33.
— Tipos de cabos de kabila, 40.
— Una visita al campamento rifeño de Benisicar, 52.
— Vendedores rifeños, camino de la plaza, después de restablecida la paz, 34.
— Visita del general Martínez Campos al príncipe Muley Araaf.—Interior de la tienda.—Aspecto de los alrededores de la misma, 36.
— Una calle de Tánger, dibujo de Campuzano, 17.

ACTUALIDADES, ALEGORÍAS,

TIPOS, VISTAS, ETC.

ÁLAVA.—El gran balneario de Zuazo, 273.
ALMERÍA.—Preparación del esparto para la exportación.—Interior del almacén principal de la fábrica de los Sres. Spencer y Roda, 137.
BARBASTRO.—Casa de la calle Mayor, hoy de Argensola, en que nació el general Ricardos, 152.
— Vista del convento de monjas capuchinas, fundado por los padres del general Ricardos, 152.
CALDAS DE MOMBUY (Barcelona).—Fachada principal del balneario Rius, 400.
CANARIAS.—Cuarto centenario de la fundación de Santa Cruz de Tenerife.—Misa de campaña.—La plaza de la Constitución á la llegada de la procesión cívica, 337.
— El gran hotel Taoro, en el valle de la Orotava, 44. El famoso valle de la Orotava visto desde el hotel Taoro, 45.
Descarrilamiento ocurrido en la línea de Córdoba á Málaga, entre Casariche y Puente Genil.—El lugar de la catástrofe, 221.
El contrabando en el campo de Gibraltar.—Perros adiestrados para pasar el contrabando burlando la vigilancia de los carabineros, 89.
— Ferrocarril directo de Zaragoza á Barcelona: Túneles, viaductos y puentes, 401.
Homenaje á Núñez de Arce, 28.
JEREZ DE LA FRONTERA.—Célebre parra del patio llamado del 70, en las bodegas de los Sres. Rivero, hermanos, 119.
MÁLAGA.—Destrozos causados por el temporal de 30 de Marzo en las obras del puerto, 236.
MADRID.—Asamblea de los accionistas y obligacionistas de ferrocarriles en la sala de liquidaciones de la Bolsa, 344.
— Banquete de las armas de Infantería y Caballería.—Aspecto del salón.—La salida, 144.
— Entierro del maestro Arrieta.—Alrededores de la Escuela Nacional de Música al paso de la fúnebre comitiva, 96.
— Entierro de D. F. Madrazo.—La fúnebre comitiva saliendo del Museo Nacional de Pinturas, 381.
— Escenas principales de la aplaudida comedia *Zaragüeta*.—Un grupo de espectadores, 153.
— Exposición del cadáver de D. F. de Madrazo en la rotonda del Museo Nacional de Pinturas, 380.
— Inauguración del nuevo edificio de la Real Academia Española.—Llegada de SS. MM.—El salón de recepciones, 212.
— Información ante la Comisión de Tratados en el Senado.—La sección cuarta, 264.
— La sala del fonógrafo Edison, 320.
— Nuevo edificio de la Real Academia Española.—La Biblioteca, 272.
— Nuevo edificio de la Real Academia Española.—El salón de Juntas, 236.
— La Real Armería.—Vista del nuevo salón principal, 270.
PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.—*Madrid*.—Bendición de los peregrinos por el Ilmo. Sr. Obispo de Lérida en San José.—Salida de los peregrinos con dirección á la estación del Mediodía, 228.
— *Llegada á Civita Vechia*.—La cubierta del *Baldomero Iglesias* á la entrada en el puerto.—Principio de desembarco.—Presenciando el desembarco desde el puente.—Los rezagados.—Llegada á la Aduana, 260.
— *Roma*.—Grupo de peregrinos á la salida de San Lorenzo.—El regreso.—Llegada á la estación de Transtevere.—Sala del hospital de Monserrat.—Claustro del convento de trinitarios descalzos españoles, 281.
— Misa en Santa María la Mayor.—Comunión en San Lorenzo.—Peregrinos á la puerta de la Basílica del Vaticano.—Escalera regia de entrada á los Museos y á la capilla Sixtina.—Cripta de San Lorenzo, 280.
— Peregrinos recibiendo la bendición apostólica en San Pedro.—Tipos de la Guardia pontificia y Camarero secreto.—Su Santidad León XIII.—Iluminación de la iglesia y plaza de San Pedro.—Llegada á Roma, 216.
— *Valencia*.—Aspecto del puerto del Grao al comenzar el embarque de los peregrinos, 241.
— Llegada de los peregrinos á la estación del Grao.—Aspecto del muelle al embarco de los peregrinos en el *Baldomero Iglesias*, 244.
TOLOSA (Guipúzcoa).—Aspecto del frontón de Beotivar al celebrarse el *meeting* contra los Tratados de Comercio, 369.
— *Regente II*.—Caballo de la ganadería de D. B. Hidalgo, adquirido por el Real Patrimonio, 308.
SANTANDER.—Voladura de los restos del *Cabo Machichaco*.—El torpedero *Condor*.—Las autoridades presenciando los trabajos preparatorios.—Colocación de los torpedos.—Jefes y oficiales de ingenieros colocando los hilos conductores.—Curiosos presenciando las explosiones, 216.
— Toques de clarín avisando que va á verificarse la voladura.—Acordonamiento de la zona peligrosa.—Retén de ingenieros militares.—Presos instalados provisionalmente en la plaza de Toros.—Barraca levantada en el Sardinero para albergue de familias pobres, 217.
— Casamata construída por los ingenieros militares para producir desde ella las explosiones.—Aspecto de los muelles al verificarse una de las voladuras, 220.

REVISTA EXTRANJERA ILUSTRADA.

ALEMANIA.—Entrada del Parque del Barón Rothschild en Schillersdorf, 285.
— Pruebas del paño-coraza *Dowe*, en el Jardín de Invierno de Berlín, 304.
AUSTRIA-HUNGRÍA.—Budapest: Aspecto de la escalinata del Museo Nacional á la llegada del cadáver de Kossuth, 252.
— Grazt: Entrada de la gruta donde el doctor Faching y sus compañeros quedaron encerrados por las aguas, 352.
Cuatro generaciones de reyes, 345.
EE. UU. DE LA AMÉRICA DEL NORTE.—Chicago: Pabellón de España en la Exposición universal colombina.—Vista de la sección española en el palacio de las Manufacturas, 53.
— El ejército del hambre en Washington.—Escenas de la manifestación, 328.
FRANCIA.—Argelia: Estaciones avanzadas de los franceses en la frontera de Marruecos.—El oasis de Ain-Sefra, 56.
— La vía férrea estratégica dirigida al Figuig.—El tren en el desierto, 24.
— Córcega: Vista general de Corte, antigua capital de la isla, 29.
— Lyon: Entrada principal de la Exposición, 392.—El Palacio del Comercio donde se celebró el banquete en honor del Presidente de la república.—El Hotel de Ville, 393.—El gran Teatro, 404.
— Menton: Villa *Cyrnos*, recientemente construída en Cabo Martín para la ex emperatriz Eugenia, 312.
— París: La nueva basílica del Sagrado Corazón.—El altar mayor, 361.
GRECIA.—Los terremotos.—Ruinas de la ciudad de Atalanta, 352.
INGLATERRA.—Lord Rosebery, presidente del Consejo de Ministros, conduciendo del diestro á su caballo *Ladas*, vencedor en las carreras del Derby, 376.
ITALIA.—Milán: Fachada principal del Palacio de las Exposiciones reunidas, 296.
— Centenario del nacimiento de Pío IX.—Misa de *requiem* celebrada en la capilla Pontificia de la iglesia de San Lorenzo, 361.
— Centenario del nacimiento de Pío IX.—Sepulcro del Pontífice en la basílica de San Lorenzo, 385.
— El *lunch* en las termas de Caracalla á los individuos del Congreso de Medicina, 245.
— *El sermón del niño Jesús en la iglesia de Araceli*. Del natural, por Mario Spinetti, 12 y 13.
— Exterior y detalles del interior del gran hotel, 253.
— Misa de beatificación de Fray Diego de Cádiz en San Pedro, 288.
— Sicilia: Levantamiento de los campesinos contra los impuestos.—Los revoltosos saqueando las oficinas de la Alcaldía de Mazzara del Vallo, 88.

ÍNDICE DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Abela (D. Eduardo).—Viticultura americana, 231; Libertad de tabacares, 279.
Amador de los Ríos (D. Rodrigo).—La ciudad de Marruecos, 95 y 111; La ciudad de Marruecos en nuestros días, 130; El mes de Ramadhan, 163; El *Aid-as-saguir* ó Pascua del Ramadhan, 299.
Altamira (D. Rafael).—Cuentos de Levante. En la sierra, 83 y 102.
Alvarez de Toledo (D. Gabriel).—A Cristo crucificado, poesía, 187.
Balart (D. Federico).—Homenaje en honor de Núñez de Arce, 27.
Becerro de Bengoa (D. Ricardo).—Por ambos mundos (Narraciones cosmopolitas), en todos los números.
Beltrán y Rózpide (D. R.)—Riperdá en Africa, 398.
Blasco (D. Eusebio).—Los padres de familia, 302.
Bonelli (D. Emilio).—Embajadas á Marruecos, 59.
Braña (D. Ramón A. de la).—San Marcos de León, 311.
Bustillo (D. Eduardo).—Los teatros, 7, 43, 82, 114, 143, 179, 218, 246 y 282; La tramoya regia, poesía, 383.
Calvo y Revilla (D. Luis).—El nuevo salvador, 15; La mujer sabia, 318.
Campillo (D. Narciso).—*Vita brevis*, 6; El secreto del toreo, 98; Buena letra, 162; Ramón Rodríguez Correa, 334.
Campillo (D. Rafael.)—Buena compra, 399.
Canella y Secades (D. Fermín).—D. Acisclo Fernández Vallín, individuo de número de la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, 31.
Catarineu (D. Ricardo J.).—El cielo claro, poesía, 51; Lágrimas, poesía, 303.
Cenizares (D. H. A.).—Aún hay vándalos: Urge amparar las ruinas, 379.
Coello (Excmo. Sr. Conde de).—Sicilia, Italia y Francia, 47 y 62; Fastos Vaticanos, 131; El Congreso Médico internacional, 234; Fastos de la peregrinación española, 262 y 283; Ultimos ecos de la romería española, 302; Una crónica de Roma, 366.
Cuenca (D. C. Luis).—Investigación, 103; Oratoria, 219.
Díaz de Escovar (D. Narciso).—Cantares percheleros, poesía, 351.
Esperanza y Sola (D. J. M.).—Revista musical, 63; Barbieri, 127; Monasterio, 159; Revista musical, 286.
Estremera (D. José).—La primera piedra, 70.
Fabra (D. Nilo María).—El presente juzgado por el porvenir, 263; El Socialismo en los Estados Unidos, 295; La locura del anarquismo, 346; Ferrocarriles españoles: El primero y el último, 375; De Madrid á Barcelona en diez y siete horas, 394.
Fastenrath (D. Juan).—El patriarca de las letras alemanas Luis Augusto Frankl, 245; Muertos ilustres: El conde A. F. de Schack, 330.
Fernández Bremón (D. José).—Crónica general en todos los números.
Fernández Duro (D. Cesáreo).—Proyectil del siglo XV, 115.
Fernán González.—La gente de tralla y la gente de á pie, 79.
Frontaura (D. Carlos).—Tipos madrileños, Juan Perejil, 178; Juanito Solo, 215; Un sabio mal empleado, 315; D. Pedro Ochavo, 378.
F. V.—El general Ricardos y la guerra del Rosellón, 150.
Gómez de Arteche (D. José).—Memorias del general Dellard, 211; Los soldados de la guerra de la Independencia, 362.
Grilo (D. Antonio).—La Reina Regente (ante los Sitios Reales), poesía, 18; El crucifijo, poesía, 187; A un niño enviándole una caja de juguetes, poesía, 235; La hija muerta, poesía, 270; La ola, 367.
Jackson Veyan (D. José).—El Carnaval eterno, poesía, 71; Dolores, poesía, 87; A un amigo que quiere ser autor, poesía, 119; Los vales, 166; El sol y la luna, 251; Desengaño, 287; A Eduardo Vincenti, 319; Los coleccionistas, 395.
La Redacción.—Socorro remitido por los españoles residentes en Rosario de Santa Fe para las víctimas de la catástrofe de Santander, 19, 154; Semana Santa, 186.
León (Fr. Luis de).—A nuestra Señora, 187.
Lasso de la Vega (D. Angel).—La cajita de ébano, 10 y 50.
Lezama (D. E.).—Fantasía musical, 319.
Lope de Vega.—A la muerte de Cristo, 187.
Luzán (D. Ignacio de).—A Dios, soneto, 187.
Llanos (D. Adolfo).—El porvenir de Melilla, 68; El día 2 de Octubre, 247, 268.
López de Gomara (D. Justo).—Pinceladas, 235.
Madrazo (D. Pedro de).—Pintura: Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes, 343.
M. T. L.—El reverendo hermano Justino y el Instituto de los hermanos de las Escuelas cristianas en España, 166.
Matoses (D. Manuel).—Don Cipriano Segundo Montesino, duque de la Victoria, 347.
Mélida (D. José Ramón).—La Real Armería: Historia de la colección, 265.
Navarrete (D. José).—Zorrilla y Grilo, 46.
Navarrete (D. Ramón de).—En la estación: Cuadro de costumbres en forma fantástica, 11; Los teatros particulares, 298.
Ochoa (D. Rafael).—A Federico Balart (poesía), 151; Tú y yo, 219; Dos rayos (poesía), 319; Tardes de Mayo (poesía), 354.
Olmedilla y Puig (Dr. D. Joaquín).—Curiosidades históricas del incienso, 68.
Palacio (D. Angel del).—Cuaresma, 147.
Palacio (D. Eduardo de).—La conjugación de Venecia, 65; 1894, 86; El guarda, 268; Madrid fin de siglo, 383.
Palacio (D. E. Luis del).—El regreso, 135.
Palacio (D. Manuel del).—El Carnaval de la vida, 70; En Miércoles de Ceniza (poesía), 151; Discurso leído ante la Real Academia Española, 227.
Pérez Nieva (D. Alfonso).—Mundanas: Un padrenuestro por las rosas, 250; Mundanas: Los vencejos, 367.
Pérez y González (D. Felipe).—Los chascarrillos del pueblo: El séptimo pereza (poesía), 18; Jueces inexorables, 167; Chascarrillos de la Historia, 335.
Picón (D. Jacinto Octavio).—La prueba de un alma, 327 y 350; D. Federico de Madrazo, 359.
Reina (D. Manuel).—A Núñez de Arce en su coronación (poesías), 35; La opinión (poesía), 270; A una hermosa (poesía), 303; Mayo (poesía), 319; A Horacio (poesía), 383.
Reparaz (D. Gonzalo).—Nuestros grabados, en todos los números, y libros recibidos.
Reyes (D. Arturo).—Invierno (poesía), 51.
Rodao (D. José).—La estudiantina, 70.
Rodríguez Mourelo (D. José).—El Dr. Cajal, 146.
Sabando (D. Julián Manuel de).—Avila: Convento de Santa María, 175.
Sánchez Pérez (D. A.).—Muchas gracias, 103; Decepciones, 363.
San Francisco Javier.—Soneto á Jesús crucificado, 187.
Serrano Fatigati (D. Enrique).—Viajes por España: Dos recuerdos de Solares, 334.
Solsona (D. Conrado).—¡Ancha es Castilla! 392.
Tallante (Mosén).—Contemplando un crucifijo, 186
Valmar (Excmo. Sr. Marqués de).—El cielo y las estrellas, poesía, 15; La Hermana de la Caridad, poesía, 399.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. I.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Enero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.

MEDITACIÓN

POR MISS H. M

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—*Vita brevis*, por D. Narciso Campillo.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—La cajita de ébano, narración fantástica, por D. Angel Lasso de la Vega.—En la estación, cuadro cómico en forma dramática, por D. Ramón de Navarrete.—El nuevo salvador, por D. Luis Calvo Revilla.—El cielo y las estrellas, poesía, por el Sr. Marqués de Valmar.—La Reina Regente (ante los Sitios Reales); carta-prólogo, poesía, por D. Antonio Grilo.—Los chascarrillos del pueblo: El séptimo, pereza, poesía, por D. Felipe Pérez y González.—Socorro remitido por los españoles residentes en Rosario de Santa Fe para las víctimas de la catástrofe de Santander, por la Redacción.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

Grabados.—Bellas Artes: *Meditación*, por miss H. M.—*Patio de la casa de Samuel Leví*, en Toledo, cuadro de Martín Rico.—Roma: *El sermón del niño Jesús en la iglesia de Araceli.* Del natural, por Mario Spinetti.—*La Canción favorita*, cuadro de Conrado Kiesel.—Marruecos: *Una calle de Tánger.* Dibujo de D. Tomás Campuzano.—*La adoración de los Reyes*, cuadro de Velázquez.—Operaciones militares en el Rif: Retrato de Maimón Mojatar.—Melilla: El general Macías y el Bajá del campo rifeño.—El fortín número 1 vigilado por los moros de rey durante la noche.—Oficiales españoles conversando con los askaris de la escolta de Muley Araaf.—Retratos de Sid Kerdudi, secretario de Muley Araaf, y del coronel de askaris Ben Baschir, actual jefe de las fuerzas regulares del campo rifeño.—Melilla: La feria de Frajana.—Aspecto del mercado.—Marruecos: Diversos aspectos del ejército imperial al regresar de cobrar los impuestos á las tribus rebeldes.—Argelia: La vía férrea estratégica al Figuig.—El tren marchando en el desierto.

CRÓNICA GENERAL.

Cuando logré ver de cerca lo que es el poder para el que lo conquista, y que es el no pertenecerse un solo instante, sufrir los ataques de infinitos enemigos que brotan por todas partes, las peticiones de todos los amigos ocultos y que aprovechan esa oportunidad para declararse, las pretensiones de todos los necesitados de este mundo, en que nadie cree tener lo que le hace falta y se merece; y asumir con los cuidados del gobierno la responsabilidad de todos los desaciertos y la solución de los conflictos, siempre variados é inagotables, me convencí de que el poder es, en realidad, una insoportable servidumbre. Al ver en estos días á D. Gaspar Núñez de Arce, sacado de la cama en una horrible noche de nieve, llevado en ayunas á un banquete que no podía probar, por hallarse condenado por su médico á dieta láctea; al verle aclamado, estrujado á fuerza de abrazos, conmovido y tembloroso hasta faltarle las fuerzas, ya que no el ánimo; su casa invadida por los admiradores, las comisiones y los escritores, para volver á ser aclamado y cubierto de coronas en el teatro, me convencí de que la gloria es una forma del martirio. La vigorosa naturaleza del insigne poeta ha resistido á esta prueba heroica: otro menos fuerte hubiera quedado en la ovación; felizmente, con ovación ó sin ovación era inmortal. Su obra poética tiene la talla robusta y la madera incorruptible que perpetúan, cuanto es dable en lo humano, las creaciones del ingenio.

Núñez de Arce no ha trabajado únicamente para sí, como esos artistas desgraciados ó egoístas que se limitan á obtener el favor de los contemporáneos, halagando sus pasiones ó sus gustos: no edifica esas casas económicas con vida suficiente para el usufructo de su propietario, sino palacios de piedra que puedan admirar y utilizar los venideros. Y como el patrimonio permanente de un pueblo no le constituye ni su riqueza, que puede venir á menos, ni su territorio, que puede reducirse y dividirse, sino su literatura y su historia, que duran más que él, es justo y natural que agradezcamos y ensalcemos á los que, como el Sr. Núñez de Arce, trabajan positivamente en el aumento del verdadero patrimonio nacional. ¿Hemos de esperar para manifestarles nuestra gratitud y entusiasmo á que no puedan gozar esa satisfacción moral? Podrá ser discutible la forma en que se ha rendido el tributo al autor de los incomparables poemas, en atención á que estaba sufriendo una enfermedad cuando se le obligó á arrostrar las oleadas del entusiasmo y las emociones del triunfo; pero una vez atormentado cariñosamente, y con la mejor intención, que algo ha de costar la gloria, congratulémonos de que ni la crudeza del temporal, ni los achuchones de los admiradores, ni las sacudidas de los nervios hayan agravado la indisposición del gran poeta.

La lluvia de coronas y los aplausos del público en el Español; las honrosas visitas de las comisiones al poeta en su domicilio de la calle de la Cruzada, que llenó su salón-biblioteca de magníficas coronas, y entre ellas un álbum soberbio, con cuatrocientos autógrafos, en el cual han colaborado damas ilustres, escritores, músicos, pintores, hombres políticos y aficionados á las letras: más de doscientos telegramas de adhesión al tributo á Núñez de Arce; artículos en casi toda la prensa española, que, reunidos, formarían por sí solos otro álbum envidiable y honrosísimo, y las fiestas con que algunas provincias han contribuído á festejar á Núñez de Arce, constituyen una ovación tan merecida como grande.

Pero entre todos los agasajos, ninguno resultó tan cumplido, bien dispuesto y acabado, como el banquete en el hotel Inglés. Fué lo de menos la comida, á pesar de ser selecta y bueno y rápido el servicio: el interés empezó después de los postres, cuando el Sr. D. Julio Vargas explicó discretamente el porqué de haber iniciado la Sociedad de Escritores y Artistas el tributo á su digno presidente, por gratitud á dilatados servicios, por atención á sus méritos eminentes de poeta, y sin contar con él y aprovechándose de su ausencia; cómo se habían limitado á iniciar la idea, que, acogida por los centros y corporaciones, daba por resultado el magnífico conjunto de inteligencias y prestigios que hacían de cada sitio del salón una cabecera. Con aquella aplaudida explicación empezó el acto. El Sr. Echegaray, que entre sus múltiples aptitudes no es la menos brillante la de orador fogoso, deslumbró al auditorio con un discurso oportuno, breve y relampagueante, interrumpido muchas veces por el entusiasmo. Leyó el Sr. Castillo y Soriano el bien redactado, sentido y noble telegrama del Ayuntamiento de Toledo, y hubieron de levantarse entre vítores y aplausos el Alcalde de la Imperial ciudad, en unión del Sr. Carrasco, que arrostrando el temporal habían acudido al homenaje. El Sr. Jurado Parra leyó otra entusiasta felicitación de Málaga, suscrita por multitud de firmas. Toledo como Valladolid han puesto el nombre del poeta á dos calles. Las poesías leídas en honor del autor de *Raimundo Lulio* fueron pocas. Manuel del Palacio, con su sonora voz de bajo, leyó unas quintillas excelentes; Ferrari, con su hermosa voz de barítono, un soneto elevado en su idea y de forma escultural; el poeta ingeniero Sr. Palau, un fácil soneto; Pérez Zúñiga, una graciosa carta de una criada de servir á un soldado, y el Sr. Cuenca, que lee con tanta sal como escribe, la respuesta del soldado á su novia, que hizo un gran efecto: y todos los poetas fueron muy aplaudidos con justicia. El fragmento de *Luzbel*, leído magistralmente por el señor Fernández Shaw, fué interrumpido por las aclamaciones; no se perdió una palabra, un verso, una belleza con aquella lectura y en aquel auditorio inteligente; el entusiasmo cortaba á veces la lectura, y el interés restablecía el silencio acto continuo; la ovación fué conmovedora al terminarse aquel soberbio y gigantesco trozo de poesía castellana. Aludido el Gobernador de Madrid por el Sr. Marco, el señor Aguilera, con sal y oportunidad, hizo competencia á Toledo y Valladolid, que se disputaban al Sr. Núñez de Arce, y le declaró madrileño y gloria de Madrid; y el Sr. Zorrilla San Martín, representante del Uruguay, concluyó aquella solemnidad tan grata y calurosa, y tan bella para la historia literaria, con un discurso en nombre de la América española, donde Núñez de Arce es considerado como un compatriota. «Yo sé, decía el Sr. Zorrilla San Martín, que me consideraréis un extranjero.....—No, no, exclamábamos todos; América es España; para la literatura no hay divisiones; todos somos unos.» Y el señor Zorrilla San Martín no hizo un discurso, sino un cántico inspirado y vehemente, lleno de poesía y de color, dulce como su acento uruguayano, y cuyas estrofas acabaron en aplausos. Y terminó el banquete; no: el Sr. Zahonero detuvo á la concurrencia con una de sus geniales improvisaciones: quiso hablar el poeta festejado, y la emoción sólo le permitió decir algunas frases que cortaron los abrazos y los apretones de mano y las frases de cariño.

Y todos salimos con la imaginación enardecida, el ánimo satisfecho y el corazón enternecido. Sólo Núñez de Arce no durmió aquella noche: aquellos aplausos, aquellas apologías y tantas muestras de afecto y admiración, debían hacer vibrar sus nervios muchas horas después de quedar tranquilo en el silencio de su alcoba.

° ° °

—¿Qué ocurre, muchacha?

—Que la nieve no cesa de caer y hay en las calles medio palmo. Los coches de punto se retiran á sus cocheras; una parte de los tranvías ha cesado el servicio por no poder subir la cuesta de Santa Bárbara y otras por el estilo; resbalan las gentes en el hielo, hace mucho frío, y está el cielo muy obscuro.

—Pues no abras el balcón; cuando el día está malo y sin sol, no es día, y cerrándolo todo y encendiendo la luz, se convierte en una noche muy hermosa. ¿A cuántos estamos?

—A 5.

—¡Calle! La víspera de Reyes..... Hace cuarenta años hubiera preparado mis bandejas para ponerlas al balcón por la noche; ahora ya no hay niños, sino hombrecitos: abre, que llaman.

—Buenos días.

—¿Es usted, D. Junípero? Pero ¿se ha roto usted una pierna que trae usted muletas?

—No, gracias á Dios: he pedido prestadas las muletas por si me quedo cojo con estos resbalones. Ya sabrá usted lo que ocurre.....

—Sí: que los jefes de las kabilas han hecho un acto de sumisión al General de nuestro ejército de Africa; que no hemos roto las relaciones mercantiles con Francia; que el Gobierno prepara las instrucciones que ha de llevar á su embajada el general Martínez Campos; que Sicilia está revuelta y ha enviado el Gobierno italiano un ejército para reprimir la insurrección.

—Si usted me lo dice todo, entonces nada tendré que contarle.

—Que los franceses han atacado en Sierra Leona á los ingleses, tomándolos por salvajes.

—Eso iba á decir. ¿Y no le parece á usted que si los españoles hubiéramos incurrido en semejante equivocación toda Europa se reiría de nosotros?

—Eso creo: pero ¿de qué estarían vestidas las tropas inglesas para que se les confundiera con los indígenas?

—Probablemente serían tropas indígenas con oficiales británicos: sólo así se comprende la noticia. ¿Y cómo arreglarán los ingleses el asunto?

—Pues como hemos arreglado lo de Melilla: con excusas y algunos castigos. Verá usted cómo no envía Inglaterra un ejército á deshacer la equivocación, ni considera grave la ofensa hecha á sus tropas. Si es así, ya sabemos la manera de atacar impunemente á nuestros vecinos de Gibraltar, diciendo: «Dispensen ustedes, que los hemos tomado por salvajes.»

—¿Irá usted el domingo á la recepción académica del Sr. Fernández Vallín?

—Iría de buena gana por ser quien es el Director que fué del Instituto del Noviciado, mi catedrático de matemáticas en San Isidro hace..... es feo recordar fechas que á nadie importan, pero hace mucho tiempo; sólo asisto á las recepciones académicas á que soy convidado, lo cual sucede siempre en la de la Lengua, algunas veces en la de Bellas Artes, poquísimas en la de la Historia, y nunca, y esto con razón, en la de Ciencias Exactas, en donde ha ingresado el Sr. Fernández Vallín. ¿Y sabe usted el tema que ha elegido para su discurso?

—«La Ciencia española en el siglo XVI»; es un discurso erudito, con extensa noticia y bibliografía de aquel período intelectual tan fecundo en sabios, hombres de Estado, capitanes y descubridores.

—Me parece el tema simpático, y corresponde á la patriótica tarea iniciada por D. Gumersindo Laverde, y seguida con tanta gloria por D. Marcelino Menéndez Pelayo: los españoles han escrito mucho, han inventado bastante, y lo que falta es que se estudien bien nuestras bibliotecas y archivos, y perdamos la costumbre de pensar en francés y traducir toda la erudición, lo cual es fácil, sobre todo recurriendo á los diccionarios enciclopédicos, esos almacenes de noticias donde encontramos la sabiduría hecha y al alcance de los más desaplicados.

—Tiene el discurso académico otra novedad: el retrato del recipiendario.

—Sí lo es, y debería seguirse la costumbre, para tener con el tiempo una galería de académicos.....

—¿Y qué beneficio produciría la innovación, si al cabo de algún tiempo son las listas de académicos listas de personas desconocidas?

—Para los que no conocen la historia literaria de una época. ¿No hemos oído preguntar todos los días en los periódicos que quién era el marido de *La Latina*, Francisco Ramírez de Madrid, el conquistador de Málaga, el célebre ministro de los Reyes Católicos? ¿Qué extraño que parezcan personas sin reputación ni méritos, á los que no se toman el trabajo de leer, escritores que tienen obras importantes? No es esto decir que no se cuelen de vez en cuando en nuestras Academias algunos intrigantes que ingresan á fuerza de cortesías; pero esta es la excepción, aunque en ciertas épocas sean las excepciones muy frecuentes. Hablo de las Academias que conozco; pero la de Ciencias Exactas debe ser de otro género; y aun cuando no lo fuera, todos sus académicos serían siempre sabios para mí. Cuando se trata de personas como D. Acisclo Fernández Vallín y Bustillo, son para mí venerables como maestros, aunque no hayamos aprovechado sus lecciones.

—Bien puede usted decirlo. Si sus obras didácticas y sus largas tareas en la enseñanza no lo hicieran evidente, lo demostraría su discurso. Le contesta el Sr. Merino.

—¡Ah! sí; el astrónomo; el vigía que en nuestro Observatorio ha estado espiando al sol y estudiándole continuamente hace muchos años: es un sabio y una buena persona. Le he de rogar un día que me presente á ese astro que preside nuestro sistema planetario y con el cual tengo muy pocas relaciones. Me sucede con el sol lo que le sucedió con otro astro al director del Observatorio de París, según Mery.

—¿Qué contaba el novelista?

—Exagerando los nublados continuos del cielo de París, que impiden á menudo las observaciones astronómicas, refiere que el director de su Observatorio se trasladó una vez á Marsella, donde, al llegar la noche, vió en el claro cielo un astro que derramaba hermoso resplandor. «¿Qué astro es ése? preguntó al mozo de la fonda.—Es la luna, caballero.—¿La luna? repuso el astrónomo parisién; la conocía de nombre, pero no la había visto nunca.»

—¿Qué libros tiene usted sobre la mesa?

—Ese mayor, *Obras escénicas*, por D. Abdón de Paz; contiene dos: *El rayo de luna* y *Galerio*. El uno es la solución cristiana del adulterio, escrito en verso; el otro, en prosa, un estudio de la sociedad del siglo IV.

—¿Y qué tales son, ahora que el autor no nos oye?

—Como obras escénicas, pertenecerían al amigo Bustillo, si estuvieran representadas; pero no estándolo, corresponde juzgarlas á cada lector, sin prevenciones, estrenándola en familia ó para sí, es decir, mucho más en familia todavía. Yo me limitaré á anunciarla, y el público que juzgue; yo no.

—¿Y ese libro pequeño encuadernado?

—De ese puedo hablar, porque son *Cuentos para gente menuda* (*2.ª serie*), por el general Romualdo Nogués, impreso en Zaragoza: es una colección de cuentos populares inéditos, recogidos por el compilador. ¿De dónde vienen? ¿En qué época se inventaron? ¿Cómo han llegado de boca en boca hasta los oídos del general Nogués, que les ha dado forma propia, es decir, sencillez y propiedad? Pero el autor los ha recogido para los niños; y como los leo con gusto, recelo estar próximo á la segunda infancia. Don Junípero, ¿cree usted que deba poner la bandeja en el balcón para los Reyes Magos?

—Basta de bromas: ¿esos cuentos son inéditos en realidad?

—¿Y quién responde de eso? Es cuento inédito para el lector todo aquel que lee por primera vez. Baste con que la colección sea agradable. ¿Vuelve usted á tomar las muletas?

—Sí, y adiós: en estos días todos debemos prepararnos á volver cojos á casa. Nieva aún, cada vez más fuerte. Unos escultores han hecho en la calle un busto de nieve: ¡qué bien modelado está! ¡si es una obra maestra!

Día 7.

—¿Qué se hizo del busto de nieve que hicieron los muchachos?

—¿Ve usted aquel arroyito de agua que corre por la calle? Es la obra maestra derretida.

—¡Cuántas como esas se disuelven en el pensamiento por la tenuidad de su materia! ¿De qué sirve concebir si no se sabe hacer durar?

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Meditación, por miss H. M.—*Patio de la casa de Samuel Leví*, en Toledo, cuadro de Martín Rico.—Roma: *El sermón del Niño Jesús en la Iglesia de Araceli.* Del natural, por Mario Spinetti.—*La canción favorita*, cuadro de Conrado Kiesel.—Marruecos: *Una calle de Tánger*, dibujo de D. Tomás Campuzano.—*La Adoración de los Reyes*, cuadro de Velázquez.

El artista ha querido representar en *Meditación* un tipo de belleza suave y romántica propio de las comarcas del Norte, y en el que la viveza y fuego de las mujeres del Mediodía está sustituído por cierta placidez y dulzura llenas también de atractivos. *Meditación* (véase la página primera) realiza con maravillosa perfección este tipo, lo que constituye uno de los méritos del cuadro.

El rey D. Pedro *el Cruel* fué gran guardador de tesoros, y por tanto, avaro. Por avaricia, sin duda, mandó matar á su tesorero (hoy diríamos Ministro de Hacienda) Samuel Leví, sin dársele un ardite de los muchos servicios que le debía.

Leví le había dado muy buenos consejos en más de un trance apurado, y tenía al pueblo agobiado de exacciones, motivadas todas por su deseo de satisfacer al Rey. De nada se acordó éste el día que pensó pedirle sus tesoros. Como Samuel creyó que la petición era una broma del Rey, no los dió; pero á los pocos días fué preso con todos sus parientes.

En su casa de Toledo se hallaron 170.000 doblas de oro, 4.000 marcos de plata, 125 arcas de paños de oro y seda, y 80 moros y moras. Creyó D. Pedro que tenía otras riquezas ocultas; nególo Leví; mandóle dar tormento en la Atarazana de Sevilla, pero sólo consiguió del viejo israelita tremendas maldiciones. Murió descoyuntado, sin revelar lo que el Rey quería que revelara. Quizás no tenía revelación alguna que hacer.

La casa de Samuel Leví es una de las curiosidades toledanas que con más gusto contempla el viajero aficionado á las viejas tradiciones de la ciudad. El pincel admirable de Martín Rico la ha copiado con esa asombrosa fidelidad y ese amor á lo castizo y genuinamente español que son tan de alabar en él. En la pág. 9 encontrarán los lectores una reproducción de esta obra del insigne artista.

Nuestro grabado de las páginas 12 y 13 dará á conocer á los lectores una de las más singulares y bellas escenas de las fiestas de Nochebuena en las naciones católicas.

En la iglesia de Araceli de Roma se pone el 25 de Diciembre un nacimiento, frente al cual se coloca una mesa. A ésta, y sin duda para conmemorar el hallazgo del Niño en el templo disputando con los doctores, acuden niños de todas las clases sociales á pronunciar un discurso, al que llaman *Sermón del Niño Jesús.* Es mucha la gente que se congrega para escuchar los sermones infantiles, siendo el espectáculo que con tal motivo se ofrece muy nuevo y hermoso.

El experto pincel de Spinetti ha sabido comunicar gran belleza y vida á esta escena.

Conócese en el rostro de la hermosa protagonista del cuadro de Kiesel (véase la pág. 16) que la canción que entona trae á su memoria recuerdos de pasados tiempos, siempre mejores que los presentes, á nuestro parecer, según dijo el poeta. Quizás *La Canción favorita* lo fué en los dulces años de la infancia, cuando todavía no habían llegado los amores, y con ellos los pesares y desengaños, sus inseparables compañeros.

La profunda melancolía que se advierte en este cuadro le hace muy poético y agradable.

Mucho se ha hablado de Tánger siempre que se ha tratado de la cuestión de Marruecos, y mucho más se hablará todavía. Tánger está á la entrada del Estrecho, y el Estrecho es ahora la verdadera manzana de discordia entre las naciones de Europa. Con que Francia llegue al Muluya, considerará Inglaterra en peligro la entrada del Mediterráneo y se establecerá en Tánger. Si Francia ve á Inglaterra dueña de aquella posición, perderá todo respeto al pobre Imperio marroquí, y tomará de él lo que le convenga. ¿Y España? Si se muestra enérgica y da señales de estar apercibida y dispuesta á todo, tendrán que contar con ella. Si no, los poderosos se repartirán la presa, y los españoles nos encontraremos con una nueva frontera que defender.

En verano, el puerto de Tánger es bastante seguro; pero en invierno, cuando soplan el N. y el NE., difícilmente pueden aguantarse en él los barcos. Desde el mar la ciudad presenta muy bonita vista; pero las callejuelas del interior son tortuosas y sucias, aunque no tanto como las de otras ciudades del Imperio. En algunos detalles adviértese la mano de la civilización occidental. Hay muchos hoteles, algunos muy buenos; diferentes palacios semieuropeos, y hasta luz eléctrica en varios sitios.

Nuestro grabado de la pág. 17, copia de un bonito dibujo de Campuzano, muestra una de las calles del Tánger verdaderamente marroquí, con sus covachas, que allí llaman tiendas, en las que el comerciante musulmán espera al comprador con una tranquilidad y una indiferencia admirables. En Tánger quedan trozos de la muralla que los portugueses construyeron, algunos muy visibles.

La adoración de los Reyes es el primer cuadro de Velázquez, por orden de fechas, que se conserva en el Museo del Prado, y bien se advierten los bríos juveniles del autor en la vigorosa entonación de la obra.

La Virgen viste túnica rosada, manto azul obscuro y toca blanca. Está sentada en una construcción antigua, y presenta fajado al niño Dios á la adoración de los Magos. Dos de éstos están de rodillas, ofreciéndole sus presentes en copas de oro, y el tercero, que es el negro, aguarda en pie á que le llegue el momento de presentar sus dádivas. A la izquierda está San José. Por el arco que sirve de entrada descúbrese un dilatado y hermoso horizonte.

El cuadro lleva la fecha (1619), que se lee muy bien, en la piedra en que Nuestra Señora asienta el pie. No se sabe cómo vino á la Casa Real. Tiene en el *Catálogo* el núm. 1.054.

Publicamos una reproducción de esta obra maestra en la pág. 20.

OPERACIONES MILITARES EN EL RIF.

Maimón Mojatar.—El general Macías y el Bajá del campo rifeño.—El fortín número 1 guardado por los moros de rey durante la noche.—Oficiales españoles conversando con los askaris de la escolta de Muley Araaf.—El secretario del príncipe Muley Araaf.—El coronel de askaris Ben Baschir.

Este famoso caudillo rifeño, á quien se culpa principalmente de las hostilidades de las kabilas de Guelaia contra los españoles, es de la de Frajana, y con tener ésta muchos menos pobladores que las vecinas, llegó á ser, gracias al talento de Maimón, una de las principales.

Sin más elementos que una habilidad y una perspicacia poco vulgares, ayudadas por un valor á toda prueba, el Mojatar (ó Mojtar, como sería más propio escribir) llegó de la nada á ser bajá del campo de Melilla. Hace tres años, los demás cabos de kabila, principalmente los de Benisicar y Mazuza, celosos del poder que iba adquiriendo, le movieron guerra sin cuartel y le tuvieron muchos días sitiado en su casa. Pero Maimón, que es hombre prevenido, la tenía convertida en fortaleza con foso y paredes aspilleradas. Aun así, vióse obligado á abandonarla con muerte de muchos de los suyos y gran riesgo de su persona; pero después volvió, y dicen que, fingiendo haberse retirado por completo de todo negocio público, era en realidad el motor principal de la política en el campo de Melilla, y que por recobrar su antiguo poderío é influencia incitó á sus paisanos á la guerra.

En tal concepto ha sido entregado por el príncipe Araaf al general Martínez Campos, satisfaciendo una de las reclamaciones de éste. Maimón, y su sobrino, también enemigo de España, han sido embarcados en el *Isla de Luzón* y conducidos á Tánger, en cuya cárcel se encuentran cargados de cadenas.

Publicamos el retrato de Maimón Mojatar en la pág. 4, hecho á bordo del *Isla de Luzón* por el Sr. Blanco Coris. El caudillo rifeño, es hombre de sesenta años, de fisonomía que á primera vista declara astucia é inteligencia, de barba blanca y maneras más bien suaves que bruscas.

Nuestro segundo grabado de la pág. 4 y los dos de la 8 representan tres diversas escenas de lo que pudiéramos llamar período pacífico de la cuestión de Melilla. En el primero vese al general Macías, acompañando al Bajá del campo rifeño hasta los límites del nuestro, como podría hacerlo con un buen amigo. En el segundo, los moros de rey vigilan, durante la noche, las obras de uno de nuestros fortines en construcción, en cuya oficiosa tarea se muestran diplomáticos hábiles, tanto como torpes nosotros, pues así parecen ante las kabilas de Guelaia protectores nuestros. En el tercero, oficiales españoles conversan con los askaris, los cuales, por no estar hechos á tales honores, se confirman en la idea que tienen de la inferioridad del cristiano.

Los dos retratos que nos remite el Sr. Simonet, y que publicamos en la pág. 5, son curiosísimas ilustraciones de estos extraños sucesos de Melilla, ya terminados y aun no comprendidos por la generalidad.

La fisonomía astuta de Kerdudi debe bastar para abrir á muchos los ojos acerca de los marroquíes. No son éstos tan bárbaros y de tan limitada inteligencia como los han pintado. Si lo fueran, ¿qué seríamos nosotros, que en ninguna negociación diplomática hemos logrado vencerlos? Lejos de juzgarlos de esta suerte, hay que admirar las naturales luces de esa gente, que sin trato con europeos, sin preparación alguna, casi sin costumbres sociales, llevan con admirable tino los más arduos negocios.

Kerdudi ha sido el consejero de Muley Araaf desde que éste llegó al campo de Melilla, y creemos que el Sultán debe estar muy agradecido á este su antiguo servidor.

Ben Baschir, el coronel de askaris, no ha tenido tan principal papel, pero ha intervenido en diferentes episodios de estos sucesos, por lo que creemos que nuestros lectores verán con gusto su retrato.

MELILLA.

La feria de Frajana.

En todo el Rif hay mucho comercio. La tierra no es tan pobre, ni tan miserables sus dueños como con notable desconocimiento de aquélla y de éstos han dicho algunos. Un dato, por cierto muy de actualidad, lo probará cumplidamente. Calcúlase que de 1889 á la fecha han comprado los rifeños 80.000 fusiles con la cartuchería correspondiente, habiendo pagado por algunos hasta 200 pesetas. Tomando el término medio de 100 pesetas por fusil, vese que aquella gente ha podido gastar 8 ó 9 millones de pesetas en tres años para armarse. Y es curioso observar cómo la *opinión pública* rifeña mostraba en este esfuerzo hallarse penetrada de la necesidad de transformar el armamento, y llevaba adelante la transformación con tanta rapidez, mientras del lado de acá del Estrecho una nación europea, y por tanto obligada á ser más perspicaz y previsora, permanecía indiferente y descuidada, sin caer en la cuenta de que las armas con que sus soldados habrían de combatir en caso de guerra eran perfectamente inútiles contra las usadas en las demás naciones. Así ha ocurrido que, del 89 acá, los rifeños han salido del estado de inferioridad en que respecto de España les ponía la espingarda comparada con nuestro tradicional Remington, y en la pequeña guerra que con los de Guelaia hemos sostenido nos hemos encontrado á la misma altura que ellos en armas de fuego portátiles.

Cada pueblo tiene en las diferentes regiones del Rif sus días de mercado ó feria, á la que acude la gente de muchas leguas á la redonda con sus mercancías, principalmente ganados y productos de las huertas. Son también estas ferias centros de reunión donde se habla de política (incluso de política europea), se prepara la paz ó la guerra, y á veces se toman resoluciones de mucha importancia. En las ferias de Frajana y Benisicar, de fines de Septiembre, se decidió la guerra á los españoles si éstos persistían en construir el fuerte de Sidi Guariax.

La feria de Frajana celébrase los lunes. El lector verá por el hermoso dibujo de nuestro corresponsal artístico señor Simonet, que publicamos en la pág. 5, que aun para españoles hay en aquel pintoresco cuadro mucha novedad sorprendente.

MARRUECOS.—DE VUELTA DE LA MAJALA.

En nuestro número XLVII del pasado año publicamos una vista de las escenas que suele ofrecer la expedición que algunas veces hace el Sultán, acompañado de buen golpe de tropas, para obligar á las tribus rebeldes á pagar la contribución. En la pág. 21 hallarán los lectores reproducidas las escenas del regreso, cuando, cansados los soldados, reducidos á unos cuantos jirones las no muy lujosas ropas, escuálidos los pobres caballos de tantos días de jornadas largas y raciones cortas, vuelven á Fez á descansar de sus fatigas.

La expedición militar llámase *jarka*, que es como si dijéramos, movilización de tropas, y el sitio en que acampa, *majala*, ó, para escribirlo mejor, *emjal-la*, lo que quiere decir, campamento.

De los grabados que componen la pág. 21, hay uno que merece explicación aparte. El Mu-el-mzerag, ó aposentador, no tiene funciones, ni por tanto nombre con equivalente exacto en castellano. Es un funcionario que marcha delante de la comitiva dando voces y anunciando la llegada del Sultán.

FERROCARRILES ESTRATÉGICOS DE ARGELIA HACIA MARRUECOS.

Mientras en España repetimos con más ó menos frecuencia y entusiasmo (según las ocasiones) que nuestros destinos están en Africa, sin hacer cosa alguna por que lleguen á realizarse, como si tales destinos hubieran de cumplirse por sí solos, las otras naciones de Europa trabajan por los suyos..... y los ajenos.

Uno de los grabados que en este número publicamos servirá para dar al lector una idea de lo que hacen otros más, previsores y acertados que nosotros: el que representa el tren marchando por el desierto, en la pág. 24 de este número.

Tres ferrocarriles, dirigidos hacia la frontera marroquí, han construído los franceses en la provincia de Orán. De éstos, dos parten de la capital, encaminándose uno á Tlemcen, y muriendo el otro en Ras-el-Ma.

El tercero es mucho más extenso.

La invasión de Bu-Amema (Mayo del 81) decidió al Gobierno francés á prolongar hasta Mecheria la línea que parte de Arzeu. Aquel mismo año se votaron los créditos necesarios en las Cámaras francesas.

Empezaron los trabajos el 7 de Agosto de 1881. A los cincuenta y dos días recorría la locomotora los primeros 35 kilómetros, y á los ciento veinte y ocho había 75 kilómetros de vía terminados, incluyendo el largo terraplén construído para el paso del Chot-el-Chergui. A pesar de interrumpidas las obras por el mal tiempo, llegó la locomotora á Mecheria el 2 de Abril; de suerte que se construyeron 115 kilómetros en doscientos-treinta y nueve días.

A partir del año 81 fijáronse más que nunca las miradas de los franceses en el oasis de Figuig, una de las puertas que más desean abrir para penetrar en el Sahara de Marruecos. Prolongaron 102 kilómetros más la citada línea hasta el oasis de Ain-Sefra, y actualmente deben estar ya terminados los trabajos de replanteo de la vía hasta Chemiú-bu-rezg, lugar situado á muy poca distancia de la frontera (que las autoridades francesas han dejado de señalar en sus mapas de quince años á esta parte con la intención que se deja considerar), y, por tanto, del codiciado Figuig.

Todo este ferrocarril de Arzeu á Chemiú-bu-rezg es paralelo á la frontera y puramente militar. Hasta Saida sirve para el tráfico; pero desde allí no transporta más que tropas y bastimentos para las mismas. La vía tiene 1m,10 de ancho, el material es bueno, y la velocidad media de 30 á 35 kilómetros por hora. Cada 12 kilómetros hay una estación fortificada, y de 100 en 100 un establecimiento militar, perfectamente apercibido de todo lo necesario. Son éstos cinco, á saber: Maskara, Saida, El-Kreider, Mecheria y Ain-Sefra.

El-Kreider es un fuerte abaluartado, de mampostería, situado en una pequeña colina, con torre óptica, que le permite comunicar con Geryville, Ras-el-Ma, Mecheria y Saida. En un rectángulo, también abaluartado, están los cuarteles y la estación. Los habitantes son poquísimos; pero la guarnición pasa de 1.500 hombres. Mecheria, situada al pie del Yebel-Antar, tiene parecidas condiciones militares.

Ain-Sefra es más importante. Consisten sus fortificaciones en un rectángulo, cerrado por un muro de mampostería, aspillerado, con foso y baluartes flanqueantes. Contiene lo necesario para una guarnición numerosa. Ésta se compone de un regimiento de la legión extranjera, tres escuadrones de spahis y una compañía de infantería, montada en mulos. Por último, en el Chemiú-bu-rezg, á solos 40 kilómetros del Figuig, tienen ya los franceses un fuerte destacamento.

Debemos la mayor parte de estos datos á la bondad del distinguido capitán de ingenieros D. F. Echagüe, quien ha recorrido mucha parte de Argelia hasta el desierto.

OPERACIONES MILITARES EN EL RIF.





MELILLA.—EL GENERAL MACÍAS Y EL BAJÁ DEL CAMPO RIFEÑO.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



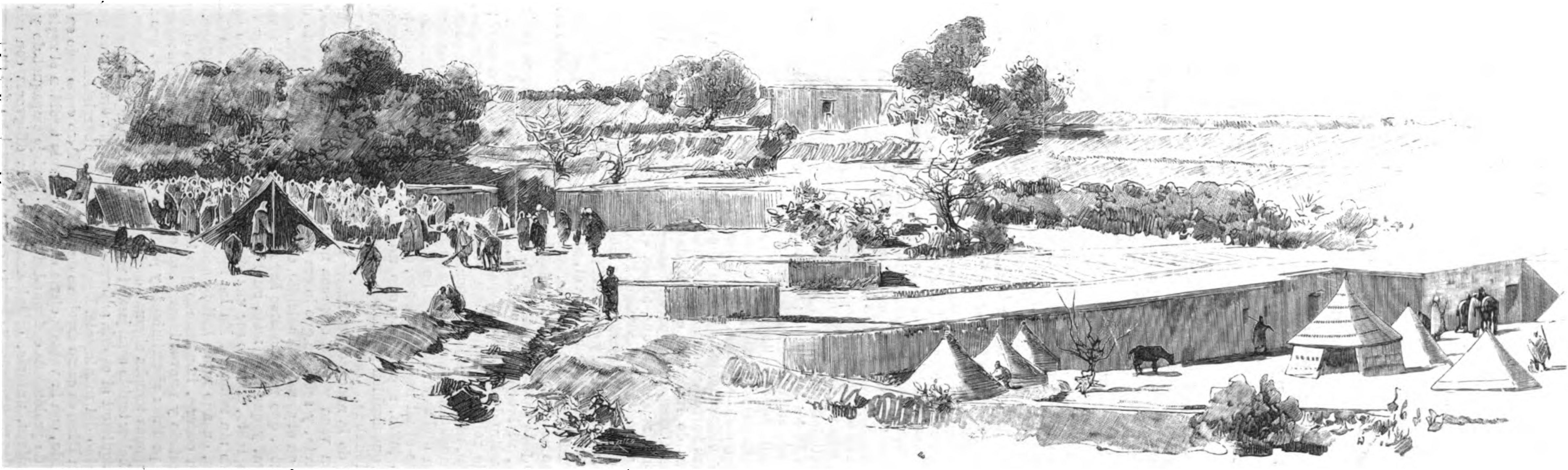
SID KERDUDI,

SECRETARIO DEL PRÍNCIPE MULEY ARAAF.



EL CORONEL DE ASKARIS BEN BASCHIR,

ACTUAL JEFE DE LAS FUERZAS REGULARES DEL CAMPO RIFEÑO.



MELILLA.—LA FERIA DE FRAJANA.—ASPECTO DEL MERCADO.

(Dibujos del natural por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

NUESTROS SUPLEMENTOS EN COLORES.

Á este número de 24 páginas acompañan dos bonitas planas cromo-tipográficas.

¡Así, así! es un artístico capricho de Alberto Lynch, en el que este notable artista ha sabido reproducir muy bien una escena de coquetería. *El Maestro improvisado*, de Entraygues, nos recuerda con admirable fidelidad días de la infancia con cuya evocación se complace siempre la memoria. El maestro se halla ausente, y los niños, rota la disciplina escolar, aprovechan los instantes de su ausencia para desquitarse de la forzada quietud en que les mantiene en las horas de clase. Uno, haciendo de dómine, lee en voz alta, tomando la lección á dos compañeros; otros luchan en un rincón; los demás charlan animadamente, y todos se divierten, cosa fácil en esos primeros años de la vida, en los que el aburrimiento es desconocido.

G. Reparaz.

VITA BREVIS.

I.

Érase un inglés, y por su propia mano trataba él mismo de suicidarse á sí propio personalmente, ya fuese con puñal, soga ó veneno. Por el suicidio le daba á mi héroe la ventolera. Pero ¿qué razón había para que sintiese deseos tan funestos? Aparentemente, ninguna. Tenía robusta salud, edad mediana, instrucción sólida y extensa, buena estampa, y un caudal (ahora en gali-parla se dice *fortuna*), un caudal como de cincuenta mil libras, que vienen á ser unas dos mil arrobas; esto es, más de lo que pesa la campana gorda de Toledo con su correspondiente badajo.

Mi hombre estaba aburrido de veras: consumíale el tedio y se entregaba á las más lúgubres cavilaciones, que era como entregarse á todos los diablos. Para distraerse había recorrido casi por entero la extensión de nuestro planeta de Norte á Sur, y del Ocaso al Oriente. Había penetrado en palacios y tugurios; visitado catedrales, mezquitas, sinagogas y pagodas, como si fuese miembro honorario de todas las religiones; subido á las pirámides egipcias y á los Andes gigantescos; admirado volcanes y cataratas; atravesado en trineos y sobre jorobas de camello desiertos de nieve y de arena; había tenido aventuras amorosas, pérdidas enormes y disparatadas ganancias en el juego, desafíos, desengaños; y últimamente, de puro aburrido, solía tomar unas borracheras monumentales, sorbiendo, á guisa de insaciable esponja, desde el Jerez, Sanlúcar, Champaña y Oporto, hasta el infame aguardiente rajatablas, que abrasa el gaznate y levanta vejigas en el estómago. Por cuyos viajes y larga experiencia figurábase de buena fe conocerlo todo, saberlo todo, y que ya el mundo y sus moradores no tenían secretos para él, ni le reservaban novedad alguna ni la menor sorpresa. ¡Infeliz! Y eso que nunca fué casado, ni jamás tuvo que ingeniarse para ganar un peso duro, ni trató con escribanos, ni bregó con acreedores, ni fué periodista ó maestro de escuela en España, ni discutió puntos de religión y moral con presbítero catalán ó gallego, ni siquiera le tomó por consultor de sus versos ningún inspirado rimador de Juegos Florales. Y con dichos antecedentes he llegado á imaginarme que el tal inglés era tonto, ó cuando menos, medio tonto, suponiendo que no fuese tonto y medio, que también podría ser, y mayores cosas hay en el mundo.

Pero..... esto de la necedad del inglés debe de ser imaginación vana y pura sospecha mía: démosle por discreto, y señal de que lo era fué que no se apresuró en el asunto del suicidio. Consideraba, y con razón, que para matarse hay siempre tiempo de sobra, y que si se mata un hombre y después se arrepiente, debe de ser una broma pesada y un lance sin remedio. En los momentos lúcidos, esto es, cuando no se hallaba achispado, solía pensar en casarse, imaginando que tal vez con el nuevo estado y nuevos lazos y atenciones se disiparía su pertinaz aburrimiento y profunda tristeza; pero apenas tomaba algunas copitas, horrorizábase de haber tenido semejante idea, y sospechaba con inquietud si estaría enfermo del cerebro y en camino del manicomio. Dispararse un tiro..... anda con Dios; es como arrojarse de cabeza en lo desconocido, con la ventaja cierta de evitar el sufrimiento de prolongada enfermedad, acompañada de lavativas, unturas, cataplasmas, sanguijuelas, bebidas repugnantes y demás cositas de gusto; pero..... ¡casarse! Esto era el *non plus ultra* de lo absurdo y lo terrible para Mr. Símpleton, que tal, si no me engaña la memoria, era el apellido de aquel inglés extravagante.

Por lo cual determinó permanecer soltero. Mas como todo hombre es sér activo, forzosamente ha de ocuparse en alguna cosa, buena ó mala, y mi buen inglés ideó distraer su arraigada morriña con el saludable y entretenido ejercicio de la caza. Salíase al campo él solito, con su escopeta y perro, y hasta su libro para leer en los ratos de descanso; pero como Dios no le llamaba por el arte venatorio, ni le inspiraban sus lances grande, ni siquiera pequeña afición, trocaba muy á menudo los frenos, y quedábase horas y horas contemplando fijamente la escopeta como si leyese, ó si pasaba cerca algún conejo, ó aunque fuese una rata campesina, tirábale el libro con verdadera furia, menos cuando hacía fuego y asesinaba al perro infeliz, ó se llevaba dos dedos de la mano, como le sucedió cierto día, poniendo fin este percance á sus excursiones venatorias, y volviendo á caer en la más profunda tristeza. Y á tal extremo llegó la postración de su ánimo, que esta vez le faltó el canto de un papel para degollarse cierto día mientras estaba afeitándose.

¿Qué ángel bienhechor, qué santo ó celestial espíritu le sugirió entonces la idea de venir á España? Lo ignoro; pero si fué santo, fué de los de marca mayor y de los más señalados y famosos de todo el Almanaque. Y dejando las nieblas de Southampton, donde tenía últimamente su residencia, traspuso el Canal de la Mancha, y con viento en popa desembarcó en el Havre. Atravesó el territorio francés, sin detenerse en parte alguna, como si fuese huyendo de un gran peligro, dejó atrás ciudades y provincias, y no cesó de correr día y noche hasta franquear los altos Pirineos y colarse en España. Con tan desenfrenada carrera, es decir, con sólo figurármela, pues me hallo ahora en mi sillón cómodamente sentado, ya me encuentro algo cansadillo: por lo cual, suelto la pluma para echar un cigarrito, y mientras lo fumo iré recordando y ordenando los varios lances de la presente verídica narración. Y ninguno extrañe este mi cansancio por un viaje que no hice, pues no me falta imaginación viva, aunque no tengo tanta como cierto amigo y paisano mío, que, señalando en Sevilla el termómetro un calor de 43 grados, capaz de hacer sudar á un peñasco, sólo con mirar algunos instantes un mapa de la Siberia experimentaba tal frío, que daba diente con diente y tenía que embozarse en la capa.

II.

Y lo primerito con que tropezó el inglés al entrar en la península, fué con los carabineros. Extrañó mucho que á sus compañeros de diligencia no les registraran los equipajes, mientras el suyo sufrió una inspección escrupulosa, y con tal rigor, que le hicieron pagar no sé cuánto por dos relojes que traía, y por un estuche de navajas de afeitar, y por otras friolerillas de su uso, como si de todas ellas fuese mercader y traficante. Dábase míster Símpleton á todos los diablos, cuando un español le dijo:

—De poco se queja usted, hombre. Aun le falta el rabo por desollar.

—¿Cómo es esto? ¡Carramba! Yo pagar la dinera: yo no querer que me desuellen.

Después de registrado y revuelto el equipaje y pagado cuanto quisieron los registradores, quedóse uno de ellos mirando socarronamente á su víctima, y con esa grosería propia de ciertas gentes, que les lleva hasta á tutear á los extranjeros, le dijo:

—Oye, inglés, me parece que estás muy gordo.

—Sí, estar gordo yo: ¿también costar la dinera in Spagna el estar gordo?

Mas el carabinero, sospechoso de que viniese contrabando oculto en el vientre del inglés por debajo de la ropa exterior, empezó á manosearle y palparle de tal manera, que mi héroe se escamó no poco; y á estar versado en el teatro Español, hubiera recordado aquella escena de *La Invencible Castellana*, de Cañizares, entre un rey moro y un cautivo cristiano.

No la conocía el bueno de Mr. Símpleton, pero pudo adivinarla mientras padeció bajo el poder de los carabineros, que fué cosa de dos ó tres horas, minuto más ó menos.

Con aquella novedad comenzó á sospechar que España era el país que necesitaba para no morir de aburrimiento.

Pero como todo en este mundo tiene su fin, túvolo también el registro, y prosiguió mi héroe su viaje empaquetado y dando tumbos en la caja de la diligencia con sus compañeros de fatigas. Y ¡cuál no fué su sorpresa cuando uno de éstos le manifestó que se hubiese podido ahorrar tantas molestias, gastos y vejaciones con sólo guiñarle un ojo al carabinero al darle las llaves de los baúles!

—Y ¿por qué no decírmelo antes? Guignar un oco, ¿no es cerrar un oco..... así?

—Eso es; pero á la par del guiño, hay que saber entenderse con el carabinero.

—¡Aaaah! Mí comprrrenderlo bien. ¡Oh Spagna!

En su peregrinación y después de ella gozó míster Símpleton lo que no cabe ponderar en relato alguno, pasando los días y aun las horas de sorpresa en sorpresa y de asombro en asombro. Todo el caudal de su experiencia acumulado en sus estudios y largos viajes, todo cuanto la sana razón y la práctica de la vida pueden juntamente enseñar á un hombre, adoctrinándole para los sucesos futuros, todo resultaba en este original país agua de cerrajas, ó conversaciones de Puerta de Tierra, como dicen los gaditanos. Aquí lo absurdo era lo natural: lo inverosímil y estupendo, lo corriente y diario: la historia, novela; y la novela, historia.

Ardía por entonces bravamente la primera de nuestras interminables guerras civiles: sustentaba un bando la libertad junta con la monarquía y llamábase el otro defensor y sostén de la religión y absolutismo. Para demostrar cada partido la bondad de su causa, fusilaba sin piedad á cuantos adversarios cogía prisioneros; y con tan ameno ejercicio iba despoblándose el país, hartándose la tierra de cadáveres y creciendo los odios hasta el punto de convertir cada casa en una imagen del infierno. Por si era ó no espía de liberales, faltó poco para que en Navarra fusilasen al bueno de Mr. Símpleton, quien, huyendo de las moscas, fué á establecerse lejos del teatro de la lucha. En él había visto clérigos igualmente hábiles para decir misa y confesar moribundos, que para capitanear partidas, manejar el trabuco, volar puentes, quemar pueblos y fusilar al prójimo por quítame allá esas pajas; defensores de la fe blasfemando como paganos desde la mañana á la noche; soldados que, después de largas caminatas de muchas leguas y cubiertos con la sangre y polvo del combate, pasaban horas y horas bailando al son de la guitarrilla; miles de hombres que, tras de no comer en dos días, se peleaban ferozmente; que en el rigor del invierno caminaban y dormían sobre la nieve descalzos y vestidos de verano; con otras mil cosas que todo español tiene olvidadas de puro sabidas, y que eran para el inglés el colmo de lo maravilloso y de lo increíble.

—¡Oh, qué buen país! ¡Qué Spagna tan hermosa!—exclamaba á cada instante. Y se restregaba las manos de puro gusto, por hallar aquí en todas partes lo que nunca imaginara.

No menores sorpresas que en la guerra carlista experimentó en la vida civil á cada paso. Ya en esta posada le ponían dos cuartos del huevo, y del huevo dos, son cuatro; cuatro por ocho treinta y dos, y dos del huevo, treinta y cuatro, y se quedaban con la peseta; ya en la otra le cobraban á subidos precios el vino que no bebió, la cama en que no pudo un solo instante dormir, y hasta las pulgas, chinches y mosquitos que le privaron del sueño; con varias cositas más que nunca había visto en pueblos civilizados, ni tampoco entre las tribus salvajes. Por lo cual, lleno de júbilo, exclamaba:

—¡Oh, qué buen país! ¡Qué Spagna tan hermosa!

Y no lo decía irónicamente, sino con la mayor buena fe; tanto, que aquí se avecindó con el firme propósito de acabar entre nosotros los días de su existencia, bien seguro de que, aun aventajando á los del propio Matusalén, jamás podrían faltarle frecuentes motivos de sorpresa y de asombro. Excusado es añadir que ni volvió á experimentar aburrimiento, ni mucho menos á pensar en el suicidio. Pues, según iba conociendo el terreno que pisaba, hallábalo más fecundo en cosas originales y estupendas. Vió que los toreros, sin saber leer ni escribir, se hacían millonarios y eran los ídolos de la muchedumbre, mientras los maestros de escuela pedían limosna ó perecían de hambre; que los ladrones andaban sueltos, y los periodistas solían estar metidos en la cárcel; que el trabajo honroso conducía rectamente al hospital, y el agio y la usura y los más sucios chanchullos á la opulencia y á los títulos nobiliarios..... en fin, supo el inglés con pasmo y asombro lo que sabemos todos los españoles sin pasmarnos ni asombrarnos. Cierto día vió pidiendo limosna á la puerta de una iglesia varios hombres, algunos de ellos mutilados y vestidos andrajosamente con restos de uniformes militares. Preguntó quiénes eran, y le dijeron con la mayor sencillez del mundo:

—Soldados inválidos de la última guerra y trabajadores enfermos y pobres.

Penetró en la iglesia, que era espaciosa y magnífica, y vió sentados en el coro varios hombres gruesos y bien vestidos, que cantaban en latín con tremendos vocejones. Preguntó quiénes eran, y le contestaron también muy naturalmente:

—Son ilustrísimos señores canónigos, cuyo oficio es cantar un ratito en el coro.

Y exclamó el inglés, frotándose las manos:

—¡Ya! Lo comprrendo. ¡Oh, qué buen país! ¡Qué Spagna tan hermosa!

III.

Cierta mañana de primavera salió Mr. Símpleton á dar un paseo: alejóse más de lo acostumbrado, absorto como iba en sus meditaciones, cuando de ellas le sacaron llantos y gemidos que sonaban entre la próxima arboleda. Naturalmente compasivo, se aproximó al lugar de donde salían los lamentos, y halló sentado en tierra á un viejecito, pequeñuelo y arrugado, que era quien lloraba.

—¿Qué tener usted? ¿Por qué ese afligimiento?

—¡Jí, jí! ¡Ay, ay! Porque me ha pegado mi papá.

—¡Carramba! ¿Qué cantidad de años tener ahora usted?

—Señor, nada más que setenta y cinco años; pero tiene un genio mi papá.....

—Yo querer mucho conocer á su papá: vamos los dos por buscarle.

Y poniendo un peso duro en la mano del viejo, encamináronse ambos á la villa, que sólo distaba media legua. Llegados á las primeras casas, vieron al papá, que á la puerta de una de ellas estaba muy afanado esquilando á un perro de lanas. En verdad, aquel hombre no parecía padre, sino hermano gemelo de su hijo; las mismas arrugas, el mismo pelo tieso y entrecano, el propio cuerpecillo pequeñuelo y enjuto como un bacalao..... en suma, igual estampa que la de su tierno vástago, como vaciados ambos en un solo molde. No se hartaba mi héroe de contemplarlos; mas al fin preguntó, encarándose con el padre:

—¿Por qué causa usted pegar á este segnior su hijo?

—Porque le ha faltado al respeto á su abuelo.

—¡Ca..... Ca..... Carramba! Esto ser cosa muy demasiada. Yo querer mucho mirar al abuelo. Yo dar de regalo á usted dos pesas duras. ¿Dónde estar el abuelo?

Lleváronle á un corralillo donde había un mastín, un burro y varias gallinas picoteando el estiércol. Las que picoteaban el estiércol eran las gallinas; ni el mastín ni el burro se ocupaban en tal faena. Las cosas claras. Allí, resguardado contra una tapia, sentado y medio dormido en un desvencijado sillón, con una manta liada á los pies y tomando el sol, aunque el calor no era flojo, hallábase el abuelo, el Néstor de aquel humilde linaje. Era el arquetipo, el primitivo molde y figura de su hijo y de su nieto, sólo que, más arrugado, más curtido y todavía más flaco que ellos, hubiera podido pasar por una momia egipcia del tiempo de los Faraones. No apartaba de él Mr. Símpleton sus ojos: y después de haberle contemplado á su gusto, le habló con dulzura y le preguntó la edad que tenía. Con voz entrecortada por las toses, respondió el abuelo:

—La verdad..... no lo sé, pues hace poco..... he perdido la memoria..... tan joven.....; pero ahí..... dos ó tres casas más arriba..... vive..... el cura que me bautizó.....

¡Caballeros! Al escuchar esta salida se disparó el inglés como caballo desbocado ó como alma que llevan los demonios, y no paró de correr lo menos en setecientos cincuenta metros. Por nada del mundo hubiera querido ver al cura. Temía que le embrujase. Cuando se le calmó el espanto y estuvo algo tranquilo en su casa, empezó con mucha atención á leer *De Macrobiótica*, ó arte de conservar y prolongar la vida.

IV.

La tal *Macrobiótica* presenta ejemplos admirables. Nos dice que nuestro gran padre Adán vivió 930 años: Jarah, 962: Malalael, 895: Mathusalén, 969; Onesicrites, historiador de Alejandro, 400; según Homero, cuando asistió Néstor á la guerra de Troya, tenía nada más que 300; Simón Cleofás, conocido por Santiago el Menor, segundo Obispo de Jerusalén, fué crucificado á los 120: Narciso, tercer Obispo de Jerusalén, falleció á los 166 años, de resultas de una caída, y si no se cae, muy probable es que anduviese todavía por ahí echando bendiciones: en suma, el inglés se penetró en tal grado del asunto, que apenas pensaba en otra cosa. ¿Qué comían, cómo dormían, á qué hora se rascaban estos venerables centenarios? ¿Es la vida el tiempo medido por soles y estaciones, ó la serie de actos ejecutados por un individuo?

Después de mil cavilaciones, mi héroe renunció definitivamente al suicidio: confesó y declaró, en prosa y en verso, de palabra y por escrito, *urbi et orbi*, que el nuestro es el país de los países, la patria de lo inesperado, fenomenal y maravilloso: resolviéndose á vivir, ó, cuando menos, á poner toda suerte de medios imaginables para no morirse..... hasta que tenga España un buen Gobierno.

Hoy Mr. Símpleton lleva cumplidos los noventa años, y anda por ahí tan erguido y girocho, y tirará otros noventa antes de ver cumplido su buen deseo y loables aspiraciones. Sólo siento no poder auxiliarle en sus postrimerías, heredarle en sus talegas y sobrepujar los novecientos sesenta y nueve otoños ó inviernos del bíblico Mathusalén, repitiendo de vez en cuando, para que no caiga en olvido, aquel famoso aforismo de Hipócrates: *Ars longa, vita brevis*.

Narciso Campillo.

LOS TEATROS.

En el Español: *La voz de la patria* y *La ciencia de los hombres*.—En el de la Princesa: *Divorciémonos*, *El rapto de las Sabinas* y *Las ideas de la señora Aubray*.—En el de la Comedia: *Villa-Tula*.—En el de la Zarzuela: *El Angel guardián*.

Después de haberse hecho el público cómplice—con su actitud de bromista *jaleador*—de los desatinos llamados patrióticos presentados en dos ó tres teatros de esta corte, tuvimos la satisfacción de asistir al estreno de *La voz de la patria*, interesante episodio dramático escrito en verso por la conocida escritora D.ª Rosario de Acuña.

El llamamiento de los reservistas en previsión de las necesidades de la campaña de Melilla, ha servido de fundamento á la autora para ofrecernos un cuadro en que los íntimos afectos del hogar doméstico se revuelven vivos y desesperados ante las altas é imperiosas voces con que la patria reclama á sus hijos.

Desde que se levanta el telón, apenas se oyen las primeras palabras de aquella madre que no escucha los razonamientos patrióticos de su esposo ni siente otra cosa que el amor hacia el hijo de su alma que tratan de arrebatarle al grito de «¡guerra!», el espectador se siente atraído por aquella noble lucha de afectos, y presiente que el cuadro está iluminado por la verdad, despojado de todos esos chillones colores que brotan de la vana patriotería.

El hijo, que debe acudir armado á las filas con sus compañeros, se siente empujado á la deserción, no sólo por la voz del sentimiento materno, sino por la del amor de una mujer cuyo honor le reclama como prometido esposo.

Pero su padre le habla en nombre de la patria en aquel rincón de la tierra aragonesa, tantas veces regada con sangre de honrados héroes; le ofrece su propio ejemplo; le muestra y le coloca en el pecho la cruz que él ganó en sus juveniles años, batiéndose contra los moros bajo la bandera enarbolada por Prim en los Castillejos.

Se oye la rondalla en el foro; el himno del pueblo aragonés que llama con altas voces de madre á los hijos de la patria. Y la madre desolada, la madre que teme perder á su hijo, tiene que sucumbir y resignarse, y coloca al fin sobre el pecho que adorna ya la cruz ganada por su esposo, el escapulario de la Virgen del Pilar, que cree piadosamente seguro escudo que ha de librar de las balas enemigas al hijo de sus entrañas.

Ese es el resumen del cuadrito dramático, concentración viva y elocuente de la lucha de los más nobles sentimientos. Melilla no es más que la ocasión. Olvidado el nombre de esa plaza: en cualquier otra guerra en que nuestro honor nacional se viera comprometido, el cuadro resultaría siempre oportuno, siempre interesante y hermoso.

No siempre la forma corresponde á la delicadeza del fondo, ni la imagen poética al carácter del personaje que la dice, y acaso la señora de Acuña hubiera hecho ganar á la acción dramática haciendo más sobrias algunas escenas, sobre todo la final, harto pródiga en conceptismo patriótico. Pero su trabajo, como el de los artistas intérpretes, merece los plácemes que público y prensa le han tributado.

Ni una gran parte de la prensa ni el público en su mayoría estuvieron en lo justo con motivo del estreno de *La ciencia de los hombres*. Porque, á creer todo lo que dijeron y no ver lo que se callaron algunos periódicos de la mañana y otros de la noche, cualquiera supondría que era un desatentado el autor que discreta y espontáneamente había retirado su obra al final de la primera representación. Y en cuanto al público, en extremo benévolo, ¿por qué esperó á mostrar su desagrado ante los atrevidos rasgos de inocente inexperiencia que se echan de ver en el tercer acto, después de haber aclamado al poeta, prodigándole aplausos ruidosísimos, tras aquel mal imaginado, inconcebible, monstruoso final del acto segundo?

A un escritor joven, de la posición y el talento del autor de *La ciencia de los hombres*, no puede favorecérsele engañándole. Se le favorece diciéndole la verdad entera. Una obra dramática, con tesis y todo, no se improvisa como un discurso. Hay que estudiar despacio los grandes modelos; saber elegir el asunto y dominarle, planear desechando todo recurso que repugne por cualquier concepto al arte puro y legítimo, y hacer, en fin, que los personajes sean humanos, y se muevan, sientan y hablen por razón más poderosa que aquella otra por la cual eran valientes los soldados del capitán Alegría.

Nuestro novel autor ha mostrado esta vez que la inexperiencia es atrevida. Pero de su claro juicio espero que, si vuelve á la escena tras *La ciencia de los hombres*, lo hará ya con más ciencia de las cosas del teatro.

***

De regreso de su segunda excursión artística por la América del Sur; en circunstancias harto desfavorables, María Tubau, con la compañía que dirige Ceferino Palencia, inauguró su campaña en el teatro de la Princesa con la famosa comedia de Sardou, *Divorciémonos*, en la que tanto ella como Pepe Vallés hicieron verdaderos primores.

María tiene estudiada esa obra con tanto amor, que en la ejecución del difícil papel de Cipriana no se abandona ni en el más insignificante detalle, atenta hasta á los exagerados caprichos del autor en el último acto, contra los cuales se rebelaban el talento y la exquisita delicadeza de artista de la Dusse.

Por primera vez en nuestro idioma, representó después la compañía de Palencia la *dislocada* comedia *El rapto de las Sabinas*, aunque de autor alemán, *de factura* francesa, y que ya nos había dado á conocer en italiano y en el teatro de la Comedia el famoso Novelli.

No ha ganado mucho la obra con la traducción de Pedro Gil, quien, con las condiciones de autor cómico original que distinguen á otros traductores españoles, hubiera dado más vida á algunas situaciones cómicas y más viveza y colorido al diálogo, que se arrastra muchas veces lánguido y falto de gracia.

Por otra parte, no bastaba que María Tubau extremase su celo en favor del mejor conjunto del cuadro, tomando á su cargo, desde la tercera representación, el papel de la dama joven, la sencillísima hija del asendereado autor trágico-cómico de *El rapto de las Sabinas*. Era preciso además que el actor encargado del papel de Tromboni, cómico envanecido y tunante que trastorna el juicio del poeta y, para sus fines, ampara la disparatada tragedia del pobre viejo, diese más relieve, más vida á los detalles de algunas situaciones, en las que el inolvidable Novelli resultaba el verdadero protagonista de la obra.

Las ideas de la señora Aubray es una de las obras más artísticamente cinceladas, por decirlo así, del célebre autor de *La dama de las camelias*. Tal vez el éxito que en el libro y en el teatro alcanzó su Margarita Gautier llevó á Dumas (hijo) á buscar en todos los caminos á la mujer *caída*, para ofrecerla una y otra vez redimida del pecado por el amor. Puede decirse que ese tema ha sido la preocupación más viva y constante del famoso dramaturgo.

La Juana de *Las ideas de la señora Aubray* es una figura más en la galería de hermosos ángeles *á posteriori* que nos ofrece el soberano ingenio del redentorista dramático. Pero otros de sus ángeles habían caído arrastrados por el ejemplo del vicio ó por la fuerza de la pasión. En su ingenua y sentida confesión á la señora Aubray, Juana presenta el pecado *en frío*, la caída por gratitud calculada; da su honra—no su amor—á cambio de unos cuantos billetes de Banco con que un vicioso la socorre y socorre á la familia que la rodea. Si no fuera por su aureola teatral de madre amantísima del hijo de su incomprensible pecado, Juana no podría salir del misterio con que se presenta á los espectadores, sin que éstos protestasen contra lo exagerado de las ideas filantrópicas de la señora Aubray.

La protesta del público en el teatro de la Princesa se tradujo al final en una resistencia pasiva, pero dura, á aceptar como moneda corriente del sentimiento verdad aquellos arranques de sensiblería bien estudiada, pero demasiado convencional, con que el ángel caído, por medio de un amago de sacrificio que allí parece egoísta, se levanta hasta los brazos de su honradísimo adorado con el título de esposa, realizando las temerosas ideas de la Sra. Aubray, quien con tal nuera se da al fin por muy honrada.



MELILLA.—EL FORTÍN NÚM. 1, VIGILADO POR LOS MOROS DE REY, DURANTE LA NOCHE.

(Dibujo de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

Y concluyamos diciendo con el simpático personaje que representa Vallés: «Todo esto es muy hermoso; pero.....»

Pero declaremos también que del buen nombre del Sr. López Guijarro podíamos esperar una traducción más esmerada, más castiza, del admirable, afiligranado diálogo de la obra de Dumas.

Nada reprochable se encontró en la ejecución por parte de la inteligente María ni por la de Carlota Lamadrid, discretísima vencedora de las dificultades y peligros que su papel de pecadora ofrecía. Sólo en la agraciada actriz encargada del papel de la dama joven encontré un exceso de escénica inexperiencia.

Recordemos que una vez más se anuncia en los nuevos programas de Ceferino Palencia su tantos años prometida obra nueva: *Nieves*. ¿Quién sabe si ahora esta Nieves será la señorita Nieves Suárez, meritoria que figura en la lista de la compañía? Por el público y por el mismo Palencia celebraré que «Nieves» (comedia) resulte al fin verdad este año. Porque, ya nos lo dice el refrán: «Año de nieves, año de bienes.»

***

Ha pasado ya con aplauso á las funciones de la noche la regocijada comedia *Villa-Tula*, que, con completo buen éxito, se estrenó en la primera tarde de Pascuas en el teatro de la Comedia, donde hace años se había estrenado con tan buena fortuna



MELILLA.—OFICIALES ESPAÑOLES CONVERSANDO CON LOS ASKARIS DE LA ESCOLTA DE MULEY ARAAF.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



PATIO DE LA CASA DE SAMUEL LEVÍ, EN TOLEDO.
CUADRO DE MARTÍN RICO.

otra obra del mismo autor alemán, con el título de *Militares y paisanos*.

Segunda parte de ésta—según el autor alemán y el hábil arreglador español,— *Villa-Tula* nos ofrece, efectivamente, algunos de nuestros ya muy conocidos y celebrados personajes, sin excluir á aquel apocado farmacéutico que hacía el amor á la hija del alcalde, bajo la protección del médico militar que aparecía casado en secreto, y cuya señora es objeto en *Villa-Tula* de las atrevidas asechanzas de un francés alegre y francote, grande amigo de Mendoza, quien le hospeda, como á otros, en el hotel que lleva el nombre de su esposa, aquella Tulita americana que tan hábil gancho tuvo al fin para el capitán empedernido.

Puede decirse que toda la acción de la nueva comedia está reducida á los amores simplicísimos del mancebo de la botica de Cebolleta con la hija del guarda, y á las intermitentes intrigas del francés, vigiladas con severidad cómica por aquel miope Arturito que tanto juego dió con su remojo en la acequia en *Militares y paisanos*. Pero esta primera parte tampoco tenía más asunto ni más acción escénica que pudiera despertar el interés del público.

El verdadero interés está en los incidentes cómicos que afectan personalmente á los bien movidos personajes; en los detalles de los caracteres y tipos que juegan en la fábula, y en lo vivo y chistoso del diálogo, en el que tanto ha puesto de su cosecha el ingenioso Vital Aza.

Claro es que la primera parte—sólo ya por ser primera—lleva consigo todas las ventajas, y la mayor de todas la novedad—suprema para el espectador—no siendo pequeña, para el efecto alegre y vivo á la vista, la del movimiento constante de uniformes y armas, que no reaparecen en *Villa-Tula*.

Esta última—aun luchando tan desventajosamente con los alegres recuerdos de la primera—es digna hermana de ella y legítima hija de padre tan ingenioso, quien, con todo su celo paternal, nada podría decir de malo al padrino ó compadre que también ha vestido á la española la segunda parte de *Guerra en tiempo de paz* ó *Militares y paisanos*.

Una sola cosa podríamos reprochar los españoles—no el autor alemán—al amigo Vital Aza. A quien de tanto ingenio puede hacer alarde, no se le puede permitir que, con las gracias finas y nuevas de su cosecha, mezcle chistes trasnochados de almanaque, como aquel de *Daoiz y Velarde* al hablar de las célebres parejas amorosas que historias y leyendas nos ofrecen.

En cuanto á la ejecución, no he de citar ni un solo nombre. Bien conocidos son ya los artistas del teatro de la Comedia. Todos ellos, desde el director-empresario, que sabe cómo hay que buscar en los ensayos un buen conjunto de cuadro escénico, cuantos toman parte en las representaciones de *Villa-Tula* hacen en esta obra—y es el mayor elogio—todos los primores que aplaudimos en la ejecución de *Militares y paisanos*.

***

Ha resultado con el estreno de *El Angel guardián* en el teatro de la Zarzuela lo que tantas veces tengo repetido cuando se trata de obras nuevas—buenas ó malas—de ese género popular en España que, para su mayor esplendor y pureza, no admite levaduras de la *manera* francesa del cómico-lírico más ó menos bufo y desenfadado.

Siempre triunfa la obra en que se respetan las buenas tradiciones del género español que empezó á brillar y á popularizarse en el antiguo teatro del Circo; contando, por supuesto, para el triunfo con el ingenio y la habilidad escénica del libretista, y con que el músico ha penetrado bien en el espíritu y la letra que se le ofrecen para la interpretación lírica de las situaciones.

El Sr. Pina Domínguez, que conoce bien los resortes que hay que tocar para que se despierte el interés del público, ha escrito un buen libro sobre el pensamiento y el asunto de una obra francesa, procurando que la parte cómica no perjudique en lo más mínimo á la pureza del sentimiento que domina en el espíritu enamorado de la protagonista, llena de abnegación y dispuesta al sacrificio por la felicidad de aquel á quien ama en secreto.

El Angel guardián resulta un mágico cuya varita abre todos los caminos á la dicha ajena, de paso que los cierra á la realización de las esperanzas de la propia felicidad. Pero al fin aquellos caminos que se allanan por virtud del ángel—que no es otro que una hermosa aldeana—conducen al ex seminarista Enrique Pacheco al desengaño de que la mujer que soñó para esposa no es digna de su amor, que ofrece al final con alma y vida á la pobre muchacha que en silencio le adora, al ángel que, por él, hacía tanto sacrificio estéril.

El espectador pasa de buen grado por las grandes inverosimilitudes que lleva consigo la fuerza mágica de la voluntad noble y angelical de la enamorada campesina que, por medios tan inopinados, proporciona á su ídolo recursos de todo género para confundir á los enemigos de su felicidad. El sentimiento delicado, la gracia de buena ley, las situaciones que se suceden viva y rápidamente, los rasgos simpáticos de las dos principales figuras, llevan al espectador con interés y sin fatiga hasta el final de la fábula bien imaginada.

Y, como queda ya indicado, los maestros Nieto y Brull se han inspirado perfectamente en el espíritu y la letra del *Angel*, y han escrito una música hermosa, sentida en ocasiones, juguetona y graciosa cuando la situación lo pide, á propósito, en fin, para que la varita del angelical *mágico prodigioso* toque en todos los corazones.

Para que el triunfo fuese más completo, la ejecución fué excelente por parte de todos los artistas, distinguiéndose la señorita Soler Di-Franco, cuyas facultades excepcionales jamás se rinden á pesar de lo constante y duro del trabajo.

El amigo Berges—como todas las empresas teatrales—encuentra este año tantos y tan fieros enemigos, que no sé si, por encima de todos ellos, podrá llevarle á un gran negocio ese *Angel* que guarda entre sus alas el verdadero espíritu de la zarzuela española.

EDUARDO BUSTILLO.

5 de Enero de 1894.

LA CAJITA DE ÉBANO.

NARRACIÓN FANTÁSTICA.

I.



UANDO comienza la juventud de la vida, esa época feliz y efímera del hombre, es muy común, es lo que ordinariamente acontece, se apodere de él todo género de ilusiones. Los sueños de oro, las esperanzas risueñas halagan entonces la imaginación, basados siempre en la inexperiencia y el absoluto desconocimiento de la existencia práctica y positiva que se halla en el mundo. Rara excepción podría considerarse el alma joven que en esa edad de pensamientos indecisos é incompletos apareciese con una idea instintiva de la vida práctica, y aquel que dejando de ser soñador discurriese, calculase y se propusiese un fin utilitario, alejando de su mente y su corazón los fantasmas sonrientes de la felicidad, de los goces no definidos y de las bienandanzas del porvenir. Curiosa materia para el estudio del moralista sería, sin duda, averiguar las causas por qué en determinadas épocas, y en la presente sobre todo, estas excepciones van dejando de serlo. No nos atañe entrar en semejantes investigaciones, y por nuestra parte intacto le dejamos este asunto.

Sugiérenos tales reflexiones el recuerdo de un joven, lo era cuando le conocí, y de esto hace no pocos años, que residía en una de las más hermosas poblaciones andaluzas, nacido en su fecundo suelo, y á quien los rayos de un sol meridional habían enardecido su despierta imaginación, que respondía á los pensamientos de un alma vehemente y apasionada. Un extraño suceso de su vida, de mí conocido mucho después de aquella época, es el que me propongo referir en este paraje.

La existencia para tan afortunado mancebo era un paraíso, y podía entonces considerársele un completo soñador de venturas. No concebía el infortunio que aleja la paz del alma y la risa de los labios, y la idea de esas contrariedades inevitables á que está sujeto todo ser humano jamás se le presentaba en sus viajes por los campos de la fantasía. Todo parecía, en efecto, confirmarle en tan halagadoras creencias. Amaba con ternura en esas pasajeras aficiones casi de niño, y era correspondido con lealtad por corazones sanos que aun no conocían las falsedades y las traiciones; su ingenio y natural talento le proporcionaban merecidos aplausos, y el harapiento fantasma de la pobreza jamás se interponía en su camino con su sombría presencia para hacerle sentir sus rigores. La felicidad, pues, había sido constante compañera de su primera juventud. En este período de su vida llegó á persuadirse que los que consideraban la existencia del hombre como penosa peregrinación, y nuestra tierra como valle de lágrimas, eran exagerados y adustos moralistas ó melancólicos poetas. ¡Ay! no sospechaba que la suerte suele tener terribles y despiadadas burlas. Tal vez porque más se sienta el súbito golpe de la desgracia, da antes á manos llenas la felicidad más cumplida.

El héroe de mi narración, á quien daré el nombre de Aurelio, carecía de la prevención necesaria con que se debe caminar por las sendas del mundo para esquivar sus asechanzas y peligros. Era confiado en exceso, expansivo sin reserva, decidor, alegre y dispuesto siempre á rechazar la más leve sombra que obscureciese el cielo de su dicha. La poesía que guiaba sus pensamientos y revestía todas sus impresiones era la verdadera, la que sólo significa la grandeza, la elevación con que se considera todo lo que es digno, noble y hermoso, y que nunca incurre en pecado aunque sea exagerada. No conocía el egoísmo; como todos los leales, no sospechaba la mala fe en corazón alguno; no desconfiaba del que le exageraba su afecto, ni poseía esa pasión, castigo del que la siente, la desasosegada envidia que odia con tenaz insensatez cuanto no puede alcanzar y otro consigue, porque le faltan sus merecimientos. Alentaba, resumiendo sus cualidades, un corazón de oro.

Adornado de prendas tan valiosas, hizo de lleno su entrada en la vida social, que le abrió sus puertas con el agasajo que siempre recibe á los mimados de la fortuna, sobre todo si no necesita el oro ajeno; pero se le consideró muy en breve como uno de esos cándidos personajes de buena fe, á quienes en último resultado se hace forzoso calificarles de *pobres hombres*, en gratitud á los servicios que de ellos se han recibido.

Dispénsenme mis lectores el haberme extendido más de lo que me propuse en el retrato del protagonista de mi narración. Aurelio entró con mal pie en ese mundo á que me he referido. Apasionado de una hermosa joven, hija de opulentos padres, halló en su amor una fría correspondencia, un afecto calculado que parecía apreciar más el dinero que pudieran encerrar sus arcas que los tesoros de amor que se escondían en su alma sincera. Sentía, pues, ese malestar, esa duda que enturbia la felicidad de los enamorados. Llegó el caso de pedir á aquélla en matrimonio, y supo que antes de ser aceptado por sus padres se celebraron largas conferencias, en que se sumó y se restó su capital con el de otro pretendiente, y se deliberó sobre quién merecía ser preferido para hacer la ventura material y positiva de tan encantadora joven. Coincidió con este suceso otro desgraciado, que vino á sacar de perplejidades á aquéllos. Nuestro buen Aurelio se vió de pronto arruinado. La casa de comercio en que tenía depositado su caudal se declaró en quiebra, y excusado es decir que tanto él, siguiendo sus delicados impulsos, como su amada, dócil sin esfuerzo á los consejos paternales, convinieron en un rompimiento que aprovechó su rival, traidor por cierto á la amistad que le vendía. Así se vió desvanecida para Aurelio aquella suprema dicha con que había soñado, recibiendo el desengaño más cruel de sus ilusiones. Ya no veía el cielo de su vida con tintas tan sonrosadas.

Aurelio perdió á su padre cuando aun se hallaba en la cuna: su madre le idolatraba, y él correspondía con igual voluntad y extremos á su cariño. Otro de los rudos golpes que sintió cuando comenzó á ser mayor de edad, coincidiendo con la pérdida de sus intereses, fué la de aquel ser tan querido. Entonces comenzó á persuadirse de que no se hallaba en este mundo el edén por él soñado, y en horas amarguísimas fué presa su alma de esos fantasmas que traen con su presencia las lágrimas, los desengaños, el dolor y el insomnio. ¡Cuán hondo su abatimiento, y cuán sin consuelos su tristeza! ¡Cuán profunda su amargura á las frecuentes decepciones que llegaban á afligir su espíritu! Todo cambió de repente para él. Los que se llamaban sus amigos fueron indiferentes á su infortunio; es lo que sólo podía exigírseles, porque los más ni aun parecía que le hubiesen tratado para dispensarle un saludo ceremonioso. Verdad es que debían ser ingratos, porque habían gozado largo tiempo de sus generosidades. ¡Pobre Aurelio! ¡Qué idea tan equivocada había formado de la vida!

Nuestro joven soportó con resignación y ánimo fuerte estas duras pruebas, y como poseía un buen talento, de visionario de supuestas venturas pasó á ser reflexivo observador de la humanidad, y algo aprendió, pero no tanto que dejara aún de avasallar su espíritu á la fría razón, ahuyentando del todo sus antiguas quimeras. Antes al contrario, subsistía en él una inclinación especial á cuanto tuviese la apariencia de maravilloso y sobrenatural y le sacase de la prosaica atmósfera de la vida.

A la muerte de su madre, Aurelio quedaba solo en el mundo. Era el último vástago de una antigua é ilustre familia. Su raza había dado no pocos héroes á la historia patria. En los tiempos de su desencanto recordó una tradicional preocupación que le había sido referida por aquella excelente señora, y se transmitía de padres á hijos, y que era, por decirlo así, un secreto de sus ascendientes. Una vez sola habló á Aurelio su buena madre de éste, y en qué consistía, pero le exigió que no volviese ni aun á recordárselo, y él cumplió fielmente su deseo. Para comprender el misterio á que nos referimos, fuerza será retroceder desde los tiempos que alcanzamos á otros ya muy distantes. Habremos de fijar nuestra vista en los años que promediaron el siglo XIV.

II.

Desde que vistió los lutos de la viudez la madre de nuestro Aurelio, guardaba ésta cuidadosamente bajo siete llaves, como suele decirse, un objeto pequeño, que en más de una ocasión había excitado la curiosidad infantil de aquél, cuando por acaso se ofrecía á su vista. Era el tal objeto una pequeña caja de ébano, herméticamente cerrada, sin que nada en ella indicase la forma en que pudiera abrirse. La historia de este misterioso mueblecito es la que vamos á referir.

Cuando ya se presentía en España el término no muy lejano de la enconada lucha sostenida un siglo y otro contra el poder de los árabes que ensangrentaba sus comarcas é impedía aún la unidad nacional que había de engrandecer su poderío, alzábase á poca distancia de una aldeílla un elevado fuerte de los muchos que poseían en las fronteras de sus Estados los reyes moros andaluces. Fué construído en uno de esos períodos de civiles discordias que tan cruelmente dividían á nuestros invasores; y después de heroica defensa y forzosa capitulación, vino al dominio del cristiano en un asedio tan difícil como glorioso. El que alcanzó tan señalada victoria era un caballero de ilustre estirpe y esforzado aliento, y obtuvo para sí y sus sucesores de la magnanimidad de su Rey la posesión y propiedad del castillo, en cuyas almenas había puesto por sus manos el estandarte de la cruz. Don Íñigo, así se llamaba este esforzado campeón, compartía en las paces y largas treguas el ejercicio de las armas con el estudio de las ciencias ocultas, imitando tal vez al célebre D. Enrique de Aragón, marqués de Villena, casi contemporáneo suyo, y se le suponía tan entendido en las artes mágicas, que llegó á dársele el so-

brenombre, como á aquel prócer ilustre, de mago ó nigromante. En uno de los más retirados aposentos del castillo, donde él solo penetraba, abismábase en sus estudios, y apenas se le veía fuera de él: tal era la complacencia que en ellos debía encontrar. Tenía un hijo único, y único individuo de su familia que quedaría en el mundo á su muerte, si ésta no la hallaba en Aragón, donde guerreaba al lado del rey de estos Estados. Sólo abandonaba D. Íñigo su retiro misterioso para buscar con sus servidores algún esparcimiento en los placeres de la caza, á los que se había entregado en su juventud con extrema afición. Cierto día se aventuró demasiado en la espesura de un bosque, dejando muy atrás á los que le acompañaban. Estos, alarmados de no hallarle en parte alguna, después de transcurrido algún tiempo, y de no oirle responder á sus voces, le buscaron con ansiedad en lo más intrincado de la selva; pero todo fué en vano, porque no pareció ni vivo ni muerto. No se volvió á verle más, y se supuso que fuera arrastrado por alguna hambrienta fiera á su guarida y en ella devorado cruelmente. Perdida toda esperanza de que se hallase con vida, quisieron penetrar en aquella estancia misteriosa que había sido su habitual residencia; pero se opuso el más antiguo de los servidores del desgraciado guerrero, que había recibido terminantes instrucciones del mismo para el caso de su muerte, bien en los campos de batalla, bien en su lecho, así como un pergamino sellado con sus armas que debía entregar á su hijo, á la vez que una caja de ébano de pequeñas dimensiones. Este, que á la noticia del infausto fin de su padre había acudido lleno de pesar á la murada vivienda de que debía ser desde entonces poseedor, se enteró en seguida del contenido de aquel escrito que á él se dirigía, en que se consignaba un incomprensible encargo del difunto referente á la misteriosa cajita. Era su voluntad que no se abriese hasta pasados cuatrocientos años del que á la sazón corría. En esta época solamente podía hacerlo aquel descendiente suyo directo, y que llevase, por lo tanto, su mismo apellido, si no se había extinguido su raza, y saber entonces lo que contenía. Creyóse tan original deseo alguna brujería ó extravagancia del guerreador nigromante; pero se respetó su voluntad, así como la absoluta prohibición que imponía á la vez de que se abriese la puerta de aquella estancia constantemente habitada por él en su castillo, en tanto que el tiempo ó las luchas de los hombres no lo hubiesen arruinado ó destruído.

La cajita misteriosa fué mirada con supersticioso temor de una generación en otra, y cuantos por transmisión la poseyeron legítimamente, respetaron su secreto. La familia de D. Íñigo subsistió hasta el siglo actual, y nuestro Aurelio era el último descendiente de ella. El castillo, en mucha parte arruinado, existía aún: la que no lo estaba la tenían en arrendamiento un herrador y un cabrero con sus familias respectivas. Tal propiedad pertenecía á los bienes de Aurelio, y aun la conservaba después de la quiebra del que era depositario de su caudal.

Habían transcurrido los cuatrocientos años que marcaba el pergamino de D. Íñigo. Poseíalo ya Aurelio, á quien su madre se lo había entregado en las horas que precedieron á su agonía con la cajita de ébano. Él era, pues, el llamado á descifrar este enigma que había sido la preocupación de sus ascendientes, los cuales llevaron su curiosidad al sepulcro.

Angel Lasso de la Vega.

Concluirá.

EN LA ESTACIÓN.

CUADRO DE COSTUMBRES EN FORMA DRAMÁTICA.

PERSONAJES.

Doña Misericordia.	Un empleado en el ferrocarril.
D. Sisebuto, *su marido.*	Un viajero.
Luisa, *hija de entrambos.*	Un mozo.
Doña Baldomera.	Un vendedor.
D. Fabricio, *amante suyo.*	Un aguador.
D. Eduardo.	Un guardia.
D. Arturo.	Un barquillero.
D. Enrique.	Mozos, viajeros, vendedores, chicos, etc.
D. Luis.	
D. Romualdo.	

La escena se supone en la estación del Mediodía.

El vestíbulo de la estación del Mediodía en Madrid.—Está próxima la hora de partir un tren: la gente corre hacia el despacho de equipajes y de billetes, atropellándose unos á otros. Mozos cargados; vendedores de agua y fruta, etc.

ESCENA PRIMERA.

Vendedores, Mozos y Viajeros.—D. Sisebuto.

Vendedor 1.º—¡Agua como la nieve!
Viajero 1.º—¡Venga un vaso! (Después de beber.) ¡Uf! ¡Si está hirviendo!
Aguador.—¿Pus cómo ha de estar con el calor que hace?
Mozo 1.º—¡Que manchu! (Con un equipaje.)
D. Sisebuto.—¡Habrá animal!
Mozo.—¿Por qué no se quita usted de en medio? ¡Luegu se quejan de que lus atropellen!
Sisebuto.—Estoy esperando á mi mujer.
Mozo.—M'alegraré de que nu llege.
Sisebuto.—¡Desvergonzado!
Mozo.—¡Toma! El buey sueltu..... (Riéndose bestialmente.)

ESCENA II.

Dichos, D. Fabricio.

Fabricio.—Le ha llamado á usted buey.
Sisebuto.—¡Ah bárbaro!
Mozo.—(Marchándose.) Con Dios, tucayo. (Desaparece.)
Sisebuto.—¡Qué gentuza tan grosera!
Fabricio.—¡Psit! No tienen educación, ni.....
Sisebuto.—Verá usted cómo mi mujer hace una de las suyas.
Fabricio.—¿Es calmosa?
Sisebuto.—Todo lo deja para el último momento; y más de veinte veces me ha hecho llegar á la estación cuando se había marchado el tren.
Fabricio.—¡Es chasco pesado!
Sisebuto.—Pesadísimo. Y no puedo tomar siquiera los billetes, porque ella es la que tiene la bolsa.
Fabricio.—¡Hola! ¿Conque usted?.....
Sisebuto.—Yo nunca llevo un cuarto: mi costilla pretende que soy un derrochador, y, la verdad, no sé en qué lo ha conocido; pues desde el primer día de nuestro matrimonio, Misericordia maneja el dinero, la casa y todo.
Fabricio.—¿Incluso usted?
Sisebuto.—Luego..... ¡con la familia que tenemos!.....
Fabricio.—¿Muchos hijos, eh?
Sisebuto.—Veintidós..... aunque, gracias al cielo, sólo viven siete. Ahora vamos á Alhama, porque mi mujer asegura que aquellas aguas son buenas para que no salgan canas.
Fabricio.—¿Es joven?
Sisebuto.—¡Una criatura! ¡Cincuenta y seis años! ¿Y usted, á dónde va?
Fabricio.—No lo sé, á cualquier parte: donde evite los escollos en que usted ha naufragado.
Sisebuto.—No comprendo.....
Fabricio.—Me explicaré. Sepa usted que he tenido la desgracia de inspirar un amor volcánico á una mujer.
Sisebuto.—¡Aaah!
Fabricio.—Al principio incurrí en la debilidad de corresponderla, de darle palabra de matrimonio.....
Sisebuto.—¿Y después se ha arrepentido usted?
Fabricio.—¿Que si me he arrepentido? Me escapo de Madrid por no cumplirla.
Sisebuto.—Hace usted bien.
Fabricio.—Baldomera, pues así se llama, se parece mucho, por la idea que me ha dado, á su consorte de usted.
Sisebuto.—¿Sí? Pues entonces, váyase usted lejos, muy lejos:—á la China ó á la Mesopotamia.
Fabricio.—Eso pienso hacer. Anoche nos separamos en la mejor armonía: la juré mil veces amor y fidelidad. Pero yo tenía la secreta intención de abandonar esa Dido cuarentona, y de escaparme hoy por la mañana aunque sea al Japón.
Sisebuto.—¡Corra usted!
Fabricio.—Si averiguase cuáles son mis planes, vendría aquí y me asesinaría. Porque es una fiera, una hiena, un chacal. Siempre lleva en el bolsillo un pomo de veneno muy activo, un revólver y un puñal; y cuando se enfadaba conmigo me decía inevitablemente: «¿Qué género de muerte prefieres? ¿El arsénico, el acero ó el plomo?» Yo la calmaba como podía, y hasta otra.
Sisebuto.—¡Y tiene usted valor para detenerse tanto!
Fabricio.—Por desgracia, el tren no sale todavía. Pero me voy adentro; pues si por casualidad viniese aquí y me encontrase..... ¡Santa Bárbara! ¡Habría una marimorena espantosa! Y si descubría la verdad, correría mi sangre á torrentes..... Así, quédese usted con Dios, y buen viaje.
Sisebuto.—¡Buen viaje, haciéndolo con mi mujer!
Fabricio.—Sí: debe ser un viaje de dos mil demonios. (Vase.)
Sisebuto.—Voy á asomarme á la puerta á ver si la veo venir. ¡Pero cá! ¡Lo que es hoy no nos marchamos! (Vase.)

ESCENA III.

D. Arturo, D. Enrique.

Arturo.—(A Enrique.) ¿Crees que no me habrá conocido D. Luis?
Enrique.—No es posible que nos conozca nadie. Tú, uno de los hombres más elegantes de Madrid, vestido de lacayo, y con ese pañuelo negro que te cubre la mitad de la cara.....
Arturo.—Pues tú también pareces otro, disfrazado de gallego.
Enrique.—Toda precaución es poca, para librarnos de la justicia y de nuestros acreedores.
Arturo.—¡Ay, Enrique! ¡Quién nos lo había de decir!
Enrique.—Yo bien te prevenía que nos hundiamos; que el debe excedía del haber; que nuestros gastos eran excesivos, y que al fin y á la postre quebraríamos.
Arturo.—¡Haberme enamorado yo como un tonto!
Enrique.—De aquella suripanta ridícula y perversa.
Arturo.—Sus manos eran el tonel de las Danaides.
Enrique.—¡El dinero que nos ha costado!
Arturo.—Que me ha costado dirías mejor; porque el capital era mío.
Enrique.—Pero yo trabajaba, mientras tú te divertías.
Arturo.—Debiste arrancarme del borde del abismo.
Enrique.—¡Y que lo intenté pocas veces! «Mira, te repetía á cada momento, que vamos derechos á la bancarrota, á la ruina.» Tú te encogías de hombros, me ofrecías poner orden en los negocios al día siguiente..... y el día siguiente no llegaba jamás.
Arturo.—Anteayer te viste obligado á suspender los pagos.....
Enrique.—Como que no había un cuarto en caja.
Arturo.—Eloísa, al saberlo, me abandonó en seguida.
Enrique.—Y nosotros determinamos escapar á los Estados Unidos, para evitar reclamaciones y pleitos.
Arturo.—Los accionistas y acreedores nos acusan de estafa.
Enrique.—Y si nos cogen antes de que traspasemos la frontera, nos meterán en la cárcel.
Arturo.—Te has empeñado en que nos embarquemos en Barcelona.....
Enrique.—Es mucho mejor que entrar en Francia.
Arturo.—¿No te parece que aquella vieja que nos observa debe ser una espía?
Enrique.—Mira, lo más prudente es que nos metamos desde luego en el vagón.
Arturo.—Vamos allá.
Enrique.—Disfraza la voz y cojea un poco.
Arturo.—No me llega la camisa al cuerpo. (Vanse.)

ESCENA IV.

Doña Misericordia, D. Sisebuto, Luisa, y seis chicos, desde seis á doce años, cargados de cajas y otros objetos.

Sisebuto.—(Saliendo delante.) ¡Gracias á Dios que habéis parecido!
Misericordia.—Pues hace media hora que te buscaba. Por supuesto, que ya tendrás los billetes.
Sisebuto.—En el ventanillo no fían á nadie.
Misericordia.—Es verdad. (Sacando un bolsillo y contando dinero.) Seis, doce, veinticuatro, treinta. ¡Esto es! Sólo necesitamos seis asientos para los nueve, porque los niños pagan la mitad.
Sisebuto.—Ya van siendo grandes para.....
Misericordia.—¡Silencio en las filas! ¡Ahí va! (Le da dinero.) Si sobra algo, devuélvemelo.
Sisebuto.—¡Sobrar! ¡Contigo nunca sobra nada! (Vase: por el fondo aparece D. Eduardo.)

ESCENA V.

Dichos, D. Eduardo.

Eduardo.—(Aparte.) Allí está Luisa.
Luisa.—¡Ay! ¡Eduardo! ¡Si le pudiese hablar! (Aparte.)
Misericordia.—¡Qué calamidad de chicos! ¡Quietos, quietos! ¡Pues no se iba á comer ese bribón la merienda! (Pegándole.)
El Chico.—(Llorando.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Otro de los muchachos deja caer una caja, rompiéndose lo que iba adentro.)
Misericordia.—¡Santo cielo! ¡Y el otro que ha roto lo que más falta les hace en el camino!..... ¡Animal! (Pegándole también.)
Chico 2.º—¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Misericordia.—¿Queréis callar?
Eduardo.—(Bajo á Luisa.) Es menester que te hable.
Luisa.—¿Y cómo? ¡Te va á ver!
Misericordia.—El moscón de siempre.
Eduardo.—(Alejándose.) ¡Ya me vió!
Misericordia.—(Pellizcando á Luisa.) ¿No te tengo dicho que no mires á ese mequetrefe?
Luisa.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Misericordia.—Me he informado de sus circunstancias: es un escribientillo con cuatro mil reales de sueldo en la Dirección de Loterías.
Luisa.—Papá tiene sólo tres mil.
Misericordia.—Pero yo soy rica: poseo una casa en Carabanchel, y unas tierras de pan llevar en Meco. Así, como le vuelvas á mirar, te encierro en las Arrecogidas.
Luisa.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!
Misericordia.—(Pellizcándola otra vez.) ¿Te callarás?
Luisa.—(Llorando más fuerte.) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Durante este diálogo, dos de los chicos se han dado de bofetones, y lloran también.)
Misericordia.—¿Pero no es esto una condenación? (Volviendo á pegarles: los chicos lloran más fuerte; entretanto Eduardo se acerca á Luisa y la habla á media voz.)
Eduardo.—Tu madre es un tigre, y hoy mismo te voy á robar.
Luisa.—¿Me vas á robar? ¡Ay, qué gusto! ¿Y á dónde vamos?
Eduardo.—En Alcalá tengo una tía confitera, que me quiere mucho; ella será madrina de nuestra boda, y nos regalará los dulces.
Luisa.—¡Ay, qué bueno!
Misericordia.—(Viéndolos, y dando un bofetón á su hija.) ¿No te he dicho?..... (La interrumpe D. Sisebuto, que sale muy apresurado.)

ESCENA VI.

Dichos, D. Sisebuto.

Sisebuto.—¡Mujer, siempre has de ser la misma!
Misericordia.—¿Qué ocurre?
Sisebuto.—Que me has dado dinero de menos. Después de sufrir los empujones, de hacer cola diez minutos, llego al ventanillo, y me dicen que no hay bastante.
Misericordia.—¿Por qué no has puesto tú lo que faltaba?
Sisebuto.—¿Tengo por ventura yo un céntimo siquiera? ¿No me veo obligado á pedirte hasta un real para comprar una cajetilla? ¿No me paso la sed más rabiosa, por no poder pagar un vaso de agua?
Misericordia.—¡Como eres un despilfarrado, un derrochador!.....
Sisebuto.—¡Derrochador! (Levantando los ojos al cielo.)
Misericordia.—Me he visto precisada á tomar esta medida. Pero voy allá: yo misma pagaré los asientos. Tú, niña, cuida de tus hermanos entretanto, y si se que hablas con aquel títere, pobre de ti. Vamos, anda. (Vase con D. Sisebuto.)

ESCENA VII.

Dichos, menos Doña Misericordia y D. Sisebuto.

Eduardo.—(Corriendo á ella.) ¡Gracias á Dios!
Luisa.—¿Ves cómo me trata?
Eduardo.—Pues ahora mismito nos largamos.
Luisa.—¿Ahora? ¡Ay, qué gusto!
Eduardo.—¿Cuándo se nos ofrece otra ocasión mejor? Traigo conmigo todo mi capital, treinta y seis reales y quince céntimos: además, he pagado los billetes hasta Alcalá. Allí, en casa de D.ª Eduvigis, mi tía, no necesitamos de nada, y nuestra existencia será una serie continuada de dulzuras.



ROMA.—EL SERMÓN DEL NIÑO JE

DEL NATURAL, FO



ÚS EN LA IGLESIA DE ARACELI.

. MARIO SPINETTI.

LUISA.—¿Y qué dirá mamá?

EDUARDO.—Que diga lo que quiera. Ella no es madre, sino madrastra. Con que marchémonos antes de que vuelvan. ¿Oyes? ¡Llaman á los viajeros! ¡Corramos! (Cogiéndola del brazo.)

LUISA.—¡Ay, qué gusto! ¿Y estas criaturas? (Por sus hermanos.)

EDUARDO.—(Á D. Romualdo, que sale ahora.) Caballero, usted que tiene cara de bondadoso, ¿querrá encargarse de cuidar de los chicos hasta que volvamos? Mi esposa se siente indispuesta, y voy á llevarla á que tome una taza de té.

ROMUALDO.—Con sumo placer.

EDUARDO.—Mil gracias. Hasta ahora.

ROMUALDO.—Vaya usted descansado.

EDUARDO.—Vamos, bien mío.

LUISA.—¡Ay, qué gusto! ¡Ay, qué gusto!

EDUARDO.—Corre, corre. (Vanse.)

ESCENA VIII.

D. ROMUALDO, LOS CHICOS.

ROMUALDO.—¡Pues es divertida la comisión! Con este genio que Dios me ha dado, no sé decir nunca que no..... Y si á los angelitos les da la gana de burlarse de mí, ¿qué hago yo?

CHICO 1.º—¡Hola, D. Futraque!

CHICO 2.º—¡Hola, D. Tirillas!

ROMUALDO.—¡Qué mal criados están!

CHICO 1.º—Dénos usted un perro grande para barquillos.

CHICO 2.º—(Metiéndole la mano en el bolsillo.) Sí, dénos usted un perro.

ROMUALDO.—¿Os estaréis quietos? (Todos los chicos le rodean gritando.)

LOS CHICOS.—¡Barquillos! ¡Barquillos!

ESCENA IX.

DICHOS, EL BARQUILLERO.

BARQUILLERO.—¡Aquí están! ¡Aquí están! (Los chicos le rodean y toman los que el barquillero les reparte.)

ROMUALDO.—¡Les va á dar un torozón! ¡Qué bien he hecho yo en no casarme! Si no, tendría que pagar los antojos de mis hijos y ser víctima de sus caprichos.

BARQUILLERO.—(Echando la cuenta.) 6, 12, 16, 24..... Caballero, son tres reales.

ROMUALDO.—¿Qué tengo yo que ver con eso?

BARQUILLERO.—¿No es usted su padre?

ROMUALDO.—¿Yo? Ni los había visto en mi vida hasta hace un instante.

BARQUILLERO.—Pues no he de perder yo mi dinero.

ROMUALDO.—¿Y qué me cuentas tú á mí?

BARQUILLERO.—Como ellos me llamaron..... y como usted estaba con ellos, creí.....

ROMUALDO.—Creiste muy mal.

BARQUILLERO.—¿Por qué no me lo previno usted?

ROMUALDO.—¿A santo de qué? Cuando vengan sus padres.....

BARQUILLERO.—Es que no me puedo detener; y usted es el responsable del gasto.

ROMUALDO.—Déjame en paz.

BARQUILLERO.—Allí está un guardia, y él dirá si..... ¡Guardia, venga usted acá!.....

ESCENA X.

DICHOS, EL GUARDIA.

GUARDIA.—¿Qué se ofrece?

BARQUILLERO.—Estos muchachos se han comido tres reales de barquillos, y el señor se niega á pagarlos.

GUARDIA.—¿Bajo qué pretexto?

ROMUALDO.—¿Pretexto? ¡Motivo! Esas criaturas no me tocan nada.

GUARDIA.—Entonces..... (Volviéndose hacia el barquillero.)

BARQUILLERO.—Pero es el caso que se hallaba encargado de ellos.

GUARDIA.—Entonces..... (Volviéndose hacia D. Romualdo.)

ROMUALDO.—Su padre me pidió por favor que los vigilara.....

GUARDIA.—(Al barquillero.) Entonces ....

BARQUILLERO.—¿Y por qué no me lo advirtió antes?

GUARDIA.—(Á D. Romualdo.) Entonces.....

ROMUALDO.—¿Por qué se precipitó él á darles los barquillos?

GUARDIA.—Entonces..... (Al barquillero.)

BARQUILLERO.—Mande usted que me pague.

GUARDIA.—Páguele usted.

ROMUALDO.—No es justo.

GUARDIA.—(Al barquillero.) Dice que no es justo.

BARQUILLERO.—¿Y para qué sirve usted? (Al guardia.)

GUARDIA.—¡Dése usted preso por haber faltado á la autoridad!

BARQUILLERO.—¿Eso más? (La gente se arremolina atraída por la disputa: en el mismo momento salen D.ª Misericordia y D. Sisebuto.)

ESCENA XI.

DICHOS, D.ª MISERICORDIA, D. SISEBUTO.

MISERICORDIA.—Corre..... que vamos á llegar tarde.

SISEBUTO.—Hace rato que he oído la señal de marcha: vamos.

MISERICORDIA.—Vamos. (En este instante se oye salir el tren.)

SISEBUTO.—¿No lo dije?—Ya es tarde.

MISERICORDIA.—Tú tienes la culpa.

SISEBUTO.—¿Yo?

MISERICORDIA.—Si hubieras echado bien la cuenta.....

SISEBUTO.—Tú fuiste quien la echó mal.

MISERICORDIA.—Pero yo no estoy en la contabilidad de Hacienda pública como tú, ni tengo obligación de no equivocarme.

SISEBUTO.—Si me dejases á mí el dinero.....

MISERICORDIA.—Ya nos hubiéramos tenido que ir todos á San Bernardino. Pero ¿y los chicos? ¿Qué hace esa gente ahí?

(Durante el anterior diálogo, D. Romualdo ha acabado por pagar los tres reales al barquillero.)

ROMUALDO.—Sus padres me lo abonarán cuando vuelvan.

MISERICORDIA.—(Acercándose.) ¿El qué hemos de abonar, buen hombre?

ROMUALDO.—¡Ah! ¿Es usted su abuela?

MISERICORDIA.—¡Insolente! ¿Tengo yo cara de abuela? Soy su madre.

ROMUALDO.—¿Pues y la otra?

MISERICORDIA.—¿Qué otra?

ROMUALDO.—La que se marchó con aquel joven.

MISERICORDIA.—¿Qué dice usted? ¡Luisa! ¡Luisa!

CHICO 1.º—Luisita se ha ido.

CHICO 2.º—Con el pollo que estaba aquí.

MISERICORDIA.—¡Ay, hija de mi alma! ¡Me han robado mi hija!

SISEBUTO.—Mujer, no des esas voces.

MISERICORDIA.—¡Que venga la justicia! ¡Que los persigan! ¡Que los traigan!

ROMUALDO.—¡Señora, serénese usted!

MISERICORDIA.—¡Socorro! ¡Socorro! (El guardia de antes se acerca nuevamente.)

GUARDIA.—¿Qué sucede?

MISERICORDIA.—¡Que me han robado mi niña!

GUARDIA.—¿Que la han robado? ¿Y el qué?

MISERICORDIA.—¡Toma! En individuo, en persona.

GUARDIA.—Ese ya es otro cantar.

MISERICORDIA.—¿Lo toma usted con tanta calma? Usted está obligado á correr detrás de los fugitivos, á buscarlos, á devolver su hija á estos padres afligidos.

GUARDIA.—Yo no corro nunca..... Además, ¡vaya usted á alcanzar al tren!

MISERICORDIA.—¿Y quién dice que se hayan marchado en el tren?

GUARDIA.—¿No es joven la muchacha?

MISERICORDIA.—Sí.

GUARDIA.—¿No es bonita?

MISERICORDIA.—El retrato de su madre, aunque me esté mal el decirlo.

GUARDIA.—(Riéndose.) ¡Quiá! ¡Si es mucho mejor!

MISERICORDIA.—¡Desvergonzado!

GUARDIA.—¿No llevaba un vestido azul?

MISERICORDIA.—Eso es.

GUARDIA.—¿Y una pañoleta negra?

MISERICORDIA.—Justamente.

GUARDIA.—Pues yo mismo la ayudé á entrar en el vagón.

MISERICORDIA.—¿Usted? ¿usted? (Furiosa.)

GUARDIA.—¿Quién se había de figurar?..... Pero daré parte en seguida..... y mañana ú esotro día los encontraremos.

MISERICORDIA.—¿Mañana?..... ¿Y su honra? ¿Y su fama? No señor: es menester que sea hoy mismo.....

GUARDIA.—Vengan ustedes á hablar con el inspector.....

MISERICORDIA.—¡Y el dinero de los billetes perdido!..... ¡Y la reputación de la chica..... y el almuerzo..... todo perdido! ¡todo perdido!

GUARDIA.—Venga usted, buena mujer.

MISERICORDIA.—Yo no soy buena mujer, sino una señora de categoría. Sepa usted que mi marido es escribiente con tres mil reales en la Dirección de Contabilidad, y que yo tengo una casa en Carabanchel y tierras de pan llevar en Meco.....

GUARDIA.—¿Y á mí qué? Al inspector, al inspector es á quien se lo ha de decir usted.

MISERICORDIA.—Vamos volando. ¡Corre, hombre! ¡Parece que estás alelado! ¡Vamos, niños!

SISEBUTO.—(Rompiendo á llorar.) ¡Ay, hija de mi alma!

MISERICORDIA.—¡Silencio en las filas! (Vanse todos siguiendo al guardia.)

ESCENA XII.

D.ª BALDOMERA, D. LUIS.

BALDOMERA.—(Sale agitada, sin parar un momento en el mismo sitio.) ¡Sospecho alguna entruchada! Chocándome no ver presentarse en mi casa á Fabricio á la hora que le dije anoche, corro como una exhalación á la suya, é interrogo á su criada. ¿Y qué es lo que averiguo allí?—Que se ha levantado temprano; que ha pedido en seguida el chocolate; que después ha hecho su maleta y se ha despedido de aquella horrible maritornes para emprender, según le ha dicho, un pequeño viaje. ¿Será capaz de abandonarme? ¿Dará esta recompensa á mi amor? Incontinenti fleto una berlina de alquiler.—«Cochero, digo al automedonte, dos reales de propina si haces volar á tu caballo.» El hombre me mira sorprendido y exclama: «¡Esta mujer está loca! ¡Sin duda toma mi bestia por un canario!»—Yo le contesto dos ó tres cosas desagradables, y voy en busca de otro, al cual dirijo la misma proposición con idéntico resultado. En fin, el tercero me exige una peseta para realizar el milagro de que su rocinante ande de prisa, y yo accedo á sus deseos. «¿Adónde, hermosa señora?» me pregunta.—Y como por la mañana sólo sale este tren, le doy orden de conducirme aquí. ¿Llegaré á tiempo?—¡No hay á quién preguntar! Voy á saberlo al despacho de equipajes. (Vase; D. Luis se adelanta ahora.)

LUIS.—Desde anoche á las diez no ha visto nadie á aquel par de alhajas; pero yo, que tengo buenas narices, he olfateado que tratan de escaparse de Madrid. Y como á estas horas no hay más tren que el de Zaragoza, aquí me vengo á examinar á cuantos entren y salgan en la estación.

BALDOMERA.—(Volviendo furiosa.) El tren ha marchado hace diez minutos.

LUIS.—¿Qué dice usted?

BALDOMERA.—¿Y quién es usted para preguntármelo?

LUIS.—¡No puede ser verdad!

BALDOMERA.—¿Eso quiere decir que yo miento?

LUIS.—(Sin atenderla y sacando el reloj.) ¡Son las siete menos cuarto!

BALDOMERA.—¡Es usted un descortés!

LUIS.—(Sin atenderla.) ¡Toma! ¡Si está parado!

BALDOMERA.—No sabe usted siquiera lo que es buena educación.

LUIS.—¿Quién será esta loca?

BALDOMERA.—¿Loca yo? ¡Canalla!

LUIS.—¿Me insulta usted?

BALDOMERA.—Usted es quien me ha insultado á mí, que soy toda una señora.

LUIS.—¡Buena señora!. ...

BALDOMERA.—Mi familia es tan ilustre como el Cid. Soy D.ª Baldomera.

LUIS.—(Interrumpiéndola) ¡Ah! ¿Es usted D.ª Baldomera?

BALDOMERA.—Ruiz Carrasques de Mendoza, y si usted no se modera.....

LUIS.—¡Ella es la que se ha de moderar!

BALDOMERA.—Le cito á usted ante los tribunales.

LUIS.—Ya debía usted haber comparecido allí.

BALDOMERA.—¿Con que me falta usted á todas las consideraciones? ¿Con que no sólo me insulta, sino que se mofa de mí? ¡Pues usted verá quién soy yo! ¡Guardia! ¡Guardia!

LUIS.—¡Va á armar un escándalo! ¡Cuando digo que está loca!

BALDOMERA.—¡Guardia! ¡Venga usted acá!

ESCENA XIII.

DICHOS, EL GUARDIA de antes.

GUARDIA.—¿Qué se ofrece?

BALDOMERA.—El señor me ha insultado.

GUARDIA.—¿Es verdad eso?.....

BALDOMERA.—¿Se atreve usted á dudarlo? (Furiosa).

GUARDIA.—Repórtese usted, señora.

BALDOMERA.—¡Que me reporte, cuando en lugar de prestarme auxilio, la autoridad se pone de parte del agresor!

GUARDIA.—Señora.....

BALDOMERA.—¿En qué país vivimos? ¿Qué leyes son estas que no protegen al desvalido? *¿Ubinam gentium sumus?*

GUARDIA.—¡Está tocada!

BALDOMERA.—¿Tocada? Sepa usted que nadie me ha puesto la mano encima jamás. Sepa usted.....

LUIS.—¿Qué tal? (Al guardia.)

GUARDIA.—La dejaremos que se desfogue.

BALDOMERA.—¡Daré queja al Inspector!

GUARDIA.—¡Désela usted á quien quiera!

BALDOMERA.—¡Y le costará á usted caro!

GUARDIA.—¿Qué me ha de costar á mí?

BALDOMERA.—En cuanto á ese pelafustán.....

LUIS.—¡No me ponga usted motes!

BALDOMERA.—¡Él me las pagará! (Vase furiosa: al mismo tiempo sale por el foro la gente en tropel.)

ESCENA XIV.

D.ª MISERICORDIA, D. SISEBUTO, D. ROMUALDO, LOS CHICOS, VIAJEROS Y CURIOSOS.

ROMUALDO.—¡Ha descarrilado el tren!

MISERICORDIA.—¡Qué fortuna no haber llegado á tiempo nosotros!

ROMUALDO.—¡Cerca de Vallecas!

SISEBUTO.—¡Y nuestra hija que iba en él!

ROMUALDO.—¡Pero no ha habido desgracias!

SISEBUTO.—¿De veras?

ROMUALDO.—He visto el telegrama oficial.

MISERICORDIA.—¿Y cómo, cómo ha sido?

ROMUALDO.—Un toro que se interpuso en la vía.....

MISERICORDIA.—¿Lo ves? No sirven para otra cosa esos animales.

ROMUALDO.—Y habiendo sido tan cerca, é inutilizádose la máquina, los viajeros vuelven á pie á Madrid.

SISEBUTO.—¿Oyes, mujer? ¡Vamos á encontrar á nuestra hija!

MISERICORDIA.—¡Ay, la tunda que la daré!

SISEBUTO.—¿Tendrás corazón para.....?

MISERICORDIA.—¿Que si lo tengo? Ya lo verás.

ESCENA XV.

DICHOS, D.ª BALDOMERA, D. LUIS.

BALDOMERA.—El Inspector no estaba en su oficina. Todos los empleados son iguales.

LUIS.—Si iban en el tren, vendrán acá, y haré que los cojan entonces.

BALDOMERA.—¡Caballerito, cómo se reirá usted de mí!

LUIS.—¿Por qué me he de reir?

BALDOMERA.—Porque en esta tierra la justicia no protege á los que demandan su amparo.

LUIS.—¿Otra vez?

BALDOMERA.—No cejaré hasta que me vea vengada de usted, de él, de todo el mundo.

MISERICORDIA.—Señora, que me pisa usted la cola.

BALDOMERA.—¿Porqué la trae usted tan larga?

MISERICORDIA.—¡Buena pregunta! Porque me gusta así.

BALDOMERA.—¿No sabe usted que ya no se estila? Eso es muy cursi.

MISERICORDIA.—¿Cursi yo? Soy una señora distinguida..... Mi marido es.....

SISEBUTO.—(Bajo.) ¡Callarás!.....

MISERICORDIA.—Y yo tengo propiedades en Carabanchel y en Meco.

BALDOMERA.—Pues que aprovechen.

MISERICORDIA.—Y no me trato sino con personas iguales á mí, ¿entiende usted?

BALDOMERA.—¡Cuidado con tentarme la paciencia! Tengo

muy mal genio, y si se me sube el humo á las narices.....
Misericordia.—Que se le suba á usted adonde quiera.
Baldomera.—¿Sabe usted quién soy yo?
Misericordia.—Ni falta que me hace.
Sisebuto.—¡Mujer! ¡mujer!
Baldomera.—Soy D.ª Baldomera..... (Grito general de horror.)
Misericordia.—¡D.ª Baldomera!
Todos.—¡Guardia! ¡guardia!
Misericordia.—¡Que la prendan!
Luis.—¡Que la cojan!
Romualdo.—¡Que la lleven á la cárcel!
Todos.—¡Guardia! ¡guardia!

ESCENA XVI.

Dichos, y el Guardia, que sale muy despacio.

Guardia.—¿Qué hay?
Misericordia.—¡Corra usted!
Guardia.—¿Correr yo?
Misericordia.—Eche usted mano á esa mujer.....
Baldomera.—(Asustada.) ¿A mí?
Misericordia.—¡Es D.ª Baldomera!
Todos.—¡Sí! ¡D.ª Baldomera! ¡D.ª Baldomera!
Misericordia.—¡Ella misma lo ha confesado!
Guardia.—(A D.ª Baldomera.) ¿Es cierto?
Baldomera.—¿Y por qué lo he de negar?
Guardia.—Entonces..... venga usted á la Prevención.
Baldomera.—(Resistiéndose.) ¡No me da la gana!
Guardia.—¡Acabemos!..... ¿Es usted ó no D.ª Baldomera?
Baldomera.—Soy D.ª Baldomera Carranques de Mendoza.....
Guardia.—(Soltándola.) ¡Ya decía yo! ¡La otra se afufó á tiempo!
Todos.—(Con disgusto.) ¡No es! ¡No es!
Baldomera.—¡Tratar así á una señora de mi clase!
Misericordia.—(A Sisebuto.) ¿De qué clase será?

ESCENA XVII.

Dichos, un Empleado del ferrocarril.

Empleado.—Ya están ahí.
Misericordia.—¿Quiénes?
Empleado.—Los viajeros del tren que descarriló.
Misericordia.—¡Ay! ¡Mi niña!
Baldomera.—¡El infiel! ¡Le voy á sacar los ojos!
Luis.—¿Vendrá aquel par de tunantes?
Misericordia.—Volemos á buscarlos.
Baldomera.—Volemos.
Empleado.—¡Mírenlos ustedes!

ESCENA XVIII.

Dichos, LUISA, D. EDUARDO, D. ARTURO, D. FABRICIO.

Misericordia.—(Lanzándose al encuentro de Luisa.) ¡Infame!
Eduardo.—¡Mamá, perdónenos usted (Se arrodilla ante ella) y concédanos la licencia para nuestro matrimonio.
Misericordia.—¿Qué he de hacer?
Eduardo.—Mi tía pagará los dulces de la boda, y.....
Misericordia.—¡Basta! Casaos, y que Dios os proteja.
Baldomera.—(Trae cogido de una oreja á D. Fabricio.) ¡Bribón! ¿Huías de mí, según parece?
Fabricio.—¡No, no! Iba á París á comprarte los regalos para nuestra próxima boda.
Baldomera.—Eso es diferente, y agradezco mucho la atención.
Enrique.—Nosotros (A D. Luis) tenemos fondos en Zaragoza.....
Arturo.—Y nos proponemos fundar allí una sociedad.....
Enrique.—Anónima.
Arturo.—Cuyas acciones están ya muy solicitadas.
Luis.—¿Quedará alguna para mí?
Enrique.—Le hemos reservado á usted quinientas.
Luis.—¡Qué felicidad! ¡De esta hecha me hago rico!
Sisebuto.—¡Voy á tener un yerno! ¡Oh ventura! En él descargará sus iras mi bendita mujer!
Enrique.—Y ahora sí que se puede decir aquello de: *¡Tutti contenti!*

Ramón de Navarrete.

EL NUEVO SALVADOR.

Entre los jóvenes misioneros que hace ya tiempo se instruían en una de las capitales de Europa, ninguno llamaba la atención, por su austeridad y beatitud, como el bienaventurado Padre Juan. Era muy pálido de rostro, y tan débil de cuerpo, que la gente solía decir que en el Padre Juan la materia no llevaba al espíritu, sino que éste llevaba á la materia. Tenía los ojos azules como el cielo, y los cabellos tan semejantes al oro que, al herirles los rayos del sol, producían lumínicos efluvios, formando en torno del semblante del Padre una aureola de suaves resplandores. Así, al menos, el vulgo lo afirmaba.

Para sus compañeros de misión, el Padre Juan constituía un prodigio. Los días se le pasaban sin tomar alimento, y las más de las noches sin el preciso descanso. Su mezquina materia resistía, no obstante, á tales fatigas, y mejor aún la fortaleza de su espíritu. Asegurábase también entre los suyos que el Padre Juan hablaba con los ángeles, y que había obtenido de Dios privilegios valiosos; entre otros, el de curar todo género de enfermedades, sin el auxilio de la ciencia.

Pero sea de esto lo que fuere, la verdad es que aquel ejemplar sacerdote vagaba por el mundo á la manera de los rayos del sol, que tocan en la tierra sin separarse de los cielos.

Aun así, y aun por esto quizás, no estaba libre el Padre de las mordeduras de la envidia, que entre los hombres inspira envidia hasta el martirio, y no faltó quien asegurase que aquella vida de penitencia era expiación de pasadas culpas. Fuese arrepentimiento ó no lo fuese, el buen religioso se conducía como un santo.

La noche antes del día en que había de partir con la misión, el Padre Juan se encerró en su celda; postróse á los pies de un crucifijo, y se entregó á sus éxtasis de costumbre.

Acaso esta noche tuvieron consecuencia las frecuentes privaciones de su vida, ó tal vez se produjo en realidad aquel prodigio. Lo cierto es que al joven misionero le pareció advertir que las velas que en el reclinatorio ardían, aumentaban lentamente la intensidad de sus luces, hasta convertirse en espléndido foco luminoso, y que lentamente también crecía en proporciones la pequeña imagen de su bendito Salvador.

Aunque el Padre creía en los milagros, sorprendióle aquel que se realizaba á su vista, y frotándose los ojos, dirigió la tímida mirada en derredor suyo. Nada vió sino luz. El modesto mueblaje de la celda, y hasta la celda misma, se habían desvanecido entre reflejos maravillosos, que ocasionaron por exceso los mismos efectos que la sombra; y en medio de la atmósfera deslumbrante, destacábase sólo la imagen viva del Señor, formada por los resplandores de aquella misteriosa luz, suavemente teñida con los matices de la carne.

Una voz tan tenue como si la produjeran los ecos de la brisa más dulce, hirió levemente los oídos del asombrado Padre Juan, quien, no pudiendo resistir la singular emoción que la voz producía, perdió sin angustia sus facultades y cayó en tierra.

A la mañana siguiente, mientras la misión se disponía á partir, hablaba á solas el santo religioso con el anciano director de aquélla, refiriéndole el suceso de la víspera. Según el joven sacerdote, Dios le había ordenado que desistiera de su marcha. En su propio país había impurezas y herejías que desterrar, y á ello debía dedicarse en cumplimiento del celeste mandato.

Cuando el Padre Juan acabó de relatar el suceso, el sacerdote anciano le abrazó tiernamente, y le dijo:

—Difícil es la misión que se te confía; pero á las órdenes del Señor no corresponde otra cosa que obedecer.

⁂

Entre los fieles cundió bien pronto la noticia de que un tal Padre Juan predicaba todas las tardes en el más espacioso templo de la corte; y uniéndose la moda á la fama, llevaron al sagrado recinto, durante muchos días, tanto público como á la mayor de las fiestas.

En todas partes se comentaba el modo de predicación del misionero, y eran muy elogiadas sus oraciones, que, según opinión de doctos y de ignorantes, semejaban á las censuras dictadas por el cariño: aun siendo muy graves, no ofendían.

La cristiandad estaba, pues, muy satisfecha con su nuevo predicador; pero el nuevo predicador no lo estaba. Otorgábanle sus oyentes lo que él no les pedía, y negábanle lo que solicitaba con ahinco. Él no pretendía ovaciones, sino arrepentimientos, y aquéllas atronaban el espacio y éstos no parecían.

Una tarde, mientras el Padre predicaba, figuróseie que su vista se introducía en el pensamiento de sus oyentes, y que, como si las ideas estuviesen escritas en aquél, las leía todas y se apoderaba, por tanto, del secreto de las conciencias. Esta prodigiosa lectura hacía indudable la divinidad de su misión, y el Padre Juan supuso que, dando á conocer aquel prodigio, todos le considerarían como mensajero celestial, y harían firme propósito de separarse del pecado.

Sacó, pues, á la superficie las impurezas de las almas, aunque sin decir los nombres de los cuerpos que las contenían, y la materia, que las había cobijado sin escrúpulo, se cubrió de rubor al contemplarlas fuera de su cárcel; pero el orador esta vez resultó molesto para sus oyentes; tacháronle de exagerado en sus discursos; fueron retrayéndose del templo, y cuando amenazó con revelar los nombres de los pecadores, se quedó solo. No es cosa extraña que se quede sola la virtud.

⁂

La primera autoridad de la provincia había resuelto, por fin, tomar una determinación en asunto tan grave. Eran tantas las quejas del público, tales las censuras de la prensa oposicionista, y de tal índole las instigaciones de los periódicos del partido, que precisaba satisfacer cumplidamente al clamoreo general. No podía consentirse, con efecto, que en la capital de un país culto escandalizase por calles y plazuelas un extravagante ó fanático, que se decía misionero de Dios, y menos aún que tomara como blanco de sus anatemas á una buena parte de la gente más escogida, y hasta entonces la más respetada, y siempre la más poderosa.

Es fácil comprender que todo aquel alboroto lo había ocasionado el Padre Juan, y que éste, falto de público en el templo, lo perseguía en plazas y calles, y aun en las casas de los pecadores, á semejanza del Dios cuyo mandato obedecía. Y como en toda tempestad es el ruido lo que más asusta, no el fuego del reproche, sino la divulgación de la falta secreta, hacía huir á la gente espantada de aquel atrevido predicador, lanzándole injurias y denuestos en cuanto se presentaba en cualquier sitio.

El buen sacerdote empezó á convencerse de que es más difícil desarraigar el vicio en gente culta que en míseros salvajes.

Nada, sin embargo, podía detenerle, ni aun el sacrificio de la propia vida, porque parece que esté escrito que sólo con sangre de inocentes pueden llegar á borrarse los errores de la humanidad.

Una tarde, cuando en el templo de las leyes se discutía no sé qué sobre moral universal, el Padre Juan, con el derecho que á Dios asiste para penetrar en todas partes, se presentó ante los padres de la patria; y como en muchos de éstos había más bien interés propio que rectitud para el extraño, puso de manifiesto, con evangélica palabra, las causas primordiales de aquella enconada disputa. Asombráronse los oyentes de tan estupenda osadía; clamaron muchas voces contra tamaño atrevimiento, pidiendo para el intruso un castigo ejemplar; díjose que la presencia del enviado de Dios profanaba el sagrado templo de la política, y, cuando entre improperios y protestas fué lanzado de aquel recinto el bienaventurado Padre, halló á la puerta al Gobernador con sus agentes, que, seguidos de inquieta muchedumbre, le condujeron ante los tribunales de justicia, entre burlas, insultos y aun mayores ofensas.

Quedóse tranquila con esto la ciudad, como si en ella fuese nota discordante el virtuoso; formóse proceso al atrevido eclesiástico, como á perturbador de la paz pública, y á dos dedos estuvo de ir á moralizar á presidio; pero su abogado defensor sacó á relucir el socorrido expediente de la demencia, y el tribunal confirmó que el procesado estaba loco.

El mismo día en que el desengañado sacerdote era recluído en una casa de salud, el ejército de su país, obedeciendo al impulso nacional, emprendía la guerra contra ciertas tribus salvajes que se habían apoderado de unos benditos Padres misioneros.

⁂

Años después, los que visitaban al Padre Juan, que continuaba encerrado como loco, salían comentando las extrañas frases que de continuo repetía. Eran éstas:

«Necio el que no reconozca las inquebrantables leyes del progreso. Hace diez y nueve siglos fué crucificado Nuestro Señor por los mismos que le esperaban; hoy se le hubiera encerrado como demente por muchos de los que le bendicen.»

Luis Calvo Revilla.

EL CIELO Y LAS ESTRELLAS.

Á un escéptico.

Mira en noche serena el alto cielo:
el secreto de Dios allí está escrito:
verás que es vano tu ambicioso anhelo
de comprender lo eterno y lo infinito.

Acorta el vuelo á tu arrogancia impía:
juzgar no puede humano pensamiento
ni adivinar osada fantasía
el prodigio eternal del firmamento.

Con óptico cristal, que el orbe admira,
ve el sabio, á miles, las sidéreas moles;
y aun hay detrás de lo que absorto mira,
series sin fin de mundos y de soles!

Doquier la luz de Dios brota á raudales,
y cuando el cielo ingente contemplamos,
¡cuán pequeños parecen los mortales,
y aun el terrestre globo que habitamos!.....



LA CANCIÓN FAVORITA.
CUADRO DE CONRADO KIESEL.



MARRUECOS.—UNA CALLE DE TÁNGER.

(Dibujo de D. Tomás Campuzano.)

Invoca á la *razón* siempre el impío,
mientras, sordo al clamor de la conciencia,
juzga norma infalible el desvarío
de su orgullosa y temeraria ciencia.

¡Triste *razón*, menesterosa y varia,
que en su soberbia y su ambición delira,
sin aprender la humanidad voltaria
que la verdad de ayer es hoy mentira!.....

No hay audaz pensador que no se atreva
dogmas á dar de estrépito y renombre:
cada estéril esfuerzo es una prueba
de la impotente vanidad del hombre.

¿Quién infunde en el alma el juez severo
que el bien y el mal certero nos advierte?
¿Quién nos dicta del mundo en el sendero
las leyes de la vida y de la muerte?

¿Por qué nace el mortal y en lucha existe?
¿Por qué siente, odia y ama?..... ¿Quién lo sabe?
De ese misterio inescrutable y triste
sólo Dios tiene la tremenda llave.

Ese es del cielo el insondable arcano
que nuestra mente mísera no alcanza.....
¡Respeto y paz!..... Las fuerzas del cristiano
se cifran en la *fe* y en la *esperanza*.

Á quien de Dios la esencia contradice,
ese cielo inefable, que él ignora,
con su elocuente majestad le dice:
«Rinde tu orgullo, póstrate, y adora.»

El Marqués de Valmar.

Diciembre de 1893.

LA REINA REGENTE (1)

(ANTE LOS SITIOS REALES).

CARTA-PRÓLOGO.

Querido Manuel Jorreto,
Compañero de mi infancia,
Y de fatigas y glorias
Consecuente camarada:
Páguete Dios el envío
De la primorosa carta
En que mi opinión consultas
Y mi consejo demandas
Para la elegante *Guía*
Y las pintorescas páginas
Que de *Los Sitios Reales*
Pronto darás á la estampa.
No hallé intento más hermoso,
Ni labor más delicada,
Ni dibujos más completos,
Ni libro que haga más falta.
Salud á la noble Reina,
Á la gentil soberana
Á la piadosa Cristina,
Madre del niño Monarca,
Que sin respiro en la brega
De las luchas de la patria,
Lo carcomido embellece,
Y lo ruinoso levanta,
Y lo olvidado despierta,
Y lo caduco restaura.
Ayer el *Campo del Moro*
Era un foco de hojas pálidas
Y de estufas macilentas
Y decrépitas estatuas.
Hoy á la voz de Cristina,
Como al conjuro de un hada,
El mármol hace prodigios,
Juegos y curvas el agua,
Canastillas las camelias,
Finas alfombras la grama,
Tapices, hiedras y rosas,
Y dosel las enramadas.
El moro de *la leyenda*
Absorto y mudo se para,
Y su espíritu contempla
De la gran reina cristiana
El jardín que ocupa el sitio
Do se alzaron las murallas
Defendidas al empuje
De su ballesta y su lanza,
Cuando era linde la villa
De la fronteriza *Marca*.
Si aquí lo antiguo embellece
Y lo histórico realza,
Junto al Cantábrico eleva
Su favorita morada.
Allí, en el alejamiento
De la mujer de su casa,
Ya no es reina; es una madre
Que á sus hijos se consagra.
Desde Miramar al templo,
Y desde el templo á la playa,
Son sus vasallos los pobres,
Y las olas sus esclavas.
Las violetas son sus joyas,
Y de percal y de lana
Hace sus trajes de corte,
Luce sus mejores galas.
Y más que al eco solemne
De las retumbantes salvas
Y al rumor de las lisonjas
Y de las augustas marchas,
Vibra al grito jubiloso
Del Rey niño en una barca
Vestido de marinero
Hundiendo el remo en el agua.
Y entre bóvedas de hortensias,
Y de amarillas manzanas,
Al rayo del sol poniente,
Desde un balcón de su estancia,
Prefiere en las frescas tardes
De la noble tierra vasca,
Al desfile pintoresco
De soberbia *gran parada*,
Ver á los Príncipes niños,
Pedazos de sus entrañas,
Jugando por los jardines
Como mariposas blancas.
El *Alcázar* de Sevilla,
Los árboles de la Granja,
Están de sus ojos lejos.....
Pero cerca de su alma.
Del Pardo en la alfombra agreste
Y en las encinas ancianas,
Aun del regio moribundo
La sombra para ella vaga.
Del Escorial á las bóvedas
Su pensamiento traslada,
Y al colegio *Alfonso XII*
La Universidad enlaza.
Con su mismo nombre ilustra
El templo de la enseñanza,
Y á los Padres Agustinos
Encomienda lo que ampara.
¡Ay! también les encomienda
Sus recónditas plegarias;
Que allí duerme el sueño eterno
Su esposo, el muerto Monarca,
Del pudridero sombrío
En la cripta subterránea.
Tal vez los cirios se apaguen,
Y enmudezcan las campanas,
Y las flores se marchiten,
Y hasta se agoten las lágrimas;
Pero el alma de la Reina
Ante aquella tumba helada
Flota y brilla eternamente
Como la luz de una lámpara.
....
Por eso, Manuel querido,
Bendigo las nobles páginas,
Que de *Los Sitios Reales*
Revelan las filigranas.
Ya con tu libro en la mano
Irá el viajero á sus anchas,
Admirando los prodigios
De la Corona de España.
Aranjuez con sus jardines,
Y con su Tajo de plata,
Y con el manto de púrpura
De sus fresas encarnadas;
El Alcázar de Sevilla
Con sus históricas palmas,
La blancura de sus nardos
Y el oro de sus naranjas;
La *Casa de Campo* alegre,
Que el Manzanares retrata,
Con su coto y con su lago
Y con la verde guirnalda
Que de los frescos pinares
Que el nuevo plantel levanta,
Convierte en auras de vida
Las polvaredas insanas,
Y da oxígeno al ambiente
Y salud á la comarca,
Dentro de tu hermoso libro,
Como en urna conservadas,
Revelarán el impulso
De la noble augusta dama.
Y verán que no está sola,
Porque dentro de su casa
Tiene intérprete admirable
Para todo cuanto abarca.
No es sólo nuestro Luís
El intendente que guarda
Los tesoros confiados
A su inteligencia honrada:
Es el arte que no duerme,
El celo que no descansa,
Que trueca el proyecto en obra
Y en realidad la esperanza.
....
Con que adiós, Manuel; recibe
Plácemes por tu constancia,
Y honor á los monumentos,
Y viva la Soberana!

Antonio Grilo.

(1) Escrita para la *Guía de los Sitios Reales*, que en español y francés publicará en breve nuestro ilustrado colaborador D. Manuel Jorreto Paniagua.

LOS CHASCARRILLOS DEL PUEBLO.

EL SÉPTIMO, PEREZA.

I.

Juan era tan indolente,
Holgazán y perezoso,
Que ni con candil buscado
Se encontraría igual otro.
No hacer nada era su dicha,
Viviendo siempre en el ocio;
Y en tumbarse á la bartola
Cifraba su placer todo.
El trabajo rechazaba
Aunque le ofreciesen oro,
Pues á gusto lo perdía
Por no perder el reposo;
Y aunque vió de la Miseria
El fiero y terrible rostro,
Que amenazándole estaba
Si no trabajaba pronto,
Asustado por no verla,
Cerró con fuerza los ojos,
Dió media vuelta en la cama
Y se durmió como un tronco.
Días y meses, y aun años,
Fué pasando de este modo;
Y aunque su horrible pereza
Ya censuraban á coro
Los hombres y las mujeres,
Los ancianos y los mozos,
Y aunque le daban consejos
Los extraños y los propios,
Y por su bien le advertían
De riesgos graves y próximos,
Y aunque contra su indolencia
Clamaron, en varios tonos,
El cura por ser pecado,
Y pecado de los gordos,
Y el doctor por ser la causa
De dolencias y trastornos,
Él de todos se reía
Y se burlaba de todos;
Mas cuando ya le apuraban,
Daba un bostezo sonoro,
Se desperezaba luego
Restregándose los ojos,
Y por fin se disculpaba
Diciendo este despropósito:
«Cuando á nuestro primer padre
Creó el Todopoderoso,
Nada le habló de trabajo,
Según afirman los doctos.
Pecó Adán, y Dios entonces,
Demostrándole su enojo,
Le impuso como castigo
Trabajar un día y otro.
Luego el estado de gracia
No hay duda de que es el ocio;
El trabajo es un castigo,
Y el que no lo elude es tonto.»
Oyó este dislate un día
El juez, hombre recto y probo,
Y le dijo: «Tus razones
Más acrecientan tu oprobio.
Quebrantar una condena
Es delito en nuestro código:
En el código divino
Teme que ocurra lo propio.»

II.

Otra vez el señor cura,
Solícito y bondadoso,
Le dijo: «Juan, reflexiona
Que tal vez dentro de poco
Morirás; que la pereza
Es un pecado espantoso;
Uno de los capitales
Que más almas da al demonio.
Líbrate, porque aun es tiempo,
Del Infierno, pobre mozo,
Y ya que al Cielo no vayas,
Vé siquiera al Purgatorio.
—Señor cura, contestóle,
No piense usted que me asombro,
Que usted se viene de bromas
O usted me toma por bobo.
¿Yo condenarme? Sería
Ya de la injusticia el colmo,
Y como Dios no es injusto
Estoy tranquilo y gozoso.
Yo cumplo los mandamientos
Como no los cumplen otros,
Porque esta misma pereza
Me evita malos propósitos.
Yo amo á Dios; yo nunca juro;
Yo no celebro tan sólo
Los días que son de fiesta,
Pues para mí lo son todos;
Yo á mi padre y á mi madre
(Que en gloria estén) amo y honro;
Yo no gusto de amoríos,
Yo no mato, yo no robo;
Yo no miento ni levanto
Jamás falsos testimonios,
Ni quiero mujer ajena,
Ni quiero bienes del prójimo.
Faltar á algún mandamiento
Por buscar bienes ó gozos,
Me daría algún trabajo,
Y yo los trabajos odio.
Pues si no falto á ninguno
Y á nadie ofendo ni estorbo,
Yo no podré esperar premios,
Pero castigos tampoco.»
Movió la cabeza el cura,
Hizo un gesto doloroso,
Y con triste voz le dijo:
«Hijo mío, tú estás loco.

No hacer mal, por indolente,
Nada servirá en tu abono;
Pero habrá de condenarte
No hacer bien por perezoso.»

III.

Á casa de Juan un día
Llegaron, como era lógico,
La Miseria con el Hambre
En amigable consorcio,
Y la Muerte detrás de ellos
Quedó, cubriéndose el rostro,
Y esperando silenciosa
El éxito del coloquio.
«Arriba, holgazán, le dijo
La Miseria; arriba pronto,
Que vengo á quitarte el lecho
En que te encuentras tan cómodo.
—Me echaré en el suelo entonces.
—En esta casa tampoco,
Porque te quito la casa.
—Pues me echaré en el arroyo.
—¡Arriba! le dijo el Hambre
Pinchándole en el estómago;
Que si de comer no buscas,
De tus propias carnes como.
—Dejadme en paz que repose
Y obrad según vuestro antojo;
Que si de comer no tengo,
Ya me comeré los codos.»
Pero el Hambre le pinchaba
Sin consentirle reposo;
La Miseria proseguía
Implacable sus despojos,
Dejándole en cueros vivos
Cuando acababa el otoño,
Plagándole de lacerias
Y de insectos asquerosos,
Y al fin, Juan, desperezándose,
Levantóse, airado y hosco,
Resuelto, al fin, á hacer algo
Que le fuera provechoso.
¿A trabajar? Eso nunca.
¿Quién pensó tal despropósito?
Ya estaban sus huesos duros,
Y el trabajo renta poco.
Primero pensó en mentir,
En fraguar algún embrollo
Para engañar á un amigo;
Después, al ver en lujoso
Tren pasar á un compañero,
Nubló la envidia sus ojos,
Mordióle en el pecho la ira
Y entonces pensó en el robo;
En matar, si era preciso,
Y en atropellar por todo;
Pero al ver que era impotente
Aun para el mal, con encono
Dirigió la vista al cielo,
Y desatentado y loco
Lanzó una horrible blasfemia,
Pidiendo á Luzbel socorro.
Luzbel, que estaba seguro
De su presa, se hizo el sordo,
Y la Muerte aproximándose
Rindió en tierra sus despojos.

IV.

«Yo no debo ir al Infierno,
Gritaba Juan afanoso;
Yo no hice mal á ninguno,
Siendo holgazán, pero probo.
Y si al ver mi desventura
Blasfemé por mi abandono,
Y hasta abrigué pensamientos
Torpes y pecaminosos,
Que en pensamientos quedaron,
Arrepentido del todo,
Loco estaba en tal instante,
Y es irresponsable un loco.
—¿No quieres ir al Infierno?
Dijo sonriendo el demonio;
Pues voy á ser complaciente;
Sube al Cielo: no me opongo.
Mas cuenta que la subida
Tienes que hacerla tú solo
Por esa cuerda y á pulso,
Llevando sobre tus hombros
El peso de tu conciencia,
Que ha de pesar como plomo,
Pudiendo sólo ayudarte
Tus méritos, que son pocos.
Para ir, en cambio, al Infierno
No tendrás peso ni estorbo,
Y como irás cuesta abajo
Llegarás mucho más pronto.
Y si el camino te cansa,
Aunque es ancho y aunque es corto,
Yo podré cargar contigo,
Como he cargado con otros.»
El holgazán, que, espantado,
Dirigió al cielo los ojos,
Lo vió tan alto y tan lejos,
Con desaliento y asombro,
Que volviéndose hacia el diablo
Le dijo: «Ya que es forzoso,
Carga tú conmigo y llévame,
Porque yo apenas soporto
El peso de la conciencia
Con que me rindo y me doblo.»
Y el diablo, que algunas veces
Hasta las da de filósofo,
Contestó: «Siempre ese peso
Para subir es estorbo;
Mas para bajar, ayuda,
Y aun hace bajar más pronto.»

Felipe Pérez y González.

SOCORRO

REMITIDO POR LOS

ESPAÑOLES RESIDENTES EN ROSARIO DE SANTA FE

PARA LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

Nuestro director, D. Abelardo J. de Carlos, ha sido honrado con la siguiente carta que le dirige desde Rosario de Santa Fe la Comisión de Auxilios á los Españoles:

«Rosario de Santa Fe, Noviembre 30 del 93.

»Señor:

»Cuando el cable transmitió á este país las noticias de la guerra con Marruecos y de la catástrofe de Santander, los españoles residentes en esta provincia de la República Argentina, movidos por un impulso de patriotismo y de caridad, se unieron para recaudar fondos con que ayudar á reparar en parte los perjuicios sufridos por sus hermanos.

»Con dicho objeto se nombró la Comisión que tengo el honor de presidir, la que, á su vez, nombró otras auxiliares para la recaudación, que sigue haciéndose con alguna lentitud, debido en gran parte á la situación precaria por que atraviesa este país actualmente. La gran depreciación del papel-moneda es otra circunstancia que se opone al buen éxito de la suscripción; no obstante, nos ha cabido la satisfacción de ver que han acudido presurosas al llamamiento de la caridad personas de nuestra colectividad para las cuales el desembolso hecho importa un verdadero sacrificio.

»Esta Comisión directiva, teniendo en cuenta que los auxilios son tanto más provechosos cuanto más á tiempo se prodigan, resolvió anticipar, por giro telégrafico, la suma de doce mil pesetas, sin perjuicio de remitir oportunamente, por correo, el saldo que resulte una vez cerrada la suscripción, nombrándole á usted para que, en unión de los señores Hijos de Pombo y de D. Antonio Cabrero, de Santander, procediesen á repartir dichas cantidades, con la equidad que á su juicio se requiera, entre las familias de aquella ciudad perjudicadas por la fatal catástrofe ocurrida.

»No se escapa á la atención de los miembros que componen esta Comisión directiva, lo insignificante de las sumas que deben repartirse, para causar molestias á una persona de su distinción; pero su reconocida amabilidad y patriotismo les hace esperar que aceptará usted la misión que se le confía.

»Creo cumplir con un deber al significarle que nuestros compatriotas residentes aquí verían con gusto que se publicara en algún periódico la forma en que se haga la distribución de los fondos.

»Dándole anticipadas gracias por su intervención en esa obra humanitaria, le saludan, con su consideración más distinguida, Alfredo Corrales, *Cónsul de España, Presidente honorario.* — Joaquín Díaz, *Presidente efectivo.* — Francisco Gasull, *Vicepresidente.* — Juan Cabanellas, *Tesorero.* — Francisco Mairini, Virgilio Olalla, Jose Casabella, Román Ortiz de Guinea, Anselmo Estella, Pelegrín Maseras, Manuel García, *Vocales.* — José M. Pérez, Segismundo Sivina, *Secretarios.*

»Al señor director de La Ilustración Española y Americana, D. Abelardo J. de Carlos, Madrid.»

Al recibir el telegrama á que se refiere la carta anterior, ya por el natural laconismo telegráfico, así como por las deficiencias de la transmisión, no nos penetramos bien de los deseos concretos de nuestros caritativos compatriotas, aunque creímos comprender que verían con gusto que la suma remitida no se añadiera á las demás cantidades recaudadas con el mismo objeto, sino que, por separado, y con completa independencia de las demás suscripciones, se hiciera con ésta un reparto especial.

Ante esta consideración, y en vista de que las más apremiantes necesidades de las víctimas de la explosión del vapor *Cabo Machichaco* habían sido ya convenientemente atendidas con los valiosos recursos que en los primeros instantes se allegaron, nos decidimos á retardar el cumplimiento del honroso encargo que se nos había confiado, esperando recibir instrucciones concretas acerca del destino que habría de dárselo á la cantidad girada, y mucho nos felicitamos de haberlo hecho así, puesto que, como creíamos, en la carta que anteriormente copiamos se manifiesta de modo claro y terminante el deseo de aquella Comisión.

Penetrados ya de la voluntad de los donantes, hemos enviado á Santander, al Sr. D. Antonio de Cabrero, las citadas 12.000 pesetas, para que, en unión de los Sres. Hijos de Pombo, procedan al reparto de las mismas, en armonía con los deseos de nuestros compatriotas residentes en Rosario de Santa Fe, ó sea, adoptando el criterio de practicar una distribución especial con esta suma, atendiendo en primer término á los cabezas de familia que hayan quedado inutilizados para ganarse el sustento, y dedicando también parte de aquella suma al socorro de las viudas, con hijos, cuya situación sea más precaria.

De esta manera repartidos, creemos que los socorros enviados por los caritativos españoles de Rosario de Santa Fe podrán ser de mayor provecho que distribuyéndolos ciegamente en aquel mar de desdichas. En nombre de tantos infelices, damos gracias muy expresivas á nuestros compatriotas, y en especial á la Comisión, tan dignamente presidida por el Sr. D. Alfredo Corrales, como presidente honorario, y D. Joaquín Díaz, como efectivo; y en el propio reiteramos á todos ellos nuestro profundo reconocimiento por la distinción de que hemos sido objeto al confiar á nuestro querido Director la honrosa misión de coadyuvar á repartir en Santander el fruto de sus caritativos esfuerzos. De ella daremos detallada cuenta, publicando á su tiempo las listas de los donativos hechos.

La Redacción.

POR AMBOS MUNDOS.

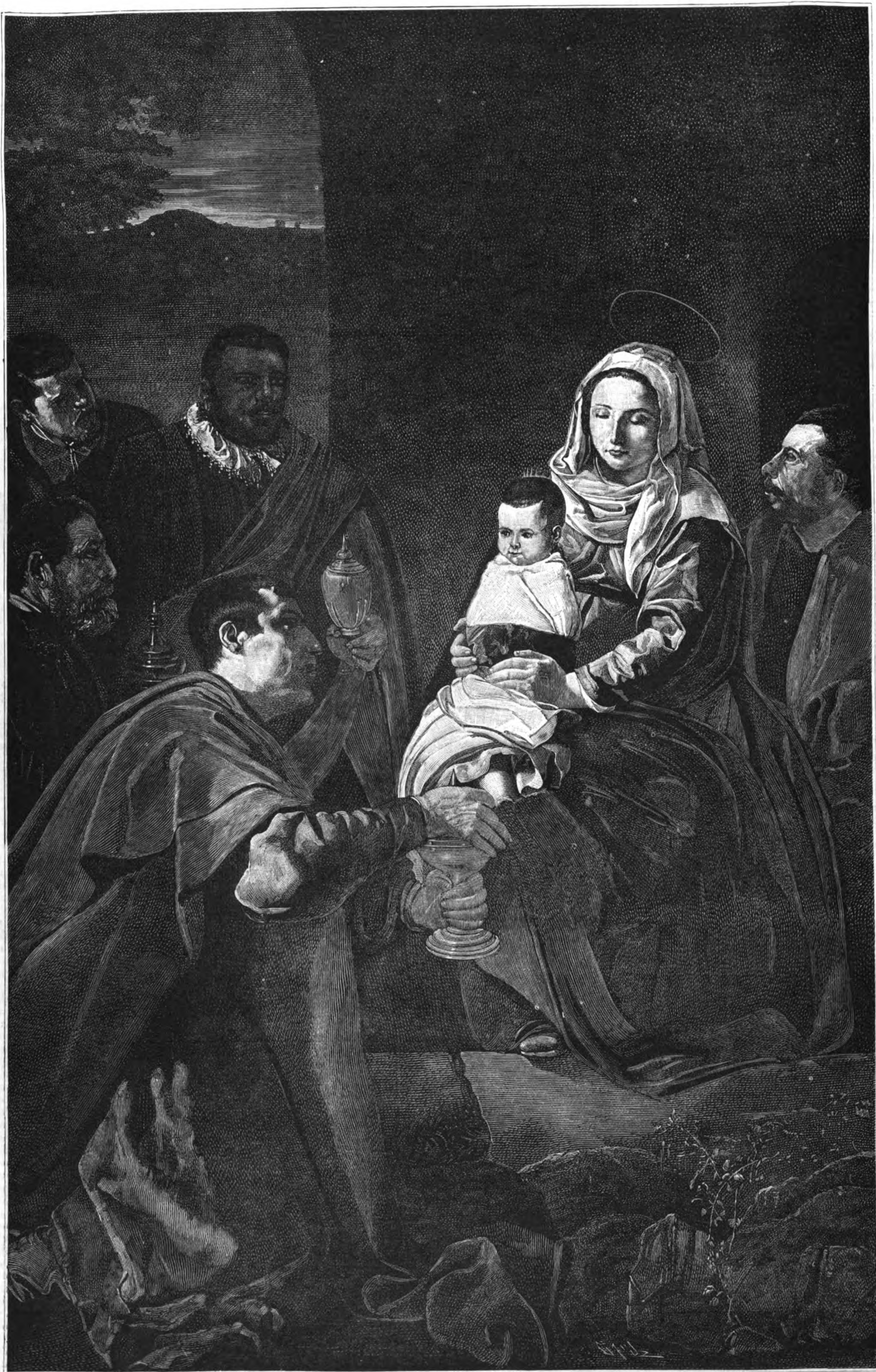
NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Egipto: el consejo legislativo: quejas contra Inglaterra; los tributos y la evacuación.— *Londres:* interpelación de Mr. Labouchere acerca de estos asuntos; contestación de Mr. Gladstone.— Los ochenta y cuatro años de Mr. Gladstone: su apoteosis en el Parlamento y el país; su retirada *definitiva* de la política, por dos años. Libros del momento: el discurso del Sr. Fernandez Vallin en la Academia de Ciencias; contestación del Sr. Merino.

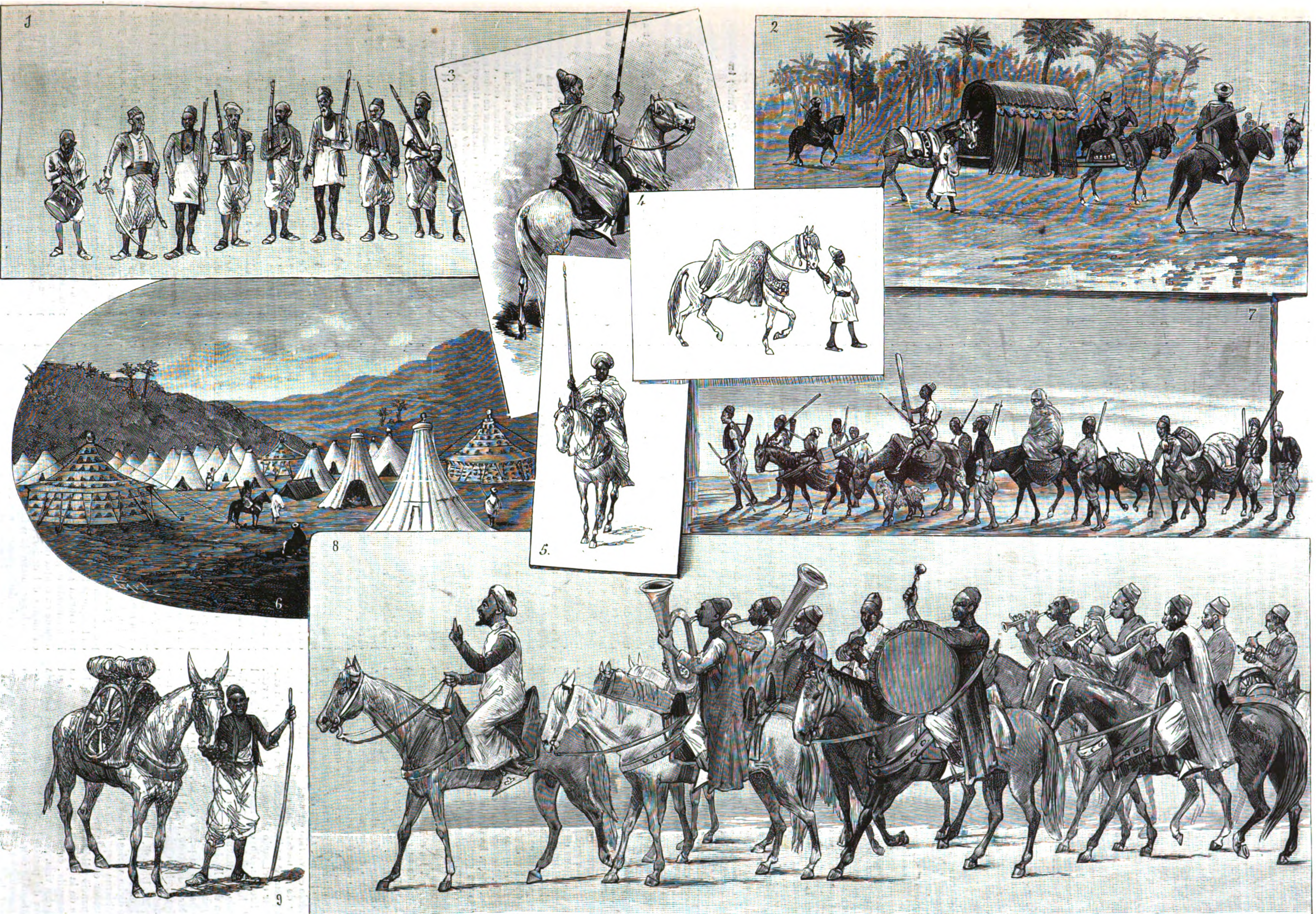
El aguinaldo que el año de 1893 ha dejado al actual en Inglaterra ha sido un déficit de 2.057.000 libras esterlinas, ó sean 51.425.000 pesetas en el ejercicio económico de los tres trimestres anteriores, cuyo desequilibrio hará que á fines de Marzo y del año correspondiente de los Presupuestos ingleses ese déficit sea de 60 millones. ¡Mal precedente y mal augurio para una nación tan exacta en sus cálculos y cuentas, que aun se propone gastar ciento cincuenta millones en la mejora de su escuadra! Desengaño semejante ha de pesar mucho en el ánimo caviloso de la gente británica, que tal vez entre también en la imprescindible moda de disminuir sus gastos. Para esto ha de ir necesariamente reduciendo sus aspiraciones en materia de ocupación, protectorado y dominio. La opinión del vulgo cándido, que cree en las promesas de los hombres políticos al pensar en esa disminución de gastos y de fuerzas, pregunta qué se han hecho de aquellas seguridades que daba mister Gladstone en la oposición, de que cuando él, con su partido, llegara al Poder, retiraría las tropas inglesas que ocupan el Egipto. Y la opinión ultradominadora, la que sostiene que no se debe abandonar ni una sola pulgada de terreno de cuanto Inglaterra ocupa, se ha alarmado, no porque se pregunte eso, ni porque la evacuación de la tierra del Nilo pueda aproximarse, sino nada más que porque el Consejo Legislativo egipcio ha dado señales de vida, criticando ligeramente la gestión inglesa. Este Consejo es una especie de escuela elemental de parlamentarismo que lord Dufferin instituyó en Egipto para que los naturales de mayor importancia, posición y autoridad se vayan acostumbrando á practicar las tareas de una imitación de Cámara representativa, pero que, en realidad, ni tiene importancia alguna, ni los ingleses ni nadie se la da.

Pues bien; al preparar el presupuesto de 1894, presentándolo al Gobierno mixto que allí impera, constituído por Riaz-Bajá, jefe del Ministerio egipcio, y por sir Edwin Palmer, consejero inglés del Jedive en asuntos de Hacienda, y de lord Cremer, representante de Inglaterra, los contribuyentes se han permitido exponer una serie de observaciones que han sido hábilmente desestimadas por los funcionarios, y que han exasperado la bilis de los políticos y de la prensa de Londres. Según aquéllos, hacen muy mal, no tienen razón para quejarse los fellahs ó indígenas, porque nunca han sido tan felices como ahora, aunque jamás hayan pagado más contribuciones. Quéjanse aquellos pobres *protegidos* de que les cuesta muy caro el pagar las retribuciones de los delegados y funcionarios de Inglaterra, y de que ésta, á pesar de sus promesas, no piensa en evacuar el país, después de catorce años de ocupación. Sir Palmer contesta al primer punto, que no se pueden tener buenos protectores y administradores sin pagarlos bien, porque si no se les paga bien, buscan por otra parte, fuera de su destino, los beneficios que necesitan para vivir, y que el número de empleados no ha aumentado, habiéndose mejorado mucho, en cambio, su moralidad. En cuanto al segundo punto, declara que Inglaterra y Egipto ya saben lo que hacen; que están perfectamente de acuerdo respecto á los gastos del ejército de ocupación, y que este es, en fin, un asunto que nada le importa al Consejo. Por su parte, Riaz-Bajá ha contestado que continuarán disminuyéndose gradualmente las tropas de ocupación «hasta que la Gran Bretaña, cumpliendo las seguridades que les tiene dadas, las retire por completo; y que es verdad, por desgracia, que el número de empleados extranjeros al servicio del Gobierno egipcio es muy considerable»; todo lo cual le ha valido una verdadera cencerrada y un diluvio de amenazas de parte de la prensa británica y de los círculos políticos. La verdad es, como queda dicho, que el Consejo legislativo indígena no había tenido hasta aquí importancia alguna, y que sus quejas y reclamaciones han indignado al omnipotente espíritu inglés, que no consiente ni asomos de reproche y rebeldía en ninguno de sus súbditos ó *protegidos*.

No han sido tan sólo los egipcios impacientes los que han tratado del asunto de la evacuación. El famoso diputado inglés Mr. Labouchère, para obsequiar á Mr. Gladstone en



LA ADORACIÓN DE LOS REYES.
CUADRO DE VELÁZQUEZ.
EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO DE MADRID.



MARRUECOS.—DIVERSOS ASPECTOS DEL EJÉRCITO IMPERIAL, AL REGRESO DE COBRAR LOS IMPUESTOS Á LAS TRIBUS REBELDES.

1. Soldados marroquíes de infantería (Askar).—2. Litera con mujeres del harén.—3. Soldados de caballería (Mejasni).—4. Caballo de repuesto (Aud-el-Gueda).—5. Aposentador (Mu-el-mzerag).—6. Campamento (Majala). 7. Askaris en marcha.—8. La música.—9. Artillero (Tobaji).

(Apuntes del natural, por D. Joaquín Velarde.)

el día que ha cumplido ochenta y cuatro años, le preguntó, al presentarse en el Parlamento, que cuándo pensaba retirar las tropas de Egipto, puesto que lo había prometido. El compromiso en que puso al jefe del Gobierno inglés era grave. Si éste respondía terminantemente que la evacuación se haría, tendría en contra suya, como un huracán que de repente surge airado, la gran masa de la opinión de los patrioteros ingleses; y si declaraba que no pensaba en ello, olvidaría los compromisos de su partido, de sus predecesores y de sí mismo, tantas veces sostenidos en ambas Cámaras y en documentos diplomáticos. Pero no dijo ni una cosa ni otra. Contentóse con reconocer que, en efecto, el Consejo legislativo egipcio y la respuesta de Riaz-Bajá contienen la expresión de la esperanza de que la ocupación termine pronto; que las intenciones del Gobierno británico no han cambiado, según las expresó en el Parlamento en Mayo último y según las consignó lord Rosebery á lord Cromer en un despacho ya conocido; y que no tenía necesidad de decir más sobre el asunto, ya que no es con el Jedive de Egipto con el que habrá que tratarlo, sino con el Sultán. En suma, nada concreto y en claro, sino lo que Inglaterra viene realizando hace tantos años: reconocer que debe evacuar aquella región, pero no evacuarla nunca.

°°°

Al cumplir Mr. Gladstone sus ochenta y cuatro años en pleno vigor intelectual y político, la prensa de todas las naciones se ha dedicado á bosquejar de nuevo la apoteosis del *grand old man*, que pudiera ser abuelo de algunos de los ministros que le acompañan en su Gobierno, como lord Rosebery y Mr. Asquith. Cuando en el día de su cumpleaños se presentó en la Cámara, saludáronle entusiastas todos los diputados, lo mismo sus correligionarios los liberales y los agradecidos irlandeses, que sus adversarios los conservadores y los unionistas, aclamando al incomparable hombre de Estado, que hacía sesenta años que había pronunciado en aquel lugar su *maiden speech*, su primer discurso. Tan fuerte y animosa como él vive su esposa, que cuenta ochenta y un años y que hace cuatro celebró las bodas de oro de su matrimonio. «¡Sesenta y un años de diputado y cincuenta y cuatro de marido y treinta de ministro y de jefe del gobierno, son muchos años para un hombre solo!», habrán exclamado muchos pensadores, de esos que sostienen que la vida es un soplo. Y, sin embargo, aun quieren los irlandeses que viva y que gobierne mucho, para que deje resuelto el gran problema de su autonomía, contra la opinión del puritanismo nacional de tantos y tantos lores que anhelan perderle cuanto antes de vista para que Irlanda no sea jamás autónoma.

Criticado ó ensalzado, Mr. Gladstone resulta siempre grande, lo mismo entre la mordacidad de sus émulos y adversarios, que ante el incienso de sus admiradores. Uno de sus mejores biógrafos, G. W. E. Russell, dice que el móvil de todos sus actos ha sido siempre el ser perfectamente moral, inspirado por el sentimiento de su responsabilidad ante el supremo Juez invisible, responsabilidad de sus talentos, de su influencia, de su poder, de los intereses morales y materiales confiados á su gestión gubernativa. Obra siempre por amor al derecho y por respeto á los principios, para servir á Dios y á los hombres; y si no puede poner de acuerdo todos sus hechos con la moral, se ingenia para poner á la moral de acuerdo con ellos. Por eso hay en él una mezcla de predicador y de sofista, dice G. W. E. Russell; lo cual es una gran cosa en un país como Inglaterra, que quiere que se demuestre siempre que el mejor derecho está conforme con sus intereses. Muchos pueblos, antes oprimidos, recuerdan con gratitud cuánto y cuánto hizo por conseguir la libertad de que hoy disfrutan: otros, en cambio, le acusan de no haberse ocupado de ellos, gimiendo como gimen en ajeno vasallaje. Muchos actos que criticó en la oposición los aprobó en el poder. La flexibilidad de su conciencia de político ha sido tan grande como la de otros grandes hombres. Sin ella, ni se gobierna ni se vive. A los treinta y cinco años empezó á separarse del partido conservador; quince años estuvo fluctuando con inclinaciones marcadas hacia el liberal, y á los cincuenta ingresó definitivamente en éste. La causa de su separación del partido *tory* fué la incompatibilidad personal en que siempre se halló con su rival el jefe de los *torys* Mr. Disraeli. No pudo ser jefe de éstos, y poco á poco se fué al partido *whig* para ponerse á su frente en cuanto desaparecieron Palmerston y Russell. El haber figurado doce ó catorce años entre los conservadores más acérrimos, y el haber oscilado durante quince sin política fija, no le impidió ser muy pronto nada menos que jefe del partido liberal, al que dirige hace treinta y tres años, habiéndolo convertido en verdadero partido democrático. A pesar de su maravillosa elasticidad y de su valor para todo; á pesar de su loca fortuna, no ha podido, sin embargo, plantear el sufragio universal, el *one man, one vote*, en la Gran Bretaña. En esta materia, otros políticos del Continente le han dejado tamañito. Pero bastará á su gloria, coronando las innumerables que ha conquistado, la emancipación de Irlanda, ejemplo y palanca poderosa que removerá y sancionará la autonomía de otros muchos pueblos en Europa. No se puede olvidar, por lo demás, en la historia de Mr. Gladstone, aquel hecho famoso de su retirada definitiva de la política y de la vida pública, que realizó hace veinte años, ofendido por el nuevo triunfo de su eterno rival, Mr. Disraeli, que por cuarta vez subía al poder con su partido. Tenía ya Mr. Gladstone sesenta y cinco años; había dicho varias veces que ningún político debe dirigir un gobierno después de cumplir los sesenta; y conforme al parecer con este precepto suyo, desengañado y resentido, anunció pública y solemnemente que se retiraba para siempre de la política, para prepararse á buscar, en una vejez tranquila, dedicado á Homero y á la Biblia, el tránsito á la otra vida. Mientras se disputaron su herencia de la jefatura del partido liberal Mr. Forster y lord Hartington y la lograba éste, vivió en efecto retirado un poco de tiempo, y contestó á Disraeli, cuando, hablando amistosamente con él, le dijo que era absolutamente preciso que volviera á la política activa, porque no podían pasar sin él: «¡Eso nunca! ¡eso es absolutamente imposible!» Y en efecto, no habían pasado dos años, cuando con motivo de los sucesos de Bulgaria volvió el hombre en sí, se lanzó á la tribuna, se olvidó de sus firmes propósitos y se encontró de nuevo, con más actividad que nunca, al frente del partido liberal; prueba elocuentísima de que el hombre más entendido y más práctico no se conoce nunca á sí mismo, y que dentro de él hay algo superior á su voluntad, que es su naturaleza, que le obliga á marchar sin remisión por el camino que ha seguido siempre, aunque, en sus ilusiones de un día, se figure que es capaz de hacer todo lo contrario.

°°°

Con los días de Año Nuevo llegan á la mesa del trabajo, entre otros expresivos recuerdos de afecto, algunos libros que desde el extranjero y desde España nos envían los entusiastas obreros de la cultura pública. Reclama ahora el tiempo triste y despiadado el retiro en el hogar, y en el hogar no hay complacencia semejante, fuera del amor á la familia, á la que brinda y proporciona la buena lectura. Si ésta puede referirse á asuntos de nuestra patria, resulta muchísimo mayor lo placentero de tan útil entretenimiento. Los que por obligación rendimos constante culto á los estudios científicos, hemos gustado en estos días de los encantos de un libro digno de un benedictino por lo profundo y minucioso de la labor, y propio de un sabio por lo interesante de la materia, con todo acierto escogida y con toda corrección tratada. Un sabio es por lo que ha estudiado, y un benedictino por la paciencia y constancia en la investigación y en las tareas que al estudio dedica, el veterano catedrático de Matemáticas y consejero de Instrucción pública D. Acisclo Fernández Vallín, con cuyas obras elementales, tan bien dispuestas para la enseñanza, hemos cursado aquellas ciencias la mayor parte de los alumnos de nuestra generación. Llamado por sus méritos á ocupar un puesto en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, ideó el dedicar su discurso de presentación é ingreso en ella al importantísimo asunto de la *Cultura científica de España en el siglo XVI*, y con tal empeño y amor arremetió con el trabajo, que su discurso es todo un libro profusamente anotado, y con otro libro apéndice de *Notas* añadido. Ha compuesto el Sr. Vallín para la introducción de su trabajo un hermoso cuadro de la cultura é ilustración general de España en dicha época; y entrando luego en materia, toma de aquel conjunto cuanto á su propósito determinado atañe, para fijarse en las ciencias. A las exactas y sus aplicaciones dedica la parte más detenida, ocupándose de los adelantos y progresos en estos estudios durante la Edad Media, describiendo las escuelas musulmanas y judías de Córdoba y las cristianas de Toledo; enumerando los escritores y matemáticos que contábamos dentro y fuera de la Península; los que brillaron en las Universidades de Salamanca, Alcalá, Zaragoza y París, y los que realmente fueron los precursores de los grandes adelantos que se realizaron en el extranjero. Dedica notables páginas á la Astronomía, á la Geografía y viajes y al Arte de navegar, haciendo una brillante apoteosis de nuestros sabios, de nuestros cosmógrafos, viajeros, tratadistas y navegantes, y de los Congresos de astrónomos españoles y portugueses en aquellos tiempos. En los capítulos referentes á las Ciencias físicas estudia los trabajos prácticos que acerca de la física del globo, del magnetismo terrestre, de la óptica, de la telegrafía y de la metalurgia realizaron aquellos ilustres compatriotas nuestros que justamente figuran entre los más asiduos obreros del renacimiento científico, elogiados y proclamados como tales por los publicistas extranjeros. Ocúpase luego del floreciente estado de la Botánica en España en aquel siglo, dando minuciosa cuenta de las publicaciones que entonces enriquecieron esta ciencia, y de las exploraciones españolas en el Nuevo Mundo. Como término y digno complemento del admirable trabajo del Sr. Vallín, aparece en su discurso una descripción de los establecimientos de enseñanza con que contábamos en el siglo XVI, cuando las Universidades de Salamanca y de Alcalá eran el modelo de las demás de Europa.

En las notas-apéndices encuentra el lector un vasto arsenal de curiosísimos conocimientos, un inventario metódico y completo de la cultura española en los pasados siglos, y una magistral reseña de nuestros centros de enseñanza. Tales y tantas amenas é instructivas materias ha condensado el respetable profesor y académico en esta obra, que resulta ser un verdadero obsequio hecho no sólo á la Academia que le ha recibido solemnemente el día 7 del actual, sino á la historia de nuestras ciencias, á la enseñanza y sobre todo á nuestra juventud estudiosa. El ilustre veterano, encanecido en la cátedra, maestro de tantas gentes, propagandista incansable de la instrucción y campeón valeroso de nuestra dignidad profesional y del estado de nuestra cultura cuando, mal conocida fuera de España, ha sido por ello maltratada y ha sido necesario también hacer su cumplida defensa; el Sr. Vallín y Bustillo ha dado cima á su carrera científica y docente estudiando con la misma fe y laboriosidad que en sus juventudes y componiendo este hermoso libro en honor de las viejas ciencias españolas. Cuánto vale ese trabajo lo ha dicho, como él sabe decirlo, con la autoridad de un maestro y con la galanura de una pluma cortada como las de nuestros grandes estilistas del siglo XVI, el muy entendido y muy respetado director del Observatorio Astronómico y secretario general de la Academia, Sr. D. Miguel Merino, en su sencillo y elegante discurso de contestación al señor Vallín. Hay que leer el trabajo del Sr. Merino para deleitarse y saborear, en medio de una crítica muy fina, muchos párrafos tan bien sentidos y dichos como este: «Pero el que en bosque poblado de frondosa arboleda no sobresalga altivo ningún gigantesco ejemplar, cuya majestuosa copa blandamente se gallardee en la región de las nubes, nada depone en contra de la existencia de aquel pequeño oasis en medio del desierto, ni de su importancia y utilidad como lugar ameno de refugio y refrigerio, donde el fatigado viandante restaura sus fuerzas y cobra nuevos bríos para continuar peregrinando en persecución y alcance de la verdad.» Hay que leer la réplica que en esta contestación va envuelta, acerca si debemos tan sólo volver la vista atrás para ensalzar á los hombres científicos de nuestro pasado, ó es mejor cumplir el deber de mirar hacia adelante y procurar, «sin perdonar para ello afán ni sacrificio, salir del atolladero en que nos vemos, por deplorable conjunto de circunstancias, embarrancados y cautivos»; y «que á lo que debemos aspirar es á escalar la montaña que nos oculta la luz del sol, y á dominar el horizonte que desde su cima se columbra.» Lea nuestra juventud las sensatas y dignas excitaciones del Sr. Merino, y siga sus animosos consejos. Yo, el último de los compañeros en la cátedra y en la Academia de tan queridos é ilustres maestros, los señores Vallín y Merino, al trabajar en el banco de la paciencia en mis diarias tareas de cronista, y al llegar día tan señalado para nuestras ciencias, como el de la publicación de sus discursos, dejó correr toda la satisfacción de mi alma por los puntos de la pluma al consignar aquí mi cordial enhorabuena.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La Criminalidad comparada, por G. Tarde; traducción, prólogo y notas por Adolfo Posada.

Es Tarde uno de los más ilustres antropólogos y criminalistas modernos, y en muchos respectos superior á Lombroso, Garófalo y Ferry. En esta obra estudia con alta sabiduría el tipo criminal, los problemas de la penalidad y de la criminalidad, el homicidio, el suicidio, el asesinato, los crímenes en el ejército, etc.

Este libro es de la mayor utilidad para los abogados y magistrados españoles.

Su precio, 3 pesetas.

Conferencias sobre el problema monetario en Gua- *temala*, por el licenciado D. Salvador Falla.

Recomendamos la lectura de este trabajo á las personas que estudian la situación económica en la América española.

Calendario Americano para 1894, ó sea Calendario español hecho en forma del Americano. Con una indicación de los trabajos que deben practicar cada mes los jardineros y hortelanos (completamente nuevos este año); Preceptos higiénicos; el Calendario del Cazador, del Gastrónomo y el Vinícola; charadas, adivinanzas, cantares, seguidillas, proverbios, refranes, historietas, anécdotas, etc., etc., y al respaldo de cada día van las indicaciones de todos los santos y fiestas de toda España. Estos calendarios tienen todos los años importantes mejoras.—*Tamaño ordinario*, 68 milímetros por 108 el bloc.—El *Gigantesco*, 200 milímetros por 150 el bloc.—El *Religioso*, 68 milímetros por 108 el bloc.—El *Mediano*, 80 milímetros por 120 el bloc.—El *Infantil*, 60 milímetros por 90 el bloc.—El *Colibrí*, 30 milímetros por 45 el bloc. Estos blocs conteniendo el Calendario se adaptan á *magníficos cromos*, y cuestan desde 50 céntimos de peseta hasta 6,50.

Se recomienda pedir los Calendarios publicados por la casa Bailly-Baillière é hijos, que son los más variados y divertidos. Los hay con ó sin termómetro.

Se hallarán de venta en la librería editorial de Bailly-Baillière é hijos, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las librerías, almacenes de objetos de escritorio y bazares de España y Ultramar.

Agenda de bufete ó *Libro de memoria diario para* 1894. Es el libro más útil de todos los publicados hasta el día, y demasiado conocido para encarecer su necesidad absoluta para todos. Nos limitaremos, por lo tanto, á decir que se han hecho *ocho ediciones;* sus precios son de una peseta hasta cinco, hallándose al alcance de todas las fortunas y necesidades.

Contiene: Reducción de monedas.—Sistema decimal.—Cambio con el extranjero.—Modelos de recibos, de letras, de pagarés.—Indicador de Ferrocarriles.—Tarifas de Correos, de Paquetes postales, de Telégrafos, de Arbitrios, de Consumos, de Carruajes, de Cédulas personales, Teatros, Tranvías, etc.—Guía de Madrid, con todas las curiosidades que encierra, y hora de visitar los Ministerios, Museos, oficinas, etc., etc.—Calles de Madrid.—Diario en blanco para apuntes de todos los días.

Se halla de venta en la librería editorial de Bailly-Baillière é hijos, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en todas las librerías del reino.

Derecho internacional privado, por Asser y Rivier; traducción, prólogo y notas de J. Fernández Prida.

La obra de Asser y Rivier estaba considerada por los jurisconsultos como el más excelente libro de Derecho internacional privado. El catedrático Sr. Fernández Prida ha prestado un verdadero servicio con esta traducción, que ha enriquecido con excelentes notas referentes á la legislación española, haciendo un libro de grandísima utilidad para los abogados y notarios.

Cuesta la obra 6 pesetas.

Legislación y jurisprudencia sobre la materia y el *procedimiento contencioso-administrativos*, por D. Rosendo

Macaya y Anguera, abogado en ejercicio del ilustre Colegio de Madrid.

No encontramos mejor manera de dar al lector idea aproximada de la importancia de esta excelente obra, que puntualizar las materias que trata. Contiene la ley de la Península de 13 de Septiembre de 1888, la de Ultramar, ó sea la primera hecha extensiva á aquellas provincias por el Real decreto de 23 de Noviembre siguiente, el reglamento de 29 de Diciembre de 1890, debidamente concordados, el Real decreto de 28 de Julio de 1892, modificándolos, y otras disposiciones. Intercalada en el texto, en forma de extracto, lleva la jurisprudencia establecida desde fines de 1868 hasta el día, esto es, la consignada en las sentencias del Tribunal Supremo mientras desempeñó la jurisdicción contencioso-administrativa sobre admisión de demandas en las resoluciones ministeriales, decidiendo las consultas de la extinguida Sala de lo contencioso en el Consejo de Estado acerca del propio objeto, y en los autos y sentencias del Tribunal de lo contencioso-administrativo, decidiendo excepciones dilatorias y perentorias respectivamente. Contiene también un repertorio alfabético de gran utilidad para las consultas.

El plan de la obra es muy bueno, siendo muy de alabar el acierto con que el Sr. Macaya ha sabido eliminar de ella todo lo inútil, que de ir incluído la hubiera hecho interminable y obscura, y la claridad y excelente método con que ha sabido agrupar las demas materias. Los extractos de la doctrina sentada por el Tribunal Supremo en sus sentencias sobre lo contencioso-administrativo están hechos con suma fidelidad y cuidado, y con la necesaria extensión para evitar en lo posible la consulta de los originales. El autor promete tener á sus lectores al corriente de lo que se publique, por medio de apéndices.

Este libro, que hemos consultado con cuanto detenimiento nos ha sido posible por su mucha importancia, será de grandísima utilidad á los individuos de los tribunales contencioso-administrativos, del ministerio fiscal y representantes de la administración en los mismos, á los auxiliares de aquellos, á los jueces, tribunales y escribanos (para los recursos de queja), á los funcionarios públicos, abogados, notarios (para la redacción de poderes), procuradores, y en general á cuantas personas se dedican á los asuntos administrativos. Forma un tomo de 592 páginas, y se vende, en casa del autor, Orellana, 9, bajo izquierda, Madrid, y en las principales librerías, al precio de 10 pesetas en Madrid, 11 en provincias, 15 en Cuba y Puerto Rico y 20 en Filipinas.

¿QUIÉN DIRIGE LA MÁQUINA?

Eres pasajero de un ferrocarril, y atraviesas rápidamente puentes, terraplenes, obscuros túneles y montañas. Y es de noche, y duermes en la obscura tiniebla; pero tu seguridad depende siempre, en gran parte, de la experiencia, pericia y fidelidad de un solo hombre: el maquinista. Y, sin embargo, es conocedor de su oficio, y ya no pensamos nada más acerca de él.

Supongamos, sin embargo, que ese hombre se vea atacado de repentina y grave enfermedad, mientras su locomotora, arrastrando cientos de seres vivientes en el tren que la sigue, se precipita rápidamente en su camino: ¿qué sucedería?

«¡Dios nos libre de que semejante cosa sucediese!», dirás. Convengo en ello; pero, sin embargo, esas cosas suceden á veces, y tienen horribles consecuencias. Pidamos todos, pues, que el hombre que lleva en sus manos nuestras vidas tenga buena vista, fortaleza y buena salud.

Pastor era un maquinista de la línea de Madrid á Zaragoza y Alicante. Era conocido y respetado por las muchas personas que con frecuencia viajaban por el tren que su locomotora arrastraba; estaba dotado de sangre fría, y era fiel y valiente. Un día lo echaron de menos en su puesto en la locomotora, y al hacer indagaciones supieron que se hallaba enfermo y que ni moverse podía de la cama. Habíanse quebrantado sus nervios, y parecía sufrir de una complicación general de dolores; había perdido el apetito, y miraba los alimentos más bien con repugnancia que con deseo. Dolíale la cabeza; sentía también dolor en el pecho y en los costados; su piel y sus ojos estaban descoloridos; de su garganta salía un gas nauseabundo, y finalmente se puso tan débil que se vió imposibilitado de cumplir sus deberes.

Probó una tras otra toda clase de medicinas, hasta que ya no vió remedio en ellas, pues ninguna le daba el más ligero alivio. La fuerza de la enfermedad se iba apoderando de él. Cuando yacía sin esperanzas en el lecho, no pensaba más que en la muerte, é imaginaba que estaba destinado á entrar pronto en aquel sombrío y pavoroso reino del cual no regresa nadie jamás. Ya no volvería á montar en aquella locomotora, ni conducir de ida y vuelta aquel tren en sus viajes. Sus amigos estaban tan descorazonados como él. ¿Y cuál era su enfermedad? Eso es lo que ellos no podían conjeturar; ¡tan extraña y engañosa era, y tantos eran sus síntomas, enteramente contradictorios!

Por fin uno de ellos recordó haber leído de un remedio llamado «Jarabe Curativo de la Madre Seigel», del que se decía que en muchos casos había realizado curas cuando ya todas las otras medicinas habían sido ineficaces. Si la realizaría ó no, en el caso de Pastor, era cosa que sólo podía decirse después de probarlo, y se determinaron á hacer esa prueba.

El resultado está patentizado por una carta fechada en Alicante á 31 de Mayo de 1893, escrita por el Sr. D. Francisco Dewit, que vive en casa de los Sres. Raymundo y Compañía, de aquella ciudad. En ella, después de exponer los detalles de la enfermedad de Pastor, el Sr. Dewit dice: «Como recurso ya extremo le procuramos una botella de Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y desde luego comenzó á mejorar; y continuando así por un corto tiempo, restableció por completo su salud. Hoy en día vemos otra vez á aquel valiente hombre en su puesto, conduciendo la locomotora como antes de haber caído enfermo. Está muy agradecido de su asombroso restablecimiento, y no hace más que hablar de él. (Firmado.)— FRANCISCO DEWIT, Contramuelle, Alicante.»

Felicitamos al Sr. Pastor y á sus amigos; pero si desde los primeros síntomas de su enfermedad hubiera aquél usado el Jarabe Seigel, indudablemente se hubiera ahorrado tiempo, dinero y sufrimientos. Su enfermedad era indigestión y dispepsia, las que le envenenaron la sangre, quebrantaron sus nervios y le llenaron el sistema de esos gérmenes que producen dolores y por fin la muerte; y en su caso se desarrolló la enfermedad, á no dudar, por la exposición y otros accidentes propios de tan útil aunque trabajoso empleo. Los demás pacientes harán bien en tener muy presentes los hechos ocurridos en este caso. Aunque esta cura, á pesar de lo notable que es, no es más que una de las mil realizadas en España y en todas partes por este mismo remedio.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumeria Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumeria Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumeria de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumeria Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3,* y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos,* y *Vicente Ferrer.*

PIDANSE LAS ACREDITADAS ESPECIALIDADES DE
CROWN PERFUMERY CO.,
Serie: Etiqueta dorada.
Extractos, Agua de Tocador; Polvos, y Jabon de Tocador.
CUIR DE RUSSIE, PEAU D'ESPAGNE, LILAS BLANC, GARDENIA,
Extra finos y con elegantísimos envases.
Crown Perfumery Co., London.
De venta en Madrid:—Perfumeria Inglesa Carrera de San Geronimo 8; y en todas las buenas Perfumerias.

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos de
EXALGINA DE **BLANCARD**

JAQUECAS
COREA
REUMATISMOS
DOLORES NEVRALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento
CONTRA EL DOLOR
PARIS, rue Bonaparte, 40

TINTURA ÚNICA

INSTANTÁNEA para **BARBA** y **CABELLOS** (1 frasco) *sin preparación ni lavado.* **FILLIOL.** *53, r. Lafayette, Paris.*

PAPEL **FAYARD Y BLAYN**
EL MÁS EFICAZ PARA CURAR IRRITACIONES *del* PECHO, RESFRIADOS, REUMATISMOS, DOLORES, LUMBAGO, HERIDAS, LLAGAS.—*Topico excelente contra Callos, Ojos-de-Gallo.— En las Farmacias.*

FOTOGRAFÍAS INTERESANTES

Catálogo, 50 centimos en sellos de correo.
The Publishing Offices—AMSTERDAM

ASMA PAPEL FRUNEAU
La mas alta Recompensa en la Expos. Univers. 1889. 40 Años de Exito.
E. FRUNEAU, *Nantes, y Farmacias.* E. Fruneau — *Exigir la firma*

Kananga del Japon

RIGAUD Y Cia, Perfumistas
PROVEEDORES DE LA REAL CASA DE ESPAÑA
PARIS - 8, rue Vivienne - PARIS

Agua de Kananga de Rigaud, loción refrescante para el tocador y el baño; vigoriza la piel perfumándola delicadamente y combate el cansancio y el abatimiento producido por el calor.

Extracto de Kananga de Rigaud, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo, de grande persistencia.

Jabon de Kananga de Rigaud, grato y untuoso; conserva al cútis su tersura y nacarada transparencia.

Polvos de Kananga de Rigaud, impalpables y adherentes; blanquean la tez con elegante tono mate, preservándola del asoleo.

Depósito en las principales perfumerias de España y América.

ACEITE MORENO-CLARO
DE HÍGADO DE BACALAO
DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la TÍSIS, las ENFERMEDADES del PECHO y de la GARGANTA, la DEBILIDAD GENERAL, el DESFALLECIMIENTO de los NIÑOS, la RAQUÍTIS, y todos los AFECTOS ESCROFULOSOS.

Se vende SOLAMENTE en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del Dr. DE JONGH y la firma de ANSAR, HARFORD & Co.—*Cuidado con las imitaciones.*
Unicos Consignatorios, Ansar, Harford & Co. Ltd., 210, High Holborn, Londres.
Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE REGENERADOR DE LOS CABELLOS

¿Teneis Canas?
¿Teneis Péliculas?
¿Teneis Cabellos débiles ó que se caen?

SI LOS TENEIS

Emplead el ROYAL WINDSOR, este producto, por excelente devuelve á las canas el color y la beldad naturales de la juventud. Impide la caida de los cabellos, y hace desaparecer las peliculas. Es el solo regenerador de los cabellos que haya tenido medalla. Resultados inesperados. — Venta siempre en aumento. — Exíjase sobre el frasco las palabras ROYAL WINDSOR.— Se halla en casa de los peluqueros y perfumistas en frascos y medios frascos.

DEPOSITO: 22, Rue de l'Echiquier. 22, PARIS

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

PERFUMES con VIOLETTES DU CZAR
ESENCIA para el Pañuelo — POLVO de Arroz, Jabon
Creacion de la **PERFUMERIA ORIZA** de **L. LEGRAND**
11, Place de la Madeleine, PARIS.

ANTI-DIABETES SURROCA

Nuevo, único y primer remedio cierto para la Diabetes. No puede perjudicar, y pronto el diabético conoce su mejoría, que sigue hasta la completa curación. Fijarse y atenerse al prospecto. 15 pesetas caja. Depósito principal: J. Surroca, farmacéutico, Badalona, desde donde se remite por correo, previo pago. Venta al por mayor: Sres. Vicente Ferrer y C.ª, y Sociedad Farmacéutica, Barcelona; y en Madrid, don Melchor García, Capellanes, 1 duplicado.

En París. Novela de costumbres, por Gustavo Guzmán. Libro muy bien escrito en correcto y castizo castellano.

Documentos humanos (gente que anda por ahí), por Carlos Frontaura.

Esta nueva obra del conocido escritor es digna de su reputación. Fórmanla varios cuentos, muy bien ideados y escritos, cuya lectura recrea y moraliza. El Sr. Frontaura ha retratado en ellos multitud de tipos de nuestra sociedad, y agrada sobremanera verlos tan bien puestos en letras de molde.

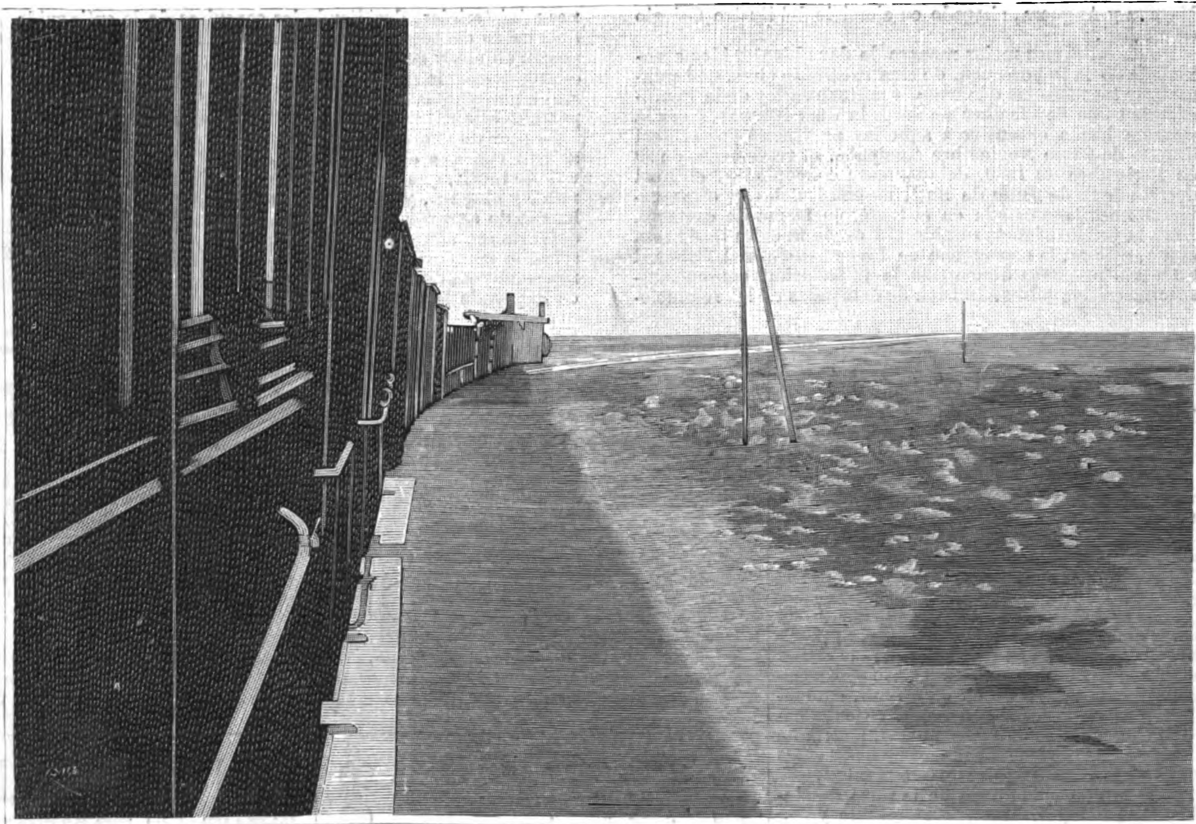
Documentos humanos está muy bien ilustrado por Angel Pons. Cuesta 3,50 pesetas.

Cartilla de máquinas de vapor, por D. Eugenio Agacino. Segunda edición. Este libro, escrito para uso del personal de la Compañía Transatlántica, es de gran utilidad, por la sencillez y buen método con que está escrito. La Compañía lo facilita gratis (así como los demás de parecida índole) á sus empleados, con lo que, sin duda, les presta un buen servicio. Precio, 3,50 pesetas.

Manual del fabricante de alcoholes. Guía práctica para la obtención de alcoholes de todas materias, y principalmente de los llamados aguardientes de industria, etc., etc., por el Dr. Alfredo Nadal de Mariezcurrena. Obra revisada por D. Dionisio Roca.

Este importante manual, escrito con suma claridad y excelente método, cuesta 13 pesetas. Los Sres Saurí y Sabater, importantes editores de Barcelona, han prestado un buen servicio á la industria con la publicación de esta excelente obra.

La Beneficencia, por H. Spencer. Esta obra, última de las publicadas por el ilustre filósofo inglés, ha visto la luz en español antes que en otro idioma europeo, correctamente traducida por el catedrático de la Universidad de Salamanca Sr. Unamuno. La beneficencia marital, paternal y filial; la ayuda al enfermo y al ofendido; el socorro al maltratado y al que se halla en peligro; la ayuda pecuniaria á parientes y amigos, y la beneficencia política, son las partes mejores de esta magnífica obra, que puede ponerse al nivel de *La Justicia*, que Spencer considera la mejor de las suyas. Forma un volumen grande, que se vende á 6 pesetas.—G. R.



ARGELIA.—LA VÍA FÉRREA ESTRATÉGICA DIRIGIDA AL FIGUIG.—EL TREN EN EL DESIERTO.
(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. II.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Enero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE,

LAUREADO POETA, PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS.

(De fotografía de M. Huerta.)

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Homenaje en honor de Nuñez de Arce, por D. Federico Balart.—D. Acisclo Fernández Vallín, por D. Fermín Canella Secades.—Á Núñez de Arce en su coronación, sonetos, por D. Manuel Reina.—Por ambos mundos, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Anuncios.

Grabados.—Retrato del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, laureado poeta, presidente de la Sociedad de Escritores y Artistas.—Homenaje á Núñez de Arce: Entusiasta ovación tributada al poeta al terminar la lectura de un fragmento del poema *Luzbel*; Aspecto del salón del Hotel Inglés durante el banquete; El gabinete de trabajo de Núñez de Arce; El poeta en su biblioteca recibiendo las comisiones nacionales y extranjeras; Aspecto de la Biblioteca.—Retrato del Excmo. Sr. D. Acisclo Fernández Vallín, distinguido matemático, individuo de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.—Córcega: Vista general de Corte, antigua capital de la isla.—Bellas Artes: *Retrato de un jesuita*, atribuído á Giambattista Morón.—Operaciones militares en el Rif: Melilla. Sumisión de las kabilas rifeñas; El general Martínez Campos recibiendo en el salón de la Comandancia de la plaza á los cabos de kabilas.—Visita del general Martínez Campos al príncipe Muley Araaf: Frajana. Interior de la tienda del Príncipe durante la visita.—Aspecto de los alrededores de la tienda de Muley Araaf el día de la conferencia.—Vendedores rifeños camino de la plaza, después de restablecida la paz.—Tipos de cabos de kabila rifeños.—Croquis de los itinerarios de Mazagán y Mogador á Marruecos.—*Los tres mosqueteros*: Muestra de los grabados de la nueva edición de la famosa obra de Alejandro Dumas publicada recientemente por la casa Calmann Lévy, de París.

CRÓNICA GENERAL.

Autorizada ó no, la prensa inglesa lanzó al público una idea que, en el estado actual de la marina de guerra europea, ha parecido original y temeraria: la de alquilar á Italia su escuadra, mientras repone la suya, para contribuir con el importe del alquiler al mejoramiento de la Hacienda italiana. La prensa de Roma ha protestado contra la idea, considerando antipatriótico y poco decente alquilar los buques construídos para la defensa nacional, como se alquila un carruaje, y rechazando la proposición, que ha parecido algo así como una innovación escandalosa. Y sin embargo, esa idea hace meditar; porque una vez adoptada, podría en momentos graves dar fuerza repentina á los países imprevisores á quienes sorprendiera sin escuadra una súbita declaración de guerra. Dado el precedente de ese arrendamiento de una escuadra, cabría una fórmula de auxiliarse unas naciones á otras, sin adquirir compromisos y conservando su neutralidad la nación cedente de los buques; y si esto quedara establecido, podrían producirse grandes modificaciones en la forma de entretener la marina militar. Este alquiler tiene á primera vista una apariencia denigrante y escandalosa; pero en el fondo responde al espíritu mercantil de nuestra época, que todo lo reduce á números: dinero y nada más que dinero representa la posesión de grandes y costosos acorazados; y no vemos motivo para que, comprándose en el extranjero, no se alquilen; ni que sea depresivo para un país ceder temporalmente los buques que en épocas de paz no utiliza, cuando se venden como material viejo é inservible, después de una historia gloriosa, los que han contribuído á la honra de un país.

Por otra parte, lejos de ser nuevo el pensamiento, no es sino la resurrección de una práctica antigua. Con galeras alquiladas hizo expediciones famosas Carlos V, y si no Italia entera, porque es, como nación, demasiado moderna, algunos de sus Estados, y principalmente la señoría de Génova, sacaban grandes ventajas alquilando esas galeras y dedicándose á construir esos buques de guerra para sacar provecho de ellos; y si nos batimos en Lepanto con escuadra propia, debímoslo á la diligencia y patriotismo del primer Marqués de Santa Cruz, que envió maestros á Génova para aprender el arte de construir las galeras y librarnos de la dependencia de los constructores genoveses. No sería, pues, la primera vez que en Italia se alquilase á otras naciones buques de guerra, sin que eso rebajara su buen nombre; que la marina militar no la constituyen los cascos de los buques, sino sus tripulantes y bandera. Pero no podemos ni debemos proseguir: bástenos decir que la cuestión que debaten hoy los periódicos italianos tiene, á nuestro juicio, mucha importancia é interés, tanto, que le damos la categoría de hecho notable y que merece que la traten técnicamente y diluciden los marinos.

⁂

La muerte ha sido cruel en estos días: el Ministro de Gracia y Justicia, Sr. Capdepón, ha perdido una hija en la flor de la edad, en la plenitud de la vida y de las gracias; el ejército, al teniente general Sr. Moreno del Villar, comandante general de Alabarderos y segundo cabo que fué de Filipinas; la antigua corte de D. Amadeo de Saboya, al señor Marqués de Rius, y la prensa, al inteligente director que fué de *La Gaceta Industrial*, D. José Alcover, cariñoso amigo nuestro, y persona notable por su instrucción y su carácter.

No hace muchos años, me encontré á Alcover una tarde en la librería de Cuesta, donde formábamos una tertulia familiar, y me dijo:

—Le voy á dar á usted un magnífico asunto para la Crónica: en el próximo número de *La Gaceta Industrial* anuncio, y soy el primero en España que lo hace, un descubrimiento verdaderamente prodigioso que se ha hecho en los Estados Unidos.

Y me explicó la teoría del fonógrafo con una claridad y precisión que no me dejó duda de la realidad del descubrimiento. Debo, pues, á aquel amigo la honra de haber sido el segundo que dió conocimiento al público de aquella maravilla, si bien con desgracia, pues nadie me dió crédito. Ni un solo periódico de Madrid reprodujo aquellos párrafos, ni habló del fonógrafo hasta que pasó algún tiempo y tomaron el hecho y los comentarios de los periódicos franceses, aunque cité la revista profesional de donde había adquirido la noticia, bajo la autoridad del sabio ingeniero industrial D. José de Alcover. Algunos amigos me decían sonriendo: «Buena broma ha dado usted á sus lectores.» Y sin embargo, aquel instrumento, que empezó marcando las impresiones en un papel de plomo, y movido por un aparato de relojería, hoy funciona á impulso de la electricidad con toda la regularidad y precisión de aquella fuerza. Ya no es el instrumento primitivo que, más bien que reproducir, remedaba grotescamente la voz humana, sino el depósito fiel de la voz y su exacta imitación: el fonógrafo que hemos visto en el Salón de *El Heraldo de Madrid* reproduce la marcha de *Lohengrin*, tocada por una buena orquesta; un coro de negros; una canción burlesca, en inglés, y otras piezas musicales, con rara perfección. Y hace más: desmiente al estético alemán, que tachaba á la música de arte escandaloso y poco urbano, pues mientras las otras artes eran silenciosas y no molestas para el que no está de humor de ver cuadros ó estatuas ó leer poemas, la música, alborotando la vecindad, se introducía en las casas ajenas invadiéndolas por fuerza. El fonógrafo de *El Heraldo de Madrid* desmiente aquella acusación: sólo da sus sonidos al que voluntariamente lo desea; y á dos pasos del aparato que canta y habla y toca sinfonías á toda orquesta, no oye ni sospecha el menor ruido quien no coloca junto á sus oídos el tubo de gutapercha que transmite la impresión. Y este descubrimiento está en mantillas..... Siempre que vea un fonógrafo vendrá á mi memoria el recuerdo de Alcover.

⁂

El Sr. D. Angel Pulido es un infatigable publicista: veintiocho títulos he contado en la lista de sus obras, de asuntos generalmente científicos y variados. El nuevo volumen que ha dado á la estampa, titulado *El Gran pueblo*, es un libro de viajes, con cincuenta y tres fotograbados, y los dibujos de su hermano D. Ramón Pulido, el autor de esa cabeza de viejo que figura tan honrosamente en la exposición de *Impresiones de viaje* que celebra en su local de la calle de la Libertad el Círculo de Bellas Artes, ese centro siempre activo, en el cual se reunen ahora los artistas todas las noches para preparar la sorpresa de este año á los concurrentes á su baile de máscaras en el Real. Las ilustraciones simpáticas y oportunas contribuyen al encanto y claridad del texto de ese libro de viajes por Inglaterra y Escocia, no de frívola amenidad, sino de sustanciosa y agradable lectura, siempre provechosa, muchas veces poética y siempre interesante.

Prefiero á todo libro de viajes el escrito por autores españoles, que se impresionan con lo que nos sorprenderíamos nosotros y cuentan lo que más nos ha de interesar, dadas nuestras costumbres y manera de considerar la sociedad; pero seguir al Dr. Pulido en sus viajes, tiene el atractivo de recorrer las calles de Londres y Edimburgo, los lagos de Escocia, los colegios de Oxford, los museos, hospitales y manicomios de Inglaterra con un inteligente *cicerone*, que cuando nos describe el campo es á la vez poeta y naturalista; ante los monumentos y museos, artista y pensador; médico en las clínicas, y hombre de administración al estudiar los fenómenos sociales del gran pueblo británico. Tiene el Sr. Pulido otra ventaja en este libro: la facilidad que le dan sus viajes por toda Europa, para comparar los adelantos é institutos científicos de unos pueblos con otros, y elocuencia para consignar sus observaciones y sus juicios.

Sigue en el volumen á los plumazos de su excursión por Inglaterra, otra más familiar al pintoresco valle del Lozoya, edén de la provincia de Madrid, en cuyo fondo se alza el histórico monasterio del Paular, grande aun después de mutilado, y que todavía conserva de su antigua magnificencia el suntuoso retablo de mármol, la maravillosa verja de hierro forjado, el sorprendente tabernáculo churrigueresco, fantasía de oro y luz, que parece unir la tierra con el cielo; el patio gótico, cementerio de los monjes; las celdas, con sus ventanillas en el claustro para colocar el alimento de los cartujos; los jardines interiores de las celdas; claustros, bóvedas, restos de palacios, escudos, imágenes, galerías y todas las dependencias de un pueblo entero, agricultor y religioso, situado al pie de los montes cubiertos de nieve, y en el límite de un valle risueño, de pastos prodigiosos, sembrado de alamedas y árboles frutales, y en un suelo cruzado por arroyos y donde el agua salta por todas partes sonriendo para hundirse en el Lozoya.

Concluye este interesantísimo volumen con una visita á la Escuela Práctica de Anatomía de París: este artículo, enteramente técnico, es una meditación quirúrgica delante de un cadáver, puesta en boca del operador Mr. Chauvel; pero no una fría disertación materialista, sino una confesión de idealismo ante los misterios del mundo celular, donde el escalpelo se detiene y el microscopio ya sólo distingue las sombras y nebulosidades de un mundo que no acaba, y ante el cual los ojos humanos, muy abiertos, se paran asombrados ante las puertas de otra inmensidad tan interminable acaso como el mundo sideral.

⁂

—¿Qué hay, amigo noticiero?

—Las impaciencias y movimiento que preceden siempre á la apertura de las Cortes, y la seguridad de que el señor Sagasta saldrá á la calle de un día á otro, habiendo hecho ya un ejercicio preparatorio en la escalera de su casa.

—Respecto de la primera noticia, sólo tengo que decir que estábamos muy bien con las Cortes cerradas, y sólo los diputados y senadores desearán que empiecen las sesiones. En cuanto á la curación del Sr. Sagasta, la celebro en el alma, y que haya salido bien la prueba que ha hecho de su pierna: debe ser una duda muy desagradable, para el que toda su vida anduvo derecho, no saber si la pierna que utilizó siempre le ha de servir en adelante. Repito que le doy la enhorabuena y me alegro de su curación, que ha sido larga, acaso por ser presidente del Consejo de Ministros. ¿Qué más ocurre?

—Ya habrá usted leído en los periódicos la lista de recompensas al ejército por los sucesos de Melilla.

—¿Y qué se dice de ellas?

—Los quejosos las critican y los agraciados las encuentran razonables.....

—Me parece natural; ¿y usted qué opina?

—No tengo opinión, ó si la tengo me la callo; sólo diré que para el número de acciones y su resultado, me parecen muchas recompensas, y para celebrar los beneficios de la paz, las creo pocas. Debo recordar que por sucesos menos interesantes se han dado en otros tiempos grados generales, y que como si hubiera habido guerra las gracias hubieran sido muy considerables, al limitarse á las que publica la *Gaceta*, el país debe darse por satisfecho, y resignarse: es una compensación en cambio de las esperanzas que la paz ha destruído. Siga usted contando.

—¿Quiere usted saber los últimos suicidios?

—Eso no: pase usted á otro asunto.

—¿Las palabras que ha pronunciado en Zaragoza el anarquista preso?

—Tampoco: ni las de Vaillant en la cárcel de París, después de haber sido condenado á muerte por arrojar la bomba en la Cámara francesa. Me alegro de que la Duquesa de Uzés haya recogido á la inocente hija del dinamitero; lamento la suerte del criminal, á quien considero un fanático perturbado por teorías insensatas. Pero es monótona para una crónica la repetición de un mismo asunto: sólo sí diré que entre los asesinatos del Terror y los de ahora, tienen éstos la variante de que no se les da apariencia de juicio, sin duda porque los anarquistas no reconocen tribunales. ¿No hay nada más?

—Sí, la inauguración del nuevo hotel en la calle Mayor, núms. 41, 43 y 45.....

—No pude asistir al acto por estar ausente aquel día, á pesar de recibir invitación acompañada de una tarjeta de la persona de mi mayor estimación. ¿Qué tal el nuevo hotel? Madrid tiene pocos para la importancia de una capital tan populosa.

—Pues merece que le anuncie usted y felicite á su dueño, D. J. A. Scapardini.

—Lo hago con mucho gusto, y deseo á su establecimiento prosperidad y larga vida.

—La tendrá por sus excelentes condiciones.

⁂

(En una esquina: es de noche: dos ladrones detienen á un transeunte.)

—Entregue usted el reloj y el dinero que lleve.

—No los tengo.

—Pues saque lo que haya en su bolsillo.

—No tengo bolsillo.

—¿Le parece á usted que nosotros trabajamos de balde, so bribón? Vamos á abrirle el vientre.

—No tengo nada dentro.

Los ladrones le registran y apalean.

—Dejémosle ya—dice uno de ellos;—los palos suenan como en un tambor: este hombre está hueco: debe ser un sabio.

(Pasa otro individuo por la calle.)

—¡Alto! el reloj.

—Con mucho gusto.

—Ahora la cartera.

—Nada más razonable.

—Entregue usted el gabán.

—Con mil amores. ¿Se les ofrece algo más?

—Vaya usted con Dios: hay personas á quienes da gusto robarles.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.—(Véase el artículo del Sr. Balart en la página siguiente.)

⁂

Homenaje al Sr. Núñez de Arce.

De las fiestas con que se pensó honrar al gran poeta, la principal era el banquete, por ser aquella en que otros ingenios de los más preclaros del Parnaso español habían de cantar las glorias del autor de los *Gritos del combate*, y porque de sobremesa iba á leerse un fragmento de su poema *Luzbel*, obra inédita y, según pudo juzgarse por lo leído, de grandísimo mérito.

Celebróse en el salón del hotel Inglés, la noche del 5 del corriente. Los comensales eran unos 200, todos personas de distinción por su cultura y talento; algunos, de los más notables literatos de nuestro tiempo. Con citar á Echegaray, Pérez Galdós, Sellés, Manuel del Palacio y Ferrari, quedará demostrado que no exageramos. En la fiesta estaba también representada la prensa, la ciudad de Toledo en la persona de su alcalde, y muchas sociedades madrileñas.

Llegada la hora del champagne y los postres, que es también la de los brindis, habló el Sr. Vargas (D. Julio), individuo de la Directiva de la Sociedad de Escritores y Artistas, quien refirió la historia de la preparación de la hermosa fiesta, y el entusiasmo que en todos despertó la idea de un homenaje de admiración y respeto á Núñez de Arce. Leyéronse mensajes de los Ayuntamientos de Toledo y Valladolid, y una carta de Málaga con más de 5.000 firmas. Fueron notables los discursos de los Sres. Echegaray y Zorrilla de San Martín, y las composiciones leídas por Manuel del Palacio, Ferrari, Cuenca y Zúñiga; pero sobre todas, sin duda alguna, la del fragmento del poema *Luzbel*, más que leída, recitada, y recitada admirablemente, por el Sr. Fernández Shaw. Aquel fué el momento culminante del banquete, el de la verdadera apoteosis, y por eso le reproducimos en el grabado de la pág. 28, juntamente con una vista general del salón. Después, cuando el Sr. Núñez de Arce se levantó muy conmovido á dar las gracias, la ovación fué inmensa.

Al día siguiente del banquete, más de 800 personas concurrieron á casa del Sr. Núñez de Arce. Había entre ellas multitud de comisiones nacionales y extranjeras, que le presentaron mensajes cariñosísimos y magníficas coronas.

El despacho ó cuarto de trabajo del Sr. Núñez de Arce, es una rotonda de techo abovedado, con pinturas al fresco (véase el dibujo tercero de la mencionada plana). El insigne poeta, que á duras penas luchaba con la emoción que sentía, recibió por espacio de tres horas, ó más, innumerables felicitaciones de palabra y por escrito.

El álbum conmemorativo del homenaje, regalo de la Asociación de Escritores y Artistas, es magnífico. Contiene más de 400 trabajos literarios y artísticos, y llaman la atención sus riquísimas tapas.

La biblioteca está en un espacioso salón revestido de roble tallado, obra primorosa del Sr. Gibert.

El último de los grabados de la página que dedicamos á esta solemnidad literaria, cuyos únicos precedentes son las coronaciones de Quintana y Zorrilla, muestra cómo quedó esta sala después de la recepción: las coronas cubren casi por completo la pared y los estantes, y sobre atriles están los álbums regalados al Sr. Núñez de Arce por los periodistas italianos en recuerdo de su excursión por España y por la Asociación Literaria y Artística Internacional.

°°°

EXCMO. SR. D. ACISCLO FERNÁNDEZ VALLÍN.—(Véase el artículo del Sr. Canella Secades en la pág. 31.)

°°°

CÓRCEGA.

Vista general de Corte, antigua capital de la isla.

Córcega es una de las más hermosas islas del Mediterráneo. Italiana por la etnografía y la geografía, en parte catalana en el siglo XV, fué conquistada por los franceses en 1769, y desde entonces la poseen, aunque no sin disgusto de los italianos.

El héroe corso por excelencia, el verdadero patriota, fué Paoli, quien después de largas guerras, expulsó á los genoveses y dió á la isla organización política propia. Cuando la invasión francesa, Paoli peleó valerosamente, pero con desgracia, pues tuvo que sucumbir ante la superioridad numérica del enemigo.

Corte fué la capital de Córcega cuando la gobernaba Paoli. Está en el centro de la isla, entre ásperas pero admirables montañas, y en la deleitosa posición de que da testimonio nuestro segundo grabado de la pág. 29. Rodéanla bellísimos jardines, y en sus fértiles campos crece el olivo y la vid. Las casas, esparcidas por las laderas del cerro en pintoresco desorden, sin sujetarse á la monótona reglamentación urbana, son buenas, y muchas de ellas excelentes y cómodas. Corte tiene 7.000 almas, y sus principales monumentos son: el castillo, caído en ruinas, y que se construyó en el siglo XVI; el convento de San Francisco, del que sólo pequeña parte queda en pie, y la estatua de Paoli.

°°°

BELLAS ARTES.

Retrato de un Jesuíta, atribuído á Giambattista Morón.

El cuadro de que es copia nuestro grabado de la pág. 32 está reputado como uno de los mejores de la magnífica galería de pinturas que posee el Duque de Sutherland, uno de los más ricos potentados ingleses. Por desgracia, no nos son conocidos el nombre del retratado ni el del artista, si bien se atribuye la paternidad de la obra, con algún fundamento, al famoso Giambattista Morón, uno de los pintores italianos de la escuela veneciana que floreció de 1510 á 1578. Morón, pintor mediano, fué sin embargo insigne retratista.

°°°

OPERACIONES MILITARES EN EL RIF.

Visita del general Martínez Campos al príncipe Muley Araaf en Frajana.—Sumisión de las kabilas á España: La recepción en la comandancia de Melilla.—Tipos de cabos de kabila.—Vendedores moros camino de la plaza.

Según cuentan los periódicos, prometió el general Martínez Campos al príncipe Muley Araaf que le devolvería en su campo, las visitas que le había hecho, cuando el término pacífico de la negociaciones fuese ya indudable. La entrega de Maimón Mojatar y de su sobrino acabó con la última de aquellas dudas, ó debió acabar, porque á las dos de la tarde del siguiente día montó á caballo el General en jefe, y acompañado del cuartel general y de los jefes de los cuerpos y divisiones, salió para Frajana.

El Coronel de askaris esperábale en los límites con cuatro soldados de á caballo y ocho de á pie, y todos juntos se encaminaron al mencionado pueblecillo, donde habían levantado cuatro tiendas de campaña para recibirles. Salió al encuentro de los nuestros el Príncipe, presentaron armas los askaris, y batió marcha destempladamente la banda de las tropas marroquíes, compuesta de dos tambores y dos cornetas.

En la tienda de Muley Araaf penetraron, con éste, el general Martínez Campos, el Sr. Los Arcos y el intérprete señor Rey. Estaba muy bien adornada, con ricos cojines bordados, forrada de damasco rojo y amueblada con gran lujo. El obsequio consistió en té y huevos cocidos. Nuestro primer grabado de la pág. 36 da cumplida cuenta de esta curiosa escena.

Entretanto Frajana (cuya existencia sorprenderá ahora á mucha gente después de los varios anuncios de su total destrucción que todos hemos leído) parecía el campo de la fraternidad. El Bajá y el Coronel de askaris habían tomado á su cargo la tarea de agasajar á los demás españoles; pero como el calor molestaba dentro de las tiendas, levantaron la parte inferior de éstas para que circulara el aire libremente, y luego todos tomaron té con hierbabuena y azahar entre protestas mil de paz y amistad perpetuas. Multitud de moros y moras curiosos contemplaban este extraño cuadro desde las alturas vecinas, y grandes grupos de ellos, á duras penas contenidos por los askaris, examinaban de cerca á los nuestros. (Véase nuestro grabado segundo de la mencionada página.)

El 30 del pasado por la tarde presentáronse en la Comandancia de Melilla veinticinco personajes rifeños y tres bajáes, á rendir homenaje al General en jefe del ejército español y á dar, de palabra, seguridades de su cariño y respeto á España. Manifestaron su disgusto por lo ocurrido, y entre otras cosas pidieron que, en señal de ser admitidas sus excusas y protestas, se permitiese á los rifeños comerciar con la plaza.

Nuestro grabado de la pág. 33 reproduce con toda exactitud esta escena, no menos curiosa que las anteriores. En el de la pág. 40 publicamos los retratos de cinco cabos de kabila.

Hecha la paz con la gente de Guelaia, comenzó mucha parte de ella á acudir á Melilla con aves, huevos, verduras, etc., etc., para vender á los habitantes de la plaza como antes del 2 de Octubre, y desde entonces puede decirse que las cosas han vuelto al estado que entonces tenían.

En nuestro grabado de la pág. 34 publicamos algunos tipos de estos rifeños comerciantes, no menos que guerreros.

°°°

ITINERARIOS DE MAZAGÁN Y MOGADOR Á MARRUECOS.

Terminada pacíficamente la contienda de Melilla y construído un fortín en Sidi Guariax (aunque á costa de sangre española), la costa oriental del Rif no nos ofrece ya aquel interés de antes. En cambio la atención se fija en las provincias occidentales y meridionales del Imperio que ha de recorrer dentro de breves días la embajada. Deseosos, ahora como siempre, de tener á nuestros lectores perfectamente informados de sucesos tan importantes como estos, procuramos darles á conocer con toda exactitud y minuciosidad los pormenores de esta segunda parte de los sucesos de Melilla. Seguirá siendo en ella nuestro corresponsal artístico el Sr. Simonet, como lo ha sido en el Rif, con lo que dicho queda que nuestro servicio de información será excelente y digno de la justa fama de aquel reputado artista.

Publicamos hoy, para inaugurar esta nueva parte de la tarea que nos hemos impuesto, un croquis de los itinerarios de Mazagán y Mogador á la ciudad de Marruecos, notable trabajo del Sr. Riudavets y de gran novedad, pues en él se encuentran datos no publicados en castellano hasta ahora. Los lectores verán con el mapa en la mano que de Mogador á Marruecos la distancia es un poco, muy poco mayor que la de Mazagán al mismo punto. En cambio el camino que este segundo itinerario recorre es preferible al primero, por pasar por la kabila de Ducala, quizás la más rica del Imperio. Á esta sigue la de Rahamna, también rica y poblada, aunque no tanto. El camino desde Mogador es pobre, quebrado y no muy seguro. Por estas razones se ha escogido el de Mazagán.

La ciudad de Marruecos hállase hermosamente situada y posee edificios de que con más espacio hablaremos otro día. A continuación publicamos una nota referente al plano (que hallarán nuestros lectores en la pág. 35), en que se particularizan los principales edificios y casas notables de ella:

1, palacio del Sultán; 2, residencia de la misión italiana; 3, Mahmunia; 4, plaza de las recepciones oficiales; 5, mezquita de Kutubia; 6, ídem de Muley el-Kasr; 7, ídem del Almuédano; 8, ídem de Bab Ducala; 9, ídem de Beni Yusef; 10, ídem de El-Henna; 11, ídem de Bab Ailán; 12, ídem de Bab Slimen; 13, ídem de Muley Alí Xerif; 14, ídem de Sidi Mohamed ben Sale; 15, ídem del Aduar Graua; 16, ídem de Riad Zeitun; 17, ídem de Derb di Baxe; 18, ídem de Bab Dbagh; 19, ídem Zauia Almansur; 20, ídem de Sidi Maimón; 21, ídem de Muley Rasuán; 22, ídem de El-Fena; 23, ídem de Sidi bel Abbés; 24, Bazar Alcaizería; 25, Kasba; 26, Mellá; 27, plaza principal del Mercado; 28, Casa de Muley Muza; 29, Hospital de leprosos; 30, 31 y 32, cementerios.

°°°

«LOS TRES MOSQUETEROS.»

Nueva edición de la obra de Dumas, por Calmann Lévy.

Los Tres Mosqueteros es de los libros que se leen con avidez y que nunca se olvidan.

En Francia las ediciones de la hermosa novela de Dumas desaparecen del mercado apenas se publican, y la obra, lejos de envejecer, parece cada día más joven y más fresca, sin duda por el contraste con la literatura contemporánea, tan seca y con tan desagradables señales de prematura vejez.

La importante casa parisiense de Calmann Lévy ha tenido el buen acuerdo de acudir á satisfacer esa necesidad, tan sentida, de buena lectura, publicando una edición de *Los Tres Mosqueteros*, ilustrada con el lujo y gusto artístico que la reputación del libro requiere. La idea era buena, pero la ejecución no la ha ido en zaga, sobre todo en la parte artística.

Doscientas cincuenta ilustraciones ha dibujado para ella el notable pintor Mauricio Leloir, grabándolas con su reconocida maestría Mr. Huyot, uno de los mejores grabadores franceses. Del mérito de ellas son buena muestra nuestros grabados de la pág. 37.

En una palabra, la prensa francesa considera que la publicación de esta nueva edición de la obra de Dumas es un acontecimiento editorial, literario y artístico de mucha importancia, y por esa razón le damos á conocer á nuestros lectores.

G. REPARAZ.

HOMENAJE EN HONOR DE NÚÑEZ DE ARCE.



DESEOSA LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA de asociarse á la brillante manifestación de afecto y entusiasmo que los amantes de las letras españolas acaban de hacer en honor de Núñez de Arce, publica hoy el retrato del gran poeta, y con él unos cuantos fragmentos que traigan á la memoria los diferentes aspectos de su genio lírico—tomando este calificativo en el amplio sentido que hoy generalmente se le atribuye. El propósito de LA ILUSTRACIÓN es parecido al de aquellos artistas antiguos que, cuando grababan la imagen de un personaje ilustre, le daban por orla una serie de composiciones donde representaban los episodios más gloriosos de su vida. Y para que nada falte al símil, LA ILUSTRACIÓN me favorece pidiéndome cuatro palabras para ponerlas al pie de su obsequio, como aquellos dísticos latinos que solían servir de sucinto comentario á tales representaciones.

No se trata, pues, de escribir un estudio crítico: ni la premura del tiempo lo consiente, ni la ocasión lo exige, ni el afecto me permitiría encontrar la serena frialdad necesaria para el análisis, en este momento de cordial efusión.

Efusión natural en mí, como en todos: porque el homenaje rendido al ilustre autor del *Idilio* es no menos un tributo de personal estimación, que un acto de justicia literaria.

Aparte de su alto valor intrínseco, las obras de nuestro gran poeta son de las pocas que durante el presente siglo han influído profundamente en las ideas literarias de los españoles. Entre los líricos que aun viven por fortuna nuestra, sólo él y Campoamor han formado escuela. Aparte de unas cuantas personalidades independientes, las demás comulgan en alguna de esas dos iglesias, cuando no en ambas á la vez. Abrid cualquier libro de versos publicado de veinte años acá, y por milagro dejaréis de percibir como en un fonógrafo el acento del uno ya que no el de los dos en extraña alternativa.

No es, pues, milagro que el público fije la vista en ambos, cuando así descuellan, aparte de su prócer estatura, por el alto lugar en que el carácter de maestros los sitúa entre los numerosos discípulos inclinados ante sus gloriosos asientos.

Reconocida esa alta posición de ambos poetas, lo más notable de esta manifestación en honor de Núñez de Arce es la parte que en ella han tomado los discípulos de Campoamor, con el maestro á la cabeza. Los cuatro versos dictados por las circunstancias al autor de *El tren expreso*, son la nota más alta en el coro de alabanzas entonado al autor de *La Pesca* por sus innumerables admiradores. Cuando el autor de *Los Buenos y los Sabios* reciba, como es justo é indudable, los mismos honores, el autor de *El Vértigo* corresponderá dignamente de seguro á ese fraternal agasajo. Por fortuna, el Parnaso tiene dos cumbres; y esa feliz disposición topográfica es por extremo favorable para la armonía y el acuerdo, á despecho de todas las diferencias de criterio literario y de sentido filosófico.

Porque—caso digno de consideración—para gloria de nuestra poesía contemporánea y para muestra de nuestro genio nacional, tan vario como grande, sería punto menos que imposible hallar en otra literatura la coexistencia de dos poetas de genio tan distinto y de tendencias tan diferentes.

Los dos son hombres de su tiempo: por eso son populares. Los dos sienten sonar en su alma la perpetua interrogación que, hoy como nunca, inquieta el espíritu humano: el problema del bien y del mal; la duda que entró en Adán con la semilla del fruto prohibido. Lo que en el fondo los distingue es el origen inmediato de sus tormentas espirituales. El alma de Núñez de Arce es una robusta campana de bronce que vibra con el estruendo de las contiendas públicas: el espíritu de Campoamor, sordo voluntario á toda pasión política, vibra con el recuerdo de sus propios sinsabores, como esas conchas que cien años después de arrebatadas al mar parecen conservar en eco tenue, pero continuo, el hervor de las olas. Núñez de Arce es el poeta de la vida pública: Campoamor es el poeta de la vida privada. El problema del bien y del mal se plantea para Campoamor entre el amor y el odio; para Núñez de Arce, entre la libertad y la tiranía. Si Campoamor hubiese puesto fechas á sus *Doloras*, podríamos seguir en ellas hora por hora la historia de sus pasiones, como en los *Gritos del combate* leemos año por año la crónica de nuestras discordias civiles.

Núñez de Arce, cuya composición más antigua es una oda á la coronación de Quintana, es, como



HOMENAJE Á NÚÑEZ DE ARCE.

Entusiasta ovación tributada al poeta, al terminar la lectura de un fragmento del poema *Luzbel*.—Aspecto del salón del Hotel Inglés, durante el banquete.—El gabinete de trabajo de Núñez de Arce.—El poeta, en su biblioteca, recibiendo las comisiones nacionales y extranjeras.—La Biblioteca.—(Composición y dibujo de Comba.)



Excmo. Sr. D. ACISCLO FERNÁNDEZ VALLÍN,
DISTINGUIDO MATEMÁTICO, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES.



CÓRCEGA.—VISTA GENERAL DE CORTE, ANTIGUA CAPITAL DE LA ISLA.

el mismo Quintana, un poeta esencialmente político. Pero los tiempos no son iguales: Quintana vió pelear á España por la independencia; Núñez de Arce ha visto lidiar á los españoles por la libertad. Quintana pudo ser y fué ostensiblemente el cantor de la patria: Núñez de Arce (tan ferviente patriota como Quintana) ha tenido que ser el poeta, no de una bandería, pero sí de un partido. De un gran partido; corriente, y por eso es grande; pero de un partido al fin, y por eso es de su tiempo. Quintana pudo cantar en odas las glorias y los reveses de la patria: Núñez de Arce tiene que fustigar en sátiras vengadoras los agravios inferidos (ó no inferidos) á sus dos grandes ideales: el orden y la libertad. Las poesías de Quintana y de Núñez de Arce son dos formas de un mismo sentimiento: el patriotismo. Podrá haber otro más alto; pero no más generoso ni más fuerte ni más soberbiamente expresado. Porque en Núñez de Arce el hombre político nunca deja de ser poeta; es decir, capaz de idealizar lo menos ideal, de sublimar lo menos sublime, de levantar á la esfera de lo universal y eterno lo que la naturaleza y la historia sólo nos ofrecen como particular y transitorio.

Esa es la inmensa ventaja que tanto Núñez de Arce como Campoamor llevan á la mayor parte de sus innumerables discípulos: en eso consiste su importancia; en eso estriba su grandeza; con eso se justifica su reputación, su fama, su gloria.

Federico Balart.

En la imposibilidad de escoger donde todo es excelente, reproducimos á continuación las vigorosas *Estrofas*, que son uno de los más robustos *Gritos del combate;* y dos soberbios fragmentos de *La Pesca* y de *La Ultima lamentación de lord Byron,* que, aun separados de las obras donde figuran, son dos composiciones completas y perfectas.

ESTROFAS.

I.

La generosa musa de Quevedo
Desbordóse una vez como un torrente
Y exclamó llena de viril denuedo:
«No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando los labios, ya la frente,
Silencio avises ó amenaces miedo.»

II.

Y al estampar sobre la herida abierta
El hierro de su cólera encendido,
Tembló la concusión, que siempre alerta,
Incansable y voraz, labra su nido,
Como gusano ruin en carne muerta,
En todo Estado exánime y podrido.

III.

Arranque de dolor, de ese profundo
Dolor que se concentra en el misterio
Y huye amargado del rumor del mundo,
Fué su sangrienta sátira cauterio
Que aplicó sollozando al patrio imperio,
Mísero, gangrenado y moribundo.

IV.

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira
Que con Quevedo descendió á la tumba,
En medio de esta universal mentira,
De este viento de escándalo que zumba,
De este fétido hedor que se respira,
De esta España moral que se derrumba;

V.

De la viva y creciente incertidumbre
Que en lucha estéril nuestra fuerza agota;
Del huracán de sangre que alborota
El mar de la revuelta muchedumbre;
De la insaciable y honda podredumbre
Que el rostro y la conciencia nos azota;

VI.

De este horror, de este ciego desvarío
Que cubre nuestras almas con un velo,
Como el sepulcro, impenetrable y frío;
De este insensato pensamiento impío
Que destituye á Dios, despuebla el cielo
Y precipita el mundo en el vacío;

VII.

Si en medio de esta borrascosa orgía
Que infunde repugnancia al par que aterra,
Esa lira estallara, ¿qué sería?
Grito de indignación, canto de guerra,
Que en las entrañas mismas de la tierra
La muerta humanidad conmovería.

VIII.

Mas porque el gran satírico no aliente,
¿Ha de haber quien contemple y autorice
Tanta degradación, indiferente?
«¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?»

IX.

¡Cuántos sueños de gloria evaporados
Como las leves gotas de rocío
Que apenas mojan los sedientos prados!
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,
Y cuántos corazones anegados
En la amarga corriente del hastío!

X.

No es la revolución raudal de plata
Que fertiliza la extendida vega:
Es sorda inundación que se desata.
No es viva luz que se difunde grata,
Sino confuso resplandor que ciega
Y tormentoso vértigo que mata.

XI.

Al menos en el siglo desdichado
Que aquel ilustre y vigoroso vate
Con el rayo marcó de su censura,
Podía el corazón atribulado
Salir ileso del mortal combate
En alas de la fe radiante y pura.

XII.

Y apartando la vista de aquel cieno
Social, de aquellos fétidos despojos,
De aquel lúbrico y torpe desenfreno,
Fijar llorando sus ardientes ojos
En ese cielo azul, limpio y sereno,
De santa paz y de esperanza lleno.

XIII.

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo
Hiere al César y á Dios. Sorda carcoma
Prepara el misterioso cataclismo,
Y como en tiempos de la antigua Roma,
Todo cruje, vacila y se desploma
En el cielo, en la tierra, en el abismo.

XIV.

Perdida en tanta soledad la calma,
De noche eterna el corazón cubierto,
La gloria muda, desolada el alma,
En este pavoroso desconcierto
Se eleva la razón, como la palma
Que crece triste y sola en el desierto.

XV.

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria
Mayor? ¿Dónde más hondo desconsuelo?
¿De qué la sirve desgarrar el velo
Que envuelve y cubre la vivaz materia,
Y con profundo inextinguible anhelo
Sondar la tierra, escudriñar el cielo;

XVI.

Entregarse á merced del torbellino,
Y en la duda incesante que le aqueja
El secreto inquirir de su destino,
Si á cada paso que adelanta, deja
Su fe inmortal, como el vellón la oveja,
Enredada en las zarzas del camino?

XVII.

¿Si á su culpada humillación se adhiere
Con la constancia infame del beodo,
Que goza en su abyección, y en ella muere?
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,
Desconoce su origen, y prefiere
Á descender de Dios, surgir del lodo?

XVIII.

¡Libertad, libertad! No eres aquella
Virgen, de blanca túnica ceñida,
Que vi en mis sueños pudibunda y bella.
No eres, no, la deidad esclarecida
Que alumbra con su luz, como una estrella,
Los obscuros abismos de la vida.

XIX.

No eres la fuente de perenne gloria
Que dignifica el corazón humano
Y engrandece esta vida transitoria.
No el ángel vengador que con su mano
Imprime en las espaldas del tirano
El hierro enrojecido de la historia.

XX.

No eres la vaga aparición que sigo
Con hondo afán desde mi edad primera,
Sin alcanzarla nunca..... Mas ¿qué digo?
No eres la libertad, disfraces fuera.
¡Licencia desgreñada, vil ramera
Del motín, te conozco y te maldigo!

XXI.

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía
Los humanos instintos se desborden
Con el rugido del volcán que estalla,
Y en medio del tumulto y la anarquía,
Como corcel indómito, el desorden
No respete ni látigo ni valla.

XXII.

¿Quién podrá detenerle en su carrera?
¿Quién templar los impulsos de la fiera
Y loca multitud enardecida,
Que principia á dudar, y ya no espera
Hallar en otra luminosa esfera
Bálsamo á los dolores de esta vida?

XXIII.

Como Cristo en la cúspide del monte,
Rotas ya sus morales ligaduras,
Mira doquier con ojos espantados
Por toda la extensión del horizonte
Dilatarse á sus pies vastas llanuras,
Ricas ciudades, fértiles collados.

XXIV.

Y excitando su afán calenturiento
Tanta grandeza y tanto poderío,
De la codicia el persuasivo acento
Grítale audaz:—¡El cielo está vacío!
¿Á quién temer?—Y ronca y sin aliento
La muchedumbre grita:—¡Todo es mío!

XXV.

Y en el tumulto su puñal afila,
Y la enconada cólera que encierra
Enturbia y enardece su pupila,
Y ensordeciendo el aire en son de guerra
Hace temblar bajo sus pies la tierra,
Como las hordas bárbaras de Atila.

XXVI.

No esperéis que esa turba alborotada
Infunda nueva sangre generosa
En las venas de Europa desmayada;
Ni que termine su fatal jornada,
Sobre el ara desierta y polvorosa
Otro Dios levantando con su espada.

XXVII.

No esperéis, no, que la confusa plebe,
Como santo depósito en su pecho
Nobles instintos y virtudes lleve.
Hallará el mundo á su codicia estrecho,
Que es la fuerza, es el número, es el hecho
Brutal, ¡es la materia que se mueve!

XXVIII.

Y buscará la libertad en vano:
Que no arraiga en los crímenes la idea,
Ni entre las olas fructifica el grano.
Su castigo en sus iras centellea
Pronto á estallar, que el rayo y el tirano
Hermanos son. ¡La tempestad los crea!

(*Gritos del combate.*)

GLORIAS DE GRECIA.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
De héroes y genios! ¡Sosegada fuente
De rica inspiración! ¡Fecunda esposa
Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
Por vez primera respiré tu ambiente!
Y al escuchar el son de tus cadenas,
¡Con cuánta indignación lloré en Atenas!

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
Bosques y tus poéticas colinas;
Templé mi sed en tus sagrados ríos
Y me bañé en sus ondas cristalinas.
Entregado á mis vanos desvaríos,
Con mudo asombro contemplé tus ruinas,
Iluminadas por el cielo heleno
De música y color y aromas lleno.

¡Cuál se destacan los contornos puros
Del templo secular! La verde hiedra
Trepando inquieta por los altos muros
En la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos obscuros,
Colora el sol la ennegrecida piedra,
Y parece que inmóvil en la cima
El moribundo Partenón se anima.

Allí sestea el balador ganado,
Paciendo en calma la reseca hierba
Que crece al pie del templo consagrado
A las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
Á quien el sol canicular enerva,
Duerme tranquilo en la agostada alfombra,
Del mutilado pórtico á la sombra.

Tranquilo duerme ó vaga sin objeto
Al compás de los cantos que improvisa,
Dulces como la miel del monte Himeto
Que en el lejano término divisa.
El de una raza de gigantes nieto,
Su heroica tierra indiferente pisa,
Y no guarda indolente en su memoria
Ni el propio origen, ni la patria gloria.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano
Celosos de tus ínclitas empresas
El tiempo adusto y el rencor humano
Redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
De tu opresor envilecida besas:
Tan excelso renombre conseguiste
Que á la edad y á tu infamia se resiste.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
Extinguirse en tu claro firmamento;
Puede rodar la inmensa muchedumbre
De tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
Los rumores del bosque, el mar y el viento
Repiten cadenciosos los gemidos
De tus dioses olímpicos vencidos.

Vencidos, mas no muertos. ¿Hay alguno
Que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
Duerme en su concha Venus Citerea,
En su carro marino el dios Neptuno
Por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
Y orla Baco de pámpanos su frente.

Aun ciñendo su rústica guirnalda
Turban nuestra memoria tus bacantes,
Con el cabello suelto por la espalda
Y los desnudos pechos palpitantes;
Aun vagan en silencio por la falda
Del sacro Pindo, que animaron antes,
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,
Coronadas del lauro y mirto y rosas.

La rabia, en los mortales corazones,
De tus negras Euménides aun dura;
Aun surcan tus nereidas y tritones
Del hondo mar la líquida llanura;
Aun se perciben los alegres sones
De la flauta de Pan en la espesura,
Cuando ensalza y endiosa la grandeza
De la amante y feraz Naturaleza.

La luminosa huella de tu paso
Es estela que nunca se ha extinguido,
Y conservas tu fama, como el vaso
Guarda el aroma de licor vertido.
Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
Resistiéndose al tiempo y al olvido,
Y de tus ricas artes los despojos
Encantos son del alma y de los ojos.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno
Y da á la humanidad maravillada
De la eterna belleza el molde eterno.
La piedra por el genio fecundada
Palpita á impulsos del amor materno,
Y surge de su entraña endurecida
La estatua llena de reposo y vida.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,
Revela al mundo en prodigioso estilo
Las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero no tranquilo,
Oye el rugir del indomable reo,
Que encadenado á la escarpada roca
Con renaciente furia le provoca.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
Comarca infortunada! Aunque tus días
Cortase de improviso el terremoto
Y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
De una estatua, un frontón, cenizas frías
De tu pasado, para no olvidarte,
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

(Última lamentación de Lord Byron.)

APÓSTROFE AL MAR.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
Oh mar, como si oyera
La abrumadora voz de lo infinito,
Ha despertado en la conciencia mía
Honda melancolía
Tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
El poderoso imperio
Que la tierra asoló con sus batallas;
Hasta los dioses que de polo á polo
Temidos son; tú solo
Sientes rodar los siglos y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento
Sube tu ronco acento,
Y cuando revolviéndote en ti mismo
Ruges furioso, en tus entrañas late
El horror del combate
Que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
El pensamiento humano
Como tú grande, como tú profundo,
Que alzando sin cesar su voz de trueno
Forja en su ardiente seno
Las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!.....
¿Qué hiciste de las naves
Con que surcó tu inmensidad la aciaga
Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Como el mortal olvido
Tu obscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo perece en ti sin dejar huella:
El barco que se estrella
Contra el peñón, la armada que devoras,
Los continentes que iracundo invades,
Las sordas tempestades
Que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
Mantiene en pie las ruinas
Que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
Por ti pueblos y razas
Como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
Sólo tu voz resiste:
Tu acento fué, como clamor de guerra,
El que la humanidad oyó primero,
¡Ay! y será el postrero
Que en su agonía escuchará la tierra.

(La Pesca.)

D. ACISCLO FERNÁNDEZ VALLÍN,

INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES.



N asturiano por extremo modesto, pero muy laborioso, y al que debe servicios muy señalados la cultura nacional, ha sido llamado al seno de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, celebrándose acaso cuando se publiquen estas líneas su recepción pública en tan docta corporación. Con este motivo, la ocasión es oportuna para publicar las siguientes noticias biográficas que reunimos en nuestros apuntes de la «Iconoteca asturiana», pues que acordada está hace tiempo la colocación de su retrato en la Galería de Asturianos ilustres de nuestra Universidad.

El ilustre gijonés comenzó su carrera literaria y fué alumno del Real Instituto Asturiano, hoy de Jovellanos, donde bien pronto desempeñó una plaza de profesor auxiliar en aquel histórico Centro, modelo de los que se crearon después en España, y que le ha debido siempre protección entusiasta, pasando en seguida, mediante oposición, á la cátedra de Matemáticas del Instituto de Valladolid (1847), y tres años más tarde á Madrid, al del Noviciado, agregado á la Universidad Central.

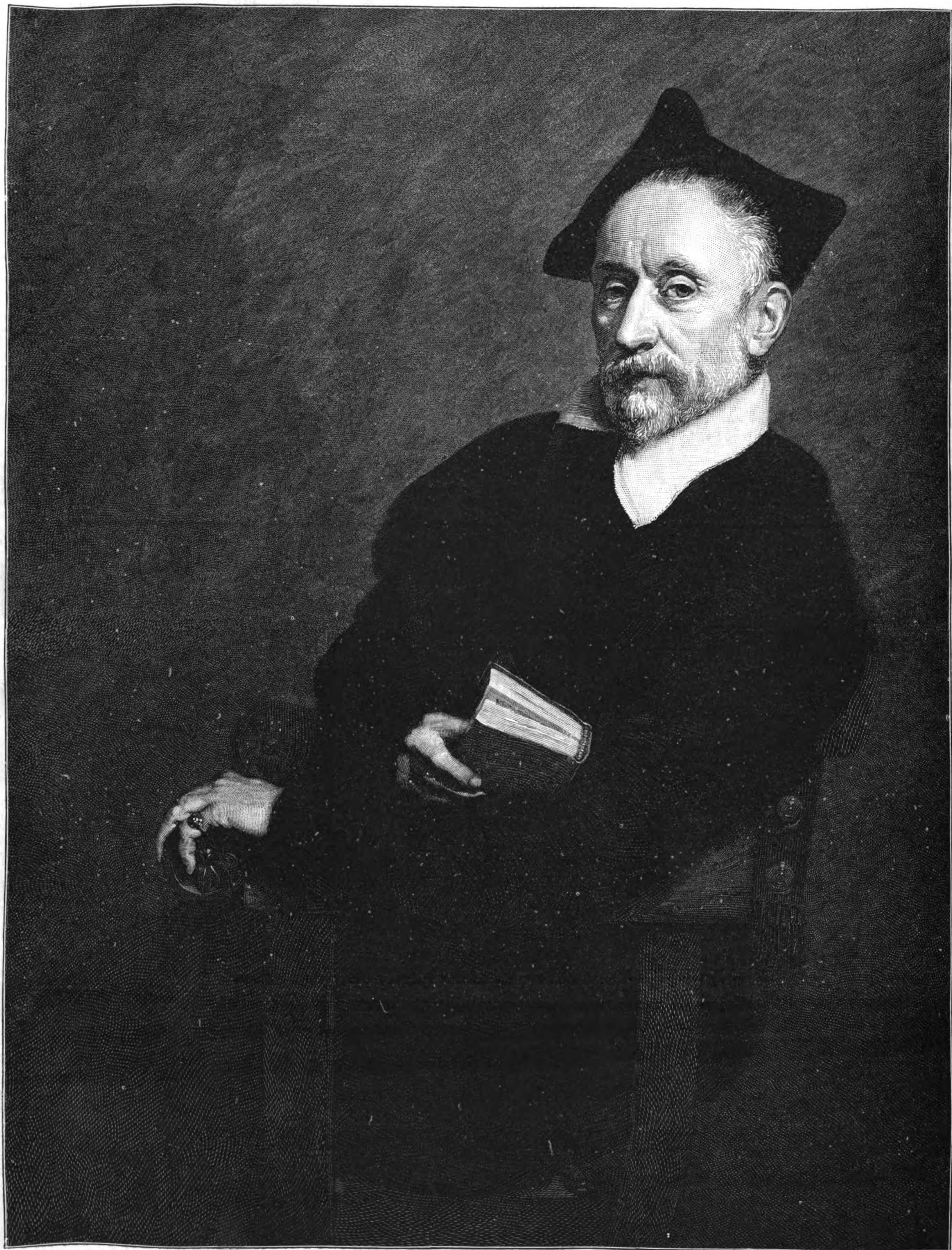
Muchos años pasaron consagrado exclusivamente el señor Vallín al desempeño de sus tareas académicas y á la publicación de excelentes obras didácticas, como los *Elementos de Aritmética*, *Algebra*, *Geometría*, *Trigonometría* y *Topografía*, destinadas á las aulas de segunda enseñanza, donde han tenido excepcional aceptación, y de su *Monitor de los niños* (enciclopedia de las escuelas), y las nociones de *Aritmética*, de *Geometría*, de *Geografía*, un *Atlas geográfico*, etc., que en más de veinte ediciones, con muchos miles de ejemplares cada una, se siguen repitiendo; porque estos libros, á la bondad y novedad de su plan, desenvuelto con método muy adecuado, reunen el mérito de la claridad y concisión y de una estampación preciosa, cualidades todas que son precisas en las obras de la enseñanza.

Notorias estas prendas del autor, y muy señalado por estas y más dotes en el profesorado público, el Gobierno confirió al Sr. Fernández Vallín la dirección del dicho Instituto del Noviciado, venciendo reiterada oposición del distinguido catedrático de Matemáticas. Entonces, á propuesta suya, el establecimiento tomó el título del *Cardenal Cisneros*, porque era el Instituto madrileño, llamado del «Noviciado» por el edificio de los jesuítas que ocupaba, continuación de las antiguas Facultades de Artes y Filosofía de la célebre Universidad complutense. La época de aquella dirección será inolvidable en la historia del establecimiento. El hoy académico de Ciencias realizó allí reformas y mejoras importantes en material y decorado, que satisfizo de su peculio, procurando además la creación de nuevas cátedras; estableció «Conferencias académicas» quincenales, con gran adelantamiento de los alumnos y general aplauso hasta de centros docentes extranjeros; dispuso al fin de cada curso «Exposiciones de ejercicios prácticos» de todas las asignaturas, que tanto llamaron la atención por el progreso pedagógico que significaban; por él se celebraron «Fiestas académicas extraordinarias» en honor del inmortal franciscano, Regente del Reino, presididas por los Ministros de Fomento, ante brillante representación del alto clero, del profesorado, Academias, políticos, prensa y numeroso concurso; y él costeó con esplendidez la impresión primorosa de los elogios del virtuoso y sabio conquistador de Orán, de Nebrija y de otros españoles verdaderamente famosos de la antigua España, como también fueron obra suya aquellas publicaciones curiosas, resumen de las «Exposiciones» y «Conferencias», que se distribuyeron entre la distinguida concurrencia y los alumnos de aquellos certámenes. En ningún otro establecimiento público del país pudo hacerse otro tanto; y esto fué tan celebrado hasta fuera de nuestra nación, que al recibirse aquellos libros y las nuevas *Memorias* del Instituto del Cardenal Cisneros, manifestaron los Liceos de Francia excepcional complacencia por trabajos tan completos en sus consideraciones, noticias y estadística, confesando que *no tenían allí otros análogos* para corresponder al envío.

En estos generosos propósitos de levantar la cultura española y de procurar nuestro prestigio intelectual en el extranjero para hacer frente á la injusticia y desdén con que se nos mira, en particular por nuestros vecinos, el señor Vallín trabajó incesantemente, se impuso siempre sacrificios de todas clases, y señaló el camino que debe seguirse para nuestro mejoramiento por medio de la enseñanza.

Mr. J. Manier publicó en 1867 el «Mapa de la Instrucción popular de Europa», y sin apreciar las protestas y enmiendas españolas combatiendo sus ligeros asertos, reprodujo su obra cuando la Exposición Universal de París en 1878, poniendo á nuestra patria bajo el color negro de la ignorancia; esto es, al nivel de Rusia y de Turquía. Por el buen nombre de nuestro pueblo salió en seguida el Director del Instituto del Cardenal Cisneros, publicando la *Rectificación* al mapa del escritor francés, *otro mapa* ilustrado con nuevas noticias, cifras y comparaciones, formando un notable folleto, que, en numerosas ediciones española, francesa é inglesa, se apresuró á repartir en la misma Exposición y á circular por distintos países, probando que, si nuestra cultura popular no podía señalarse al par de las de Suiza, Alemania, Suecia, Dinamarca, Francia, Bélgica, Noruega y Holanda, al menos aventajaba y sobresalía á las de Inglaterra, Austria, Hungría, Italia, Grecia, Portugal, Rusia y Turquía. Estas afirmaciones quedaron sin réplica, y confundido nuestro detractor, siendo muy de sentir que no se hubiera ultimado una proposición del catedrático español. Indicaba éste la conveniencia de un «Congreso internacional» presidido por el Ministro de Instrucción pública de Francia, y con la cooperación del Cuerpo diplomático, para la apreciación debida del verdadero estado de la primera enseñanza, grabando en comparativos colores un mapa-mundi, reflejo imparcial y exacto de la cultura primaria en todos los países.

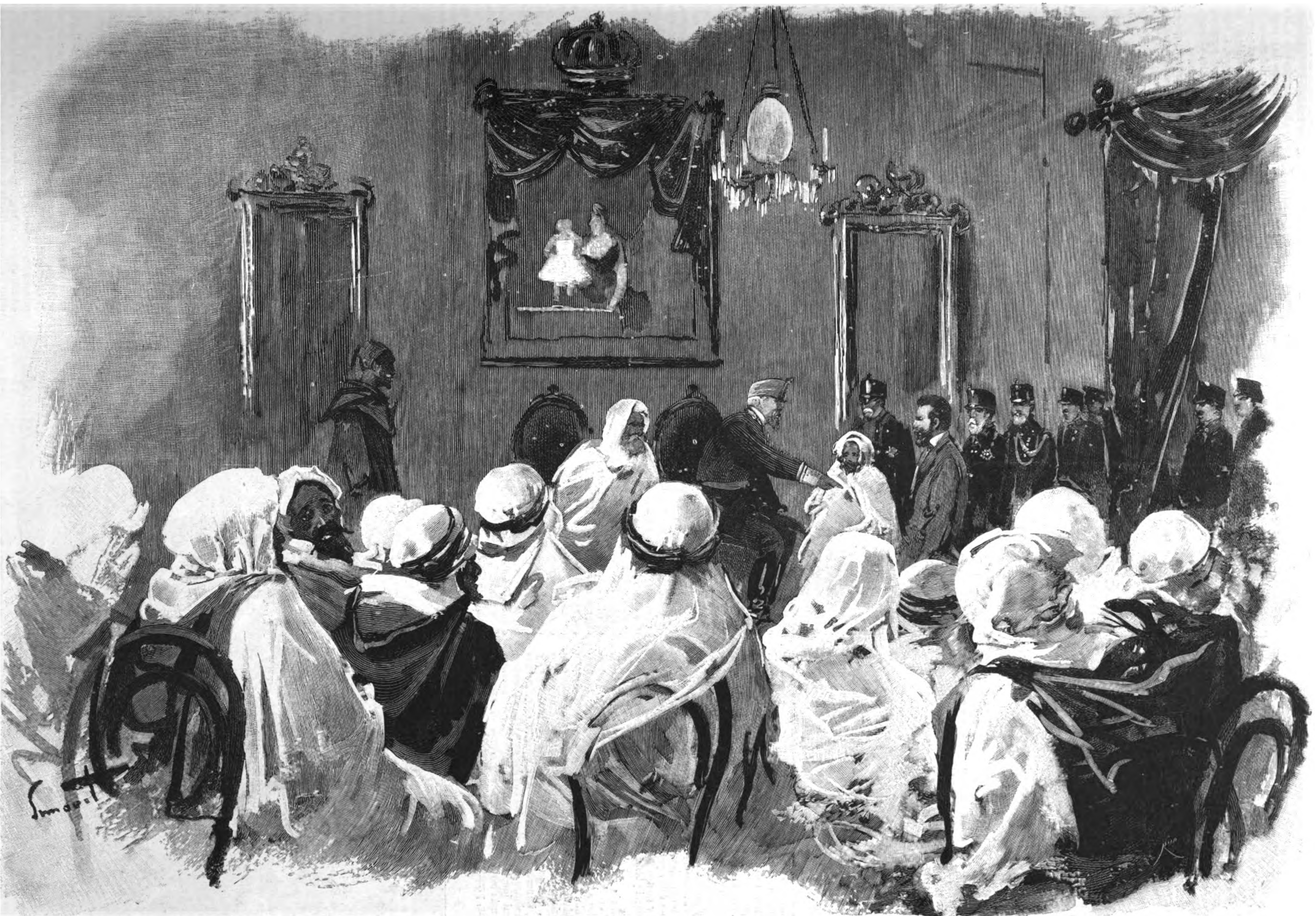
Y siendo la causa principal de nuestro relativo atraso la falta de material de enseñanza en las «escuelas rurales», el Sr. Vallín, vocal de una Comisión especial para el fomento de aquéllas, presentó un proyecto para dotar á tan pobres y abandonados centros de los más necesarios elementos de trabajo, por medio de un crédito pedido á las Cortes y una suscripción patriótica entre los amantes y protectores de las escuelas, anunciando él un importantísimo donativo de veinte mil ejemplares de su excelente *Monitor*, remitiendo á la Dirección general de Instrucción pública una edición completa de cinco mil con destino inmediato á las Bibliotecas populares. La salida del Ministerio del memorable Conde de Toreno impidió realizar aquel pensamiento, de verdadera trascendencia, no sólo en el orden moral, sino en el material y económico, desarrollando y protegiendo la nacional industria con la impresión anual de tres millones de libros, y la producción de encerados, pizarras, mapas, esferas, papel pautado, plumas, etc., destinado todo á su dis-



RETRATO DE UN JESUÍTA,

ATRIBUÍDO Á GIAMBATTISTA MORÓN.

EXISTENTE EN LA GALERÍA DEL DUQUE DE SUTHERLAND.



MELILLA. — SUMISIÓN DE LAS KABILAS RIFEÑAS. — EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS RECIBIENDO EN EL SALÓN DE LA COMANDANCIA DE LA PLAZA Á LOS CABOS DE KABILA.

(Dibujo del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

tribución gratuita en las escuelas públicas y privadas de toda España, Antillas, Filipinas y África, en muchas de las que son aquellos medios, no solamente objeto de lujo, sino desconocidos por completo.

En esta propaganda y apostolado no ha venido, pues, empleando el Sr. Fernández Vallín la palabra y el consejo incesantes, sino también la obra y el ejemplo, repetidos uno y otro día con desprendimiento, distribuyendo anualmente muchos millares de libros, con más cuantiosos premios en metálico, no sólo en las escuelas de Gijón, su patria, sino en otras de la provincia de Madrid, y en Instituciones religiosas, además de su protección especial á las escuelas que tenemos en África. El nombre del distinguido profesor es conocido y familiar en las islas Filipinas por sus libritos de primera enseñanza, entre los cuales el *Monitor* y la *Aritmética* sirven de texto en casi todas las escuelas del archipiélago.

El «Centro de Asturianos» en Madrid, de que fué presidente, le tiene por uno de sus más constantes protectores.

Ha desempeñado comisiones científicas y administrativas, y figuró en varias Juntas tan usuales en España, á veces infructuosas, pero no cuando un individuo celoso é incansable toma sobre sí el principal trabajo de la institución. De este modo, nuestro paisano formó parte de la «Junta superior de Inspección y Estadística de la Instrucción pública» creada en 1877 por el emprendedor Conde de Toreno, y las tareas de aquella Comisión fueron como la base de reformas importantísimas llevadas á término poco más tarde en los Institutos y Universidades. Las estadísticas académicas que publicaba la *Gaceta de Madrid* al principio y fin de cada curso, interesaron principalmente á las personas dedicadas á estos estudios y al ramo principal de la Instrucción pública, porque contenían los datos de cada curso en más de cuarenta páginas del periódico oficial, apenas terminados la matrícula ó exámenes á que se referían; siendo el caso desusado, porque en España es generalmente la Estadística un elemento comparativo muy retrasado. Con aquellas publicaciones pudo como nunca conocerse el estado de la enseñanza de nuestra nación, pues ordenó el mismo Conde de Toreno la publicación de los *Mapas de la segunda enseñanza*, y de *La enseñanza universitaria*, debidos al Sr. Vallín, mapas que no tiene ni aun semejantes ningún otro país. Así tan notable é inesperada publicación española mereció elogios de gran número de establecimientos extranjeros y de Gobiernos de varios pueblos de Europa y América.

En el mapa de la *segunda enseñanza* figura la Península con indicación de los pueblos que tienen Instituto ó Colegio en cada provincia y distrito; y, como ilustración propia de la materia, aparecen en amplios márgenes datos históricos y legislativos de la antigua organización y plan moderno de los estudios generales, con estadística de sus alumnos, matrículas y grados por Establecimiento; exámenes, primeras y últimas calificaciones por cada cien alumnos en las respectivas provincias; alumnos por cada diez mil habitantes, número de éstos por cada alumno, con más las cifras de ingresos y gastos y déficit de cada centro, y otras noticias de la general población de provincias, distritos, profesorado, etc.

En trabajo análogo para la *enseñanza universitaria*, la Península está dividida por distritos universitarios, marcados con los respectivos colores de las Facultades establecidas en cada uno, indicándose las capitales y pueblos con Universidad, Instituto y Colegio. Contiene asimismo este mapa noticias de la historia y legislación de la enseñanza superior, con los resúmenes estadísticos de profesores y alumnos, importe de las matrículas, número de exámenes y calificaciones, promedios de éstas por cada cien exámenes, en general por Universidades, ó en particular de Facultades, con más los datos de grados conferidos en distritos y provincias, presupuesto del Establecimiento, y un curioso cuadro indicador de investiduras académicas alcanzadas por alumnos naturales de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Repúblicas hispano-americanas y otros países.

Fueron de indisputable y pronta utilidad estas publicaciones del Sr. Vallín, que tuvo el concurso de otro honorable catedrático, activo y entusiasta también, D. Manuel María José de Galdo. El Ministro de Fomento lo declaró en las Cortes, con motivo de los Decretos é Instrucciones de 1877, por cuya virtud se establecieron con los derechos académicos el aumento de material científico para cátedras, museos y bibliotecas especiales de Institutos y de Facultad que entonces se crearon, como asimismo las pensiones para alumnos sobresalientes y faltos de recursos. Además, por esta reforma se facilitó y fué posible el aumento de dotación del Profesorado.

Así, en el ramo de la enseñanza, después de los profundos cambios y adelantamiento de 1845 y 1857, se pudo dar nuevo avance desde 1877, no quedando tan rezagados del extranjero, donde se nos mira con el desdén de la superioridad, cuando no se procura apartarnos hábil y mercantilmente de empresas directivas que nos corresponden, y del noble tráfico en que podemos intervenir con ventaja. Con el propósito de mejorar las relaciones literarias y comerciales de España, principalmente en América, por nosotros surgida y civilizada, y de la que, á veces con procedimientos tan ilegítimos como productivos, otras naciones procuran alejarnos, el Sr. Fernández Vallín trabajó con energía durante varios años en especial comisión, ejecutada al lado de publicistas y literatos como los Sres. Oliván, Rossell y Frontaura. Él redactó é imprimió á sus expensas el *Catálogo de la Librería Española* (Madrid, 1877; 4.º, 464 páginas), volumen bellamente impreso, y distribuído gratuitamente en las Repúblicas hispano-americanas, con detalladas noticias de publicaciones españolas más notables del Gobierno, Academias, Bibliotecas, Universidades, grandes empresas editoriales, etc., trabajo de propaganda y de evidente interés, tanto para el comercio de libros españoles en el Nuevo Mundo, como para afianzamiento allí de preciados intereses morales y materiales, que la historia y la raza confundirán siempre con los nuestros.

Como debida recompensa á trabajos tan extraordinarios y patrióticos, en muchos de los que ha empleado con desprendimiento una parte no pequeña de su fortuna, demás estará el decir que se han otorgado al Sr. Vallín altas condecoraciones españolas que, si son en nuestro país prodigadas, en su concesión al nuevo académico se procuraron circunstancias especiales, tanto cuando la publicación de la regia gracia con la banda de Isabel la Católica, como en la encomienda de número de Carlos III, con la misma placa vacante por muerte del sabio ingeniero Schulz, que consagró toda su vida al progreso de los intereses de Asturias. Honor también muy señalado recibió del Gobierno francés que, con honorífica comunicación, le remitió primeramente el diploma de Oficial de Academia, con las palmas de plata, y luego de Oficial de Instrucción pública, con las de oro; siendo esta última la más alta recompensa que se concede allí por méritos excepcionales en el fomento de la cultura científica y literaria, siendo muy contados los extranjeros á quienes se otorga semejante distinción.

Con estos merecimientos hace muchos años fué nombrado el Sr. Vallín consejero de Instrucción pública. En el alto Cuerpo consultivo de la enseñanza ha sabido distinguirse por su celo y laboriosidad, con asistencia asidua y con la autoridad que le dan su desinterés y su práctica. Entre otros casos, recientemente lo evidenció cuando la discusión para la reforma de las Escuelas Normales, en que fué aprobado su voto particular, felicitándole el magisterio español por las bases que presentó, fruto de sus estudios y visita detallada á los principales establecimientos de enseñanza de Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Dinamarca.

En más de cuarenta años ha sido notoria su presencia diaria en la cátedra de Matemáticas, sin excepcionar la época de su dirección del Instituto, continuando con igual exactitud hasta reciente disposición ministerial de amortizaciones en el Profesorado, probando entonces con noble proceder su amor acendrado á los sentimientos de compañerismo. Nunca quiso el Sr. Vallín intervenir directamente en los partidos políticos, sin que le faltaran por eso ocasiones repetidas de ir á las Cortes, con ó sin beneplácito de los Gobiernos, aunque no por su patria y provincia, si bien profesores y doctores de la Universidad ovetense pensaron un día confiarle su representación para la Alta Cámara, cuando la reforma constitucional en este sentido.

En estos últimos años, con vigor y entusiasmo, que en tan ilustre asturiano nunca decaen, prestó nuevos y señaladísimos servicios á su pueblo natal.

Cuando en 1886 se crearon las Escuelas provinciales de Artes y Oficios en decreto preparado por el ministro señor Montero Ríos, y ultimado por el Sr. Navarro Rodrigo (realizando los dos antiguo pensamiento de sus antecesores los Sres. Ruiz Zorrilla y Conde de Toreno), personalidades muy señaladas gestionaron cerca del Gobierno, procurando el establecimiento de las utilísimas aulas en determinadas localidades, que era tanto como proporcionarles seguro camino de progreso, y facilitar el bienestar y mejoramiento de las clases obreras. Al Sr. Vallín se debió entonces muy principalmente la creación de la Escuela de Gijón, haciendo todavía más: auxilió su organización, procuró escogido personal, y en los cursos académicos, como en los exámenes, viene desde aquella fecha contribuyendo, con su generosidad acostumbrada, lo mismo á mejorar el material de las cátedras y talleres, que á favorecer á los alumnos de ambos sexos con premios diferentes y valiosos. Por eso el Instituto obrero gijonés considera á D. Acisclo F. Vallín como su protector más decidido y constante, y éste puede, en verdad, deleitarse hoy con su obra ante una brillante Escuela, no superada por las de España de igual índole, en condiciones de sostener con ventaja, dentro de su presupuesto, la competencia con otras análogas del extranjero.

Fracasada la ley de 1865, que entre otras disposiciones no cumplidas para el Instituto de Gijón dedicaba al sapientísimo Promotor una estatua semicolosal, el Ayuntamiento de aquella villa dispuso en 1880 la creación del monumento, y encomendó su gestión al general Nava y al consejero Sr. Vallín; pero fallecido aquél, éste realizó y llevó á feliz término la noble empresa, después de diez años de generosos y propios dispendios, de constante tarea y entusiasmo nunca decaído, organizando además con ímprobo trabajo las magníficas fiestas de la inauguración. Otro que no él, muchas veces hubiera desalentado ante obstáculos de todos géneros en las provincias peninsulares, y en América española, no solamente por los fondos de la suscripción, que resultó con déficit considerable, sino, aunque parezca extraño, por dificultades de otra índole. Sin embargo, el acontecimiento fué brillante por todos conceptos, y bien lo acreditan el mismo monumento erigido, «uno de los mejores de la época presente», los recuerdos de la solemnidad, y como memoria perenne los seis mil ejemplares distribuídos de impresos diferentes, referentes á Asturias, á Gijón y á Jovellanos, que también sufragó el señor Vallín, aparte de las ediciones regaladas de *El Delincuente honrado*, *Pelayo* y el célebre *Informe sobre la Ley agraria*, que nunca hasta ahora se habían estampado en nuestra provincia. Aun proyecta el diligente gijonés una magnífica edición asturiana, lujosa y verdaderamente completa, de las obras publicadas é inéditas del gran polígrafo Jovino, no satisfecho de la muy estimable que en la colección de Rivadeneyra publicó el docto Sr. Nocedal, al que auxilió no poco el mismo Sr. Vallín.

Cuando escribimos estos apuntes, donde la amistad y el afecto no menguan la libertad ni tuercen la independencia para recordar hechos además públicos y notorios, nuestro paisano realizó nueva y generosa empresa, procurando en delicioso sitio de Gijón (Somió) un *Asilo de niñas huérfanas*. Levantado está ya el establecimiento, con bella obra arquitectónica, que ha de ser habilitado con los últimos adelantos de la pedagogía. La escuela y benéfica casa llevan la advocación de Santa Laureana, en memoria gratísima de la finada compañera del Sr. Vallín, Excma. señora D.ª Laureana González y Soubrié, dama de acrisoladas virtudes cristianas, de inteligencia clara, movida por nobilísimos alientos, y siempre cooperadora, cuando no impulsadora, de las empresas que para bien de la cultura patria fueron y aun son norte de la vida de su esposo.

La labor incesante que éste se impuso para dar cima á las tareas patrióticas reseñadas brevemente, le impidieron hasta ahora su entrada y recepción en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que en 1880 le llamó á su seno en la vacante del ilustre general Piélago, como antiguo y docto profesor de Matemáticas, escritor meritísimo de tratados de esta ciencia, afamado impulsador de la cultura popular y de estudios científicos, y á quien, entre otros servicios, se debió la publicación de la «Teoría trascendental de las cantidades imaginarias», que el sabio Rey y Heredia pensó perdida para siempre, cuando la muerte segó la vida del malogrado pensador.

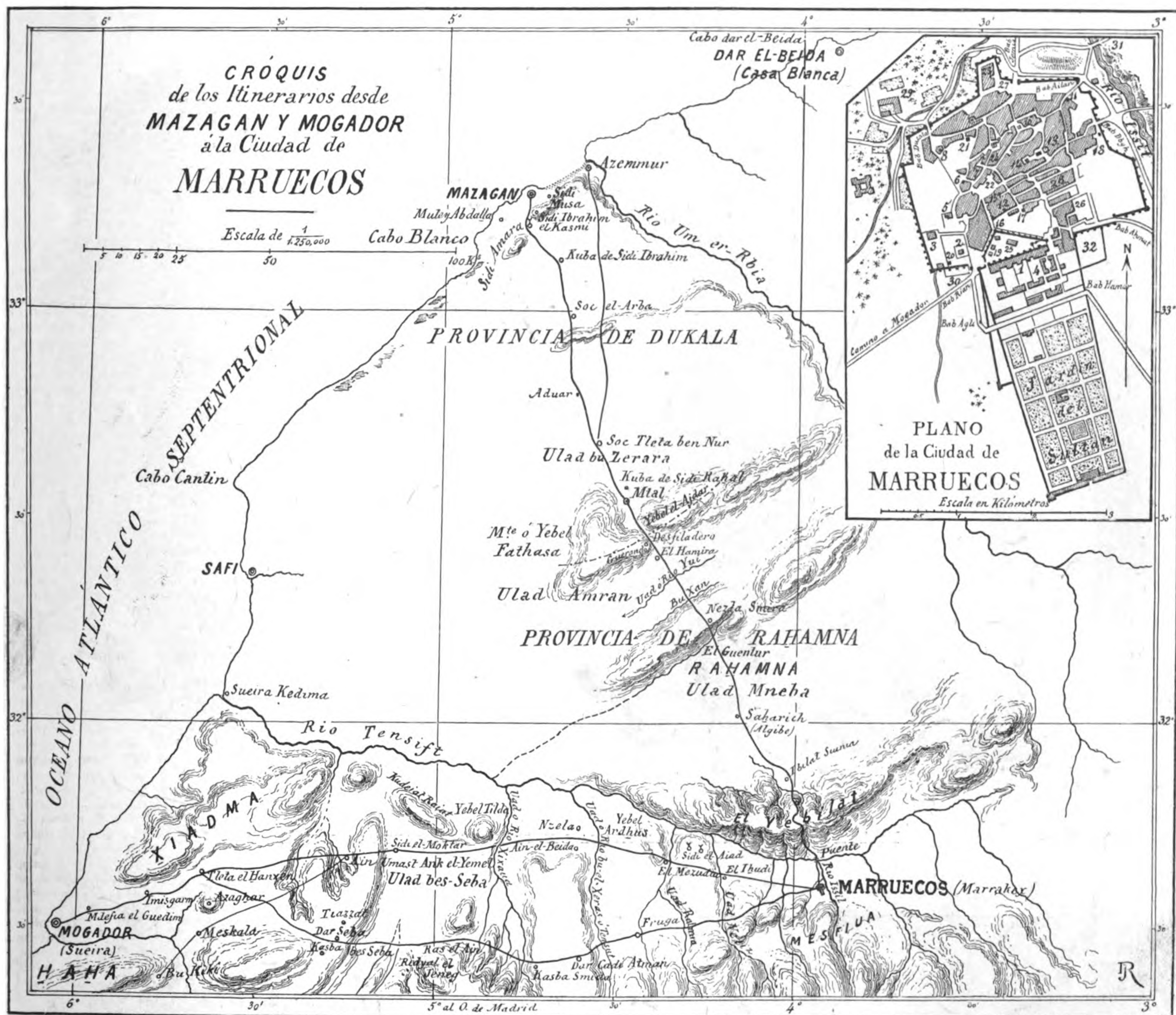
Al recibir ahora la preciada medalla, más que un discurso presentó el nuevo académico un libro notable, curiosísimo en elogios de la *Cultura científica española en el siglo XVI*, porque coincidiendo su elección merecida con otros trabajos suyos para vindicar el buen nombre de España en la enseñanza popular, amplió sus investigaciones á los ramos científicos que cultivó la antigua Corporación que le recibe.

Tras de brillante y acabado cuadro de la ciencia ibérica en diferentes tiempos, presenta el autor en separados estudios cuanto hicieron nuestros mayores en el hispano Siglo de Oro, cultivando las «Ciencias exactas y sus aplicaciones principales en Obras públicas y en Arte de la guerra», en «Astronomía», «Geografía y viajes», y «Arte de la navegación», «Ciencias físicas y químicas» y «Botánica», cuando nuestra patria tenía además renombrados «Centros de enseñanza» y sabios «Maestros», celebrados en todo el mundo.



MELILLA.—VENDEDORES RIFEÑOS CAMINO DE LA PLAZA, DESPUÉS DE RESTABLECIDA LA PAZ.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



Y en comprobación de sus asertos ilustran el trabajo eruditísimo numerosas notas, datos, noticias, con más diez y ocho apéndices, y siempre con cita prolija, preferentemente de extranjeros, para testimonio de mayor imparcialidad. Resulta un libro de condición variadísima, escrito con galanura y editado con lujo, para ser siempre de muy útiles lectura y consulta, un arma de buen temple en la noble empresa que, tal vez entristecidos por el presente, iniciaron y sostuvieron con magníficos trabajos el llorado Laverde Ruiz, el prodigioso Menéndez Pelayo y no muchos más ilustres escritores nacionales.

Cuando la obra del Sr. Vallín sea conocida y aquilatada en su mérito, seguros estamos de que ha de alcanzar general aplauso. El primero en tributarlos es el reputado académico y director del Observatorio Astronómico de Madrid D. Miguel Merino, al contestarle ante la Corporación, presentando en hermosas síntesis la notable obra del recipiendario, pero planteando también, al final de su oración, un nuevo tema, nacido de optimistas consideraciones del señor Vallín. Si nuestra gloriosa cultura nacional, dice, en el gran siglo de los primeros monarcas austriacos, rivaliza con la de otras naciones europeas, ¿podrá obtenerse brillante parangón con estos pueblos estudiando cuidadosamente nuestro pasado científico en remotas épocas y después en tiempos modernos?.....

Terminamos nosotros estos apuntes felicitando al antiguo Director del Instituto de Cisneros, por tener el honor de pertenecer á la Real Academia de Ciencias Exactas, con circunstancia especial en nuestra tierra: la de ser el primer asturiano que toma asiento entre los individuos de número; porque desgraciadamente otro paisano, el ilustrado General Nava Caveda, elegido en 1874, falleció sin haber ocupado su silla en tan docto Instituto científico español, creado en 1847.

En la solemnidad literaria de hoy bien puede congratularse Asturias, y muy señaladamente Gijón, y con ellos la Universidad de Oviedo, de cuyo claustro es digno miembro D. Aciselo Fernández Vallín.

Fermín Canella Secades.

Oviedo, 1894.

Á NÚÑEZ DE ARCE

EN SU CORONACIÓN.

I.

Un genio ardiente, un alma vengadora
Reclama ya la universal conciencia:
Brilla el cinismo, triunfa la licencia
Y la maldad se yergue vencedora.
Falta un genio de voz atronadora
Que maldiga del vicio y la impudencia,
Reduzca al ambicioso á la impotencia
Y arranque tanta máscara traidora.
Un genio, sí, de frente inmaculada
Que convierta su pluma de diamante
En látigo de fuego ó recia espada,
Y que ostente en su espíritu radiante
De Tácito la cólera sagrada
Y el estro airado del terrible Dante.

II.

Ese genio inmortal, esa alma austera
Sólo puedes ser tú, sublime vate:
Tú, en cuya estrofa cincelada late
Noble y augusta la verdad severa.
Tú, cuya inspiración robusta y fiera
Da al crimen y al error tremendo embate
En los valientes *Gritos del combate*,
Donde solloza nuestra edad entera.
Tú sólo puedes ser el soberano
Poeta vengador, porque has reunido
Las virtudes del pueblo castellano,
Y en tu grandioso canto enardecido
Suena potente del león hispano
El formidable aterrador rugido.

Manuel Reina.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Budapest: Celebración de los cincuenta años de trabajo del gran escritor húngaro Jokai. — *Atenas:* La dinamita contra el banquero Syngros; muerte del bandido Veglios; la Hacienda griega, su ruina y los remedios heroicos.

El mismo día en que festejábamos en España á nuestro gran poeta Núñez de Arce, se celebraba en la capital de Hungría solemnidad semejante en honor al gran escritor Mauricio Jokai, por ser la fecha del 6 de Enero aquella en que se cumplían los cincuenta años de haber publicado su más afamada novela nacional, *El Nabab húngaro*, hermoso cuadro de costumbres, en la que pintó magistralmente la lucha de los viejos ideales, que aun duran en nuestro tiempo, con las aspiraciones modernas de la nobleza del día, simbolizada, como tipo y modelo, en el ilustre patriota el conde Szechenyi. Es el veterano Jokai, que tiene ya sesenta y nueve años, novelista, cuentista, autor dramático, poeta, periodista y orador, un prodigio de laboriosidad, el más fecundo de los publicistas del centro de Europa, un genio en la multiplicidad realmente espléndida de sus creaciones literarias, y un maestro en el arte de manejar la lengua de Deak, de Kossuth, de Eotvos, de Trefort, de Aranyi y de Petoefi. Enamorado de su patria, patriota en 1848, su cantor y su poeta siempre, no ha vivido ni vive más que para ella, sujeto al mandato de aquel inspirado verso de su antecesor Væræmarty:

«*Itt élned, halnod kell.*»

«Tú que vives aquí, aquí es donde debes trabajar y morir.»

La obra de Jokai es colosal. Hace veintidós años había publicado ya 140 tomos, que contenían 25 novelas, 7 dramas y más de 300 cuentos. Dirigió durante largo tiempo el periódico político *Hon* (La Patria), y también el satírico *Vestekœs* (El Cometa), en el que además dibujó multitud de

VISITA DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS AL PRÍNCIPE MULEY ARAAF.



FRAJANA.—INTERIOR DE LA TIENDA DEL PRÍNCIPE, DURANTE LA VISITA.



FRAJANA.—ASPECTO DE LOS ALREDEDORES DE LA TIENDA DE MULEY ARAAF EL DÍA DE LA CONFERENCIA.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.









«LOS TRES MOSQUETEROS.»

MUESTRA DE LOS GRABADOS DE LA NUEVA EDICIÓN DE LA FAMOSA OBRA DE ALEJANDRO DUMAS,

PUBLICADA RECIENTEMENTE POR LA CASA CALMANN LÉVY, DE PARÍS.

croquis humorísticos. Entre los obsequios que ha recibido en el día del cumplimiento de su medio siglo de novelista, figura una edición de sus obras escogidas, que consta de 100 tomos.

A los diez y ocho años publicó sus primeros dramas, *El muchacho judío* y *El juicio de Dios*, que fueron premiados por la Academia húngara, y durante algún tiempo vaciló entre ser pintor ó ser abogado, sin dejar de dibujar, de hacer versos y de estudiar Derecho, para abandonar al fin el lápiz, los pinceles y el bufete y dedicarse por completo á la literatura, con tal éxito, que á los veintiuno, en 1846, fué nombrado director del *Eletképeck* (Cuadros de la vida), la mejor revista que había entonces en Budapest, y en cuya redacción conoció al gran poeta y soldado de la revolución húngara Petœfi, y con el cual se puso al frente de la juventud magyar en el movimiento de 1848. Desde la puerta del café Pillinger, rodeado por inmensa multitud, leyó Jokai los doce artículos de la proclama autonomista, y poco después Petœfi, subido en lo alto de la escalinata del Museo, en Calvinter, recitó su célebre himno nacional: «¡Arriba, hermanos! ¡la patria nos llama al combate!» himno y proclama que imprimieron y repartieron los estudiantes inmediatamente. Triunfante Hungría cuando sus hijos fueron dirigidos por Gorgey, Klapka, Aulich y Ben; ocupada por éstos Pest y asaltada Buda, vió bien pronto obscurecida su estrella aquella nueva nación resucitada, y cayó en poder de sus opresores. En la derrota de Villagos quedó Jokai prisionero, y logró evadirse después de muchos peligros, gracias al ingenio y bravura de su mujer, la gran trágica Rosa Laborfalvi, con la que vivió escondido y errante por espacio de dos años en Transilvania. En 1850 pudo su mujer conseguir su perdón, y el escritor, más animoso que nunca, publicó sus *Cuadros de la guerra*, que hicieron popularísimo su nombre, por la verdad y el patriótico sentimiento con que supo describir las tristes escenas que había presenciado. Desde entonces fué el sostenedor de las esperanzas del pueblo magyar, con el arma poderosa y convincente de la literatura bien pensada y bien escrita, en forma de novela histórica, para cuyo trabajo demostró poseer sobresalientes aptitudes. Perseverante, enérgico, siempre inspirado, siempre fecundo, echó sobre sus hombros la tarea de resucitar la abatida fe de sus compatriotas, ahogada por la opresión más absoluta, y de levantar el sentimiento nacional glorificándolo en sus libros. Impulsado por este nobilísimo afán, escribió sin descanso, y publicó en 1853 la novela ya citada, *El Nabab húngaro*, que hizo tan querido su nombre. A ésta siguieron otras, como el *Karpathy Zoltan*, magistral pintura de los heroicos hechos que realizaron sus paisanos en la inundación de 1838, y entre las más celebradas, la *Edad de oro de la Transilvania*, *Los turcos en Hungría*, *Los pobres ricos*, *El nuevo señor*, *Flores salvajes*, *Diamantes negros*, *La mujer de los ojos verdes*, *La novela del siglo que viene*, *La comedia de la vida*, *Un cabello de mujer* y *La tragedia de Milton*. En los teatros de Budapest, lo mismo en el clásico nacional (Nemzeti szinház), que en el popular (Magyar népzinház), se aplaudieron sus grandes producciones dramáticas *El rey Kolomán*, *Los mártires de Szegevar*, *El hombre de oro*, y otras que constituyen el tesoro de aquella literatura escénica moderna.

Al volver á disfrutar la Hungría de la plenitud de su vida política, creado el Parlamento en 1867, fué elegido diputado, cuya honra no le han escatimado ni negado jamás sus paisanos, que desde entonces en todas las elecciones le han reelegido para que les represente. La crítica ha dicho que Jokai, arrastrado por el ímpetu de su fecundidad, no es profundo en sus obras; que no escribe novelas, sino capítulos, y que en sus cuadros no hay argumento, sino descripciones. Realmente, el gran publicista no está montado al estilo de la literatura psicológica de moda; no es un espíritu «dolorosamente moderno», ni «amablemente complicado», como lo son los pseudo-positivistas de la fisiología ultrarromántica que priva en muchas de las novelas del día; es el dibujante correcto, el pintor de la naturaleza sin toques exagerados ni feos, el artista que no siente necesidad de apelar á lo extraordinario, ni á lo extravagante para dar interés á sus producciones y para agradar y conmover al lector. *Nuestro Jokai*, como lo llaman los húngaros, es un narrador incomparable. Escribiendo cuentos, novelas cortas, empezó su gloriosa carrera, y luego se dedicó de lleno á la novela, para ser el primero de los novelistas del pueblo magyar. A estos méritos hay que añadir el de la facilidad y acierto con que supo trasladar sus personajes al teatro, poniéndolos en acción, moviéndolos, dándoles la misma vida que tienen en sus hermosos libros, y haciéndoles hablar con la misma naturalidad y encanto con que se expresan en los correctos diálogos de los millares de páginas de sus novelas. Puede asegurarse que no ha salido jamás de Austria-Hungría, retenido por el profundo amor que profesa al país en que nació. En la Academia de Budapest y en la Sociedad Kisfaludy es el hombre más considerado y querido. Nada tiene, pues, de particular que en el día de Reyes vistiera de gala solemne, para festejar á su poeta, el vecindario de la metrópoli, y que ésta viera desfilar con entusiasmo á la alegre comitiva de patriotas de todas edades y clases, y á los representantes de veinte provincias y de un centenar de ciudades, que aclamaron á Jokai en el Corso de los muelles del Danubio, en la plaza Petœfi, en los mercados (Fovamház éo, szarnyas piacz), en el palacio de las Fiestas (Fovárosi vigadó kioszkkal), ante la Cámara (Képviseloház), en la gran calle radial exterior (Kulso Sugarút), ante la Casa de la ciudad (Regi városház), y al paso de los monumentales puentes que unen á aquellos dos pueblos hermanos (Lanczhid Budáról Pest felé tekintve).

°°°

Perturbado hondamente el pueblo griego, en su gobierno y vida mercantil y urbana por el lamentable estado de la Hacienda, y en su vida rural por el bandolerismo, no había llegado á sufrir todavía los espantos que trae consigo la aplicación práctica de las doctrinas (?) de los anarquistas. Pero ni aun aquella apartada, tranquila y poética región se ha podido librar de ellos. No se sabía, ni creo que conste en ninguna parte, que la anarquía tuviera apóstoles ni centros propagandistas en Grecia. Socialistas, con periódicos y todo, sí los hay allí, y en la cárcel de Atenas se halla actualmente el director del *Socialistis*, por haber increpado con malas formas al Presidente del Congreso; cuyo prisionero pasa los días predicando «las ideas nuevas» á sus compañeros de chirona, y asegurándoles que los *Nicokirai* ó burgueses son los peores enemigos del pobre pueblo (*Tou kaimenou tou laou*). Pues bien, cuando menos lo pensaban, el espantoso estruendo de una explosión conmovió noches pasadas á la pacífica capital del reino helénico. Era muy tarde ya, la una y media, pero parece que la trepidación fué tan colosal, que la mayor parte del vecindario, levantándose sobresaltado, se lanzó á las calles. La explosión había ocurrido en el jardín del lujoso hotel en que vive el rico banquero Sr. Syngros, á quien allí llaman por sus obras caritativas «el gran bienhechor de la Grecia». Se conoce que el criminal que lanzó la bomba, temeroso de lo que iba á hacer, no se atrevió á ponerla en el hueco del portal ó de alguna de las ventanas bajas, y que la lanzó contra las paredes, donde rebotó y cayó en el jardincillo que rodea el edificio. La vibración rompió todos los cristales de la planta baja, y no hubo ni más desperfectos, ni desgracia alguna. Pero la impresión moral, que aun dura, fué enorme. El enemigo moderno de la sociedad, á quien creían lejos, estaba en medio de ellos: la prueba era irrefutable. No se ha podido dar con el autor del atentado, y la policía no descansa un momento, revolviendo todas las viviendas de la gente inscrita en el libro «non sancto», para extirpar de raíz el mal, si es posible. A cambio del susto, ha recibido el Sr. Syngros, el padre de los pobres, la visita de todo Atenas, que en interminable procesión ha acudido á su casa á felicitarle por haberse librado del odioso propósito del dinamitero, y á ofrecerle su incondicional adhesión.

Tan comentado como este suceso lo ha sido otro, relativo también á la historia de los crímenes: el de la trágica muerte del temido bandolero Veglios, azote de la Grecia occidental. Este malhechor no era un romántico como otros, que por allí y en otras comarcas pululan, sino un vil asesino, sanguinario sin necesidad, crapuloso y atrevido hasta más no poder. En su propio pueblo comenzó su infame carrera. Tenía allí una novia, á la que pidió por esposa, y como se lo negaran, huyó á otro pueblo, jurando vengarse. La chica se casó después con otro, y al saberlo Veglios la esperó en las cercanías del pueblo, la degolló, le sacó de sus entrañas el niño que llevaba en ellas, y envió la cabeza de éste á los padres de la infeliz muchacha. Después continuó sus crímenes, robando á cuantos podía y asesinando á cuantos se le antojaba. Las autoridades pusieron precio á su cabeza, y le perseguían en vano, porque ocurría lo que ha sido muy corriente en estos casos: que los campesinos, por temor á la venganza, le escondían y amparaban casi en las barbas mismas de sus perseguidores. En estas últimas semanas habían redoblado sus esfuerzos las partidas de guardias que le cercaban en las montañas de la Fócida, y viéndose en peligro, se acogió á la amistad de un mesonero de Castri (Delfos), llamado Gunaris, al cual rogó que le proporcionara una lancha para huir hasta la costa de Turquía. El mesonero ajustó la lancha del patrón Tzimbaklis en 100 pesetas, conviniendo con éste en que acompañarían á Veglios hasta Preveza. Una mañana temprano, antes de amanecer, salieron de la playa de Castri el bandido, Gunaris, Tzimbaklis y un muchacho, criado del barquero. Al cabo de una hora de navegación, Veglios se mareó, y sus compañeros de viaje, para aliviarle, le cosieron á puñaladas. Volvieron inmediatamente á tierra y presentaron el cadáver á las autoridades para recibir el pago ofrecido al que le matara, que era de 15.000 pesetas. Además percibirán otra cantidad bastante considerable que el alférez del ejército G. Petropoulo tenía ofrecida al que entregara vivo ó muerto al bandolero, desde que éste asesinó al hermano de aquél en una emboscada. Toda la zona montañesa de la Fócida, Acarnia y Etolia, desde las costas del golfo de Corinto hasta la frontera de Turquía, ha sabido con satisfacción que ya está libre de las audacias sangrientas de Veglios, y ha aplaudido *la hazaña* un tanto irregular, pero muy justificada, del patrón Tzimbaklis.

Lo que en Grecia parece que no tiene compostura, ni violenta, ni pausada, es el estado inminente de ruina en que se halla la Hacienda pública. Sin embargo, el Gobierno que preside Tricupis se ha atrevido á aplicar un remedio heróico, que le ha valido tantos aplausos entre sus compatriotas como censuras y amenazas entre los tenedores extranjeros. Por su mediación el Parlamento ha aprobado la idea de reducir en un 20 por 100 el valor de toda la deuda nacional, y de pagar los intereses del 70 por 100 restante á razón de 50 por 100 en papel y de 30 por 100 en oro; es decir, que realmente los acreedores no percibirán en efectivo más que algo así como la tercera parte de lo que se les debe. El procedimiento, como se ve, es ingenioso y fácil. Hay que leer lo que á propósito de él se les ocurre á los periódicos ingleses en representación de los acreedores británicos que tienen tomada mucha parte de la deuda, y cómo ponen á Tricupis, que ofreció tan sólidas garantías al negociar el último empréstito griego. También los alemanes y los franceses se muestran muy ofendidos ante semejante atrevimiento, y aseguran que sus respectivos Gobiernos harán muy pronto serias reclamaciones. Tricupis ante la avalancha que se le viene encima ha dicho: «Todo esto lo proponemos como medida provisional, y en nada altera las obligaciones del Estado para con sus acreedores, ya que el arreglo definitivo no se realizará sin el consentimiento de éstos. Espero que nos entenderemos; pero por ahora conste que nosotros les ofrecemos todo lo que el Tesoro puede darles al convertir en oro los billetes de banco.»

Lo positivo es que el Tesoro no está en disposición de abonarles más que aquella tercera parte del valor de la deuda, y que ante esta fatalidad no habrá más medio que recibir lo que dé. ¡Triste negocio sería que al fin ni aun esa tercera parte se les pudiera abonar! No tiene nada de particular que, ante semejante estado de cosas, circule á menudo en aquella tierra el rumor de la caída del Gobierno; pero su Presidente cuenta con la obediencia casi absoluta de la mayoría del Parlamento, y nada valen contra esta disciplina ni las reuniones públicas, ni los ataques de la prensa, ni los complots que se organizan para pedir al Rey la disolución de las Cámaras y la renovación del Gabinete, en vista de que realmente se ha llegado al caso de una quiebra. Fácil suele ser en muchas ocasiones el derribar un gobierno, ó, mejor dicho, el mudar de personas; pero lo que es muy difícil es encontrar otras que no lo hagan tan mal ó peor que las derribadas. Los hombres públicos en muchos pueblos están más gastados que las arcas de la Hacienda, aunque éstas lo estén tanto, que por todas partes les entre el aire y no contengan otra cosa dentro. No parecen por ninguna parte hacendistas que sepan salir del atolladero en que tantas naciones se ven atascadas. El cambio en Grecia anda alrededor de 150 á 170. Las obligaciones del 5 por 100 han bajado á 156 y 149. Allí no hay grande ejército al cual echar la culpa de estos males, ni el país ha pasado hace muchos años por revoluciones costosas; pero la crisis general, que llega á influir á veces tan poderosamente en el crédito de las naciones más potentes y que ha ocasionado déficits inesperados en Inglaterra y en los Estados Unidos, conmueve tan hondamente hoy á los pueblos pobres, que su crédito, poco sólido siempre, se hunde, y se hunde cada día más. Si no hay hacendistas indígenas, preciso es encargarlos fuera.

A esto han ido á parar Turquía y Egipto, y este es el único remedio que, para corregir la crisis griega, proponen los ingleses y los franceses. En nuestro siglo, al fin del siglo de la emancipación y de las libertades, la ruina de la Hacienda de los pueblos incapaces ó anémicos impone la esclavitud, el dominio de las naciones extranjeras; no sobre la independencia del territorio de aquéllos, sino sobre su dinero; no sobre su cuerpo, sino sobre su alma; porque cuando á uno se le declara imposibilitado para administrar sus intereses, es lo mismo que declararle privado de la facultad de discurrir. Y en esta nueva fase de la esclavitud tal vez les esté reservado á muchos pueblos el tener que arrastrar pesadas cadenas, ó tal vez, según las cosas van, la quiebra se haga universal, y todos se encuentren ó perdidos ó emancipados á un mismo tiempo.

R. BECERRO DE BENGOA.

DA LA SEÑAL POR MEDIO DE LA CUERDA.

¿Os importará aprender una lección, á condición de que sea corta y de que no os obligue á estudiar mucho? No; me parece que no. El hombre que es demasiado viejo para aprender, es también demasiado viejo para ser útil en el mundo, tanto para sí mismo como para los demás. Bueno, pues entonces ahí va la lección.

Tal vez hayáis visto á uno de esos buzos de profesión sumergirse en el agua para inspeccionar un naufragio ó para buscar algo que ha caído en ella. Se mete dentro de su aparato, visor ó armadura impermeable, se encaja en la cabeza el casco, y se pierde de vista en las profundidades, allá entre las rocas y el lodo al fondo. Por supuesto que han de estarle dando continuamente aire por medio de un tubo, ó de lo contrario se asfixiaría en un minuto. Pero siempre que necesita más ó menos aire, ó que le suban á la superficie, ¿cómo lo hace saber á los hombres que están sobre la cubierta ó á bordo? Y me responderéis en seguida: «Hará la señal con la cuerda que tiene en la mano.» Y, efectivamente, es así: pero ahora veamos qué lección sacamos de esto. La señora Miguela Valentín, de la calle del Palomar, núm. 8, Valencia, con fecha 4 de Mayo de 1893, dice: «Por más de tres años estuve sufriendo mucho de dolores nerviosos y de una debilidad general que no se me quitaba con ninguna de las muchas medicinas de que hice uso.»

Esta es una experiencia común á mucha gente, que les amarga todos sus placeres, les postra á menudo en el lecho con padecimientos que les consumen y les priva siempre de poder trabajar, ya su trabajo sea manual, ya intelectual, ya de ambas clases. Cualquier remedio para esto vale montones de oro; pero nunca podemos evitar estos resultados hasta que encontramos y comprendemos su causa. ¿Y cuál era la causa de esta enfermedad?

La misma señora Valentín nos dará la respuesta, pues añade: «Mi digestión era mala, mi apetito escaso, no podía comer casi nada, y si muchas veces tomaba el alimento que se me presentaba, era más porque se debe comer si se quiere conservar la vida, que por deseos de comer.»

Volvamos ahora, por un momento, á lo que decíamos del buzo, de que, cuando era necesario, daba la señal con la cuerda. Pues bien, los nervios del cuerpo humano son real y verdaderamente cuerdas. Toda sensación, todo poder de moverse, todo conocimiento de lo que está pasando en cualquier parte del cuerpo, se hace manifiesto por medio de los nervios. La consecuencia, pues, es clara y sencilla; nuestro buen amigo había estado sujeto por largo tiempo, quizás por muchos años, á una pesadez de estómago y del hígado, ó sea indigestión y dispepsia. Este era un grave estado de cosas, por la razón de que el cuerpo se alimenta y nutre, y sus pérdidas se reponen tan sólo por medio de la máquina digestiva, y cuando ésta falta por completo, entonces inevitablemente nos debilitamos y morimos, lo mismo que un fuego se reduce á cenizas cuando se le deja de echar combustible. Pero la naturaleza, siempre en guardia, nos avisa del peligro por medio de la cuerda de los nervios; ella nos da los dolores y nos obliga así á preguntar qué es lo que nos aqueja, para buscarle un remedio; no un remedio para el dolor en sí (aunque así es como á menudo lo juzgamos), sino para la causa del dolor, para el estómago enfermo.

Esto es lo que hizo á la señora Valentín; pero no lo hizo hasta que encontró el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y en él halló un remedio eficaz. «Con este remedio—dice—me he curado por completo, y no me he hallado nunca mejor de salud que hoy. (Firmado)—MIGUELA VALENTÍN.»

Resultado feliz. Hoy todos los órganos de vuestro cuerpo, el estómago, los intestinos, el hígado, los pulmones, los riñones, etc., están como el buzo en el agua, pero sufren un desarreglo, y entonces tiran de la cuerda de los nervios, y los dolores que sentís son los *síntomas* de la enfermedad, pero no la enfermedad misma. Téngase presente que los dolores de nervios y la debilidad general que nuestra amiga venía padeciendo por largo tiempo, demostraban que tenía indigestión y dispepsia; que sólo el estómago era el que estaba en desorden. Cuando el Jarabe Curativo de la Madre Seigel lo puso en orden, su salud se restableció, lo mismo que el sol se abre para cuando se dispersan las nubes.

Y ahora, sólo una palabra. Casi todos los dolores é indisposiciones de que sufrimos no son más que síntomas de esta sola enfermedad dominante. No se quiera curar los síntomas, porque es absurdo é inútil. Tómese la medicina que la Sra. Valentín tomó, y que cura la única enfermedad real y verdadera, y la naturaleza no dará ya más señales. Y aquí concluye la lección.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

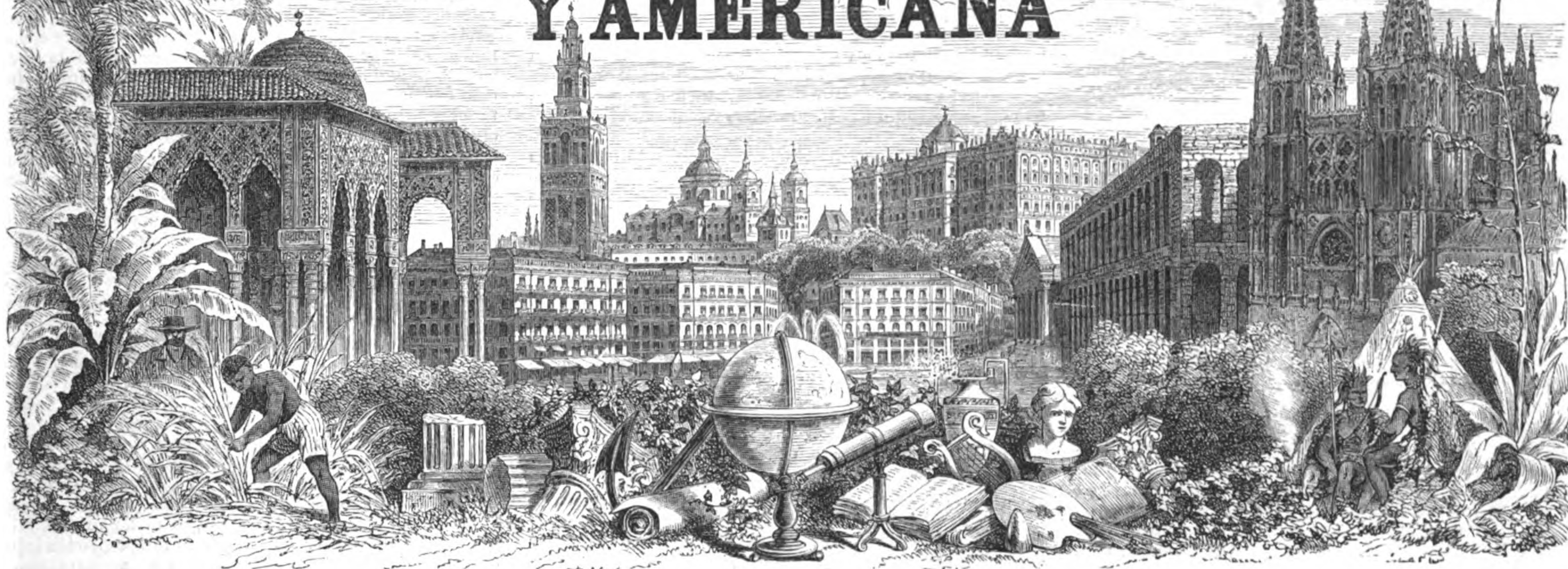
El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.



MELILLA.—TIPOS DE CABOS DE KABILA RIFEÑOS.

(Dibujo del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. III.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Enero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.

CUANDO DIOS DA, DA PARA TODOS.

CUADRO DE D. FEDERICO JIMÉNEZ Y FERNÁNDEZ.

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—Zorrilla y Grilo, por D. José Navarrete.—Sicilia, Italia y Francia, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—La cajita de ébano (conclusión), por D. Angel Lasso de la Vega.—Invierno, poesía, por D. Arturo Reyes.—El cielo claro, poesía, por D. Ricardo J. Catarineu.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

Grabados.—Bellas Artes: *Cuando Dios da, da para todos*, cuadro de D. Federico Jiménez y Fernández.—*Reclutas disponibles*, cuadro de D. Maximino Peña.—*Dos buenos amigos*, cuadro de E. Dinet.—Retratos de D. José Zorrilla y de D. Antonio Fernández Grilo.—Tenerife (Islas Canarias): El gran hotel Taoro, en el valle de la Orotava. El famoso valle de la Orotava, visto desde el hotel Taoro.—Nueva puerta de ingreso al paseo de las Estatuas en el Parque de Madrid.—Operaciones militares en el Rif: Una visita al campamento rifeño de Benisicar.—Construcción del fuerte de la Concepción (Sidi Guariax): Estado de las obras al restablecerse la paz.—Chicago: Pabellón de España en la Exposición Universal Colombina. Vista de la Sección española en el Palacio de Manufacturas.—Argelia: Estaciones avanzadas de los franceses en la frontera de Marruecos. El oasis de Ain-Sefra.

CRÓNICA GENERAL.

Gracias á Dios—dijo mi amigo López, soltando el periódico—que leo en la prensa un elogio dirigido no á personas constituídas en autoridad, ni á los que dan reuniones en sus casas, ni á las eminencias pasajeras en todo lo que brilla, ó, mejor dicho, reluce: crea usted que, andando el tiempo, cuando nuestros descendientes repasen los periódicos de ahora, se extrañarán de que hayan dado importancia á gentes que, por la vida que hacen y sus escasos méritos, están destinadas á completa obscuridad.

—Menos palabras, y al asunto. ¿A qué se refería usted en su congratulación?

—¿Ha leído usted el artículo que dedica Claudio Frollo en *El Liberal* al hermano Juan?

—He leído con gusto la historia de ese desconocido que oculta su nombre y lleva tres años asistiendo en el hospital á los que padecen las enfermedades más terribles, sin percibir sueldo, comiendo las sobras de los enfermos, haciendo con ellos los oficios más humildes y rehusando toda clase de ofrecimientos. Creo, con usted, que esos actos de caridad y de virtud contrastan en todas épocas con el egoísmo general, pero más aún en la presente; sólo temo que puedan ofender la modestia del heroico enfermero, que, buscando la obscuridad, se encuentra con una fama tan justa; que al fin la fama es el estruendo y ruido descompasado para el que desea el silencio y el retiro.

—Es verdad; pero el mundo está tan lleno de malos ejemplos, es tan frecuente ver ensalzado lo grosero y lo soez, que conviene, para animar á los que desfallecen en el bien, citar estos casos é inclinar la frente al considerar sacrificios tan heroicos, ante los cuales toda grandeza moral se empequeñece. El ejemplo de Juan de Dios llenó á España de hospitales, y el hermano Juan sin duda se inspiró en su santo amor á los enfermos, en la leyenda del hermano Obregón y en la inagotable caridad de Camilo de Lelis, el fundador de la religión de los Clérigos regulares ministros de los enfermos, llamados Agonizantes por el vulgo.

—En efecto, hay en la conducta del hermano Juan rasgos que recuerdan aquellos santos varones, y, por mi parte, me inspira tal respeto y veneración, que no creyendo que se deba callar una virtud tan excepcional, casi me inspira temor el proclamarla, como si profanase un claustro ó diera gritos dentro de un panteón. Ciertas virtudes pueden parecer hasta ofensivas para los que han adquirido fácilmente fama de filántropos, y amigos de su prójimo con molestias insignificantes. Y conste que no les ataco, pues si cada uno hiciéramos por nuestra parte la mitad del bien que podemos hacer sin esfuerzo, habría mucha gente feliz entre tantos desgraciados como nos rodean. Porque, en último caso, la cuestión social no es otra cosa que el olvido de las miserias ajenas.

—¿Cree usted que el hermano Juan es santo?

—¿Y de qué serviría mi opinión en una cuestión tan delicada? Sé que por ese camino se va al fin de esa carrera que no está al alcance de todas las fortunas.

—Tendría que hacer milagros.....

—Con permiso de usted variemos de conversación: prefiero hablar de la trágica muerte del magistrado jubilado Sr. Rueda, aunque el asunto es poco grato. ¿Cree usted loco al matador?

—Me parece evidente. ¿Cómo suponer lo contrario de un hombre de buenos antecedentes, protegido por la víctima, y que sin causa se enfurece de repente, maltrata á su mujer, carga su escopeta y se convierte, de portero y guardián que era de la casa de la calle Mayor núm. 84, en energúmeno que amenaza con disparar á los vecinos, hiere á su mujer, y luego deja en el sitio á su protector, que baja á apaciguarle, confiado en la influencia que ejercía sobre el desdichado Villacañas? Es un ataque furioso de locura, y nada más.

—¿Sabe usted que hay muchos locos en esta época?

—Sí; lo raro es que no nos volvamos locos todos con la vida que hacemos, las lecturas que nos dan, las cosas que ocurren, y el afán que existe de trastornar las nociones, antes tan bien deslindadas, de lo irracional y lo sensato. Todos los días recibimos impresiones capaces de hacer perder su equilibrio mental á la persona mejor organizada.

—En eso tiene usted razón: días hay en que al leer los juicios que se emiten acerca de los sucesos; las enormidades que se dicen en cuestiones de arte y crítica literaria; la perturbación moral con que vienen á la vida los nuevos elementos destinados á proseguir la organización social; la popularidad fácil que obtiene el absurdo, me dan ganas de tomar el tranvía de Carabanchel y decir al Sr. Esquerdo: ¿Tiene usted la bondad de darme alojamiento en su manicomio? Porque, si los que más figuran y bullen tienen razón en lo que obran y discurren, yo debo estar aquí encerrado.

—Hombre, no exagere usted; lo que le parece á usted mal de la época, lo ha habido en todas: disparidad de opiniones y de sentimientos; y claro es que todo el que discurre halla oposición, que no hay idea que no tenga su contradictoria; lo que se debe desear es no discurrir.

—Acaso sea cierto; pero es tarde: voy á dejar una tarjeta en casa del difunto Dr. D. Francisco Alonso Rubio.

—¿Le conocía usted?

—¿Quién no le conocía en Madrid, habiendo ejercido la Medicina con tanto lucimiento más de medio siglo, siendo presidente de la Academia Médico-Quirúrgica, y habiéndolo sido de la Facultad en la Real Cámara, catedrático de San Carlos y maestro de todos los médicos de Madrid que no sean ya viejos?

—Era, en efecto, una de las autoridades de la Facultad..... pero ha muerto á los ochenta años y no se le puede llamar malogrado.

—No lo fué, porque prestó grandes servicios, enseñó á muchos, alivió infinitos males y prolongó bastantes vidas: que hay octogenarios que mueren malogrados por no haber hecho nada de particular en tanto tiempo como tuvieron para hacerlo, y jóvenes que supieron aprovechar su corta vida. Adiós.

—No se vaya usted sin tomar una copita de vino.

—¿Es Burdeos?

—Nada de eso: vino español puro.

—Extraño el ofrecimiento en usted, que no bebe.

—Que no bebía; pero en adelante me creeré en el deber patriótico de ayudar á consumirle, porque habiendo sido elegido Mr. Meline presidente de la Comisión de Aduanas en la Cámara francesa, á pesar de sus protestas de neutralidad, temo que influya desfavorablemente en la exportación á Francia de los vinos españoles. ¡Ea! un traguito patriótico.

—Es usted el mismísimo demontre: es preciso sacrificarse por nuestros pobres vinicultores, para evitar la crisis económica, que, en último caso, es hoy general en casi todo el mundo: dígalo Alemania, donde el emperador Guillermo se queja del déficit; los desórdenes de Italia que se atribuyen á la miseria.....

—¡Alto ahí! se atribuyen también á intrigas internacionales.....

—Concedido; pero hay quien dice que los sublevados sicilianos tenían por bandera un crucifijo.

—No lo creo; y sería un síntoma muy grave que enarbolasen el lábaro de Constantino después de tantos siglos. Pero en verdad que si los miserables de los campos avanzasen contra las ciudades con esa enseña, sería como si dijesen: No es la civilización cristiana la que ha construído esos palacios, esos hoteles, esos centros del lujo y del placer, donde vivís entregados á la sensualidad, practicando la usura, mintiendo y calumniando, en fiestas y banquetes continuos, sin más fin que halagar la vanidad y olvidados del que sufre..... Repito que ese apóstrofe me haría temblar algo más que el de los pobres que quisieran tomar parte en el festín.

—No debe ser cierto: venga otro trago. Este vino me demuestra lo peligroso que sería no encontrar mercados para despacharle: figurémonos á España teniendo que beberse toda su cosecha y dando tumbos. Se me ocurre una idea: ¿por qué no habríamos de aprovechar la ida á Marruecos del general Martínez Campos para abrir un mercado nuevo en ese Imperio?

—Los moros no pueden beber.

—Se les bautiza y se les convierte en parroquianos.

—Veo, querido amigo, que el vino se le ha subido á la cabeza.

°°°

La familia cristiana bien unida es el verdadero nido de la humanidad, y sin embargo tiene el inconveniente de ser un refugio pasajero: la muerte golpea las puertas más tarde ó más temprano, y se oyen en seguida sollozos donde reinaba la paz y la alegría. Eso vimos suceder hace dos días en la casa de un amigo querido, D. Luis García Ortega: allí, durante el día, el jefe, el hijo mayor y los oficiales, entregados al despacho de los negocios, no tenían momento de descanso; pero terminadas las horas del trabajo, la unión del cariño, el culto de las artes, y la bondad y discreción de una buena madre de familia, hacían de aquella morada un retiro encantador. Y golpeó la muerte, y se llevó á la madre en la fuerza de su vida y de la hermosura, que los años no se atrevieron á marchitar; y se la llevó cuando hacía tanta falta para el corazón de los suyos y para las obras de misericordia que ejercía, ya en el asilo de Santa Cruz en Carabanchel, ya en otras congregaciones piadosas. Seguimos tristemente el entierro de la que fué en vida D.ª Amalia Marín de García Ortega: los coches, en hilera interminable, doblando por la calle de Génova, se perdían de vista en la larga calle de Hortaleza; junto al lujoso carruaje fúnebre, dos filas de religiosas y educandas del Asilo acompañaban á su protectora con velas encendidas: llegamos al cementerio de San Justo; resonaron en la capilla los responsos, y luego llevaron el féretro á la fosa, en hombros de los amigos y rodeado de mucha gente conocida: hubo un momento de emoción: el hijo mayor quiso ver por última vez á su madre y..... anocheció oportunamente, para que no se viesen cubiertos de lágrimas muchos rostros varoniles. ¡Qué hermosa es la familia; pero qué triste el día en que la muerte da golpes á su puerta!

°°°

El mundo camina sin detenerse á considerar los dolores ajenos: ¡adelante! Es preciso desechar los pensamientos tristes; nuestro deber de cronistas nos obliga á buscar otros asuntos más alegres: así como así, mientras que una parte de Madrid está triste, otra se divierte y palpita á la aproximación del cercano Carnaval; si las Funerarias tienen en sus escaparates cruces, coronas y ataúdes, otras tiendas exhiben caretas mofletudas de larguísima nariz y ojos monstruosos; trajes de oro y seda, y dominós para disfrazarse. Dicen que el Carnaval se acaba, y lo que hace es variar algo de forma y embromar de distinta manera; pero en el fondo la humanidad varía muy poco, y los que más gritan por renovaciones y reformas, no hacen sino pedir la adopción de modas atrasadas. ¿No hay quien pretende resucitar el culteranismo del viejo Góngora, aquel maestro de la poesía, cuando se expresa como todos, y aquel monomaniaco de locura contagiosa, cuando se empeña en retorcer y atormentar el noble y claro idioma castellano? Y es que el idioma y el arte tienen su carnaval y sus disfraces. Harto tiene cada época con el culteranismo inevitable y casi involuntario en que incurre sin notarlo, y que marca como con un sello cada época: hoy llamamos en los periódicos *hacer una campaña* á defender una cuestión pacíficamente; hay quien dice, afectando elegancia, *el espléndido óvolo*, *el ostracismo arancelario*, y emplea no menor estrambóticas figuras: el tiempo barre de nuestro lenguaje esos defectos, como deshizo la fraseología de los cultos, que debió tener gran encanto ó parecer tan ingeniosa en el siglo XVII. ¿A qué resucitarlo? Pues es inevitable que se intente respondiendo á la fuerza del salto atrás, que nos hace caer de espaldas cuando queremos ir hacia adelante; lo cual prueba la necesidad de ir muy despacio cuando se trata de hollar tierras inexploradas.

Pero..... silencio: por no tener gran cosa que decir del Carnaval, penetrábamos en la crítica literaria, que nos hemos prohibido voluntariamente, por el convencimiento de su inutilidad. No hay elogio, por exagerado que sea, capaz de convertir en bueno un libro malo, ni evitar que su propia debilidad le haga caer en el olvido; ni impugnación injusta que destruya lo que tiene condición de permanencia. El crítico más hábil sólo consigue halagar ó mortificar el amor propio del autor.

°°°

Los niños hacen tanto ruido en el patio, que entra una vecina á poner orden: son tan pequeños, que les dice:

—Ó calláis, ó llamo al coco.

Pero los pequeños se echan todos á reir.

—¿No os asusta el coco? Pues llamo á una pareja de Orden público.

Nuevas risotadas de los niños.

—Pero, vecina—dice un maestro retirado—¿quiere usted asustar á los niños de ahora con el coco ó con la autoridad? Eso sucedía antiguamente.

—¿Pues qué se debe hacer con ellos?

—No hay otro medio para tapar esas boquitas que el soborno.

—¡Muera el capital!—gritaban los sublevados.

—Señores—dijo un rico—estáis dando un grito absurdo; el capital no existe.

—¿Pues no vives de tus rentas?

—Es verdad; pero ¿me rentaría el capital si le guardara? El capital se empleó hace muchos años, y sólo quedan ya los intereses, que unos cobran, otros pagan, y otros desean percibir.

Un avaro en un trance de muerte ofreció mantener una luz perpetua delante de una imagen: echaba suspirando las escurriduras de la alcuza en la moribunda lamparilla, que apenas dejaba ver los pies del santo.

—Hay más claridad que de costumbre—le dijo un día un compañero;—¿has echado más aceite en la lámpara?

—No, he puesto un gusano de luz en vez de lamparilla; Dios me le conserve.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Cuando Dios da, da para todos, cuadro de D. Federico Jiménez y Fernández.—*Reclutas disponibles*, cuadro de D. M. Peña.—*Dos buenos amigos*, cuadro de Mr. E. Dinet.

Nuestro grabado de la página primera de este número es una de las mejores obras del notable pintor D. Federico Jiménez. *Cuando Dios da, da para todos*, es una escena tan sencilla como verdadera, y está además muy bien observada é interpretada, habiendo dado en ella el Sr. Jiménez una nueva muestra de su maestría en este género de pintura.

Este cuadro figuró en la Exposición Internacional de Madrid de 1892, mereciendo muy buen concepto á los mejores críticos.

Reclutas disponibles es uno de los cuadros de la reciente Exposición del Círculo de Bellas Artes que más elogios han merecido. Nuestros lectores le encontrarán reproducido en el grabado de la pág. 45. No sólo está muy bien pintado, sino que por lo ingenioso del concepto que en él se expresa, cautiva la atención desde el primer momento.

Su autor, D. Maximino Peña, ha obtenido un triunfo que nos complacemos en consignar.

Dos buenos amigos es otra obra de asunto algún tanto semejante á *Cuando Dios da, da para todos*, pues así como en aquélla ha aprovechado el Sr. Jiménez la oportunidad de presentar hermosos tipos de palomas, gallinas, etc., en éste el pintor francés Sr. Dinet ha retratado admirablemente á un hermoso perro en actitud de sufrir, con esa cariñosa paciencia propia de los fuertes, las caricias de su amigo, el travieso niño que se reclina sobre sus robustas espaldas. Es también un bonito cuadro, en el que el perro es el personaje principal. (Véase el grabado de la pág. 49.)

°°°

D. JOSÉ ZORRILLA Y D. ANTONIO GRILO.

En la pág. 46 publicamos un artículo del Sr. Navarrete referente á estos insignes poetas.

El retrato del ilustre Zorrilla es el último que de él se hizo, y al darle hoy publicidad consagramos un recuerdo á su imperecedera memoria, conmemorando el primer aniversario de su fallecimiento.

°°°

TENERIFE (ISLAS CANARIAS).

El gran hotel Taoro en el valle de la Orotava.

La isla de Tenerife, célebre entre todas las Canarias por su famoso volcán, cuya hermosa cúspide (3.700 metros) es el punto más alto del territorio español, no lo es menos por el valle de la Orotava que á los pies de aquél se abre, y del que dijo Humboldt que era una de las mayores bellezas naturales que se podían ver en el mundo. Allí, en efecto, lo azul del cielo, lo variado y rico de la vegetación, las formas arrogantes del terreno, lo suave del clima y la intensidad de la luz forman tan hermoso concierto, que el ánimo queda suspenso y embelesado, á la par que el cuerpo siente una nueva vida.

A la Orotava acuden principalmente las personas de salud delicada del Centro y Norte de Europa, en demanda de nuevas fuerzas. Los más de estos enfermos (víctimas de la vida cruelísima á que obliga la civilización europea) son ingleses, para quienes sólo Tenerife y Las Palmas pueden competir con la hermosa y templada isla de la Madera, otra de sus residencias invernales favoritas.

La industria ha sabido aprovechar en beneficio propio las bellezas de la Orotava, levantando en uno de los sitios más agradables del delicioso valle un hotel magnífico, igual á los mejores de Europa. Denomínase *Gran hotel Taoro*, y ha sido construído recientemente según planos del arquitecto Sr. Toquet, primer premio de París y Roma, y por cuenta de una empresa particular.

Ocupa este espacioso edificio cerca de 6.000 metros cuadrados, incluyendo el jardín central. Tiene sótanos, planta baja y principal. Los torreones salientes de los ángulos son de tres pisos. El aspecto general es elegante y alegre, según se ve en nuestro grabado de la pág. 44. Pueden alojarse en el hotel Taoro con gran comodidad hasta doscientas personas; pero fueron tantas las que el año pasado (con ser el primero de la vida del establecimiento) se presentaron en demanda de hospedaje, que se piensa ya en construir un segundo edificio. Nuestro segundo grabado de la pág. 45 da perfecta idea de la belleza del panorama que se descubre desde los balcones de la fachada sur del hotel.

En este hotel se ha atendido preferentemente, después de satisfechas las exigencias de una vida cómoda y agradable, á la higiene. Sólo en esto se gastaron al construirle 25.000 duros.

Posee una carretera para su particular servicio, la que, partiendo de la provincial, llega hasta el hotel, le rodea y vuelve á unirse con aquélla á la entrada del Puerto de la Cruz, siempre sombreada por hermosos árboles, adornada de mil flores y refrescada por abundantes y cristalinas aguas.

Los datos y fotografías remitidas por el Sr. Benítez de Lugo nos permiten dar completa noticia á los lectores de este magnífico edificio.

°°°

LA NUEVA PUERTA MONUMENTAL DEL PARQUE DE MADRID.

Desde la época en que fué cedido el Buen Retiro al Ayuntamiento de Madrid para esparcimiento y recreo del vecindario, se han venido ejecutando diversas reformas y mejoras en dicho sitio. Después de la apertura del paseo de carruajes, llevada á cabo en 1873, la Municipalidad acordó el cerramiento de una gran parte de la posesión con verja de hierro, encontrándose ya terminado por las calles de Alfonso XII, Alcalá y O'Dónnell. Como complemento de dicha cerca, y á más de algunas puertas de servicio, se construyó una entrada principal, en 1885, por la plaza de la Independencia, utilizando varios elementos de la puerta que don Juan Villanueva levantó en el antiguo camino de la Reina y los grupos de Salvatierra que remataban la misma, y recientemente otra de ingreso al paseo de las Estatuas, que es la que representa nuestro grabado de la pág. 48, formada por basamentos, columnas, pilastras y romanatos de piedra de Colmenar de Oreja y de Tarancón, y grandes puertas de hierro, que armonizan con el resto de la verja. Ambas puertas han sido proyectadas y dirigidas por el arquitecto municipal Excmo. Sr. D. José Urioste y Velada, que hace más de veinte años viene prestando sus servicios al Ayuntamie to de Madrid, del que ha merecido diferentes recompensas y distinciones. El Sr. Urioste, que ha sido también arquitecto de los ministerios de Gobernación y de Ultramar, obtuvo el primer premio en el concurso de Necrópolis del Este, y en el mismo parque, y cuando ejercía el cargo de director de Fontanería, montó las fuentes de la Red de San Luis y de la Alcachofa, trasladándolas, respectivamente, de la calle de la Montera y puerta de Atocha, donde las exigencias del tránsito hacían ya imposible el que continuaran.

°°°

OPERACIONES MILITARES EN EL RIF.

Una visita á Benisicar.—El fuerte de Sidi Guariax.

Damos en nuestro primer grabado de la pág. 52 una vista del poblado de Benisicar y del campamento risueño allí establecido. Benisicar es centro principal de la kabila de este nombre, que es la que ocupa toda la península del cabo Tres Forcas. El terreno está muy lejos de ser árido ni falto de vegetación, antes al contrario, es fértil, viéndose junto á cada grupo de casas otro de árboles frutales y gran número de huertas que producen muchas y excelentes legumbres.

En el segundo grabado de la misma página vese el antes fuerte de Sidi Guariax, ahora fortín, en construcción.

La parte ya levantada de sus muros permite juzgar de las dimensiones y aspecto que tendrá después de terminado el que se llama, desde la última misa de campaña, fuerte (ó fortín) de la Concepción.

°°°

CHICAGO.

Pabellón de España en la Exposición Universal Colombina.
La Sección española en el Palacio de las Manufacturas.

Hubiéramos querido publicar antes de ahora algunas vistas de las instalaciones hechas por España en la Exposición Universal Colombina de Chicago, pero nuestro deseo tropezó con un obstáculo inesperado. La Sociedad fundadora y explotadora de la Exposición había vendido á un fotógrafo el privilegio de las reproducciones fotográficas en todas las dependencias de la misma, y no nos ha sido posible, por tanto, obtenerlas nosotros hasta ahora.

Pero no queríamos dejar de darles á conocer el notable edificio que con el nombre de Pabellón de España se construyó bajo la dirección del Sr. Guastavino, arquitecto valenciano residente en Nueva York. El pabellón reproduce la Lonja de Valencia, bella muestra del arte español en tiempo de Colón. (Véase nuestro grabado de la pág. 53.)

Nuestro segundo grabado de dicha página permitirá al lector formar exacta idea de lo que fué la Sección española en el Palacio de las Manufacturas. Sirvió de modelo, por cierto muy bien reproducido, la mezquita de Córdoba, en cuya elección hubo gran acierto, no sólo por la belleza y novedad del tema arquitectónico, sino también por ser el que mejor se acomodaba á las malas condiciones del local.

°°°

EL OASIS DE AIN-SEFRA.

Si nuestros lectores recuerdan lo que en el primer número del corriente año dijimos de los ferrocarriles estratégicos argelinos dirigidos á la frontera marroquí, comprenderán las razones que tenemos para publicar una vista del oasis de Ain-Sefra (pág. 56), término de la principal de ellas y punto avanzado de los franceses para la conquista del Figuig.

A la amabilidad del Sr. Dupuy de Lome, delegado de España en la Exposición, debemos estas noticias y los grabados que las acompañan, que seguramente verán con gusto nuestros lectores.

Ain-Sefra es voz árabe, que en nuestra lengua quiere decir *Fuente Amarilla*, y viene de un arroyo que allí nace y que poco más abajo muere en el Uad-Namus, afluente del Uad-Guir, uno de los principales ríos que del Atlas de Marruecos bajan al Desierto. Con esta noticia hidrográfica hemos dado la razón de la importancia política y militar de Ain-Sefra. Una de las líneas de invasión que Francia tiene preparadas en Marruecos, es la que, partiendo de este oasis, entra en el imperio por el Namus y el Guir, para bajar al Uad-Susfara y al Tuat, pasando por el importante poblado de Igli. Mucho han trabajado los agentes franceses por ganar la voluntad de las tribus saharianas, incluso algunas de las de Tafilete; y para oponerse á esos trabajos fué Muley Hasán á aquella parte de sus estados. Ni de propósito podía haber ocurrido suceso más contrario á nuestra política y favorable á la francesa que la desdichada construcción del fuerte de Sidi Guariax, la cual ha obligado al Sultán á volver de Tafilete antes de tiempo.

En Ain-Sefra vivían hace pocos años algunas familias moras. Hoy, según dijimos, tiene fuerte guarnición, y ésta puede ser aumentada, hasta formar un pequeño cuerpo de ejército, en pocas horas.

G. REPARAZ.

LOS TEATROS.

En el Español: Fiesta literaria en honor de Núñez de Arce y estreno del drama *Día de prueba*.—Nuevas piezas cómicas y cómico-líricas.—Reapertura del Teatro Moderno con una compañía francesa de opereta cómica.—*La Marquesita* en el teatro de la Princesa.



LEÍDAS ya las frases elocuentísimas con que mi ilustrado compañero Fernández Bremón y el insigne crítico don Federico Balart—en nombre de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA—se han hecho eco duradero de las manifestaciones de entusiasmo dedicadas al ilustre poeta Núñez de Arce, á mí sólo me toca unir mi humilde aplauso al de los innumerables admiradores del gran poeta del *Idilio*, y mi voto ferviente á los que hacen los amantes de las letras españolas por la salud del que es legítima gloria nuestra, como continuador de las de tantos inmortales ingenios.

Después de aquella fiesta artístico-literaria, en que los directores-empresarios del teatro Español, un tanto apremiados en su tarea, hicieron cuanto pudieron para honrar al ilustre autor de *El Haz de leña*, ha venido el estreno de un drama en tres actos y en verso, titulado *Día de prueba*, original de los distinguidos escritores D. Vicente Colorado y D. Francisco Villegas, nuevo este último en las difíciles y temerosas campañas del teatro.

El *Día de prueba* es el 2 de Mayo de 1808, y á los memorables sucesos de aquella sangrienta jornada han intentado ligar los autores de la obra una serie de escenas íntimas que hubieran despertado el interés del espectador si, gradual y hábilmente, con los recursos del que domina el terreno del arte, hubieran ido ofreciendo un verdadero conflicto personal de las principales figuras del drama, con relación al conflicto nacional y á los generosos arranques de nuestra lucha por la independencia.

Pero el conflicto que se inicia con la suspensión de la boda de María en el final del primer acto no tiene después el natural y necesario desarrollo, y los personajes á quienes afecta—novio, padre y amante desesperado—se ocupan, más que en otra cosa, en llevar la atención del público á los sucesos que ocurren en las calles de Madrid, que aquí ya se sabe todo el mundo de memoria.

Poco asunto es para engendrar fuerza de interés dramático aquel amor de Andrés y María que respira poéticamente una vez en el hermoso monólogo de ella en el segundo acto, y tiene un desahogo verdaderamente generoso é interesante—aunque harto diluído en palabras—en el final del drama, con el arranque de abnegación de Andrés, que va á sacrificar su vida por salvar la del padre de su adorada.

Pero, entre esos dos puntos luminosos—ofrecidos por la inspiración de los poetas—hay un inmenso vacío que, para el interés teatral necesario, no pueden llenar brillantes descripciones ni momentos episódicos como aquel largo y callado luchar de Curro agonizante, que al fin sólo afecta á la parte histórica—externa, por decirlo así—nunca principal para el espectador, que allí pide el interés á la lucha de los afectos íntimos de los personajes.

Curro es un personaje secundario, atento exclusivamente al drama exterior, y él solo, en su personal supremo momento, tiene más fuerza de vida teatral que todos los personajes principales juntos, olvidados por el espectador hasta el punto de que, cuando la acción, casi nula, quiere surgir y atropellarse en el final de la obra, nadie se acuerda de preguntar qué ha sido de aquel pobre muchacho, novio *oficial* de María, al que los autores dejan abandonado y desvanecido en el fondo del cuadro como una sombra inútil.

El drama, pues, flaquea en lo que es esencial, alma de toda obra de ese género, que reclama más al artista que al poeta, cuya inspiración, por sí sola, sin estar al servicio del arte teatral, nunca despertará el interés verdadero de los espectadores, aunque aquí y allá los fascine y seduzca con sus vuelos arrogantes, como ha sucedido en el *Día de prueba*.

Porque en la vestidura de su obra los Sres. Villegas y Colorado han lucido como verdaderos poetas, cuyas facultades se ve que se han desarrollado con el estudio y la veneración de los grandes modelos clásicos y con el respeto á nuestras más puras tradiciones literarias. El público ilustrado, que *todavía* responde á las voces que le llaman al antiguo Corral del Príncipe, agradece mucho esos primorosos arranques del poeta, y á ellos, exclusivamente á ellos, deben los autores de *Día de prueba* los ruidosos aplausos que oyeron en la noche del estreno, á los que sinceramente uno aquí el mío.

De la ejecución hay que aplaudir muy poco. A los poetas, más que á la actriz, se debió el efecto que produjeron las décimas hermosas del monólogo de María á que antes me he referido.

Injusto sería olvidar aquí á Salvador Soler, artista modesto, desconocido antes por nuestro público, y el cual, en su papel de Curro, en el difícil y comprometidísimo final del segundo acto, se colocó á la altura de un verdadero primer actor, pues sólo con autoridad muy sancionada por el aplauso se puede arrostrar aquella peligrosa y prolongada situación sin palabras, en que todo hay que fiarlo al gesto y á las actitudes del moribundo personaje. Para el público y para mí fué el héroe escénico de la noche.

El Sr. Bueno, actor estudioso y con la voluntad más decidida y resuelta en pro del arte, tiene sin embargo el vicioso prurito de imitar—como González y Antonio Perrín—los feos *desplantes* de aquellos á quienes sólo en lo hermoso y artístico ha debido tener por modelos. Jamás dará verdadero crédito de artista ese afán de buscar el ruidoso cuanto inconsciente aplauso de las galerías con vanos fuegos de artificio en la declamación, inaguantables *carretillas* de la palabra, que desfiguran y hasta destruyen los más hermosos conceptos del poeta.

Y nada más hay que decir, porque el Sr. Mata, en su borrosa figura de D. Fernando, poco ó nada tenía que hacer en el *Día de prueba*.

°°°

Tracemos á la ligera la historia de los estrenos de piezas cómicas y cómico-líricas, que no podían faltar durante la quincena, sobre todo en los teatros de funciones *por horas*, cuyo plantel de autores crece con la aparición de nuevos ingenios, que así vengan á mejorar la vida de la musa cómica más que á competir con los convictos y confesos *industriales* del teatro.

Figura hace cuatro días en el cartel del teatro Español *Quien más mira.....*, proverbio cómico en que, el que más mire, verá por lo menos un asunto tan traído y llevado ya en la escena, que sólo podría ser tolerable con rasgos nuevos de ingenio, y



D. JOSÉ ZORRILLA Y D. ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO.

(De fotografía del Excmo. Sr. Marqués de Villafuerte.)

TENERIFE (ISLAS CANARIAS).—EL GRAN HOTEL TAORO, EN EL VALLE DE LA OROTAVA.



RECLUTAS DISPONIBLES.
CUADRO DE D. MAXIMINO PEÑA.
(EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.)

TENERIFE (ISLAS CANARIAS). — EL FAMOSO VALLE DE LA OROTAVA, VISTO DESDE EL HOTEL TAORO.

detalles cómicos en la acción y en los tipos, que hiciesen olvidar algo de lo mucho que hemos visto hacer á la Valverde como suegra, ó como amiga ociosa y oficiosa para infernar matrimonios en el escenario. En *Quien más mira.....* la suegra se ha vuelto suegro, y éste, que es un tonto de capirote, representado por Pepe Rubio, se pasa tres cuartos de hora diciendo calumnias y haciendo tonterías en daño del crédito de su yerno y de la tranquilidad de su pobre hija.

Ciertos son los toros, juguete cómico estrenado en el teatro Lara, no ha venido á aumentar el crédito de su autor, D. Joaquín Abati, cuyas buenas condiciones para el género brillaron más en sus primeros ensayos. Algo penoso resulta aceptar la falsa base de aquel *quid pro quo*, por el cual el fervoroso organizador de una fiesta religiosa tiene que andar—antes de darse cuenta de ello—en tratos con *maletas* de la tauromaquia, que se le ofrecen para la fiesta taurina.

Al amparo de esas poco ingeniosas falsedades—tan repetidas en el moderno repertorio de juguetillos al menudeo—*los toros*, que al fin *no son ciertos*, dan un juego de equívocos de mil demonios, en que la autoridad eclesiástica queda *embotellada* por gracia de un tabernero de referencia, de apodo *el Obispo*. Tampoco tienen nada de nuevo los tipos de los *maletas*, chulos, al fin, de lo más burdo y grosero que hemos visto en el escenario, y cuya gracia, ya *pasadita*, sólo resultó en *el Rosca*, por la gracia discretísima con que el competidor de *el Zapatilla* y de *el Tifus* fué representado por Ruiz Arana, frente á las desvaídas figuras que les tocaron en suerte á Rossell y la Valverde.

Dos estrenos registro en mis apuntes en el teatro de Eslava: pero después de estrenadas es cuando yo he podido enterarme de lo que significan en el género cómico-lírico las dos obras, de bien distinta índole, correspondiendo el verdadero triunfo á dos libretistas neófitos y á un músico, principiante en el terreno dramático, aunque ya celebradísimo por su composición primera.

Parecen ya cosa obligada los dobles y triples títulos en los sainetes, y, después de tantos otros, tenemos *Boda, tragedia y guateque, ó el difunto de Chuchita.* Con toda esa titular riqueza, dista mucho el sainete de ser digno hermano de los que á Javier Burgos han dado justísima fama de hábil y gracioso sainetero. En costumbres y tipos de Cuba ha ido á buscar su pobrísimo asunto nuestro cómico poeta, y el libro, falto de interés y sin la gracia característica del autor, ha venido á tener por defensores para el éxito al músico Marqués, más hábil que inspirado y original en esta ocasión, y á la Srta. Arana y al Sr. Ripoll, que encantan al público cantando aquel dúo delicioso que tiene todo el aire y la gracia guayabesca del *punto cubano*.

El Traje misterioso ha obtenido, con justicia, el aplauso unánime del público y de la prensa, y aunque los noveles y jóvenes autores del libro le califican modestamente de *bufonada*, pueden estar seguros de que, del conocido cuento que les ha servido de base, han hecho una obra escénica de más sana intención y más puramente literaria que tantas otras de esas de que están satisfechos, y hasta orgullosos, autores ya encanecidos en el arte—más ó menos legítimo—de trazar travesuras cómicas. *El Traje misterioso*, que tantos peligros ofrece para una fatal caída, está teatralmente zurcido y pespunteado, de modo que, más que de noveles poetas, parece obra de autores de reputación conquistada en difíciles pruebas.

Castilla se rejuvenece, recordando sus antiguas campañas escénicas con Arderíus, en ese papel de rey Gedeón, de alguna más importancia en el arte que el *Rey Midas* y aquel otro rey Pipino de *Barba Azul*, obra ésta de las más intencionadas del antiguo bufo repertorio que tuvo dominación tan larga y provechosa en España.

Al libro de los jóvenes Lorente y Curros ha servido con habilidad el nuevo maestro Sr. Saco del Valle, ya muy aplaudido por su *Indiana*, y que ahora ha probado—aunque alguna vez con reminiscencias—que sabe sentir é interpretar, como las situaciones serias, las situaciones más extremadamente cómicas.

La simpática Lucrecia Arana en el paje Merlín, y la señorita Mariscal en la hija del rey Gedeón, contribuirán en primer término, con Castilla, á que *El Traje misterioso* sea de moda, de muy larga duración en el teatro de Eslava, bien necesitado de obras así, que aprovechan sin menoscabo, antes bien con aumento de la honra de poetas y artistas.

***

Cerrado el precioso teatro Moderno después de la breve campaña de la compañía dramática de Emmanuel y la Reiter, nadie podía esperar su reapertura en días tan difíciles y funestos para los teatros, que, en general, están arrastrando en Madrid una vida lánguida y penosísima, aun aquellos que cuentan para defensa con un regular abono.

Pero todavía resulta más sorprendente que la reapertura se verifique con la presentación de una compañía de opereta cómica francesa, inferior en muchos grados á la que, en el teatro de la Comedia, no había podido *dar gusto á los señores*.

Aquí hemos visto muchas compañías extranjeras de opereta, así francesas como italianas, algunas muy notables, y, entre éstas, aquella que siempre recordamos con gusto, en que figuraban la Rosselli y Bianchi con aquellos dos excelentes caricatos cuyos nombres no recuerdo ahora. Y precisamente en el teatro Moderno, entonces de la Alhambra y muy destartalado y nada cómodo para el espectador, es donde el tenor Bianchi y la tiple Rosselli, con sus dignos compañeros y un coro de señoras de primera, por muchos conceptos, hicieron una campaña brillantísima, dándonos á conocer con arte y gracia lo mejorcito del repertorio.

Pues bien: yo no sé quién habrá engañado en Portugal al director de esta compañía francesa que ahora se nos presenta en el teatro Moderno con todos los aires de quien ignora que aquí hemos oído á la Granier y á la Judic, y que, cuando esta última ha llegado alguna vez á necesitar la benevolencia del público, mal pueden ser sucesoras suyas tiples de tercer orden, que no aventajan á las modestísimas que se improvisan en nuestros teatros *por horas*.

La Reine por primera tiple, el mediano barítono Martel, el menos que mediano tenor cómico Laporte, es lo más notable que en *La Hija del tambor mayor* se nos ha presentado, con un coro de ambos sexos muy reducido, pero que no pasaría ni á la vista ni por el oído en el último teatro de la última provincia francesa.

Aquí sí ha *pasado*: tan mal como el *desfile* ridículo anunciado con tal aparato en los carteles, creyendo sin duda que aquí no habíamos visto jamás desfilar tropas por un escenario, y cuando hemos disfrutado de un Cereceda que se pinta sólo para eso de presentar en ejercicio, y al son de cornetas, soldados bien instruiditos y de preciosas formas.

No puedo esperar que, en obras mejores que *La Hija del tambor mayor*—hija poco digna del papá Offembach—haga la compañía francesa milagros que obliguen á rectificar el juicio desfavorable, tan unánime y justo en el público y en la prensa.

***

Pocas, muy pocas palabras merece *La Marquesita*, obra estrenada anoche en el teatro de la Princesa por la compañía de María Tubau.

La comedia de Meilhac y Halevy es una mezcla extraña é insoportable de inmoralidad y de tontería, en la que compiten como majaderos el marido y el amante de una señora que empieza abriendo un camino ancho y alegre á sus caprichos criminales, y concluye poniendo en serio cátedra de moral convencionalísima y risible cuando tropieza con el desencanto en sus inverosímiles aventuras.

Trabajo excusado el del traductor, y estéril tarea la de María Tubau, Pepe Vallés y Ricardo Guerra, que hicieron generosos esfuerzos para alcanzar al fin el resultado deplorable que debió haber previsto con juicio sereno la dirección del teatro.

Créame el amigo Palencia: basta de traducciones, y vayamos derechitos y de prisa á su *Nieves*, que ahora, según los carteles, va de veras, y muy bien según opiniones autorizadas, cuya confirmación por la suprema del público celebraré con toda mi alma, después de haber lamentado el largo silencio del autor de *El Guardián de la casa*.

EDUARDO BUSTILLO.

20 de Enero de 1894.

ZORRILLA Y GRILO.

PARA compañero del grabado que publica LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, reproducción de la fotografía que del autor inmortal de *A buen juez mejor testigo* y del gran poeta cordobés, unidos en cariñoso abrazo, hizo el Marqués de Villafuerte, me pidió mi compadre Antonio Grilo, por indicación de D. José de Carvajal, el presente artículo.

Puse una condición para escribirlo: que me ayudara el insigne jurisconsulto, filósofo, literato y orador malagueño, de quien soy cariñoso amigo y admirador entusiasta, en la parte más espinosa del asunto: la comparación de un poeta con otro, enviándome con tal fin en breves cuartillas su luminoso consejo.

Las razones, para mí tan lisonjeras, en que Carvajal se fundó al designarme para realizar este trabajo, y las flores de que me colma en el preámbulo de los párrafos que van á continuación, omítolas, no por modestia, pues carezco de tal virtud, sino porque de veras no son merecidas.

Estoy muy de acuerdo con cuanto dicen esos párrafos, tan bien pensados, tan bien sentidos y tan galanos como cuanto brota de los labios ó traza la pluma de D. José de Carvajal. Helos aquí:

«Es punto muy sutil y vidrioso este de comparar dos poetas contemporáneos, uno muerto y otro vivo, por fortuna, que así como se presentan en la estampa, provocando un paralelo, así se presentan en la imaginación, como pidiendo una crítica comparativa. Esto no se puede hacer en un artículo que tiene que ceñirse á generalidades de concepto y á toques de impresión. Tampoco aquella crítica sería hoy prudente é imparcial, porque estamos todavía demasiado cerca de Zorrilla y del brazo de Grilo. No podemos, en conciencia, y con esperanza de acierto, decir qué sitio ocupará cada uno en la historia y evolución de la literatura española. Por consiguiente, yo huiría de la crítica comparativa, y haría el artículo muy subjetivo, vertiendo impresiones. Como punto de partida, me parece muy bueno la dedicatoria que recuerdo puso Zorrilla al pie de los retratos. Se llama abuelo de Grilo. Estaba D. José muy equivocado. Grilo es de distinta cepa que Zorrilla, y no tienen entre sí más afinidades que las que siempre unen á los poetas de una misma historia literaria nacional y á los de la vida contemporánea.

»Zorrilla es la más alta personificación de la escuela romántica, genuinamente española, que enlaza nuestro siglo con el siglo XVII, donde el romanticismo se mostró en la poesía lírica vagamente, pero se explayó en la literatura dramática. Esta tradición y el ajuste de Zorrilla con el gusto de su época, le hacen más simpático, como dramaturgo, al elemento popular, que es quien sanciona los genios, que como poeta lírico. El *Tenorio* y *El Zapatero y el Rey* se los sabe todo el mundo; pero los poemas líricos, aun los más preciados, no los saborean sino las gentes cultas. Todos nuestros románticos de nota han sido dramaturgos. Por no serlo, va desapareciendo Espronceda, á pesar de hallarse tan cercano. Claro es que no hablo del romanticismo español, en oposición con el clasicismo. Eso fuera una antigualla y siempre una sandez.

»Pero, volviendo á Zorrilla, repito que es un romántico, quizás el último de su era, hablando siempre de la era española, del tono nacional que desde su origen tomó el romanticismo español; espíritu complejo que abraza lo subjetivo y lo objetivo, la canción y el drama.

»Tiene razón Navarrete cuando dice (1) que Grilo no puede ser un poeta dramático; por eso no lo ha intentado, y cuando alguna vez, seducido por los triunfos ajenos, ha soñado algo de esto, no ha faltado quien, habiendo analizado su genio, se lo haya quitado de la cabeza. Estas distinciones de los géneros no son absolutas, y en toda composición dramática hay un elemento de lirismo, y en toda poesía lírica hay algo de drama. En los poemas de Grilo entra todo el elemento dramático de que son susceptibles, y las ideas se apasionan y dramatizan como si fuesen personajes. Aun las cosas inanimadas hablan entre sí, y se hablan con el poeta que las pone en movimiento, y se hablan con el lector que recibe las impresiones. Esta es una nota distintiva de la forma poética: que en cuanto al fondo, su carácter es lo tierno, lo delicado, lo espontáneo.

»A veces el genio le lleva á describir asuntos grandiosos, como, por ejemplo, la *Oda al mar*, que es la que sospecho que prefiere entre todas las suyas. Pues lo más bello de esta composición es lo más tierno, y resulta de la facultad poética de convertir en dulce y sentimental lo grande y lo rudo. Nadie poetizará *El Invierno* como Grilo, ni habrá quien supere su *Chimenea campesina*, ni dará su propio tono á lo humilde y á lo escondido, como cuando produjo de un solo aliento *Las Ermitas*, en las primeras vibraciones de su fibra poética.

»Grilo no ha aprendido á cantar. Ha nacido cantando y sabiendo cantar. No lleva, como los demás poetas, la lira en la mano, sino que la tiene dentro.»

***

Inmensa gratitud al amigo Carvajal por haber accedido á mi súplica. Seguiré puntualmente su consejo, y libre de la crítica comparativa, osaré

(1) Al responder á la invitación del autor de *Las Ermitas de Córdoba*.

decir algo de ambos maestros, *muy subjetivo, vertiendo impresiones* y tomando como punto de partida la dedicatoria que Zorrilla puso al pie de la fotografía, llamando *su nieto* á Grilo.

No carece de razón, dentro de los dominios del arte, desde el punto de vista del tiempo, esa dedicatoria. Las obras de Zorrilla representan, en la literatura española, el arte de antaño: las de Grilo pertenecen al arte moderno.

Canta Zorrilla, en sus poesías, los ideales, los sentimientos y las empresas del mundo viejo: los misterios y las intrigas del claustro, del palacio, del callejón torcido; los milagros, las almas en pena, las estocadas á la luz mortecina del farol que cuelga delante de una Dolorosa; los escándalos del tradicional Don Juan; las aventuras del rey galante y justiciero, y los tesoros artísticos de Sevilla, Córdoba y Granada, en variadas y hechiceras rimas, inspiradas tal vez por alguna favorita del gran Abderramán, que todavía pone, desde la morada del Profeta, su más dulce mirar en las ricas filigranas y los preciosos alicatados de la fantástica ornamentación de aquellos alcázares.

Las obras de Zorrilla, las Vírgenes de Murillo, los encajes de San Juan de los Reyes, el Alcázar de Segovia, el Monasterio apostrofado por Quintana, la catedral de Burgos, las comedias de Lope, Calderón y Tirso, todas esas y tantas otras maravillas, de las cuales debemos hablar, no con la cabeza descubierta y la frente inclinada, sino rodilla en tierra, van pasando para no volver más, sin encontrarse siquiera quien restaure lo que amenaza ruina. Todo eso es de otro tiempo, y pasará, como el tiempo, á la historia y al olvido, tal cual pasó el templo de Minerva, cuyas estatuas descubriera en el mármol el cincel de Fidias, y como quedan sólo reliquias, en Roma, de anfiteatros, termas, urnas, estatuas, arcos, lápidas y joyas, y como hasta la pintura dejará de ser el día feliz en que la cámara obscura reproduzca los colores.

No existe hoy artista que talle una Soledad, ni un Cirineo, ni pinte un Crucificado, ni escriba una leyenda de capa y espada; y no es porque falten artistas que pinten, esculpan y escriban mejor que Montañés, la Roldana, Zurbarán y Tirso, sino porque la Belleza es ya compañera inseparable de la Ciencia; porque se acabó el absurdo *del arte por el arte;* porque hoy es el arte taller de precisión de la cátedra, en el cual se fabrican los primeros modelos de la verdad descubierta, para que, por el sentimiento, llegue al corazón lo que penetró en la inteligencia por el conocimiento. La luz científica, el arte y el trabajo cunden y lo invaden todo en las sociedades, en los albores del siglo XX. El libre pensamiento borra las huellas del pasado y entramos en la era que anuncia, en el Evangelio, el divino pasaje de la Samaritana, y deja vislumbrar, en el campo artístico, el manco de Lepanto, en sus *Novelas Ejemplares.*

El distintivo del arte, á fines del siglo XIX, es el realismo, es el naturalismo: y al acercarse á la realidad, al acercarse á la Naturaleza, tiende á descentralizarse, á dejar sentir en todas partes su bienhechora influencia.

El arte del día no acumula cuadros y esculturas de grandes maestros y prodigios arquitectónicos en templos, museos, palacios y monumentos, sino que rebosa de sus antiguos moldes é inunda la vida moderna. La belleza toma las alas de la luz, y lo invade todo: el hogar, la calle, la plaza, el jardín público, el ornato de las habitaciones, el ornato de los pueblos....., hasta la fabricación de los productos de la industria: colgaduras, espejos, camas, alfombras, todo. Se quiere la universalización, la vulgarización de la belleza; y con tal fin ha publicado, poco ha, una obra, nunca bien alabada, *El arte industrial en España*, un ilustre ingeniero bilbaíno, el Sr. D. Pablo de Alzola.

La manifestación más perfecta del arte moderno, del arte trascendental, ha sido, es y eternamente será el teatro; y en ese concepto poseemos en España joyas valiosísimas, frutos de los talentos de aquellos insignes autores que se llamaron Ventura de la Vega y Adelardo López de Ayala, y de los no menos distinguidos que se llaman Tamayo (Manuel), Sellés (Eugenio) y Enrique Gaspar: *El Hombre de mundo, El Tejado de vidrio, La Bola de nieve, El Nudo gordiano, Huelga de hijos.*

Grilo está dentro del arte moderno, realista y naturalista. Es todo lo realista y todo lo naturalista que puede ser un poeta lírico.

No es fácil imaginar bellezas: pero es más difícil saber encontrarlas en la vida diaria. Tal es la obra del genio: descubrir, en el conjunto y en los pormenores, las fases artísticas, los puntos de vista bellos de la realidad en las personas, en las cosas, en las combinaciones de las unas con las otras: y alzar, sobre la base del presente, los ideales del porvenir.

Colma el talento de Grilo la primera de dichas dos partes, no ya sólo como poeta, sino en su conversación, amena cual ninguna. De ahí la hermosura de sus composiciones *El Patio de Córdoba, El Soldado español, El Héroe anónimo, Desde el cielo, El Telégrafo, La Locomotora, El Invierno, Las Nochebuenas, A mi hijo muerto, La Chimenea campesina, La Rosa de tu ventana, La Verbena*, y un ciento más.

En las obras poéticas, como en todas las literarias, las generalidades cansan, y lo que recrea el ánimo del lector es el pormenor concreto. La música de la palabra fatiga, en prosa como en verso, y al cabo resulta insoportable, por eximios que sean los cantores. Las abstracciones filosóficas que nada definen, como las glosas de la historia, son capaces de aburrir á un santo. No hay belleza fuera de la verdad, fuera de la realidad, fuera de la madre Naturaleza. Zorrilla vale más cuando dice, v. gr., en *El capitán Montoya:*

En esto, la calle arriba
Llegó un mozo, á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
El que excusando palabras,
Y revelándose en obras,
Echó la capa por tierra
Y por alto la tizona,

que cuando ensarta ramilletes de flores, en metros distintos, para ponderar las bellezas de una odalisca.

Si la oratoria no sigue los nuevos rumbos del arte, tan bien trazados por Alejandro Dumas (hijo) en su admirable discurso-contestación al que Leconte de Lisle leyó á su ingreso en la Academia Francesa, para ocupar el sillón que dejara vacante Víctor Hugo: si la oratoria no se hace realista, son indudables su descrédito y su ruina. Estamos ahitos de tropos y de metáforas: estamos hartos de oir echar conceptos floridos por la boca horas y horas, días y días, años y años, sin decir nada.

Grilo no es capaz de urdir la trama de una leyenda, ni el argumento de un drama. No tiene paciencia para ello. Lo canta todo por impresiones, y lo deja tal como sale, sin corregirlo nunca. No tiene ni noticia del consejo de Boileau:

Polissez-le sans cesse et le repolissez.

Versifica lo que le dicta el corazón, sobre lo que ven sus ojos ó su alma, en la realidad visible, ó en la realidad invisible, *sustanciales* una y otra; y ve, como nadie, los aspectos tiernos y delicados de la vida.

Criticar á Grilo por los defectos gramaticales de sus obras me parece tan necio como regalarse con un concierto melodioso de trinos y de gorjeos, y exclamar después:

—Muy bonito, sí: pero al ruiseñor se le sale una pluma del ala derecha.

José Navarrete.

SICILIA, ITALIA Y FRANCIA.

Fijo como estaba mi espíritu, al unísono del de España, en Africa, no creo que los lectores de La Ilustración Española y Americana podrán quejarse de que abuso de su probada benevolencia, pues hace ya medio año que no tengo el placer de conversar con ellos desde la Ciudad Eterna. Pasé en silencio la inauguración del Panteón-Torre de San Martino en los campos célebres de Solferino, donde, unidos Francia y el Piamonte, combatieron por la independencia itálica, y en los cuales hoy se alza la nueva Valhada del pueblo italiano, destinada á conmemorar su renacimiento como nación. Pasaron, y formando el más triste contraste con aquella solemnidad patriótica, donde se vieron enlazadas las banderas francesa é itálica, sin que dejase de asistir á la conmemoración religiosa un representante de Austria-Hungría, pues un alto sentimiento de piedad ha colocado á los valientes soldados austriacos al lado de los cuerpos inanimados de los hijos de Francia y de Italia, las otras hecatombes, ciertamente menos gloriosas, abiertas en las salinas de Aguas Muertas, ensanchando con el asalto al palacio Farnesio en Roma y el incalificable *veredicto* de los jurados de Angulema, los abismos que separan, más que los Alpes, á las dos naciones que combatieron unidas en los campos de Lombardía. Vinieron después en el curso del otoño las nuevas peregrinaciones con ocasión del jubileo episcopal de León XIII, sucediéndose los romeros del Véneto á los que traían sobre el pecho la antigua Cruz Lombarda, repitiéndose bajo las bóvedas de la Basílica de San Pedro los homenajes de la Cristiandad italiana y universal á ese anciano de casi noventa años, que oficiaba el Santo Sacrificio de la misa ante los católicos postrados á sus plantas, y recibiendo con estruendosas aclamaciones la bendición apostólica. Espectáculo que se reproducirá todavía varias veces hasta el 20 de Febrero de 1894, cuando las bodas de oro de León XIII, sucediendo á su jubileo sacerdotal y al reciente cuadragésimo aniversario de su elevación á la púrpura cardenalicia, tengan término en la Ciudad Eterna. Lo cual no cerrará definitivamente el período de las romerías ni de los grandes aniversarios religiosos, puesto que Su Santidad, con la benevolencia especial que le merece España, ha permitido que la peregrinación española, de la que constituirán parte miles de nuestros obreros, venga en Abril, coincidiendo con el sexto centenario de la aparición de la casa de Nuestra Señora de Loreto en los mares de Ancona; con las fiestas que á otro centenario consagrará la Italia artística al inmortal Palestrina, y adelantándose á la inauguración de la basílica de San Joaquín, donativo del universo católico á León XIII; en cuyos altares se verán santas imágenes caras á España, Portugal y Austria-Hungría, debidas á la piedad de sus emperatrices y reinas, y donde la cúpula representando un ostensorio mantenido por leones angélicos, imitará la bóveda dorada de los Inválidos de París, y evocará la memoria de esa mole Adriana inmediata á los Prados, donde se eleva el templo de la adoración universal y perpetua, y del no lejano Panteón de Agripa, que también tuvo un día su coronación cubierta de los dorados bronces que forman hoy en parte las columnas del altar de San Pedro.

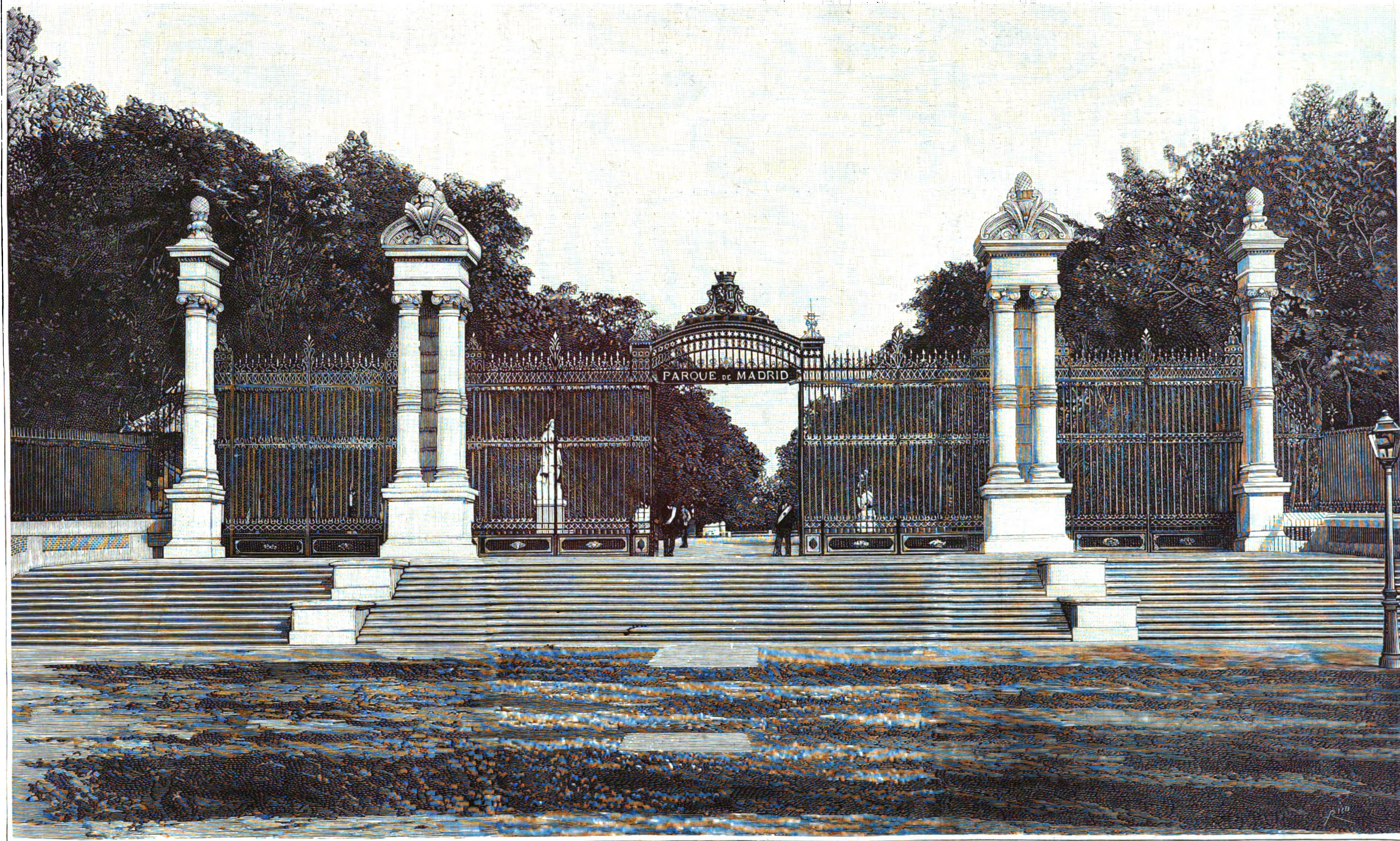
Antes de pasar el otoño, también presenciaron los mares de la Sicilia y las costas de la Liguria los obsequios que las flotas itálicas, al mando del príncipe Duque de Génova, tributaron á la escuadra de la Gran Bretaña, como si quisieran ser débil eco opuesto á las grandiosas manifestaciones franco-rusas de Tolón, Marsella, Lyón y París; acaso el más significativo acontecimiento del agitado año de 1893.

¿Quién hubiera vaticinado en los meses de Septiembre y de Octubre á la Sicilia que, transcurridas pocas semanas, en ella se concentrarían todas las preocupaciones del reino itálico, hasta el extremo de hacer temer una gran revolución social, como la de los *Aldeanos* en pasados siglos, del otro lado del Rhin, y de que pueda discutirse la idea, á mis ojos insubsistente, de que la isla siciliana, que lo mismo en 1848 que en 1860 inició la gran era de la unidad y grandeza de Italia, pudiera ser, más aún que la Roma pontificia, la causa de una segregación del reino ó del advenimiento de la República itálica? Y, sin embargo, los síntomas de esta perturbación social, más grave por los caracteres que reviste, aunque no por la maldad de los propósitos, que la antigua *Mafia* siciliana, pudieron adivinarse por los espíritus pensadores, con sólo estudiar profundamente las condiciones de la propiedad, de la industria y de la sociedad en Sicilia.

⁂

Desde los tiempos más remotos la Sicilia ha representado importantísimo papel en Europa y en Africa. Por la dominación de la tierra que civilizaron los fenicios combatieron Roma y Cartago. Normandos y aragoneses llevaron á ella sus célebres dinastías, y en nuestros tiempos, la empresa de Garibaldi en Marsala llegó á revestir caracteres legendarios, como en tremenda leyenda han pasado igualmente á la posteridad las vísperas sicilianas de Palermo. Parecía que, postrada tras tantas agitaciones, y satisfechos los votos de sus patriotas con constituir parte de una Italia potencia de primer orden, iba á reposarse en sus laureles orgullosa con la perspectiva de que antes de ese eterno túnel que nunca viene á enlazar la Francia con Inglaterra, otro pasaje más fácil uniese por el estrecho de Messina las tierras sicilianas á las de Nápoles y del continente itálico.

Sólo la sorpresa de la ocupación de Túnez por la Francia vino á inquietar un tanto la Sicilia, desde cuyas costas, en ciertos días, se columbran como las sombras de la antigua Cartago. Más tarde, el rompimiento comercial con Francia abrió una herida en la vinicultura siciliana, más profunda é incurable que la causada en los viñedos de España. Y, por último, un nuevo sistema de máquinas, con que otras naciones de América y Europa explotan los azufres, muy superior al trabajo informe que el obrero siciliano, con grandes sufrimientos, ejecuta en las minas sulfúreas, agravó, con el recargo de los impuestos de consumo, el profundo malestar social de una isla rica en los pasados tiempos. Bastaría, para dar una idea de los gravámenes que pesan sobre las clases populares de Sicilia, decir que, mientras el Piamonte industriosísimo, y en las fronteras de la Francia y de la Germania, la Lombardía, por su cultura el jardín de Italia, y Venecia, que, si no es ya la poderosa Reina del Adriático, todavía mantiene cultivo y comercio florecientes en el Véneto, con masas de poblaciones que en cada región cuentan tres millones de moradores en cifra redonda, sin que ninguna de ellas llegue á los cuatro millones, pagan desde doce á siete millones de liras por derechos de consumos, Sicilia, con una densidad de población igual, llega á satisfacer más de veintidós millones de liras. A lo cual hay que añadir que, sin ser verdaderamente ventajoso y próspero el antiguo régimen social y económico de la isla monárquica, los pueblos encontraban en aquella organización antigua de la sociedad alivio á las penalidades. La grande aristocracia, poseedora de la tierra, como pagaba menos de la mitad de los impuestos que la unidad itálica ha traído á Palermo como á Nápoles, á Roma como á Florencia, si bien tenía siempre el mal hábito de no hallarse en contacto con sus colonos, explicación satisfactoria de la influencia social del patriciado inglés y de la mejor cultura de la Escocia y del Ducado de Galles, se mostraba más deferente que en Irlanda á las necesidades populares. Mientras que los numerosos y ricos monasterios y catedrales, á empezar por los de Santa Rosalía y Monreal, repartían á los pobres esa sopa llamada de los conventos, que, si no es elemento de progreso y adelanto social, era emblema de caridad cristiana. No debiendo olvidarse ni un instante, como lo recuerdan en bellas pastorales el Cardenal de Celesia, metropolitano de Sicilia, y el Obispo de Caltanise ta, que juntamente con la pérdida del bienestar del pueblo, merced á la desaparición á manos del espíritu revolucionario é impío del sentimiento religioso en las poblaciones, sin disminuirse la miseria, ha desaparecido la resignación evangélica y la esperanza de un porvenir mejor. Todo lo cual hace que en lugar de la *Mafia*, reducida en estrecha esfera, se hayan instituído las asociaciones de los *Fasci* de trabajadores, en las cuales, si mu-



NUEVA PUERTA DE INGRESO AL PASEO DE LAS ESTATUAS EN EL PARQUE DE MADRID.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)

PARÍS.—«SALON» DEL CAMPO DE MARTE DE 1893.



DOS BUENOS AMIGOS.

CUADRO DE E. DINET.

chos sólo buscan la mejora de su triste condición social, otros elementos anarquistas, á la manera de los Ravachols, los Vaillants, los Pallás y Codinas, pretenden entronizar la destrucción de todo orden social y el reinado de la maldad.

Se pretende por los que, no sin motivo, se irritan ante la actitud hostil de Francia para Italia, revelada en la guerra á su crédito y á su comercio, y en veredictos como el del Jurado de Angulema, no ser ajena la República á la agitación siciliana, insistiéndose, á pesar de enérgicas negativas, en que se han introducido por Messina y otros puertos numerosas armas, mientras los principales agitadores de los *Fasci*, y especialmente el diputado De Felice, alma, con Bosco Garibaldi, de esta asociación comunista, y acusado de alta traición, recibían sumas desde París, y estaban en íntimo contacto con el italiano Amílcar Cipriani, el miembro de la *Commune Parisienne*, electo un día diputado al Parlamento itálico, y que, escapando de las prisiones italianas y no ajeno á ciertas agitaciones socialistas francesas, no ha sido expulsado de Francia. Que la política francesa no ve con pena la grande excitación de Sicilia, la cual, obligando á concentrar en la isla tres cuerpos de ejército, mientras otras chispas del incendio revolucionario saltan en Calabria, en la Tierra de Labor del Napolitano, en Milán y en la levantisca Romaña, no sin que en San Carlos de Nápoles, en la Scala de Milán y en el Trastevere de Roma se den muestras de simpatía al movimiento siciliano, al grito de ¡vivan los mártires del hambre y del socialismo de Sicilia!, no es para mí dudoso. Pero no creo que la República piense en la segregación de Sicilia, y menos en ocupaciones imposibles de la isla, bastándole con imposibilitar toda acción eficaz de Italia en el seno de la alianza de la Europa central.

Lo que desmentiré con energía es la intervención atribuída á los Príncipes que fueron de las Dos Sicilias, resignados como están á su suerte, y toda complicidad calumniosa del Vaticano; siendo necesario desconocer en absoluto los sentimientos de amor del Padre Santo á Italia, para suponer á León XIII ni el pensamiento siquiera de fomentar las guerras civiles en el seno de una patria á quien ama.

Ya lo he dicho: sin que yo niegue la parte que al espíritu revolucionario alcanza en los tristísimos sucesos de aquel suelo, donde tan soberana imprudencia fué consentir la organización verdaderamente comunista de los llamados *Fasci* de obreros, la raíz del mal está en la miseria espantosa del pueblo, y en elementos semejantes á los que dieron lugar en nuestra Andalucía á los sucesos de Loja y de la región de Granada, sin que bastasen todos los prestigios del vencedor de Marruecos, Duque de Tetuán, para evitar aquella verdadera guerra comunista y social.

Conde de Coello.

Concluirá.

LA CAJITA DE ÉBANO.

NARRACIÓN FANTÁSTICA.

Conclusión.

III.

Extraño y aun risible parecerá á no pocos que en pleno siglo XIX pretendamos pueda pasar con visos de verosímil el presente relato; pero ¿qué hemos de hacerle? Cada cual es dueño de aceptarle ó no. Aurelio, ya lo hemos dicho, poseía una imaginación predispuesta á todo lo maravilloso y que saliese de la esfera de lo común y vulgar. Dominóle por completo el pensamiento de conocer aquel misterio que la suerte le reservaba descifrar, tantos siglos conservado, y no vaciló en abrir aquella cajita que tanto había atormentado á sus abuelos al darse á vagas conjeturas y suposiciones sobre su contenido. Imaginábase pudiera ser otra caja de Pandora, que bien podría encerrar en su seno el sinnúmero de calamidades, infortunios y plagas que de ésta salieron para afligir al género humano. Pero era preciso arrostrarlo todo.

Al fin un día, presa de ardiente excitación nerviosa, con tembloroso pulso y febril anhelo, procedió á su apertura, tomando toda clase de precauciones para no ser sorprendido en esta operación, que tenía algo de solemne, imponente y aterradora. Provisto de instrumentos necesarios para llevarla á cabo, puso sus manos sobre el célebre y encantado mueblecito. Un frío sudor discurrió por todo su cuerpo; su frente ardía, faltábale la respiración; y, por último, sintiendo que se nublaba su vista, dejó caer pesadamente su cabeza sobre aquél, sin poder darse cuenta de lo que pasaba.

IV.

Sólo una vez en compañía de su madre había visitado Aurelio aquellas ruinas que desde D. Iñigo venían poseyendo sus descendientes. Ya hemos dicho que se hallaba habitada aquella parte de los almenados muros que ocupaban el cabrero y el herrador, y sólo se mantenía aún de pie del todo un torreón muy susceptible de ser reparado, pero que se hallaba en completo abandono, á lo que contribuyó en mucha parte la superstición popular que lo señalaba como la habitual residencia del guerrero nigromante en vida, y de su alma ya muerto. Infundía por lo tanto un verdadero terror á las sencillas gentes de la comarca.

Lo que voy á consignar en este paraje no me pertenece. Es una relación de cuanto ocurrió á nuestro joven, por ser él el llamado á abrir la cajita de ébano. Me he de limitar, pues, á transcribir sus palabras. Seguimos afectuosa correspondencia algún tiempo, y me refirió sus aventuras en esta forma epistolar de la manera siguiente:

«Era la hora del crepúsculo cuando distinguí la informe mole que fué vivienda señorial de mis antepasados. Aunque ya la había visitado de niño, apenas conservaba un confuso recuerdo de aquellos lugares. Hallábame vivamente emocionado. Llegué á la herrería que ocupaba parte de aquel abandonado fuerte, dándome á conocer á los que la habitaban. Fuí recibido con agasajo y muestras de sincera adhesión y afecto, y oí conmovido las cariñosas frases de aquellas buenas gentes consagradas al recuerdo de mi madre. Cuando les expresé el motivo de mi ida á aquel sitio, se quedaron estupefactos; se santiguaron las mujeres, los hombres sonrieron, como si con ellos me chanceara, y los chicuelos de aquellas familias pusieron tal cara de espanto, que no parecía sino que algún horrible fantasma les hacía su presa en tal momento. Al ver mi inquebrantable resolución de penetrar en aquel aposento que había permanecido siglos enteros sin que nadie se atreviese ni aun á intentar traspasar sus umbrales, emplearon todos los medios de persuasión posibles para hacerme desistir de mi propósito, y por último no insistieron; pero nadie se ofreció á ir en mi compañía, lo que tampoco deseaba ni hubiera admitido. Las mujeres encendieron luces á una imagen de la Virgen, y le elevaron sus ruegos para que me protegiese en una empresa tan temeraria, en que suponían mil y mil peligros sobrenaturales. Allá en su interior debieron presumir estas gentes honradas que me impulsaba la codicia en un empeño en mi tan decidido, pues se decía que en tal recinto pavoroso se guardaban los tesoros del campeón y mago de los pasados tiempos. Aunque hubiesen existido en realidad, no estaban en lo cierto.

»Provisto yo solo de los útiles necesarios para echar por tierra las maderas apolilladas que formaban la puerta de la habitación del nigromante, me dirigí resueltamente á aquella parte del edificio, y poseído de un ardor febril comencé mi tarea. No sé cómo explicarme la fuerza y energía que desplegué para ver conseguido muy en breve mi intento. Una lobreguez absoluta reinaba en el interior de aquella estancia; un olor molesto, indescriptible, me hizo retroceder, y no pude avanzar un paso hasta que frescas bocanadas de aire, penetrando violentamente en tan negro antro, vinieron á purificar algún tanto aquella atmósfera pestilente. Apresuréme á abrir una ventana, calculando el sitio en que debía hallarse por el que ocupaba en el exterior del muro, y en aquel instante un vivo rayo de sol inundó de claridad el vasto aposento, en tinieblas profundas durante cuatrocientos años. Deslumbrado por la luz repentina que allí penetró de tan brusca manera, no vi al pronto objeto alguno; pero en breve se fijaron mis ojos en un alto lecho de madera tallada que se alzaba en un ángulo de la habitación aquella. Deberían haberle adornado largas cortinas de terciopelo, que sólo eran ya descoloridos harapos. Coronaba este lecho señorial un artístico remate, donde se habían esculpido las armas de mi familia, que reconocí al momento. Los muros de tal estancia se hallaban revestidos de tapices empolvados, revestidos de telas de araña. Una mesa cubierta de pergaminos y otros objetos que no pude distinguir, y un ancho sillón de baqueta, completaban su mueblaje. Toda mi atención se fijó en aquel lecho monumental. En él descansaba una figura humana, con el rígido aspecto de una momia, ó de una estatua de piedra de esas que yacentes velan sobre los restos de aquel finado cuya imagen reproducen. Vestía un largo ropaje, cuyo color no era fácil apreciar, adornado con ancho cuello y puños de pieles, que podían haber sido blancas.

»Debo advertir que, al penetrar en aquel lóbrego recinto, obedecía las instrucciones que había hallado dentro de la cajita de ébano en un pequeño pergamino, trazadas con un carácter de letra que al más hábil paleógrafo hubiera costado no poco descifrar por completo: lo que conseguí con mi perseverancia.

»No trato de hacer alarde de una serenidad de espíritu que no tenía en aquellos instantes: confieso que me hallaba poseído de una inquietud y malestar indecibles, mejor diría, de un terror que hacía discurrir por mis venas ese frío glacial que debe preceder á la muerte. Acerquéme, sin embargo, llevado de mi curiosidad, al lecho aquél, y observé entonces una cosa verdaderamente extraordinaria y aterradora. Aquel momificado cadáver, á que daba de lleno el sol introducido por la ventana entreabierta y á través de sus vidrios de colores, prestándole un tinte verdoso y rojo, hizo un leve movimiento..... No era ilusión de mis sentidos. Agitóse después de una manera más marcada, y no tardó en incorporarse. No sabía lo que me estaba pasando, y me creí enclavado en aquel pavimento húmedo, sucio y resbaladizo. Una voz pausada, débil en su entonación, pero revestida de cierta solemnidad, salió de aquellos labios que parecían cerrados para siempre. Se expresaron en la antigua *fabla* castellana, que yo reproduciré en nuestro moderno lenguaje.

»—Acércate sin temor—murmuró aquel acento que pertenecía ya á un ser del otro mundo.—Paréceme que fué ayer cuando quedé sumido en este letargo, que debe haber durado siglos enteros.

»Aquellos ojos apagados por la muerte parecían animarse por un destello que revelaba algo de indignación y de sorpresa al fijarse en mi persona.

»—¿Con qué grotesco traje te presentas ante mí? ¿Qué arreos te cubren? ¿Tanto degeneró la raza humana en fortaleza, que ya no puede sustentar el peso de una armadura un mancebo de estos tiempos? ¿No cubre el hierro de los combates al que heredó mi sangre y mi nombre? ¿Cómo puede embargar el pueril temor que en ti advierto al que esperé cuatrocientos años para convencerme que no había degenerado una estirpe de héroes?

»Temblaba, sí; pero en verdad que el caso no era para menos. Hice fuerzas de flaqueza, porque ya metido en la aventura debía llevarla hasta el fin. No sé qué reacción sentí en todo mi ser, que, más sereno, pude articular algunas palabras de excusa que justificaran mi aturdimiento y sobresalto.

»—¡Bien está! No hablemos más de este asunto—murmuró aquel eco indefinible del anciano durmiente.—Antes de partir á la eternidad y dormir el sueño definitivo del que nunca se despierta en el mundo, obtuve del Poder Eterno la gracia de permanecer en este letargo, equivalente á la ausencia de la vida. Anhelaba tal entrevista con un hombre de tu siglo, con un heredero de mi raza, y conocer por él la marcha y los progresos de la humanidad; los adelantos que la ciencia y el ingenio del hombre han llegado á alcanzar en esta época, pagándole su servicio con algún consejo de esos que siempre son oportunos, porque los dicta la experiencia de la ancianidad y el conocimiento de las flaquezas humanas. Ten presente que, como no he tenido que hacer otra cosa en este largo transcurso de siglos, he soñado mucho, y en estos sueños algo de la vida real, de lo pasado durante mi ausencia á nuevas generaciones, tal vez se me haya alcanzado. Séme, pues, verídico, y nada me digas inspirado por la pasión ó el entusiasmo.

»Era de ver al que parecía rígido cadáver adquiriendo gradualmente cierta animación en su rostro, que contrastaba con la inmovilidad de sus miembros y aquella palidez de las tumbas que en él se advertía en un principio.

»—Sepa primeramente—prosiguió—si aun posee algún rincón de nuestra patria esa maldita grey del infiel mahometano.

»Mi ilustre ascendiente estaba, como se ve, á pesar de sus pretensiones de conocer algo de lo que había pasado en el mundo durante su sueño, muy atrasado de noticias. Por mi parte le referí á grandes rasgos los sucesos más culminantes de la historia de nuestra nación desde el período en que él no existía en ella, tales como la expulsión completa del suelo español del bando islamita por una Reina admirable por sus virtudes y corazón magnánimo, y la beneficiosa unidad de la patria donde sólo pudo existir un poder fuerte y temido que llevó sus armas vencedoras á extraños países. ¡Qué regocijo tan especial se dibujó en aquel semblante, que tanto podía considerarse bajo el dominio de la vida como de la muerte! Causóle no pequeño asombro el descubrimiento del remoto continente americano, debido á la fe de aquella Princesa española que lanzó de una vez al africano á sus ardientes arenas, y á la ciencia de un insigne navegante genovés, tenido por loco. Enojóle que aquello que se llamó en un tiempo *hidalguía castellana* no fuese tenido en tanto como entonces, y fuera ya para nosotros una frase en desuso. Me manifestó su desagrado por las tendencias materialistas que le dije manifestaba progresivamente la sociedad moderna. Mucho le costó al buen señor comprender la historia que con rapidez le hice de la política ó ciencia de gobernar, y de los estadistas y celebridades de los recientes períodos históricos. Traté este asunto muy á la ligera, porque á más de ser de suyo espinoso y prolijo á entrar en detalles, yo siempre he pasado como sobre ascuas en estas materias. No dejé de indicarle algo de lo que habíamos ganado en cantidad, si no en calidad de hombres, ó *genios*, mejor dicho, distinguidos, ilustres, eminentes, etc., etc., en todos sentidos, y sobre todo en letras, lo que le hizo arrancar más de una exclamación, no de agrado por cierto, lo que me confirmó que el antiguo batallador y mago debió haber tenido un gran talento y un buen juicio muy claro para apreciar la verdad de las cosas.

»Como era consiguiente, llegamos también á tratar de los inventos modernos, de los adelantos de las ciencias. Le referí las maravillas conseguidas, y á punto estuvo de morirse de una vez, de veras y de repente, al asombro que le causara; lo que me hizo comprender que no alcanzaban mucho en sus tiempos las ponderadas artes de adivinación, siendo él entonces tan entendido en ellas. Tuvo que confesar que por muchísimo menos se hubiera quemado vivos, cuando existía, á los que realizaban tales brujerías y encantos. Creía haber leído en el porvenir; pero de nada le habían servido su ciencia y sus nigromancias. No le era posible concebir á aquel personaje de la edad de hierro, sino por medio de diabólicos conjuros, por arte de brujería, que existiera la locomotora, monstruo que devora el espacio; el hilo eléctrico, conductor instantáneo de la palabra; el globo, que pretende arrogarse el dominio de los aires; la fotografía, que reproduce la naturaleza sin el pincel del artista. Parecíale increíble que no tuviese el pensamiento ya espacios vedados para transmitirse en el instante que se concibe á remotísimas distancias, y en verdad que no á un hijo del siglo XIV, sino aun del nuestro mismo en su comienzo, hubiérale causado semejante sorpresa. Concedióle, pues, al genio del hombre, tratándose de adelantos de este género, un poder superior al que alcanzaba en su época. En cuanto á los morales, le rogué que no se empeñase en saber lo que de ellos podía decirse, porque habíale de pesar su deseo de prolongar su sueño hasta nuestros días, y que más le valía irse á la otra vida con sus ilusiones. No por esto le adulé hasta el punto de alabar con exceso los tiempos que alcanzó, porque siempre he procurado ser imparcial y justo.

»Llegué á tranquilizar mi espíritu de tal manera, que olvidé completamente la situación sobrenatural en que me hallaba, y proseguí dialogando con aquel que á derechas no sabía si era muerto resucitado, aparecido ó fantasma, ó un ser sepultado en vida en aquel tenebroso antro. Quiso saber pormenores de mi existencia, y le indignaron mis pasadas desventuras, hijas todas de la mala fe de las conciencias al uso y del positivismo de la edad presente, ciego secuaz, ó mejor dicho, fiel compañero del egoísmo social, tan extendido y preponderante.

»Mostróse al cabo arrepentido mi buen predecesor de haber esperado tanto tiempo para oir y saber cosas tales. Todo cuanto dije fué motivo para él de admiración, de extrañeza, de enojo á veces. ¡Con qué supersticiosa veneración y respeto contemplaba á aquel anciano que me parecía la viva representación de su siglo!

»—Mucho me complace, hijo mío—dijo por último—que hayas acudido á la cita que te di, y que se ha conservado en la misteriosa caja que de uno en otro descendiente de mi estirpe ha ido transmitiéndose hasta llegar á tus manos. Esperaba verte acudir á mi presencia vistiendo la acerada cota, cubierto con el casco de los combates, la espada al cinto y el lanzón en tu diestra, con un nombre ya célebre en los reinos de León y Castilla. ¡Pero cómo ha de ser! ¡No contaba con la natural mudanza de los tiempos y las vicisitudes de las cosas humanas! ¿Ves ese trofeo de ar-

mas que pende de ese muro?—añadió, haciéndome volver la vista al que, en efecto, se hallaba como decía, y en el cual no había reparado.—¿Ves ese escudo, donde campea el mote que fué la divisa de nuestra familia? *¡Mi derecho y mi fuerza!* Reservábame el placer de entregártelo como mi digno heredero.

»Hondo suspiro, que resonó lúgubremente en aquella estancia sombría, vino á interrumpirle. Después, variando de tono, con una sonrisa nada humana, y con un tono irónico que me hizo estremecer, añadió:

»—No habrás perdido el viaje del todo si sigues el consejo que vas á oir de mis labios. En adelante, hijo mío, se menos crédulo: distingue bien lo que es un sueño de la realidad.

»En efecto, era víctima de una pesadilla. Abrí los ojos, levanté mi frente, y vi la negra cajita ante mí, intacta, sin haber sido abierta aún. Salía del desvanecimiento que experimenté al pretender abrirla... . Todo lo que había pasado era un sueño. No existían aquel aposento misterioso, aquel durmiente de cuatrocientos siglos, sino en mi calenturienta imaginación. Abrí la caja con violento despecho y..... ¡estaba vacía! Era imposible averiguar por qué le dieron mis buenos ascendientes aquel valor imaginario. En medio de todo, fué para mí un desencanto horrible, una burla de mi credulidad que me avergonzaba; pero al fin saqué de este desengaño una lección provechosa, recordando más de una vez el consejo oído en mi alucinación del supuesto adalid de los pasados tiempos, porque fuí menos soñador que antes. La sociedad moderna, lo voy conociendo al cabo, es muy práctica, muy positiva, y se ríe de los que tomamos otros caminos.»

Hasta aquí la relación del pobre Aurelio. ¿Qué más puedo añadir por mi parte? No sé qué habrá sido de él; no he vuelto á tener nueva alguna de su suerte; pero mucho me temo que á pesar de sus propósitos siga siendo tan soñador como antes, y sin que para nada le hayan servido las lecciones de la experiencia.

Ángel Lasso de la Vega.

INVIERNO.

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO EL ILUSTRE POETA D. MANUEL REINA.

Todo yace cubierto de blanca nieve;
En el éter tranquilo flota la niebla;
Á través de las nubes amontonadas
Del sol la luz radiante fulgura apenas;
Con sus pálidos copos viste de blanco
La copiosa nevada las arboledas,
Y cual nítidas olas petrificadas
Á lo lejos se yergue la cordillera.

Cristaliza el torrente sus claras ondas;
La alondra entre los surcos sus alas pliega;
Sin flores y sin tintas están los prados;
Sin nidos ni canciones están las selvas;
Ni un sonido lejano turba el silencio
De la helada campiña triste y desierta,
Y con honda y serena melancolía
Sus marchitos verdores llora la tierra.

Parece que en mi alma la perspectiva
Ha copiado los tonos de sus tristezas,
Pues también en mi alma mis ilusiones
Están, como sus campos, tristes y yertas:
Ya no corren las ondas de su alegría,
Ni el amor ya modula su canción pérfida,
Ni la fe ya arrebola sus horizontes,
Y entre nieves y brumas llora sus penas.

Pero pronto el invierno por lontananza
Volará fugitivo con sus tinieblas,
Ostentarán los cielos su azul radiante,
Las ocultas semillas sus florescencias;
Se llenarán los bosques de arrullos tiernos,
Los distantes confines de luz intensa,
Los árboles pomposos de hojas y nidos
Y los nidos de amores y de cadencias.

Pero no así en mi espíritu, que ya ni un átomo,
Ni amores, ni venturas, ni paz encierra;
Para mí ya el invierno será perenne,
Para mí ya las sombras serán eternas,
Para mí ya es el mundo sólo un desierto
Donde en vano mi alma busca sedienta
De la fe ya perdida la clara fuente,
Y del goce ya muerto la rica vena.

¡Salve, pálido invierno, montes nevados,
Árboles sin ropajes, cumbres escuetas,
Bosques llenos de amargas melancolías,
Bruma que en los espacios tristes ondeas,
Paisajes sin matices, linfas sin ecos,
Cielos sin resplandores, luz sin fulgencias!
¡Salve, aterido invierno, que eres, al lado
Del invierno del alma, la primavera!

Arturo Reyes.

23 de Noviembre 1893.

EL CIELO CLARO.

(TRADUCCIÓN DE LECONTE DE LISLE.)

En el cielo azul, que raya
La golondrina al pasar,
La mañana, que florece
Como divino rosal,
Ya la enramada perfuma,
Calienta los nidos ya;
Los pájaros, palpitantes,
Tienden el vuelo fugaz,
Y por la extensión del bosque
Cantan á todo cantar
La mañana, que florece
Como divino rosal
En el cielo azul, que raya
La golondrina al pasar.

Con agudas notas de oro
Que repercute el espacio,
En la arena y gota á gota
El agua se va filtrando,
Y besa á un tiempo tomillos,
Arbustos, lirios y gladios;
El corzo á la luz del alba
Despierta con sobresalto,
Y oye cómo gota á gota
El agua se va filtrando,
Con agudas notas de oro
Que repercute el espacio.

Entre frescos matorrales
Donde alegre ríe el viento,
Por un camino que tiene
El horizonte muy lejos,
En que un vapor azulado
Brilla y se extingue al momento,
Van los amantes, del alba
La luz húmeda sintiendo;
Y, enlazados con ternura,
Caminan á paso lento
Por un camino que tiene
El horizonte muy lejos,
Entre frescos matorrales
Donde alegre ríe el viento.

Porque el amor voluptuoso
Los ojos les ha entornado,
No pueden ver cómo el tiempo
Prosigue su vuelo raudo;
Gozando de cielo y tierra
La belleza y el encanto,
Hallan su instante de amores
Eterno, pero no largo;
Y un ensueño de otro ensueño
Sus sentidos embargando,
No pueden ver cómo el tiempo
Prosigue su vuelo raudo,
Porque el amor voluptuoso
Los ojos les ha entornado.

En el cielo azul, que raya
La golondrina al pasar,
La aurora florece siempre
Como divino rosal;
Mas no siempre los amantes
La enramada gozarán,
Ni siempre oirán á los pájaros
Cantando á todo cantar
La mañana, que florece
Como divino rosal
En el cielo azul, que raya
La golondrina al pasar.

Ricardo J. Catarineu.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

El té contra el vino: propaganda moderna: consumo en Inglaterra y en el Norte América: apología del té: su incompatibilidad con la mesa española; su empleo con alcohol en los *dining-housses* y *gin-palaces* del Norte.—La vida militar en las cumbres de las cordilleras: á 20 grados bajo cero; los batallones alpinos: en Frejus, sobre el tunel del Mont Cenis.



L virus inevitable de la economía, que en un siglo que parecía ser tan rico como el nuestro se va infiltrando en todas las clases sociales, que resultan ser más pobres que lo que lo fueron las de otros tiempos, hace surgir creencias y propagandas muy originales, que no son en el fondo más que fórmulas, más ó menos decorosas, para disimular el precario estado de los bolsillos. Hay que economizar por todos conceptos, se dice, y lo más triste es que el fatalismo de esta orden universal se impone principalmente á los estómagos. Y en una época tan espiritual como la nuestra, la economía no trata de invadir sólo el terreno de la comida, sino el de la bebida, proscribiendo casi radicalmente los espíritus. Nadie lo hubiera creído, y sin embargo es cierto que la miseria actual, disfrazada de doctor en medicina, anda por esos mundos de Dios predicando que el té es preferible al vino, y que no debemos beber vino, sino té. Hasta hoy era correcto el decir «tomar té», porque la infusión se administraba en tomas y no á tragos; pero como ahora se trata de que se use el té en las comidas «á pasto común», ya no podremos ni deberemos decir «tomar té», sino «beber té». Viene tan estrambótica doctrina á los pueblos del centro y mediodía de Europa, precisamente cuando éstos se lamentan de que no pueden vender sus vinos. Los productores franceses invitan con furia al resto del mundo á que beba vino, porque aun tienen en sus bodegas parte de la cosecha anterior, y no les cabe en ninguna parte la cosecha última, que desgraciadamente, por lo que parece, ha sido abundantísima; y en tan críticas circunstancias, aun hay gentes tan valientes que predican el uso del té contra el vino. Verdadero sarcasmo de la suerte es el que se revela en este concepto, porque cuando españoles, italianos y franceses soñábamos que no sería difícil el introducir nuestros vinos en el Norte de Europa y de América, para que aquellos pueblos se dejaran de bebidas sin fuerza y sin calor y se acostumbraran al uso de nuestros incomparables vinos, salta la moda de realizar la cruzada contraria, esto es, el tratar de que España, Francia é Italia se acostumbren al té y dejen el vino. Claro es que la propaganda resulta inútil. Podrán los ingleses continuar consumiendo al año 28 millones de kilogramos de planta de té, que suponen 14.000 millones de litros de infusión, y podrán consumir en el Canadá y en los Estados Unidos otros 20.000 millones de litros de la referida agua caliente; pero ni Francia llegará á los 500.000 kilogramos anuales, ni nuestro comercio adquirirá unos 80.000 para que los despachen los drogueros y boticarios. Que el té era y es cosa muy tónica y muy apreciada, y que su cultivo andaría siempre entre huerto, jardín ó tiesto, ya lo sabíamos aquí desde que, en tiempo de Carlos III, cantaban los enamorados á sus damas:

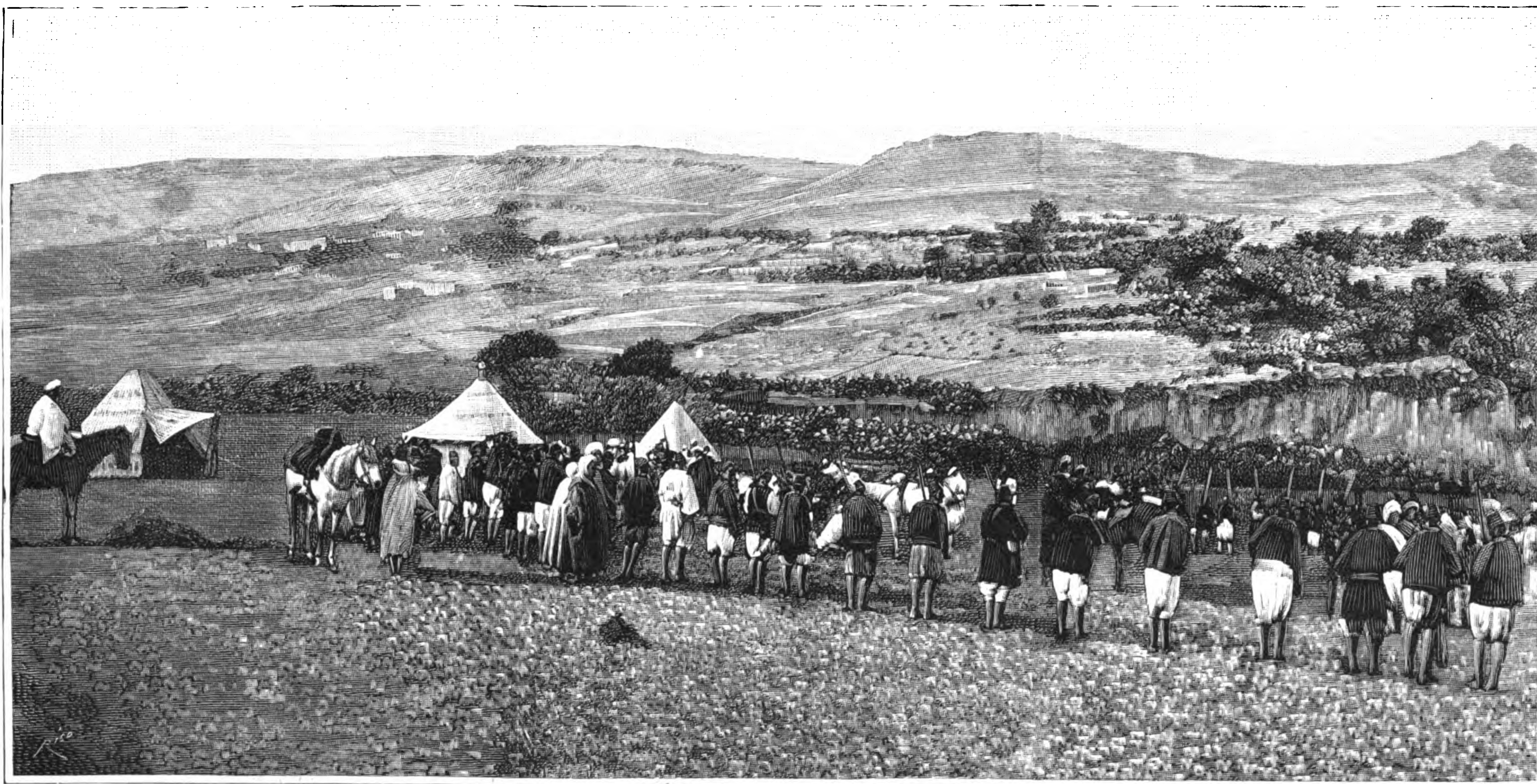
Si en tu jardín se criara
La hierba que llaman té,
Toda mi vida andaría,
Salero, buscándoté.

Pero que el té, con su calorcillo y su azucaramiento, haga buena compañía á la pesca vinagrillada, al beefteak acidillo, á la morcilla sabrosa, al capón tostado, á los chorreantes untados espárragos, al jamón con tomate, á las mantecosas angulas, al solomillo salpicado, á la paella multicolora, y sobre todo á la sopa, prólogo y dos actos de nuestro puchero nacional, eso no lo llega á creer, y además no lo puedo atravesar nadie, donde es conocida la receta para «tener á tu marido gordito», donde la gente del pueblo gusta de las «agujas para enhebrar vino», y donde, en la buena mesa patriarcal, en que no se gastan costosos y postizos cumplidos, jamás usurpan su puesto el Champagne ni el Borgoña á los añejos, respetables y confortantes claros, rubios y rojos de Rueda, de Cariñena, de Sanlúcar y de Málaga. Ni caliente en el invierno, ni fresco en el verano, se le puede dar té, después de unas patrióticas sopas de ajo con guindilla, á ningún cristiano puro. Se predica el uso del té como bebida incomparable para los obreros. Si á nuestros obreros les dierais té entre la sopa y el potaje, y entre el potaje y la miaja de tocino, llorarían sin remedio, ante la tristeza que en el ánimo produce el beber agua caliente. En cambio, un culito de vino no parece que desciende al estómago, sino que va derecho al corazón para sublimarse allí y subir á la cabeza, y calentar y alegrar entrambas habitaciones.

Los novísimos apologistas del té, ocupándose de sus maravillas, cuentan que no acaban. Siendo necesario el uso de alguna bebida estimulante para los obreros, y no pudiendo éstos proporcionarse vino limpio barato, sino colorado potingue, no hay más remedio que acostumbrarse al café ó al té. El café á pasto para las comidas estimula demasiado; de modo que el té se impone. Contienen sus hojas teína, esencias y ácido tánico. La teína produce efectos semejantes á la cafeína, aunque no tan intensos. Obra activamente sobre las funciones cerebrales y digestivas, sobre la circulación, las secreciones y la calorificación, estimulándolo todo cuando se toma en dosis pequeñas, é irritándolo todo cuando se abusa de él. Con esa acción claro es que resulta ser despejador de la inteligencia, entonador del estómago, equilibrista del corazón, calmante de los nervios, tensor de los músculos, diurético y sostenedor de las buenas pasiones; y como además se hace su infusión en agua hirviendo, no lleva microbio alguno, ni cosa que se lo parezca. Al principio, en los primeros días, es algo antipático de tomar; pero cogidos el gusto y la costumbre, se siente tal afición á él, que se le desea y apetece más que al buen vino. Es muy rico en materias nitrogenadas, aunque no tanto como las chuletas, y contribuye no poco á echar buenas pantorrillas. Aseguran los teófilos que los obreros sedentarios de todas clases deben á esta infusión su salud y su energía, y que entre la gente de estudio y de bufete hace prodigios.

No hay que hablar del dulce y agradable perfume que deja en la boca. Lo más curioso que dicen los propagandistas del té, es que al que se acostumbra á beberlo se le hace insoportable el uso de las bebidas alcohólicas, incluso el vino, por supuesto. Si esto es cierto, ya lo saben los que deseen corregir en una persona el vicio de la embriaguez: té á menudo, si lo quiere tomar, hasta que lo beba á pasto, y se acabó el vino.

Pero lo que hay de cierto es que muchos de los que se dedican al té, lo adicionan algunas, bastantes, gotas de anisete, de ginebra, de coñac ó de otro estimulante complementario cualquiera, y que no faltan quienes toman el té como una excusa, y las gotas ó el chorro como néctar relamedor. Y es claro, si detrás del *mock-turtle-soup* ó del *pea-soup* se toma un sorbito, y otro con el *whiting*, y otro en pos de *rumpsteak*, y otro con el *roastbeef*, y otro ú otros con los *sandwichs*, lo mismo en las ciudades inglesas en los *coffe-housses*, que en los *dining housses* aristocráticos, que en los populares *tap rooms* de los *gin-palaces*, que en el Delmónico griego de New York, donde los banqueros toman en pie su *lunch*, que en las viviendas más retiradas del Gran Oeste; si detrás de cada fiambre, ó de cada salsa, ó de cada pastel, va con el trago de té el suspiro de *whiskey* ó de *gin* de lo fino, ó de lo bala rasa, adiós virtudes de la tónica y salutífera planta, porque, en resumen, al cabo del día y del año, el ciudadano ha ingerido más alcohol en el estómago que si se hubiera dedicado al peleón de Arganda ó de Briones, sin tasa ni medida. En este caso, el té, además de todos sus envidiables títulos higiénicos y fisiológicos, debe llevar sin rubor alguno el de alcahuete. Se comprende la antipatía al vino y su condenación para el uso de los obreros en las grandes ciudades y centros industriales extranjeros, donde la avaricia y la química han hecho de él un veneno, y que ante peligro semejante le supla el té; pero en los pueblos donde pueda beberse un vino regular un tanto aguado ó un tanto encabezado, hijo de la vid, allí el té se quedará en el café ó en el botiquín. Que resulta más barato para una familia el tomar té (sin gotas), que el beber vino, esto cualquiera lo comprende, y no hay necesidad de que se esfuercen en demostrarlo, cual lo hacen, los propagandistas del té, en ocasión tan poco oportuna como la presente, en que los cosecheros de Francia



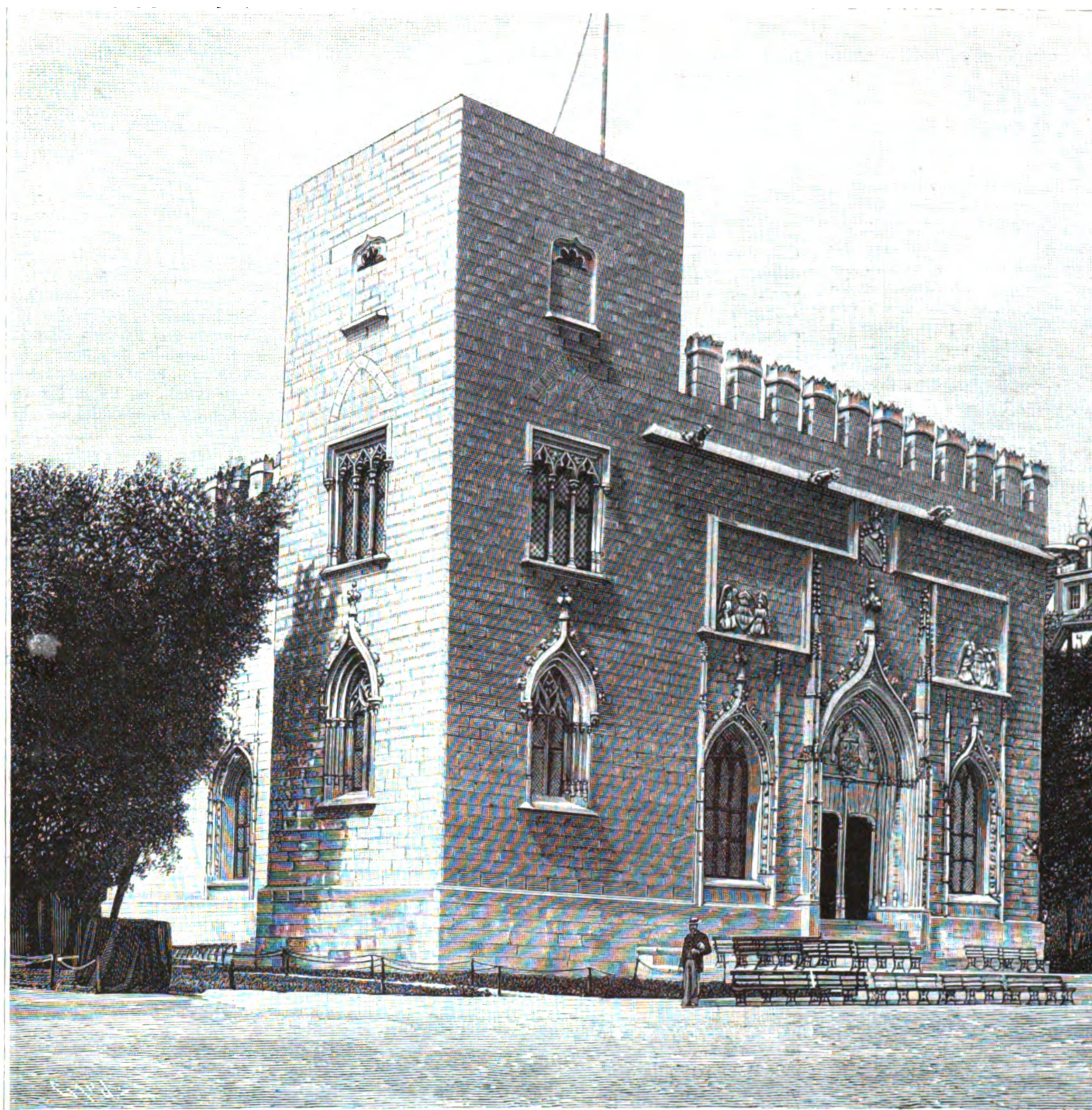
MELILLA.—UNA VISITA AL CAMPAMENTO RIFEÑO DE BENISICAR.

(Del natura por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

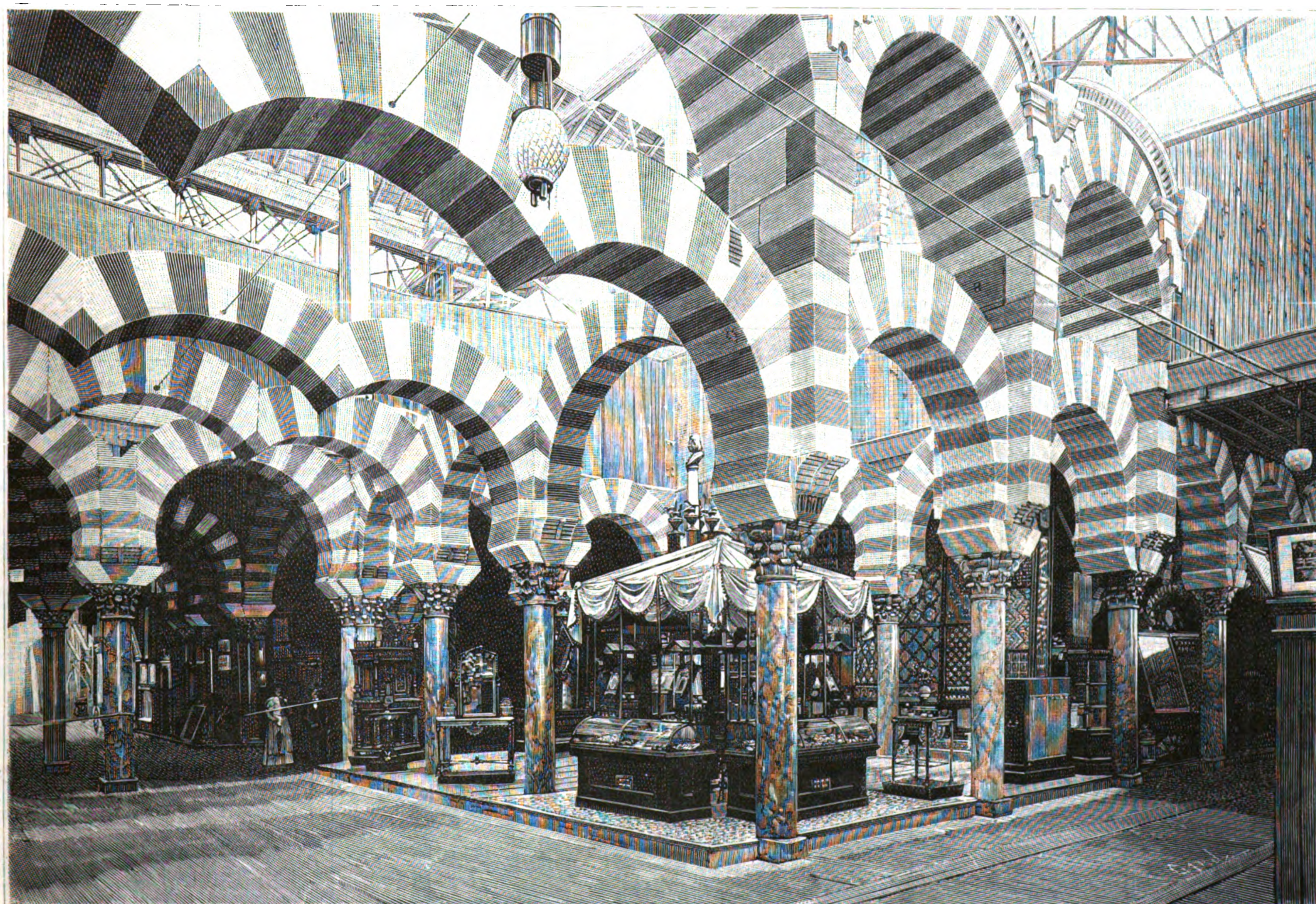


MELILLA.—CONSTRUCCIÓN DEL FUERTE DE LA CONCEPCIÓN (SIDI GUARIAX).—ESTADO DE LAS OBRAS AL RESTABLECERSE LA PAZ.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



CHICAGO.—PABELLÓN DE ESPAÑA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL COLOMBINA.



CHICAGO.—VISTA DE LA SECCIÓN ESPAÑOLA EN EL PALACIO DE MANUFACTURAS.

están ofreciendo vino á sus consumidores y á todo el mundo al precio que quieran pagarlo.

°°°

El pensar cuán confortable es, en estos días rigurosos del año, el uso del té ó del café con ron para hacer frente á la glacial temperatura del aire, y cómo, contra toda la virtud y eficacia de las predicaciones antialcohólicas, impone su uso la necesidad, me trae á la memoria el recuerdo del gran servicio higiénico que mixtura semejante está prestando en estos momentos á una novísima institución militar, que ha de generalizarse en la mayor parte de los ejércitos. Me refiero al cuerpo de batallones de montaña, ó cazadores alpinos, que dicen los franceses, y que, no sólo están encargados de vigilar y guardar los pasos y puertos de las cordilleras fronterizas, sino que practican la táctica del combate en los montes más escarpados, base de una importancia capital en el empleo de las guerrillas. El odio bien puesto y cada día más hondo, entre Francia é Italia, ha erizado de fuertes los caminos que atraviesan las sierras de la frontera entre ambos países, y ha creado este nuevo elemento de combate, mixto de infantería, de artillería, de ingenieros, de ópticos y de telegrafistas. Allá en las cumbres de los Alpes, en los abruptos macizos que dominan el túnel del Mont Cenis, en el puerto de Frejus, en el de Thurra y en otros veinte más, hay destacamentos de treinta batallones montañeses, que si bien en los cuatro ó cinco meses de buen tiempo disfrutan de relativa comodidad y bienestar, y viven envueltos en nieblas y lluvias durante otros cinco, pasan en cambio de sesenta á ochenta días sitiados por la nieve y á temperaturas de 18 á 30 grados bajo cero. Esas no son marchas, sino paradas de resistencia. Es una clase de *sport* militar que á nadie se le habría ocurrido hasta hace tres ó cuatro años, y que realmente no se puso en práctica hasta 1892. Lo lógico parecía hacer todo lo contrario; lo que los ejércitos hacían hasta las campañas napoleónicas, cuando se trataba de guerras de montaña. En las que las tropas de Carlos IV y los voluntarios vascongados sostuvieron, por ejemplo, á fines del siglo último, en el país euskaro contra los invasores de la República francesa, al llegar el invierno se replegaban los combatientes á sus rincones atrincherados; cesaba la lucha, y no volvían á romper el fuego hasta que se derretían las nieves, se hacían practicables los caminos y lucía el sol de la primavera. Pero ahora, no sólo se pelea donde el invierno coge á los soldados, sino que se buscan escenarios de batalla donde jamás los ha habido: entre las neveras de los picos, angosturas y páramos de las sierras, hasta aquí deshabitadas. Varios de los fuertes de vigilancia de los Alpes están á 2.500 y 3.000 metros de altura, en regiones cuyo clima es idéntico al de la Laponia. En cada uno de ellos viven unos treinta soldados, con un teniente, un alférez y un médico, ocupando el conjunto de aquellas construcciones, que se compone de dos barracas casi subterráneas para la tropa, una para los oficiales, un almacén, un horno, una cuadra para las mulas, un aljibe abrigado á bastante profundidad y varias cuevas de refugio y de materiales. Durante el buen tiempo suben las compañías de los batallones alpinos que prestan el servicio de guarnición en los valles cercanos, y la artillería de á lomo, empinada muchas veces hasta las cumbres más ásperas en hombros de los mismos artilleros. Los soldados han abierto magníficos caminos desde las hondonadas hasta los puertos, aprovechando los más suaves declives y las revueltas menos expuestas al azote de las nieves y de las tormentas.

Mientras duran las maniobras montañesas, en las que el ejército no descansa y se instruye en la importante y nueva táctica de la guerrilla de alturas, aquellos bosques y soledades se animan con la presencia de centenares de excursionistas curiosos y de vendedores de alimentos y bebidas, que en cualquier rincón de los senderos, en las praderas sombreadas por los pinos ó circuídas de peñascos gigantes, improvisan un *chalet* de madera y lienzo, un *restaurant* de palos y ramaje, con su *belvéder* y su gabinete de lectura y todo. La Administración Militar, por su parte, ha hecho construir en determinadas alturas, sobre los caminos que conducen á la red de fuertes y puestos de vigilancia, varios asilos ó refugios ó casetas de despacho de víveres y bebidas, que son los puntos de cita, espera y esparcimiento de muchos expedicionarios. Frente á los puestos ó recintos de vigilancia, á un tiro de fusil (de los viejos), se alzan la cruz ó el hito que marcan la línea de la frontera, más allá de la cual se ven moverse los soldados italianos, que á su vez vigilan á los franceses. Hombres al fin, unos y otros, olvidando los odios de fieras en que la antipatía y la guerra pudieran convertirles mañana, dejan sus armas en sus respectivos territorios, se saludan, se aproximan, y trincan juntos, bajo el techo fraternal de la caseta-cuartel, despachando á la salud de la paz, y á la memoria de Magenta y de Solferino, algunas botellas de clarete del Herault. En estos meses del rigor extremo de los fríos, ni los excursionistas ni los carabineros italianos se atreven á visitar á los franceses destacados en aquellas alturas. La nieve tiene interrumpidas todas las comunicaciones por el suelo con el resto del mundo. Sólo el teléfono funciona. Aéreo á trechos, sobre ingeniosos soportes tendido, para que el peso de la nieve no derrumbe los hilos; guarecidos éstos en los pasos más difíciles debajo de la tierra, ó en tubería de madera, á fin de evitar los desastrosos efectos del viento huracanado que sopla en los desfiladeros y que arremolina los copos; saltando de poste á poste largas distancias en vía recta sobre los abismos, para acortar en todo lo posible las distancias, aquél es el único elemento de relación que los desterrados tienen con sus compañeros de las guarniciones de los valles.

Cuando, como ocurre á menudo, la temperatura desciende á 20 bajo cero, si sopla el aire helado es peligrosa y mortífera la estancia fuera de las casetas; pero suele ser lo común que á esos grandes descensos de temperatura acompañe un estado de absoluta calma en la atmósfera. Entonces, con cielo despejado, ante los vivísimos resplandores del sol, que se refleja en aquella inmensa naturaleza nevada semejante á un colosal relieve de cristalinos mármoles; ante aquellos soberbios panoramas, que parecen el escenario de un mundo muerto, solitario y sin límites; ante las cumbres enhiestas que dibujan sus ebúrneas siluetas sobre el purísimo azul del horizonte, se ven salir, de las hondas y casi enterradas puertas de las casas blindadas, como si surgieran de sus sepulcros, las figuras de los soldados, cuyas obscuras masas se destacan perfectamente en el fondo claro del gran paisaje. El soldado cazador alpino cubre su cabeza con la verdadera prenda del combatiente, con la de más airoso corte, con la más cómoda, con la más higiénica y económica: con la boina. Aquellas reducidas legiones que se mueven en los picos nevados, parecen grupos de montañeses vascos. La boina se ha impuesto como prenda incomparable en la guerra de montaña, en los talleres de las grandes industrias, en las labores de la ciudad y del campo, en el traje aristocrático de los expedicionarios veraniegos y en la juventud que concurre á las escuelas y á las primeras aulas. Además de la boina, el cazador alpino lleva todas las demás prendas del montañés: blusa de lana gruesa, faja de muchas vueltas, polaina alta reforzada con bandas cruzadas de paño, borceguíes de cornisa y de grandes tachuelas, capote-poncho que no estorba y capuchón ó pasamontañas para los días de trabajo más penoso con temperaturas extremas. No hay que vivir inertes en aquellas alturas: la quietud, fuera de las casetas, predispone á los súbitos enfriamientos; es necesario hacer mucho ejercicio, sudar en medio de un paisaje de hielo. Para ello los destacamentos limpian de nieve los caminos y senderos, abren trincheras, revisan las líneas telefónicas, escalan los altos asientos de los vijías y de las banderas, penetran en el bosque para cortar y hacinar leña, la arrastran hacia sus almacenes, y, en una palabra, ejercitan sin cesar sus músculos y sus pulmones, en aquel medio anormal, en enormes altitudes, en el aire puro y dilatado y con el frío más riguroso que en nuestro Continente se puede soportar. Comprêndese que el abastecedor de energía para los músculos y para el corazón es el estómago, y que es preciso sostenerlo perfectamente atendido. Este es un detalle esencial de la campaña. Para ello el soldado está bien nutrido, y en la minuta de la alimentación diaria no faltan los sendos sorbos del aromático té con su aditamento de ron. En torno al hogar, que es salón de tertulia, escritorio, comedor y hasta sala de baile, rodeando á los grandes troncos de leña que chisporrotean encendidos, sobre las brasas desparramadas, sostienen las trébedes grandes marmitas de carne y legumbres, y otras de agua hirviendo para el servicio de las teteras, que por la mañana y antes y después del almuerzo y después de la comida, y antes del toque de silencio, vierten su aromático contenido en las filas de tazas de la compañía. Prefieren otros el café; pero café ó té, allí, en aquel océano de nieve, es donde saben á gloria y donde confortan, entonan y abrigan. si, sobre lu humeante y perfumada superficie del líquido, se vierten algunas gotas de ron viejo ó de aguardiente furioso. A los soldados montañeses hay que oirles hacer la apología de las virtudes de estos inolvidables sorbos; porque ellos las conocen, por experiencia, mucho mejor que los doctores propagandistas. La vida militar de montaña se impondrá muy pronto en todos los ejércitos, y no será seguramente el de nuestro país el que peores lugares pueda escoger para aprenderla y acostumbrarse á ella.

R. Becerro de Bengoa.

Parece que la *Sociedad Cooperativa de Vehículos Mecánicos* ha empezado á funcionar desde 1.° de Enero de este año con socios bastantes para realizar gradualmente su bien pensado programa.

La Sociedad, además de aspirar á que la gran industria futura de esa índole de carruajes sea industria nacional en todas sus partes, promete conseguir que se pueda sostener carruaje propio en España que recorra 20 kilómetros al día, ó carruaje abonado á todo servicio, por el gasto, en el primer caso, de 80 pesetas al mes, y en el segundo de 120. La Sociedad confía en reunir suficiente número de socios para realizar completamente sus propósitos.

La cuota mensual es sólo 2 pesetas.

Se puede pedir prospectos por escrito al Administrador general, Orellana, 7, Madrid, ó recogerlos personalmente en la portería de dicha casa.—X.

Exposición de Chicago de 1893.— Se nos participa que la Casa Henry Nestlé, de Vevey, ha conseguido por sus dos productos, la *Harina lacteada* y la *Leche condensada*, la Medalla con Diploma, la más alta recompensa que se ha distribuído en aquella Exposición. Es la 40.ª distinción que recibe esta casa en las Exposiciones, en las cuales, entre otras, ha conseguido 14 diplomas de honor y 18 medallas de oro.

Con gran satisfacción consignamos esta nueva prueba de la superioridad de los productos de la casa Nestlé, la que, por lo demás, goza ya, desde largo tiempo, de excelente fama.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

L' Italia Artistica e Industriale.— Hemos recibido las primeras entregas de esta obra verdaderamente magnífica, que publica la *Librería Artística* de Roma. Propónense los editores dar á conocer lo que en Artes y en Industrias ha hecho Italia, principalmente desde su unidad, y para ello han fundado la lujosísima publicación mensual del título arriba consignado. Todo es en ella de primer orden: papel, impresión é ilustraciones. La lista de colaboradores contiene los nombres de los primeros artistas y escritores italianos.

La suscripción cuesta 60 liras (pesetas) en Italia y 70 en los países de la Unión postal. El número suelto, 8 y 10 liras, respectivamente.

Laureles y siemprevivas, por D. Hermilio de Oloriz.

Contiene el tomo que ha publicado el Sr. Oloriz diversas poesías, algunas de las cuales le señalan honroso puesto entre los buenos poetas contemporáneos.

El Sr. Oloriz versifica con notable facilidad, y sin que se note en él esa desgraciada abundancia de palabras con que algunos autores de versos suplen la falta de ideas. Es conciso, sencillo y varonil, y tiene el buen gusto de huir de los temas filosóficos y trascendentales. Canta en levantados conceptos y con feliz inspiración á su patria, la gloriosa Navarra. A ella se dirige en la *Introducción*, diciendo:

Lejos de ti, patria mía,
Mas siempre á tu suerte unido,
Siento la melancolía
Del que fué dichoso un día
Y llora su bien perdido.
A ti me lleva el deseo,
La ausencia me causa enojos,
Tus glorias amo, en ti creo,
Y como luz de mis ojos
En todas partes te veo.

El libro, muy bien impreso en Pamplona, cuesta 3 pesetas.

France-Album. Hemos recibido los primeros cuadernos de esta interesante publicación, destinada á ser, según propósito que anuncian sus editores, una verdadera galería de las muchas bellezas artísticas, etnográficas y monumentales que Francia contiene y que tan dignas son de la atención del viajero.

Cada *Album* comprenderá una región, siendo el mejor guía de los excursionistas, así como también excelente preceptor de los que no puedan emprender ciertos viajes. Los dibujos son inéditos, rigurosamente exactos y tomados del natural por artistas de primer orden. Las Sociedades Geográficas, de Historia Natural, Academias, etc., etc., han acogido muy favorablemente el *France-Album* por su mucha utilidad. Se publican 12 números al año desde Enero del 93, al precio de 6 francos en París y 8 en los países de la Unión Postal, costando sólo 0,50 y 0,60 francos el número suelto, respectivamente.

Tratado legal de las obligaciones y contratos, por D. Cándido D. de Ulzurrum y Orue, abogado fiscal de Audiencia territorial. Excelente y muy útil obra, que se vende, al precio de 4 pesetas, en las principales librerías.

(Continúan en la pág. 56.)

VUELVE YA Á TENER SALUD Y Á SER FELIZ.

Quitando el cuadrante de un reloj es cuando se ve toda su maquinaria, todas sus ruedas, motores y muelles. Si uno cualquiera de ellos está roto, no queda entonces lugar á duda; y aun cuando no podamos hacer por nosotros la compostura necesaria, cualquiera de nosotros puede comprender que se necesita la compostura.

No sucede así con el cuerpo humano. Verdad es que él es, á su vez, una máquina; pero, sin embargo, no hay una persona entre diez mil que sepa cómo mantenerla funcionando propiamente, ni cómo componerla cuando alguna de sus partes se ha descompuesto. El comprender esto requiere el estudio de cerca y la observación, no ya de una vida, sino de siglos, en manos de hombres que no hagan otra cosa, y que transmitan á sus sucesores lo que ellos hayan aprendido.

¡Y, sin embargo, cuán terribles sufrimientos no se derivan de esta ignorancia fatal! El dolor se entra por las puertas de nuestra casa, y no podemos aliviarlo; la muerte se lleva por fin sus víctimas, y no podemos detenerla. He aquí, pues por qué cuando algún hombre ó mujer, más sabio que los demás, nos enseña lo que son las enfermedades y la manera de tratarlas, nuestra gratitud es espontánea y real.

Con fecha 11 de Febrero de 1893 un corresponsal de Doñiños de Salamanca nos escribe como sigue: «Mi mujer había estado sufriendo durante cinco ó seis años de dolores de cabeza, insomnio, melancolía y depresión de espíritu. Viéndola de día en día mas abatida, y que se le volvía amarilla la piel, y ya apenas podía andar á causa de la debilidad, busqué para ella toda clase de alivio, y consulté varias veces con un doctor, quien me aseguró que el único remedio eran los baños de mar. Pero esto no estaba en mi poder, por falta de medios para llevarla á los baños, y, de no existir otro, yo veía su muerte cada vez más cercana. Tal era nuestra desgraciada situación, cuando vi en un periódico un anuncio de la medicina de usted, el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. No conociendo por experiencia nada acerca de la naturaleza de este preparativo, determiné, sin embargo, comprar una botella, en la esperanza de que, en ausencia de todo otro auxiliar eficaz, podría ser de utilidad.

»Ahora tengo la alegría de anunciar á usted el efecto que le ha producido. Al segundo día de tomar el Jarabe ya tuvo más apetito, y pareció sentir menos el fastidio y el cansancio. Acabó, pues, la primera botella y le llevé dos más, que sucesivamente consumió, y hoy se encuentra ya tan bien como antes de estar enferma, y tiene tan buen color como cuando tenía diez y siete años, á pesar de contar treinta. Hace más de diez años que no se encontraba tan bien como ahora lo está. Doy á usted por ello las gracias, y haré cuanto me sea posible por dar á conocer en mi vecindad esta medicina, que, aunque soy pobre, tendré siempre en mi casa. De usted afectísimo (firmado), Carlos Sánchez.»

Si el Sr. Sánchez hubiera sabido que la enfermedad de que tanto y por tanto tiempo había padecido su esposa era indigestión y dispepsia, y hubiese tenido unas cuantas botellas de Jarabe Curativo de la Madre Seigel, ambos, marido y mujer, se hubieran ahorrado la dolorosa experiencia por que tuvieron que pasar; ella, por razón de su enfermedad, y él, por razón del cariño y del miedo de perderla.

El color amarillento de que él nos habla era debido á la presencia de la bilis en los tejidos y en la sangre, motivado esto por la falta de funcionamiento de un estómago torpe que la expelise por la vía de los intestinos. Asimismo la bilis, una vez en la sangre (que está compuesta de ácidos y pigmentos), obra como un veneno violento; y esto fué lo que hacía estremecer de dolor los nervios ya debilitados, y arrojado entonces un manto de melancolía sobre el espíritu. Aun en el caso de que el Sr. Sánchez hubiera podido costear los baños de mar, hubieran resultado inútiles; pues lo que se necesitaba era una medicina que depurase el sistema del veneno, que fortaleciese los torpes órganos digestivos y que nutriese los débiles nervios.

Esto es lo que hizo el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como lo hace todos los días con miles de pacientes en todas las partes del mundo.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

COMPAÑÍA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.



PIDANSE LAS ACREDITADAS ESPECIALIDADES DE
CROWN PERFUMERY CO.,
Serie: Etiqueta dorada.
Extractos, Agua de Tocador; Polvos, y Jabon de Tocador.
CUIR DE RUSSIE,
PEAU D'ESPAGNE,
LILAS BLANC,
GARDENIA,
Extra finos y con elegantísimos envases.
Crown Perfumery Co., London.

De venta en Madrid:—Perfumería Inglesa Carrera de San Gerónimo 3; y en todas las buenas Perfumerías.

SUPRIMIENDO LAS
ARRUGAS Y MANCHAS ROJIZAS

la **Brisa Exótica** (agua ó pomada), no se limita á devolver al que la usa la juventud y la belleza, sino que conserva estos dones hasta los más extremos limites de la edad. *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, París*.—Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.

ROYAL WINDSOR

EL CELEBRE REGENERADOR DE LOS CABELLOS

¿Teneis Canas? ¿Teneis Películas? ¿Teneis Cabellos débiles ó que se caen?

SI LOS TENEIS

Emplead el **ROYAL WINDSOR**, este producto, por excelente devuelve á las canas el color y la beldad naturales de la juventud. Impide la caída de los cabellos, y hace desaparecer las películas. Es el solo regenerador de los cabellos que haya tenido medalla. Resultados inesperados. — Venta siempre en aumento. — Exsijase sobre el frasco los palabras ROYAL WINDSOR. — Se halla en casa de los peluqueros y perfumistas en frascos y medios frascos.

DEPOSITO: 22, Rue de l'Echiquier. 22, PARIS

TOS

POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas

MEDICACION TÓNICA

PILDORAS Y JARABE
DE
BLANCARD

Con ioduro de Hierro inalterable

ANEMIA — COLORES PÁLIDOS — RAQUITISMO — ESCRÓFULOS — TUMORES BLANCOS etc., etc.

Exíjase la firma y el sello de garantía.

PARIS
40, rue Bonaparte, 40

ACEITE MORENO-CLARO
DE HÍGADO DE BACALAO
DEL Dr. DE JONGH

CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LEOPOLDO DE BÉLGICA,
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR DE FRANCIA,
COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE ESPAÑA.

PURO Y NATURAL. FACIL DE TOMAR Y DE DIGERIR.
La sola especie que contenga todos los principios curativos.
Infinitamente superior á los aceites pálidos ó compuestos.
Universalmente recomendado por los Médicos mas eminentes.
DE UNA EFICACIDAD SIN IGUAL
contra la **TÍSIS**, las **ENFERMEDADES del PECHO** y de la **GARGANTA**, la **DEBILIDAD GENERAL**, el **DESFALLECIMIENTO** de los **NIÑOS**, la **RAQUÍTIS**, y todos los **AFECTOS ESCROFULOSOS**.

Se vende **SOLAMENTE** en botellas que llevan sobre la cápsula y el rótulo interior el sello y la firma del **Dr. DE JONGH** y la firma de **ANSAR, HARFORD & Co.**—*Cuidado con las imitaciones.*

Unicos Consignatorios, Ansar, Harford & Co. Ltd., 210, High Holborn, Londres.

Se vende en todas las principales Farmacias del Mundo.

---

3 Medallas en las Exposiciones de 1878 & 1889

T. JONES

FABRICANTE DE PERFUMERIA INGLESA EXTRA-FINA

VICTORIA ESENCIA
El perfume mas exquisito del mundo. — Gran surtido de extractos para el pañuelo, de la misma calidad.

LA JUVENIL
Polvos sin ninguna mezcla química, para el cuidado de la cara, adherentes é invisibles.

CREMA IATIF
Se conserva en todos los climas; un ensayo hará resaltar su superioridad sobre los demas Cold-Cremas.

AGUA DE TOCADOR JONES
Tónica y refrescante, excelente contra las picaduras de los insectos.

ELIXIR Y PASTA SAMOHTI
Dentífricos, antisépticos y tónicos, blanquean los dientes y fortelacen las encías.

23, Boulevard des Capucines, 23
PARIS
Depósito en todas la buenas Perfumerias

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST. — 120, rue Oberkampf, París.

SUEÑOS Y REALIDADES
POR
D. RAMÓN DE NAVARRETE.

La mejor recomendación de este ameno libro es manifestar que está escrito por el distinguido cronista de salones y teatros *El Marqués de Valle-Alegre*.

Elegante volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, Alcalá, 23.

OBESIDAD CURACIÓN CIERTA por las **PILDORAS FUNDENTES** DE **TH. GRAS**
Suprimen toda Corpulencia.
Muy eficaces, inofensivas. F^cia, 9, r. Le Peletier, París

FRIO Y HIELO
COMPAÑÍA INDUSTRIAL
DE LOS PROCEDIMIENTOS PRIVILEGIADOS
RAOUL PICTET
Capital: **1.500.000** de francos
MÁQUINAS para la **PRODUCCIÓN** del **FRIO y del HIELO**
Baratas
ENVÍO FRANCO DEL PROSPECTO
16, rue de Grammont, PARÍS

PADECIMIENTOS DE LA BOCA.

Jamás los sufre el que usa á diario el gran preservador de los males dentarios, **Licor del Polo de Orive**, que se vende, á 6 reales, en toda farmacia y perfumería. Madrid, M. García.

Ultima producção
Perfumaria IXORA
ED. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete	de	IXORA
Essencia	de	IXORA
Agua de Toucador	de	IXORA
Pommada	de	IXORA
Oleo para os cabellos	de	IXORA
Pós de Arroz	de	IXORA
Cosmético	de	IXORA
Vinagre de Toucador	de	IXORA

MEDALLA DE ORO EN LAS EXPOSICIONES DE BARCELONA 1888 Y PARÍS 1889
EXTRACTO ELABORADO CON LA MEJOR CARNE DE VACA
DEL URUGUAY

EFICACÍSIMO para combatir la debilidad y enfermedades del estómago, hígado, intestinos, anemia, consunción, etc., y reconstituyente poderoso en la convalecencia.

CARNE LÍQUIDA
(19 POR 100 DE PEPTONA)
del DOCTOR VALDÉS GARCÍA

MONTEVIDEO (AMÉRICA DEL SUR)

Por mayor: M. García, Capellanes, 1.
De venta: farmacia Reymundo, Atocha, 25, y en las más acreditadas.—Representante en España: Rafael Truñó, Fuencarral, 57, segundo derecha, Madrid.

POMADA TANICA
ROSADA para devolver á los *Cabellos blancos su color primitivo.* **FILLIOL**. *53, r. Lafayette, París.*

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES

Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Bénédictins du Mont Majella*, que detiene también su caída y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador, 35, rue du 4 Septembre, París.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen, 2; Aguirre y Molino, Preciados, 1; Urquiola, Mayor, 1*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

FOTOGRAFÍAS INTERESANTES
Catálogo, 59 centimos en sellos de correo.
The Publishing Offices—AMSTERDAM

GOTA **Reumatismos, Dolores.** Curación asegurada con el Bálsamo y el Elixir Dubourg. Frasco: 5 fr. Venta: Farmacia 6, R. Crozatier, París.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, etc., etc. Traducido y anotado por el Dr. P. Colvee, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Hemos recibido los cuadernos 5 á 8 de esta importante obra, que publica la conocida casa editorial valenciana de D. Pascual Aguilar, y su examen nos confirma en la opinión favorable que desde el primer momento formamos del *Manual* de Vanlair. Precio del cuaderno, una peseta.

Cómpluto (Alcalá de Henares). Apuntes para un libro pensado y no escrito, por Javier Soravilla.

La obra del Sr. Soravilla, modestamente llamada por el autor *Apuntes*, es un verdadero poema en prosa, en el que canta las glorias y grandezas de Alcalá de Henares, la vieja Cómpluto, en pasados siglos una de las mas famosas de España por su universidad, y hoy reducida á la humilde condición de ciudad provinciana. Está escrito en estilo brillante, y tiene páginas muy elocuentes y sentidas. Véndese, al precio de 2 pesetas, en las principales librerías.

Impuesto especial sobre el alcohol.

Esta obra, publicada por la *Revista Municipal y Provincial*, contiene artículos de la ley de presupuestos de 5 de Agosto y reglamento de 29 de Agosto de 1893, con epígrafes, notas y otras disposiciones especiales, seguido de un minucioso índice que facilita el conocimiento y rápida aplicación del derecho vigente, por D. Adolfo Galante y Rupérez, abogado del ilustre colegio de esta corte y director de la misma revista. Precio: 75 céntimos.

Impuesto de Derechos Reales.

Obra también publicada por la *Revista Municipal y Provincial*, y debida al mismo Sr. Rupérez. Precio: 1,50 pesetas.

Almanaque Universal para 1894. Este *Almanaque*, publicado en Barcelona, es, como dice él mismo, útil, instructivo y ameno. Administración, Cortes, 276, entresuelo, Barcelona.

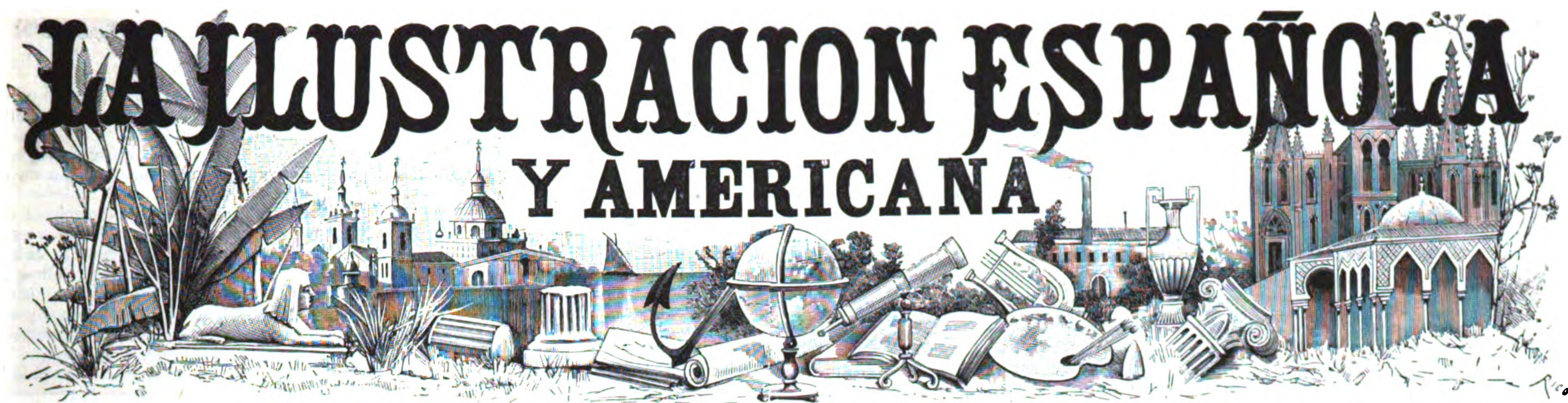
G. R.



ARGELIA.—ESTACIONES AVANZADAS DE LOS FRANCESES EN LA FRONTERA DE MARRUECOS.—EL OASIS DE AIN-SEFRA.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. IV.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Enero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.

ENSUEÑOS.

CUADRO DE Mme. REAL DE SARTE.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón. Nuestros grabados, por D. G. Reparaz. — Embajadas á Marruecos, por don Emilio Bonelli.—Sicilia, Italia y Francia (conclusión), por el excelentísimo Sr. Conde de Coello. — Revista musical, por D. J. M. Esperanza y Sola. — La conjugación de Venecia, por D. Eduardo de Palacio.—El porvenir de Melilla, por D. Adolfo Llanos. — Curiosidades históricas del incienso, por el Dr. Joaquín Olmedilla y Puig, de la Real Academia de Medicina y correspondiente de la de Historia.—El Carnaval de la vida, poesía, por D. Manuel del Palacio — La estudiantina, poesía, por D. José Rodao. — La primera piedra, poesía, por D. José Estremera.— Carnaval eterno, poesía, por don José Jackson Veyan. — Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa. — Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *Ensueños*, cuadro de Mme. Real de Sarte. —*Al baile*, cuadro de Conrado Kiesel. — Costumbres andaluzas: *El patio de una casa de Córdoba un día de Carnaval*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas. — *Salida de un baile de máscaras*, cuadro de D. A. Viniegra. — *Los preparativos*, composición y dibujo de don Joaquín Sorolla. — Costumbres marroquíes: El Carnaval en Safi. — La vida en Melilla: Escenas del campamento. Tiro al blanco.—Melilla: Vista de la parte del campamento de Horcas Coloradas inmediata al cementerio.—La vida en Melilla: Una cantina.—Despedida del general Martínez Campos. El General y su Estado Mayor pasando por el camino de Cabrerizas Bajas en dirección á la plaza.—Marruecos: El *Conde de Venadito* despidiéndose de la Escuadra en aguas del cabo Espartel. — Vista de la ciudad de Marruecos y de la cordillera del Atlas. — La puerta del Cristiano en la ciudad de Marruecos.

CRÓNICA GENERAL.

¡GRANDES sucesos! ¿Estará usted satisfecho?

—¿De qué?—contesté á mi amigo Julio.

—De tener muchos asuntos para su crónica. El discurso de D. Francisco Silvela en el banquete de la redacción de *El Tiempo;* el viaje de nuestra embajada á Marruecos; el atentado contra el gobernador de Barcelona, Sr. Larroca; la reconciliación del emperador Guillermo con el Príncipe de Bismarck, y la toma de Timbuctú por los franceses.....

—¡Alto! Y vamos por partes. No niego que haya sobra de materiales para discurrir, y todos de importancia, pero más á propósito para la prensa política que para nosotros. ¿Quién duda que un discurso de D. Francisco Silvela después de su largo silencio, había de despertar el interés y suscitar discusiones? Fué el asunto del día: reprodujeron el discurso todos los periódicos; le comentaron y subrayaron; miráronle á través, de canto, entre líneas, y le sometieron á todos los análisis. Yo, sin preocupaciones políticas, sólo puedo y quiero ver una triste verdad: que la disidencia que produjo la retirada del poder de los conservadores continúa, y no por divergencia de opiniones, sino de conducta; que hay incompatibilidad de caracteres, y que todo esto pertenece de lleno á la crónica política y no á la nuestra. En cuanto al viaje de la embajada que enviamos á Marruecos, sólo podemos decir que ha empezado felizmente y que los marroquíes la han recibido bien en Mazagán: camino va de Marruecos el general Martínez Campos, escoltado por los askaris, embutido en una silla morisca, y seguido de una caravana militar que acampa en tiendas, y recibe en sus etapas el tributo de alimentos ordenado por las leyes ó costumbres del país, á que nos hemos atenido por cortesía y no sin repugnancia: sólo nos corresponde desear que Dios le guíe y dé á su viaje el término satisfactorio que esperamos.

—Pero el ataque al Gobernador de Barcelona merece comentarios.

—Merece sentirse la desgracia ocurrida á un digno funcionario como el Sr. Larroca, á quien hiere un desalmado disparándole á boca de jarro una pistola; pero ¿es un crimen aislado, ó una venganza anarquista, por la persecución que, en cumplimiento de su deber, hace el Sr. Larrroca? Las versiones oficiales se inclinan á la primera suposición, y en ese caso, es un asunto que debemos dejar íntegro y sin presión moral á la justicia.

—¿Y cree usted en ese aislamiento?

—Le diré á usted. Aun sin complot y sin entenderse unos con otros, se enlazan á veces crímenes distantes, cuando responden á un estímulo igual, que incita á acciones parecidas. Y ese estímulo hacia la rebelión, arma á los unos de bombas para asesinar burgueses en medio de una ópera, y se convierte en otro cerebro en resolución de asesinar á un hombre constituído en autoridad como el Sr. Larroca; ó en dar un grito de ¡viva la Comuna! como hizo el diputado Mr. Thivrier en el Congreso de París, grito que era un desafío dirigido á una Cámara de ideas muy distintas, y había de producir y produjo un escándalo enorme, y por último la expulsión del promovedor del alboroto. Aquel grito equivalía á arrojar moralmente una bomba sin metralla en medio de los bancos. Claro es que Mr. Thivrier no es anarquista, y son distintos los tres casos citados; pero todos pueden darse como hijos de una misma atmósfera moral, que engendra en terrenos muy abonados el crimen monstruoso impersonal y en grande escala; en otros el crimen personal, y en otro una exaltación nerviosa nada más.

—¿Puede usted poner en parangón á un diputado socialista que lanza un grito imprudente, con asesinos?

—Dios me libre de esa injusticia y de esa iniquidad; no, expongo únicamente que cunde la insurrección moral por todas partes, y se traduce en actos muy diversos: en el criminal se convierte en delitos; en el hombre honrado, en actos de exaltación. Y observe usted una cosa: mientras Italia está removida en sus cimientos, Francia desafiada por el anarquismo, éste sofocado en Barcelona con trabajo, y tomando el carácter de bandolerismo en Cádiz, y á pesar de todo, los partidos de estas tres naciones meridionales haciéndose una guerra cruel, cómo los hombres del Norte, los sesudos alemanes, anteponiendo lo principal á lo secundario, dan una prueba de cordura. ¿Y quién la da? El Emperador Guillermo, ese joven al que atribuíamos ideas exageradas acerca de su autoridad, enviando un ayudante al que parecía su enemigo irreconciliable, al Príncipe de Bismarck, á darle los días, remitiéndole su mejor botella de vino para que la bebiese á su salud. Acto generoso á que correspondió el ministro caído trasladándose á Berlín para saludar y ofrecer sus respetos al Monarca, y que produjo un movimiento popular de entusiasmo en la capital de Prusia. ¿Permitirían los rencores meridionales una reconciliación parecida?

—¿Y tendrá consecuencias políticas ese acto?

—No lo dicen los corresponsales; pero creo que los consejos del antiguo Canciller volverán á tener peso en la corte de Berlín, y es de esperar alguna innovación en su política, ya en lo relativo á la represión del socialismo, ya en las relaciones europeas, especialmente con Rusia.

—¿Y debe alarmarse Francia?

—Francia hará lo que le parezca; es decir, guiarse de impresiones momentáneas, como siempre: ahora tiene sus miradas fijas en el Africa: la toma y fortificación de Timbuctú y el camino interior hacia la Argelia.

—¿Y eso puede perjudicarnos?

—Dios lo sabe: bajo el punto de vista de la civilización universal, es una empresa digna de respeto, pero difícil, problemática, y en que ha de gastar mucha gente y muchos millones y arrostrar serios conflictos. Respecto de nuestros intereses, no me atrevo á aventurar una opinión, por faltarme datos importantes: sí diré que al acometer una invasión lenta y peligrosa en el fondo del Africa, Francia se compromete á no suscitar en Europa movimientos que pudieran hacerla fracasar, á menos que busque en ella pretextos indirectos para preparar una sorpresa. ¡La civilización! palabra hermosa que ha servido de disculpa á muchas iniquidades. Y es el caso que, al considerar las consecuencias que de la civilización vamos sacando, casi estoy por creer que convendría dejar sin civilizar una gran parte del mundo, para que nos sirva de refugio cuando tengamos que salir huyendo de las tierras civilizadas.....

—Pero en literatura hay novedades, y no tendrá usted inconveniente en emitir su opinión.....

—Según y conforme: hace un momento creí poder limitarme á acusar recibo y dar las gracias á los autores de tres libros. Al Sr. D. Víctor Balaguer por su nuevo volumen titulado *Añoranzas*, palabra que desea ver en el Diccionario de la Academia, y que le constituye una serie de cartas recordando viajes artísticos y espirituales, digno de la reputación de su autor, y que es una nueva é interesante página de su considerable producción literaria; libro que es muy de estimar por ser una edición no destinada á la venta y con todos los ejemplares dedicados. Al Sr. D. Antonio Retortillo y Vivanco por su elegante volumen de poesías, seguido de un apéndice que contiene tres composiciones de D.ª Ana María y D. Cipriano Retortillo Ibáñez, obra tampoco destinada al público, lo que revela la modestia de su discreto autor, á quien tememos haya de molestar esta ligera referencia, que merece el que cultiva familiarmente, con amor y fácil pluma, la poesía castellana, sin arrostrar la gran publicidad. Y, por último, al reputado periodista D. Carlos Peñaranda, que desde Filipinas nos remite una variada, amena y selecta colección de sus poesías, dedicada á otro amigo ausente y querido, D. Angel Avilés.

—¿Y en qué hallaba usted dificultades? ¿Acaso en el triunfo de Galdós en el estreno de *La de San Quintín?*

—De ningún modo: eso tiene su sección determinada y no me pertenece: sólo me correspondería alegrarme de que un hombre de su mérito haya alcanzado una ovación en el teatro digna de su reputación en la novela. Además no conozco la obra ni asisto hace tiempo á los estrenos: veo las comedias cuando están ya reposadas: si me gustan, manifiesto al autor el placer que me producen y se lo agradezco como verdadero aficionado.

—¿Acaso el libro de poesías de D. Federico Balart?

—Para éste, que esperaba con impaciencia hace mucho tiempo, sólo tengo frases de admiración y de entusiasmo. Le creo un acontecimiento literario. Por las poesías dispersas publicadas, sabía que Balart era un gran poeta, por la profundidad del sentimiento y de la idea, y la propiedad y admirable compenetración de aquéllos con la forma. *Dolores* se titula ese tomito, que es, en efecto, la estética del dolor; un libro ascético, que parece escrito en una celda, ante una calavera, oyendo el doblar de las campanas, meditando á la vez sobre el amor y sobre la muerte; los rumores del mundo y de la vida se extinguen en las páginas del libro; una sola figura aparece y reaparece en el fondo de aquel cuadro poético y sombrío, ya recién amortajada con la toca blanca y el manto negro de los Dolores, ya flotando en los aires para recomendar al poeta el sufrimiento y anunciarle la esperanza. Si el recuerdo de amantes abrazos y de unos labios de rosa empiezan á evocar un pensamiento apasionado, la desesperación sofoca al instante aquella dulzura con sus garras implacables, y el lecho nupcial se convierte en una tumba, y el jardín en una tapia blanca, donde, en vez del árbol del amor, se destacan rígidos cipreses. Sobre todas aquellas composiciones, impregnadas del mismo sentimiento, y distintas por la variedad de formas, y los matices diversos del dolor, y los arranques del poeta, surge una, de la amplitud y vuelo de un poema: titúlase *Ultra*, donde Balart se lanza hacia el allá con toda la velocidad de su robusto pensamiento, á la caída de la tarde, á la hora melancólica de la oración, cuando la niebla cuelga su blanco tul de rama en rama. Allí, considerando la frágil existencia, quiere darse razón del problema eterno de la materia y del espíritu; la duda le envuelve y le atormenta; busca la solución en los sistemas filosóficos; contempla la creación, y en todas partes halla el abismo de lo inexplicable; y en esta angustia, la afirmación de Dios aplaca los latidos de sus sienes y da una ráfaga de aire al que no podía respirar en el vacío. Pero el mal ¿es hechura de ese Dios? Y todo lo que daña se le representa en un cuadro de enérgica belleza; y de idea en idea, halla al fin el consuelo en la bondad de Dios y en su justicia, pero surcando esas inmensidades con aletazos de águila.

—Usted me habla de idea, de sentimiento, de pasión, de profundidad y poesía, pero ¿y la forma?

—Magistral, casi perfecta; si es un libro místico en el fondo, tiene la forma todos los perfumes más castizos de los grandes maestros de la poesía castellana.

—Muy bien en lo relativo al mérito del libro; pero ¿esos sentimientos tan hondos y desinteresados encajan en el egoísmo y frivolidad de nuestra época?

—Antes al contrario: estriba su interés en esa misma disonancia y la dificultad vencida; nada más práctico y realizable que seguir á la multitud en sus caprichos; lo arduo y varonil es lo conseguido por Balart: hacer de un sentimiento personal un acontecimiento público; escribir un libro místico en tiempos de indiferencia y prosaísmo; y escalar las cimas del Parnaso en la vejez. Porque *Dolores* coloca á su autor en un lugar adonde pueden llegar pocos.

—Perdone usted si mi curiosidad vuelve al tema primitivo de sus escrúpulos. ¿Se refería al discurso de recepción en la Academia de la Lengua de D. Francisco Fernández y González, ó á la contestación del Sr. Commelerán?

—De ningún modo: el nuevo académico ha sido colaborador nuestro de la mayor estimación; su discurso versa sobre la influencia de los pueblos más remotos en el lenguaje de nuestra Península, tema á que no alcanzan nuestros estudios, y del cual sólo nos corresponde tomar lecciones en vez de hacer juicio, así como de la respuesta del maestro Commelerán. En fin, ¿á qué prolongar este misterio? Me refería al agasajo que se intenta hacer al poeta Campoamor.

—¿Qué? ¿No le parece á usted bien?

—No es eso: temo que mis observaciones, por tímidas que sean, se interpreten de ese modo erróneo: nadie quiere, venera y reconoce el talento y la obra de ese gran poeta más que yo; sólo siento que á los iniciadores de la idea no se les haya ocurrido en ocasión más oportuna que partiendo del tributo rendido á Núñez de Arce. Genios y temperamentos poéticos distintos, es el poeta castellano, aun en la sencillez clásica de su *Idilio*, de épica y solemne entonación: es Campoamor, aun en su poema *Colón*, la menos personal de sus obras, todo lo contrario: el uno, grave; el otro, picante é ingenioso. Y si se evoca el nombre de Campoamor al ocurrirse el de Núñez de Arce, parece como que se convierte en una pugna de rivales lo que es tan independiente. Más claro aún: resulta como una especie de temor, que rechazo, de que el triunfo conseguido por el poeta Núñez de Arce haya podido molestar al poeta Campoamor, y que haya necesidad de desagraviarle, como si los que hemos acudido con gusto al llamamiento de la Sociedad de Escritores y Artistas hubiéramos cometido una indiscreción ó hubiéramos hecho acto de oposición á Campoamor al festejar á Núñez de Arce.

No hay nada de eso: la Sociedad, agradecida á los largos y penosos servicios de su Presidente, le quiso demostrar su gratitud en la forma más natural, en la de rendir un tributo á su obra poética eminente; y eso se hizo, asociándose al acto las corporaciones é individuos que reconocían esos méritos. ¿En qué resultaba desairado un poeta por el premio concedido á los servicios de otro? Por esta razón, creyendo digno y merecedor á Campoamor de todo premio, de cualquier ovación y gratitud, siento que se haya elegido esta ocasión para indicarlo. ¿Cómo no se les ocurrió antes á esos admiradores, y esperaron un momento en que podía tener ciertas asperezas morales un tributo tan justo y natural? Pero Campoamor y Núñez de Arce no tienen ni culpa ni intervención en estas disidencias de que, por necesidad y á disgusto, he debido hacerme cargo; son celos de la admiración, y nada más, que no desfavorecen á los que los sienten, puesto que su propósito es honrar al mérito literario, que no tiene en España otras ventajas que la consideración y el aplauso. Y descartando, por consiguiente, á don Ramón Campoamor de estas cuestiones de conducta, y una vez pronunciado su nombre venerable y glorioso, creemos indispensable que se dé forma práctica á la idea de significarle la admiración que nos inspira su obra monumental y su gran entendimiento.

—¿Sale usted?

—Sí; á estrechar la mano á mi amigo D. Antonio Garrido, el secretario de esta redacción.

—Comprendo: á darle el pésame por el fallecimiento de su señor padre D. Antonio Garrido y Matós.....

—No pude verle el día del entierro, porque el dolor no le permitió asistir á aquella despedida de un padre cariñoso; cumplimos el deber de acompañarle entre un lucido cortejo de amigos, en que figuraban muchos que tienen en las letras nombres de importancia; cuando se tapió el nicho del venerable anciano, vimos enfrente una tumba ilustre reciente todavía: la sepultura de Zorrilla.

—Le acompaño, si va usted en tranvía.

—¿En tranvía? No; soy fumador, y el Alcalde ha prohibido fumar en esos coches.

—No le falta razón. ¿Ha leído usted *El Nicotinismo* del Dr. Laurent, traducido por el Sr. Ulecia?

—Todavía no, y quédese para la crónica siguiente.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Ensueños, cuadro de Mme. Real de Sarte.—*Al baile*, cuadro de Conrado Kiesel. — Escenas andaluzas: *El patio de una casa de Córdoba un día de Carnaval*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas. — *La salida de un baile de máscaras*, cuadro de D. A. Viniegra. — *Los preparativos*, composición y dibujo de D. Joaquín Sorolla.

Estamos á las puertas del Carnaval, y aun cuando son tantos los asuntos de interés patriótico que se ofrecen á la atención de los españoles, ninguno habrá estos días que se sobreponga al deseo de divertirse lo más y mejor posible. El Carnaval es la cuestión palpitante: hablemos, pues, del Carnaval.

En el grabado de la página primera de este número hallarán nuestros lectores un bonito cuadro, cuyo asunto está

todo en la expresión del único personaje que en él figura. La hermosa protagonista recuerda sin duda las bromas que dió y recibió; mas entre tantas alegrías hay alguna amargura, á juzgar por cierto dejo de desencanto que en su rostro se advierte. Así es siempre el placer en este mundo: mezclado de algún dolor. Mme. Real del Sarte, pintora de *Ensueños*, lo presentó en la Exposición de los Campos Elíseos de París el año pasado, mereciendo la obra el mejor concepto de los críticos más autorizados.

Al baile es otro cuadro de parecido asunto, y de no menor mérito, que nuestros lectores hallarán en la pág. 60. Su autor, Conrado Kiesel, es harto conocido entre los buenos artistas contemporáneos, y no es esta la primera producción que presentamos á nuestros lectores.

En Escenas andaluzas, *El patio de una casa de Córdoba un día de Carnaval* (pág. 64), ha pintado muy bien el señor Huertas un animado cuadro de costumbres andaluzas. La gente de la casa, reunida en el patio, bromea con los máscaras. No faltan, ni guitarras para alegrar la fiesta, ni quien cante y baile, y además, allí está un columpio pendiente de la robusta rama de la parra, para quien desee emociones más vivas. Hay en esta escena animación y alegría propias de aquella tierra.

La *Salida de un baile de máscaras*, de Viniegra, representa otro género de alegría. Las máscaras se despiden, recordando las últimas bromas, en la suntuosa escalinata, formando un conjunto extraño la variedad y riqueza de los trajes. Copiamos este precioso cuadro en la pág. 66.

Los preparativos, como obra de tan notable artista cual es D. Joaquín Sorolla, el autor de *Un día feliz* y *¡Otra Margarita!* está magistralmente entendido y dibujado. El asunto es sencillo. Una mujer, joven y hermosa sin duda alguna, se viste para un baile de máscaras, disfrazándose de valenciana. ¡Con qué cuidado atiende á todos los detalles del disfraz! ¡Qué detenidas consultas al espejo antes de dar por definitivo el detalle más insignificante del tocado!

Todo esto expresado con gran delicadeza y talento de observación, da gran atractivo á *Los preparativos*, que el Sr. Sorolla ha dibujado expresamente para LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, y que hallarán nuestros lectores reproducido en el grabado de la pág. 67.

°°°

COSTUMBRES MARROQUÍES.
El Carnaval en Safi.

Los marroquíes también celebran el Carnaval, por cierto con no menos ruido y algazara que los europeos.

Desde muy temprano acude gran muchedumbre á los sitios públicos, y llena las azoteas para presenciar la fiesta. Las moras, envueltas en velos blancos, esperan el paso de las máscaras. Para que el parecido con Europa sea mayor, algunas de éstas dan bromas, inocentes unas, pesadas otras, tontas las más.

Pronto llegan las comparsas, precedidas, como en España, de ágiles *panderetistas*, que allí son casi siempre mulatos. Siguen á éstos muchas máscaras, vestidas del modo más estupendo: unas disfrazadas de avestruz, otras de cerdo (las cuales inspiran la mayor repulsión), y algunas, de gusto más delicado, se ponen trajes europeos, lo mismo que por acá hay quien se disfraza de moro. (Véase nuestro grabado de la pág. 61.)

Detrás de la comparsa marchan los soldados, que llevan una caja donde recogen los ochavos que los curiosos les dan, pues tampoco se olvidan de postular, siendo éste el principal propósito de los enmascarados.

Hasta en esto se advierte la semejanza de costumbres de los países de ambos lados del Estrecho.

Safi es población importante y el puerto de mar más próximo á la ciudad de Marruecos, de la que sólo dista 152 kilómetros. Creen algunos autores que la fundaron los cartagineses. Rodéanla altas y fuertes murallas y fosos. Tiene una ciudadela que construyeron los portugueses, y que ahora se halla en ruinas.

Safi no ha sido elegida para el desembarco de la Embajada española por ser su rada muy peligrosa. Es puerto de la provincia de Abda, muy rico en cereales. La mayor parte de su comercio es con Inglaterra, Alemania y Noruega.

°°°

MARRUECOS.
Vista de la ciudad y de la cordillera del Atlas.
La puerta del Cristiano.

En Marruecos se halla el Sultán, y á dicha ciudad va por tanto la embajada española, seguida de la curiosidad de toda España. Por esta causa creemos que nuestros lectores verán con gusto algunas noticias relativas á aquella capital.

Marruecos se halla, según puede verse en el croquis de los itinerarios de Mazagán y Mogador que hemos publicado, á poca distancia del Tensif, en un afluente de este río, en deliciosa posición, muy parecida respecto del Atlas á la de Granada respecto de Sierra Nevada (véase nuestro grabado de la pág. 73). Como la historia del Moghreb y la de España son una misma, encontramos allí recuerdos importantes muy relacionados con sucesos ocurridos en la Península.

Marruecos (Marrakesh el Hamra) se levanta á 40 kilómetros de Agmat, la metrópoli de los Lamtuna ó Almoravides *(Mrabiten)*, los que vencieron á Alfonso VI en Zalaca, llegaron hasta Madrid, dominaron aquende el Estrecho hasta las Sierras de Guadarrama y Gredos, y pusieron en gravísimo trance de muerte á la Reconquista.

Tiene la ciudad 12 kilómetros de contorno, sin incluir el inmenso jardín del palacio Imperial. En la muralla ábrense siete puertas, que dan entrada á otras tantas calles, las cuales son al principio anchas y medianamente limpias, pero luego se estrechan, tuercen y confunden con infinidad de callejuelas sumamente sucias. Desde que Fez es capital del Imperio ha venido Marruecos muy á menos. Era antes gran centro industrial; pero ahora hasta sus famosos tapices son menos estimados que los de Rabat. La principal industria que conservan sus habitantes es el cultivo de sus huertas y jardines, que se dilatan hasta la sierra y son verdaderos vergeles.

Los habitantes de aquella comarca son berberiscos puros, hermanos de raza de los rifeños, y muy próximos parientes nuestros, lo que se conoce fácilmente sólo con un superficial estudio del individuo.

Más de una vez ha tenido que ir el propio Emperador á reducir á los berberiscos de Marruecos, gente muy independiente y levantisca. En 1860 levantáronse contra su poder los rahama, y no se sometieron hasta la toma de la zauia de Ben-Sassi.

De los principales monumentos de Marruecos son la Torre de los Kotubia ó de los *Escribientes*, hermana de la de Rabat y de la Giralda, y la puerta del Cristiano, de la que publicamos una reproducción en nuestro grabado de la página 73. La cordillera del Atlas es una de las principales de Africa, y los antiguos la creían la más alta del mundo, de cuya creencia nació la leyenda del gigante Atlas sosteniendo sobre los hombros la bóveda celeste. Las cumbres más elevadas encuéntranse á partir del meridiano de Marruecos hasta las fuentes del Muluya, y aunque no han sido medidas todavía, se calcula con fundamento que pasan bastante de 4.000 metros, conservando la nieve todo el año.

Tal vez algún lector quiera saber qué fundamento tiene la costumbre que van adquiriendo ciertos corresponsales de llamar á Marruecos Marraquech, y si este nombre es más verdadero que el otro. A los que tengan esta duda, diremos, para satisfacción de su deseo, que no hay ningún motivo para alterar la ortografía del nombre de aquella ciudad.

Marraquech, ó, mejor dicho, Marraquex, es voz más parecida á la que emplean los marroquíes que Marruecos; pero si la admitimos, también será fuerza que digamos: Sbú, por Sebú; Megn, por Mequinez; Rbat, por Rabat; Sla, por Salé; Fas, por Fez; Dar-el-Beida, por Casa Blanca; Sueira, por Mogador, con otra porción de novedades que en nación tan ajena á los estudios geográficos como, por desgracia, es España, pondría al 999 por 1.000 de los curiosos en gravísimos aprietos.

Por tanto, los que dicen Marraquex son africanistas neófitos, de los muchísimos que hay ahora, y cuya erudición geográfica trae bien descubierto el sello de la influencia francesa. Marruecos hemos dicho siempre en España, y Marruecos debemos decir en adelante.

°°°

VIAJE DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS Á MAZAGÁN.

El 18 del corriente salió de Melilla el general Martínez Campos, dejando las funciones que allí desempeñaba por las no menos importantes de embajador extraordinario de España en Marruecos.

La salida fué tan solemne como podía esperarse. Formaron la carrera todas las fuerzas de infantería, los dragones de Santiago y la Artillería, ocupando gran parte del campo de instrucción. El espectáculo era hermoso, presenciándole desde la plaza y las alturas vecinas gran muchedumbre de curiosos. Nuestro primer grabado de la pág. 72 muestra el aspecto que presentaba el camino de Cabrerizas Bajas al paso del general Martínez Campos, seguido de su Estado Mayor.

Bajaron hasta el muelle á despedirle el Bajá del campo, el Coronel de askaris y un secretario del príncipe Muley Araaf, siendo mucho más atendidos y agasajados de lo que nunca pudieron esperar.

El General embarcó á las cuatro de la tarde en el *Pelayo*, siendo saludado por los fuertes de la plaza con quince cañonazos. De aquel acorazado pasó al *Conde de Venadito*, en el que hizo el viaje hasta Mazagán.

Por la noche, á primera hora, los barcos de guerra encendieron todos los reflectores, iluminando el campo y las montañas vecinas con los vivos destellos de la luz eléctrica. A las diez de la noche hiciéronse todos á la mar con rumbo al Estrecho. Formaban la escuadra el *Pelayo, Reina Mercedes, Reina Regente, Alfonso XII, Isla de Luzón, Legazpi* y *Temerario*, los cuales acompañaron al *Conde de Venadito* hasta doblar el cabo Espartel. Nuestro segundo grabado de la pág. 72 muestra á aquél despidiéndose de la escuadra por medio del telégrafo de banderas. El *Conde de Venadito* siguió á Mazagán, á donde llegó sin novedad.

°°°

MELILLA.
Escenas del campamento.—La parte del de Horcas Coloradas próxima al cementerio.

Los grabados de la pág. 69 reproducen diversas escenas y vistas del campamento que nuestras tropas tienen en Melilla, tomadas magistralmente del natural por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.

En el primer grabado vense algunos soldados jugando, mientras en el segundo otros se ejercitan en el tiro al blanco.

En el tercero, se ve la parte del campamento situada junto al cementerio, es decir, las tiendas de Horcas Coloradas más próximas á la plaza. Cuenta alguien que allí estuvo, que una de las cosas de que principalmente carecieron los soldados acampados en aquella parte fué de buenas aguas, pues los primeros días bebieron la de un pozo, procedente del citado cementerio; el general Ortega mandó poner centinelas de vista al pozo, para que nadie bebiese de ella, pero así y todo, fué milagro que no hubiese muchos enfermos por esta causa.

En el grabado último aparece en primer término una de las cantinas á donde acudían á surtirse los soldados de lo que necesitaban. Cerca de ella hay grupos que descansan al sol, jugando unos y charlando otros. Ocios forzosos de la vida de campamento.

Ahora es algo diferente el aspecto del campo de Melilla. Los aprestos guerreros son menos ruidosos, y las tropas en menor número. Pronto volverá á nacer la calma más completa; quedarán en aquel campo fronterizo pocos soldados, y así permaneceremos hasta que los rifeños vuelvan á atropellarnos.

G. REPARAZ.

EMBAJADAS Á MARRUECOS.



Se ha dicho ya que Marruecos es un país originalísimo y muy poco conocido. Esta es una gran verdad que conviene repetir á cada instante hasta modificar nuestra conducta y evitar torpezas é imprevisiones que tan caras cuestan á la nación.

Sin poseer algunas nociones de la vida social y política del pueblo que domina esa feracísima región septentrional del Atlas, no es posible encauzar la opinión para garantir la defensa de sagrados intereses patrios en esos territorios. Sin el conocimiento de la razón de existencia del Imperio marroquí, proclamada como indispensable por las principales naciones, á fin de mantener el equilibrio europeo á despecho de las encontradas ambiciones, suspicacias y recelos que devoran á los Estados más poderosos del viejo continente, no es posible determinar el alcance de nuestra misión en el Mogreb, ni los sacrificios que nuestra posición geográfica nos impone. Sin dirigir, de vez en cuando, una ojeada sobre la historia, origen y solución de los conflictos que en los últimos cincuenta años parece complacerse la corte de los Sherifes en provocar casi periódicamente, es imposible establecer sobre reglas fijas el sistema más ventajoso de colonización y desarrollo de intereses mercantiles en nuestras posesiones de Melilla y Ceuta. Sin recordar las zozobras que producen estos conflictos en los Gabinetes europeos más interesados en el predominio del Mediterráneo, sería imposible justificar el proceder de la diplomacia internacional, la falta de cumplimiento de lo estipulado en diversos tratados y la tolerancia de que es objeto el Sultán para contrarrestar toda clase de influencias que, á impulso de las leyes del progreso, modifique en la manera de ser actual de su Imperio.

Parecería absurdo, en cualquier otro Estado, que el Cuerpo diplomático extranjero permaneciese alejado—á veces á distancias tan enormes como la que representan 700 kilómetros en un país sin vías férreas ni siquiera carreteras—de la corte *cerca* de la cual se halla acreditado. Esto sucede en Marruecos, y, desgraciadamente, hoy es inevitable.

En las Cámaras inglesas tratóse de poner remedio á esta situación. El debate fué importante; pero de los argumentos empleados por los que pedían una reforma tan radical se desprende que aquellos diputados, hallándose animados de los mejores deseos, desconocían en absoluto los verdaderos términos de la cuestión.

El Sultán de Marruecos y los dignatarios de su corte, que constituyen lo que ha dado en llamarse su Gobierno, no tienen residencia fija: en Fez, Mequinez, Rabat y Marruecos existen palacios que S. M. Sherifiana habita temporalmente, cuando satisface á sus caprichos, á sus necesidades políticas de carácter interior ó exterior. Si las legaciones se trasladaran de Tánger á Fez, por ejemplo, esta capital sería muy poco frecuentada por el Sultán: las negociaciones sufrirían todavía mayores aplazamientos que en la actualidad, habría necesidad de vencer grandes dificultades para mantener rápidas y continuas relaciones con Europa, y el Emperador conseguiría siempre evitar la presión de cualquier potencia, y con su astuta diplomacia prolongar indefinidamente las reclamaciones de los plenipotenciarios ó cónsules hasta hallar una solución satisfactoria.

Preciso es reconocer que esta conducta aleja el temor de inminentes complicaciones para Europa, y especialmente para nuestra patria, que no podría presenciar con indiferencia los sucesos que al otro lado del Estrecho habrían de desarrollarse si el Gobierno de S. M. Sherifiana, reconociéndose demasiado débil para impedir una invasión en sus dominios, no supliese esta falta de fuerzas con la habilidad y astucia que todos le reconocen, á fin de rehuir los más graves conflictos.

* * *

Por esta razón se hace necesario con frecuencia enviar embajadas ó misiones diplomáticas á la capital del Imperio, donde el Sultán reside accidentalmente, para ultimar negociaciones, sin recurrir á la intervención ó mediación del Ministro de Relaciones exteriores que Muley Hasán tiene acreditado en la capital diplomática del Imperio.

De derecho corresponde á España la supremacía en esta clase de embajadas, por las concesiones, ventajas y favores dispensados á nuestros plenipotenciarios. Pero, como de costumbre, careciendo nuestro país de política colonial y exterior, estos beneficios sólo han sido explotados por otras potencias, con grave detrimento de nuestros intereses.

En tiempo de Carlos III las relaciones entre



AL BAILE.

CUADRO DE CONRADO KIESEL.



COSTUMBRES MARROQUÍES.—EL CARNAVAL EN SAFÍ.

(De croquis del natural por D. Alejandro Cánovas.)

España y el Imperio del Mogreb afectaban un carácter de cordialidad, que hábilmente explotado hubiera producido incalculables beneficios á nuestra patria. Su sucesor Carlos IV, inspirándose en igual política, y con el objeto de estrechar con nuevos lazos las relaciones que existían con la corte de los Sherifes, dispuso en 1799 enviar una misión especial al Sultán, confiada al plenipotenciario D. José Manuel González Salmón, con el encargo de ratificar los tratados de amistad existentes y convenir otros nuevos que garantizasen la vida y los intereses de nuestros compatriotas en aquel Imperio.

Esta es una de las embajadas que mayor resonancia tuvo en el Mogreb. Bien que en aquellos tiempos era aventurado pensar en conquistas que los modernos adelantos de la ciencia han hecho más fáciles, ó porque los Gobiernos de Europa fuesen menos exigentes con los moros, es lo cierto que esta misión diplomática obtuvo un éxito extraordinario, un triunfo señaladísimo; y el Sr. Salmón, á despecho de intrigas de las otras naciones, creía de buena fe que en lo sucesivo desaparecerían los antagonismos de religión y raza, y pronto quedaría transformado el «odio en amistad, la persecución en beneficencia, y en mansedumbre, confianza, libertad y vida el cautiverio, las cadenas, los grilletes, las penosas fatigas, la desesperación y la muerte.»

¡Hermosas ilusiones!

***

No puede ocultarse que estas misiones diplomáticas ejercen siempre—salvo contadas excepciones—saludable influencia para el desarrollo de la civilización y reforma de las costumbres en el Imperio marroquí. El esplendor y boato con que se procura rodear una embajada; los halagos, atenciones y ostentosas manifestaciones de simpatía que el Sultán y magnates del Gobierno prodigan al embajador y á su comitiva para deslumbrarles con sus agasajos y apartar de su pensamiento toda petición exagerada ó temeraria que pueda entibiar las relaciones de mutua amistad, producen sus naturales efectos entre aquellas fanáticas masas populares, si el plenipotenciario tiene la habilidad y discreción necesarias á fin de tocar tan sólo los resortes más apropiados, y, sin herir susceptibilidades ó atentar á los fueros de la tradición religiosa, consigue el éxito de las negociaciones dentro de una correcta energía.

La comitiva de una embajada es siempre numerosa, no tan sólo por razón del personal necesario para su servicio, sino también por el acompañamiento de kaids y soldados de caballería (*mejasnia*), que es de rigor en semejantes casos, enviados por el Sultán para tributarle los honores debidos á su alta representación.

Rompen la marcha unos veinte soldados de caballería, cuyo vistoso y variado traje forma una nota amena y agradable; sigue después el personal de la embajada, y cubre la retaguardia otro destacamento de caballería, en caprichoso orden de formación. Las tiendas de campaña, los equipajes, sirvientes y provisiones se envían de ordinario con anticipación al punto señalado de antemano para pernoctar, con objeto de que el campamento se halle establecido á la llegada de la embajada.

Los kaids, ó gobernadores de las kabilas del tránsito, reciben á la comitiva en los límites de su jurisdicción, acompañándola mientras recorren su territorio. Después de los saludos de rúbrica, de las manifestaciones de amistad y regocijo por tan elevada visita, cumplen de modo espléndido la orden del Sultán para que la embajada no carezca de cuantos artículos produce la comarca cuyo mando ejercen.

La obligación de abastecer durante el tránsito á una embajada, ó entregarle la *muna* (provisiones), como se conoce vulgarmente, ha sido objeto de grandes censuras, por considerarla una usurpación vejatoria para los ya esquilmados habitantes de los aduares. Sin embargo, los que, fundándose en un principio irrebatible de justicia, creen que los plenipotenciarios no debieran permitir que su sostenimiento dependiese de las kabilas, desconocen la manera de ser de aquel Imperio. Allí donde el Sultán viaja con un ejército de tres ó cuatro mil hombres, imponiendo á las tribus el deber de cuidar de su abastecimiento, y considera este proceder como el medio más eficaz de que se reconozca por todos su indiscutible autoridad y el acatamiento de sus soberanas disposiciones, la obligación de atender á las necesidades de los Representantes europeos que oficialmente recorren los dominios de S. M. Sherifiana imprime un carácter especial, es muestra de consideración y respeto á la nación que representan, y si de estas atenciones se prescindiese, perderíamos una fuerza moral de que no estamos muy sobrados. Claro está que entre el uso de este casi derecho y el abuso de una costumbre ya tradicional, existe una gran distancia que á nadie aconsejaríamos se permitiera salvarla. Esta *muna*, además, se hace extensiva al acompañamiento de indígenas y escolta del Sultán; y como el musulmán conoce el proceder de sus autoridades, persuadido de que no habría de llegar á sus manos el importe de los géneros ó artículos que entregara, seguramente se tropezarían con graves contrariedades para el abastecimiento de la comitiva de una misión diplomática, si pretendiéramos satisfacer á sus dueños los productos del país recibidos.

En los momentos actuales, aun prescindiendo del interés que el Sultán tiene en obsequiar al ilustre general Martínez Campos, no se tropezarían con grandes dificultades para adquirir cuantas provisiones necesitara. El trayecto que ha de recorrer es relativamente corto y de los más ricos del Imperio. La Embajada tiene que atravesar la feracísima tribu de Dukala, considerada como el granero principal del Mogreb (1); á izquierda del camino que conduce á Marruecos se halla la kabila de Schauia, de donde se exportan anualmente, y sólo para España, unos tres millones de pesetas en garbanzos, habas, maíz y alpiste; á la derecha, la de Abda, famosa por sus excelentes caballos de raza árabe, y ya próximo á la capital, es necesario atravesar una parte de la de Rahamna, también feracísima y muy poblada.

Al acercarse la comitiva á la residencia del Emperador, los agasajos se multiplican y empiezan las manifestaciones con más animación y bullicio. Cada personaje marroquí que se adelanta—según ritual—á recibir á la embajada, repite varias veces: «¡Seáis bien venidos!», y los *mejasnias* que escoltan á estos dignatarios de la corte Sherifiana juegan la pólvora—*laab-el-barud*—con la destreza que todos les reconocen, y se suceden casi sin intermitencias las descargas, gritos y carreras como muestra de regocijo, que en Marruecos está siempre en proporcion de la cantidad de pólvora que se consume.

Después de varias y á veces enojosas ceremonias y trámites, el Sultán recibe en audiencia pública, al aire libre, al Embajador y á su comitiva, que debe acercarse á pie, previos los saludos ordinarios. Presenta el jefe de la misión sus credenciales y al personal de la embajada, mientras el descendiente de los Sherifes permanece á caballo, rodeado de sus dignatarios ó ministros. Este acto es de un efecto sorprendente, brillante, de un colorido artístico imponderable, y cuya descripción, además de ser enojosa porque nos obligaría á aumentar considerablemente las proporciones de este artículo, resultaría pálida ante la realidad.

Hasta hace poco tiempo no se obligó al Sultán á que, antes de despedirse del embajador en esta solemne recepción y dar la vuelta para retirarse, hiciera retroceder su caballo á distancia prudencial; y últimamente, un ministro francés—si mal no recuerdo—permaneció cubierto durante esta presentación, alegando que no podía descubrirse mientras S. M. Sherifiana estuviese montado. Sería de desear que el ilustre general Martínez Campos desterrara este y otros detalles de estos actos, que son depresivos para los representantes de pueblos civilizados, y que sólo sirven para envalentonar á los sectarios de Mahoma y arraigar en aquel pueblo absurdas creencias de superioridad sobre los habitantes de Europa.

***

Antes de empezar las negociaciones diplomáticas, es de rigor el cambio de visitas, invitaciones y conferencias con el Visir, el *Kaid el Meschuar*—especie de introductor de embajadores—el Bajá y algún otro personaje que ejerce cargos similares á los de nuestros ministros. El Visir y dignatarios del Imperio invitan á su mesa al personal de la Embajada; y en estas comidas, donde se hace alarde de derroche de manjares y de exquisita galantería, suelen ofrecerse incidentes curiosos, á veces cómicos, por las especiales costumbres de los sectarios del Profeta, que no siempre son bien comprendidas ni toleradas con la cortesía á que son acreedores.

Para entorpecer la vida del europeo en las poblaciones del interior del Mogreb, contrariando lo estipulado en tratados internacionales, y fingir peligros imaginarios, puesto que las autoridades locales tienen sobrada fuerza moral y material para hacer respetar todos los convenios, se ha tolerado que un soldado ó *mejasnia* acompañe al cristiano en sus excursiones por los alrededores de la ciudad y aun en las mismas calles. El lujo de guardias que escoltan al personal de la embajada es verdaderamente incomprensible, puesto que no necesita de semejante garantía para disfrutar de las atenciones compatibles con el exagerado fanatismo de los indígenas.

Con este sistema se obtiene un resultado contraproducente. Los individuos de la embajada—especialmente aquellos que entienden el árabe—podrán escuchar, no obstante la presencia de los guardias, maldiciones y denuestos que salen de entre la muchedumbre á su paso y brotan hasta de labios de angelicales criaturas, produciendo verdadera pena ver aquellos inocentes niños amamantados en el odio al *infiel*, por antagonismos de raza y religión. Generalmente con grande inoportunidad, los *mejasnias* suelen repartir algunos bastonazos sobre los grupos que, interceptando el paso, contemplan el aspecto, para ellos extraño y curioso, que ofrece el cristiano; espectáculo gratuito que tiene también muchos aficionados en los países de la culta Europa.

El edificio que el Sultán suele destinar en Marruecos para residencia del Embajador—la Mamunia—es un palacio de buenas condiciones, rodeado de jardines, con la comodidad relativa y amplitud necesaria donde alojar un personal numeroso. Los encargados de atender á todas sus necesidades cumplen este cometido con grande esplendidez, y S. M. Sherifiana, una vez terminadas las negociaciones, haciendo gala de su munificencia, envía caballos, sillas de montar lujosamente adornadas, sables con guarniciones de plata y terciopelo, tapices, almohadones bordados en oro y otros objetos, como regalo para el Embajador y personal agregado á la misión diplomática.

En esta ocasión, por el carácter extraordinario de la Embajada, por las gravísimas cuestiones que la motivan y el prestigioso nombre del General ilustre que representará á España en la corte de los Sherifes, será mucho mayor la importancia de la misión y de más trascendencia los resultados que en las conferencias y negociaciones se obtengan.

Solamente desconociendo á la diplomacia marroquí se puede desconfiar de que Muley Hasán se preste, desde el primer momento, á satisfacer á España en la medida del agravio inferido; y aun cuando nosotros no podemos prescindir de la parte de responsabilidad que nos corresponde en este desdichado asunto, por la falta de previsión que informa nuestra política en Africa, seguramente no se ocultará al Gobierno ni al invicto general Martínez Campos la necesidad de que la reparación sea de tal índole que produzca efecto decisivo, entre los vasallos del Sultán, por su carácter aparatoso y ostensible.

Es el único recurso que hoy nos queda para dejar á salvo el prestigio de nuestra bandera en el Mogreb, y la mejor garantía contra nuevos atentados de un pueblo fanático y altivo hasta la temeridad.

EMILIO BONELLI.

(1) En una hermosa poesía árabe, se dice: «Si Dukala tuviera doble extensión de terreno, el camello de trigo costaría cinco céntimos.»

SICILIA, ITALIA Y FRANCIA.

Conclusión.

E pretende que el actual movimiento siciliano venía preparado de larga mano, y que la fiesta de la Epifanía había sido señalada en Palermo con nuevas vísperas sicilianas, aunque esta vez no ya contra los franceses dominadores de la patria, sino contra las mismas tropas defensoras de la dinastía de Saboya y de la unidad itálica, en favor de las cuales los liberales sicilianos, lo mismo en 1848 que en 1860, habían aclamado un príncipe de aquella dinastía y realizado la leyenda de Marsala. La revolución debía extenderse como reguero de pólvora en las regiones más apartadas de la isla, á fin de obligar á las tropas, que no llegaban entonces á 20.000 soldados, á dividirse infinitamente; y una vez esparcidas en la isla, dar el gran golpe en Palermo, Catania y Messina. El Gabinete Crispi llegó al Poder en estas coyunturas. Por un momento su jefe se hizo la ilusión de que, el venir representando hace muchos lustros en el Parlamento á Palermo, su patria, y el haber sido lugarteniente de Garibaldi con los *Mil de Marsala* en los tiempos heroicos de la revolución siciliana, le prestarían fuerza bastante para dominar la situación. Como prueba de confianza, retiró de los mares de la isla la gran escuadra que en sus puertos permanecía después de los honores dispensados á la flota de la Gran Bretaña; y prometiendo visitar aquel territorio, centro de todas sus simpatías, anunció su propósito de presentar al Parlamento propuestas aliviando los derechos de consumos, disolviendo todos aquellos ayuntamientos que desde antiguo venían constituyendo en sus familias y adheridos una oligarquía municipal más dañosa al pueblo que las antiguas aristocracias territoriales, preparando á la vez algunas franquicias comerciales en favor de los puertos de Sicilia. Pero los más terribles excesos desvanecieron ilusión tan patriótica. Partinico, Giardinello, Mon-

reale, Lezcara, Valguarnera, Trápani, Catania y otras muchas poblaciones, desde las villas de 3.000 habitantes, hasta Palermo, donde se tuvieron comicios muy alarmantes y se realizó la explosión de bombas, aunque por fortuna sin desgracias, se convirtieron en teatro de las luchas más sangrientas, que las tropas, provocadas una y otra vez, tuvieron que sofocar en sangre, no sin que al lado de numerosos muertos y heridos del pueblo, resultasen diversos militares víctimas; mientras en algún punto debieron su salvación á escapar de la ola ascendente, ó á poder fortificarse en algunos edificios, dentro de los cuales sostuvieron un verdadero sitio. Pretores (nombre que se da en Italia á ciertos magistrados), numerosísimos funcionarios del Fisco, sindacos ó alcaldes de las poblaciones, han sido muertos ó heridos, especialmente en Valguarnera; y mientras se asaltaban las cárceles para poner en libertad á los presos, dando así nuevo alimento al incendio, éste llevaba el fuego á todos los edificios centro de exacciones para el Municipio ó para el Estado. Y tomado por la plebe el gusto, se incendiaban y saqueaban también las casas de muchos pudientes, especialmente de aquellos que ejercían una influencia en los Ayuntamientos, de cuya acción se quejaba el pueblo. En Castelvetrano se armó toda la población, dirigida por los *Fasci*, y en Pietrapezzia fué el presidente de esta asociación socialista quien sustituyó al presidente del Municipio en sus funciones. En Siracusa, en Catania, en Trápani y en Messina, las manifestaciones tenían lugar al grito de ¡vivan los mártires del hambre y viva el socialismo!

⁂

No era posible esperar más, en vista de esta marea creciente. Los Ministros, reunidos en Roma bajo la presidencia del Rey, quien en los recibimientos de primero de año se había preocupado profundamente con los senadores y diputados de Sicilia sobre la situación de la isla, diciéndoles confiar en que el patriotismo de cuantos aman la patria italiana evitaría que la región patriótica por excelencia hiriese á Italia en su corazón, decidieron enviar á Palermo al teniente general Morra de Lavriano, quien hace tres meses, en los grandes desórdenes de Nápoles cuando los asesinatos de Aguas Muertas, dió pruebas de supremo tacto y salvadora energía, confiriéndole poderes extraordinarios y reuniendo en él las funciones de las autoridades civiles de la isla. Simultáneamente, y convocándose los soldados de la reserva pertenecientes á los cuerpos de ejército de Nápoles y Sicilia, se expedían por mar y tierra seis brigadas destinadas á unirse á las otras tres divisiones del ejército existentes en Sicilia, mientras la escuadra volvía á sus puertos y se proclamaba la ley marcial y el estado de sitio. En el regio decreto Crispi y los demás ministros decían que las condiciones de Sicilia, abandonada en su régimen social hacía tiempo, eran tan graves, que las medidas ordinarias no bastaban ya para salvarla. Plebes ignorantes é ilusas, guiadas por individuos avezados á toda clase de delitos, cometen doquiera saqueos, incendios, asesinatos y rapiñas. Urgen remedios excepcionales, como excepcional es la acción malvada de los enemigos de la patria, cuyo centro de acción estaba en el *Fascio* central de Palermo. Sólo así podrá devolverse la paz, de que tanta necesidad siente la vida normal de un pueblo civilizado. A la declaración del estado de sitio siguieron los edictos de la autoridad militar, como en plaza sitiada. Pero todo ello no fué bastante para impresionar á los *Fasci*, los cuales, «aceptando, decían en su Manifiesto, el desafío lanzado oficialmente al pueblo siciliano», anunciaban en su proclama que sólo depondrían su actitud salvadora de las clases desdichadas cuando se les concedieran las mejoras imperiosas á que tienen derecho. Desde luego reclamaban la supresión de todo impuesto sobre las harinas, la modificación de los contratos agrarios, la fijación de un mínimum de salarios y un máximum de horas de trabajo, el establecimiento de sociedades colectivas populares, á quienes se entregasen, para su cultivo, las tierras incultas de los grandes propietarios y municipios, del Estado y del patrimonio eclesiástico que no hubiesen sido ya vendidas cuando la revolución siciliana de Garibaldi, quien expropió á la Iglesia, reclamando que para esta conversión de la propiedad, verdaderamente socialista y comunista, se señalasen en el presupuesto general del Estado veinte millones de liras, á fin de suministrar instrumentos de trabajo y máquinas á las clases laboriosas y mejorar la explotación, hoy penosísima, de las minas de azufre.

Llegado el conflicto á su punto álgido, el general Morra de Lavriano, usando de sus facultades extraordinarias, en constante contacto con el Gobierno supremo, habiéndose logrado casi milagrosamente impedir que los revoltosos cortasen el cable submarino que enlaza la Sicilia con el resto del reino, se decidió á proceder á la prisión de los miembros constituyentes el *Fascio* central en Palermo, y de los presidentes de aquellos otros que, como en Messina, Marsala y Catania, aparecían más complicados en el movimiento insurreccional. Entre los arrestados, no sin dificultad, se cuenta el diputado socialista por Sicilia y vocal del *Fascio* de Palermo, De Felice, suceso que ha causado una grande impresión, por ser el único hecho de esta clase ocurrido en Italia desde 1862, cuando el general Lamarmora, que también ejercía poderes extraordinarios en Nápoles, tuvo que prender á otro representante de la nación, implicado en gravísimos desórdenes de la Tierra de Labor y de la Calabria. Agitada esta última ahora como lo estuvo entonces, aun cuando los diputados radicales y socialistas han protestado contra la prisión de su colega, acudiendo en son de agravio al presidente de la Cámara, Zanardelli, la generalidad de las personas pensadoras, y cuantos tienen algo que perder en Sicilia, aplauden la energía del General y del Gobierno, y lo excitan á completar su obra disolviendo por completo los *Fasci* de Sicilia. Parece positivo que así lo harán, esperándose tan sólo á que hayan llegado todas las fuerzas enviadas á los diversos puntos de la isla, debiéndose el acto completarse simultáneamente en toda Sicilia. En los momentos en que escribo, la disolución se realiza en las grandes ciudades, y el desarme en toda la Sicilia. Las últimas noticias revelan notable mejora en la situación de la isla.

El gabinete Crispi, al subir al poder tras la triste administración Giolotti, dejando adivinar al Parlamento que tal vez nunca, después de Novara, había sido tan grave la situación de Italia, pidió á los partidos la tregua de Dios á nombre de la patria. Los *Fasci* sicilianos no han querido concedérsela. Esperemos los que amamos la Italia que la imponga la conciencia y el patriotismo de la nación. Aparte la simpatía, lo recomienda la salvación del orden social en Europa. Cuando los procesos de Vaillant y de Pallás con sus émulos revelan qué lazo une á todos los anarquismos europeos, sólo los insensatos pueden aplaudir la indiferencia de aquellos pueblos ó gobiernos que se niegan á concertar una acción social, ó que á rivalidades internacionales sacrifican el bien supremo de la paz social. Esta fatal política de pesimismo que el Príncipe de Bismarck inició respecto de la Francia, sin impedir por ello que la República, afianzándose, haya encontrado la poderosa alianza del Imperio moscovita, sería aún más fatal para las naciones latinas continuarla por Francia respecto á Italia. La opinión en España no se asociará jamás á ella; y los sucesos de Chicago, como las empresas de Ravachol y de Vaillant, dicen bien elocuentemente que, como el nihilismo en Rusia, la anarquía socialista no distingue entre monarquías y repúblicas.

Conde de Coello.

REVISTA MUSICAL.

R. P. Eustoquio de Uriarte.



Mi respetable y querido amigo: Ya que los deberes de su sagrado ministerio, y los trabajos á que en bien del arte se halla dedicado, le tienen retenido en el severo monasterio escurialense, y por si esto no fuera bastante, los salones donde se rinde culto tranquilo, pero entusiasta, á la música instrumental, están cerrados por la maledicencia egoísta á los que no forman en la fila de los mundanos, como con sobrada verdad me hace notar en la primera de sus interesantes cartas, que ha dado á conocer la revista agustiniana *La Ciudad de Dios*, créome no ha de llevar á mal el que trate de atenuar, aunque en escasa medida, los efectos de su ausencia, contándole algo que estoy seguro ha de interesarle, no por lo que mi relato valga, sino por el asunto objeto de él.

Ese algo créome yo que lo habrá adivinado, sabiendo que aun puede decirse suena el ruido de los aplausos con que dieron fin las sesiones que este año ha celebrado la Sociedad de Cuartetos, dirigida por nuestro amigo el insigne maestro Monasterio, y conociendo la afición decidida, por no decir el culto, que al género de música que la misma cultiva profesamos usted y yo hace largo tiempo.

Prueba bien clara de esto último, en lo que á usted se refiere, son sus mismas palabras, en la carta que acabo de citar, cuando dice que hay templos del arte donde los iniciados disfrutan en santa calma de los poemas sin palabras y preñados de misterios y de dulces vaguedades, sin distracciones y sin los incentivos del espectáculo, lo cual, ó me equivoco mucho, ó á nada pudiera referirse con más exactitud que al Salón Romero, cuando en él celebra sus memorables sesiones la Sociedad de Cuartetos. Ellas son, á no dudar, lo más verdaderamente artístico en este pequeño mundo musical en que vivimos; y aun cuando ni usted ni yo, cada cual en su medida, no participemos de aquella artística intransigencia que tenía alejados del teatro á Chopín, Alkan y Masarnau (según este virtuoso y sabio maestro me decía), temerosos de que su depurado gusto clásico se contaminara con lo que ellos miraban como heterodoxo de todo punto, nadie ha de negarnos que el arte en toda su pureza, en parte alguna se muestra más y mejor, intramuros de la coronada villa, que allí donde tienen sentados sus reales Monasterio y la escogida falange artística que acaudilla.

Referir á usted menudamente, comentándolas poco ó mucho, todas las obras interpretadas por la Sociedad de Cuartetos en la campaña que acaba de terminar, á más de que traspasaría los límites de una carta, sería de todo punto ocioso, pues que, por punto general, nada añadiría á lo que tiene usted sabido de antemano, y harto mejor que yo. Por eso creo que, dando de barato, ó poco menos (con el respeto debido, se entiende), lo conocido, satisfaré mejor su curiosidad hablándole de las composiciones nuevas allí oídas, y que, dicho se está, no habían figurado hasta ahora en los programas, durante los treinta y un años que, aunque nos parezca mentira á algunos, cuenta ya de existencia la Sociedad de que le hablo. Y basta de preámbulo.

Usted, como yo, habrá leído que Schumann, en la época en que escribía en la *Gaceta de Leipsick*, hablando de Brahms, cuyo mérito adivinó y cuya fama predijo, saludándole como el «nuevo Mesías musical», asentó que era «el Mozart del siglo XIX». Sin negar la autoridad del renombrado autor de los *Lieder*, ni desconocer la gran valía del maestro de capilla de la corte imperial de Viena, seguramente habrá creído que aquél no estuvo muy exacto al apreciar las afinidades artísticas de éste, y que ha andado más en lo cierto otra autoridad en materia de crítica, el alemán Deiters, al afirmar que «sólo Brahms es quien en este siglo tiene puntos de semejanza con Beethoven, ya por su estilo, ya por la forma que da á sus creaciones, ya por el trabajo de éstas».

Descontando lo que la amistad ó la pasión artística hayan podido influir en dicho juicio, que su autor extrema luego hasta el punto de igualar á ambos en los dones con que les dotó Naturaleza, es lo cierto que, en realidad, y con verdadero fundamento, se ha tenido á Brahms por el continuador del autor de la *Novena Sinfonía*, y que los últimos cuartetos de éste los ha mirado como los modelos más acabados que podía estudiar, trazándole el rumbo que debía seguir.

De esto, y de la severidad que dicen tiene con sus propias obras, no librándolas al dominio público sino después de arduas tareas de corrección y pulimento, nace, á mi juicio, el que las más modernas que de él se conocen, sin dejar de revelar una inspiración sana y fecunda, nutrida no pocas veces en los cantos populares de su patria, un estilo elevado, una originalidad grande en los ritmos y en las modulaciones, adolezcan á veces de un exceso de trabajo armónico y de un cierto modernismo, merced á lo cual cuesta trabajo al oyente encontrar, entre el cúmulo de detalles y de riquezas de contrapunto, la idea melódica, base y alma de toda aquella labor. Quizás por esto, y también porque en sus composiciones se hallan acentos de amargura, de consuelo y de esperanza, como escribe un escritor belga, no sólo crea éste que Brahms ha seguido el ejemplo del gran Beethoven, sino que además es uno de los que más y mejor han traducido el estado enfermizo del siglo en que vivimos, parafraseando, casi con tanta amargura como Schumann, aquella frase de Lamennais: «Mi alma ha nacido con una llaga.»

Y esas grandes é innegables cualidades que hacen se mire á Brahms como el primero de los compositores alemanes de música clásica en los tiempos que corremos, y algunos de esos que casi me atrevo á llamar defectos, se encuentran, amigo mío, en el hermoso Quinteto en *si menor* (op. 115), para clarinete y cuarteto de cuerda, que precedido de justa y merecida fama, y magistralmente interpretado, hemos oído por vez primera este año.

No pocos dieron marcada preferencia al *allegro* con que empieza; pero la generalidad mostró más predilección por el *adagio con sordino*, aun dadas sus dimensiones, nada cortas por cierto. La hermosura y grandiosidad de las ideas musicales, la pasión y el profundo sentimiento de que está impregnado, y el severo estilo de que en él se hace gala, y trajo á la memoria de un inteligente amigo mío el nombre de Bach, hicieron que este trozo musical fuese mirado como una verdadera joya, y como tal admirado y aplaudido con entusiasmo verdadero, y más justificado también del que produjera el tema con variaciones con que el quinteto termina.

Hablando de Grieg, á quien, como recordará usted, ha llamado Hans de Bulow el «Chopin escandinavo», dice un escritor que «todo lo que sus oídos han percibido, todo lo que su inteligencia ha penetrado, todas las manifestaciones del genio nacional que su corazón ha sentido, todo lo ha puesto en sus obras», siendo el mayor título de gloria del compositor noruego su profunda identificación con el genio musical del país donde nació.

Espíritu tranquilo, de corazón noble y generoso, sin haber sentido jamás las amarguras tan frecuentes en la vida de los artistas, Grieg pasa tranquilamente sus días en una *villa* situada en las cercanías de Bergen, su pueblo natal, querido y honrado entre sus compatriotas, que ven en él una gloria nacional, y al abrigo de las inclemencias de la fortuna, merced á una pensión del Rey de Suecia y al producto de sus obras. Natural era que éstas fuesen el reflejo de vida tan apacible: así no busque usted en ellas los acentos de desesperación, ni la honda tristeza que encuentra en Beethoven; ni que su música sea eco de los dolores que laceran el alma, como en Mozart; ni que sea el reflejo de un espíritu sombrío y soñador, como en Schumann; pero en cambio, verá rebosar en sus composiciones la alegría franca y espontánea, una ternura y un sentimiento que si arranca lágrimas, no son de dolor, sino de ternura y cariño, y, ante todo y sobre todo, como dice el escritor antes aludido, una afinidad natural é instintiva entre el compositor y la música popular, afinidad que se siente sin poder explicarse y cuyos efectos se palpan, sin que tampoco sea fácil discernir cómo se han conseguido.

De aquí el que yerren, y yo creo será usted de mi opinión, cuantos han querido encontrar afinidades de escuela en Grieg, y que tan equivocados anden los que creen que pudieron influir en él las tendencias dominantes en el Conservatorio de Leipsick, donde, por consejo del célebre violinista Ole-Bull, se educó, como los que opinan que influyeron más en su ánimo los consejos de Niels Gade, que fué después su maestro, y que la verdadera fuente de su inspiración se encuentre, como ya le he indicado, en los cantos del pueblo, en los *Steve* y los *Kæmparisor*, y en la música á cuyo son bailan los aldeanos noruegos las típicas danzas del *Halling* y del *Sprigtanz*.

Esos cantos, cuyas melodías, cuyos extraños giros armónicos y cuyos ritmos *sui generis* conserva Grieg con escrupulosa religiosidad, constituyen el alma de la mayor parte de sus composiciones, y son también, por lo menos, factor importante aun en aquellas en que quiere seguir, sólo hasta cierto punto, la forma eminentemente clásica. Y digo á usted que hasta cierto punto, porque los que han estudiado las obras de Grieg, cuyo número, por cierto, es relativamente corto, convienen en que fuera de la *Holbergh' suite*, en que hizo gala del más severo clasicismo, en las demás no ha hecho lo propio, ni mucho menos. Buena prueba es la original y bella Sonata en *sol menor* (op. 13) para violín y piano, que Monasterio y Tragó interpretaron á maravilla en una de las sesiones de que le hablo, y que por su forma, y por la manera con que está concebida y escrita, estoy por decir á usted que más que el título que su autor le ha dado, merece el nombre de dúo de violín y piano. No sé si conoce usted la tal sonata, la segunda de las tres que se conocen de Grieg, pero caso de que la haya oído, estoy seguro de que convendrá conmigo en alabar la hermosa y sentida melodía, *alma mater* del *Lento doloroso*, que constituye el primer tiempo, y luego cambia en una melodía cuyas frases y cuyo ritmo son esencial y típicamente populares, y la bellísima y sentida balada, que tal puede llamarse, del *allegretto tranquillo*, que precede á un trozo con que la obra termina, chispeante y lleno de gracia.

La cual hubiera yo querido encontrar en el Cuarteto en *re* (op. 11) del ruso Tschaikowsky, cuya reciente muerte



COSTUMBRES ANDALUZAS. — EL PATIO DE UNA CASA DE CÓRDOBA UN DÍA DE CARNAVAL.

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DEL SR. DÍAZ HUERTAS.

llora, no sólo su patria, Rusia, sino el mundo musical, y compositor cuyas tendencias y modo de ser difieren esencialmente de los dos antes mencionados. Con efecto, aun los que más elogios le han prodigado, no han podido menos de reconocer que en las obras instrumentales que escribió no se advierten, por punto general, aquella concisión y aquella cohesión que tanto resaltan en las de los grandes maestros, mostrándose, además, de una manera patente, que, bien al contrario de Brahms, y asemejándose en ello á Schubert y á Raff, mostró tenía en olvido aquella oportuna observación y casi consejo de un escritor que creía que el complemento de toda obra de arte es *un retour scrupuleux de l'artiste sur lui même;* todo lo cual se explica teniendo en cuenta que, ávido de traspasar al papel cuanto su mente sentía (y bien lo prueba el gran número de obras de todos géneros que ha dejado escritas), pocas veces supo Tschaikowsky detenerse á tiempo y discernir con calma aquello que convenía aceptar, y lo que podía y debía desecharse desde luego. Y no es sólo esa exuberancia de producción la que le separa de Grieg, cuya excesiva parsimonia en trabajar y publicar el fruto de sus tareas he apuntado, sino que, al revés también del compositor noruego, salvo el corto número de obras en que deliberadamente transcribió aires nacionales y populares, en las demás su musa no parece que se inspirara y fuera eco del país slavo, que hoy enaltece su nombre, ni, por tanto, siguiera la ruta con tanta gloria iniciada por Glinka, y seguida luego por Moussorgsky, Borodine y al presente César Cui. Confirmación de esto es el cuarteto que he mencionado, en el cual, lo que verdaderamente agradó, obteniendo lo demás una acogida más respetuosa que entusiasta, y se tuvo por de más valor, fué el *andante cantabile, con sordino*, cuya sentida melodía más parece escrita evocando las risueñas riberas del Arno, que las heladas márgenes del Neva.

Godard, como habrá usted visto en los programas, también ha aportado su contingente á la lista de obras nuevas para nuestro público: el cuarteto en *la* (op. 136). Trabajo de verdadera importancia entre los que se conocen del autor de la *Danza macabra*, clásico por todos sus cuatro costados, sin perder por eso el carácter típico de la escuela francesa, de la cual es hoy día aquél uno de sus más dignos representantes, revela una inspiración noble y espontánea, un profundo conocimiento del tecnicismo del arte, al par que un espíritu independiente, que imprime á sus creaciones el sello de su propia individualidad. No sé á cuál de los cuatro tiempos de rúbrica, de que la obra consta, hubiese usted dado preferencia; de mí sé decirle que, aun reconociendo que los maestros dudaron entre el primero y el último, dando los más la preferencia á aquél, y que el *Adagio* es un trozo muy melodioso, aunque algún tanto monótono, yo me fuí con la mayoría de los oyentes, y con ellos aplaudí, hasta conseguir que se repitiera, el *minuetto*, página llena de frescura, chispeante de gracia, y modelo del más depurado gusto.

Quédame tan sólo, para cumplir el propósito que formé al comenzar esta ya larga carta, hablar á usted de la Gran Sonata en *fa menor*, para piano, de Schumann. Mucho se ha dicho de éste, y varios, como era natural, los juicios que de sus obras se han formado; pero, á decir verdad, ha de convenir usted conmigo, que sea por la fuerza de la reflexión, ó por la natural é irresistible influencia que aun en los más desapasionados ejercen los nuevos derroteros por donde el arte camina al presente, no sé si para su progreso ó para su decadencia, es lo cierto que la intransigencia con que algunos miraron en un principio las composiciones clásicas de Schumann, ha ido cediendo, y la gran mayoría le ha considerado, con más ó menos reservas, como el más inmediato heredero del gran Beethoven, no vacilando en llamarle así Pougin, Mesnard y Mastrigli, entre otros que pudiera citarle, llegando el último á decir que más que otro alguno contribuyó aquél en su tiempo al progreso de la música, mereciendo por su ingenio poderoso y por su inspiración verdaderamente original, ser colocado entre el escaso número de los que forman la pléyade clásica.

Seguramente que los que tales afirmaciones han hecho, tuvieron bien presente al hacer sus juicios la sonata que motiva estas líneas, una de las mejores composiciones de Schumann, cosa que se explica fácilmente al recordar que la musa que le inspirara, que, como es sabido, era Clara Wieck, contribuyó á ella, siendo suya la melodía del *andantino*, lo cual hace suponer con cuánta pasión la sentiría y escribiría. Inspirada y poética en alto grado, hasta el punto de que á ella pudiera aplicarse lo que él mismo escribió á su amada, al enviarle su *Fantasía*: «Es una de las cosas más apasionadas que he escrito en mi vida; es un grito doloroso que te envía mi alma»; por la belleza de las ideas, por la habilidad con que están desarrolladas, por la riqueza de armonía y por la ciencia suma que revela, merece y debe ser contada entre las obras maestras del arte clásico.

He aquí cuanto de nuevo hemos oído, querido amigo, en las sesiones de la Sociedad de Cuartetos. De lo demás, casi no me atrevo á enumerarlo, ante el temor de hacer aún más interminable esta epístola; pero, en fin, sepa, por si no lo ha leído, que Haydn ha figurado en los programas con su cuarteto en *re* menor (op. 76); Mozart con sus cuartetos en *re menor* y en *re* (op. 421 y 499); Beethoven con el cuarteto en *si bemol* (op. 18) y el gran trío en *si bemol* (op. 97); Weber con el gran dúo concertante en *mi bemol* (op. 47); Schubert con el trío en *si bemol* (op. 99); Mendelssohn con el gran trío en *do menor* (op. 66) y el quinteto en *re* (op. 87); el ya nombrado Schumann, con el cuarteto en *la menor* (op. 41), y Saint-Saens con su sonata en *do menor* (op. 32).

Decir á usted el modo y manera como todo ello se ha interpretado bajo la hábil é inteligente dirección de Monasterio, no es fácil, y mejor idea hubiese podido formarse al oir los entusiastas y espontáneos aplausos con que las obras eran acogidas por el numeroso público, compuesto de los verdaderos y legítimos amantes de la música, que llenaban de bote en bote el espacioso Salón Romero. Pasión, arte, delicadeza, profundo sentimiento, traducción fiel y exacta del pensamiento del autor, he aquí lo que ha distinguido, como siempre, á Monasterio; Tragó ha hecho gala de su asombroso mecanismo, y mostrado una vez más su gran valer artístico, justificando de modo elocuente la envidiable altura que ha alcanzado en las regiones del verdadero arte; Mirecki ha dado también relevantes pruebas de la merecida reputación que goza, y del perfecto derecho con que ha compartido con aquéllos el triunfo alcanzado en la campaña que con gloria del arte acaba de terminarse; Yuste ha hecho ver que, si Brahms, como cuentan, al querer ejecutar su quinteto en Londres, tuvo nada menos que traer de su patria un hábil clarinete que interpretase su obra, dado que los de allí, por lo visto, no respondían á sus deseos, aquí un modesto joven, de pocos conocido hasta la sesión en que le oímos, sabe vencer con gran maestría las dificultades de que la obra está erizada, y es digno continuador de los inolvidables Romero y Melliez; y, por último, los señores Pérez, Lestán y Cuenca han contribuido, también con aplauso, á que las sesiones celebradas pudiesen y debiesen contarse entre las mejores que de largos años ha viene celebrando la Sociedad de Cuartetos.

Ahora no me queda más que desear que Dios nos conserve en su santa guarda, y conceda á usted tanta salud como paciencia ha gastado en leer esta epístola.

Siempre suyo apasionado amigo,

J. M. Esperanza y Sola.

LA CONJUGACIÓN DE VENECIA.

Aquél era otro tiempo.

El Carnaval era Carnaval.

Había más hombría de bien en las máscaras.

Y mejor gusto para divertirse.

¡Qué disfraces tan bonitos y tan ingeniosos!

Disfraces históricos, filosóficos, de costumbres extranjeras y del Reino.

¡Qué variedad!

Romanos con zapatos rusos y manteo; guerreros de la Edad Media de cintura para arriba, con *taleguilla* y medias de seda, caladas espontáneamente; moros adoptivos, toreros de «trasera de calesa»; Pericos primeros de Castilla y de Aranjuez; diablos negros ó verdes ó colorados, todos anejos al rabo correspondiente á la clase; algunos majos del Noroeste, y Felipes cuartos, quintos y sextos, con entresuelo.

¿Y en máscaras alusivas ó abusivas?

¡Qué intención y cuánto derroche de ingenio!

Un año salía el Ministerio de tanda, perfectamente caracterizado por nueve máscaras desconocidas.

La muchedumbre rodeaba á la comparsa, entre admirada, por la graciosa oportunidad de los disfraces, y asombrada, por tanto atrevimiento.

¡Ah! para un personaje político que tenga delicadeza, la vista de una mascarada crítico-política de oposición, es un golpe mortal.

Sobrevive á la sorpresa, pero queda muy debilitado, en opinión de los mismos máscaras y demás gente desarrapada.

Las comparsas tenían entonces un objetivo, que diríamos ahora.

Lucirse, excitar la envidiosa curiosidad de la muchedumbre; pero sin aspirar á premio como ahora, sin pensar en otra recompensa que el aplauso del país ó de parte del país.

A la sazón no había llegado el adelanto á otorgar recompensas, como hoy, al mejor mantón de Manila, á la muchacha de mejores y más correctas formas literarias, á los guantes de cabritilla auténtica, á las cabelleras de ángel varón, rizadas con más primor, y al más cumplido par de «juanetes».

Eran entonces las máscaras por convicción y por principios, desde el repugnante fantasma del *¡Al higuí!* forzado y hereditario, que todavía existe, como que de padres á hijos se transmiten la caña y las «golosinas» con que atraen á la infancia ventilada, hasta los jóvenes, finos de suyo, disfrazados de huríes y de sílfides coreográficas, con todas las delicadezas propias del disfraz y del sexo.

Las comparsas vestían con lujo: bien «á la antigua española» con trajes de terciopelo «reescamados» de oro; bien de *Otelos* viudos, también de terciopelo; ó bien envueltos sencillamente en sábanas del patronato particular, es decir, de la respectiva patrona.

Exceptuando las estudiantinas auténticas y algunas bandas de regimiento, las comparsas no llevaban música; eran mudas.

No pensaban en el lucro, ni las guiaba otro fin que el de divertirse y divertir á las gentes.

Pero sobrevinieron los grupos de profesores semifusos de *The Murga* y las estudiantinas de chicos papelistas, novilleros, prestidigitadores, ilusionistas y blasfemos, y las masas corales é instrumentales de mendigos é infelices lisiados.

Esta última novedad es una conquista de las clases desvencijadas.

Se reunen varios pobres imperfectos y algunas fracciones, y constituyen la «estudiantina» ó la comparsa ó el orfeón, y le aplican un título poético generalmente, y, á las veces, de actualidad.

Tales como *La lira de Ministriles*, *El Dúo de la Africana del Mesón de «Paderes»*, ó *Frajana cautiva*, ó *El Moro desorejado*.

Un manco toca la guitarra convencionalmente, con la mano que le queda en activo; un ciego postula, en competencia con un sordo-mudo que agita una campanilla para implorar la caridad del transeunte, en idioma universal; un cojo es el panderetólogo.

En un borrico, y cada cual en una bolsa de las aguaderas, va un cantante: esto es, un trozo de persona sin piernas ni brazos.

En un carrillo, tirado por otro asno, un infeliz paralítico de color de chocolate sin canela, y encogido como un sobrante de hombre, también canta ó se queja, acompañando á los otros artistas.

Tres ó cuatro van en carretones con motor propio, rodando por las calles, y también cantando, ó tocando los hierros ó cualquier otro instrumento delicado y de difícil manejo.

El conjunto es desagradable, pero repugnante.

Como telegrafiaba un gobernador civil al ministro de su ramo:

«El cuerpo electoral está desorganizado, *pero* no existe.»

A lo cual respondió el ministro, también por telégrafo:

«He resuelto separar á usted de ese gobierno, *pero* ya lo he firmado. ¡Pero qué bruto es usted, pero qué bruto!»

—¿Cuántos van ustedes en la comparsa?—preguntaban en el Ayuntamiento al «presidente» que se presentó á pedir la competente autorización para salir y postular durante los días de Carnaval por las calles de Madrid.

—Pues semos diez: ocho hombres y dos señoras—respondió el presidente de la comparsa, de suyo tuerto, cojo de babor y manco de estribor.

—¿Diez?

—Sí, pero no cuente usted más que cinco: es decir, tres y dos hembras; y completos, tampoco: yo y otro y ellas.

—¿Usted y otro?

—Sí, porque los demás compañeros van en carretillas y en burro, por falta de remos naturales. De manera que puede decirse que vamos..... pues del todo, del todo enteras, dos mujeres; así, medianos, tres hombres; total, cinco, y cinco perros grandes.

Y diciendo esto, reía como un hombre feliz y completo.

—¿A nombre de quién se extiende la licencia?

—Pues á mi nombre: Ustaquio Pelélez, soltero y tuerto de nacimiento, natural.....

—¡Basta, basta! ¿Habitante?

—En la calle de las Velas..... La Sociedad es anónima, ¿eh?

—¿Cómo anónima?

—Vamos, que se llama *La Conjugación de Venecia*.

—¡Hombre! ¡Bonito título!

—No ve usted que yo he sido siempre, de muchacho, y ya de mayor, muy aficionado al teatro.

—¡Ya!

—Así como á otros de mi clase les da por novillos y toros, á mí me tiraba el arte de las tablas, y «quizáque», si no hubiera sido por la falta de este ojo, habría sido primer actor para el género de Vico y de Ruiz y demás. En las Aguas y, posteriormente, en Rius he trabajado alguna vez, y en una Sociedad que tuvimos hice el *Tenorio* del tiempo, en día de difuntos, y *La muerte por lo civil* y *La Carcajada*, y otras obras cómicas del repertorio.

—¡Hola, hola!

—Un día *me* caí desde el telar de un teatro de los principales, adonde había ido con un amigo á ver un estreno de D. José, y me rompí esta pierna y este brazo.

—¿Todo por el arte?

—Y por poco caigo sobre la dama y la troncho. Gracias á que mi amigo el tramoyista gritó: «¡Fuera e bajo!» El público creyó que era de la obra y hubo murmullos, y el primer actor me decía indignado, cuando me recogieron en una espuerta ó poco menos: «¡Animal, para hacer que reventara la obra!» Y dió orden para que no volviera á caer nadie en noche de estreno, porque en las otras nadie iba al teatro.

La Conjugación de Venecia salió á la calle y los transeuntes repetían, entre conmovidos y disgustados:

—¡Esto es repugnante! ¿Cómo lo consienten las autoridades?

—Pues mire usted—solía replicar el aficionado dramático—nuestro dinero nos cuesta.

Y la verdad fué que se divirtieron.



SALIDA DE UN BAILE DE MÁSCARAS.
CUADRO DE D. A. VINIEGRA.



LOS PREPARATIVOS.
COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE D. JOAQUÍN SOROLLA.

Y aun más se hubieran divertido si no tropiezan con otro *morfeón* de ciegos y tullidos *hipógrifos*—como decía el presidente artístico de *La Conjugación de Venecia*.

Por cuestiones de competencia armaron una de *bofetás* y muletazos, que partía los corazones.

El Ustaquio rompió la pandereta en la cabeza de un guardia, que intentaba apaciguar á los beligerantes, y le dejó el aro como collera.

Y la gente, siempre en oposición contra los representantes de la autoridad, celebraba la ocurrencia con carcajadas.

Y algún muchacho gritaba al guardia del collar:

—¡Fuera! ¡chucho! ¡fuera!

—No tienen ellos la culpa—decía un caballero serio—sino quien consiente que la miseria y la desgracia se disfracen de mamarracho para excitar la hilaridad pública, más que la compasión.

A lo que añadió una chula natural, también Moratiniana, como el *Don Pedro* transeunte:

—¡Me parece!

EDUARDO DE PALACIO.

EL PORVENIR DE MELILLA.



Los acontecimientos de que ha sido teatro este rincón del África, llamando la atención sobre él y dando interés y novedad á cuanto con él se relaciona, facilitan sin duda alguna todas las investigaciones y contribuyen á desterrar muchas ideas equivocadas. No obstante, parece que un sistemático espíritu de resistencia, defensor valeroso de las mentiras tradicionales, persiste en mantener errores y desfigurar hechos, cual si conviniera á España seguir ignorando la verdad en asunto que tan de de cerca le toca.

Varias personas dignas de aprecio por su ilustración y buena fe, han llegado aquí, han visto, y como resumen de su viaje y fruto de sus observaciones, corroboran lo que se repite en falsas leyendas, incurriendo lamentablemente, acaso con el mejor propósito, en varias inexactitudes que juzgo funestas, absurdas y antipatrióticas, porque suelen contribuir más de lo que parece á levantar nuevas barreras entre España y África, impidiendo todo avance, todo progreso, todo lo que podría convenir á una nación que tiene base para intentar algo útil, grande y lucrativo en esta tierra privilegiada.

Dicen, entre otras cosas: «Melilla es un risco; »en su campo estéril no se ve ni un solo árbol; »por Melilla no se puede ir á ninguna parte.»

A esta versión, copia exacta de una mentira tradicional, debo oponer lo que yo he visto y lo que estoy viendo.

La plaza de Melilla está fabricada sobre riscos: es indudable; pero la plaza no es el campo. Todo el terreno de la vega, desde los mismos manteletes hasta los límites de Sidi Auriach, que forma un llano de 3.200 metros de longitud por más de 800 de anchura, es abundantísimo en agua y útil para diferentes cultivos. En las huertas del campo de instrucción crece toda clase de hortaliza, y prosperan el boniato, el plátano, las palmas, el tabaco y la caña de azúcar. No hay ciertamente otros árboles que algunas higueras, por la sencillísima razón de que no se permite el arbolado dentro de la zona militar, regla puesta en uso desde que existen plazas fuertes. En los cerros hay mucha piedra, mas son muy pocos los que carecen de una capa de buena tierra vegetal. Los pastos son finos, aunque no abundan. Con raras excepciones, todo el terreno es laborable, y el peor sirve para viñas.

Las tierras que se descubren desde la plaza son fértiles en su mayor parte. En las huertas de los moros hay frutales y verduras superiores. El calumniado Gurugú abriga en sus senos á numerosas familias, admite el cultivo en muchos de sus rellanos y pendientes, y tiene árboles en la misma cumbre. Detrás de los montes aun es más feraz el terreno. Y donde no cabe sembradura, hay minas de hierro, de oro y de cinabrio. Algunos moros han traído á Melilla muestras de mercurio nativo, encontradas en yacimientos á flor de tierra.

Claro es que las bondades de tan rico suelo no aparecen á la vista del hombre poco observador, ni se presentan con el esplendoroso ropaje de la zona tórrida. Pero hay que atender á los motivos que impiden el desarrollo de la agricultura en Melilla y su campo, y en el territorio limítrofe. El español no se atreve á residir fuera de la plaza, porque expone mucho su vida; y no quiere arriesgar dinero en el cultivo, porque teme que la cosecha se la robe el moro. Este, aficionado á trabajar lo menos posible, reduce sus faenas á lo que juzga muy preciso, y no demuestra ningún interés en acrecentar los productos que debe á la naturaleza próvida mejor que á su celo y á su maestría.

Los colonos españoles que se determinaron á explotar el campo nuestro, desconfiando, y con razón, de su seguridad personal, hicieron trato con los rifeños, entregándoles la tierra para que la trabajaran y partiendo con ellos el fruto. Y no hubo de irles bien, por lo visto. En cuanto á los moros, hallan más fácil que la siembra el hurto de la cosecha recogida: y tienen tanto amor á lo ajeno, sólo porque no es propio, que, según fama, nunca el higo de las higueras del campo español pudo verse maduro en boca de cristiano. El rifeño se lo come antes.

Si esta tierra fuese cultivada libre y seguramente por agricultores valencianos, sus productos llegarían á ser asombrosos.

La seguridad puede tenerse tan pronto como nuestros gobiernos quieran. Hágase de Melilla una gran colonia española (no un presidio); repártanse las tierras entre los colonos, en parcelas no muy grandes; ármese á todos, ayudándoles á fabricar albergues atrincherados, y diríjase á Melilla la emigración que inunda la Argelia, ó llámese á los españoles que viven en Orán y desean vivir en Melilla. Esta colonia militar, protegida por la guarnición y por los fuertes, iría avanzando hasta los límites, estableciendo una muralla infranqueable para el enemigo. Y el enemigo, comprendiendo entonces, gracias á la lógica de los hechos y de la fuerza, que no podía ya penetrar clandestinamente en el campo español sin habérselas, en todas ocasiones, con gente dispuesta á rechazarle, cambiaría de sistema, resolviéndose á buscar por medio de la paz el fruto de sus relaciones con el vecino.

Al mismo tiempo aumentaría el trato comercial, crearíanse industrias, y de la tranquilidad y del trabajo sería Melilla un emporio mercantil, único que hoy podemos tener en África. Ceuta se halla entre dos rivales temibles: Tánger y Tetuán. Melilla, puerto franco, nada tiene que temer de la Argelia, y ocupa un lugar favorecido por la costumbre, pudiendo convertirse en la única puerta de salida de los frutos del interior del Rif y de parte del Sahara, y en el mercado general de todas las kabilas que nos mueven guerra porque aun no están ligadas á nosotros con firmes lazos comerciales.

Esto no es hablar de memoria ni forjarse ilusiones á medida del deseo. Todos los moros fronterizos tienen absoluta necesidad de comprar en Melilla cuanto les hace falta procedente de Europa, así como de vender cuanto pueden presentar en venta. Las demás plazas españolas no les convienen, porque están lejos; y las plazas francesas, además de su lejanía, son caras. Los moros del interior, hasta los que podrían dirigirse á Nemours con más facilidad que á Melilla, vienen aquí á surtirse de géneros, recorriendo treinta ó cuarenta leguas.

La inseguridad de los caminos, el temor de encontrarse la plaza cerrada ó de verse obligados á luchar, efectos naturales del reñidero perenne que tenemos establecido aquí, son causas de que se retraigan muchos mercaderes pacíficos de las tribus ricas, y estos incovenientes desaparecerían estableciendo una paz sólida, sustentada por la fuerza de las armas y por el interés del comercio. Pues debe advertirse que, cuando los fronterizos nos atacan, arrastran al combate á muchos moros de otras kabilas, poniéndose el Rif en estado de guerra, que es á la vez estado de rapiña y de saqueo, fatal para las caravanas y para los transeuntes.

Como prueba de lo que podría ser el mercado de Melilla en tiempos de calma garantizada, basta citar un dato fidedigno acerca del comercio sostenido por esta plaza con los moros en épocas normales, ó sea en épocas de palizas intermitentes y de tiros á media noche.

Vendían los moros huevos, gallinas, pieles de cabra y de vaca, lana, cera virgen, almendras, miel, frutas, vacas, burros, carneros, hortalizas y pescado, por valor de 30.000 pesetas cada mes. Y compraban por valor de 100.000, en el mismo espacio de tiempo, muselinas, turbantes, tejidos de algodón blanco, moreno y estampado, azúcar, té, café, velas, petróleo, aceite, drogas, tabaco, y algunas piezas de porcelana y de hierro. Quedaba, pues, á favor de Melilla una suma de 70.000 pesetas mensuales. Los artículos de los rifeños se distribuían entre el vecindario, haciendo menos sensible el pago de su valor, y aun se exportaban á España, produciendo algo á los mercaderes. Así, la ganancia limpia que por todos conceptos obtenía el comercio de la plaza puede calcularse en 360.000 pesetas al año, dinero traído exclusivamente por los moros.

La vía comercial está abierta, y promete pingües beneficios si hay un Gobierno que se determine á ensancharla y asegurarla.

Variando la perniciosa política que nos cierra el África indebidamente, llegaríamos á civilizar sin mucho trabajo ese Rif que suele parecernos inabordable; porque el tosco y bravío rifeño, el mismo que todavía se ceba en los cadáveres de sus contrarios y hace vida pastoril y conserva rudas costumbres, adelanta, aunque no quiera adelantar, adquiere necesidades, se aproxima insensiblemente á la civilización europea. Ya le estamos viendo, codicioso de la bujía, del azúcar, del jabón, de muchos utensilios que antes rechazaba, y aun de manjares que en otros tiempos despreció. Así se empieza; y el trato frecuente, amistoso y leal con los españoles, que nacería de la convicción de nuestro poder, siempre que se sostuviera con una política enérgica y sabia, podría convertir al rifeño en nuestro mejor amigo. Entonces tendríamos en el campo moro la libertad y la justicia que hoy tienen los fronterizos en el campo español, y de hecho nos pertenecería, utilizándolo en beneficio común, el territorio comprendido entre la punta de Kebdana y la desembocadura del Kart.

Poseyendo de hecho la parte del Rif que más nos conviene, cualquier convulsión del caduco Imperio determinaría nuestro absoluto dominio en esa parte del África: utilizaríamos los fondeaderos que están al abrigo del Levante, y abriríamos el antiguo puerto del Atalayón, donde existen restos de grandes postes destinados al amarre de los navíos. Las salinas, los minerales, los productos de la agricultura y del comercio harían de Melilla una plaza de primer orden y uno de los centros más útiles á España, *como negocio* y como base de futuras conquistas.

Veríamos, en tal caso, que por Melilla puede irse á algunas partes, y desde luego al corazón de Marruecos, llevando en la vanguardia á esos mismos hijos del Rif, que, enemigos nuestros, por culpa nuestra, serán siempre, mientras no variemos de conducta, mientras no queramos modificar radicalmente la política española en África.

Escribo estas líneas en un día primaveral, bajo un cielo limpio y brillante, gozando de una temperatura deliciosa: contemplo el mar, que parece un espejo y mantiene inmóviles á los buques, cual si estuvieran clavados en el agua; admiro la suavísima curva de una playa envidiable; el campo lleno de verdor, ávido de surcos y de semilla; los pintorescos cerros; el conjunto maravilloso de tantas bellezas, realzado por los azules montes que descienden hasta el Cabo del Agua, por el panorama de las Chafarinas y por las lejanas costas andaluzas. Y me acuerdo de los españoles que viven en Argelia porque no pueden vivir en España, y me apena que estén allí cuando hacen falta en este suelo, cuando ahora mismo acaban de probar que desean cobijarse á la sombra de la bandera de su patria. Una voluntad firme podría transformar todo esto y realizar el milagro. Una voluntad firme: nada más que una voluntad.

ADOLFO LLANOS.

Melilla, Enero de 1894.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS DEL INCIENSO.

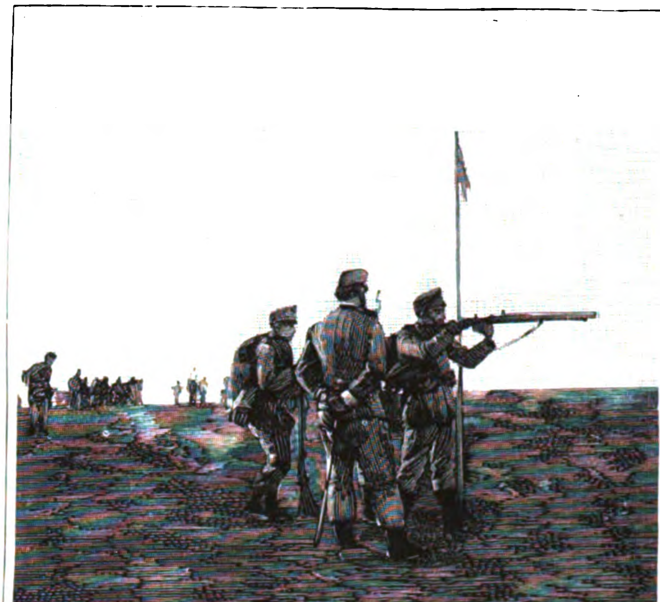


Al penetrar en nuestros templos y aspirar el suave aroma que su ambiente llena, no puede menos de experimentarse indefinible sensación de bienestar y respeto, que inclina el ánimo á la oración y la mente á meditar en las sublimes máximas religiosas, que parece llevar envueltas en sus ondas las oleadas de humo que se esparcen en derredor del braserillo que contiene las ascuas, en cuyo seno se verifica la combustión productora del perfumado sahumerio.

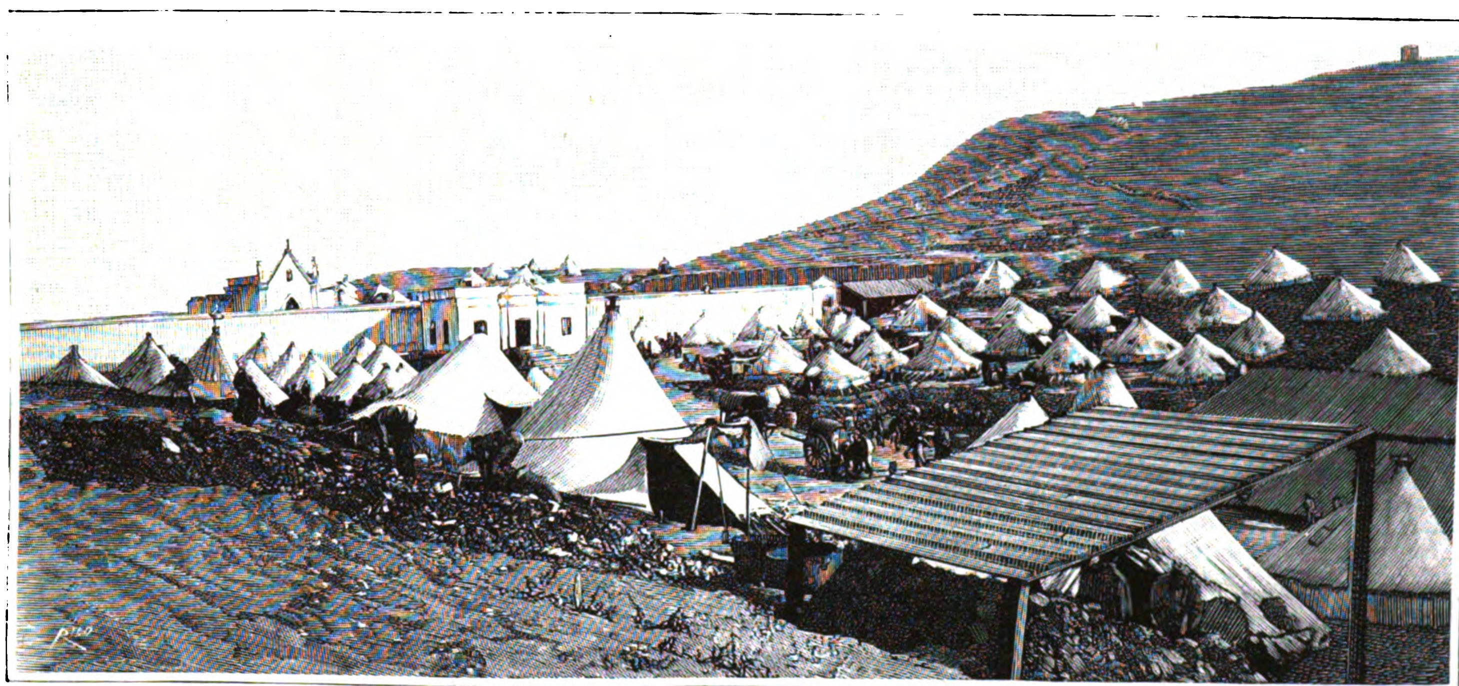
Digamos, pues, algunas breves palabras relativas á la historia y origen del incienso, sustancia que bien merece, á la verdad, fijar un tanto la atención, no sólo de los que se consagran al estudio de la ciencia, sino de todo el que se dedique un tanto á meditar sobre los objetos que nos rodean, cuando, como acontece en el presente caso, existen multitud de motivos para inspirar curiosidad y despertar deseos de conocer su origen y vicisitudes.

Préstase, en efecto, á no pocas consideraciones el uso de una sustancia cuyo grato aroma lleva en pos de sí recuerdos históricos de excepcional importancia, que son, á su vez, emblemáticos de respetuosos homenajes, y han sido siempre motivo para inspirar consideración, fe y entusiasmo á todo aquello que la imaginación considera digno del mayor enaltecimiento y del más reverente tributo de respeto. Es uno de los esplendores de que se





LA VIDA EN MELILLA. — ESCENAS DEL CAMPAMENTO. — TIRO AL BLANCO.



MELILLA. — VISTA DE LA PARTE DEL CAMPAMENTO DE HORCAS COLORADAS INMEDIATA AL CEMENTERIO.



LA VIDA EN MELILLA. — UNA CANTINA.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

halla revestido el culto externo que más justificados se encuentran.

Parece, sin duda, que la nota armoniosa del órgano, la iluminación espléndida y brillante, la voz sonora que entona el sagrado cántico, los primores del arte pictórico representados en los lienzos ó en los magníficos frescos de las catedrales donde penetra la luz del sol por los preciosos vidrios de colores, constituyen un conjunto á que dan vida y animación en el templo las nubes de humo perfumado que se desprende del incensario agitado incesantemente por el acólito.

La antigüedad del conocimiento del incienso es tal, que entre las espléndidas y solemnísimas fiestas babilónicas que se celebraban en las épocas más remotas, se cita una en honor de Belo, donde, según afirma Herodoto, quemábanse próximamente unos mil talentos de incienso; existiendo también otra parecida, donde, por una de esas bizarras y anómalas costumbres que han tenido más tarde imitadores en varios pueblos, existía la extravagancia caprichosa de cambiar de papeles los señores y los esclavos, ocupando el siervo el puesto del amo, y viceversa, con cuyo motivo se verificaban no pocos hechos que hoy son acogidos con fruición por la sátira y el chiste.

Denominado desde antiguo el incienso *Olibanum*, cuya palabra está compuesta de dos, *Oleum Libani* (aceite del Líbano), y por los griegos llamado *Thus*, equivalente á perfume, la voz castellana incienso tiene su señalada y clara etimología en el latín *incendere* (quemar); es mencionado en la Biblia, y ya se le indica, cual es bien sabido, como sagrada ofrenda que los monarcas Magos presentaron al Señor, juntamente con el oro y la mirra, teniendo en cuenta que al lado de la riqueza material representada por el metal precioso, debiera ofrecerse lo que significa el recreo del espíritu con el delicado aroma y suave perfume del incienso y la mirra.

Diversos son, en efecto, los pasajes bíblicos en que se menciona esta sustancia. El legislador inmortal del pueblo hebreo, después que liberta á su pueblo de la tiranía de Faraón, erige el Tabernáculo y prepara por orden del Señor los perfumes que han de quemarse en el altar, colocados en dos urnas preciosas, quien le dice: «Toma para ti aromas, estacte, onique, gálbano oloroso é *incienso* el más transparente», como puede apreciarse consultando el *Exodo*, cap. XXX, v. 34.

Atribúyese el uso primitivo de este aroma á la necesidad de ocultar el olor desagradable y fétido producido en los templos por los sacrificios de animales que tenían lugar en ellos, cuya consecuencia era, por lo tanto, el desarrollo de los gases repugnantes y nocivos procedentes de la putrefacción de estas materias.

Los Príncipes de Oriente obligaban á sus vasallos á quemar ante su trono el incienso, en adecuados y artísticos pebeteros, como ofrenda y tributo á su elevada jerarquía.

El copero de Artajerjes, más tarde elevado á la consideración de profeta, reedifica á Jerusalén, y la convierte de pueblo ruinoso en ciudad magnífica, y establece las ofrendas del Tabernáculo, consignando siempre el perfume del incienso como necesario cuando se había de rendir culto y prestar adoración al Creador, juzgando que no podía faltar este homenaje en las prácticas religiosas.

Escritores de la antigüedad y poetas clásicos lo citan en sus obras con extraordinario aprecio, rayano en la veneración. Tibulo y Papinio en varios de sus versos lo encomian; Ovidio habla de su pureza en los inmortales *Tristes*.

La fábula mitológica figura también en los anales históricos del incienso con sus grandes extravagancias, pero en medio de las que se ve la lozana fantasía de la imaginación de aquellos pueblos que la crearon, y que brotó de su seno como precioso y espléndido verjel de aromáticas flores en medio del inculto bosque.

Así vemos que, ofendida Clicie de las veleidades de Apolo, cuando galanteaba á Leucotoe, y fué sepultada en vida por su padre, intentó el pastor Admeto con vivísimos deseos volverla á la vida, para lo cual regó con néctar divino su sepulcro, dando por resultado tan fértil riego el que brotara el lozano árbol del incienso, el cual recuerda en su aromático producto, que brota en lágrimas, las que derramara la desdeñada amante por el ingrato que tan pronto la dió al olvido. Fué, por tanto, producto del divino néctar.

En la Sagrada Escritura se indica el país del incienso, al referir lo que el profeta Isaías asegura cuando exclama: «Vendrán de Sabá, ofrecerán oro é *incienso*, publicando las grandezas de Jehová», aludiendo sin duda al hecho de la adoración de los Reyes, pues Sabá es un país que se halla en la Arabia Feliz, desde donde los Magos fueron en memorable y legendaria peregrinación para realizar su espléndida y veneranda oferta, que tan memorable recuerdo dejara en los anales de la historia.

Teofrasto y Plinio citan el árbol del incienso, asegurando este último que en Sabá era tan abundante y se hallaba con tal profusión esparcido, que lo usaban como combustible; y García de Horta asegura que el primer incienso conocido vino de la Arabia Feliz.

Virgilio, en las *Geórgicas*, celebra el árbol del incienso, que se encontraba en Sabá, y de igual modo le mencionan Séneca, Valerio Flaco y otros escritores ilustres, cuyos nombres llenan por completo el horizonte de la inmortalidad y los alcázares de la gloria.

Los primeros viajeros que hicieron estudios fundamentales acerca de la recolección del incienso, sobre el terreno mismo en que se realizaba, inspeccionando detenidamente los árboles productores, fueron Beaufort y Labat, siquiera sus aseveraciones hayan sido después rectificadas por trabajos que revelan un conocimiento más exacto de lo que tiene lugar en las referidas operaciones. Braconnot fué asimismo el primer químico que hizo el análisis de esta sustancia.

La ciencia lo ha estudiado en todos los conceptos y bajo cuantos aspectos merece.

Gomo-resina, producida por incisiones en la corteza de árboles de la familia de las Terebintáceas que crecen en las lejanas regiones del Nordeste de África y en las costas del Sudeste de Arabia, corresponden á varias especies del género llamado en botánica *Boswellia*, señaladamente la que Flückiger llamó *sacra*, la que Hort llamó *papirifera*, así como también las denominadas *carterii*, *bhaudajiana* y *thurífera;* traíanlo en otro tiempo á Europa las caravanas, en sus legendarias expediciones á través de la Judea y la Fenicia; más tarde llegó por el istmo de Suez, y hoy en su mayor parte viene por la India inglesa.

Pedazos oblongos, redondeados y piriformes, amarillentos, translúcidos, frágiles de cerea fractura y blanquecino polvo, tienen ya espontáneamente un olor agradable, y se han distinguido con los vulgares nombres de incienso macho ó hembra, siendo el primero el de mejor calidad ó de la India, que llega por la vía de Bombay, y el segundo de África, que viene por la vía de Egipto ó el mar Rojo, y parece que por su aspecto lleva ya este cuerpo en pos de sí la importancia histórica y el emblemático significado que tanto interés inspira á la meditación del que considere las etapas por que ha pasado la humanidad.

Vemos, pues, que poetas clásicos, escritores ilustres, viajeros arriesgados, historiadores, teólogos, naturalistas y químicos de renombre, han dejado marcadas sus huellas en el estudio de este cuerpo, que puede decirse que se encuentra identificado con memorables hechos y grandes principios de la historia de la humanidad, y que no puede menos de llevar en pos de sí imperecederos recuerdos.

Su perfume ha conducido envuelto el eco de las sublimes oraciones dirigidas al Altísimo, lo mismo por el ánimo satisfecho que por el corazón apenado por las angustias del dolor. La ciencia lo ha estudiado, y la sociedad ha recogido sus preciosos datos con simpática curiosidad y con interés justificado.

Es un caso que puede citarse donde la sublimidad está representada por la mayor y más espontánea sencillez.

DR. JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.
(De la Real Academia de Medicina
y correspondiente de la de Historia.)

EL CARNAVAL DE LA VIDA.

DESFILE.

I.

—Máscara, te conozco; tu rico traje,
La expresión desdeñosa de tu lenguaje,
Y el cariño que sientes por lo grosero,
Me están diciendo á voces:—Soy la FORTUNA,
Con la que sueña el hombre desde la cuna,
Cuanto más codicioso más pordiosero.

II.

—Otra máscara..... vete, que te adivino;
Te encontré muchas veces en mi camino,
Pero no me seduces como algún día;
Sé que te llamas GLORIA, y eres quimera
Ilusión de un momento, maga hechicera
Que viste á su capricho la fantasía.

III.

—¿Te paras?..... Posa el labio sobre mi frente,
Y sigue, á mis tristezas indiferente;
AMOR, entre nosotros cesó el combate;
Si de añejas heridas la sangre mana
Es cuando tras las brumas de edad lejana
El recuerdo se pinta de algo que late.

IV.

—AMBICIÓN, es inútil tu fingimiento;
De aborrecida llenas mi pensamiento,
Que ni jamás postrado te pedí ayuda,
Ni me quitó el sosiego la sed del oro,
Ni de tus entusiastas el alto coro
Turbó con sus cantares mi lira muda.

V.

—¿Cómo desconocerte, si la careta
Te hace mucho más joven y más coqueta?
¡LIBERTAD de mi vida, yo soy el mismo!
Te amo igual que en tus triunfos en tus derrotas;
Mas produce la patria tales patriotas,
Que va siendo difícil el patriotismo.

VI.

—¿Por qué me miras tanto, tapada mía?
¿Que me vaya contigo? ¿y á qué, ALEGRÍA?
Juventud y miseria no dan enojos;
Pero ¿á quién se le ocurre la fusión rara
De una niña que el cielo lleva en la cara
Y un anciano que el agua tiene en los ojos?

VII.

—Máscara, no me embromes; pasa de largo:
Apuré de tu cáliz el fondo amargo:
ESPERANZA te nombras, y te he perdido;
Sólo la tierra ofrece lo que ya espero:
¡Un rincón ignorado del pasajero
Allí donde su trama teje el olvido!

MANUEL DEL PALACIO.

LA ESTUDIANTINA.

AL INSPIRADO POETA D. JOSÉ JACKSON VEYAN.

Vistiendo el negro manteo,
Robando dulces sonrisas,
Y recogiendo miradas
Y repartiendo alegría;
Llevando tras sí una turba
De mozalbetes que imitan,
Silbando y cantando á coro,
Á la alegre estudiantina,
Al compás de una habanera,
Que á bailarla nos convida,
La bulliciosa comparsa
Con lento paso camina.
Las ventanas y balcones
Al pasar la turba giran;
En unas y otros se asoman
Las muchachas más bonitas,
Y las miradas se encuentran,
Y se chocan las sonrisas,
Y el sol, luciendo brillante,
Su luz á la tierra envía,
Dando color á ese cuadro
Que la juventud da vida.
Yo no sé qué encantos tiene
Para mí la estudiantina,
Que aunque el tiempo y los afanes
Que trae envueltos la vida,
Aun cuando no peino canas
Humor y gusto me quitan,
Pues siempre la lucha eterna
Mata ilusiones nacidas,
Y quita fuego á la sangre
Y roba al alma alegría.....
No sé, repito, qué encantos
Encuentro en la estudiantina,
Que cuando arrastra en las calles
Á los chicos que se apiñan
Y va repartiendo versos,
Y en el espacio armonías,
Renacen mis ilusiones,
Marcha la sangre de prisa,
Y dando al olvido penas
Y bendiciendo la vida.....
¡Como si fuera un chiquillo
Corro tras la estudiantina!

JOSÉ RODAO.

LA PRIMERA PIEDRA.

—¡Ay, Jesús! Este sofoco
Me cuesta una enfermedad.
¡Si aun no creo que es verdad,
Aunque lo veo y lo toco!
—Pero, mujer, ¿qué te pasa?
Acaba, ¿qué ha sucedido?
—Pues nada, que se ha metido
El diablo dentro de casa.
¡Habrá desvergüenza igual!
En el cuarto de Asunción
He hallado este capuchón
Con que iba esta noche al Real!

¡Ahí tienes tú cómo es
La nieta que Dios te ha dado!
La hemos querido y mimado
¡Y nos la pega después!
¡Claro! La niña diría:
«Mientras la abuelita duerme,
Me voy sin que puedan verme,
Y me vuelvo al ser de día.
»Como nunca sospechó
Que hiciera yo nada de esto,
Me vengo á casa, me acuesto,
Y adivina quién te dió.»
¡Después de haberla educado
En un colegio escogido!.....
¡Vea usted de qué ha servido
La educación que le han dado!
La muchacha está en amores
Con un vecino de enfrente,
Que creo que es subteniente
Del Cuarto de Cazadores.
Hoy le ha mandado un papel,
Y milagrito será
Si la muchacha no está
Citada en el Real con él.
¡Ella engañarnos así!
¡Ella escaparse en secreto!
¡Pícara! Yo le prometo
Que ha de acordarse de mí.
—Tranquilízate, mujer,
Porque si nos sofocamos,
Es posible que no hagamos
Lo que debemos hacer.
Veremos cómo se explica;
Porque, aunque tengamos pruebas,
Es posible que no debas
Enfadarte con la chica.
—Lo que es contigo, concluyo
Por perder siempre la calma.
—A ver..... ¡Mujer de mi alma,
Si este capuchón es tuyo!
—¡Mío!
—Sí, querida esposa,
Es el mismo que llevabas
Cuando por mí te escapabas
Al baile de Villahermosa.

José Estremera.

CARNAVAL ETERNO.

¡Carnaval de la vida!
¡Mundano infierno!
¿A qué fijarte plazo,
Si eres eterno?

Tus farsas y locuras
Son siempre iguales.
¡Para mí, todo el año
Son carnavales!

Mal encubierto el rostro
Con la careta,
Miro la misma gente
Bullir inquieta.

Señores disfrazados
De bandoleros,
Y ladrones vestidos
De caballeros.

Comparsas de gitanos
Esquiladores,
Esquilando borricos
Trabajadores;

Y al son acompasado
De las tijeras,
Burlándose del burro,
Cantan playeras.

Todo el año, ministros
Intransigentes
Esquilan á los pobres
Contribuyentes;

Y en discursos floridos
Y liberales,
También *se cantan polos*
Sentimentales!

Mujeres disfrazadas
Con pantalones,
En el disfraz demuestran
Sus aficiones:

Y hay hombre que vestido
De señorita,
Le dice á todo el mundo:
«¡Soy Mariquita!»

Con llorón y con faja
Van muy formales,
Fanfarrones vestidos
De generales:

¡Y llevan de madera
Los espadines,
Y las cruces son trapos
De colorines!

Pero pasan contentos
Los carnavales,
Creyendo que de veras
Son generales.

Hombres graves y serios,
Con su niñera,
Salen en camisita
Con chichonera.

Y muy serios y graves,
Niños *tananas*,
La van dando de sabios
Que peinan canas.

La rancia solterona
Que en vano pía,
Sale por esas calles
De ama de cría.

La menos religiosa
Y timorata,
A paseo y al baile
Va de beata.

¡Carnaval de la vida!
¡Mundano infierno,
De fingidas comparsas
Contraste eterno!

¡Tus farsas y locuras
Son siempre iguales!
¡Para mí, todo el año
Son carnavales!

José Jackson Veyan.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La Universidad de South-Bend: su autonomía.—La miseria del invierno en los Estados Unidos: los pobres; las quiebras.—El correo y su distribución en los pueblos pequeños: el correo en China.—Nueva locura librepensadora en el Delaware.

Para muchos europeos de buen gusto y de exquisita cultura que han visitado el centro y el norte de los Estados Unidos americanos, ha sido todo un hallazgo, un verdadero descubrimiento, la visita á la Universidad católica de Nuestra Señora de..... South-Bend, de South-Bend digo, por más que sus fundadores y sostenedores no quieren que lleve el nombre de esta ciudad; y, francamente, si no lleva ese nombre, ó algún otro, local ó típico, con que se la bautice, nadie podrá saber hacia qué parte de la inmensa República cae el admirable centro de enseñanza de que voy á ocuparme. ¿Dónde está South-Bend? Pues South-Bend, población novísima, que cuenta ya unos 30.000 habitantes, y que se engalana con la ostentación de los mayores progresos modernos, incluso los tranvías eléctricos, cae enfrente de Chicago, á poca distancia de la orilla oriental del lago, y casi en la frontera del Estado de Indiana con el de Michigán. En el dilatado llano que la rodea, y que hace medio siglo era un desierto, se alzó poco á poco la ciudad, y en un páramo que dista de él cuatro kilómetros, absolutamente despoblado y triste antes, adquirieron bastantes terrenos unos religiosos franceses de la Orden de Santa Cruz del Mans, que fueron á parar á aquellas soledades dirigidos por el P. Sorin. Usando de la amplísima libertad, casi rayana de la indiferencia, con que el Estado ampara en aquel país la iniciativa y las obras y empresas de los ciudadanos, sean quienes fueren y procedan de donde quiera, idearon los sacerdotes establecer nada menos que una Universidad libre, con recursos, vida, autoridad y títulos propios. Su pensamiento fué sin duda muy bien recibido en las poblaciones de la comarca, porque, como por encanto, se vieron perfectamente ayudados, y lograron alzar modestos edificios con algunas tierras anejas primero, y la actual Universidad después, con espaciosas propiedades, alguna de las cuales tiene 500 hectáreas de superficie.

Nadie se metió con ellos; trazaron su plan de estudios y sus programas, arreglaron á su gusto las facultades, distribuyeron los cursos como mejor les pareció, y circularon por todas partes sus anuncios, con la sola cláusula obligatoria de que la enseñanza se ajustaría siempre á la fe católica. La Universidad libre é independiente de South-Bend tiene hoy 660 alumnos internos, y constituye un verdadero pueblo. La enseñanza es completa, desde la primaria hasta los estudios superiores; dándose con especial preferencia, á estilo moderno y positivo, la de las ciencias y la del derecho, y concediéndose poca importancia á las de letras y á la literatura. Los conocimientos físicos, químicos y naturales se enseñan en magníficos gabinetes, laboratorios y colecciones; las aplicaciones á la electrotecnia, á la industria, á la agricultura, al análisis, á la minería, á la construcción y al comercio, tienen un material de enseñanza modelo, y entre otros estudios de gran importancia figuran los de la bacteriología, á cuyo frente se halla el P. Z..., uno de los más aprovechados discípulos de Mr. Pasteur. El retrato de este eminente sabio ocupa el puesto de honor de la cátedra principal. Además de la facultad de Derecho, que tiene muy entendidos profesores, hay otra de Teología para los novicios de la Orden y para bastantes jóvenes que siguen la carrera eclesiástica. Los escolares reciben al fin de sus carreras el título de abogados, electricistas, agrónomos, profesores mercantiles ó cualquiera de los otros que á sus estudios corresponden; y estos títulos ó diplomas tienen extraordinario crédito en toda la República, en el Canadá y en otras comarcas. Para nada aparece en ellos el nombre de ningún funcionario público del Estado ó la Nación, ni lleva sello oficial alguno, ni pagan impuesto especial por recibirlo, ni se registran en otro centro de garantía y responsabilidad que en la Universidad misma. El regimen interior de ésta está basado en la buena educación y en la dignidad de los escolares: nada de imposiciones tiránicas, ni de castigos duros ni afrentosos, ni de confinamiento y severidad. Cuando algún joven olvida lo que á la educación y á la dignidad se debe, es sencillamente expulsado de la pensión, para no volver más, y..... proceso concluído.

No tiene la Universidad tapias, ni muros, ni cerramientos exteriores; así es que como nadie se considera encerrado en ella, á nadie se le ocurre escaparse. Admítense á estudiar todos los chicos pobres, de buenas costumbres, de los pueblos inmediatos, los cuales sirven á la mesa á los internos, única compensación que se les exige, y en cuanto se recogen los manteles asisten á las clases con las mismas prerrogativas que los demás, dándose el caso muy frecuente, de que sean por su aplicación y disposición los primeros en las asignaturas, y que obtengan premios en tanto ó mayor número que los ricos, y que consigan después colocarse en cargos muy distinguidos. La vida en el interior, en grandes habitaciones, bañadas de luz y de aire del campo por todas partes, es incomparable, y como lo que sobra allí es terreno para correr y jugar por las praderas en las horas y días de descanso, no pueden la anemia ni la pobreza de la sangre acometer á ninguno, sino que, al contrario, el apetito es envidiable, y el desarrollo, hijo del estómago y del pulmón repletos, es completo. Cuando el mal tiempo ó el frío recluyen á la juventud de puertas adentro, se pueblan las grandes galerías y salones encristalados, donde hay juegos de pelota, de billar, gimnasio, pianos y departamentos de tertulia y discusión. Estos últimos se ven muy favorecidos por los muchachos, porque la gente americana es por naturaleza discutidora y política. Chiquitos y grandes forman sus partidos y sus clubs dentro de la casa, y discuten á maravilla en presencia de los Padres, sus maestros, que les animan á ejercitarse en estas luchas de la inteligencia y en estos aprendizajes de la oratoria, tomando ellos parte muchas veces en las peleas.

Según el Reglamento de la Universidad, todos los alumnos tienen la obligación de oir misa en los días de fiesta, y es muy curioso que, siendo gran número de ellos protestantes y judíos, cumplen sin violencia alguna este mandato. Como la Universidad en sus anuncios de la enseñanza y régimen lo prescribe así, ya saben los padres de familia, cualquiera que sea la religión de ésta, que han de someterse á ese acuerdo, á pesar de lo cual les envían á estudiar á dicho centro, y jamás se quejan, siendo muy común el que en los días de fiesta, cuando se reciben las visitas, no sólo todos los pensionistas acuden al templo, sino que sus padres y hermanos, al ir á verlos, concurren también á los oficios y solemnidades católicas, aunque sean, como son, según queda dicho, protestantes, judíos, librepensadores ó indiferentes. Claro es, por lo demás, que en la enseñanza religiosa no aprenden la doctrina católica más que los alumnos católicos, respetándose siempre las creencias de los demás. Y no sólo no disminuyen los internos, sino que muchos, pertenecientes á familias no católicas, cursan allí su carrera completa durante seis ú ocho años. Además de la Universidad hay una *academia*, dirigida por monjas hermanas de la misma orden de Santa Cruz del Mans, á la que concurren hoy 250 señoritas, y cuyo establecimiento ocupa tres hermosos edificios en aquellos parques, á bastante distancia del centro de instrucción de los alumnos. Los grandes terrenos dependientes de la institución se trabajan en explotaciones agrícolas por los legos de la orden, los cuales también prestan sus servicios como operarios en los talleres de vestido, de calzado, de imprenta, de encuadernación y de maquinaria. Varias vías férreas movibles sirven toda la finca y la unen con South-Bend. Todas las dependencias están alumbradas por la electricidad, incluso la iglesia central, en la que las lámparas y los arcos voltaicos brillan con una riqueza de esplendor y de matices, dispuestos con tal gusto, que maravillan á cuantos la visitan. No hay para qué decir que el teléfono y el telégrafo unen á aquella escuela con el resto del mundo. Publícanse en ella muchas obras de enseñanza y dos revistas, *The Ave Maria* y *The Notre-Dame Scholastic*, que tienen gran aceptación entre el vecindario católico de aquellos Estados inmediatos. Al frente de la Universidad aun vive su ilustre fundador el P. Sorin, que cuenta ochenta y tres años, y que con su larga barba canosa, inmóvil en su silla por un pertinaz reumatismo que sufre, parece el santo patriarca y señor de aquella escuela-pueblo. Para sostenerla próspera y más acreditada cada día, bastan las pensiones de la juventud, los productos de sus tierras de cultivo y los numerosos donativos que recibe. Bajo la libertad bienhechora de aquella gran nación, y gracias á la cultura de sus habitantes, la iniciativa y laboriosidad de unos pocos religiosos han creado sin traba alguna esta incomparable institución, hoy respetada y considerada como pocas en medio de un pueblo que profesa, en su mayoría, tan distintas creencias de las de sus afortunados y beneméritos fundadores.

⁂

Si bien las libertades de que goza la nación norteamericana parecen ser un fecundo manantial de bienes para cuantos pueden trabajar en aquel territorio, la inmigración extranjera que cae sobre ella, y que antes fué la base de su prosperidad, impide á muchas gentes el encontrar trabajo, causa numerosas víctimas y da lugar á tristísimos cuadros. En estos penosos días de invierno sobre todo, la miseria despliega esplendorosa todos sus horrores. Con decir que en New York hay, según el prefecto de policía, cien mil obreros sin trabajo, y que en Chicago existen cerca de doce mil, entre hombres, mujeres y niños, que se encuentran en constante peligro de morir de inanición, podrá formarse una idea de lo que allí ocurrirá. La caridad privada y la municipal y la de los condados trata de acudir al socorro de tamaña calamidad; pero ésta es tan grande, aparece tan abrumadora la acumulación de los que no tienen con qué vivir, que muchos, muchísimos esfuerzos resultan ser sólo ligeros lenitivos ante la enormidad del mal. En Chicago se han convertido en asilos de invierno numerosos edificios propios del Ayuntamiento y bastantes templos y cuarteles de la policía, y sin embargo vagan de noche por aquellas calles tantos mendigos, que es peligroso pasar por algunas de ellas. Ante tal espectáculo, un anarquista alemán allí residente ha hecho circular una proclama excitando á los quince ó veinte mil pobres que pululan por Chicago y sus alrededores á tomar las armas, á dar la batalla á los burgueses y á repartírselo todo ó perecer en la lucha. No andan muy bien, por cierto, los negociantes y capitalistas: en la primera semana del mes de Diciembre último ha habido en



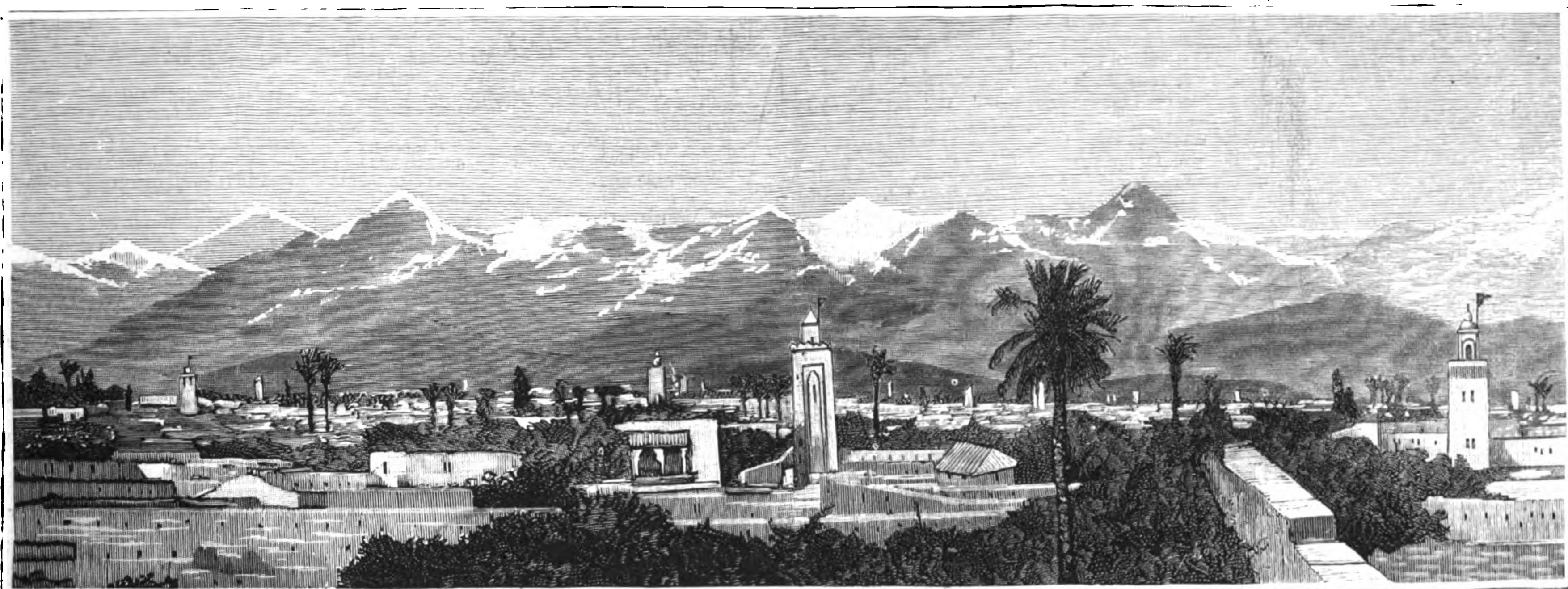
MELILLA.— DESPEDIDA DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS.— EL GENERAL Y SU ESTADO MAYOR PASANDO POR EL CAMINO DE CABRERIZAS BAJAS EN DIRECCIÓN Á LA PLAZA.

(De fotografía de D. Arturo Obanos.)

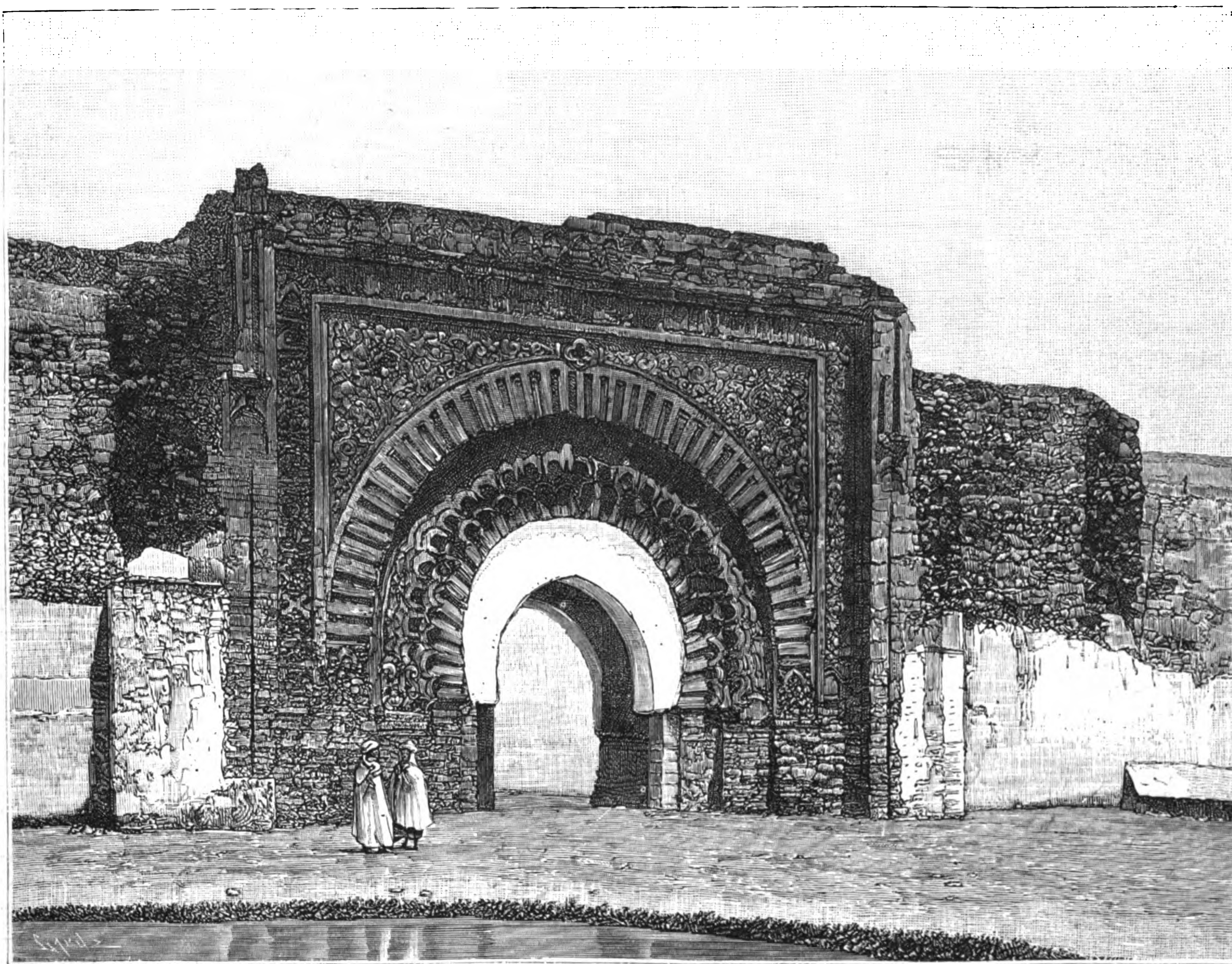


MARRUECOS.—EL «CONDE DE VENADITO» DESPIDIÉNDOSE DE LA ESCUADRA EN AGUAS DEL CABO ESPARTEL.

(Dibujo de Caula, según croquis de D. M. G.)



VISTA DE LA CIUDAD DE MARRUECOS Y DE LA CORDILLERA DEL ATLAS.



LA PUERTA DEL CRISTIANO EN LA CIUDAD DE MARRUECOS.

aquellos Estados trescientas ochenta y seis quiebras. En igual período del año anterior hubo doscientas setenta y una. Desde hace muy poco tiempo, el número de quiebras por mes viene á ser de mil. Cuentan los diarios escenas muy tristes. La policía encontró no hace mucho en un rincón de Nueva York á una señora italiana, Luisa Consuelo, con dos niñas menores de diez años, envueltas en harapos y que no podían levantarse del suelo por el hambre y el frío que sufrían. En mitad de la calle de uno de los barrios de las cercanías recogieron los guardias á dos húngaros jóvenes, de veintidós á veinticinco años de edad, que hallándose en Chicago, adonde habían llegado hacía cuatro meses á trabajar, y no encontrando ocupación, viéndose sin un céntimo en el bolsillo y sin conocer á nadie, emprendieron el viaje á Nueva York, á pie, sobre la nieve, y en medio de los crudísimos fríos de aquellas latitudes. Cuando llegaron á la ciudad parecían idiotas: los sufrimientos habían embotado sus facultades, y no pudiendo sostenerse sobre sus piernas hinchadas, se arrastraban por el suelo. En los basureros de Water Street, en Nueva York, un pobre obrero, no teniendo donde refugiarse para dormir, se introdujo en una antigua caldera de vapor, abandonada entre varios escombros. Mientras descansaba sin fuerzas, fué asaltado por una legión tan numerosa de ratas, que no le dejaron salir de su escondrijo y allí pereció comido y hecho pedazos. Todo lo que han conseguido las sociedades de socorro de la ciudad de New London en el Connecticut, es el poder abonar á muchos obreros el trabajo á razón de treinta céntimos por hora: tan grande es el número de los que allí se han refugiado.

Otras muchas noticias curiosas, aunque no tan tristes, cuentan de aquellos países. El Director general de Correos, *Postmaster general*, creyó que sería una mejora aceptable la de establecer carteros en los pueblos pequeños de 800 á 4.000 habitantes, y ha hecho la experiencia en cuarenta ó cincuenta localidades. El procedimiento de la distribución de la correspondencia á domicilio ha sido rechazado por todos los vecinos de dichos pueblos, no porque tuvieran que pagar el centavo de dollar por cada carta, puesto que la repartición era gratuita y el cartero estaba retribuído por el Estado, sino porque se veían privados los habitantes de la entretenida y agradable costumbre de ir al correo á ver si tenían carta y á recogerla de la rejilla. Este acto reune ante la casa del buzón á mucha gente del pueblo, desocupados, mozos, criadas, señoras solas, hijas de familia, empleados, á todos cuantos, en fin, les sobra un rato para echar una escapatoria. Semejante reunión da motivo á que se conozcan y traten muchísimas personas que de otro modo apenas se saludarían; y allí, mientras se abren las valijas, se forman corros, se establece el íntimo *shake and*, se piropean las gentes jóvenes, se entablan relaciones y se forjan matrimonios. Esto, á la verdad, para un pueblo no se puede sustituir con nada, ni se paga con dinero. A pesar de los carteros, pues, las gentes acudían á la rejilla, y por indicación de las autoridades locales al Director general, se han suprimido los carteros, con lo cual el Estado se economiza unos cuantos millones de dollars, que pensaba dedicar á este servicio.

A pesar de lo descentralizadores y originales que son los norteamericanos en estos y en otros servicios, aun pueden aprender algo de los chinos. En el Celeste Imperio el correo no tiene nada que ver con el Gobierno, y está en manos de empresas particulares, que se hacen gran competencia unas á otras. Hay, en efecto, en cada ciudad multitud de *despachos de cartas* (en Shanghai existen 208), que se encargan de hacerlas llegar á su destino según un precio convenido, proporcional á la distancia á que se encuentra el punto de envío, y cuya suma se paga entre el que manda la carta, que abona las dos terceras partes, y el que la re-

cibe, que satisface el otro tercio. Cada despacho, ó casa, tiene su precio distinto, siempre en competencia con otras casas, por lo cual, realmente, resulta el servicio bastante barato. El dueño de la empresa echa su sello particular á cada carta y con él responde del envío. Cuando se trata de paquetes postales con muestras ú objetos pequeños, el encargado del correo da su correspondiente recibo al que los envía. Muchos comerciantes tienen cuenta corriente con el correo, y mensualmente hacen la liquidación. La conducción se hace á caballo ó en mulas, que llevan carga de 30 á 40 kilogramos y que recorren unos ocho kilómetros por hora. Las caballerías se renuevan cada dos horas, sin que el servicio se detenga nunca, ni de día ni de noche, ni con bueno ni con mal tiempo. En el centro y en el sur de China, en ciertas comarcas muy pobladas, los conductores de la correspondencia van á pie y á la carrera, asegurándose que, para evitar que les ataquen los ladrones, pagan las casas-correos un especial tributo á éstos, que no sólo respetan la conducción, sino que la protegen contra otros ladrones de menor cuantía. En los puertos donde hay muchos europeos se usan sellos ó timbres como los de Europa; pero, en general, las cartas indígenas no llevan en el sobre más garantía que la del sello en tinta del dueño de la casa conductora. No hay para qué decir que estas casas, al competir unas con otras, buscan á porfía en los pueblos á los parroquianos, ofreciéndoles especiales ventajas. Para el servicio oficial tiene organizado el Gobierno un correo propio, y en el que se consigue distribuir los edictos y órdenes imperiales en trayectos de 400 kilómetros diarios. Véase, pues, cómo en un país tan impenetrable como la China no necesitó penetrar la descentralización de los servicios, tan deseada en otros pueblos más adelantados, y cómo saben sostener el de comunicaciones con un sistema tan perfeccionado como el del *express delivery* de los Estados Unidos.

No quiero ocuparme de otra descentralización *yankee* de que dan cuenta las últimas referencias, asegurando que en el Estado del Delaware se ha inventado una nueva religión!!!, basada en la libérrima interpretación de la Biblia, y según la cual entienden los afiliados que la Providencia hizo al hombre para sí mismo y á la mujer para todos. Háblase de un templo donde los *santos!!!* (así se llaman unos á otros aquellos creyentes) cambian sus mujeres por diez y ocho días, realizándose estos préstamos entre todos los inscritos, hasta que, cuando ya ninguno acepta á la cambiada, vuelve á casa de su *santo* marido. Los pelos y señales que de la nueva creencia dan los periódicos de por allá, no dejan duda de que, aunque parezca mentira, el hecho es positivo, y demuestra que los mormones son ya unos infelices comparados con estos locos de atar.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

El Rayo de luna.—Galerio. Obras escénicas, por D. Abdón de Paz.

No es posible juzgar el efecto teatral de dramas ó comedias por la lectura; pero del mérito literario de las dos obras que se contienen en el libro del Sr. De Paz sí diremos que, en nuestra opinión, están muy bien escritas, en buen castellano, y que en ambas la acción empieza agradando y acaba conmoviendo. Debe además decirse en su elogio que están inspiradas en la moral cristiana más pura. Precio: 3 pesetas.

María Stuart, drama de Schiller.

Publícase esta hermosa obra del gran poeta alemán en la *Biblioteca del siglo XIX*, editada en Barcelona. Forma un tomito de 192 páginas, que se vende, por 50 céntimos, en toda España. La versión castellana está bien hecha.

Jesucristo, por el P. Didón, de la orden de los H. Predicadores. Traducción del Licenciado D. Fernando Segura y Tornel.

Hemos leído esta obra notable con el detenimiento y atención que por su importancia merece, y damos por muy bien empleado el tiempo que la hemos consagrado, quitándolo quizás de otras perentorias ocupaciones.

Pero leyendo la vida de Jesús del P. Didón se experimenta, no sólo aquel particular encanto que va dejando en el ánimo toda narración histórica bien escrita, sino también esa placidez espiritual que se apodera del alma al contemplar de cerca la figura sublime del Redentor. Guiados por el P. Didón, seguimos á Jesús paso á paso desde el nacimiento hasta la muerte dolorosísima en el Gólgota, sintiendo con él y penetrándonos de su divina misión.

Cuantos encomios hiciéramos de este hermoso libro, por entusiastas que fuesen, habrían de quedar obscurecidos al lado de los que Su Santidad León XIII le tributa en carta dirigida al P. Didón, y que los editores de la edición castellana, Sres. Juan Buxó y C.ª, antigua y acreditada casa de Méjico, con muy buen acuerdo publican al frente de la misma.

Consta la obra de dos tomos de 500 á 600 páginas, y para mayor inteligencia de ella la acompañan dos buenos mapas: uno de la Palestina en tiempo de Jesús, y otro de Jerusalén y sus alrededores. Además, contiene un plano de Jerusalén en tiempo de Jesús, y un croquis del templo, según la descripción de Flavio Josefo.

Pasatiempos, de Enrique Labarta.

Librito de versos jocosos que el autor encabeza con un prólogo, confesando que no tiene pretensiones de literato. Son 46 páginas, que cuestan 75 céntimos.

Prosa barata (Cuentos de mi cosecha), por Francisco Larrosa.

Forman este tomito (100 páginas) varios cuentos de amena lectura. Precio, una peseta.

Poesías, por Alirio Díaz Guerra.

El Sr. Díaz Guerra es, sin duda, uno de los buenos poetas contemporáneos de la América española. Versifica con facilidad grandísima y maneja bastante bien el castellano. Posee además una imaginación fecunda. Su tomo de poesías se lee con agrado, y por cierto que la edición, hecha en Caracas, es lujosa y está bien impresa.

Campaña de Bohemia é Italia en 1866, por D. Francisco Martín Arrue, comandante de infantería.

En el folleto publicado por la *Revista Científico-Militar* con este título y bajo el epígrafe general de *Guerras contemporáneas — Estudios del arte de la guerra*, prueba una vez más el Sr. Arrue sus poco vulgares condiciones de escritor y su vasta cultura. Aconsejamos la lectura de esta obra suya á cuantos quieran conocer la más perfecta de las campañas contemporáneas tan admirablemente terminada en Sadowa.

Sobre la V y la B en castellano. Comunicaciones de los Sres. Duque de Arcos, D. Daniel Barros Grez, capitán Manuel A. Delano, D. E. M. Hostos, D. Rafael Jover, Dr. Rodolfo Lenz, Dr. Alberto Liptay, Dr. Aristarco R. Menica, D. Qarlos Cabezón, D. Qarlos Toribio Robinet y Pro, don M. A. Román, sobre la posibilidad de un idioma internacional obtenido por sufragio universal. Conferencia dada en el Congreso Científico de Valparaíso por Alfredo Liptay.

El opúsculo, cuyo largo epígrafe acabamos de copiar, sorprende á primera vista por la extrañeza de su ortografía, pero luego se lee con interés, viendo lo bien tratada que en él está la cuestión de la reforma ortográfica.

Lo primero que se advierte en los autores cuyas doctrinas se hallan en él consignadas, es un celo muy plausible por la pureza de la lengua castellana, reconociendo que ésta debe ser una para todos los pueblos de raza española, sin otra diferencia que ciertos inevitables regionalismos. Los que vemos con dolor de qué lastimosa manera estropean el lenguaje castellano algunos malos escritores de ciertas repúblicas, plagándole de ridículos galicismos, y comprendemos el daño que esto causa á la unidad de la raza y á su futuro poder en el mundo, aplaudimos el empeño de los chilenos de mejorar la ortografía del idioma común. Hasta en esta manifestación de independencia y de oposición á la invasión galiparlista muestra Chile su gran energía y su parecido á la madre patria.

Trátase también en este folleto de la creación de un idioma universal, cuyo proyecto presenta el Sr. Liptay. El tal proyecto es ingenioso, y aunque á veces incurra el Sr. Liptay en algún error, como suponer que la voz *hombre* es hispano-portuguesa, nos ha parecido digno de atención.

Manual del forjador, herrero y cerrajero, por don Manuel González Martí, ingeniero de caminos, canales y puertos.

Este nuevo tomo de la *Biblioteca enciclopédica popular ilustrada* es, como los anteriores, de gran utilidad, está muy bien escrito y cuesta sólo una peseta.

Zschokke. El muerto prometido. Traducido por T. de B. Interesantísima novela del reputado autor suizo, que desde las primeras páginas entretiene al lector y no decae en toda la obra: es una edición de bolsillo elegantísima, con numerosas ilustraciones de Klong, tan variadas como graciosas, hechas con el desenfado del distinguido dibujante, cuyo apellido descubrirán en el seudónimo los descifradores de jeroglíficos. Se vende, á 2 pesetas, en casa de Fe.

Añoranzas, por D. Víctor Balaguer.

En este libro que ha publicado el ilustre escritor hay muchas cosas buenas y muy dignas de estudio. Son particularmente elocuentes las páginas en que habla de las ruinas de nuestros grandes monumentos, recuerdos de otras edades harto más venturosas para la patria española. Desconsolado por el espectáculo, manifiesta sus temores de que algún día sean también ruinas la literatura, la ciencia y las ideas más santas. Razón sobrada tiene el Sr. Balaguer para mostrarse tan pesimista.

Es también bellísima la descripción que hace de Burgos, y en todo el libro se muestra tan excelente escritor como de su reputación podía esperarse.

Añoranzas es una obra lujosísima, muy bien impresa y encuadernada en excelente papel, y que no se vende, llevando cada ejemplar el nombre de la corporación ó persona á quien se destina.

Historia general de España.

Hemos recibido los cuadernos 165 á 169 de esta importante obra, publicada por *El Progreso Editorial*, y escrita por individuos de número de la Academia de la Historia, bajo la dirección del Sr. Cánovas del Castillo. Precio de cada cuaderno, una peseta.

Nueva geografía universal.—*La tierra y los hombres*, por Eliseo Reclus.

El Progreso Editorial ha publicado el cuaderno 294 de esta obra importantísima. El precio del cuaderno es también una peseta.

La fiebre.—Exposición sumaria de los conocimientos actuales acerca del proceso febril, por G. B. Ughetti. Traducido del italiano por D. Francisco Ossorio, médico de la Beneficencia provincial de Madrid.

Esta importante obra, en la que, con suma lucidez y gran copia de datos, se trata uno de los más importantes problemas de la Medicina, merece ser estudiada con detenimiento. Ofrece la ventaja de estar escrita con tal claridad y tan bien traducida, que hasta los profanos pueden leerla y entenderla. Véndese, al precio de 5 pesetas en Madrid, y 6 en provincias, en las principales librerías.

Análisis de vinos.—*Reglas prácticas más generales para el reconocimiento comercial de los vinos.*—Con este título acaba de publicar el reputado ingeniero agrónomo don Eduardo Abela una utilísima obra, que está llamada á obtener gran aceptación, por los servicios que ha de prestar á los comerciantes en vinos. En ella se trata prácticamente de los diferentes medios de reconocimiento de los vinos, procedimientos para investigar el alcohol, obtención de extractos, materias sacarinas, acidez, potencia colorante, peso del alcohol, reconocimiento del sulfato de potasa, obtención de cenizas y tártaros, investigación de la glicerina y materias colorantes, y otros asuntos. La obra está ilustrada con 23 grabados, y contiene diferentes tablas. Su precio, 2,50 pesetas en Madrid. A provincias se remite enviando una libranza de 3 pesetas á la librería de Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

G. R.

DOS HOMBRES SE ENCUENTRAN Y HABLAN.

«Cuando los hombres hablan, las cosas se explican», dijo una vez á su modo sabio y filosófico un amigo del que esto escribe. Y en cuanto á él, fué verdad. Nadie puede predecir á qué resultados puede llevar una conversación casual. Guerras se han declarado y terminado, y grandes empresas se han comenzado ó han fallido por no haberse hablado claramente las cosas de antemano. «La vida y la muerte están en poder de la lengua», dice la Escritura.

Dos hombres se encontraron un día en el almacen de drogas de los Sres. Soriano é hijos, en Yecla, aquí en esta vieja España. Su encuentro fué puramente casual; el primero de los dos hombres se hallaba ya en el almacén, esperando una oportunidad para exponer su negocio, cuando el segundo entró, y preguntó desde luego por cierta medicina profusamente anunciada, y conocida bajo el nombre que él mencionó. El primer recién llegado le dirigió entonces una pregunta que fué pronta y satisfactoriamente contestada, y lo que sucedió después tendremos que copiarlo de una carta de puño y letra del primer recién llegado, cuya firma aparece al pie de aquella.

Desde Yecla, mes de Julio de 1893, escribe: «Tengo cincuenta años, y he disfrutado siempre de cabal salud hasta hará cosa de unos ocho años, en que empecé á perder el apetito y á sufrir de varias molestias, entre ellas flojedad y pesadez en el estómago después que tomaba alimento; náuseas y un gusto amargo, repulsivo, en la boca; dolores en la espalda, pecho y costados; pérdida de ánimo y de deseos de trabajar, y mucha torpeza y dolor de cabeza.

»Por malas que fuesen estas cosas, me molestaban menos que la irritación á la garganta y la tos que me acometieron al cabo de un cuanto tiempo; así que empecé á pensar si estaría destinado á padecer de tisis y morir de ella.»

Al llegar á esta parte de la carta, describe el encuentro en el almacén de drogas, y aludiendo al hombre que allí encontró, continúa el autor de esta carta, el Sr. Hernández, como sigue:— «Le pregunté de qué se quejaba, y me respondió que durante cinco años había estado sufriendo de fuertes dolores de cabeza, y que después de haber usado remedios y prescripciones casi innumerables, no había hallado más que una que le diera alivio, y era el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Impresionado por sus palabras, y naturalmente deseoso de curarme también, compré asimismo una botella sobre la marcha, y aun no había hecho uso de ella por ocho días cuando ya encontré á mis sufrimientos un alivio que nada me lo había procurado antes, á pesar de que lo había ensayado casi todo; con sólo cuatro botellitas del Jarabe Curativo de la Madre Seigel logré mi restablecimiento, y tengo el gusto de manifestárselo á ustedes á fin de que puedan publicarlo en beneficio de toda la humanidad. De ustedes afectísimo (firmado)—Jermi Hernández.»

Otra carta fechada en Cartagena, en tres de Julio de 1893, dice: «He sufrido de una enfermedad de estómago cuyos principales síntomas eran falta de apetito, frecuentes dolores de cabeza, flatulencia, nerviosidad y debilidad general; y una botella del Jarabe Curativo de la Madre Seigel ha restablecido por completo mi salud (firmado) María Sifuentes Cánovas.»

Esto en cuanto á los hechos consignados en estos dos casos. ¿Pero qué diremos de sus causas? Pues tan sólo estas palabras: que ambos eran debidos á indigestión y dispepsia. El veneno por ellas engendrado podía estar oculto y sin sentirse durante largo tiempo, pero también hacerse entonces, de repente, activo por efecto de cansancio mental, de exceso en comer, de comer mal, de exposición al aire libre ó cualquiera de otras tantas influencias. Entonces decayeron los riñones (á los que siguieron el estómago é hígado), el ácido venenoso latente en la sangre pudo desarrollar la inflamación en las articulaciones, y los fluídos así retenidos produjeron la hidropesía. Con semejante estado de cosas pueden producirse toda clase de desarreglos, siendo cada uno de ellos, más bien que una enfermedad, el síntoma y resultado de la sola causa de casi todas las enfermedades: la indigestión y la dispepsia. El corazón y los pulmones se afectan muchas veces por simpatía, y esto es lo que ocurrió en el caso del Sr. Hernández, excitada como se hallaba su imaginación por el miedo á la tisis.

Curad la torpeza de la digestión, expeled el veneno acumulado, y hallaréis en seguida un mejoramiento general. El conseguir esto está en poder del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, como no lo ha estado jamás quizás en poder de remedio alguno hasta hoy conocido.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

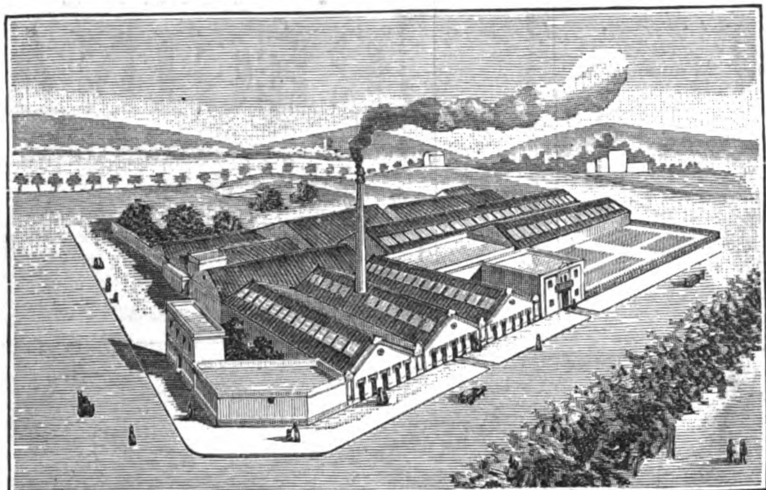
El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MOSAICOS HIDRÁULICOS

ORSOLA, SOLÁ Y COMPAÑÍA.—BARCELONA

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA DE 1888



Vista de la fábrica.

En la Exposición Universal de París de 1889, la ÚNICA MEDALLA DE ORO acordada á la fabricación de MOSAICOS HIDRÁULICOS, fué concedida á nuestros productos, en competencia con los de las demás naciones del mundo.

GRAN DIPLOMA DE HONOR EN BRUSELAS 1892

Fábrica la más importante de cuantas hay establecidas tanto en España como en el extranjero, la que cuenta con mayor número de dibujos y existencias, y la que ha logrado una fabricación más perfeccionada.—Pavimento el más durable y consistente que se conoce, lo garantizan 16 años de constante éxito.—Fabricación de objetos de cemento y granito.

Producción anual: **4.500.000 piezas**

FÁBRICA EN BARCELONA: calles de Calabria, Rocafort y Consejo de Ciento.
CASA EN MADRID: Caballero de Gracia, 56.—DESPACHO CENTRAL: Plaza de la Universidad, 2, Barcelona.



Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival**, y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é Inapetencia y Menstruaciones difíciles.* Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América.

Depósito general: ALMERÍA, **Farmacia** VIVAS PÉREZ

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

Ultima producção

Perfumaria IXORA

ED. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37

PARIS

Sabonete............. de IXORA
Essencia .... de IXORA
Agua de Toucador..... de IXORA
Pommada.............. de IXORA
Oleo para os cabellos....... de IXORA
Pós de Arroz.......... de IXORA
Cosmético............. de IXORA
Vinagre de Toucador.. de IXORA

AGUA DE COLONIA DE ORIVE.

No hay otra que iguale en aroma delicado y permanente á la muy higiénica de **Orive**. Primer premio en la Exposición farmacéutica nacional. Inmejorable contra la blandura é irritación de los ojos y dolores de cabeza. Pero no gastar otra que el **Agua de Colonia de Orive,** que se vende en toda farmacia y perfumería de crédito á 3, 6 y 12 reales, y en frascos de lujo á 10 reales.—Madrid, M. García, Capellanes, 1.



PIDANSE LAS ACREDITADAS ESPECIALIDADES DE CROWN PERFUMERY CO.,
Serie: Etiqueta dorada.
Extractos, Agua de Tocador; Polvos, y Jabon de Tocador.
CUIR DE RUSSIE,
PEAU D'ESPAGNE,
LILAS BLANC,
GARDENIA,
Extra finos y con elegantísimos envases.
Crown Perfumery Co., London.
De venta en Madrid:—Perfumería Inglesa Carrera de San Gerónimo 8; y en todas las buenas Perfumerías.

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

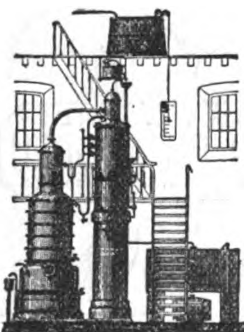
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

El DOCTOR CHERVIN, Director del Instituto de Tartamudos de París, empezará en Madrid (Hotel de Rusia) el 26 de Febrero, su curso anual para la correccion en 20 dias de la

TARTAMUDEZ

Inscribirse la víspera.

Los retrasados serán aplazados para el curso de 1895.



ALAMBIQUES

Espíritus á 40º Cartier
SIN REPASAR

EGROT
Cab.º de la Legión de Honor

EXPOSICION UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes

19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

Los Polvos de Arroz

PEAU D'ESPAGNE

NUEVA CREACION DE

E. COUDRAY

Perfumista, 13, Rue d'Enghien, Paris

SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.



EL MAL GUSTO

del

ACEITE de HIGADO de BACALAO

EMULSIÓN de SCOTT

DESAPARECE POR COMPLETO EN LA EMULSIÓN DE SCOTT
AL MISMO TIEMPO QUE
EL ACEITE SE HACE MAS EFICAZ
PUESTO QUE ESTÁ PARCIALMENTE DIGERIDO Y ES FÁCIL DE ASIMILAR.

La EMULSION de SCOTT

CURA LA TOS Y CATARROS, TÍSIS, DEBILIDAD PULMONAR, ENFERMEDADES EXTENUANTES Y LAS DE LA SANGRE.

ESTO NO PUEDE HACERLO EL ACEITE SIMPLE.

La **EMULSION de SCOTT** Cura la Escrófula.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES.
Los frascos de la legítima Emulsión de Scott llevan adherida á la cubierta la etiqueta que representa á un hombre con un bacalao á cuestas.
Preparada por SCOTT y BOWNE, NuevaYork.
De venta en todas las farmácias y droguerías.
El Parche Poroso Excelsior es el mejor.

La **EMULSION de SCOTT** Enriquece La Sangre.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. V.

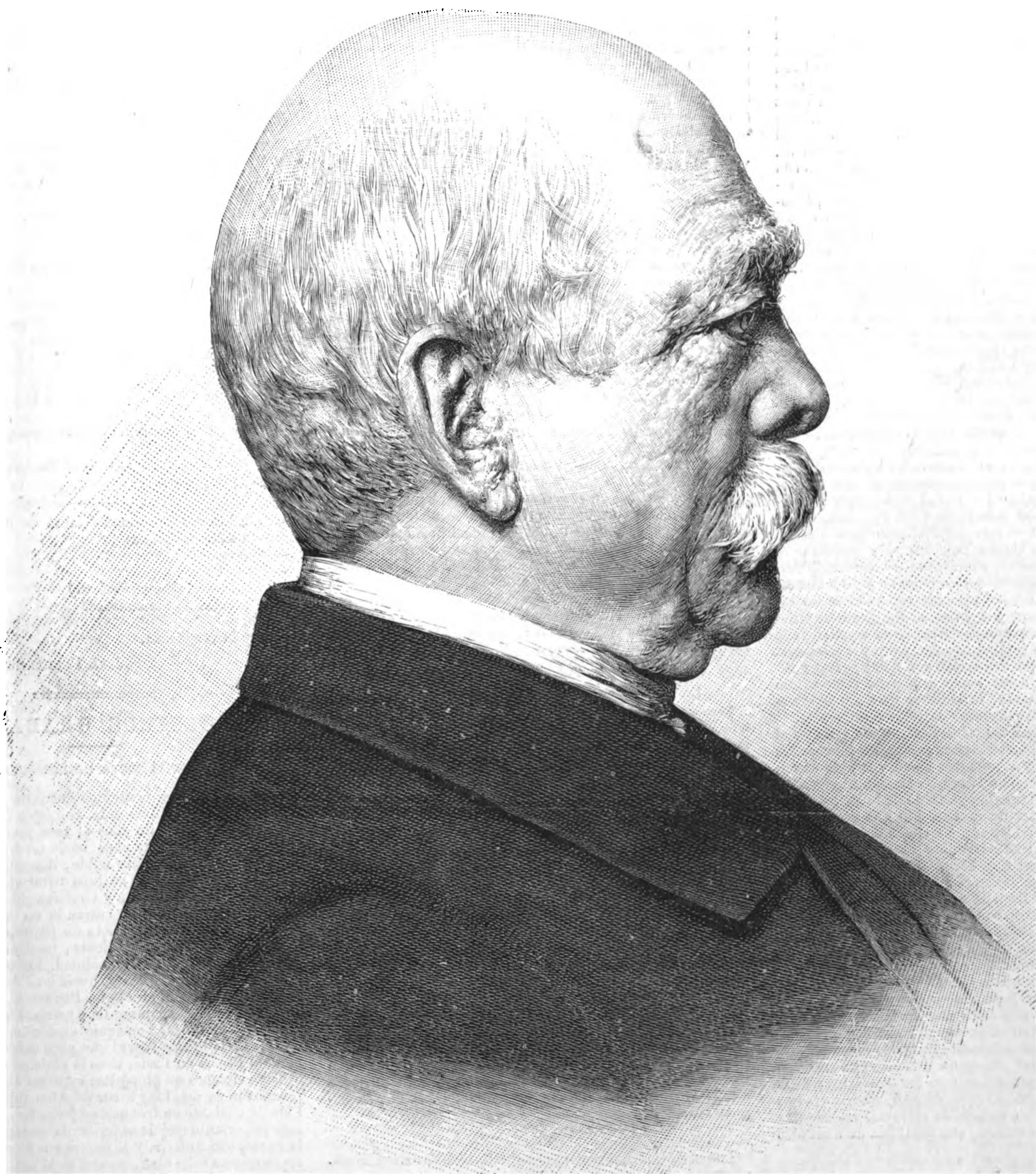
ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Febrero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



EL PRÍNCIPE DE BISMARCK,

EX CANCILLER DEL IMPERIO ALEMÁN.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La gente de tralla y la gente de á pie, por *Fernán González*.—Los Teatros, por D. Eduardo Bustillo.—Cuentos de Levante: En la sierra, por D. Rafael Altamira.—1894, por D. Eduardo de Palacio.—«Dolores», poesía, por D. José Jackson Veyan.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Certamen literario, por X.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—El Príncipe de Bismarck, ex canciller del Imperio alemán.—La Embajada española en Marruecos: Mazagán. El baluarte del puerto visto desde la azotea del Consulado de España.—Vista parcial de la ciudad.—Preparativos para la instalación del campamento de la Embajada en los alrededores de la ciudad: La tienda del general Martínez Campos.—El zoco ó mercado.—Bellas Artes: *Gitana oriental*, cuadro de G. Hever.—*El periódico del abuelo*, cuadro de Deully.—Escenas populares marroquíes: Danza callejera en el zoco de Mazagán.—Sicilia (Italia): Los revoltosos saqueando las oficinas de la alcaldía de Mazzara del Vallo.—El contrabando en el Campo de Gibraltar: Perros adiestrados para pasar el contrabando burlando la vigilancia de los carabineros.—Maimón Mojatar y su sobrino el Hach-el-Heddú á bordo del crucero *Isla de Cuba*.

CRÓNICA GENERAL.



A recepción del Embajador de España por el Sultán de Marruecos ha sido un espectáculo grandioso por lo solemne y pintoresco, según afirman los corresponsales. Como asistió al acto y pudo tomar apuntes el Sr. Simonet, pertenece aquel cuadro artístico á su crónica ilustrada: á nosotros nos corresponde tan sólo hacer algunas consideraciones de otra índole.

Desde luego, á la desconfianza y malos augurios de una parte de la prensa acerca del éxito de la embajada, ha sucedido un optimismo acaso exagerado; que está en nuestro carácter pasar de un extremo á otro con gran facilidad. Las declaraciones de S. M. Sherifiana en la audiencia pública autorizan la creencia de que darán buen resultado las negociaciones de nuestro Embajador; pero nada se pierde con suspender el juicio algunos días, hasta tener la seguridad de que sucedan á cabal satisfacción. Bástenos consignar que ya contamos con la palabra imperial para la obtención de las satisfacciones que nos son debidas, y que sólo nos resta vencer los obstáculos y distingos con que han de regatear algunos capítulos los negociadores, tarea no siempre cómoda y fácil; pero al escribir esto, ignoramos si á la fecha en que se lea nuestro número estará todo acabado. Limitándonos, pues, al acto de la recepción en el patio inmenso del Palacio, todos están conformes en que se han hecho al Representante de España honores inusitados en la etiqueta marroquí, si bien aun nos parezca extraño que el Sultán reciba á caballo á la Embajada, y que nuestro Embajador le dirigiese la palabra á pie y descubierto; pero considerando que es de etiqueta en Marruecos que el Sultán se haga el encontradizo con los embajadores en una calle ó sitio concertado, y esta vez ha sido una recepción en regla, nuestra Embajada ha obtenido preferencias que, si parecen pueriles desde lejos, son de gran significación, teniendo en cuenta el carácter sagrado, la fuerza de la tradición y la omnipotencia del monarca en el concepto de sus súbditos.

Terminada la recepción, el Emperador entró gallardamente en el interior de su palacio, sobre su caballo blanco, protegido por el rojo quitasol y por el mosquitero de muselina, y seguido de sus cortesanos y sus guardias, al estampido del cañón y al no menos formidable de su música. Los corresponsales no tienen palabras para ponderar el efecto de luces y colores de aquel cuadro oriental, la majestad y hermosa presencia del emperador Muley Hasán, y los espléndidos huertos del palacio, que enlazan los recuerdos de Marruecos con los de Granada, Córdoba y Sevilla musulmanas. Concluiremos deseando el término feliz de lo que por tan buen camino marcha, porque la economía de sangre española, si puede hacerse con honor, es muy interesante; y porque á nadie como á España interesa, no sólo conservar, si se puede, la amistad de ese pueblo vecino, sino aumentar allí nuestras relaciones é influencia.

Respecto de la actitud del general Martínez Campos al pronunciar su discurso, todos los corresponsales concuerdan en elogiar la entereza y arrogancia de su voz y de su expresión, como correspondía á la representación gloriosa del país y á la autoridad que había recibido de la Reina; arrogancia que daba carácter de firmeza á lo que se pedía en términos comedidos y amistosos. El General habló descubierto, y no se cubrió hasta terminar el discurso, á pesar del mandato del Sultán; significando de este modo que se había descubierto por hablar en nombre de su Reina y nada más, no usando de la licencia que se le daba porque no dependía su actitud de la voluntad y capricho, y mucho menos de las órdenes del Emperador, á quien acataba en su jerarquía, pero exento de su imperio. Podrán parecer estas cuestiones de etiqueta nimiedades y fórmulas vacías; pero en los asuntos internacionales son todo un idioma, y aun en la vida social ¡cuántos logran lo que desean con una cortesía, ó se indisponen con otros por no hacer un saludo! ¿Quién puede penetrar en el Congreso nuestro con el sombrero en la cabeza? ¿Quién deja de levantarse de su asiento cuando jura un diputado? ¿No es un desacato que corrigen los hujieres poner un pie sobre otro los que asisten á las vistas del Tribunal Supremo? ¿En qué baile de sociedad se atreve á entrar nadie sino vestido de etiqueta? La etiqueta es el idioma del respeto mutuo; una heráldica de actitudes y de trajes.

°°°

El anarquista Vaillant pagó ya con su cabeza el crimen de haber arrojado una bomba en el Congreso francés. Murió con entereza, como Pallás y la mayor parte de los fanáticos de su secta, y, en último caso, como murieron también otros sentenciados por delitos comunes; que eso del valor para morir no es patrimonio de sectas ni de naciones. Y aquí aludimos al orgullo con que la prensa de París dice que Vaillant ha muerto como un francés, á lo cual contestan los periódicos madrileños, con razón, recordando otros que, sin ser franceses, han subido con valor al patíbulo. Cuestiones de vanidad: nada más humano y natural que tener miedo á la muerte, y demostrar que no se tiene es un alarde de amor propio, ó un convencimiento de la inutilidad de toda queja. La que con sus extraordinarias precauciones demostraba no estar tan tranquila, era la policía, que cerrando el paso y alejando al público, hizo patente el peligro de algún atentado anarquista contra los que asistían á la ejecución. En honra de la humanidad desearemos que no sean frecuentes estos ejemplos de rigor, y aun abrigamos la esperanza de que, pasado algún tiempo, ni aun se conciba que haya nadie arrostrado la muerte por delitos tan absurdos, que no se explicarán los que vivan en tiempos menos trastornados que los nuestros.

°°°

La Academia Española de la Lengua ha cambiado de domicilio, abandonando la vieja casa núm. 26 de la calle de Valverde, donde no hace mucho los duendes golpeaban las paredes pidiendo acaso la mudanza. La última junta pública se ha celebrado el 2 del corriente, para dar posesión al académico D. Santiago de Liniers, nuestro querido amigo, y sucesor del inolvidable D. Manuel Cañete, á cuyo elogio dedicó, según costumbre, después del saludo de ritual, la introducción de su discurso. Era el tema de éste *Florecimiento del estilo epistolar en España*, y tanto en su desarrollo y composición, como en las frases atinadas con que juzga á los personajes que nos dejaron los modelos mejores del estilo epistolar, demostró el Sr. Liniers una vez más lo que no ignoran cuantos siguen entre nosotros con interés las evoluciones de la literatura moderna, sin dejarse alucinar por el estrépito del bombo, sino sabiendo distinguir con gusto propio lo bueno de lo malo; es decir, que don Santiago de Liniers es un periodista de estilo suelto y franco, intencionado y culto, que sabe unir al más fino gracejo la seriedad y la energía, según las ocasiones; y así cultiva la novela de costumbres, como escribe romances satíricos, ataca en sus colecciones de artículos los vicios sociales y políticos de nuestra época con vigorosa y epigramática frase, ó hace un buen discurso académico al tomar posesión de su plaza de número en la docta corporación.

Contestóle su amigo de toda la vida, D. Francisco Silvela, tomando para su contestación uno de los géneros epistolares que Liniers había desdeñado, el amoroso, por creer que en él sólo había una epístola digna de obtener la preferencia sobre todas: la epístola de San Pablo. El Sr. Silvela dedicó, como era justo, al nuevo académico una buena parte de su contestación, enumerando los títulos con que entraba en la Academia; y con el estilo ático natural de sus discursos y elocuencia, se hizo aplaudir en un período elocuente y piadoso, leído con hermosa entonación, en el que reveló que tenía aptitud para el púlpito, como las tiene para la tribuna, la cátedra y el foro; y cambiando de tono, desarrolló su tema con la cultura de su privilegiado entendimiento, defraudando en un solo concepto á cierta porción de su auditorio: porque si en el discurso del Sr. Liniers hubo algunas, aunque sobrias, alusiones políticas y administrativas de carácter general, recogidas con risas por el público, no encontraron en el del Sr. Silvela frase alguna en desquite de la sesión de su entrada en la Academia, pues se ciñó á su tema con severa exactitud, sin represalias.

En resumen: fué un acto muy lucido y puramente literario. El Sr. Liniers vestía el uniforme de maestrante, y leyó bien su discurso, aunque con alguna precipitación en la segunda parte, temiendo, sin razón, molestar con sus dimensiones á la selecta concurrencia de damas, hombres políticos, aristócratas y cultivadores de las letras. Entregada la medalla, dados los abrazos, salió todo el mundo á disputarse los discursos. Nosotros quedamos satisfechos del acto y del honroso distintivo que recompensaba los merecimientos de un antiguo y cariñoso amigo.

°°°

Sr. D. Julián de San Pelayo Ladrón de Guevara.

Muy señor mío y distinguido amigo: Esta tiene por objeto agradecerle el regalo del ejemplar núm. 3 del folleto titulado *Algunas cantigas y dezires del magnífico D. Pedro Vélez de Guevara*, que usted saca de nuevo á luz, en una tirada de cien ejemplares numerados.

Y estimo en lo que vale esa fineza, no sólo por las poesías venerables para el idioma poético que escribió su ilustre antepasado, y que lo es, en las letras, de cuantos nos hemos encontrado ese idioma formado y á nuestra disposición, por el trabajo de los que nos precedieron y le pulimentaron poco á poco, sino por las noticias que nos da del poeta D. Pedro Vélez de Guevara, su carácter y familia en el erudito prólogo con que encabeza su folleto. Y crea usted que si no tuviera precisión de narrar en esta crónica lo que sucede en nuestros días, haría de buena gana con usted una excursión por aquella época interesante de su buen antepasado, y de los Santillana, López de Ayala y demás poetas, soldados y cortesanos, que rendían culto al amor en su buen tiempo, al honor en la pelea y á Dios en sus tribulaciones. Pero me llaman, con sus ruidosos trompetazos, el Carnaval y otros asuntos. Repítole las más expresivas gracias por su regalo, y el pláceme por el tributo que rinde á la memoria de su antecesor y la piedra que añade á la historia literaria con sus noticias. Y B. S. M., su seguro servidor.

°°°

Los periódicos proponen que el próximo Carnaval se verifique en el Retiro. Se abre discusión sobre el asunto.

—Pues me opongo—dijo Pérez—por varias razones: la primera, es porque el público, llenando de gente y carruajes todo el largo espacio desde Atocha hasta el final de la Castellana, ha manifestado claramente, este año mejor que otros, su afición al espectáculo y su voluntad de reunirse en aquel sitio por una mayoría abrumadora, en época donde todo se resuelve por mayoría. Segunda, porque en las fiestas populares, la costumbre tradicional es una ley. Tercera, porque el paseo de carruajes del Retiro es corto y estrecho para tanta concurrencia, y sería peligroso querer agolpar el Carnaval donde no cabe, y porque si se interrumpe la circulación en el Carnaval para que el pueblo se divierta, y se diviertan á su modo los que miran, se cumple el fin principal de la vida humana.

—Niego que eso sea diversión—respondió López;—el Retiro está apartado, y es más á propósito para que se junten, sin molestar, los que no tienen más objeto que distraerse: si el paseo de carruajes no es suficiente, que se extiendan por las calles y avenidas del Retiro los curiosos.

—¡Alto ahí!—repuso Fernández—la naturaleza del Carnaval madrileño exige que estén á la vista los que van á pie y en coche; por consiguiente, el paseo de carruajes del Retiro no es á propósito para tal aglomeración, y me adhiero á los que quieren que se efectúe en el Hipódromo ó en la Pradera de San Isidro.

—¿Y por qué no había de prohibirse?—dijo Gutiérrez, interrumpiendo al orador.

—¡Usted siempre tan exagerado!—respondió el interrumpido.—No parece sino que la vida es tan alegre que necesitemos quitar á las gentes esos regocijos espontáneos y baratos: deben tener presente los que eso defienden, gente grave que suele ir al teatro todas las noches, pasar la vida de banquete en banquete, y no faltar á las innumerables diversiones que ofrece la corte, que el pueblo goza en sus fiestas naturales, no por lo que valen, sino porque se verifican para él muy de tarde en tarde, y deben ser respetados sus gustos y aficiones, mientras no perjudiquen á los demás de un modo grave.....

—Pues déjesele llenar el Prado como siempre.

—No, que vayan al Retiro.

—No, al Hipódromo.

—Que interrumpan la circulación y los negocios: en último caso, todas esas gentes que tienen tanta prisa y tantos asuntos que despachar, ¿qué hacen sino infinitas picardías?

—Eso es insultarnos.

—¡Alto!—dije.—Se levanta la sesión por no podernos entender.

°°°

Entre las máscaras del Prado figura un oso, que se permite muchas libertades; penetra en los jardinillos de Recoletos, y por fin se dispone á trepar á un árbol. Un guardia municipal le detiene.

—Está prohibido subir á los árboles.

—Son míos—dice el oso.

—Son del Ayuntamiento.

—Hábleme usted con más respeto, que soy el oso de la villa.

—Quiero dar algunas bromas muy pesadas; ¿de qué me disfrazaré para que nadie me conozca?

—Vístete de caballero.

—¿Dices que te dejaron entrar en el paseo de las máscaras sin disfraz? No me lo explico.

—Basta llevar una nariz postiza para que se le considere á uno como máscara.

—Comprendo; como la tuya es tan larga, los guardias la tomaban por postiza.

Una máscara se presenta delante de un personaje, y le dice en medio del paseo:

—¿Me conoces?

—No te conozco.

(La máscara, descubriéndose.)

—¿De veras no me conoces?

—No.

—Soy la vergüenza.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EL PRÍNCIPE DE BISMARCK.

Los tres estadistas contemporáneos de mayor mérito han llegado á edad muy avanzada. Son éstos León XIII, Gladstone y Bismarck, y de ellos el más joven es este último, que *sólo* cuenta ochenta años; nació en Abril de 1814.

Bismarck es de familia noble, descendiente, según dicen, de los jefes de una antigua tribu eslava. Estudió Derecho en Gottinga, Berlín y Greisfswald; pero pronto dejó las letras por las armas, entrando en la carrera militar. Empezó la política en la Dieta de Sajonia en 1846 y en la Dieta general del año siguiente, mostrándose orador duro y propagandista de la nacionalidad. Federico Guillermo IV le nombró representante de Prusia en Frankfort, cargo importante y delicado, en el que Bismarck comenzó á significarse como muy enemigo de Austria. Embajador en Rusia ocho años después, consiguió el cariño del czar Alejandro II, de la misma suerte que poco más tarde, y representando á Prusia en París, tuvo la amistad de Napoleón III.

Tuvo siempre un propósito: expulsar á Austria de la Confederación germánica y hacer de Alemania una sola nación. Llevólo adelante en tres actos ó jornadas, cada una de ellas más importante que la anterior: la guerra con Dinamarca; la guerra con Austria, y la guerra con Francia. De todas estas empresas salió bien, porque supo prepararlas con arte y porque Prusia estaba también preparada. Para la anexión de los Ducados (guerra de Dinamarca) supo engañar á Austria, asociándola á la campaña; para la expulsión de Austria engañó igualmente á Francia, ofreciéndola lo que ha sido siempre su sueño, esto es, el ensanche hasta el Rhin; y para destrozar á Francia dejó á Rusia la esperanza de ir á Constantinopla.

Su triunfo sobre la diplomacia francesa fué igual al de Moltke sobre los generales de aquella nación. Primero en-

golosinó á Napoleón con la anexión del Luxemburgo ó de Bélgica, y después supo aprovechar la torpeza que éste cometió queriendo oponerse á que España nombrase el rey que creyera conveniente. Nosotros, por nuestra mucha debilidad de espíritu y poca ó ninguna perspicacia, no nos escandalizamos mucho de la intrusión napoleónica, ni comprendimos que atentaba á nuestra independencia; pero tuvimos la inmensa fortuna de que Prusia se diera por ofendida. De aquella guerra salió hecho el imperio de Alemania, estado poderoso que ocupa en el equilibrio europeo el lugar que antes Francia, sólo que con más moderación y con menos peligro para nosotros.

El Canciller poseyó siempre la confianza del Emperador, pero no la de las Cámaras, en las que tuvo siempre grandes contradictores. Pero la autoridad que le daban sus triunfos y la energía y virilidad de su oratoria le hacía prevalecer sobre todos sus enemigos.

Las campañas políticas más famosas que sostuvo fueron dos: una contra la Iglesia católica *(kulturkampf)*, y otra contra el partido socialista. En ambas mostró la tenacidad y dureza de su carácter.

Bismarck ha sido víctima de varias tentativas de asesinato, quedando herido en dos de ellas. Esto no obstante, es hombre muy querido en Alemania, porque los señalados servicios que ha prestado á la patria son de los que no se olvidan fácilmente.

Hasta la muerte del anciano emperador Guillermo, Bismarck dirigió la política interior y exterior de Alemania según sus propios pensamientos, aunque quizás algo contenido algunas veces por el deseo del Soberano de vivir en paz el resto de sus días. Pero con el Emperador actual, hombre de carácter dominante y convencido de que tiene una misión que cumplir cuya responsabilidad quiere sólo para sí, Bismarck era incompatible de todo punto y así se vió muy pronto. Conocida es la historia de su retirada del Poder y de su ruidoso rompimiento con Guillermo II. Con no menos admiración, y aun temor de Europa, acaban de reconciliarse, sospechando algunos que quizás sea este el primer paso para volver el gran estadista á la cancillería del Imperio.

Publicamos el retrato de Bismarck en la primera página.

⁂

EMBAJADA ESPAÑOLA Á MARRUECOS.

Mazagán: Vista de la ciudad.—El zoco ó mercado.— Escenas populares marroquíes: Danza callejera en el zoco de Mazagán.— Preparativos para establecer el campamento de la Embajada: La tienda del general Martínez Campos.

En este número comenzamos á publicar vistas de las principales escenas ocurridas en la marcha de la Embajada española á Marruecos y de los tipos y lugares más interesantes del camino por la misma seguido.

Debemos estas primeras ilustraciones á la amabilidad del distinguido capitán de ingenieros D. F. Echagüe, notable y entusiasta africanista, cuya llegada á Mazagán precedió á la de nuestro corresponsal artístico, Sr. Simonet, algunos días. Además, la situación especial del Sr. Echagüe en la comitiva, á las órdenes del general Martínez Campos, le permitirá, en más de una ocasión, reproducir escenas que el Sr. Simonet no podrá quizás presenciar en condiciones tan favorables.

Por cierto que nuestro ilustre corresponsal, poniendo en la realización de su cometido aquella diligencia que siempre tuvo para enviarnos dibujos y reproducciones fotográficas, nos remitió desde Mazagán tres cajas de placas que debían ser reveladas en España. Pero las cajas han sido abiertas en el camino de Mazagán á Cádiz; y como sin duda cayeron en manos inexpertas que las expusieron á la luz para ver su contenido, se han velado completamente, perdiéndose de este lastimoso modo el trabajo del Sr. Simonet, y quedando privados de él nuestros lectores. Lo hemos sentido mucho, y esperamos que el suceso no se repita, pues con indiscreciones como ésta se nos perjudica, así como también á nuestros suscriptores.

Mazagán está á poca distancia de la desembocadura del Um er-Erbia (la Madre de las Hierbas), el mayor río de Marruecos, cuyas aguas bajan del Atlas. Los moros le llaman *El Bridya* (el Fortín) y *El Yedida* (la Blanca).

Los portugueses, que poseyeron toda la costa de Marruecos desde Ceuta hasta los límites del Sahara, se apoderaron de Mazagán en tiempo del rey D. Manuel, y fueron dueños de ella dos siglos y medio. Han dejado grandes vestigios de su estancia, tales como murallas, cisternas, etc., que parecen puestas allí para atestiguar lo grandes que fuimos y lo pequeños que somos. Toda el Africa septentrional, toda la Berbería, sería ahora española y portuguesa, y podríamos descansar seguros del porvenir, si no hubiéramos hecho el sacrificio de nuestra grandeza en aras de un destino histórico que nos llevó á América, á Oceanía y á la India.

La tierra de los contornos de Mazagán es maravillosamente fértil; pero el puerto, malo y poco seguro.

La ciudad es pequeña, con población no más que de unas 6.000 almas, pero de no desagradable aspecto. En la página 80 publicamos dos vistas de ella, una de conjunto y otra en que sólo se ve el baluarte que domina el puerto, fortificación puramente arqueológica y sin importancia alguna militar. Ambas vistas están tomadas desde la terraza del consulado de España.

Nuestro segundo grabado de la pág. 81 es una vista del mercado de la ciudad, lugar digno de ser visitado por el viajero, por ser el más abundante en escenas y tipos singulares.

Una de esas escenas es la reproducida en nuestro primer grabado de la pág. 85. Artistas ambulantes dan muestra de su talento ante numeroso público. Uno de ellos baila una especie de zapateado, mientras los demás le acompañan con sus extraños instrumentos. Terminados baile y música, los artistas cobran ~~á los asistentes~~ algunos ochavos, y continúan música y danza en otra parte.

El primer grabado de la citada pág. 81 permitirá á los lectores darse cuenta de los preparativos para la instalación del campamento, tres días antes de la llegada del General en jefe. Para reproducir esta escena, eligió con notable acierto el Sr. Echagüe el momento en que levantaban la tienda que aquél había de ocupar.

⁂

BELLAS ARTES.

Gitana oriental, cuadro de G. Hever.—*El periódico del abuelo*, cuadro de Deully.

Por más que la ciencia pretende acabar con la fe en lo sobrenatural, es ésta tan propia del hombre, que ni aun en estos tiempos de general escepticismo se la puede suponer á punto de morir. Todavía hay quien cree en brujas y hechicerías como en el siglo XVII y en todos los siglos. Hasta en París, la *ciudad-luz* de Víctor Hugo, y donde, según el profesor Broca, llegan al mayor desarrollo el cráneo y el cerebro del hombre, hay quien vive de decir la buena ventura y echar las cartas.

¿Cómo puede, con tales ejemplos, admirarse nadie de que haya gitanas que por pueblos y aldeas vayan anunciando á los míseros mortales su suerte futura? Ello es que este tipo abunda tanto como antes, y que tiene sobre otros muchos la ventaja de apartarse mucho de lo vulgar. Imagínese, por tanto, lo que será en los países orientales, que siempre fueron supersticiosos y que lo siguen siendo. Allí, como en París, decir la buena ventura es oficio que da de comer.

El cuadro que publicamos en nuestro grabado de la página 84 es un hermoso tipo de gitana de Oriente, debido al pintor G. Hever, autor de otras muchas obras de este género.

———

El cuadro de que publicamos copia en la pág. 88 es notable por el talento de observación que revela en su autor. Los rostros de ambos personajes, principalmente el del abuelo, que con tanta atención escucha la lectura de su periódico favorito, parece copia fiel de la realidad. En la Exposición de los Campos Elíseos de París, donde lo presentó Mr. Deully el año pasado, gustó mucho, mereciendo calurosos elogios de los inteligentes.

⁂

SICILIA.

Levantamiento de los campesinos contra los impuestos.—Los revoltosos saqueando las oficinas de la alcaldía de Mazzara del Vallo.

El levantamiento de los campesinos sicilianos, que al principio pareció suceso sin importancia, llegó á tenerla tan grande, que obligó al Gobierno italiano á movilizar más de 50.000 hombres; operación militar que por cierto se ha realizado con gran orden y rapidez, probando suficientemente lo bien preparada que Italia está para la guerra.

El pueblo de Sicilia, arruinado por los impuestos, y más aún por la usura, se levantó en masa, negándose á pagar los recargos municipales. Asaltó ayuntamientos, saqueándolos; dió muerte á algunas autoridades, y resistió á las tropas en algunas partes, con lo que aumentó mucho el número de las víctimas.

El alma de la revuelta fué la asociación rural de los *Fasci*, gente bien organizada y armada, que cuenta muchos millares de afiliados en todas las campiñas sicilianas.

Nuestro grabado de la pág. 88 muestra una de las más violentas escenas del levantamiento popular: el asalto y saqueo de la alcaldía de Mazzara del Vallo, donde no quedó mueble sano, ni papel que no fuera quemado.

⁂

EL CONTRABANDO EN EL CAMPO DE GIBRALTAR.

Es Gibraltar una pesadilla que solemos padecer, con intermitencias, los españoles. De ser continua y llegar á idea fija, hace mucho tiempo que la bandera española ondearía en aquel Peñón, que, según encargo especial de la Reina Católica á sus sucesores, no debía ser nunca enajenado de la corona de Castilla.

Mientras llegan tiempos en que atendamos con más seriedad que hasta ahora (es decir, con actos y hechos, no con frases) á la reivindicación de aquella plaza, ésta sirve de centro al contrabando, de cuyos productos viven las poblaciones vecinas.

Con mucha frecuencia refieren los periódicos escaramuzas entre carabineros y contrabandistas. Pero éstos prefieren la astucia á la fuerza para introducir fraudulentamente las mercancías, y uno de los ardides de que con más fruto se valen, es cargar con pequeños paquetes á perros muy bien enseñados, y los cuales huyen de los carabineros como del diablo. El perro, amigo del hombre hasta ser cómplice de sus malas acciones, le sirve en este caso con gran fidelidad é inteligencia, arriesgando la vida, como se ve en nuestro grabado de la pág. 89.

El carabinero, bien advertido de la misión que aquellos perros cumplen, dispara sobre ellos. Uno cae herido, pero el otro corre cuanto puede y probablemente logrará llegar á su destino habiendo salvado la hacienda del amo.

⁂

MAIMÓN MOJATAR EN EL CRUCERO «ISLA DE CUBA».

El célebre caudillo rifeño llegó á Marruecos el día 1.º del corriente, sin novedad, á lo que parece, y acompañado de su sobrino, cuya fama comienza ahora.

Ambos viajeros iban escoltados por buen golpe de askaris, y quedan en una cárcel de Marruecos á responder á las resultas de las conferencias entre el Embajador de España y el Gobierno del Sultán.

En nuestro grabado de la pág. 92 publicamos una ilustración más del viaje de estos dos personajes marroquíes de Melilla á la actual capital del Imperio. Están á bordo del *Isla de Cuba*, crucero mandado por D. Alejandro Viniegra, momentos antes de desembarcar en Tánger. De entonces acá no han vuelto á hallarse al alcance del lápiz ó de la máquina fotográfica de los artistas europeos; pero bien puede suceder que ahora se ofrezca ocasión de retratarlos nuevamente en la prisión ó en alguna audiencia que les dé el Sultán para oir sus descargos.

G. Reparaz.

LA GENTE DE TRALLA Y LA GENTE DE A PIE.

AL DOCTOR THEBUSSEM,

CARTERO MAYOR HONORARIO DE ESPAÑA,

HUERTA DE LA CIGARRA

EN

MEDINA SIDONIA.

Todos los días leo en los papeles públicos de Madrid la serie de atropellos que, debido á la impericia de cocheros, mayorales y carreros, ó á la falta de prudencia de los transeuntes, ocurren dentro y fuera de la población.

Los coches marchan siempre á la carrera, sin detener el paso en las bocacalles; los carros cargados tienen que evolucionar para dejar paso á los demás vehículos, y la gente sube y baja á los tranvías aunque lleven rápida carrera, causa ocasional de desgracias por todos y de todos lamentadas.

O las Ordenanzas municipales no prevén los accidentes que pueden ocurrir en poblaciones populosas como Madrid, ó la vigilancia no es tan experta y constante como fuera de desear, ó reina un gran desconcierto en ese ramo del servicio público. Es de suponer que el transporte de viajeros y mercancías esté sujeto á reglamentación en la Casa de la Villa, y esa reglamentación sea todo lo previsora que exige el rápido movimiento de personas y de cosas.

Poblaciones de mayor número de habitantes que Madrid y más visitadas por los extranjeros, no superan á la capital de España en la serie de accidentes ocurridos en la vía pública.

¿Será debido tal aumento comparativo á impericia de la gente de tralla, ó á imprudencia de los que viajan en el coche llamado vulgarmente de San Francisco?

Lo ignoro, Doctor ilustre. Quizás sea debido á los unos y á los otros, porque de todo hay en la viña del Señor.

⁂

No hemos de fijar la atención en la chiquillería que en calles y plazas está expuesta á atropellos, sin la vigilancia de sus familias y con libertad omnímoda para el mal, ni en el riesgo que corren los ancianos, los ciegos y los lisiados al atravesar la vía pública, con el azoramiento propio y la confusión ajena, porque esa falta de previsión no puede reglamentarse ni castigarse.

Lo que sí merece atento examen es el servicio de carruajes, porque tiene carácter público y necesita una reglamentación especial. Desde el traje de los cocheros hasta la bondad del ganado, desde la forma prehistórica de los vehículos á la tarifa de los servicios, todo entra, al menos en el extranjero, dentro de las facultades municipales.

Así como en París la indumentaria cocheril tiene notoria importancia, bajo el punto de vista estético, en Madrid parece que hay empeño en que los aurigas exhiban las modas más anticuadas, los paños más descoloridos y los sombreros más inverosímiles.

Así como en la capital de Francia el carruaje, el caballo y el cochero son presentables, por hallarse diariamente sometidos á revista de policía, en la capital de España cada cochero viste como puede, cada carruaje procede de distinta generación, y cada cabalgadura espera resignada su ingreso definitivo en la Plaza de Toros.

Pero no apartemos la imaginación de los atropellos que toda clase de vehículos y de conductores causan á los transeuntes en las calles y paseos de Madrid.

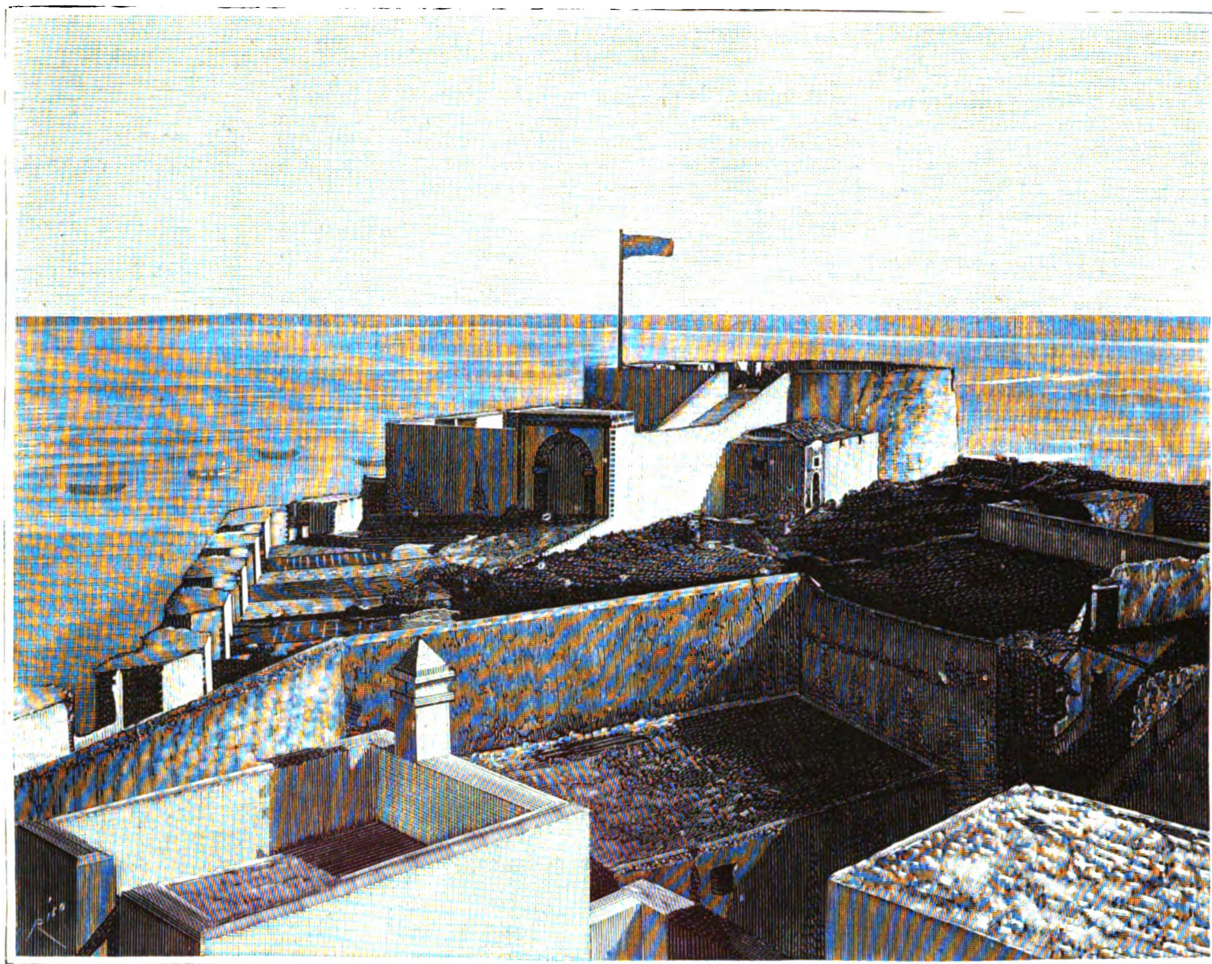
⁂

Ya que nosotros, los que alardeamos de ilustrados y de amantes del progreso, hemos abandonado la seguridad individual en medio del arroyo, dirijamos la vista atrás, para ver lo que hacían nuestros abuelos con los que manejaban látigo, fusta ó tralla, á pesar de que entonces eran contados los carruajes, y mucho menor el movimiento de la población.

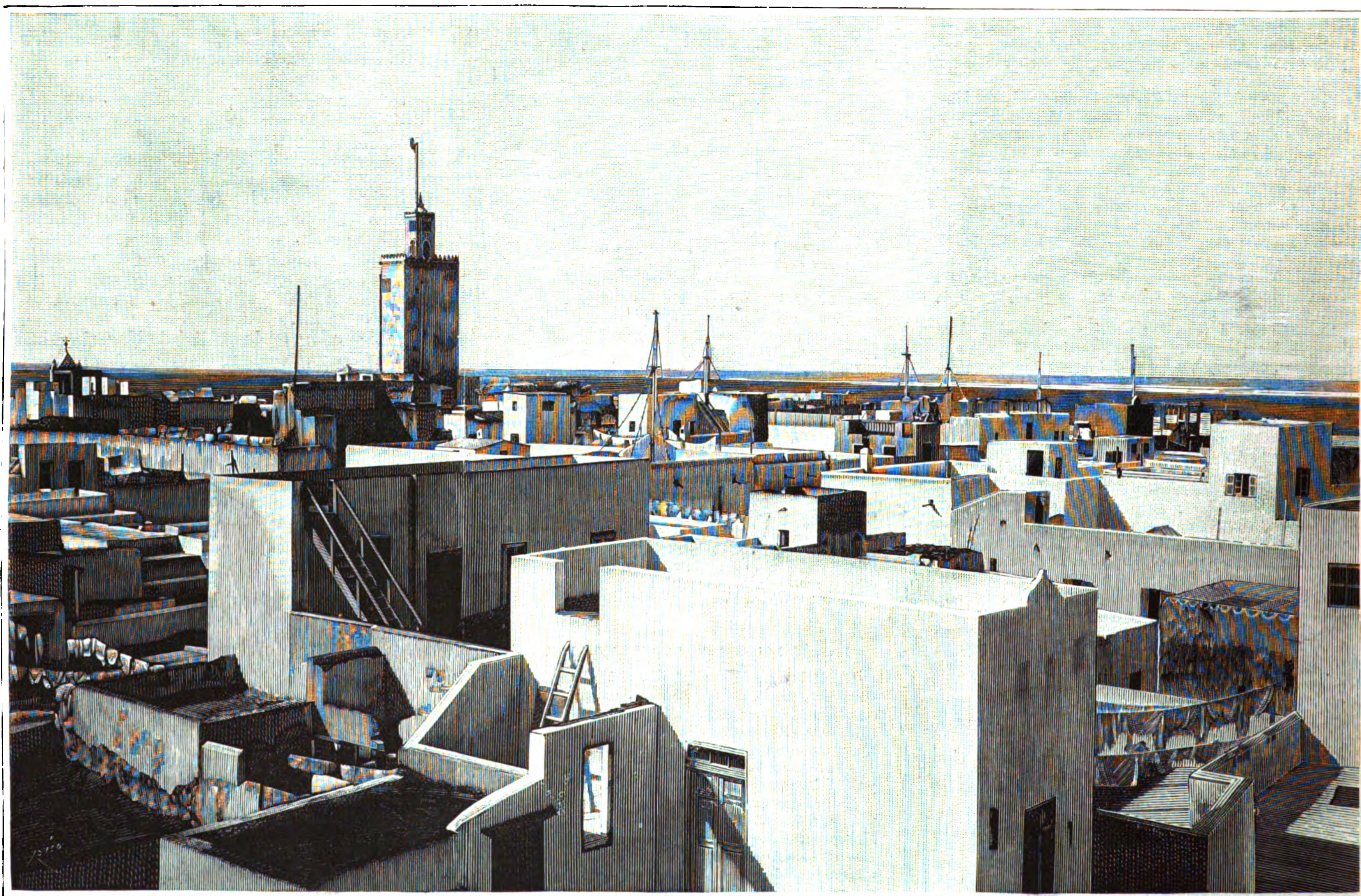
Hace un siglo próximamente, la autoridad fijó en todos los sitios públicos, y con la solemnidad acostumbrada, el siguiente bando, con la ortografía propia de aquel tiempo y con letra clara y abultada para su más fácil, cómoda y rápida lectura:

✠

«Vando.—Manda el Rey nuestro señor, y en su Real nombre los Alcaldes de su Casa y Corte: Que por quanto las repetidas providencias que se han dado dirigidas á evitar las desgracias ocasionadas del mal uso que de los Coches y Mulas hacen los Cocheros en esta Corte, no han sido suficientes



MAZAGÁN.—EL BALUARTE DEL PUERTO, VISTO DESDE LA AZOTEA DEL CONSULADO DE ESPAÑA.



MAZAGAN.—VISTA PARCIAL DE LA CIUDAD.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



MAZAGÁN.—PREPARATIVOS PARA LA INSTALACIÓN DEL CAMPAMENTO DE LA EMBAJADA EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD.
LA TIENDA DEL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS.

MAZAGAN.—EL ZOCO Ó MERCADO.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

á contenerlos, sino que lo continúan aun con mayor exceso, experimentandose por consiguiente los muchos atropellos, heridas, y otros daños, que diariamente ocasiona esta inobediencia y abuso de correr por las Calles públicas los Coches de toda clase de gentes, dimanado en gran parte de servirse algunas personas de Cocheros jóvenes, que no pueden sujetar las Mulas ó Cavallos, con grave riesgo del público, y aun de los mismos dueños de los Coches: Deseando S. M. precaber estos perjuicios, se ha dignado mandar por su Real órden de dos del corriente, se observe y guarde lo prevenido en los Edictos publicados en esta Corte los dias nueve de Junio de mil setecientos setenta y quatro; y seis de Febrero de setecientos ochenta y dos, baxo las penas que incluyen, y la de verguenza pública á los Cocheros, siempre que atropellen y derriben alguna persona, aunque sea por la primera vez, cuya pena se ha de executar dentro de las veinte y quatro horas, como en los casos de resistencia á la Justicia, escalamiento de Carcel, y otros semejantes de Pragmática, sin perjuicio de agravar la pena, segun el mayor daño que resulte, y el resarcimiento de éste: Y además, en el mismo caso, ha de perder el dueño el Coche, si fuere dentro de él, y las Mulas, aplicado todo á la parte ofendida: Prohibiendose, como expresamente se prohibe baxo las penas expresadas, y la de doscientos ducados, que nadie pueda llevar Cochero que no pase de diez y siete años: Y para que llegue á noticia de todos, y ninguno en caso de contravencion pueda alegar ignorancia, se publique por Vando, y de él se fijen Copias impresas en los sitios acostumbrados de esta Corte, autorizadas por Don Roque de Galdames, Escribano de Cámara, y Gobierno de la Sala. Y lo señalaron en Madrid á cinco dias del mes de Enero de mil setecientos ochenta y cinco.=Está rubricado.

Es copia de su original de que certifico. Madrid dicho dia.»

¿Qué le parece á usted, Doctor de mis pecados, y para mí el más respetable y respetado de los doctores, la previsión que entraña el Bando Real?

¿Qué la penalidad impuesta por nuestros mayores?

Por si las novísimas Ordenanzas municipales, que estuvieron algunos años en incubación, no contienen preceptos aplicables á los conductores de vehículos, ya sean carros, carretas, coches, ómnibus, ripperts, jardineras, sociables, etc., dejaré consignado en la presente epístola el bando de 1785, para que, si algún día se hiciere pública nuestra amistosa correspondencia, se utilice por quien deba utilizarse, pues parece dictado para los tiempos presentes en beneficio del vecindario de la villa y corte de Madrid.

La gente del día considera obscurantistas los tiempos pasados, y en el lenguaje vulgar se emplean las más severas censuras contra organismos, instituciones y prácticas reglamentarias de otras edades.

Sin negar el progreso evidente de las ciencias exactas y asociándonos á los inventos del siglo XIX, hay mucho que estudiar y no poco que aprender en las manifestaciones artísticas, científicas, mercantiles, industriales, militares y docentes de nuestros antepasados.

Sobre todo, más que pragmáticas y jurisprudencias, nuestros abuelos daban públicas muestras de indomable energía y de un gran carácter, caracteres y energías que van faltando en la vida social para imponerse á todas las rebeldías y para hacer frente á todas las resistencias.

Reitera á usted su admiración y sus respetos, devoto servidor.

Fernán González.

LOS TEATROS.

La de San Quintín en el teatro de la Comedia.

**FECTIVAMENTE**, Bremón amigo: «la ovación que un hombre de tanto mérito como Pérez Galdós ha alcanzado en el teatro, es digna de la reputación del escritor en la novela.» Yo añadiría que á su reputación en la novela debe la ovación alcanzada en el teatro.

La labor del autor insigne de *Doña Perfecta* y de los *Episodios Nacionales* es larga, persistente, honrosísima. Su obra literaria—sin ejemplo en la España de nuestro siglo—digna del triunfo con que todos unánimemente la coronamos en un día memorable. Aprovechar una ocasión en el teatro para consagrar en el templo de la Musa aquella glorificación popular del narrador maravilloso, del autor ilustre de tantas hermosas novelas, honra tanto como á éste á los convencidos de que se glorifica á la madre patria al glorificar á sus grandes ingenios.

Pero esa consagración me ha parecido tardía, pues, por ser la primera, la ocasión de *Realidad* debió parecer á los verdaderos admiradores de Galdós la más oportuna.

Si la ovación inmensa, ruidosísima; si el triunfo casi escandaloso, sin ejemplo en la historia de nuestro teatro, y con el que se ha llegado al alboroto en las calles de Madrid, ha sido un tributo directa y exclusivamente al autor dramático, hállolo prematuro, precipitado, exceso de celo de amigos y admiradores que no saben ó que no pueden esperar, ó que creen que amenguan la conquistada gloria de Galdós las resistencias que éste encuentra para el legítimo triunfo en las dificultades del arte y del mecanismo especial del teatro.

¿Es más obra escénica *La de San Quintín* que *La Loca de la casa?* Los que por su última comedia aseguran en letras de molde que ya tenemos en Galdós un *arquitecto teatral* (sic) *de primer orden*, un *completísimo*, excepcional, soberano autor dramático, ¿temen acaso que no pueda llegar hora más oportuna en que, con más fundamento, sea permitido extremar tanto las expresiones de la adoración al ídolo? Pues yo, fría y desapasionadamente ahora, espero todavía, tengo más fe en el talento y en la labor tenaz del que tan variadas aptitudes ha revelado para el arte. Tal vez llegue á perderla, si él hace gran aprecio de eso de los *nuevos moldes* que ahora vuelven á atribuirle y á elogiarle; si persiste en su amor á ciertos procedimientos del novelista que á famosísimos autores franceses han perdido en el teatro, sin exasperación de sus mejores amigos ni mengua alguna de su justa fama en la novela.

Y vamos ya derechamente á *La de San Quintín*. Yo no quiero—como los acérrimos *galdosistas*—atribuir á Galdós el propósito de resolver el problema social con esa fábula en que las ideas y teorías—viejas ya en el libro y en el teatro—sólo son un recurso para la conquista de simpatías de la gran *masa* del público, y un pretexto para finos, ingeniosísimos y primorosos discreteos en aquellas dos escenas admirables entre la Duquesa y Víctor, que lo mismo podían ser dos preciosos capítulos dialogados de una novela del autor con el propio asunto de la comedia.

Aun sin olvidarse de su natural afán del posible enriquecimiento en el mísero y poco productivo terreno de las letras españolas, Galdós jamás dará al teatro una obra más socialista que aquel *Jaime el Barbudo* de aquel Sixto Cámara que tenía el socialismo por motor de su inteligencia y como fuerza impulsora de sus sentimientos. Y *Jaime el Barbudo* pasó por el escenario del histórico teatro de la Cruz, como pasará por el de la Comedia *La de San Quintín*; sin dejar huella alguna de la influencia socialista, ni en la inteligencia ni en el corazón de los espectadores. Sólo allí, con el calor de la escena, el rumor de aprobación ante una frase oportuna ó el aplauso ante un pensamiento delicado ó atrevido que la *gran masa* olvida antes de abandonar el vestíbulo del teatro.

Después de todo, entregar á un obrero una Duquesa en ruina, como la de San Quintín, fuera obligarle á reñir batalla diaria con el patrono por ganar muchísimo más que la patata socorrida con que puede mantener á su natural compañera, la mujer del pueblo, de la *harina*, según el símbolo *rosquillero* de la simbólica escena tan celebrada con justicia en el segundo acto. Y aun suponiendo que las Duquesas descendiesen con todo el aparato de riqueza que sostuvo el brillo de la ducal corona, convengamos hoy en que hay menos, muchísimas menos aristócratas ricas que portabombas desesperados y desheredados de la fortuna. No hay reparto posible.

Y ¿quién es en la obra maestro de socialismo de la arruinada Duquesa, siquiera sea por fuerza mágica de una simpatía que llega al fin á pasión amorosa? Aquel Víctor romántico y soñador á quien tan graciosa y exactamente califica la Duquesa en la bien hablada escena de los baúles, que llamaremos *de los mundos* en honor de la ilustre señora; aquel pobre ingeniero sin título que sueña con hacerse *burgués* por su solo esfuerzo; el que ya tentó la *ruleta* en sus alegres años de estudiante, para improvisarse con la ganancia nada menos que príncipe ruso, ante los mismos ojos de la de San Quintín, entonces casada y rica; aquel hermoso Víctor que desprecia el viejo mundo en que ha nacido, y sueña con el mundo *nuevo*, el envejecido por todos los refinamientos de la vida material, el destrozado por la fiebre del oro, el dominado por el autócrata *yankee*, aristócrata del dinero, *del azúcar*, según el simbolismo que brota de la masa en que mete sus blancas manos la arruinada Duquesa.

Después de lo apuntado, bien cabe sospechar que, si la gentil pareja, *el mundo que nace*—según la frase que pone fin á la obra en boca del abuelo Buendía—llega á restaurar el oro de la corona ducal por el esfuerzo de la bizarra ingeniería del Duque consorte, no podrá sufrirle el más infeliz é inofensivo partidario del amasijo de todas las clases y todas las castas.

***

Veamos ahora el edificio trazado y levantado por el *arquitecto teatral de primer orden*, que dijo el otro.

El novelista ha debido hacer gracia al autor de la comedia de todo el primer tercio del inacabable primer acto, en que tanto gasto se permite aquel notario que carece de todas las condiciones serias, indispensables, de ley, que debe revestir un hombre de su oficio.

Por fin entra la duquesa de San Quintín, Rosario de Trastamara, porque al autor le hace mucha falta allí para que haya comedia. Pero ella no debe entrar en la casa de D. José Manuel de Buendía. Aparte de que á una verdadera duquesa, ante una ruina *irremediable*, le queda siempre el orgullo suficiente para dejar de ir á pedir consejos y aceptar limosnas del descendiente de confiteros que fué empleado de la casa, debió y pudo averiguar antes si con el octogenario Buendía vivía el hijo, D. César, avaro y usurero como su padre, y que tantos agravios parece que ha hecho á los Duques de San Quintín.

Pero, ya dentro de la casa, y sabiendo por boca del viejo que allí vive D. César, la Duquesa misma destruye los deleznables fundamentos de la comedia apenas asoma el pretexto de la intriga. Levantándose airada, como quien va á cumplir el deber ineludible de abandonar aquel hogar odioso, dice: «Su hijo de usted y yo no cabemos bajo el mismo techo.» Pero el anciano, que oye tan fresco todos los horrores que de su hijo dice la Duquesa, persuade á ésta con un idilio campestre para que acepte una hospitalidad imposible para la protagonista de la obra, pero para el autor indispensable, aunque aquélla, pasando, como por encanto del idilio, de lo airado á lo alegre dice: «Vaya, pues aquí me quedo, y tan bien hallada, que todavía van *á tener ustedes que echarme*.»

Y, efectivamente, cuando *no la echan* antes de concluir el segundo acto, es porque ambos Buendía no tienen pizca de vergüenza y porque el autor tiene muchísima necesidad de que Rosario llegue hasta el fin de la obra como mitad graciosísima del consabido *mundo que nace*.

Aquello de «nobleza obliga» no debe de rezar con la ilustre Duquesa, en quien el sagrado ambiente de la hospitalidad no borra del todo la viva cuanto ruin obsesión de agravios que sin duda no ha visto bien hasta después de la ruina. Y aquí de nuestro noble primo, el Marqués de Falfán de los Godos, que también tiene agravios que vengar del pícaro prestamista usurero, á quien el de Falfán paga y pega casi de un solo golpe.

Y como este otro implacable enemigo de don César no puede hacer otra cosa que envuelva mayor cobardía, el noble de los Godos entrega á su prima la Duquesa unas cartas que por azar *coincidente* tiene en su poder, y que prueban que es por lo menos dudosa la paternidad natural de don César respecto al apreciable joven Víctor, cuya madre fué *pérfida* hasta en lo menudo de la letra de sus cartas, cosa rarísima que nos hace notar el burlado por la italiana aventurera.

Cuando Buendía (hijo) llega perdido de amor al taller de rosquillera, en que Rosarito de Trastamara está en camino de ser la verdadera Tía Javiera de Ficóbriga, la Duquesa tiene preparadas ya en el bolsillo del delantal las cartas amargas aquellas, entre el dulce amasijo de la fraternidad universal, para aquel infeliz de quien ya dijo su padre que estaba fatalmente destinado *á perderse por las faldas*.

A las segundas de cambio del amor de D. César, la airada Duquesa le suelta las amargas, y, en honor de la verdad, tan prendada ya de Víctor, que no la mueve el espíritu de venganza, sino el afán de poder ser toda y para siempre de su adorado, rompiendo el lazo que le une con el hombre odioso.

Después de aquel golpe tremendo que va derecho al corazón y destruye todas las ilusiones de don César, ya que *no la echan*, ¿qué hace la Duquesa en la casa de los Buendía, sobre todo cuando ve rechazado y despedido violentamente al que hasta entonces había creído tener un padre? Necesita todavía gozarse en su obra y llamar á su Víctor, en abrazo de desposada, «hijo de nadie» y «nieto de Adán», sin que Víctor, tan apasionado y generoso, tenga en aquella crisis terrible de su vida ni un pensamiento, ni una sola palabra para la madre que no conoce todavía.

Pero, en fin, aquella escena final del segundo acto resulta de gran efecto, y allí está el más firme apoyo de los idólatras del Galdós dramático. Pero yo—y todos los que como yo estudian la comedia al escucharla—vemos que el autor se ha condenado allí á sí mismo á perpetuo silencio: que el arquitecto ha destruído ya todos los materiales de que podía disponer para coronar el edificio prometido.

Despedido Víctor, su carácter orgulloso y fiero no puede permitirle volver á aquella casa. Desposada ya con él moralmente la Duquesa, debe correr á su lado, aunque no hubiera otras razones poderosas, ya indicadas, para hacerlo. Pero Víctor vuelve y la Duquesa no se va, para que haya tercer acto. Y ¿para qué el acto tercero? Para que veamos á D. César, después de recibir el golpe del odio de la de San Quintín, muy satisfecho de que corra por Ficóbriga el rumor de que se casa con la Duquesa. Porque el tal Buendía (hijo), que es por sus antecedentes pillo de referencia, resulta á la vista del público *tonto de solemnidad.*

Con eso y con aquella especie de consejillo de familia, que parece improvisado para que la Duquesa siga despachándose á su gusto dando el golpe de gracia á D. César con la proclamación solemne de sus bodas con «el hijo de nadie», se acaba la obra, y allá va *el mundo que nace* camino de América, y no en el barco viejo que el avaro le ofrecía, mientras éste deja á su humillado hijo César recibiendo consuelos de los labios sonrientes del estúpido notario.

¿No valen más que todo eso la celeste aparición de Victoria y la grandiosa cuanto humana presentación del carácter de Pepet en *La Loca de la casa?*

⁂

En cuanto á la idea generadora, como la llaman los intransigentes, idólatras y algo dañosos amigos del Galdós dramático, crea éste que no es tan saludable bajar á las duquesas por el despeñadero de la ruina hasta el pueblo, como levantar al pueblo hasta todas las aristocracias por el hermoso camino que ofrecen el ingenio, la ciencia, el valor, la fe en el trabajo y la voluntad noble y generosa de ser útil y de lograr un nombre glorioso para sí y para la patria. ¿Valdría tanto el ducal blasón de Osuna sin el valeroso arranque de aquel soldado que, por su solo esfuerzo, se honró en cambiar el apellido notorio, pero heredado, de Cisneros, por el de Girón, gloriosa y abnegadamente conquistado por él en el campo de batalla? ¿Qué era el mísero Colón antes de llegar al Almirantazgo y de ser raíz gloriosa del árbol nobilísimo de los Veragua?

Mucho habría que remontarse en la historia del teatro para hallar los orígenes de todo lo que ahora vale á Galdós el título de innovador, como esas escenas domésticas, artísticamente detalladas y palpitantes de realidad que ya señalé como posibles capítulos dialogados de una de las grandes obras del novelista. Á la maestría de éste se debe el primor de esas escenas, de las que tantos ejemplos del arte extranjero, y por virtud de una ejecución escénica irreprochable, han podido apreciar cuantos acuden con predilección al teatro de la Comedia.

¿Bellezas de dicción, agudezas intencionadas, nobles y profundos pensamientos? ¿Cómo podían faltar en obra de quien tantas galas de esas nos ha ofrecido en sus famosos libros? Por cierto que en la noche del estreno, con aquel fervoroso empeño en aplaudirlo todo, no pude saturarme bien del delicado aroma de algunas frases. Para apreciar las bellezas de forma, como para notar mejor los defectos de estructura teatral, he tenido que oir dos veces más la obra, y bien sabe Dios cuánto deploro que, confirmadas una y otra vez mis primeras impresiones, resulte aquí un juicio tan poco conforme con el de los que á todo trance quieren hoy que Galdós sea, no ya maestro, sino legislador en el arte de escribir comedias.

Por lo demás, ¿cuándo, en nuestro teatro, llegó á estorbar el escritor al autor dramático, como indica claramente, al celebrar las filigranas de estilo de *La de San Quintín*, un estimadísimo novelista? No; antes como ahora, y en esta ocasión más que en otras muchas, el literato no sólo no ha estorbado al autor, sino que le ha servido de amparo poderoso.

Si no brillara la habilidad práctica del gran novelista en el carácter y en el diálogo; si el escritor no alegrara y embelleciera la casa poco simpática de los de Buendía con las galas de su estilo, ni por cumplimiento se podría ir á visitar á la de San Quintín en aquel hogar que para ella debió ser sagrado, y en el que tan falto de solidez y de armonía teatral aparece el celebrado edificio del *arquitecto.*

Y vamos á la ejecución. Concluída la obra, al atravesar el vestíbulo del teatro una ilustre dama de la aristocracia, á quien preguntaba su opinión sobre la comedia un elegante caballero anciano, le contestó: «¿Qué quiere usted que le diga? Esa que hemos visto y oído en el escenario no es una verdadera Duquesa de pura sangre.» Tampoco podíamos encontrar á la verdadera Duquesa en María Guerrero. Pero hay que ser justos: con Rosario de Trastamara ha logrado la joven artista el triunfo más legítimo de su vida de primera actriz en el teatro de la Comedia. Aquel áspero tonillo, oriundo de su inolvidable Pacorra, se ha percibido pocas veces. En las consabidas escenas de *los mundos* y de *las rosquillas* ha hecho verdaderos primores; como que allí la Duquesa es á veces la propia María Guerrero; y en el final del segundo acto tuvo un arranque soberbio, brillantísimo, á la altura del soberano arranque de Thuillier, que recibió con ella una ovación grande y merecida.

Cepillo, el experimentado primer actor, y García Ortega, inteligente y estudioso artista, ¿qué podían hacer en aquellas figuras borrosas y antipáticas de D. César y de Falfán de los Godos?

Muy bien Cirera, siempre dentro de las vigorosas líneas del carácter del avaro octogenario, el mejor trazado de todos los de la comedia. Encantadora la Ruiz en aquella celeste lucecita, en aquella criatura que está fuera del mundo que la rodea y que halla tan hermoso tener un hermano.

Y en el conjunto admirable del cuadro se echa de ver y es justo aplaudir la persistente, tenaz y habilísima tarea diaria de D. Emilio Mario.

Y ahora, mi ilustre y respetable Pérez Galdós, que con la fría severidad de carácter que le distingue—lejos ya del alborotado fanatismo que le empujaba en triunfo en la noche del estreno por las calles de la corte—no podrá menos de estimar siquiera la serena sinceridad de mi humilde juicio, me permitirá tomar de él aquellas dos palabras repetidas con que modestamente quiso contener la abrumadora expansión de sus fanáticos.

—«¡No tanto, no tanto!», os digo yo también ahora, compañeros míos en admiración al ingenio. Si deseáis para él el verdadero, el legítimo triunfo en el teatro, esperad *todavía;* tened fe como yo en el talento y la perseverante voluntad de vuestro ídolo. El teatro no ha de poder ya hacer más grande la gloria literaria del autor de *El Amigo Manso* y *Doña Perfecta.* Pero no sólo de gloria vive el ingenio, y en esta pobre patria de Cervantes, y ya desde el tiempo del inmortal autor del *Quijote*, el teatro es el que puede ofrecer algo más, muy poco más que la gloria, para que la desheredada aristocracia de las letras no llegue á sufrir bajo el poder de la autocracia heredera de la usura, que tan perseguida tiene á la derrochadora aristocracia de la sangre.

EDUARDO BUSTILLO.

5 de Febrero de 1894.

CUENTOS DE LEVANTE.

EN LA SIERRA.

I.

A poco de haber cenado, se acostó Luis para ganar horas de sueño; pero durmió muy mal, despertándose á menudo sobresaltado y temeroso. Más de cuatro veces soñó que le llamaban, que decía «voy» y que se volvía á dormir. Por último, se resignó á purgar en la cama su pereza, mientras los compañeros gozaban del aire libre del monte; y calmados los nervios, se sumió en delicioso sopor. La realidad fué inexorable, esta vez como todas. A las tres y media resonaron golpes en la ventana, y Luis despertó bruscamente.

—¡Ah!—dijo encendiendo la bujía.—¡Están ahí! Y una satisfacción inmensa le ensanchó el alma, seguro ya de que no faltaría á la cita, de que colmaría su ilusión de un día de sierra lleno de emociones y de encanto.

Abrió la ventana. Apenas se veía; pero la figura atlética de Nardo, el casero, dibujábase cerca, en negro como la masa de los árboles.

—¿Viene, señorito?

—Voy.

Sin cerrar la ventana, comenzó Luis á vestirse. Todo estaba listo y preparado. Las botas de campo, con suela de alpargata; el sombrerito ligero, de tela gris y forro verde; la camisa de cuello bajo, sin almidonar; la escopeta, reluciente de limpia, y la servilleta que ocultaba el almuerzo abundante y escogido. Luis pensó en su madre, que tal vez se habría despertado y le escuchaba. Recordó su recomendación, repetida, al despedirse, entre dos besos:

—No te canses mucho. El sol te excita demasiado.

De puntillas salió de la habitación, llegó al zaguán, desatrancó la puerta, é hizo girar la llave.

—Espere, señorito, yo cerraré—silabeó entonces una voz apagada.

Volvió Luis la cabeza.

—¡Ah! ¿eres tú, Luisa?..... Adiós, hasta la vuelta.

Y se lanzó al campo.

Gran reposo. Un airecillo tibio, que movía apenas los árboles, azotó blandamente la cara del joven. En el cielo brillaban los astros con rápido centelleo; y muy lejano, sonaba, obscuramente, el rumor del mar sobre la playa.

—Toma, Nardo—dijo Luis, dándole el lío del almuerzo.—¿Dónde están los otros?

—Ahí bajo, en el camino, con el carro.

—En marcha.

Crujió la arena de la alameda con las pisadas fuertes de los dos hombres, y luego sonó la puerta de hierro de la verja que se cerraba. Allá iban; y Luis bien podía decir que iba gozoso, palpitándole el corazón y recibiendo con todo su ser las impresiones de aquella noche que ya declinaba, pero que tenía aún mucho misterio en su obscuridad y en su silenciosa quietud.

Antes de llegar á la carretera, un repiqueteo de campanillas avisó de la proximidad del carro. El camino destacábase como una cinta blanca por bajo de los ramos casi negros de la arboleda; y sobre su polvo espeso la mula hacía resonar sordamente los ferrados cascos.

—¡Buenos días!—dijo alguien; y un hombre salió, como un fantasma, de detrás del carro.

Luis lo reconoció al punto.

—Buenos días, Antonio. ¿Y el alguacil?

—Va delante con los perros.

—¿Y *Saoro?*

—Ahí dentro, arreglando el cántaro de vino de modo que ni se vierta ni nos moleste.

—¿Vamos pues?

—Vamos.

Y Luis se lanzó con tal ímpetu dentro del vehículo, que por poco si aplasta á *Saoro.*

—C...uerno, señorito—dijo el atropellado.—Buenos pies tiene. Si los gasta igual en la sierra.....

—¿Te he pisado?

—¡No, y de broma! Pero no se cuide.

Acomodáronse todos, crujió el látigo, y adelante. Antonio y *Saoro* liaron conversación sobre los incidentes futuros de la caza y el sitio donde más convendría buscarla. Luis escuchó en el primer momento; pero en seguida se distrajo. Preocupábanle más, de un lado, sus propios pensamientos, y de otro, el paisaje, que poco á poco descubríase y se llenaba de luz.

La carretera torcía hacia Levante, y el horizonte mostraba ya, acentuándolos rápidamente, los colores rosados de la aurora, que más lejos, detrás de la sierra, apuntaba con bríos. A la derecha, sobre el mar, flotaba una legión de nubecillas pequeñas, rojas y grises, entre las cuales iba tomando fuerza la tinta azul de la atmósfera. El viento seguía soplando, en ráfagas leves y espaciadas, húmedo y fresco, y, de vez en cuando, traía aromas de flores y gusto de salobre marina.

—¡Qué hermosa mañana!—pensaba Luis, para quien no había ya fatiga nerviosa ni disgusto del madrugón.—¡Si yo hiciera esto todos los días!..... ¿Y por qué no he de hacerlo? ¿Por qué no me he de levantar cuando mi casero se levanta, y ver como él la salida del sol, y hasta trabajar la tierra, dando al cuerpo un poco de la vida que sólo doy al cerebro?

En aquel instante sentía asco, una repugnancia inmensa hacia su existencia ciudadana, artificiosa, excitante, febril, sin más horizonte que las calles estrechas y las paredes del despacho ó del Ateneo; sin otro mundo objetivo que sirviera de sugestión que la conducta de los demás hombres, sus ideas, sus pasiones, sus intereses, toda la lucha social compleja y tirana.

—Ni para pensar en lo más íntimo hay allí espacio—siguió diciéndose.—Todos los problemas que discutimos son problemas de otros ó de la masa: cosas generales en que entramos como un factor, y cuya solución nos piden con apremio las necesidades de la vida. Aquí no: nada de eso me importa; pero en cambio, entro en mí, me veo solo y me planteo mi propio problema. Toda esta quietud apaciguadora del campo, este reposo infinito bajo del cual hay sin embargo una actividad incesante y asombrosa, me borran los fantasmas de la excitación pasada, y por primera vez puedo pensar serenamente en mí y llegar á lo más hondo, á los grandes misterios de mi espíritu (ahogados é incomprensibles allá arriba), y á la oculta relación que hay entre yo y este mundo de cosas que me rodea. ¿Cómo es que los árboles, el mar, la montaña, el cielo, me hacen ser más hombre que los hombres mismos?..... ¿Qué, qué es eso?—dijo en voz alta, interrumpiendo sus meditaciones al notar que el carrito se detenía.

—Voy á llenar de agua el botijo—respondió Nardo que había saltado al camino.

—¿Dónde?—insistió Luis.

—Aquí, en la cisterna del tío Lucas.

Miró Luis á la izquierda. Una gran casa alzábase, al borde de la carretera, cerrada á piedra y lodo, silenciosa como si estuviera deshabitada. La luz naciente hería los cristales del único balcón abierto en el piso alto; y reflejándose, doraba los hierros y el blanco del revoque. Al lado de la casa levantábase una especie de cúpula, no muy alta, con una puertecita que no se cerraba. Nardo se acercó allí y metió los brazos en el agujero obscuro. Chirrió una polea, y á poco, el chapoteo sonoro y alegre del agua demostró que había llegado el pozal. La polea chilló otra vez; se llenó el botijo, que desbordó, mojando el suelo, y Nardo bebió un trago, haciendo resonar el chorro en la garganta con un *glu-glu* mate que excitó la sed en los otros. Pero Luis no quiso beber.

—Luego, luego—dijo.

Y arreó él mismo á la mula. Durante quince minutos siguieron todavía la carretera, y de pronto la dejaron, torciendo hacia el mar. La luz era ya muy intensa: el sol debía estar allá, detrás de la montaña. Todo había recobrado sus colores; y las nubecillas no eran rojas y grises, sino blancas, como menudos copos de nieve. El camino, pedregoso y desnivelado, obligaba á grandes vaivenes, pero nadie se quejaba. La alegría y la impaciencia iban en aumento.

Luis sacó cigarros, y la conversación se hizo general. Al fin se detuvo el carro.

—Hay que bajar aquí—dijo Antonio.—Los compañeros nos esperan en el barranco.

—¿Y el carruaje?—dijo Luis.

—Nardo lo llevará á donde almorzaremos.

Bajaron todos, y á campo travieso, se encaminaron al ba-



GITANA ORIENTAL.

CUADRO DE G. HEVER.



ESCENAS POPULARES MARROQUÍES.—DANZA CALLEJERA EN EL ZOCO DE MAZAGÁN.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

rranco. De lo hondo salían ladridos de perros, que repetían los ecos de las colinas.

—Ahí están—exclamó Luis.

Y apretando el paso, adelantó, afanoso y sonriente.

II.

El barranco era estrecho y poco profundo, de paredes desiguales, suaves unas veces, abruptas y cortadas otras. En un borde habían agarrado varias cañas de largo tallo y colgantes hojas, y al lado destacaba una adelfa, sobre el fondo gris de la roca, sus ramos de flores de un carmín dulce y fresco.

El alguacil no estaba solo: acompañábanle dos hombres, uno de ellos desconocido para Luis. Pero Antonio hizo en seguida la presentación.

—Es Cuca, señorito. El arrendatario de las tierras que tiene usted por aquí.

—¡Ah! ¿tengo tierras aquí en el monte?—dijo Luis con la más perfecta ingenuidad.

—Pues claro, señorito—exclamó Cuca.—Las siete tahullas de la Cueva Larga. Su mamá me las dió hace dos años; y por cierto que le he de decir al señorito algo sobre el caso. La cosecha es mala, y no da casi para pagar el arriendo.

—Sí, sí—interrumpió Luis, á quien el nombre de Cueva Larga le iluminó la memoria.—Ya me dirá usted eso. Ahora vamos á ver lo de la caza.

—¿Hacia dónde tiramos, Cuca?—preguntó *Saoro*.—Tú eres el más cazador de los seis.

—Pues con las cuatro escopetas que somos bien podemos hacer algo. Quiere decir, que tiraremos hacia el Barranco Grande, subiendo esos montecitos, y luego daremos la vuelta para la playa. Por aquí siempre hay conejos y perdices, y si los perros cumplen con su obligación.....

—De eso, yo respondo—dijo el alguacil.

—Pues andando. Suéltalos, y daremos la vuelta al cerro: unos por un lado, otros por otro, y el señorito y yo por el medio. ¿Se atreverá el señorito?

—¿Por qué no?

Y dando el ejemplo, escaló la pared del barranco.

El monte empezaba allí propiamente. Las colinas eran cada vez más altas, y no dejaban entre sí más que cañadas estrechas, plantadas de algarrobos y almendros. El suelo virgen, pedregoso y resbaladizo, cubríase de matojos no muy altos: romero, espliego, tomillo, esparto, grandes enramadas de tapeneras y multitud de florecillas cuyos nombres no sabía Luis. A los primeros pasos dió contra una mata de menta: intenso perfume esparcióse por el aire, y el joven lo aspiró con inmensa delicia. Lentamente fueron subiendo sin hablar palabra.

Los compañeros habían desaparecido, y sólo turbaban el silencio del monte el rodar de alguna piedra y los chillidos de los pájaros que allá en la cumbre revoloteaban. Luis, con la escopeta al brazo, palpitándole el corazón, seguía afanoso los movimientos de uno de los perros que iba delante husmeando, moviendo la cola impacientemente. De pronto se oyó un tiro que parecía venir de la derecha, y Luis se estremeció.

—Venga usted—le dijo Cuca.

Ambos corrieron hacia lo alto, desde donde podía dominarse mucho terreno; pero antes de llegar saltó casi de los pies de Luis un conejo gordísimo. El animalillo corría ágilmente, mostrando la mancha blanca de los cuartos traseros; y era tal la gracia, la vida que había en él, que Luis no tuvo ánimo para tirarle.

—¡Mire usted que se escapa!—gritó Cuca; y apretó adelante azuzando al perro.

—¡Seré tonto!—pensó el señorito.—Lo he tenido á tiro y no he disparado. La verdad es que me dió lástima..... y que me temblaba el pulso.

Se detuvo un momento y apoyó la escopeta en tierra. Cuca había desaparecido, y Luis estaba solo en medio del cerro, que rodeaban por todas partes, menos por una, otros cerros más altos. En uno de ellos doraba el sol la cima.

—¡Cómo me gustaría quedarme aquí!—siguió pensando el joven.—Más que los azares de la caza, que la feroz alegría de matar una pieza, me seduce este abandono y quietud en que estoy. Gran horizonte, mucho cielo, buenos aromas y ningún ruido de vida humana. ¿Sentirán los pastores que vagan por estos riscos lo que siento yo?..... No, estoy seguro de que no lo sienten; pero yo, ¡qué bienestar tan dulce experimento!

Respiró fuertemente, y volvió á trepar pendiente arriba. Ya no pensaba en sus compañeros, y un nuevo tiro que oyó no le hizo acelerar el paso. En lo alto se detuvo otra vez, para orientarse. Un dique ancho de caliza unía el cerro á otro de cumbre más elevada. Luis lo siguió, complaciéndose en arrancar manojos de tomillo que olía afanosamente, y en mirar las flores silvestres, azules, amarillas y acarminadas. Sólo por un momento divisó muy abajo las figuras de Cuca y de Antonio; luego, un repliegue del terreno las ocultó, y algún tiempo después aparecieron de nuevo atravesando una cañada.

—No me conviene alejarme mucho—se dijo Luis.—Iré á su encuentro, pero á distancia.

Y comenzó á descender por la vertiente.

Sonaron más tiros, pero Luis ya no los oía; y andando, andando, pasó el tiempo, sin que él lo sintiera ni lo midiese. ¿Cuánto fué? ¿Una hora, dos? No podía decirlo, ni le importaba; porque al fin le sacó de su embriaguez una punzada aguda sobre el corazón, que le trastornó en absoluto.

—¡Ay, Dios mío, otra vez esto!

Jadeante, sudado, se dejó caer sobre una piedra.

Paisaje, cielo, todo había desaparecido para él. Miró, sin verla, la gran llanura de la huerta, visible desde allí en todo su contorno, limitado al Norte por la serranía, al Sur por el mar, que ponía cinta de espuma en la playa; bañóle el sol con toda la fuerza y la luz de sus rayos sin que Luis lo notara; y una perdiz, refugiada en la sombra, lanzó al aire su canto metálico, que hirió los oídos del joven, pero no conmovió su cerebro.

En aquel instante sólo una cosa preocupaba á Luis, pesando gravemente sobre su espíritu. Todos los miedos, todas las inquietudes padecidas por su enfermedad, se renovaron en la memoria, doliendo otra vez cruelmente. Recordaba sus visitas al doctor Cimarra, las recomendaciones de éste, las preguntas, los diagnósticos, y por fin la terrible sentencia que lo había desterrado de su vida ciudadana, haciéndosela á la vez amarga y odiosa.

—Deje todo trabajo y márchese al campo. Si descuida usted esa neurosis, podrá ser grave, muy grave.

La desesperación de Luis fué inmensa. ¡Cómo! ¿Aun no recorrida la mitad de su vida probable, ya estaba allí, feroz, trastornando la existencia, la enfermedad que no perdona? ¿Empezaba ya para él esa lucha brutal entre la salud y las necesidades, la vocación, las ilusiones, todo? Rebelóse el instinto de conservación, y Luis se dedicó por entero á cuidarse. Pero ¡ay! el golpe estaba dado. La emoción de saberse enfermo fué tan violenta, que removió todos los pensamientos lúgubres de otros días. Renació la más antigua de sus preocupaciones, la de estar enfermo del corazón; y, cosa rara, venció este cuidado, quizá imaginario, al real y positivo de la neurosis. De vez en cuando sentía el joven dolores en el lado izquierdo del pecho, opresión, fatiga inmensa, y en seguida pensaba en un aneurisma, en algo grave que de pronto vendría á cortarle la existencia. La obsesión tuvo un momento álgido. Veíase Luis perseguido continuamente por su propia imagen, rígida, muerta, tendida en el suelo, derribada por súbita herida en medio del arroyo, en su despacho, en el Ateneo, al subir la escalera, en todas partes; y por unos días creyó volverse loco de tristeza y de terror. Por fortuna, aquello pasó, aunque no por entero. Los preparativos del viaje le distrajeron mucho; la esperanza fundada en los nuevos horizontes, en la conducta nueva, en el efecto tranquilizador del campo, en los mimos y caricias de la madre, le infundió grandes ánimos. La realidad superó á sus ilusiones. Estuvo los primeros días reservado, sombrío, temeroso de que el efecto bienhechor saliere fallido; pero bien pronto se apoderó de él la naturaleza. Vino el reposo, la sencillez de vida, las conversaciones dulces y simples, los paseos y las meriendas, los paisajes tan extraños y gratos á la vista, la depresión suave de los crepúsculos y la calma sorda de las noches, ora iluminadas melancólicamente por la luna, ora de horizontes obscuros y cielo tachonado con mil luces brillantes.

Todo aquello, olvidado durante muchos años, se adueñó de Luis, y lo adormeció con su serena quietud, sus colores, sus espectáculos tan distintos de los de la ciudad. Aunque no hubiera tenido el miedo que lo reservaba de caer en excesos intelectuales, Luis no hubiese caído; porque cuando, tras muchos días de rigurosa abstención, cogió una novela y trató de leer al aire libre, bajo el terebinto que era su refugio en horas de calor, mil cosas le distrajeron, y él las atendió, sin pena de dejar el libro. Llovían sobre él las florecillas menudas del árbol, blancas, con manchas de oro en el centro; cantaba el jilguero oculto en las ramas; zumbaban los insectos y se detenían sobre las hojas, haciendo brillar sus coseletes dorados, negros, rojos, de cien colores; tronchaba el viento la flor purpúrea del granado, que caía como una mancha de sangre entre la hierba; cruzaban las golondrinas chillando agudamente; y todo esto interesaba y atraía más al joven que las peripecias de la novela.

La consecuencia fué inmediata. Calmáronse los nervios; volvió el sueño más continuo y profundo; á la irritación del carácter sustituyó la antigua dulzura y mansedumbre; y el propio corazón ni dolió ni acongojó el pecho. Tan fuerte hubo de sentirse, que él mismo incitó á la partida de caza; y en ella precisamente reaparecía el fantasma horrible del dolor.

Pálido y tembloroso, veíase Luis cogido otra vez por las ideas terribles de otras veces.

—¿Es decir, que era falaz esta mejoría?—pensaba.—¿Que estoy enfermo, positiva é irremediablemente enfermo?..... Y si es así, ¿para qué quiero vivir, para qué estar siempre en continua zozobra y espanto, privado de todos los goces, renunciando á todas las actividades, haciéndome súbdito, contemplador exclusivo de mi enfermedad, viendo cómo gana terreno de día en día; y acostarme todas las noches con el terror de que, de pronto, en un rato de sueño, vendrá el golpe, y me moriré sin que nadie esté á mi lado?..... ¿Pero no servirá de nada este campo, este reposo?

Alzó la cabeza y miró á todos lados. El sol estaba oculto por una nube pequeña, que sólo enviaba sombra á parte del paisaje, mientras la otra fulguraba de luz. Sin advertirlo, había Luis subido á uno de los cerros más altos de la primera cordillera, tras de la cual se alzaba el gran tramo de la montaña con sus picos enhiestos y majestuosos. Dominábase allí grandioso panorama. Los cerros se seguían unos á otros, bajando hasta el mar y dejando ver, de trecho en trecho, los vallecitos y cañadas, sombríos y llenos de arbolado; dibujábase la playa en frecuentes sinuosidades, graciosas y tranquilas, salpicadas de islotes y peñas, y el agua mate, de un blanco azulado no herido por el sol, parecía subir verticalmente hasta el horizonte, recortado en parte y en parte brumoso. Luis contempló aquella inmensidad, desierta entonces, sin una vela que la animara; siguió con la vista el contorno de la ribera, descubriendo el puerto natural donde se refugiaban las barcas pescadoras; más lejos, las casas de los marineros; más aún, la desembocadura del río, marcada por un avance de tierras en el mar, y en último término el cabo de la Huerta, que penetraba muy adentro con su masa chata y estéril. Detrás, hacia la sierra, desarrollábase la extensa llanura, toda cubierta de árboles, surcada por la cinta blanca de la carretera y manchada por la nota alegre de los caseríos, sobre los cuales elevaba su tronco alguna palmera de elegante ramaje. Todo se dibujaba con limpieza sin igual; y el sol, libre ya de la nube, no añadió ni un detalle, á pesar del baño espléndido de su luz, que hizo centellear las aguas y brillar las tejas azules de una granja próxima.

Rafael Altamira.

Concluirá.

1894.



Nos hemos colado de momio en el año 1894.

Vamos tirando.

Somos todos jóvenes, «defecto del cual nos curaremos en muy pocos años», según dice un crítico, aludiendo á un autor joven, al analizar una obra que éste ha dado á luz con felicidad.

Y, como jóvenes, somos ligeros, frívolos á las veces.

En estos primeros días, ó en este mes, es preciso andar con ojo.

Siempre es recomendable la atención á lo que se hace; y la previsión y la vigilancia y el aseo y la economía son condiciones dignas de elogio.

Como la honradez en la poesía y en la música y en la misma agricultura es la mejor recomendación.

Pero digo lo de andar con ojo, con mucho ojo, con sumo ojo, porque, en estos primeros días del año, generalmente se olvida la mudanza, y continuamos escribiendo, en virtud de la velocidad adquirida: 1893.

Esta equivocación puede acarrear graves consecuencias en asuntos mercantiles y diplomáticos, y en otros varios asuntos.

Una equivocación en el Registro civil, si fuera posible, ocasionaría perturbaciones incalculables en la familia.

Por ejemplo: un niño recién nacido en este año de 1894 y registrado en 1893, por equivocación, resultaría con un año de vida antes de nacer, que diría Gedeón.

Un año bajo cero, ó bajo llave.

Una partida de matrimonio ó de defunción, con fecha del año anterior al *suceso* triste, es una perturbación ó una causa de perturbaciones en el «cieno del hogar», que dijo un poeta anarquista del todo.

Usurpaciones del estado civil y del estado de canuto, equivocaciones lamentables respecto del parentesco de unos individuos con otros en la misma familia, pleitos, lances.....

Una persona que enviuda, por convicción, en 1894, y piensa en segunda instancia, ó en segundas nupcias, y aparece ya «relidiada» y viuda en 1893 y en 1894 *(bis)*, inspira temor á sus semejantes, «sin una necesidad», hablando en estilo..... «vecinal».

Y no digamos si aspira á casarse con cualquiera y resulta, por error de año, en algún documento importante, casada, es decir, preparándose para viuda.

Como quien dice: que pretende casarse en 1894 para enviudar en 1895 expresamente.

Pero esto ya es laberíntico.

Un abogado amigo mío—¿quién no tiene un amigo abogado?—dictaba una nota á su escribiente:

—El Marqués—decía—fallecido.....

—Pondré *decedé*, ¿no le parece á usted?—apuntó el escribiente, demostrando su conocimiento en *idiomas vivas*.

—Escriba usted «fallecido»—replicó el «principal»—y déjese de enmiendas.

—Corriente.

—Fallecido el año próximo pasado, dejó una niña de dos años, que ahora, por consiguiente, cuenta tres..... Ahora la fecha.

Y el escribiente puso al pie de la nota:

«Enero de 1893.»

—¡Pero hombre, por Dios!..... Añada usted un año.

—¡Ah! ¿un año? Pensé haber oído..... ¿Un año?

—Otro.

—¡Ya!

Y escribió:

«Una niña de cuatro años, que ahora, por consiguiente, cuenta tres.»

—Es usted muy torpe, Aniceto.

—Gracias, D. José.

—Ponga otra nota, y enmiende el año; ¿no ve usted que ha escrito 1893?

—Es verdad, sí, señor; soy un cebollino inconsciente. «Año 1895».

—1894.

—Sí, sí; dice usted bien: no sé lo que escribo, ni.....

Esta oposición aun involuntaria á las innovaciones es muy justificable en la humanidad.

Si pensáramos despacio en el trabajo diario que realizamos, nos espantaríamos.

Como si examinásemos los peligros á que nos exponemos diariamente.

Andar y conservar el equilibrio, mirar, comer con cierta decencia, dormir correctamente, aten-

der á sinnúmero de personas que nada nos importan.....

Para no equivocarse al andar y al comer, se necesita una serie de cálculos de que apenas nos damos cuenta.

Hemos visto que las novedades nos perturban, y tememos á las novedades.

Por otra parte, la costumbre es una segunda naturaleza, según he leído en algunos filósofos.

Vamos, *Naturaleza 2.ª*, como dicen en los repartos de los dramas con acompañamiento: *Caballero 1.º, id. 2.º, id. 3.º*

Y aun por otra tercera parte, ¡sería tan agradable tener siempre un año de edad!

—¿En qué año nació usted?—preguntaría algún impertinente.

—Pues en éste—respondería el interrogado.

¡La niñez eterna!

Por lo demás, «equivocarse es lo más fácil del mundo», como declara un actor dramático que no abre la boca al público, ó en público, sin soltar un disparate.

—Ya ve usted si yo estoy acostumbrado—dice; —y sin embargo, sé cuán fácil es «pronunciar» *crápula* por *cúpula* y *timulto* por *tomulti*.

EDUARDO DE PALACIO.

«DOLORES.»

Á MI CARIÑOSO AMIGO D. FEDERICO BALART

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SU LIBRO DE POESÍAS.

Con las perfumadas flores
De tus marchitos amores
El Arte ha formado un ramo,
Y ya que vendes «dolores»
Yo tus «dolores» reclamo.

De tu rica poesía
Nos concedes el favor,
Y aunque es amarga ironía,
Han de causar alegría
Las notas de tu dolor.

Yo sé que se han de alegrar
De tu pena triste y santa.
¡Quien tan bien sabe cantar,
Cuando sus *dolores* canta
Placeres ha de causar!

Triste el ruiseñor herido
Canta en el desierto nido;
Pero su hermosa canción,
Como regala el oído
Nos causa satisfacción.

Egoísta á no dudar
Es mi modo de pensar:
¡Ruiseñor de tus amores,
Aunque yo sienta que llores
Me alegra oirte llorar!

¡Y es que en la dulce armonía
De tu amargo padecer,
Oigo que *la poesía
Tarda en desaparecer*
Mucho tiempo todavía!

Al cielo no ha de volar
Con su inspiración inquieta,
Mientras sepa que ha de hallar
En la lira de un poeta
Tristes penas que cantar.

¡Tendrá ritmos seductores
El corazón mal dormido,
Mientras haya *ruiseñores
Que al suspirar sus dolores
Nos regalen el oído!*

Segura venta obtendrás,
Y deseo que comprendas
El placer que me darás:
¡Cuanto más *dolores* vendas,
Menos *dolores* tendrás!

¡Quién lograra merecer
De Dios tan altos favores
Y tan inmenso valer,
Para conseguir vender
A buen precio los *dolores!*

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Febrero 1894.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Investigaciones sociales: industrias humildes y casi ignoradas: la fabricación manual de rosarios en Saumur; las obreras, los escultores, los precios, valor del negocio.—*Lieja:* el socialismo y la pastoral del obispo Mgr. Doutreloux.—*París:* el socialismo y un libro de Mr. Yves Guyot.—*La Endósmosis*, del periódico alemán *Worwærts*.

El microscopio y el escalpelo no sólo se usan más y más cada día en las ciencias naturales para penetrar en la composición íntima y en las profundidades de la constitución orgánica, sino que los emplea también la ciencia social para poder llegar al conocimiento de cómo viven las familias y los pueblos. Los economistas, los filósofos, los estadistas y los políticos de vocación van abandonando las bibliotecas y los gabinetes de trabajo, donde se estudian teóricamente los males y sus remedios con la lectura de lo que otros con más ó menos acierto y verdad escribieron, y se lanzan ya al terreno de las observaciones prácticas, donde con la enseñanza que se deduce de los hechos experimentales tanto y tan nuevo y tan bueno se aprende. No hay, en efecto, cátedra, ni academia, ni libro que tanto enseñen como la visita á la fábrica, al cuartel obrero, al taller doméstico de las manufacturas, al hogar del maquinista ó á la casa rural del bracero labrador. En esa excursión, hecha sin prejuicios de escuela, con fino instinto de observación, con ánimo sereno y con nobles propósitos, recógense multitud de documentos humanos, que contribuyen á formar un juicio claro y autorizado del malestar social, mucho más exacto y respetable que el que se adquiere con la lectura ó discutiendo ú oyendo discutir. Al escudriñar las manifestaciones del trabajo, encuéntranse, á menudo, casos raros de industrias manufactureras pequeñas, que, por su misma insignificancia y modestia, siguen viviendo al lado de las acaparadoras grandes industrias de las fábricas, cuya voracidad cumple la ley de selección de destruir todas las análogas menos potentes, establecidas antes donde hoy el capital asociado ha montado las suyas. De las curiosas investigaciones que el microscopio social va haciendo en estos días, resulta, por ejemplo, que en algunos, muy contados pueblos viven numerosas familias dedicadas á trabajar á domicilio en una industria muy modesta, pero cuyos productos tienen abundante parroquia. Trátase de la fabricación de rosarios en Francia, sostenida por los habitantes de algunos barrios de la ciudad de Saumur. En efecto, en la parte vieja de la población, en las calles sinuosas que existen entre el cerro que la domina y la nueva zona de la orilla del Loira, se pueden ver en las puertas y en las ventanas de las casas multitud de mujeres trabajando sin descanso, con toda agilidad y maestría, en la labor de fabricar rosarios. Con un par de al cates en las manos, un rollo de alambre y unas cajas con cuentas de diversas sustancias y colores, hacen sus ganchos, enhebran las perlas, cierran los enganches, cuentan los *aves* de los dieces, ponen la cuenta gorda *pater* al cabo de cada diez, y la perla más gruesa tallada en forma de calavera al fin de todos ellos, y el crucifijo ó la medalla por remate, y queda concluída la obra. Las mujeres de ese barrio viven haciendo rosarios para la mayor parte de la Europa católica, para los griegos, para los rusos y para muchas colonias. Mientras vivieron en Saumur los hugonotes, no existió esta industria, aunque sí la de los fabricantes de campanas y luego la de los peineros; pero después de la revocación del edicto de Nantes y de las persecuciones sucesivas, aquellos industriales se expatriaron, y la ciudad quedó poco menos que despoblada. Ciertos aldeanos de la Auvernia, que desde remotos tiempos fabricaban toscos rosarios de cordel y cuentas cúbicas, bajaron á instalarse en Anjou y en Saumur, y durante muchos años monopolizaron el trabajo, enseñando el oficio á bastantes operarios, asociados como á modo de gremio. Todo progresó, hasta el arte mecánico de tornear las toscas cuentas cúbicas para los rosarios; y á dos obreros, Coulon y Jacob, se debió el adelanto de redondear los trozos de madera. Pero á medida que el progreso facilitaba la fabricación, se multiplicaban y abarataban los productos, y se hacía muy penosa la vida de las familias obreras. Aquí de la cuestión social. Antes de la invención de las máquinas y tornos, cada docena de rosarios valía diez *suses*, ó sean cincuenta céntimos, y cada obrera hacía dos docenas diarias. Hoy, en que manualmente no pueden hacer más, vale la docena de rosarios cuatro *suses*, ó veinte céntimos. ¿Cómo viven aquellas pobres mujeres con cuarenta céntimos diarios? Con sesenta ú ochenta ó noventa céntimos han venido viviendo maravillosamente por espacio de medio siglo; pero con cuarenta ¿es posible vivir? Algunas mujeres más diestras hacen también á mano rosarios muy finos, de mejor vista y un tanto más elegantes, y éstas, que son las menos, llegan á venderlos á setenta y cinco céntimos la docena, y á sacar algún día que otro una peseta cincuenta céntimos de jornal. También esta humilde industria tiene mucha competencia, porque, por ejemplo, en Lyon, en Lourdes, en Ambert (Puy-de-Dôme), en Ensiedeln (Suiza), y en varios puntos de Alemania, se fabrican ya muchos rosarios á precios increíbles. No tiene, pues, nada de extraño que muchas obreras jóvenes del barrio de Ardilliers de Saumur, para resistir esa competencia, se den tal maña en la velocidad y habilidad de su trabajo, que hagan al día hasta cinco docenas de rosarios, de los que se pagan á cuarenta céntimos la docena.

La industria complementaria de los rosarios es la de las cuentas ó perlas, cruces y medallas. Hay labores, como las de las cuentas, que se hacen ya á máquina, trabajando la madera, hueso, marfil y coco; pero hay otras que es preciso hacerlas á mano, como la escultura de crucifijos, cabezas y calaveras en esas mismas sustancias, y las cuales se labran por hábiles obreros que, con cuatro golpes de buril, bosquejan admirables relieves del cuerpo y cabeza de Jesucristo. La costumbre de tallar es tan fácil en ellos, que con su sierra, buril y lima producen rápidamente en las figuras el efecto que quieren, sin precisión en los contornos, sin detalles anatómicos, sin líneas finas, pero dando al cuerpo puesto sobre la cruz una expresión de verdad, de naturalidad y de sufrimiento innegables. Trabajo baratísimo en la venta es el que resulta, porque no les abonan más que un franco cincuenta céntimos por cada docena de crucifijos de cuatro á cinco centímetros de altura. Las cuentas gordas de hueso ó marfil, en las que está tallada la cabeza de Jesús moribundo, valen á seis pesetas la docena. El marfil que emplean es de bolas de billar usadas, que se envían á Saumur en gran cantidad. Los tallistas tardan un cuarto de hora, poco más ó menos, en esculpir las cabezas, en trozos de centímetro y medio de altura, y sus ganancias vienen á ser de dos á cuatro francos por docena, porque ellos mismos tienen que pagar el marfil. Con los pedazos sobrantes hacen cuentas para rosarios, y con todas las virutas y polvo fabrican negro de marfil. La fabricación manual de cuentas al torno va desapareciendo poco á poco, sustituída por las máquinas que trabajan muy bien el marfil, el coco y ciertas maderas, y que no sólo las elaboran á miles por hora, sino que las sacan artísticamente ornamentadas en su superficie. También se fabrican con ellas los huevos-estuches ó cajitas de coco, con adornos de talla y finos colores, para guardar los rosarios. Cada ciento cincuenta perlas ó cuentas valen cuatro céntimos. Consúmense grandes cantidades de nácar para el adorno de los crucifijos y perlas de tamaño; y son cientos de miles en número las medallas de cobre y de latón dorado que salen de aquellos talleres, al fabuloso precio de ochenta céntimos hasta un franco cada gruesa de doce docenas. Las medallas de plata se venden á seis francos la gruesa. El grabado de las matrices ó troqueles, la preparación de los metales, su dorado y plateado y su acuñación, todo se hace allí. La medalla que más se vende es la de San Jorge matando al dragón, porque es vulgar la creencia de que llevándola puesta el que va á caballo se evita las caídas y otros accidentes desgraciados. La juventud que se educa en la Escuela Militar de Caballería de Saumur ha puesto en moda el uso de estas medallas. Entre mujeres que construyen rosarios al estilo antiguo, obreras jóvenes más adelantadas, chicos aprendices y obreros de talleres y fábricas, cuenta aquella población algunos millares de personas, sostenidas por la industria de los rosarios, que supone cada año un negocio de tres millones y medio de francos. ¿Cuántas docenas de rosarios de á cuarenta céntimos la docena, y cuántos crucifijos de á franco la docena, y cuántas medallas de á franco las doce docenas tendrán que salir anualmente de Saumur para producir tres millones y medio de francos????

°°°

La situación de los obreros belgas y los progresos que el socialismo hace entre ellos, al impulsar á todos los elementos inteligentes y directivos de aquel pueblo á impedir, por medio de urgentes medidas, el desarrollo del mal, han estimulado, como no podía menos, á los elementos católicos y al clero. En la campaña sostenida con este motivo, dividiéronse los católicos en dos campos: uno, representado por el periódico el *Bien du Peuple*, que dirige el clérigo demócrata Mr. Pottier; y otro, cuyo órgano es la *Gazette de Liége*. Tan ruda pelea trabaron entre sí, que el obispo Mgr. Doutreloux anunció que tomaría parte en la cuestión para apaciguar los ánimos; y en efecto, hace ocho días publicó una pastoral que ha sido y es muy comentada y discutida. El Prelado se inclina resueltamente del lado de Mr. Pottier, aconsejándole, al aprobar su interpretación de la encíclica pontifical *Rerum novarum*, que sostenga sus ideas con calma y prudencia, y estimulando á los combatientes católicos á que se entiendan bajo la base de la unidad de principios de la libertad en la aplicación de los puntos que han discutido y de la caridad en todo, practicando así el aforismo de San Agustín: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas*. Bueno sería que se cumplieran los excelentes propósitos del Prelado; pero dados los intereses contrapuestos que al í se defienden y la fiereza y calor con que se combate, posible es que la libertad pueda más que la unidad y que la caridad, y que siga en pie la discordia. El Obispo de Lieja, pensando como Su Santidad León XIII lo aconsejó, entiende que el remedio urgente y eficaz contra el socialismo está en las asociaciones profesionales de carácter mixto, entre patronos y obreros, en las que el clero debe tener una parte directiva, reguladora y de propaganda, de especial importancia. Donde puedan crearse estas asociaciones mixtas, debe procederse inmediatamente á su constitución; y donde no, deben formarse de obreros solamente. Entiende además el Obispo, que las asociaciones no deben tener sólo una base religiosa, que resultaría insuficiente para impedir las aficiones al socialismo, sino que, como dice Mr. Pottier, es preciso y urgente también ocuparse en ellas de los intereses materiales de los obreros y de la mejora de su condición en todos los países. Así, emprendida con vigor y con decisión esta campaña, se podrá hacer competencia victoriosa á la propaganda y trabajos del socialismo. «Necesario es, dice Mgr. Doutreloux, hablar á los obreros, como les habla el Pontífice, de sus deberes y de sus derechos; evitar á todo trance su trato é inteligencia con los socialistas; impedir que usen su lenguaje y sus maneras, y evitar asimismo los procedimientos de afectada prudencia, los que usan los timoratos, los perezosos, los indiferentes y también los presuntuosos, que suelen inspirarse, por egoísmo ó por inercia ó por vanidad, en criterios opuestos á los de las autoridades católicas en muchos puntos relativos á la teología y á la salud de las almas. Falsa prudencia sería, en efecto, no inspirarse en la verdad de los hechos que presenciamos, para, en vista de ellos, excogitar los medios de acción. Estos hechos son principalmente: la existencia y fuerza expansiva del socialismo; la existencia y progresos del movimiento democrático universal, y la importancia legal dada á este movimiento por la generalización del sufragio. Para lograr el éxito de que los individuos y las familias vuelvan á la fe y á las prácticas cristianas, el clero debe realizar su apostolado en la iglesia y fuera de la iglesia; demostrar gran celo y fervor en el cumplimiento de las funciones del ministerio pastoral; practicar obras que contribuyan á resucitar en los corazones el amor de Dios y del prójimo, y, en fin, orar.» Tal es el programa del Obispo de Lieja, en el que con especial habilidad no ha querido ocuparse para nada de ciertas cuestiones candentes, que dividen allí á los católicos sostenedores de las controversias, como son, entre otras, la de la ingerencia del Estado en la cuestión social y la de los salarios y horas de trabajo. ¿Conseguirá el Prelado que todos sus fieles se entiendan y establezcan una concordia firme para luchar con el socialismo? La mayoría de la población belga es católica, porque entre 6 millones de habitantes con que cuenta, sólo hay unos 20.000 protestantes y unos 5.600 judíos; pero entre los católicos ha cundido mucho allí el indiferentismo. A remediar este mal y á hacer revivir la fe, para que los espíritus sean refractarios al error que se propaga, tienden los esfuerzos de Mgr. Doutreloux y [illegible] predica la unión entre los combatientes cristianos, entre los que



EL PERIÓDICO DEL ABUELO.
CUADRO DE DEULLY.



SICILIA (ITALIA).—LEVANTAMIENTO DE LOS CAMPESINOS CONTRA LOS IMPUESTOS.—LOS REVOLTOSOS SAQUEANDO LAS OFICINAS DE LA ALCALDÍA DE MAZZARA DEL VALLO.



EL CONTRABANDO EN EL CAMPO DE GIBRALTAR.—PERROS ADIESTRADOS PARA PASAR EL CONTRABANDO BURLANDO LA VIGILANCIA DE LOS CARABINEROS.

son católicos y demócratas y siguen á Mr. Pottier y al *Bien du Peuple*, y los católicos intolerantes que odian á la democracia y que leen la *Gazette de Liège*. Muy difícil es que se entiendan y que se unan hoy; pero los hechos se imponen, como queda dicho, y al fin se unirán, inclinándose todos hacia donde el Obispo se ha inclinado, hacia donde el mundo se inclina, sin que la fe pierda nada en ello ni por ello.

°°°

No en el terreno religioso, sino en el laico y librepensador, se ha publicado en París, al mismo tiempo que el documento de Lieja, otro que constituye un libro contra el socialismo, escrito por el director de *Le Siècle*, el polemista ex ministro Mr. Ives Guyot. Pocos campeones hay en la falange individualista y economista que sostengan con más vigor y ardimiento la lucha contra los socialistas como este escritor. A su libro, tan conocido, que lleva por título: *La Tiranía socialista*, viene á servir de complemento esta nueva obra, intitulada: *Los principios del 89 y el Socialismo.* En el primero denunciaba Mr. Guyot el peligro, pintándolo con todos sus horrores: en éste agrava la pintura y propone los medios para conjurarlo. En resumen, y prescindiendo del espíritu que informa los trabajos del Obispo de Lieja y del Director de *Le Siècle*, religiosísimo el uno y ultrarradical el otro, los remedios son muy semejantes: contra la unión, la unión; contra la asociación, la asociación; contra la propaganda y la actividad, la propaganda y la actividad. Monseñor Doutreloux ha dicho: «únanse todos los católicos; establézcanse asociaciones mixtas de obreros y patronos, ó de obreros solos; sosténganse y propáguense las buenas doctrinas en la iglesia y en todas partes, ocupándonos, no sólo del espíritu, sino de los intereses materiales de los trabajadores.» Y dice Mr. Ives Guyot: «fundemos la *Unión individualista* contra la *Unión socialista*; opongamos propaganda á propaganda, defendiendo la libertad, la propiedad, la legalidad, la paz social, la patria contra la tiranía socialista, contra el colectivismo, contra la guerra social y contra el internacionalismo revolucionario.» Confiesa Mr. Guyot que los economistas ó individualistas no son populares, porque tienen la desventaja de ser los representantes de la ciencia contra el prejuicio y el charlatanismo, y del interés general contra los intereses particulares ó privados. Pero toma inmediatamente su defensa, declarando que, así como los socialistas platónicos, los agentes populacheros de la caridad, los fundadores de premios á la virtud, los soñadores sentimentales, los escritores patéticos y los poetas llorones, nada ó casi nada de bueno han llegado á hacer en la lucha contra la miseria, en el planteamiento del bienestar, ni en el progreso y difusión de la riqueza, porque no son más que utopistas y teóricos que se reunen á llorar en torno al lecho del que sufre, y no tienen talento ni ánimo para discurrir los remedios y para aplicarlos, los individualistas, en cambio, hombres útiles y silenciosos, han aumentado la producción del trigo y de otros alimentos, han logrado que los hombres de los pueblos civilizados tengan vestido y calzado baratos, han facilitado las transacciones y los transportes, han enseñado la contabilidad, la previsión y el ahorro, han desenvuelto el crédito y han hecho desaparecer los obstáculos que los Gobiernos ponían entre los productores y los consumidores, procurando que arraiguen en el mundo la circulación y la libertad de trabajo. A todos ellos invita á que unan sus esfuerzos, á que se decidan por una política de resistencia y no de condescendencia, y á que no se dejen intimidar por las injurias, las calumnias, las amenazas, el escándalo y los gritos de triunfo que lanzan sus enemigos.

Así se expresan en el momento presente los partidos más opuestos, en su batalla contra el socialismo, porque el nivel de éste sube y sube y sube, inundándolo todo. Así lo ha declarado el periódico socialista alemán *Worwærts*, en un artículo titulado *La Endósmosis*, que ha sido muy leído y comentado. Las ideas socialistas se infiltran en los gobiernos, en los poderes y en todas las clases; penetran suavemente al través de las masas conservadoras y elevadas, estableciéndose la corriente natural que surge y se mueve de fuera adentro y de dentro afuera, como entre los líquidos de diversa densidad y de diverso poder calorífico. Endósmosis ó exósmosis, la infiltración del virus, de la doctrina, es un hecho. Los socialistas tuvieron en Francia en 1889 unos 90.000 votos; hoy han sumado más de 500.000, de los cuales pertenecen á París 226.000. En Inglaterra, el país clásico del individualismo, tienen en el Parlamento once representantes, número bastante para influir en la mayoría liberal, que sólo es de 40 votos, contra el partido conservador, y gracias á cuya influencia han conseguido que el Gobierno les haga especiales concesiones en la cuestión de horas de trabajo y en la del seguro obligatorio contra los accidentes desgraciados. En Bélgica ayudan al partido radical para absorberlo por completo; en Dinamarca han conseguido nombrar siete miembros para el consejo municipal; en Bohemia y Silesia se organizan cada día con más fuerza; en Suiza han inscrito á la cabeza de su programa el derecho al trabajo; y en los Estados Unidos, constituyendo el *People's Party* y ayudados por los *Silvermen*, cuentan veintidós representantes en el Congreso y pueden inclinar mucho el éxito de las votaciones, según que les dé por irse con los demócratas ó con los republicanos. La corriente endosmósica es un hecho; la marea sube y lo infiltra y empapa todo. De aquí el que los pensadores que batallan no se den un punto de reposo, aunque procuren conservar el ánimo sereno. Ya lo ha recordado Mr. Ives Guyot al principio de su libro, cuando ha dicho: «No olvidemos el consejo de Thiers: *No nos asustemos de nada, pero tomemos todo en serio.*»

R. Becerro de Bengoa.

CERTAMEN LITERARIO.

En Barbastro se ha formado una Junta para conmemorar dignamente el primer centenario de la muerte del insigne general Ricardos, el vencedor de los franceses en la campaña del Rosellón, acordando, entre otras cosas, organizar un certamen literario que ha de celebrarse en aquella ciudad, patria del General, el 13 de Marzo próximo.

Los temas del certamen son:

1.º Leyenda en verso sobre la conquista del Rosellón.

2.º Romance heroico sobre las glorias de la intrepidez guerrera.

3.º Oda ensalzando los laureles conquistados por Ricardos en la batalla del Tech.

4.º Narración en prosa ó verso de los hechos más culminantes del general Ricardos.

5.º Memoria sobre las guerras entre Francia y España para la conquista del Rosellón, desde Berenguer IV hasta la campaña de Ricardos.

6.º Discurso sobre la influencia de Aragón en las glorias de España

7.º Memoria sobre los hijos célebres de Barbastro.

8.º Idem sobre el batallón cazadores de Barbastro.

9.º Consideraciones sobre la campaña del Rosellón, bajo el aspecto político, militar, religioso y dinástico.

10. Influencia de la religión en el amor de la patria y en el valor y disciplina del soldado.

11. Historia de las instituciones económicas en el siglo XVIII.

Los premios correspondientes á cada uno de los temas se anunciarán con la debida oportunidad.

Los trabajos habrán de ir en la forma de costumbre, ó sea bajo un lema y el nombre del autor en carpeta cerrada, que lleve en el sobre el indicado lema.

Los trabajos deberán remitirse á D. José Coronas, secretario general de la Junta del Centenario, antes del día 9 del próximo Marzo, desde cuya fecha queda cerrado el concurso.— X.

LAS ONCE DE LA MAÑANA.

Suponte que eres un hombre pobre, como será lo más probable, pues la mayor parte de nosotros somos pobres, y nos vemos obligados á trabajar para ganarnos la subsistencia. Suponte que no tienes probabilidades de nada mejor, é imagínate la escena siguiente: estás tomando tu modesto desayuno una mañana, y este desayuno no es ni muy nutritivo ni muy abundante; pero tú le sacas el mejor partido charlando y riendo con tu mujer y tus hijos, cuando de repente se te presenta el cartero con una carta. Es de un abogado, y su membrete va estampado en el sobre; rasgas éste, y entonces lees la carta con los ojos abiertos y temblándote las manos. En la carta te informan de que has heredado una fortuna de un pariente lejano que se hallaba en país extranjero, hombre á quien nunca habías visto ni del cual habías oído hablar. ¡Qué asombro! ¡qué noticia tan agradable! Recibes la carta el 18 de Agosto, á las siete de la mañana, y ya no se te olvida jamás ese día ni esa hora; jamás, por mucho que vivas, como yo realmente deseo que te suceda.

Pues bien; Manuel García no olvidará nunca la hora de las once de la mañana de cierto día de Marzo de 1893. Era marinero, y se hallaba en los Docks de Cartagena, ayudando á descargar el buque á que pertenecía, cuando de repente se vió atacado de frío, acompañado de palpitaciones en el corazón. Al frío sucedió un violento dolor de cabeza; la lengua se le puso tan seca como un jarro vacío puesto al sol. Estaba ya cerca la hora de tomar un tente en pie, y había él estado pensando en ella con gozo; pero ya todo deseo de tomar alimento se le fué, como huye el pájaro á quien asustan. No pudo tomar nada, y sólo el pensar en comer le era ya repulsivo. Hacia la tarde apareció ya la fiebre, sudó un poco, y se sintió ligeramente mejor, pero no bien, y muy lejos de estarlo.

Aquella noche se fué á la cama sin esperanzas de poder descansar, y sus temores se realizaron; después de una modorra inquieta se levantó á la mañana siguiente, y se sintió débil, lánguido y abatido.

Al día siguiente, á las once de la mañana, el frío y la fiebre volvieron á aparecer, y al cabo de una hora se hallaba ardiendo de calentura; á ésta siguió el dolor de cabeza. Era horrible, dice: casi le volvía loco. Comprendió que debía ponerle un remedio desde luego, y consultó á un médico joven, quien le dijo que debía frotarse el estómago fuertemente con la mano; lo hizo, y, cosa curiosa, obtuvo algún alivio con ello. Pero esto es lo único que se pudo decir. Después de esto, naturalmente, siguió el tomar la quinina, medicamento que en determinados casos es muchas veces eficaz y útil, pero que á la larga es malo, como lo saben cuantos han adquirido la costumbre de tomar quinina. En su caso Manuel García nos dice que le produjo hinchazón en los pies; pero no fué la quinina, sino algo peor, lo que se la causaba. En un momento voy á decirte lo que era.

En la carta en que él describe todo esto, fechada en Cartagena el 7 de Abril de 1893, dice: «Catorce días había estado viviendo en tan miserable estado, casi sin comer, y trabajando por la mañana con una completa excitación de nervios, sintiéndome tan débil que á cada momento me sentía desfallecer. A pesar de estar dotado por la naturaleza de una constitución robusta, comprendía que ésta se iba destruyendo. Ninguna medicina parecía bastar á hacer desaparecer aquellos ataques de frío y fiebre, cuando, por fin, oí hablar del Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y lo probé, inducido á ello por haber leído y oído su eficacia en conseguirlo en otras personas, después que todo tratamiento les había sido ineficaz.

»Con gran sorpresa y gozo mío, los ataques disminuyeron, así en frecuencia como en intensidad, tanto que á los ocho días habían cesado por completo, y recobré fácilmente el apetito, la fuerza, y mi fácil y restaurador sueño. Mis amigos me habían recomendado muchos remedios pero sólo el Jarabe me fué eficaz. Pueden ustedes recomendarlo, en mi nombre, á todos aquellos que sufran como yo sufrí. Ahora voy á bordo del buque en muy buena salud, y doy á ustedes las gracias por haberme sugerido el remedio que me ha curado.—Firmado, Manuel García.»

La sangre de Manuel García estaba llena de ácido venenoso, proviniente de la torpeza del estómago y del hígado—indigestión y dispepsia—y en este estado, la exposición al calor del sol, probablemente junto con el demasiado ejercicio, produjeron la fiebre periódica, y los pies se le hincharon á causa de la acumulación de agua, dando á conocer la inactividad de los riñones y la hidropesía. El Jarabe de la Madre Seigel expelió el veneno, y corrigió la digestión, y necesariamente se siguió á esto el restablecimiento.

Felicitamos á nuestro amigo el marinero: pero ¿se olvidará él nunca de la hora de aquel ataque, ni del remedio que le dió la victoria?

No; hasta tanto que no emprenda el último viaje de la vida.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

De la técnica de las autopsias, con *aplicación especial á la práctica forense*, por Rodolfo Virchow.

La *Revista de Medicina y Cirugía prácticas* ha enriquecido con esta obra del sabio profesor alemán la Biblioteca Científica Moderna, de que es editora.

Este utilísimo libro es el resultado de los trabajos anatómicos llevados á cabo durante muchos años por el sabio autor de la *Patología celular* en el hospital de la Caridad de Berlín, y fruto de una experiencia tan dilatada como fructífera para la ciencia médica. En Alemania ha obtenido esta producción un éxito tan grande, que en pocos años se han hecho cuatro numerosas ediciones.

La edición española, esmeradamente traducida por el doctor D. Rafael del Valle, lleva un bien escrito *Apéndice*, en el que consta el procedimiento del Dr. D. Pedro Mata para practicar las autopsias, y se expone la autorizada opinión del Dr. Letamendi respecto á la técnica de la autopsia en general, y en especial la médico-forense.

Forma un precioso tomo lujosamente encuadernado en piel, de 246 páginas, y se vende, al módico precio de 3,50 pesetas, en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías.

El nicotinismo. Tal es el título del 9.° volumen que acaba de publicar la Biblioteca Científica Moderna, debido á la pluma del distinguido publicista francés Dr. Laurent, y que ha vertido al castellano el director de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, D. Rafael Ulecia. Mucho se ha escrito acerca de la intoxicación crónica por el tabaco, pero ciertamente nada hay comparable con el interesantísimo libro del Dr. Laurent, en el que se estudia de una manera magistral:

I. Las variedades botánicas de la nicotina.—II. Cultivo, industria y composición del tabaco.—III. La nicotina.—IV. El tabaco en terapéutica.—V. El dios Petun.—VI. El árbol de la Reina y la panacea de los indios.—VII. Historia de la petaca y de la pipa.—VIII. En busca de sensaciones nuevas.—IX. Cómo se llega á ser fumador.—X. Influjo de la imitación y de la sugestión.—XI. Los peligros del tabaco y el hábito nicotínico.—XII. Embriaguez por el tabaco.—XIII. El nicotinismo agudo y los medios de la nicotinización.—XIV. Los pecados veniales del tabaco.—XV. Acción del tabaco sobre los dientes, encías, boca, labios, laringe, faringe, pulmones, corazón, estómago, intestinos y órganos de los sentidos.—XVI. Neurosis, neurostenias, anemias y locura producidas por el tabaco.—XVII. El tabaco, la inteligencia, el genio, la melancolía, la voluntad y el sentido moral.—XVIII. La nicociomanía.—XIX. El tabaco, el amor y la despoblación, el bien parecer y el presupuesto.—XX. El tabaco en la escuela, en el ejército y en las cárceles.—XXI. Tratamiento del nicotinismo.

Forma un precioso tomo lujosamente encuadernado en piel, de cerca de 300 páginas, y se vende, al módico precio de 3 pesetas, en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías.

Memoria sobre la amortización de la *Deuda exterior del 4 por 100, sin gravamen alguno para los vigentes presupuestos del Estado.* Por el licenciado D. Bernardo Cano Arnau.

Hemos leído con algún detenimiento este trabajo, tan breve cuanto interesante. Le conocíamos ya de referencia por noticias que de él dieron los periódicos cuando el autor le leyó, sometiéndole á discusión, en la Academia de Jurisprudencia, y nos ha parecido merecedor de ser muy estudiado. El Sr. Cano Arnau ha probado en él gran conocimiento de la materia, y no menos arte para exponerla con toda facilidad.

Nemrod y Compañía, por Jorge Ohnet.

La novela del autor de *Sergio Panine*, ahora vertida al castellano, es digna de las anteriormente publicadas por el mismo. Se lee con creciente interés hasta el final. La publica la librería de Fernando Fe. Precio, 3,50 pesetas.

La Leyenda del Trovador, por D. Jaime Martí Miquel.

Hay en este tomo muchos versos buenos y bastante poesía original, lo que no es poco decir en los actuales tiempos. Véndese por 3 pesetas en las principales librerías.

Soledad, por C. Suárez Bravo.

Bonita é interesante novela, en la que la acción corre del principio al fin sin detenerse en descripciones demasiado pesadas y ociosas, é inspirada en sanos pensamientos. Está muy bien editada. Precio, 4 pesetas.

Poesías selectas, de Carlos Peñaranda.

Tomo de versos publicado en Manila por este distinguido literato, y en el que hemos leído algunas poesías muy buenas. Precio, 60 cent. de peso.—G. R.



MAIMÓN MOJATAR Y SU SOBRINO EL HACH-EL-HEDDÚ Á BORDO DEL CRUCERO «ISLA DE CUBA».

(De fotografía remitida por D. M. Pol.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. VI.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Febrero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. CLAUDIO LÓPEZ Y BRU,

MARQUÉS DE COMILLAS.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La ciudad de Marruecos, por D. Rodrigo Amador de los Ríos, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—El secreto del toreo, por D. Narciso Campillo.—Cuentos de Levante: En la sierra (conclusión), por D. Rafael Altamira.—¡Muchas gracias!, por D. A. Sánchez Pérez.—Investigación, poesía, por D. C. Luis de Cuenca.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por D. G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. Sr. D. Claudio López y Bru, marqués de Comillas.—Retrato del Excmo. Sr. D. Emilio Arrieta, insigne maestro, director de la Escuela Nacional de Música y Declamación.—Madrid: Entierro del maestro Arrieta. Alrededores de la Escuela Nacional de Música al paso de la fúnebre comitiva.—La embajada española en Marruecos. Mazagán: Aspecto del desembarcadero al avistarse los buques que condujeron la embajada.—Los moros de la kabila de Ducala corriendo la pólvora ante el Embajador y su séquito.—Mazagán: La primera *muna* ofrecida á la embajada española en el campamento establecido en las inmediaciones de la ciudad.—Retrato de D. Enrique Simonet, laureado pintor, corresponsal de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en Marruecos.—Bellas Artes: *Salon* de los Campos Elíseos de 1893 en París. *En casa del maestre de campo: La canción de guerra*, cuadro de Grison.—Retrato del Dr. Chervin, director del Instituto de Tartamudos de París.

CRÓNICA GENERAL.

Asistió usted al entierro de D. Emilio Arrieta?

—De D. Pascual Arrieta, querrá usted decir.

—No, de D. Emilio; pues aunque conste el nombre de Pascual en su partida de bautismo, su nombre de elección, aquel con que ganó su fama, y por el cual es conocido y designado como uno de los compositores más populares de zarzuelas, es, y será siempre, el de Emilio.

—Sea: que en esto de los nombres y apellidos hubo siempre grandes libertades entre los artistas, y una vez sancionados por la fama, son indestructibles. La adopción del nombre de Emilio no fué puramente por eufonismo: cada época tiene sus preferencias y su género de distinción: hace medio siglo no sonaban bien en los oídos educados en la escuela romántica los nombres prosaicos: el que no se llamaba Gustavo, Arturo, Eduardo, Enrique, Carlos, Adelardo, ó cualquiera otro de los usuales en comedias ó novelas de la época, no tenía nombre de cartel, y estaba expuesto á ser considerado hombre vulgar. Arrieta rindió tributo á los gustos de su tiempo; pero los nombres más poéticos del santoral romántico no le hubieran dado la menor distinción á no tenerla su espíritu delicado y desbordarse en sus canciones. Pero, digresiones aparte, diré á usted que, en efecto, asistí al entierro del maestro, desde la casa núm. 8 de la calle de San Quintín, donde murió en la misma alcoba en que su compañero del alma, el gran poeta Ayala. Y por cierto que, si bien siguió su féretro un acompañamiento numeroso de músicos, escritores y artistas, precediendo al clero parroquial jóvenes alumnos del Conservatorio, que llevaban coronas de laurel, y adornaban el carruaje mortuorio otras de gran gusto y valor; y tanto en el Conservatorio, que dirigió durante largos años, como en la casa de la Sociedad de Escritores y Artistas, de que fué vicepresidente; en el teatro de Apolo, donde estrenó el *San Franco de Sena*, y en el de la Zarzuela, en que tantas veces fué llamado á escena por el público, en todos ellos fué despedido con marchas fúnebres, ramos de laurel y colgaduras de luto; aun así, notaron muchas gentes que no correspondía aquella manifestación á la nombradía y merecimientos del ilustre compositor. Ello es que, al llegar á la puerta de Atocha, el cortejo era ya muy reducido, y menor aún cuando desfilaba por el patio grande de San Justo, delante de la monumental tumba de Ayala, cuyo busto de piedra parecía saludar al amigo que venía á reposar en su mismo cementerio. ¡Lástima que una misma sepultura no reuna sus cuerpos, como estuvieron unidas sus dos almas! Pero Arrieta quedó depositado en un nicho, suponemos que interinamente, por ser provisionales y destinadas á derruirse esas tapias, y más duradera que ellas la fama del autor de *Marina*.

—¿Es verdad que ha muerto de setenta y un años de edad?

—Eso dicen los que parecen enterados; y si bien, recordando que desde hace cerca de medio siglo figura su nombre con envidiable reputación, algunos le tenían por más viejo; considerando la fuerza y robustez de su naturaleza, hasta que le hirió el primer ataque de parálisis, hace dos años, su arrogante figura, la agudeza de su espíritu y su contextura de atleta, hubiérasele creído mucho más joven.

—He leído en un periódico que había sido redactor de *El Padre Cobos*; ¿es verdad?

—No lo creo cierto: cuando empezó á publicarse aquel periódico famoso, era puramente literario y no político, porque los de esta clase necesitaban entonces depositar una fianza: proporcionóseles á sus redactores la de un periódico que no tuvo fortuna, titulado *El Horizonte*, y que había facilitado generosamente D. José de Salamanca, y desde aquel número fué *El Padre Cobos* periódico político. Y si en los primeros números se atribuía á Arrieta parte en la colaboración, no la tuvo en el periódico político seguramente, aunque no es extraño que aprovechasen sus compañeros alguna de sus frases epigramáticas é ingeniosas; pero la verdadera redacción la componían Pedroso, Selgas, Ayala, Garrido, Villoslada y Suárez Bravo, no Nocedal, que era, sin embargo, su consultor en algunas ocasiones; y he tenido á mi vista el original de un *Congreso infantil*, aludiendo á ser entonces presidente del Congreso el general Infante, y la letra del artículo, que no se podía confundir con otra, era de Fernán Caballero. De modo que, de no haber sido colaborador en esa primera época literaria, cuando lo era Goizueta, no creo que lo fuese nunca, aunque es fácil averiguarlo viviendo aún dos redactores de *El Padre Cobos*, los Sres. D. Ceferino Suárez Bravo y D. Francisco Navarro Villoslada.

—De modo que D. Emilio Arrieta sería de ideas algo retrógradas.....

—No puedo asegurarlo: en Palacio se estrenaron sus primeras obras, dos óperas italianas. Si no escribió en *El Padre Cobos*, vivió muy en contacto con sus redactores. Por aquel tiempo hizo la música de dos zarzuelas de Ayala, de tendencias contrarias y éxito dudoso, *El Conde de Castralla*, con alusiones contra Espartero, y *Los Comuneros*, de espíritu liberal, que disgustó algo á sus correligionarios de entonces, y fué el primer síntoma de la evolución en las ideas del insigne poeta. Y aunque la música no tiene carácter político, la íntima unión del compositor y libretista hacen presumir que experimentaban juntos las mismas fluctuaciones de sentimientos, mucho más cuando algunos años después saludó con un himno á la Revolución de Septiembre, poco después que Ayala escribiese la proclama que la dió fórmula y vida. Y así como Ayala y Arrieta colaboraron en las zarzuelas ya citadas y en *La Estrella de Madrid* y *Guerra á muerte*, únicas en que el autor de *El Tejado de vidrio* acertó en el género lírico, si mal no recuerdo, así se puede decir que, con el mismo éxito dudoso, Ayala hizo la letra y Arrieta la música de la Revolución de 1868. Y hago constar esto como estudio de la intimidad que reinó entre el célebre poeta y el célebre maestro, para justificar la idea que emití de que estarían bien depositados en un mismo sepulcro.

—¿Cuáles son las mejores obras de Arrieta?

—Eso que lo decidan los músicos, no quien sólo toca el piano tímidamente con un dedo, del cual cree, en su ignorancia, sacar deliciosas armonías; pero las zarzuelas que más se han representado y aplaudido han sido: *Marina*, letra de Camprodón; *El Grumete*, libro de García Gutiérrez; *El Dominó azul* y *Guerra santa*, siendo *San Franco de Sena* su último triunfo teatral. La más popular, la que aun repiten en coro las gentes en sus expansiones, es *Marina*.

—En resumen, ¿qué juicio tiene usted de Arrieta?

—Una mezcla de la energía navarra y del refinamiento italiano; de mucha fuerza física, demostrada en célebres apuestas de natación; de espíritu agridulce, punzante al hacer epigramas; dulzón y delicado en sus aficiones, algo cortesano, algo revolucionario, apasionado en sus afectos, vehemente en sus antipatías, cortés y distinguido, gran gastrónomo, amigo complaciente, de trato amenísimo, y conjunto de cualidades y condiciones muy diversas, que hacían de él un hombre superior. En cuanto al músico, me abstengo de juzgarle, porque no me corresponde. He escuchado sus obras, y me han conmovido y deleitado muchas veces y he aplaudido.

—¿Y cómo, confesando su ignorancia, ha dado usted sus aplausos al compositor?

—Es muy sencillo. En las obras teatrales, líricas ó habladas, cada espectador es un juez, con derecho á dar su opinión, aplaudiendo, callando ó dando á entender su disgusto: no se le pregunta si es buena ó no, que eso lo dice el tiempo; sino si la obra es de su agrado y le conmueve y le divierte. Por eso falsea tanto en los estrenos la manía en los espectadores de juzgar la obra técnica ó literariamente; allí sólo se va á decidir si es agradable ó no, y el más rudo paleto tiene la misma autoridad que el más sabio para manifestar sus sentimientos. Por eso cuando escucho música, me creo con el derecho de aplaudir ó desechar lo que me hace buena ó mala impresión, sin consultar á ningún músico; y por eso he aplaudido á Arrieta muchas veces, y digan los sabios lo que quieran. Ojalá hiciera siempre el público lo mismo en todos los estrenos, en vez de escuchar en los pasillos lo que dicen los inteligentes, para acomodarse á sus dictámenes, no siempre desapasionados.

—¿Qué novedades hay en otros órdenes de ideas?

—La recepción de un ilustre colaborador nuestro en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de don Ricardo Becerro de Bengoa. Desarrolló en su discurso un tema interesante, las tendencias de la Química moderna; dicho lo cual se comprende que no podamos ni dar idea de un trabajo tan complicado como impropio de una Crónica destinada á toda clase de lectores, sobre todo siendo su estilo conciso, abundante de pensamientos y noticias, y aun condensado con fórmulas y signos. Y si la Química es una ciencia de suyo difícil en lo averiguado y corriente, mayor es la dificultad para el que se asoma á los abismos inexplorados con las palpitaciones del presentimiento y los peligros del vértigo de las alturas, buscando relaciones entre la mecánica celeste y el movimiento para nosotros invisible de los átomos en los cuerpos, que nos parecen rígidos é inmóviles y que acaso giran por órbitas fatales, y ¿quién sabe si tienen sus soles y planetas? Ni siquiera podemos dar idea de los párrafos nutridos en que el académico da cuenta rápida de las conquistas de la Química moderna en el laboratorio, mientras la imaginación forja y desecha hipótesis. Hay una idea que nos afecta principalmente, la de F. Colin, que aspira á fabricar almidón con ácido carbónico y agua, para tener el pan casi de balde. Si eso llegase á suceder, ¿qué revolución social igualaría á la que produjese el descubrimiento? Y como yo creo que las transformaciones del mundo son más eficaces y seguras cuando se basan en un descubrimiento que modifica las costumbres, me parece más probable que la verdadera revolución social salga del laboratorio, que se produzca por los alborotadores de la calle. Repito que es lástima no poder dar idea del discurso.

—¿Es catedrático de Química en el Instituto de San Isidro el Sr. Becerro de Bengoa?

—Y muy considerado.

—¿No es cronista de Vitoria?

—Y autor del libro de *Alava* y otro de *Palencia*.

—¿No dirige el periódico científico *La Naturaleza*?

—Y colabora en *El Imparcial*, y es diputado, y escribe la interesante crónica que saborean con placer los lectores de LA ILUSTRACIÓN, y hace cuentos, y diserta en el Ateneo, y dibuja.....

—Basta, basta; que si el Sr. Becerro de Bengo no vuela, es porque no quiere, porque tiene grandes aptitudes para todo y todo lo hace bien. Con razón y justicia le elogia tanto en su discurso de contestación el sabio académico don Gabriel de la Puerta.

—¿Conque ha estallado en París otra bombita?

—Así parece: en el café del hotel Términus, hiriendo á muchas personas, algunas de gravedad. El asesino resulta ser francés por sus padres, y catalán de nacimiento; y como su tipo, su modo de expresarse y su crimen y fanatismo le hacen tan semejante á los demás delincuentes de su secta, sólo merece que se diga: ha aparecido otro profeta y ha hecho lo que todos; los tribunales cumplirán con su deber.

—¿A que no saben ustedes quiénes me recuerdan esos hombres?

—Me lo figuro: los moros juramentados de Joló, que hacen votos de morir matando cristianos, y sacrifican sus vidas inútilmente, sin que los españoles desistan de sus derechos ni disminuyan. Como los anarquistas, hieren á ciegas á cuantos tropiezan con sus gumías ó yataganes, y como ellos, caen para renovar de vez en cuando sus acometidas salvajes y crueles. Y es el caso que el crimen, vulgarizado, ni sorprende, ni asusta, ni causa otra impresión que lástima por las víctimas y desprecio por los matadores de inocentes.

—¿Y no cree usted que esos fanáticos no hacen sino sacar las consecuencias naturales de nuestro estado social?

—Algo hay de eso: se han desligado las ataduras morales de una sociedad decrépita, y se han sustituído con un individualismo sin virtudes, en donde una cuarta parte de los hombres son los usureros de los otros.

—¿Disculpa usted á los anarquistas?

—¡Dios me libre! Ni mucho menos de imitar la cobardía de los que disculpan el crimen por merecer la benevolencia de los que amenazan con estragos. Pero es conveniente no cerrar los ojos á la luz y recordar á las clases directoras la conveniencia de no engendrar desesperaciones que se pueden evitar con leyes humanas que alcancen para todos.

—¿Y escucharán esas clases que usted invoca?

—Lo dudo mucho. Cada cual guarda con codicia su parte de botín y no se cuida de los dolores ajenos.

—¿Luego usted predica la caridad?

—Sí; pero la caridad que informe sobre todo la legislación.

—¿Ha vuelto usted á oir el fonógrafo de *El Heraldo*?

—Sí, y vengo asombrado de oir la voz de Fernández Shaw recitando un trozo de Luzbel y un soneto de Ayala y unas quintillas de Ferrari dichas por su mismo autor: y como uno y otro son dos lectores admirables, cada uno en su estilo, sorprende realmente oir, como si hablasen en un cuarto distinto del que estamos, á esos dos poetas.

—¿Y se conoce la voz?

—A decir verdad, el timbre es algo distinto, resultando algo nasal, defecto que no tiene ninguno de los dos lectores: pero la entonación, brío, puntuación é inflexiones del recitado, se transmiten con pasmosa exactitud. El porvenir de ese aparato ha de ser brillante. Cuando fuí á escuchar la voz de Ferrari y Fernández Shaw, estaba examinando aquel prodigio por primera vez el Sr. Núñez de Arce.

—¿Qué le parece á usted?—dije al maestro.

—Que por menores brujerías han quemado á muchos en otros tiempos—contestó;—es maravilloso.

Creemos que el fonógrafo de *El Heraldo* poseerá pronto la voz del Sr. Núñez de Arce.

—Los artilleros han celebrado un banquete para festejar al teniente del cuerpo Sr. Saltos, herido en Melilla y ascendido á capitán, empleo que permutó por la cruz de María Cristina, por ser potestativo el trueque. Las armas generales preparan otra comida. ¿Qué sabe usted del asunto?

—Estos banquetes me prueban una cosa: que todas las armas gozan de buena salud, y que los fondistas están de enhorabuena.

—¿Tiene usted algo que objetar?

—Contra la fuerza armada no se objeta: si se aplaude, parece que es debilidad; si se disiente, es crearse demasiados enemigos; no hay opinión posible en esas condiciones.

—¿Se entenderá la Diputación navarra con el Ministro de Hacienda? El espíritu de resistencia es lo dominante en toda la provincia.

—No soy profeta, y sólo podía dar la contestación ateniéndome á los hechos; pero necesito que sucedan.

—Usted rehuye todo lo difícil.

—No: es que estamos en Cuaresma.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Ya lo creo! que usted y yo y todos, respecto de lo que haya de ocurrir, estamos en ayunas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. CLAUDIO LÓPEZ Y BRU,

marqués de Comillas.

La tremenda catástrofe de Santander no sólo produjo espantosas desgracias, sino también actos de caridad admirables, como si la Providencia hubiera querido darnos con ellos una suerte de compensación que mitigase el dolor del desastre. Vimos acudir de todas partes socorros para aliviar la suerte de las víctimas, y desde S. M. la Reina Regente, siempre solícita en la práctica de esta sublime virtud cristiana, hasta personas de la condición más humilde, muchos fueron los que llevaron á Santander alguna ayuda y consuelo.

No faltó ni podía faltar el Marqués de Comillas, á cuyo bondadoso corazón tanto deben los desgraciados. Luego que tuvo noticia de la explosión del *Cabo Machichaco*, salió de Barcelona para Santander en tren especial, tan afligido por el suceso y la desgraciada muerte de tanta gente, que podría creerse haber personas de su familia entre las víctimas. Verdad es que para D. Claudio López son como amigos íntimos, casi como parientes, los buenos servidores de

las Empresas que dirige, y que entre los muertos estaban el Sr. Jaureguizar, capitán del *Alfonso XII*, y treinta y dos tripulantes más de aquel hermoso vapor.

El cariño con que atendió á los heridos, el desprendimiento con que socorrió á muchos, y las muestras de compasivos sentimientos que entonces dió, aunque no nuevas en él, fijaron la atención de toda España, por ser las primeras que ejecutaba tan públicamente, pues siempre ha practicado aquella santa máxima de que *debe ignorar la mano izquierda lo que diere la derecha*. Si en Santander no lo hizo, fué porque no pudo, por la gran notoriedad de la catástrofe.

Publicamos en la primera página de este número el retrato de D. Claudio López, y añadiremos aquí algunas noticias de su vida, no tantas y tan circunstanciadas como merece, sino las suficientes para que se conozca el buen empleo que hace de los poderosos medios que Dios ha puesto en sus manos.

Su padre, el famoso D. Antonio López, fundador de la Compañía Transatlántica, fué hombre de singular talento para los negocios, gran energía y no menos patriotismo. Rasgos notables de su vida son la renuncia de 375.000 pesetas en favor del Tesoro nacional, y el transporte á Cuba de un ejército entero en pocos días.

Don Claudio López recibió instrucción y educación poco vulgares, habiendo seguido en Barcelona los estudios de Derecho, y viajado después muchísimo por toda Europa. Siendo muy joven casó en Cádiz con la bellísima y distinguida señorita gaditana D.ª María Gayón. Hombre de espíritu observador, y más dado al estudio que á los negocios, tal vez no hubiera sido comerciante y naviero si no le hubiese impulsado la voz del deber. Venciendo sus inclinaciones, ayudó mucho á su padre en los últimos años de la vida de éste, y principalmente después de muerto su hermano mayor D. Antonio, que era el destinado á ponerse al frente de los negocios de la casa.

Solos treinta años contaba D. Claudio López, cuando por muerte de su padre los tomó á su cargo, por voto unánime de las empresas mercantiles que aquél dirigía. Desde entonces ha respondido á lo que de él podía esperarse, consagrando su actividad al cumplimiento de los más altos fines. El Sr. Marqués de Comillas, presidente de la Compañía Transatlántica, de la General de Tabacos de Filipinas, del Banco Hispano-Colonial, de la Sociedad Hullera Española y de otras muchas importantísimas asociaciones, no trabaja sólo para acrecentar su fortuna, sino que emplea los grandes medios de que dispone en bien de la sociedad y de la patria. El opulentísimo naviero y grande de España vive con mucha sencillez, casi con modestia, empleando la mayor parte de sus rentas en obras tales como el magnífico Seminario de Comillas, destinado á la educación é instrucción de jóvenes de talento, que formen, andando el tiempo, un excelente clero secular que pueda combatir con fruto los gérmenes de impiedad que por todas partes van brotando. Ha creado ó contribuído á crear muchos círculos de obreros católicos, y ha puesto siempre especial empeño en mejorar la situación de los trabajadores, de lo que son buena muestra las instituciones de previsión, socorro y enseñanza establecidas en las minas de Aller, en el arsenal de Matagorda y en otros centros industriales.

Preciso es declarar que si España tiene en el Golfo de Guinea establecimientos que den testimonio de su soberanía, débelo al desprendimiento con que el Marqués de Comillas ha sacrificado, como en otras muchas partes, el interés al patriotismo. La posesión de Río de Oro á él se le debe también, pues de su cuenta son los gastos que aquélla ocasiona, y que quizás siga ocasionando bastante tiempo aún.

La línea de vapores de Marruecos existe, gracias al señor D. Claudio López, que con notable desprendimiento la viene sosteniendo; y si sus ofrecimientos hubieran sido atendidos como debieran serlo, Melilla tendría puerto, lo que hubiera sido de suma utilidad y ahorrado mucho dinero y trabajo.

El Marqués de Comillas no ha hecho nunca ostentación de los grandes servicios que lleva prestados, pero ya es tiempo de que se publiquen y reciban el premio que merecen, es decir, la estimación y el respeto de los españoles.

EXCMO. SR. D. EMILIO ARRIETA,

director de la Escuela Nacional de Música y Declamación.

El maestro Arrieta, recientemente fallecido, era uno de los más notables músicos españoles de este siglo.

Nació en Puente la Reina (Navarra), en 1823. Comenzó en España sus estudios musicales; pero en 1838 pasó á completarlos á Italia, haciéndolo en el Conservatorio de Milán. Allí ganó el primer premio de composición, y escribió su primera ópera, que se tituló *Ildegonda*, la cual se cantó en Italia y en el teatro particular que la reina doña Isabel tuvo en Madrid. Nombrado por ésta maestro y compositor de dicho teatro, escribió *La Conquista de Granada*, su segunda ópera.

Desde entonces dedicóse á la zarzuela, género nuevo en que ya sobresalían Gaztambide y Barbieri. Compuso muchísimas, de las cuales las más conocidas hoy son: *El Dominó azul*, *El Grumete*, *Llamada y tropa*, *Un sarao y una soirée*, *La Guerra Santa* y, sobre todas, *Marina*, obra popularísima que le ha sobrevivido y que promete seguir viviendo mucho tiempo. Ha agradado tanto en todas partes, que es quizás la zarzuela que más representaciones ha tenido.

Fué también Arrieta muy dado á las letras. Perteneció á la Redacción de *El Padre Cobos* y de otros periódicos de aquel tiempo, mostrándose siempre muy poco encariñado con las novedades políticas. Pero prefirió la gloria artística á la literaria, en términos de que pocos le conocían como escritor.

Desde 1868 era director de la Escuela Nacional de Música y Declamación. Tenía la gran cruz de Isabel la Católica, era vicepresidente del Consejo de Instrucción Pública, académico de la de Bellas Artes de San Fernando y presidente de la Sociedad de Conciertos.

Hace dos años que la salud de Arrieta sufrió un grave contratiempo, y desde entonces vivía bastante apartado de la vida activa.

La conducción del cadáver fué una manifestación de duelo de sus admiradores, acudiendo á presenciarla una gran muchedumbre.

Poco antes del medio día salió la fúnebre comitiva del domicilio del finado. Abría la marcha el clero de Santiago, con cantores y cruz alzada, y á ambos lados de la carroza iban, con hachas de cera, porteros y dependientes de la Escuela Nacional de Música, de la Sociedad de Escritores y Artistas y del teatro Real. Presidía el duelo el director de Instrucción pública Sr. Vincenti, á quien acompañaban los Sres. Núñez de Arce, Palou, Bonilla, Mendizábal, Sánchez Román, Vidart y Fontanilla.

Dirigióse la comitiva por la calle de la Biblioteca á la de Felipe V. Al llegar á la Escuela Nacional de Música y Declamación detúvose el féretro para que los profesores y los alumnos, así como la Srta. Chevalier, colocaran en la carroza que conducía el cadáver del maestro magníficas coronas, al mismo tiempo que las alumnas que ocupaban los balcones del edificio, arrojaban flores, ramos de laurel y roble, etc., etc.

La calle y los balcones de todas las casas estaban completamente llenos de curiosos. Tal es el asunto de nuestro segundo grabado de la pág. 96.

El retrato del maestro Arrieta, que publicamos en la misma página, nos ha sido facilitado por el Sr. Peña y Goñi.

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.

Mazagán: Aspecto del desembarcadero, al avistarse los buques que condujeron la embajada. — Los moros de la kabila de Ducala corriendo la pólvora ante el Embajador y su séquito. — Mazagán: La primera *muna* ofrecida á la embajada española en el campamento establecido en las inmediaciones de la ciudad.

Publicamos en este número tres dibujos referentes á la embajada española en Marruecos; los tres enviados por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet, y tan notables como todos los suyos.

El primero es una vista del muelle y desembarcadero de Mazagán. Sábese ya que está para desembarcar la embajada española y acuden algunos curiosos á verla, no tantos como acudirían en Europa ni con tantas señales de admiración, porque la gravedad moruna y el convencimiento de sernos superiores en todo que tiene aquella gente no le permite ciertas demostraciones usuales entre nosotros, pero bastantes para animar el cuadro. (Véase la pág. 97.)

El segundo muestra á los moros de la kabila de Ducala corriendo la pólvora delante del Embajador español. Este ejercicio ó juego es muy usual en Marruecos en toda solemnidad religiosa ó cuando algún acontecimiento extraordinario lo requiere.

Ejecútanle de este modo:

Se colocan en batalla unos quince ó veinte jinetes, y á una señal del más principal de ellos, que hace de jefe, parten á galope. La señal consiste en levantar el brazo en que lleva la espingarda, cuyo movimiento repiten instantáneamente. En velocísima carrera llegan delante de la persona á quien desean honrar, y parando los caballos de golpe disparan las armas. Traen las espingardas en el aire, haciendo con ellas variedad de movimientos difíciles, entre los cuales se cuenta principalmente el de imprimir al arma con la extremidad del dedo índice un movimiento de rotación muy rápido.

Hay muchos heridos en este juego de la pólvora *(laab-el-barud)*, por la carga excesiva que los moros suelen poner en las armas y porque muchos se caen del caballo. Pero el espectáculo es bonito, contribuyendo á animarle las grandes voces que dan los jinetes, invocando á Alá, y el *yu, yu, yu* de las moras que de lejos contemplan el juego. En las págs. 100 y 101 encontrarán los lectores una hermosa vista del *laab-el-barud* con que obsequiaron al general Martínez Campos.

La *muna* es tributo que los habitantes de una región prestan al Sultán ó á cualquier gran personaje cuando la visita, y que consiste en darle lo necesario para su sustento y el de los que le acompañan. Nuestro grabado de la página 104 permitirá al lector formar idea de lo que fué la primera *muna* ofrecida al general Martínez Campos en el campamento próximo á Mazagán.

D. ENRIQUE SIMONET,

laureado pintor, corresponsal artístico de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en Marruecos.

El Sr. Simonet ha llegado, á pesar de sus pocos años (apenas pasa de los treinta), á ocupar uno de los primeros puestos entre los artistas españoles contemporáneos.

Perteneciente á una familia malagueña, en la que abundan las aptitudes intelectuales, nació en Valencia, en cuya Escuela de Bellas Artes de San Carlos (hoy de Artes y Oficios) comenzó sus estudios. Quisieron sus padres consagrarle á la Iglesia; pero la vocación artística del Sr. Simonet se manifestó tan poderosamente, que triunfó de todos los obstáculos que se le opusieron. Continuó los estudios en Málaga, bajo la dirección de Ferrándiz, y al cabo de algún tiempo pasó á Roma á expensas de su padre. Allí pintó *La Decapitación de San Pablo*, cuadro de gran mérito que le dió mucha reputación.

Volvió á Málaga, y poco después hizo oposiciones á la plaza de pensionado en Roma, que ganó. Su primer envío fué el hermoso cuadro *El corazón*, estudio anatómico y filosófico muy notable. Á éste siguió una admirable copia de los frescos de Pompeya, y por último *Flevit super illam*, la mejor de sus obras, que le valió en la última Exposición Internacional de Madrid una primera medalla. Este cuadro ha sido premiado en Chicago. De Alemania le han hecho también ventajosas proposiciones de compra del mismo.

El Sr. Simonet es excelente dibujante, y de sus sobresalientes cualidades ha dado hartas pruebas á nuestros lectores desde que es corresponsal artístico de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en Marruecos, cargo que con tanto lucimiento viene ejerciendo hace meses. Damos su retrato en la pág. 104.

BELLAS ARTES.

En casa del maestre de campo: La canción de guerra, cuadro de Grison.

Este cuadro, primorosamente pintado, tuvo gran número de admiradores en el último *Salon* de los Campos Elíseos de París. Los principales méritos que en él se advierten son la riqueza de la decoración y el hermoso realismo de las figuras. Compréndese el gusto con que el veterano maestre de campo escucha una de sus canciones militares favoritas, recordando, al calor de la lumbre y en la tranquilidad del hogar, los campos de batalla en que valerosamente peleara por la patria.

En casa del maestre de campo (véase la pág. 105) es, al mismo tiempo que una buena obra de arte, un bonito estudio de costumbres del siglo XVII.

EL DR. CHERVIN,

director del Instituto de Tartamudos de París.

Pertenece el Dr. Chervin (cuyo retrato damos en la página 108) á una familia de médicos insignes, especialmente dedicados á la cura de la tartamudez y otros vicios de la pronunciación. Es director del Instituto de Tartamudos de París, fundado en 1860 por el Ministro de Instrucción Pública, y que se halla establecido en la Avenida de Víctor Hugo, núm. 82.

El método del Dr. Chervin es tan rápido y seguro, que pocos enfermos dejan de estar curados á las tres semanas de tratamiento, lo que permite á los niños, lo mismo que á los adultos, someterse á él sin privarse de sus entretenimientos y ocupaciones habituales.

Este ilustre médico es conocido en nuestra patria, pues en 1869 dió parecer sobre su método, en términos muy favorables, la Sociedad de Medicina y Cirugía de Barcelona. En 1871 le nombró socio la Sociedad Económica Matritense, concediéndole en 1875, *como justa retribución á sus útiles trabajos*, una medalla. Desde Agosto de 1878 pertenece á la Real Academia de Medicina de Madrid, en calidad de socio corresponsal extranjero. Es además comendador de número de la Real Orden de Isabel la Católica.

El Dr. Chervin es muy amigo de España, y viene anualmente á Madrid á dar un curso práctico de pronunciación para uso de los que tartamudean, cecean ó padecen cualquiera otra dificultad en la emisión de la palabra. El de este año comenzará, según hemos oído, hacia el 25 de Febrero, en el hotel de Rusia. También parece que en la primera quincena de Marzo dará en el Ateneo, á ruego de la Junta de esta importante asociación, una conferencia, en la que hablará *de la palabra, su desarrollo y sus enfermedades*. No dudamos que tendrá muchos oyentes.

G. Reparaz.

LA CIUDAD DE MARRUECOS.

SU FUNDACIÓN Y SU EXISTENCIA HASTA EL SIGLO XIV.

TENDIDA en espaciosa llanura, á que sirve de límite por el Mediodía el accidentado macizo de la cordillera del Atlas, cuyos altos y soberbios picos, esfuminados en lontananza, se confunden á la vista con el azul espléndido del cielo: risueña y gentil, ceñida la recia armadura de combate, y trayendo á la memoria poéticos recuerdos del pasado, aparece la ciudad de Marruecos, que, como capital del Imperio y corte y asiento del Sultán, ha dado nombre al vasto territorio mogrebino, cuya vida sustentan y cuya independencia sostienen las encontradas ambiciones de las potencias europeas.

Para nosotros los españoles, casi es familiar, como resulta simpático, el aspecto que ofrece la población, asemejándose en su exterior fisonomía á algunas de las pocas que aún en nuestra España conservan, según con Niebla ocurre, la cintura muslímica de murallas y de cuadrados cubos, por los cuales se muestran aquellas poblaciones cerradas, y por entre cuyas derruídas almenas ó derrumbados lienzos surge el verde follaje de los árboles que crecen en el interior recinto, como se empina el caserío, desigual y amontonado, asomando engreído por encima de los vetustos propugnáculos.

Hay quien pretende que la fundación de Marruecos es antiquísima, y quien supone su emplazamiento en el de la *Bocanum Hemerum* de los romanos, si bien esto no puede ser con exactitud determinado, mostrándose, á pesar de todo, conformes los escritores muslímicos en llevar la fundación de la ciudad al siglo V de la Hégira, que con el XI nuestro coincide, atribuyéndola á aquel Yusuf-ben-Texufin, emperador de los almoravides, que conquistó la España musulmana, y en Zalaca derrotó las huestes de nuestro valeroso Alfonso VI.

Mármol asegura que «su edificio no es muy antiguo», y que «la començó á edificar Abú-Texifién, rey de los Almorauidas ó Lumptunas, cerca de los años del señor 1052, que los Mahometanos cuen-



EXCMO. SR. D. EMILIO ARRIETA,

INSIGNE MAESTRO, DIRECTOR DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN.

Nació en Puente la Reina, el 21 de Octubre de 1823; † en Madrid, el 10 del corriente.



MADRID.—ENTIERRO DEL MAESTRO ARRIETA.—ALREDEDORES DE LA ESCUELA NACIONAL DE MÚSICA AL PASO DE LA FÚNEBRE COMITIVA.

(Del natural, por Comba.)

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



MAZAGÁN.—ASPECTO DEL DESEMBARCADERO, AL AVISTARSE LOS BUQUES QUE CONDUJERON LA EMBAJADA.

(Dibujo del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

tan quatrocientos y cinqüenta y quatro de la Hixara, y assi lo afirma Abdul-Malic, choronista de Marruecos» (1), mostrándose conforme con esta aseveración, en parte, Abd-ul-Guahid Al-Marrekoshí, ó *el marroquí*, pues dice textualmente que «quien la fundó fué el rey de los Lamtunies Texufin-ben-Aly», ya nombrado (2). Refiere Abd-el-Halim de Granada, en el siglo XIV, que, con efecto, hacia el año 454 de la H. (1062 á 1063 de J. C.) compró Yusuf-ben-Texufin á un propietario Masmuda el terreno donde hoy se levanta la ciudad de Marruecos, estableciendo allí su tienda, al lado de la cual hizo construir una mezquita y una pequeña alcazaba, con objeto de depositar en ella sus riquezas y sus armas, aunque sin rodearla de murallas, y que, dando ejemplo de humildad y de modestia, el mismo Yusuf trabajó en persona en la erección de la mezquita, recibiendo el lugar donde trabajó el nombre de *Sur-al-Jayr*, con que era en el siglo XIV designado, el cual lugar se hallaba al Norte de la famosa mezquita *Al-Kutubin* ó *de los libreros* (3), hoy llamada *Kutubia*.

Xerif Al-Edrisí, en el siglo XII, afirma que Marruecos fué fundada á principios del año 470 de la H. (1077 de J. C.) por Yusuf-ben-Texufin, en terreno que había comprado muy caro á los habitantes de Agmat, y que escogió para residencia suya y de su familia (4); testimonio que comprueba Yakut, escribiendo que fué Yusuf, con efecto, el primero que habitó aquel terreno en los comienzos del año 470, ya citado (5). Bien que estéril ó poco productivo, á causa de la escasez del agua, no pasó mucho tiempo, indudablemente, sin que al lado y en torno de aquellas construcciones del Amir se alzasen nuevos edificios destinados para los ministros y magnates de su corte, dotándolos de las dependencias inherentes, y sin que, pobre y humilde, se levantase el caserío para los pobladores de la ciudad, haciendo observar Al-Edrisí que Aly-ben-Yuxuf, después de suceder á su padre, hizo extraer del pequeño monte inmediato, llamado *Ichliz*, las piedras necesarias para construir su alcázar, apellidado por esto *Dar-ul-háchar* ó *Palacio de piedra*, para distinguirle, sin duda, de las demás construcciones, que eran de *tapia* y de tierra apisonada (6).

Asegura Abd-el-Halim que los habitantes se establecieron en la nueva población sin que ésta tuviese muros que la resguardaran y defendiesen, y que fueron en ocho meses construídos, bajo el reinado de Aly-ben-Yusuf-ben-Texufin, el año 526 de la H. (1131 á 1132 de J. C.) (7); pero afirmación semejante, sobre no ser formalmente admisible, se halla en diversos pasajes del mismo autor contradicha, debiendo suponerse que antes del fallecimiento de Yusuf debió quedar murada y torreada toda ella, si bien en diversas ocasiones fueron reconstruídas sus defensas.

No es, con verdad, Marruecos al presente, ni lo era ya en el siglo XIV, la hermosa ciudad, cabeza del Imperio y representación simbólica del poderío de almoravides y almohades, que tantas veces ponderaron los poetas, y de la que decía su cadhí, el imám historiador Abú Abd-il Láh Mohámmad-ben-Abd-il-Malik Al-Ausí:

¡«Que Alláh proteja á Marruecos, la ilustre en la tierra! ¡Cómo son de admirar sus habitantes, los nobles señores!
»¡Si viene á ella de lejanos países un extranjero, hácenle olvidar, por la familiaridad [de su trato], la familia y la patria!
»Por lo que se cuenta de ella y por lo que se ve en ella, nacen los celos entre los ojos y el oído!» (8).

Ciudad nueva, fundada en el centro del país de los bereberes, en dilatada pero estéril llanura, á tres millas de la cual corre el río Tansift, asolador torrente en el invierno, que todo lo arrastra en su furia,—Marruecos carecía de agua que hiciera fértil y productivo el terreno árido y arenoso en el cual Yusuf-ben-Texufin había plantado su tienda y levantado con sus propias manos pequeña mezquita, como había hecho construir reducida alcazaba en que depositar sus tesoros. Pero poco después de la fundación de la ciudad, llegó á ella para ventura suya, según refiere Al-Edrisí, el mecánico Obeyd-ul-Láh-ben-Yunos, y advirtiendo que no existía sino un jardín, perteneciente á Abú-l-Fadhl, cliente del Príncipe de los muslimes, dirigióse á la parte más alta del terreno correspondiente á aquel jardín, y abrió un pozo cuadrado de grandes dimensiones, del cual hizo partir una zanja, ahondando por grados y disminuyendo la pendiente de tal modo, que al llegar al jardín el agua corría sobre una superficie plana y se extendió por el suelo, sin que haya cesado desde entonces.

De regalos y de muestras de consideración á causa de aquel descubrimiento, fué Obeyd-ul-Láh colmado por el Amir de los muslimes mientras permaneció en Marruecos; y como los habitantes de la ciudad viesen que producía tales resultados el procedimiento, se apresuraron á abrir pozos y á llevar agua á sus jardines, comenzando desde entonces los edificios y los jardines á multiplicarse, y tomando Marruecos, en consecuencia, aspecto por extremo brillante. En el siglo XII, cuando escribiá Xerif Al-Edrisí, de quien son tales noticias, era esta ciudad una de las más grandes de Mogréb occidental, teniendo en su recinto un gran número de palacios construídos para los Amires, los generales y los ministros de la dinastía de los Lamtuníes: las calles eran anchas, vastas las plazas públicas, altos los edificios, los zocos ó mercados atestados de mercancías y muy afamados. Existía aún la Mezquita-Aljama construída por Yusuf-ben-Texufin; pero habiéndose apoderado de la ciudad los Masmudas, cerraron aquel templo y no permitieron que nadie hiciese oración en él mientras ellos construían otro para su propio culto.

Aunque los habitantes de Marruecos bebían el agua de los pozos, que es agua dulce, Aly-ben-Yusuf-ben-Texufin trató de llevar á la ciudad las aguas de un manantial distante de ella algunas leguas, obra á que no pudo dar término, y que realizaron los almohades, abasteciendo á Marruecos y estableciendo depósitos cerca del *Dar-ul-háchar*, recinto aislado en medio de la población, donde se encuentra el palacio Real.

La población tenía en aquella centuria, según el Edrisí, más de una milla de longitud por casi otro tanto de ancho, y según Abd-ul-Guahid Al-Marrekoshí, en la época en que escribía, á principios del siglo XIII, tenía de longitud y de latitud cuatro parasangas (1): mas debió indefectiblemente de aumentar su circuito, como aumentó su vecindario durante los días de la dominación almohade, á juzgar por las obras que en ella ejecutaron Abd-el-Múmen y sus sucesores. Consta por el testimonio del citado Abd-el-Halím, que el propio Abd-el-Múmen, en cuyo poder cae Marruecos después de sangrientos combates el año 541 (1146 á 1147 de J. C.), ordenó el de 550 (1155 á 1156) restaurar y construir mezquitas en todo su Imperio (2); que Yacub-ben-Yusuf-ben-Abd-el-Múmen restauró las ciudades (3): que en 585 (1189 á 1190) comenzó las obras del acueducto de Marruecos, ya citado (4), y que en 591 (1194 á 1195) dió, antes de partir para la tristemente célebre batalla de Alarcos, las órdenes necesarias para construir la alcazaba de Marruecos, la mezquita sagrada y el minarete de la misma, unida á la alcazaba, y la famosa mezquita *Al-Kutubin*, respecto de la cual refiere cierta anécdota (5).

A esta época, la de mayor esplendor sin duda para Marruecos, que vió luego con la caída de los almohades perdido su prestigio y se miró reemplazada por Fez, deben corresponder las «tablas de alabastro» que, según Mármol, figuraban «en algunos edificios antiguos, con letras Arábigas, que dizen auer sido edificados por el pueblo Lumptuno, reynando—escribe con error manifiesto—Iuçef Abú Texifien» (1). Tenía entonces cien mil casas y más de 700.000 almas de población, «y todos los excriptores Affricanos..... dizen que reynando los Lumptunas, y después de ellos, reynando los Almohadas, fué ésta la mayor y más rica población de toda Affrica» (2).

En el siglo XIV, en que hubo de visitar Marruecos el célebre viajero Ben-Batuta, era todavía una de las más hermosas ciudades del mundo: de grande extensión, ocupaba inmensos terrenos, abundando en toda clase de riquezas. Había en ella magníficas mezquitas, como la mayor, llamada *Maschid Al-Kutubin* ó *Mezquita de los libreros*, cuya torre ó minarete era extremadamente elevado y admirable, gozándose desde él, como gozó Ben-Batuta, el espectáculo de la ciudad entera: «pero desgraciadamente—añade—se halla la población arruinada en gran parte, no pudiendo, bajo esta relación, compararla sino con Bagdad, cuyos *zocos* ó mercados son, sin embargo, más hermosos.» Contaba además con la maravillosa *Madraza*, *Madrisa* ó Universidad, que se distinguía por la belleza del sitio en que se levantaba y por la solidez de su fábrica, construída por el Sultán de los Beni-Merines Abú-l-Hasán Aly, vencido en el Salado por don Alfonso XI (3).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) *Descripción del África*, lib. III, cap. XL. Débese reparar, sin embargo, si no es error de imprenta, que el año 454 de la H. comenzó el 15 de Enero de 1062, y que el 1052 de Jesucristo comenzó el 443 de la H.
(2) *The history of the almohades*, publicada por Dozy, página 262 (2.ª ed.).
(3) *Rudh-al-Kartás*, págs. 194 y 195 de la trad. franc. de Beaumier.
(4) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pág. 67 del texto árabe; 77 de la trad. franc. de Dozy y de Goeje.
(5) *Diccionario geográfico*, tomo IV, pág. 478.
(6) *Op. et loc. cits.*
(7) *Op. et loc. cits.*—Al referir, con efecto, la historia y el proceso de las doctrinas del Mahdí, afirma (pág. 251) que en el año 516 (1122 á 1123 de J. C.) los almohades vencedores en cierto combate persiguieron á los almoravides hasta bajo los muros de Marruecos, y que sitiaron la ciudad por espacio de algunos días; que llegado el Mahdí al monte *Ichliz* «non loin de cette ville [Marruecos], il y établit son camp, et pendant trois ans, de 516 á 519, il ne cessa de battre les environs» (página 252); que en 524 Abd-el-Múmen, venciendo en Agmat á los almoravides, los persigue, obligándolos á refugiarse en Marruecos, cuyas puertas cerraron, teniéndolos tres días sitiados los vencedores (pág 254), y que, proclamado Abd el-Múmen sucesor del Mahdí en 526, según Ben-Matroh-Al-Caisí, se dirigió á Marruecos y la tuvo largo tiempo sitiada (pág. 266). Fácil es de comprender que no hubiera podido la ciudad resistir ninguno de estos asedios si hubiera carecido de defensas. Quizás Abd-el-Halim aluda, ó quiera aludir, al hecho de que en esta última época (526) reconstruyó Aly-ben-Yusuf las murallas, aportilladas por los diversos sitios ya mencionados de los almohades.
(8) *Voyages d'Ibn Batoutáh*, t. IV, págs. 374 y 375.

(1) *The history of the almohades*, loc cit.
(2) *Rudh-al-Kartás*, trad. de Beaumier, pág. 278.
(3) *Idem*, pág. 305.
(4) *Idem*, pag. 307.
(5) *Idem*, págs. 323 y siguientes. De regreso á Marruecos, después de la victoria de Alarcos, y á donde llegó en el mes de Xaában de 594 (1197 de J. C.) «il trouva que tous ses ordres avaient eté exécutées: toutes les constructions, kasbah, palais, mosquées et minarets étaient achevés, et pour tout cela on ne s'était servi que du cinquième du butin fait sur les chrétiens.» «Il manifesta un grand mécontentement contre les intendants et les ouvriers qui avaient dirigé ses traveaux, parce qu'on lui rapporta, par jalousie, qu'ils avaient detournée une partie des sommes qu'ils avaient reçues, et que, de plus, ils n'avaient fait que sept portes à la mosquée, même nombre que celles de l'enfer.» «Mais lorsqu'il visite cette mosquée il ne put s'empêcher d'être satisfait, et ayant alors demandé aux entrepreneurs combien des portes ils avaient faites, ceux-ci lui répondirent: *Sept, et celle par laquelle est entré l'émir des Musulmans est la huitième.*—Bien, dit il, si c'est comme cela, il n'y a pas de mal, car ils ont su me répondre; et il fut très content.»

(1) *Op. cit.*, lib. III, cap. XL.
(2) Idem, id., id.—Abd-ul-Guahid, ya citado, escribe hablando de los alcázares que la ennoblecían, que no existía semejante á ellos en el reino (pág. 262 cit.).
(3) *Voyages d'Ibn Batoutah*, tomo IV, págs. 374 y 375, ya citadas.

EL SECRETO DEL TOREO.

CUENTO.

Aficionado era, en verdad, mi héroe al ilustre ejercicio tauromáquico. Y al decir solamente aficionado, me quedo tan corto como limosna de avaro prestamista. Porque no era afición la suya, sino pasión invencible y absorbente. Hablaba de toros, iba á los toros, soñaba con toros y veía cuernos en todas partes, menos donde, según lenguas murmuradoras, no le hubiera sido muy difícil el hallarlos. Mas dejo á un lado este punto ó estas puntas, por ser materia algo escabrosa, y porque no me propongo referir *el cuento de la velita*; que ya lo hizo con mucho salero mi paisano y difunto amigo Pepe Velázquez.

Una sola corrida proporcionaba á mi aficionado asunto inagotable para sus comentarios y observaciones: si había sido buena, ponderando sus lances, la pujanza de las reses y la habilidad y valor de los diestros: si mala, censurándolo todo, desde la presidencia hasta los monos que sacan las mulillas y arrojan arena sobre los charcos de sangre. El tío Ponce, que tal se apellidaba, no podía ni quería conformarse con ser aficionado platónico y espectador pasivo de nuestra culta fiesta nacional; ansiaba ser uno de sus protagonistas y héroes más trompeteados y famosos; y para que nada quede por decir, además de la gloria, codiciaba el vil metal y los bordados trajes y las atenciones que los señoritos prodigan á los toreros, y todo cuanto acompaña y enaltece al título y ejercicio de primer espada en una buena cuadrilla. Y en verdad que tenía bastantes condiciones personales para conseguir el logro de sus deseos; pues era un moreno malagueño de airosa estampa, de ojos de lince, joven, robusto y agilísimo á fuer de gitano puro; sólo que..... le temblaban algo las piernas y sentía no pequeña *jindama* al imaginarse frente al testuz de la fiera; es decir, que todo era fachada, y aunque tenía muchos pelos en sus pobladas patillas, no tenía uno siquiera en el corazón, que es donde el hombre debe tenerlos.

Convencido interiormente de la flaqueza de su ánimo, limitábase al humilde papel de comparsa, llevando los trastos del espada al redondel, ó colándose en las cuadras á la grupa de algún picador, con lo cual agenciábase la entrada gratis, y aun á su entender participaba, en cierto modo y por vía de reflejo, de la nombradía y lustre de los toreros legítimos; así como en el sistema planetario los satélites reciben y reflejan el brillo de los planetas, y con él se ufanan y resplandecen. ¡Cuánto hubiera dado el tío Ponce por desechar ó dominar su miedo, aquel miedo indecente, tan impropio de esforzado varón, como natural en un gitano rece-

loso, que sobre todas las *cosas* del mundo procura guardar incólume el pergamino y evitar que le abran algún respiradero en el forro de su persona! Y en cambio, ¡cuánto se alegraba de su *prudencia*, como él la llamaba, cada vez que veía con espanto arrollado un diestro, ensartado por violenta cornada y lanzado á los aires como un vil pelele! ¿Y cuando algún varilarguero, aun de los más hercúleos y mejor montados, se desplomaba con horrible estruendo, quedándose del fenomenal batacazo sin sentidos, inmóvil y como muerto sobre la arena? Entonces no hubiera querido mi buen gitano hallarse en su lugar por todo el oro y todos los aplausos del universo mundo.

Por esto sentía entusiasmo loco y admiración sin límites para todos los maestros del arte tauromáquico, y muy singularmente para Curro Cúchares el sevillano, á quien consideraba y proclamaba por donde quiera, con oportunidad y sin oportunidad, por mañana y tarde, en invierno y verano, como el jefe, emperador y dios del toreo. Infatigable era en la lidia, conocedor único y supremo del ganado, sin rival en el trasteo, y además invulnerable, pues nunca había recibido ni siquiera un leve rasguño, y tenía el cutis limpio de cicatrices y costurones como el mismito día en que le bautizaron. «Porque, añadía Ponce, y no sin razón, ¿de qué sirve señalar bien y clavar la espada hasta el puño en el lance de la muerte y tener todo el valor de Bernardo del Carpio, si al propio tiempo de herir es alcanzado el diestro y herido por la fiera, como sucede cada lunes y cada martes á ese Manuel Domínguez, que siempre anda en la enfermería, y ha perdido un ojo y no sé cuantas cosas más, y tiene el cuerpo lleno de agujeros como una olla de asar castañas? Esto lo hace cualquiera desesperado que esté mal con su vida y se halle pronto á liar el petate y entrar de inquilino en el cementerio: mas la habilidad y el arte consisten, á mi parecer, y según mis cortos alcances, en nadar y guardar la ropa, en ser ascua y no sardina, en matar al toro y quedarse vivito y coleando. Para todo lo cual, y para otras muchas cosas, no hay ni hubo jamás en el mapa de la tierra otro hombre como mi padrino er señó Curro *Cúchares*.»

En realidad, ni era Curro Cúchares padrino suyo, ni siquiera había cruzado con él cuatro palabras; pero decía esto el gitano para darse importancia y lustre con los que en el café se solazaban escuchando sus taurinas disertaciones, llenas de embustes y de lances increíbles y estupendos. Cierta noche en que había estado sobremanera locuaz y ponderativo, díjole uno de sus contertulios, que era un guasón algo más que mediano:

—Paréceme, Sr. Ponce, que su pasión por el noble arte de la lidia es bastante menor de la que tanto nos pondera; y que, asimismo, su amistad con el maestro *Cúchares* debe ser imaginaria, ó en todo caso muy superficial; pues de otra manera, el maestro le habría revelado el secreto del toreo, y ya estaría usted desde hace tiempo en la plaza, luciéndose de verdad y apañando los miles de duros como espuertas de tierra. Con que, no nos venga con belenes, á no ser que pretenda comulgarnos con ruedas de molino, y que nos figuremos que usted, con tanta afición, menosprecia y rechaza la fama y el dinero.

—¿Qué he de menospreciar, cristiano? ¡Pues si sólo de imaginar que leo mi nombre puesto en los carteles con letras muy gordas, hasta se me hacen agua los dientes! ¿Y el capítulo del parné? ¿Acaso me vendría mal llevar á mi casa algunas talegas de duros, y vestirme como un príncipe, y aviar á mi mujer y los chiquillos, y pagar un hervidero de trampas por las que no me dejan vivir en paz, y el día menos pensado me sacan los ojos? Pero es el caso..... que cada cual tiene su alma en el cuerpo, y no me gusta que me arranque la mía de un testerazo cualquiera cornúpeto, con lo cual sólo saldrían gananciosos el enterrador y el carpintero que vende las cajas. Y le digo que de pensarlo solamente me corre una cosa fría por todo el espinazo, y que de ninguna manera me acomoda, y que no, y que no quiero. Pero ¿qué secreto es ese de que su mercé hablaba? ¿Se puede saber?

—Precisamente, hombre, precisamente. A eso iba, y por eso hablé y he metido mi palo en candela. El secreto del toreo es la cosa más sencilla del mundo, y sirve para capear y matar aunque sea al mismísimo toro de San Marcos, sin el menor peligro, como quien está viendo la función desde su palco. Yo podría torear de este modo; pero no lo hago porque tengo profesión y rentas con que vivir, y aunque conozco el secreto, no lo utilizo. Le vuelvo á decir que es lo más sencillo del mundo, y se lo revelaría muy gustoso, por la buena ley que le tengo, si no hubiese dado palabra de callarlo al maestro *Cúchares*.

—¿Pero es posible que haya tal secreto?—exclamó el gitano.—¿Estará soñando su mercé, ó es que tiene ganas de chancearse conmigo?

El guasón no le respondió siquiera: echóle una mirada entre desdeñosa y compasiva, se despidió de sus amigos, y, retorciéndose el bigote, volvió la espalda á la reunión, y se fué muy tranquilo, dejando clavada honda espina en el corazón del codicioso y cobarde gitano.

....

El cual no logró dormir siquiera cinco minutos en toda la noche. ¿Sería verdad? ¿Habrá un secreto para librarse de las cornadas y torear sobre seguro? ¿Y el tal secreto lo tiene el maestro *Cúchares*? Indudablemente, si lo hay, él lo ha descubierto y lo aprovecha, pues es el único diestro que hace con las fieras cuantos primores quiere, sin haber recibido jamás un arañazo. Y la feliz memoria de Ponce iba recordando nombres y más nombres de espadas, chulos y varilargueros, con sus respectivos lances y desventuras. ¿Fulano? En la plaza de Jerez tuvo una cogida, y recibió tal cornada en la ingle, que pasó en cama cuatro meses entre si las lía ó no las lía. ¿Zutano? Otra cornada en el costado derecho, con dos costillas rotas. ¿Mengano? Ese, peor que peor; no pisa una vez la arena que no le lleven á la enfermería. Finalmente, todos, toditos, habían probado el cuerno menos el insigne, el impermeable maestro *Cúchares*. Y en esto no cabe engaño: son hechos vistos y comprobados en muchas plazas desde hace largo tiempo, y por miles y miles de personas. ¡Qué demonios! Y ¿por qué no ha de haber tal secreto? Y ¿por qué no he de procurar averiguarlo? Y si lo averiguo y le saco la sustancia, ¿quién puede conmigo entonces? Flojilla es la coleta que me voy á dejar, y feíllo es el traje lleno de bordados con que saldré á la plaza. ¡Qué de palmas, qué de cigarros puros, qué de petacas de plata y cadenas de oro portugués más gruesas que la muñeca, y tumbagas finas y botonaduras de diamantes! Poco á poco: y después compraré un gran arcón de hierro con diez y siete llaves lo menos y algunos cerrojos, pues no tendría ningún chiste que luego me robasen tan buenas alhajas. Tales pensamientos revolvía en su mollera, y poco después de amanecido se rindió al sueño, murmurando entre dientes:

—¡No, lo que es las llaves, cualquiera me las quita!

Y apretaba los puños como dos tenazas.

Pero súbitamente le arrancaron de sus quiméricas fantasías una regular bofetada y un agudo grito de su mujer.

—¡So animal! ¡So mala sangre! ¡Valiente pellizco! ¡Si á poco se lleva la tajada! Jesús, Dios mío, ¿por qué tendré un marido tan bruto?

—Perdona, mujer, y no armes ese escándalo. Es que soñaba que tenía un arcón lleno de oro, y los ladrones me querían quitar las llaves, y por esto apretaba.

—Pues otra vez te aprietas..... las narices. ¡Un arcón de oro! Mucha vanidá, y mucho viento, y mucho jumo es lo que tuviste siempre, y tendrás mientras vivas.

....

Tarde, muy tarde, se levantó aquel día el héroe de mi cuento, y apenas comió bocado, y anduvo largas horas pensativo y caviloso vagando por las calles y haciendo gestos, y murmurando entre sí, como poeta que busca un desenlace natural y sorprendente para el drama en que funda su porvenir y su gloria. Pero apenas llegó la noche, ya estaba en el café, aguardando á D. Antonio, que así se llamaba el guasón dueño del incomparable secreto. Una duda. ¿Se lo arrancaría con súplicas, ó con amenazas? Con súplicas era lo mejor, pues dícese que más logra un sombrero saludando, que dos espadas amenazando: fuera de que el susodicho D. Antonio, aunque hombre de muy buen humor, cuando se enfadaba ó le enfadaban se ponía hecho una serpiente, y era capaz de embestir contra una compañía de granaderos. Nada, pues, de violencias; paz y concordia entre los príncipes cristianos.

Pero D. Antonio, después de oir primero las súplicas indirectas y en seguida las peticiones directas del codicioso gitano, se cerró á la banda: es decir, se negó á revelar el secreto, alegando que no era suyo, sino de su amigo y paisano Curro *Cúchares*. Ahora, si el maestro le daba permiso, no tendría ningún inconveniente en manifestarlo y aun en imprimirlo en los periódicos para que no quedase perro ni gato que no lo supiese, y entonces.....

—Eso sí que no—le interrumpió el gitano.—¡Pues no faltaba más! Entonces hasta los mozos de cordel se meterían á toreros, y el arte perdería todo su mérito, y á los diestros se les pagaría con jornales de á dos pesetas por barba, como si fuesen peones de albañil. ¡Nunca el hijo de mi madre, de apellido Ponce de León, y tratante y esquilador de cuatropeas, consentirá profanación tamaña!

Fingióse ablandado el guasón de D. Antonio, y viéndole ya metido en la red, le propuso un medio que tal vez daría los mejores resultados, y fué que, á su nombre y con eficaz recomendación suya, visitase al espada *Cúchares*, que precisamente se hallaba en Málaga, donde permanecería todo aquel mes y parte del siguiente, pues estaba ajustado para varias corridas. Que el tal espada le debía no pocos favores, y en consideración á ellos era posible..... ¿cómo posible? era muy probable y hasta casi seguro que revelara el secreto á Ponce, siempre con las reservas y naturales condiciones, y exigiéndole palabra de hombre honrado y hasta juramento solemne de no publicarlo, etc., etc.

—¿Qué había yo de publicar? ¿Soy acaso algún tonto? Primero me arrancaba la lengua. Callaré como un cadáver difunto, aunque sólo sea por la cuenta que me tiene. Lo que es en este particular, descuide su mercé, que soy un pozo sin fondo.

—Bien, hombre, bien; así lo creo. No me negará mi paisano este favor, pues jamás le pedí ninguno, y mañana saldrá el sol y verá el tuerto los espárragos. Y, como no me gusta dilatar las cosas, ahora mismo pondré la carta para el maestro.

Pidió recado de escribir, y redactó y firmó la carta, que recibió y guardó Ponce, abrochándose luego con igual cuidado la chaqueta como si en ella guardase un fajo de billetes del Banco de España.

Y al día siguiente, muy bien afeitado y puesto de limpio, y con los trapitos de gala encima, presentóse en casa del maestro. Latíale el corazón batallando entre el temor y la esperanza. ¿Sería bien recibido? ¿Se derribaría todo el castillo de naipes que en su imaginación había levantado con una rotunda negativa? Sólo de pensarlo, un sudor frío le bañaba las sienes y el cogote. En esto apareció una criada, y le dijo:

—Puede usted pasar adelante.

Recibióle afablemente el maestro Curro, que ya estaba prevenido, y dijo al aspirante:

—Sé lo que dirá la carta, pues anoche á última hora me habló de ella D. Antonio, persona á quien debo mucho y deseo servir en todo y para todo. ¿Conque usted quiere pisar el redondel y ganar fama y dinero? Me parece muy bien pensado. Su persona también me parece á propósito. Alto, bien hecho, ágil..... porque usted debe de ser muy ágil, ¿no es verdad?

—Señor D. Francisco, en cuanto á ese punto, descuide su mercé, que en apretando de naja no me alcanza ni el mesmo viento. ¡Digo! y con un toro detrás..... pero yo no quiero salir á la plaza para correr como una liebre, sino para lidiar los bichos pegaíto á los propios cuernos, y esto sin que..... vamos..... sin tener que verme el color de las tripas.

—Entendido, hombre, entendido; no hay que darle más vueltas. Pero eso que me pide no puede ser sin que antes le diga mi secreto, y yo no debo así, de primeras, comunicarlo de sopetón. Necesito pensarlo antes, hablar con D. Antonio, tomar informes, pues la cosa importa más de lo que parece. Por ahora bastante hemos hablado. ¡Ah! y que no se le olvide volver dentro de una semana justa, á esta misma hora, y tráigase un traje de torero para que yo pueda apreciar el garbo de su persona en la manera de llevarlo. Y fúmese á mi salud ese cigarro puro, y vaya usted con Dios, amigo.

De la entrevista salió Ponce alegre como unas pascuas. No le había rechazado. Al contrario, el recibimiento fué cordial y cariñoso. El maestro alabó su gallarda presencia, le dió un buen habano....., y si no pensaba revelarle el gran secreto, ¿por qué le citaba para dentro de siete días? Lo único malo del asunto era el traje de torero. No tenía para comprarlo. ¡Un traje de torero! ¡Ahí es nada lo que cuesta, con tantos bordados de seda y tanto adorno de oro y plata! Además, el plazo de una semana es muy corto para hacerlo á la medida. Por todo lo cual determinó pedirlo prestado á un chulo, su grande amigo, apellidado *Tinaja*, aunque ocultándole el objeto de semejante préstamo. Pero el tal Tinaja era bajito, rechoncho y cuadrado, mientras él, Ponce, gozaba de aventajada estatura, siendo esbelto y enjuto de carnes. Con diferencia tamaña resultaría forzosamente que el ajeno vestido, puesto sobre su persona, parecería colgado de una percha. Pero ¿qué remedio? A bien que, según dicen, el cuerpo del pobre es elástico, de suerte que todas las ropas, en siendo de balde, le vienen que ni pintadas. Y fuera de esto, no pudiendo elegir, hay que conformarse.

Tan prudentes reflexiones hicieron que Ponce colgase de su cuerpo el vestido de Tinaja. Mas para salir con él á la calle tuvo la feliz ocurrencia



LOS MOROS DE LA KABILA DE DUCALA CORRIENDO LA

DIBUJO DEL NATURAL, POR NUESTRO CORR

A EN MARRUECOS.



ÓLVORA ANTE EL EMBAJADOR Y SU SÉQUITO.

'ONSAL ARTÍSTICO SR. SIMONET.

de envolverse en una capa muy cumplida, aunque hacía bastante calor, pues los muchachos de Málaga son traviesos como demonios, y sin esta precaución de seguro le hubieran apedreado. En el día convenido, y puntual como un cronómetro, llegó mi héroe á la casa del gran torero. Recibióle la misma criada de antes, y le hizo pasar á la sala, donde ya el maestro y el guasón de D. Antonio, únicos poseedores del gran secreto, le estaban aguardando. El antiguo iniciado en los misterios de Isis no entraba con más respeto en la cámara sagrada, que el gitano penetró en el cuarto del que ya consideraba su protector y maestro. Mas éste y D. Antonio harto trabajo tenían en reprimir la carcajada al ver la grotesca facha del neófito. Hablaron primero algunos minutos de cosas indiferentes, como para hacer boca, y después con toda seriedad mandó el maestro *Cúchares* á Ponce dar un paseo por la sala. Obedeció el gitano, y preguntó el maestro:

—¿Qué le parece, D. Antonio?

—Muy bien.

—Ponce, esa mano izquierda en la cadera: el brazo derecho suelto y con aire..... así. ¿Qué le parece, D. Antonio?

—Perfectamente.

—Ponce, coloque usted esa silla en mitad de la sala: figúrese que es el toro, y déle un quiebro entrando de frente y saliendo de costado. Con más alma. Otra vez..... Así. ¿Qué le parece, D. Antonio?

—Admirable.

—Ponce, tiene usted felices disposiciones para el toreo fino. Yo le aseguro una gran carrera. ¿Sigue usted con su propósito de que le enseñe mi secreto?

—Sí, señor.

—¿Y me promete usted, bajo palabra de hombre honrado, y con juramento de no decírselo á nadie, ni por amistad, ni por dinero, ni por cuanto hay en el mundo?

—Sí, señor: lo juro por mi salú y por el alma de mi madre.

—Está bien.

Y dichas estas dos palabras, salió de puntillas para ver si la criada se hallaba por allí cerca escuchando, cerró con toda precaución la puerta, entró en una alcoba del fondo y miró bajo la cama y las sillas, como si buscase á un gato, y satisfecho de que se hallaban los tres solos y de que nadie podía enterarse de la plática, tomó de una mano á D. Antonio y de otra á Ponce, los llevó á un rincón donde los hizo sentarse muy juntos, que se tocaban casi las tres cabezas, y en voz sumamente apagada preguntó:

—¿Puedo hablar, D. Antonio?

—Me parece que sí.

—¿Nos escuchará alguien?

—Me parece que no.

—Oígame, Ponce: ¿me entiende con claridad hablando en este tono?

—Sí, señor.

—Pues bien: me voy derecho al asunto, que no me gustan preludios ni rodeos. Digo que para capear y matar sin peligro alguno al toro más bravo como si fuese un pobre borrego, lo primero que hay que hacer antes de la función es irse á una botica, ó á una droguería..... ¿no es verdad, don Antonio?

—Quizás será mejor ir á una perfumería.

—Eso es, á una perfumería. ¿Qué le parece, Ponce?

—¿Qué me ha de parecer? ¡Si todavía no sé una palabra!

—Cierto. Pero conviene hablar bajo, que pudieran oirnos.

Y adoptando de pronto el lenguaje y estilo de las antiguas recetas, prosiguió así, encarándose con Ponce:

—Entrarás en una perfumería, donde comprarás así como libra y media de mantequilla de olor, eso que llaman pomada, pero que huela muy bien, y la metes en un bote grande, que taparás con cuidado para que la esencia no se vaya y la virtud no se pierda. Una hora antes de ir á la Plaza, cuando te estés vistiendo, te untas de pies á cabeza con la pomada, y te pones cinco ó seis trajes de punto para que el de torero no se manche con la grasa; y ya dispuesto, sales al redondel sin cuidado ni peligro alguno, y haces todos los floreos y habilidades que quieras, y te luces, y ganas el dinero como si te lo encontraras en la calle. Porque el toro te embiste, y así que te huele, atiza con la cornamenta para otra parte, pues no te puedes figurar, hijo mío, el horror que le tienen los toros á las cosas de perfumería, y en mi propia persona estás viendo la prueba. Con que, ya sabes lo que te importa, y anda con Dios, que pronto me darás las gracias.

Con revelación tan estupenda quedóse el gitano maravillado y absorto: dió tres ó cuatro pasos para salir; pero su viva imaginación le sugirió al punto la siguiente réplica:

—Maestro, eso..... es cosa grande, y será la pura verdad; pero..... ¿y si tropiezo con un toro que esté constipao?

NARCISO CAMPILLO.

CUENTOS DE LEVANTE.

EN LA SIERRA.

Conclusión.



El paisaje dulcificó algo la amargura del joven; pero lo que más le maravillaba á él y dábale sosiego era el silencio de las cosas.

—Ya sé—se decía—que ahí bajo, sobre las rocas, rompe el mar y vocea; que en los árboles crujen las ramas y las hojas suenan movidas por el viento; que en la carretera chirrían los ejes de los carros y tintinean los cascabeles de las mulas; que en el pueblo chillan los chicos, gritan los hombres, y el carpintero y el herrero golpean con sus herramientas; pero yo aquí nada oigo. Veo los movimientos y no percibo el sonido, de modo que nada me perturba y me recrea todo..... ¿No podría ser así para el resto de mi vida, con todas las demás cosas que me rodean? ¿No podría yo vivir aquí, lejos de la fiebre del mundo que me ha muerto, sabiendo que se mueve, viéndolo á distancia, pero sin oir sus voces, sin quemarme con su fuego que devora á los débiles?

Detúvose un momento, mecido por este sueño, caro á su alma fatigada.

—Ya estoy seguro—añadió, reanudando el hilo de sus primeras ideas.—Esto no tiene remedio; me muero, me moriré de pronto, en lo mejor de mi carrera, quizás cuando esté escribiendo un libro, pronunciando un discurso. Y si vuelvo allá á la corte, me moriré más pronto, y tendré sobre mí constantemente la emoción de lo imprevisto, que me acechará sin tregua..... Aquí, ¿quién sabe? ¡Me serena tanto este horizonte!.... Ya no me duele nada; estoy mejor..... Podré quizá dilatar mis días y, de seguro, los andaré más despacio, con mayor reposo, saboreando cada minuto sin extraños excitantes, sintiendo á mi alrededor la marcha natural de las cosas, que parece más lenta que allí. En cualquier momento que arribe la muerte, me encontrará sosegado, dispuesto, y no habrá más ruido en mi alcoba que los lloros de mi madre. ¡Oh, el ruido! ¡Cómo me exaspera, golpeándome con mil ecos en el cerebro!

Lentamente, la quietud del campo se había infiltrado en el alma de Luis, apaciguando sus terrores, haciéndole hablar dulcemente de la muerte y reconfortándolo con una esperanza que latía en todos sus pensamientos sin concretarse.

—Si yo comiera bien—siguió—fortalecería mis músculos, ahogaría bajo una capa de fibras los nervios levantiscos.

Como respondiendo á esta idea, sintió Luis cierto desasosiego en el estómago.

—¡Ah, pues tengo hambre!—exclamó casi riendo.—¿Qué hora será?

Miró el reloj, que señalaba las ocho; y á la vez, resonaron cerca las voces de *Saoro* y Antonio, que llamaban.

—¡Don Luis, D. Luis!

—¡Por aquí!—gritó el joven.

Y levantándose, descubrió, escalando el cerro, á los que voceaban.

—¿Bajo?—preguntó.

—Sí—contestaron;—vamos á almorzar.

Más sereno, alumbrada el alma por una esperanza tranquila, bajó Luis del cerro en que tan amargos instantes había pasado.

III.

Los cazadores le dieron matraca por no traer pieza alguna.

—Creíamos que había usted topado con una mina de conejos, cuando se desvió tanto de nosotros—dijo Nardo.

—Lo que ha hecho el señorito es dormirse; ¿verdad, don Luis?—apuntó Cuca.

—No, no he dormido—contestó el joven;—pero tampoco he recordado que llevaba escopeta. Me entretuve mirando el paisaje. ¿Y vosotros?

Empezaron las mentiras. Unas veces tenía culpa el perro; otras el tiro, que no salió: que á venir todo á derechas, la hecatombe hubiera sido horrible. Sin embargo, había qué enseñar. Cuca descolgó de una rama de algarrobo tres conejos, abiertos y limpios, y una perdiz.

—Este no es malo—dijo.—Tiente usted esos muslos y verá.

Cogió Luis las víctimas, y contempló un momento la piel gris y azulada de unos y el plumaje variado y hermoso de la otra.

—¡Pobrecillos!—pensó.—Hemos venido á turbarles el reposo, y han muerto cuando menos lo esperaban, en holocausto á una pasión nuestra. ¡También así morimos los hombres!

El almuerzo fué muy animado. Luis comió con gran apetito, y parecía que con los alimentos iba enterrando las ideas tristes; fué renaciendo en él la esperanza, el contento; y al fin, los chascarrillos de Antonio, las chuscadas de Nardo y las mentiras de Cuca, le pusieron alegre. La sombra del algarrobo, lo escondido y agreste de la cañada y el vientecillo que discurría por aquella angostura, les retuvo algún tiempo.

Descansaban los cazadores de su faena, y Luis de la penosa excitación de su cerebro. Seducíale otra vez el campo por sí propio, no como medicina, y suave pereza le invadía el cuerpo, incitándole á dormir con el calorcito de la digestión. No torció el gesto, sin embargo, cuando *Saoro* habló de reanudar el camino y la caza.

—¿Vamos hacia el mar?—preguntó.

—Como el señorito quiera—dijo Cuca;—pero nosotros habíamos pensado lo contrario. Remontar la sierra en busca de las perdices, que volaron muchas á lo alto, y venir á caer sobre la carretera, donde esperará Nardo con el carrito.

—Conformes.

Se hizo así. Y aquella segunda parte de la mañana fué para Luis bien distinta de la anterior.

Encontrábase más ágil, más dispuesto á gozar desinteresadamente de la belleza de la sierra. El panorama iba cambiando conforme subían, volviéndose el terreno más agreste, quebrado y peñascoso, con grandes manchas de sol y enérgicas sombras en los repliegues. La flora seguía siendo baja y olorosa. Faltaban en absoluto los árboles, la pinada sombría y fresca, que es hermoso adorno de la montaña; y á no ser por el vientecillo que soplaba duro, hubiese sido insoportable el calor. Había cesado la cadena de cerros intermediados de valles, y la sierra era un tramo unido de ligeras ondulaciones y desiguales vertientes. Luis, que iba por la cresta, admiró largo rato el paisaje. De un lado, se abarcaba, á vista de pájaro, toda la llanura de la Huerta, hundida y sin relieve, como un solo plano; y el mar parecía otra llanura, tersa é inmóvil, de curva amplia, salpicada en diferentes puntos por la manchita blanca de las velas.

Luis buscó su casa por entre el bosque de almendros y olivos.

—Aquélla debe ser. ¡Qué pequeño me parece todo! ¡Y cómo, dentro del conjunto, toma cada elemento su propia significación y crece en importancia!

Gran parte de las casas del pueblo veíase también; y sobre ellas, el campanario mezquino de la iglesia. Más cerca, en la era de una granja, percibíanse unos hombrecitos diminutos que se movían, afanados en la trilla de la mies, y la paja aventada formaba ligera nube, brillante con el sol. De pronto, gruesa columna de humo se elevó del campo, detrás de una cortina de árboles.

—¿Será incendio?—pensó Luis.

Subía el humo derechamente, y luego, encontrando el viento, torcía su penacho y guiaba al Norte, aclarándose y esfuminándose poco á poco. Pero no estaba quieto, no salía siempre del mismo sitio: diríase que andaba con cierta indecisión. Luis comprendió, al cabo.

—Es el rastrojo que queman—se dijo.

Y respiró como si le quitaran un peso de encima.

En la otra vertiente, el paisaje difería mucho. Bajaba la sierra en grandes curvas, como jorobas, cada vez más chatas, y daba fin en un valle estrecho y largo, desnudo de vegetación y con esos tonos rojizos y morados que dan los yesos; y en seguida erguíase, casi vertical, de un modo brioso é imponente, la masa enorme de Cabezón de Oro, uno de los picos más interesantes de la cordillera. La completa ausencia de caseríos y, á lo que parecía, también de vegetación, daba al paisaje un aire asolador, como de desierto, en que todas las tintas resultaban más frías, más tristes, por la sombra que los montes echaban sobre el valle. Al pronto, pensó Luis:

—¡Ahí sí que viviría yo bien! ¡Qué reposo, qué soledad!

Pero al momento, la tristeza y obscuridad del sitio se le impuso, y volvió la cara, angustiado, al paisaje riente de la Huerta, cuya belleza sintió como nunca. Lo estuvo contemplando con amor, dejándose penetrar del ambiente de vida que exhalaba; y de golpe se borraron por completo en el cerebro del joven todas las ideas lúgubres.

—¡Adelante!—exclamó.—Hay que vivir en el campo para *vivir*. No hagamos cementerio del bosque y la huerta. Quédense las visiones de muerte para los sitios sombríos.

Y avanzó confiado y animoso, como si la Naturaleza hubiese infiltrado en él todos los jugos de vida que alimentaban en la vegetación espléndida, todo el ardor fecundante que bajaba en los rayos del sol esplendente y claro.

Nada le detuvo ya. Corrió por el monte persiguiendo la caza, gozándose en verla correr y volar, temerosa y burlona al propio tiempo; sintió con placer extraño que el sudor le mojaba el pecho; empapando la ropa; y excitado por la carrera, por el sol, por la luz, disparó al aire muchas veces, como un moro que corre la pólvora.

Los huertanos no comprendían aquel arrebato loco; pensaron que el señorito se había excedido en las caricias al cántaro del vino; y, entre sí, bromearon sobre el caso con maliciosa alegría, pero sintiéndose arrastrados en aquel torbellino de actividad.

IV.

A mediodía dieron la vuelta. A los tres primeros conejos acompañaban seis más, y á la perdiz otras cuatro. Cuca había cogido también un mochuelo, con el que pretendía dar broma en su casa.

La bajada fué penosa. Empezaba el cansancio, y el calor era sofocante, á pesar de las nubes que pasaban á menudo sobre el sol, proyectando en la tierra largas manchas de sombra, que se deslizaban ligeras, fugitivas, marcando hermosos contrastes de iluminación.

La carretera despedía fuego de su caliza blanca y ardorosa: así que el refugio del carro pareció á todos excelente. Se apretó á la mula, y á buen trote corrió el vehículo camino del pueblo. Pasaron por delante de la granja donde Luis había visto aventar el grano. Los trilladores, á la sombra del edificio, comían sentados en el suelo, con gran algazara; y sobre la era, el trigo dorado y abundante formaba un montón que denunciaba la buena cosecha.

Más allá, en casa del tío Lucas, pararon para beber. Saltó Luis del carro, y al punto se detuvo sorprendido. Atravesando el polvo de la carretera, venía hacia la casa una mujer. Era joven, esbelta, de cabello rubio castaño, de cutis blanquísimo, algo pecoso y acarminado en las mejillas. Llevaba una saya corta, de color claro, que dejaba ver la pantorrilla, graciosa y redonda, calzada con media roja; y sobre la cabeza sostenía, tumbado, un cántaro, que á cada

momento parecía próximo á caer y romperse en mil trozos. Se le figuró á Luis una aparición la muchacha; y como ella al llegar le dijese: «Buenos días», sonriendo y mostrando una dentadura blanca, igual, entre unos labios como fresas, en lo carmíneos y jugosos, Luis asoció un recuerdo literario á aquella visión.

—¡Dorotea!—se dijo pensando en el hermoso poema de Goethe.

Se acercó á ella á tiempo que Nardo salía de la casa con una jarra reznmante de agua fresca.

—¡Hola, María!—dijo el labriego al ver á la muchacha.—¿Qué te trae?

—Vengo por un cántaro—respondió ella, á la vez que dejaba en el suelo el que llevaba.—¿Venís de cazar?

—Venimos. El señorito arregló la partida.

—¡Ay, y qué sudado está!—exclamó la muchacha sonriendo de nuevo con una gracia exquisita, que dibujó á los lados de la boca dos oyuelos profundos.

En ésta exclamación creyó ver Luis algo de lástima, como si la huertana creyese superiores aquellas fatigas á la naturaleza débil del señorito.

—Eso es bueno—dijo él entonces queriendo mostrarse fuerte.—¿Crees tú que no sé yo también correr por la sierra?

Entornando los ojos por la reverberación del sol, miróle María con cierto aire de duda:

—No, lo que es por piernas no será—dijo al fin;—que bien alto es el señorito. Pero como decían que estaba enfermo.....

Palideció Luis como si le hubieran lanzado la mayor afrenta; pero se repuso al momento.

—No—replicó con cara alegre.—Enfermo vine y el campo me ha curado. Por si algo quedaba, ¿no es buena medicina ver mozas tan guapas como tú?

Rieron Nardo y los compañeros, que desde el carro oían, y la muchacha se puso muy colorada. Sin contestar, volvió el cuerpo y cogió el pozal de la cisterna; chirrió la polea y, á poco, sonó el agua con eco profundo. María se inclinó, y todas las formas de su cuerpo joven se acentuaron, con dibujo enérgico y elegante. El cabello rubio, herido por el sol, le ponía un nimbo sobre la frente, y había en toda la figura tal aire de fortaleza, de juventud y de vida, que Luis se sintió humillado.

Suspiró por dentro, y cogió la jarra que Nardo traía. El agua, refrescándole, le hizo ensanchar el pecho en holgada dilatación.

—¡Vida, vida!—murmuró golpeando el suelo.—¿No será acaso la mejor la que da el campo, serena, sencilla, sana y poderosa? ¿Estará la suprema ley de la dicha en adorar la tierra, cultivarla, hacerla fecunda, regarla con nuestro sudor, y engendrar de mujeres como ésta hijos robustos que vigoricen la especie? Pero ¡ay!—añadió reparando en la realidad—que para sentir ese placer inenarrable del campo, era preciso que estas gentes hubiesen gustado como yo el caro pan de la fatiga del espíritu; y entonces, ¡adiós naturaleza: el mundo se agotaría sin remedio!

Rafael Altamira.

¡MUCHAS GRACIAS!

COMO «lo cortés no quita á lo valiente», lo agradecido no debe ser obstáculo á lo veraz; y yo, que agradecí, sigo agradeciendo y agradeceré siempre las muestras de simpatía que, con ocasión de la catástrofe de Santander y de las desgracias de Barcelona, dieron en España algunos periodistas y literatos franceses, no he de ocultar la extrañeza, diré más, el verdadero asombro que á mi espíritu produjeron algunas de esas manifestaciones.

Conste una vez más—é insisto mucho en esto, porque me dolería en el alma pasar por desagradecido, cosa tan distante de mi condición;—conste una vez más que, ante todo y sobre todo, pongo el agradecimiento. Y, establecido esto, como

Una cosa es la amistad,
Y el negocio es otra cosa,

voy á explicar las razones de mi extrañeza y de mi asombro.

En los días últimos de Noviembre ó en los primeros de Diciembre del año próximo pasado—que tan triste y tan amarga memoria nos deja—supe que en París habían publicado un *Suplemento Ilustrado* del periódico *Le Gaulois*, Suplemento que llevaba por título *Francia y España*, y que contenía autógrafos de notabilísimos escritores franceses.

No digo los *más notables*, ni los *más distinguidos*, como suele decirse con deplorable frecuencia, porque, en efecto, entre esos autógrafos no se hallaban los de escritores muy famosos y que figuran con justicia entre los principales de la República vecina.

Eso de afirmar, *para hacer el artículo* (como decimos aquí, parodiando á los franceses), que en tal ó cual libro, ó en cual ó tal periódico han colaborado los *primeros escritores*, constituye una mala costumbre, porque á más de que suele no ser verdad casi nunca, es casi siempre descortesía.

No hay razón para que una casa editorial ó una empresa periodística señalen á unos escritores el primer lugar y dejen á otros en segundo, porque así les place ó porque eso conviene á sus intereses. Bien que cada editor cante las alabanzas de su mercancía, pero sin rebajar directamente la del vecino.

Séame perdonada, en gracia de mis excelentes intenciones, esta digresión, y prosigamos hablando de *Le Gaulois, Francia y España*. Y es bien, antes de proseguir, que haga yo aquí una salvedad indispensable para dejar á cubierto mi reputación de escritor sincero: no vi entonces, ni he visto después, el número ilustrado á que hago referencia. Lo que de él diga está basado en traducciones halladas en un periódico de Madrid. Supongo que las versiones estarían bien hechas; si no lo estaban, téngase por no dicho, ó por modificado lo que voy á decir, y Cristo con todos.

Los hermosos dibujos que el *Suplemento* contenía (y contendrá aún, supongo) eran de compatriotas nuestros: Hernández, Ríos, Pujol, Rico y no sé si algún otro. Los trozos de música llevaban las firmas de Massenet y Paladilhe. Los versos son autógrafos de Coppée, Richepin, Deroulede, Houssaye y Meilhac; y los pensamientos en prosa son originales de Julio Simón, Dumas, Sardou, Zola, Clarettie, etc., etc.

Bueno, muy bueno, archibueno: y mil gracias, un millón de gracias á todos. De tales plumas compréndese que habrán salido verdaderos primores.

Emilio Zola, por ejemplo, escribe:

«No conozco de España más que San Sebastián, donde pasé cuarenta y ocho horas. Vi bañarse al Rey niño á la luz de un claro sol de Septiembre. En la playa había otros chicos como él, y cuando el Rey entró en el agua, un fuerte vecino disparó un cañonazo. Aquello era á la vez infantil, solemne y conmovedor.»

La ocurrencia del celebrado autor de *La Débâcle* y de *El Ensueño* me parece también infantil, aunque no conmovedora, ni solemne.

Comprendo muy bien que las inteligencias más elevadas y los más vigorosos espíritus flaquean y se empequeñecen en ocasiones ante los trabajos de encargo; pero Zola, el gran Zola, tiene seguramente sobrados recursos en el inagotable arsenal de su cerebro para haber salido airoso de su empeño sin recurrir á esas niñerías.

Que él no conoce de España más que San Sebastián; que pasó en la capital de Guipúzcoa cuarenta y ocho horas; bien, ¿y qué? ¿Qué relación, ni próxima ni remota, tiene eso con las desgracias á cuyo remedio se acude? Que vió bañarse á unos muchachos; que cuando el Rey entró en el baño el fuerte vecino hizo una salva; ¿pero interesa eso poco ni mucho á las víctimas de la explosión del *Machichaco*?

***

Julio Simón escribe en cambio:

«Hay pueblos que deben grandes servicios á Francia y que no desean nuestro bien. Francia causó daños á España, y España siguió siendo su amiga, ó volvió á serlo. Cúmplenos, pues, ahora que nos acordemos de que Barcelona y Santander, hasta que sus inmensos dolores vayan calmándose, son ciudades francesas.»

Perfectamente; eso está de todo en todo dentro de la índole del *Suplemento*, y se relaciona íntimamente con los sucesos que han dado motivo á la publicación de *Le Gaulois* extraordinario.

***

Mr. Méline, el intransigente proteccionista que con tanta rudeza como perseverancia ha combatido á España, establece comparación entre la desgracia de Santander y la del Liceo de Barcelona, y escribe:

«La primera aparece ante nuestros ojos como un formidable desorden de la Naturaleza, y despierta una profunda piedad en todos los corazones; pero se explica. La segunda revela el desorden de las almas, que aun es más grave, que aun inquieta más. Ante este abismo moral, el espíritu retrocede espantado.»

Con eso de retroceder no estoy conforme. El espíritu no ha de retroceder nunca, antes por el contrario, debe salir al encuentro de esos desórdenes, estudiar sus causas y aplicarles remedio.

***

Algo hay también de apocamiento en las frases de Emilio Ollivier, que son las siguientes:

«Hay síntomas ante los cuales sería imprudente confiarse en ilusiones. ¿Habéis visto cómo sube algunas veces la marea? Aquí y allá, ante vosotros, al lado, surge un charco pequeño, y luego otro, y otro después. Los delgados hilos de agua que dejó el reflujo sobre la vasta llanura de arena, toman cuerpo rápidamente. Dijérase que no hay peligro alguno; pero desgraciado del que se detenga: la ola inmensa le rodeará de repente y le cortará el camino para volver á la playa.»

Si esto no es aconsejar la fuga, declaro que no entiendo de simbolismos ni de alegorías.

Repito, pues, lo que antes dije: la desgracia es cobarde; se ensaña con los que la temen y huyen, retrocede ante los que la desafían.

Allí donde se presenta el mal, allí es necesario acudir para combatirlo: así proceden los médicos en tiempos de epidemia; así han de proceder los estadistas y los pensadores en épocas de perturbaciones sociales.

De todas suertes, para *Le Gaulois* y para sus colaboradores, ¡mil gracias!

A. Sánchez Pérez.

INVESTIGACIÓN.

En célebre iglesia, ya medio arruinada,
Siguiendo del claustro la gótica arcada,
Halléme un sepulcro....., *digámoslo así;*
Que, al ver deficiencias en el epitafio,
¿Quién sabe si es tumba ó si es *zenotafio*,
Según que el difunto repose ó no allí?.....

De piedra el sarcófago, de aspecto severo
Y encima la estatua de un noble guerrero,
Que *vivo* trasunto del muerto será.
No tiene narices, como es consiguiente.
¡Nariz esculpida de estatua yacente
En templo de España! *¿quién sabe do va?*

El traje, las armas, la misma *factura*,
Revelan que es obra la tal escultura
Del siglo catorce, ¡ni un año después!
Sujetan al pecho sus manos cruzadas
Un largo montante como un *as de espadas*
Y un *feto* de perro se encoge á sus pies!

¿Quién era aquel noble de faz peregrina?
Mi ciencia epigráfica en vano examina
Un trozo de lápida que incólume está.
Tan sólo «*Aquí yace Don Pero.....*» está entero.
¡Se sabe que el noble llamábase *Pero*,
Empero se ignora qué *Pero* será!

En vano he revuelto legajos y archivos.
No hay datos de Peros ni muertos ni vivos,
Y no los menciona ni un mal cronicón;
Mas tengo un espíritu que nunca transige
Con tales obstáculos, y al punto me dije:
—¿No hay datos históricos? ¡Habrá tradición!

Busqué los recuerdos de viejos vecinos;
Contáronme todos cien mil desatinos;
Mas nada del héroe saber conseguí.
¡Allí no conocen del nombre de Pero
Más que á *Pero Grullo* y á *Pero Botero!*
¡Y sea usted arqueólogo en un pueblo así!

Volvíme á la iglesia con ansia creciente,
Y punto por punto miré nuevamente
Las líneas y *exornos* de aquel panteón,
Mirando en lo claro, palpando en lo obscuro,
Y ya..... en las molduras que tocan al muro,
Tacté caracteres de extraña impresión!

Siguiendo el contorno de dichas molduras,
Hallé doce siglas (vulgo abreviaturas),
Labor de algún monje que allí las trazó:
O. L. y E. L. el grupo primero;
A. G. A. el segundo; R. T. el tercero,
I. J. el penúltimo, y luego una O.

Seis horas seguidas pensé; mas en vano.
¡Qué ciega mi vista! ¡Qué mudo el arcano!
¡Cuán torpe mi ciencia! ¡Qué estéril mi afán!
Llegóse á mí un viejo, miróme y me dijo:
—¿Verdad que está claro? OLE LAGARTIJO.
¡Lo ha puesto mi yerno, que es el sacristán!

C. Luis de Cuenca.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Victoria y desastre de *Tombucto:* opinion de G. Rohlfs; la guerra futura.—Renacimiento y progresos de *Diego Suárez* (Madagascar): los hovas; los franceses; el comercio y la esclavitud.—Viaje de Pierre Loti á la Arabia Petrea: maravillas arquitectónicas de *Petra*, la desconocida; el valle de Ain-Musa en el antiguo país de los nabateos. ¿Dónde está *Petra?*

Como la voz amenazadora de un profeta, resonó hace pocos días en la *Gaceta de Colonia* el anuncio del afamado explorador alemán del Norte de Africa, Gerardo Rohlfs, cuando dijo, al saber que los franceses se habían apoderado de Tombucto: «Sólo la evacuación inmediata de aquella ciudad puede calmar los ánimos en Africa..... En Francia mismo parece que prevén las consecuencias del acto del teniente coronel Bonnier, porque la alegría que ha producido ese suceso no es general, ni mucho menos.» Y, coincidencia singular, cuando las previsiones de Rohlfs se tra-

ducían y circulaban por toda Europa, los feroces indígenas tuaregs aniquilaban á Bonnier y á sus soldados, que en una pequeña partida de exploración habían salido de Tombucto para rechazar un ataque. La alegría de Francia ha sido bien efímera, y la lección recibida en el interior africano, en plena *zona de influencia francesa*, según rezan los mapas, es muy dura y muy digna de ser tomada en cuenta. Como Pedro por su casa andaban los exploradores desde Figuig, en el Mediodía de la Argelia, hasta Gurara y Adrar é In-Salah, en el Tuat y por el Tidikelt; pero les faltaban aún 2.000 kilómetros que recorrer para unirse con la vanguardia de los exploradores, que caminando de Sur á Norte, desde el Sudán francés, al remontar el Níger debieran tomar posesión efectiva de aquella zona al través del gran desierto de Sahara. Era el Níger camino conocido y seguro para las caravanas, y no fué difícil el avance por él para los soldados franceses. El teniente coronel Bonnier llegó con facilidad á Tombucto por esa vía, y en Europa se supo con asombro que la bandera francesa flotaba en las murallas de la capital del desierto, en señal de dominio. Ya se sabía hace mucho tiempo que la escuadrilla francesa con sus cañoneras llegaba de cuando en cuando á Kabara, frente á Tombucto, pero nadie suponía que esta ciudad pudiera caer en manos de un destacamento, por grande que fuera el espíritu de asimilación y de conquista que caracteriza hoy lo mismo á los franceses que á los demás invasores de Africa. El efecto que habrá producido esta noticia en todo el Norte de aquel continente será inmenso, porque para el mundo indígena mercantil africano Tombucto goza de una importancia y de una celebridad semejante á la de la Meca. Allí, á aquel gran mercado, afluyen las gentes de todas partes por las vías de In-Salah, de Tafilete, del Draa y de Rhadames, para traficar con las del Sudán, que llevan esclavos, marfil, oro en polvo, plumas y otros objetos de cambio. Por esto es aquella ciudad desde hace nueve siglos la más afamada del interior.

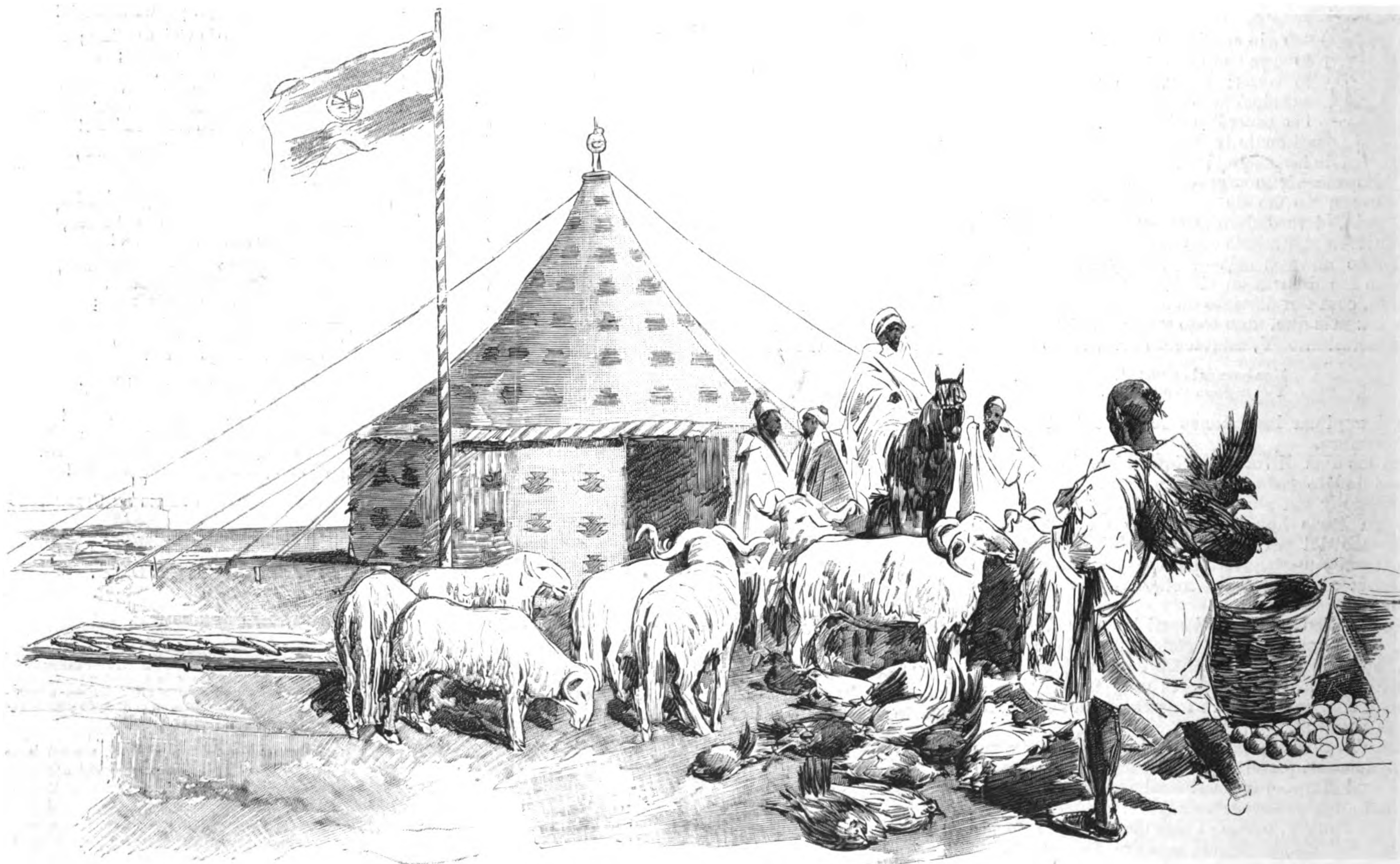
Por eso, al saber que ha caído en poder de los cristianos, no importa de cuáles, excitado el sentimiento religioso en toda la región musulmana, semejante ocupación podrá llegar á ser el principio de una cruenta guerra contra los europeos, predicada lo mismo en Kuka de Bornú sobre el lago Tchad, que en Sokoto, que en los oasis del Sahara, que en In-Salah, que en Tafilete alrededor de la tumba de Muley Alí Cherif, que en el Ouad Draa en la mezquita de Hammed-ben-Nassar. Si semejante lucha se enciende, será difícil, casi imposible, el que los misioneros, exploradores y comerciantes avancen un paso en la denominada «zona de influencia». El Tuat entero se opondrá á los franceses por el Norte, y los tuaregs les cerrarán el paso por el Sur, y mucho más si sus rivales eternos los fulbés ó fellatas se unen á ellos para combatir al invasor. Contra los indígenas del Sahara, del Sudán y del Tuat unidos nada podrán los franceses solos. Iniciada la guerra, adiós proyectos del ferrocarril del Sahara, y adiós la política de penetración. El desastre sufrido por la tropa del teniente coronel Bonnier en el campo de Dugoy, cerca de Gundán, que ha venido á entristecer la victoria de Tombucto, ¿será el principio de esa temida campaña que anuncia G. Rohlfs, de los tuaregs y de todos los mahometanos del interior contra los franceses? ¿Habrá vuelto la metrópoli del desierto al poder de los indígenas? Pronto nos lo contará el telégrafo.

⁂

Aquel dicho del rey Teodoro de Abisinia, de que los cristianos para dominar el Africa «mandan primero sus misioneros, después sus cónsules y luego sus soldados», tiene perfecta aplicación en muchas regiones del continente negro, y entre ellas en Madagascar, donde, según parece, la civilización europea arraiga á maravilla. Pocas ciudades más florecientes se han desarrollado en tan escaso tiempo como la de Diego Suárez, fundada por los portugueses en el siglo XVI, en las islas y bahía más septentrional de Madagascar, entre la montaña y el cabo del Hambre y en la costa del istmo que la separa de la bahía del Correo, ó de William Pitt. No se habían comunicado á Europa hasta ahora noticias detalladas de esta floreciente colonia francesa, que reducida antes á un pueblo olvidado y miserable en poder de los indígenas hovas, crece ahora de un modo asombroso. Llevó el almirante francés Miot á Diego Suárez algún contenar de marinos y soldados, en torno á los cuales, como foco de atracción, se reconcentraron bastantes obreros y traficantes emigrados



D. ENRIQUE SIMONET,
LAUREADO PINTOR.
CORRESPONSAL ARTÍSTICO DE «LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA» EN MARRUECOS.



MAZAGÁN.—LA PRIMERA «MUNA» OFRECIDA Á LA EMBAJADA ESPAÑOLA, EN EL CAMPAMENTO ESTABLECIDO EN LAS INMEDIACIONES DE LA CIUDAD.
(Dibujo del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1893, EN PARÍS.



EN CASA DEL MAESTRE DE CAMPO.—LA CANCIÓN DE GUERRA.

CUADRO DE GRISON.

de las islas Mauricio y de la Reunión, constituyendo en 1887 una población de 600 habitantes. En 1889 el vecindario contaba 2.000, y en 1892 unos 7.000, y hoy se cuentan ya cerca de 16.000, entre los que figuran unos 300 europeos. Esa gran concentración de gentes se debe á que muchísimos de los hovas del interior, excitados por la ganancia que producen el trabajo y el comercio, han abandonado sus montañas y han ido á plantar sus chozas y sus tenderetes en la costa de la bahía, y en aquel puerto franco, que visitan á menudo los buques que hacen la carrera de las Indias y los procedentes de las islas Reunión, Mauricio y otras. El clima es excelente, la vegetación abundantísima, las labores del campo fáciles, y la cría del ganado vacuno tan próspera y rica, que á aquel puerto van á surtirse de bueyes muchas embarcaciones de la isla y las de larga carrera. No lejos de Diego Suárez se alza, en la cumbre de la montaña del Hambre, el pueblo y fuerte de Ambuy marino, perteneciente á los indígenas, y que se compone de unas 400 casas, donde viven 2.000 hovas armados. Como Francia sólo ejerce en aquella isla el protectorado, pero no el dominio, mantiene el gobierno de Tananariva aquella guarnición, en el extremo norte del territorio, en señal de poderío y como vigilancia contra las aspiraciones de los franceses; pero el poderío resulta ilusorio ante la eficacia y atracción de la civilización europea, porque mientras alrededor de Ambuy se va despoblando el territorio, concurre en gran número á Diego Suárez, para gozar de las ventajas de la vida europea. Viven en paz con los franceses los antes belicosos otankares, enemigos de los hovas y los sakalavos, que se identifican admirablemente con las costumbres civilizadas. Uno de los jefes de esta tribu, que ha hecho bastante dinero comerciando, ha fundado un asilo-colegio de indígenas, dirigido por un francés, en el que ochenta jóvenes aprenden y practican varios trabajos manuales, con cuyos productos se sostienen, viviendo en comunidad, bajo la guardia de dos viejos, á los cuales los padres de los alumnos abonan diez céntimos al mes. Todo lo van consiguiendo poco á poco los franceses, excepto el que los hovas del interior renuncien al comercio de esclavos. En efecto, los árabes de las costas del continente van á la occidental de Madagascar á adquirir bueyes, y dejan en cambio esclavos negros que han comprado ó robado en el interior de Africa. Además de la riqueza en ganados y en productos vegetales, abundan bastante en las cercanías de Diego Suárez los criaderos de cobre, de oro, de mármol y de excelentes arcillas, cuyos yacimientos están sin explotar.

°°°

No en són de conquista ni de protectorado, sino por el afán de andar y ver, y estudiar y escribir, va á realizar una expedición curiosísima un francés muy famoso. El popular novelista académico Pierre Loti ha llegado á Suez para vestirse de beduino y atravesar con una caravana la Arabia Petrea, país poco menos que desierto, recorrido por tribus sanguinarias, y en medio de cuya soledad se alzan el valle y la ciudad de Petra, con sus colosales, asombrosas ruinas, apenas conocidas por los europeos. Dejando atrás á Suez y costeando la península de la Arabia Petrea, en la que se alza á 2.600 metros de altura el bíblico Sinaí, penetrando después en el antiguo golfo elanítico, hoy el Akabah de los árabes, se desembarca en el puerto de este nombre y se sigue por el valle de Aulón, parte del borrado itinerario que un día siguieron los israelitas por aquellos desiertos al huir de Egipto encaminándose á Jericó. En los horizontes del Poniente quedan el desierto de Pharan, el rincón de Tabera ó de la revuelta, Iseremoth con los sepulcros de la Concupiscencia, y Hebrona y Jetebatha, lugares bíblicos, que ya nadie sabe dónde estuvieron. Desde la antigua Elath ó Asiongaber ó Berenice, hoy Akabah, sobre el golfo, se llega á Salmona y á Phunón, y más arriba, en el hondo valle, allí está Petra, á 80 kilómetros al sur del mar Muerto, territorio dominado por la barbarie beduína, sucesora de la antigua dominación edomita y moabita. Para recorrer con alguna seguridad este país, tal vez tendrá que hacer Pierre Loti lo que hizo uno de sus últimos exploradores, el capitán Lynch, que fué, coger preso y en rehenes al gobernador de Kerak, y llevárselo por delante, con la amenaza de que si alguien se atrevía contra él, él concluiría antes con el gobernador. Bien es verdad que la virtud del dinero todo lo puede, aun entre los beduínos, y que comprando bien pagado un destacamento turco, nadie se mete con los viajeros. Poco tiene que describir aquella ruta árida y desolada, y será necesaria toda la imaginación y toda la belleza del estilo de Loti, para que mañana nos ofrezca un cuadro lleno de colorido, al recordar el de aquel paisaje que no tiene más que dos colores: el de la arena calcinada en el suelo y el del azul limpísimo en el cielo. En Petra forman los montes un verdadero anfiteatro, cuyas laderas, formadas de roca viva, están completamente trabajadas de arriba abajo por la mano del hombre, formando escalinatas, grutas, fachadas de templos y sepulcros. Hace cuarenta años nadie sabía que existiera tal cosa en el mundo. ¿Quién labró tales maravillas? No fueron seguramente los judíos de las provincias de Edom ni de Moab, sino los árabes nabateos, porque hay en aquel arte originalísimo algo de la regularidad del arte romano, impuesta á la esplendorosa fantasía del arte oriental. Si lo ejecutaron los árabes en los tiempos de su mayor esplendor, influyó mucho en su trazado el gusto occidental de la arquitectura clásica de Roma. Parece pura fantasía lo que dicen los viajeros, Burckhardt, Irby, Laborde y el Duque de Luynes entre ellos, de lo que se ve en aquellos desfiladeros de Ain-Musa, del valle de Petra. Admirable ha de ser lo que diga, como sabe decirlo Pierre Loti, al encontrarse en el fondo de aquel valle, por cuyo profundo cauce corre un riachuelo sombreado por tantos sauces, tamarindos y acacias silvestres, entre enormes murallas de rocas de 60 metros de altura, trabajadas con muchas labores; ante el castillo de Faraón (Kas'r Firaun) y ante el arco de triunfo de curva ojival que se levanta á la entrada del anfiteatro, y al través de cuyo arco se distingue el maravilloso panorama de tantos otros arcos, puentes, templos, acrópolis, escalinatas y galerías que unen á unos monumentos con otros, con aquel verdadero hacinamiento de obras de tantos estilos distintos, y que constituyen, por el lugar geográfico que ocupan en el mundo de los primeros tiempos, un incomparable museo del arte oriental, del árabe, del egipcio y del clásico de Occidente. En un ensanchamiento natural de las rocas se abrió y talló un teatro, cuyo hemiciclo aun se conserva, con 33 filas concéntricas de asientos labrados en las peñas, en un espacio de 40 metros de diámetro y con capacidad suficiente para 3.000 espectadores. Más arriba, en las paredes casi verticales de las rocas, presentan sus obscuros huecos centenares de sepulcros, que apenas han sido explorados. Aquel pueblo de los nabateos, en la región bíblica del Nabaiot, que empezó á labrar estas colosales construcciones en la época en que la Judea, la Asiria, el Egipto, el Asia Menor y las islas habían reconcentrado toda la civilización conocida, aquel pueblo desapareció en absoluto, dejando en las desiertas soledades de una comarca completamente olvidada estos gigantescos vestigios de su cultura, que han permanecido ignorados de las gentes durante once ó doce siglos, hallándose como se hallan en el nudo ó región en que confluyen el Asia, Africa y Europa, hasta que los exploradores arqueólogos, deteniéndose sorprendidos ante tanta y tan desconocida grandeza, han pregonado su existencia en el mundo moderno. La literatura y la fotografía nos harán gustar muy pronto la delicia de contemplar y entender lo que aun se conserva en el casi fantástico valle de Petra, cuyo nombre geográfico ha caído en tal olvido, que bien puede asegurarse que muy pocas personas, aun de las de mejor cultura, sabrán responder con facilidad á esta pregunta: ¿Dónde está Petra?

R. Becerro de Bengoa.

DE DIEZ Y OCHO Á VEINTISIETE.

Contéstame á esta pregunta: Si te vieses obligado á perder nueve años de trabajo y de placeres, de entre todos los años de tu vida, ¿de qué parte de tu vida preferirías perderlos, suponiendo que fueses todavía joven y que tuvieras aún tu carrera por recorrer? ¿No es verdad que la elección te sería muy dura? ¡Ya lo creo! Una mujer que era pobre prometió una vez ceder uno de sus seis pequeñuelos á una señora rica, y aquella misma noche, mientras todos estaban durmiendo, los contempló en sus camitas, procurando escoger aquel que debía ser cedido. Pero ¿escogió alguno? ¡Qué había de escoger! Se los quedó todos.

Empero el hado no nos consulta, y se lleva lo que le place. Y en el caso del Sr. D. José Brinas, de Guadix, provincia de Granada, se le llevó, de los diez y ocho á los veintisiete, nueve de los mejores años de su vida, y los más valiosos de ella. No es que le matase y le volviese luego á la vida, ni que le tuviese dormido ni oculto en un calabozo, ni nada semejante. Nada de eso; y, sin embargo, lo que le aconteció fué mucho peor que todo ello. Vióse acometido de una misteriosa enfermedad. Los primeros síntomas, dice, fueron terribles dolores en el vientre, los cuales le obligaron á abandonar los estudios; y la facultad de digerir los alimentos le fué faltando gradualmente, hasta que casi la perdió por completo. «Todo cuanto comía, dice, lo arrojaba á menudo luego después, cuyo acto iba acompañado de grandes dolores.» Como el tiempo iba pasando, consultó á los médicos, y usó las medicinas que éstos le prescribieron, aunque sin resultado. Los doctores decían que la enfermedad era una gastralgia crónica, lo que significa una indigestión y dispepsia ya muy arraigadas.

En semejantes casos, la superficie del estómago se cubre con un mucus muy perjudicial y de un sucio color gris; las glándulas que preparan los fluídos digestivos cesan de funcionar; la lengua se cubre de una capa espesa; la garganta se congestiona; el corazón palpita, en ocasiones con violencia, y otras veces lo hace despacio, con debilidad y una sensación de desmayo: el sueño se ve interrumpido, ó se hace imposible, salvo á fuerza de peligrosos narcóticos: el aliento es fétido; los labios están secos; las manos y pies fríos, y el dolor de cabeza y el vértigo son frecuentes.

Á menos de que se ponga pronto remedio, la enfermedad progresa, hasta que se manifiestan los síntomas de la pleuresía, la hinchazón del hígado, el asma, los dolores de riñones, el mal de piedra, el reumatismo, la tisis, la hidropesía, el mal de corazón, etc. Cualquiera de estas enfermedades puede, súbitamente, terminar por muerte, variando según la edad y constitución del paciente: tal es la gastralgia crónica, la más peligrosa y persistente de todas las enfermedades, y, á la verdad, la única enfermedad, de la cual las otras son sólo meros síntomas. Cualquiera que se convierte en víctima de esa enfermedad, puede decir que ya está fuera del mundo; peor aún, si es que no tiene una esperanza de alivio; porque sus días discurrirán bajo las más negras sombras del dolor y del miedo.

Ella fué la que abrió ese boquete de nueve años en la vida de nuestro joven amigo; la que interrumpió sus estudios; la que paralizó sus futuras empresas; la que destruyó su felicidad; la que cambió su viril energía en debilidad propia de la vejez; la que eclipsó el sol de su vida antes de que el disco marcase el mediodía. Y esta cruel y traidora enfermedad es tan común, que muy pocos se libran por completo de sus ataques.

La carta del Sr. Brinas, fechada en 10 de Agosto de 1893, concluye de este modo: «No encontraba remedio radical en nada de lo que se me prescribió durante mi larga y triste enfermedad, hasta que por fin un día el Sr. D. Nicolás Rodríguez Puerta, droguero de esta plaza, me recomendó que probara el Jarabe Curativo de la Madre Seigel; y tan pronto lo hice, empecé á mejorar. Recobré el apetito, volví á digerir los alimentos, y en dos meses me vi devuelto á mi cabal salud; aunque no por ello dejé de seguir tomando el Jarabe, como á prevención, durante un cuanto tiempo después. Autorizo á usted á que publique este caso como una prueba de mi gratitud.—(Firmado.) JOSÉ BRINAS.»

Nosotros participamos de su pena por la pérdida de aquellos preciosos años; pero nos regocijamos de que haya recobrado la salud cuando aún es joven. La vida es corta; los años son pocos; ¿por qué, pues, perderlos en la enfermedad, cuando la cura está á la mano?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias y droguerías del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LIBROS PRESENTADOS
Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Expoliación escandalosa. Historia del laudo dictado *en la testamentaria del Sr. Duque de Santoña por los Sres. Gamazo y Azcárate, y voto particular del señor Montero Ríos. Nulidades y desastrosos errores que contiene.* Por la Duquesa viuda de Santoña.

Con la atención que requiere este libro le hemos leído, de la primera á la última página

De la forma nada diremos, atendiendo á que no se trata de una obra literaria, y á que seguramente no se propuso la autora alcanzar reputación de escritora correcta.

En cuanto al fondo, nos ha parecido de gravedad suma; de tanta gravedad, que nos abstenemos de todo comentario.

Forma un tomo en 8.º de unas 350 páginas, que se vende, al precio de 5 pesetas, en las principales librerías.

Ferruxe, por Aurelio Ribalta.

El librito que lleva este título consta de dos partes: un prólogo, en el que el autor discurre acerca de los progresos que han hecho el gallego y su literatura, y una novelita ó cuento muy bien escrito en dicho dialecto.

La impresión, hecha en la Coruña, es excelente.

Magyar Szalon, importante publicación que ve la luz en Budapest (Hungría).

Hemos recibido dos números. El primero está consagrado al jubileo del famoso literato y patriota húngaro Jokai. El segundo á España y á su literatura y su arte. Publica los retratos de Echegaray, Castelar, Núñez de Arce, Sellés, Campoamor, Valera, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Torromé, Dicenta, Manuel del Palacio, Riva Palacio y de otros muchos literatos españoles, así como producciones de todos ellos. El arte español contemporáneo está representado en este número del *Magyar Szalon* por trabajos de L. Álvarez, Pla, S. Viniegra, Benlliure, García y Ramos, Garnelo, Villegas, J. Sánchez Barbudo, Bretón, Pons, Checa y otros, y por cierto que las reproducciones están primorosamente hechas.

Los dos números del *Magyar Szalon* son muy notables.



EL DR. CHERVIN,

DIRECTOR DEL INSTITUTO DE TARTAMUDOS DE PARÍS.

Informe oral de D. Francisco Silvela y de la Vieulleuze, en el recurso de casación interpuesto á nombre de los tenedores de obligaciones del empréstito de la casa ducal de Osuna, en el pleito seguido contra el Banco de Castilla y la casa ducal.

Hemos recibido un ejemplar de este importante documento jurídico.

Diagnóstico de las enfermedades internas por *los métodos bacteriológicos, químicos y microscópicos,* por el Dr. Rudolph V. Jacksch, profesor de la Universidad de Praga. Traducido de la tercera edición alemana por el Dr. Eduardo Moreno Zancudo.

Hemos recibido un cuaderno de muestra de esta importante obra, perteneciente á la *Biblioteca económica de la Revista de Medicina y Cirugía Prácticas.* La obra constará de 5 cuadernos de 112 páginas, al precio de 3 pesetas.

Irlanda y las reformas de Gladstone, conferencia dada en el Círculo Obrero de esta corte por D. Miguel García Romero, catedrático de la Escuela de Diplomática.

Excelente estudio, cuya lectura da conocimiento de este importantísimo problema contemporáneo.

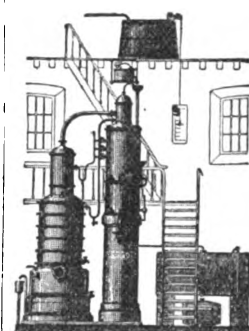
Boletín del Centro Artístico de Granada. Número extraordinario dedicado á la memoria del socio fundador D. Valentín de Barrecheguren y Santaló.

Hemos recibido un ejemplar de este número extraordinario, muy bien escrito é ilustrado, en el que aquel importante centro ha rendido tributo de cariño y respeto á uno de los artistas más notables y simpáticos de Granada.

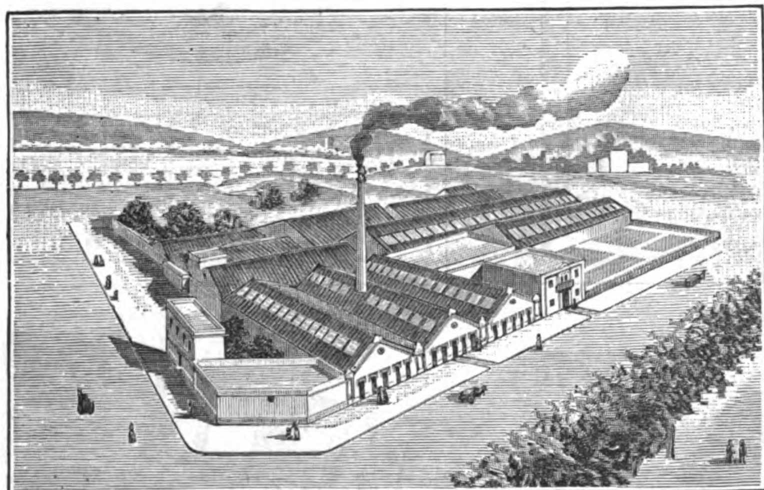
Monografía de la Parroquia de Sant Juliá de Altura, por D. Joseph Soler y Palet, ab un prolech del Iltre. Sr. D. Jaime Collel, canonge de la Seu de Vich.

Folleto impreso en Tarrasa con gran esmero, y publicado por la Biblioteca Histórica Tarrasense. Es una monografía muy interesante y bien escrita. Véndese, al precio de 2 pesetas, en la librería de Verdaguer (Barcelona), y en la imprenta de Utset y Juncosa (Tarrasa).

G. R.







MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. VII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Febrero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



MAZAGÁN.—ASPECTO DEL MUELLE Y DE LAS MURALLAS AL DESEMBARCAR EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La ciudad de Marruecos en el siglo XVI, por D. Rodrigo Amador de los Ríos, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Los Teatros, por D. Eduardo Bustillo.—Proyectil del siglo XV, por D. Cesáreo Fernández Duro.—Mundanas: La ventana del rosal, por D. Alfonso Pérez Nieva.—A un amigo que quiere ser autor, poesía, por D. José Jackson Veyan.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

Grabados.—La embajada española en Marruecos. Mazagán: Aspecto del muelle y de las murallas al desembarcar el general Martínez Campos.—Desembarque de los equipajes de la embajada.—Llegada de la embajada al campamento establecido en las inmediaciones de la ciudad.—La embajada en marcha: La vanguardia.—Camino de Mazagán á Marruecos: El puente de Alcántara.—La embajada en las llanuras de Ducala.—Entrada en la ciudad de Marruecos.—Recepción oficial: El general Martínez Campos y su comitiva ante S. M. Jerifiana.—Retrato de D. Francisco Asenjo Barbieri.—Jerez de la Frontera: Célebre parra del patio llamado del 70, en las bodegas de los Sres. Rivero Hermanos.—Bellas Artes: *Salón* de los Campos Elíseos de 1893, en París. *Los trabajadores del mar*, cuadro de Lionel Walden.—Retrato de D. Eduardo G. Berges, primer tenor y actual empresario del teatro de la Zarzuela.

CRÓNICA GENERAL.

El regreso á Pamplona de los comisionados de la Diputación de Navarra, llamados á Madrid para conferenciar con el Sr. Ministro de Hacienda, ha sido festejado en todas las estaciones fueristas con aplausos y aclamaciones tan unánimes, que no parece fácil convencer á aquellas buenas gentes que de no haber alguna transacción, no puede acabar en bien la cuestión delicada que ha surgido entre la Hacienda y la provincia de Navarra. Quiere aquélla que ésta contribuya con mayor cantidad á las cargas públicas, por haber aumentado mucho los gastos generales del país desde que se estipuló la cuota que satisface hace más de medio siglo, y existir gran desigualdad en favor de Navarra respecto de las otras provincias españolas. Sostiene Navarra, como un derecho emanado de un pacto y de sus fueros, y sancionado por el consentimiento de tantos años, la continuación del *statu quo*. La Hacienda alega los principios del derecho público vigente para la alteración contributiva que reclama. Navarra invoca los principios del derecho antiguo por que se ha regido hasta ahora en esta parte, si bien modificado por un pacto y apoyado y robustecido por la sanción de medio siglo largo..... Y esto tendría el carácter de un pleito contencioso, si no encerrase este asunto de intereses otra cuestión más grave: la de la soberanía de los poderes legislativo y ejecutivo, y las necesidades y conveniencias de la política, que no permiten exagerar y usar con rigor los principios y derechos, cuando hay razones de equidad que aconsejan la moderación y la templanza.

No entraremos en la cuestión ardua de los principios: ni tenemos competencia, ni, aunque la tuviéramos, podríamos ni deberíamos desarrollar aquí nuestras ideas: sólo sí advertiremos á Navarra que, transformado ya todo el organismo antiguo, y hasta las ideas dominantes, sólo encontraría apoyo en aquellos á quienes conviniera explotar su exaltación para lanzarla á una lucha desigual. ¿Le conviene á Navarra? Seguramente no. Pero ¿debe el Gobierno extremar las cosas, ó tener en cuenta las razones de equidad y prudencia—no hablamos aquí de derechos—que favorecen á Navarra? A nuestro juicio, debe considerar: *primero*, que en aquella provincia es unánime—á lo menos nos lo parece—la creencia de que mantienen un derecho reconocido, y que su resistencia no es imposición, sino defensa legal; *segundo*, que si contribuyen en menor proporción que las demás provincias, estas otras no han pasado de un golpe de la tributación de 1841 á la de 1894, sino paulatina, ya que no suavemente, pues de pronto no se hubiera podido realizar sin gran trastorno y resistencia en toda España; *tercero*, que el amor á los usos arraigados es en ciertas provincias sinónimo de deber, y tan activo y vehemente, que ha costado en España guerras civiles y mucha sangre eso que para unos es preocupación y para otros virtud cívica, imponiéndose la necesidad de transigir; *cuarto*, que si Navarra parece alejada, en cuanto á la afirmación y sostenimiento de su fuero, de las simpatías generales, y como aislada, no es imposible que se convierta su causa en otra más peligrosa y en provecho de las apagadas tendencias federales; *quinto*, que Navarra no es para nosotros un extraño de quien hemos de sacar todo el partido posible, sino un trozo de la patria española, un pedazo de nuestra carne, en el cual debemos considerar, no sólo su situación económica, hoy en grave crisis, sino también su estado moral, evitando, hasta donde sea posible, por hermandad, los conflictos, y buscando formas suaves y progresivas, á ser indispensable, de que auxilien al Estado con arreglo á las mayores exigencias de los tiempos; *sexto*, que Navarra se administra bien por sí propia, y *séptimo*, que estas alteraciones legales deben hacerse con franqueza y no tratarse de soslayo, y que en todos los países hay excepciones de la legalidad común que se aceptan por razones de gran fuerza, lo cual sucede en este caso. Y si estas razones favorecen á Navarra, también hay otras que la aconsejan mostrarse transigente: desde luego la más vulgar prudencia advierte los peligros de las luchas desiguales que empeoran lo mismo que se quiere defender; la equidad y hasta el orgullo de que nadie les pueda tachar de gravosos á la familia nacional; y en fin, su patriotismo, su amor hacia España, de que es noble baluarte en su frontera. Este conflicto, grave al parecer, tiene una solución fácil: que todos nos inspiremos en el amor santo de la patria, que suaviza los ánimos y funde en uno todos los derechos y pone la tranquilidad pública en esfera más elevada que los cálculos numéricos. Desde luego, en vez de arrostrar el conflicto, conviene su aplazamiento, á nuestro juicio, ya que la actitud de los navarros ha sido de protesta calurosa, pero contenida en los límites del derecho que creen asistirles, y del respeto.

⁂

Hace pocos días acompañamos hasta el cementerio de San Justo el cadáver de Arrieta; ayer vimos depositar el cuerpo de Barbieri, en una tumba del patio de Santa María de la Cabeza, en el camposanto de San Isidro. España ha perdido en pocos días dos músicos ilustres, que cultivando ambos con aplauso el mismo género lírico-dramático, le imprimieron carácter distinto, por la índole diversa de sus genios. Nuestro querido compañero Sr. Esperanza y Sola se dispone á hacer la biografía de D. Francisco Asenjo Barbieri, y á su autorizada pluma correspondía, en efecto, el estudio de esa figura saliente de nuestras artes contemporáneas. Sólo nos permitiremos manifestar una opinión: que si ambos maestros, nacidos y muertos en fechas tan próximas, habían cumplido como músicos su destino, la muerte de Barbieri interrumpe trabajos de erudición que hacen lamentar aún más su pérdida, por egoísmo nacional, pues aunque herido de muerte hace algún tiempo, conservaba todo su amor á las investigaciones, y deja incompletas obras importantes. Su entierro fué concurridísimo, y el pueblo se unió á la comitiva desde la plaza del Rey al teatro de Apolo, de éste al de la Zarzuela, luego á la casa del editor Zozaya, de allí al teatro Real, y de aquel sitio de regreso al camposanto. Seguía al féretro un carruaje cubierto de magníficas coronas.

Oímos preguntar á nuestro lado:

—¿A quién llevan á enterrar?

—A la Zarzuela—contestaron.

—Eso no es cierto: la Zarzuela vive; y si está en decadencia y reducida á las proporciones del sainete, volverá á adquirir su tamaño natural, gracias á las semillas españolas que sembró en ella Barbieri.

⁂

Sr. D. Ceferino Suárez Bravo.—Mi querido amigo: Gracias por el ejemplar de su novela *¡Soledad!*, que leí por ser de usted. Hace ya tiempo que sólo puedo dedicar muy pocos ratos á leer libros amenos, y necesito saber seguramente que han de ser de mi gusto las horas de recreo. Querrá usted saber la impresión que su lectura me produjo, y se lo diré en pocas palabras. Tardé un poco en interesarme en la acción de la novela; entré de lleno en el asunto al aparecer Blanca en escena, y saboreé y se me hizo corto el cuadro magistral y animado de la finca de Montilla: lamenté la conversión poco justificada de Ricardo, y la precipitación del desenlace de los amores de Eduardo con Luisa; pero hallé en todas las páginas del libro el estilo de un maestro, y desde la tercera parte hasta el final ese encanto que nos obliga á no cerrar el libro hasta acabarle. Es una novela que se hace leer, lo cual no es frecuente, hay que confesarlo con sinceridad, en las novelas españolas; es culta y sana, aunque no exenta de malicia, y hacen el efecto de vivos algunos de sus fingidos personajes: no busca novedades, antes bien tiene entre cuadros realistas cuadros románticos, y concluye dejando en el corazón una tristeza consoladora que hace llorar sin causar pena. Blanca, esa aparición en un mundo espléndido y vicioso que abandona sin mancharse, basta para dar encanto y poesía á esa novela interesante, que ha de tener muchos lectores.

⁂

Otra vez, en París, han dado que hablar de sí los anarquistas, cometiendo un nuevo crimen de que han sido víctimas una infeliz pupilera y algunas otras personas inofensivas. Un individuo desconocido alquiló un cuarto, depositando en él una bomba que debía caer y estallar al abrir la puerta. Y, en efecto, al entrar en la habitación la dueña de aquella mezquina fonda de obreros, en presencia de la policía, el proyectil reventó, hiriendo gravemente á la pobre mujer y levemente á los testigos. Otra bomba se encontró en una casa desalquilada, y, por precaución, creyendo peligroso su manejo y transporte, fué volada allí mismo, causando gran estrépito y destrozos materiales. Entretanto, la policía inglesa ayuda á la de Francia en la investigación y registro de los centros anarquistas, atribuyéndose gran valor á algunos de sus hallazgos. Continúa, pues, la serie de esos crímenes feroces en que se sacrifican víctimas humanas sin elegirlas siquiera, sólo por matar y producir espanto; pues si parece que se trataba de asesinar á un magistrado, atrayéndole al lugar de la explosión, los medios que se empleaban eran conducentes á causar otras muchas desgracias. Considerando lo que ocurre en la vieja Europa, y la tenacidad con que los dinamiteros matan y destruyen, no vemos próxima la extinción de esa secta peligrosa, que registrará la Historia como la más cruel que haya existido. Uno de sus propagandistas aconsejaba á los obreros que aprendiesen la Química para preparar explosivos; de lo cual resulta una verdad triste: la ciencia más moderna, y á la que se deben más progresos útiles en lo material, sirve de elemento destructor é inhumano, y parece justificar las antiguas precauciones que relegaban la ciencia á una raza, á un cuerpo sacerdotal, sin comunicársela á los profanos. Indudablemente, la humanidad no tiene remedio: se han ensayado en ella todos los sistemas y en todas las condiciones sociales de las diferentes épocas y climas, y siempre ha salido la fiera en el hombre más civilizado, á poco que se le instigue. Pero hagamos justicia al género humano: mientras unos instigan al asesinato y á la destrucción por medio de la Química, otros la aplican á curar y hacer con ese auxiliar poderoso todo el bien posible. Lo que no sabemos es qué contestar á los pueblos salvajes que pretendemos convertir á nuestra civilización, si nos preguntan:—¿Y pretenden ustedes traernos también el anarquismo con sus bombas?

⁂

Demos á la ligera algunas noticias literarias.

El éxito del libro de D. Federico Balart, *Dolores*, no se ha limitado á su venta feliz en las librerías. El Ateneo de Madrid prepara una velada en honor del poeta, á la cual han sido invitados los maestros en el arte, y en primer término sus paisanos los de Murcia; la Comedia también le dispone un agasajo, y, por último, sus admiradores le festejarán con un banquete. El Sr. Balart, que hace veinticinco años tomaba parte tan activa en el movimiento literario, y era uno de los prosistas más brillantes de aquel tiempo, enmudeció, al parecer, para siempre, dejándose dominar por sus tristezas: el dolor le hizo renacer á la vida pública, convertido en gran poeta, y hoy el torbellino le lleva hacia la vida.

Una indisposición me privó de asistir á la comida con que festejaron anoche la festiva musa de Ramos Carrión y Vital Aza por el éxito de su comedia *Zaragüeta* en el teatro de Lara. Sin haber visto aquella obra, me hubiera adherido al pensamiento de brindar por los autores de tantas obras aplaudidas y tan prácticos en el arte de la escena. Brindo idealmente á su salud.

Eusebio Blasco, ausente hace tanto tiempo de Madrid, se halla entre nosotros por algunos días; pasados éstos, volverá á ser *Mondragón* en el *Fígaro* de París. El facilísimo versificador castellano empleará su tiempo en escribir crónicas en prosa francesa. Realmente tiene mérito cambiar tan redondamente de idioma, y más de oficio: pero ¿qué significa esto? Se concibe la emigración de un escritor de mérito que no alcanza popularidad; pero Blasco, que ha tenido en nuestra escena tantos éxitos, ¿cómo ha necesitado trasplantarse y hacer un aprendizaje difícil, buscar un nuevo público, teniéndole tan numeroso entre nosotros? Esto prueba que en España las letras ni aun para los autores de fama y de cartel son lucrativas, ni recompensan el trabajo.

Otro banquete dan hoy al poeta D. Carlos Fernández Shaw sus compañeros los diputados provinciales de Madrid, por el feliz éxito de su arreglo en verso *Severo Torelli*, hermoso drama en cuatro actos, estrenado en el Español y aplaudido en casi todas las escenas. También nos asociamos á este banquete; pero no somos diputados provinciales, y enviamos al autor nuestra extraoficial enhorabuena.

En resumen: en otro tiempo se dejaba morir de hambre á los poetas: hoy están expuestos á una indigestión.

—De vez en cuando aparecen algunos artículos de literatos jóvenes en que se predica guerra contra los escritores viejos y su expulsión del mundo de las letras. ¡Brillante carrera la del escritor! Pasar su vida para hacerse un nombre, y apenas se consigue, ser jubilado por edad y sin derechos pasivos. Más aún: contribuir á dar vida, popularidad y ganancias á un periódico, y entregar la pluma al primero que reclame su plaza. ¿Qué dice usted á todo esto?

—Sólo se me ocurre repetir con Samaniego: «Oh jóvenes amables.....» Gracias, porque no nos decís como el P. Laforga al moribundo: «¡Ea, á morirse pronto!

—Pero ¿basta ser jóvenes para escribir con agrado del público? Cervantes escribió el *Quijote* siendo viejo, y todo es frescura en la obra inmortal.

—La juventud ó vejez del escritor no está en los años, sino en decir cosas que otros no hayan dicho, ó repetir vulgaridades. Sólo hay un medio leal de inutilizar á los viejos: hacerlo mejor que ellos.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.

Desembarco de la embajada y su equipaje.—Llegada al primer campamento.—De Mazagán á Marruecos.—La llegada.—Recepción oficial.

El 17 llegó á la vista de Mazagán el *Legazpi*, con el equipaje de la embajada, además de los 46 caballos que la misma llevaba, comenzando en seguida el desembarque, que se terminó seis horas después, á pesar de la falta de toda comodidad que para operaciones de esta índole presenta aquel puerto. (Véase nuestro primer grabado de la pág. 112.) Por cierto que, según cuentan los periódicos, como el vapor no saludara á la plaza al llegar, negóse el Bajá á darle la *muna*, no considerándolo buque de guerra.

Diéronsela, en cambio, sin dificultad alguna al *Conde de Venadito* apenas llegó, pues al fondear saludó con 21 cañonazos. Enviáronle una barcaza con un ternero, borregos, huevos, gallinas, hortalizas y pan.

En nuestro número pasado publicamos una vista de los muelles de Mazagán, en los que veíanse los curiosos que acudían á presenciar el desembarco del general Martínez Campos. Hoy damos otra vista que representa la escena misma del desembarco.

Fueron primero á tierra los Sres. Del Arco, un hijo del general Martínez Campos y el secretario Sr. Soler.

El General desembarcó á las doce y media, á cuya hora estaba la marea bastante alta para que el bote pudiera atracar á la escalerilla de la misma Aduana. En ésta hallábase el Gobernador de Mazagán y dos dignatarios de la corte jerifiana, para hacer los honores al Embajador, el cual, después de los saludos acostumbrados, montó á caballo, dirigiéndose al campamento.

La comitiva cruzó la ciudad, marchando delante el General, acompañado por aquellos funcionarios, también á caballo, y seguido de una regular escolta de *mejasnias* y *askaris*. Algunos de los primeros iban delante abriendo paso á latigazos, porque la muchedumbre se agolpaba hasta arrojarse á los pies de los caballos. Las azoteas estaban lle-

nas de gente. El cuadro era muy nuevo y hermoso, dándole mayor animación el estampido de los cañonazos que el *Conde de Venadito* y la plaza disparaban saludándose mutuamente.

Las autoridades marroquíes acompañaron al Embajador hasta el campamento, compuesto de cerca de cuarenta tiendas, y en el que entraron todos con gran solemnidad, según se ve en nuestro grabado de la pág. 112.

El martes 23 de Enero, á las siete de la mañana, salió la embajada del campamento de Mazagán para cruzar las dilatadas llanuras de Ducala, tan semejantes á las de Castilla y notables por su gran fertilidad. La primera jornada duró nueve horas, quedando los viajeros rendidos de fatiga.

La embajada marchaba por este orden: Delante algunos *mejasnias*, en la disposición que muestra nuestro grabado primero de la pág. 113; después el general Martínez Campos con sus ayudantes y el Estado Mayor, el intérprete señor Marín, el catedrático de árabe de Zaragoza Sr. Ribera, los PP. Franciscanos de Mazagán, etc., etc. (véase el grabado tercero de dicha página). Poco antes de llegar al Zoco el-Arba incorporóse á la comitiva del Embajador la caravana de periodistas.

Después de cruzar el caudaloso río Tensift por el puente de Alcántara *(el-cántara*, el puente, en árabe), dieron vista los viajeros á la ciudad de Marruecos, actual corte del Sultán, en la que reside desde su regreso de Tafilete. (Véase el grabado segundo de la pág. 113.)

Las autoridades de la ciudad salieron á recibir al Embajador, seguidas de *mejasnias* y *askaris* y de infinidad de curiosos. Los moros corrieron la pólvora é hicieron otras honras y agasajos, según su costumbre, entrando la comitiva en la ciudad precedida de una banda militar y acompañada de soldados del ejército del Sultán en la forma que muestra nuestro grabado de la pág. 116.

La recepción oficial verificóse el miércoles 31 del pasado en el patio llamado de las Audiencias. El Sultán montaba un magnífico caballo blanco y estaba rodeado de todos los personajes de su corte, entre los que se veía al Garnith, su ministro universal y negociador, curtido en todas las habilidades de la más astuta diplomacia. Nuestro grabado de la pág. 117, tomado de un hermoso dibujo del Sr. Simonet, da exacta idea de esta interesante escena, de que tanto se ha hablado comentando alguna de sus circunstancias, y de la que seguramente tendremos que dar alguna otra noticia á los lectores.

Y ya que de nuestro corresponsal artístico en Marruecos tratamos, hemos de decir que en la noticia biográfica que de él publicamos en nuestro número anterior le atribuimos algunos años más de los que tiene, pues acaba de cumplir veintiocho, y omitimos mencionar su admirable cuadro *La Oración del Huerto*, una de las mejores obras que ha producido.

°°°

D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI,

académico de la Española y de la de Bellas Artes de San Fernando.

Barbieri, uno de los fundadores, quizás el principal fundador de la zarzuela, nació en Madrid en Agosto de 1823. De muchacho fué tan travieso, que sus padres le mandaron á un convento de Trinitarios descalzos de Santa Cruz de la Zarza, en la Mancha. Allí aprendió latín y sintió nacer la vocación poética, pues Barbieri escribió muchos y buenos versos.

Quisieron sus padres que estudiara Medicina, pero fué un día al teatro de la Cruz, oyó ópera italiana, y desde entonces se dedicó á la música. Estudió con Carnicer, Broca y Saldoni, y en 1849 estrenó en el teatro de Variedades su primera obra, titulada *Gloria y Peluca*. Dos años después logró con *Jugar con fuego* un triunfo grandísimo.

Escribió infinidad de obras, con gran aplauso del público. Las principales y más famosas fueron: *Gracias á Dios que está puesta la mesa*, *El Marqués de Caravaca*, *Galanteos en Venecia*, *Los diamantes de la corona*, *El Vizconde*, *El sargento Federico*, *Los dos ciegos*, *Un caballero particular*, *Entre mi mujer y el negro*, *Pan y toros*, *Robinson*, *El hombre es débil*, *Los comediantes de antaño*, *Chorizos y polacos* y *El Barberillo de Lavapiés*.

Era también Barbieri literato muy notable, y no sólo buen poeta, como ya hemos dicho, sino también excelente prosista y muy erudito. Había estudiado á fondo la historia del arte en España. Era en todo muy español, pero principalmente en la música, apartándose más que otros de la imitación de la italiana. Pertenecía á la Academia Española y á la de San Fernando.

En breve publicaremos, según anuncia el Sr. Fernández Bremón en la Crónica de este número, un estudio completo de Barbieri y sus obras, de nuestro distinguido colaborador Sr. Esperanza y Sola.

Publicamos el retrato del insigne maestro en la pág. 120.

°°°

CÉLEBRE PARRA DEL PATIO LLAMADO DEL 70,

en las bodegas de los Sres. Rivero Hermanos (C. Z.), de Jerez de la Frontera.

Cuatro bodegas, cuya construcción data de 1750 y que encierran soleras de viejísimos vinos, forman el patio llamado del 70, que toma su nombre de uno de estos edificios por contener la solera establecida en el año de 1770, y está representado en nuestro segundo grabado de la pág. 120.

En uno de los costados de este patio, y como en competencia con la vejez de todo lo que la rodea, se levanta la célebre parra representada en nuestro grabado, tan notable ya en 1750, que se subordinó á su conservación el emplazamiento de las citadas bodegas.

Es opinión de personas competentes en la materia que su edad no ha de bajar de 250 años próximamente, es decir, 126 años más que la célebre de Hampton Court, de Inglaterra, plantada en 1768.

Su cepa ó tronco, que es el que ha procurado detallarse en la fotografía base de nuestro grabado, hecha después de la poda, tiene 3,03 metros de altura, 0,48 de diámetro á flor de tierra, y 0,653 de diámetro en su última sección antes de bifurcarse; dimensiones mucho mayores que las de la citada de Hampton Court, que á un metro de altura mide tan sólo 0,256 de diámetro, y pudiera ser el espacio que cubren sus ramas mucho mayor que el de esta última, á no limitárselo los edificios inmediatos.

Produce grandes racimos de la clase llamada en el país Rompetinajas, uva muy gorda y manchada algo de negro.

Estamos seguros de que los lectores leerán con gusto esta breve noticia de uno de los más hermosos vegetales que hay en España.

°°°

BELLAS ARTES.

Los trabajadores del mar, cuadro de Lionel Walden.

Entre esos hombres de cuerpo robusto y alma sana que á diario luchan con la furia del mar, no hay anarquistas ni cosa que se les parezca. El que de cerca los conoce, sabe que ciertas doctrinas trastornadoras de cerebros harto débiles no han llegado hasta ellos, y que siguen siendo buenos y sufridos, muy al contrario que el obrero de las grandes ciudades, víctima de sus propios nervios perpetuamente excitados por lecturas que no comprende, espectáculos que le hieren y ejemplos que le corrompen.

Dos hermosos tipos de trabajadores del mar son los del cuadro de Walden que publicamos en la pág. 121. Él es un lobo marino, curtido del aire y tostado del sol. Ella una muchacha de la misma madera que el padre. No hay sino contemplar sus fisonomías para comprender que en aquellas almas reina la paz y que les sobran alientos para las más rudas luchas. El espectáculo incomparable de la naturaleza vigoriza el espíritu y le hace inaccesible á las miserables desesperaciones de los neurósicos que viven en las ciudades populosas.

°°°

D. EDUARDO G. BERGES,

primer tenor y actual empresario del teatro de la Zarzuela.

El Sr. Berges es artista por vocación, no por necesidad ni porque el acaso le llevara al teatro.

Nació en Zaragoza en 1852, y allí estudió la primera enseñanza. Cursó la Filosofía en Palencia, por cierto con mucho lucimiento, pues consiguió muy buenas notas y algunos premios. Pasó después á la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, en 1868, y estudió el preparatorio de Arquitectura, en cuya Escuela especial entró en 1872. Después de aprobado el primer año, dejó los libros por la música, y entrando en el teatro logró ser muy aplaudido en el Circo de Paul, cantando la zarzuela titulada *El Último mono*. Este y otros triunfos, principalmente el que alcanzó en la parte de *muezzin* de *El Tributo de las cien doncellas*, le dieron mucha reputación, siendo contratado como primer tenor para la isla de Cuba y estrenándose con general aplauso en el teatro Albisu, de la Habana.

Aumentó con esto la fama de que comenzaba á gozar, y al volver á la Península fué contratado por la empresa del teatro de Apolo (1880). Desde entonces no ha dejado de trabajar en la corte ninguna temporada.

Berges ha estrenado las obras más aplaudidas de los principales autores contemporáneos, entre ellas *La Tempestad*, *La Bruja*, *El Milagro de la Virgen*, *El Rey que rabió*, la ópera *Cristóbal Colón*, etc., etc. Ha sido el primer tenor español que ha cantado la *Carmen* de Bizet, y el único que ha cantado *Filemón et Baucis*, de Gounod. Hace ocho años que, solo ó asociado, viene siendo empresario de nuestro primer teatro de zarzuela, y de muchos de los principales de provincias. Es muy querido del público, que le aplaude siempre, sobre todo si canta la jota, lo que hace con una gracia especial.

Ha recibido Berges (cuyo retrato publicamos en la página 124) buen número de distinciones, desde la gracia de caballero cadete, que le otorgó D.ª Isabel II en 1862, hasta la de caballero de las Reales órdenes de Isabel la Católica y Carlos III, la de Cristo de Portugal, y la cruz de primera clase que creó D. Amadeo para los Voluntarios de la Libertad.

G. Reparaz.

LA CIUDAD DE MARRUECOS EN EL SIGLO XVI.



AS vicisitudes políticas que trastornan y alteran sobre modo los estados africanos desde el siglo XIII, con el advenimiento de los Beni-Merines, debían poderosamente reflejarse en la hermosa ciudad de Marruecos, que habían embellecido á porfía, unos después de otros, almoravides y almohades. Ruinas eran ya, con efecto, no pocos de aquellos edificios que la ennoblecieron, cuando los Beni-Merines escogen á Fez, la *ciudad pura*, ó *Dar-al-baidha*, como por antonomasia la apellidan, para corte y asiento de aquellos poderosos sultanes que en tantas ocasiones invaden el suelo de la Península, durante los días de Alfonso X y de Sancho IV, y que á la postre, en el Salado, son con estrago vencidos por el esfuerzo y el valor de los guerreros de Portugal y de Castilla.

Cierto es que, cual recuerdo de su grandeza, Marruecos continuaba prestando su nombre al Imperio musulmán, y no lo es menos que cuando, ya en el siglo XVI, á Ahmed Xerife sucede su hijo Abd-ul-Láh, á quien denominan Muley Abdala los escritores, pareció renacer á nueva vida la población, recobrando en mucha parte su esplendor perdido en otros tiempos.

Cercada y defendida aparecía entonces por altos y fuertes muros, «hechos de cal y arena, y tierra, y de vna argamasa tan rezia, que si dan con vn pico en ella, salta luego como si diesen en vna peña viva», y contaba no menos de veinticuatro puertas, siendo la fábrica de la muralla tal, que con «auer sido destruyda muchas vezes», estaban «tan sanos los muros—al decir de testigo de mayor excepción – que no ay un portillo ni más en toda ella», semejando su edificio «auer sido hecho con pareçer de grandes officiales, porque es admirable la manera de la traça y fábrica que tiene» (1).

Hacía su ámbito capaz la población para más de 100.000 vecinos, asegurándose, no sin exageración, que en los días de Aly-ben-Yusuf-ben-Texufin «auia en Marruecos 100.000 casas pobladas», como afirman los escritores que bajo el dominio de los almohades fué «la mayor y más rica población de toda Affrica». Cerrada por «fuertes muros y torres», con «su reuellin y fosso»,—á la parte de Mediodía tenía unida á la ciudad «una grande y muy hermosa alcaçaua, capaz de 4.000 casas ó más», á la que daban acceso dos solas puertas, la una á la parte de la sierra, y la otra que hacia la ciudad se dirigía. Guiaba la primera á una plaza de mediano grandor, en la cual existían «muchos silos en que solían los reyes antiguos encerrar el trigo y la ceuada»; y la segunda, por una calle derecha, daba paso á otra plaza «delante de la mezquita que edificó Abdul Múmen, rey de los Almohadas, la qual es muy grande y muy hermosa de dentro y de fuera».

«Esta mezquita—escribe Mármol—dizen los escriptores que hizo alçar cinqüenta codos más de lo que estaua, Iacob Almançor, nieto de Abdul Múmen, porque era baxa, y que edificó en ella la torre que oy tiene, que es de la propia traça y hechura que la de la yglesia mayor de Seuilla y que la de la ciudad de Rabato, las quales dizen que hizo un proprio maestro.» Afirma este escritor que, «demás desto, la adornó de muchos jaspes y alabastros que hizo lleuar de España», y, con olvido seguramente de los hechos, asegura que «puso en ella por trofeo *las puertas de la yglesia mayor de Seuilla*, que se veen oy día cubiertas de menudas pieças de bronze, con sus aldauas grandes labradas del proprio metal, en la puerta del Cierço, que responde al acequife viejo, y está junto al colegio que llaman de el Madaraça, *y se conocen bien por las letras latinas que ay en ellas*» (2), completando el trofeo con «dos campanas que lleuó de España, las quales están colgadas al reués con gruessas cadenas de hierro, en una naue donde son vistas de los que entran y salen de la mezquita» (3).

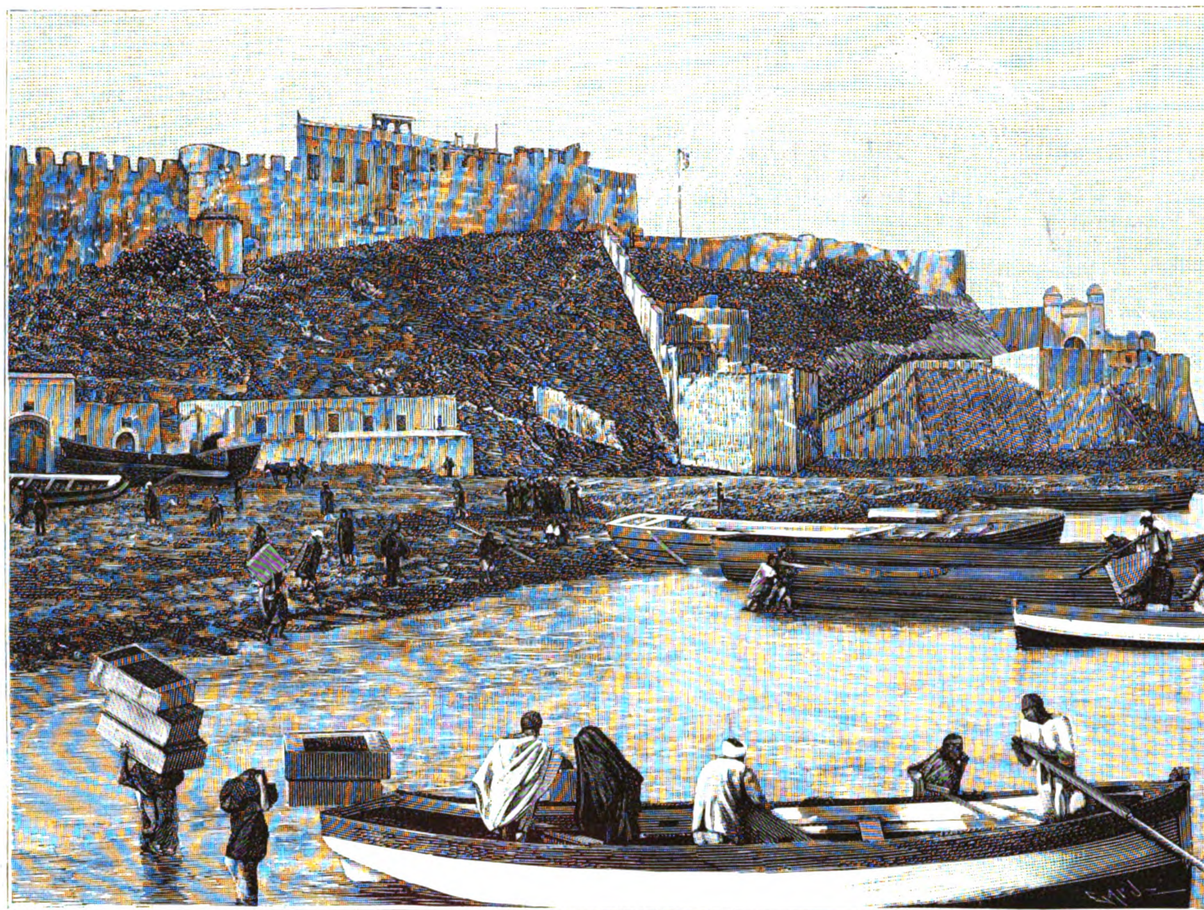
Inmediato y unido al templo mostrábase «vn colegio antiguo», que Mármol supone erigido por Abd-el-Múmen, y que Ben-Batuta afirma con mayor discernimiento haber sido fundado por Abú-l-Hasán Aly, sultán de los Beni-Merines, al mediar de la XIV.ª centuria. Aquel es «el *Modarça* (que quiere decir el martilladero de las sciencias)», la *Madraza al-áchiba* ó admirable, á la que concurría gran número de estudiantes, y donde eran cultivadas, demás de las ciencias teológicas y filosóficas, el derecho, las ciencias naturales, la gramática y la historia (4). Disponía de rentas propias, donadas por los sultanes, y en esta Universidad encontraban los escolares no sólo el alimento de la inteligencia, sino el del cuerpo, atendiendo de igual suerte á costear sus trajes y sus ropas.

(1) Mármol, *Descripción General de Africa*, lib. III, capítulo XL, fol. 27 vto.

(2) Conquistada Sevilla en 1248, no hay para qué alegar razón alguna en contra de la afirmación de Mármol, con respecto á la procedencia sevillana de tales puertas: pero como no es dable sospechar de la sinceridad con que habla, y con que refiere que tenían *letras latinas*, no hay duda tampoco en que, con efecto, pudieron ser, en algunas de las invasiones que verificaban los africanos en España durante el siglo XIII, arrancadas de alguna iglesia y llevadas como trofeo á Marruecos. Ignoramos si en la actualidad existen, pues no hay viajero que de semejante particularidad haga mérito, á excepción de Mármol.

(3) Uso fué y costumbre frecuente por parte de los musulmanes este sistema de trofeos, del cual no debió ser sin duda iniciador en nuestra España el famoso háchib de Hixém II, Mohámmad Abi-Amer *Al-Manzor* en el siglo X, al trasladar desde Santiago á Córdoba las campanas de aquella iglesia catedral, para colgarlas como lámparas en la Mezquita-Aljama de los Abd-er-Rahmanes. El mismo proceder observaron siglos después los piratas africanos que corrían y estragaban las costas, y buena prueba de ello ofrece, entre otras que podrían ser alegadas, la campana que trajo el cardenal Cisneros de Orán, ya convertida en lámpara, y que figura en el *Museo Arqueológico Nacional* actualmente, después de haber figurado en las Universidades de Alcalá y de Madrid hasta la fundación de aquel establecimiento científico. El testimonio de Mármol confirma nuestros asertos, enunciados antes de ahora *(Lámpara de Abú-Abd-il-Láh Mohámmad III de Granada, apellidada vulgarmente Lámpara de Orán; Museo Español de Antigüedades*, tomo II, págs. 465 á 491).

(4) Mármol escribe á este respecto que en esta *Madraza* ó *Madrisa*, los maestros, que eran numerosos, «leyan reglas de astrología, y de nigromancia y otras artes, y sciencias naturales, y la gramática arauiga, y cosas de su ley, temporales y espirituales» *(Op. et loco cita.)*.



MAZAGÁN.—DESEMBARQUE DE LOS EQUIPAJES DE LA EMBAJADA.

Ya en el siglo XVI, y en los días del Xerife Abd-ul-Láh, era llegada esta Madraza á gran decadencia; había, con efecto, fundado aquél otra en la parte baja de la ciudad, y así, en la indicada época, era designada con el nombre *Al-cádima ó la antigua*. Conservaba, sin embargo, su grandiosa apariencia, que le había dado en siglos anteriores renombre y título de *admirable*, y debía ser en realidad digna de atención, por las labores de yesería que la decoraban, «vna grande sala, labrada toda de Musayco», según denominaban la yesería en la época del Renacimiento, delante de la cual se extendía «un espacioso patio enlosado de grandes losas de alabastro», en cuyo centro se ostentaba, como era costumbre, «vna pila de piedra, baxa á la usança Affricana, que es tenida por la mayor de una pieça que ay en toda Berbería».

A la parte oriental de la alcazaba ya mencionada, entre este edificio y la muralla, «y hasta llegar al palacio viejo, donde solían viuir los reyes passados», dilatábanse los huertos Reales, de suerte que «todo aquel trecho, que es muy grande», estaba «lleno de hermosas arboledas y frescuras», que daban singular encanto al paisaje, y que demostraban la fecundidad del suelo de Marruecos. A la parte occidental de la alcazaba, y cerca de la plaza donde se hallaba la mezquita mencionada arriba, existían dos palacios principales, en el extenso barrio apellidado *el-Bora*, donde—siguiendo la usanza y costumbre de los tiempos medios, y



MAZAGAN.—LLEGADA DE LA EMBAJADA AL CAMPAMENTO ESTABLECIDO EN LAS INMEDIACIONES DE LA CIUDAD.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



LA EMBAJADA EN MARCHA.—LA VANGUARDIA.



CAMINO DE MAZAGÁN Á MARRUECOS.—EL PUENTE DE ALCÁNTARA.



LA EMBAJADA EN LAS LLANURAS DE DUCALA.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

por hallarse, cual los judíos y mudejares entre los cristianos, *sub coronâ*—habitaban los muzárabes, «de quien, dice Mármol, se seruían los reyes de Marruecos en la guerra», como custodiaban la persona del Amir de los muslimes.

Desarraigados los muzárabes marroquíes por don Juan I de Castilla, si no lo fueron por otras muchas causas,—en el siglo XVI ocupaban el barrio de los cristianos «las casas de la munición, donde se labran cada mes de ordinario quarenta y seys quintales de pólvora y se hazen muchas escopetas y vallestas, y otras armas».

Siguiendo hacia mediodía desde esta plaza de la mezquita, atravesaba de poniente á levante la muralla de la alcazaba; y penetrando por la Puerta llamada *Bib-Tobul*, hacíase un zoco ó mercado «en que se venden cosas de comer», guiando luego derechamente estrecha calle á una gran plaza, llamada el *Cereque*, según Mármol, ó *Ax-Xarque* (la oriental), donde se verificaban «las fiestas y regozijos las pascuas y los días señalados del año», levantándose en ella «los palacios Reales», y no lejos de allí y de *Bib-Tobul*, «delante de la prisión» que en tiempo de Mármol tenían «los christianos, la calle sola en medio», había «vn gran palacio que llaman—dice—la casa de la Victoria (ó el darçana) (1), donde se funde la artillería y se hazen las armas y municiones de guerra».

Desde la plaza del *Cereque* veíanse «de vn cabo y de otro muchos edificios de palacios antiguos», el principal de los cuales, situado al mediodía y casi al de la sultanía unido, servía de morada «al alcayde de los alcaydes, que es como presidente ó capitán general», figurando en la misma plaza otro palacio, antiguo, «que solía ser el estudio donde yuan á leer los hijos de los reyes», y en el cual aparecía como obra notable la de las puertas de ciertas alacenas, en una de las salas, las cuales puertas eran «de alerce, entalladas de menudas pieças de marfil con labores de oro, y de colores tan biuas» que el tiempo parecía no hacer en ellas estrago; demás de esto, hacían digno de su grandeza al edificio otros salones, cuyos muros, decorados de yesería y de azulejos cortados, tenían «la arquitectura dorada y labrada de muchas colores».

Todas estas fábricas suntuosas, con otras varias, fueron incorporadas al real palacio por el Xerife Abd-ul-Láh, labrando las que, á partir del alcázar viejo, detrás de la mezquita de que queda hecho mérito, las enlazaban hasta llegar por tal camino á la plaza del *Cereque*. Hermosos patios, aposentos maravillosos por la riqueza en ellos desplegada, palacios suntuosos para las mujeres del *harem* y para las concubinas, fuentes murmuradoras y soñolientas, todo el descompuesto refinamiento de que da idea la Alhambra granadina en la agrupación desordenada de sus *Cuartos*, otro tanto debió ser y será el alcázar de S. M. Xerifiana. En tiempo de Mármol tenía uno de los palacios referidos «tres salas baxas con sus alcobas doradas (2), y en la de en medio tres fuentes de agua, y dos puertas que responden á dos hermosos verjeles de jazmines, laureles y arrayhanes y otras muchas flores olorosas».

Entre las mezquitas dignas de llamar la atención—pues existían muchas, antiguas y modernas—figuraba en primer término la que llamaban *Meschid el Quetibin* (3), la cual «edificó Alí-ben-Iuçef, tercero Rey de los Almorauidas», dándole nombre, pues más era y siguió siendo conocida por el de este Amir, á despecho de las obras con que se asegura la reconstruyó Abd-el-Múmen, quien sólo respetó el minarete, el cual «es tenido por el edificio más alto que hay en Affrica», hasta el punto de que se crea que fué erigido por gigantes; pero de más respetable originaria antigüedad era la *Meschid el Quibir*, ó mayor, que se aseguraba fundó Yusuf-ben-Texufin, y que, reconstruída en el siglo XVI, se hallaba inmediata á la nueva *Madraza* del Xerife Abd-ul-Láh, á que se hizo referencia arriba.

Casi en el centro de la ciudad, y cerca de la antigua judería, estaba el zoco *el Quibir*, ó el mercado grande, que es la plaza mayor, y en medio de ella se alzaba «vn alto monte de tierra» más elevado que los edificios, donde se ejecutaba la justicia en los malhechores, viéndose allí de continuo «muchas cruzes en que los justician de differentes maneras». Cerca de este mercado, en que hay tiendas «de herreros, çapateros, carpinteros, y de toda suerte de officios, y tenderos que venden mercadurías y cosas de comer», estaba la *Alcaicería*, donde se vendía la seda y los paños de lino, de algodón y de lana fina y basta, batanados y por batanar, y donde se hallaba la casa de la Aduana; pero lo que figuraba entre «las cosas memorables de la ciudad» era «el soberuio edificio del agua, que muestra bien—dice Mármol—el poder que tenían aquellos infieles quando lo hizieron: porque entran en la ciudad 400 acequias, que todas vienen de hazia Mediodía, y paßan muy hondas por debaxo de tierra».

Tal, con otras obras de traída de aguas que ejecutó Muley Abd-ul-Láh, era Marruecos durante el siglo XVI, á pesar de las vicisitudes que hubo de experimentar, entre las cuales no es para olvidada la peste que, según algunos escritores, mermó en 1526 la población, dejándola casi huérfana de sus habitantes. Y á la verdad, que su aspecto entonces no debía de ser sino por extremo agradable, dadas la fecundidad exuberante de su suelo, la abundancia singular de acequias y de fuentes, la elegancia y la esbeltez de los altos alminares, la espléndida riqueza de algunos de sus edificios, la reverberante blancura del desigual caserío, amontonado en desorden, y la abigarrada muchedumbre que la poblaba, todo ello bajo un cielo azul que aun á nosotros los españoles nos habría de parecer imposible, é iluminado por los ardientes rayos de un sol poderoso y vivificante!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) *Dársena ó Atarazanas*, que no significa, ciertamente, lo que asegura Mármol.

(2) No sabemos si aquí Mármol alude á habitación de cúpula, que es lo que en árabe significa *alcoba*, ó si, con efecto, hace referencia á los *alhamíes*, donde hacían lecho los muslimes.

(3) Es la que Ben-Batuta llama con más propiedad *Al-Kutubin*, y dicen hoy la *Kutubia*.

LOS TEATROS.

En el de la Princesa: *Nieves*.—En el Español: *Luchar por los hijos* y *Severo Torelli*.—En el de Lara: *Los Lunes del Imparcial* y *Zaragüeta*.—En el de Apolo: *La Verbena de la Paloma, ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*.

CON la cuenta de la quincena, preséntanme mis largos apuntes para esta crónica una cuentecita atrasada de obras escénicas de las que aun no he dicho una palabra y que me obligan á decir algunas por lo que el buen nombre de los autores vale para mí y significa en la historia de la dramática contemporánea.

Refiérome, en primer término, á la tantos años esperada *Nieves*, señora que Ceferino Palencia nos presentó, *por fin*, con la corona de Condesa de Alamar, de la que estaría por mí dispensada si luciera todos los reflejos de la otra corona, de la que el poeta ha merecido por obras que tanta y tan legítima reputación le han dado en el teatro.

Los pecados más perdonables de *Nieves* nacen todos de un imperdonable pecado del poeta. Se comprende que, herido viva y repentinamente por una idea mala: enamorado hasta la ceguera de un asunto antipático, le ponga el poeta con precipitación en el telar de su estudio, urda bien ó mal el plan, zurza peor ó mejor las escenas y, con la tinta fresca todavía, lleve la obra al reparto, á los ensayos y al estreno, sin temor de que el director ó el empresario puedan ver lo que él, cegado por la pasión, no ha visto.

Lo que no se comprende es que el autor de *El Guardián de la casa*, que no había llevado nunca al teatro malos pensamientos ni antipáticos asuntos, haya pasado diez años largos de premeditación, y hasta de alevosía contra sí mismo, afanosamente encariñado con su *Nieves*, afinando el plan, rehaciendo actos, retocando escenas, sin acabar de ver, en el supremo instante, que su Condesa de Alamar tenía la fealdad de origen y el vicio, por decirlo así, de constitución, incurables aun con todos los procedimientos del verdadero arte de hacer comedias.

El amor tenaz al asunto de *Nieves* ha sido para Palencia uno de los «Cariños que matan», cariño de suicida, que no le ha dejado ver la terrible «Carrera de obstáculos» que se le presentaba, ansioso al fin de llegar á «El Desquite» de lo perdido en el largo silencio, hasta por encima y en contra de su patriótica idea literaria de «La Charra», pecado de que no le absolvería ni su mismo «Cura de San Antonio».

Porque Ceferino Palencia, en su última obra, resulta grande y perniciosamente afrancesado. No sé hasta qué punto habrá influído en su ánimo el triunfo constante de su esposa, María Tubau, con el largo repertorio francés, desde que la inteligente artista empezó á campar por sus respetos, libre ya de los que le había merecido la dirección de Emilio Mario.

Esa influencia, la ejercida por los discutidos atrevimientos realistas de algunos de nuestros buenos ingenios dramáticos, y quizás también el miedo incomprensible de verse arrinconado quedándose en su bien cultivado terreno de la sencilla, tradicional comedia española, le han llevado año tras año, día por día, de la blanca y pecadora mano de *Nieves*, hasta esa fatal caída que han querido hacerle menos dolorosa algunos críticos afectuosos, con eufemismos, pretericiones y hasta ingeniosas y hábiles huídas á la crónica madrileña.

Creo yo que Ceferino Palencia debe estar ya convencido de que su adorada *Nieves* es una equivocación completa. Al remontar su vuelo á la alta comedia, no ha podido respirar el ambiente de un mundo que no conoce. Aquella Condesa, rica, viuda, bella, orgullosa, con toda la experiencia del mundo en que ha nacido, no puede proceder en sus pasiones, ni en sus mismos vicios, como una chula de la última capa, de la capa empeñable y hasta vendible. La malicia y el ingenio de que hace alarde le han de servir siquiera para salvar, con las apariencias, su orgullo nativo. Su entendimiento y su corazón, que alguna vez fulguran, deben ver, después de tanto tiempo, lo que ve el público apenas asoma Pepe Andújar: que éste es un canalla sin vergüenza y sin espíritu, y que el cederle—sin necesidad de aquella Celestina *embajadora*—es el más terrible golpe que puede dar á su rival, la de Santa Clara.

Casi todo lo que sucede y se habla en aquel hotel aristocrático parece que debe suceder y hablarse, con palabras más pintorescas, en esfera mucho más baja. Y gracias á que la rival de Nieves, la otra chula, la otra Condesa, no sale, se queda en personaje de referencia.

La única figura simpática del cuadro es Monteagudo, el antiguo tutor de la de Alamar, de la que toma al abnegado gibisero por su *Deus ex máchina*, por providencia justiciera é instrumento de venganza en el final supremo y desesperado.

La condesa Nieves le ha declarado infalible de solemnidad en un simulacro de duelo, en el segundo acto, para que al disparar ella aquel tremendo «¡Mátale!»—última palabra de la comedia—se convenza el público de que Andújar muere al fin á manos de un asesino; porque el indecoroso chulo de frac, según la actitud firme y la voz de mando de su airada prenda, va al desafío

«Como una res destinada
Por su dueño al matadero.»

En la última comedia de Ceferino Palencia—en la que relampaguean á ratos el ingenio y el dramático instinto del autor—puede decirse que todo lo llena y domina el carácter imposible de Nieves, que tan á prueba había de poner el talento de María Tubau. Y como *Nieves* no interesa al público, éste concluye por apartar los ojos de la protagonista y concentrar todo su interés en la intérprete valerosa, haciendo de ella la verdadera heroína de la comedia.

En la noche del estreno, desde que María apareció, verdadera y profundamente conmovida, con su elegante traje de aristocrática cazadora, adivinó el público que nuestra inteligentísima artista iba á librar una terrible batalla por el buen nombre de su esposo. Y ¿quién puede dudar de que la victoria de la actriz fué completa? Tras aquella tremenda lucha, aun en tensión los nervios de la mujer y resonando todavía en el oído de la artista los ruidosos aplausos del público, pudo decir María en el sagrado del hogar doméstico, á solas con el esposo: «Mi batalla no ha sido estéril: el honor ha quedado á salvo.»

***

La empresa del teatro Español fundaba una de sus esperanzas en el melodrama titulado *Luchar por los hijos*, primera producción escénica de un estimable y laborioso novelista. El Sr. Martínez Barrionuevo llegaba á esgrimir sus primeras armas en el teatro en el género que á un autor ya de larga experiencia puede ofrecer mayores dificultades: como que el melodrama exige juntas todas las grandes y especiales condiciones que piden los demás géneros que en la escena se cultivan. El público busca á ratos en la *vis cómica* como un descanso de los efectos de la fuerza dramática de las culminantes situaciones, y en la perfecta claridad de la exposición y del desarrollo del asunto el interés vivo y creciente que le lleve con una acción bien definida á un final más ó menos sorprendente, pero lógico, en consonancia con el propósito capital de la obra.

No ha podido llegar á tanto—ni á mucho menos—el autor de *Luchar por los hijos*. La gracia se concentra en un solo punto episódico, sin que el espectador vuelva á consolarse de las fatigas de su atención con *gitanadas* como las que dice Pepe Rubio al lado de la paciente y miserable bestia del gitano.

Las fatigas de la atención del público proceden de que allí no hay exposición clara, ni acción única y definida, ni desarrollo natural de plan bien concertado, ni personajes de carácter bastante á atraer las simpatías del espectador, que en aquella alborotada reclusión de penados por la ley no ve más que un presidio *suelto*—como decía el general—y en el siguiente acto—en el tercero—un cúmulo tal de incidentes y de abarrotados conflictos, que con ellos podrían tramarse cinco melodramas, todos diferentes, mientras el público se entregara á la imposible tarea de explicarse el porqué de todo aquello que sucede y se habla *á salga lo que saliere*.

Si el novelista Barrionuevo convirtiera su melodrama *frustrado* en una novela de aquellas interminables por entregas, mucho tendría que hacer sudar á las máquinas de la imprenta antes de llegar al fin del reparto de tanto suceso incoherente y de tantos personajes sin orden ni relación en el asunto y sin fuerza todos ellos para despertar sentimiento de ninguna especie ni en los sencillotes espectadores de la alta galería, que se han contentado esta vez con aplaudir las baladronadas de los presidiarios que allí sacaban *la ley de la hoja del puñal* como la única ley acatable y posible para ellos.

Un prosista hecho por estudio y por costumbre, como el autor de *Luchar por los hijos*, pensará para otra vez que no es el verso la mejor forma del diálogo en el melodrama, y también confío en que su talento mismo le llevará á estudiar el terreno del teatro—del que tan lejos ha vivido—para llegar á conocer bien los recursos con que en él se triunfa.

Llegó después el estreno de otra obra de esperanzas para la empresa del teatro Español, en cuyos directores, como en toda la compañía, hay que reconocer una laboriosidad infatigable y un deseo de acertar digno de elogio.

Severo Torelli, obra que tantas distinciones valió en la República vecina á Francisco Coppée, ha llegado al escenario del Español por el amor que al gran poeta lírico de Francia profesa el nuestro, muy celebrado, D. Carlos Fernández Shaw, que nos había dado á conocer antes inspiradas y bellas poesías del famoso autor de *El relicario*.

Todo lo que el cariño, la admiración y el deseo del triunfo del ídolo podían llevar á la obra en nuestra escena, lo ha realizado en su difícil trabajo de traductor nuestro poeta animoso. Aquí, como en Francia, *Severo Torelli* ha brillado más por la forma que por el fondo; más que por el asunto y el plan, por la hermosura y grandeza de los pensamientos y por los esplendores de un encantador lirismo, ropaje deslumbrador de un cuerpo que se desliza penosamente entre las sombrías encrucijadas del pueblo, que se ahoga y se revuelve desesperado bajo el férreo poder tiránico de Barnabo Spínola.

Conjuración por conjuración, teatralmente, me quedo con *la de Venecia* de nuestro famoso Martínez de la Rosa. También allí el conjurado principal aparece al fin hijo del tirano. Pero la paternidad de Spínola es muy dudosa para el espectador en *Severo Torelli*, aunque para la madre de éste indudable y *cierta* sólo *porque sí*, con lo cual está sirviendo de no muy legítimo y fundado recurso de situaciones desde el segundo acto hasta el final de la obra.

La paternidad verdadera de Juan Morosini en el drama de nuestro Martínez de la Rosa, la descubre el mismo padre de una manera sorprendente cuanto sencilla y natural, entre los terribles efectos de aquel interrogatorio dirigido á su desdichado hijo Rugiero por el Tribunal de los Diez, que él preside, y del cual se retira sin sentido, abrumado por el doloroso reconocimiento, seguro de que el fallo del Tribunal lleva al patíbulo á Rugiero, que después dice aquellas sentidas y hermosas palabras: «Sí, sí, es mi padre, cuando ni al morir logro el consuelo de verle.»

En el camino sombrío y un tanto fatigoso que nos traza el argumento de *Severo Torelli*, nos hallamos alguna vez con cuadros de gran efecto, como el final del primer acto; escenas hermosas y delicadas, con todos los fulgores de la verdadera inspiración poética, como aquella de Porcia y Severo, en que tanto han puesto de su parte el cariño y la admiración del poeta castellano al gran poeta y delicioso *conteur* de Francia.

Pero—como ya dejo indicado—el triunfo del poeta lírico había de obscurecer en Francia el del autor dramático, y ya por eso se pensó á tiempo en intérpretes, en lo posible, á imagen y semejanza del poeta, que llevasen al oído y al corazón de los espectadores toda la ya dulce, ya vigorosa armonía de aquellos versos admirables, expresivos de tan delicados sentimientos y de tan tormentosas pasiones.

Nuestro poeta traductor ha llegado hasta donde podía llegar, y no es poco. Pero los artistas del teatro Español, si han hecho lo posible para ellos, para la obra no han hecho lo bastante. Sólo Julia Sala, la bella figura de Porcia, ha sido un momento delicada intérprete de los primores de la musa. Los demás aplausos del público, los poetas solos, vigorosamente unidos, los han conquistado.

***

Tomás Luceño, con su regocijado pasillo cómico *Los Lunes del Imparcial*, escrito, improvisado casi para que luciera Balbina Valverde en su beneficio con aquel bien trazado tipo de vendedora de periódicos, que á ella y al famoso sainetero vale tantos aplausos; el tan justamente celebrado autor de *El ilustre enfermo*, ha sido ahora en el teatro de Lara dignísimo precursor del triunfo más legítimo y más completo que ha podido y pueda alcanzarse por un autor cómico, aunque éste reuna todos los méritos que juntos lucen siempre Miguel Ramos y Vital Aza.

Aza y Ramos colaboran tan estrechamente unidos y se completan de tal modo en la labor artística, que el público va ya á sus estrenos sin la menor duda acerca del éxito de la obra. Con *Zaragüeta* han llegado ya al colmo, poniendo un sello indeleble de justificación á confianza tan legítima de los espectadores, que los aclaman como á los dos primeros autores cómicos ahora militantes.

El asunto de *Zaragüeta* no puede ser más sencillo; por eso es tan admirable la urdimbre de aquellas escenas en que no se interrumpe un instante el interés, siempre creciente, de paso que el regocijo de los espectadores lleva el camino de llegar á cada momento y de un modo irresistible á la franca y tempestuosa carcajada.

Allí no hay embrollo, ni falsedad alguna que deslumbre y aturda; todo es natural, todo va naciendo y desarrollándose lógicamente, desde la exposición clarísima del argumento. Desde que aparece Carlitos, el supuesto enfermo que sus tíos esperan impacientes y alarmados; apenas confía á su graciosa prima Maruja la solemne superchería con que trata de sacar á su tío D. Indalecio los fondos necesarios para librarse de sus trampas y, sobre todo, del usurero Zaragüeta, el público está pendiente de los labios de todos aquellos personajes tan natural y hábilmente trazados.

El ambiente que se respira en aquella casa de labrador rico de tierra de Salamanca; el hermoso realismo de aquel cuadro en que se mueven los viejos hacendados, la linda Marujilla, el médico del pueblo, los fieles criados de la casa, hasta las gallinas que en el fondo invisible cacarean de gusto picoteando el grano; todo ello predispone ya—por magia del habilísimo ingenio—á fijar la atención en la graciosísima fábula, hasta que abandona el campo el empedernido usurero y sordo Zaragüeta, que se vuelve á Madrid sin saber que cobra la deuda de Carlos como médico imaginado por los otros cómicos personajes.

Allí, en aquella maravillosamente trazada comedia de Ramos y Aza, es donde pueden ir á aprender verdadero arte los numerosos pobres explotadores del *quid pro quo* que nos van saliendo sin ingenio que les valga; allí es donde pueden ir á convencerse de que la gracia que persuade y el chiste que dura son los que nacen de la situación bien preparada, del carácter ó el tipo bien trazado, del choque natural de intereses opuestos de los personajes, sin necesidad de burdos dislocamientos de frases, ni de esos retorcidos ó sucios equívocos que á diario nos ofrece la turbamulta de industriales de la escena.

Preciso me sería prolongar sobradamente este artículo si hubiera de ir señalando en detalle todos los incidentes altamente cómicos y todos los recursos de arte de buena ley que hacen de *Zaragüeta* la más acabada comedia que han producido los ingeniosísimos autores de tantas otras que son verdadero encanto del público.

El éxito de *Zaragüeta* es de esos que llevan naturalmente una obra á llenar las temporadas teatrales con la resonancia de su título y de los famosos nombres de los autores, teniendo además en cuenta que todos los artistas de Lara han sido completos, felicísimos intérpretes de esa obra maestra del ingenio puro español, de que Dios y el noble estímulo nos den muchos ejemplos para aumento de honra de nuestro envidiable teatro.

***

Poco espacio me queda para hablar hoy de otro estreno que da también al cronista ocasión de satisfacciones en el elogio. Pero no quiero cerrar este artículo sin algunas palabras que interpreten de algún modo el efecto producido por la unión del ingenio de Ricardo de la Vega y del talento del maestro Bretón en el sainete lírico recientemente estrenado en Apolo.

Es *La verbena de la Paloma* un sainete que se apunta en sus escenas de exposición, pero que después no tiene aquel natural é interesante desarrollo que distingue á muchas obras del ingeniosísimo autor de algunos completos sainetes.

Pero el cuadro es primoroso y animado, y en aquel apasionado cajista Julianillo se percibe, con la gracia natural del tipo madrileño, un perfume de sentimiento delicado que hace de él el personaje que llega de verdad allí á ganar todas las simpatías del público. Por eso le sigue éste con atención constante desde que la tabernera trata de contener los ímpetus de sus celos con su eterno y gracioso «Tiés madre», hasta que sus celos *mal reprimidos* le llevan á armar la tremolina entre *el boticario y las chulapas*.

También es un tipo bien observado aquel de la especie de Celestina de chulas, en que la señora Vidal mereció aplausos del público, como en el Julianillo los había logrado antes Emilio Mesejo. Así los hubiera merecido Rodríguez, algo deficiente y falto de arte en el boticario, sobre todo en situaciones musicales admirablemente servidas por el maestro Bretón.

Yo no entiendo una palabra de eso de *fuga* y *contrapunto*. Pero, á juzgar por mis vivas impresiones, en *unísono* con las que notaba en el entusiasmado público, nuestro insigne autor de *Los Amantes de Teruel* ha compuesto para *La verbena* una música popular *ilustrada*, llegando con ella á la entraña del pueblo, que siempre agradece que le ilustren. El gran talento del compositor brilla allí quizás demasiado ampliamente para aquel sencillo cuadro de artistas. El completo y legítimo triunfo que ha alcanzado con la ocasión ofrecida en buen hora por el hábil sainetero, hace desear que, cuando la muerte nos arrebata maestros como Arrieta y Barbieri, vengan maestros como Tomás Bretón á renovar la vida gloriosa que aquéllos dieron á la lírica dramática pura española.

EDUARDO BUSTILLO.

20 de Febrero de 1894.

PROYECTIL DEL SIGLO XV.

Ahora que, con motivo de los sucesos de Melilla, se han publicado figuras y descripciones de las potentes máquinas que constituyen el material moderno de guerra en los ejércitos y armadas de mar, ofrece curioso contraste un proyectil del siglo XV, conservado cuidadosamente en la catedral de Valencia, y que pudo verse entre los interesantes objetos de la Exposición Histórica, formada en el Palacio de Recoletos para conmemorar el Centenario cuarto del descubrimiento de América.

Es un astil de madera fuerte (fig. 1.ª), de $1^{m},70$ de longitud y $0^{m},07$ de diámetro, con punta aguda de hierro en un extremo, y, cerca del otro, que está zunchado, hélice de tres alas, también de hoja de hierro. En los dos tercios penden de sendos zunchos ramales de cadenas, que sostienen balas de $0^{m},14$ de diámetro. El Catálogo de la referida Exposición explica (1) ser instrumento con que el rey D. Alfonso V de Aragón rompió las cadenas que cerraban el puerto de Marsella en 1423, y que estas cadenas y el aparato depositó luego como trofeos de victoria en la iglesia.

Es posible que la tradición haya sufrido alteraciones, como de ordinario acontece á todas: los ramales y las balas pendientes parecen sobrepuestos al proyectil, que, discurrido para ofender á las naves disparándolo con máquina balística, hubo de ser sencillamente un virote enorme, en proporción con los que lanzaban las ballestas de mano como la de la bala de cañón con la de fusil. Apoya esta suposición el párrafo siguiente, escrito por el cronista Beuter:

«A manera de las catapultas se inventó un otro ingenio que sirviese en tierra y para la mar, que tirase unas saetas largas de seis palmos, gruesas como una pierna de un hombre, y era el artificio (fig. 2.ª), que escogido un árbol recio de madera fuerte, como es el guijolero, ó semejante, que fuese alto y derecho, cortado y polido, dando al pie un cuarto del árbol para cortar, y aquello que quedaba entero guarnecíanlo de hierro con unas argollas llanas y muy firmes, y asentábanlo en una basa agujereada de piedra que lo tuviese recio; después, á la una meitad partida, hacíanle en lo alto (después de haberla cortado un palmo ó más que la otra) cierto asiento para una tablilla que estuviese

(1) Sala VIII, núm. 11.

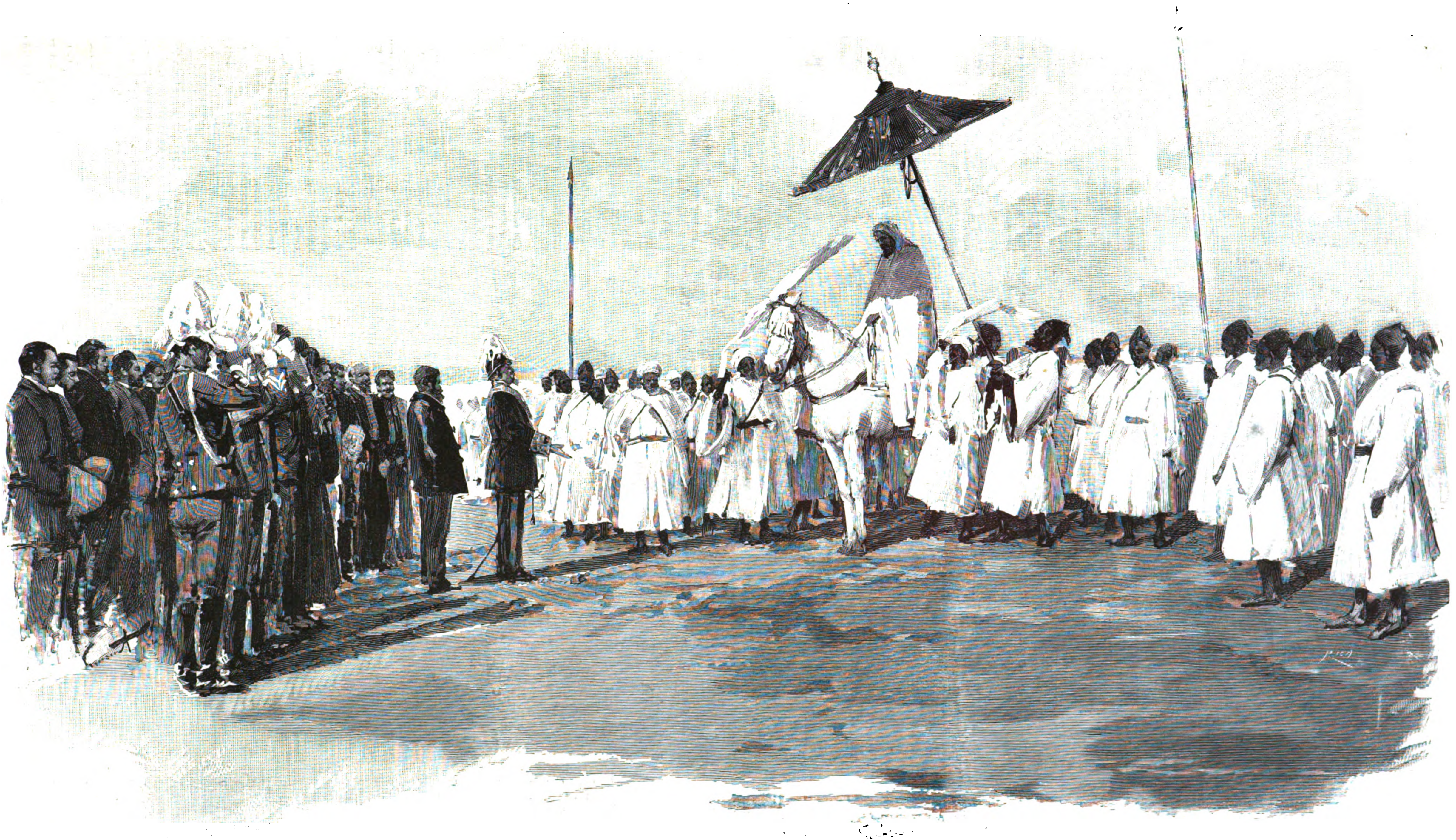
LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



ENTRADA EN LA CIUDAD DE MARRUECOS.

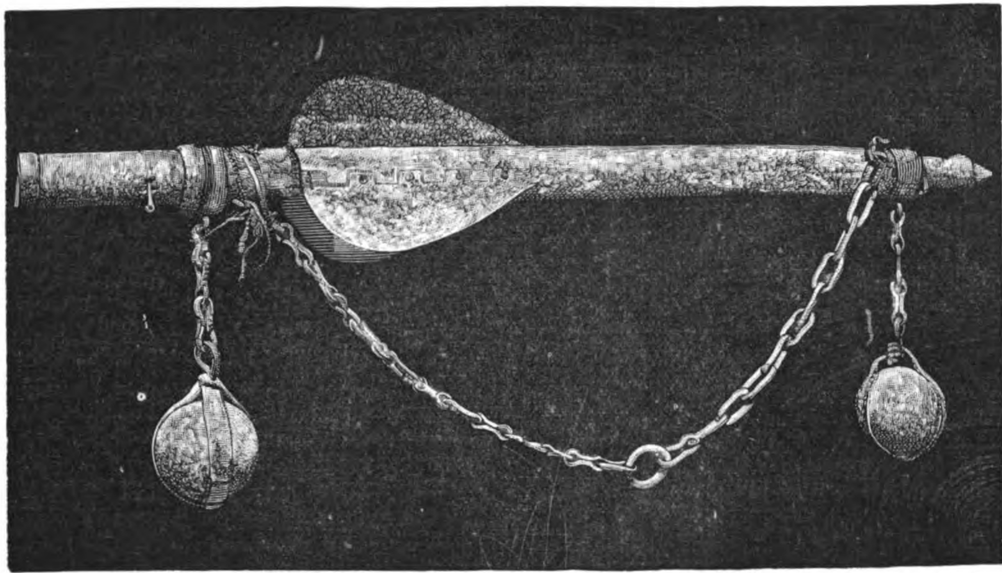
(Dibujo del natural por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



RECEPCIÓN OFICIAL.—EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS Y SU COMITIVA ANTE S. M. JERIFIANA.

Dibujo del natural por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



(Fig. 1.ª)

allí firme con sus goznes, de suerte que se pudiese subir el cabo de fuera, y bajar; y asentaban allí la saeta aquella grande, puesto el medio de ella en aquel asiento de la tablilla y punta del árbol, sacando á cada parte poco más de un palmo. Entonces tomaban la otra meitad del árbol, que era la más alta, y con cadenas ó sogas gruesas tiraban de ella torciéndola hacia tierra, y de que más no podían, dejábanla súbitamente suelta, y daba tan gran golpe á aquella saeta que estaba en la otra parte asentada, que la hacía salir con muy grande y furioso ímpetu. Destos ingenios había en Marsella en tiempo pasado, y con ellos se tiraron saetas muchas á la flota del rey D. Alonso de Aragón cuando volvía de Nápoles, y trújose una dellas, y queda por memoria colgada en las redes que están al derredor del altar mayor de la Seo de Valencia.»

Comprobada con el texto la autenticidad del ejemplar, acaso único de cuerpo arrojadizo, de aquellos desterrados por adopción de las piezas de fuego en la artillería, véase en qué ocasión fué recogido, por noticias de D. Francisco de P. Canalejas, publicadas en la revista *La América*, y por las que D. Víctor Balaguer ha consignado en su *Historia de Cataluña*.

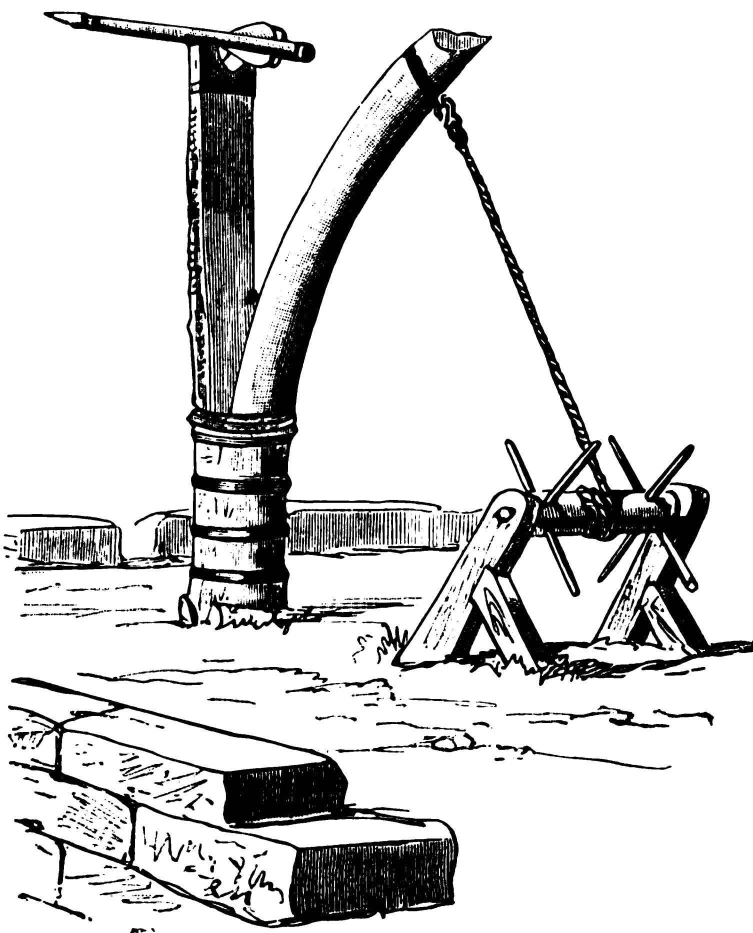
Terminada por D. Alfonso V de Aragón la gloriosa campaña de Nápoles, habiendo dejado al infante D. Pedro por lugarteniente del reino, dióse á la vela con armada de diez y ocho galeras y doce naos, trayendo en su compañía al Conde de Cardona, á Juan de Corbera, Juan de Torrellas y Jimeno Pérez de Corella, entre los marinos que tanto le habían ayudado.

Corría el mes de Noviembre de 1423 cuando llegó á las islas Pomegas, sufriendo temporal propio de la estación; y como se viera tan cerca de Marsella, puerto principal en el Mediterráneo que proveía á su adversario el Duque de Anjou, formó en el acto el proyecto temerario de acometer plaza tan fuerte, y púsolo por obra desembarcando con parte de la gente, para embestir por tierra una torre que defendía la boca del puerto. Capitularon los defensores, después de resistir valientemente, á condición de entregarse luego que fuera rendida la ciudad; pero los asaltantes mientras tanto se apoderaron de una nave atracada al muelle; con ella fueron abordando y tomando otras dentro del puerto, y acudiendo con ellas á la boca, donde Juan de Corbera pugnaba por entrar con las galeras catalanas, rompieron la cadena y penetraron todas, haciéndose por completo dueñas del puerto.

Estaba anocheciendo cuando lo consiguieron, por lo que el Conde de Cardona quería que descansaran, cobrando fuerzas para el asalto de la ciudad en la amanecida siguiente. Juan de Corbera fué de distinta opinión, temiendo que la tardanza procurara al enemigo los refuerzos que de todas partes del interior le llegaban, y prevaleciendo su dictamen, continuó el ataque de noche, en las murallas primero, en las calles después, alumbrándolo el incendio de las casas que iban ocupando. Acabaron de todos modos de arrinconar á los bizarros marselleses, y entonces se entregaron al saqueo con los extremos admitidos en aquella edad de hierro, dejando en la ciudad humeante, que se proponían abandonar, amargo recuerdo de la noche del 19 de Noviembre.

No reembarcaron sin llevarse, como joya del botín, el cuerpo de San Luis, obispo de Tolosa, que en Marsella se veneraba: cargaron también, por trofeo, con la cadena que cerraba el puerto, haciendo dos ramales de igual longitud, de unos treinta y dos palmos, pero desiguales en el grueso y número de eslabones, pues uno tiene cincuenta y nueve y otro setenta y nueve. Corrieron otra vez temporal en el golfo de León, teniendo que arribar á Palamós, y seguidamente á Barcelona; con todo, llegaron en salvamento al Grao de Valencia, y desde allí envió D. Alonso á la catedral el cuerpo del Santo Obispo, la cadena y la saeta descrita, probablemente acompañados de banderas, armas y otros objetos que no se han conservado como éstos.

Cesáreo Fernández Duro.



(Fig. 2.ª)

MUNDANAS.

LA VENTANA DEL ROSAL.

I.

Aquella jugarreta del viento descubriendo inopinadamente el secreto de la ventana, produjole á la *diva* risa para ocho días seguidos. Cuando la *prima donna* se instaló en el hotel, llamó á capítulo al fondista y le dijo:

—En *Milano* me han recomendado *molto* su casa de usted, y no pienso buscar otro *albergo* donde alojarme mientras la temporada; pero me es preciso una habitación sin ruido para el estudio.

—Pues tengo una que le vendrá de perilla—la replicó el hospedero haciéndola miles de reverencias.

Y la condujo á aquel cuartito que reunía dos condiciones insustituíbles: estaba retirado y poseía sol de Mediodía alegre y abundante. La *diva* lo tomó por suyo en cuanto lo vió; era lo que deseaba. La piececita tenía un solo balcón, abierto á un pasaje que corría á espaldas del edificio, y que se hallaba cerrado en sus extremos por verjas de hierro, razón por la cual manteníase solitario y tranquilo. De item se comunicaba la estancia con sus habitaciones por un pasillo: miel sobre hojuelas. La cantante no vaciló, pues; obligó al fondista á variar la sillería, porque le pareció triste la que había en el gabinetillo; ordenó que la instalasen el piano allí, y quedó convertido desde luego el antes olvidado rincón en un nido de ruiseñor.

La *diva* anhelaba el aislamiento. En cuanto se posesionó del cuartito, abrió el balcón y examinó el pasaje. La otra banda de la travesía era también las espaldas de un edificio, viejo por añadidura, y la mayor parte de sus huecos enseñaban mohosas alambreras, señal de estar incomunicados. Sólo frente al balcón abríase una ventana, con un hermoso rosal descansando en el alféizar. La presencia de aquel tiesto espléndido y rozagante, cargado de flores, constituía una nota tan atrayente, contrastando con aquella fachada desconchada y sucia de la casa vecina, que la *prima donna*, dejándose llevar de sus instintos de mujer, consagró una mirada á la maceta, pensando para sus adentros:—Alguna joven.

Y no volvió á ocuparse de la ventana ni del rosal.

Comenzó sus ensayos, ¡y cuánto se felicitó entonces de haber descubierto el retirado cuartito! De tal suerte podía negarse á los miles de admiradores que la visitaban al cabo del día, sin que ellos se percataran de que se hallaba en el hotel. Era la libertad el diantre del cuartito. Allí soltaba la voz á sus anchas, sin temor de que la oyeran los demás huéspedes de la fonda, alojados en la otra banda del edificio: si acaso, llegarían los ecos del cántico á las habitaciones de servicio y á las de los criados inmediatas al incógnito nido.

Pero un día, al empezar una romanza, cuando atacaba una nota sobreaguda, cortó de improviso la voz, y ahogó repentinamente un *mi*. Sus ojos, clavados, por casualidad, en la ventana del tiesto, habían creído descubrir, por la juntura de las hojas entornadas, el bulto de una persona, que se apartaba de repente al advertir el brusco silencio de la artista.

—Me escuchaban—pensó ésta con enojo, abalanzándose al balcón.

No vió nada. Estuvo un rato escudriñando. Las hojas de la ventana no se movían. Quizás era una alucinación. Tornó, pues, á su romanza, aunque sin apartar la vista del aféizar del tiesto.

—El que fuera volverá en cuanto me oiga—se dijo para sus adentros.

Se equivocó de medio á medio, ó, al menos, el curioso adoptó tales precauciones, que la *diva* no pudo atisbar nada: casi quedó convencida de que había soñado. Por la noche, en el comedor, preguntó al *maître d'hôtel* quién vivía en la ventana del tiesto. Ni el mismo fondista lo sabía; era una casa de otra calle, con la que no tenían relación ninguna. Llegó la tarde siguiente, y en cuanto la cantante penetró en el cuartito, se asomó: las hojas de enfrente se hallaban entornadas. *¡Diavolo!*..... Aquello trascendía á observatorio á la legua. ¡Pues estaba divertida! ¡Haber encontrado un misterioso escondite, tan alegre y luminoso, que era lo mismo que trabajar dentro de un rayo de sol, y saltar semejante indiscreto!..... Pero ¿quién sería el aficionado? Tal vez la jovencita que allí vivía. Acechó más que nunca, sin resultado. El enigma empezaba á interesarla.

Su curiosidad femenil no se mantuvo mucho tiempo en tortura. Cierta tarde en que reinaba un huracán formidable, en el preciso instante en que la *diva* terminaba un compás, una racha de viento fué á chocar contra las entornadas hojas de la ventana, y las abrió de par en par con violento empuje. Rápida como un relámpago miró la *diva*, y allá en el fondo de la habitación descubrió un viejecito de afeitado rostro, con todo el pelo blanco, y en actitud de profundo éxtasis: hallábase sentado frente al cuchillo que formaban las hojas de la ventana, sin duda para aprovechar la luz, pero en último término, para no ser descubierto; y el anciano debía de ser sastre, pues sostenía sobre sus rodillas un gabán, y en la estancia distinguíanse otras prendas de hombre. Cuando la *prima donna* le vió, el pobre menestral tenía la aguja en alto y estaba inmóvil. La *fermata* final había interrumpido el pespunte.

Lo extravagante del suceso, la transformación de la supuesta jovencita del rosal en un sastre machucho, hiciéronla tanta gracia á la *diva*, que en lugar de enfurecerse se sintió súbitamente desarmada; dejó escapar una risa invencible que la subió á la boca, y asomándose al balcón, le gritó entre recias carcajadas al vecino, anonadado por la sorpresa:

—*¡Buona tarde, signor!*..... ¡Al fin ha caído usted en la trampa!.....

II.

No tardaron en ser amigos más que el tiempo preciso para ponerse al habla. El pobre sastre, sorprendido en su espionaje, se quedó hecho una estatua, y no acertó ni á balbucear una excusa. Ella, compadecida de su situación, le dirigió entonces la palabra, y le dijo con dulzura:

—No se apure usted..... Cada uno hace en su casa lo que le parece..... Yo canto y usted escucha.....

El sastre reanimóse entonces un tanto, y trémulo todavía, exclamó con una vocecita muy simpática:

—No lo he podido remediar: confieso mi pecado..... Pero cualquiera se contiene, sabiendo que la vecina que canta es nada menos que la Flechani en persona.

La *diva* se quedó atónita á su vez. Todo podía esperarlo menos semejante declaración en boca de un humildísimo menestral. La cosa resultaba en extremo divertida.

—¿Conque me conoce usted?—díjole al sastre sin acabar aún de volver de su asombro.

—¡Ya lo creo!—replicó el vejete, olvidándose por completo de su aguja.—¡Como que no he perdido ninguna de las óperas que usted lleva cantadas!..... ¡Soy aficionadísimo á la música!..... Si por mí fuera, no perdería una noche de Real..... El bolsillo no me permite tales lujos, y me contento con oir una vez cada partitura desde mi rinconcito del Paraíso.....

—¡De manera que usted ha escuchado mi repertorio!.....

—Y la he aplaudido á usted á rabiar..... Porque vaya si tiene usted buena voz..... ¡Es usted un canario!.....

—*¡Mille grazie!*.....

Por aquel día no siguió la conversación. Al terminarla, el sastre se deshizo en cumplidos, y la *diva* se apartó del menestral enteramente disipado su anterior enojo. Aquel inopinado admirador del montón llovido del cielo, cuando ella creía encontrarse libre de *dilettanti*, le había sido muy simpático. A la otra tarde encerróse en su cuartito, investigando antes si las hojas de la ventana estaban entornadas. Lo estaban, aunque no tanto como de costumbre, y se distinguía al menestral sentado con su obra, buscando la luz del «cuchillo». La *diva* se echó á reir, y le dijo:

—¡Buenas tardes, vecino!..... Abra usted más, si gusta..... Se va usted á quedar ciego..... No me estorba usted.....

—Muchas gracias, señora. Y puesto que no molesto.....

El sastre abrió del todo una hoja, y se puso á coser. En cuanto á la *prima donna*, requirió sus papeles, se sentó al piano, y se enfrascó en el estudio como si no tuviera ningún testigo. Aquella tarde estaba de vena; advertíase con una suprema facilidad de vocalización, y pasos difíciles de la nueva ópera que aun no dominaba los ejecutó con verdadero aplomo. Ya á solas, ya acompañándose en el teclado, realizó verdaderos prodigios. Cuando al cabo de una hora de trabajo se asomó al balcón, el sastre, entusiasmado, exclamó, batiendo las palmas:

—¡Qué ovación se ha perdido usted!.....

No pudo continuar. La emoción le cortó el acento, y los ojos se le llenaron de lágrimas. La *diva* notó el dolor del sastre, y extrañando su exagerada sensibilidad, le preguntó:

—¿Llora usted?

—Sí, señora—repuso el menestral con tono trémulo.

Y dejándose llevar de la simpatía que la *diva* le inspiraba, continuó:

—Yo tenía una hija que era mi alegría..... Me la quitó Dios cuando aun no había cumplido la infeliz los veinte años..... No se ofenda usted, pero se le parecía mucho en la voz..... ¡Claro que no valía tanto; pero con el tiempo hubiera sido una gran cosa!..... Timbre de *soprano*..... Los profesores del Conservatorio estaban locos con ella..... Un ángel, por otra parte..... No vivía más que para sus libretos de música y para sus tiestos..... Entonces íbamos juntos al Paraíso..... De pronto comenzó á palidecer, á desganarse..... En dos meses se quedó sin capullos en las mejillas..... La tisis, la terrible tisis..... Hubo que venderlo todo, las partituras, el piano..... ¡hasta las macetas!..... Yo era pobre, y la enfermedad larga..... al cabo de año y medio murió.....

El sastre guardó silencio; se le conocía que sollozaba. La *diva* se sintió conmovida, é interesada por tal infortunio, exclamó:

—¡Me he equivocado á medias, *carissimo!*..... Yo adivinaba una jovencita en ese rosal, pero lo que no podía figurarme era que hubiese muerto.....

Y luego concluyó por lo bajo, con un acento de profunda lástima:

—¡Pobre hombre!.....

El sastre hizo un esfuerzo de voluntad, y se repuso. Después, un poco más sereno, balbuceó:

—¡Era su tiesto favorito, y le quiero como si se tratara de una persona!..... Para mí es sagrado.....

Ya hacía un rato que la *diva* sentía cosquillearle algo en los ojos. Su «tarde de trabajo» acabó aquel día como nunca podía haberlo sospechado: en una lágrima.

III.

Todo el mundo sabía que era una artista de grandes vuelos. Aquella noche de su beneficio hizo gala de sus facultades, de tal suerte, que el público, subyugado por tan suprema explosión de sentimiento, la aclamó con estruendo y la tributó una ovación inmensa. El juicio fué unánime: una verdadera estrella de primera magnitud. Y cuidado que no fueron sólo palcos y butacas, donde la *diva* contaba muchas simpatías: la fiera, el Paraíso en masa se desgajó á gritos y aplausos sobre la escena.

Cuando cayó el telón, concluído el primer acto, la Flechani se sonreía enajenada. Recogiéndose su larga cola de seda, hermosa con su traje blanco de Valentina, de la mano de Marcelo saludó seis ó siete veces al público, consagrándole un tropel de sonrisas; luego echó á correr á su camarín. Allí se detuvo asombrada: sus admiradores, que la esperaban en el pasillo, y que con dificultad la abrieron calle, habían trocado el cuarto en un bazar durante la representación.

Había allí de todo, colocado en dos largas mesas, y cada cual de los objetos con su tarjeta reveladora del donante del regalo. Jarrones, juegos de té, estatuillas, bronces, *bibelots*, joyas, libros, barros, cachivaches antiguos; un trozo de museo arqueológico, mezclado con un escaparate de comercio de fantasía. Y en un rincón, como avergonzado ante semejante riqueza, un hermoso rosal cubierto de flores y plantado en un vulgarísimo tiesto.

Ninguno ó muy pocos de los admiradores dejaron de reparar en la maceta, y extrañados del modesto presente, preguntaron los más íntimos á la doncella de quién procedía; lo ignoraba. Lo trajo un mozo de cordel para la señora. La *diva* lo descubrió en seguida, se sonrió, buscó á alguien con la vista entre los felicitantes, y no encontrándolo, llamó á un portero y le dijo:

—Suba usted á los asientos de palco, y á un señor anciano que estará en el número 20 de la delantera, que haga el favor de bajar á mi cuarto.

Y á poco, con escándalo de todos aquellos elegantes del abono vestidos de frac, entró en el camarín un vejete afeitado, de pelo blanco y de traje humilde, que se sonrojó al verse rodeado de aquellos espléndidos caballeros y bañado por un aluvión de luz. Y con no menos asombro de los admiradores, la *diva* se adelantó al anciano, y tendiéndole la mano le dijo con infinita dulzura:

—¡Muy mal hecho! ¡Muy mal hecho!.....

Alfonso Pérez Nieva.

Á UN AMIGO,

QUE QUIERE SER AUTOR.

Mi querido Nicanor:
Aunque no eres escritor,
Dices que *te tira el Arte*.
No encuentro en ninguna parte
El *Arte de ser autor*.

Es difícil la materia,
Y no hubo persona seria
Que se ocupara del caso:
Sólo he hallado en la feria
Una *Guía del Parnaso*.

No es el libro que quería,
Pero otra cosa no hallé,
Y mañana ú otro día
La Guía te mandaré,
Y así tendrás *una guía*.

Por dos reales de vellón
Todo el Parnaso me dieron,
Con noticias y razón
De Lope y de Calderón
Y otros autores *que fueron*.

Si el Arte quieres seguir
Y el sacro fuego te exalta,
Para llegar á escribir
Sólo te puedo decir
Los libros que te hacen falta.

Libros de mundología,
De clara filosofía
Y de sentido común,
Y de urbanidad, y algún
Libro de caballería.

Estudia el odio, el amor,
La ambición que nos asedia,
La alegría y el dolor,
Y tu harás una comedia
Muy pronto, *si eres autor*.

Mezcla la pasión inquieta
Con los torpes apetitos
Y con la razón discreta,
Y tú harás versos bonitos
Al cabo, *si eres poeta*.

Si la poesía hermosa
Te niega el estro galano,
La prosa es muy fácil cosa,
Y tú escribirás en prosa,
Si sabes el castellano.

Mide tus disposiciones;
Fórmate estilo y manera,
Y déjate de aprensiones;
Que autor puede ser cualquiera,
En teniendo condiciones.

¿Que demuestras tu valía
Y un éxito verdadero
Consigues?..... Al otro día
Te conoce el mundo entero,
Y *te habla de tú* Talía.

¿Que la soberbia te ciega
Y el gran éxito no llega?
Entonces, del mal el menos:
¡Te revientan *los morenos*,
Y Melpómene te pega!

El camino abierto está:
¿Tienes fe?..... ¡Pues anda ya!
El cómo se ha de escribir,
Ni yo lo puedo decir,
Ni nadie te lo dirá.

Para el genio soberano
No existe molde en lo humano,
Ni hay reglas que den ventaja.
¡Es un flúido que baja
Del pensamiento á la mano!

Es algo innato en el ser,
Imposible de aprender.
¡Es luz que rasga la bruma;
Corre del brazo á la pluma,
Y se escribe sin querer!

Si te falta sentimiento,
No busques con loco intento
La inspiración noble y rica,
Porque *ese medicamento*
No se vende en la botica.

Yo no puedo darte aquí
Las reglas que no aprendí.
Inútilmente me asedias.
¡Todos los que hacen comedias,
Las escriben..... *porque sí!*

José Jackson Veyan.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

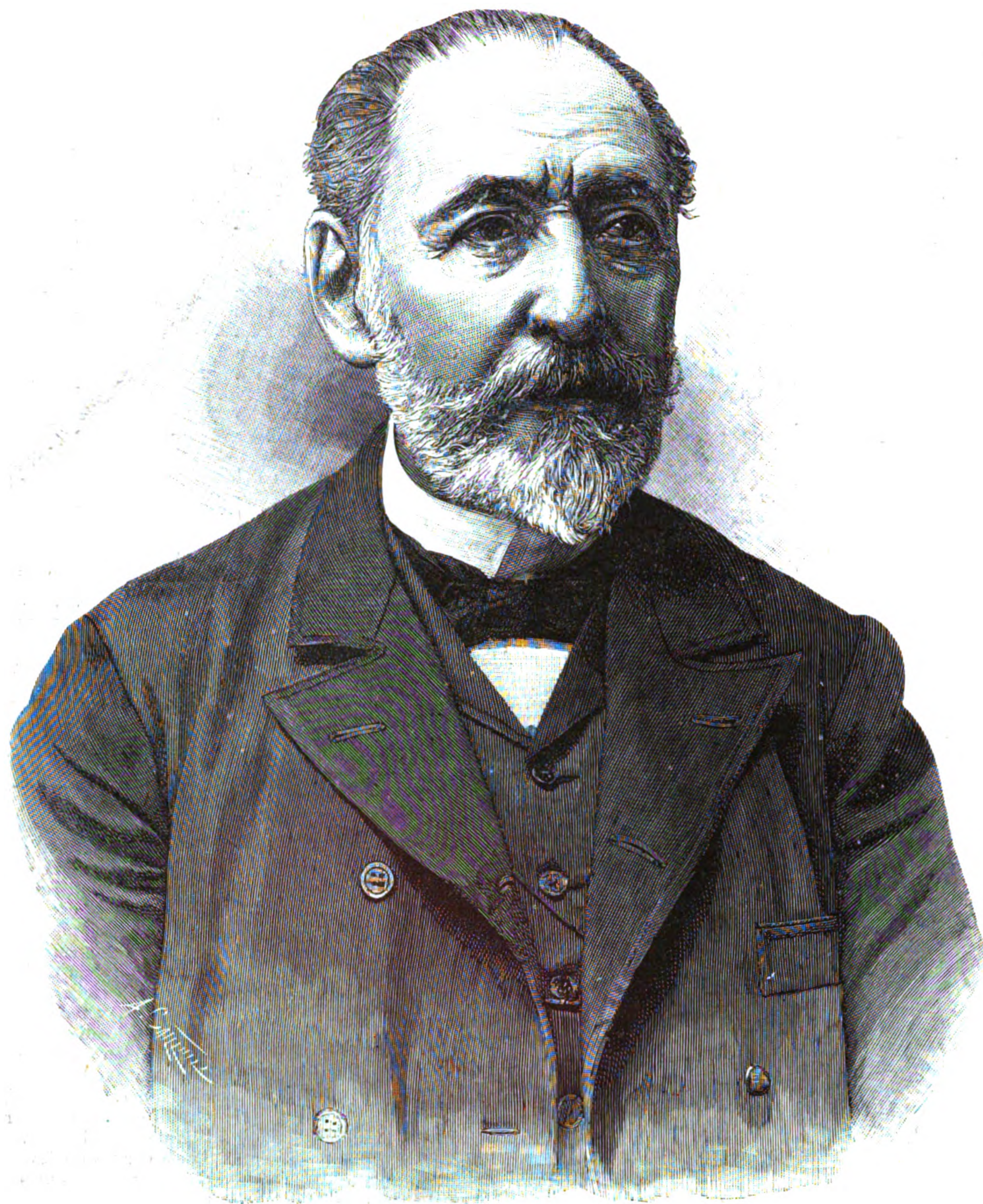
Alianzas teóricas y alianzas positivas: el tratado ruso-alemán: política del emperador Guillermo y de su canciller Caprivi: la evolución del Príncipe de Bismarck: la prensa, la opinión: carácter y trascendencia de la concordia germano-rusa.—Malestar de las comarcas fronterizas franco-italianas; la campaña de Bonghi y de M. Garibaldi para la reconciliación: buenos deseos y crecientes dificultades.

Entre los políticos duchos y hábiles nunca se pierde ripio. El romper las concordias y alianzas de los enemigos, pasajera ó circunstancialmente unidos, buscando todo momento y ocasión para debilitarlas ó entorpecerlas, es uno de los más finos ideales de toda diplomacia de alto vuelo. Cuando los marinos rusos devolvieron la visita á los franceses, y resonaron por todos los ámbitos del mundo los cánticos de amor y de fiebre fraternal que desde Tolón á París y Brest entonaron entusiasmados nuestros vecinos, hicimos ver en estas crónicas que «una cosa es el amor, y el negocio es otra cosa», probando, con abundantes cifras, que por más que la marina y el pueblo, la literatura y el arte marchaban abrazados en Francia y en Rusia por los boulevares y por los muelles, los comerciantes de uno y de otro país apenas se trataban. Y como en nuestro tiempo (y lo mismo ha sido y será en todos) «oros son triunfos», resultaba y resulta que los hechos mercantiles no correspondían á las palabras patrióticas, y que contra la buena voluntad de los políticos se alzaban los resultados de la campaña interesada, del *ama seca* de los proteccionistas franceses, Mr. Meline. La alianza defensiva y ofensiva franco-rusa era un hecho, y bien podía calificársela de perfecta, con todos los epítetos con que un poeta de los *modernísimos*, el conde Roberto de Montesquiou-Fezensac, cantor idólatra de las flores, ha calificado á una de las que cultiva en su jardín:

«Lavé, glacé, sablé, chiné,
Panaché, recouvert, ombré,
Onglé, rubanné, marginé,
Avivé, refleté, marbré,
Cerné, bordé, frisé, pointé,
Eclairé, nuancé, carné,
Frisé, liseré, velouté,
Granité, strié, cocciné»,

y todo lo demás que guste añadir el lector amigo. Pero, á pesar de las mil y una excelencias de la alianza, las endemoniadas cifras de la exportación y de la importación demuestran que si Francia y Rusia no se quieren aparentemente tan mal como Francia y Suiza, ó Francia é Italia, ó Francia y Alemania, allá, allá se andan en materia de amores y amistades de esas que valen dinero. Admitida esta verdad, era necesario que alguien sacara partido de ella; y aquí de la política hábil y de la diplomacia de órdago, que no pierden ripio.

La agricultura rusa necesita constantes y grandes mercados para sus productos, y la industria alemana exige asimismo mayor número de consumidores cada día para su colosal fabricación, que es asombrosa en su imponente desarrollo. Alemania y Rusia estaban mal, muy mal, de relaciones, no por lo de la *tríplice*, que, al fin y al cabo, eso tiene espera, sino porque los agricultores de ambos países habían logrado que se suspendieran casi en absoluto toda clase de transacciones. Con esta suspensión vino otra que no se puede resistir, la de la circulación del dinero, y con ella empezó á soplar por los estómagos el plácido cefirillo del hambre, pronto á convertirse en devastador ciclón. El emperador Guillermo, que cada vez va siendo menos corto de vista, vió, al través del malestar de las clases trabajadoras y agrícolas de Prusia y de Rusia, y al través también del ultraproteccionismo francés, una ocasión y un motivo incomparables para matar varios y muy gordos pájaros de un tiro, para unirse á los rusos con los fortísimos lazos de la mutua conveniencia mercantil, para mejorar la suerte de los fabricantes y productores alemanes, y sobre todo, para dar á los franceses un codillo tan estupendo como inesperado al hacer las amistades con Rusia, y al interponerse en el camino de la exportación francesa á este Imperio, cerrando á su producción las puertas del mercado moscovita. El plan era soberbio: si Guillermo lo discurrió ó no, lo cierto es que el canciller Caprivi lo presentó, bautizó y zarandeó ante los ojos atónitos de la Europa política y negociante, y así engendrado, rollizo y hermoso, y con tan buenos padrinos, pasó al Parlamento para ser aprobado.



D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI,
ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA Y DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.
Nació en Madrid, el 3 de Agosto de 1823; † el 18 de Febrero de 1894.



JEREZ DE LA FRONTERA.—CÉLEBRE PARRA DEL PATIO LLAMADO DEL 70, EN LAS BODEGAS DE LOS SRES. RIVERO HERMANOS (C. Z.).
(De fotografía.)

«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1893, EN PARÍS.



LOS TRABAJADORES DEL MAR.

CUADRO DE LIONEL WALDEN.

Encontró en Alemania grandísima oposición: el Méline de aquella tierra, W. Kardorff, conservador, y jefe de los agricultores, tocó á rebato en la comarca rural; se excitaron extraordinariamente los ánimos en la Pomerania y en Brandeburgo; dijeron pestes contra semejantes tendencias la *Westdeutsche Allgemeine Zeitung*, de Colonia, y *El Noticiero de Hamburgo* y la *Gaceta Universal de Munich* y la mayoría de la prensa de provincias de los diversos Estados, y, en fin, el ex canciller Príncipe de Bismarck sostuvo que el tratado que se intentaba negociar con Rusia sería el coronamiento de una política comercial enemiga de la agricultura alemana. Su hijo, el conde Herberto de Bismarck, había combatido ya desaforadamente en el Reichstag la política comercial del canciller Caprivi, con ocasión del tratado de Rumania. Contaba en su apoyo el tratado nuevo con los elementos progresistas, socialistas, liberales nacionales, polacos, y centralistas de la Cámara, é insistía el Emperador en que era absolutamente necesaria su aprobación, es decir, que así lo creía y lo quería él, que era lo mismo que decir que, si el Parlamento no lo aprobaba, lo disolvería, como lo disolvió con motivo de las leyes militares. Y añadía el Soberano: «Rechazar ese tratado sería comprometer las buenas relaciones entre ambos Imperios, á lo cual me opongo, porque quiero continuar siendo un monarca pacífico»; de cuya declaración se deducía fácilmente que, si el tratado hacía fiasco, tal vez sería inevitable la guerra. El presidente del Reichstag, V. Lavertzow, quiso alguna vez hacerse intérprete de las aspiraciones de los agricultores alemanes, exponiéndolas al Emperador; pero éste, con todo afecto y sencillez, le demostró que sus súbditos todos, y los labradores especialmente, saldrían muy beneficiados con el nuevo tratado ruso-alemán.

°°°

A la sorpresa de semejantes propósitos sucedió otra sorpresa mayor. Guillermo se reconcilió con el ex canciller Bismarck, enviándole con dos letras muy expresivas una botella de vino viejo (Steinberg-1842). La exquisita atención del Emperador y el bálsamo ablandaron el corazón del glorioso fabricante del Imperio alemán. Para cuando acudió á Berlín á visitar á su soberano, se había convertido por completo, era ya todo lo que Guillermo quería que fuese, casi, casi hasta tratadista y librecambista, y no hay que decir que partidario acérrimo del tratado en cuestión. Con la evolución del Príncipe, evolucionaron inmediatamente en Alemania cuantos poderosos elementos dependen de él. La *Westdeutsche Allgemeine Zeitung* se volvió tan partidaria del tratado ruso como lo venía siendo la *Norddeutsche* del mismo canciller Caprivi, y aseguró que el oponerse á él sería cometer una gravísima falta política. La *Gaceta Universal* de Munich declaró que era necesario *tragarlo (sic)*. El *Noticiero de Hamburgo*, aun insistiendo en que la lucha entre agricultores y productores constituye un gran peligro para la monarquía y para el imperio, aconsejó que una vez presentado el proyecto, era preciso llevarlo adelante. El *Zukunft*, órgano de la gente íntima de Bismarck, manifestó que nadie tenía autoridad para decir que este personaje se oponía, en poco, ni en mucho, ni en nada, contra el tratado, y en fin, las mismas Cámaras de Comercio, que hasta la evolución del Príncipe habían permanecido calladas, se mostraron entusiastas del concierto ruso-alemán, y entre ellas las del Palatinado, Dresde, Wurtemberg y Mannheim. En el Parlamento mismo, la actitud de Bismarck rompió la unidad de miras y de acción que ostentaban los centralistas y los conservadores, y con esta verdadera revolución en los espíritus, triunfó el plan del emperador Guillermo y del canciller Caprivi, al cual ningún daño ha hecho la reconciliación del Soberano con el Príncipe de Bismarck. Así se ha llegado á realizar este hecho trascendental de la concordia mercantil entre Rusia y Alemania, uno de los más graves que han ocurrido en la política en estos últimos años. El tratado, escrito en francés por cierto, tiene veintiún artículos, y en él se estipula la concesión antiproteccionista del trato de nación más favorecida; garantiza lo mismo á alemanes que á rusos idéntico trato ante la ley, la justicia y la administración en los negocios comerciales é industriales y en las cuestiones de propiedad; prohibe todo obstáculo á la exportación é importación, excepto, se entiende, á cuantas materias sean objeto de monopolio ó de detención sanitaria, y extiende las ventajas del tratado lo mismo á las mercancías que circulan por las vías terrestres que á las cargas de los buques rusos ó alemanes. El tratado durará diez años, y se pondrá en vigor antes del 20 de Marzo.

Mientras Rusia y Alemania se entienden de este modo y abren sus fronteras, Francia se empeña en cerrarlas más y más, y proponen los acérrimos partidarios de Mr. Meline que se establezcan fuertes derechos graduales sobre la importación de trigos. Durante la pelea en el Parlamento francés, Rusia hace saber á las naciones que denunciará su tratado con Francia, si se aprueba esa elevación gradual, que tanto reduciría la importación de sus cereales; pero á última hora, hoy 21 de Febrero, el telégrafo anuncia que el plan de Mr. Meline y de sus amigos ha sido rechazado en la Cámara. Más vale así, porque triste cosa sería el ver cómo mientras la alianza franco-rusa queda reducida á una vana palabrería, en el terreno de las relaciones mercantiles Rusia y Alemania se identificaban más y más cada día, á pesar de la *triplice*, para defender y acrecentar sus recíprocos intereses, única política capaz de reparar los enormes daños que produce la paz armada.

°°°

Á tal extremo de miseria conduce esta guerra mercantil en las fronteras, que como si desconocieran en absoluto muchas provincias de Francia y de Italia que hay alianzas y odios internacionales que son la causa única de aquélla, claman y se agitan y retuercen á voz en grito pidiendo que se tenga compasión de ellas y que no se pongan mortales obstáculos á la circulación de los productos, hoy más necesaria que nunca, porque el exceso de fabricación es grande y hay mucha necesidad de vender ante el peligro de que el hambre impere en los pueblos y los destruya. No sólo las comarcas rurales, sino muchísimas poblaciones industriales del Mediodía y Occidente de Francia y del Norte de Italia, se desesperan hoy en inútiles esfuerzos contra la guerra económica que las separa y que tiene paralizada y muerta gran parte de la producción. El labrador y el obrero, por muy rabiosos patriotas que sean, necesitan comer y vivir; y la necesidad, que siempre ha carecido de ley, concluye en sus momentos de ahogo por no saber qué ley puede ser esa que ha vuelto á hacer intransitables los Alpes y que ha cerrado los puertos á piedra y lodo. Es triste, muy triste leer lo que el comercio de las repetidas comarcas dice con motivo de la persistente guerra mercantil, hija de la guerra política. Parece que han vuelto á caer sobre los pueblos aquellas tremendas excomuniones de la Edad Media que los aislaban, como si estuvieran apestados, estableciendo entre unos y otros el acordonamiento de la condenación. Hoy les acordonan con las egoístas leyes del odio internacional, de la lucha por la hegemonía ciega y tiránica, del orgullo armado que trata de conquistar la grandeza por la fuerza, en unos tiempos como los nuestros de fines del siglo XIX que tanta sangre ha derramado para que sea el derecho, y sea la recíproca conveniencia, y sea la voluntad de los pueblos, y no la fuerza, jamás la fuerza, la que impere. Media Europa ha excomulgado á la otra media, y viceversa; y dentro de ese círculo férreo fanático, digno del siglo XI, no hay más que odios y miseria. Y los que fuera de su acción vivimos, también por carambola nos toca mucho de lo malo que ellos engendran y se administran recíprocamente.

Contra este estado de cosas en vano es que la opinión generosa se mueva. Ahora, como hace un mes, obstínanse en Italia muchas gentes y en Francia algunas en entenderse, y se repiten las generosas manifestaciones de M. R. Bonghi y de Menotti Garibaldi en pro de la armonía de Francia y de Italia, para cuyo objeto se creó no ha mucho en Roma un *Comité permanente franco-italiano de propaganda para la reconciliación*. Muy notables publicistas políticos vienen tomando parte en esta cruzada, y, según ellos, tanto en Italia como en Francia abundan los buenos deseos de entenderse, y no falta más sino agitar la opinión, inclinándola hacia ese propósito, para que éste madure y se imponga. Hay italianos que se atreven á declarar que la triple alianza debe disolverse, y que esto sería beneficioso para Italia; pero ¿quién le pone el cascabel al gato? ¿Por qué se apresuró el ex presidente Rudini á renovarla? ¿Por qué Giolitti envió á Metz al Príncipe de Nápoles? ¿Por qué Crispi se muestra tan orgulloso de esa alianza y se esfuerza en afirmarla más y más cada día? Quieren los italianos que se sepa si los habitantes de Saboya y los del departamento de los Alpes Marítimos y los de Córcega están contentos con ser franceses; y se oponen los franceses á que se trate semejante cuestión, porque dicen que no hay duda de que saboyanos, niceños y corsos están satisfechísimos con depender de Francia. Quieren los franceses que los italianos, á pesar de la *triplice*, declaren que Alemania tiene mal tenidas la Alsacia y la Lorena; y los italianos contestan que eso lo ha de expresar el voto de alsacianos y loreneses y no el de ellos, que nada tienen que ver en el asunto. Exigen los italianos que Francia manifieste que jamás intentará la restauración del poder temporal de los Papas; y Francia, afirmando que no piensa en ello, deja correr la idea de que en Italia se ha privado al Papa, por gentes y fuerzas que no son del estado y ciudad de Roma, de territorios que le correspondían. Pide Italia compensaciones á Francia por la ocupación de Túnez; y responde Francia que no puede ofrecerle á Trípoli, porque Trípoli es del Sultán de Constantinopla, y éste no ha entrado en la triple alianza y es además amigo de Francia.

No queda más medio que rehacer la opinión; volver á resucitar los antiguos cariños entre las dos naciones hermanas, y que esa opinión triunfe. Pero, á pesar de esos buenos deseos, ¿cómo está á la hora presente la opinión en Francia y en Italia? Entre los que sufren, bien; en demanda de la armonía y del remedio á tantos males: pero entre los que imperan y mandan, entre las clases que tienen que comer y que pueden resistir, muy mal; cada día más enconada; cada día más distante de la reconciliación. Y éstos son los que imponen su voluntad; y aquéllos los que padecen y se quejan en vano. No hay solución posible, por ahora.

R. Becerro de Bengoa.

En Santa Cruz de Campezu (Alava) han fundado algunas distinguidas señoras una institución muy digna de elogio y de ser imitada.

Dichas señoras, animadas del deseo de combatir la ignorancia, han abierto un establecimiento, ó *Centro de enseñanza*, para enseñar á cortar y á coser con perfección á las jóvenes de aquellos contornos. La enseñanza es gratuita, y sólo se cobrará á las alumnas una peseta al mes para gasto de hilos, agujas, jaboncillo, papel, etc.

Habrá un curso extraordinario para señoritas, en el que se enseñará cosmografía, historia universal, reglas de urbanidad, nociones de anatomía y otras asignaturas, buena letra, bordados en oro, plata, etc. Esta enseñanza costará tres duros al mes.

El Centro se compromete á coser todas las prendas de ropa que le lleven, á precios sumamente económicos, destinando los fondos que por este concepto recaude á costear un restaurant, donde se dará de comer á los pobres del pueblo y transeuntes.

Instituciones semejantes hacen suma falta en muchos pueblos de España.—X.

CONSEJO PRÁCTICO.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Prosa, por D. de N. D. y R., maestrante de Granada.
Anteriormente hemos dado cuenta de las obras publicadas por este señor. La que ahora hemos recibido forma el tomo V de la serie, y contiene muchos artículos, en todos los cuales revela el autor buen gusto, sana intención y conocimiento del idioma, mostrándose buen literato.

Journal de l'imprimerie et de la librerie.—Table alphabetique de la bibliographie de la France.—Année 1893.

Tratado de Derecho político, por Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo.
Con gusto hemos examinado el segundo tomo de esta importante obra, el cual comprende el Derecho constitucional comparado de los principales Estados de Europa y América.
Es principalmente interesante en este libro el estudio del Derecho constitucional español, el cual, si bien se resiente, en la exposición y en la crítica, de las ideas del autor, está presentado con mucha claridad.
En uno de los capítulos de la segunda parte del libro, hablando de la prensa española, termina su juicio el Sr. Posada con este concepto:
«Hoy por hoy, la prensa en España tiene todas las condiciones por las cuales la prensa puede hacer mal; pero no tiene todas las que hacen falta para que pueda cumplir su misión civi izadora y noble.»
La obra del Sr. Posada cuesta, entera, 12 pesetas en Madrid y 13 en provincias, de cuya cantidad, 7 y 7,50, respectivamente, corresponden al tomo segundo, que tenemos á la vista.

Banco de España.—Cuadro gráfico de las diversas ***posiciones que ocupan las sucursales, según las utilidades ó pérdidas líquidas obtenidas en cada uno de los diez últimos años***, por D. Tomás Marín, interventor de la sucursal del Banco de España en Haro.
Hemos examinado con mucho interés este curioso trabajo, que permite estudiar de una sola ojeada la marcha que han seguido las sucursales del Banco de España en diez años. Muchas dan pérdida, habiendo sido las ganancias en 1892 de 6.375 874 pesetas, y en el decenio (1883-1892) de 47.898.772.

Dolores. Bien puede gloriarse La Ilustración Española y Americana de haber sido el periódico que dió á conocer y saborear las primicias de algunas de las composiciones que forman ese admirable libro de poesías del ilustre escritor don Federico Balart, aclamado hoy unánimemente por la crítica y por el público como uno de los primeros poetas líricos de la España contemporánea. El más hondo y sincero sentimiento humano: la consoladora fe religiosa en medio del dolor; los maravillosos arranques de la musa cristiana cristalizando, por decirlo así, las lágrimas de un corazón herido, informan todas las páginas de ese inapreciable libro, que está ya en manos de cuantos aman las legítimas glorias literarias de nuestra patria.
La primera edición de *Dolores* está ya á punto de agotarse, cuando aun no hace un mes que apareció en las librerías. Su precio, 3 pesetas.

Manual de Patología interna, escrito para uso de ***médicos y estudiantes***, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, etc., etc., traducido y anotado por el Dr. P. Colvée, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.
Hemos recibido los cuadernos 9 y 10 de esta importante obra, que edita en Valencia el inteligente editor D. Pascual Aguilar.

Boletim da Sociedade de Geographia de Lisboa.—12.ª serie.—Núms. 7, 8, 9 y 10.
Contiene algunos trabajos interesantes y actas de la Sociedad.

Ciencia y fe, por Gonzalo de Castro.
Tomito de versos, algunos muy inspirados y sentidos. Véndese en las principales librerías, al precio de una peseta.

Almanaque para 1894, precedido de una Guía compendiosa de Jerez.
Contiene algunas curiosas noticias de la historia de aquella ciudad, chistes, avisos útiles, etc., etc.

De algunos catalanes ilustres en el Río de la Plata. Conferencia leída en el *Centre Catalá* de Buenos Aires, el 27 de Septiembre de 1893, por D. R. Monner Sans.

Interesante y patriótico folleto, en el que el Sr. Monner Sans da á conocer á varios catalanes, en verdad menos conocidos de lo justo, que con sus talentos han contribuído á la prosperidad y cultura de la República Argentina.

Los fusiles Mauser adoptados en Europa y en América, por D. José Boado y Castro, capitán de artillería, de la Fábrica Nacional de Armas de Oviedo.

Este folleto contiene un detallado estudio del fusil alemán sistema Mauser, con la historia y descripción de los diferentes tipos del mismo hasta el español de 1892, que es el último, y, á lo que parece, el mejor de todos. Las personas que deseen conocer la importante cuestión del armamento deben estudiar cuidadosamente la obrita del Sr. Boado.

Historia general de Chile, por D. Diego Barros Arana.

El tomo XII de esta importante publicación es digno de los anteriores, y viene á confirmar la justa reputación de su autor, uno de los primeros escritores hispano-americanos. Merece ser estudiado, como fuente de noticias para escribir la historia de la guerra separatista de nuestras provincias americanas, tan bien secundadas por el desdichado y vergonzoso alzamiento de Riego, en las Cabezas de San Juan.

A luchar y..... ¡adelante!, por Luis Falcato y Eusebio Freixa.

Contiene este tomo varios trabajos que sus autores denominan *Bosquejos políticos, económicos y sociales*. Su precio: 2 pesetas en las principales librerías.

El Practicón.—*Tratado completo de cocina al alcance de todos, y aprovechamiento de sobras*, por Angel Muro, autor de *Conferencias culinarias* y del *Diccionario general de cocina*.

El libro que con este título se ha puesto á la venta hace pocos días, forma un tomo de cerca de 1.000 páginas de sabroso contenido.

Hay en él infinidad de recetas y no menor número de sabios consejos para preparar los platos más variados, servir á la mesa, aprovechar sobras, hacer los honores de un banquete, etc., etc. Es, para decirlo en una sola frase, una enciclopedia culinaria.

Hemos encontrado en *El Practicón* recetas de escri-

NADA DE BAÑOS DE MÁLAGA.

Tal vez tengas gusto en leer unas pocas líneas acerca de un pobre niño, especialmente si eres padre ó madre y tienes hijos. Lo que de ese muchachito sé, lo he sabido por medio de una carta de su padre, y siento que no diga mucho más de lo que realmente dice, porque hay en ella mucha enseñanza. Sí, mucha enseñanza y una advertencia que todos los padres deberían tener grabada en el corazón.

Parece que dicho niño había venido sufriendo de una enfermedad durante cinco años. ¡Qué lástima! Yo diría más bien: ¡qué vergüenza! Pero esperemos y hagamos una ó dos preguntas. Cuando las personas mayores caen enfermas parece como que sobreentendemos que tienen ellas la culpa y que lo merecen, mientras que los dolores del niño nos parecen contrarios á la justicia de la Naturaleza. Pero ¿qué es la justicia de la Naturaleza? ¡Ay! eso no es ni la mitad tan fácil de responder como pudiera serlo. ¿No es verdad?

Su padre, el Sr. D. Antonio Rodríguez, de Granada, nos dice que la enfermedad de su hijo era del hígado. Consultóse un médico tras otro, y se recomendaron y siguieron diferentes clases de tratamientos. Desgraciadamente no resultó alivio. ¿Por qué no? ¿Por qué?..... Espera un poco todavía. ¡Qué es la enfermedad del hígado? Porque eso es lo primero que tenemos que saber.

Es el negarse el hígado á separar la bilis de la sangre, bilis que, dejada así en la sangre, obra como un veneno lento. La lengua se cubre entonces de una capa; la cabeza duele y se siente embotada y pesada; los ojos y la piel toman un color amarillento; se sienten náuseas y frecuentes vértigos; las manos y pies se ponen fríos y pegajosos; vense volar manchas ante los ojos; se presenta en la garganta un flúido picante y acre; vienen la constipación, la coloración subida de la secreción de los riñones, la postración de nervios, la irritabilidad, la depresión de espíritu y la creciente debilidad del cuerpo. A la larga, la enfermedad del hígado, no contrarrestada, produce la acción irregular del corazón, el reumatismo, la gota y casi todos ó todos los demás, hasta una docena, de desórdenes orgánicos. Tratándose de adultos, lleva con frecuencia al suicidio y á otros crímenes. Pero ¿por qué un niño se había de ver afligido por esa enfermedad? Pronto vamos á verlo.

Después de haber fracasado el tratamiento casero, el Sr. Rodríguez llevó á su hijo á los baños de Málaga; pero de esta tentativa no se logró resultado, por la razón de que los baños únicamente eran meros estimulantes de la acción de la piel, pero no le curaban aquella indigestión profunda, que era la causa verdadera de lo que se llamaba enfermedad de hígado.

En Málaga encontró el padre á un caballero, á quien relató los detalles del caso, y el desconocido comprendió al momento lo que se debía de hacer, y le recomendó con eficacia la urgencia de emplear el popular remedio conocido por «Jarabe Curativo de la Madre Seigel».

El resultado de ello está patentizado por una carta del Sr. Rodríguez de fecha 28 de Agosto de 1893, en la cual dice: «Siguiendo el consejo de usted, compramos el Jarabe en la droguería del Sr. Canales, calle de la Compañía, y mi hijo empezó á tomarlo. Ahora estamos ya en casa, de regreso de Málaga, y tengo una gran satisfacción en informarle á usted que la medicina le ha surtido un efecto maravilloso. Cuando tenga una oportunidad, se lo mandaré á usted, para que pueda usted ver por sí mismo el cambio que en el ha tenido lugar. Usted recordará qué pálido y delgado estaba en los baños; pues ahora tiene el aspecto sano y robusto. Si á usted le parece que es prudente, recomendaré el Jarabe á la madre del niño, que está escrofulosa.—(Firmado): Antonio Rodríguez.»

En conclusión, diremos que indicaríamos la probabilidad de que el niño hubiese heredado esa tendencia á la pesadez de estómago, que con el tiempo dió lugar á las complicaciones de que el ya nombrado remedio le salvó. Los tales niños suelen presentarse alegres y precoces, aunque faltos de fuerza física, y por lo tanto los padres harán muy bien en no olvidar este caso, porque no hay otra medicina que haya ganado tan merecida alabanza de los pacientes de ambos sexos y de todas edades.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

tores insignes. Lleva además un Prólogo del señor Picón y *Dos palabras* del Dr. Thebussem. Está ilustrado con más de 300 grabados, y muy bien impreso en excelente papel, á pesar de lo cual y de su respetable volumen, sólo cuesta 5 pesetas en Madrid.

En suma: un buen libro, muy útil y muy barato.

Consuegra-Almería. Memoria del Sr. Marqués de Aguilar de Campóo, comisario Regio nombrado por Real decreto de 18 de Septiembre de 1891, referente á los trabajos realizados por la comisaría hasta el 23 de Septiembre de 1893.

Contiene este tomo la historia de los socorros oficiales con que se atendió á las víctimas de las inundaciones en Consuegra y Almería, catástrofe que, aun después de reducido de ella lo que aumentaron los periódicos, quedó siendo una de las mayores que en España se han conocido de mucho tiempo á esta parte. La caridad pública, así nacional como extranjera, puso en manos del Gobierno la respetable suma de 4.269.998,60 pesetas, cuya inversión expone en el libro á que nos referimos el Sr. Marqués de Aguilar de Campóo.

Algunas de las cifras que expresan lo enviado de fuera de la Península merecen consignarse. De Cuba vinieron 505.758,75 pesetas, y de Méjico 410.412,05. Francia, Inglaterra y Alemania fueron las naciones de Europa que contribuyeron con mayores sumas. En España, los principales donantes fueron SS. MM. el Rey y la Reina, la Princesa de Asturias y la infanta D.ª María Teresa; la infanta D.ª Isabel, D. Francisco de Asís, D.ª Isabel II, el Marqués de Comillas, la Duquesa de Montpensier, los Rothschild de París y de Londres, las infantas D.ª Paz y D.ª Eulalia, D. Arturo Herrén, la Compañía Transatlántica, la de Tabacos de Filipinas, la Diputación y Ayuntamiento de Bilbao, la Diputación de Barcelona, etc.

La Memoria del Sr. Marqués de Aguilar de Campóo es por varios conceptos muy digna de estudio.

Expoliación escandalosa.—*Historia del laudo dictado en la testamentaría del Excmo. Sr. Duque de Santoña por los Sres. Gamazo y Azcárate, y voto particular del Sr. Montero Ríos.—Nulidades y desastrosos errores que contiene.* Por la Sra. Duquesa viuda de Santoña.



D. EDUARDO G. BERGES,

PRIMER TENOR Y ACTUAL EMPRESARIO DEL TEATRO DE LA ZARZUELA.

A lo que en nuestro pasado número dijimos de este libro debemos añadir, á ruego de su distinguida autora, que nada tiene ésta que ver con el precio que se le ha señalado para la venta, puesto que no ha sido la editora.

Legislación Hipotecaria de Ultramar, anotada por D. José Morell, registrador de la Propiedad.—Madrid. *Revista de Legislación.*

Contiene la ley Hipotecaria para las provincias de Ultramar de 14 de Julio de 1893, reformando las que regían anteriormente en Cuba, Puerto Rico y Filipinas; el Reglamento provisional para la ejecución de dicha ley de 18 del mismo mes; la Instrucción de 13 de Agosto de 1893 sobre la manera de redactar los documentos públicos sujetos á Registro en las provincias de Ultramar, Reales órdenes de 16 de Marzo de 1891 y 9 de Agosto de 1893 y Reales decretos de 11 de Octubre de 1889 y 31 de Octubre de 1893.

La publicación de esta obra ha sido autorizada por Real orden de 16 de Noviembre último, y se halla comentada con más de 800 notas.

Archivo do districto federal.—Revista de *documentos para a Historia da cidade do Rio de Janeiro.*

Contiene muchos documentos curiosos, algunos de ellos referentes al santo misionero Anchieta, hermosísima figura que resplandece, juntamente con la de Nobrega, sobre las de todos los hombres del primer período de la colonización del Brasil.

Diccionario de Jurisprudencia hipotecaria *de España*, con referencia á las leyes, reglamentos, Reales decretos, Reales órdenes, órdenes, circulares y resoluciones de la Dirección General del Registro de la propiedad, y sentencias del Tribunal Supremo de Justicia dictadas sobre dicha materia (1863-1893), formado por D. Carlos de Odriozola y Grimaud, registrador de la propiedad de Vich.

Este libro es de notoria utilidad para el conocimiento de lo legislado sobre tan importante materia. Forma un tomo de 820 páginas, que se vende, al precio de 10 pesetas, en las principales librerías, y en casa del autor, Santa María, 4, principal, Vich.

G. R.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. VIII.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 28 de Febrero de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de Amér.ca y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. MANUEL VENTURA FIGUEROA,

FUNDADOR DE LA BENÉFICA INSTITUCIÓN QUE LLEVA SU NOMBRE.

(Estatua que se erige en Santiago de Compostela.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Barbieri, por D J. M. Esperanza y Sola.—La ciudad de Marruecos en nuestros días, por D. Rodrigo Amador de los Ríos, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Fastos Vaticanos, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—El regreso, poesía, por D. Eduardo Luis del Palacio.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—Excmo. Sr. D. Manuel Ventura Figueroa, fundador de la benéfica institución que lleva su nombre. (Estatua que se erige en Santiago de Compostela).—La embajada española en Marruecos: De Mazagán á Marruecos. Un alto en la marcha.—La aldea de Simara, junto á la cual instaló nuestra embajada su campamento.—Aspecto de los alrededores de la ciudad al llegar la embajada.—Magnates de la corte jerifiana presenciando la recepción del embajador español.—El coche del Sultán.—El yate de vapor del Sultán en un estanque de su palacio.—Recepción oficial de la embajada. Vista de conjunto del patio en que se verificó la recepción.—Marruecos: Las mujeres del Sultán en viaje. Campamento especial del harén.—Bellas Artes: *Tentación y prudencia*, cuadro de Fannie Moody.—*El Memorialista. Recuerdo de Barcelona*, cuadro de Madame Beaury-Saurel.—Retrato del Excmo. Sr. D. José Gonzalo de las Casas, fundador y director de la *Gaceta del Notariado*.—Retrato del Ilmo. Sr. D. Eugenio Sánchez de Fuentes, académico correspondiente de la Española.—Almería: Preparación del esparto para la exportación. Interior del almacén principal de los Sres. Spencer y Roda.

CRÓNICA GENERAL.

¿CREE usted en los duendes?

—Le diré á usted: antes me reía de ellos y de otras muchas cosas; pero empiezo á creer en todo. Y, á decir verdad, con los duendes se explican muchas cosas: si los diablos encienden las guerras, difaman, calumnian y asesinan, y puede hacérseles responsables de los crímenes que se cometen con los explosivos, y de que haya sido necesario en París establecer talleres especiales para desarmar las bombas sin estallar que recoge la policía, y un coche para conducirlas: en cambio sólo á los duendes pueden atribuirse las pequeñas disidencias, los antagonismos y diferencias de juicio que revuelven á los hombres entre sí, impidiendo que se entiendan y procurando divisiones donde no debe haberlas.

—¿A qué se refiere usted?—me preguntó el capitán Recio.

—¿No lo adivina usted? Pues ello es fácil. ¿De dónde viene usted?

—Vengo de asistir al refrigerio con que las armas de Infantería y Caballería han celebrado los ascensos de sus compañeros por los hechos recientes de Melilla. Y puedo asegurarle que el banquete ha sido fraternal, sin alusiones, y de lo más digno y correcto que se pudiera desear. Comida española, lista escrita en castellano, vinos nacionales, la Marcha Real para empezar, y buena música.....

—Pero un solo número español.....

—No todo puede realizarse.

—Concedido, que no se trata de eso. Me refiero á la significación y sentido de la fiesta. ¿No se congratula usted y todo buen español de que el acto haya sido tan comedido y discreto? Luego ha habido una remota posibilidad de que no lo fuera, y que se hubiera producido alguna frialdad en las relaciones de las armas, nacidas indispensablemente para la unión y para cooperar á un mismo pensamiento: la defensa del honor y de la integridad de la patria.

—Nuestro banquete obedecía á la necesidad de establecer un principio: el que se deben aceptar los ascensos bien ganados, aunque se perdiese el orden del escalafón.

—¿Y quién podría dudar de ello?

—Alguien.

—No lo veo claro: si un cuerpo con escala cerrada prefiere conservarla con sacrificios individuales, dentro de su organismo especial, nada tiene de extraño ni invasor que obsequie á los que renuncien el ascenso, que es, al fin, un sacrificio. Creo, en conciencia, que no había motivo de que otras armas pudieran resentirse. Si le hubo, fué una susceptibilidad honrosa, que disculpo y atribuyo á los duendecillos que en toda nuestra historia se han ocupado en hacernos cosquillas, sabiendo lo nervioso que es nuestro carácter nacional.

—¿Luego usted cree que hicimos mal en reunirnos á comer?

—Todo lo contrario: sólo afirmo que, si realizaron el banquete en uso de su derecho y con un tacto envidiable, no necesitaron de él para desagraviarse de ninguna indirecta, de ninguna alusión que en justicia debiera molestarles; lo cual comprendieron al procurar con su corrección que aquello fuera, como fué, un festín entre compañeros de armas, que tampoco á nadie molestaba, y sólo una especie de afirmación del compañerismo que coloca sobre la conveniencia de todos el bien de los que, por su valor, buena suerte ú otros accidentes de la guerra, se adelantan en la carrera á sus amigos.

—¿De modo que tenemos razón?

—Declaro que la tienen todos, y que ambos banquetes están fundados en dos principios honrosos y desinteresados: los artilleros festejaban á los que hicieron un sacrificio por seguir la tradición de su cuerpo; la Caballería é Infantería festejaban á los que habían obtenido ventajas de que los demás no disfrutaban: en rigor, cada cual hizo en su banquete un acto generoso y digno.

—¿Y por qué censura usted el nuestro?

—Retiro cualquier palabra que lo haga sospechar por defecto de expresión: es todo lo contrario: sólo las susceptibilidades me dolían, si pudo haberlas: aunque á veces el amor de cuerpo sirve de estímulo y emulación, que redunda en bien de los servicios: pero en vez de disgustarme esos banquetes, creo que todos veríamos con satisfacción uno nuevo.

—¿Otro todavía?

—Sí, otro, de todas las armas reunidas: allí veríamos la representación querida y completa del ejército español.

—¿Y en qué otro asunto nota usted la influencia maligna y retozona de los duendes?

—Desde luego en los políticos, aunque me abstengo de enumerarlos: ellos, y sólo ellos, hicieron resbalar al Sr. Sagasta, y le tuvieron tres meses en su casa, y ahora le han vuelto á enfermar, cuando tantos asuntos reclaman su intervención. Ellos, y sólo ellos, han desunido á los republicanos otra vez; ellos suscitan las dificultades de los fueros.....

—¿Luego hay duendes políticos?

—Y literarios, artísticos, científicos, canónicos, industriales y mercantiles, ¿qué sé yo? Por ejemplo, cuando se estrena una obra, cuando hay una vacante de académico, sobre todo, suscitan querellas, infunden celos y discuten candidatos.....

—¿Y ahora hay alguna vacante?

—Sí, la del maestro Barbieri en las Academias de Bellas Artes y de la Lengua.

—Por cierto que ha fallecido también la viuda del ilustre compositor.

—Sólo ha sobrevivido á su esposo algunos días; y hemos perdido á otro profesor querido y respetado, D. Dámaso Zabalza, compositor también, y maestro de piano del Conservatorio, muy popular. Recuerdo que siendo yo estudiante asistía algunas noches al café del Iris, hoy de Madrid, en el cual era Zabalza pianista y llamaba la atención. Era su amigo íntimo el malogrado D. José Coll y Vehí, nuestro catedrático de Retórica y Poética, de elegante y simpática figura. Zabalza también tenía un tipo artístico y notable.

—Dicen que enfermó de la pulmonía que le ha muerto al asistir al entierro de Barbieri.

—Eso he oído referir: y volviendo á su vacante en la Academia de la Lengua, esta vez, como siempre, se han indicado candidatos y se han combatido otros con injusticia: no niego que entre los nombres recomendados por la prensa los hay con méritos suficientes para ingresar en la Academia de la Lengua: pero afirmo y sostengo que la elección, al parecer ya asegurada, de D. Segismundo Moret y Prendergast, no sólo es justa y merecida, sino que honra á la Academia. El Sr. Moret, mucho antes de ser ministro, fué uno de los catedráticos de fama en la Universidad de Madrid, y fué y es uno de los oradores de primer orden que tenemos en España y uno de aquellos en cuyos labios suena mejor la lengua castellana; y como en la Academia Española se ingresa, no sólo por el manejo del idioma escrito, sino del hablado, claro es que debe entrar el Sr. Moret no de soslayo sino por la puerta principal de la Academia y muy de frente, en la seguridad de poder, en el acto, sin preparación, hacer su discurso de entrada como le pueden hacer pocos. Esta es la verdad; y no son justos los que le escatiman un derecho que se gana por el dominio del idioma y el manejo del habla, de que la naturaleza le hizo dón maravilloso. Y de tal manera goza el privilegio, que siendo escritor, no necesita nada sus escritos para justificar su ingreso en la Academia.

—Vamos, usted es escritor, y no verá con gusto algunos otros candidatos.

—No seré tan hipócrita que niegue el desencanto que me produce á veces la elección de personas que ingresan en aquel alto cuerpo sin la suficiente justificación: pero esta vez no me ha disonado ninguno de los nombres que la prensa recomienda. Hago justicia y nada más.

—¿Y qué otras diabluras atribuye usted á los duendes?

—¡Ahí es nada! lea usted el artículo del amigo Ortega y Munilla, en que da la triste noticia de haber desaparecido la pesca casi por completo de las costas malagueñas, ocasionando la ruina de millares de familias en aquel país tan risueño siempre, tan próspero en otro tiempo.

—Pero el Sr. Ortega y Munilla da una causa natural á aquel desastre: el uso de ciertas redes que esterilizan el fondo del mar, perturbando la alimentación y desove del pescado.

—Eso es verdad; pero ¿cómo explica usted que eso se consienta hace mucho tiempo, sino atribuyéndolo á las intrigas de los duendes, que en todo se mezclan para embarullarlo todo?

—Tiene usted manía á esos seres retozones y malignos.....

—¡Dios me libre de indisponerme con ellos, sabiendo la habilidad que tienen para trastornar papeles y esconder los objetos en el momento en que se necesitan! También les guardo consideración, y prestan sus servicios. Por ejemplo, hace poco días recibí por el correo de Cuba una novela, y, á decir verdad, estimando el regalo, no tenía, por mi falta de tiempo, intención de leerla; un duende se las componía de modo que la novela estaba siempre al alcance de mi mano, incitándome á leerla.

—Su título y su autor.

—*Leonela*, por D. Nicolás Heredia.

—¿Y la leyó usted por fin?

—De cabo á rabo: y puedo asegurar que la leí con mucho gusto: entretúvome al principio el encanto con que en ella se describen las costumbres cubanas, y hasta el uso de locuciones familiares, restos algunas del castellano que se hablaba en otros tiempos, y variantes otras con que el génio cubano ha enriquecido nuestra lengua: aquellas costumbres me recordaban una época feliz de mi juventud; pero tengo la seguridad de que si influyeron para dar al libro algún atractivo en mi espíritu, le hubieran hecho caer de mis manos á no deleitarme en su lectura el talento del autor. Verdad al describir, ligereza en la narración, sobriedad en lo accesorio, color local, tipos bien trazados, delicadeza y energía, y proporciones atinadas y regulares en el conjunto: un conflicto de verdadero interés nacido de la verdad de los afectos y desarrollado con arte y maestría.

—¿Y conoce usted al autor?

—Sólo su retrato, que figura al frente de la obra. Me parece haber leído otro libro suyo de crítica, con el cual no estaba muy conforme, y aun hecho de él alguna referencia; que pasan tantos hechos y tantos nombres por mi imaginación, que los recuerdos se confunden. Sea de aquello lo que fuere, puedo hoy asegurar que *Leonela* es, en mi pobre juicio, una novela interesantísima, y su autor un verdadero novelista.

—Quedan entonces rehabilitados los duendes. Y puesto que se ha ocupado usted de un libro, ¿quiere hacerme el favor de leer estos?

—Imposible—exclamé retrocediendo;—tengo mis pobres, quiero decir, tengo mis aficiones, trabajos y manías: todos los días se publican obras nuevas: ¿tendría tiempo, memoria y atención para dedicarme á su lectura? Gracias con que pueda asistir á alguna conferencia ó recepción académica, ó acto parecido, aquí donde la vida intelectual es tan activa; que sepa de referencia que nuestro amigo el señor Becerro de Bengoa, el infatigable, haya desarrollado el tema para mí tan simpático y tan cierto de que Madrid tiene para el estudio del arqueólogo, del erudito y del artista interés inagotable, como lo demostró gráfica y oralmente; ó que el Sr. Conde de Morphy, en el mismo centro literario, el Ateneo, diese una conferencia musical, con ejemplos tocados y cantados por notables artistas; que el Sr. Sanz Escartín leyese un notable discurso de recepción, contestado por el Sr. Azcárate, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sin que tenga espacio para exponer los temas de sus respectivas oraciones. Madrid rebosa vida en lo respectivo á las ideas, así como la pierde en el orden económico: en éste la paralización aumenta: no hay medio de especular lícito, porque la acción fiscal parece encaminada á atar las manos á todos los que trabajan; y como en algo hemos de ocuparnos, todos hablamos, escribimos, conferenciamos ó murmuramos del prójimo: que también la murmuración es un trabajo literario, aunque modesto, y en algo se han de entretener los que no son literatos ni oradores.

Lector: he escrito esta revista en un día tan espléndido, ejerciendo sobre mí tanta atracción el aire tibio, el sol brillante con que Dios nos ha convertido en Mayo el final de Febrero, que he necesitado toda la virtud de un hombre honrado, toda la fuerza del cumplimiento del deber, para escribir la Crónica. Confieso que tuve tentación de hacer novillos. Por eso los hombres verdaderamente laboriosos trabajan de noche, con la soledad, con el silencio, sin las seducciones del bullicio de los hombres y del clima. Ningún madrugador deja de cometer con su obligación grandes infidelidades. El día no empieza cuando sale el sol, sino cuando el hombre está en aptitud de hacer algo útil.

A menos que sea como ciertas malas gentes para quienes no amanece hasta que pueden hacer alguna picardía.

A otras personas raras les amanece de un modo caprichoso: por ejemplo, un arquitecto amigo mío asegura que hasta que no toma chocolate le parece que no ha empezado el día.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. MANUEL VENTURA FIGUEROA,

fundador de la benéfica institución que lleva su nombre. (Estatua que se erige en Santiago de Compostela.)

El Excmo. Sr. D. Manuel Ventura Figueroa fué en el siglo XVIII Patriarca de las Indias y presidente del Consejo de Castilla, y por la benéfica institución que fundó, ha dejado un nombre que es y será venerado siempre en Galicia.

Con la renta del cuantioso capital que instituyó, se sufragan los gastos de las carreras profesionales, los estudios de aplicación y las dotes á los pensionados, así varones como hembras. Dicho esto, no hay para qué probar que la Institución Figueroa produce grandes beneficios. Añadiremos que es el mayor accionista del Banco de España.

Los parientes pensionados, deseando manifestar su gratitud al fundador, reunieron por suscripción la cantidad necesaria para levantarle, en la plaza de la Quintana de Santiago de Compostela, una estatua.

El monumento es hermoso, según puede verse en nuestro grabado de la página primera de este número. Tiene la estatua 3 metros de alto, y toda la obra 8. El autor de la estatua es el escultor D. Francisco Vidal y Castro, pariente del fundador.

°°°

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.

Entrada en la capital.—Un grupo de moros.—El coche y el yate del Sultán.—La recepción.—Campamento femenino.

Publicamos en este número una serie de preciosas vistas de diferentes escenas de Marruecos y del viaje de la embajada, debidas á la actividad y talento del capitán de ingenieros D. Francisco Echagüe, quien, como ya hemos dicho, acompaña al general Martínez Campos.

La primera y segunda (pág. 128) son dos episodios del viaje. En una vese al general Martínez Campos, con un pequeño turbante que casi le cubre el casco, conversando con algunos moros. En la otra damos á los lectores una curiosa vista de la aldea de Simara, situada en el camino de Mazagán á Mogador, ya cerca del Tensift. Junto á ella acampó la comitiva el cuarto día de marcha.

La tercera (primera de la pág. 129) permitirá al lector formar idea de la muchedumbre que acudió á ver la entrada de la embajada española. En primer término marcha un grupo de áskaris, observándose en esta tropa que es (juntamente con la española) la única que conserva la bayoneta. Todos los ejércitos europeos la han abolido.

En seguida publicamos una vista de un grupo de moros de los que asistían á la recepción. Es notable la expresión

de aquellos rostros, graves unos, maliciosos y sonrientes otros, pero todos enérgicos y duros. Este grupo es uno de los triunfos fotográficos que el Sr. Echagüe ha conseguido, pues los moros no hubieran consentido en dejarse retratar, de modo que ha tenido que hacerlo con las mayores precauciones.

Nuestro primer grabado de la pág. 136 es una reproducción fidelísima, también debida al Sr. Echagüe, del Sultán y su comitiva al recibir á la embajada. Sin el acertado empleo que ha hecho de la *photo-jumelle*, no hubiera podido obtenerla y quizás hubiera corrido algún riesgo al intentarlo.

El coche y el yate del Sultán (véase el tercero y cuarto grabado de la pág. 129) son dos singularidades de la corte marroquí. En 1863, el famoso filántropo Moisés Montefiore regaló á Sidi Mohamed, entonces emperador de Marruecos, un carruaje, cuyo estreno, que fué en Rabat, refiere con mucha gracia nuestro compatriota Murga. ¿Será éste el que han visto en Marruecos los individuos que acompañan á la embajada?

Del yate sólo diremos que es el primero y el único que navega en los dominios del Sultán. Muy lejos están ya los buenos tiempos de la marina marroquí, cuando sus corsarios, principalmente los de Salé, corrían el Atlántico y cautivaban buques cristianos á la vista de Cádiz y de Lisboa. Ahora Marruecos no tiene marina militar ni mercante. Los ingleses obsequiaron hace años á S. M. Jerifiana con una lancha para pasar el Bu-Regreg en sus expediciones de Marruecos á Rabat. Esta lancha sirvió de modelo á constructores marroquíes para otra que navegó algún tiempo, y no sabemos si navega aún, en los estanques de la corte. Pero como todo progresa en el mundo, hasta la sociedad mogrebí, la humilde lancha de antaño es hoy un yate de vapor.

El segundo grabado de la pág. 136 dará al lector una idea de las costumbres del Sultán y de su familia. El harén viaja tan bien defendido de toda indiscreción que no hay medio de verlo sino de lejos. Rodéanlo de una alta empalizada, y por si ésta no basta, de centinelas con órdenes terminantes contra todo importuno. Algún europeo ha estado alguna vez á dos dedos de pagar cara su curiosidad.

Bueno será poner las cosas en su punto, en lo que al harén atañe; porque así como ahora han inventado algunos una ciudad de Marraquech que por el nombre no la conocen moros ni cristianos, así también hablan de las mujeres del Sultán de Marruecos como si las hubieran visto y contado. Hay quien dice que son, por lo menos, seiscientas, y refieren cómo viven y lo que hacen.

El lector prudente debe huir de tales exageraciones, mejor dicho, de tan estupendas fantasías.

La ley de Mahoma no permite á los creyentes tener cuantas mujeres quieran ó puedan, sino cuatro solamente. Estas son las esposas legítimas. Las demás son concubinas toleradas, no permitidas, por el Korán.

El famoso harén de Muley Hasán probablemente no contendrá más de seis ú ocho mujeres, descontadas la servidumbre y parentela, que son bastante numerosas. Misterios, tenebrosas intrigas, luchas tremendas entre las esposas, legiones de eunucos y de esclavos dispuestos á ahogar en el baño á la infiel, todo esto y mucho más sucede en los libros de viajeros, dados á buscar lectores, aunque sea con grave daño de la verdad.

Nuestro grabado pone las cosas en su punto, pues en él verá el lector cómo acampa el harén de S. M. Jerifiana, en media docena de tiendas no muy grandes.

Hubiéramos podido, siguiendo el ejemplo de muchos, copiar de cualquier viajero novelista alguna pomposa descripción del harén y de la corte del Sultán; pero preferimos, ahora como siempre, sacrificar lo bello á lo verdadero.

°°°

BELLAS ARTES.

Tentación y prudencia, cuadro de Miss Fannie Moody.—*El Memorialista. Recuerdo de Barcelona*, cuadro de Mme. Beaury-Saurel.

Tántalo fué un rey de Lidia (famosa región asiática, madre de innumerables leyendas) de la más noble estirpe, pues tuvo por padre al propio Júpiter (Zeus en griego, Deus en latín, de donde ha venido el nombre que dan á la divinidad los pueblos de casi toda Europa) y por madre una ninfa llamada Plota. No le valió venir de tan alto para verse libre de enemigos, porque los historiadores griegos le atribuyen muchos crímenes espantosos.

Píndaro le acusa de haber robado á los dioses el néctar y la ambrosía, para dársela á probar á los mortales y endulzarles la vida; lo que es calumnia manifiesta, porque sigue siendo tan amarga como antes, ó más.

También dicen que secuestró á Ganimedes, copero de los dioses, y que pretendiendo averiguar si éstos eran ó no adivinos, les convidó á comer y les sirvió asado á su hijo Pelops. Luciano cuenta que Tántalo robó un perro á Júpiter, y otros autores aseguran que su mayor delito fué haber revelado á los hombres el secreto de los dioses, lo que es tan cierto como haberles dado á beber néctar y ambrosía.

Cansado Júpiter de tales fechorías, arrojó á Tántalo al infierno (Tártaro le llamaban los griegos), donde las Furias atáronle á un árbol, en cuyas ramas se veían sabrosísimas frutas, y en medio de un lago de puras y cristalinas aguas. Dióle entonces el dios una ardentísima sed y un hambre grandísima, y dejó al mísero condenado á tocar la fruta con los dedos, sin poder tomarla, y á llegar con los labios junto al agua, sin poder beber una gota. Este es el llamado suplicio de Tántalo, más frecuente en el mundo de lo que puede creerse.

Los perros de nuestro grabado de la pág. 132 le están padeciendo, sin más freno que su fidelidad y respeto al amo. Tienen delante un manjar apetitoso, y le miran sin tocarlo, sólo porque saben que no les estaría bien hacerlo, ó quizás por temor al castigo. El gato parece menos escrupuloso, en lo que muestra parecerse al hombre. Á éste pocas veces le contienen lazos como los que atan la voluntad de los perros de nuestro grabado. Los necesita más fuertes, y gracias que basten.

El Memorialista es una verdadera copia del natural, pero hecha con arte, pues la expresión maliciosa del viejo y la actitud de la joven que dicta la carta, son cosas más para interpretadas que para copiadas, porque es muy difícil, imposible á veces, copiarlas.

Por eso, y aun más por la novedad de la escena y de los tipos, llamó mucho la atención este cuadro (que reproducimos en la pág. 133) en la Exposición de los Campos Elíseos de París.

°°°

EXCMO. SR. D. JOSÉ GONZALO DE LAS CASAS Y QUIJANO,

fundador y director de la *Gaceta del Notariado*.

Fué D. José Gonzalo de las Casas uno de esos trabajadores incansables cuya fecunda vida merece conocerse, para servir de estímulo á otros. Nació en Ciempozuelos, en Enero de 1826, y estudió en Madrid la carrera del Notariado, comenzando á distinguirse en ella con la publicación de su *Manual* y cuadro sinóptico para la aplicación del papel sellado, según la ley de Bravo Murillo, trabajo que mereció ser recomendado de Real orden á todas las oficinas y tribunales.

En Junio del mismo año de 1851 fundó la Biblioteca especial del Notariado español y el *Semanario del Notariado*, convertido después en *Gaceta del Notariado*, cuyo nombre conserva con gran crédito en España y en el extranjero.

De 1851 á 1857 publicó el *Diccionario general del Notariado de España y de Ultramar*, sin auxilio oficial, á pesar de lo costoso de la obra, que comprende diez tomos en 4.º mayor de más de 500 páginas cada uno. Como premio recibió el título de *Notario vitalicio del Colegio de Madrid*, y del rey D. Fernando de Nápoles la cruz de caballero de la Real orden de Francisco I.

Publicó en 1861 los *Comentarios á la Ley Hipotecaria;* después el *Tratado general, filosófico, teórico y práctico del Notariado y de instrumentos públicos, relativos á la propiedad, á la familia y á la sucesión; Filosofía del Notariado de Mr. Cellier; Aplicación práctica del Código civil español*, y otras obras notables y útiles.

Las distinciones que recibió fueron muchas. Citaremos, además de las mencionadas, la gran cruz de Isabel la Católica y la encomienda de Cristo de Portugal. Era jefe superior de Administración civil, individuo de la Sociedad Económica Matritense, escribano de Cámara de S. M., tesorero de la Asociación de Escritores y Artistas, etc., etc.

Por su cultura, su amor á la carrera que seguía, su infatigable laboriosidad y dilatados servicios, era D. José Gonzalo de las Casas (cuyo retrato publicamos en la pág. 137) persona muy querida y apreciada.

°°°

ILMO. SR. D. EUGENIO SÁNCHEZ DE FUENTES,

académico correspondiente de la Española.

El Sr. Sánchez de Fuentes, magistrado de la Audiencia de la Habana, en cuya ciudad ha fallecido hace poco tiempo, era uno de los pocos literatos de la escuela sevillana que nos quedaban.

Aunque nacido en Barcelona, estudió en Sevilla, donde cursó Filosofía y Derecho; se graduó de licenciado, y tuvo por amigos á Lista, Baralt y otros excelentes maestros. Allí se dió á conocer como autor dramático con dos obras que merecieron el aplauso del público: *Colón y el Judío errante* y *Triana y la Macarena*.

De Sevilla vino á Madrid, donde estuvo hasta 1861, y siguió cultivando las letras con buen fruto. Entre otras obras, dió al teatro *La pasión y el deber*, que en opinión de los críticos más autorizados es la mejor de las suyas.

Pasó á América de secretario del Consejo de Administración de Puerto Rico, donde casó. Desde entonces ejerció la magistratura en aquella isla y la de Cuba, siendo magistrado y presidente de sala de la Audiencia Territorial de la Habana, en cuyo cargo fué jubilado por el Sr. Becerra, medida que dió á las letras lo que perdió la justicia.

A sus méritos literarios, que eran muchos, y por los que mereció ser nombrado académico correspondiente de la Española, unía el Sr. Sánchez de Fuentes bellas prendas de carácter. Su muerte ha sido particularmente sentida en las Antillas, donde tenía muchos amigos.

Publicamos su retrato en la pág. 137.

Deja el Sr. Sánchez de Fuentes, además de las obras mencionadas, las siguientes, completamente inéditas:

Un tomo de poesías; otro de prosa y versos, titulado *Risa y llanto;* una colección de artículos con el nombre de *Recuerdos de un anciano; Ecos cristianos*, también colección de trabajos; *El niño cristiano*, libro para la infancia, y *El estreno de un drama*, comedia.

°°°

ALMERÍA.

Preparación del esparto para la exportación.—Interior del almacén principal de la fábrica de los Sres. Spencer y Roda.

El segundo grabado de la pág. 137 representa el principal de los almacenes que tienen en Almería los Sres. Spencer y Roda, dedicado á la confección de las pacas de esparto que por aquel puerto se exportan para Inglaterra, donde dedican esta fibra á la fabricación del papel.

En los primeros tiempos se exportaba tal como era arrancado de los montes; pero hoy sufre una detenida limpieza, en que encuentran trabajo muchas mujeres. Después se hacen pacas por medio de prensas movidas á vapor y por fuerza animal, facilitando el transporte á Inglaterra, que es el principal mercado, habiéndose empezado á exportar á Francia.

El día que esté concluído el ferrocarril que se está construyendo entre Linares y Almería, adquirirá mucho desarrollo esta industria, por las grandes cantidades de esparto que hay en las sierras de Guadix y Baza, y que hoy no se pueden conducir á Almería por lo caro del transporte.

De celebrar es el progreso que esta industria alcanza en España, á pesar de la competencia que tiene que sostener con los productos similares de Argelia, Túnez y Trípoli, y con las exportaciones de pasta de madera que, procedentes de Suecia y Noruega, invaden todos los mercados.

La producción total de esparto en la provincia de Almería se eleva á unas 15.000 toneladas.

El precio en los últimos años ha variado de 4 y 5 libras esterlinas por tonelada inglesa.

Los almacenes que reproducimos en nuestro grabado están situados á la orilla del mar, y muy próximos al muelle, donde atracan los vapores que conducen á Inglaterra dicha fibra, los cuales están dotados de un servicio de incendios para evitar siniestros.

G. Reparaz.

BARBIERI.



El arte músico español ha sufrido una irreparable pérdida: su más genuino representante; el varón insigne y popular en quien dichosamente se juntaban una vasta y exquisita cultura literaria y el numen de la creación españolísima y castiza, como en ocasión solemne dijo su gran amigo Menéndez y Pelayo; el maestro D. Francisco Asenjo Barbieri ha muerto, dejando sumidos en el dolor, no sólo á aquellos con quienes le unían los vínculos de la sangre y á los que nos honrábamos con su cariñosa amistad, y ameno é instructivo trato, sino á cuantos respetan y estiman en todo su valer las legítimas é indiscutibles glorias de la patria.

Amante de ella como pocos, ella fué el numen de su inspiración lozana y fecunda; ella la que le hizo emplear su clarísimo talento y erudición suma en ilustrar por medio de numerosos escritos no pocos de los muchos puntos obscuros de la historia del arte músico entre nosotros; ella la que le hizo rebuscar con indecible afán y laudable perseverancia gran caudal de datos para escribir dicha historia y las vidas de tantos hombres ilustres de las pasadas edades, cuyos nombres y cuyas admirables obras eran en gran parte desconocidas, ó punto menos; ella, en fin, la que le hizo reunir el tesoro único é inapreciable de libros y documentos que constituían su riquísima biblioteca, que con patriótico y atinado acierto legó en el postrer día de su vida á la Biblioteca Nacional.

Reseñar la vida laboriosa del hombre, del artista y del sabio, y consagrar un recuerdo á su memoria, tal es el objeto de este escrito.

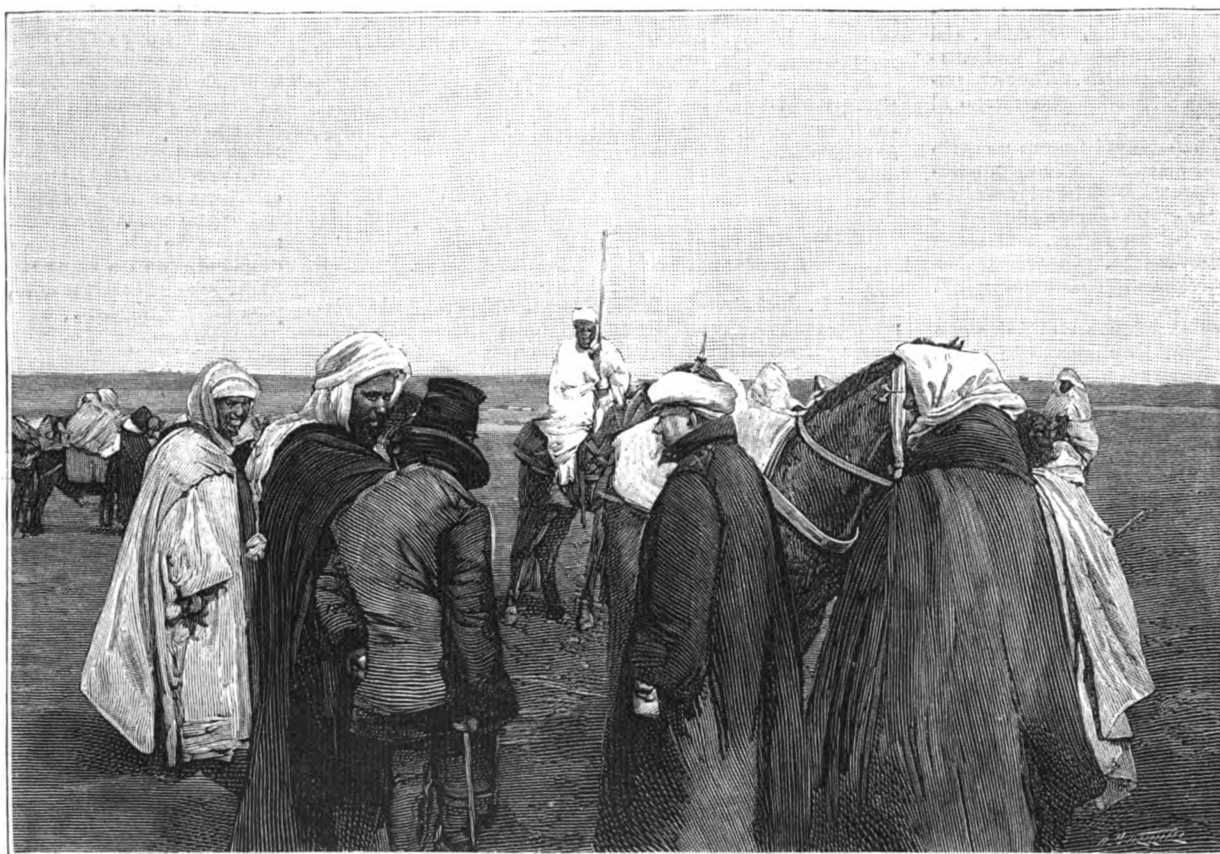
Pocos como Barbieri pudieron poner por lema al frente de su modesta vivienda el *Labor omnia vincit*, de Virgilio; y de pocos también con más razón, podría repetirse lo que un célebre escritor decía, hablando de otro literato insigne, que el noble tesón obra maravillas, y la fe hace que se remuevan de su asiento las montañas. Que sólo así, sólo con una constancia á toda prueba, y una fe inquebrantable en un porvenir en que viera compensados sus legítimos afanes, pudo rendir su último aliento, colmado de honores, querido y respetado desde el más elevado prócer hasta el humilde hombre del pueblo, y ser tenido como una verdadera autoridad en el noble arte á que consagró su vida entera el hombre que nació en humilde cuna y vió su juventud atormentada por los rigores de la pobreza.

Barbieri, según cuenta mi ilustrado compañero el señor Peña y Goñi en la biografía que hace años escribió del insigne maestro, nació en Madrid el 3 de Agosto de 1823, teniéndole en la pila bautismal de la iglesia de San Sebastián la hija del famoso compositor de tonadillas D. Blas Laserna, á la que, sin duda, debió el retrato del mismo que más de una vez me enseñó y adornaba su despacho en la casa de la Plaza del Rey.

Fuese por el carácter un tanto levantisco que mostrara, ó por la costumbre, inveterada entonces, de sujetar los jóvenes á la férula de un *dómine*, raza que en bien de la humanidad ha desaparecido en nuestros días, lo cierto es que después de haber estudiado con aprovechamiento la primera enseñanza, sus padres le confinaron al convento de Trinitarios de Santa Cruz de la Zarza, donde es de presumir que viese práctica y dolorosamente la verdad del aforismo que los tales maestros tenían por divisa, «la letra, con sangre entra», por donde es seguro que estudió con gran provecho el latín y la retórica, bases de su futura cultura literaria.

Vuelto á Madrid, quiso primero ser médico, y más tarde ingeniero, hasta que la marcada afición que mostraba á la música, y se hacía patente hasta el punto de no perder ensayo ni representación de la compañía de ópera italiana que actuaba en el teatro de la Cruz, en que vivía, por ser su abuelo materno alcaide del mismo, hizo que su familia, sin desesperanzar el que abrazara una carrera científica, le dedicase al divino arte, haciéndole aprender el solfeo con D. José Ordóñez Mayorito, consiguiendo que ingresara después, en 1837, en el *Conservatorio de María Cristina*, donde estudió el clarinete con Broca, el piano con Albeniz, el canto con Saldoni, y la composición, en fin, con Carnicer, quien le tomó gran cariño, y cuya memoria respetó á tal punto Barbieri, que por iniciativa suya se puso en recientes tiempos el busto de aquel respetable anciano en la fachada del teatro Real, al lado de los compositores líricodramáticos de más fama.

Desgracias de familia obligaron á la de Barbieri á trasladarse á Lucena, dejando á éste en Madrid, entregado á los



DE MAZAGÁN Á MARRUECOS.—UN ALTO EN LA MARCHA.



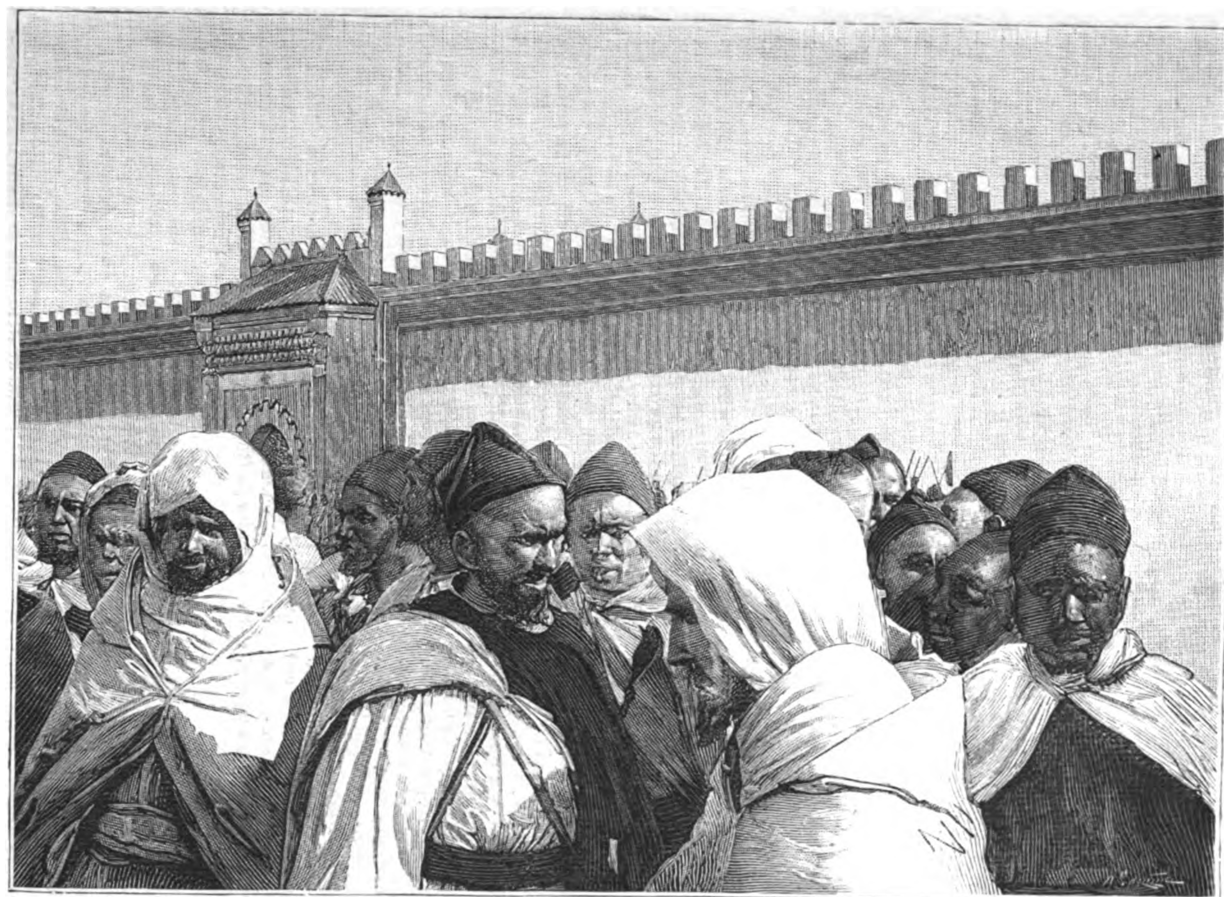
DE MAZAGÁN Á MARRUECOS.—LA ALDEA DE SIMARA, JUNTO Á LA CUAL INSTALÓ NUESTRA EMBAJADA SU CAMPAMENTO.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



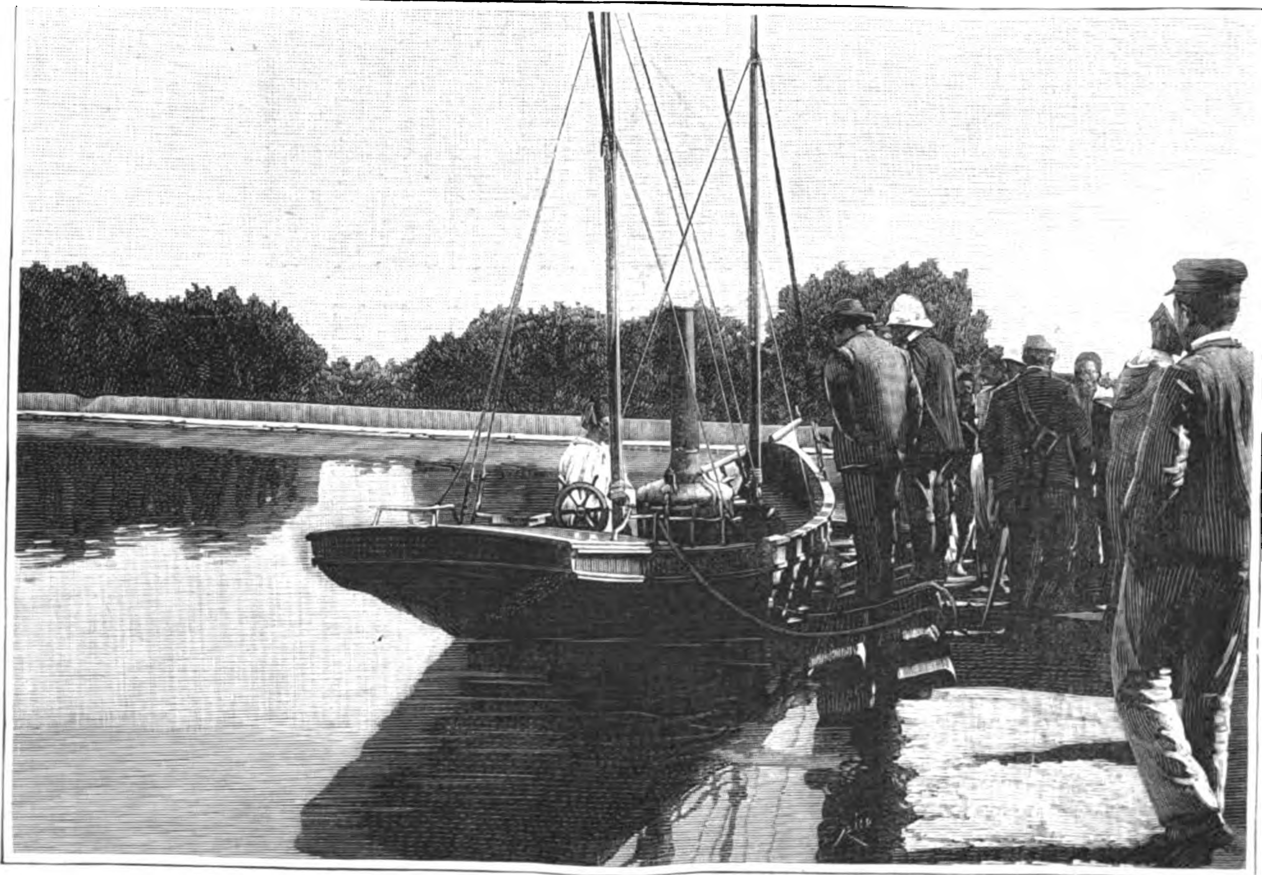
ASPECTO DE LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD AL LLEGAR LA EMBAJADA.



MAGNATES DE LA CORTE JERIFIANA PRESENCIANDO LA RECEPCIÓN DEL EMBAJADOR ESPAÑOL.



EL COCHE DEL SULTÁN.



EL YATE DE VAPOR DEL SULTÁN, EN UN ESTANQUE DE SU PALACIO.

(De fotografías del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

azares de la suerte; y que ésta, por entonces, estuvo bien lejos de serle propicia, bien claramente se deduce al verle figurar como *murguista*, felicitando á todo ser viviente, como clarinete de la banda del 5.º batallón de la Milicia Nacional, como músico de bailes, como leccionista de última fila, y, en fin, como partiquino en el teatro del Circo, lo cual recordaba luego, diciendo: «Como cantante he llegado donde llegan pocos; he cantado el Petrucci de la *Lucrezia* y no me han silbado.»

El robo del clarinete, que constituía su fortuna, y el haber caído soldado, pusieron en grave aprieto al pobre joven; pero una mano amiga redimió su suerte, y su actividad y su ánimo esforzado le repararon la pérdida sufrida. Víósele entonces recorrer media España, como maestro de coros y apuntador de varias compañías trashumantes de ópera italiana, haciendo más de una vez el viaje á pie, y pudiendo decir, como el sabio griego: *Omnia mea mecum porto*, que un estudiante de Alcalá traducía: «Mi equipaje no paga portes», hasta venir á parar en maestro de música del Colegio de Bellas Artes, de San Eloy, de Salamanca, y director de aquel Liceo, puestos que muy luego abandonó, considerando estrecho aquel campo para el logro de sus aspiraciones, para volver á Madrid y sentar aquí sus reales, decidido de nuevo á probar fortuna.

Bien se comprende que ésta no le sonrió en los primeros tiempos, con sólo recordar cuán inútiles fueron sus esfuerzos y los de Carnicer para que se pusiera en escena la ópera *Il Buontempone*, que con febril actividad había escrito, no bien llegado á la corte; sus baldías cuanto activas gestiones para implantar en el teatro la ópera española; y el que, por fin y postre, tuviera que darse por contento con el modesto empleo de apuntador y copiante en el teatro que por entonces, y por breve tiempo, existió en el Palacio Real.

Pero la suerte, que hasta allí había sido bien avara en prodigarle sus dones, cambió de pronto. Al ruidosísimo éxito alcanzado con *El Duende*, por Olona y Hernando, á quien no puede negarse la gloria de haber sido el restaurador, por no decir fundador, de la zarzuela, siguióse otro no menor con *Gloria y Peluca*, de Barbieri, cuyas famosas seguidillas:

No te tapes la cara,
Niña bonita.....

se hicieron bien pronto populares, y con *Tramoya*, zarzuela escrita por Olona en brevísimas horas, por una apuesta, en una mesa del café Suizo, centro de la juventud literaria de entonces, y libro que bordó nuestro maestro con una música ligera y alegre, cuyos principales cantos á seguida también entonó el pueblo. Estos triunfos, y los que Gaztambide había alcanzado con la *Mensajera*, al inaugurarse el teatro Español, animaron á los tres maestros mencionados á formar, en unión de Oudrid y de Incenga (que asimismo habían hecho ya sus primeras armas en el género á que iban á dedicarse), y de Salas y de Olona, una sociedad para establecer definitivamente, y con bases sólidas, la zarzuela en el teatro del Circo; y aun me parece verlos más de una vez reunidos con tal objeto en el despacho del respetable notario D. José María de Garamendi, gran amigo de mi padre, y á cuya casa acudía yo con gran frecuencia.

Las cosas, sin embargo, no fueron al principio á medida de los deseos de aquellos artistas, y Barbieri mismo me contó, más de una vez, los apurados trances en que se vieron, y la prisa que tuvo que darse para escribir á vuela pluma algunos trozos musicales de la zarzuela del inolvidable Ventura de la Vega, y la cual miraban como la única tabla de salvación en el inminente naufragio que les amenazaba. Que lo fué, inútil es decirlo, pues sabido es el éxito inmenso de *Jugar con fuego*, de que fuí testigo, interpretado por la Adelaida Latorre, Salas, Calvet y Sanz, y en que ya se destacó de modo claro la personalidad de Barbieri en el famoso coro de locos, que todas las noches se repetía en medio de atronadores aplausos, y fué en seguida del dominio de todas las gentes.

Desde entonces todo cambió para Barbieri, y no cabe reseñar sino de pasada, dados los límites que forzosamente ha de tener este artículo, la ardua labor á que se consagró, y la serie, por caso raro interrumpida, de triunfos alcanzados por él en la escena española, con las setenta obras lírico-dramáticas que brotaron de su pluma, y de las cuales en sólo doce admitió la colaboración de otros ingenios musicales, en el período de 1851 á 1893, en cuya última fecha el público acogía con gran aplauso la alegre música del desenfadado sainete lírico de Ricardo Vega, *El Señor Luis el tumbón*, mientras el maestro, seguro del éxito, nos regocijaba á varios amigos y admiradores suyos, en casa del ex ministro Sr. Pidal, cantando, con la gracia y donaire que le eran peculiares, la saladísima muñeira de *Por seguir á una mujer*, las populares seguidillas del *Barberillo*, y varios trozos de la misma zarzuela cuya primera representación se estaba dando en aquellos momentos.

Y la razón indicada hace que no me sea dable enumerar dichas obras, y tenga *á fortiori* que ceñirme á citar tan sólo las más importantes, aun á riesgo de omitir alguna de verdadera valía. *Gracias á Dios que está puesta la mesa; El Marqués de Caravaca*, con aquel

Físico de un regimiento
Que honra á la caballería,
Mi cuerpo, de noche y día,
Es mi solo pensamiento,

tan admirablemente caracterizado por Caltañazor; *La Espada de Bernardo*, cuya españolísima é inspirada serenata figurará siempre entre nuestros mejores cantos nacionales; *Galanteos en Venecia; Mis dos mujeres; Los Dos ciegos; El Vizconde; El Sargento Federico; El Diablo en el poder; El Caballero particular; Entre mi mujer y el negro; Un tesoro escondido; Pan y toros*, la obra maestra por excelencia; la preciosa joya musical *El Hombre es débil; El Tributo de las cien doncellas*, y *El Barberillo de Lavapiés*, muestran de modo patente la febril actividad de Barbieri, su laboriosidad incansable, y la lozanía y frescura de su inspirada mente.

Amamantado en la música italiana, pudo rendir, y rindió en efecto, tributo á ella en sus primeras obras; pero, español de pura raza y hasta la médula de los huesos, no tardó en desligarse de ella, tanto cuanto á sus propósitos convenía, y adquirir la personalidad propia que le hacía firmar en algunas de sus cartas que poseo, *El Maestro bandurria*, y ser quien representara en el movimiento musical de nuestra patria, como ha dicho un admirador suyo, el esfuerzo más original y más fecundo: la transformación del canto popular en música dramática. Hija la más afortunada de ese esfuerzo es, á mi juicio, su zarzuela *Pan y toros*, hermoso y acabado cuadro de costumbres del pasado siglo, y que le ha valido el que le apellidasen el Goya de la música, y por el cual, aun con más razón, si cabe, que por *El Barberillo de Lavapiés* (inmortal mientras haya feligreses en San Lorenzo, sol en las Vistillas y gracia en Madrid, como con singular donaire ha dicho el ingenioso escritor que firma con el pseudónimo de Kasabal), se le ha puesto al par de D. Ramón de la Cruz, opinión confirmada, con su autoridad indiscutible, por el ya citado Menéndez y Pelayo al escribir que las obras del célebre sainetero «tienen muchos puntos de contacto con las de Barbieri en lo musical, siendo uno y otro, el primero con fuerza más honda, el segundo con más variedad y elegancia, los más cumplidos representantes de la genialidad y gustos artísticos del pueblo de Madrid, de la alegría ligera, confiada y bulliciosa de los últimos años del siglo XVIII, trocada en impulso heroico en la sangrienta aurora del siglo presente».

Dadas el modo de ser de Barbieri, las inclinaciones de su musa, y la espontaneidad, frescura y poética sencillez de las ideas musicales que su inspiración le dictaba, y son los caracteres distintivos de sus obras, dicho se está que el drama no había de ser el terreno en que luciese más su ingenio, ni la música religiosa el género en que pudiera desplegar mejor las dotes de que estaba enriquecido; y sin embargo, en esa misma zarzuela que acabo de mencionar, por no nombrar otras en las que pudieran citarse ejemplos parecidos, hay páginas altamente dramáticas, en que la inspiración del maestro se remonta á gran altura; y la música sagrada cuenta dos joyas debidas á su pluma, en que se muestra heredero de las tradiciones de la mejor escuela española: su motete *Versa est in luctum*, y el responso *Libera me, Domine*, ambos á voces solas, y el último de los cuales, escrito para los funerales de Cervantes, se oyó en los del malogrado rey D. Alfonso XII, en la iglesia de San Francisco el Grande, sin que desmereciera al lado de las obras de Robledo, Lobo, Victoria, Tafalla y Eslava, glorias del arte patrio, que en tan triste ocasión se cantaron, dirigidas por el mismo Barbieri.

El verdadero culto que á aquellos maestros profesaba, y las arraigadas y profundas convicciones que en lo relativo al divino arte tenía, le hicieron desde luego mirar con temor las tentativas encaminadas á desviar aquél de lo que consideraba como sus cauces naturales. De aquí su enemiga á la escuela wagneriana, que á veces extremaba, por más que reconociera el mérito de su fundador y aquilatara el verdadero valor de algunas de sus obras; y de aquí también el que, si perdonaba á aquél en ocasiones, sintiera, en cambio, horror invencible, y mirara como cuadrilla funesta y merecedora de ser entregada á un Santo Oficio musical, á los discípulos é imitadores del maestro de Bayreuth, como perdurables corruptores del buen gusto y constantes demoledores del bello arte.

Y cuéntese que esa inquina no reconocía otras causas que las indicadas, y en manera alguna podía tener su origen en intransigencias nacidas de un exclusivismo desnudo de toda razón, ni en prejuicios de escuela en mal hora formados, ni en el amor exclusivo que pudiera suponerse sentía hacia la música italiana, que fué el ambiente en que nació y vivió durante su mocedad; que tales cosas no pudieran creerse en quien conocía á fondo, y saboreaba como pocos, las bellezas que esmaltan las obras de los grandes genios de la música alemana, siendo asiduo asistente á las sesiones de la Sociedad de Cuartetos, de su cariñoso y leal amigo Monasterio; en quien había dado á conocer, como director de la Sociedad de Conciertos, varias sinfonías de Haydn, Beethoven y Mendelsshon; y en quien había puesto en escena por vez primera, y dirigido *con amore*, en el teatro de los Campos Elíseos, el *Fausto*, de Gounod, mirado entonces como innovación atrevida, al par que el *Guillermo Tell*, de Rossini, de modo tal, uno y otro, que no han tenido parecido después.

Y si Barbieri como compositor eminentemente nacional ha sido digno del renombre que alcanzó, no menos era merecedor de él como musicógrafo. Los lauros ganados desde las primeras obras en que se dió á conocer no le desvanecieron, y al propio tiempo que regocijaba á las gentes con la alegre música de sus partituras, dedicóse con afán indeleble al estudio de la literatura musical. Consecuencia de ello fueron un sinnúmero de artículos publicados en diferentes periódicos y revistas, los cuales en vano, y más de una vez, le pedí reuniese en un libro, y las obras de verdadera importancia que más tarde brotaron de su pluma y que, con justicia, le dieron el primer puesto entre nuestros literatos y críticos del arte. Entre ellas merecen especial mención el interesante estudio que publicó al frente del *Don Lazarillo de Vizcardi*, del jesuíta Eximeno, publicado por la Sociedad de Bibliófilos, de que era uno de los fundadores; el saladísimo folleto *Las Castañuelas*; el profundo estudio sobre el *Canto de Ultreja*, rico de erudición y de doctrina en punto á la antigua notación neumática, objeto hoy mismo de ardientes polémicas; las dos interesantes Memorias que leyó en el Congreso Católico de Madrid sobre los vicios introducidos en el canto eclesiástico y en la música religiosa, y sobre la necesidad de su reforma; gran número de biografías de músicos españoles, la mayor parte inéditas, ricas de datos y de curiosas noticias, fruto de una investigación perseverante y prolija, y los discursos con que marcó su entrada en las Reales Academias de San Fernando y Española, el primero sobre *La unión de las bellas artes*, y el segundo acerca de *La música de la lengua castellana*.

Pero ni cuanto queda dicho; ni las curiosas noticias y la gran copia de datos que suministrara al belga Vander Straten, para sus dos interesantes volúmenes sobre los músicos flamencos y neerlandeses, que le fueron dedicados por su autor; á Joaquín de Vasconcellos para sus *Músicos portugueses*; al erudito Riaño para su estudio sobre la *Música española de la Edad Media*, y al mismo Menéndez Pelayo para su célebre *Historia de las ideas estéticas en España*, bastaban á saciar su ardiente amor al arte; así es que, al par de ello, emprendió y dió cima á su magistral *Cancionero musical de los siglos XV y XVI*, libro interesantísimo, enriquecido con curiosas y hasta entonces ignoradas noticias, y que por sí solo bastaba para darle la sólida y justificada opinión de sabio que ya de antemano gozaba.

Mas la escrupulosidad exquisita que tenía en estos trabajos de erudición, y de que es muestra el haber leído, según confesión propia, todo el epistolario del Cardenal Bembo, para comprobar la veracidad de una cita, y el afán insaciable de inquirir y rebuscar en archivos y bibliotecas hasta el último detalle de cuanto á su propósito convenía, si bien dieron autoridad irrecusable á sus escritos, fueron causa de que no diera feliz término á estudios interesantísimos para la literatura musical española. Así ha dejado, después de reunidos ya, puede decirse, todos los materiales, comenzados unos y próximos á terminarse otros, la *Historia de la música y teatro popular en el siglo XVIII*; la de *los monjes músicos del Escorial*, y en la que se proponía insertar las biografías de los maestros españoles cuyas obras figuran en el riquísimo archivo de aquel monasterio; su *Estudio sobre los libros de baile y pantomima*, de los que poseía una rara y variada colección; la terminación de otro sobre el teatro, que dejó sin concluir el ilustre crítico Cañete, y un *Cancionero de los siglos XVI y XVII*, del cual tenía ya traducida á notación moderna la música, y escritas las vidas de varios músicos célebres que en él figuran, entre ellas las de Juan Blas de Castro y el famoso Mateo Romero (a) *El Maestro Capitán*, que terminó y me leyó pocos días antes de verse presa de la cruel dolencia que le ha llevado al sepulcro.

Impotente la ciencia para atajar sus estragos, Barbieri, que en el Congreso Católico de Madrid había terminado su discurso haciendo patente su «profundo amor á nuestra Santa Madre la Iglesia», preparóse á morir como cristiano; recibió con profunda devoción los Sacramentos, y fortalecido con ellos su espíritu, después de dictar su última voluntad, con ánimo sereno encargó á sus parientes y á los fieles y cariñosos amigos que le rodeaban, hicieran saber á todos que moría como católico, diciéndoles, al propio tiempo, que no quería pompas mundanas en su entierro, acordándose tal vez de aquella hermosa frase del gran Quevedo, por quien tan especial predilección sentía: «Morir santamente importa; estar magníficamente enterrado no..... Cuidar que el túmulo llegue al cielo y no la alma, más es descuidado que cuidado.»

Barbieri entregó su alma á Dios al comenzar el 19 de Febrero; su cadáver fué expuesto en aquella misma biblioteca que era el mayor encanto de su vida, y rodeado de aquellos libros que, como donosamente decía, eran «maestros que no riñen y amigos que no piden»; y su entierro fué una verdadera manifestación de duelo de parte del pueblo madrileño por quien tan gran predilección sentía, recibiendo su cuerpo cristiana sepultura en el cementerio de San Isidro.

Allí le dejamos, mudos de dolor; que, como ha dicho un escritor insigne, «no hay lenguaje que supere al llanto, cuando se da á un tierno amigo la despedida hasta la eternidad, sobre el montón de tierra que va á cubrir su sepultura».

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

LA CIUDAD DE MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS.

De aquellos días de esplendor de que en otras edades disfrutó la ciudad de Marruecos, poco ó nada debe de quedar al presente, á juzgar por las descripciones que de la renombrada corte de los Xerifes han hecho y continúan haciendo los viajeros. Todo parece cambiado en ella, y buena prueba es de tal transformación la que ha experimentado su propio nombre, el cual no se pronunció siempre *Marrakesch*, como hoy sin duda lo pronuncian los naturales, y como lo escriben los franceses y los periodistas españoles que acompañan la embajada extraordinaria de España, por sonar así en sus oídos sin duda (1).

A principios del siglo actual, castigada por guerras incesantes y desastrosas, y azotada por la peste, no era ya ni sombra pálida de lo que fué en lo antiguo, y de los 700.000 habitantes que se le suponían con hipérbole, apenas contaba 30.000 almas dentro de su amurallado recinto. Sólo éste, sobreviviendo «á los estragos del tiempo y á la

(1) El geógrafo Yacut, en su *Diccionario geográfico*, encabeza de esta suerte el artículo relativo á Marruecos: «Marracos, con fatha (a), despues texdid (signo de duplicación), dhama (o) sobre el kef y xin puntuado»; por su parte, Mármol dice al principio del cap. XL del libro III de su *Descripción General de Africa*: «Los Affricanos la llaman *Marrocx*»; *Marrocos* la denomina el Rey Sabio, y de esta denominación, oída sin duda á los africanos mismos, nació el nombre de *Marruecos*, que hoy se quiere cambiar con el de *Marrakesch*, por pronunciarlo así, repetimos, los marroquíes, gente que no se distinguió nunca por la pureza del lenguaje. Alí Bey el Abbasi (D. Domingo Badía) le apellida *Marraksch*.

mano de los hombres», acreditaba su pasada grandeza, abrazando «una circunferencia de tres leguas, cuyo espacio estaba en parte cubierto de ruinas ó transformado en jardines», y quedando entre los edificios alineados, y en el interior de las manzanas, muchos espacios vacíos.

Calles tortuosas y sin empedrar, que se ensanchan y se estrechan á capricho; callejones revueltos y de tal anchura, que recuerdan no pocos de las ciudades españolas, donde aun subsiste el sello de la dominación islamita, y que compiten con la *calle del Reloj* en Córdoba y la *del Toro* en Toledo; plazas y placetas irregulares y mezquinas, sembradas sin orden ni concierto, y edificios, no pocos de ellos sin ventanas, y de que dan ejemplo entre nosotros muchos de los que todavía se conservan en las poblaciones del litoral mediterráneo. Y entre el hacinamiento de azoteas, terrosas y generalmente puestas en comunicación como los *terrados* de Murcia,—sobresaliendo los más ó menos elegantes alminares de las mezquitas, cuadrados, labrados en rojizo ladrillo y señalando cada uno de los barrios en que la población se encuentra dividida, y el desbordamiento de verdura de los huertos y de los jardines, que esmaltan con su tonalidad brillante la monotonía de la mancha siempre igual del amontonado caserío.

Como notables, son citadas las mezquitas *El Kutubia (Al-Kutubin)*, *El Moazinn*, la de *Benius* (1), *El Monsury*, y la del santo patrono de la ciudad de Marruecos, *Sidi Belabbéss*, cuyo sepulcro venerado cubren muchas telas de lana y seda, colocadas las unas sobre las otras, y en cuyos edificios dependientes recibían alojamiento los pobres, ya estropeados, ya inválidos y también viejos, sin amparo ni domicilio, gozando además de cierto y privilegiado derecho de asilo la mezquita, en honor sin duda alguna del patrono (2).

De todos estos templos reconocen los viajeros como principal el de *Kutubia*, aislado en medio de un gran espacio descubierto, de arquitectura elegante, y cuya torre «es una masa compacta y cuadrada de 220 pies de altura», adornada de azulejos, y con no menos de siete pisos, mostrando en su corte «el sello de su cercano parentesco con la Giralda de Sevilla y la torre de Hasán en Rabat», como con la de Salé, construídas casi en el mismo tiempo. Aseguran los escritores que el interior de esta mezquita, donde no pueden entrar los cristianos, «es tan grandioso como rico», y que «con sus innumerables filas de columnas hace recordar la catedral de Córdoba», distinguiéndose algún que otro templo «por los bellos y ricos arabescos que adornan las puertas de entrada».

A nueve estaba reducido á principios de la actual centuria el número de las puertas que para entrar en Marruecos se abrían en el recinto amurallado, y que era el de veinticuatro en el siglo XVI, á creer lo que manifiesta Mármol; en la actualidad son sólo siete las que dan exclusivamente entrada á la población, y reciben los nombres de *Bab-Dukala*, *Bab-Mamunia*, *Bab-Rub*, *Bab-Agmat*, *Bab-Eylán*, *Bab-Debach* y *Bab-el-Jamis*, habiendo otras cuatro que conducen al palacio de la sultanía, las cuales son la de *Bab-Agli*, soberbio monumento en el que algunos creen reconocer origen europeo, la de *Bab-Sarlé*, *Bab*, simplemente, según es denominada la del Mediodía, y la de *Bab-el-Hamar*, que es la última.

El alcázar real, colocado fuera del recinto de la población, á la parte del SE., es, como lo fueron siempre y en todas partes los de los muslimes, vasta agrupación de edificios que forman como otra ciudad, con intrincado laberinto de muros, y podrá tener de circuito cerca de legua y media. «Para entrar en el palacio propiamente dicho es preciso, después de atravesar los tres inmensos patios ó plazas del *mexuár*, pasar otra cuarta, destinada al cuerpo de guardia, luego otra en cuyo centro se eleva á algunos pies de tierra una *cobba* ó casita cuadrada.» «El interior de ésta se ve cubierto de tapices y guarnecido de algunas almohadas; y es el paraje donde se sientan los primeros oficiales de la corte y servicio, aguardando las órdenes del Sultán, como en una especie de antecámara», y donde «se sirve comida y cena á los que en ella residen».

«De dicho patio se entra en un vestíbulo, donde se hallan los pajes de servicio y otra guardia; y, finalmente, á un jardín con dos cobbas (ó casitas de madera), en una de las cuales recibe de ordinario el Sultán.» Tiene el palacio «hermosas habitaciones construídas á la europea, con grandes balcones sobre el jardín, y un bellísimo salón cuadrado con algunos tapices por todo mueblaje», si bien «da lástima el ver la escalera tan mal colocada, tan obscura, y, sobre todo, tan mezquina». El jardín á que caen los grandes balcones referidos «es de forma regular, y plantado de naranjos: es hermoso, bien adornado, y, sobre todo, bien provisto de flores y plantas aromáticas»; pero en él no tienen entrada las mujeres, para quienes hay otros «peculiares suyos, y donde no entran hombres» (1).

«Antiguamente—dice el mismo viajero—rodeaban la ciudad de Marruecos jardines y plantaciones que se extendían á mucha distancia.» «Para regarlos, se conducía el agua de millares de fuentes del Atlas, por medio de canales ó arroyos descubiertos, y por acueductos ó grandes conductos subterráneos; al presente sólo quedan las ruinas de obras tan vastas: el hombre instruído padece al ver aquella multitud de canales destruídos, y la tierra, que sus aguas hacían antes fértil y productiva, convertida en árido desierto.» «Queda, no obstante, cierto número de conductos que aun llevan agua, y mantienen la frescura y verdor en muchos jardines», siendo el agua excelente.

Otro viajero de nuestros días afirma que, «á excepción de la parte S. de la población, tiene Marruecos innumerables jardines, sobre todo hacia el N. y NE., encerrados por tapiales, y cuyos grupos de árboles frutales hace una buena impresión». «Además de algunos jardines imperiales, abiertos y muy descuidados—añade—de la parte oriental de la población, se extienden por la parte SO., pegados al camino de Mogador, los extensos jardines del Sultán», que dan buenos rendimientos con sus escogidos frutos, y que se hallan «cerrados por blancas paredes, sobre las cuales de cuando en cuando se ven aparecer entre la masa compacta de arbolado edificios, mezquitas, así como los indispensables sepulcros santos, con sus redondas cúpulas, que les distraen una importante superficie» (2).

«El vegetal más común en los alrededores de Marruecos—decía el catalán Alí-Bey—es la palmera», árbol que se eleva gallardo á prodigiosa altura, pero cuyos dátiles, ni son tan buenos como los de Tafilete, «ni pueden conservarse secos todo el año»; asegurando otro viajero, ya mencionado, que en Marruecos «las flores apenas se conocen según nuestro modo de comprenderlas; por lo menos, nadie se ocupa en su cultivo», y que, «fuera de las rosas, geranios y jazmines en estado silvestre», apenas se encuentra nada digno de mención, «si bien existen algunos ejemplares de la *Acacia farnesiana*». En cambio, los jardines del Sultán y los de las cercanías producen frutas por extremo escogidas, y entre ellas constituyen cierta notabilísima especialidad seculares cepas de increíble grosor, que nadie cuida ni cultiva, y que dan una uva de calidad sobresaliente, la cual no tiene rival ni por su calidad, ni por su tamaño, ni por su sabor, en cada una de las tres especies que dichas cepas producen, y que se distinguen por su color y su forma.

Por lo demás, Marruecos puede asegurarse que carece de comercio, y que sus industrias son bien escasas, mereciendo citarse, no obstante, los curtidos, por los cuales goza fama universal, aunque Europa esté mucho más adelantada en este ramo. Las pieles de cabra curtidas con tanino de granado en tres colores, son de clase sobresaliente, al decir de los viajeros, destinando exclusivamente «el cuero amarillo para babuchas de hombre, el rojo para las de las mujeres, y el de color pardo para los demás usos», y especialmente «para sillas de montar y atalajes de toda clase».

Todavía cerca de los jardines de la Sultanía ó alcázar xerifiano se conservan los restos del depósito de aguas á que dieron principio los almoravides y terminaron los almohades: «sobre una construción soberbia de los pasados tiempos—escribe Conring—existe un inmenso depósito de agua, de piedra de sillería, de 170 metros en cuadro». «En uno de sus rincones se eleva un pabellón casi desmoronado», siendo los muros del mencionado depósito «de tan colosales dimensiones, y su construcción tan sólida, que ha podido resistir, sin sufrir deterioro alguno, la acción del tiempo».

No es crecido el número de detalles que para determinar con toda fijeza la fisonomía característica de la ciudad de Marruecos facilitan por desventura los viajeros; pero por servir hoy de residencia, como otras veces, á la embajada extraordinaria de España cerca de S. M. Xerifiana Muley Hasán, ha de merecer que sea mencionada la *Mamunia*, edificio ó agrupación de edificios, mejor dicho, cuyo nombre escriben otros *Momonia*, produciendo confusión lamentable respecto de la significación del apelativo, el cual, sin embargo, parece debe ser pronunciado del primer modo, caso en el cual revelaría que fué construído por cierto Mámun, cuya personalidad no es dable distinguir entre el cúmulo de los pasados y presentes príncipes marroquíes, dada la constitución especial de la familia mahometana.

Es un vasto palacio, y fué residencia favorita de Muley Abd-er-Rahman, abuelo del actual Xerife; pero abandonado por completo á la muerte de aquel soberano, se hicieron en él no pequeñas reparaciones, á fin de darle condiciones para hospedar en 1863 á nuestro embajador especial entonces, el Excmo. Sr. D. Francisco Merry y Colón, actual Conde de Benomar, reparaciones que han deformado el edificio, pero conservando no obstante el pavimento de peregrino alicatado y el inmenso jardín que le rodeaba y en el cual crecen muchos árboles seculares y multitud de flores bellísimas, regadas por abundantes surtidores.

No otra es en la actualidad la corte y cabeza del imperio de Marruecos, *Marráker Al-hamrá*, Marruecos *la roja*. Grande, como demuestran aún sus muros, altísimos, de crecido espesor, y guarnecidos de torres por fuera, menos por el lado del palacio del Sultán, donde las torres miran hacia adentro, á manera de ciudadela que domina la ciudad, muros construídos de hormigón en su mayoría, como los de las murallas de Niebla; dotada de muy insignes edificios, así del tiempo de los almoravides, como del de los almohades y los Beni-Merines; emporio de la ciencia y del comercio en otras edades, hoy es informe montón de ruinas que inspira compasión, y refleja vivamente el desconcierto de aquel estado, la decadencia moral y material de los mahometanos, árabes, bereberes y negros que pueblan el Imperio marroquí, cuya caída teme llena de sobresaltos Europa.

Lástima grande, que á las personas que figuran en la comitiva de la embajada actual no les sea lícito reconocer y estudiar las construcciones y los edificios que aun subsisten en pie en Marruecos, y suplir de esta suerte el silencio que guardan los viajeros respecto de punto tan interesante, y del que nada dicen ni Mármol, ni Badía, ni Amor, ni Murga, ni ninguno, en fin, entre los españoles, ya que no hagamos mención de los extranjeros. ¡Cuántos problemas sería dado resolver entonces para el progreso de la arqueología mahometana! ¡Cuántas maravillas serían conocidas entonces, y cuán hacedero resultaría para nuestra historia del arte hispano-mahometano soldar la cadena rota por la invasión almoravide, al finar del siglo onceno, si es que en África queda algún edificio erigido por Yusuf-ben-Texufín y sus sucesores, ya que en España no hay ninguno determinadamente de tales tiempos!

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) Confiesan los viajeros que son difíciles de enunciar los nombres de la multitud de mezquitas que existen en Marruecos, «porque á una y misma mezquita se atribuyen diversos nombres», lo cual debe ser achaque antiguo, pues Mármol confunde la mezquita que él llama *El Quetibin*, y que es la de *Al-Kutubin*, hoy *Kutubia*, con la que Alí Bey y los demás viajeros apellidan, aquél de *Benius*, y de *Ben Yusuf* éstos, por haber sido Aly-ben-Yusuf quien hubo de edificarla primitivamente.

(2) Refiere Alí Bey, aludiendo á la especie de hospicio creado en la mezquita de Sidi Belabbéss, que el espectáculo de aquella multitud de pordioseros es asqueroso: «y al horrible cuadro de los males que presentan—dice—se añade la falta de las sabias disposiciones de la policía, observadas en Europa en establecimientos de esta naturaleza». «*Mil ochocientos desgraciados de ambos sexos* son actualmente alimentados en éste, con el producto de las limosnas y fondos de la mezquita.»—(*Viajes de Alí Bey el Abbasi*, t. I, pág. 230.)

(1) Alí Bey, *Viajes*, t. I, págs. 235 y 236.

(2) Adolfo von Conring, *Marruecos*, pág. 154 de la ed. española.

FASTOS VATICANOS.

Clausura del Jubileo episcopal.—La recepción que le precede de las parroquias de Roma, y asociación de la Sacra Familia de Nazareth.—Beatificaciones de Juan de Avila y Juana de Arco.—Consignación al Papa de la basílica de San Joaquín, centro de la adoración perpetua universal.—El lábaro de Constantino.—El undécimo Congreso católico.—La misa jubilar en San Pedro.—El primer centenar de Pío IX, y el VI centenar de la aparición de la Virgen de Loreto.



RONISTA del Jubileo sacerdotal de León XIII hace ya más de un lustro, y narrador de las espléndidas funciones con que se inauguraron las Bodas de Oro episcopales del gran Pontífice, creería faltar á mis deberes hacia los lectores de LA ILUSTRACIÓN, si concediéndome el Señor salud y vida, no relatase, aunque sumariamente, las fiestas con que se cierra este año jubilar. No han venido con este objeto á la Ciudad Eterna los príncipes y embajadores de los soberanos del mundo que trajeron las felicitaciones de los pueblos católicos, de los Estados griegos cristianos, de las naciones protestantes y del Sultán-Kalifa al Papa que rige los destinos de la Iglesia; ni se cuentan por centenares los cardenales y prelados acudiendo á Roma de todas las regiones del mundo, como eran docenas de miles los romeros y peregrinos de todos los pueblos. Lo cual no quiere decir que en esta última quincena de las Bodas de Oro episcopales no hayamos tenido en la corte pontificia al Príncipe hermano de la Emperatriz de Alemania, los herederos del trono de Suecia y Noruega, el hijo del Príncipe Regente de Brunswick, un Patriarca de la India, la princesa Pío, los Cardenales Arzobispos de Nápoles, de



TENTACION Y PRUDENCIA.
CUADRO DE FANNIE MOODY.

«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1893, EN PARÍS.



EL MEMORIALISTA.—RECUERDO DE BARCELONA.

CUADRO DE MME. BEAURY-SAUREL.

Capua, de Reims y de Venecia; peregrinaciones contando algunos miles de romeros venidos del Piamonte, la Emilia, el Véneto, Germania, Baviera, de paso para el santuario de Lourdes y á Jerusalén, y numerosísima falange de slavones, trayéndonos la efusión de los sentimientos cristianos del Oriente. Vanguardia estas romerías de la numerosísima que de España se espera en Abril, y para cuya presencia ha reservado el amor de León XIII á la patria de San Fernando y de Santa Teresa de Jesús las solemnidades de la beatificación del gran sacerdote y maestro Juan de Avila, como coincidirá con otra romería francesa, que ya anuncia el Cardenal Arzobispo de Reims, la vista del proceso de beatificación de la ya hoy *venerable* doncella de Orleans, y que llevó á Carlos VII de Francia á consagrarse en el templo que guarda, con la ampolla sacra, el lábaro de Clodoveo. Porque el último domingo de Enero, y cuando en la basílica de San Pedro el Pontífice recibía á los fieles de las parroquias de Roma, antes, en el Aula Sacra de las beatificaciones, se había promulgado el decreto elevando á los altares al santo maestro de nuestra Teresa de Jesús, y siendo aniversario del doble día en que el papa Benito XIV había condenado las frases que un filósofo arrojó para mancharla sobre la fama de Juana de Arco, y de la otra fecha célebre en que Calixto III, respondiendo á las súplicas de la madre de la doncella de Orleans, la declaró mártir de la patria, del honor y de la religión, la Congregación Sacra de Ritos había proclamado solemnemente que la virgen y mártir de Francia era digna de que su causa de beatificación y canonización se iniciase oficialmente. Respondiendo así á la petición del Cardenal Vicario, relator del proceso; al dictamen de Mons. Caprara, promotor de la Santa Fe, y á las instancias del Cardenal Arzobispo de Reims, del Obispo de Orleans y de gran número de prelados, no sólo de Francia, sino de personajes del universo católico entero. Llego tarde, no siendo además necesario para los lectores de La Ilustración, que tan perfectamente conocen la historia de la doncella de Orleans, si hubiese de condensar las frases elocuentísimas con que el decreto pontificio evoca la infancia de Juana de Arco, su presentación ante el rey Carlos en Chinon, el aroma de santidad cristiana que sus inocentes virtudes derramaron en el ejército que, por ella guiado, alzó el sitio de Orleans, pacificó el valle del Loire y las tierras de la Borgoña, hasta conducir al Delfín á la catedral de Reims. Como no es necesario que traduzca al español del texto latino el cuadro admirable que el rescripto del Papa y de la Sacra Congregación de Ritos hace del suplicio de Juana de Arco, nueva Rebeca y Judith, en la hoguera de Ruan; la impresión profunda que aquel suplicio causa, hasta el extremo de que el mismo verdugo, pidiéndola perdón, proclamó la inocencia de su víctima. El notable documento pontificio, que en Francia ha causado la más grata impresión, y que en Roma dió lugar á entusiastas aclamaciones en el Seminario francés, apoya el fallo de la Sacra Congregación de Ritos en el que, bajo el pontificado del ya nombrado Calixto III, pronunciaron á su vez los jueces más ilustres, anulando la inicua sentencia del Concilio cismático de Basilea. El decreto de beatificación del venerable Juan de Ávila lo di ya á los lectores de La Ilustración.

⁂

Como preludio de la gran misa jubilar que acabo de oir en San Pedro, se verificó á fines de Enero la recepción, seguida de misa también pontifical, en la primera basílica de la cristiandad, de los párrocos de Roma y de la sociedad de la Sacra Familia de Nazareth. Todavía, á pesar del tiempo transcurrido, no se han extinguido los ecos del bellísimo discurso que á los romanos dirigió su Pastor Supremo, y en el cual, junto al ensalzamiento de la misión confiada á los párrocos, misión, dijo el Papa, para la cual si en la tierra no hay remuneración suficiente, la recompensa será en el cielo rica y abundante, como lo fué la concedida á los cooperadores del apóstol San Pablo, consagró palabras de inmensa ternura amorosa al pueblo de Roma, cuya situación triste inundaba de amargura el corazón del Padre Santo; el cual, como uno de los remedios de tantas desventuras, y para hacer revivir en las muchedumbres el sentimiento religioso, había creado la piadosa asociación de la Santa Familia de Nazareth, cuyos hijos se le presentaban por vez primera en el gran templo de la cristiandad, y que estaba destinada en su pensamiento á fortalecer la sociedad doméstica en el seno del cristianismo, aproximándola en lo posible al divino modelo de la familia del Salvador.

Tres días antes de la clausura del Jubileo episcopal coincidieron en Roma funciones verdaderamente dignas de estas Bodas de Oro episcopales. Ya en la ciudad, tristísima este invierno por las catástrofes financieras, se notaba animación inusitada, viéndose llegar cada hora falanges numerosísimas de peregrinos, con familias distinguidas de Italia y del extranjero. Como hace un año, el día 15 se señaló con solemne *Te Deum* en San Lorenzo de Panisperna, la iglesia en que fué consagrado obispo el más tarde Cardenal Pecci y pontífice León XIII. Franciscanos y Terciarios, que han vuelto de su peregrinación á Tierra Santa, después de haber puesto, cerca de Patras y de Corinto, la primera piedra del santuario que ha de recordar la victoria de las naves cristianas en Lepanto, santuario consagrado á la Virgen del Rosario y colocado bajo el patronado no sólo del Pontífice, sino de los Colonnas, Dorias y Bazanes, oficiaron en el templo restaurado, acudiendo un concurso inmenso de romanos á la antigua colina del Viminal. El mismo día se inicia en la hermosa iglesia de Jesús, que está asombrosamente adornada, pareciendo un ascua de oro el altar de nuestro San Ignacio de Loyola, el triduo de clausura al jubileo. Predican en el púlpito los primeros oradores sagrados de esta metrópoli del catolicismo, entre ellos admirablemente el padre jesuita Zocchi; dan la bendición sucesivamente cardenales de las tres órdenes de diáconos, sacerdotes y obispos, y entonan himnos ante un concurso inmenso los alumnos de tantos colegios religiosos como tienen en Roma los Maronitas, Irlanda, Francia, España, instituto que habita el palacio Altieri enfrente del Jesús, Austria, Inglaterra, Germania y Hungría, con América. Los de este último colegio, Pío-Latino-Americano, no se contentan con este concurso, sino que quieren consagrar también una academia especial en su palacio, á orillas del Tíber, á las Bodas de Oro de León XIII. Hermosísima estatua de éste, reproducción de las que un opulento americano regaló á la Universidad católica de Washington y á la que, ofrenda suya también, adorna la plaza de Carpineto, cuna del Papa, presidía esta academia literaria y musical, viéndose en el dilatado salón las banderas y escudos de todas las naciones americanas. Sus representantes, el Cardenal Vicario y otros príncipes de la Iglesia, como numerosos prelados, entre éstos los que han venido de las Indias, constituían parte del selecto concurso, el cual escuchó con placer las armonías ejecutadas por diversos de aquellos jóvenes levitas, y las poesías que recitaron alumnos de Buenos Aires, de Méjico, del Brasil, de los Estados Unidos, y de otras repúblicas del mundo descubierto por Cristóbal Colón.

Desde el Palacio-Colegio Americano á la nueva basílica de San Joaquín, la distancia era corta. Grandísima parte de los que concurrieron á la academia del instituto Pío-Latino-Americano llenaban la parte superior del nuevo templo, y se apiñaban más tarde en su cripta para presenciar la consignación por los iniciadores de esta basílica, entre los cuales ocupa el primer rango el abate Brugidou, al Cardenal Vicario de la Ciudad Eterna, que en su calidad de representante del Pontífice, Obispo de Roma, debía recibirla como ofrenda de sus Bodas de Oro jubilares. Su Eminencia el Cardenal Parocchi entró en el templo rodeado de los Embajadores de España y de Portugal, de los Ministros del Ecuador y de Colombia, del Arzobispo de Cranganoz, de los metropolitanos de Lyon, Colosses, Marsella y de otros muchos prelados, entonando el himno de Pío IX la música del Círculo de la Juventud católica; al cual siguió la orquesta más grandiosa que dirige el maestro Capocci, tan admirado por sus producciones en nuestro Monserrat y Santiago, como en la basílica de San Juan de Letrán. Su merecida fama la confirmó en esta academia tenida en la Cripta, preciosísimamente adornada y presidiendo el templo el busto de León XIII. Los árcades de Roma rivalizaron, merced á sus poesías y discursos alusivos al fausto hecho, con la plegaria de Moisés de Rossini, el Ave María de Gounod, un himno del maestro Mustafá, director de la capilla Sixtina, y una cantata consagrada por el profesor Capocci al Jubileo episcopal de León XIII.

Aunque la basílica de San Joaquín, destinada á la adoración perpetua y universal del Santísimo Sacramento, no está terminada, como se prometió su iniciador al comenzar los trabajos del vasto y elegante templo ocho meses antes de las bodas jubilares, no ha querido dejar que este que podríamos llamar el Thabor del pontificado de León XIII se cierre sin presentarle, aunque de modo provisorio, la ofrenda de la cristiandad. En el discurso bellísimo que al hacer la consignación del templo dirigió al Cardenal Vicario, expresó las causas de esta tardanza, nacidas, en parte, de la crisis económica tremenda que hace un lustro viene atravesando Roma, y de la magnitud de las obras, por otra. Concebido el templo bajo auspicios más modestos, cuando sólo representaba una iglesia votiva á San Joaquín, patronímico del Pontífice antes de tomar el nombre de León XIII, ha debido engrandecerse, al significarse la voluntad del Pontífice de que en la nueva basílica tuviese asiento la adoración perpetua y universal del Santísimo Sacramento; completándose así la grande institución de las Cuarenta horas, instituída hace tres siglos por Clemente VIII, la cual ahora recibe su coronación con este centro de una adoración universal de la Eucaristía, á lo que se han adherido ya 500 diócesis episcopales del mundo, y está próxima la adhesión de todas las regiones cristianas del universo. El trono-altar, que como el arca santa del templo de Salomón ha de simbolizar esta adoración de la sublime Hostia, tiene que ser de mármoles y bronces, y por sus estatuas y por sus adornos, monumento digno de su objeto. El iniciador de la idea abriga la confianza de que los Soberanos, Príncipes, Emperatrices, Reinas y jefes de los Estados se prestarán á contribuir al complemento de obra tan monumental. Entretanto, en este mismo estío estará terminada la cúpula de bronce y de cristal riquísimo que reflejará en sus resplandores la mole Adriana y el cimborio de San Pedro, no lejano de la nueva basílica, así como el hermoso mosaico de la fachada construído como el de San Pablo en Venecia, y que representará las cinco partes del mundo, ofreciendo como adoración universal sus homenajes á la Hostia Sagrada y al Lábaro de Constantino.

Este último símbolo dió motivo á inspiradísima improvisación del Cardenal Vicario. En sus sueños, dijo, había creído ver la primitiva basílica de San Pedro á la falda del Janículo, tal como la habían creado los primeros siglos del cristianismo, orgullosa de sus recuerdos, que jamás podrán compensar las grandezas del nuevo templo, más museo que iglesia, y aparecer en las alturas del Monte Mario el lábaro de Constantino con que el ejército cristiano venció las legiones paganas del emperador Majencio, justamente en estas regiones del Tíber encerradas entre los jardines de Salustio, los montes Parsules, el puente Milvio, donde siglos después un Papa detenía las hordas de Atila, y la colina hecha célebre por el tribuno romano un día rival y émulo de Sila. Perdida la memoria de aquel Lábaro, esculpido en la primitiva basílica de San Pedro, grande ha sido su satisfacción cristiana al verlo reaparecer en la nueva iglesia de la adoración eterna del Santísimo Sacramento.

⁂

Al fin ha llegado el día de la clausura del Jubileo episcopal. Aunque el sol no iluminaba el cielo de Roma como hace un año al inaugurarse estas Bodas de Oro episcopales, reservándose sin duda el astro radiante de la Ciudad Eterna para cuando en el florido Abril venga la anhelada peregrinación española, presidida por doce prelados y personajes católicos insignes, y compuesta de miles de romeros, los peregrinos que han llegado de Tracia, Slavonia, Gorizia, Hungría, Baviera, Emilia y de otras varias regiones, se ven aproximarse á las orillas del Tíber para atravesar los ya numerosos puentes que los llevarán á la plaza de San Pedro, bajo cuya columnata del Bramante, y con hermosa luna, han esperado el alba los más ardientes de los romeros. Á las siete, el movimiento por todas las arterias de Roma toma grandísimas proporciones, y una división del cuerpo de ejército que guarnece la doble capital ocupa la plaza de San Pedro, adonde afluyen innumerables carruajes populares, que seguirán más tarde las carrozas de lujo de los príncipes de las embajadas y del patriciado romano.

Para las tribunas y el templo se han repartido 50.000 invitaciones, pero el número de concurrentes será casi doble; pues cuando las trompetas argentinas han dejado adivinar en la plaza de San Pedro, saliendo sus ecos de la basílica, que el Pontífice ha descendido de los palacios vaticanos á la capilla de la Piedad, eternamente célebre por la estatua de Miguel Ángel, no hay medio de contener á los fieles que se han apiñado á la gradería del templo é invadido el pórtico de Carlomagno, no obstante los esfuerzos de las tropas y de los *Sanpietrinis* para contenerles.

Por lo cual los jóvenes del Círculo de San Pedro, interpretando, sin duda, el deseo del Pontífice, como de ello pudieron cerciorarse después, abrieron las entornadas puertas de la basílica, que se llenó como no la he visto nunca, ni en las dos inauguraciones de los jubileos sacerdotal y episcopal, ni cuando fué proclamado papa León XIII. Esta avalancha de fieles y de pueblo ha entrado en el templo por las puertas de bronce de Carlomagno, de la Sacristía y de Santa Marta, yendo los favorecidos con invitación á las tribunas, á las que, en forma de anfiteatro, rodean en número de unas veinte el altar papal de la Confesión, y situadas ante la estatua de San Longinos las de la familia pontificia, Academia de Nobles eclesiásticos y Camareros secretos y de honor, como en la que está colocada bajo la estatua de San Andrés veo los Comités de las fiestas jubilares y el de los Congresos católicos, que debiendo reunirse en Nápoles el 11, ha trasladado, por los sucesos del antiguo reino de las Dos Sicilias, sus penates á la Academia de los Arcades de Roma, donde en las espléndidas sesiones ya celebradas han hablado admirablemente los cardenales Sanfelice y Parocchi, el padre jesuita Zocchi, el príncipe Massimo y otros prelados y seglares. En las naves de San Simón y Judas, junto á la estatua de San Pedro, del lado del altar de los santos Processo y Martiniano, y en las logias de la Verónica y Santa Elena, se apoyan otras muchas vastísimas logias para los soberanos y príncipes, los embajadores y Cuerpo diplomático, entre los cuales los de España, con séquito numerosísimo, los de Austria, donde algunos de sus consejeros y secretarios llevan el vistoso traje magyar de Hungría, y el de Francia, que ha llegado á Roma aquella madrugada misma para no perder la clausura del Jubileo episcopal, forman con las damas grupos brillantísimos. En otras galerías está el patriciado romano, convocado por el maestre del Sacro Hospicio, príncipe Ruspoli, y la Orden de Malta, cuyo Príncipe gran maestre ha tenido el feliz pensamiento de invitar á los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén, pertenecientes no sólo á las diversas lenguas de Italia, sino á los Sanjuanistas de todo el orbe y que residen eventualmente en la Ciudad Eterna. Á sus uniformes encarnado y oro los caballeros profesos han unido el manto á la española, de terciopelo con la cruz bordada en plata. Por su parte, las princesas romanas, bajo sus mantillas de encaje á la española, lucen riquísimas preseas, y aquellas que las tienen, como los hombres, sobre sus trajes de etiqueta, las bandas é insignias pontificias y extranjeras. Nada se había olvidado para el esplendor de la ceremonia y auxilio, en caso necesario, de los miles y miles de asistentes á la fiesta; pues en las capillas de San León, San Gregorio, San Basilio, San Miguel y Sacramento se habían erigido pabellones, donde hijas de la Caridad y religiosos de los *Fate-Bene-Fratelli* asistieron á diversas señoras sorprendidas por ligera indisposición, nacida en la mayor parte por aquel concurso inmenso que rescaldaba la atmósfera, y en algunas por la emoción que sintieron sus almas al presenciar el aspecto verdaderamente conmovedor de León XIII en su silla gestatoria: un santo, como si fuera de mármol blanco, que da la bendición cual si lo hiciera desde su sepulcro celeste y rodeado de la aureola divina. La estatua del Príncipe de los Apóstoles, ante la cual ora el Papa, reviste el pluvial pontificio y la tiara ó corona de los tres reinos, esmaltada de piedras preciosas; de igual manera que el sepulcro del Apóstol se ha convertido en un jardín, al que han enviado sus más bellas flores las villas patricias de los Barberinis, Lancellottis, Patrizis y Torlonias, enlazándose con las plantas gigantescas de los jardines vaticanos, y alumbradas por grupos de las cien lámparas que eternamente lo iluminan y con altos cirios, añadidos en ocasión de esta solemnidad. Sobre el riquísimo paño, regalo de Clemente XIII, extendiéndose sobre el altar de la Confesión, aparecen los candelabros de oro cincelados por Benvenuto Cellini. Las columnas gigantescas y los muros de la basílica no lucen los damascos encarnados con franjas de oro, regalo del papa Alejandro, como tampoco en las puertas bronceadas del pórtico de Carlomagno se ve la decoración grandiosa de la primera misa jubilar, porque cayendo la de hoy en Cuaresma, el templo debe revestir los adornos color violeta de esta época del año religioso. Los honores del templo los hacen la Guardia palatina, los dragones y gendarmes pontificios, la falange de los suizos, con sus trajes ideados por Miguel Ángel, debiendo unirse á estas tropas pontificias, más tarde, la Guardia noble, este día numerosísima, vistiendo todos el uniforme de gala. Anuncio de la fiesta son las campanas de San Pedro, dando la señal á las de las 300 iglesias de la Ciudad Eterna.

A las nueve y tres cuartos el Pontífice aparece en la capilla de la Piedad. Su ingreso en ella, que han señalado las trompas sonando desde el Aula Sacra sobre el pórtico de Carlomagno, y el cántico de la capilla Sixtina entonando el *Tu es Petrus*, produce tal ovación de aclamaciones y de vivas al Santo Padre y al Papa-Rey, uniéndose al agitar los pañuelos las damas y los estandartes y banderas las grandes legiones de peregrinos que ocupan toda aquella parte

de la basílica, que no sólo evocan la admirable escena que pude describir en 1893, sino que, á mis ojos, la superan. No hay sin duda aquellas representaciones extraordinarias de los primeros Soberanos del mundo ni los centenares de Prelados del Universo, ni las peregrinaciones son tan numerosas como al inaugurarse el Jubileo episcopal. Pero no sé por qué parece reinar con menos pompa una efusión más ardiente de los corazones de los fieles hacia su Pastor supremo, como si elevasen aquéllos gracias conmovedoras al Altísimo de haber continuado y continuar la vida de este venerable anciano, que casi se aproxima al siglo. Verdad es que León XIII, en las dos horas que ha estado en el templo más sublime de la cristiandad, ha hecho detener una y otra vez su silla gestatoria para que se le aproximasen todas las clases sociales y recibiesen muy de cerca su amorosa bendición apostólica.

He descrito muchas veces en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA el cortejo pontificio en las grandes solemnidades. Lo forman, en unión de las diversas Guardias pontificias y palatinas, los maestros de ceremonias; los caballeros de espada y capa, con el traje elegante de Felipe II de España; los grandes dignatarios de la corte pontificia, como el mayordomo mayor de La Volpe; el maestro de Cámara; el marqués Sarlupi-Barberini, caballerizo mayor; el príncipe Massimo y el de Ruspoli; maestres del Sacro Hospicio y del Vaticano; el Camarlengo; los *flabelis*, agitando los abanicos de plumas orientales; los *busolantes*, á quienes ya comparé, por su túnica roja, con los consejeros de la República de Venecia; los protonotarios apostólicos; los camareros secretos participantes; los prefectos de ceremonias; los capitanes de la Guardia suiza, representantes de los cantones católicos, en quienes, con sus largas espadas y altísima estatura, se fijan todos los ojos; los exentos de la Guardia Noble; los capellanes-cantores pontificios; los Generales de las Órdenes, donde noto el vacío de nuestro General de los Trinitarios, el fallecido Padre Martín; los Patriarcas, Arzobispos y Obispos; el Príncipe asistente al solio pontificio, y el Sacro Colegio, en el cual veo á los cardenales decano Monaco Lavalletta, Alcisi-Massella, Bianchi, Ruggero, Di Pietro, Galimberti, Graniello, Hohenlohe, Ledochowski, Macchi, Mazzella, Melchers, Mertel, Parocchi, Persico, Rampolla, Ricci-Paracciani, que, como arcipreste de la basílica, ha ido con el Capítulo de Canónigos de San Pedro á recibir al Pontífice; Ruffe-Scilla, Sanfelice, los dos cardenales Vannutellis y Verga. Algunos de los nuevos Príncipes de la Iglesia han venido á cubrir los huecos producidos por las muertes del cardenal Serafini y del ilustre Zigliara, gloria de la Orden dominicana, que figuraban hace un año en el cortejo pontifical. Aunque viviendo afortunadamente los Patriarcas de los armenios de Cilicia y de los Maronistas del Líbano que el año anterior teníamos en Roma y cuyos trajes orientales tanto lustre dieron á la inauguración del Jubileo, ahora han tomado su puesto el Patriarca de Lisboa y el de las Indias portuguesas, cuyas vestiduras, en extremo pintorescas también, y cuyos pectorales esmaltados con piedras preciosas de grandísimo valor, atraían las miradas del concurso, ya en la procesión papal, ya cuando el Sacro Colegio y los Patriarcas tomaron asiento en la especie de cenáculo formado entre el altar de la cátedra de San Pedro y el sepulcro del Apóstol. Pero acaso más que todos los demás personajes mereció la atención de cuantos tuvieron noticia de su presencia la del baronet Stuart Knill, lord corregidor hace tres meses de Londres, elevado á nobleza hereditaria por la Soberana de la Gran Bretaña, que, contrastando con la intolerancia de exagerados protestantes, lejos de censurar, alabó que en el brindis dado en solemne banquete por el nuevo Lord Mayor anticipase, como católico y cristiano, el nombre de León XIII al de su amada soberana Victoria I. Ya que siendo alcalde no pudo venir á Roma, el ferviente católico no ha querido se cierren las Bodas de Oro episcopales del Pontífice sin ofrecer sus homenajes al Padre Santo.

León XIII reviste la casulla bellísima, regalo de las damas romanas, y ciñe la preciosa mitra que fué ofrenda de su Guardia noble; y asistido de los canónigos de la Basílica Vaticana, de su gran limosnero y sacristán, empieza la solemne misa. Á la elevación de la hostia todo el Capítulo de San Pedro, llevando grandiosos cirios, hace corona al supremo celebrante; y mientras las Guardias noble, palatina y suiza rinden armas, y conmovido se arrodilla el inmenso concurso, desde lo alto de la cúpula suena una armonía celestial, entonando las trompetas angélicas de plata el himno que el universo católico eleva á los cielos, y al que seguirá inmediatamente el *Salutaris Hostia*, cantado á cuatro voces, y que por su belleza excitó universal admiración. No hay pluma que describa la sublime emoción y grandeza de aquel momento. A las plantas del Vicario de Jesucristo está el sepulcro del Apóstol: de la cúpula inmensa desciende, abriendo por un momento el sol las nubes, un rayo de luz divina que se refleja en la frente del Pontífice venerable; se oyen los ecos de las campanas de la Basílica y de los innumerables templos de Roma, y cien mil corazones hacen votos, que expresarán más tarde sus labios, por la vida de León XIII. A la elevación ha seguido, con el *Pater*, el abrazo de paz que el Santo Padre da al Cardenal Arcipreste, para que los ceremonieros de la Basílica lo comuniquen, con el beso de la Santa Faz, á cuantos rodean el altar papal, adonde ascienden minutos después los cardenales Verga y Macchi, que se colocarán al lado del augusto celebrante, cuando éste da su primera bendición al pueblo. Involuntariamente se presenta á la memoria el espectáculo que en Abril de 1859 se ofreció á mis ojos, cuando Pío IX, entonces Papa-Rey, el mismo día en que se iniciaban los sucesos que debían cambiar la faz de Italia, y once años después la de Roma, celebraba el santo sacrificio del Domingo de Pascua, asistido por el cardenal Antonelli, secretario de Estado, y de otro príncipe de la Iglesia, leyendo el evangelio en griego y en latín á la brillantísima concurrencia, entre la cual mis ojos vieron la Reina de Nápoles y la Gran Duquesa de Toscana, el actual príncipe de Galles, niño entonces, y el que á la sazón era rey Guillermo Federico de Prusia, venido á Roma para recobrar una salud perdida. Ahora la casi desierta tribuna de los soberanos y de los príncipes no contiene estas grandes personalidades, ni los ejércitos francés y pontificio, en número de muchos miles de hombres, con sus cañones y dragones inundan la plaza de San Pedro, ni los peregrinos de 1894 visten el traje esculpido de conchas que ceñían con el báculo á veces impregnado en las aguas del Jordán de Palestina ó tocado en el altar de Santiago de Compostela, los que de todas las partes del mundo venían en tales solemnidades á la Ciudad Eterna. Y sin embargo, mi corazón sentía hace pocos minutos una sensación más profunda que hace siete lustros.

El Santo Sacrificio ha terminado: los cantores pontificios han entonado los motetes *Oremus pro Pontifice*, el salmo *Jubilate Deo*, y el himno sobre las sublimes palabras del profeta Isaías, ejecutados á cien voces de un espléndido efecto, cuando reapareciendo de nuevo el Papa, entona el *Salve Regina* y da la primera nota del *Te Deum*, que alternando el cenáculo de Cardenales y sacerdotes y las capillas musicales, es contestado unánimemente por el pueblo, dando gracias al Señor por el término solemne del Jubileo episcopal del amado Vicario de Jesucristo. El cuadro de esta grandiosa escena será aún más sublime cuando alzándose el *podio* delante del altar de la Confesión, descendiendo de las tribunas y logias los Embajadores, los Príncipes, y personajes para constituir con los Cardenales y Patriarcas cortejo de honor, á las once de la mañana León XIII, ceñida de nuevo la tiara y el pluvial pontificio, leyendo las oraciones de rito en magnífico misal que le presentan los purpurados Verga y Macchi, dará la bendición apostólica *Urbi et Orbe*. Todas las tropas, pie en tierra, han presentado las armas; los peregrinos han desplegado sus banderas y estandartes; las damas, muchas de ellas con lágrimas de emoción en los ojos, han agitado los pañuelos, y aquel pueblo inmenso, apenas los Cardenales Diáconos han leído la indulgencia plenaria, prorrumpe en una aclamación que no tiene fin. La ovación, en efecto, se continúa durante muchos minutos, porque el Papa, en cuyo semblante se nota una emoción grandísima, ha querido que así como durante el Santo Sacrificio han podido verlo de cerca los que ocupan las tribunas y el crucero de la basílica, lo contemplen ahora en el centro y en las naves de la misma las gentes del pueblo que inundan á San Pedro.

Saliendo del templo con esta impresión, la acrece más y más el espectáculo de la plaza de San Pedro, donde una inmensa corriente humana, uniéndose á innumerables carrozas, se dirigen al *Borgo Pio*, cuyos moradores han adornado con flores y colgaduras sus balcones, que iluminarán esta noche en unión de las basílicas, iglesias y colegios de Roma, estando preparada vistosa iluminación también en los palacios de España, de Venecia y de Rospigliosi en el Quirinal, morada de los representantes de las naciones católica, apostólica y cristianísima, como el palacio Orsini, sobre el Tíber, lo es del fidelísimo Portugal. El Vicario general de nuestros franciscanos, rector de San Pedro en Montorio, ha aprovechado la situación admirable dominando á Roma que presenta el templo consagrado por los Reyes Católicos en el sitio en que fué crucificado el Apóstol, para realizar una luminaria que también divisarán desde lejos las otras colinas de la Ciudad Eterna y las del Lacio romano. La basílica de San Pedro aparecerá iluminada también.

Era mi propósito condensar en esta crónica los bellos debates del undécimo Congreso católico itálico reunido en la Arcadia romana, y cuyos miembros, presididos por el Cardenal Vicario, el cardenal arzobispo de Nápoles Sanfelice, donde primitivamente debió reunirse esta asamblea cristiana, y el príncipe Massimo, se han presentado al Papa para oír de sus labios las felicitaciones por los profundos discursos en sus sesiones pronunciados. Como quería presentar la síntesis al menos de una bellísima epístola dirigida por León XIII al Prelado de Loreto concediendo las más amplias gracias á cuantos en este año, sexto centenar de la aparición de la casa santa de la Virgen en aquella región, asistan á sus solemnidades. Pero el espacio falta; afortunadamente el mes de Marzo evoca la elección y coronación del Pontífice, dará lugar al Consistorio para la proclamación de gran número de príncipes de la Iglesia; y tanto estos sucesos como el primer centenario de Pío IX, coincidiendo con la inauguración de su monumento en la Basílica de San Lorenzo, me ofrecerán justificado motivo para continuar mis antiguas relaciones con los benévolos lectores de LA ILUSTRACIÓN.

CONDE DE COELLO.

Roma, 24 de Febrero de 1894.

EL REGRESO.

I.

Con lánguido abandono
Apoyada en mi brazo,
Miraba distraída condensarse
Las nubes sobre el llano.
Sin rumbo y sin objeto,
Caminando al acaso,
Del templo ante los muros, detenidos
De pronto nos hallamos.
¿Qué misterioso impulso,
Qué incontrastable arcano,
Condujo nuestra planta á los umbrales
Del recinto sagrado?
No sé; recuerdo sólo
Que en el sombrío espacio
Surgió, como diabólica sonrisa,
Fatídico un relámpago.
Recuerdo que de pronto
Sentí temblar su mano entre mis manos,
Y á la rojiza luz de una centella
Miré su rostro pálido.
Dos lágrimas, cubriendo sus pupilas
De nácar irisado,
Como trémulas gotas de rocío
Temblaban en sus párpados,
Y resbalando luego, poco á poco,
Sus mejillas surcaron,
Perdiéndose en los pliegues
De su vestido blanco.
Oprimí el breve talle
Con amoroso abrazo,
Aspirando en un beso
La regalada esencia de sus labios,
Y un momento después, mudos y unidos,
El pórtico cruzamos,
Moviendo apenas la callada planta,
De amor y miedo y ansiedad temblando.
Pendientes de la clave
De los macizos arcos,
Dos lámparas de bronce difundían
Pavorosa penumbra en el santuario,
Y su oscilante llama
Recortaba á intervalos,
Rígidos y sangrientos, los perfiles
De un Cristo suspendido ante el retablo.
Rompiendo las tinieblas
Los vívidos relámpagos
Inflamaban las góticas ojivas
Con resplandores cárdenos;
Y vibraba del órgano en los tubos
Del trueno el eco airado,
Y animarse en la sombra parecían
Las estatuas de mármol,
En tanto que, extendiendo
Hacia el Mártir del Gólgota la mano,
De volvernos á unir tras de la ausencia
Los dos hicimos juramento santo.

II.

Hoy la ausencia concluye,
Y expira el largo plazo:
¿Qué importa que el destino
Vista de piedra el tálamo?
Casta flor, cuyo cáliz
Perdió su aroma, sin perder su encanto,
Tuyo fuí, tuyo soy; vuelca la losa
Y acógeme en tus brazos.

EDUARDO LUIS DEL PALACIO.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

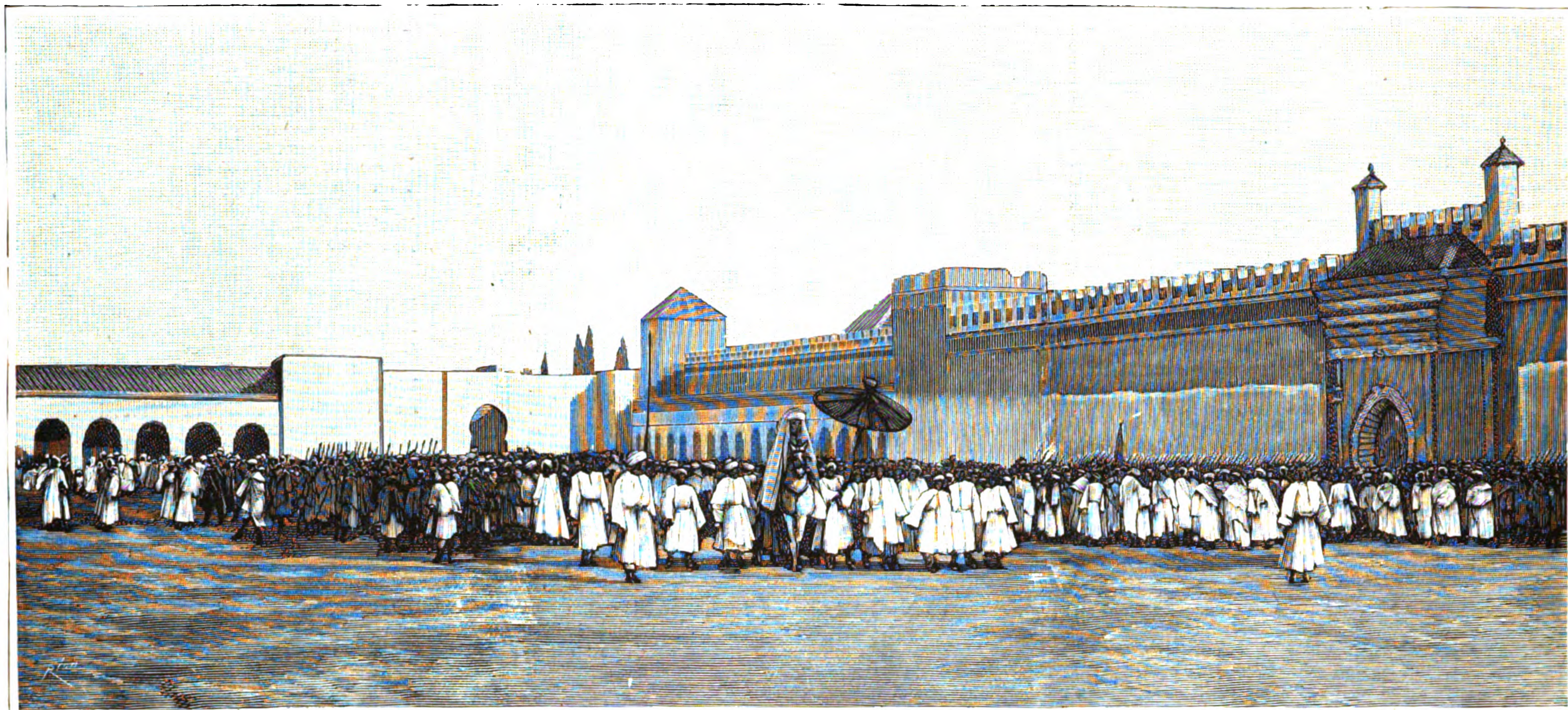
El conflicto parlamentario en Inglaterra: *whigs* y *torys*: la ley de los patronos: la Cámara Alta y sus tendencias: declaración de guerra de lord Gladstone á sus enemigos: el pueblo y sir W. Harcourt.— Un nuevo libro de Max Nordau: el filósofo Nietzsche, el sistema bismarckiano y la filosofía ultraegoísta ó de la fanfarronería en Alemania.



LA guerra que existe desde hace largo tiempo entre las dos Cámaras inglesas, la de los Comunes y la de los Lores, ha llegado á su período álgido. Tan grave es la situación de la vida parlamentaria en Inglaterra, que el telégrafo anuncia ya que lord Gladstone va á renunciar la jefatura del Gobierno, ó ya que en numerosos *meetings* se pide á voz en grito, con furia, la desaparición de la Cámara de los Lores. Entre el fragor de la pelea, vista la actitud de los combatientes, parece en efecto que se han hecho absolutamente incompatibles el Congreso y el Senado inglés. El primero, nutrido con toda la savia de los elementos liberales y radicales del país, toma cada día mayor tinte democrático, al atraer á las clases obreras y á muchas masas socialistas; y el segundo, en cambio, libre de todo parentesco con el partido *whig* ó liberal, se convierte en una inexpugnable fortaleza conservadora, que trata de imponer su voluntad á la Cámara Baja, como si fuera un poder efectivo encargado de anular cuanto la opinión liberal propone. Rota la concordia de ambas fuerzas del Parlamento en el asunto de las reformas de Irlanda, era preciso que los liberales tomaran la revancha oponiéndose á cuanto de la Cámara de los Lores procediera, y esto acaba de ocurrir con las enmiendas que los lores han propuesto al proyecto de ley relativo á la responsabilidad de los patronos en los accidentes del trabajo. La Cámara Baja propuso que lo que en dichas enmiendas se prescribe sólo durase tres años. La Cámara Alta rechazó semejante modificación. Entonces lord Gladstone propuso que aquélla declarase «que no estaba conforme con las enmiendas de los lores»: pero el *speaker* hizo notar que no podía emplearse esta fórmula, porque ya se había votado antes una semejante, lo que dió lugar á que lord Gladstone propusiera que se retirara el proyecto de ley en cuestión. Así se acordó, por el voto de 219 diputados contra 6, habiéndose abstenido de votar casi todos los unionistas y conservadores. De este modo el jefe del Gobierno inglés ha roto con los lores, declarándoles abiertamente la guerra.

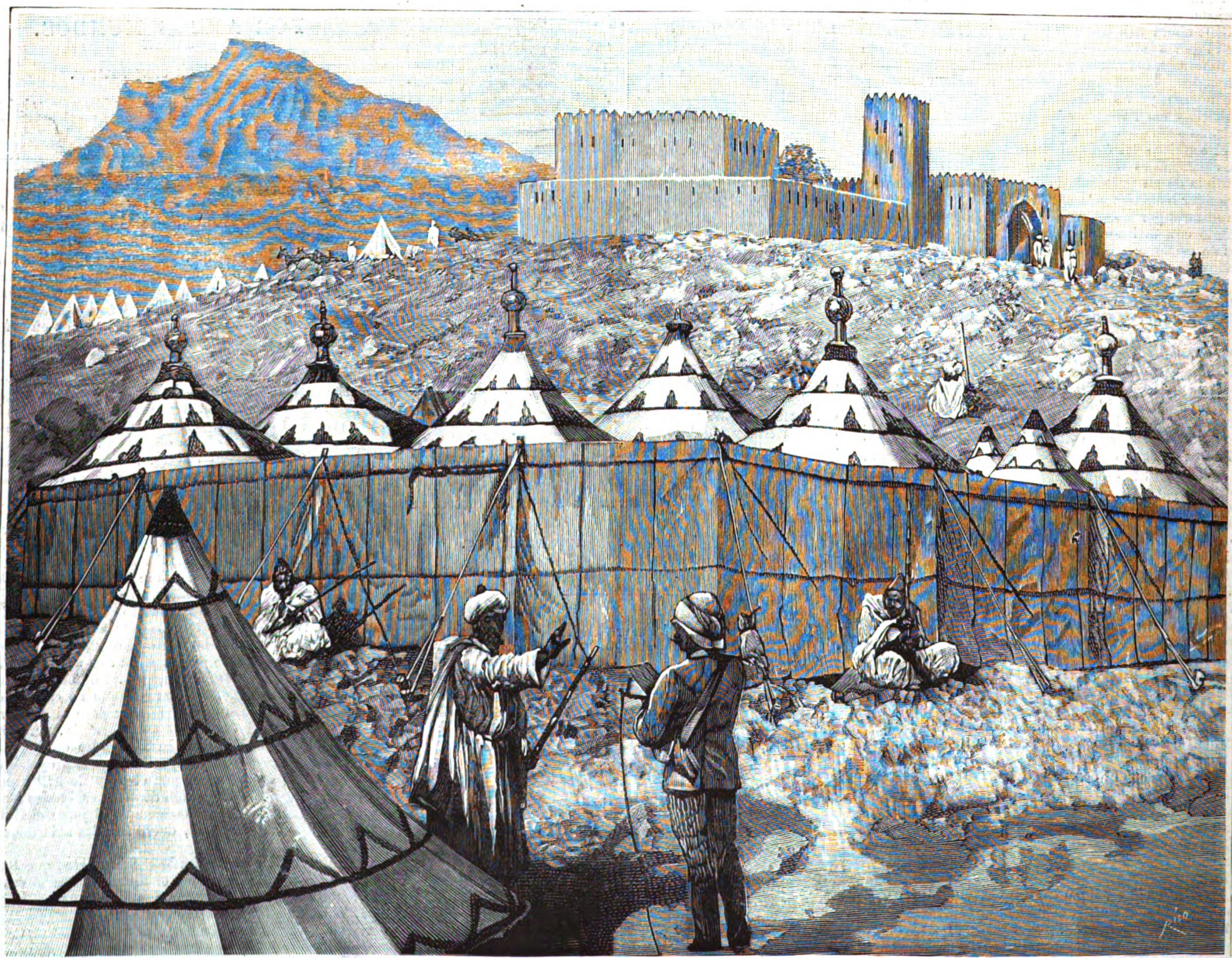
En vano se dice que retirado ese proyecto, que tendía á favorecer á los obreros, verá el partido liberal á éstos ponerse enfrente suyo, y lograr que en futuras campañas electorales disminuya bastante el número de diputados liberales; en vano se afirma esto, porque en muchas reuniones públicas se ha demostrado en estos días que los obreros rechazaban el amparo y favor que los *torys* ó Lores pretendían otorgarles con el proyecto y con las enmiendas.

Está declarada la guerra, y en la primera semana de Marzo se romperán las hostilidades en las Cámaras. No es creíble, á pesar de los anuncios del telégrafo, que lord



RECEPCIÓN DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.—VISTA DE CONJUNTO DEL PATIO EN QUE SE VERIFICÓ LA RECEPCIÓN OFICIAL.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)



MARRUECOS.—LAS MUJERES DEL SULTÁN EN VIAJE.—CAMPAMENTO ESPECIAL DEL HARÉN.

(Del natural, por Woodville.)



Excmo. Sr. D. JOSÉ GONZALO DE LAS CASAS,
FUNDADOR Y DIRECTOR DE LA «GACETA DEL NOTARIADO».
Nació en Ciempozuelos (Madrid), el 21 de Enero de 1826; † en Madrid, el 2 del corriente.



Ilmo. Sr. D. EUGENIO SÁNCHEZ DE FUENTES,
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA.
Nació en Barcelona, el 15 de Noviembre de 1826; † en la Habana, el 5 de Enero último.

ALMERÍA. — PREPARACIÓN DEL ESPARTO PARA LA EXPORTACIÓN. — INTERIOR DEL ALMACÉN PRINCIPAL DE LA FÁBRICA DE LOS SRES. SPENCER Y RODA.

(De fotografía.)

Gladstone deje la jefatura de las huestes liberales, porque la verdad es que más que de la cuestión de Irlanda, y más que del *Parish bill* y del *Liability bill*, se trata de la batalla decisiva entre liberales y conservadores, entre *whigs* y *torys*. Ya está dicho que la Alta Cámara ha llegado á ser tal, que no puede en manera alguna considerarse como un elemento neutro, sino como una potencia conservadora, aristocrática é indomable. Poco vale que en ella algunos obispos anglicanos, algunos juristas distinguidos y algunos pares electivos ó vitalicios de Escocia y de Irlanda conserven y sustenten las ideas liberales, porque lo que en ella predomina casi en absoluto es el partido *tory*, la aristocracia británica, los representantes de los privilegios hereditarios. Antes esa aristocracia se jactaba de tener tan decididos representantes en el partido liberal como en el conservador, y brillaban, por ejemplo, en el primero aquellos hombres ilustres que se apellidaban Russell, Cavendish y Spencer. Hoy las cosas han cambiado por completo. Por el puente del partido unionista han pasado al campo *tory* los pocos aristócratas que, como el Duque de Devonshire y otros, quedaban en él. En la Cámara de los Lores se ha levantado un reducto imponente, cuya única misión es la de atacar á todo gobierno liberal que se forme. El jefe de los conservadores, lord Salisbury, tiene por ahora, y tal vez por mucho tiempo, á sus órdenes la voluntad de uno de los dos Cuerpos legislativos. Esto en Inglaterra es un hecho grave, y constituye una situación insostenible y un positivo peligro. Contra él ya queda dicho que se levanta airada la opinión de toda la masa liberal y democrática del pueblo inglés, llegándose á pedir en muchos de los *meetings* de estos días la supresión de la Alta Cámara.

En la prensa liberal se repite que es imposible que la voluntad nacional quede supeditada al capricho ó autoridad de una casta; que no se puede consentir el que los lores tengan el derecho de ejercer un veto absoluto sobre los acuerdos de la mayoría electiva; que sería inconstitucional el pretender que el Gobierno se vea en el caso de disolver la Cámara Baja sólo porque á la mayoría conservadora de la Alta le parezca bien negar su sanción á cualquier acuerdo de aquélla; y, en fin, que ha llegado la ocasión de que el Gobierno vea el modo de que se reformen, más ó menos radicalmente, la existencia y atribuciones del Senado inglés, institución que, según allí se dice, ha envejecido y perdido mucho. Al no consentir lord Gladstone que los lores mutilasen el proyecto presentado por los diputados, y al hacerlo retirar, ha roto el fuego contra sus enemigos. La lucha será titánica, dados los elementos y significación de los dos partidos. El Parlamento emprenderá la discusión de este asunto y de los demás que dividen á ambas Cámaras el día 6 de Marzo, haciéndose entretanto grandes aprestos para la pelea, cuyo trabajo extraordinario se refleja perfectamente en la prensa de estos días. Muchas cuestiones graves separan á *whigs* de *torys*, y entre todas las dificultades, ninguna más honda, ni al parecer más insoluble, que la que constituye el nudo de todos los conflictos: la del *home rule*. Con ella, y á su altura, va incrustada la campaña de los liberales contra los lores; y no es el pueblo sólo el que ha expresado con ardor las manifestaciones de antipatía, sino que en las altas clases directoras, entre los individuos del Gobierno mismo, se lanzan amenazadores augurios acerca de lo que la resistencia tenaz y sistemática de los *torys* puede producir. El ministro sir William Harcourt lo ha dicho en un discurso, ante la Federación liberal: «En cuanto la copa esté llena, habrá llegado el momento de que dicte su sentencia el pueblo acerca de la situación general, y entonces decidirá de una vez para siempre si su voluntad debe estar de continuo á merced de los caprichos *de una facción*.» No puede decirse nada más claro ni más en crudo.

°°°

Con la resurrección del Príncipe de Bismarck ha coincidido la publicación en París del segundo tomo de la obra *Dégénerescence*, del rabioso é implacable crítico Max Nordau. Pone como nuevos en ella á muchos afamados publicistas franceses, lo cual ha producido gran tremolina y no poco escándalo en Francia; pero, entre sus capítulos, pocos hay tan crueles, claros, ni crudos, como el que dedica al pseudo-filósofo publicista aleman Nietzsche, de cuyas doctrinas y teorías ya se dió oportuna y detallada cuenta en estas Crónicas. El filósofo ultraegoísta Nietzsche; el propagandista de la idea de que es necesario que en la sociedad sólo vivan é imperen los más fuertes y que éstos devoren y destruyan á los más débiles; el evangelista de yo poderoso, único Dios, imponiéndose á todo lo que nos rodea, ha alcanzado grande éxito y no pocos partidarios entre los muchos cerebros extraviados que hay en Alemania, donde dicen que pasa por un gran maestro y por un gran hombre. El crítico Max Nordau lo ha cogido por su cuenta, y lo ha puesto verde y en ridículo sangriento al explicar por qué semejante pensador y semejante filosofía tienen tanta aceptación en Berlín y sus contornos. De rebote da Max Nordau contra Bismarck. Según él, todo lo brutal de las ideas del filósofo tiende á agradar á la generación que se ha educado en el medio del sistema bismarckiano. Bismarck es una personalidad monstruosa que se desencadenó en Alemania como un huracán en la zona tórrida, llevándolo todo por delante y dejando en pos de sí, como triste huella, un rebajamiento general de caracteres, y la destrucción de toda idea del derecho y de la moralidad. «El fin santifica los medios», dice también la escuela bismarckiana, especie de jesuitismo con coraza, según la frase de Max Nordau. Es la barbarie primitiva, el ejercicio de la fuerza, que pelea siempre dispuesta á «¡vencer ó morir!» Pero lo malo no es lo original de la escuela, que al fin y al cabo tiene cierta fiera grandeza, sino la imitación, el sistema de los que la parodian, la secta de los «fanfarrones», la más vil y despreciable de todas, que se arrastra ante el poderoso, pero que se pavonea arrogante, egoísta, inclemente, ante todo el que es inofensivo y débil y que no tiene medios de resistencia ni de defensa.

Así es ni más ni menos la filosofía de Nietzsche, así es Nietzsche mismo: la fanfarronería andando. Su doctrina demuestra de qué modo el sistema poderoso y aplastador de Bismarck se refleja en la mollera de un loco. Semejante filosofía del ultraegoísmo, de la imposición del fuerte sobre el débil, era imposible que prosperara en otros tiempos que en estos del triunfo bismarckiano, en la época en que Bismarck lo era todo, y en la época que ha seguido á aquélla. Dentro de esta tendencia no es extraño que «el buen pueblo alemán» idolatre é imite á los militares, que resumen allí todo lo glorioso del sistema, y que este pensador profetice que lo único que puede esperar la Europa es una época férrea, de guerras, de soldados, de armas y de violencia. Tal profeta tiene que ser naturalmente muy estimado y enaltecido en Alemania. Arrastra con sus extravagancias no sólo á los que todo lo fían á las armas y á la potencia muscular, sino al anarquismo en masa, que todo lo fía en el poder ilimitado y ciego del individuo, para pelear y para triunfar ó morir, y que rechaza la acción del Estado usurpador de los derechos y actividades individuales, de su fuerza, de su tiempo y de sus recursos, y que exige que se sacrifiquen en obsequio de todos los ciudadanos las convicciones, la conciencia y la dignidad. Cuantos idolatran la libertad absoluta para imponer su fuerza ó su voluntad y aborrecen la ingerencia de la sociedad y del Estado, leen con entusiasmo á Nietzsche. «El que pueda, que triunfe y que se imponga; y el que no, que se hunda.» Y no le siguen los que de buena fe pelean por el triunfo de la libertad, los que con toda conciencia discurren y juzgan, sino al contrario, los que ansían la libertad porque buscan á toda costa la satisfacción de sus pasiones, de sus concupiscentes deseos; los hombres sensuales y perdidos, no los austeros y morales.

La selección que busca y que resulta de su doctrina deja vivos tan sólo á los que tienen puños, suerte y talento, y aniquila á los pobres, á los débiles y á los cortos de inteligencia. Por esto odia al pueblo y á la plebe. «No consintamos nunca, dice Nietzsche, que el populacho sea el amo y nos domine. Es necesario fundar una aristocracia nueva, que sea enemiga de toda la plebe, que la pisotee con su propio esfuerzo y que ostente este distintivo: ¡Nobleza!» Por esto aborrecen sus partidarios el principio de la igualdad, y consideran como un grandísimo error de la Revolución el haberlo propagado y defendido. «Nada hay igual en el mundo, dicen; semejante despropósito está en oposición con todas las leyes naturales.» Esa aristocracia supone un jefe, un amo, que tenga robusta musculatura y fuertes puños. Este archihombre, este hombre y medio, según se deduce de todas las premisas de la filosofía egoísta, debe ser no el más sabio, el más prudente, el más profundo en el talento, sino un «carnicero invencible, empapado en sangre». El y sus afortunados cortesanos serán los únicos que sepan imponer la doctrina de los más fuertes, y extirpar á toda la ralea inmunda de desgraciados, débiles, inocentes, pacíficos y pobres de fuerza y de inteligencia que se arrastran por el mundo.

Semejantes filosofías (?) ó extravagancias no resisten el análisis de ninguna persona que tenga sentido común, y sólo pueden ser tomadas en serio por los espíritus torcidos que, habiendo perdido toda esperanza, marchan hacia el porvenir obscuro y sin ideal del brazo con la desesperación. Increíble parece que un loco tan acreditado de tal como Nietzsche haya creado escuela y tenga partidarios en Alemania; pero esto no prueba otra cosa sino que allí, como en otras muchas sociedades que se creen ultraadelantadas en el arte de discurrir, abundan los cerebros ultrafantásticos, ávidos de emociones exageradas, sujetos á una pertinaz embriaguez neurótica de falsas ideas, alejados de toda idea moral, de todo equilibrio sano, y hastiados de la vida desde los primeros años de la juventud, en que, habiendo apurado todos los goces, sólo le quedan al cuerpo y al alma las tristes consecuencias de la pérdida del paladar, del gusto, de la fe y del sentimiento. Con estas gentes no se gobernará jamás el mundo. Elementos dispersos, locos sueltos, darán constantes cencerradas á los vecinos honrados, darán mucho que reir á la gente de seso y de peso, y más que todo darán lástima á cuantos con un poco de caridad les contemplen. No es de creer, aunque Max Nordau lo diga, que Alemania, por ser idólatra del sistema bismarckiano, se entusiasme con las aberraciones de la escuela de la fanfarronería de Nietzsche. Lo que hay es, que resulta original, curioso y divertido ver cómo escribe un loco, digno, por su ingenio, de mejor suerte, y que existen muchos desocupados que saborean las extravagancias de ese ingenio, contenidas en libros tan famosos como los que ha publicado con el título de *Más allá del bien y del mal*, *Así habló Zarathustra* y *La ciencia alegre*. Y entretanto, por sí ó por no, Max Nordau se ha valido de Nietzsche como excusa para descargar una nueva lluvia de palos sobre Bismarck y sobre los alemanes, que es lo que en ese capítulo de su obra *Dégénerescence* se trataba de demostrar.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La España de hoy. Recuerdos y estadísticas, por D. R. Monner Sans.

En este folleto pone de manifiesto, con elocuentes frases y gran copia de datos, el Sr. Monner Sans, con cuánta injusticia se considera á España en el extranjero, y singularmente en América, nación atrasada é incapacitada de entrar en lo que se llama vida moderna. Menciona los hombres ilustres que en artes, literatura y ciencia tenemos; prueba el progreso de nuestra riqueza y del comercio nacional, etc., etc. En una palabra, con esta publicación ha prestado el Sr. Monner Sans un buen servicio á la madre patria, tan desconocida y calumniada por sus propios hijos.

Folerpas (poesías gallegas), por D. Eladio Rodríguez González.

El autor muéstrase buen poeta en este tomo, que es el número 53 de la *Biblioteca Gallega*. Hay en casi todas sus composiciones calor é inspiración.—Precio: 2 pesetas para los suscriptores á la *Biblioteca*, y 3 pesetas para los que no lo son. Los pedidos deben dirigirse á Andrés Martínez, en la Coruña.

Resignación y Heroísmo, poema, por Emilio Chicote y Casaña.

Este pequeño poema basta para probar que su autor vive en el trato de las musas hace años. Los versos son fáciles y correctos generalmente. Véndese, al precio de una peseta, en las principales librerías.

La Fuente de las Salamandras, por Arístides Mestres, con ilustraciones del mismo.

Interesante novela, perteneciente al género en que tanto ha sobresalido Julio Verne, y en la que abundan episodios conmovedores. Precio, una peseta.

La cuestión de Marruecos y el conflicto de Melilla, por D. Modesto Fernández Villaescusa.

Pertenece este tomito á la biblioteca de la *Revista científico-militar*, y en todo él se observa una laudable sinceridad, una aspiración patriótica muy digna de ser admirada, sobre todo por lo rara en estos tiempos. En general, el autor muestra haber estudiado el problema hispano-marroquí, que es el de nuestro porvenir, aunque haya escépticos que no lo creen.

Recomendamos su lectura á los que dedican su atención á estos asuntos. Precio, una peseta.

Tratado de Criptografía con aplicación especial al ejército, por Carmona, primer teniente de infantería.

Entre otros méritos, tiene esta obra la de ser la primera en su género que se publica en español. Es un libro muy útil, que ha sido justamente premiado por el Ministerio de la Guerra, y que por el buen orden, claridad y erudición con que está expuesta la materia de que trata, honra extraordinariamente á su autor. El *Tratado de Criptografía* está muy bien impreso, en excelente papel. Precio, 8 pesetas.—G. R.

UN EXPLOSIVO INVISIBLE.

Por más de que te dieran cualquier compensación, ¿permitirías que se mantuviese abierto en una de las habitaciones no ocupadas de tu casa un barril de pólvora?—¡Qué pregunta tan ridícula! me contestarás. Nadie, á no ser un loco, lo permitiría.

Precisamente. Pues, sin embargo, miles de personas viven con explosivos tan peligrosos como la pólvora, dentro de su cuerpo, y mueren repentinamente, y eso pasa cada día, y sus amigos extrañan que se hayan muerto. Muchas veces nada de particular habían sentido, á no ser cierto malestar vago, siendo la fatiga y la pesadez las sensaciones de que más se quejaban; y, sin embargo, cayeron inesperadamente, y murieron antes de que el médico pudiera cerciorarse de lo que era aquello. Pero ¡¿qué era aquello, en realidad?

Veamos para ello la corta relación que un hombre hace acerca de su hijo. Parece que este joven se había visto afligido durante cierto tiempo de una enfermedad que ninguno de los diversos tratamientos á que había sido sometida le había podido aliviar, ni mucho menos curar. Habla el padre de ella como de una enfermedad «muy persistente». Aludiendo á un caso semejante, un eminente doctor americano dice: «Mi paciente podía tomar, y tomaba, *diariamente seis granos de morfina, sin casi el más ligero efecto*, cuando la mitad de un grano hubiera sido suficiente dosis para una persona no acostumbrada á usarlo.»

¿Cuál era, pues, ese explosivo veneno que no podía desterrarse con tal cantidad de opio? Procedamos, antes de decirlo, á nuevas investigaciones.

«Mi hijo—continúa el que nos escribe—sufría de intensos dolores de cabeza y de costado, y así mismo de una debilidad general. Sus nervios estaban postrados hasta el punto de que no podía casi obtener el sueño naturalmente. No sentía ganas ningunas de tomar alimento, y generalmente arrojaba todo cuanto había tomado. Aunque el estómago y los intestinos funcionaban torpemente—causándole la constipación—sentía, sin embargo, ataques de diarrea. Empero sus síntomas más alarmantes eran las convulsiones en los miembros, que á lo último le sobrevinieron. Ninguno de los tratamientos á que se recurrió le produjo el menor alivio, y yo desesperaba ya por su vida, cuando en esta crisis, no sabiendo ya qué hacer, comencé á darle el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Desde entonces empezó á mejorar constantemente, y hoy se halla ya realmente restablecido. Le autorizo á usted en absoluto, para que publique el breve relato de este caso. *Mi hijo debe la vida á la maravillosa preparación llamada Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, y le aseguro á usted que hay aquí otras personas que deben gratitud igual á ese medicamento. No le revelo sus nombres porque tienen objeción á que se publiquen. Sírvase usted aceptar mi más entusiasta felicitación y mis gracias. De usted afectísimo (Firmado)—Angel Benavides, farmaceútico, Pozo-Alcón, provincia de Jaén, Septiembre 12 de 1893.»

Ahora, sólo unas pocas palabras. El hijo de nuestro buen amigo el Sr. Benavides sufría de aguda y profunda indigestión y dispepsia; y en su progreso, la enfermedad engendró aquel terrible veneno—el ácido úrico—causa de todas las enfermedades de hígado, de los riñones y de la vejiga; ese veneno se corrió al cerebro; medio paralizó los nervios; afectó todos los órganos, y por fin produjo las convulsiones de que el padre del joven nos habla. En una de esas convulsiones, á no haber usado, como usó á tiempo, el Jarabe de la Madre Seigel, el pobre paciente hubiera muerto sin duda de ninguna clase. Pues ese terrible veneno del cuerpo humano, ese es un explosivo mucho más peligroso que la pólvora junto á la chimenea de tu casa. Guárdate de sus primeros síntomas, y envía por un folleto del Jarabe, que te dice cuáles son.

Aceptamos la gratitud del que nos escribe la carta, y por nuestra parte le damos las gracias de todo corazón.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. IX.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.
Madrid, 8 de Marzo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.



D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL,
CATEDRÁTICO DE HISTOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID,
DOCTOR HONORARIO DE LA UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE,
Y ENCARGADO, POR LA SOCIEDAD REAL DE LONDRES, DE INAUGURAR EL CURSO DEL PRESENTE AÑO.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Los Teatros, por D. Eduardo Bustillo.—El Dr. Cajal, por D. José Rodríguez Mourelo.—Cuaresma, por D. Angel del Palacio.—El general Ricardos y la guerra del Rosellón, por F. V.—En miércoles de Ceniza. A una niña, soneto, por D. Manuel del Palacio.—A Federico Balart, soneto, por D. Rafael Ochoa.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Socorros remitidos por los españoles residentes en Rosario de Santa Fe para las víctimas de la catástrofe de Santander, por La Redacción.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato de D. Santiago Ramón y Cajal, catedrático de Histología de la Universidad de Madrid.—Madrid. Banquete de las armas de Infantería y Caballería: Aspecto general del salón. La salida.—Retrato de D. Felipe Ovilo y Canales, médico mayor de Sanidad Militar, director de la Escuela Española de Medicina de Tánger.—Retrato de D. Joaquín Cortés y Bayona, médico mayor de Sanidad Militar, agregado á la Legación de España en Marruecos.—Marruecos: Las cofradías religiosas musulmanas. Cuestación en las calles.—Fortificaciones modernas de la ciudad. Baluarte de la Alcazaba.—Bellas Artes. *En la puerta de una ermita*, cuadro de D. Maximino Peña.—*Lectura interesante*, cuadro de J. A. Benlliure.—Primer centenario del general Ricardos: Retrato del excelentísimo Sr. D. Antonio Ricardos y Carrillo de Albornoz, capitán general de ejército.—Barbastro. Casa de la calle Mayor, hoy de Argensola, en que nació el general Ricardos. Vista del convento de monjas fundado por los padres del General.—Madrid. Escenas principales de la aplaudida comedia *Zaragüeta*, original de los señores Aza y Ramos Carrión. Un grupo de espectadores.

CRÓNICA GENERAL.

A dimisión y retirada de la vida pública del jefe del Gabinete inglés, Mr. Gladstone, y su reemplazo por Mr. Rosebery, aunque es un hecho de gran importancia en la política europea, que se puede calificar de acontecimiento histórico, no nos afecta de un modo directo, para exigir que en esta Crónica le tratemos con la extensión que se merece, mucho más cuando nuestro ilustre amigo el Sr. Becerro de Bengoa ha agotado el tema con su gran autoridad y entendimiento. Cúmplenos solamente dar por nuestra parte la despedida al gran político, que, como otros pocos hombres de su talla, ha ocupado tantas veces nuestra pluma al referir los sucesos más notables de nuestra época. Cada gran político ú hombre eminente que desaparece nos hace el efecto de un personaje de novela ó comedia que deja de figurar en una obra nuestra; y los que, como míster Gladstone, caracterizan una época, y son tipos marcados y salientes, quitan al retirarse parte de su interés al drama político, en que el vulgo hace de comparsa, y de espectador el que contempla los hechos desde el anfiteatro. Es verdad que los hombres de ese temple, mientras viven, continúan influyendo en sus contemporáneos, y pueden reaparecer en el escenario, como le sucede al Príncipe de Bismarck, que de incompatible con el nuevo reinado, ha pasado á ser un factor importante de la política alemana, que equivale á serlo de la política general. Cumplido nuestro deber, dirijamos las miradas á lo que nos rodea é impresiona muy de cerca.

Desde luego, no creemos á propósito para estas reseñas algunos sucesos que dan asunto á la prensa diaria y ocupación á los tribunales, y que, por variar de aspecto á cada trámite, pueden resultar al fin y al cabo muy diferentes de como los presentan los intereses en pugna ó las apariencias. Si un joven conocido y considerado mientras hacía la vida de sociedad cae de repente envuelto en un proceso criminal, más dispuestos nos hallamos á compadecerle que á denostarle, teniendo en cuenta que otros tan culpables y más hábiles pecan con mejor fortuna, y que harto castigo es el de la situación á que ha llegado, para que aumentemos el rigor. Si la herencia de un hombre rico ha dado ocasión á otro proceso, á los tribunales corresponde averiguar si hay ó no, y quiénes son, delincuentes. La práctica del periodismo nos ha hecho desconfiados y recelosos en esta clase de asuntos, que llaman la atención durante una semana y luego se obscurecen para siempre.

Aprovechando la tristeza que siempre causa el fijar la atención en estas impurezas de la vida social, consignaremos con sentimiento la muerte del catedrático de Química D. Laureano Calderón, sabio de reputación europea, y la del respetable anciano, antiguo militar y senador del reino, Sr. Conde de Zaldívar.

⁂

Los esponsales de D. Carlos de Borbón con la princesa María Berta de Rohán, celebrados en el castillo de Sichrow (Bohemia), según copiamos de la prensa, han sido criticados, á decir verdad, con poco fundamento, dada la representación que se atribuye el descendiente más directo de Carlos IV por línea masculina. Los matrimonios reales no han guardado las reglas que usan el común de las gentes, y en esas se fijan los que censuran, no la elección de la princesa, sino la fecha de la viudez. Este desposorio y las fiestas que celebra Oporto á la memoria del infante D. Enrique, que representa en Portugal el genio de la navegación que inmortalizó á los lusitanos, son los hechos más relacionados con nuestros intereses que encontramos en los periódicos y telegramas extranjeros. Lo de D. Carlos, porque es el jefe de un partido español, y mejor aún el símbolo del antiguo régimen; el centenario de D. Enrique, porque Portugal fué el precursor de España en la noble empresa que, por emulación y á porfía, dieron á ambas naciones el primer lugar en la historia de los descubrimientos de tierras ignoradas.

Pero uno y otro acontecimiento son pequeños para nosotros, si los comparamos con el feliz resultado de las negociaciones diplomáticas seguidas en Marruecos y que tanta sangre han evitado. Una indemnización de ochenta millones de reales; el castigo de los culpables más significados; el cumplimiento, con mayor extensión, de lo pactado acerca de la zona neutral en Melilla, y algunas otras concesiones encaminadas á asegurar las buenas relaciones entre España y el Imperio marroquí, han dado un término satisfactorio y honroso á los conflictos que nos obligaron á enviar un ejército á Melilla. La prudencia y la razón han dado solución favorable á lo que, dejándonos llevar del genio belicoso y vehemente de nuestra raza, hubiera causado muchas víctimas y nos hubiera alejado de nuestros verdaderos intereses en Marruecos.

⁂

Un banquete literario en honor de D. Federico Balart reunió el jueves de la semana anterior, con la colonia murciana, en el restaurant Inglés, á poetas, artistas, catedráticos, periodistas y personas de buen gusto, que acudieron á celebrar la aparición del ya famoso tomo de poesías titulado *Dolores*. Como era natural, la poesía fué el postre más abundante en aquel agasajo, que empezó y acabó bien: empezó con una hermosa poesía de D. Juan José Herranz, que por su sentimiento, su sabor murciano, su oportunidad y su calor valió uno ovación merecida al autor de *Honrar padre y madre*, *La Virgen de la Lorena*, *La mejor conquista* y tantas obras aplaudidas: acabó con otra leída notablemente por el Sr. Ferrari y escrita por la inspirada poetisa D.ª Blanca de los Ríos, hoy señora de Lampérez, composición varonil y elevada, digna de su autora. Y al decir que empezó y acabó bien la parte poética, decimos que todo mereció justos aplausos, lo cual se explica habiendo leído versos los señores López Valdés, D. Ricardo Gil, D. Manuel del Palacio una composición del Sr. Monserrat, el Sr. Ballesteros otra de D.ª Eladia Bautista, el Sr. Mendoza la de D. Gonzalo Castro, Grilo una de D. Emilio Tormo, Ramos Carrión, Sandoval (D. Manuel) que hizo aquella noche con aplauso sus primeras armas. Inauguró los discursos ó brindis en prosa el diputado Sr. López Parra en nombre de Pliego, pueblo donde nació el Sr. Balart, y á quien correspondía la representación preferente, y siguió el Sr. Bermúdez, que habló en nombre de Murcia; el amigo Vidart reclamó para España entera la gloria del talento del poeta festejado, y aun pareció dispuesto á romper lanzas contra cualquier secuestro regional, pero se lo impidieron pacíficos y simpáticos aplausos: el eminente profesor D. Federico Rubio vió con júbilo en su brindis que el renacimiento de la poesía murciana á que estaba asistiendo le parecía iniciar otro florecimiento científico, por ser las bellas letras precursoras de todos los adelantos, y se asoció entre aplausos al triunfo del poeta. Y habló Blasco, que en París ha recobrado su primitivo acento aragonés, con facilidad extraordinaria: el Sr. Echegaray, poco, pero oportuno; el Sr. Morayta hizo un llamamiento en nombre de la generación á que Balart pertenece, á la que hoy se dispone á sucederla, recordando á ésta los trabajos y esfuerzos de la primera, merced á los cuales hoy disponen los que nacen á la vida literaria facilidades y elementos que antes no existían. Habló en nombre de Burgos el escritor Sr. García Concellón y otros que no podemos recordar, y en nombre de la prensa el Sr. Soldevilla, que tiene voz, discreción y elocuencia.

Era preciso concluir aquella apoteosis, y lo hizo con tanta modestia como tino el poeta festejado: con la mayor naturalidad, y sin que la emoción que sentía le turbase su claro entendimiento, dió las gracias, primero al representante de Pliego, que le recordaba su cuna; luego á los de Murcia, donde pasó su juventud; después á los que con sus canas le recordaban las luchas de toda la vida, y por último á los jóvenes, que representaban el porvenir. Un aplauso prolongado y muchos abrazos y apretones de manos dieron término á aquella fiesta interesante, á aquella prueba de afecto y admiración de tanta gente de entendimiento y de valer al pensador ilustre y al poeta del dolor.

⁂

La nueva esposa de D. Carlos de Borbón tiene treinta y tres años de edad, es hermosa, de noble aspecto, morena, de cabello rubio, ojos azules y pestañas negras. Su apellido Rohán ha recordado en estos días al famoso Cardenal que figuró en el célebre proceso del collar de la reina María Antonieta, y del cual hizo Alejandro Dumas, padre, una novela interesante. A la vista tenemos un libro que se escribió en el siglo pasado á raíz de los sucesos, y se tradujo al español en 1788, titulado: *Historia verdadera de Juana de San Remi, ó aventuras de la Condesa de la Mota*, donde se insertan las defensas de los principales acusados. Sabido es que el Cardenal de Rohán fué víctima de una aventurera, que le hizo adquirir un magnífico collar de diamantes, creyéndole destinado á la esposa de Luis XVI, y que allí quedó demostrada la delicadeza del ilustre purpurado; pero lo más curioso del proceso consiste en la intervención que tuvo en él Alejandro Cagliostro, de quien se contaban maravillas acerca de su edad, sus curas prodigiosas y su arte de magnetizar. Pero en el interrogatorio que se le hizo en el proceso declaró tener treinta y siete á treinta y ocho años, sin poder fijar si nació en Malta ó Medina; que llegó á París el 30 de Enero de 1785, se alojó en una posada del Palacio Real, y alquiló y amuebló una casa en la calle de San Claudio, junto al Baluarte, con fondos propios; que se preciaba de tener algunos conocimientos del magnetismo animal, y que hizo algunos experimentos con una señorita inocente que le presentaron; no explicó los gastos extraordinarios que hacía, sino citando el nombre de su banquero, el cual daría todo lo que le exigiese, lo que le sucedía al llegar á cualquier país; negó ser el Judío errante y tener la edad milenaria que se le atribuía; confesó ejercer gratuitamente la Medicina, y que sus recursos eran su secreto; que había recorrido toda Europa, viajando con los nombres de Conde Harat, Conde Fénix, Marqués de Hanna y Conde de Cagliostro; citó, para que diesen informes de su respetabilidad, las familias más ilustres de Europa, siendo las de España el Duque de Alba, su hijo el de Huéscar, el Conde de Peralada, el Duque de Medinaceli y el Conde de Ricla, pariente del embajador de España en París á la sazón, Conde de Aranda. Y no se pudo saber más de aquel hombre misterioso en las diligencias del proceso y su defensa. Se desprende, sin embargo, de su conducta que abusó de la buena fe del Cardenal.

⁂

Nuestro amigo el Dr. Thebusem ha publicado ya la segunda ración de artículos que enviamos á recoger á la casa de Fe antes de cerrar esta revista, pero cuando habían cerrado ya la librería. Quédese para el número siguiente la reseña del tomo segundo de la obra interesante de cuyo primer volumen dimos noticia hace dos años. En aquel tomo se prometía para el segundo la inserción de cuantos artículos el autor ha escrito referentes á Cervantes y al *Quijote*, y el Dr. Thebusem es demasiado formal para no cumplir lo prometido. El hueco que habíamos dejado para el libro lo llenaremos dando una noticia musical que leemos en la prensa extranjera, y dedicamos al Sr. Esperanza y Sola y á los aficionados á la ópera.

En el teatro de Monte-Carlo se ha estrenado el día 4, produciendo gran efecto, la ópera *Hulda*, letra de Ch. Grandmougin, y música de César Franck, muerto hace poco más de tres años, y conocido y estimado por sus obras sinfónicas. Si el éxito de *Hulda* ha sido tal como le refiere el crítico francés Julián Tiersot, y no se trata de un reclamo editorial, la ópera de Franck ha revelado un gran compositor dramático, y puede considerarse como una obra clásica que, teniendo tanta riqueza de armonía como las de Wagner, es sin embargo de un género muy diferente. Si el mérito de *Hulda* es tal como se dice, y se puede considerar el estreno en Monte-Carlo, teatro-salón sin galerías, como prueba definitiva ante el público compuesto de los dos elementos, el popular y el escogido, el arte universal está de enhorabuena; que en eso los músicos tienen una ventaja á los escritores: nadie los traduce.

⁂

Un amigo querido me decía á los postres del banquete de Balart:

—Voy á aludirle para que diga usted alguna cosa.

—No, por Dios—le contesté;—no hablo en público jamás; he venido á hacer un acto, y lo he hecho ya: comer con apetito.

—Eso lo hace cualquiera.....

—¿Cuando se festeja á otro del mismo oficio? Pues bien, he comido mucho y con satisfacción. Este apetito es un discurso.

Un zapatero amigo me decía:

—Eso de estrenar comedias debe ser muy molesto.

—Peor que estrenar botas.

—¿Cree usted verdadero el éxito de *Hulda*, la ópera del difunto maestro Franck, estrenada en Monte-Carlo?

—No lo sé: la crítica es benévola con los muertos. ¿Quién pierde tiempo en hablar mal de una obra, si no puede causar al autor una molestia?

—Sin embargo, ¿no podría suceder que hayan querido levantar un muerto en Monte-Carlo?

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

D. SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL: CATEDRÁTICO DE HISTOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.—(Véase el artículo del señor Mourelo en la pág. 146.)

⁂

BANQUETE MILITAR.

Celebróse el domingo 25 del pasado un gran banquete militar, en el que los jefes y oficiales de Infantería y Caballería obsequiaron á aquellos de sus compañeros que más se han distinguido en las escaramuzas de la breve campaña de Melilla.

El número de comensales era grandísimo, por lo que fué difícil hallar salón capaz de contenerlos. La comisión organizadora, presidida por el general Sánchez Gómez, eligió al fin el del Palacio de Bellas Artes, que en verdad es espaciosísimo, y que después de adornado y preparadas las mesas estaba hermoso sobre toda ponderación.

Comenzó el almuerzo, modesta y castizamente llamado refrigerio, con la marcha Real y vivas á España, al Rey y á la Reina, iniciados por el general Alaminos. Hubo en todo él gran orden, lo que admiró á muchos, pero no á nosotros, que no creemos que el ejército español pueda ni deba hacer cosa alguna desordenada. Así es que nos parece que por circunstancia tan natural, que no podía faltar, son excusadas las alabanzas. A los postres recibiéronse muchas cajas de cigarros, que mandaba el general en jefe del primer cuerpo de ejército, Sr. Bermúdez Reina, con un B. L. M. muy expresivo y que fué recibido con gran entusiasmo por los comensales.

Después de acabado el refrigerio, fué á Palacio á llevar á SS. MM. y AA. los ramos de la mesa de honor una comisión compuesta del general Ezpeleta, de los coroneles Baeza é Ibáñez, y de los tenientes Longoria y Olive.

Nuestros grabados de la pág. 144, hechos sobre apuntes del natural de nuestro colaborador Sr. Comba, permitirán al lector darse cuenta de dos aspectos de esta fiesta. En el primero vese el hermoso espectáculo de la sala preparada para el refrigerio. En el segundo la salida de los comensales, pintoresca por la variedad y gallardía de los uniformes y la animación del conjunto.

El notable fotógrafo Sr. Nieto sacó tres excelentes fotografías del banquete, las cuales ha tenido la atención de remitirnos, por lo que le damos las gracias.

⁂

D. FELIPE OVILO Y CANALES,

médico mayor de Sanidad Militar, director de la Escuela Española de Medicina de Tánger.

El Sr. Ovilo es natural de Segovia, donde nació en 1851. Vino á Madrid á estudiar Medicina, y fué practicante en los hospitales de San Juan de Dios y Provincial.

Terminada la carrera, ganó por oposición una plaza de médico de Sanidad Militar, pasando á Cuba, donde permaneció seis ó siete años, siendo herido en una de las acciones de guerra en que se halló.

Hace diez y seis años estuvo en Tánger como médico agregado á la Legación española, y hace ocho volvió á aquella ciudad á fundar la Escuela de Medicina.

El Sr. Ovilo es, además de médico, literato y periodista, habiendo escrito algunas piezas para el teatro. Ha tomado parte en los trabajos de muchos congresos científicos. Estuvo algún tiempo al frente del laboratorio de Histología é Histoquímica del hospital Militar. Es distinguido africanista, y habla el árabe vulgar. Tiene diversas cruces y grado de subinspector médico de segunda clase.

Publicamos su retrato en la pág. 145.

⁂

D. JOAQUÍN CORTÉS Y BAYONA,

médico mayor de Sanidad Militar, agregado á la Legación de España en Marruecos.

El Sr. Cortés y Bayona nació en la Coruña, en Diciembre de 1849. Estudió Medicina en el Colegio de San Carlos de Madrid, siendo discípulo del célebre clínico Muñoz, y ayudante del inolvidable Velasco. Acabó la carrera á los veintidós años (en 1871), é ingresó al poco tiempo en Sanidad Militar. Fué destinado al ejército de Cuba, en el que permaneció hasta la terminación de la campaña, distinguiéndose mucho por su celo y actividad. Organizó ambulancias y enfermerías, y prestó otros servicios que le valieron varias cruces y el empleo personal de médico mayor.

Volvió á la Península en 1876, y se le encomendó la asistencia de la Escuela de Tiro, á la par que la de la Fábrica de Armas y Colegio de Huérfanos. Muchos de los acogidos en este establecimiento, hoy oficiales, recuerdan con cariño los cuidados del Dr. Cortés. Al cabo de diez años fué trasladado al Hospital de Madrid, donde ha permanecido hasta 1891, dejando tan buena memoria como en los demás sitios en que sirvió.

Hace tres años que desempeña el cargo de médico agregado á la Legación de España en Marruecos, con destino especial en la residencia de la corte jerifiana, habiendo asistido en una ocasión al Sultán, y en varias á personajes muy importantes de su corte. Su acierto en el ejercicio de la Medicina, su tacto y su ameno trato, le han valido muchas y buenas amistades en Fez, siendo recibido con intimidad en muchas casas principales.

En la ocasión presente se ha distinguido por el acierto y buen deseo con que ha trabajado en el buen resultado de la embajada.

Publicamos su retrato en la misma página que el del Sr. Ovilo, vistiendo ambos el traje moro que han usado en su último viaje de Mazagán á Marruecos.

⁂

MARRUECOS.

Cofradías religiosas musulmanas.—Fortificaciones modernas.

La escena de nuestro segundo grabado de la pág. 145 es muy marroquí. Los individuos de una comunidad religiosa (de las muchas y muy poderosas que hay en el Imperio) viven, en gran parte, de la caridad de los fieles, y salen á la calle á pedir la limosna que nunca niegan los devotos.

Nuestro grabado de la pág. 156 es otra de las muchas novedades que el distinguido capitán de ingenieros señor Echagüe nos ha enviado de Marruecos, merced á su habilidad como fotógrafo. En él se ve que no todas las fortificaciones moriscas son tan antiguas como imaginamos, pues aunque la Alcazaba que los lectores pueden contemplar en dicha página no puede considerarse como construcción militar conforme á los últimos adelantos de la guerra moderna, ni mucho menos, tampoco es una despreciable antigualla, dado el país en que existe. Añadiremos que en Rabat y otras poblaciones de Marruecos se encuentran obras parecidas, todas ellas construídas por los naturales.

⁂

BELLAS ARTES.

En la puerta de una ermita, cuadro de D. Maximino Peña. *Lectura interesante*, cuadro de J. A. Benlliure.

El mejor elogio que podemos hacer de esta obra del señor Peña, que publicamos en nuestro grabado de la página 148, es recordar que el Jurado del Certamen Artístico de La Ilustración Española y Americana no la premió con segundo *accésit* por no encontrarse *En la puerta de una ermita* dentro de las condiciones del mismo certamen, pero que se creyó obligado á consignarlo así en el parecer que dió y á recomendarnos su adquisición.

Reune, en efecto, muy estimables cualidades, que una vez más acreditan el notable talento artístico del señor Peña. El teatro de la escena, es la ermita de Saldueno, en la provincia de Soria.

De una producción de J. A. Benlliure no hay que alabar la corrección y buen gusto, por ser estas cualidades suyas de todos sabidas. En el cuadro *Lectura interesante* (véase la pág. 149) se advierten á la primera mirada, con más una delicadeza y una elegancia poco vulgares, que le hacen singularmente digno de la admiración de los buenos aficionados.

Primer centenario del general Ricardos.—(Véase el artículo correspondiente en la pág. 150.)

⁂

MADRID:

Escenas principales de la aplaudida comedia de los Sres. Aza y Ramos Carrión titulada *Zaragüeta*.

Los Sres. Aza y Ramos Carrión han tenido la fortuna de añadir un nuevo triunfo escénico á los muchos que llevan conquistados. Su obra *Zaragüeta* ha sido una de las más aplaudidas de las que en el corriente año se han representado en Madrid.

Consideran todos los críticos la comedia *Zaragüeta* como una de las más primorosas. El enredo es sencillo, y está muy bien imaginado.

Carlitos, hijo de padres regularmente acomodados, vive en la corte gastando alegremente el dinero que aquéllos le envían para sus estudios, y alguno más. Viéndose en el duro trance de no pagar, por falta de recursos, al usurero Zaragüeta, pide dinero á su padre para ponerse en cura de una enfermedad que dice padecer. El padre le manda que vaya al pueblo, á donde marcha detrás de él el terrible Zaragüeta. Carlitos persuade á sus padres de que éste es un famoso médico de Madrid que hasta entonces le había asistido. Reciben aquéllos al usurero con mucha cortesía y cariño, agasajándole cuanto pueden, como á hombre de cuya ciencia esperan la curación del hijo querido. Éste cuenta sus desdichas á su prima Mariquita, y todo acaba en que los primos se casan y los padres pagan al usurero una gran suma, pero siempre creyéndole médico, y muy contentos por la curación del enfermo.

Hay situaciones sumamente cómicas, pero todas muy naturales y sin chistes de mal gusto, antes al contrario.

Nuestro grabado de la pág. 153 reproduce las principales escenas de *Zaragüeta*. En la primera Carlitos acaba por confesar á María que lo que necesita es comer, y que la causa de sus males es muy otra de la que suponen. En la segunda, los padres del protagonista reciben á Zaragüeta con cariñosas demostraciones, en atención á lo que de él esperan. La bajada de los dos viejos á la bodega en busca del vino mejor y más añejo para el médico, motiva también frases muy graciosas. No es menos divertida la última escena que se ve en nuestro grabado: el padre de Carlos le ha obligado á beber un buen vaso de leche, y como el travieso muchacho ha comido momentos antes unas truchas escabechadas, se siente acometido de dolores de cólico. El padre, en tanto, se bebe la leche sobrante, hallándola muy de su gusto y admirándose de la debilidad de estómago del muchacho.

También hallará el lector en el mismo grabado dos de los tipos más curiosos de la obra: Mariquita, la prima de Carlos, y el pobre pretendiente desairado por aquélla, muchacho más dado á devociones que á amoríos.

Como muestra del efecto que *Zaragüeta* causa, reproducimos también una parte de la sala. En este apunte del natural vese que todos los rostros están extremadamente risueños, y con lo que expresan hacen de la comedia la mejor alabanza posible.

G. Reparaz.

LOS TEATROS.

Luciano en el de la Comedia.—Trascendencia de la vida interior del teatro.

Antes de hablar por mi cuenta de esa obra que de tan fatales accidentes ha sido víctima en el teatro de la Comedia, quiero que resalte el pensamiento, el propósito valiente como nuevo del autor, casi ya al final del conflicto dramático y por boca del protagonista, en los más decisivos momentos de su lucha con la esposa que algunos han llamado imposible.

Julia insiste en recobrar su puesto al lado del atormentado esposo, y he aquí su razón suprema:

—«Puedo levantar la frente delante de ti, delante de todos, porque no he faltado á mis deberes, porque soy honrada.»

Y contesta Luciano, tan herido en sus más santos afectos:

—«¡Honrada! ¡Ah, sí, eres honrada: un hombre no se ha interpuesto entre nosotros! ¿Y qué? ¿Basta eso para la satisfacción de tu conciencia? ¿Eso es todo para la ventura de un hogar? El hogar manchado por la deshonra, con la muerte del deshonrador se purifica. ¡Pobre hogar el que se deshace con la pérdida de las esperanzas, de las ilusiones, y sigue en pie sin que nadie pueda destruirlo por completo!»

En esas palabras se encierra el pensamiento capital de la obra; la novedad del atrevido propósito del poeta.

Desde *El Médico de su honra* hasta *El Nudo gordiano*, el adulterio de la mujer ha sido siempre el temeroso fundamento de los conflictos del hogar doméstico en nuestro teatro.

Desde el *Antony* de Dumas (padre), han pasado más de medio siglo los dramaturgos franceses preocupados con ese terrible tema, mientras los sociólogos, moralistas y jurisconsultos andaban á vueltas con una cuestión derivada: la cuestión del divorcio.

En la agitada sociedad contemporánea, trascienden todos los días al público por medio de la prensa—ávida de transmitir emociones—las grandes catástrofes domésticas que en el adulterio tienen su único origen.

Las otras catástrofes, los otros conflictos, parecidos al del mísero *Luciano*, permanecen callados, no trascienden. Sin ruido y sin horror más que para los que sufren; sin sangre de ofensores ni crimen de ofendidos, verdugos y víctimas siguen matando y muriendo en el fondo sombrío de un hogar en que fieramente se derrama la sangre del espíritu; la sangre que no reclama al juez; la que no gotea entre la tinta en las columnas de la prensa; la que no excita á la ilustre dama á solicitar un asiento de preferencia ante el gran espectáculo del juicio oral y público.

Llevar al teatro el horror de esa sangre que no escandaliza, es una novedad: valentía meritoria ofrecer al espectador el problema que envuelven esos dramas íntimos, callados, en que sigue en pie la honra del esposo para que éste, sin el arma que la deshonra pondría en sus manos, continúe amarrado á una cadena que se forjó con la ilusión para el placer y la dicha, y se endurece con el desengaño para el dolor y el sufrimiento.

Esos dramas íntimos, sin escándalo, son más frecuentes que los otros—tantas veces llevados al teatro y discutidos por la crítica—y acaso merecen más fijar la atención y concentrar el interés del público.

La víctima puede ser el hombre, puede ser la mujer: en ocasiones lo son ambos. El *Luciano* de Joaquín Dicenta es *un caso*, no menos verosímil en la escena que verdadero en el mundo. ¿Que el carácter de Julia es repulsivo y extremadamente odioso? Si las monstruosidades de un carácter envolvieran la condenación de un drama, ¿cómo tendrían perenne vida en el teatro algunas obras maestras del ingenio? El teatro vive de eso; del contraste de los caracteres, como de la lucha de las pasiones.

He hablado de monstruosidades, y en el carácter de Julia no existen. Lo monstruoso es extraordinario, excepcional: y ordinariamente, con sobrada frecuencia, nos encontramos con mujeres parecidas á la mujer de Luciano, en cuyo carácter, si la naturaleza entra por algo, entran por mucho más los vicios de educación, las funestas preocupaciones sociales, el ambiente poco sano de la vida de relación en que la mujer ha llegado á esa edad crítica en que la belleza externa es un prestigio de ángel para atraer al hombre, y las malas pasiones, menos visibles, armas de demonio capaces de infernar la vida conyugal más noblemente soñada.

El carácter de Julia se ofrece al espectador sin preparación alguna, bruscamente, en sus primeras palabras, cruzadas con las de su ineducada madre, contra la pobre madre de Luciano, que va á llegar enferma á los brazos de su hijo. Esa ha sido la imprevisión de Dicenta; creer que bastaban las referencias de otros personajes como puerta de entrada de aquella antipática esposa que toca con mano tan dura todos los resortes que llevan al conflicto.

⁂

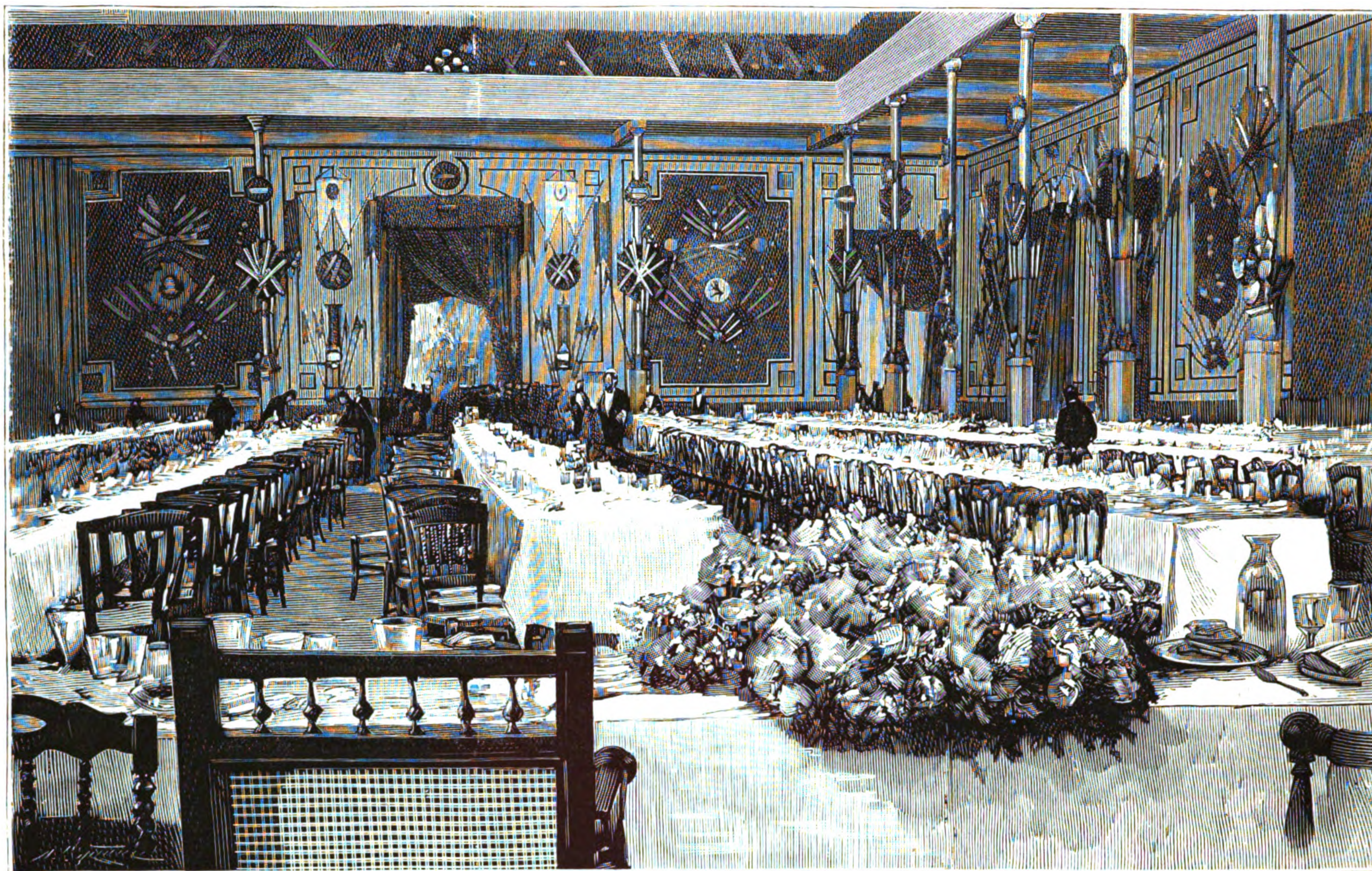
Esas obras grandemente atrevidas, en las que sólo pueden empeñarse y triunfar talentos superiores, como el de Joaquín Dicenta, necesitan mayor cuidado de preparación para el seguro y firme convencimiento del público, que es más reservado y resistente cuando más novedad y valentía le ofrece el poeta en el asunto de la obra.

Julia es el impulso fiero que provoca y produce el conflicto, á pesar de la actitud dulce, paciente, hasta persuasiva, con que trata de evitarle Luciano, abrazado á su amor filial, que le aconseja y le fortalece en la lucha.

Luciano—aunque tarde, por su mal—lo ha visto todo. Su error, al casarse con aquella mujer, está admirable y humanamente explicado en aquella hermosa y sentida confesión que hace á su paternal amigo del alma, D. Rafael, y que es la misma que podría brotar de los labios de tantos hombres que se equivocan al llevar al altar á la mujer cuyo espíritu han vestido con los celestes sueños de una juventud confiada y generosa.

Pero el público necesita también prepararse, darse cuenta de la equivocación de Luciano. Le sorprende, le hiere de sobra la aparición repentina del carácter durísimo de Julia. Nunca estaría más justificado el procedimiento de algunos modernos dramaturgos franceses, que emplean hasta dos actos para preparar una situación culminante y decisiva, ó para justificar las líneas salientes de un carácter que lleva por sí solo la acción á la catástrofe.

La presentación preliminar de Julia, ya casada, en el medio social en que ha crecido y se ha educado: con las miserables preocupaciones de aquel mundo vano, de aquella inaguantable *burguesía*; entre aquellos hombres insustanciales que halagan su orgullo y aquellas amigas insidiosas que no comprenden más arte que el del tocador, ni más



ASPECTO GENERAL DEL SALÓN.



LA SALIDA.

MADRID.—BANQUETE DE LAS ARMAS DE INFANTERÍA Y CABALLERIA.

(Del natural, por Comba.)



D. FELIPE OVILO Y CANALES,
MÉDICO MAYOR DE SANIDAD MILITAR,
director de la Escuela Española de Medicina de Tánger.



D. JOAQUÍN CORTÉS Y BAYONA,
MÉDICO MAYOR DE SANIDAD MILITAR,
agregado á la Legación de España en Marruecos.

MARRUECOS. — LAS COFRADÍAS RELIGIOSAS MUSULMANAS. — CUESTACIÓN EN LAS CALLES.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

artista que el que traza el figurín de la moda, ni más gloria que la que dan el dinero y el triunfo en los salones, hubiera influído vivamente en la convicción del espectador ante aquella fiera hermosa y elegante que hiere á Luciano en sus nobles sentimientos de hijo y de artista.

De ese modo, con ese procedimiento que Dumas y Sardou han creído necesario para el triunfo de algunos de sus atrevimientos dramáticos, la victoria de Dicenta se hubiera señalado ya desde el principio de la lucha. Con esa larga exposición, por decirlo así, preventiva, hubiera logrado además una cosa importante en todo cuadro teatral. Alguno ó algunos de los personajes episódicos, cómicos por naturaleza, pertenecientes al mundo vano y ridículo en que el carácter de Julia se ha formado, hubieran podido—arrancando sencilla y naturalmente de la exposición misma—contribuir al claro-obscuro de aquel cuadro demasiado sombrío.

Ese medio social, esos personajes ridículos, viejos amigos de la madre de Julia, ó íntimas y quizás envidiosas amigas de ésta, ofrecidos de realce, presentados satíricamente por el felicísimo ingenio de nuestro poeta; contribuyendo con su fatal influencia á explicar la rebelde actitud de la esposa de Luciano, servirían alguna vez, con su cómica intervención, de alegre tregua á aquel combate penoso, continuo y duro en que Luciano y su santa madre son inocentes víctimas.

Porque no alcanzan á suavizar las sombras del hogar y del estudio del escultor las breves frases alegres de los fieles criados, en el segundo acto, ni algún genial arranque del paternal compañero del artista en el primero, ni la triste luz que brota del alma noble y honrada de la pobre Angela, tan dispuesta al sacrificio en aras de la dicha conyugal de su compañero de la infancia.

Si con todas esas dificultades y asperezas—que ha podido y no ha querido vencer el autor—éste ha logrado el triunfo, puede calcularse con cuánto ingenio y con qué fuerza de recursos de verdadero autor dramático habrá llevado á los espectadores hasta el fin de un conflicto tan valerosamente imaginado.

Dicenta goza en crearse peligros para vencerlos; y vence hasta cuando hace demasiado humano en sus pasiones al protagonista, que se rebela contra todas las leyes y, sacudiendo la cadena de esclavo que le forja el terrible error de su primer ensueño, no acepta el martirio de la desilusión en la soledad ó en los brazos de su madre enferma, y busca la realización de la vida soñada en los brazos de otra mujer, joven y hermosa, que le comprende y le admira.

Quizás es la más bellamente concebida aquella escena peligrosa del taller, en que el artista, trabajando ante su modelo, dando los últimos toques al busto en que ha logrado que se transparente el noble espíritu de Angela, renueva con ésta inocentes recuerdos de la niñez, la ofrece el tristísimo y doloroso cuadro de su vida conyugal desengañada, y al fin, en un arranque supremo de pasión, la descubre el secreto de la única esperanza que en su desolación acaricia. El artista se arroja á reclamar en Angela la realidad de un ideal perdido. Pero Angela, sacrificando sus propios sentimientos, contiene el arrojo de Luciano hablándole del deber, de su propia honra, de las leyes que á ambos obligan, y la hermosa despedida con lágrimas de aquellos dos seres que tan tarde se encuentran y se comprenden para el amor, prepara admirablemente aquella otra escena del último acto en que Angela consuma el sacrificio respondiendo á las santas palabras de la madre de Luciano, que se olvida de sus dolores físicos para acudir á la salvación moral del hijo de su alma.

Larga tarea sería enumerar los hermosos rasgos que demuestran el vigor del ingenio dramático de Dicenta, que en el final del segundo acto, en el cuadro en que ofrece al protagonista abrazado á su madre, desafiando las injustas iras de los fieros enemigos de su felicidad, como en el cuadro sombrío y terrible de la catástrofe provocada por Julia, ha llegado á un triunfo que, por caminos tan peligrosos, sólo conquistan los que cuentan con todas las armas de buen temple que exigen las difíciles luchas del teatro.

En cuanto á la forma literaria de *Luciano*, si las proporciones á que debo limitar mi tarea me lo permitiesen, yo reproduciría aquí, para segura satisfacción de los lectores, algunas de las innumerables grandezas de pensamiento, hermosuras de imagen y filigranas de estilo de que está sembrado el diálogo del drama, sobre todo en la dolorosa confesión de Luciano á que antes me he referido; en la explicación de aquel proyecto de obra, de aquella herida figura yacente que representa en el taller todas las angustias del artista; en las escenas de lucha de éste con la fiera esposa; en las tiernas escenas del hijo con su atribulada madre.

Al triunfo del poeta ha contribuído la admirable, la calurosamente aplaudida labor artística de Thuillier, que ha hecho del protagonista de la obra una verdadera creación que revela por sí sola el porvenir glorioso del joven artista.

De los demás principales intérpretes de la obra, Cirera ha representado, con la dignidad y delicadeza que exigía, la noble y sobria figura de D. Rafael; y la señora Tovar poco tenía que esforzarse para interesar en su simpático papel de Angela. El de la pobre D.ª Dolores—que es, por su destino, quizás el más grande—no está dentro de las condiciones de artista de la inteligente y estudiosa Sofía. García Ortega hizo cuanto podía pedírsele en aquel no bien definido Tenorio á la moderna, arriscado defensor de los desafueros de su impenitente prima; y. . . . .

Y ¿qué voy á decir de la figura de Julia, abandonada por la dirección escénica en el reparto, cuando, por las mismas dificultades que entraña el carácter y por los peligros que ofrece dentro del conflicto que provoca, debió ser derecha é incondicionalmente encomendado al estudio de la primera actriz del teatro?.....

***

La vida interior del teatro no es, no puede ser inviolable para la crítica, por la viva y penetrante trascendencia que tiene para el público, sobre todo en noches de temerosos estrenos como el de *Luciano*, en que el avisado y experto espectador, si no sabe por referencias, adivina por instinto historias, preocupaciones, rebeldías y condescendencias de más allá del telón que afectan á la vida de una obra, y todavía más si la primera actriz luce como mujer en un palco platea cuando debe estar brillando como artista en el palco escénico.

Dumas (padre), en sus largas referencias á la Pasca; Houssaye, en su precioso libro *La Comédienne*; Edmundo Goncourt, en su novela *La Faustin*; cuantos han hecho largos estudios, breves juicios y aun ligeras referencias acerca de grandes actrices, como la Lecouvreur, la Mars, la Rachel, la Bernhardt, han llegado á veces, sin derecho sancionable, al sagrado mismo de su vida íntima, para darse cuenta de vicios ó virtudes, debilidades ó grandezas de su artística vida pública.

Casi todas esas figuras eminentes del teatro extranjero, como muchas del nuestro, resultan siempre con la religión del amor al arte por el arte, sacrificando muchas veces sus propios afectos al esplendor del escenario en que brillan y por el que viven. En nuestro antiguo teatro del Príncipe brillaron juntos, como hijos predilectos de la Musa, dos grandes artistas que se olvidaban allí de sus disensiones conyugales y encantaban al público como dama y galán enamorados cuando el poeta, en sus ficciones, les decía: «Amaos en el arte y para el arte.»

Yo sé todo, absolutamente todo lo que le ha pasado á la simpática María Guerrero, mucho, muchísimo antes de llegar á ella el *Luciano* de Joaquín Dicenta, antes ya de que la levantasen al trono del teatro de la Comedia con todo el haber y todas las prerrogativas que una primera actriz, casi improvisada, podía haber soñado.

Pues bien; María Guerrero hubiera ganado en simpatía para el público y en estimación para los autores, olvidando lo que á tantas actrices ha pasado en las luchas interiores y exteriores del teatro, y dando una prueba noble y generosa de que es sincero su amor al arte y vivo su celo por el esplendor de aquel escenario en que todos han contribuído al aumento de sus glorias.

¿Cómo dar esa prueba? No haciendo antes de tiempo y fuera de la escena el papel de *rencorosa*; eligiendo un papel en *Luciano*; el de Julia, el más difícil, el de más compromiso, el de más peligros para la obra y, por tanto, el que debió defender con su talento y con la autoridad que la ha concedido el público la actriz á quien ya su alto título de *primera* obliga á ser la primera también en la defensa de intereses sagrados que autores y empresa la confían.

De ese modo, preocupada con el estudio serio, no hubiera podido preocuparse con la mala tentación de aparecer como espectadora bella y elegante en el estreno de una obra rechazada por ella con enojo, exponiéndose á presenciar el espectáculo de la desgracia de una incipiente compañera mientras una parte del público volvía los ojos al palco platea y hacía comentarios que á María Guerrero no le hubieran parecido plato de su gusto.

¿Y D. Emilio Mario? ¿Qué ha sido de aquellos poderes de dictador—provechosos para el arte—con que sujetaba á una sabia ley común á todos los artistas de su compañía? ¿Qué privilegios son esos de María en tiempo tan breve, que no alcanzaron primeras actrices de muchos años?

Para el famoso y estimado director de la Comedia la lección resulta tan dura como grande la responsabilidad. Conceda Mario á sus actrices aumentos en la nómina; vista sus cuartos de tocador con lunas de Venecia y brocado de la China; pero no les dé derechos que tan gravemente pueden afectar á los de los autores que le honran con sus obras, á los del público que tanto le favorece, y á la vida del arte mismo que le ha dado cuanto es, cuanto tiene y cuanto vale.

EDUARDO BUSTILLO.

6 de Marzo de 1894.

EL DOCTOR CAJAL.

UNCA fué mayor mi gusto al poner la pluma sobre el papel, que en el momento presente, para trazar la silueta científica de uno de aquellos pocos que, siguiendo la tradición de la ciencia española, tantas veces interrumpida y rota, enlazan lo antiguo á lo nuevo y demuestran que, aun siendo tan poco apropiado el medio á su desarrollo, son aquí posibles la investigación científica experimental, el mismo invento y el descubrimiento de cosas nuevas de grandísima importancia; que por inventor y descubridor es el ilustre profesor de la Facultad de Medicina el encargado este año de la *Croonian Lecture* en la Sociedad Real de Londres, y por inventor y descubridor recíbelo la famosa Universidad de Cambridge doctor en Ciencias, *honoris causa*, con todo aquel ceremonial que en Salamanca, Alcalá y Compostela se estilaba, en los más famosos días de la verdadera Universidad española. Honores tan altos no se adquieren sin grandes merecimientos; resérvanse sólo para los sabios de gran nombradía, y se guardan para ser tributados á los que por su originalidad se distinguen, á los que tienen su reputación hecha y hanles dado sus investigaciones merecida fama.

Apenas podría dar hoy expresión justa á mis pensamientos y á mis emociones, porque, amigo de Santiago Ramón Cajal, no sólo conozco sus admirables trabajos, su cultura científica, su genio experimentador, sino que al mismo tiempo he podido apreciar en él otras dos cualidades, no menos dignas de estima: el más acendrado patriotismo y el sentimiento de la abnegación más grande y del sacrificio de todo en aras de la inmortal desposada de la inteligencia, que se llama la verdad. En Cajal, el sabio vale mucho; su renombre extiéndese por Europa, y si sus estudios acerca de *la retina de los vertebrados* tienen en Bélgica gran resonancia y allí se publican, su *Nuevo concepto de la histología de los centros nerviosos* es traducido al alemán y dos veces al francés, y los descubrimientos del cerebelo, el cerebro, la médula y los nervios olfatorios, ven la luz pública en las más acreditadas Revistas profesionales de Alemania, Inglaterra y Francia; su nombre en la misma Sociedad Real de Londres es pronunciado con respeto, y de todas partes solicitan, con grandes encarecimientos, el honor de publicar estudios y experimentos de Cajal; que todos quieren poseer las primicias de sus investigaciones, siempre interesantes y trascendentales. Mucho vale el sabio; pero, á cuantos le conocemos, á los que somos sus amigos, nos parece todavía mejor el hombre, y de mí sé decir que por muy pocos siento tanta admiración, que á casi ninguno venero tanto como á éste, en quien parece haber encarnado aquel espíritu científico que sólo poseyeron los más grandes hombres, ya que para él la vida es la ciencia, y á ella todo lo sacrifica y pospone: vive para el trabajo paciente y minucioso del observador, compartiéndolo con los cuidados de numerosa familia, y su hogar es un santo hogar, donde se rinde culto á la verdad, donde la ciencia ocupa el primer puesto, y á cultivarla mueve á mi amigo un gran patriotismo; que mucho es menester para pasar inadvertido años tras años, trabajando sin descanso, realizando verdaderos prodigios experimentales en una humilde cátedra de provincia, ganando apenas para cubrir las más apremiantes necesidades de la vida, sin que nadie sepa la existencia de aquel sabio, ni tenga noticia de sus descubrimientos, y resistir las solicitudes, los llamamientos, los verdaderos empeños de verlo en otro medio. Sólo salió Cajal de España precisamente cuando era menester dar en Alemania un testimonio de patriotismo, y demostrar que, aunque en más humilde esfera que allí, también en esta tierra hay experimentadores que hacen descubrimientos.

Hállase Santiago Ramón Cajal en la plenitud de la vida y de la actividad, pasada aquella primera juventud en la cual no pocas veces el ardor de la pasión se sobrepone á la serenidad del juicio; tiene de Aragón, de donde es oriundo, el carácter entero y tenaz que es tan necesario en las ciencias experimentales para vencer obstáculos y no arredrarse ante los malos éxitos de las primeras tentativas. Dominado por una idea, persiguiendo á la continua un altísimo fin científico, no reparando en los inconvenientes que para alcanzarlo han de presentarse, nacidos unos de la desigual cultura del medio ambiente, producto otros de las mismas dificultades de la experimentación, sigue aquel camino glorioso por donde han ido los que más lejos llegaron; que las conclusiones de sus magníficos trabajos parecen hacernos tocar algo como las relaciones entre las facultades psíquicas y las metamorfosis que al ejecutarse éstas experimentan los más delicados filamentos nerviosos, y ya se entrevé, profundizando un poco, aquel descubrimiento de Cajal relativo á la terminación de las fibras nerviosas sensitivas, el esbozo de una doctrina anatómica de la inteligencia; que á tanto trascienden y tan altas van las observaciones y descubrimientos de nuestro famoso histólogo.

Hijo de padres aragoneses, nació Cajal el año de 1852, en el pueblo de Petilla de Aragón, de la provincia de Navarra,

donde su padre, que es médico, ejercía la profesión; crióse en Ayerbe y Huesca, en cuyo Instituto estudió el bachillerato, y luego la carrera de Medicina en la Universidad de Zaragoza. Allí sus entusiasmos por los estudios anatómicos lleváronle á obtener, mediante oposiciones, siendo estudiante, el cargo de ayudante de disección, y apenas terminada la carrera, el de director del Museo Anatómico. Por oposición también, ingresó en 1873 en el cuerpo de Sanidad Militar, y en él permaneció dos años, habiendo hecho las campañas del Norte y Cuba, habiendo regresado gravemente enfermo; mas su dolencia, que duró años, no le impidió volver de nuevo á sus estudios favoritos de anatomía é histología. Comenzó en 1880 la publicación de sus trabajos originales, cuyo número alcanza á *setenta*, no incluyendo en esta cifra su obra de *Histología Normal*, ni su libro de *Anatomía Patológica y Microbiología*. En otras oposiciones, que hizo en 1882, fué por unanimidad elegido catedrático de Anatomía de la Universidad de Valencia; trasladóse luego á la de Barcelona, y en 1892, después de brillantísimos ejercicios de oposición, vino á ocupar, también por voto unánime del tribunal, la vacante que en la Universidad Central había dejado la muerte de mi buen amigo D. Aureliano Maestre de San Juan. Las monografías de que Cajal es autor dibujante y traductor. publicáronse sobre todo en Alemania y Bélgica, y versan las más importantes acerca de la inflamación, el microbio del cólera, la estructura de la epidermis, la textura del tejido muscular, y muy particularmente tratan las mejores de la constitución de los centros nerviosos, cuyo asunto llévale ocupado nada menos que seis años de no interrumpidas y porfiadas investigaciones; y son éstas de tan fina calidad, que los descubrimientos de Cajal y las ideas que ha emitido respecto de la estructura de la médula espinal, el cerebelo, la retina, el cerebro, el bulbo olfatorio, el gran simpático, confirmadas están en todas sus partes por sabios de tanta nombradía como Kölliker, His Retzuis, Waldeyer, Edinger, van Lenhossek, van Gehuchten y otros.

Data de 1889 el renombre adquirido por Cajal en el extranjero, y fué de manera bien curiosa por cierto. Celebrábase en Berlín un Congreso de anatómicos; nuestro histólogo publicara ya descubrimientos tan singulares acerca del cerebelo y la médula espinal, que cambiaban fundamentalmente las ideas que en la ciencia estaban recibidas respecto de la estructura de los centros nerviosos; mas no tuvo crédito alguno por su cualidad de español. Fué necesario que aquellos sabios examinaran por sí mismos las preparaciones de Cajal, para que, asombrados de los decubrimientos, se persuadieran de la realidad y de la importancia de ellos, convirtiéndose desde entonces los alemanes en los más decididos partidarios de las ideas del insigne catedrático y en los vulgarizadores y propagadores de su técnica anatómica.

Es asombroso cómo ha llegado á tanto: con un patriotismo á toda prueba, creóse un laboratorio y una biblioteca, y sin otros recursos que su sueldo de catedrático, sacrificó la tercera parte al fomento de sus trabajos los *catorce años* que lleva de investigaciones; porque Cajal es de los que piensan que el renacimiento intelectual de España, no de los Gobiernos, sino de nosotros mismos, debemos esperarlo. Cuando aquí haya sabios, los Gobiernos pensarán en conservarlos, dándoles facilidades para sus descubrimientos. Opinando de esta suerte, se comprende cómo el amor y la verdadera pasión que Cajal tiene para la investigación científica, hayan nacido del bochorno que le causaba ver que en los libros que estudiaba no había nombres españoles.

Otro mérito, el más grande que como hombre de ciencia posee Cajal, es el haber sido su propio maestro: nadie le ha enseñado, de nadie es discípulo, él se lo ha hecho todo. Y lo que parece un mal, ha redundado en beneficio suyo, porque hállase dotado de una independencia de criterio que no es frecuente aun en los espíritus mejor equilibrados, cuando se han educado en escuela determinada : no teniendo, pues, consideraciones personales que guardar, su crítica disipó muchos errores profesados por muy renombrados sabios acerca de la estructura de los centros, y fuéle dado, libre de prejuicios, sentar las bases de la doctrina de las relaciones de las células nerviosas por contactos, y del verdadero mecanismo de transmisión de las corrientes nerviosas á través de los centros. Del valor de tales descubrimientos atestiguan los más famosos histólogos y anatómicos extranjeros, que tienen á Cajal como investigador de gran mérito, dotado de maravillosa sagacidad; y aun los mismos que por entero no aceptan sus hipótesis, las declaran geniales, ingeniosas y dignas de ser seriamente meditadas y estudiadas.

Por el testimonio de los que en el Instituto de Huesca y en la Universidad de Zaragoza fueron sus condiscípulos, tiénense noticias, algunas ya publicadas en los periódicos, de las aficiones literarias y artísticas de Cajal, y sábese cómo apenas entrado en la juventud componía muy románticos versos y hacía muy curiosos dibujos. Ni fué su talento de los precoces, que suelen malograrse en agraz, ni sus facultades intelectuales, intensas y verdaderamente equilibradas, pudieron desenvolverse de repente, sin el auxilio de una cultura científica verdaderamente superior y muy sólida, mejor formada que en los libros, en la propia y atenta observación de la naturaleza. No ha caminado á saltos, ni ha procedido por meras intuiciones, sino que allá en su espíritu van elaborándose poco á poco los procedimientos experimentales, trabajándose los datos que la observación ha suministrado, y aquilatándose el valor de los resultados que el microscopio, con rara habilidad manejado, es capaz de proporcionar como cosa cierta y muy segura.

Sus métodos originalísimos, en los cuales es tan práctico y habilidoso, que parecen las preparaciones de Cajal no tocadas por manos, según son finas y delicadas, originanse en una serie de razonamientos, sumamente lógicos, en los cuales retrátase el sabio, y vense al mismo tiempo su sentido y opiniones respecto del método experimental y sus consecuencias. Departiendo no ha mucho sobre el particular, decíame que la manera de descubrir algo nuevo era reconocer los límites de determinados procedimientos, aplicados á un orden de cosas; porque es muy difícil, quizá imposible, que cuanto queremos saber se alcance siguiendo un solo y único camino, y de aquí que, reconocida la ineficacia de un procedimiento experimental, sea menester inventar otro nuevo, dirigido al mismo fin, si en el conocimiento de las cosas ha de penetrarse más hondo. Obedeciendo á tal idea es como ha inventado métodos muy suyos, en especial para colorir determinadas preparaciones microscópicas, en los casos y problemas en los cuales son del todo ineficaces hasta los procedimientos del profesor Golgi, que Cajal ha seguido en sus primeros trabajos. De la eficacia del sistema y de las inducciones á que puede prestarse, son testimonio muchos de los descubrimientos realizados, muy singularmente aquellos relativos á las células que se conocen con el nombre de Cajal, y á la estructura de *El asta de Amón*, publicado este último en los *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural* el año pasado. Y las opiniones de mi sabio amigo, en este punto concreto de la experimentación, parecen adquirir nueva fuerza cuando se le oye decir cómo el error y poca seguridad de muchos estudios acerca del cerebro nacen precisamente de haberlos dirigido hacia el cerebro humano, que es el más complicado y difícil. Cajal, estudiando cerebros de diversos vertebrados, encontró algunos que de modo más sencillo reproducían la constitución esencial del cerebro del hombre, y así pudo hacer sus mejores trabajos, estudiar y dar á conocer estructuras no sospechadas y por él descubiertas, fibras terminales cuyo funcionalismo ha sorprendido, células que ha sabido á qué necesidades, no sólo orgánicas, sino intelectuales, podían responder y referirse, engrandeciendo así, por su propio é individual esfuerzo, el conocimiento del órgano más directamente relacionado con los sublimes actos del entendimiento y la voluntad. Y como si estos estudios de lo más pequeño y este conocimiento de las terminaciones de las fibras sensitivas y su enlace con las motoras, no por contacto inmediato, sino en virtud de una particular inducción, necesitaran elevarse á consecuencias de orden trascendental, afírmase hoy, por los descubrimientos y experimentos de Cajal, que no depende el desarrollo intelectual del mayor número de células, porque todos los cerebros tienen el mismo y no se reproducen, sino de la evolución de estas mismas células: consecuencia de la mayor importancia, que ha de llegar á modificar de manera decisiva los principios y las ideas fundamentales de la nueva psico-física, dándole mayor desenvolvimiento.

Aparte de esto que pudiera llamarse, con cierta propiedad, trabajo individual, tienen los estudios del eminente histólogo otra tendencia generosísima y muy impersonal: trabaja con desinterés que raya en lo sublime, porque llega verdaderamente al sacrificio. En primer término, aunque sea muy triste consignarlo de esta manera, trabaja aislado, en un medio científico reducidísimo, y trabaja con el sólo afán de engrandecer la cultura patria, formando una *Escuela española de Histología*, en lo cual pone todo su empeño y á ello consagra los esfuerzos de su poderosa inteligencia. En cuanto á los resultados de ello, justo es decir que van siendo satisfactorios, y aparte de un hermano de Cajal, cuyo nombre más de una vez se ha citado en muy acreditadas sociedades y revistas extranjeras, cuenta ya nuestro ilustre profesor discípulos como los Sres. Sala y Calleja, el primero de los cuales ha hecho estudios importantes, bastante celebrados en Francia y Alemania. Y es de ver el verdadero entusiasmo, el cariño con que habla Cajal de estos sus alumnos, y cómo estimula en ellos el deseo de saber, guiándolos cuanto puede y participando de los trabajos á que se consagran. Lo simpático de la tarea y el significado de esta parte de su obra, no hay para qué encarecerlos; de mí sé decir que tengo absoluta seguridad de que Cajal es de los sabios que hacen escuela; que gracias á su poderoso impulso, á su amor á la ciencia y á su patriotismo, la Histología ha de ir enriqueciéndose con trabajos y descubrimientos que llevarán nombres españoles y en nuestra patria han de realizarse en breve tiempo.

El más alto premio de tanto esfuerzo, la consagración de su fama, va á tenerlos Cajal en Londres y en Cambridge, en aquella Sociedad que presidió Newton y es la guardadora de todas las tradiciones científicas de la Gran Bretaña, en aquella misma sociedad que premió los méritos de Mendoza de los Ríos con una medalla de oro, en aquella sociedad por donde pasaron Darwin y Faraday, Tyndall y Davy, y que encarga todos los años la *Croonian Lecture* á uno de los sabios más geniales y esclarecidos de Europa. Cuando pienso en la solemnísima entrada de mi amigo en la Universidad de Cambridge, casi sin quererlo acude á mi memoria la entrada del matemático Pedro Sánchez Ciruelo, que de Salamanca y Alcalá iba á enseñar á la Sorbona, y al cual su ciencia valióle ser elegido rector de la Universidad de Francia, y entonces paréceme ver como un glorioso renacimiento de la ciencia española, consagrada por todo el mundo y respetada y considerada, según lo fué en épocas anteriores Todavía es tiempo de regenerarnos, y el ejemplo de Santiago Ramón Cajal, con su esfuerzo personal y sus descubrimientos, es prueba de lo que valen la inteligencia y el trabajo puestos al servicio de la investigación pura y desinteresada de la verdad.

Apenas he hablado del hombre, entretenido en hablar del sabio. Cuantos tenemos la honra de llamarnos sus amigos, sabemos hasta qué punto en el sacrificio de todo género llegan su abnegación, virtud que en alto grado posee, y el cariño por los suyos, y es espectáculo conmovedor verle rodeado de sus seis hijos, muy pequeños todavía, y acostumbrados desde que empiezan á balbucir las primeras palabras á grandísimo respeto hacia los trabajos de su padre, en los cuales aquellos pequeñuelos parecen interesados, según la atención que ponen en seguirlos.

En torno de Cajal, en su hogar, en su cátedra y en su laboratorio, sólo se nota esta especie de atmósfera científica, este santo amor al trabajo, este desinterés en la investigación de la verdad, del cual nacen los más puros afectos, porque unen á los hombres con lazos de hermanos en una sacrosanta idea, la más grande, la más sublime que pueda imaginarse: el culto de la verdad por la verdad misma.

José Rodríguez Mourelo.

CUARESMA.

Las sardinas andan estos días muy *escamadas*. La escasa animación del Carnaval no ha sido *ápice*—como dice un senador á quien yo trato—para que hayan dejado de comprender que aquellos chocarreros disfraces exhibidos en el Canal eran los precursores de la Saint-Barthelemy anual que de generación en generación vienen decretando contra su especie los cumplidores del precepto religioso.

Los *bacalados*—como dice el mismo senador del *ápice*—han echado sus barbas *en remojo* al ver pelar las de su vecino, y hasta las mismas merluzas han abierto tanto ojo y han puesto el grito en el cielo, al mismo tiempo que los maragatos ponían el precio de este pescado por las nubes.

El aristocrático salmón espera pacientemente la llegada de un capitalista que se decida á arruinarse adquiriendo medio kilo, y los empleados de poco sueldo, que ven esa pasiva resistencia de los comestibles y oyen hablar de nuevos descuentos, se retraen de comer, y hasta hay algunos que piensan retraerse de votar, ya que estos son los dos únicos derechos que pueden ejercitar libremente.

Es, pues, de presumir que esta Cuaresma se observará fielmente el precepto; la carne se hace de día en día más inaccesible para los madrileños, y muchas familias la comen ya únicamente en forma de extracto y por prescripción facultativa.

Como decía un sujeto recién *economizado:*

—¡Donde están unas buenas sopas de ajo, que se retiren todas las carnes! En casa las hemos tomado tal aversión, que hasta mi mujer ha perdido las suyas!

Caminamos á pasos agigantados hacia el perfeccionamiento humano, y la adopción de un régimen alimenticio puramente vegetal empieza á imponerse.

Y dentro de pocos años, muy pocos, no causará la menor extrañeza ver en la lista de Fornos que ahora, á modo de charada, publican á diario algunos periódicos, los platos siguientes:

«Filetes de calabaza en su propio jugo.»
«Criadillas de tierra *cotta*.»
«Lechugas á la inglesa.»
«Piñones salteados.»

Y como plato del día:

«Caras-coles.»

Esta decadencia del arte culinario traerá como compensación un cambio radical de las costumbres. Los hombres se espiritualizarán poco á poco; los ataques de apoplejía serán menos frecuentes; el comer dejará de ser un vicio y quedará reducido á lo que debe ser, una necesidad; y los funcionarios del Estado, de Director para arriba, cobrarán lo estrictamente indispensable para vivir, cediendo el resto del sueldo en beneficio del Tesoro público, que para entonces estará tan apurado como ahora, si es que no lo está más.

También para entonces habrán ya aprendido las mujeres el arte de pasarse sin modista, y los yernos el de pasarse sin acta.

La lucha por la existencia, que ahora causa tantas víctimas, quedará reducida á un simple simulacro; se practicará la esgrima del sable sin asechanzas ni premeditación, y no llegará la sangre al río, ni pasará *el golpe* de una peseta.

Los animales, interesados en el mantenimiento de una ley que tanto les interesa, nombrarán una comisión compuesta de un individuo de cada especie, que se encargará de denunciar las transgresiones que cometan los *carnívoros*, y exigirá que éstos sean sometidos á la pena del talión. Los vocales de la comisión citada no disfrutarán *dietas*, ¡eso se queda para los seres racionales! pero gozarán de un pienso extraordinario.

Para cuando esto llegue, bueno es estar preparado y con el cuerpo y el estómago dispuestos al sacrificio.

Despidámonos del lomo como de un cariñoso amigo á quien hubiesen destinado á Filipinas, y al cual por sus achaques no esperásemos volver á ver.

Demos un sentido adiós á la carne de los *entrecottes*, próxima á divorciarse de sus *tiernas* patatas, y pongámonos bien con estas últimas rogándolas que *no se vendan tan caras*, puesto que de ellas depende la existencia de tantas familias.

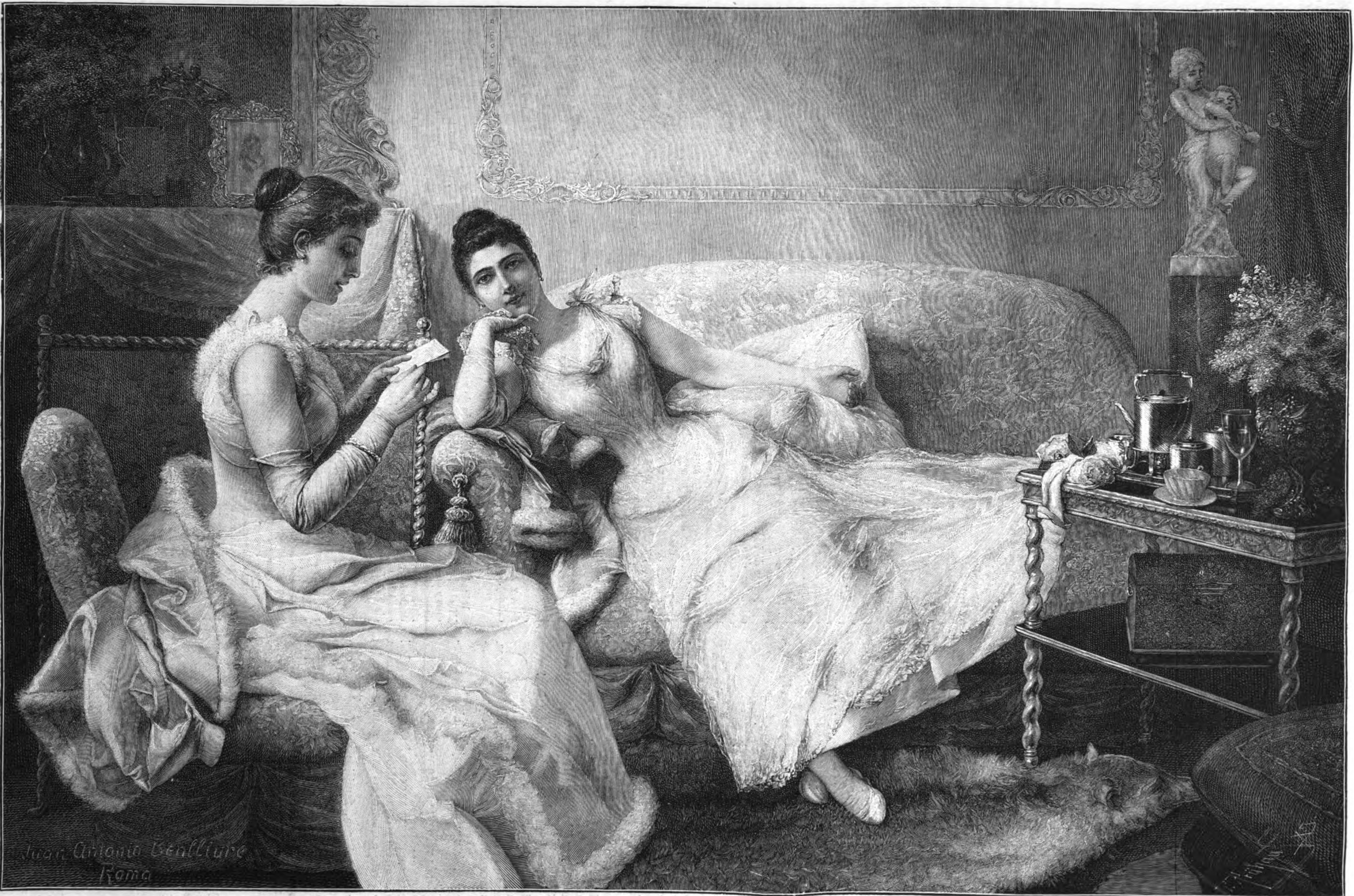
¡Lloremos la fuga del tierno gazapo que antes ornaba nuestros campos y nuestras paellas, y contemplemos con el alma dolorida el rápido vuelo del último bando de perdices, á las que ya no podremos echar nunca encima la vista ni el tenedor!

¡Y tú, democrático escabeche de bonito, tan accesible antes á todas las fortunas y tan al alcance de todas las inteligencias culinarias; tú, que si eras



EN LA PUERTA DE UNA ERMITA.

CUADRO DE D. MAXIMINO PEÑA.



LECTURA INTERESANTE.

CUADRO DE J. A. BENLLIURE.

bueno para frito, llegabas á ser excelentísimo con el solo aderezo de tu salsa y algún que otro tropezón de pimiento y tomate crudos!..... ¡Tú, tú, á quien el rigor del verano y el roce con otros pescados jamás corrompió, ni consentiste jamás en figurar con afrancesado nombre en esos excéntricos *menus* que á duras penas se digieren y á duras penas se pagan!..... ¡Adiós! ¡Ya no podremos recurrir á ti en las venideras vigilias, porque en lo sucesivo será vigilia todo el año, y tus pretensiones subirán de punto, y pronto figurarás con la langosta, las ostras, el salmón y tantos otros apetitosos manjares, en la vitrina de alguna futura exposición de alimentos retrospectivos! ¡Adiós, escabeche de bonito!..... ¡Bonito porvenir!

***

Estamos en Cuaresma; el olor de potaje de garbanzos y espinacas se percibe en todas las casas de Madrid tan pronto como se traspasa el umbral de la puerta de la calle, y á medida que se sube la escalera para *oler donde guisan*, se notan más distintamente las diversas emanaciones jerárquicas de los diferentes pisos de la casa. Al pasar por el principal se aspira cierto tufillo que denuncia están friendo merluza..... no muy fresca. En el segundo se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que se está guisando bacalao á la vizcaína. Al llegar al tercero sólo se percibe el aroma del potaje, y esto hace presumir que el segundo plato lo constituirá una lata de sardinas. En el cuarto..... en el cuarto no se guisa nada. A través de la puerta se oye la algarabía que producen varios chiquillos; parece que se hallan contentos, y esto revela que no tienen hambre: sin duda roen un pedazo de pan, y aspiran al comerlo las *superiores* emanaciones que suben de los pisos *inferiores*.

....

***

—Ha empezado la Cuaresma—suelen exclamar las mujeres, dirigiendo inocentemente esta intimación á sus maridos.

—¿Y qué?—suelen contestar éstos.

—Que no podemos comer carne.

—Eso mismo decías en Carnaval.

—Y tú lo tomabas á broma.

—Naturalmente.

—Pues haz el favor de decir lo que vamos mañana á comer.

—Comeremos pescado.

—Arrímate á comprarlo y verás.

—¿Está podrido?

—Está caro.

—Entonces no me arrimo.

—Queda el recurso del potaje.....

—¡Hum!.....

—¡Ya empiezas á hacer gestos! Para detrás había pensado en una tortilla.

—¡Nos resignaremos al potaje y la tortilla!

—¡Sí, bonitos están los huevos!

—¿Son pequeños?

—Sí, pero en cambio son caros y no están frescos.

—Pues nos conformaremos con el potaje solamente.

—Veremos á ver si han bajado algo los garbanzos.....

—Mira, más vale que no lo veamos.

—Entonces.....

—¡Procuraremos pasarnos con las espinacas solas!

Estas hortalizas y estos diálogos constituyen en la mayor parte de las casas la *comidilla* de estos días.

Hay, sin embargo, familias privilegiadas que se permiten el lujo de añadir, como suplemento al clásico potaje y como protesta contra todo orden de ideas económicas y sociales, un pedacito imperceptible de carne.....

¡De carne de membrillo!

ANGEL DEL PALACIO.

EL GENERAL RICARDOS
Y LA GUERRA DEL ROSELLÓN.



El último esfuerzo glorioso y digno de memoria que España ha hecho fuera de sus fronteras fué la guerra del Rosellón mientras la dirigió el general Ricardos. De esto hace un siglo, y sería gran injusticia no celebrar tal fecha y honrar la memoria del general animoso y entendido que mostró quedar aún en nuestra pobre patria aquel valor y aquel conocimiento del arte de regir ejércitos que tanta reputación dieron á los españoles del siglo XVI y de mucha parte del XVII.

Tal vez recuerde algún lector, celoso de las glorias nacionales, que en 1813 pasaron nuestros soldados la frontera del Pirineo venciendo á los franceses, y que en 1859 pelearon también con gran ventaja contra los marroquíes; pero aquellas guerras no pueden compararse á la del Rosellón, ni de ellas debemos estar tan orgullosos como de ésta. En la primera dirigía el ejército un inglés y había tropas inglesas, por lo que sólo una parte de los laureles son nuestros (y al decir nuestros, decimos de españoles y portugueses). La historia de la segunda está por escribir, así en lo político como en lo militar, y cuando se escriba verdaderamente, habrá que hacer, en ambos conceptos, gran rebaja de honores. Cierto es que mientras tanto anda muy acreditada la leyenda de que fué aquélla una campaña modelo; pero ya llegará el día del desengaño de los que lo creen. Entretanto me guardaré muy bien de compararla á la que en el Rosellón dirigió el insigne Ricardos, cuyos hechos principales voy á referir con suma brevedad.

***

El abuelo paterno de Ricardos fué un oficial inglés de mucha reputación, quien casó en Cádiz el año de 1683, con D.ª Beatriz Rodríguez de Herrera. Llamábase Jacobo Richards, apellido que hizo castellano cambiándole en *Ricardos*. Tuvo de D.ª Beatriz un hijo, que fué D. Felipe Ricardos Rodríguez Herrera, de cuyo enlace con D.ª Leonor Carrillo de Albornoz, hija del famoso capitán Conde de Montemar, nació en Barbastro el 12 de Septiembre de 1727 el niño Antonio Ricardos, que había de llegar á ser no menos famoso que su abuelo materno.

Don Felipe Ricardos era cuando casó sargento mayor del regimiento de caballería de Malta. Después sirvió con mucho lucimiento en las guerras de Italia, hasta que ganó el empleo de brigadier, siendo nombrado gobernador de Málaga y después de Cartagena de Indias, en cuyo cargo murió de teniente general en 1757.

Algunos han pretendido que Ricardos nació en Cádiz, y sobre este particular ha habido disputa entre los pocos biógrafos del general. Pero hoy no puede dudarse de que su nacimiento fué en Barbastro, pues la fe de bautismo, de que poseemos reproducción fotográfica recientemente sacada, dice así:

«En doce de Septiembre del año mil setecientos veintisiete, yo el Dr. Juan Falceto, capellán mayor, guardando en todo la firma del Ritual Romano, bauticé un niño que nació el mismo día, hijo de D. Felipe Nicolás Ricardos, sargento mayor del regimiento de caballería de Malta, y de D.ª Leonor Carrillo de Albornoz, cónyuges: le pusieron nombres, Antonio, Buenaventura, Pedro de Alcántara, Benito, Ramón, José, Rafael, Mariano; fueron sus padrinos D. Diego Ricardos, tío del bautizado, y María Lucía Almudébar.»

El error de haber supuesto á Ricardos natural de Cádiz originóse de estar registrado en una de las iglesias de aquella ciudad el bautizo de un niño llamado Antonio Ramón Ricardos, hijo de D. Felipe Ricardos y de D.ª Leonor Carrillo. Pero recientemente se ha averiguado, por la partida de defunción existente en el Ayuntamiento gaditano, que dicho niño falleció al año y medio de su nacimiento, el 16 de Enero de 1734.

El padre de Ricardos estuvo de guarnición en Barbastro cuatro años, y vivía en la calle Mayor, hoy de Argensola, en una casa cuyo carácter señorial, con rico artesonado en lo exterior, verá el lector representada en el segundo grabado de la pág. 152 de este número. Tiene ahora esta casa los números 39 y 41.

Tuvo Ricardos tres hermanas. La mayor, llamada doña Antonia Engracia, casó con el Marqués de Tablantes. Las otras dos, D.ª Antonia Clara y D.ª Antonia Bienvenida, profesaron en el convento de monjas Capuchinas de la misma ciudad de Barbastro fundado por sus padres, de cuyo convento publica también una vista LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA en este número (véase la página antes citada).

***

Educóse Ricardos en Cádiz, al cuidado de su tío D. Juan Nicolás, y preparándose para seguir la carrera de sus padres y de sus abuelos. A los catorce años vistió el uniforme de capitán de caballería del regimiento de Malta, incorporándose á éste á los diez y siete, y á pesar de su corta edad demostró gran valor é inteligencia en el servicio en toda la campaña de Italia, singularmente en la batalla de Plasencia y en las sangrientas jornadas que la siguieron. Cuando volvió á España, después de la paz de Aquisgrán (1748), era ya uno de los mejores oficiales de caballería de nuestro ejército, aunque acababa de cumplir veinte años.

Empleó Ricardos los ocios de la paz en estudios militares, que completaron la educación práctica que recibiera en los campos de batalla de Italia. En aquel tiempo el maestro en el arte de la guerra era Federico II, á quien tenían por modelo todos los generales de Europa. Ricardos fué uno de sus admiradores y de los que más aprendieron en sus campañas. Estudiando la del Rosellón se advierte en el acierto con que supo emplear la caballería, lo bien que conoció los admirables hechos de Ziethen y de los otros generales prusianos de la misma arma y que los tuvo por modelos.

En 1763 pasó á Orán, plaza que en aquel tiempo era excelente escuela de soldados, y al año siguiente marchó á Veracruz á ordenar el sistema militar de Nueva España, muy descuidado entonces y con gran necesidad de reformas. Allí cumplió como se podía desear y según lo que de él debía esperarse, hasta que cuatro años después se le nombró para determinar, de acuerdo con una comisión militar de Francia, la línea divisoria entre esta nación y España en la frontera del Pirineo.

Teniente general era Ricardos cuando fué en la expedición de Argel, que se malogró por avisos que de Francia mandaron á los moros. O'Reilly, que mandaba la Armada, los halló apercibidos, contando con tomarlos de sorpresa, lo que fué causa del descalabro. Nada sufrió entonces la reputación de Ricardos, porque no llegó á pelear.

Los trabajos que emprendió para organizar según la nueva táctica la caballería prueban su mucho amor al servicio y el fruto que de sus estudios había sacado. Inspector del arma desde 1773, no se contentó con ordenar todos los servicios administrativos, sino que además fundó el colegio de Ocaña, pensando sacar de él oficiales instruídos en las últimas teorías militares, de lo que estaba muy necesitado el ejército.

A esta sazón iba dando mucho que pensar á todos los Gobiernos de Europa el camino que seguían las cosas de Francia, que era el más á propósito para alarmarlos y detenerlos en la introducción de novedades. Ricardos, que era del número de los innovadores, padeció algo por ello, viéndose perseguido por la Inquisición. Pero no hay que dejarse dominar por el terror que todavía causa el nombre del famoso tribunal; su cólera no era tan temible como imaginan algunos lectores de novelas terroríficas, de suerte que el proceso en que envolvió á Ricardos y á otros fué más molesto que dañoso. Algo más le perjudicó el disgusto de Floridablanca, quien, suponiéndole una de las cabezas del partido aragonés (ó de Aranda), le mandó á Guipúzcoa, disimulando el destierro con el cargo de vigilar la frontera del Bidasoa, pues ya en aquel tiempo (1788) se temía que los sucesos políticos de París obligaran á España á intervenir en los negocios de Francia.

***

La descabellada revolución francesa fué origen de grandes males para Europa, pero principalmente para España. No la necesitábamos para abolir cartas de *cachet*, derribar Bastillas, acabar con privilegios tiránicos de la nobleza, ni redimir siervos, porque en nuestra nación no se conocían tales abusos; ni tampoco vino á revelarnos los famosos derechos del hombre, porque desde mucho antes estaban aquí reconocidos. En cambio nos detuvo en el camino de las sabias reformas que, sin oposición de nadie, se iban haciendo, arrojándonos en el de las guerras civiles, sangriento calvario que aun no hemos acabado de recorrer. Porque unos quisieron continuar adelante, á pesar de los horrores de la revolución, y los más renegaron de principios que á semejantes fines conducían; no pudiendo persuadirse, procuraron exterminarse, y así tuvimos la reacción del 14 al 20, la del 23 al 33, y las terribles contiendas entre liberales y carlistas. Ibamos con Campomanes, Floridablanca, Aranda y Jovellanos despacio, pero sobre seguro y sin lucha. El contagio de la locura francesa nos perdió.

El espanto que en España produjo la decapitación de Luis XVI fué tal, que hasta hombres de la entereza y terquedad de Aranda vacilaron y temieron. Carlos IV, que había querido salvar la vida del rey su pariente, tuvo grandísimo pesar al saber su muerte, y resolvió declarar la guerra á la República francesa. Pero antes lo había ésta determinado, y lo hizo el 7 de Marzo de 1793, aunque con objeto de conseguir desde el principio ventajas que nos desconcertaran, dió patente de corso á sus buques, algunos de los cuales apresaron en plena paz barcos mercantes españoles. Que fué atropellar el derecho sin escrúpulo alguno.

España envió tres ejércitos á la frontera, ninguno de ellos tan numeroso y bien pertrechado como debía. El de Navarra y las Vascongadas estaba á cargo de D. Ventura Caro, el de Aragón al del Príncipe de Castelfranco, y el de Cataluña al de D. Antonio Ricardos. Aquéllos debían mantenerse á la defensiva, y sólo éste ofender y penetrar en territorio enemigo á dar la mano á las provincias sublevadas y á los ejércitos de otras naciones. Para empresa tan difícil diéronle 24.000 hombres; menos de la mitad de los necesarios.

Ofrecíase al General y á su pequeño ejército un obstáculo difícil: la cadena de los Alberas, ramal del Pirineo que nos sirve de frontera desde que los franceses, en tiempo de Luis XIV, comenzaron la desmembración del territorio nacional con la conquista del Rosellón (1659). El único paso era el puerto de Portus, defendido por el fuerte de Bellegarde. Al Pirineo seguía la línea del Tech, paralela á las montañas y con posiciones de fácil defensa. Ricardos resolvió inmediatamente el arduo problema estratégico. Cargó con solos 3.500 hombres sobre la extrema derecha de la línea francesa, cruzando la cadena por las fuentes del río Muga, y apoderándose de San Lorenzo de Cerdá (17 de Abril de 1793). Quedó desconcertado el enemigo, viéndose tomado de revés, y sin acertar á defenderse dejó en manos de Ricardos varios destacamentos y las poblaciones de Arles y Ceret. Empleando 2.000 hombres por espacio de dos días, abrió el puerto de Portell para el paso de la artillería, y por falta de fuerzas no marchó derechamente sobre Perpiñán, cuyo rescate hubiera producido grandísimo contento en toda España. Hasta el 18 de Mayo no se le incorporaron algunas tropas. Entonces, al frente de 12.000 hombres, avanzó hasta Thuir y Masdeu, á la vista de la capital del Rosellón. Allí le esperaba el general Deflers con 16.000 soldados. Amenaza éste el flanco izquierdo español, y obliga á Ricardos á ordenar un cambio de frente á su pequeño ejército, operación que se efectuó delante del enemigo con rapidez, serenidad y orden que serían admirables en un simulacro (1). La derrota de los franceses fué tan completa, que huyeron despavoridos hasta Perpiñán. A fines de Junio Ricardos era dueño de todo el Rosellón hasta el Tet, habiendo caído en su poder Argeles, Saint-Elne, Fort-les-Bains, La Garde y Bellegarde. En Agosto pasó aquel río, arrojó al enemigo del campo de Cornellas, y sin cuidarse gran cosa de la diversión de Dagobert en Puigcerdá, prosiguió la campaña victoriosamente, poniendo á Deflers en tal aprieto que se trató del abandono de Perpiñán. Pronto vino á unírsele Dagobert, á quien nombró el Gobierno de París general de todo el ejército, y el cual, á pesar de sus muchos años, era un buen soldado, activo y valeroso. Reunió todas las tropas que tenía, mucho más numerosas que las españolas, pues le enviaban refuerzos sin cesar, muy al contrario de lo que á Ricardos sucedía. Con más de 30.000 hombres atacó las posiciones de éste, defendidas por unos 18.000. El talento de Ricardos compensó esta gran diferencia numérica.

Tenía en Truillás el cuartel general la izquierda apoyada

(1) Estudio sobre la campaña del Rosellón, del capitán del ejército portugués Claudio de Chaby.

en Thuir y la derecha en Masdeu, prolongándola hasta las alturas del Reart. En Pontellá, centro de la línea, puso una gran batería de 12 piezas de á 24, á cargo del Duque de Osuna, y en el pueblecillo de Nils algunas obras avanzadas, ligadas á la batería por una gran tala de árboles que cerraba el barranco que separa ambas posiciones.

Acometieron los franceses en tres columnas: la de la derecha mandada por Goguet, la de la izquierda por D'Aoust y la del centro por el propio Dagobert. Aunque amagaron los franceses la derecha, comprendió Ricardos que el ataque principal sería contra Thuir, y que por allí tratarían de envolverle: acertada advertencia que salvó al ejército y la honra de España aquel día.

Aunque los enemigos atacaron á Courten (que mandaba la derecha) con gran ímpetu, y aunque eran más de 7.000 hombres por aquella parte, Ricardos apercibióse á recibir el mayor y más principal ataque en la izquierda, según queda dicho. Dagobert embistió á la batería de Pontellá, en la que por una y otra parte se peleó con grandísimo valor. Los franceses rompieron por la tala de árboles, mientras estaba más furiosa la pelea en la batería; pero el regimiento de Pavía, primero, y nuevas fuerzas de caballería oportunamente enviadas por Ricardos, después, los envolvieron y acuchillaron, teniendo que rendirse tres batallones completos. Al cabo de seis horas era manifiesta la derrota de los franceses. Perdieron 6.000 hombres y gran parte de la artillería, y sin exageración puede decirse que la batalla de Truillás es una de las que mayor gloria han dado al ejército español, y digna de compararse á las más famosas que ha ganado.

No tuvo el efecto que se debía esperar, porque al día siguiente llegaron al campo francés 15.000 soldados veteranos y el aviso de que irían muchos más. Con 16.000 hombres que le quedaban no podía Ricardos oponerse á 50.000, y emprendió aquella admirable retirada al campo del Bulú, que es, juntamente con la defensa de éste, la más hermosa y perfecta de sus operaciones militares. A pesar de la gran ventaja que el número daba á los enemigos, retiró 5.500 heridos y enfermos, 106 cañones y todo el equipaje, por un solo camino, sin perder un hombre, un cañón ni un carro. ¡Si de Madrid le hubieran enviado siquiera 10.000 hombres, Perpiñán y el Rosellón habrían sido rescatados, como setenta y ocho años más tarde rescató Alemania la Alsacia!

°°°

El campo atrincherado del Bulú cubría la frontera española, al mismo tiempo que amenazaba al ejército francés de una nueva acometida. Al meterse en él Ricardos, esperando socorros que nunca llegaron, dió, cerca de un siglo antes que Osmán Bajá en Plewna, ejemplo de lo que puede conseguirse en una campaña con fortificaciones ligeras bien defendidas.

Estaba situado delante del pueblo de Bulú, cubierto el frente por un barranco en cuyo fondo corre el Valmaña, riachuelo afluente del Tech, el flanco derecho por este río y por trincheras levantadas en la otra margen del mismo, y el izquierdo por colinas de fácil defensa. Cruzábalo la carretera de Perpiñán.

Un cuerpo de 16.000 franceses atacó el campo el 3 de Octubre. D'Aoust, que era en aquella ocasión el jefe, siguió la misma táctica de Dagobert, consistente en amagar un extremo de la línea para caer sobre el otro; pero tampoco pudo engañar á Ricardos, y fué rechazado en todas partes. Lo propio ocurrió al día siguiente, sufriendo los franceses grandes pérdidas, si bien merced á los refuerzos que recibían las reparaban con suma facilidad. Ricardos no recibía ninguno, á pesar de lo cual el 7 tomó parcialmente la ofensiva, mandando á Courten que desalojara á los enemigos de unas montañuelas que ocuparon la víspera, lo que se consiguió haciéndoles mucho daño. En la noche del 14 al 15 dieron los franceses una acometida general, suponiendo á los nuestros rendidos de tantos días de incesante pelear. Atacaron por seis sitios diferentes, cargando su mayor esfuerzo sobre las baterías de la extrema izquierda defendidas por unos 1.000 hombres que dirigía el coronel D. Francisco Taranco. Seis mil franceses subieron al asalto. Perdiéronse y ganáronse á la bayoneta las baterías siete veces, siendo tal la mortandad y tan pertinaz la defensa que los nuestros hicieron, que para defender uno de los extremos de la línea atacada llegaron á quedar solos el teniente coronel D. Juan Ochayta y dos cabos. La llegada de 300 hombres que con gran diligencia mandó Ricardos permitió que se tomaran por octava vez las baterías, y no atreviéndose á arremeter los franceses la novena, quedaron por los nuestros, juntamente con 137 prisioneros, entre ellos un teniente coronel, un ayudante general y 8 oficiales. Perdió Taranco la mitad de la gente que mandaba, pero todos ganaron mucha honra aquel día.

Rechazados los franceses con grandísima pérdida, conservóse Ricardos en el campo de Bulú todo el invierno. En Noviembre recibió un refuerzo de alguna consideración: 5.000 portugueses, mandados por el teniente general D. Juan Forbes. Emprendió entonces pequeñas operaciones ofensivas, tan felices como todas las suyas. Las principales fueron la toma de la ermita de San Ferriol y reductos vecinos; la gloriosa batalla de Villalonga, en la que Courten tomó 34 cañones, 3 morteros, un obús, 5.000 cartuchos de metralla, 20.000 de fusil y otros pertrechos, poniendo en dispersión al ejército francés; la reconquista (al cabo de ciento treinta y cinco años de haberse perdido) de Collioure y Port Vendres, con todo el material de guerra que en ellas había, y la toma á la bayoneta del campo de Banyuls des Aspres.

Pero el glorioso vencedor no podía continuar la campaña. Más de 60.000 hombres tenía ya el francés en el Rosellón, y él sólo 25.000. Era también sabido que en breve llegarían al campo enemigo más tropas traídas del Rhin, donde no hacían falta, con lo que vendría á ser muy comprometida la situación del ejército español. Ricardos creyó que viniendo á Madrid lograría llevar alguna luz y un poco de amor patrio á los obscuros cerebros y débiles corazones de Carlos IV, María Luisa y Godoy, el cómico terceto que entonces regía á España, y en la corte murió, dicen que de pulmonía, quién sabe si de vergüenza y cólera, á los sesenta y seis años y seis meses, el 13 de Marzo de 1794.

Con él murieron las últimas esperanzas de España. Todavía están esperando quien las resucite, y no se advierten señales de que el esperar haya de acabarse.

°°°

Algunos patriotas de Barbastro han tenido la felicísima idea de conmemorar con la mayor solemnidad posible el primer centenario de la muerte del general Ricardos, sacando á su memoria del injusto olvido en que está. Entre otras fiestas, han acordado un Certamen Literario, en el que habrá trece premios de personas ilustres, comenzando por uno de S. M. la Reina Regente, y siguiendo otros de S. A. la infanta D.ª Isabel; del Ministro de la Guerra; del Sr. D. Juan Jacome, comandante del crucero *Alfonso XII* y descendiente de aquel gran soldado; del general Bargés, jefe del 5.º cuerpo; del Obispo de Huesca, y de otras personas de no menor consideración.

La Junta del Centenario del general Ricardos no por menos sonada que otras merece menos aplauso, antes al contrario, creo que todos los buenos españoles le enviarán el suyo, como hago yo con el mío aunque tan insignificante.

F. V.

EN MIÉRCOLES DE CENIZA.

SONETO.

Á UNA NIÑA.

Lloras ¿por qué? La edad de la inocencia
Te brinda sus perfumes y sus flores;
El mundo es para ti luz y colores,
Un verjel encantado la existencia.
Nada empaña el fanal de tu conciencia,
Del que son mariposas los amores,
Y por más que las finjas y las llores,
¿Quién impondrá á tus culpas penitencia?
Si al pie de los altares reverente
Hoy en sueño de virgen ves la palma
Por muchos codiciada inútilmente,
Viéndome á mí recobrarás tu calma;
La ceniza que llevas en la frente
Me la puso el dolor dentro del alma!

Manuel del Palacio.

Á FEDERICO BALART.

SONETO.

Perdóname si, en frase conmovida,
Turbo tu soledad y tus dolores,
Buscando, de tu afecto en los honores,
El placer de la pena compartida.
De tu mágica musa entristecida
Recogí los artísticos primores,
Al seguir dó tu suerte los rigores
Por el mar tormentoso de la vida.
Náufrago de ese mar, oigo lejana
La misteriosa voz que alza triunfante
El himno de tu musa soberana.
Náufrago de ese mar, miro anhelante
La roca inabordable ¡muy cercana!
La playa salvadora ¡muy distante!

Rafael Ochoa.

Segovia, Marzo de 1894.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Tiempo de meditación y de lectura: la literatura de Siberia: *Apuntes y cuentos* de Korolenko; el escenario y las costumbres en la taiga helada: los desterrados; los tcherquesses: el aguardiente y la superstición.—Un libro nuevo genuinamente español: *La Florida, su conquista y civilización*, por Eugenio Ruidiaz: la figura del primer Adelantado Pedro Menéndez de Avilés; el libro; el memorial; los documentos; los archivos; la Florida, España y sus enemigos.

ONVIDA el tiempo presente á la meditación y al descanso. Se han perdido la fe y el entusiasmo en los sucesos más ó menos ruidosos y más ó menos interesantes del mundo exterior que nos rodea, y hay que reconcentrarse en el interior de nuestras casas y de nuestros espíritus, para cambiar de medio, para equilibrarse y para que cada cual pueda vivir á sus anchas, dentro de sus aficiones, haciendo caso omiso de las pompas y vanidades con que tratan de excitar nuestra curiosidad y atención y de seducirnos la política, las llamadas revoluciones sociales, los progresos de los pueblos, sus ostentosos alardes de poderío y las incesantes exposiciones de su miseria. ¡Dichoso el que puede refugiarse en su ermita, en su *kubba*, como dicen los moros, ó en su alcoba, como ellos nos enseñaron á decir á nosotros, y allí, verdadero Juan Palomo de su espíritu, boga y navega libre por el piélago inmenso de sus fantasías, soñando como los bienaventurados, divagando como los filósofos, cantando como las aves y como los pájaros, urdiendo proyectos grandiosos como los tísicos febriles, ó leyendo y leyendo y leyendo como los dichosos arrinconados, que repasan cuantos libros caen en sus manos, ya traten de caballería andante ó de patología individual atascada, dejando atrás, en materia de tragarse volúmenes y de secarse y desconcertarse la mollera, al mismísimo Don Quijote de la Mancha!

Placer grandísimo es, en efecto, el de la lectura en la soledad; y el estar solo y el leer, alardes son de recogimiento y de placidez de ánimo, muy propios del descanso y de la meditación á que el tiempo presente convida. Descansemos, para que surja luego potente la fertilidad. Ovidio lo dijo: *Fructibus assiduis lassa senescit humus.*

Recientemente han venido á apilarse en el montón de libros nuevos que hay sobre mi mesa algunos muy curiosos, que pueden considerarse como verdadero manjar espiritual en eso disfrute de los goces de la lectura. Dos de ellos, los que tengo más á mano, encajan muy bien en la índole de estas referencias de «Ambos mundos», de estas crónicas cosmopolitas, porque el uno se ocupa de la Siberia, de una literatura desconocida hasta hoy, y el otro de La Florida. Tiene mucho atractivo, después de conocer, siquiera sea por ligeras lecturas, la literatura rusa de los Turguenief, Dostoyuski, Tolstoi, Puchkine, Potapenko, Lermontof, Garchine y Tchekof y la escandinava de Ibsen, el saborear lo que las letras pueden dar de sí entre los escritores inspirados en las lejanas olvidadas estepas de hielo de la Siberia. Aquel mundo y aquellas costumbres descritas por un espíritu realista deben ofrecer un relieve y un colorido en nada semejantes, no sólo á los que en el centro y en el Mediodía de Europa estamos acostumbrados á contemplar, sino ni aun á los que rusos y escandinavos nos han hecho conocer. Así es, á la verdad, lo que se deduce de la lectura de los *Apuntes y cuentos* del publicista desterrado en Siberia Vladimiro Korolenko, á quien los moscovitas estiman tanto desde que publicó hace ya bastantes años *El sueño de Makaro*. Es Korolenko un naturalista y un humorista que para nada usa el artificio retórico en sus descripciones; que no fuerza la fantasía, y que no rellena con estopa ó fiambre de tesis y consideraciones filosóficas, sociales ó lacrimosas las páginas de sus libros. Cuenta con originalidad como con genio; siente con verdad, como un poeta, y no necesita exprimir su inteligencia en busca de argumentos interesantes y extraordinarios para interesar al lector, porque en la naturaleza y en la sociedad misma que describe está todo el interés. La selva de Siberia, la taiga que allí dicen, donde los yakutas ó habitantes de la región oriental viven en miserables pueblos en las cuencas de los afluentes del Lena, casi siempre helado, es el escenario de las narraciones de este escritor. Él ha avanzado, ha vivido y ha sufrido mucho en aquellos territorios, con otros compatriotas suyos desterrados también; y es claro, la mayor parte de los cuadros y escenas que describe se refieren á los martirios increíbles de la pobre generación expatriada. En una de sus narraciones, titulada *At-Davana* (nombre de un pueblo ribereño del Lena), describe de un modo tan crudo, que causa espanto, los sufrimientos de esa desgraciada gente. En aquellas páginas aparece la curiosa figura del vagabundo tcherkesso, tratante, contrabandista y gitano, todo en una pieza, que lo mismo vive en los barrios semicivilizados de Tobolsk, que entre las soledades de los yakutas y kirkhigses, que entre los tártaros del Mediodía, para explotar á todos y para emborrachar á todos con el ardiente y asqueroso aguardiente vodka. Perseguido por la policía, aborrecido por la clase que tiene algo que perder, temido siempre, siempre respetado, sabe como hombre cosmopolita imponerse á los elementos indígenas y á los asalariados y ruines servidores de la autoridad, y á todos convida, y de todos desconfía, y de entre las garras de todos se escapa con gran serenidad y cortesía cuando más preparados están sus perseguidores y enemigos para detenerle.

En otras páginas retrata al fugitivo compatriota europeo que se ha escapado del horrendo presidio, del de la isla Sakhalina por ejemplo, y que, convertido en audaz y errante nómada, *brodiagi*, cruza la taiga y acude á las chozas ó *yurtas* donde viven los montañeses, para que le den refugio, alimento y calor. El fugitivo cuenta sus penalidades desde que salió de la fortaleza de Sakhalina hasta que pudo salir de la isla maldita en una miserable barca de los indígenas Ghiliakos, para llegar á una de las desembocaduras de los ríos del Norte de Siberia. Huyeron juntos diez presidiarios, y en la travesía y en las luchas á tiros y cuchilladas con los soldados rusos quedaron reducidos á cuatro. Al llegar al continente, cada cual de ellos tomó por donde quiso. El *brodiagi* que cuenta á Korolenko sus aventuras se avecindó en una aldea yakuta, adquirió un poco de ganado y vivió allí dos ó tres años hecho uno de los principales vecinos; pero la nostalgia de su tierra le llamaba, y abandonando el Oriente siberiano de las orillas del Lena, empezó á andar y andar para recorrer la inmensidad de aquellos casi desiertos territorios, para llegar á la Rusia amada, y para que tal vez, cuando llegara un día á Moscou, ó á Odesa, ó á Nijni-Novgorod, le atrapara la policía y le condujera á la isla Sakhalina.

Las sencillísimas y vivas descripciones del país yakuta y de las costas glaciales son de primer orden en los libros de Korolenko; y no tienen menor mérito aquellas otras que sirven de cuadro y de escenario á los cuentos, no fantásticos, sino tradicionales, que ha recogido y ha sabido narrar con exquisito acierto. Makaro, el héroe de su libro *El Sueño*, es el tipo del yakuta, descendiente de las razas cruzadas del indígena siberiano y del mujik ruso expatriado. Es el vástago de una civilización occidental, que se yakutiza ó hace salvaje al nacer en el fondo de la taiga, para volver al estado de hombre primitivo: pastor, cazador y labrador, todo á lo pobre y todo á lo bárbaro, sin otros pesares que tener que pagar la contribución, y sin otras alegrías que el achisparse á menudo con la vodka. No hay apenas por allí idea de la religión, y creen mucho más en las mujeres brujas que rondan por las chozas, que en los popes ó curas moscovitas que se dejan ver de tarde en tarde por los pueblos, cuando van á visitar sus parroquianos para cobrar el diezmo y para despachar con ellos algunos jarros de aguardiente. Makaro, el yakuta de la aldea de Tchalgana, se emborracha el día de Navidad, sale de caza y se muere helado en



EXCMO. SR. D. ANTONIO RICARDOS Y CARRILLO DE ALBORNOZ,
CAPITÁN GENERAL DE EJÉRCITO,
VENCEDOR DE LOS FRANCESES EN LA GUERRA DEL ROSELLÓN.
† en Madrid, el 13 de Marzo de 1794.



BARBASTRO. — CASA DE LA CALLE MAYOR, HOY DE ARGENSOLA, EN QUE NACIÓ EL GENERAL RICARDOS.



BARBASTRO. — VISTA DEL CONVENTO DE MONJAS CAPUCHINAS, FUNDADO POR LOS PADRES DEL GENERAL RICARDOS.



MADRID.—ESCENAS PRINCIPALES DE LA APLAUDIDA COMEDIA «ZARAGÜETA», ORIGINAL DE LOS SRES. AZA Y RAMOS CARRIÓN. UN GRUPO DE ESPECTADORES.—(Dibujo del natural, por Picolo.)

el bosque. Después se le aparece el pope Iván, muerto mucho antes que él, y el cual le lleva al cielo para que lo juzgue Dios. Vienen la escena del juicio, la acusación, la defensa, los platillos de oro y de madera de la balanza que oscilan, el triunfo del pobre yakuta y su salvación. Un país que no tiene nada de religioso funda todas sus tradiciones y leyendas y todas sus aspiraciones en la severa justicia futura del *Gran Toión*, del Señor de los cielos; una gente que, al fin y al cabo, vive cada día en mayor contacto con el mundo civilizado, converge cada vez con más fuerza instintiva hacia el aislamiento y hacia la barbarie. ¡Misterios debidos tal vez al medio ambiente, á la soledad y á la temperatura glacial, que entumecen las fuerzas y embotan los sentidos! Contra esta miseria física y moral no se pueden resucitar los nervios y el espíritu más que por medio de poderosos estímulos: el aguardiente y la superstición. Apenas son conocidos fuera de Rusia los libros de Korolenko; cuando esta literatura originalísima se divulgue, los devotos de la lectura hallarán en ella mucho que aprender y muchísimo que sentir.

°°°

Verdadero tesoro de estudios relacionado con nuestra gloriosa historia de los descubrimientos y conquistas de la América, libro que interesa sobremanera y que deleita por todo extremo es el que, honrado justamente con el premio de la Real Academia de la Historia, acaba de publicar un hombre tan modesto como laborioso y entendido, el señor D. Eugenio Ruidíaz y Caravia, con el título de *La Florida,—Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés.* Dignamente corresponde á las grandes empresas que este insigne general asturiano, émulo de Cortés y de Pizarro, llevó á cabo en la Florida, y á su alto y merecido renombre, el obsequio que con la publicación de esta obra le dedica el Sr. Ruidíaz, asturiano también, que ha tenido la dicha para realizarlo de contar con el estímulo, ayuda y consejo de prócer tan ilustre y hombre tan universalmente estimado como el Sr. Conde de Revilla-Gigedo, cuyo apellido quedó inmortalizado en las cartas geográficas de los archipiélagos americanos, y cuyo solar y palacio honran á Asturias en las playas de Gijón. La obra, que es un verdadero monumento erigido en recuerdo del primer Adelantado de la Florida, comprende en el tomo I, á modo de necesaria preparación é ilustración, escritas con todo acierto, sobriedad y limpio lenguaje por el Sr. Ruidíaz, la descripción de la Florida; su historia desde su descubrimiento por los españoles hasta la llegada de Pedro Menéndez de Avilés; la biografía detallada de este insigne navegante y capitán, de quien dijo el sabio Sr. Fernández-Guerra «que es el mejor marino del siglo XVI, á quien España debe un monumento, la historia un libro y las musas un poema», y una breve noticia del Dr. Gonzalo Solís de Meráз, cuñado, compañero y cronista del conquistador. El curiosísimo y admirable Memorial que este doctor escribió en 1565, relatando «todas las jornadas y sucesos del Adelantado, la conquista de la Florida y justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses», se conserva original en el archivo del Sr. Conde de Revilla-Gigedo, y ahora se ha impreso por primera vez, ocupando su texto más de la mitad del volumen primero, en 336 páginas.

Imposible es dar una idea, ni breve siquiera, del contenido de tan interesante relación, en la que de párrafo en párrafo se van encontrando noticias, datos y referencias íntimamente relacionados con la historia del descubrimiento y de la conquista que hasta aquí eran desconocidos. El Memorial completa por modo admirable la historia de la dominación de la Florida, intentada por aquellos animosos predecesores de Menéndez de Avilés, que se llamaron Ponce de León, Lucas Vázquez, Pánfilo de Narváez, Pineda, Hernando de Soto y D. Tristán de Luna, tan desgraciados todos, que por la suerte que les cupo, adquirió la Florida temible fama de ser tierra imposible de conquistar y de domar. Es asimismo el Memorial digno y luminoso complemento de cuantas obras se escribieron en otros siglos acerca de aquel país, y especialmente de las tituladas *La Florida*, del inca Garcilaso; el *Ensayo* de Cárdenas y Cano; las *Memorias* de Hernando de Escalante, y la *Historia de la Florida*, de Fernández del Pulgar. Embellecen y dan gran interés y novedad á este tomo I multitud de mapas, retratos y escenas, que son habilísimas reproducciones de grabados originales, hechos muchos de ellos en el siglo XVI. El tomo II, en nutridísima letra compuesto, contiene en sus 800 páginas doce partes ó apéndices. Contiene la primera, que ocupa casi la mitad del volumen, cincuenta y nueve cartas del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés tomadas del archivo de Indias, del de Simancas, del de Revilla-Gigedo, del Depósito Hidrográfico y de algunas obras, que constituyen otro verdadero memorial autobiográfico del conquistador, con lo cual queda hecho el elogio de su mérito. En los otros apéndices figuran: las cartas dirigidas á dicho Adelantado; sus Memoriales; las Reales cédulas y títulos referentes á sus empresas; varias instrucciones y narraciones; los documentos relativos á la enfermedad, testamento y traslación del cadáver de Avilés; multitud de otros documentos históricos de la conquista; una detenida reseña biográfica de todos los Adelantados que sucedieron en este título al conquistador, y el décimoséptimo de los cuales es el Sr. Conde de Revilla-Gigedo: una copiosa y utilísima relación de los documentos que, referentes á Pedro Menéndez de Avilés, se conservan en varios archivos, y, en fin, la curiosa información hecha en 1558 para que aquel valeroso guerrero recibiera el hábito de Santiago.

Quiere decir, pues, que en esta obra tan notable el señor Ruidíaz ha tenido el acierto y el buen gusto de reunir cuantos materiales existen para formar un estudio completo del territorio de la Florida y de su historia, y que por esto mismo figurará entre las publicaciones más útiles y meritorias de nuestro tiempo, siempre que se trate de hacer una investigación crítica y profunda de la influencia española en la conquista de América. Benemérita es la tarea de haber ideado, preparado y publicado obra tan importante, que será leída y consultada siempre por cuantos en Europa y América se ocupen de las gloriosas epopeyas de los siglos XV y XVI. Á tanta costa, con tantos trabajos, sacrificios y méritos conquistada la Florida, hondo amargor embarga al espíritu cuando se piensa que lo que con tantos afanes y heroicidades se logró, ha sido después ruin y miserablemente usurpado por nuestros eternos adversarios y émulos. ¡Bien malograda fué la conquista de la Florida, y nulos puede decirse que resultaron los esfuerzos de Hernando de Soto y de Menéndez de Avilés! Cuando éste con la escuadra del Rey de España llegó á aquellas temidas costas (1562), los luteranos franceses dirigidos por el corsario Juan Ribault, aprovechándose de la circunstancia de que los ejércitos españoles conquistaban el resto de la América situada al Sur de aquellas latitudes, intentaron á mansalva apoderarse de la Florida. El Adelantado, al frente de los asturianos y de los vizcaínos que mandaba Martín de Ochoa, venció y degolló á Ribault y á todos los franceses que le acompañaban, y se dedicó en adelante á colonizar aquella tierra. Franceses, ingleses y norteamericanos nos disputaron durante dos siglos el dominio de aquella tierra por nosotros descubierta, y dominada por nuestra sangre, y lo que no pudieron nuestros émulos jamás en los campos de batalla, lo lograron por las ambiciones y luchas internacionales de Europa. Nuestra Florida se cambió en 1762 por la isla de Cuba que los ingleses habían usurpado; pero volvió á nuestro poder mientras los Estados Unidos peleaban por su independencia (1783); y cuando se constituyó independiente la gran República norteamericana, hubimos de pelear con la nueva nación, para conservar aquel precioso territorio de nuestros dominios. Si España no hubiera tenido más que hacer que luchar en la Florida contra los anglo-americanos, tal vez aún aquella península fuera nuestra; pero desangrada aquí por la titánica campaña contra Napoleón, subyugada por el estéril despotismo de Fernando VII, sin escuadra y sin ejército, y teniendo que sostener cruentas guerras en toda la América latina, ante tanta miseria, conjurada toda contra nosotros, hicimos por fuerza un tratado en 1819, que se cumplió en 1821, por el cual perdimos para siempre la Florida.

¡Poco les costó á los nuevos dueños el conquistarla! ¡Menguado triunfo contra una nación agobiada, que no podía defenderse! Si España en 1819 hubiérase hallado como en 1560, con toda clase de enemigos enfrente, franceses, ingleses é indígenas, pero con recursos propios, con sus naturales fuerzas y con un Pedro Menéndez de Avilés al frente de sus conquistadores, ni ingleses, ni franceses, ni corsarios, ni calvinistas, ni indígenas, ni unidos ni desunidos, nadie la hubiera arrebatado la Florida. Eramos en 1819 el árbol caído, y todos los valientes de ambos mundos trataron de hacer leña. Pero sus glorias y sus victorias jamás tendrán un cronista que las escriba, ni una crónica en que se consignen; jamás podrán ocupar más páginas que las de un librillo de fumar; y en cambio, aunque la Florida no sea nuestra, nuestra es la obra de Ruidíaz, poema de conquista y civilización, con que se ha enriquecido la historia de las glorias nacionales, y nuestras son las crónicas floridas de Garcilaso, de Cárdenas, de Pulgar, de Escalante y de Dávila Padilla. La desgracia y la diplomacia habrán podido usurparnos el dominio de la Florida; ¿á que no nos usurpan todos los Estados Unidos en masa una sola página de estos libros? Y basta por hoy de meditación.

R. Becerro de Bengoa.

SOCORROS

REMITIDOS POR LOS

ESPAÑOLES RESIDENTES EN ROSARIO DE SANTA FE

PARA LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

En el número primero del corriente año, dimos cuenta de haber recibido de nuestros compatriotas residentes en Rosario de Santa Fe, un donativo de 12.000 pesetas destinado á socorrer á las víctimas que causó la explosión del vapor *Cabo de Machichaco.* Hoy debemos añadir que la inagotable caridad de aquellos españoles ha producido otra remesa de igual suma que la primera, y que, como aquélla, remitimos á los Sres. Hijos de Pombo, de Santander, para que en unión del Sr. D. Manuel de Cabrero procedan á su distribución, con arreglo al criterio ya expuesto en nuestro citado número de 8 de Enero último.

Según nuestras noticias, el lunes 5 del actual debió verificarse en Santander el primer reparto entre los cabezas de familia que hubiesen quedado inutilizados para el trabajo, á razón de 250 pesetas á cada uno. Seguirá inmediatamente la distribución del resto de las 24.000 pesetas, entre las viudas con hijos, y los heridos, y luego que conozcamos detalladamente los pormenores de estos repartos, publicaremos una relación nominal de los socorridos y de las cantidades con que lo han sido.

Entretanto, réstanos tan sólo agradecer á los españoles residentes en Rosario de Santa Fe, y en particular á los dignos señores que componen aquella comisión de socorros, esta nueva y hermosa prueba de sus caritativos sentimientos.

La Redacción.

NO MANTENGAS UN LADRÓN.

Suponte un incidente de la siguiente naturaleza. Una noche te despiertas y echas en falta el reloj, el bolsillo, tus mejores vestidos y otras cosas de valor. Has sido robado, no te cabe la menor duda; pero no hay ni la más leve señal de cómo entró el ladrón en casa ni por dónde se fué. Das parte á la policía, y decides al mismo tiempo comprar un perro y un fusil, y de ese modo te preparas para recibir á los ladrones, caso de que vuelvan. Pues bueno, todo eso será una cosa muy cuerda, pero entretanto te has quedado sin lo que era tuyo. Esa es la verdad neta.

Supongamos, empero, que yo te digo que el ladrón que te robó el buen estado de salud de tus nervios no ha entrado en tu casa para nada, sino que había nacido allí mismo, y que nunca salió de allí hasta que se largó con lo que era tuyo, aun cuando ni un alma en la casa le vió, ni supo nada de él. ¿Qué es lo que me contestarías? Me contestarías que había sido un solemne loco en permitirle vivir allí. Pues bien; espera entonces un poco, y lee la siguiente breve historia:

«Deseo dar á ustedes público testimonio de la gratitud que siento por cuanto por mí han hecho ustedes. Durante muchos años me he visto afligido de terribles ataques de reumatismo, para cuyo remedio probé todo cuanto se me dijo que era útil en esa clase de enfermedad, y todo sin resultado. Al fin, por una pura casualidad empecé á usar el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y después de haberlo tomado por espacio de cinco meses, me encuentro ya *gozando del inestimable tesoro de una perfecta salud*. Soy un anunciador constante de su medicina de ustedes, porque á ella debo mi restablecimiento, después de la terrible enfermedad que por tanto tiempo me afligió, y sólo deseo que los demás que sufran como yo sufrí, recurran al mismo medio de curación. De ustedes afectísimo (Firmado)—Manuel Belgrano, Estepona, Agosto 15 de 1893.»

Ahora bien; toda persona inteligente sabe que el reumatismo es realmente una enfermedad universal, y que lleva á cabo su cruel y desgarradora obra en nuestro cuerpo, en todos los climas y países. Ninguna enfermedad causa un número tan grande de víctimas y de gente inútil. Aquel que la cure, pues, merece más que tener una mina de oro en cada país.

Pero ¿qué es el reumatismo? ¿Penetra en el sistema como una bala ó un cuchillo puedan penetrar? No; el reumatismo es un ladrón que nos roba la comodidad y la fuerza; pero, como antes he dicho, es un ladrón que *vive escondido en los bajos de la casa*. En otros términos: es una, y tan sólo una, de las consecuencias directas de la indigestión y dispepsia, y he aquí cómo nace. El estómago torpe é inhábil para disponer de los alimentos produce, por medio de la fermentación, un ácido venenoso, que, combinado con los álcalis del cuerpo, forma una sal llamada «urato de sodio». Esta sal, *en forma de cristales duros y punzantes*, se deposita en los músculos y articulaciones, y entonces sobreviene la inflamación y el dolor, es decir, el reumatismo. Ahora comprendes, pues, que no proviene del exterior, sino del interior del estómago; son como raspaduras secas en tu casa, cualquier cosa las puede poner en movimiento, y el frío, el exceso en el comer, la humedad, una incomodidad, un exceso de trabajo, pueden servir á ese propósito.

De aquí el ningún éxito de toda aplicación exterior, tales como linimentos, friegas, etc., para curarle. Debe sacarse primero de la sangre el veneno, y entonces puede tonalizarse el sistema digestivo, regularse y hacerse funcionar naturalmente, de manera que no vuelva á crearse más veneno. Ya lo sabes todo. Nada es más sencillo que eso, una vez se ha entendido; y es triste y lastimoso sobre toda ponderación el pensar los millones de personas á quienes el reumatismo hace sus víctimas, ó imposibilita, sin necesidad, según la experiencia del Sr. Belgrano lo prueba.

Pero no esperéis á que el ladrón os robe, sino guardad en casa el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y arrojad al ladrón tan pronto los primeros síntomas de indigestión se presenten.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.º mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Consejos prácticos sobre la higiene de la *primera infancia* con un apéndice acerca de las enfermedades de los niños, por F. Vidal Solares, profesor libre de Obstetricia, Dr. en Medicina y Cirugía de las facultades de Madrid y París, etc.

Este libro es de utilidad suma, y para comprenderlo así, basta saber que en España mueren la cuarta parte de los niños menores de cinco años. Prueba de lo mucho que tienen que aprender en él las madres. Precio: 4 pesetas.

Manual de Ginecología operatoria, por el mismo autor.

Compréndese que no podemos dar un parecer detallado de libro que trata materia tan difícil, y cuyo cabal conocimiento requiere una dilatada preparación teórica y práctica. Diremos tan sólo que nos ha parecido muy completo y de suma utilidad para los médicos.

Contiene multitud de grabados en el texto, todos muy bien hechos. La impresión es buena. Forma un tomo de 264 páginas, que se vende, al precio de 5 pesetas, en Barcelona, librería de Puig (Plaza Nueva, 5), y en Madrid, Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, Preciados, 33.

Comercio exterior de Suecia.

El Sr. Ministro de España en Estokolmo ha hecho traducir un importante trabajo acerca del comercio exterior de Suecia, en el que se contienen noticias interesantes y que pueden tener importancia en España. No es Suecia nación tan insignificante como generalmente se piensa, antes al contrario, muchos productos suyos tendrían fácil salida en España, así como algunos de los nuestros la tendrían en Suecia. No siendo su población sino de 5 millones de habitantes, su comercio vale más de 900 millones de pesetas, lo que da por habitante una proporción muy superior á la del español.

El principal comercio de Suecia es con la Gran Bretaña; pero también podría aumentar mucho con España, principalmente en vinos. Si el carácter de esta sección lo permitiera, dejaríamos probado cuánto conviene á España adquirir el mercado sueco; pero hemos de limitarnos á consignar que trabajos como el de la Legación de España en Estokolmo son siempre dignos de aplauso por su utilidad.—G. R.



MARRUECOS.—FORTIFICACIONES MODERNAS DE LA CIUDAD.—BALUARTE DE LA ALCAZABA.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. X.

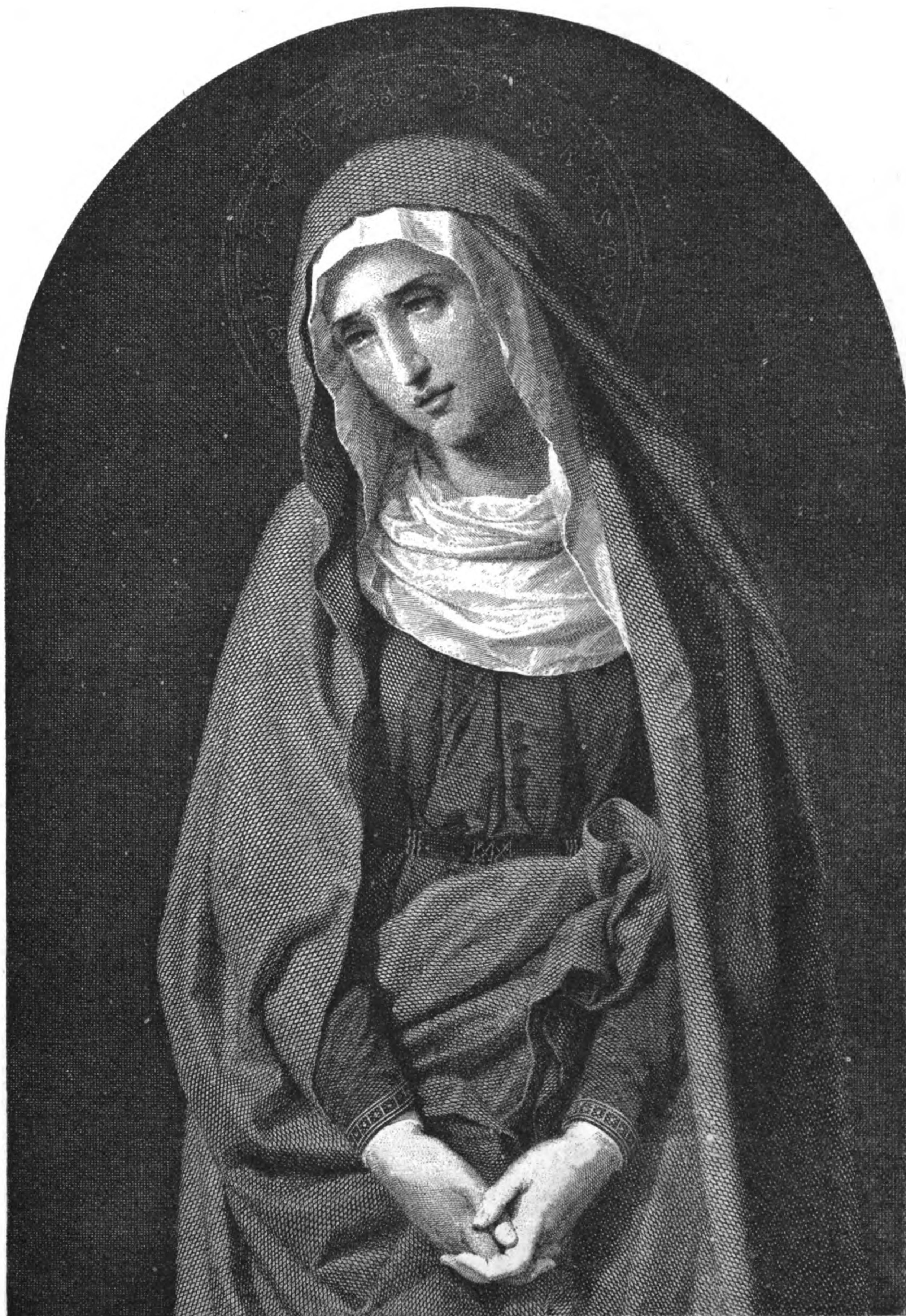
ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Marzo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de America y Asia....................	60 francos.	35 francos.



MATER DOLOROSA.

CUADRO DE D. FEDERICO DE MADRAZO.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Monasterio, por D. J. M. Esperanza y Sola.—La buena letra, por D. Narciso Campillo.—El mes de Ramadhán en Marruecos, por D. Rodrigo Amador de los Ríos, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Los vales, por D. José Jackson Veyan.—El Rdo. Hermano Justino y el Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas en España, por don M. T. L.—Jueces inexorables, poesía, por D. Felipe Pérez y González.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Certámenes: Sociedad Colombina Onubense.—En honor de Santa Teresa, por U.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *Mater Dolorosa*, cuadro de D. Federico de Madrazo.—*Belleza oriental*, cuadro de Frank Rech.—*El monaguillo*, dibujo de D. Julio Romero de Torres.—*La tarde*, cuadro de don Eduardo Alba.—Retrato de la Duquesa de Palmella, ilustre dama portuguesa.—Marruecos: Santuario de Sidi-Yub, donde se hallan depositados los restos mortales de Muley-el-Abbas.—El mercado de esclavos.—El general Martínez Campos leyendo al Sultán las bases del nuevo tratado entre España y Marruecos.—Retrato del Rdo. Hermano Justino María, visitador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas.—Cuenca: El puente de San Pablo.—Copa de plata, dibujada y labrada por los Sres. E. Sons, de Glasgow, ofrecida como premio por la Sociedad de tiro de pichones de Sevilla en sus tiradas de este año.

CRÓNICA GENERAL.

La crisis que venía produciéndose en el Gabinete estalló, y se resolvió con la dimisión de todos los ministros y la formación de un nuevo Gobierno, con los siguientes nombres: Presidencia, Sr. Sagasta; Gobernación, señor Aguilera; Estado, Sr. Moret; Hacienda, don Amós Salvador; Fomento, Sr. Groizard; Gracia y Justicia, Sr. Capdepón; Guerra, señor López Domínguez; Marina, Sr. Pasquín, y Ultramar, Sr. Becerra. Dos son los ministros nuevos, y ambos ocupan carteras de las más importantes, los señores Aguilera y Salvador: el primero había ganado su puesto con servicios valiosos en el gobierno de Madrid; era el segundo, director de la Tabacalera, y además de su competencia personal, representa una transacción en las cuestiones de Hacienda. Lo que caracteriza esta crisis es la salida de los Sres. Gamazo y Maura, que por sus reformas en sus respectivos departamentos habían suscitado dificultades y adquirido en cambio fuerza y partidarios; y como nos hemos vedado hacer observaciones políticas y mezclarnos en estas divisiones de partido, nos limitamos á indicar ésta. Con el cambio de Gabinete se ha iniciado una serie de dimisiones de destinos, siendo la primera la del subsecretario de Ultramar Sr. Sánchez Guerra, persona de las más significadas y simpáticas de la fracción Gamazo-Maura. Estas vacantes producirán, naturalmente, en el alto personal algunos movimientos, y hay por lo tanto la natural expectación entre aquellos que pueden resultar favorecidos. No nos contamos en ese número, y pasamos á otra cosa.

***

—¿Qué hay de nuevo, cronista? ¿De qué va á hablar usted en el artículo del 15?

—En realidad, no lo sé: tengo las ideas algo confusas: creo que una monja de las Salesas pidió auxilio, á gritos, desde una de las rejas del convento, para activar de aquel modo el expediente de la exclaustración que había solicitado y tardaba en despacharse.

—¿Y qué motivos la impulsaban á salir?

—El cansancio de su estado religioso: llevaba diez y ocho años de monja: los mismos que llevo escribiendo estas crónicas: á un tiempo ingresamos, ella en el claustro, y yo en La Ilustración: tenemos en la clausura la misma antigüedad.

—No me extraña que esa monja esté algo fatigada de su clausura; pero, si no miente la prensa, ya ha sido acordada su exclaustración.

—Lo cual celebro y siento: es un asunto conmovedor y popular que se agotó al nacer. ¿Tendrá la misma suerte el de los dos jóvenes que gemían encerrados en una casa de Carabanchel?

—La primera impresión fué la de una novela despeluznante: dos chicos encerrados desde Octubre, flacos, extenuados y con románticas melenas; preso el padre, persona de buena posición, y una señora que vivía en el hotel. Luego la hermana hace dudar de la justicia y verdad de las declaraciones de los jóvenes, á quienes califica de perversos y grandes comedores de patatas, que se oponían á ganarse la vida y merecían y habían sufrido muchos correctivos personales.

—De todo lo cual deduzco que ó el papá ó los niños son muy apreciables, pero que la novela no tendrá el interés que presumíamos. Lo que decía un noticiero amigo nuestro: «No tendremos la fortuna de otra voladura semejante á la del *Cabo Machichaco*, ni otro crimen como el de la calle de Fuencarral.....; el oficio está perdido.»

—Que no desespere: la bombita que arrojaron en Roma entre la gente hace pocos días, nos demuestra que continúan los anarquistas su tarea de mejorar la suerte del prójimo haciéndole pedazos..... y ¿quién sabe hasta dónde llegará su ingenio?

—Pues lo del vapor *Cabo Machichaco* no está terminado aún: acaba de nombrarse una comisión que entienda en si se ha de volar ó no el casco del buque.....

—¿Nombrar una comisión para volar?..... Es un caso, entre nosotros, completamente nuevo.

—¿Y qué se dice del general Martínez Campos?

—Le han olvidado los periódicos: suponemos que estará celebrando el Ramadán, ese ayuno tan fácil que consiste en comer con luz artificial y dormir con sol, ó sea en tener las horas cambiadas.....

—No murmuremos de los ausentes: allí se le obsequia en grande al uso marroquí; nosotros obsequiamos actualmente en Madrid al Duque de Cambridge, llevándole á un partido de pelota: los periódicos nos cuentan que viaja para consolarse de su viudez.

—¿Qué edad tiene?

—Setenta y cinco años.

—Eso no tiene consuelo, porque no hay que pensar en otras nupcias.

—¿Quién sabe? El Príncipe inglés es un hombre fuerte, y al lado de Gladstone es un niño, y éste aún corta árboles corpulentos.

—¿Será cierto lo que asegura *El Imparcial* acerca de ser realmente grave el peligro de que exploten las toneladas de dinamita que aun se hallan en el fondo del casco del vapor *Cabo Machichaco*?

—Eso se asegura: lo que no se comprende bien es que habiéndose dicho á raíz de la desgracia lo fácil que era el desprendimiento de la materia inerte que impide la explosión, y, por consiguiente, estando el peligro advertido, se haya tardado tanto tiempo en resolver el caso; pero una vez nombrada la comisión, ¿no sería conveniente determinar un plazo breve para que informe ó resuelva? Ya sabemos lo que son las comisiones: es la manera de estancar un asunto que necesita ser resuelto con urgencia. Si es verdad que existe el riesgo de que Santander sufra otra calamidad parecida á la que llenó de duelo á la ciudad y de espanto al mundo, cada minuto es una probabilidad más de que se repita aquel horror. Y el ejemplo merece que se cumplan rigurosamente los Reglamentos, ó se dicten otros más rígidos y estrechos para impedir que esas materias pongan en peligro la vida de los ciudadanos: bueno es dar al comercio todas las facilidades posibles, siempre que no hayan de producir muertes y toda clase de perjuicios.

—¡Terrible debe ser la vida en Santander con el temor de que exploten cuatro toneladas de dinamita! ¿Cómo no emigra la gente?

—Porque nada hay tan difícil para el hombre como dejar su nido: unos por falta de recursos; otros por la costumbre, las obligaciones y negocios, ello es que todos se quedan, ya en terrenos expuestos á inundaciones, á una erupción ó la voladura de la dinamita. Es caso de conciencia, y la comisión debe dictaminar con rapidez. Si la voladura dejara memoria eterna, esta ansiedad y zozobra de una población que tiene su vida pendiente de un choque tan fácil en la movilidad de las aguas, es un caso nuevo y trágico de que no hay ejemplo en las historias.

—Pues si es grave lo de Santander, la petición del Fiscal de la Audiencia de Madrid para que acuerde la sala del Tribunal Supremo si procede procesar al juez decano de Madrid, Sr. Zapata, ha producido el efecto moral de otra explosión.

—Lo ha causado, en efecto, y con razón; aunque debemos suspender todo juicio acerca de hechos que pueden explicarse satisfactoriamente para el juez, si prospera su procesamiento. Sucede que el Fiscal tiene que fulminar sus acusaciones en virtud de lo que aparece en momentos dados, y luego desvanecerse con nuevas investigaciones las sospechas. Un procesamiento no es sino una información para ver si se ha cometido un delito.

—¿No decíamos que no se hablaba del general Martínez Campos? Ya hay noticias de que ha sido obsequiado con dos grandes banquetes.

—Suelen ser esas comidas marroquíes poco agradables para nuestros gustos. ¿Debemos envidiarle ó compadecerle? Esperemos á tener la lista de ese alcuzcuz diplomático. ¿Comerán ya los marroquíes á la francesa?

***

Sr. Dr. Thebussem.

He recibido y repasado su *Segunda ración de artículos*: algunos los conocía; otros los leo por primera vez, y todos contienen algún dato ó manera de ver curiosa acerca de Cervantes ó su libro inmortal. Gracias por el de usted, y vamos al asunto. Ha tenido usted en su proemio la mansedumbre ó buena idea de transcribir los párrafos más desagradables que ha encontrado en la censura que han hecho de usted los que se ocuparon de su primer tomo ó ración: Confieso que hay dureza en los cargos, y no toda la cortesía en algunos que se merece la de usted y el respeto debido á su castiza pluma, que le da á usted derecho para permitirse alguna extravagancia. Yo, por fortuna, sólo le culpé en su concepto de editor, por haber puesto al libro un precio inverosímil, defecto que ha corregido usted duplicando el valor de este segundo tomo, que se vende á tres pesetas y media: insisto, sin embargo, en mi crítica primera, porque es barato aún; hay que subir el precio en las raciones sucesivas: además, recomiendo este sistema de ir aumentando el precio de los tomos, sobre todo en la publicación de novelas muy interesantes. Si Alejandro Dumas (padre) hubiera suspendido *Los Tres Mosqueteros* en la mitad del último tomo, Europa hubiera hecho una suscripción que le enriqueciera, para saber el desenlace. Le había amenazado á usted con un manteamiento por escritores agraviados, por la competencia de la increíble baratura del primer tomo, y usted duplica el precio y me indica la probabilidad de ser manteado yo por los compradores. Confieso que la réplica tiene gracia, pero no me cuesta el dinero ese aumento de valor del libro regalado.

Crea usted que le estima en mucho y desea que se venda y agote pronto la edición, su amigo, etc.

***

—Supongo que dirá usted algo de su estreno de *El Espantajo*.

—Supone usted bien: cuando se han pasado tres horas junto á un bastidor del Español que estaba lleno de gente y no poca del oficio, y la infanta Isabel en un palco, á estrenar una obra que sólo pudo tener tres ensayos en la concha, siendo de alguna bulla y movimiento, no se tiembla por decoro, pero la cara está pálida y los nervios contraídos, y al caer el autor por la noche desplomado en su colchón, debiera no levantarse en cuatro días; tener que escribir la crónica en ese estado, es exponerse á muchas equivocaciones.

—¿Tanto miedo pasó usted?

—He sufrido una borrasca en el golfo de Méjico, y tuve menos.

—¿A quién temía usted?

—Primero á mí, luego á los escritores en general, á algunos en particular y al público en último término.

—Pues desahóguese usted y hable de su comedia.

—Eso no está permitido, aunque sería un estudio curioso que cada autor consignara las impresiones de su estreno.....

—Sí sería.

—Pero yo sólo debo dar las gracias, primero á los que me aconsejaron bien, después á los que me elogiaron, y por último á los que me maltrataron.

—¿A éstos también?

—También á éstos. Las injusticias excesivas contribuyen á la fama tanto como los elogios.

—¿Han sido injustos con usted?

—Más aún con los actores. Hay rutinas en el elogio y omisiones que resultan muy injustas. Por ejemplo, nada más natural que el elogio al beneficiado, actor muy querido del público, mi estimado amigo Mata; pero ¿se puede omitir, sin distracción y por la precipitación con que se escriben las reseñas, á Matilde Rodríguez en el papel más saliente de la obra, que interpretó de un modo encantador; á la Sra. Argüelles, que, estando enferma de anginas, disimuló y venció su mal; á la Sra. Mari, tan delicada en su papel; al inteligente Soler; al concienzudo Gómez; á López el galán; á Bueno, que mereció dos llamadas á escena, después de haber dirigido la obra con su claro entendimiento y su gran ilustración.....?

—¡Cómo! ¿No dirige el autor?

—El autor se sienta en un sillón, junto á la mesa ó la concha: algunos son muy exigentes.

—¿Y usted?

—Dejo á cada cual en libertad.

—¿Y qué saca usted con eso?

—Que trabajen todos más á gusto.

—Pero no habrá conjunto.....

—Si le hubo, agradézcanselo á Bueno.

—Pero ¿no se mezcla usted en la sección de teatros?

—Pues que el Sr. Bustillo perdone por esta vez: hoy es mi día.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Mater Dolorosa, cuadro de D. Federico de Madrazo.—*Belleza oriental*, cuadro de Frank Rech.—*El monaguillo*, composición y dibujo de D. Julio Romero de Torres.—*La tarde*, cuadro de D. Eduardo Alba.

La terrible aflicción de la madre de Cristo viendo á su Divino Hijo crucificado y muerto, es fuente tan copiosa de poesía, que con los nombres de las obras que ha inspirado, así á escritores como á artistas, se podría componer un grueso libro. En España la han cantado en sublimes versos Lope de Vega, fray Luis de León y otros famosísimos poetas, y la han pintado muchos artistas, entre ellos D. Federico de Madrazo, autor de la *Mater Dolorosa* que publicamos en la primera página de este número, y en la cual se advierte un misticismo tan castizo, es decir, tan propiamente español, y una expresión tan cristiana, que solicitan y cautivan la atención del más lego en materia de arte.

El carácter español, según nos lo representan veinte siglos de historia, es muy á propósito para comprender y sentir este género de bellezas. Pierden tiempo y trabajo los que procuran arrancarle el ideal religioso, porque tanto valdría como arrancarle el alma. ¡Brava ganancia, si en cambio había de recibir las enseñanzas de una doctrina, sobre falsa, fría y fea, como reñida con lo ideal y falta de grandeza! Los españoles que pretenden romper con lo que podríamos llamar el alma de la nación, no son de España sino porque en ella nacieron. Hijos de la casualidad, extranjeros en su patria, filósofos mal trasplantados, copistas inconscientes, reniegan de lo que fuimos y quieren que seamos como ellos, enemigos de cuanto amaron nuestros padres.

Nosotros preferimos la fe de éstos al descreimiento de los tales, no sólo por verdadera, sino por mil veces más hermosa y fecunda. Los que la sentían ganaban batallas como las de Muhlberg y Lepanto, y escribían maravillosos poemas; que una cosa no quitaba la otra, antes mutuamente se ayudaban.

Inspiróse sin duda Madrazo, al pintar su *Mater Dolorosa*, en esta sagrada tradición nacional. Hizo esta obra, treinta años ha, para un caballero mejicano llamado D. Honorato Riaño, y tuvo de modelo á una hermosísima señora mallorquina. Por encargo del rey D. Francisco de Asís sacó una copia de tamaño pequeño, y de ella se tomó nuestro grabado.

Contemplando esta bien sentida *Mater Dolorosa*, hemos creído que de ninguna otra cosa iría tan bien acompañada como de aquellos hermosísimos versos que Lope de Vega compuso *Al llanto de la Virgen*, y en los que tanto resplandecen los primores del habla castellana: joya de nuestra literatura, digna de ser recordada siempre, pero singularmente en estos días, por lo que creemos que nuestros lectores nos agradecerán el publicarla ahora.

La Madre piadosa estaba
Junto á la cruz, y lloraba
Mientras el Hijo pendía;
Cuya alma triste y llorosa,
Traspasada y dolorosa
Fiero cuchillo tenía.
¡Oh cuán triste, oh cuán aflita
Se vió la Madre bendita,
De tantos tormentos llena,
Cuando triste contemplaba
Y dolorosa miraba
Del Hijo amado la pena!
Y ¿cuál hombre no llorara
Si la Madre contemplara

De Cristo en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Piadosa Madre, si os viera
Sujeta á tanto rigor?
Por los pecados del mundo
Vió á Jesús en tan profundo
Tormento la dulce Madre,
Y muriendo el Hijo amado
Que rindió desamparado
El espíritu á su Padre.
¡Oh Madre, fuente de amor,
Hazme sentir tu dolor
Para que llore contigo,
Y que por mi Cristo amado
Mi corazón abrasado
Más viva en él que conmigo!
Y porque á amarle me anime,
En mi corazón imprime
Las llagas que tuvo en sí;
Y de tu Hijo, señora,
Divide conmigo ahora
Las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar
Y de veras lastimar
De sus penas mientras vivo;
Porque acompañar deseo
En la cruz, donde le veo,
Tu corazón compasivo.
Virgen de vírgenes santas,
Llore yo con ansias tantas
Que el llanto dulce me sea;
Porque su pasión y muerte
Tenga en mi alma de suerte
Que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore,
Y que en ella viva y more,
De mi fe y amor indicio;
Porque me inflame y me encienda,
Y contigo me defienda
En el día del Júicio.
Haz que me ampare la muerte
De Cristo, cuando en tan fuerte
Trance de vida y de alma estén;
Porque en cuanto quede en calma
El cuerpo, vaya mi alma
A su eterna gloria. *Amén.*

Belleza oriental es un tipo de mujer hermosa creado por la fantasía del pintor. El que contemple el bonito cuadro de Rech que publicamos en la pág. 165, hará mal si cree en él al pie de la letra y supone que por aquel patrón están cortadas todas las mujeres de los serrallos, así africanos como asiáticos. Bueno será, por tanto, advertir que en Constantinopla, por ejemplo, el traje europeo de la mujer lleva de vencida al asiático, y que no es verdaderamente elegante la que no viste según mandan los modistos de París. En Egipto y la India no están aún tan adelantadas, y todavía pueden encontrarse por allí tipos semejantes al de nuestro grabado, que muy propiamente representa á las famosas *almeas* y *bayaderas* de ambos países, y de cuyos modos de bailar nos han dejado largas descripciones los viajeros.

El Monaguillo, que publicamos en la pág. 169, es un bonito tipo de sacristía, sin duda alguna tomado del natural. Aquel desembarazo, aquella travesura están diciendo á la legua que el muchacho, familiarizado con el trato de las cosas divinas, ha perdido todo el respeto á las humanas, y que las reprensiones y aun los castigos del bondadoso señor cura hacen en él poco ó ningún efecto.

El cuadro del distinguido capitán de caballería Sr. Alba, titulado *La tarde*, revela en su autor cualidades artísticas poco ó nada vulgares. Domina en él cierta plácida poesía que muy bien se compadece con la dulce serenidad del crepúsculo vespertino, y que el Sr. Alba ha sabido interpretar de un modo magistral. Hallarán los lectores copia de esta hermosa obra en el segundo grabado de la pág. 169.

°°°

LA DUQUESA DE PALMELLA,

ilustre dama portuguesa.

En la moderna sociedad lusitana descuella como una de las figuras más ilustres la Duquesa de Palmella, dama de inteligencia y saber singulares, hermosa y discreta como pocas y digna de las mayores alabanzas.

No contenta con la gloria de su nacimiento, la Duquesa de Palmella ha buscado la del talento. No creyendo suficientes alegrías las de la opulencia, ha sabido procurarse las que proporciona el hacer bien.

Aficionada á las Bellas Artes, organizó no hace mucho una Exposición de escultura, que fué notable, y en la que sobresalió entre los buenos artistas. Su taller de escultor es quizás el mejor de Portugal. Sus palacios son verdaderos museos artísticos dignos de ser visitados.

Los pobres débenla tantos ó más beneficios que el arte, siendo el mayor de ellos la fundación de las cocinas económicas, en las que encuentran sustento muchos pobres de Lisboa. También ha colaborado con todo su esfuerzo la Duquesa de Palmella á las varias obras caritativas que ha emprendido S. M. la reina D.ª Amelia, principalmente á la del Dispensario de niños desvalidos.

No menos amante de la Naturaleza que del arte, la Duquesa de Palmella conserva y utiliza cuantas veces puede el bonito yate *Sorpresa*, de 22 toneladas, que hace algunos años le regaló su marido. Verdad es que pocas comarcas hay en el mundo tan merecedoras de ser visitadas como la costa portuguesa inmediata á la desembocadura del Tajo y el pequeño mar interior que forma este hermoso río antes de llegar al Océano.

En suma, la señora Duquesa de Palmella (cuyo retrato publicamos en la pág. 160) tiene tales derechos á ser conocida y admirada, que creeríamos faltar á un deber si no la presentáramos hoy á nuestros lectores.

°°°

MARRUECOS.

Santuario de Sidi-Yub, donde está enterrado Muley-el-Abbas. El mercado de esclavos. — La embajada española.

La ermita, próxima á Marruecos, en que está enterrado Muley-el-Abbas, aunque no muy grande ni muy rica, merece ser visitada, y para un español que conozca la historia contemporánea del Imperio mogrebi, es digna de particular atención. (Véase nuestro grabado de la pág. 160.) El árbol que se ve en primer término es sagrado, y los moros cuelgan en él, á guisa de ofrendas, trozos de sus vestidos.

Muley-el-Abbas tuvo á su cargo el ejército de Marruecos en la guerra llamada de África; pero lejos de quedar siendo enemigo de los españoles que le vencieron, fué en adelante admirador y amigo de ellos. Correspondíale el gobierno del Imperio á la muerte de su padre; pero como existía un partido en favor de su tío Muley Hasán, el magnánimo Príncipe, por evitar á su patria una guerra civil, renunció al trono. Asegúrase que no murió de muerte natural; pero sobre este particular nada puede decirse con fundamento cierto.

Muchas veces se ha mostrado escandalizada la prensa europea, señaladamente la inglesa, de que en el Imperio de Marruecos, casi á la vista de Europa, se vendan esclavos en público, de cuya fealdad ni aun la propia ciudad de Tánger está libre. Pero, á pesar del escándalo de los periódicos, siguen abiertos en el Imperio los mercados de esclavos que siempre ha habido, y no es probable que se cierren.

La mayor parte de los hombres, mujeres y niños vendidos proceden del Sudán, de donde los traen las caravanas que cruzan el desierto conduciendo otros géneros de comercio. Como Marruecos es la ciudad marroquí más próxima al Sahara, allí acuden la mayor parte, y en ella está por tanto el mercado principal, en una plaza no muy grande ni muy limpia, que nuestro grabado de la pág. 161 reproduce fielmente.

Han terminado las negociaciones con el Sultán de Marruecos, y ya viene de vuelta el general Martínez Campos. Las noticias que hasta ahora se tienen de lo conseguido en la embajada han satisfecho á mucha gente, considerando casi todos que la indemnización que se consigue es mayor de lo que se esperaba, y que lo demás que promete Muley Hasán también es muy bastante. De suerte que para los más exceden los fines con mucho á los ruines principios de este negocio.

«Lo mejor de los dados es no jugarlos», y en esto lo único bueno hubiera sido no ponerse á construir el fuerte; error que no tiene ni de manera alguna puede tener disculpa. Siguiéronse los demás que se sabe (y muchos que no se saben aún, pero que á su tiempo saldrán á luz), hasta la ida de la embajada extraordinaria, en la cual apenas es creíble que hayamos salido aventajados. La razón es clara. No podíamos pedir y satisfacernos con poco, después de las humillaciones sufridas, porque hubiéramos quedado aún más humillados y sin reputación alguna en el Imperio, daño gravísimo para lo porvenir. Tampoco podíamos pedir mucho sin provocar la última crisis de Marruecos, lo que era tanto como vender todas las naturales aspiraciones de España por un plato de lentejas. De modo que cuanto se haya conseguido ahora en beneficio de la honra será daño manifiesto para nosotros si de ello nacen dificultades para Muley Hasán; y si la honra quedaba como la teníamos después de lo sucedido en Melilla, sufríamos también daño y vergüenza. En suma, esta embajada ha sido un rompecabezas, del que no sabemos todavía qué cabeza habrá salido rota.

Nuestros lectores conocen ya por un precioso dibujo del Sr. Simonet la recepción de la embajada por el Sultán. Hoy, merced á la diligencia de nuestro distinguido corresponsal, podemos publicar (pág. 164) la interesante vista de una de las conferencias de mayor importancia: la celebrada el día 18. Los dos personajes que se hallan á la derecha del Sultán son el Garnit, jefe del Gobierno marroquí, y Saffar, secretario de Sid Mohamed Torres. El mobiliario de la estancia en que se verifica la conferencia es, según puede verse en el grabado, completamente europeo.

No creemos necesario añadir una palabra en demostración de la importancia de este dibujo, primero de una sala del palacio de Marruecos que se publica en España; pero sí diremos que éste es el segundo retrato, absolutamente auténtico, de Muley Hasán que publica LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

°°°

EL REVERENDO HERMANO JUSTINO MARÍA Y EL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN ESPAÑA.— (Véase el artículo correspondiente en la pág. 166.)

°°°

CUENCA.

El puente de San Pablo.

Tiene Cuenca, entre otros notables monumentos, dos antiguos puentes, uno sobre el Júcar y otro sobre el Huécar, río afluente de aquél.

Aunque este segundo puente es mucho más moderno que el primeramente nombrado, cuenta ya muchos años de ancianidad, pues comenzó á construirse por disposición del canónigo Juan del Pozo, hombre de grandes pensamientos, el cual murió en 1539, á poco de empezada la obra.

Costó ésta, que duró de 1533 á 1589, 63.000 ducados, y la dirigieron, primero un vecino de Uclés, llamado Francisco de Luna, y luego Juan Palacios, montañés, y Juan Gutiérrez de la Oceja, natural de Solórzano.

El puente de San Pablo (véase nuestro grabado de la página 168) levántase arrogante sobre cinco arcos, á 144 pies del río, y tiene de extensión más de 300. Hízose para comodidad de los vecinos de aquella parte de la ciudad y del convento de Dominicos de San Pablo, también fundado por Juan del Pozo.

°°°

SEVILLA.

Copa de plata de la Sociedad de tiro de pichones.

La Semana Santa de Sevilla tiene reputación universal, y á ella acuden forasteros de todos los países, incluso de América. Las fiestas que allí se celebran son muy diversas. Las hay sagradas, con grandísima pompa y majestad. Otras son profanas, y en éstas, con no menor lujo, hay alegría y algazara que parecen muy conformes con el hermoso azul de aquel cielo y las galas que allí viste la Naturaleza.

Todas las Sociedades sevillanas preparan diversiones agradables para entretener á propios y á extraños con carreras de caballos y velocípedos, corridas de toros, etc., etc., estableciendo buenos premios para los vencedores.

La copa que la Sociedad de tiro de pichones de Sevilla ofrece para las tiradas de la primavera de este año, es una preciosidad artística que no hemos querido dejar de dar á conocer á nuestros lectores, los cuales la hallarán representada en la pág. 172 de este número.

Fabricóse en Glasgow, en los talleres de los señores E. Sons, famosos industriales joyeros y plateros de la Casa Real de Inglaterra, y costó 2.000 pesetas.

G. REPARAZ.

MONASTERIO.

Hallábase hace pocos días el maestro Monasterio en la Capilla de Palacio, cuando recibió aviso de que incontinenti se presentara en la Real Cámara. Una vez en la regia estancia, S. M. la Reina le manifestó que le había llamado para tener el gusto de entregarle en propia mano el nombramiento de Director de la Escuela Nacional de Música y Declamación, que, con completa aquiescencia suya, había acordado el Ministro de Fomento.

Inútil es decir la profunda gratitud del gran artista por la merced que recibía y la delicada y bondadosa manera con que le era otorgada, que al par que enaltece á la augusta persona de la Reina, atenta siempre á recompensar el verdadero mérito, y muestra con cuánta razón dijo Tirso en una de sus más famosas comedias:

Blasón de un rey es el dar,
Pero lo es más el dar bien,

honra al hombre que ve premiada, y de modo tan señalado, una vida entregada por completo al culto del divino arte, y merced á lo que se debe en gran manera el movimiento musical de nuestra patria, en la segunda mitad de la presente centuria.

Y por si lo dicho no fuera bastante para llenar de legítimo orgullo á Monasterio, el Sr. Moret, secundando el nobilísimo ejemplo dado por la Soberana, y por iniciativa propia digna de elogio, quiso dar, y dió, con efecto, personalmente posesión de su nuevo cargo al agraciado, en presencia del Director general de Instrucción pública, del Rector de la Universidad Central y del claustro de profesores de la Escuela, que con marcada satisfacción vieron al compañero que por más de treinta y siete años había compartido con ellos las rudas tareas de la enseñanza, ascender, en recompensa de una larga y gloriosa carrera artística, al puesto que ocuparon el ilustre Arrieta, el gran didáctico Eslava, verdadera gloria del arte, Ayala, Ventura de la Vega y tantos otros hombres ilustres de nuestra patria.

La popularidad que justamente goza el nombre de Monasterio parecería excusar toda reseña que de sus méritos se hiciere, y toda apreciación de su mucho valer como artista y como hombre; pero, considerando que LA ILUSTRACIÓN tiene campo más ancho que el de nuestra patria, he creído no estaría demás el darle á conocer á los lectores de allende las fronteras, aunque para ello tenga que repetir en parte algo de lo que años ha tengo dicho, adicionándolo con todo aquello que necesario fuese y al caso y á mis propósitos conviniere.

D. Jesús de Monasterio y Agüeros, de noble y distinguida familia, es oriundo de las montañas de Liébana, en la provincia de Santander, y nació en la villa de Potes el 21 de Marzo de 1836. Una tarde, y cuando aun no contaba cuatro años y medio, hallábase su padre, que había vestido la toga en varios cargos de la administración de justicia, entreteniendo los ocios de una inmerecida cesantía, tocando el violín, que en su juvenil edad había aprendido en Valladolid, al par que la *Instituta* y el *Digesto*, cuando vió á su hijo sentado en un rincón del cuarto, en donde había entrado furtivamente, derramando abundantes lágrimas. «*¿Por qué lloras, niño?*, le preguntó.—*Lloro*, contestó el chico, *porque esa música me hace llorar.*» El padre, con gran instinto, comprendió que aquellos sollozos revelaban un alma delicada, una sensibilidad nada común, y eran los primeros destellos de una organización privilegiada, tal vez del genio, y desde luego se propuso no contrariar una vocación manifestada de modo y manera tan sublimes. Aprovechó el primer viaje que hizo á Valladolid para comprar á su hijo, cual sucedió á Mozart y á Viotti, un pequeño violín, que nuestro querido amigo conserva como preciosa reliquia, y dióle luego algunas lecciones, tan bien aprovechadas, que pocos meses después ya tocaba para que bailasen los mozos y mozas de su pueblo en la renombrada romería de Santo Toribio de Liébana, como, según cuentan, hizo de joven, en idénticas circunstancias, Mozart.

Tan precoz disposición no podía ni debía malograrse: así lo comprendió su padre, poniéndole desde luego bajo la dirección del primer violín de la catedral de Palencia, llevándole más tarde á Valladolid á recibir lecciones de un

entendido aficionado, el Sr. Ortega Zapata; y trayéndole después á la corte, donde perfeccionó sus estudios con don José Vega, cuyos excelentes consejos aprovechó el joven Jesús, D. Juan Ortega y D. Antonio Daroca, profesores los tres de la Real Capilla, mereciendo el honor de tocar en Palacio y de que el entonces Regente del reino le señalara una modesta pensión.

Corrió por entonces Monasterio las principales ciudades de España, cosechando aplausos y diplomas de mérito, hasta que la muerte de su respetable padre puso término á los viajes, obligándole á retirarse con su madre y hermanas á su pueblo natal. Allí, en su querida *tierruca*, hubiera permanecido, y tal vez, ahogado por el mutuo cariño, habríase malogrado un porvenir de triunfos y de gloria, si un hombre entusiasta por el arte y cariñoso hasta el extremo con su pupilo no se interpusiera, arrancándole, con voluntad firme y decidida, del obscuro rincón donde había ido á llorar su reciente desgracia. Este hombre, que para Monasterio fué lo que el pobre maestro de escuela de Haimbourg con Haydn, el noble tarentino Girolamo Carducci con Paisiello, y el Padre Polcano con Cimarosa, era su tutor D. Basilio Montoya. Con un cariño verdaderamente paternal se encargó de la educación de su pupilo, y después de aconsejarse de los mejores maestros, le llevó al Conservatorio de Bruselas, donde, por mediación de Gevaert y del hijo del inspirado tenor Manuel García, consiguió fuera admitido, tuviese por maestro de violín al gran Beriot, de armonía á Lemmens y de composición al sabio Fetis; vigiló su educación, manteniendo activa correspondencia con los maestros del joven Jesús, y, hasta morir en brazos de su agradecido pupilo, dióle señaladas muestras de un cariño y de una solicitud verdaderamente paternales.

Dos años no más habían pasado desde que Monasterio, no sin dar pruebas de su carácter resuelto y decidido, había entrado en el Conservatorio bruselense, cuando Montoya recibió de allí una carta que le colmó de alegría. El entusiasta amigo de Monasterio, el hoy célebre musicógrafo y director de aquel centro docente, F. A. Gevaert, le anunciaba en ella que, á pesar de las prevenciones del Jurado, «no por el mérito, sino por la poca edad del joven Jesús», éste había obtenido, en unión de su condiscípulo Beumer, y después de reñida lucha con sus competidores, el *premio de honor* en el violín; triunfo retardado un año por su maestro, temeroso de que, envanecido con él, no estudiara y llegase, como merecía, «á la más elevada altura en el arte».

Ansioso de ver á su madre, abandonó poco tiempo después aquella su segunda patria, y á su llegada á Madrid recibió el nombramiento de violín honorario de la Real Capilla, llegándole de Roma el título de miembro, también honorario, de aquella Academia pontificia, y de Londres la invitación de Julien para tomar parte en los conciertos que anualmente daba en Inglaterra, Escocia é Irlanda. Aceptada ésta por Monasterio, su peregrinación fué una serie no interrumpida de triunfos, bien que alguno de ellos diera y no poco susto á nuestro compatriota, pues habiendo sido objeto de espontáneos y nutridos aplausos en el teatro de Edimburgo al terminar una *Fantasía española* de su composición, sintió, una vez retirado de la escena, desencadenarse una tormenta de silbidos y gritos que le aterró, hasta que el empresario, loco de alegría, se apresuró á tranquilizarle, haciéndole saber que los buenos de los edimburgueses, cuando llegan al colmo de su entusiasmo, no aplauden; silban y braman.



LA DUQUESA DE PALMELLA,

ILUSTRE DAMA PORTUGUESA.

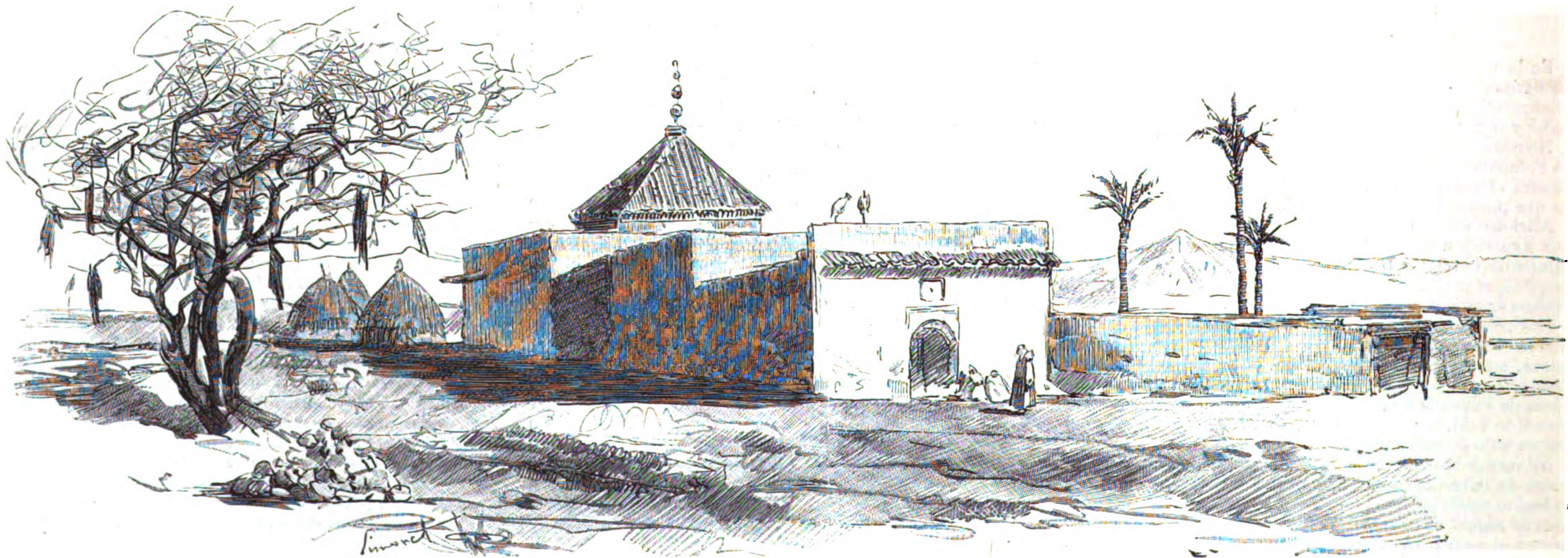
Monasterio, á la vuelta de su viaje (1857), entraba ya definitivamente en la orquesta de la Capilla Real, y recibía el nombramiento de profesor de violín del entonces Conservatorio de Música, cargo que con loable celo y perseverancia ha desempeñado hasta encargarse, cuatro años ha próximamente, en la misma Escuela, de la cátedra de *perfeccionamiento de violín y de música instrumental de cámara*, que en la actualidad desempeña. Cuáles hayan sido los resultados de su escuela, dígalo todo el que haya oído interpretar á los instrumentos de cuerda en la *Sociedad de Conciertos* y en el teatro Real, las más difíciles obras, de modo incomparable, mostrando así elocuentemente la manera admirable con que Monasterio ha sabido transmitir á sus discípulos la elegancia, la pureza de ejecución y la dulzura del sonido, una de sus más características cualidades como violinista.

El cuidado de su querida madre y el cumplimiento de sus deberes retuvieron al joven Jesús entre nosotros, hasta que las reiteradas instancias de sus amigos del extranjero, y la fama que allí había adquirido, le obligaron á salir de España en el otoño de 1861. Corrió, hasta la primavera del siguiente año, Bélgica, Holanda y gran parte de Alemania, siendo su viaje una serie no interrumpida de triunfos. No era el niño que encantaba por su tierna edad, y por la precocidad de su talento; Monasterio pertenecía ya á esa clase de hombres aparte de los demás, á esa «legión escogida que ocupa un rango ilustre en el gran ejército de los espíritus», como la llama un profundo pensador de nuestros días. De escuela pura y severa, de grandioso estilo, sensibilidad exquisita y afinación perfecta, venciendo sin afectación ni pedantería las mayores dificultades, Monasterio se apoderaba ya entonces de sus oyentes, y «cambiaba el estado de su alma», como á Baillot le decía en la Malmaisón el cónsul Bonaparte.

Durante esa excursión, y aprovechando Monasterio los días que le faltaban para tomar parte en los notables conciertos del *Gevandhaus*, de Leipsick, marchó á Berlín, deseoso de conocerá Meyerbeer. Quiso éste oirle, y nuestro amigo tocó, acompañándole al piano el célebre maestro, su *Concierto de violín*, por el que recibió de aquél merecidos elogios, y el *Adiós á la Alhambra*, preciosa joya de su composición. Tanto gustó é impresionó ésta al autor del *Roberto*, que le obligó á repetirla, y le instó para que retardara su viaje, á fin de tomar parte en un concierto que iba á darse en el Palacio Real y que aquel gran maestro debía dirigir.

Después de este viaje artístico, y á pesar de las reiteradas instancias del Gran Duque de Weimar para que aceptase el puesto de primer violín y director de los conciertos de su corte, y de las que más tarde se le hicieron por el ilustre Gevaert para que ocupase en el Conservatorio de Bruselas el puesto de su maestro Beriot, Monasterio sentó sus reales definitivamente entre nosotros.

Su amor al arte y su veneración á los clásicos, á cuyo estudio ha consagrado largas vigilias, han hecho que nos deleitemos oyendo las más preciadas obras de éstos en las sesiones de la *Sociedad de Cuartetos*, que, en unión del inolvidable Guelvenzu, fundó en 1863, y que hoy siguen siendo el deleite y encanto de los verdaderos amantes de la música, de tal



MARRUECOS. — SANTUARIO DE SIDI-YUB, DONDE SE HALLAN DEPOSITADOS LOS RESTOS MORTALES DE MULEY-EL-ABBAS.

(Dibujo del natural, de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



MARRUECOS.—EL MERCADO DE ESCLAVOS.

(Dibujo del natural, de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.

modo que, no ya el humilde saloncillo del Conservatorio, donde comenzó sus tareas, sino el Salón Romero, al presente, apenas basta para contener el público que acude á admirar las producciones de los grandes maestros antiguos y modernos, en el género clásico de cámara, y el artista que de una manera inimitable las da á conocer, «no tan sólo cual aquéllos las habían soñado, sino enriquecidas, completadas y como transfiguradas por esta segunda creación», como de Baillot decían sus contemporáneos. Y es que, como ya en otra ocasión dijimos, Monasterio, con su *Stradivarius* en la mano (precioso regalo de D. Juan Gualberto González), arrastra tras sí á su auditorio, y ora infunde en su espíritu el dulce y tranquilo reposo de la música de Haydn, ora le llena de melancolía y le arranca lágrimas en el sublime Quinteto en *sol menor* de Mozart, ora oprime su corazón y le agita y le conmueve en un pasaje dramático de Beethoven; y es que, como nuestro artista dice gráficamente, *toca la música de Haydn con placer, la de Beethoven con entusiasmo, la de Mozart con pena en el corazón y la de Mendelssohn con pasión.*

Y de esas memorables sesiones, cuya crónica está escrita en La Ilustración, salieron, como ha dicho Castro y Serrano en su precioso libro, escrito años ha, *Los Cuartetos del Conservatorio*, «los aficionados que á su vez extendiesen la afición por diversas capas sociales extraviadas por modas de mal gusto»; siendo consecuencia de ello el que nuestro público admire hoy y aplauda con intuición pasmosa las obras de los más afamados maestros, muchos de cuyos nombres no eran por aquellos tiempos siquiera conocidos de la mayoría de las gentes; y que esa saludable reacción musical se haya extendido á las principales poblaciones de España, merced á los viajes, que bien pudieran llamarse de propaganda del buen gusto, que ha hecho la referida Sociedad en más de una ocasión.

Y no sólo es esta rama del divino arte en la que Monasterio raya á gran altura, pues no menor es la que alcanza como director de orquesta. Sus primeros ensayos, á los que se resistió con el temor de un hombre de valer, á pesar del gran respeto y cariño que le merecía el gran Eslava, iniciador de la idea, fueron en las primaveras de 1864 y 1865, dirigiendo con notable acierto los conciertos clásicos que se dieron en el gran salón del Conservatorio por la *Asociación artístico-musical de socorros mutuos*, y mereciendo que aquel sabio maestro le regalara, con expresiva dedicatoria, la partitura original de su hermosa *Cantiga del rey Alfonso el Sabio*, que en ellos se estrenó. Después, y desde 1869 hasta 1876, estuvo al frente de la *Sociedad de Conciertos*, que cuenta aquella época como una de las más brillantes de su ya larga historia. Conocedor profundo nuestro artista de la orquesta, y tanto más de la partitura que tiene delante de sí, pone en relieve, no sólo todos los efectos que los autores han indicado en ella, sino que va más allá; si no los ve, los adivina, y hace resaltar detalles que, á no ser por su exquisito cuidado, pasarían inadvertidos. El gran conocimiento que tiene del instrumental de cuerda, alma de toda orquesta, hace que, dominados los que la componen por su batuta, que en sus manos se convierte en varilla mágica, canten con el violín como su hábil director puede hacerlo, y de tal modo obedezcan á la más ligera inflexión de aquélla y respondan al pensamiento de éste, que no haya faltado un orador elocuente que al verlo, en tiempos que la España andaba harto revuelta, dijese que el poder más respetado que conocía entre nosotros era el de Monasterio sobre su orquesta.

Si, como Buffón ha dicho, el estilo está en nosotros, es la expresión de nuestros sentimientos, es «el hombre mismo», las obras de Monasterio revelan lo que es. Su *Scherzo fantástico*, su *Marcha fúnebre y triunfal*, su *Andante religioso* y su *Estudio de concierto*, para orquesta; su *Gran fantasía sobre aires populares españoles*, su *Concierto en si menor* y su poético *Adiós á la Alhambra*, para violín; los *Estudios artísticos*, para dicho instrumento, grandemente elogiados por Gevaert, y adoptados como texto por los Conservatorios de Madrid y Bruselas; su cantata *El Triunfo de España*; sus coros á voces solas *El Regreso á la patria*, y *Véante mis ojos*, de Santa Teresa; su *Dies iræ*, á fabordón, y el *Requiescat*, también á voces solas, hermosas y sentidísimas páginas, que en breves horas, y nublados los ojos por el llanto, escribió para los funerales de su santo amigo D. Santiago de Masarnau, y cuyo autógrafo poseo, y un Album de bellas é inspiradas melodías para canto, todas ellas revelan el carácter melancólico de nuestro amigo, no de esa estéril tristeza hija del egoísmo ó del pesar del bien ajeno, sino de la sublime melancolía, característica é inherente casi siempre al genio; en todas se ve marcado su espíritu sinceramente religioso; y todas, en fin, revelan un alma pura, un corazón sano, una inteligencia elevada.

Recompensa debida á labor tan ardua como la que he reseñado, fué la de ser uno de los individuos de número de la Real Academia de San Fernando, nombrados, una vez creada en ella, en 1873, la sección de música, de la que ha sido elegido presidente en los momentos que escribimos estas líneas, y la de ver honrado su pecho con la gran cruz de Isabel la Católica en 1879, y la encomienda de Cristo de Portugal, que personalmente le entregó el Monarca lusitano cuando Monasterio hizo su primera excursión artística á Lisboa con la *Sociedad de Cuartetos* en 1882.

«Contento con merecer las ajenas alabanzas, no se fatiga por obtenerlas»; modesto, no hipócrita; incapaz de presunción como de aquella «raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes», como Cervantes llamó á la envidia, sabe que «la modestia es la verdad», según de modo admirable la definía Santa Teresa, y ni se cree merecedor de todos los elogios que se le prodigan, ni desprecia su valer; y es que, como todos los de su altura, sabe y siente que lo más bello y divino que hay en el hombre nunca sale de él; que entre lo que se siente y lo que se expresa media un abismo imposible de salvar. Cariñoso con su familia, sincero y firme en su amistad, recto en su proceder, ajeno á todo fingimiento é hipocresía, y amante de sus discípulos, que ven en él un maestro solícito, ansioso de sus adelantos, y protector decidido en todo momento, es, por último, digno heredero de las tradiciones de su gran amigo Masarnau, y amparo, por tanto, de no pocos infelices á quienes socorre en sus necesidades y consuela en sus aflicciones.

Tal vez á algunos de los lectores de La Ilustración que no le conozcan, parezcan exagerados estos elogios; tal vez los consideren hijos, más bien que de un juicio recto y desapasionado, de la fraternal amistad que con él nos une, y de que Monasterio dió elocuente muestra en el muy sentido y bien pensado discurso que leyó con motivo de nuestra entrada en la misma Real Academia, de que él es uno de sus miembros más preclaros. Fácil sería sincerarnos de ello, pero no lo hacemos, recordando que Quintana ha dicho: «Esta especie de excusas no sirven para los hombres de razón, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no les convencen.»

Bosquejado lo que es el hombre y reseñada la vida del artista, sólo me resta enviarle mi cordial felicitación, tanto más cumplida, cuanto que el importante puesto que le ha sido confiado, lejos de ser pretendido por él, se resistió á aceptarlo. Para ello no encuentro nada mejor, ni que más responda á mi pensamiento, que adherirme en todo y por todo á la carta que con tal motivo le ha escrito el inspirado vate Manuel del Palacio; dice así:

Sé por la prensa local
Que, á tu genio haciendo honor,
Te han nombrado Director
De la Escuela Nacional.
Mi amistad franca y leal
Toma en tu júbilo parte,
Por más que, sin adularte,
Pienso, y lo declaro así,
Que se debe antes que á ti
Dar la enhorabuena al arte.

J. M. Esperanza y Sola.

LA BUENA LETRA.

Una de las opiniones absurdas que han tenido su época de estar en boga, merced á la falta de sentido común, tan común en estos y en los otros tiempos, es la de que el escribir bien, el tener letra hermosa y clara, es cosa de ramplones maestros de escuela: siendo, al contrario, propio y distintivo de hombres talentudos y de alta jerarquía el trazar unos garrapatos disformes, para cuya interpretación se necesite habilidad, tiempo y paciencia.

Cien y cien veces oí tamaño desatino, y voy á exponer, *calamo currente*, ó á vuela pluma, lo que ahora se me ocurre.

Y es lo primero, que los defensores y patronos de los garrapatos son gente baladí, sin la menor importancia científica ó literaria: mientras que sus antagonistas, los partidarios de la letra clara y gallarda, gozan con justicia de envidiable renombre.

Contestando desde Burgos, con fecha 15 de Septiembre de 1523, el doctísimo Guevara á su amigo D. Pedro Girón, le dice: «Si el ayo que tuvistes en la niñez no os enseñó mejor á vivir, que el maestro que tuvistes en la escuela á escribir, en tanta desgracia de Dios caerá vuestra vida, como en la mía ha caído su mala letra; porque le hago saber, si no lo sabe, que más querría construir (1) cifras, que no leer sus cartas.»

Y más adelante, en la misma contestación, añade con gracejo:

«Dí á leer vuestra carta á Pedro Coronel, para ver si venía en hebraico: dila al maestro Prejamo, para que me dijese si estaba en caldeo: mostréla á Hamet Abducarín, para ver si venía en arábigo; dila también al Sículo, para que viese si aquel estilo era griego; enviésela al maestro Alaya, para saber si era cosa de astrología; finalmente, la mostré á los alemanes, italianos, ingleses, escocianos y franceses, los cuales todos me dicen que, ó es carta de burla, ó escritura encantada.»

¡Qué tal pendolista sería el D. Pedro Girón, cuando nadie lograba entender sus garabatos, ni aun averiguar el idioma en que iban escritos! Y cuenta, que no era ningún torpe el D. Antonio Guevara: sino filósofo, historiador, teólogo, literato y elocuentísimo predicador del césar Carlos V.

Uno de los califas inmediatos sucesores de Mahoma ordenó grabar esta máxima en todas las escuelas públicas de su extenso imperio:—«Aprended á escribir bien: la bella escritura es una de las llaves de la riqueza.»

Y lo fué ciertamente en toda la antigüedad y en los tiempos medios, pues el buen pendolista profesaba el mejor de los oficios. Las copias primorosas se pagaban muy caras, y los que sabían hacerlas contaban casi siempre, además del salario, con la protección y apoyo de príncipes y magnates. Con la invención del arte de imprimir disminuyó mucho el número de los copistas y la importancia y valor de las copias: mas todavía durante algún tiempo no pudo competir el impreso con el manuscrito en limpieza, corrección y hermosura. Aun ya bien entrado el siglo XVI hubo un habilísimo calígrafo italiano, llamado Angel Vergeccio, cuyos caracteres manuscritos en tal manera aventajaban á los de molde, que su fama se extendió á naciones extrañas, quedando su nombre por término de toda ponderación en su arte, pues de cualquiera gran pendolista se decía: «escribe como Angel»; de donde, obscurecida la tradición, se dice hoy con igual motivo: «escribe como un ángel».

Pero el hacerlo chapuceramente, según acostumbran muchos, indicio es de una educación muy descuidada, y por ninguna manera de alta jerarquía ni de excepcional talento. Si se alega que *algunos* hombres muy doctos sólo trazan garrapatos, puede contestarse que *todos* ó casi todos los brutos escriben mal, y lo mismo sucede con la gente de ínfima condición y rapada á navaja de los más elementales conocimientos. Jamás vi ni supe que hiciese primores con la pluma en la mano ningún tío de manta y alpargatas. Y prescindiendo de lo dicho, que son verdades de grueso calibre, paréceme que *el quid* y el mérito de todas las cosas estriba en hacerlas bien y no mal. ¿Pinta un hombre? Pues mientras mejor lo haga, tanto mejor. ¿Predica, declama, construye muebles, enseña ciencias ó artes? Lo mismo. Pues ¿qué motivo racional hay para excluir el arte de la escritura, la invención más estupenda de que puede gloriarse el linaje humano? ¿Y para qué sirve? Casi nada. Para eternizar los descubrimientos y las ideas, y poner en comunicación los hombres con los hombres. Siendo esto así, como lo es, todo cuanto dificulte ó se oponga á tan alto fin, como se opone por su obscuridad el mal trazado escrito, censura merece y de ningún modo alabanza, ni siquiera disculpa. El que dirige una carta por el estilo de la de D. Pedro Girón á Guevara, además de manifestar su torpeza, comete una falta de cortesía para con su corresponsal, pues equivale á decirle:—«No quiero molestarme en trazar con claridad los caracteres; descífrela usted si puede; gaste paciencia y tiempo, y fastídiese, que nada me importa.» Y prueba incontestable de ello es, que cuando alguien ha de dirigir oficio ó cualquiera papel á príncipe, ministro ó superior, si no sabe escribir con claridad y gallardía, busca quien lo haga en su nombre, comprendiendo la mencionada descortesía y recelando no ser leído. Por lo que á mí toca, aunque ni con cien leguas soy príncipe ni cosa que lo valga, no suelo entretenerme en descifrar logogrifos, sino los rompo y los echo á la cesta de los papeles inútiles. Si esto se hiciera moda, ya procurarían muchos corregirse.

Cuentan que un rey de Francia, todavía niño, tenía para su educación religiosa y literaria un maestro, obispo, y para la militar otro maestro, general de ejército, poseedor de un endiablado carácter de letra. El general escribió al obispo, á quien entregaron la misiva en presencia del niño rey. Previo el permiso del monarca, abrió su carta el obispo, y después de contemplarla buen rato, hizo varios gestos de aflicción, y puso tan compungido semblante como si fuese á llorar. Preguntóle el regio discípulo si le había ocurrido alguna desventura, y contestó el eclesiástico:

—Señor, no me aflijo por mí, sino por la desgracia de V. M. en tener dos maestros tan torpes: uno, que no sabe escribir, y es el general; otro, que no sabe leer, y soy yo.

La mala escritura es exactamente como la mala pronunciación: nadie gusta de hablar con un prójimo de lengua estropajosa, á quien hay que preguntar cada minuto: ¿Qué dice usted? Pues menos agrada todavía la escritura ininteligible. Esto en cuanto al gusto; que si entramos en más graves consideraciones, los perjuicios pueden ser enormes: un testamento, un contrato de compra-venta, una carta dotal, etc., faltos de la claridad debida, suelen ocasionar con el tiempo disensiones, litigios y toda suerte de molestias y daños, de lo cual hay numerosísimos ejemplos. Y si á la revesada letra se añade la costumbre de las abreviaturas, tan de moda en la segunda mitad del siglo XV y principios del siguiente, es miel sobre hojuelas, y sobre manchado, descosido.

Y ¿qué diré de los originales destinados á la imprenta, si, por lo confusos, no los traduce bien el cajista?

«Sufrió la Condesa movimientos convulsivos, y tuvo aquella noche pesadillas horrorosas.»

Esto quiso escribir cierto novelista romántico; pero de la imprenta salió lo siguiente:

«Sufrió la Condesa movimientos con bolsillos, y tuvo aquella noche pescadillas horrorosas.»

Y en otra novela del género amoroso, por «te quiero con ternura», estamparon: «Te quiero con ternera»; y por «tuya hasta la muerte, tuya hasta lamerte»: acción más propia de perro que de apasionada señorita. He visto en otros impresos *te*

(1) Interpretar.

sigo, por *tósigo*, *Pilatos* por *Pílades*, y *pañales* por *puñales*.

¿Y los millares y millares de cartas extraviadas por los indescifrables garabatos de los sobrescritos? Quien desee informarse de este punto curioso y pasar un buen rato, busque y lea el amenísimo artículo de mi docto amigo Thebussem, y hallará cosas que ni soñó siquiera, y que son verdades comprobadas y evidentes. Baste decir, según datos oficiales, que en solos cuatro años quemó la Administración de Correos cerca de medio millón de cartas, que no podían llegar á sus respectivos destinos, la mayor parte por nombres y señas de todo punto indescifrables. Pero tal enormidad tiene sencilla explicación: ¿qué ha de suceder en un país donde se reduce á pedir limosna y se deja perecer de hambre á los maestros de escuela?

Al elogiar la buena letra, no pretendo en modo alguno que todos sean pendolistas y calígrafos, pues sería pedir demasiado: basta con que la escritura cumpla su objeto, que es transmitir con claridad lo que deseamos; así, pues, tan sólo debe exigirse en todo escrito el que pueda leerse sin trabajo y sin la menor duda relativa á su contenido. La caligrafía, ó sea la bella escritura, es un arte que tiene representantes famosos desde la antigüedad más remota. Plinio cuenta que Cicerón vió la *Iliada* entera, con sus 15.210 versos, copiada primorosamente, y sin abreviaturas, en un lienzo finísimo, que después de arrollado cabía en una cáscara de nuez: el magistrado chino Wan-Hi-Che alcanzó extraordinaria nombradía por su habilidad en escribir con pincel: Girolamo Rocco en Venecia, Agustín en Siena, Creci en Milán, Kempis en los Países Bajos, Bales en Inglaterra, Rossignol, Miguel, Lesgret, Saint-Omir en Francia, y los admirables Torío é Iturzaeta en España, han sido y son célebres como insignes pendolistas. Aun existen instituciones ú órdenes religiosas que parecen destinadas á conservar la excelente forma de letra, como en nuestro país sucede con los PP. Escolapios, que todos escriben bien y enseñan á escribir bien á sus discípulos. Hoy ya se van conociendo las ventajas de tener excelente letra, y la reforma empieza por el bello sexo; pues he notado que las señoritas de Madrid suelen escribir mejor que los señoritos. Las señoritas dignas de este nombre no gastan puntos en sus medias, pero sí en sus cartas, y además comas, interrogaciones y toda suerte de signos ortográficos, que transmiten al escrito las diversas inflexiones de la palabra.

Aseguré al comenzar el presente artículo que los impugnadores y adversarios de la buena letra eran gentecilla baladí (hablando intelectualmente); mientras que sus defensores y entusiastas eran y son todo lo contrario: y para terminar citaré algunos, sobre los ya mencionados. Digo algunos, porque si los citase todos sería cuento de nunca acabar, y no quiero hacerme pesado ni prolijo á fuerza de remachar el clavo. Cristóbal Colón, uno de los más grandes hombres de la historia universal, hacía gallarda y redonda letra, y de esta habilidad se sirvió para ganarse el pan en sus malos tiempos. Cervantes en su *Quijote* y en otras obras alaba el buen escribir y abomina de los garabatos y jeroglíficos de los curiales. Carlos I de España y V de Alemania, hasta se ponía de mal humor al ver escrituras mal trazadas: su hijo Felipe II encargaba mucho á sus secretarios la claridad y tersura en la redacción y copia de toda suerte de documentos. Moratín en su comedia titulada *El Café* alaba la buena letra de D. Eleuterio, y, por modo indirecto, á los PP. Escolapios que se la enseñaron, mientras en una de sus cartas se burla de la de D.ª Francisca Muñoz. El ministro prusiano Bismarck expidió un decreto declarando sin valor legal los documentos y firmas que no fuesen perfectamente legibles. Chateaubriand y Lamartine alaban la bella escritura; y de nuestros modernos literatos Martínez de la Rosa, Quintana, Lista, Reinoso, Hartzenbusch, Nicasio Gallego, el Duque de Rivas, Tassara, Bretón de los Herreros, Espronceda y Zorrilla, usaban de clara y excelente letra: sobre todo este último estaba más contento y ufano por tal cualidad, que por haber compuesto el poema de *Granada*. Actualmente son muchos los literatos que escriben bien en ambos sentidos, y los citaría por sus propios nombres si no temiese ofender su modestia; pero yo, que no tengo ninguna, declaro que lo hago bastante regular, y que por ello no sufro el menor disgusto; al contrario, estoy muy satisfecho de no trazar garrapatas, ni echar borrones, ni ensuciar los papeles donde pongo la pluma, dejando en ellos inequívocas señales de mi propia torpeza. Y aquí se concluye.

Narciso Campillo.

EL MES DE RAMADHÁN EN MARRUECOS.

Noveno mes, en el calendario lunar mahometano, tiene el de Ramadhán singular y altísima representación entre los islamitas, á causa de haber sido especialmente consagrado por el mismo Profeta. El *Libro Santo*, aquel que, dictado por Alláh, fué revelado á Mahoma con intervención del arcángel Gabriel, para servir de dirección á los humanos, como explicación clara de los preceptos divinos, y como distinción entre el bien y el mal, descendió precisamente de los cielos en la luna de Ramadhán, que es por ello bendita y reverenciada de los musulmanes.

> Ramadhán la engrandecida,
> De las doce la novena,
> ¡Secretos grandes de Alláh,
> Que no fuese la primera!

Así decía, con efecto, Mohámmad Rabadán en su libro poético de las doce lunas, haciendo relación á ésta (1), y encareciendo su significación y su importancia, no siendo fácil de comprender la razón que tuvo en realidad Mahoma, al reformar el calendario arábigo, para dejar el mes de Ramadhán el noveno, y no inaugurar con él el año.

«La luna de Ramadhán—dice Mahoma, después de consignar, cual queda referido, que en ella descendió de los cielos el *Libro Santo*—es el tiempo destinado al ayuno.» «Tan pronto como sea esta luna advertida por quienquiera que fuere, se dispondrá á ayunar inmediatamente» (2). He aquí la causa por la cual, en medio del singular fanatismo que á los mahometanos caracteriza, el descubrimiento de la luna de Ramadhán da ocasión y motivo á escenas verdaderamente cómicas muchas veces.

Desde el momento en que declina el último día del mes de Xaàbán, que al de Ramadhán precede, los musulmanes observan con toda atención el cielo, con objeto de descubrir la luna nueva, para lo cual poseen finísimo tacto y vista sumamente práctica y penetrante: y una vez advertida en el espacio la presencia del astro, «basta la declaración de dos testigos que depongan ante el cadhí haber visto la luna», para que sea proclamada con toda solemnidad la entrada del mes bendito, según le apellidan, anunciándose en Fez «por tiros de fusil disparados desde una altura vecina, y por el lúgubre sonido de las trompetas que tocan los gritadores públicos desde lo alto de todos los minaretes de las mezquitas» (3).

Las poblaciones musulmanas cambian de aspecto durante el Ramadhán, y todos los fieles, salvas algunas excepciones, se consagran al riguroso ayuno impuesto en ésta, que es el cuarto precepto divino, observado de muy peregrina manera. «Es deudo sobre toda persona de edad que dayune, hombre ó muger: el barón quando llegue á edad de diez y seis años, y la muger, que la venga su flor ó duerma con varón ó llegará á edad de catorce años, tubiendo libertad y poder para ello»: así dice «el onrado sabidor, moftí y alfakí del aljama de los moros de la noble y leal ciudad de Segovia Don Iça Gebir», en la *Suma de los principales mandamientos y deuedamientos de la ley y çunna* (4), añadiendo, entre otras particularidades, por lo que hace á las excepciones legales del precepto, que «el biejo y el flaco sin fuerças que no podrán ayunar, den mantenimiento á un pobre y tórnenlos á dayunar; y quando fuere rico el caminante, que se puede sufrir de yr camino y caminará en Romadhán, y comerá por cada día, dé de comer á un pobre, y tórnelos á dayunar». Que «la muger preñada coma y mantenga un pobre, si tubiere de qué, y la que cría, si se teme de la criatura, busque quien la mantenga; y si sus bienes ó los de su marido lo sufren, coma, y si éste no pudiera sufrir, dé de comer á un pobre como dicho es; mas los dos tornen los días quando pudieren». «Y si la criatura no quisiere tomar la teta de otra muger, la otra coma» (5).

«Durante los días de ayuno—prescribe el Korán—no tengáis ningún comercio con vuestras mujeres: pasadlos en actos de devoción: pero durante la noche os está permitido acercaros á ellas» (6). «Es quitado el dormir de día en Romadhán, y si durmiere y se soñare....., en despertando purifíquese lo antes que pudiere, y después

(1) Gayangos, *Memorial histórico español*, t. V, págs. 303 y 304. nota.

(2) *Korán*, Sura II. aluja ó versículo 181.

(3) Alí Bey El-Abassi, *Viajes*, t. I. pág. 146.

(4) Publicada por Gayangos en el tomo V del *Memorial histórico español*.

(5) Pág. 306 de dicho tomo del *Memorial histórico español*.

(6) Sura II, aluja 183.

buelba el día», es decir, ayune y no duerma (1). «La muger que estubiere suzia de su flor ó parición, no ayune, y cuente un día por otro, tornándolos á dayunar.» «El caminante y el doliente que no ayunaran, no dexen de hacer su *açala* (oración) como mejor puedan..... y bolberán aquellos días.» «El dayunante combiene apartar su corazón y su lengua y sus miembros y todos sus sentidos de toda cosa injusta, ynpúdica y desonesta, cumpliendo su *açala* lo mejor que pudiere en la mezquida.»

«El que en el mes de Ramadhán comiere á sabiendas, diziendo que no es obligado á ello, este tal es digno y mereçedor de la muerte, como aquel que niega y desconoçe y desobedeçe los mandamientos de Alláh y de su santa Ley.» Mas si esto ocurre durante el día, declara el Korán, dirigiéndose á los fieles: «Os está permitido comer y beber hasta el instante en que podáis distinguir un hilo blanco de otro negro; á partir de este momento, observad estrictamente el ayuno hasta la noche» (2).

Y he aquí cómo y por qué, aunque según escribía el ya citado Mohámmad Rabadán,

> .....Este ayuno no consiste
> Solamente en abstinencia
> Del comer y del beber,
> Que también ha de haber rienda
> En detener los sentidos,
> Las manos, ojos y lenguas,
> Los oídos y los pies,
> Que ande todo en l'obidencia
> Del Señor que lo ha criado
> Para su servicio y cuenta, etc.,

dando al olvido los enojos, las pendencias, los odios, las enemistades, las banderías, las cuestiones, las ambiciones, y, en suma, todas las *malezas* —desde que el sol se pone, á la hora de *al-magrib*, y dan desde lo alto de los alminares la señal con sus trompetas los almuédanos, el aspecto de las poblaciones mahometanas cambia en absoluto y por completo.

Al silencioso recogimiento del día reemplaza espectáculo bien distinto: «se suceden los convites y las funciones caseras, y los lupanares y cafés en donde se canta están tan concurridos y se ven en ellos escenas tan lúbricas, que no deben referirse.» «Los jóvenes y los pobres van por las calles con músicas, y no queda broma que no se invente en aquellas noches, que podremos apellidar el Carnaval de los árabes.» «En estas fiestas se baila una danza muy parecida á nuestro fandango, pero adulterado con movimientos algunas veces indecentes.» «Necesario es confesar que el fandango también los tiene en algunas mudanzas, y que algunos bailadores las exageran demasiado; pero entre los árabes esta exageración es precisa, y va acompañada de gestos y dichos picantes, que son las sales de la reunión.» «Mientras el baile, las mugeres están sentadas sobre alfombras, fumando sus pipas, y tanto de su boca, como de la de los hombres, se deslizan flores y alabanzas á la pareja que baila, que tan comunes y chistosas son en nuestros sevillanos» (3).

«Como todo el día lo pasan sin comer ni beber», la hora de *al-magrib* es esperada con ansia por los musulmanes, entre quienes, de aquellos que no tienen necesidad de trabajar para vivir, «los más pierden la cabeza de tanto rezar y leer el Korán; los otros de leer libros ascéticos ó sagrados; otros, finalmente, por la debilidad del estómago y la tristeza, que es su compañera inseparable», alterando á todos «el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan de lo alto de los minaretos á diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho» (4).

Al distinguir la señal, ó escuchar los tiros ó trompetazos que anuncian la noche, «todo el mundo se pone en movimiento», abandonando las mezquitas ó las ocupaciones diarias, «y por el pronto comen una especie de puches de harina con miel, azúcar ú otro condimento nutritivo: luego hacen la oración [de *al-magrib*], y poco después se ponen á comer», siendo muchos los que «comen tres ó cuatro veces en la noche» (5). En todas las del Ramadhán, «antes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles» tocando con estrépito el tambor; mientras otros, «armados de enormes mazas..... dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer antes de la hora de la oración de la mañana» (6).

(1) *Suma de los principales mandamientos y deuedamientos*, etc. (*Mem. hist., esp.*, tomo citado, pág 308). A pesar de esto, Alí Bey afirma que «los ricos apenas sienten el ayuno del Ramadhán, pues pasan el día durmiendo, para desquitarse ampliamente de sus privaciones por la noche, de suerte que no hacen sino cambiar la época de sus goces diarios. (*Viajes*, tomo I. pág. 145.)

(2) *Korán*, Sura y aluja citadas.

(3) D. Manuel Malo de Molina, *Viajes á la Argelia*, páginas 196 y 197.

(4) Alí Bey, *Op. et loco cits.*

(5) Íd., íd.

(6) Íd., íd.

LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS LEYENDO AL SULTÁN LAS BASES DEL NUEVO TRATADO ENTRE ESPAÑA Y MARRUECOS.

(Dibujo del natural, de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)



BELLEZA ORIENTAL.
CUADRO DE FRANK RECH.

«La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro que, sin tener libro delante, recita el Korán en alta voz; el pueblo se mantiene en pie escuchándole.» «Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que al apuntar el día se ha recitado ya el Korán todo entero.» «En la misma noche hay iluminación en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mujeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales, innumerable multitud de niños de todas edades, mujeres, santones, imbéciles buenos y malos, mueven una behetría (batahola) infernal, y entretanto, ó se recita el Korán ó se dicen oraciones» (1).

El mes de Ramadhán, que este año, el 1311 de la Hégira, tendrá probablemente principio en la segunda decena del mes de Marzo, termina de igual manera que entre nosotros la Cuaresma, celebrándose la famosa fiesta de *Al-fitra*, la cual solemnizan los musulmanes con alegres jiras campestres, repartiendo cuantiosas limosnas entre los pobres, alborozándose en los cafés, recorriendo las calles al acordado són de los cantares y de la música, y que aparece conmemorada en los bajos relieves de la importantísima *Pila de abluciones* encontrada en Játiva, y conservada en las Casas Consistoriales de aquella ciudad valenciana.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) Alí Bey, *loco cit.*

LOS VALES.



ÁLGAME Dios, y de cuánta paciencia hay que *valerse* con esos dichosos *vales!*

El *vale* es un billete de teatro que se facilita gratis en Contaduría á todo español mayor de diez años, aunque no sepa leer ni escribir.

No hay español que no tenga la desgracia de contar un autor, un periodista ó un músico entre los individuos de su familia.

No importa la proximidad del parentesco.

Basta con que le toque algo á cualquiera de los de *la casa* (la casa es el teatro), para que tenga el derecho indiscutible de entrar de balde y murmurar gratuitamente de los artistas y de las obras desde una de las últimas filas de butacas.

No sé á punto fijo la antigüedad de ese *abuso de papel*, pero sí recuerdo aquella carta latina que dice: «Si *vale*, bene est»; lo cual demuestra que en tiempos de Cicerón ya se conocía el *vale*.

(Bueno es alardear de erudición de cuando en cuando, y que sepan los lectores que tiene uno su grado de bachiller en el bolsillo.)

Varios poetas se han ocupado en verso de la terrible plaga de los vales; pero yo creo que el asunto sólo se presta á la *prosa vil*, y no quiero hermosear con mis ripios esa horrible plaga que califican de *tifus* empresarios y acomodadores. Los *vales* acabarán con el teatro sin que nos *valga* la bula de Meco.

Los que se acostumbran á asistir gratis á los espectáculos, no se gastan una peseta en todas las noches de su vida.

El sastre que me viste; el casero que *me desnuda;* el ultramarino que me alimenta; el estanquero que me envenena: todos quieren ir al teatro de balde, pero ellos no me dan nunca un vale de un chaleco, ó de medio kilo de garbanzos, ó de un día de alquiler, ó de un cigarro de á diez céntimos.

Parece que el negocio de teatros es cosa de broma que no cuesta el dinero, y todo el mundo quiere divertirse *de gorra* con los pobres empresarios de las diversiones públicas.

La empresa más favorecida de Madrid—la del teatro de Apolo, para que no tengan ustedes dudas—me ha enseñado hace poco los talonarios de la última temporada, y ascienden á cinco mil duros los billetes gratis facilitados á músicos y danzantes.

De esos cinco mil duros, mil corresponderán á personas que no están en situación de gastarse el dinero: pero los cuatro mil restantes corresponden de seguro á directores de sección, jefes de negociado y generales de cuartel, que hubieran comprado sus billetes como unos caballeros.

Con esos cuatro mil duros podía esa empresa haber regalado un hotelito en *Madrid Nuevo* á cualquiera de sus autores favoritos; á mí, por ejemplo, y ellos estarían más satisfechos y yo tan agradecido.

Los autores somos los que más contribuímos á la ruina de las empresas con el abuso de los vales, y hasta nos disgustamos cuando nos los niegan; y como cada autor tiene, por lo menos, sus treinta compromisos al mes, y somos, según el último *censo cómico*, unos doscientos autores los que *vivimos de la pluma*, resultan..... seis mil vales mensuales.

(Las cuatro reglas me las sé al dedillo; sobre todo la multiplicación.)

Los *chicos de la prensa* siguen inmediatamente en el orden de los que abusamos.

Además de las localidades asignadas á cada periódico diario, que no es un regalo, como algunos empresarios suponen, sino el pago del anuncio de la función en la tercera ó cuarta plana, vienen luego las peticiones del redactor en particular ó del *aspirante á redactor*, que es el que más *aspiraciones* tiene, por regla general.

Y ¡ay de la empresa, si no le sirven en Contaduría! El techo del teatro se hundirá, si el Gobernador no lo remedia, y el público será poco selecto, y las obras serán malas, y los cómicos peores y la orquesta una murga insoportable. Y si el director y los redactores serios del periódico, incapaces de una venganza, no se fijan en el suelto ó la gacetilla anónimos, el *aspirante* sonríe satisfecho sin temor á que le quiten el sueldo que no tiene.

Los pobres autores modestos nos contentamos con decir que vamos á *retirar nuestras obras*, con lo cual ganarían mucho el público y la empresa, pero no las retiramos por amor á la familia; en cambio los *chiquitines* de la prensa lanzan el *dardo emponzoñado* y consiguen el perjuicio que se proponen.

La afición al vale se ha extendido de manera asombrosa, y yo siento deseos de abrazar á todo el que veo comprando su billete en la taquilla.

¡Ese es un verdadero *amateur!*

¡Ese es un hombre desgraciado que no conoce á ninguno de los *doscientos autores cómicos*, ni se trata con cualquiera de los *dos millones de aspirantes á periodistas!*

Los revendedores, que abusan del estreno, pero que son el incentivo de los espectáculos, y se quedan con *el papel* muchas veces, acabarán por morirse de hambre.

¡Cualquiera le compra un billete al revendedor, cuando está allí la Contaduría con el hermoso talonario de los vales para servir á todo hijo de vecino!

Desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde hay cola en la escalera de mi casa. ¡Una cola horrible de pretendientes á gorrones teatrales!

¿Cómo estarán las escaleras de *ambos Echegarays*, y de otros autores de talla, cuando se atreven á molestar al último de los autores conocidos?

(La modestia me coloca el último, pero confío en que los lectores me colocarán un poquito más arriba.)

¡Qué terrible epidemia la de los vales!

Todos tienen derecho á celebrar *nuestros chistes* (permítaseme esta inmodestia), sin abonar los derechos establecidos.

Hasta las veinticinco amas secas, con sus respectivos maridos ó allegados, que amamantaron á mis hijos, y que hoy andan á *salto de padre*....., me piden vales para La Infantil, que es el único teatro que está dentro de sus aficiones.

¡Reniego de los vales!

No vuelvo á pedir uno en mi vida.

¿Han llamado?..... Una carta perfumada con un escudo nobiliario en el sobre.

¡El Barón de X..., que me pide un palco para Apolo!.....

¡La aristocracia DE GORRA!

¡Dios mío, es lo único que nos faltaba!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EL REVERENDO HERMANO JUSTINO

Y

EL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN ESPAÑA.



N medio de las agitaciones de nuestra época, cuando los espíritus decaen, las conciencias están envenenadas por la duda y reina por todas partes la intranquilidad y el malestar, consuela el corazón y conforta el ánimo advertir en unos cuantos hombres de energía y entendimiento, esa fe cristiana que ha realizado tan hermosas fundaciones encaminadas á socorrer al débil, al desamparado y al ignorante. Y es fuerza, ya que la modestia y la humildad innatas á esas grandes personalidades las mantuvo obscurecidas durante su vida, que al desaparecer de entre nosotros se las rinda el debido tributo de admiración, presentándolas al público, indiferente y olvidadizo, siquiera para que contrasten con las figuras de los que excitaron la curiosidad de las gentes con sus torpezas y maldades.

Es muy posible que la simpática silueta del Hermano Justino María desaparezca pronto del recuerdo de cuantos vieron pasar ante su vista aquel humilde representante del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en España, pues, á semejanza de los soldados de un gran ejército, todos se parecen, todos reciben las bendiciones de los socorridos por su celo, y todos sufren las persecuciones ó burlas de sus émulos—que el bien tiene más enemigos que el mal;—pero aquellos que trataron de cerca al citado Hermano, los que vean el desarrollo de las fundaciones creadas por su briosa iniciativa, dedicarán siempre á su memoria ternísimo recuerdo.

Hace dos siglos, en 1681, que un sacerdote de Reims, Juan Bautista de la Salle, cuya estatua tiene un puesto en los altares desde 1887, fundó el Instituto ya mencionado. Hubo de preocuparle entonces lo mismo que á los modernos pensadores preocupa: el abandono en que se hallan los niños, faltos, en su mayor parte, de una instrucción sólida y cristiana. Lleno de entusiasmo, sin apenarle en lo más mínimo las contrariedades y desengaños que acompañan siempre á todo bienhechor de la humanidad, asentó las bases de una fecunda organización, que en la época en que fué beatificado (1887) contaba el siguiente personal: un superior general, 12 asistentes, 53 visitadores, 1.247 comunidades, 11.712 hermanos, 3.173 novicios, 1.670 escuelas, 6.663 clases y 308.387 alumnos.

En España había entonces 21 casas, 107 hermanos y 4.260 alumnos. En 1892 existían 34 casas, 230 hermanos y 7.000 alumnos. Bien puede decirse que este movimiento progresivo se debe al trabajo de catorce años del Hermano Justino, que, como dice uno de sus biógrafos, dedicó cincuenta años de su vida á la tarea meritoria de la enseñanza gratuita. Más de 20.000 niños, añade, tiene á su cargo el Instituto en nuestra patria á la hora presente.

Entre los precursores del venerable Lasalle se cuentan San Ignacio de Loyola, San Vicente de Paúl y San José de Calasanz, cuyas fundaciones han adquirido el amplio desarrollo de todos conocido.

Bien quisiera dar cuenta de los muchos beneficios que en todos los países han producido los hermanos de las Escuelas Cristianas. Con votos severos, pero sin poder recibir el orden sacerdotal, pues no quiso el fundador que abandonasen jamás la escuela, ni que la noble ambición de ocupar sitios preeminentes en la Iglesia llegara á separarlos del camino trazado, los Hermanos no dan enseñanza de latín, siquiera lo posean casi todos; pero en cambio las letras, las ciencias, la agricultura, el comercio, etc., son explicados en sus grandes colegios del extranjero. Las instituciones más hermosas son las escuelas gratuitas, diseminadas en los barrios obreros, donde reciben instrucción centenares de niños, cuyos padres son, las más veces, socorridos é instruídos á la par por Patronatos de señores piadosos. En Madrid, la escuela de la calle de Raimundo Lulio es un verdadero modelo en su género, y otras muchas que hay esparcidas por las Peñuelas, Chamberí, Atocha, etc., dan excelentes resultados, siendo todas ellas insuficientes para contener el número extraordinario de niños que solicitan ingreso.

Porque, no lo olviden cuantos se preocupan por la suerte del niño pobre, éste ansía aprender, y los Gobiernos que no les proporcionen elementos de satisfacer tan nobles impulsos, no deben extrañarse luego de que en esos cerebros ignorantes prospere la mala semilla, como crece la cizaña y la maleza en los campos no cultivados.

Véase, pues, cómo la Institución de los Hermanos de las Escuelas Cristianas tiene en España un gran papel que desempeñar para la cultura del pueblo.

Además dirigen Asilos tan importantes como el de *Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús* y el de *Santa Susana* en Madrid, el de la *Santa Espina* en Valladolid, y otros no menos conocidos.

El Hermano Justino María era muy español, pues su temperamento tenía los caracteres propios del tipo meridional. Nació en Burdeos en 1831; ingresó á los doce años en la Institución, y hará catorce que vino á España, con el cargo de visitador general, misión dificilísima en grado sumo.

De corta estatura, robusto y ágil, de severa y digna mirada, que infundía respeto, era el Hermano Justino, en el trato familiar, tierno, bondadoso y jovial. Ninguna desgracia le hallaba indiferente; todos los hermanos tenían en él un verdadero padre, y era su preciada amistad fiel y constante.

Cuando las contrariedades entristecían su rostro, bastaba una ráfaga de esperanza para despejar todas las nubes y hacerle ver luminoso el porvenir.

La fundación del Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas fué una empresa que á muchos hubiera desanimado. Basta contemplar aquel inmenso edificio para comprender lo que su erección y sostenimiento traía en pos de sí. Sin embargo, lleno de una fe cristiana verdaderamente angelical, no se desanimó un punto, y emprendió su obra, seguro de que llegaría á feliz término; y al preguntarle alguien con qué elementos contó, puesto que la Casa Madre no estaba en condiciones de proporcionarlos en la medida necesaria, exclamó: «*Es que tenía y tengo un gran administrador*»; y llevando al asombrado interlocutor á espaldas del edificio, en la parte correspondiente al altar mayor de la capilla, le enseñó una estatua de San José, á cuyos pies en una lápida se proclamaba que había sido el protector y administrador de la casa.

Este rasgo pinta al hombre. Una vez terminado el colegio, que hace un año funciona y está dedicado á la preparación de los jóvenes que se dedican al comercio, carreras especiales y bachillerato de Ciencias, trasladó el Noviciado á Bugedo, cerca de Miranda de Ebro (donde existió un histórico convento), casa central en la cual los novicios reciben la enseñanza pedagógica necesaria.

Su vida ejemplar era agitadísima. Por deberes de su cargo, se veía en la precisión de recorrer toda España, y desde Bilbao, Castro-Urdiales, Cóbreces, Isla ó Corrales, se trasladaba á Valladolid, Cádiz, Jerez, Murcia, etc., hallándose en un movimiento constante. Hacía poco tiempo que le habían relevado de la visita á los colegios de Cataluña, por nombramiento de otro visitador especial para dicho punto, y á pesar de este auxilio, su trabajo se acrecentaba de día en día. Nuevas fundaciones, innumerables proyectos acariciaba en su mente, cuando la muerte vino á sorprenderle

de improviso el 16 de Febrero, al regresar de una población del Mediodía, de donde llegó ya herido mortalmente.

Su pérdida ha sido generalmente sentida; de *irreparable* la calificó el Reverendo Superior general del Instituto, y de igual modo debe estimarse también por los que tuvieron la honra de conocerle y tratarle, así como por cuantas personas de corazón y entendimiento se interesen por la cultura de la infancia pobre y desvalida de nuestra querida España.

M. Ț. L.

Marzo 1894.

JUECES INEXORABLES.

Qui sine peccato est vestrûm, primus in illum lapidem mitat.

SAN JUAN, VIII, 7.

I.

—¿Qué opina usted, don Clemente?
—Don Guillén, que esto va bien
Y que el «alza» es evidente.—
Don Clemente es el agente
De Bolsa de don Guillén.

—¿No tendremos un fracaso?
—Mi cabeza pongo yo,
Y eso que en mucho la taso,
Pues ya usted sabe que no
Me equivoco en ningún caso.

Como bebo en buenas fuentes
Tengo datos excelentes
Y opero sobre seguro,
Y no expongo á mis clientes
A perder un solo duro.

—Pues compre usted sin temor.
—Así lo haré, sí, señor;
Y afirmo, con arrogancia,
Que no hay negocio mejor
Ni más segura ganancia.

Con mi práctica presiento,
Y no hay acontecimiento
Que me coja de improviso.
Para errar era preciso
Que se hundiera el firmamento.

—¿Hubo «baja»?
—Sí, señor.
Un inesperado azar,
Un repentino pavor
Que el hombre más previsor
No ha podido calcular.

¿Quién no se arriesga y confía,
Ó teme contrariedades,
Si, para mi profecía,
De cien probabilidades,
Noventa y nueve tenía?

Aunque parezca imposible,
Veo con dolor profundo
Mi equivocación sensible;
Pero, en fin, en este mundo
Sólo el Papa es infalible.

—Es mi rüina.
—Lo sé.
—Su error en mi daño cede.
—Cierto es que me equivoqué;
Mas ni usted ni nadie puede
Dudar de mi buena fe.—

Don Guillén, por la emoción,
Presa de una congestión
Cayó enfermo gravemente.
El equivocado agente
Percibió su comisión.

Y si alguno, cualquier día,
Buscara en su error motivo
Para una leve ironía,
De seguro sufriría
Inmediato correctivo.

II.

—¿Este ataque, don Melchor,
Será mortal?
—No hay temor:
Se curará pronto y bien.—
Don Melchor es el doctor
Que visita á don Guillén.

—El curarle está en mi mano,
Que es cosa fácil y llana;
Con que no alarmarse en vano,
Pues dentro de una semana
Lo tendréis tan bueno y sano.—

Agravóse de repente
El desdichado paciente,
Poniéndose moribundo,
Y á la hora, próximamente,
Ya estaba en el otro mundo.

—Me equivoqué, lo confieso,
Después el doctor decía;
No esperé tan rudo acceso,
Pues la ciencia no podía
Ni aun prever este suceso.

Nadie como yo lo siente.
De cien casos, solamente
Suelo equivocarme en dos;
Pero, desdichadamente,
Sólo es infalible Dios.—

Causó aquel golpe fatal
Al hijo terrible mal
Y gastos extraordinarios.
El doctor, es natural,
Percibió sus honorarios.

Y si alguno cualquier día
Dudara, ante aquel error,
De su gran sabiduría,
De fijo, recibiría
Los padrinos del doctor.

III.

—¿Qué opina usted, don Conrado?
—Que es un litigio ganado,
Y así tuviera yo cien.—
Don Conrado es el letrado
Del hijo de don Guillén.

—¿Ganaremos?
—¡Claro está!
La duda es inoportuna.
—¿Quién mi duda extrañará
Pensando que en ello va
El resto de mi fortuna?

Mi buen padre, al expirar
Víctima de un golpe rudo,
Que siempre habré de llorar,
Por mi desdicha no pudo
Sus asuntos arreglar.

—Bien; mas del estudio hecho
Yo he quedado satisfecho
Sin temer fallos fatales,
Que apoyan nuestro derecho
Todos los textos legales.—

Pero el pleito se perdió.
La justicia no encontró
La razón tan terminante,
Y el infeliz litigante
En la miseria quedó.

Aquel hijo infortunado,
Huérfano y arrüinado,
Vió sus derechos deshechos.
Tranquilamente el letrado
Cobró muy buenos «derechos».

Y si por ello algún día
Alguien tuviera osadía
Para hablar de error ó incuria,
De seguro, se vería
Procesado por injuria.

IV.

El hijo de don Guillén,
Que era mozo listo, á quien
El teatro era simpático,
Y que antes tuvo también
Sus pujos de autor dramático,

Venciendo el abatimiento
Al verse en tal situación,
Para buscar el sustento
Tomó como profesión
Lo que fué entretenimiento.

El pobre mozo se dió
A trabajar sin desmayo,
Y una comedia escribió
Que tras mil afanes vió
Admitida y en ensayo.

Pero no tuvo fortuna;
Hecha con ansia importuna,
Con alma febril é inquieta,
La tal comedia era una
«Equivocación» completa.

Y con fiero desengaño
Que su corazón devora,
Vió el pobre, para su daño,
Destruído en una hora
Todo el trabajo de un año.

¡Oh, con qué ciego furor
Todo el público rugía,
«Pateando» á su sabor!
¡Si hubo gente que pedía
La cabeza del autor!

¡Qué denuestos tan feroces!
¡Qué estrepitosos silbidos!
¡Qué desconcertadas voces!
¡Qué desvergüenzas! ¡qué aullidos!
¡Qué bastonazos! ¡qué coces!

Por aquel «error fatal»,
Que á él sólo dañoso era,
Le trataban cual si fuera
Un infame criminal
Ó una sanguinaria fiera.

¿Y sabes, caro lector,
Quiénes al mísero autor
Silbaron más rudamente?
No hay que decirlo. ¡El agente
Y el letrado y el doctor!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Isla Zuay (Abisinia): conquista de la biblioteca manuscrita indígena de Debra-Sina.—La nueva tierra libre: *Freiland*, fundada por los socialistas austriacos en el Africa oriental inglesa.—*Londres:* la doctora Mrs. Martin y la biblioteca del British Museum.

ODELO de bibliotecas y de bibliotecarios son los que se acaban de descubrir en uno de los más recónditos lugares del mundo, en la alta Abisinia y país de Choa, apenas conocido de la civilización europea, visitado y estudiado un día por el ilustre sabio vasco-francés Mr. D'Abbadie, y cuya resonancia fué tan grande en la época del rey Theodoros. Refugio de pasadas civilizaciones; tierra que, aunque enclavada en medio de los desiertos del Africa oriental, ofrece para el desarrollo y arraigo de la vida excepcionales condiciones climatológicas en su montuoso suelo y en sus fértiles valles regados por numerosos ríos, la Abisinia es un país en el que siempre han aparecido combinados los diversos elementos étnicos de los primitivos indígenas refractarios al progreso, los descendientes de los emigrados cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, y los árabes, errantes en un principio y dominadores luego, que han fundado allí sucesivas dinastías, confundidas en su sangre con la de los abisinios, etíopes, choas y demás gentes diversas que pueblan aquel alto asiento, oasis de vida levantado como un montículo gigantesco entre el Sudán y los desiertos de los Gallas y de los Somalis, desde los afluentes orientales del Nilo hasta el mar Rojo, y desde los confines de Kaffa al Harrar. Las dinastías del Norte han desaparecido ante el imperio de las del Sur; al negús Theodoros sucedió el emperador Joan, y cuando se hundió su trono en la invasión de los sangrientos mahdistas, un choa animoso, Menelik, instituyó la nueva monarquía. Todas caen, todo desaparece en medio de las turbulentas acometidas de aquellas hordas que penetran en el país como el simoun del desierto; pero lo que no se olvida son las tradiciones conservadas en el corazón y en la memoria de los pueblos, y resucitadas de vez en cuando por los labios. Entre esas tradiciones guardábase desde hace cuatro siglos la de que, cuando los musulmanes que mandó Mahomed Granhe invadieron la Etiopía, procuró el Rey de Abisinia esconder las obras antiguas manuscritas que se conservaban como un tesoro en la Biblioteca Real, en un lugar de lo más apartado y escondido del Imperio, en la isla de Debra-Sina (el Sinaí etiope), situada en medio del lago de Zuay y habitada por feroces indígenas. Tradición semejante, capaz de tentar el apetito de cualquier anticuario bibliófilo, fué recordada hace cincuenta y cinco años por el rey de Choa, Sehla Sellassié, al viajero Rochet de Hericourt, y aunque se propusieron realizar la expedición en busca de los famosos libros, no se llevó á cabo. Aquel monarca literato y poeta dejó á sus hijos, no sólo el recuerdo de sus aficiones, sino viva y permanente la tradición del tesoro bibliográfico de Debra-Sina. El rey actual, Menelik, su nieto, se propuso rescatarlo, y, en efecto, á fines de 1893 hizo arreglar una flotilla de balsas y lanchones tripulada por soldados, con alguna artillería, y se dirigió al frente de ella á reconquistar las misteriosas y encantadas islas del lago Zuay. Encuéntrase situado éste en la parte más meridional del reino, cerca de la frontera del país de los Gallas, y en el hondo valle formado por las cadenas de montes donde se alzan el pico de Sabatu, de 3.300 metros de altura, el de Guba, de 2.700, y el de Djimna, de 2.500. De aquellas cordilleras bajan muchos torrentes y se forman bastantes ríos, que nutren, no sólo al lago de Zuay, sino á los inmediatos de Orrorecha y de Abala. La población ribereña que domina al Zuay, en el país de los Guragués, es la de Gorieno, desde la cual partió la expedición del rey Menelik.

Contra todo lo que se esperaba, los habitantes de las islas no hicieron resistencia alguna. Viven desde hace algunos siglos en completo aislamiento, son fieros y nada hospitalarios, y conservan el culto cristiano de los primeros inmigrados, con sus iglesias, sin sacerdotes y con una mezcla de creencias y de prácticas indígenas que nada tienen que ver con el cristianismo. Entre esas creencias está la de que los libros de los reyes etiópicos, escondidos en una de las iglesias de la isla de Debra-Sina, son una especie de reliquia divina que les protege contra todos los males. Por esto los han conservado y guardado, durante cerca de cuatrocientos años, con el mayor respeto, dándose el caso de que semejante biblioteca haya tenido veinte generaciones de bibliotecarios, ninguno de cuyos individuos ha sabido leer. Tan supersticiosos como ellos son los habitantes de Gorieno y de todas las riberas del lago, y una de sus manías es la de que nadie debe aproximarse jamás á la isla Debra, ni á ninguna de las que allí se levantan. Compréndase con qué sorpresa y espanto habrán visto el proyecto de Menelik de ir á visitarlas y dominarlas. A pesar de la incomunicación, los indígenas tuvieron noticia de la llegada del Soberano con gran número de tropas y varios cañones, y no hicieron alarde alguno de resistencia. Ante semejante actitud, ordenó Menelik, en prueba de consideración, que nadie desembarcara en Debra-Sina más que su confesor, con algunos criados. Recibió á bordo á las comisiones de indígenas que acudieron á rendirle tributo, y convino con ellos en examinar los libros antiguos, á cambio de abundantes regalos. Así se hizo: el confesor recogió y revisó en Sina toda la colección de manuscritos, que parece que pertenecen á los siglos VIII hasta el XIV; y convencido el Rey de que en ninguna parte estarán mejor guardados que en la isla, ordenó al jefe de la iglesia en que se conservaban que se dispusiera á recibirlos de nuevo, después de haber hecho encuadernarlos en sedas bordadas de oro, á estilo abisinio, y de disponer que los más hábiles calígrafos de la corte se trasladen á la isla y los copien. Parece que bastantes de dichos volúmenes contienen textos históricos y descriptivos de verdadero mérito, dignos de ser conocidos y estudiados, y

que el resto tratan de cuestiones litúrgicas de escasa importancia. Propónese Menelik hacer construir por los franceses residentes en el reino una flotilla de vapor que mantenga las comunicaciones entre las islas y los pueblos de aquellas provincias, y fomentar toda clase de exploraciones y de estudios para que la Etiopía, Abisinia y Choa sean perfectamente conocidas de Europa, y afluyan al imperio elementos de civilización suficientes á impedir que cualquier día vuelvan los habitantes á ser víctimas de las invasiones de los bárbaros hijos del desierto.

°°°

Al curioso atractivo que para los que disfrutan del incomparable placer de recorrer el mundo y de la dicha de andar y ver brindará la expedición á las islas encantadas del lago de Zuay, abiertas en adelante al trato del mundo, gracias á los proyectos del rey Menelik, se añadirá en adelante otra curiosidad mucho mayor en aquellas apartadas comarcas inmediatas del país de los Somalis, es á saber, la de la visita al *Freiland*, á la nueva tierra socialista práctica, creación modernísima, la más original de nuestros días. Es admirable, en efecto, el que los socialistas y comunistas de Europa, dejándose de predicar en vano, hayan ideado el fundar en lejanos países, en tierras que no tienen dueño, un pueblo, una sociedad comunal, basada á la vez en la más completa libertad y en la justicia económica; es decir, una comunidad que asegure á cada trabajador el disfrute completo del producto de su trabajo, respetando, por de contado, su independencia individual. Para ello los socialistas que así han discurrido proyectaron encontrar una gran extensión territorial, fértil y propia para la colonización, que no estuviese aún adjudicada á nadie, y tomar posesión de ella, no otorgando á nadie tampoco su propiedad sino á la comunidad fundadora. El autor de esta idea, un austriaco, el Dr. Hertzka, recordando que Austria no tiene colonias, ha conseguido que la *Imperial British East Africa Company* le ceda en su colonia del Africa oriental británica una amplia comarca, que va á ser la Tierra libre, *Freiland*, de los asociados. Está situado el territorio de la nueva Jauja al Sur del ya citado país de los Gallas y del lago Rodolfo, al Este del monte Kenia, rival del Kilima-Njaro, y cerca de los orígenes del río Tana, en una zona tan desconocida, tan deshabitada y tan libre, que no tiene nombre ni indicación alguna en los mapas más modernos y detallados de Africa. Aquella será la *Freiland*. El día 28 de Febrero último salieron embarcados del puerto de Hamburgo, con dirección á las playas de Melinde y Kipini, en la desembocadura del Tana, treinta socialistas austriacos dirigidos por el doctor Wilhelm, para hacer la exploración de la nueva tierra y echar los cimientos del Estado social. De aquí á un par de meses saldrá otra expedición más numerosa; y por fin, cuando esté ya escogido el emplazamiento de la tierra libre, partirán para ella los millares de colonos de todos los países que se han alistado en la legión socialista del Dr. Hertzka. Verdad es que, no sólo se debe á éste el éxito de la propaganda que viene sosteniendo en la prensa, y en libros escritos á guisa de novelas, sino que el Gobierno, el Ministerio de la Guerra, el Instituto Militar Geográfico, la alta sociedad y el comercio han animado y excitado con gran empeño á los comunistas inscritos en la «Asociación de la Tierra libre», á que se vayan á los países más remotos del Africa á poner en práctica sus teorías. Y con gran placer les han dado protección, dinero, armas, artículos de tráfico y las gracias además, diciéndoles:

—¡Idos! ¡idos! benditos de Dios, y cuanto más lejos mejor.

Esperemos el resultado de esta curiosísima experiencia, realizada verdaderamente *in anima vili*. ¿Dará buen resultado? He aquí una cuestión difícil de resolver. La nueva tierra podrá ser libre, virgen, fértil, y á propósito para que, no siendo de nadie, dé para todos; pero ¿y sus pobladores? Por muy arraigadas que lleven sus convicciones igualitarias y socialistas, ¿dejarán de llevar también en su corazón, en sus instintos, en sus imprescindibles tradiciones atávicas, los fatales é inevitables gérmenes del egoísmo humano, que tan mal se avienen con que todos seamos iguales, y con que no sea posible adquirir y aumentar lo que hemos adquirido, y ejercer un dominio y explotarlo y dejarnos arrastrar por las ingénitas pompas de la vanidad, que precisamente consiste en la posesión de la supremacía,



EL Rdo. HERMANO JUSTINO MARÍA,

VISITADOR DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS EN ESPAÑA.

Nació en 1831; † el 16 de Febrero de 1894.

CUENCA.—EL PUENTE DE SAN PABLO.

(De fototipia de los Sres. Hauser y Menet.)

positiva ó ilusoria, y que es el agente impulsor de la mayor parte de nuestras acciones? Habrá en la *Freiland* hombres que dirijan y hombres que obedezcan, porque hasta la igualdad que resultaría de la supresión de estas categorías es imposible llegar, y quedará establecida allí, como en todas partes, la división moral de castas. ¿Se someterán los que manden á confundirse en absoluto con los que obedezcan? La explotación amplia de aquellos territorios sin fronteras excitará á muchos hombres emprendedores á romper con la comunidad y á establecerse como dueños y señores fuera de ella, y esto nadie podrá evitarlo, y surgirán al lado de la metrópoli socialista mil y mil islotes individualistas. Entre unos y otros vendrá el choque; y si entre ellos no viniera, ocurrirá de seguro al tener que defenderse contra las tribus indígenas salvajes del territorio. Para eso van los expedicionarios salidos de Hamburgo bien pertrechados de carabinas y rifles mannlichers, de revólvers y de otras armas de repetición. Ahora bien; lo que se conquista con la sangre, contra el vecino poderoso ó contra el enemigo audaz, eso no entra en la categoría de producto general ó social, sino que es resultado del esfuerzo personalísimo realizado á costa de la vida, tal vez. Eso no ha de ser de todos, sino del que con las armas en la mano lo conquistó. Si en el cargamento de Hamburgo á Freiland no figuraran la pólvora, la dinamita y las armas, aun podía creerse en la posibilidad del éxito de la colonia ó nuevo Estado socialista; pero esos gérmenes de destrucción, precursores ó predictores de la lucha, suponen para mañana vencidos y vencedores, conquistadores y conquistados; y admitido esto, de nada servirán todas las propagandas del doctor Hertzka, ni toda la ayuda de los austriacos, ni todos los buenos propósitos de los emigrantes socialistas puritanos.

Esperemos á conocer siquiera el principio del establecimiento de la nación libre por excelencia. Será con el tiempo una curiosidad muchísimo mayor que la de la Ciudad del Lago Salado en el país de los mormones. Ese gran claro que se destaca en el Africa oriental inglesa, desde la costa donde desemboca el Tana hasta la frontera de Choa, se va á convertir en un maravilloso escenario de la evolución social. Las gentes ricas y desocupadas irán á visitarlo, para contemplar de veras el mundo novísimo, y después, para desengrasar, cruzarán los pocos kilómetros que lo separan del lago Zuay, y visitarán las islas misteriosas, y leerán, por el forro, por supuesto, los viejísimos manuscritos de los monjes etíopes de hace ocho siglos.

⁂

Desde la biblioteca más rara y recóndita que ha existido, tal como la de Debra-Sina, trasladémonos á la primera del mundo, á la del British Museum, de Londres, donde acaba de ocurrir un suceso grave porque la justicia ha intervenido en él, y cómico por el fondo y la forma. Una mañana de Febrero se presentó á uno de los estirados bibliotecarios una *mistress* (elevada al cubo) muy empingorotada de plumajes en el sombrero, muy armada de lentes y muy guapa. Escribió en su papeleta de petición el título de la obra, *Proceso Beecher Tilton*: se sentó; *se la sirvieron*; leyó y leyó con afán, y cerrando después, airada, el volumen, se lo entregó con desdén al bibliotecario, y le dijo:

—¡Ahora verá usted la que se arma!

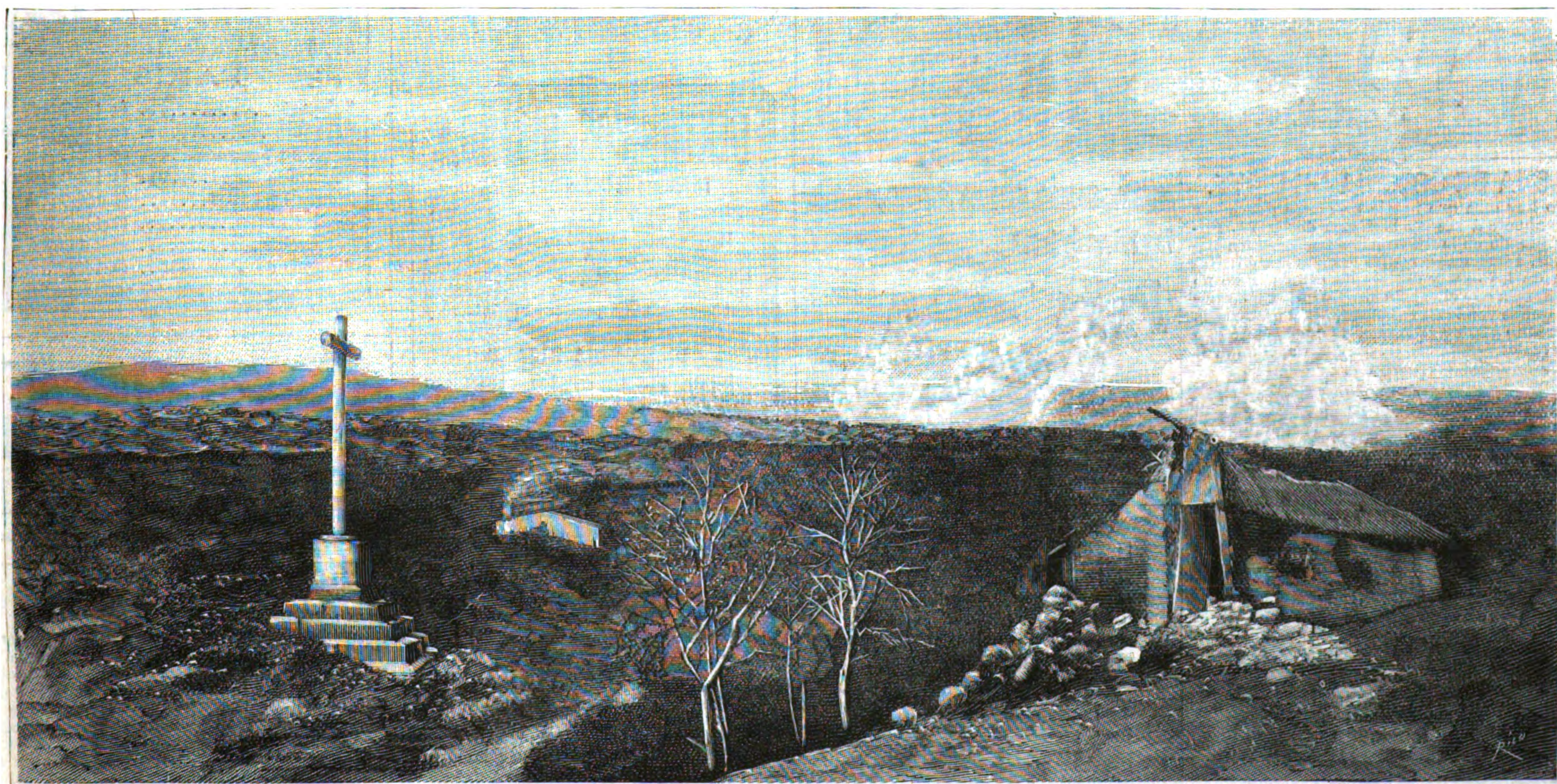
El empleado la miró con sorpresa, se encogió de hombros y volvió á su tarea de registrar apuntes, como diciendo para su capote:—*¡A trifle!* ¡tonterías! ¿á mí qué me cuenta usted?

La señora dió media vuelta y se fué á buscar al ex attorney general, sir Richard Webster, para denunciarle que iba á demandar al Director del British Museum por haber admitido en su biblioteca un libro que contenía imputaciones calumniosas contra ella, y para decirle que estaba dispuesta á exigir de los tribunales una reparación y un castigo.

¿Quién era aquella mujer? El honorable S. Webster se quedó ensimismado cuando lo supo. Era Mrs. Martin, ex candidata á la presidencia de los Estados Unidos, doctora en Medicina, periodista, actriz, oradora, propagandista del «amor libre» y tres veces casada. Casó primero con un señor Woodhull, bebedor de profesión, del cual se separó, pero á quien asistió caritativamente cuando, á consecuencia de la última pítima, cayó en un *delirium tremens* que dió con él en el otro mundo. Casó después con Mr. Blood, que se escapó con otra, obteniendo el correspondiente divorcio; y, en fin, se unió á un rico banquero inglés, Monsieur Martin, cuyo apellido lleva ahora. Circunstancias casuales la llevaron á interesarse por la suerte de un señor Mr. Tilton, cuya esposa parece que fué sorprendida en conversación nada edificante con el famoso predicador protestante Beecher, hermano de la insigne escritora que compuso *La cabaña de Tom*. En el proceso formado contra Beecher y Mrs. Tilton figura como personaje accesorio y sin importancia la señora Martín, que por cierto fué absuelta en él de toda responsabilidad. Pues bien; la relación anónima de ese proceso constituye un folleto, que fué á parar á muchas bibliotecas, y entre otras á la del British Museum. Al encontrarlo en ella, la señora se enfureció y entabló la demanda. Ha defendido al Museo su abogado el attorney general sir Charles Russell; pero de nada le ha valido su elocuencia y su pericia al tratar de demostrar que es imposible que los bibliotecarios lean página por página los 40 ó 50.000 volúmenes que anualmente entran en aquella casa, y que serían necesarios cien empleados bien prácticos que



EL MONAGUILLO.
DIBUJO DE D. JULIO ROMERO DE TORRES.



LA TARDE.
CUADRO DE D. EDUARDO ALBA.

ocupasen para ello quince horas diarias durante el año. El abogado de Mrs. Martin sostuvo elocuentemente la acusación, y triunfó, puesto que el Tribunal fijó la cuantía de daños y perjuicios en 25 pesetas, que el British Museum ha tenido que abonar, con arreglo á la sentencia dictada el 28 de Febrero último. Con mujeres como ésta, muy pronto el globo entero se convertiría en una *Freiland* no interrumpida, en la que ellas tendrían los calzones y nosotros estaríamos demás. Aquí del doctor Hertorka: «Tal es el cuadro del porvenir social.» *¡Ein soziales Zuscunftsbild!*

R. Becerro de Bengoa.

CERTÁMENES.

Sociedad Colombina Onubense.— En honor de Santa Teresa.

El programa del Certamen Científico. Literario y Artístico con que esta Sociedad se propone celebrar en Huelva el aniversario de la salida de la Armada española para el descubrimiento del Nuevo Mundo, contiene seis temas, á saber:

Primer tema.—Una oda á la Unión Ibero-Americana.—Premio de S. M. la reina D.ª Isabel II: Una figura de bronce, representando á Cristóbal Colón.

Segundo tema. — Himno á los descubridores del Nuevo Mundo, para canto, con acompañamiento de orquesta. Forma popular seria, de fácil ejecución, y ésta de duración de veinte á treinta minutos; letra y música á la vez.—Premio de S. M. el rey D. Alfonso XIII: Un precioso Fauno, de bronce.

Tercer tema.—Canto épico al descubrimiento del Nuevo Mundo.—Premio de S. A. R. el Sermo. Sr. Infante Duque de Montpensier (q. s. g. h.): Un magnífico alfiler de corbata.

Cuarto tema.—Reseña histórica de todos los actos y fiestas públicas celebradas en el mundo para conmemorar el IV Centenario del descubrimiento del nuevo continente.—Premio de S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Duquesa viuda de Montpensier: Dos preciosos jarrones.

Quinto tema.—Examen crítico sobre el sistema de colonización de los españoles en América y sobre sus ventajas ó inconvenientes respecto del empleado por otras naciones en esta región del globo.—Premio de S. M. la Reina Regente: Un notable busto de Otelo, tamaño natural, en bronce.

Sexto tema.—Estudio histórico-crítico sobre el fundamento y verosimilitud de las narraciones que consideran al navegante Alonso Sánchez de Huelva como precursor de Colón en el Nuevo Mundo, y sobre el que también tengan los que sostienen que éste utilizó para su descubrimiento los datos ó noticias que el piloto onubense le facilitó respecto de su viaje á tierras desconocidas allende el Atlántico.—Premio de S. A. R. la serenísima infanta D.ª Isabel María Francisca: Un reloj de sobremesa.

La calificación de las composiciones que se presenten corresponderá á un Jurado de cinco jueces, bastando el voto unánime de tres de éstos para tomar acuerdo. Las composiciones deberán ser presentadas ó remitidas al Secretario de la Sociedad Colombina antes del día 30 de Junio inmediato. Estas composiciones serán inéditas y escritas en lengua castellana, y su presentación se verificará en la forma siguiente: en un pliego cerrado se incluirá la composición, llevando por única firma un lema; otro pliego, también cerrado, contendrá el nombre del autor y su domicilio, y en la cubierta se consignará el asunto de la composición y el mismo lema puesto al final de ella. Los pliegos que contengan los nombres de los autores no premiados se inutilizarán sin abrir, quedando por tanto ignorados dichos nombres El certamen se verificará el 2 de Agosto próximo.

El Ayuntamiento de Ávila, deseando honrar la memoria de su excelsa patrona Santa Teresa de Jesús, ha determinado celebrar un certamen literario en Octubre del corriente año, habiendo señalado varios premios. También S. M. la Reina, S. A. la infanta Isabel y varios particulares contribuyen con los suyos á este certamen.

Los premios y temas son:

1.º Premio del Excmo. é Ilmo. Ayuntamiento de Ávila: Mil pesetas, al mejor estudio histórico de Avila y su territorio desde su repoblación hasta la muerte de Santa Teresa de Jesús. Dicho estudio ha de tener como extensión mínima la de 250 páginas en 4.º y cuerpo 9.

2.º Premio de S. M. la Reina Regente del Reino: Dos bronces que representan los sagrados bustos de Jesús y María, á la mejor Oda á Santa Teresa.

3.º Premio de S. A. R. la serenísima infanta D.ª Isabel de Borbón: Una escribanía de plata con reloj, al mejor Romance inspirado en un episodio de la vida de la Santa.

4.º Premio del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis: Un ejemplar lujosamente encuadernado de las obras de Santa Teresa, edición de Madrid, del año de 1778, al mejor estudio acerca de Santa Teresa considerada como doctora, en sus relaciones con los teólogos místicos de su época y siglos posteriores.

5.º Premio de la Excma. Diputación provincial de Avila: Un objeto de arte al mejor trabajo acerca de las reformas que en el orden económico-administrativo debieran introducirse en las leyes provincial y municipal para la mejor garantía y más fiel desenvolvimiento de los intereses que respectivamente rigen.

6.º Premio del Instituto provincial de segunda enseñanza: Dos artísticos jarrones con la imagen de Santa Teresa y el escudo de armas de la provincia, como recuerdo del centenario, al mejor estudio crítico acerca del estilo epistolar de Santa Teresa de Jesús.

7.º Premio de la Academia de Administración Militar: Dos bronces representando el telégrafo y el teléfono, á la mejor biografía militar de D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba.

8.º Premio de los RR. PP. Dominicos del Colegio de Santo Tomás de Avila: Un ejemplar, lujosamente encuadernado, de las obras de Fray Luis de Granada, al mejor trabajo acerca de la Orden de Predicadores y la Reforma Carmelitana.

9.º Premio del R. P. Provincial de los Carmelitas descalzos de Castilla la Vieja: Un magnífico cuadro al óleo, copia del retrato de Santa Teresa hecho por Fray Juan de la Miseria, al mejor trabajo en que se desarrolle el siguiente tema: ¿Qué objeto ó fin se propuso Santa Teresa de Jesús al hacer la reforma de los Padres Carmelitas descalzos?

10.º Premio del periódico *El Eco de la Verdad*, de Avila: Un objeto de arte, al mejor estudio acerca de la industria ó industrias que pueden instalarse para su desarrollo en la ciudad de Avila, teniendo en cuenta la situación topográfica de la misma, sus medios de producción y cuanto pueda contribuir á la prosperidad de lo que en tal concepto fuera instalado.

Los trabajos deben estar presentados en el Ayuntamiento de Avila antes del día 1.º de Octubre. Las demás condiciones son las ordinarias en estos casos.—U.

CONSEJOS PARA LA CONSERVACIÓN DE LA BELLEZA

Las grietas y manchas rojizas del rostro y las espinillas exigen un cuidado especial. Debe huirse del empleo de sustancias minerales, tan nocivas para la salud. La *Rosée Orkilia* y los polvos de arroz *Orkidea*, empleados separadamente ó combinados, son preparados muy convenientes á la higiene de la piel y á la conservación de un color hermoso. Véndense estos excelentes productos, así como los *Consejos para la conservación de la belleza*, en las mejores perfumerías y en casa de *Lenthéric, 245, rue Saint-Honoré*, París.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La Vendetta. Escenas de la vida privada, por Balzac.

Todas las obras de este gran novelista tienen un especial encanto, que desde las primeras páginas cautiva al lector. *Vendetta*, aunque sin las pretensiones de las que constituyen la magnífica colección titulada *La comedia humana*, es muy interesante. Forma un tomo de 170 páginas, bien impreso y con buenos grabados. Precio, 2 pesetas.

Segunda ración de artículos del Dr. Thebussem, caballero del hábito de Santiago.

Este ingeniosísimo libro, aunque grande, se lee de una vez; y aunque trata materias de erudición, así entretiene al docto como al ignorante, por lo claro y ameno del lenguaje.

Por todas estas circunstancias bien puede asegurarse que esta segunda ración es tan sabrosa ó más que la primera, siendo muy digno de mencionarse que contiene gran copia de noticias relativas al *Quijote* y á su autor, todas interesantes, y las más muy nuevas, como producto del trabajo que para ello se ha dado el Dr. Thebussem.

La impresión y el papel son excelentes, pero el precio se queda entre merced y señoría, según declara su autor al fijarle en 3.50 pesetas.

Pocos libros hay tan baratos.

El Libro de «El Nervión» en 1894.

Con este título ha publicado el periódico bilbaíno *El Nervión* un tomo que contiene importantes trabajos de escrito-

(*Continúan en la pág. 172.*)

res notables, entre los que se cuentan Aza, Becerro de Bengoa, Campoamor, Jackson Veyan, Núñez de Arce, etc., etc. Los grabados son de Quiard, Guinea y Zuloaga.

Gramáticas sucintas de las lenguas alemana, *inglesa, italiana y francesa.*

Hemos recibido un ejemplar de estas gramáticas, impresas en Heidelberg (Alemania) por el editor Julio Groos, y compuestas según el excelente método Gaspey-Otto-Sauer. Son, pues, muy parecidas, hallándose en todas las mismas excelentes condiciones pedagógicas.

Las gramáticas inglesa y francesa están escritas por Otto, y arregladas para uso de los principiantes por el profesor Kordgien. La alemana, del mismo reputado autor, ha sido reformada por Ruppert. La italiana está escrita por Pavía, profesor en el Real Instituto Técnico de Brescia (Italia).

Son cuatro obras muy buenas y útiles, editadas con suma elegancia.

La contradicción política, por A. Zozaya.

Esta obrita forma el tomo LXVII de la *Biblioteca Económico-Filosófica*. Precio, 50 céntimos de peseta.

Meeting protesta contra los tratados de Comercio, *celebrado en Bilbao el día 9 de Diciembre de* 1893.—*Reglamento de la Liga nacional de productores de España.*

Contiene el primero de estos libros los discursos pronunciados en el *meeting* de Bilbao, y en verdad que muchos de ellos merecen especial y cuidadoso estudio. Sólo con hojearle se advierte la importancia de aquel acto, al que asistieron 117 fabricantes de Cataluña, 86 de Vizcaya y 69 de Guipúzcoa, Asturias, Madrid y otras provincias. Enviaron su adhesión 134 más, y se recibieron telegramas de 312, computándose en más de 300.000 obreros los que viven del trabajo que esas fábricas proporcionan, á los que hay que añadir otros tantos trabajadores agrícolas.

El tomo, muy bien impreso en excelente papel, tiene 280 páginas.

El *Reglamento de la Liga nacional de productores* es un folleto de 13 páginas que contiene todo el articulado del mismo. Le acompaña otro folleto de solas 7 páginas, con las bases del mismo y algunas consideraciones generales.

Método de corte y confección, por María Guerrero.

Hemos recibido un ejemplar de esta obra, tan útil como original y curiosa.

En un prólogo, breve y muy bien escrito, combate la autora la pretensión de los franceses de ser los iniciadores en esta clase de estudios. Contiene después una serie de 29 láminas representando cortes de diversas prendas de vestir, todas acompañadas de explicaciones muy concisas y claras. Hemos encargado á persona competente el estudio del *Método de corte y confección*, y lo favorable de su informe nos inspira los juicios que anteceden.

La impresión y el papel, así como la limpieza y precisión de los dibujos, son excelentes.

Véndese en el domicilio de la autora, calle del Carmen, 6 y 8, y en las principales librerías de Madrid y provincias. Precio, 15 pesetas.

Manual práctico de viticultura. La filoxera y *las vides americanas, sus caracteres, resistencia y adaptación, viveros, ingertos y plantación de la viña. Cultivo de la vid, abonos, enfermedades y su tratamiento*, por Enrique Paniagua, doctor en Medicina y viticultor.

La importancia de este manual no necesita encarecimiento. Realiza todos los ofrecimientos de su título, con lo cual se comprende lo útil que ha de ser en un país esencialmente vitícola cual lo es el nuestro. Contiene 79 grabados bastante bien hechos. Cuesta 8 pesetas, y se remite franco y certificado por 9. Véndese en casa del autor (calle del Cid, 2, Almería), y en Madrid, librería de Fe.

Margaritas. Colección de poesías de Gerardo Alvarez Simeses.

Tomo de versos de unas 80 páginas, en el que hay varias poesías muy sentidas.

Buscapiés. Sátiras y críticas, por Atirimán.

El autor profesa de sincero en el prólogo, y sin duda lo es. De su justicia quizás no se pueda decir lo mismo que de su sinceridad. De un discurso de Alarcón dice que está lleno de vaciedades y metáforas cursis. ¡Vacío y cursi el gran Alarcón! ¿Y por qué cursi? Porque habló mal del naturalismo.

Esto no obstante, el *Buscapiés* merece leerse. Cuesta 2 pesetas.

Los anarquistas de Madrid. *Informe oral en las sesiones del Jurado de 30 de Diciembre de 1893 y de 2 de Enero de 1894*, por el Dr. D. José de Carvajal y Hué.

A su tiempo fué este notable informe elogiado por gran parte de la prensa y calificado como uno de los discursos más elocuentes del Sr. Carvajal. Impreso tiene casi las dimensiones de un libro, pues ocupa 133 páginas, que sin embargo se leen con gusto.

Almanaque franciscano para el año 1894, por el Rdo. P. Fr. Pedro Fernández, M. O. del Colegio de Misioneros de Santiago.

Publica este Almanaque *El Eco Franciscano* para regalarlo á sus suscriptores, y contiene buena y útil lectura.

Prosa, por D. de N. D. y R., maestrante de Granada.

Este tomo es el V de la colección que lleva publicada el mismo autor, y, como los demás (de que á su tiempo hablamos), contiene trabajos interesantes y bien escritos.

El Dios de los consuelos, leyenda, por José Pons Samper.

Las pocas páginas que componen esta obra están muy bien escritas, y tienen un fin moral elevado, digno del mayor elogio.

De esta leyenda sólo se tiraron 200 ejemplares.

Conferencias culinarias, por Angel Muro.

Hemos recibido los tomos I y II de la colección número 2, en los que hay excelentes recetas para preparar buenos platos. También contiene algunas páginas de amena lectura.

Cuesta cada tomito (64 páginas) una peseta.

Patria con honra, ó sea *España, cuna de la humanidad, origen y raíz de todas las lenguas, fuente de la historia*, por D. Bernabé Romero y Belloc, testimoniado por Moisés, Herodoto, Homero y por todos los escritores de la antigüedad.

Tal es el título de un folleto de 50 páginas que ha llegado á nuestras manos, acompañado del retrato del autor. Anuncia éste una segunda parte, por lo menos, pues llama á la que tenemos presente *Cuartillas á granel. Primer manojo.*—G. R.



COPA DE PLATA

dibujada y labrada por los Sres. E. Sons, de Glasgow, ofrecida como premio por la Sociedad de Tiro de Pichones de Sevilla en sus tiradas de este año.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XI.

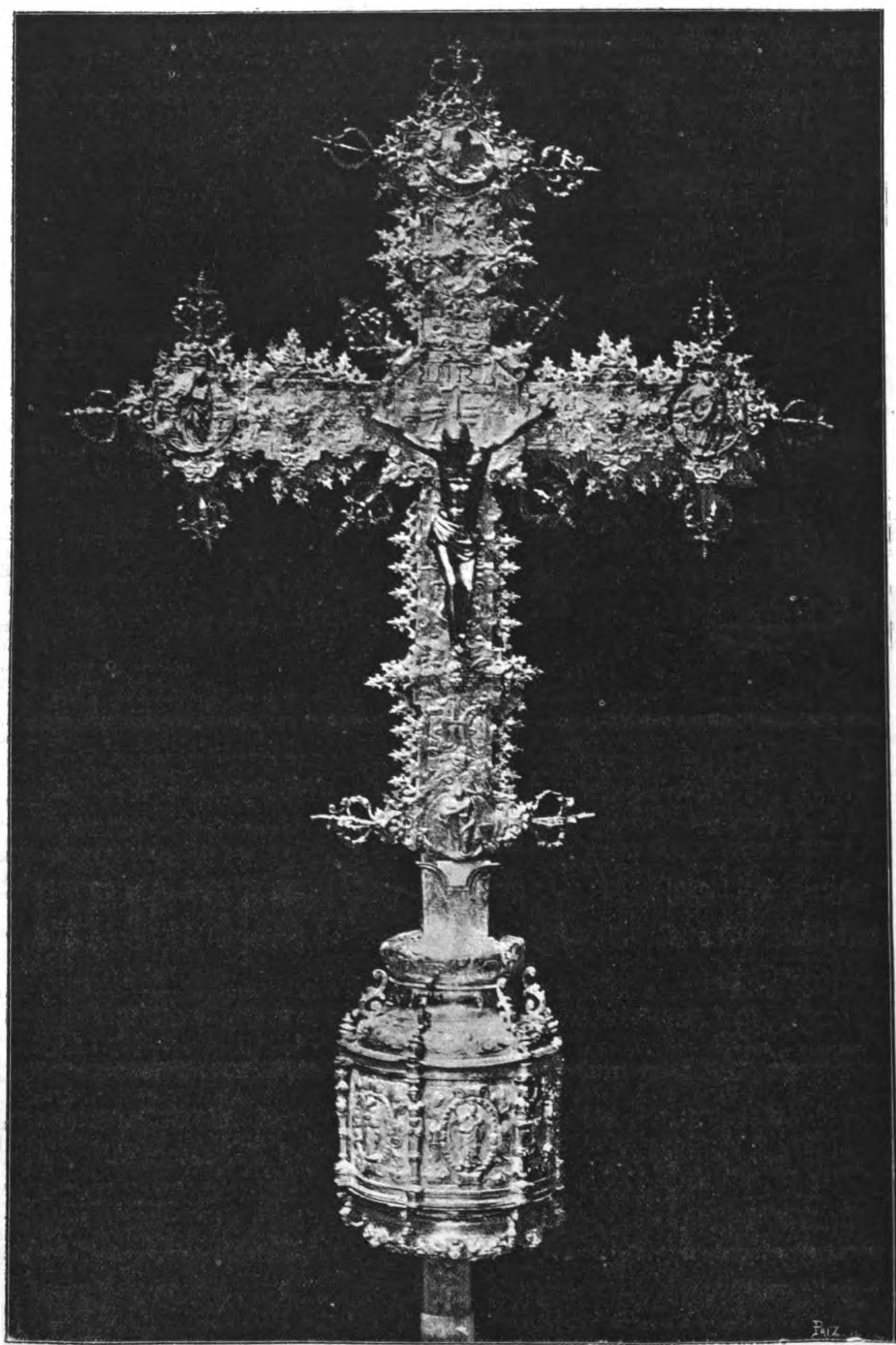
ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Marzo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

JOYAS ARTÍSTICO-RELIGIOSAS DE ESPAÑA.



CRUZ DE VALDESPINA (PALENCIA),
PERTENECIENTE Á LA IGLESIA PARROQUIAL DE DICHO PUEBLO,
Y PRESENTADA EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE MADRID.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Ávila: Convento de Santo Tomás, por D. Julián Manuel de Sabando.—Tipos madrileños: Juan Perejil, por D. Carlos Frontaura.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—Semana Santa. Poesías: Contemplando un crucifijo, por don Mosén Tallante; Á Nuestra Señora, por Fray Luis de Leon; Soneto, por San Francisco Javier; Á la muerte de Cristo, por Lope de Vega; Á Cristo crucificado, por D. Gabriel Álvarez de Toledo; Soneto, por D. Ignacio de Luzán; Á Cristo en la cruz, soneto, por D. Manuel del Palacio; El Crucifijo: Á mi madre, por D. Antonio Grilo.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Joyas artístico-religiosas de España — Cruz de Valdespina (Palencia), perteneciente á la iglesia parroquial de dicho pueblo.—Cáliz gótico del siglo XV, perteneciente á la catedral de Segovia.—Bellas Artes: *Tipos madrileños Visitando los sagrarios*, composición y dibujo de Huertas.—*El Santo Sepulcro*, cuadro de A. Peszty.—*El expolio de Cristo*, cuadro de Domenico Theotocopuli (el Greco), existente en la catedral de Toledo.—*La transgresión del mandamiento*, cuadro de H. Danger.—*El Angelus en Bretaña*, cuadro de Walter Gay.—Monumentos arquitectónicos de España.—Avila: Fachada del convento de Santo Tomás, extramuros de la ciudad.—Retrato de la Princesa María Berta de Rohán, futura esposa de D. Carlos de Borbón.

CRÓNICA GENERAL.

Estamos en Semana Santa, y por mucha que fuese la alegría que un cúmulo de felicidades infundiera en nuestro país, y la indiferencia que nuevos ideales siembran en los espíritus hacia los ideales antiguos, siempre pesaría sobre nosotros, como un recuerdo abrumador, la tradición religiosa y triste de estos días. Pero los tiempos distan de ser bonancibles; el porvenir está nublado; tiende la sociedad moderna á volver hacia los ideales que creyó sustituir con otro culto, el del progreso material; se asustan las gentes de que haya dado por resultado una aspiración inesperada, la destrucción; y aparte de la impresión que siempre produce en esta época del año la suma de los creyentes, con sus actos externos de devoción, y de los semicatólicos, que sólo en estos días parecen acordarse de su religión, hay en la atmósfera social como un convencimiento de que es útil, de que es bueno inclinar la frente ante esos sentimientos seculares, cuna y principio de la verdadera redención del hombre, basada en el amor al prójimo. Sí; en estos días los pensadores de buena fe, por escépticos que sean, vuelven á repasar los Evangelios, en donde siempre encuentra el filósofo, no sólo la moral más hermosa, sino la ciencia social más profunda que hayan leído en ningún otro libro.

El cambio de Ministerio ha traído como consecuencia la variación de las autoridades de Madrid, y aun de algunas provincias. Al Sr. Aguilera, hoy ministro de la Gobernación, ha sustituído en el gobierno de esta capital el Duque de Tamames, uno de los amigos más íntimos que tuvo el malogrado D. Alfonso XII, y que recientemente acompañó en su viaje á la Exposición de Chicago á los infantes doña Eulalia y D. Antonio, y que si no había figurado en la política con altas posiciones oficiales, ni como hombre de partido, por su posición independiente, había intervenido en los asuntos públicos é influído en ellos por su alta posición particular; es tenido además por persona muy conocedora del pueblo de Madrid, y hombre de carácter, de ideas tolerantes, mezcladas con una gran adhesión á la familia Real, tradicional en su casa, por arrancar su título de Marqués de Campollano de la misma instalación en España de la monarquía de Borbón.

La vacante del Sr. Angulo, presidente del Ayuntamiento de Madrid, se ha provisto en el joven diputado D. Alvaro Figueroa de Torres, hijo de los marqueses de Villamejor, que había pertenecido al actual Ayuntamiento; diputado y orador de gran intención y habilidad. El Sr. Figueroa, conde de Romanones, no ha aceptado uno de esos cargos fáciles de desempeñar, en que todo es representación y mando tranquilo; sino uno de los puestos más pesados, peligrosos y de imposible desempeño acertado que hay en el país, mucho más cuando se aceptan en semana de Pasión.

⁂

La muerte del pintor D. Joaquín Araujo y Ruano, ocurrida el día 15, nos ha causado tanta sorpresa como sentimiento: en el Círculo de Bellas Artes produjo la más triste impresión; y era justo y natural, por la importancia del artista y por el carácter regocijado y simpático de la persona. Nadie hubiera sospechado al oir su conversación alegre, que tenía algo de la frivolidad y gracia del muchacho, ó al verle guitarra en mano cantando canciones populares, que aquel hombre jovial, joven, fuerte por su afición á la gimnasia, de ojos grandes y vivos, que gozaba provocando la risa de su auditorio, fuese un artista concienzudo y de los más estudiosos que hemos conocido y más amantes del arte por el arte: á nuestro entender, aunque sólo haya obtenido medallas de segunda clase en las Exposiciones, tenía importancia de primera, por su obra general, su entendimiento y su conciencia al desarrollar cualquier asunto. Sus cuadros de costumbres son estudios que demuestran gran observación y en que los personajes expresan como en teatro lo que sienten, y en sus cuadros de asuntos más elevados é ideales, aunque no tan populares, se ve siempre la mano del maestro. Esta es, al menos, la impresión de un extraño al arte y simple aficionado que tiene, como cualquier hijo de vecino, su criterio, y que no le quiere hacer pasar como crítica de inteligente.

Araujo estudiaba siempre: había recorrido los principales Museos de Europa y pasado horas enteras admirando y estudiando las obras más famosas. Gran admirador de Velázquez, había reproducido sus cuadros más famosos en hermosas aguas fuertes, que adquirían y pagaban muy bien en Londres los editores de estampas, y conocía todos los adelantos de los procedimientos que se relacionaban con aquel arte: oyéndole en el trato familiar, parecía un mozo frívolo; preguntándole en cosas de arte, admiraba su instrucción y su deseo de aumentarla: es artista que, dejando pruebas suficientes para tener un nombre respetado, puede considerarse como malogrado sin embargo, por la abundancia de ideas y aspiraciones legítimas que tenía intención de realizar y la muerte ha imposibilitado; por los consejos que su experiencia, estudios y viajes podían facilitar á otros artistas, y por la natural producción que de su edad y su talento debíamos prometernos.

Las dos últimas ocasiones en que tuvo tiempo de desahogar conmigo sus sentimientos de artista, una de ellas fué, hará dos años, muy ajena á nuestras aficiones: siendo jurados en un mismo tribunal, tuvimos un estreno doloroso en aquellas funciones jurídicas, pues á pesar de nuestra buena voluntad, el acusado resultó condenado á muerte, si bien fué indultado, felizmente, por la Reina el Viernes Santo. Araujo propuso hacer algo en favor de una niña que dejaba el condenado, y constará en la causa que los jurados pedimos y obtuvimos dietas, si bien no pudo constar que se impusieron en la Caja de Ahorros, á nombre de la pobre criatura. En los intervalos de los juicios hablamos mucho de pintura, y se quejaba de las injusticias de la crítica, que hacía famosas á algunas medianías, y no comprendía, ó fingía no entender, los méritos y esfuerzos de otros pintores que halagaban poco al vulgo y rendían más culto al arte.

Las últimas veces que le vi fué en el Museo: estaba copiando una parte del cuadro de *Las Meninas*.

—¿Para quién hace usted esa copia?—le pregunté.

—Para mí solo. Es un trabajo lento; he estudiado ante todo cómo preparó su lienzo Velázquez é imitado su procedimiento en todo lo posible, y estoy trabajando con cariño.

Dimos una vuelta por la rotonda del Museo; me hizo notar las bellezas de cada cuadro; resolvió muchas dudas que le expuse en mi calidad de profano, con gran entendimiento; volví á los pocos días, y la copia iba adquiriendo tal carácter, que no pude menos de admirarla. Y le dejé por última vez con el pincel y la paleta en la mano y una enorme visera sobre los ojos, delante del cuadro de *Las Meninas*.

El día 16, al despertarme, leí los periódicos, y supe que había muerto Araujo el día 15. Pregunté la hora para ver si llegaría á su entierro, y ya era tarde. Debía estar enterrado. ¡Pobre Araujo! Era un artista de corazón y de entusiasmo.

⁂

Un anarquista volándose á sí propio sin querer, no es caso nuevo, ni será el último: un simple resbalón, un tropiezo, cualquier cosa hace caer á un hombre y determina la explosión: eso ocurrió el día 15 en la iglesia de la Magdalena de París á un malvado que trató de producir una catástrofe en aquel templo mientras pronunciaba un sermón el sacerdote. La bomba estalló sobre el mismo culpable y fuera de la puerta, y gracias á eso no hubo otra víctima que el mismo criminal: éste quedó materialmente deshecho, conservándose íntegra la cabeza, como si la dinamita hubiera querido sustituir á la guillotina. Lo que asombra en estos crímenes es la gran cantidad de gente que se presta á hacer el oficio de asesinos de inocentes, sólo por la hidrofobia de matar. Lo que espanta, parándose á considerarlo, es lo que sería de los pueblos entregados á esas fieras. Nos asombramos de que hayan existido un Nerón y un Calígula; pero ¿qué época es la nuestra, donde brotan hombres de esa crueldad á cada instante? Creen los sabios que en ciertos períodos geológicos existieron sobre la tierra monstruos repulsivos, que sólo podían vivir en una atmósfera asfixiante: sin duda nos hallamos en un período moral muy análogo: el de los odios del individuo contra su especie.

⁂

Barbastro ha conmemorado el centenario del general Ricardos con verdadera solemnidad, y Sevilla celebra suntuosamente la Semana Santa, que este año llevará desde Madrid y toda la línea férrea gran número de viajeros por los trenes á precios reducidos: la multiplicación del movimiento por la baratura del viaje hace pensar que en España daría no menores ventajas que en Alemania una rebaja considerable en el valor de los asientos, y aun más que en otras partes, pues los altos precios de los billetes justifican la importunidad con que acuden á pedir pases de favor ó á precios reducidos tantas gentes, lo cual ha permitido que se haga tan general el veraneo. Las empresas que buscan auxilios acaso los encontrasen en el público, con el atrevimiento que hizo de los antiguos periódicos de alto precio, con una gran rebaja, elementos de tanta circulación é influencia: los tranvías, por su baratura, han acostumbrado á todos los madrileños á subir en carruaje, y los ferrocarriles podrían convertir en necesidad y costumbre continua el viajar; y como al fin y al cabo ellos explotarían el nuevo vicio, por ser los vehículos de esa circulación extraordinaria, sus empresas reportarían el provecho.

Pero de la Semana Santa de Sevilla, símbolo tradicional de nuestra historia religiosa, hemos pasado á discurrir sobre intereses materiales, es decir, lo más contrario. Es verdad que los hombres solemos mezclar lo espiritual con lo profano de un modo absurdo, hasta el punto de que se trata en Madrid de desterrar la costumbre incomprensible de que el día de Jueves Santo invada el pueblo el Matadero, hostigando las reses y toreándolas, y cometiendo con ellas muchas crueldades: la fiesta de la Cara de Dios, en la plazuela de Afligidos, no es tan repugnante; pero aquellos puestos de bebidas espirituosas en un día tan triste, no están muy de acuerdo, y sobre todo, el lujo de pañuelos de Manila, la ostentación de la elegancia manolesca y las borracheras matutinas que se toman alrededor de la capilla donde se venera la estampa del Salvador. Y si esto hace la clase baja, no están exentas de censura las más altas, por la exhibición del lujo al recorrer las estaciones, y en las mesas de petitorio, y hasta por el paseo del Viernes Santo, tan contrario al recogimiento propio de aquel día. Precisamente por no permitirse la circulación de carruajes parece que las señoras sienten con más viveza la necesidad de pasear.

Recordamos los tiempos de nuestra niñez, en que recorríamos el Jueves Santo casi todos los templos de Madrid, y hoy nos sorprende y maravilla haber podido hacer á pie tanta visita; y realmente son curiosas las comparaciones que establecíamos entre la abundancia y esplendor que revelan algunos monumentos, y la pobreza y sencillez de ciertas iglesias que parecen de aldeas y carecen de recursos.

Madrid toma en estos días un carácter más grave que el ordinario; la falta de carruajes da tristeza solemne á las calles; se ven caras y trajes que sólo se lucen en aquellos días; el Jueves Santo las iglesias se llenan, y á ciertas horas son hasta peligrosas las apreturas; los rateros aprovechan la confusión, y los enamorados, y si hay muchos actos de respeto y devoción, se cometen también muchas irreverencias. Las tinieblas dan ocasión á los muchachos para hacer con las carracas un ruido insoportable cuando el último cirio se apaga; pero el estruendo infantil es inocente comparado con el escandaloso lujo con que conmemoran algunas señoras la pasión del que predicaba la humildad y la pobreza; y es que las palabras de los Evangelios están impresas en los labios, pero no en los corazones.

Y perdónennos los lectores si nos hemos permitido un sermón propio de estos días.

⁂

—Don Blas, ¿ha cumplido usted con la Iglesia?
—No necesito cumplir, soy de confianza.

—¿Cuál es el mejor predicador de Madrid?
—Mi papá.
—¿Qué dices, niña?
—Que todos los días me echa dos ó tres sermones.

—¿Qué tal predica el Padre Blas?
—Empieza muy bien; pero es tan abundante, que no puede concluir, una vez tomada la carretilla .... Él mismo me pedía consejo para remediar ese defecto.
—¿Y qué le dijo usted?
—Padre, predique usted con tapabocas.

—¿Qué sucede? ¡Milagro! ¡Milagro! El usurero D. Crisóstomo ha echado limosna en el cepillo de la iglesia.
—Es que le han dicho que Dios da ciento por uno.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

JOYAS ARTÍSTICO-RELIGIOSAS DE ESPAÑA.

Cruz de Valdespina (Palencia).—Cáliz gótico del siglo XV.

La cruz que reproducimos en nuestro grabado de la primera página pertenece por su estilo al Renacimiento. La base es prismática cuadrangular, y en cada una de sus caras, limitadas por aristas de sobrepuestas cariátides, se encuentran ocho medallones, en los que están representados algunos apóstoles y santos doctores. En los medallones de los brazos vense las imágenes del Padre Eterno, de San Juan Evangelista, etc., etc.

Es toda ella de plata, de labor repujada y de cincel. Hay algunos dorados en los remates y en el Cristo. Pertenece á la iglesia parroquial de Valdespina esta joya artística, y ha podido ser admirada en la sala 22 de la Exposición Histórico-Europea.

El primoroso cáliz, perteneciente á la catedral de Segovia, de que publicamos una reproducción en la pág. 185, fué regalado por el famoso D. Beltrán de la Cueva á la dicha catedral. Muestra la notable perfección á que España había llegado en el arte al iniciarse el Renacimiento. Recuerdo de una época revuelta y poco estudiada de nuestra historia, prueba que en ella, si la política iba mal, el arte prosperaba y se engrandecía.

⁂

BELLAS ARTES.

Tipos madrileños: Visitando los sagrarios, composición y dibujo de Huertas.—*El Santo Sepulcro*, cuadro de A. Peszty.—*El expolio de Cristo*, cuadro del Greco, existente en la catedral de Toledo.—*La transgresión del mandamiento*, cuadro de H. Danger.—*El Angelus en Bretaña*, cuadro de Walter Gay.

En Jueves y Viernes Santo son muchísimos los devotos y devotas, aunque quizás no tanta la devoción. Llénanse los templos, y lucen su hermosura y garbo en las principales calles multitud de mujeres hermosas, que, mezclando lo sagrado con lo profano, van á orar y á ser vistas y admiradas.

Esos días presenta Madrid un extraño aspecto, más de población en fiesta que de humanidad dolorida por la muerte del Salvador. El bonito dibujo del Sr. Huertas, que publicamos en la pág. 176, nos muestra á Madrid tal cual es el Jueves Santo y Viernes Santo por la tarde, á la hora de la visita á los templos, y con tal fidelidad le reproduce, que nos parece estar viendo el original, no la artística copia de tipos y escenas madrileñas.

El cuadro de Peszty, que publicamos en la pág. 177, es notable por la agrupación y actitud de las figuras. Las santas mujeres que acuden al sepulcro donde yace el Justo á llorar su muerte, llevan tan admirablemente reflejado el dolor en el semblante, que no hay alma tan endurecida que

viendo este cuadro no se sienta movida á compasión. Sin duda ha sabido inspirarse muy bien el pintor en este patético asunto, fuente artística inagotable y fecunda que tantos prodigios ha producido.

El Greco, aunque griego de nación (de donde le vino el nombre que le dieron en Italia) y discípulo ó condiscípulo de Tiziano, casi se ha de considerar como español, pues en España vivió muchos años, muriendo en Toledo en 1625. En 1577 habíase establecido en esta ciudad, para cuya santa iglesia pintó el cuadro que representa *El expolio de Cristo.* También está en la iglesia de Santo Tomé de Toledo su *Entierro del Conde de Orgaz*, obra, con razón, famosa. En algunas ocasiones de su vida, principalmente en los últimos años de ella, el Greco, abandonando su primitivo estilo, tan semejante al del gran maestro veneciano que á veces era difícil distinguir los cuadros del uno de los del otro, dió en pintar con suma extravagancia y exageración, que fué un modo singular de significarse su agotamiento y decadencia. Algunos le tuvieron por loco.

El expolio de Cristo (véase nuestro grabado de la página 180) es, juntamente con el *El entierro del Conde de Orgaz*, el mejor de sus cuadros. Fué el primero que pintó á su llegada de Italia, y por él cobró 3.500 reales, no sin gran trabajo, pues sólo le querían pagar 2.500.

En este cuadro es admirable la figura de Jesús, y singularmente la cabeza, la cual tiene tal expresión de majestad y dulzura, que una vez vista, no se olvida nunca.

Con esta y otras semejantes bellezas se compensan ciertos defectos, tales como el guerrero con armadura del siglo XVI, que está á la izquierda, y la presencia de las tres Marías.

La guerra es mal viejo, como nacido de la imperfecta naturaleza del hombre. Cuanto contra él se dice ahora se ha dicho antes, y de seguro ha de seguir diciéndose, sin que puedan los filántropos de hoy llegar á evitarlo, pues á tanto no alcanzó nunca todo el esfuerzo del cristianismo, con haber sido tan grande.

Jesucristo dijo: «Amémonos los unos á los otros», y hasta para que triunfara la idea cristiana, fué necesaria la espada de Constantino. Aquel admirable precepto suyo continúa inobservado al cabo de diez y nueve siglos, habiendo sido en el nuestro las guerras tan frecuentes y terribles como en los anteriores.

Lo que no puede negarse que ha crecido es el ansia de paz. Existe una aspiración generosa á establecer la fraternidad humana, y á realizarla se dedican hombres ilustres de diferentes naciones, que han fundado una asociación titulada *Liga de la paz.* Los que á ella pertenecen convocan congresos, publican libros y periódicos, y por todos los medios predican que la solución de las pendencias internacionales debe fiarse al arbitraje. Para esta importante y humanitaria asociación pintó Mr. H. Danger su magnífico cuadro titulado *La transgresión del mandamiento*, que publicamos en la *Hoja-Suplemento* de este número, y que en el Salón de los Campos Elíseos de París llamó muchísimo la atención. El asunto es grandioso: Jesús contemplando el campo cubierto de cadáveres y la ciudad que arde, allá á lo lejos, oculto el rostro entre las manos, recordando que predicó lo contrario y llorando la desobediencia é insensatez humanas. El contraste entre los horrores de la guerra y la suave figura de Jesús, que vino al mundo á establecer la paz entre todos los hombres como hermanos que son ante Él, es de sorprendente efecto.

Cuantos recuerden la escena culminante del último acto de *Dinorah* (en francés *Le Pardon de Ploërmel*), tendrán cabal idea de la religiosa costumbre bretona que ha servido de tema al pintor americano Walter Gay para su cuadro *El Angelus en Bretaña*, que reproducimos en la pág. 189. El recogimiento con que aquel pueblo de pescadores ve pasar la cruz y el estandarte de la iglesia, y los cánticos con que les acompaña hasta el mismo templo, forman un conjunto admirable y muy poético y nuevo.

El cuadro de Gay, que está magistralmente pintado, llamó mucho la atención en el último Salón de los Campos Elíseos.

°°°

ÁVILA: FACHADA DEL CONVENTO DE SANTO TOMÁS, EXTRAMUROS DE LA CIUDAD. — (Véase el artículo del Sr. Sabando en esta misma página.)

°°°

LA PRINCESA MARÍA BERTA DE ROHÁN.

Los periódicos han hablado mucho del próximo enlace de D. Carlos de Borbón con la princesa María Berta de Rohán, noticia que recientemente se ha hecho pública. Y como en estos tiempos la publicidad es señora absoluta de vidas y haciendas, así públicas como privadas, unos han aprobado la boda y otros la han censurado.

Nosotros, que en tal asunto, de índole tan particular como este, no tenemos opinión, nos limitamos á cumplir nuestro propósito de dar á conocer á los lectores los sucesos y los personajes importantes, por cuya razón publicamos en la pág. 192 el retrato de la futura esposa de D. Carlos.

María Berta de Rohán Guéménée es hermana del príncipe de Rohán, duque de Montbazón y de Bouillón, príncipe de Guéménée, Rochefort y Montaubán. Todos estos títulos, sin contar otros muchos, casi tan ilustres, lleva el actual jefe de la casa, descendiente de los reyes de Bretaña.

D. Carlos y D.ª María de Rohán conociéronse en Nuremberg, donde ésta se hallaba en compañía de su tía la Princesa de Lawenstein, madre política de D. Miguel de Braganza, pretendiente de la corona de Portugal. Los desposorios se han celebrado en el castillo de Sichrow (Bohemia), comprado hace años por el príncipe Camilo de Rohán.

G. Reparaz.

ÁVILA.

CONVENTO DE SANTO TOMÁS.



Al Sudeste de la ciudad de Avila, y á corta distancia de su antiguo muro, se alza el convento de Santo Tomás. Es un monumento grandioso, como eran casi todos los de la Orden de Santo Domingo: la época de su erección, la mejor para que en él se ostentaran las bellezas y primores del arte cristiano: contemporáneo del de San Juan de los Reyes de Toledo, parece competir con él en la gallardía y elegancia arquitectónica de su templo, y es muy superior en la extensión y suntuosidad del convento y sus dependencias adyacentes.

Consta de un atrio de muy bellos arcos y graciosa bóveda, de 1.333 pies de superficie, y entre él y la fachada del templo, un patio de 16.000 pies; el templo; un espacioso Noviciado, con dos patios titulados de la Parra y del Santo, servido por una escalera de piedra granítica; un convento magnífico, con dos grandes patios, el de los Reyes, de airosos intercolumnios de piedra granítica, y el del Silencio ó de las procesiones, de igual materia en sus muros, cubierto su claustro con una bóveda ojival de piedra arenisca, servido por tres suntuosas escaleras de piedra; biblioteca; sala de capítulo; sacristía; refectorio; escuelas de la antigua Universidad de Avila; salón y habitación de los Reyes Católicos; sala tribunal de la Inquisición; prisiones de la misma y su capilla; panadería, con horno y panera; pajares; boyería y establos; abundantes fuentes; y una huerta y prado, dentro de cerca, de 1.050.978 pies de superficie.

El templo cautiva desde el primer momento la atención, no sólo por su espaciosidad, por la elegancia de sus pilares, por su artesonado prolijo y misterioso, peculiar de los templos del siglo décimoquinto, sino también, y muy especialmente, por tener el altar mayor á la altura del coro, no servido por la iglesia, sino interiormente por una muy ancha escalera que arranca de la inmediación de la sacristía.

Álzase en medio de la iglesia un precioso monumento sepulcral, de mármol blanco, que debe de ser obra del año 1505, pues se erigió por disposición testamentaria de la reina D.ª Isabel la Católica, fallecida en el año anterior. Allí están los restos del que fué su hijo querido, el príncipe D. Juan, nobilísima y frustrada esperanza del pueblo castellano.

La sillería del coro es bellísima, y parece haberse tomado por modelo la de la Cartuja de Miraflores. Los dos sillones que constituyen su arranque estaban destinados á los Reyes Católicos, el de la derecha á la Reina, y el de la izquierda, á partir de la silla prioral y mirando al altar mayor, al Rey: frecuentemente, y por más de diez años, los tuvieron por asiento. Tanto éste como los descansabrazos son sencillos, y en nada se diferencian de los destinados á los frailes, menos en dar frente al altar mayor: su grande é incomparable belleza está en el coronamiento: en vez de ligero doselete, se alza encima una aguja gótica de más de nueve pies de altura, de tan prolijo y primoroso calado que semeja delicadísima filigrana.

La sala donde se instaló y ejerció el Tribunal de la Inquisición es sólo notable por su sencillez; apenas tiene veinte pies en cuadro; sus paredes, sin adornos ni molduras; en el testero había un dosel, y debajo un crucifijo.

Enfrente, en medio de un salón convertido en capilla del tribunal, con altar de época muy posterior á la del edificio, hay una sepultura sencilla, sin emblema ni alegoría; una lápida de pizarra indica que debajo están los restos de alguien que pasó por el mundo como el ave por el aire: es la sepultura de Torquemada. El epitafio desapareció por completo bajo la planta de los malintencionados; en la pizarra no queda vestigio de que en ella hubiese habido caracteres. Mas si desapareció la inscripción, no se ha perdido su memoria; en apuntes que tengo de buen origen consta que decía:

Hic jacet Reverendissimus Pater Frater Thomas de Turrecremata, Prior Sanctæ Crucis, Inquisitor, hujus Domus Fundator.=Anno Domini 1498.=16 *Septembris.*

O sea:

«Aquí yace el muy reverendo Padre Fray Tomás de Torrequemada, Prior de Santa Cruz, Inquisidor, Fundador de esta casa.=Año del Señor 1498.=16 de Septiembre.»

Epitafio bien sencillo para nombre de tan grande resonancia en aquellos tiempos (1).

Sin hacer otras indicaciones, que serían muy curiosas, acerca de su Universidad, incorporada con las del Perú, Méjico y Salamanca; de algunos singulares privilegios del convento, y muy especialmente del testimonio ó auténtica que existía en el cofrecito de nácar donde se custodiaba la Sagrada Forma rescatada de los judíos de La Guardia, Quintanar y Tembleque, expondré con brevedad su origen, refiriendo después lo ocurrido desde la época de la exclaustración.

FUNDACIÓN.

Se ha pretendido que le fundó D.ª María Dávila, de la casa de los Marqueses de las Navas, viuda de D. Fernando de Acuña, virrey de Sicilia, y antes de Fernán Núñez de Arnalt, tesorero de los Reyes Católicos, el año 1478, y que después le amplió y extendió su fábrica con grandeza y suntuosidad Fray Tomás de Torquemada, por mandado de los Reyes Católicos.

El rey D. Fernando en su testamento se declaró fundador y patrono del convento, lo cual no había hecho en el suyo la reina D.ª Isabel. No es temerario suponer que un equivocado concepto ó el disculpable propósito de legar á la posteridad su nombre con la gloria de haber fundado tan grandioso y noble monumento, le impulsara á consignar lo que no se halla comprobado como verdad. Ni por aquel tiempo se hallaban los reyes tan sobrados de recursos que pudieran invertir sumas cuantiosas en la construcción, ni hay datos que vengan á confirmar aseveración tan absoluta.

La verdad parece ser la siguiente.

Don Fernando Nuño de Arnalt, que ya queda indicado haber sido tesorero de los Reyes Católicos, llevado de su especial devoción á Santo Tomás de Aquino, se propuso erigirle un templo donde fuese reverenciado. Sorprendido por una grave enfermedad, y viendo próxima la muerte, comunicó tal pensamiento á su mujer D.ª María de Avila y al padre Torquemada, que había sido confesor de los dos, y les dió poder para otorgar su testamento (pues la enfermedad apretaba y le impedía hacerlo por sí), encargándoles que erigiesen en aquella ciudad un convento bajo la advocación del santo doctor.

Cumplieron los fideicomisarios y entregaron con aquel objeto 1.120.000 maravedís en un juro y 49.000 en otro, y además seiscientas fanegas de pan terciado para sustento de los religiosos, que habrían de ser sesenta. Como el testamento de Arnalt se dice otorgado en 4 de Noviembre de 1482, y para aquella fecha el edificio se hallaba en construcción desde ocho meses antes, pues la primera piedra se había puesto en 11 de Abril de aquel año, siendo claro indicio de que avanzaba notablemente la obra el hecho de haber recibido el convento como de la Orden el capítulo de Provincia de la misma, celebrado en Piedrahita en 15 de Noviembre del propio año; no es lícito admitir el supuesto de semejante fundación, aun cuando se pueda tener por verosímil que Arnalt hubiese anteriormente comunicado con Torquemada su piadoso deseo, y aun que se diera por tal motivo al convento la denominación de Santo Tomás y no la de Santo Domingo; si es que no fué iniciativa del mismo Torquemada para honrar al santo de su nombre.

Lo que resulta indudable es que la fundación pertenece al célebre inquisidor, y que la costeó con el producto de los bienes confiscados á los judíos que juzgó y condenó su tribunal. El justificado temor de una venganza por parte de los deudos ó parientes de aquellos con cuyos bienes se había erigido el convento y de que procurasen destruirle por el incendio, hizo que, á petición del prior, el papa Alejandro VI, por Bula de 12 de Noviembre de 1496, á los tres años de concluida la edificación, prohibiese que en él tomara el hábito ningún descendiente de judío, moro ú otra mala secta; prohibición extensamente confirmada por el papa Paulo IV.

ÉPOCA MODERNA.

En 1835 se efectuó la exclaustración, y allí, como en todas partes, se dejó en absoluto abandono cuanto pertenecía á la comunidad y á la orden. ¿Qué se hizo de la biblioteca y archivo de Santo Tomás? ¿Qué de sus numerosos cuadros? (1) ¿Qué de los tapices y demás efectos de aquel rico monasterio? Todo fué depredación, y allí quedó con sus muros escuetos y lo que no se podía sacar para vender.

En 1844 se puso á la venta en pública y doble subasta, que había de celebrarse en Avila y Madrid. Un honrado vecino de aquella ciudad, cuyo nombre es bueno que conste, D. José Bachiller, le adquirió como mejor ó quizás como único postor. Celebróse el remate en 22 de Febrero de aquel año, y la Junta de enajenación de Bienes nacionales, previa certificación de la Contaduría de hallarse la finca libre de todo gravamen ni patronato, le adjudicó á Bachiller en 1.º de Abril, otorgándose la escritura en 8 de Noviembre ante el escribano del juzgado de Avila D. Ventura Zubiate, después de pagado el importe total de la venta.

Compró el convento tan honrado patricio, no para usufructuarle, sino para conservar el grandioso monumento, honra y prez de aquella ciudad, é impedir que, pasando á poder de algún avariento especulador, fuese objeto de indigno lucro y de su destrucción. Se conservó durante su vida, sin más desperfectos que algunos en dependencias exteriores, y en el interior los naturales por el abandono en que había estado el edificio y la injuria del tiempo. ¡Premiáraselo Dios!

Murió Bachiller once años después de haber adquirido la propiedad del convento, y murió dejando considerables deudas. Hubo concurso de acreedores, y con las lentitudes naturales en semejantes asuntos, iban ya transcurridos seis años, durante los cuales se habían vendido los demás bienes, haciéndose con su producto pago á los principales acreedores.

Era á últimos de Agosto de 1861, cuando de paso para Salamanca me detuve cuatro días en Avila para ver sus gloriosos monumentos y visitar al Obispo y su secretario, mis amigos, y al provisor, mi condiscípulo de Universidad. Vi el convento de Santo Tomás; me enteré de su historia y de que muy pronto saldría á subasta, para la cual se habían publicado los edictos por el Juzgado de primera instancia.

Entonces me asaltó una idea que me llenó de desconsuelo: en otras circunstancias probablemente no se habría vendido, pero en aquellos días tuve por segura é indefectible su venta. Se estaba construyendo el ferrocarril del Norte, y las obras de desmonte y explanación llegaban exactamente á línea del convento; las separaba de éste una distancia de 90 metros: un ligero corte en la pequeña loma de la izquierda presentaba el edificio en toda su espaciosidad y grandeza. ¡Qué magnífico para vastísimos almacenes! No se podía ni aun imaginar otro semejante en toda la línea desde Madrid á Hendaya. La tentación para la Compañía había de ser irresistible. Por otra parte, lo que costara su adquisición lo compensaría con creces sólo la sillería del coro: vendida fuera de España, habría valido algunos millones. Me propuse hacer lo que pudiera para impedir lo que tenía por una catástrofe.

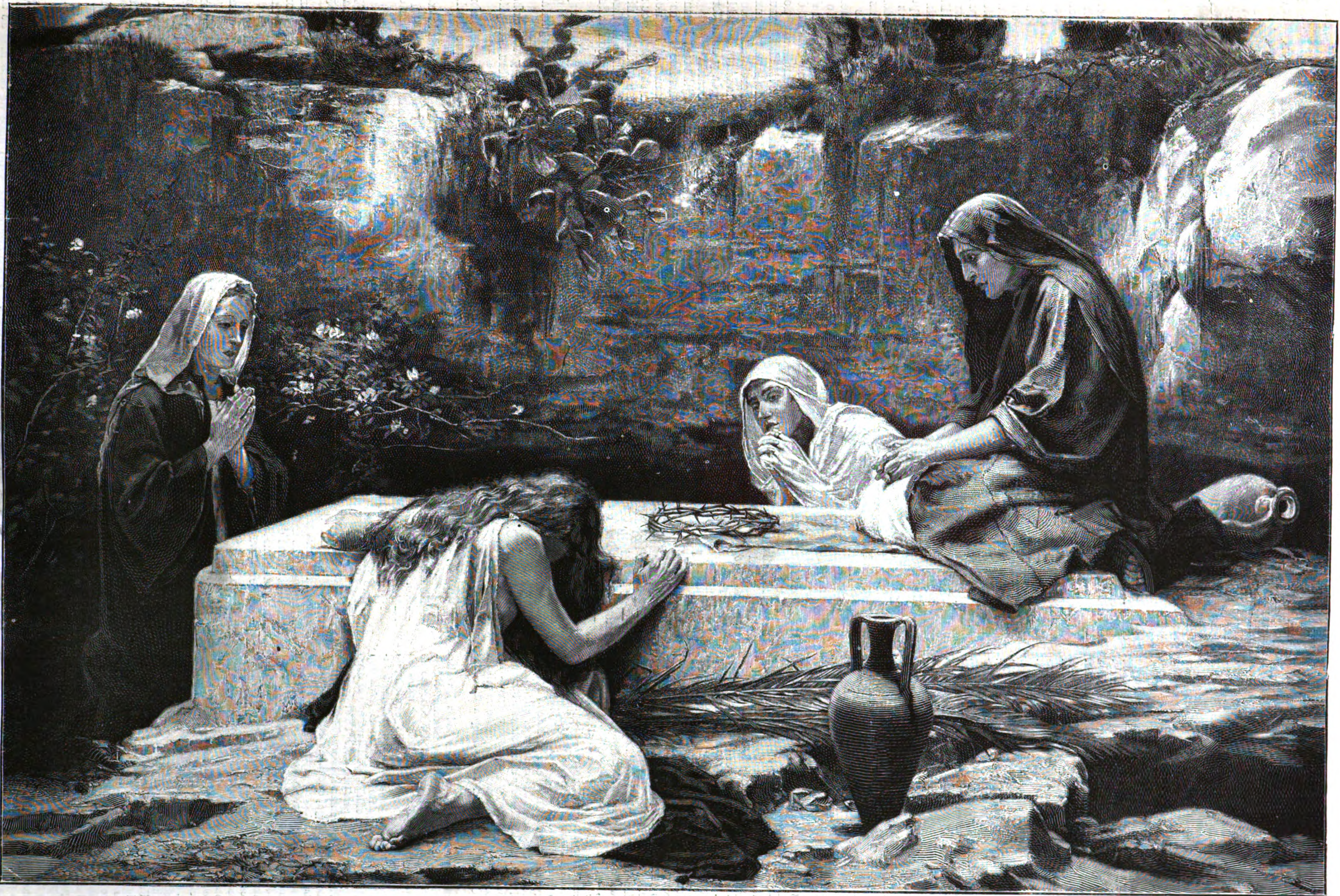
(1) En la época de la exclaustración fué profanada la sepultura: algunos *espíritus fuertes* invadieron la sala-capilla, extrajeron los restos de Torquemada y los diseminaron, borrando también el epitafio. ¡Hazaña insigne! «A moro muerto, gran lanzada.»

(1) Lo más selecto de la biblioteca se repartió entre los individuos de la comunidad, desapareciendo casi por completo á los pocos años. De los cuadros, algunos se hallan en el Museo de Pinturas, entre ellos los retratos auténticos de los Reyes Católicos y de sus hijos el príncipe D. Juan y D.ª Isabel: los demás fueron mercancía de aprovechados.



TIPOS MADRILEÑOS.—VISITANDO LOS SAGRARIOS.

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE HUERTAS.



EL SANTO SEPULCRO.
CUADRO DE A. PESZTY.

Llegué á Salamanca, y con fecha 3 de Septiembre escribí una carta para que se publicase en el periódico *La España*, del cual era redactor, y otra para D. Pedro de Egaña, su propietario y mi amigo, explicando y ampliando lo que no creía oportuno que apareciese en el periódico, rogándole con la más viva instancia que viera al Ministro de Gracia y Justicia, su particular amigo, y procurase conseguir de él que, interponiendo aun despóticamente su autoridad y saltando por todo, mandara suspender la subasta anunciada para el día 9; pues aunque nada me habría prometido de otro Ministro, todo lo esperaba de los vigorosos arranques de D. Santiago Fernández Negrete; que lo urgente era impedir que el convento pasara á manos que destruyesen aquella preciosa obra de religión y de arte.

La carta que se había de publicar apareció en el número de *La España* de 7 de Septiembre. Don Pedro de Egaña, con un número del periódico y la carta particular, fué en seguida al Ministerio de Gracia y Justicia; hizo que el Ministre leyera con interés las dos, y tuvo la satisfacción de ver y oir que, por primera respuesta, llamaba al jefe de la sección y le daba orden de que dirigiese en el acto un telegrama al juez de Avila, encargándole que suspendiera hasta nueva orden la subasta del convento de Santo Tomás. El golpe estaba ya parado.

Pidió en seguida al mismo juez informes acerca del contenido de mis cartas, y como los diese, no sólo confirmando, sino ampliando favorablemente lo que en ellas se decía, no se pensó ya en alzar la orden de suspensión.

Entretanto regresaba yo de mi expedición á Salamanca y provincias del Norte, y nuevamente me detenía en Avila: allí me enteré de que mi carta publicada en *La España* y sus consecuencias habían contrariado el plan del Obispo, que se proponía comprar el convento para restablecer el culto é instalar el Seminario. El buen señor en todo había pensado, menos en la irresistible competencia que en la subasta le habría hecho, á no dudarlo, la poderosa Compañía del ferrocarril: en que el convento no habría sido para él. Arañando de aquí y de allí, había logrado reunir hasta 8.000 duros, ¡y con ellos creía poder adquirir el edificio y sus pertenencias! Esto sin contar con un grave inconveniente en el orden legal.

Sin hacer la más ligera indicación al Prelado, apenas hube vuelto á Madrid solicité una audiencia de S. M. la Reina, que me honraba con sus bondades. Obtenida sin dilación, expuse el caso á la augusta señora, que me escuchó con el más vivo interés; hice una sencilla descripción del convento, de sus bellezas artísticas, en lo cual me apoyó el rey D. Francisco, allí presente; de las vicisitudes por que había pasado, de la situación creada por la suspensión de la subasta y del deseo del Obispo de adquirirle, así como de la casi imposibilidad de conseguirlo, por la insuficiencia de sus recursos. Después de asegurar, como era verdad, que nada absolutamente sabía el Prelado del paso que yo acababa de dar, la rogué que hiciese una más de sus buenas obras, supliendo lo que faltara al Obispo para realizar la compra del convento, pues se podría tratar con los síndicos, animados de los mejores propósitos, y arreglarse todo definitivamente.

Con la espontaneidad y prontitud geniales en la augusta señora, y en uno de los nobilísimos arranques de su grande y sano corazón, me dijo: «*Di al Obispo que no quiero que gaste un cuarto: que desde hoy corre á mi cargo el asunto. Baja ahora mismo á ver á Goicoerrotea: dile lo que me acabas de oir, y que mañana sin falta me hable del particular.*»

De lo íntimo de mi alma dí á S. M. las gracias por su magnanimidad; cumplí su encargo con el Intendente, y desde aquel día empezaron las negociaciones, que, por la especialidad del caso, habían de experimentar considerable dilación. Bien pensado el asunto, y para evitar graves inconvenientes, se creyó más oportuno que fuese la misma Reina, y no el Obispo, quien hiciera la compra del convento.

Diez y nueve meses después, vencidos todos los obstáculos de tramitación, D. Juan Clímaco Sánchez Narrillos y D. Eloy Pérez Rodríguez, síndicos del concurso de D. José Bachiller, ampliamente autorizados por todos los acreedores, otorgaron, en 6 de Mayo de 1863, escritura de venta de dicho convento con todas sus pertenencias á favor de la reina D.ª Isabel II, ante el notario de Avila don Francisco Agudiez. Como en ella se estipulaba que el pago se haría en dos plazos, uno de presente y otro en el siguiente año, en 11 de Julio de 1864, ante el mismo notario se otorgó la segunda escritura de pago, quedando con ello perfeccionada la venta.

Faltaba realizar el noble proyecto de S. M. la reina doña Isabel II, de que el convento se destinara á usos eclesiásticos, y el 19 de Junio de 1865, ante el notario de esta corte D. Claudio Sanz y Barea, y á nombre de la augusta señora, se extendió la escritura de cesión, en usufructo, al obispo que era entonces D. Fray Fernando Blanco y Lorenzo, y á sus sucesores en aquella diócesis, á condición precisa y terminante de que haya de destinarse á usos eclesiásticos.

Firmaron dicha escritura, á nombre y representación de S. M. la Reina, su intendente D. Francisco de Goicoerrotea, y á nombre del Obispo y de sus sucesores, aceptando la cesión, y debidamente apoderado al efecto, el que suscribe este artículo. Fallecido D. Claudio Sanz y Barea, ahí está la escritura original en el Archivo de Protocolos, entre los procedentes de su notaría, la primera en el tomo del segundo semestre de 1865. En ella se impone al que suscribe la obligación de vigilar acerca de si se cumple ó no la condición esencial de la cesión, y reclamar y hacer que vuelva al patrimonio particular de S. M. la reina D.ª Isabel II, ó de sus herederos, el convento con sus pertenencias, en el caso de que no se cumpla.

Tal es la historia del convento de Santo Tomás, de Avila, del patrimonio particular y directo dominio de la reina doña Isabel II; de usufructo permanente, pero condicional, de los Obispos de Avila; hoy ocupado por la comunidad de Santo Domingo, de las misiones de Filipinas.

No estaría demás, y sería muy digno de elogio, que la comunidad celebrase todos los años, en acción de gracias, la fecha de la cesión: á la reina D.ª Isabel II debe su actual suntuosa vivienda: no sería caro estipendio un recuerdo religioso de gratitud en vida, y un aniversario después de la muerte.

El obispo D. Fray Fernando Blanco y Lorenzo murió siendo arzobispo de Valladolid; murió su secretario D. Manuel Domínguez; murió el provisor, mi condiscípulo y amigo querido como hermano, D. Leandro San Román, los tres bien enterados de la historia y particularidades del asunto; murieron D. Pedro de Egaña, D. Santiago Fernández Negrete, D. Francisco de Goicoerrotea y D. Claudio Sanz y Barea, que más ó menos directamente intervinieron en él; dudo que vivan los síndicos del concurso de D. José Bachiller, y á excepción de la reina D.ª Isabel II, que, acostumbrada á hacer el bien y olvidar que lo ha hecho, tal vez no recuerde todo lo que sucedió, creo ser el único sobreviviente de cuantos de una ú otra manera tomaron parte desde 1861 en las negociaciones para que el convento de Santo Tomás subsista y se halle en el estado en que se encuentra.

He creído de mi deber dejar consignada la verdad para las contingencias de lo porvenir.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

TIPOS MADRILEÑOS.

JUAN PEREJIL.

I.

Salió del despacho de S. E., acompañándola éste hasta la puerta, la señora Duquesa de la Cerablanca, una dama de larga y curiosa historia, casada con un banquero á quien le concedió el Gobierno aquel título, ó rótulo, por el mérito de haber sido agiotista con suerte, pero de quien no se sabía que hubiese hecho en su arrastrada vida otro favor que el de casarse con Paquita Merinete, la muchacha más arriscada y casquivana de Madrid, convertida así en gran señora. Salió, como digo, la Duquesa, despidiéndola el Ministro con fuerte apretón de mano, y en cuanto la despidió diciéndole ella: «Que espero eso hoy: no sea usted pícaro», volvió S. E. á su gran mesa y tocó un timbre.

Un minuto después entraba el jefe del personal.

—A ver, Ruiz, búsqueme usted una plaza de 3.000 pesetas para un abogado.

—¿Fuera de Madrid?

—No, hombre, en Madrid, aquí, en la casa.

—Aquí..... imposible.

—¿Cómo imposible? La acabo de ofrecer, y ahora mismo hay que poner las órdenes.

—¿Pero á quién dejamos cesante?.....

—Traiga usted el libro.

El jefe del personal lo llevaba á prevención.

—Mire usted: Ramírez, recomendado de S...

—Ese no puede ser.

—Méndez, recomendado de C...

—Tampoco. C... nos sirve mucho ahora. El Gobierno tiene que estarle agradecido.

—Fernández, recomendado del Arzobispo de...

—Otro, otro. No me toque usted á la Iglesia.

—García, recomendado de la señora de S...

—Otro.

—Rodríguez, de M...

—No.

—Perejil, recomendado de P...

—¡Hombre! pues apenas hace años que murió P..., que en paz descanse. ¿Cómo se ha podido sostener ese hombre con un apellido tan ridículo y con el padrino difunto?

—Porque no tiene reemplazo. Lleva quince años en la casa, y está enterado de todo: él sabe de memoria la Colección Legislativa, el Alcubilla, todas las obras de Abella y las sesiones de Cortes desde que murió Narváez.

—Bueno, pues tráigame usted la credencial de su plaza para el que reza esta nota.

—¡Papel perfumado!—exclamó, cogiendo el papelito, el jefe del personal, que tenía confianza con el Ministro.

—Sí, hombre, sí, perfumado..... Ya está usted rabiando por saber de quién procede el papelito.

—¿Yo? ¡Dios me libre! Ya sabe usted quién soy yo. Pero el pobre Perejil..... es un buen empleado.

—Bueno, bueno; llámele usted, y dígale que ya se le repondrá..... cuando se muera alguno.

Por la tarde fué, como todos los días, el portero dando la hora á los negociados, y al llegar al en que servía D. Juan Perejil, no sólo dió la hora, sino que al benemérito empleado le dió un oficio del personal, que el bueno de D. Juan creyó firmemente que sería su ascenso, porque hacía tiempo que se lo tenía prometido el mismo Ruiz á quien el Ministro había dado orden de extender la cesantía de un empleado de 3.000 pesetas y el nombramiento de otro en su lugar.

—No abriré el oficio—pensó—hasta que llegue á casa..... Quiero que sea mi mujer quien lea antes que nadie la Real orden.

Y metiéndose el pliego en el bolsillo, bajó presuroso á dar las gracias al Sr. Ruiz. Pero éste se había marchado antes que de costumbre.

Era último día del mes; el siguiente cobraría su sueldo. Todavía le quedaban á Perejil en el bolsillo siete pesetas. Bien podía gastar dos en dulces para su mujer y sus dos hijas, celebrando así el fausto suceso de su ascenso, porque, seguramente, era el ascenso á 3.500 pesetas. El Sr. Ruiz le había dicho que su ascenso era seguro, y era demasiado formal el Sr. Ruiz y demasiado discreto para dar por seguro lo que no había de realizarse. Compró su libra de dulces el buen Perejil, y fuése de prisita á casa.

II.

Juan Perejil, que en la oficina era un hombre grave, adusto, atento siempre á su trabajo, interesado en cada expediente en que entendía como si se tratara de cosa propia, como si á él en persona le hubieran hecho el agravio ó la injusticia de que se quejaba el recurrente; que nunca se distraía de su obligación ni tomaba parte en las conversaciones de los empleados holgazanes, ni consentía á sus subordinados la más leve falta de asistencia, de laboriosidad, ni siquiera de ortografía, parecía otro hombre en su hogar, en su hogar venturoso, en su cuarto tercero, con entresuelo, en el Barrio de Argüelles, con mucho sol y mucho horizonte, hogar embellecido por tres mujeres, la esposa y las hijas; la esposa, bella todavía, con sus cuarenta años, que parecían treinta, y las dos hijas, de diez y ocho y diez y seis, parecidas á la madre, alegres, animadas, madrileñas de pura raza, buenas, bien educadas, morenillas, graciosas, idólatras de sus padres. Perejil, en llegando á su casa, olvidaba los expedientes, las picardías de los caciques y de los alcaldes, las trapacerías de los depositarios de fondos, y los chanchullos de tantos en el manejo del caudal provincial ó municipal..... Allí, en su casa, veíasele siempre amable, contento, alegre, disfrutando á sus anchas, aunque con tan escasos medios, la dicha incomparable del amor sincero de la mujer propia y de la ternura infinita de sus dos hijas angelicales.

Allí, en su casa, Juan Perejil reía, bromeaba, jugaba con sus hijas, cuidaba las flores y los pájaros, leía y comentaba graciosamente las noticias de *La Correspondencia*, y con sus 45 duros mensuales, que siempre se acababan el último día del mes, era más feliz que el mismísimo Rothschild con todos sus millones de francos y con todos sus millones de preocupaciones.

Llevaba mal envuelta en un papel la caja de dulces.

—¿Qué trae usted ahí, papá?—le preguntan las chicas.

—Ahora lo veréis—contestó—y lo probaréis. Antes quiero que vuestra madre abra este pliego y lea su contenido.

Tomó D.ª Laura, su mujer, el pliego, lo abrió, y leyó, palideciendo, la Real orden que declaraba cesante á D. Juan Perejil.

Á este pobre se le cayó de las manos la caja de los dulces, rompiéndose y esparciéndose por el suelo las yemas acarameladas y las frutas escarchadas.

La alegría se trocó en estupor.

D. Juan cogió de manos de su mujer el papel, y leyó la fatal comunicación, que condenaba á la miseria á un honrado servidor del Estado y á su familia.

Toda la sangre de su cuerpo afluyó súbitamente á la cabeza de Perejil, y cayó el pobre hombre, como herido del rayo, sobre el sofá de Viena, que era una de las galas del limpio hogar.

Y por primera vez oyó la vecindad que en la casa de D. Juan gemían y sollozaban y clamaban socorro.

En la habitación inmediata vivía un joven médico sin visitas, que acudió solícito y dispuso lo preciso, con la piadosa intención de salvar al paciente, no separándose de su lado hasta que pudo comprender que acaso conseguiría su propósito. Pudiera ser que la salvación del vecino fuera para él origen de mejor suerte en su carrera.

Y, en efecto, D. Juan Perejil se salvó, y la mujer y las hijas no sabían cómo expresar su gratitud al vecino; pero éste entiende que él es quien debe de estar obligado á las vecinas, porque en sabiendo el prodigio que había obrado salvando de la muerte á D. Juan, noticia que corrió pronto por todo el barrio, empezó á ser solicitado por otros enfermos, y no hace de esto más de un año, y ya tiene visitas, y consulta productiva, y antes de mucho le hemos de ver por ahí en su berlina propia.

III.

D. Juan Perejil, alentado por la mujer y las hijas, buenas cristianas, cobró ánimo para procurar su justa reposición.

—No es posible que Dios nos abandone—decía la mujer al marido;—tú eres un hombre de bien, que siempre has cumplido tus deberes en la oficina; á ti no te han quitado el empleo por faltas que hayas cometido; te lo han quitado para dárselo á otro, y Dios no puede permitir injusticia semejante. Tenemos para vivir un mes con tu última paga, y luego tenemos algo que empeñar y que vender, para no morirnos de hambre, y, en fin, tu mujer y tus hijas tienen seis manos para trabajar día y noche, y por mucho que trabajemos noche y día, no te pagaremos, querido mío, el amor y la felicidad que te debemos.

Así alentaba aquella excelente mujer al honrado padre de familia, y así, unidos los cuatro por el amor más puro, volvió á reinar en aquel bendecido hogar la alegría propia de los seres verdaderamente felices que tienen limpia la conciencia y firmes la fe y la esperanza en Dios.

D. Juan Perejil fué á ver al jefe del personal, queriendo saber por qué poderosa influencia, por qué grave compromiso le había quitado el Ministro el empleo; pero Ruiz no pudo decírselo: no lo sabía, mas aunque lo hubiera sabido, era demasiado discreto para revelarlo. Se condolió de la mala suerte de D. Juan; le dijo que no había podido hacer nada en su favor; le aseguró que en la primera ocasión sería repuesto; disculpó al Ministro, que bien á su pesar se había visto precisado á privarse de los servicios de tan buen funcionario, y le encareció la conveniencia de escribir á S. E. una respetuosa carta rogándole que le tuviera presente, ó le pidiera audiencia, que se la concedería el jefe seguramente.

Así lo hizo el cesante, y á los dos días de haber enviado la carta al Ministro, recibió de éste un B. L. M., citándole para la misma noche á las once. Era verano, y como no había Cortes estaban ausentes los diputados, y por la noche visitaba poca gente al Ministro. Cuando llegó D. Juan Perejil, S. E. estaba solo. Entró en el despacho ministerial haciendo profundas reverencias, y el Ministro se adelantó amable, y le preguntó en qué podía servirle.

Don Juan estuvo elocuentísimo, aunque habló en tono humilde y en lenguaje sencillo. Dijo á S. E. cuán triste era su situación desde que recibió la cesantía, y cuán dichosa antes. Le habló de su mujer y de sus hijas, encareciendo el amor que embellecía su pobrísimo hogar, la conformidad de aquellos pedazos de sus entrañas con la pobreza y con la miseria. «Ellas, dijo, están resignadas, van á ponerse á trabajar, aunque sea en los oficios más duros, para que no nos falte el pan; pero yo no me resigno, yo no puedo persuadirme de que, habiendo cumplido siempre mis deberes en esta casa, se me castigue tan cruelmente como V. E. me ha castigado.»

El Ministro tenía buen corazón, y le conmovieron las sencillas y sinceras frases del cesante.

—Crea usted—le dijo—que ahora mismo le repondría á usted en su destino si pudiera. Tenía muy buenos informes de usted; pero ahora que le conozco digo á usted sinceramente que me interesa mucho la suerte de usted y de su familia. Si puede usted esperar un par de meses ó tres, prometo á usted.....

—Señor, en mi casa no hay dinero más que para unos días, pocos días..... El domingo empezaremos á vender los pocos muebles que tenemos..... La sillería nos la comeremos en seis días.

El Ministro no contestó; fué á su mesa, cogió un papel de carta y escribió unas líneas que firmó; luego metió la carta en un sobre, lo cerró, escribió la dirección, y dando la carta á D. Juan, le dijo:

—Entregue usted mismo esta carta, que le doy á usted cerrada, á la persona á quien va dirigida, y tráigame la contestación.

Salió D. Juan del despacho del Ministro con su carta, y en la escalera leyó el sobre, que decía: «Excma. Sra. Duquesa de Cerablanca. Recoletos, 188, hotel.»

Volvió el cesante á su casa, contó á su mujer y sus hijas su conversación con el Ministro, y enseñó la carta misteriosa que éste le había dado. Ni él, ni la mujer, ni las chicas pudieron en toda la noche conciliar el sueño, desveladas por la obsesión de la carta á la Duquesa.

A las doce del día siguiente, D. Juan, vestido con su mejor ropita, que estaba ya bien traída, y con la carta en el bolsillo, fuése al hotel de la Duquesa.

Pusiéronle los criados muchas dificultades. La Duquesa no recibía. Podía dejar la carta y volver por la respuesta. Pero él insistió en que la carta había de entregarla personalmente, y por fin, como último recurso, dijo que la carta que había de entregar era del Ministro de.....

Así decidió á uno de los criados á anunciar su visita á la gran señora.

IV.

Entró D. Juan en preciosa habitación suntuosa y elegantemente decorada, y apenas hubo entrado, sombrero en mano, oyó descorrer un cortinaje y vió una esbelta figura de mujer vestida de blanco, que se le figuró fantástica aparición.

Dobló el espinazo haciendo profundísima reverencia, y oyó una voz seca y áspera que preguntó:

—¿Qué carta es esa?.....

Don Juan levantó tímidamente la vista, miró á la dama, y exclamó con la más viva expresión de sorpresa:

—¡Jesucristo!..... ¡Paca!.....

—¿Qué es esto?.....—dijo ella.—¿Quién es usted?.....

—¡Ah! bribona, ¿no me conoces?..... No es raro; me dejaste flaco, medio muerto, y me encuentras gordo, vivo. Ya me había olvidado de ti.....

—¡Ay, Dios mío! ¡Perejil! Calla por Dios, no me comprometas. ¿Qué quieres?..... Habla bajo, por Dios.

—¿Eres Duquesa?..... ¡Vaya si has subido!.....

—Calla, Perejil, calla.

—Veinte años hace que me dejaste, luego que me viste arruinado. En dos años me consumiste los cuarenta mil duros que heredé de mi padre..... Pero no, no te debo culpar. Me hiciste un gran favor abandonándome porque me habías dejado pobre..... Te debo agradecimiento, porque tan infeliz como fuí contigo, he sido luego venturoso..... pobre, pero venturoso con una mujer honrada y buena..... ¡Bah! no tiembles, no te apures, no te comprometeré..... Te perdono.

—¡Por Dios!—clamó suplicante la Duquesa.

—Señora Duquesa—dijo D. Juan tomando otro tono;—el Sr. Ministro me encarga entregue á usted esta carta y le lleve la respuesta.

La Duquesa tomó la carta, la abrió, y no bien la hubo leído, exclamó:

—Sí, sí, yo no sabía.....

Y corriendo á un secreter, escribió en una tarjeta y la dió á Perejil, metida en un sobre sin cerrar.

—Toma—le dijo en voz baja;—inmediatamente serás repuesto en tu destino.

—¡Pues qué!..... ¿tú das..... y quitas destinos?..... ¡Ah! mala pécora, sin duda le pediste el mío al Ministro para otro.

—Perdona, yo no sabía que ibas tú á ser la víctima. No sabía qué había sido de ti..... Lee la tarjeta; relevo al Ministro del compromiso en que le puse..... Ya colocaré en otra parte al otro.

—Mujer, tú eres mi ángel malo. Me arruinaste en la juventud, y ahora me ibas á arruinar otra vez, con la agravante de arruinar también á mi mujer y á mis hijas inocentes.

—Perdóname, Perejil..... ¡Si supieras cuánto me he acordado de ti!

—Pues yo te olvidé. Cuando se tiene mujer como la mía, ¿quién se acuerda de las.....?

—¡Perejil!.....

—Señora Duquesa, veré al Sr. Ministro inmediatamente para entregarle esta tarjeta. Beso los pies á V. E., señora Duquesa de Cerablanca.

—Mis afectos al Sr. Ministro.

—Adiós, arrastradísima—añadió Perejil en voz baja.—Y póngame V. E. á las ordenes del ilustre Duque.

....

....

El Ministro repuso á D. Juan Perejil, dejando sin efecto el nombramiento del otro que todavía no había tomado posesión.

Don Juan contó á su mujer que por la Duquesa había sido repuesto en su destino, remediando así aquella señora el daño que había causado involuntariamente. Todo lo contó D. Juan á su mujer, todo menos lo de que en su juventud Paca Merinete le había gastado en dos años cuarenta mil duros.

—¡Jesús! ¡qué fortuna la tuya que haya sido la Duquesa quien pidió tu destino para otro al Ministro! Si hubiera sido otra persona, puede que no le hubiese relevado del compromiso, y Dios sabe cuánto tiempo hubieras estado cesante. Debe de ser muy buena esa señora.

—No lo sabes tú bien—observó D. Juan Perejil.

Carlos Frontaura.

LOS TEATROS.

En el de la Zarzuela, *El Duque de Gandía*.—En el Español *El Espantajo*.—En el de la Comedia, *La Rencorosa*.



N tanto apremiado por circunstancias excepcionales, escribo esta crónica más á la ligera de lo que yo desearía, y me atengo, por esta vez, al orden cronológico que me ofrecen mis apuntes acerca de los últimos estrenos, verificados al fin todos ellos en teatros principales.

Encuéntrome en primer lugar con *El Duque de Gandía*, drama lírico estrenado con excelente éxito en el teatro de la Zarzuela, letra de Joaquín Dicenta y música de los maestros Llanos y Chapí, que han hecho cuanto podía pedírseles para estar á la altura del grandioso asunto y de las interesantes situaciones que el poeta les ha confiado.

Francisco de Borja, Duque de Gandía, cantado por Campoamor en uno de sus primorosos poemas, santo y hermoso asunto del cuadro famoso de Moreno Carbonero, ha sido ahora llevado al escenario, en fraternal y habilísima colaboración, por la poesía y la música.

Dicenta ha vencido con talento y arte exquisito las dificultades que su empeño dramático ofrecía, y ha presentado el drama con todo el interés íntimo que el asunto requiere, y con la sobriedad de rasgos que exigen figuras de tanta importancia histórica como la noble esposa de Carlos V y aquel valeroso Duque á quien los desengaños de la vida llevaron á la milicia santa, que le conquistó en la muerte la glorificación en los altares de la Iglesia.

Al hermoso cuadro dramático del autor de *Luciano*, sólo le falta—para los aficionados al género que en la Zarzuela se cultiva—un poco más de luz alegre entre las sombras que esparcen aquellas hondas pasiones, que ya se comprimen por la fuerza de la virtud generosa, ya estallan á impulsos de la humana flaqueza.

Para llegar á todo el vivo contraste que el público de aquel teatro pide, no bastan los sobrios arranques cómicos del cobardote Marqués de Montilla, ni la popular alegría de la animada introducción del acto tercero, cuyo precioso bailable es el número musical más celebrado de la composición de los maestros Chapí y Llanos.

Pero el triunfo ha sido legítimo. Hay allí situaciones imaginadas con toda la fuerza de un completo autor dramático, y escenas escritas con todo el sentimiento de un verdadero poeta: sobre todo, la de la primera entrevista del Duque con Isabel de Portugal; la que sigue del de Gandía con Fray Juan; la valiente del desafío con el Conde de Úbeda, y aquella tristísima, llena de horror santo, en el final del epílogo, ante el ataúd de la Emperatriz, y en la que se oyen aquellas voces del alma desengañada y contrita de Francisco de Borja:

> ¡Conque así ha de ser?
> ¡Conque en la muerte concluye
> Todo? ¡Conque ella destruye
> Grandeza, rango y poder?
> ¡Conque en esto á sucumbir
> Van hermosura y amor?
> «¡No más servir á señor
> Que se me pueda morir!»

De la composición musical con que tan bien han servido los maestros al interesante libro del poeta, han merecido aplausos verdaderos la romanza de barítono que Bueso canta admirablemente, y un precioso cuarteto, seguido del brillantísimo concertante final del segundo acto.

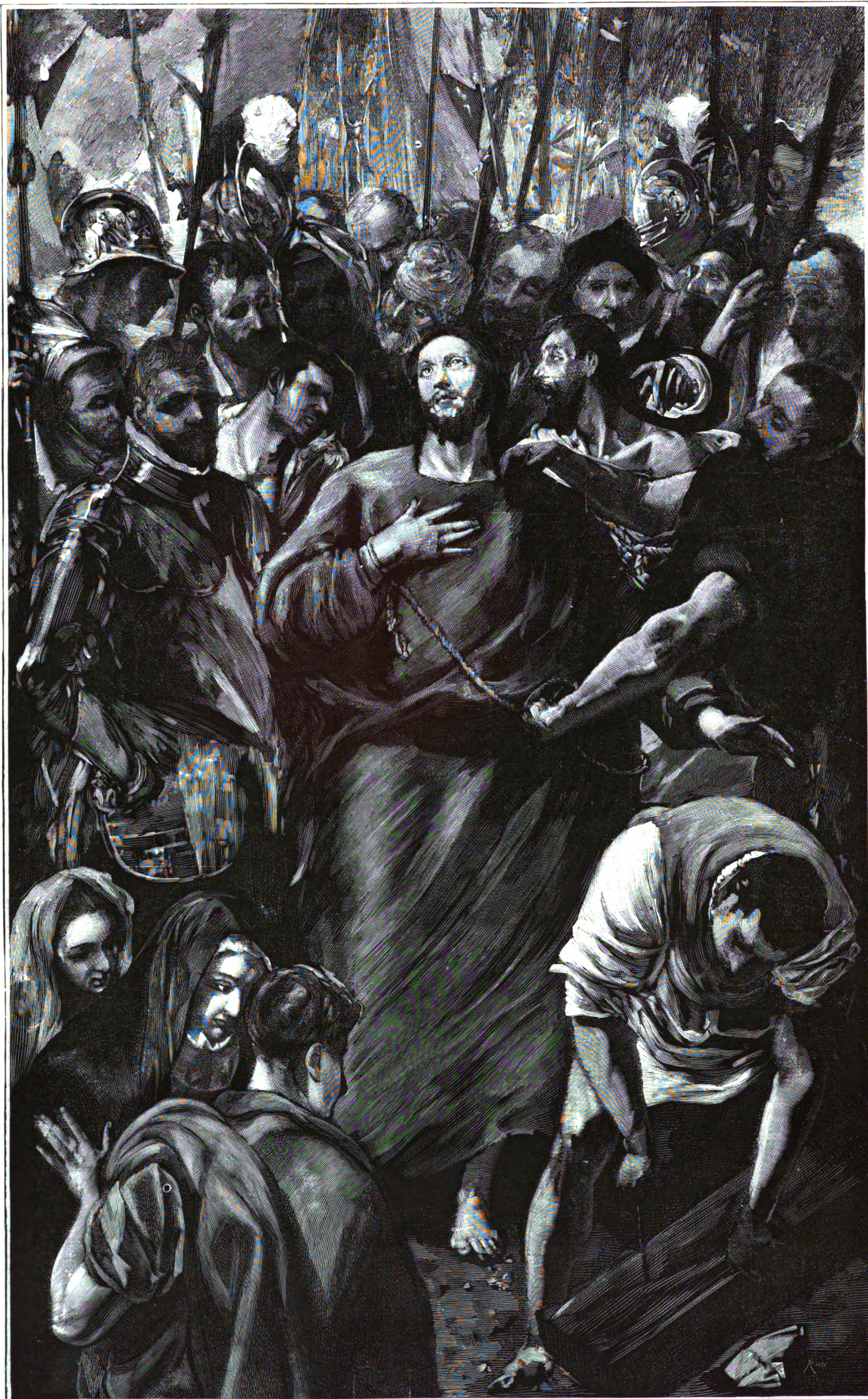
Pero los números que más contribuyeron al triunfo de la obra son: el del primoroso y originalísimo bailable á que antes me he referido; el dúo *meyerbeerano* entre el Duque y la Reina, ya herida de muerte, y aquella entrada solemne y grandiosa de *miserere* en el epílogo, que prepara al terror trágico del final de la obra.

Para que la ovación fuese merecida por todos, justo es consignar que los artistas del teatro de la Zarzuela, principalmente Berges, Bueso y Soler, y la Alonso y la Naya, hicieron con verdadero amor sus papeles, distinguiéndose Eduardo Berges, á quien, declamando como cantando, jamás hemos visto á tan grande altura como en su dificilísima parte de Duque de Gandía.

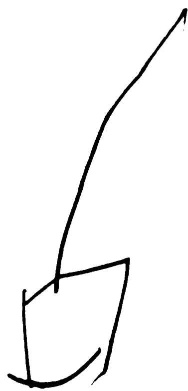
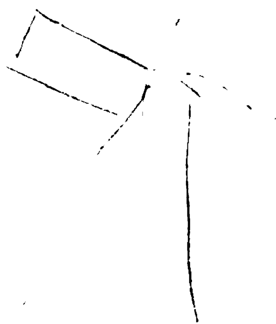
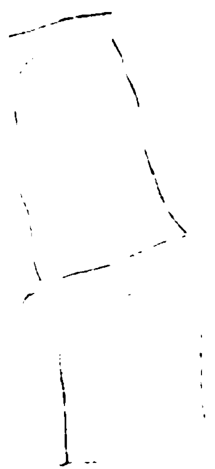
Triunfo tan legítimo como el del drama lírico de Dicenta, Llanos y Chapí, hace confiar en que, por noble estímulo de autores y artistas, volverán los días gloriosos para aquel teatro clásico de la musa española.

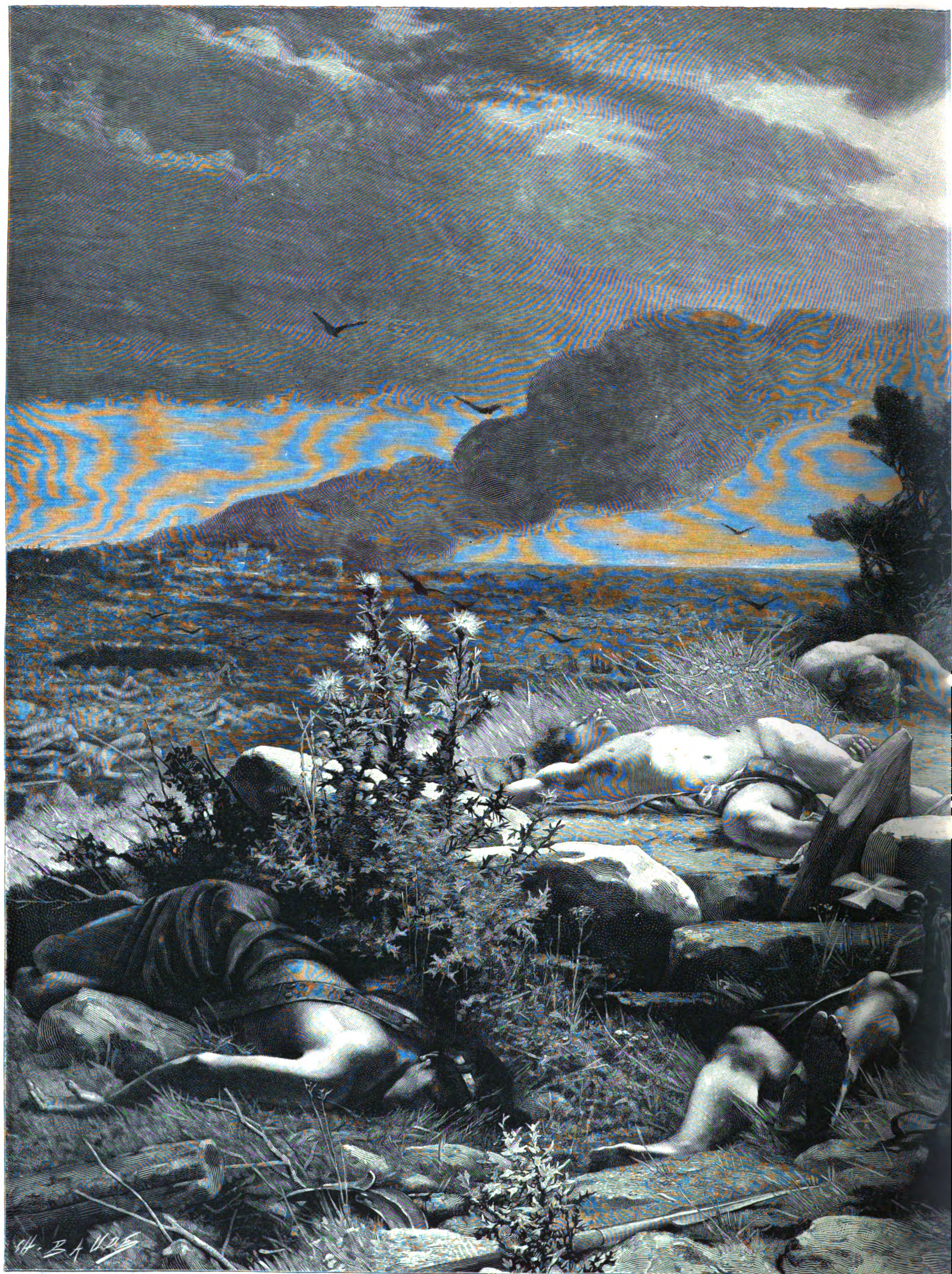
⁂

«El Sr. Bustillo»—como, con mucha gravedad, me llama en su última crónica general mi querido compañero Fernández Bremón—se honra



EL EXPOLIO DE CRISTO.
CUADRO DE DOMINICO THEOTOCOPULI (EL GRECO),
EXISTENTE EN LA CATEDRAL DE TOLEDO.
(De fotografía del Sucesor de Laurent.)



LA TRANSGRESIÓN I

.....Y NOS AMEMOS UNOS Á OTROS, COMO NOS LO

CUADRO DE H. DANGER, PINTADO PARA LA



EL MANDAMIENTO.

A MANDADO (SAN JUAN, EP. I, CAP. III, V. 23).

SOCIACIÓN TITULADA «LIGA DE LA PAZ».



CALIZ GÓTICO DEL SIGLO XV,
PERTENECIENTE Á LA CATEDRAL DE SEGOVIA,
Y PRESENTADO EN LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO-EUROPEA DE MADRID.

mucho con ver al ingenioso autor de *El Espantajo* «mezclándose en la sección de teatros», que á mí, pecador, me está encomendada en las columnas de este periódico.

Y para probárselo, voy á echar con él un párrafo acerca de la citada comedia, estrenada, con aplauso, en el antiguo Corral del Príncipe.

—¿Eh? ¿Qué es lo que va usted hacer, «señor Bustillo»?

—Empezar por estar muy conforme con lo que le decía usted á su zapatero, amigo Bremón: «que es mucho más molesto estrenar una comedia que estrenar un par de botas.»

—Ya lo notaría usted en la noche de mi último estreno. En el saloncillo me encontraba, en los entreactos, con el rostro pálido, excitados los nervios, nublados los ojos detrás de los cristales, después de pasar largos momentos de angustia y de cruel incertidumbre junto á un bastidor, oyendo, como en pesadilla, los acentos de actrices y actores, creyendo oir palabras terribles de los jueces severos de la Sala de lo criminal, ante los que yo era el acusado.....

—Sí, sí; ya sé que tenía usted miedo: que se temía usted á sí mismo. ¿El temor de haberse equivocado? No le tienen los necios, los vanos, siempre satisf ᵹ hos de sí mismos. Es un temor propio de los hombres de talento como usted, que.....

—¡Por Dios, Sr. Bustillo, que nos oye mucha gente!

—Que nos oiga. Toda esa gente que nos oye, como los compañeros de letras, á quienes también temía usted en la noche terrible, sabe bien cuánto vale el genial y originalísimo autor de cuentos y crónicas que han hecho popular su nombre; vió las bellezas que daban valor á aquella *Pasión de viejo* que se estrenó en la Comedia á beneficio del mismo Pepe Mata que ahora se ha beneficiado con *El Espantajo;* apreció la hermosura de pensamiento, el sentimiento delicado, las bellezas de forma de aquellos *Dos hijos* que á Carolina Civili dieron carta de naturaleza en los escenarios españoles, y.....

—¡Basta, basta! La obligación de usted ahora es decir su opinión sincera acerca de mi comedia estrenada en el teatro Español.

—*El Espantajo*, en el pensamiento, lo mismo que en la forma, tiene el sello de originalidad con que el autor marca todas sus obras, siempre pura y verdaderamente literarias.

—Pero.....

—Pero ¿qué? ¿Todavía sigue usted nervioso después del éxito? Déjeme usted hablar, que ahora me toca á mí. Hay cuatro hermosas figuras en su comedia ahora estrenada con aplauso: los dos viejos, y aquellas dos niñas, sus hijas; la adoptiva, Amalia, animada por sentimientos nobles y delicados, y la revoltosa Inesilla, más hija ruda de la naturaleza por falta de educación, pero, en el fondo, con aquella pureza de alma que la engrandece en el bien sentido final de la obra. Quizás la figura del Marqués resulta un tanto extremada en sus rasgos salientes, pasando, de un salto violento, de lo dormilón merced á la morfina, á lo demasiado despierto, por amor á Inés, que le lleva con su flor emblemática á aquel tremendo remojón en el estanque. La lucha natural de afectos paternales de D.ª Petra y D. Juan está bien sentida, y ella, con el contraste vivo de los efectos cómicos que en la acción se producen, es la que despierta, ya el interés, ya el regocijo de los espectadores. Si á éstos les ha extrañado algo en la obra, es el procedimiento de factura, demasiado nuevo, si en la novedad que puede ofrecer el verdadero ingenio caben demasías.

—¿Y no es verdad que en la ejecución de la comedia.....?

—A eso voy, amigo Bremón. Usted, como bien nacido, es muy agradecido, y extrema un poco el elogio de los directores y demás artistas del teatro Español, completamente satisfecho, como autor de *El Espantajo*, de todo lo que han hecho los actores; cosa poco frecuente en los que escriben obras para el teatro.

—Es que en justicia.....

—En justicia hay que declarar que con tan pocos y tan precipitados ensayos no debe ponerse en escena una comedia de tanto movimiento, sobre todo en los dos últimos actos. El beneficiado ha cumplido como bueno, y Bueno, si no aparece malo como director, tampoco ha dejado de hacer cuanto sabe y puede en el viejo D. Juan. Matilde Rodríguez, dice usted bien, verdaderamente encantadora en su saliente y dificilísimo papel de Inesilla. De la Argüelles y de la Mari no cabe decir nada malo, y los estudiosos Soler, Gómez y López han suplido, como todos, las deficiencias de ensayo con una fuerza de voluntad bien probada.

—Y ahora, Sr. Bustillo.....

—Ahora, amigo Bremón, mis plácemes, y *¡á otra!* A estrenar botas, digo, á estrenar otra comedia, que es mucho mayor tortura. Y paso á hablar de otro asunto de importancia que en el teatro de la Comedia me reclama, para poner fin á esta crónica.

***

Jamás se ha visto beneficio tan larga y ruidosamente anunciado como el último de la señorita Guerrero, primera actriz del teatro de la Comedia.

Semanas antes de la memorable noche, la capital de Aragón se conmovía toda entera leyendo en la prensa de Madrid que los más famosos bandurristas zaragozanos habían de venir á festejar á la *divetta* graciosa, acompañándola con las notas de las bien pulsadas cuerdas al entonar ella la canción popularísima que animó aquellos pechos generosos en su heroica resistencia ante el bárbaro empuje de las invasoras legiones de Bonaparte.

La Pilarica se estremecía de gozo sobre su preciosa y esbelta columna, mientras *la baturrica* publicaba cartas animadas de graciosa intención y por conducto del más ingenioso y más leído periodista aragonés de nuestro tiempo. *La jota*, que había de ser un fin de fiesta, una *gracia* de María Guerrero en su beneficio, figuraba ya como primer atractivo para el público cuando apenas habían empezado los ensayos de *La Rencorosa*, nueva comedia del ilustre autor de *Mariana*.

Pero la gentil *cantaora* que con *couplets* franceses nos había deleitado en sus noches alegres de damita joven, no nos pudo hacer olvidar á muchos que lo mejor, lo más bello, lo más propio del verdadero arte, teníamos derecho á esperarlo de la que hoy es *primera actriz absoluta* del teatro de la Comedia. Empiezo, pues, por hablar de *La Rencorosa*, nuevo sacrificio del ingenio de D. José Echegaray, otra obra más con *pie forzado*, aria coreada escrita también para exclusivo lucimiento de aquella avecilla canora que *A la orilla del mar* se llamaba Valentina.

Desde las gracias de niña ingenua, que se rebela contra las temidas tristezas de la clausura á que su tía la destina, hasta los estremecimientos dolorosos de la mujer celosa que espía todos los movimientos presentes y aun pasados del espíritu del marido á quien adora, el insigne dramaturgo ha ofrecido á María Guerrero el más amplio terreno que una actriz puede apetecer para lucir sus facultades en el arte escénico.

Todos los esfuerzos del autor de *La Rencorosa* van dirigidos por ese propósito. Nótase el *pie forzado:* una vez más se echa de ver la abnegación del admirado autor de *O locura ó santidad*, que renuncia á las bizarrías y á la libertad de su vuelo arrogante, para imaginar con las alas cortadas y planear, antes que al servicio de su gloria, en beneficio de la fama de una artista.

De ahí nacen todos los errores que el público ha juzgado demasiado severamente al oir *La Rencorosa*, que Echegaray ha querido que sea obra *de carácter*, con Pilar, como había querido que lo fuera su anterior comedia con Valentina, fallando el deseo por el mismo afán de dar á la figura cuantos matices variados pudieran servir al triunfo de la actriz beneficiada.

Pero ¿han sido justos el público y una parte de la prensa al extremar sus rigores con el autor de *La Rencorosa?* ¿Que la comedia es demasiado apacible y falta de acción? ¿Que hay inverosimilitudes y hasta deficiencias de carácter? ¿Que en muchas ocasiones—sobre todo en el último acto—la protagonista, más que *rencorosa*, es una *testaruda?*

Pero ¿no han de apreciarse las gracias de genialidad y las donosuras deliciosas de aquel tío Antonio, tan magistralmente trazado? Aquellas idílicas delicadezas del fin del primer acto ¿no recuerdan las diestras y hermosas pinceladas del autor de *Sic vos non vobis?* En muchas escenas, llenas de palpitante realidad humana, ¿no se ve brillar la vigorosa pluma que trazó el animado diálogo de *Un crítico incipiente?.....*

Por lo mucho bueno que revela en *La Rencorosa* al autor insigne; por la admiración y el profundo respeto que merece quien tiene todo un teatro *suyo*, completísimo, bastante para glorificar literariamente el último tercio de nuestro siglo, el público y parte de la prensa han debido reservar sus rigores para otras ocasiones, de esas tan frecuentes en que allí, en el mismo palco escénico, se presentan obras del todo desnudas de ingenio dramático y de galas de estilo por autores que no tienen ni podrán tener jamás algo de historia apreciable en nuestro teatro.

Y ¿qué ha ocurrido en la ejecución del *aria* coreada de *La Rencorosa?* Que Mario, el primero del coro, ha brillado en primer término con el simpático y ameno D. Antonio; que Thuillier, después de salvar á su arriscada y testaruda señora en aquel bien dispuesto y descrito paseo á caballo, alcanzó de los espectadores el galardón merecido; que la Alverá, la Tovar, García Ortega, Balaguer, hasta *el bibliotecario* de la casa de Medina, hermano de la hermosa beneficiada, lograron cumplir con su misión de más ó menos distinguidos coristas en *La Rencorosa*.

¿Y la protagonista, la del aria, la del beneficio? Puede éste satisfacer *materialmente* á María Guerrero. Mucho dinero—con intervención de revendedores, á pesar de lo dicho por un periódico—y muchos y preciosos regalos, de esos que convierten en rico bazar el *camerino* de una artista. Pero la satisfacción moral no puede haber acompañado á la actriz al descansar ésta de una tarea con que no ha podido corresponder en la noche solemne á los sacrificios generosos del autor de *La Rencorosa*.

Los vicios de dicción, aquella monotonía insoportable de acento, aquel gesto siempre desdeñoso y aquella acción amanerada, no podían hacer de Pilar un personaje interesante para el público ni un arma de defensa del autor ilustre.

¿Dónde, cómo triunfó María? En el fin de fiesta, cantando la jota aragonesa. Triunfo sólo envidiable para las últimas tiples de los teatros líricos por horas. Oiga la primera actriz el buen consejo de los que tendrá por enemigos. Estudie mucho; corríjase más, si quiere sostenerse en ese alto puesto que, aun con títulos para merecerle, sólo se conserva huyendo de los arrullos de la lisonja, que escribe y habla para que se pierda el que la lee sin precaución ó la escucha con desvanecimiento.

Eduardo Bustillo.

20 de Marzo de 1894.

SEMANA SANTA.

POESÍAS.

Publicamos á continuación algunas poesías religiosas de nuestros buenos poetas de los siglos XIV al XIX. Siempre fué España nación religiosa; siempre tuvo por alma el misticismo activo y fecundo que unas veces la llevó al través de los mares hasta América, y otras á oponerse en Europa á la marcha desoladora del espíritu de la Reforma; y siempre recogió como recompensa de sus grandes sacrificios el desconocimiento, cuando no la calumnia manifiesta.

Es tan natural que la poesía española refleje esa tendencia del espíritu de la nación, que lo contrario no podría explicarse. Así vemos que nuestros poetas cantan, apenas nacida la lengua castellana, á Cristo y á su divina Madre, y en el poema del Cid, las hazañas de la Reconquista contra el moro. De lo que era la poesía nacional en sus comienzos, damos en los versos de Mosén Tallante buena muestra. Después publicamos composiciones de poetas del siglo de oro, tales como Fray Luis de León, San Francisco Javier y Lope de Vega. En éste adviértense ya los estragos de la enfermedad gongórica que nuestra poesía padeció en la decadencia y que todavía continúan en gran parte del siglo XVIII.

Los Borbones emprendieron la restauración de la literatura. Confirmóse con ellos el vencimiento de España, triunfó la influencia francesa, y Luzán, reformador del Parnaso, dió á luz una retórica con las nuevas leyes. A la escuela antigua pertenece el romance de Alvarez de Toledo, y á la nueva el soneto del propio Luzán.

Pero en todos se advierte el mismo calor poético, aunque en grado diferente. Como españoles son creyentes, y si bien no cabe dudar de que Tallante, Fray Luis de León y San Francisco Javier tuvieron pocos continuadores dignos de ellos, es indudable que á todos anima la fe cristiana.

El lector estudioso podrá ver en estas poesías todas las formas del pensamiento español, al través de cinco siglos, al cantar á Cristo y á su Divina Madre: sencillo y sentido con Tallante; culto, sin haber perdido la sencillez y espontaneidad, con San Francisco Javier y Fray Luis de León; tocado de gongorismo con Lope de Vega y Alvarez de Toledo; y nuevamente sencillo, aunque sin el primitivo calor poético, con Luzán.

La poética varía, pero la unción religiosa es la misma, y en los solemnes días de la actual Semana, pocas cosas hay tan propias y de tanto gusto como leer á nuestros clásicos y á los buenos poetas contemporáneos, como Palacio y Grilo, confundiendo nuestro sentimiento con el suyo.

CONTEMPLANDO UN CRUCIFIJO.

¡Inmenso Dios perdurable
Que el mundo todo criaste
Verdadero,
Y con amor entrañable
Por nosotros expiraste
En el madero!
Pues te plugo tal pasión
Por nuestras culpas sufrir,
¡Oh *Agnus Dei!*
Llévanos do está el ladrón
Que salvaste por decir
¡Memento mei!

Mosén Tallante.

Á NUESTRA SEÑORA.

No viéramos el rostro al Padre Eterno
Alegre, ni en el suelo al Hijo amado
Quitar la tiranía del infierno,
Ni al fiero capitán encadenado:
Viviéramos en llanto sempiterno,
Durara la ponzoña del pecado,
Serenísima Virgen, si no hallara
Tal Madre Dios en vos, donde encarnara.

Que aunque el amor del hombre ya había hecho
Mover al Padre Eterno á que enviase
El único engendrado de su pecho
A que encarnando en vos le reparase;
Con vos se remedió nuestro derecho,
Hicistes nuestro bien se acrecentase,
Estuvo nuestra vida en que quisistes
Madre digna de Dios, y ansí vencistes.

No tuvo el Padre más, Virgen, que daros,
Pues quiso que de vos Cristo naciese,
Ni vos tuvistes más que desearos,
Siendo el deseo tal que en vos cupiese:
Habiendo de ser Madre, contentaros
Pudiérades con serlo de quien fuese
Menos que Dios, aunque para tal Madre
Bien estuvo ser Dios el Hijo y Padre.

Con la humildad que al cielo enriquecistes,
Vuestro ser sobre el cielo levantastes;
Aquello que fué Dios, sólo no fuistes,
Y cuanto no fué Dios, atrás dejastes:
Alma santa del Padre concebistes,
Y al Verbo en vuestro vientre le cifrastes,
Que lo que el cielo y tierra no abrazaron,
Vuestras entrañas santas encerraron.

Y aunque sois Madre, sois Virgen entera,
Hija de Adán de culpa preservada,
Y en orden de nacer vos sois primera,
Y antes que fuese el cielo sois criada:
Piadosa sois, pues la serpiente fiera
Por vos vió su cabeza quebrantada:
A Dios de Dios bajáis del cielo al suelo,
Del hombre al hombre alzáis del suelo al cielo.

Estáis ahora, Virgen generosa,
Con la perpetua Trinidad sentada,
Do el Padre os llama Hija, el Hijo Esposa,
Y el Espíritu Santo dulce Amada:
De allí con larga mano y poderosa
Nos repartes la gracia que os es dada;
Allí gozáis, y aquí pára mi pluma,
Que en la esencia de Dios está la suma.

Fray Luis de León.

SONETO.

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

San Francisco Javier.

Á LA MUERTE DE CRISTO.

La tarde se obscurecía
Entre la una y las dos;
Que viendo que el Sol se muere
Se vistió de luto el sol.
Tinieblas cubren los aires,
Las piedras de dos en dos
Se rompen unas con otras,
Y el pecho del hombre no.
No cesan los serafines
De llorar con tal dolor,
Que los cielos y la tierra
Conocen que muere Dios.
Cuando Cristo está en la cruz
Diciendo al Padre: «Señor,
¿Por qué me has desamparado?»
¡Ay Dios, qué tierna razón!
¿Qué sentiría su Madre
Cuando tal palabra oyó,
Viendo que su Hijo dice
Que Dios le desamparó?
No lloréis, Virgen piadosa,
Que aunque se va vuestro amor,
Antes que pasen tres días
Volverá á verse con vos.
Pero como las entrañas
Que nueve meses vivió,
Verán que corta la muerte
Fruto de tal bendición,
«¡Ay, hijo, la Virgen dice,
Qué madre vió como yo
Tantas espadas sangrientas
Traspasar tu corazón!
¿Dónde está vuestra hermosura?
¿Quién los ojos eclipsó,
Donde se miraba el cielo
Como de su mismo autor?
Partamos, dulce Jesús,
El cáliz de esta pasión,
Que vos le bebéis de sangre
Y yo de pena y dolor.
¿De qué me sirvió guardaros
De aquel rey que os persiguió,
Si al fin os quitan la vida
Vuestros enemigos hoy?»
Esto diciendo la Virgen,
Cristo el espíritu dió.
Alma, si no sois de piedra,
Llorad, pues la culpa sois.

Lope de Vega.

Á CRISTO CRUCIFICADO.

De cuatro aceradas puntas
Con cruda violencia roto,
Vierte el divino cadáver
Cuatro sangrientos arroyos.
Bárbara impiedad le ciñe
De espinas diadema tosco,
En que le añade al tormento
Nuevas puntas el oprobio.
En la esfera de su frente
La infame nube de abrojos
Palideces de su bulto
Inunda en licores rojos.
¡Oh coronas! ¡Oh laureles!
Venid á aprender el modo
De halagar como apreciables
Hiriendo como injuriosos.
¿Es este, es este el semblante
En quien los ángeles todos,
Con el temblor reverentes
Fijan los sedientos ojos?
¿Este, á cuyos sacros rayos
El serafín respetoso
En las abrasadas plumas
Oculta trémulo el rostro?
¿Cómo, gran Sol de justicia,
Sufres que en vuelo afrentoso
Los vapores de la culpa
Suban á empañar tu solio?
Pero quieres que deshechos
Esos infieles estorbos,
Subiendo á tu luz injuria
Bajen piedad á mi polvo;
Que mal el velo purpúreo
Cela su oculto tesoro;
Pues si le emboza en afrentas,
Se descubren los embozos.
¿Cómo, á pesar del tormento,
Se ostenta el sagrado rostro
Más divino en lo paciente
Que antes se mostró en lo hermoso?
Vuelto hacia la tierra, espera;
Que al hombre, á sus voces sordo,
Como enamorado busca,
Y busca como piadoso.
La sangre que sobra al pecho
Ofrece inclinado el rostro;
Que al amor sobran piedades
Si falta crueldad al odio.
Desnudo el sagrado cuerpo,
Sufre que el rencor rabioso
Con dura irrisión le labre
Nuevas cruces de sus ojos.
Ya de la ofrecida tierra
El racimo misterioso,
Exploradores robados
Muestran de la cruz los hombros.
La cándida vestidura
Teñida en el sacro mosto,
Se queja de que ha pisado
El duro lagar él solo.
Yo veo que mis errores,
Cuando á decirlos me postro,
Á la voz de confesarlos
Eco responde piadoso.

D. Gabriel Álvarez de Toledo.

SONETO.

Cuando pienso, Señor, la repetida
Ofensa á tu deidad por mi pecado,
Te juzgo contra mí tan irritado,
Que me borres del libro de la vida.
La oveja me consuela que perdida
Volvió sobre tus hombros al ganado;
Misteriosa figura del cuidado
Que te cuesta la sangre redimida.
Esta oveja infeliz, hoy separada
De tu sacro redil, suspira ansiosa
El dulce pasto de tu fiel manada.
No permita, Señor, tu poderosa
Ardiente caridad que prenda amada
Sea del lobo presa vergonzosa.

Ignacio de Luzán.

Á CRISTO EN LA CRUZ.

SONETO.

Cuando el odio de bárbaro enemigo
Fulminó sobre ti su atroz sentencia,
La verdad, la justicia y la clemencia
Clavadas fueron en la cruz contigo.
De ese emblema de oprobio y de castigo
Escudo hizo más tarde la inocencia,
Y hoy el hombre le adora y reverencia
Y busca de sus brazos el abrigo.
Tú, del cielo y los ángeles delicia,
Quisiste con tu sangre ver lavadas
Las culpas del error y la malicia;
Pero desconocidas ó negadas
La verdad, la clemencia y la justicia,
Siguen y seguirán crucificadas.

Manuel del Palacio.

EL CRUCIFIJO.

Á MI MADRE.

Le cubrió de besos;
Le contó sus males;
Le bordó esas flores
Que adornan su imagen;
Puso en esa frente
Cubierta de sangre,
Transida de pena,
Sus labios amantes.
Juntó en ramillete
Las rosas del valle,
Y cubrió con ellas
Las plantas del Mártir.
Le colgó á mi cuello,
Y con voz de ángel,
«Guárdale», me dijo
Llorando mi madre!

El limpio sudario
Que envuelve sus carnes;
Las negras espinas,
Los clavos punzantes,
La lámpara triste
Que á intervalos arde,
Al muro arrojando
Reflejos fugaces;
La cruz silenciosa,
Y el santo cadáver
En ella vencido
Por raza culpable;
¡Oh! ¡Cuánta ternura
Me inspira, al mirarle,
El Cristo que un día
Guardaba mi madre!

Ya el sol en el cielo
Se inflama radiante;
Violetas y lirios
Perfuman el aire;
Ya tienen más música
Las fuentes del valle;
Vestidos de flores
Se ven los altares;
Se alegra mi aldea,
Y allí, por las tardes,
Al són de la esquila,
Se reza la salve.
¡Feliz primavera;
Bendita la imagen
Del Cristo á quien rezo
Pensando en mi madre!

Yo siento á mis solas
Hervir tempestades;
Me acecha del mundo
La envidia cobarde;
El vicio asqueroso,
Con faz repugnante,
Su baba me arroja,
Su abismo me abre;
Mas no la serpiente
Con lucha implacable
Podrá de sus furias
El dardo arrojarme;
La cruz es mi escudo,
Y allí del combate
El Cristo me salva
Que adora mi madre!

Por eso á sus plantas
Le rezo constante;
Por eso en él busco
Remedio á mis males;
Por eso, arrancando
Violetas del valle,
Perfumo con ellas
Las plantas del Mártir;
Por eso á mi cuello
Llevando su imagen,
De mi cuerpo mismo
Forma el suyo parte;
Por eso una noche
Cual siempre al besarme,
«Guárdale», me dijo
Llorando mi madre!

Antonio Grilo.



ÁVILA.—FACHADA DEL CONVENTO DE SANTO TOMÁS, EXTRAMUROS DE LA CIUDAD.

(De fotografía del Sucesor de Laurent.)

SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE 1893, EN PARIS.



EL «ANGELUS» EN BRETAÑA.

CUADRO DE WALTER GAY.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La tradición de la vida de Jesús en los monasterios del Tibet: un hallazgo y un libro de Nicolás Notovich: tendencias y origen de estas narraciones reformadas.—Sermones de Mr. Hulst en Nuestra Señora de París: el gran problema de la nación francesa: la infecundidad en los matrimonios: el egoísmo, la inmoralidad y la religión.

El tradicional y profundo renombre de la vida de Jesucristo, no sólo vive latente en el fondo de las creencias del mundo musulmán, sino que parece que se conserva con respeto en los más recónditos monasterios de los lamas que profesan la religión budhista, en las remotas y casi inexploradas regiones del Tibet, aisladas de todo trato con los demás pueblos por la gigante cordillera del Himalaya y por los desiertos del centro del Asia. Un explorador y orientalista sabio y atrevido, oriundo de Rusia, Nicolás Notovich, ha publicado una obra muy curiosa, en la que da á conocer la traducción del texto de unos manuscritos que se conservan en el convento budhista de Hemis, situado cerca de la ciudad de Leh, en la comarca tibetana de Ladak. Realmente, la ciudad de Leh pertenece hoy al reino de Cachemira, región de los montes de Karakorum, en el Himalaya, sobre la cuenca del río Indo, pero antes se consideraba como parte integrante del Tibet occidental, de cuyas fronteras dista menos de cien kilómetros. Al recorrer estos territorios, oyó alguna vez el explorador que en uno de los monasterios conocían y veneraban la memoria del profeta *Issa*, de cuya vida le dieron algunos detalles. Dedujo Nicolás Notovich, por el nombre y por esos detalles, que la tradición debió referirse á Jesús, y supo por los monjes lamas que la historia de Issa se conservaba manuscrita en uno de los monasterios de la comarca montañesa ribereña de Ladak. Dijéronle además que no tratara de buscarlos, porque se referían á asuntos sagrados y le sería imposible verlos. Pero esto mismo excitó la curiosidad y el interés del sabio, y se dió en ir de monasterio en monasterio en pos de los manuscritos. Al llegar al de Hemis, se enteró por el mismo lama que lo gobierna, que allí se conserva una copia de tan curiosa tradición; pero en vano le obsequió con regalos y atenciones, y se esforzó en convencerle y agasajarle para que se la dejara revisar, porque el monje budhista, intransigente en este punto, no accedió á su deseo. Rondando andaba á caballo por aquellas asperezas el viajero, cuando, en momento feliz, dió una caída y se rompió una pierna. Los que le acompañaban le trasladaron en una camilla al monasterio de Hemis, donde le asistieron con todo esmero, y donde, al fin, para que se distrajera en los largos ratos de aburrimiento de su convalecencia, le entregaron los dos voluminosos tomos del manuscrito de la vida de Issa. Fué leyéndole despacio, página por página, el intérprete, y él, con todo cuidado, fué copiando la traducción. Dice Notovich que en aquellos libros viene á decir en resumen lo siguiente:

Issa nació en Israel, de padres pobres, que aunque oriundos de noble y poderosa familia, olvidaron estas vanidades para dedicarse á alabar á Dios y á bendecirle por los sufrimientos con que se había dignado probarles. Desde muy niño sostuvo la propaganda de la idea del Dios único é invisible. Al llegar á la mayor edad, á los trece años, no quiso tomar mujer, y dejando la casa paterna se fué con unos mercaderes hacia las regiones del Sindh; recorrió el país de los aryas, estuvo en Djaguernat y en Radjagriha, y aprendió en Benarés á leer y á interpretar la doctrina de los Vedas. Firme en sus doctrinas, discutió y luchó con los sabios brahmanes, y negó la divinidad de los Vedas y la encarnación de Para Brahma en Vischnú. Perseguido y condenado á muerte por sus ideas y su propaganda, pasó hacia el Norte á la tierra de los Gutamidas, y allí estudió el lenguaje pali y las creencias del budhismo puro. Siguió viajando hacia el Oeste predicando contra los ídolos, y al combatir en Persia la religión de Zoroastro, fué cruelmente perseguido por los magos, y tuvo que huir. Llegó de nuevo á Judea á los veintinueve años, y continuó su predicación, cuyos efectos alarmaron profundamente á Pilatos, gobernador de Jerusalén, el cual encargó al tribunal de sabios y de sacerdotes que le juzgaran. Los jueces le declararon inocente. Volvió Issa á predicar al pueblo, recomendándole, entre otras cosas, la obediencia al César y el respeto á las mujeres; pero la policía del Gobernador le denunció de nuevo, indicando el peligro que corría el orden público por el entusiasmo que su palabra producía entre las gentes, y asustado el Gobernador le encarceló de nuevo, le hizo procesar y le envió otra vez ante el sanhedrín, á ser juzgado con dos ladrones y acusado por dos testigos falsos, comprados para perderle. Uno de ellos le dijo: «¿No es cierto que pretendes ser el rey de Israel, al decir que el que reina en los cielos te ha enviado para preparar á su pueblo?» Al oir esto le bendijo Issa y le contestó: «Tú serás perdonado, porque lo que acabas de decir no es cosa tuya, sino inspirada»; y dirigiéndose á Pilatos añadió: «¿Para qué rebajas tu dignidad, obligando á tus inferiores á mentir, ya que sin necesidad de ello tienes poder bastante para condenar á un inocente?» Irritado Pilatos por esta actitud, acudió al tribunal, ordenando que le condenasen á muerte, y que pusieran en libertad á los ladrones; pero los jueces le dijeron: «No queremos cometer el enorme pecado de condenar á un inocente y de salvar á dos bandoleros, porque la ley lo prohibe. Haz, pues, lo que gustes.» Y dicho esto, salieron del tribunal y se lavaron las manos en un vaso sagrado, exclamando: «Somos inocentes de la muerte del justo.» Pilatos hizo crucificar á Issa y á los dos ladrones, y dos días después se vió que el sepulcro en que se había colocado el cuerpo de Issa estaba abierto y vacío.

***

Tal es el texto budhista, escrito en lengua pali, del convento de Hemis. Como se puede adivinar fácilmente, la tradición del Evangelio cristiano, al ser arreglada por los monjes del Tibet, se amplió á gusto de ellos, llenando con oriental fantasía el espacio de la vida de Jesús comprendido desde que disputó en el templo con los doctores hasta su encuentro con San Juan Bautista. Pero en el arreglo, como buenos partidarios de sus creencias, quisieron dejar sentado que Jesús se inspiró en las doctrinas de Budha, suposición muchas veces lanzada á los vientos de la propaganda por ciertos aficionados al conocimiento de las creencias asiáticas, y otras tantas refutada, destruída y olvidada. Tal vez en la obra de Nicolás Notovich no se intente otra cosa, admitiendo como original y antiquísimo el texto de Hemis. En todo Oriente y en toda el Africa musulmana se repite, desde hace muchos siglos, la tradición de la vida de Jesús, vestida con las variantes propias de cada pueblo y de cada creencia, y se conoce que los monjes tibetanos quisieron redondearla á su gusto haciendo viajar á Jesús por la India, por las vertientes de la gran cordillera, por la Persia y por la Mesopotamia. De ese modo se apropiaban en mucha parte al Profeta. Imposible es que así fuera, porque de haber recorrido tales países el Salvador, todos sus contemporáneos de Judea lo hubieran sabido, y jamás lo hubieran ocultado los evangelistas.

Hay otras tendencias en esta obra. No sólo se trata de buscar los orígenes de la doctrina del cristianismo en las más antiguas del Oriente, y no sólo se intenta explicar la parte de la vida de Jesús que los evangelistas callan, sino que se pretende echar sobre Pilatos toda la culpa de la muerte del Hijo de Dios, descargando de ella á los judíos, representados por los jueces y los sacerdotes, los cuales obedecieron al Gobernador, y fueron engañados, ó se trató de que lo fueran, por los dos testigos falsos. Estos detalles, como los de la conducta, palabras y protesta del tribunal, resultan demasiado minuciosos para que no se comprenda que no son reflejo de una tradición popular religiosa, sostenida al través de muchos siglos en un país tan lejano y apartadísimo de la Judea como las soledades del Tibet, allende el Himalaya, sino que son copia, alterada á gusto del traductor, del texto de los evangelistas, reproducido en tantas lenguas en Oriente y Occidente durante todos los siglos, cuyo conocimiento por los lamas ó monjes, que se han dedicado siempre al estudio más ó menos superficial de las cuatro grandes religiones del mundo de la Edad Media, es tan natural y explicable. El lenguaje pali de los manuscritos, ahora traducidos por un intérprete vulgar, no será el pali oriental contemporáneo de los primeros siglos del cristianismo, en que la tradición ó historia de la vida de Jesús pudo llegar y arraigar en el Tibet y Norte de la India, cuando ya se había difundido el conocimiento de los Evangelios cristianos, y, por consiguiente, si la tradición se formó después, debió basarse en los Evangelios mal vertidos á las lenguas orientales, y arreglados y completados á medida del deseo y fantasía de los lamas en este caso, los cuales, al apropiarse la narración, la nacionalizaron en parte, derivando el cristianismo de su antiquísima fe budhista. De seguro que á esto se vendrá á parar, después de discutir mucho, si ha lugar á ello, acerca del hallazgo de Notovich en Hemis.

***

Entre la gente curiosa de París, aficionada á las sorpresas literarias que interesan y entretienen á las tertulias, se habrá comentado algo el contenido del libro del explorador del Tibet; pero entre todas las gentes de seso de la gran capital, entre los pensadores dignos, así de las clases altas como de las modestas, han metido, en cambio, mucho ruido y han sido justamente celebrados los sermones ó conferencias que en algunos días de la Cuaresma ha pronunciado el ilustre sacerdote y diputado Mr. de Hulst. No ha escogido para tema de ellos ni las bien sabidas alabanzas de ningún bienaventurado, ni las predicaciones y propagandas de los impíos, ni el terror del anarquismo y del naturalismo. Nada de eso. El animoso pensador se ha ido derecho á buscar al peor enemigo que tiene hoy la Francia, y con toda valentía lo ha pintado y exhibido en sus horrores ante el ánimo contristado y suspenso con que le escuchaban los centenares de fieles que llenaban las naves y tribunas de la catedral de Nuestra Señora. Hombre de fe vieja, profunda y bien probada, es en su oratoria, en sus maneras, en su lógica y en sus tendencias un verdadero hombre del día. No usa el arte preparado, ultrarretórico, efectista, teatral, atronador, sentimental, ni erudito, sino que habla con natural elegancia y sencillez, sabiendo, al explanar un pensamiento con genial acierto, decir de tal modo la verdad, que con la pesadumbre de ésta, y no con la armonía de la palabra, subyuga al auditorio. Ha tratado en algunos de sus sermones del respeto y fines del matrimonio, y con este motivo de la escasez de hijos que tienen las familias de Francia; y dicho esto, comprenderá el lector que ha sabido poner el dedo en la llaga, llevando al púlpito la cuestión que más preocupa á los sociólogos franceses. La verdadera causa del mal se relaciona íntimamente con la moral, y por esta suprema razón toca á la religión el ocuparse de ella y el combatirla á todas horas y en todos los terrenos. Esforzado campeón es para ello el venerable Mr. de Hulst.

La estadística demuestra que de año en año disminuye el número de nacimientos en Francia; y la razón comprende que si continúa esa progresión descendente, la población se debilitará miserablemente de tal modo, que ni podrá soportar las cargas que pesan sobre ella, ni estar en su puesto para las eventualidades del porvenir, ni pensar en progreso alguno, ni levantar la frente en ninguna parte cuando se hable de vigor y de moralidad nacional. ¿Por qué tienen tan pocos hijos las familias francesas? El predicador ha analizado el asunto bajo diversos puntos de vista, fijándose, por ejemplo, en los resultados que produce la legislación actual al establecer forzosamente las particiones de las herencias entre los hijos; en el sistema de educación universitaria, que más impulsa á la juventud á someterse á la dependencia burocrática de la empleomanía que á desarrollar su viril espíritu de la iniciativa y á mantener su independencia personal, y, en fin, en lo enorme de los impuestos y cargas públicas. Respecto á estas causas indicó, como de paso, las reformas que pudieran plantearse en pro de la familia; pero cuando apareció más persuasivo, más enérgico, más batallador, fué al hacerse cargo de otras causas que son las que verdaderamente impulsan á los matrimonios franceses á no cumplir con el sagrado deber de crear y sostener una familia más ó menos numerosa, pero nunca indignamente reducida. Los egoístas cálculos que hacen los casados tienen por base: el afán de sostener á todo trance para ellos el bienestar material, sin admitir que nuevos seres vengan en el hogar á escatimárselo ni á disminuirlo, y el loco empeño, la ambición de dejar asegurada una buena posición al único heredero que quede en la familia, para que éste seguramente siga mañana la insensata é indigna conducta de sus padres. El egoísmo sacrifica el desarrollo de la familia, santo fin del matrimonio, al positivo bienestar de los casados y de uno ó dos hijos; y la familia, así constituída y educada, es una compañía de calculadores y vividores, en la que todo amor, toda fe y toda generosa aspiración se olvidan, ahogados por las prescripciones de la cuenta de caja, en cuyos libros mayor y diario todo gasto se hace en pro de la buena vida de marido y mujer y del heredero, y no hay página ni partida abierta para admitir bajo el techo del que debiera ser amoroso y patriarcal hogar á los nuevos hijos, futuros hombres, esperanza de la casa, que Dios quiera enviar.

Otra causa, infame como pocas, es la propaganda y difusión de la literatura, más ó menos velada por el arte de la retórica y de la filosofía, pero siempre inmoral, enemiga declarada del matrimonio y de los hijos, que niega que pueda haber responsabilidad alguna en la manera de sostener las relaciones entre los dos sexos, y que corrompe y aniquila en la familia y en la raza los sagrados gérmenes de la vida. Con severidad y con toda verdad y discreción trató Mr. Hulst de este particular, denunciando las costumbres corrompidas de la burguesía ó clase media francesa y del corruptor ejemplo que da y esparce en torno suyo. Y á propósito del lamentable estado que caracteriza á esa clase, describió, como en contraste, la vida de las familias obreras, con sus verdaderas virtudes y prácticas domésticas, exentas de corrupción en mucha parte del país. Demostró después que no son las dificultades de la vida, sino el excesivo amor al lujo el que mata la fecundidad de las familias, ya que, según se viene observando, parece que ésta disminuye en razón directa de la posición y bienestar de que las familias gozan en la sociedad. Como queda dicho, es, pues, moral la causa de semejante calamidad, y nadie podrá negar el derecho que la moral y la religión tienen para combatirla y la gran influencia que pueden ejercer con la aplicación del remedio. Los pueblos, las provincias y las naciones en las que se conservan más vivas y con mayor fe las virtudes religiosas, son los que sostienen con más regularidad y con mayores provechos el desarrollo progresivo de las familias, con el natural y progresivo nacimiento de los hijos. Al ocuparse en sus conferencias Mr. Hulst del respeto y fines del matrimonio, encontró este gravísimo problema en medio de su camino, y lo abordó, en cumplimiento de los deberes de su ministerio y en aras de la fe, para oponer la solución cristiana á las soluciones contrarias, cínicamente difundidas por la literatura de las gentes que, aunque tengan buen aspecto en su indumentaria y exquisita miel en su palabra, andan por el mundo con la cabeza y el corazón podridos.

R. Becerro de Bengoa.

LA LANA Y El MOLINO.

La ropa que llevas, ¿qué es lo que era no mucho tiempo ha? Pues era tan sólo el delgado hilo del gusano de seda, la materia llena de motas del botón de una planta, la lana de la piel de un cordero. Pues supongamos ahora que el hombre perdiera repentinamente y por completo el poder de convertir en paño ese producto natural: ¿qué es lo que entonces sucedería? ¡Ah, entonces.....!

Pues he aquí el párrafo de una carta, escrita en Estepona y fechada el 2 de Septembre de 1893:

«Todo cuanto alimento tomaba, dice el que la escribe, no me daba fuerza alguna.» ¿Y por qué no? Porque eso parece muy extraño, supuesto que el objeto de la alimentación es darnos fuerza. ¿Es que el alimento no era bueno? Nada de eso. Es que no lo tomaba en abundancia? Nada de eso tampoco. Entonces, ¿por qué no surtía el debido efecto? Pues por la misma razón de que la lana ó el algodón, en su estado natural, no sirven para hacerte un traje. ¿Has pensado en esto alguna vez? Y, sin embargo, es bien cierto: considéralo un momento.

La carta continúa del modo siguiente: «Durante cuatro años había estado sufriendo de una enfermedad, para la cual había estado siempre muy lejos de hallar cura. Arrojaba con frecuencia, y me iba adelgazando de día en día. Ensayé varias medicinas y clases de tratamiento sin resultado, ni aun el más pequeño. Pasaba el tiempo, y yo continuaba perdiendo fuerzas, hasta que, por fin, me puse tan débil, que temí que no recobraría ya nunca la salud. Pero, afortunadamente, cayó en mis manos un folleto conteniendo una relación de una preparación (no ha mucho introducida en España), que se decía posee eficacia maravillosa para las enfermedades como la que yo sufría, y animado, ya que no convencido, por las relaciones allí impresas de notables restablecimientos debidos á su uso, me fuí en seguida á la famacia del Sr. D. José Aragón, y compré, como prueba, una botellita. A la primera dosis empecé ya á hallar alivio, y después de haber tomado la preparación durante dos meses, estaba completamente curado. Había consumido, en total, sólo cuatro botellas. Ese tan notable y eficaz remedio era el Jarabe Curativo de la Madre Seigel. Por el bien de todos aquellos que sufran de la manera que yo sufrí, le suplico se sirva publicar esta expresión de mi profunda gratitud. Quedo de usted.—(Firmado): Francisco Clavero Savilla. — Estepona provincia de Málaga.»

Ahora bien; ¿hay alguna relación entre esto y el ejemplo con que hemos principiado nuestro artículo? Veámoslo de nuevo: antes de que la lana ó el algodón estén en disposición de poder servirnos de ropa, deben pasar por el proceso de la manufactura; esto todos lo sabemos; y asimismo, el alimento, para darnos fuerza y para hacer crecer el cuerpo, debe convertirse en rica y roja sangre. La fábrica donde eso se verifica es la digestión, incluyendo el estómago, los intestinos y el hígado; pero cuando la fábrica de la digestión no funciona, es completamente inútil, peor aún que inútil, porque se convierte en el veneno del cuerpo.

El Sr. D. Francisco Clavero Savilla padecía una enfermedad, que era la paralización de la maquinaria digestiva, y casi le hubiera hecho más bien el privarse de alimento, que el tomar toda la cantidad que tomó de él. No hay estado que sea más peligroso; y, á menos de que se halle remedio para él, será fatal, pues la muerte está esperando en la última estación de aquel camino. El paciente perece de necesidad, como perecería de frío si no tuviera ropa. Y, sin embargo, todavía hay personas tan poco juiciosas que hablan con ligereza de la indigestión y de la dispepsia. Nunca, sin embargo, hablan así después de haber sufrido sus horrores y peligros.

Lo portentoso del Jarave Curativo de la Madre Seigel consiste en su poder para poner en movimiento ese maravilloso molino que transforma el alimento en rica sangre. Y la sangre es vida.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White. Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

De la Coruña á la cárcel, pasando *por Galicia*, por Salvador Golpe, con un prólogo de D. José Rodríguez Carracido.

Escrito este tomo al calor de los sucesos que hace un año conmovieron á la Coruña, refiere la peregrinación que algunos individuos, comisionados por la Junta de defensa que entonces se creó, hicieron por Galicia para convertir en regional el movimiento local. Consta la obra de más de 500 páginas, y véndese al precio de 3,50 pesetas.

Tratado de cálculos mercantiles, por D. José Rogina, catedrático numerario de la Escuela de Comercio de la Coruña.

La obra del Sr. Rogina es muy importante. Está escrita con mucha claridad; las definiciones son breves y precisas; el método científico muy bueno, y toda la enseñanza que contiene es de carácter muy práctico.

Divídese en cinco libros. El primero trata de *Mercaderías*, el segundo de *Efectos*, el tercero de *Intereses*, el cuarto de *Monedas*, y el quinto de *Cálculos*. Abundan en toda la obra problemas de contabilidad mercantil, destinados á familiarizar á los alumnos con el cálculo. Todos han sido elegidos con acierto, y están muy bien presentados y desarrollados.

El *Tratado de cálculos mercantiles* forma un volumen en 4.º español, de 400 páginas, encuadernado y muy bien impreso. Véndese, al precio de 9 pesetas, en las principales librerías.

Discursos leídos ante la Real Academia de *Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, en la recepción pública del señor D. Ricardo Becerro de Bengoa.

No es este lugar á propósito para hablar, con el detenimiento y alabanza que merece, del notable trabajo del Sr. Becerro de Bengoa, y menos aún para dar al lector completa idea de su contenido. Bastará decir que en él trata (después de un elocuente elogio de su antecesor Sr. Vicuña) de las tendencias de la Química moderna, asunto interesantísimo que expone con suma claridad y gallardía de concepto.

Es la Química ciencia en vías de rápida transformación, en tales términos, que el que habiéndola estudiado hace diez ó doce años, se ha apartado de ella completamente, apenas la conoce á primera vista. Los mejores textos han envejecido tan aprisa, que hoy son ya inútiles por anticuados aquellos en que estudiamos. Wurtz y Naquet han pasado, y Troost, con su teoría de los equivalentes, es ya una venerable antigualla.

El Sr. Becerro de Bengoa ha trazado en su discurso de recepción un cuadro admirable de los progresos y tendencias de esta rama del saber humano, que tan maravillosamente va ensanchando el círculo de nuestros conocimientos. La Química que, al siglo y medio de verdaderamente creada, mide el tamaño de los átomos y moléculas, calcula el número y rapidez de sus movimientos, y sospecha ya con bastante fundamento que hasta los minerales viven, ¿qué sorpresas admirables nos dará mañana?

El discurso de D. Gabriel de la Puerta, en contestación al del Sr. Becerro de Bengoa, ha sido también importantísimo y muy erudito.

L'Espagne du quatrième centenaire *de la découverte du Nouveau Monde.— Exposition Historique de Madrid*, 1892-93, por Emilio de Molènes, subdelegado general de los comités franceses, miembro del Jurado internacional.

En este libro estudia cuidadosamente el Sr. Molènes la Exposición Histórico-Europea de Madrid, manifestando su admiración por los tesoros en ella contenidos.

Confiesa que con tales muestras de nuestra particular cultura á la vista, se reconoce lo mucho que se nos ha calumniado y la injusticia con que muchos de nuestros grandes hombres han sido tratados por historiadores sin ciencia ni conciencia.

El trabajo del Sr. Molènes es bastante completo y honra á su autor. La importante casa Quantin (de París) que lo ha publicado, lo ha hecho con mucho esmero. Precio de la obra: 7,50 francos.

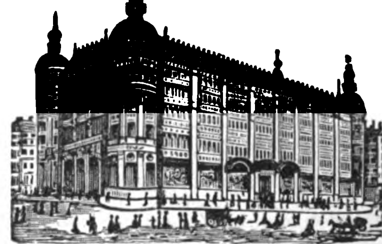
Valor histórico del regionalismo. Memoria leída en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid, por el secretario primero D. Delfín Fuentes Espluga.

El notable trabajo del Sr. Espluga ha motivado en la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo un largo é interesante debate sobre el importante tema del regionalismo. El autor combate la manía uniformadora, la tendencia á convertir á nuestra España en un tablero de ajedrez. Con la Historia en la mano prueba que en ella tiene su origen el regionalismo, y con la exposición de los errores de la corriente centralizadora manifiesta que ésta ha producido á aquélla, y que si no se contiene aun producirá mayores males.—G. R.



LA PRINCESA MARÍA BERTA DE ROHAN,
FUTURA ESPOSA DE D. CARLOS DE BORBÓN.





MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Marzo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. JOSÉ MESÍA DEL BARCO,

DUQUE DE TAMAMES,

GOBERNADOR CIVIL DE MADRID.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La Universidad de Santiago, por D. José R. Carracido.—El Duque de Tamames, por D. Antonio Grilo.—Los reformadores, por D. A. Sánchez Pérez.—A Magdalena Grilo, poesía, por D. Eusebio Blasco.—Primavera taurina, por D. Eduardo de Palacio.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. Sr. D. José Mesía del Barco, duque de Tamames, gobernador civil de Madrid.—Santander: Segunda explosión del vapor *Cabo Machichaco:* Operarios extrayendo la carga del vapor durante la marea baja.—Los buzos del puerto, Fonseca y Villarrenaga, disponiéndose á bajar á la bodega del *Cabo Machichaco* en la tarde del 21 del corriente.—Destrozos producidos por la explosión.—Restos de la carga de madera del *Cabo Machichaco* después de la voladura.—Aspecto del muelle de Maliaño y de los restos del vapor en la mañana siguiente á la catástrofe.—Rebusca de los restos de las víctimas.—Estado en que quedó la máquina perforadora después de la explosión.—Aspecto del muelle de Maliaño en la mañana siguiente á la catástrofe.—Esperando los restos de las víctimas.—Bellas Artes: *Un almuerzo glacial*, cuadro de A. Forestier.—Monumentos arquitectónicos de España: Fachada de la Universidad de Santiago.—Retratos de Sid Mohamed Feldul el Garnit y de El Seffar, secretario de Sid Mohamed Torres.—Francia: El hotel de Cap Martin, cerca de Menton.—Retrato de D. Joaquín Araujo y Ruano, insigne pintor y aguafortista.—*En marcha*, cuadro del mismo.

CRÓNICA GENERAL.

La necesidad de escribir la Crónica última mucho antes de su fecha hizo omitir algunos hechos, y entre ellos el más importante y que más ha preocupado y dará que hablar y escribir en mucho tiempo: la segunda explosión de la carga del tristemente célebre vapor *Cabo Machichaco*, con muerte y desaparición de diez y siete operarios, y menor número de heridos. La muerte en Turín del célebre orador y revolucionario húngaro Kossuth, una de las figuras más salientes de la tempestad europea de 1848, y los tumultos estudiantiles á que han dado ocasión los honores fúnebres que han querido tributarle en su país, á donde se trasladan sus restos, no tienen lugar ni oportunidad en esta Crónica; han hecho entre nosotros el efecto de reminiscencias arqueológicas, y el nombre de Kossuth era casi desconocido para nuestra nueva generación, como la mayor parte de los sucesos de Europa en aquel período tumultuoso. Sólo se presta, por lo tanto, al acontecimiento de la muerte del abogado Kossuth, tan famoso en su país, tan renombrado fuera de él hace cuarenta años, á considerar qué pronto envejece la historia contemporánea y qué fresca y lozana se conserva la de épocas remotísimas. Y es que en 1848 fué tan complicado el sacudimiento en todos los países, y se mezclaron á las ideas madres tantos egoísmos, que con dificultad será comprensible en conjunto, cuando se hayan perdido las claves de los sentimientos, intereses contradictorios y las intrigas que lanzaron á tantos hombres unos contra otros; y ninguna revolución tan complicada como la del Imperio austriaco en aquel hervidero de 1848, producido por la proclamación en París de la segunda República, al caer del trono Luis Felipe de Orleans. En mis conversaciones con jóvenes bastante ilustrados y estudiosos he notado que, sabiendo perfectamente la historia de nuestro país, nada ó muy poco saben del período más reciente. La juventud estudia lo antiguo, pero no se interesa con lo viejo, de lo cual resulta que, por no estar enterada, suele tomar por novedades todas las vejeces que le sirven los que no tienen conciencia.

En otras omisiones indispensables ocurrimos en la Crónica anterior: la noticia del fallecimiento de la esposa de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y la traslación de su cadáver desde París á Burgos, y las manifestaciones de duelo que hicieron los correligionarios y amigos del jefe de los republicanos progresistas, y perdónenme si tienen otro nombre y no les doy el suyo propio, que ya á fuerza de no usar estos calificativos políticos puedo y suelo confundirlos, como le sucede á la mayoría de las gentes. También el día de Jueves Santo cumplí el triste deber de acompañar al cementerio los restos mortales de la Sra. D.ª María Ojanguren, la excelente madre del director de *El Liberal* D. Miguel Moya, entierro que resultó dos veces solemne, por el lucido y numeroso cortejo de hombres públicos y escritores, y la concurrencia en las calles de las gentes que habían salido á recorrer las estaciones, y formaban dos filas alrededor del coche fúnebre y su numeroso acompañamiento.

Y ya que hemos empezado con narración mortuoria propia de la Crónica anterior, incluiremos un caso más reciente para concluir tantas tristezas. El fallecimiento del joven escritor D. Juan Valero y Martín, autor de una novela que anunciamos á su aparición hace cuatro años, y lleva el modesto título de *Una novela más*, con un prólogo escrito por el mismo padre del autor, D. Juan Valero Tornos, en que procuraba disuadirle de su vocación por las letras, poniéndole de manifiesto la escasez de sus ventajas y la hermandad que existe entre la gloria y el hambre. La muerte á los veintiocho años parece siempre una crueldad de la naturaleza, que es aún mayor si no permite desarrollar las ideas poéticas que bullen en un cerebro bien organizado y las hiela para siempre. Don Juan Valero y Martín tenía facultades y talento para ilustrar su nombre y hacer que no desmereciese del de su padre, y fuese digno de su ilustre abuelo D. Melitón Martín. Dios no ha querido someterle á las durezas de la profesión que había elegido: acaso ha sido más benigno con él que nosotros; respetemos su santa voluntad, pero lloremos al ingenio que ha muerto cuando debía florecer.

°°°

Si las desgracias que ocurrieron al estallar las materias explosivas que conservaba aún el funesto vapor *Cabo Machichaco* correspondían á la Crónica pasada, los temores, las polémicas, las noticias alarmantes y la curiosidad excitada, se puede decir que han llenado las conversaciones en todos estos días: el exigir responsabilidades á diestro y siniestro; el arbitrar medios fáciles y seguros para extinguir todo peligro; acusar á cuantos directa ó indirectamente han intervenido por su posición oficial en los incidentes de la catástrofe, y en fin, la crítica á todo el que hace algo, por los que se toman el gran trabajo de mirar. Y es que no hay desocupado que carezca de una teoría eficacísima para hacer bien todas las cosas humanas, ni que les evite hacerlas peor que los demás cuando se determinan á hacer algo. Comprendemos que una población tan perjudicada, amenazada y deshecha como Santander, alce el grito hasta los cielos y clame y enseñe los puños con furor; pero los demás tenemos obligación de pedir auxilios para Santander en la medida de lo posible, y un poco de calma en el discurrir. El caso ha sido tan anómalo y tan nuevo, que no es de extrañar en todo, sino el primer atrevimiento de atracar un buque incendiado y con una carga de dinamita tan enorme, al muelle próximo á las calles de la población: una vez cometida aquella temeridad que hizo volar á tanta gente y á las autoridades, y derribó y prendió fuego á tantas casas, ¿quién hubiera creído que en aquella formidable explosión no había estallado toda materia fulminante contenida en el casco del vapor? Sin embargo, los reconocimientos de los buzos advirtieron el peligro; pero ¿cuál era su extensión é importancia? La incógnita no podía despejarse sin hacer reconocimientos, pues antes de que el pánico de la segunda voladura hubiera hecho fácil despoblar á Santander con un bando, y trastornar y paralizar la vida en aquella capital, con dificultad se encontraría quien se determinase á arrostrar la responsabilidad de un hecho tan desusado, que sólo en sitios ó bombardeos, ó en siglos muy remotos tiene precedentes, exponiéndose tal vez á la rechifla de que todo se redujese al estallido de un petardo.

Convengamos en que la disyuntiva era para la autoridad un poco grave, y que la segunda catástrofe ha sido una doble desgracia, por las víctimas que produjo y por haber sucedido en trabajos de reconocimiento, á nuestro juicio necesarios. Si la voladura se hubiera hecho sin estas exploraciones, obligando á los vecinos á salir de la ciudad, de su cárcel á los presos, del hospital á los enfermos y á los expósitos de su asilo, y todo se hubiera resuelto con un trueno y una columna de agua por el aire, estamos seguros de que se hubiera alzado un enorme clamoreo contra la inútil paralización del trabajo y del comercio, el peligro de remover á los enfermos, las pérdidas enormes de las mudanzas y transportes y las que causa en una población mercantil la suspensión completa de la vida y los negocios. ¿No es verdad, decimos á las gentes neutrales, que se hubiera acusado de imprevisora y alarmista y causante de ruinas á la administración que hubiera procedido sin ese examen previo que produjo la segunda y lamentable catástrofe? Por eso no nos atrevemos á culpar á nadie en cosas tan opinables y desusadas en que cualquier resolución ofrecía inconvenientes.

Hoy mismo, después de las cuatro explosiones que ayer se verificaron en el buque sumergido, y que parecen decisivas, tenemos que preguntarnos: Dado que la más considerable, la del 3 de Noviembre, dejó sin estallar muchas cajas explosivas, ¿no podría suceder que aun existiesen íntegras otras tantas después de las voladuras de ayer? ¿No queda todavía una incógnita, para cuya solución será preciso que desciendan al fondo del mar otros valientes operarios con sus suelas de plomo y escafandras? Diariamente necesita la sociedad de hombres arrojados que expongan su vida por la tranquilidad de todos. Lo que es indispensable es acostumbrarse á premiar esos servicios preferentes en lo que verdaderamente valen. Lo que también es indispensable es poner coto á las especulaciones poco escrupulosas en que se pone en riesgo la seguridad pública por ahorrarse algunos gastos, hacer rápidos viajes con personal insuficiente y obtener mayores ganancias. Lo que es urgente y de primera necesidad es que la administración que penetra en todas las casas para vigilar si faltan sellos en un libro insignificante, no brille por su ausencia y su ignorancia allí donde hay depósitos y cargas de explosivos capaces de arruinar una ciudad en un instante. Hoy se da el caso absurdo de que un particular no pueda comprar artillería para defender una finca, y sólo necesite un capital no muy considerable para convertir en escombros media población.

°°°

El proceso del célebre Varela ha sido en estos días *the great atraction* de la gente de bronce en las Salesas. La disparidad de los dictámenes facultativos acerca de la significación de las lesiones observadas en la autopsia de la infeliz mujer que la autoridad halló muerta sobre el empedrado de la calle de Carretas, y la calidad y fama de algunas testigos, todo era aliciente para reunir en la sala de la vista á los aficionados al género flamenco. Como al escribir esto ignoramos el resultado del juicio y cuando esto se lea todos lo sabrán, sólo nos hacemos cargo del carácter de la concurrencia: sin embargo, la curiosidad ha llevado otro público de apariencia muy selecta, que asiste al espectáculo: ¡y qué día pasarán tan aprovechado, empleando la mañana en regatear con los vendedores del Rastro un abanico del Imperio, oyendo por la tarde las declaraciones de las testigos de Varela que viven de sus labores, y asistiendo por las noches á los teatros por horas donde los chulos y las chulas son los personajes!

°°°

Eusebio Blasco y Mariano Cavia han organizado y celebrado una *fiesta de la jota*, consistente en una comida al estilo de Aragón, amenizada con una orquesta de guitarras, que tocaban toda clase de jotas. Como la invitación se hacía á los aragoneses, no nos creímos invitados, aunque simpatizásemos con Aragón y con la jota. Por las referencias de la fiesta hemos visto que basta declarárselo para resultar aragoneses. Otra anomalía era celebrar la fiesta de la jota en el Hotel Inglés, y aun ofrece de curioso que se le haya podido ocurrir á Blasco en Francia, como afirma un brillante periodista, Salvador Canals, en *El Heraldo de Madrid*. Confieso que si algún regionalismo me inspira familiaridad es el aragonés, porque la jota jamás puede resultar antiespañola, y porque á Zaragoza acudimos cuando queremos recordar glorias de este siglo, en el que es la hermana gemela Gerona. No hace muchos días lamentábamos la ausencia del festivo autor dramático Eusebio Blasco, uno de los versificadores más fáciles que teníamos, y que se vió obligado por las circunstancias á buscar en otro idioma, el francés, la expresión de sus ideas; la jota que compuso para la fiesta de su tierra hace que lamentemos doblemente su larga permanencia en París, que ha quitado á sus últimos versos la frescura y ligereza de otro tiempo: aunque bondadosamente le alaben su jota los amigos, no por eso desconocerán los inteligentes que la lean que se arrastra con dificultad y prosaísmo; y se lo advertimos con franqueza aragonesa para que, abandonando la literatura bilingüe, se decida por Francia ó Aragón, por la Dama de las Camelias ó la Virgen del Pilar. Y esto lo decimos, no en son de reproche, sino para que vuelva á pertenecernos por completo y á reconquistar el puesto honroso que dejó vacante en nuestra escena. Sería triste que el fundador de la hermosa fiesta de la jota concluyese por no poderla pronunciar, y que el rimador gracioso y juguetón á lo Villegas perdiese su espontaneidad inimitable.

La fiesta de la jota nos traslada mentalmente á la capital de Aragón, á Zaragoza, y este recuerdo nos trae á la memoria el opúsculo que acaba de publicar el coronel de ingenieros D. José Gómez y Pallete, titulado *El Nuevo Palacio de la Capitanía general de Aragón*, ilustrado con buenos fotograbados y cromos que dan perfecta idea de la fachada, salones, y escalera, solería y adornos de aquel bello edificio, que honra al cuerpo de ingenieros y engalana á la ciudad. Razones de familia nos impiden ser muy expresivos con el autor de aquel folleto, pero sí podemos, y debemos decir que merece ser leído y que constituye la historia y participaciones de todos en aquella notable construcción.

°°°

El Sr. Conde de Romanones, nuevo presidente del Ayuntamiento de Madrid, ha suprimido la carreta de los perros: la verdad es que suprimido el carruaje á ciertos dignatarios no era justo que tuviesen coche los perros vagabundos.

Pero ha restablecido la morcilla, es decir, la pena capital por un delito de que los canes son inocentes: el de no llevar bozal. Esto no es justo.

Para que paguen los culpables sólo hay un medio: que el agente suba á la casa de los amos del perro, entre en la cocina, destape la olla y eche la morcilla en el puchero.

Esta idea pertenece á un individuo de la extinguida protectora de animales.

Siempre que enseño el bozal á mi perro pierde las ganas de salir. Parece que me dice:

—Sé que ha empezado el Carnaval; pero soy un perro serio y no me visto; guarda la careta, que no salgo.

—Eso de dar la morcilla es una crueldad.

—No; es un acto voluntario: la autoridad encuentra al perro sin bozal, y le ofrece la morcilla: el perro acepta ó rehusa; no se obliga á nadie. ¿No come? Se ha salvado ¿Come? Pues revienta. Llega un choricero clandestino y hace con esa carne otras morcillas y revienta el vecindario. ¿No llega el choricero? Pues picotean las aves esas carnes muertas, y nos sirve el cocinero la estricnina en codornices.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. JOSÉ MESÍA DEL BARCO, DUQUE DE TAMAMES, GOBERNADOR CIVIL DE MADRID.—(Véase el artículo correspondiente en la pág. 202.)

°°°

SANTANDER.

Nueva explosión del *Cabo Machichaco.*

Quien al día siguiente de la espantosa catástrofe que Santander padeció en Noviembre pasado hubiera manifestado la sospecha de que cuatro meses y medio después siguiera en el mismo sitio y con su dinamita á bordo el fatal vapor que la produjo, en nadie habría hallado crédito, declarándole todos loco de remate.

Pues así ha sucedido exactamente. Aquella gran diligencia que parece se debió poner en quitar del puerto de Santander tan gran peligro, no se puso, y á los cuatro meses y medio el gigantesco torpedo, que aun continuaba en donde la fatalidad y la imprevisión le colocaron, volvió á hacer su efecto, matando á veintidós hombres é hiriendo á otros.

¡Si pudiera alegarse la disculpa de que no era probable semejante desdicha! Pero no puede; sino que, al contrario, era tan de temer, que debía considerarse punto menos que inevitable. Y siendo esto científicamente exacto, se ha dejado á una ciudad entera bajo la amenaza de tal peligro cuatro meses y medio.

Bastan nociones elementales de química pasa saber que el explosivo conocido con el nombre de dinamita no es otra cosa que nitroglicerina mezclada con alguna materia inerte. Hay, pues, dinamitas de muchas clases y con cualidades físicas y químicas diferentes.

Tiene la nitroglicerina la propiedad de quedar, al congelarse, mucho menos sensible que antes. Pero una vez deshelada, recobra su primitiva sensibilidad, siendo delicadísima y sumamente peligrosa la operación del deshielo. Suele entonces extenderse en capas delgadas, y para que estalle con la increíble fuerza expansiva que posee no se requiere siquiera percusión, basta el roce.

Ahora bien: recuerden los lectores que la primera explosión del *Cabo Machichaco* ocurrió á primeros de Noviem-

bre; que los fríos fueron apretando hasta hacerse tan intensos á fines del mes siguiente y principios de Enero, que el termómetro descendió bajo cero en toda la costa Norte de la Península; que el *Cabo Machichaco* llevaba á bordo, al incendiarse (según se averiguó, sin género de duda), más de 51.000 kilos de dinamita, y que se dijo haber quedado á bordo una buena cantidad de esta sustancia sin estallar.

¿No era extremadamente probable que las aguas hubieran descompuesto la dinamita, separando la materia inerte (polvo de cok, ocre, aserrín, etc.) de la materia explosiva ó nitroglicerina, y devolviéndola su poderosa sensibilidad? ¿No podía reputarse seguro que ésta, helada por los fríos y deshelada después, ó sin helarse ni deshelarse, por la sola acción del mar se hubiese extendido en capas? ¿Y no era, dadas las dos casi inevitables premisas anteriores, inevitable también una explosión?

Lo era sin duda alguna, y es extraño que personas, no diremos tanto como técnicas, pero con algunos conocimientos de química, no lo tuvieran presente. Hay, por tanto, en este asunto gravísimas responsabilidades. ¿De quién? De muchos; pero no nos incumbe averiguarlas. Bástanos decir que las hay.

Al cabo de tanto tiempo comenzaron en Santander los trabajos para extraer del vapor la dinamita que llevaba, y la carga que aun tenía en el casco. De día hubo alguna gente en los muelles presenciando la operación, con peligro de todos, aunque sin sospecharlo ninguno. Por fortuna, la explosión ocurrió á las nueve y cuarto de la noche. Primero se oyó un estallido no muy grande. En seguida otro tremendo. El estruendo de éste fué horroroso, y la trepidación como el estruendo. Tembló el suelo, que pareció sacudido por un terremoto, y derrumbáronse algunos tabiques de diferentes casas. Levantóse en toda la ciudad inmenso vocerío, y pronto se formó entre aquella gente indignada verdadera tempestad de maldiciones á la casa consignataria del *Cabo Machichaco*, mezcladas con amenazas. El Gobernador interino acudió luego al muelle, donde, según refiere un corresponsal, estuvo en peligro de ser atropellado por la indignada muchedumbre, teniendo que defenderle la Guardia civil. Así al menos se ha dicho.

Había unos treinta operarios trabajando. De éstos, veintidós perecieron. Dos fueron encontrados hechos pedazos sobre una de las dragas. Al lado de la tienda-asilo se halló una escafandra, y no lejos de ella una pierna humana, sin duda del buzo que vestía aquélla. También se encontró una porción de masa encefálica.

Fueron apareciendo cadáveres. El primero que se indentificó fué el de Tomás García Ruiz, peón de la máquina de aire de los buzos. Después se encontró, flotando entre un montón de astillas, el del sobrestante de la Junta del puerto D. José Higuera. Conservaba dos anillos en los dedos y algún dinero en el chaleco. Sucesivamente fueron hallándose el cuerpo de Eugenio Calvo, fogonero de la pequeña grúa Priestman número tres; el de José Haya, ayudante de uno de los buzos; el del marinero Lorenzo Collantes, el de José Bustelu, el de Eugenio Francés, y restos de los infelices hermanos Villarrenaga, buzos que se hallaban trabajando en la bodega del barco. Todos los muertos dejan familia, y algunos bastantes hijos. Los dos Villarrenaga mantenían: Jesús, á sus ancianos padres, su mujer y seis hijos; Esteban, á su mujer, la madre de ésta y cinco hijos.

El Sr. Higuera, que momentos antes de ocurrir la volasión se retiraba á su casa, retrocedió para despedirse. A esta circunstancia debió la muerte.

Explícase el movimiento de cólera de la población de Santander y el pánico que le siguió. Al otro día reunióse el Ayuntamiento y acordó presentar la dimisión si no era atendido al pedir socorro para las víctimas y castigo para los culpables. Por la noche púsose al frente de la manifestación de duelo que se hizo á uno de los buzos, la cual se dirigió al gobierno de la provincia. Hubo gritos y pedradas, teniendo que hacer la Guardia civil una descarga al aire para dispersar á los manifestantes. El clamoreo contra la Compañía Ibarra era imponente. Dos vapores suyos que se hallaban en el puerto tuvieron que apartarse de los muelles, por temerse que los santanderinos, los asaltaran y saquearan. Los comerciantes de Santander han determinado, según aseguran los periódicos, no recibir ni enviar géneros por vapores de dicha casa. Parece que ésta suprimirá de sus escalas al puerto de Santander.

Cuando el motín era mayor llegó el nuevo gobernador, Sr. Torres Almunia, quien reunió á las autoridades y á la Junta técnica para deliberar sobre lo que debía hacerse.

Aunque con los cuatro meses y medio de retraso que hemos dicho, se decidió la voladura del *Cabo Machichaco*, la cual se ha verificado, hallándose Santander completamente desierto, hoy viernes, á las diez menos cuarto de la mañana.

Publicamos una serie de grabados representando diferentes escenas anteriores y posteriores á la explosión, hechos según fotografías que han tenido la bondad de remitirnos los Sres. D. P. Urtasun y D. Zenón Quintana, de Santander.

Los de la pág. 196 muestran cómo se hacían los trabajos de descarga en la tarde del 21, aprovechando la marea baja. En el segundo vese á los buzos Fonseca y uno de los hermanos Villarrenaga preparándose á bajar á la bodega del *Cabo Machichaco*. De estos dos desgraciados sólo se han encontrado algunos miembros dispersos y horriblemente mutilados.

En la pág. 197 hallarán los lectores diferentes vistas de los destrozos producidos por la explosión en los restos del vapor, gabarras, lanchas, máquina perforadora, etc., etc. Todo ello forma un montón caótico que la pleamar encubre un poco en el primero, pero que en el segundo, tercero y quinto se ven perfectamente. El cuarto grabado reproduce una escena horrible: la rebusca de restos humanos. En el de la pág. 208 la muchedumbre contempla aterrada la operación desde el muelle y espera la subida de los cuerpos que se hallen para reconocerlos. Detrás vese la Tienda Asilo junto á la que se hallaron algunos miembros de los buzos.

¡Bien digna es de lástima la infortunada Santander!

°°°

BELLAS ARTES.

Un almuerzo glacial, cuadro de A. Forestier.

El cuadro de A. Forestier, que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 200 de este número, puede muy bien llamarse de costumbres contemporáneas. Desde que hace algo más de un siglo subió Horacio de Saussure á la cumbre del Monte Blanco, millares de curiosos le han seguido, y ya no es solamente aquella hermosa montaña la única de los Alpes visitada por los excursionistas, sino que á todas y de todas partes de Europa, y de muchas de América, acuden los amantes de la Naturaleza en demanda de bellezas que admirar, á la par que de nuevas fuerzas para seguir viviendo en las ciudades en que los hombres del siglo de las luces tenemos el mal gusto de encerrarnos.

En España está, por desgracia, en embrión lo que podríamos llamar culto de la madre tierra, y es lo corriente tener poco menos que por loco al que confiesa profesarlo.

¡Parece imposible que copiando de los extranjeros tantas modas malas y feas, no copiemos ésta, que es á la par hermosa y útil!

En el cuadro de A. Forestier vese una de las escenas más agradables de la ascensión á un alto monte: después de algunas horas de esfuerzo físico, el almuerzo con apetito en un paraje hermoso y fresco, con aire puro y soberbio panorama. ¡Cuántos que apenas pueden comer lo harían con gran gusto en caso semejante y sin necesidad de otra medicina! Los excursionistas subirán á la montaña, gozarán de sus infinitas bellezas y de la satisfacción de haberlas logrado tras no pequeña lucha, y dormirán aquella noche soñando con parecidos placeres. ¡Y con esto son felices!

°°°

LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO. — (Véase el artículo del Sr. Carracido en esta misma página.)

°°°

SID MOHAMED FELDUL EL GARNIT.

EL SEFFAR, SECRETARIO DE MOHAMED TORRES.

Publicamos en la pág. 204 los retratos de los dos personajes marroquíes que principalmente han intervenido en las negociaciones con España.

De Sid Mohamed Feldul el Garnit dimos algunas noticias en nuestro núm. XLV del año pasado. Dijimos entonces que de la singular astucia de este personaje podían atestiguar todos los diplomáticos europeos que han tenido que tratar con el Sultán. Sin temor de equivocarnos podemos añadir que en la última ocasión que se le ha ofrecido ha cumplido según su fama.

El secretario de Mohamed Torres es un personaje obscuro pero muy inteligente, y que por conocer toda la negociación motivada por los sucesos de Melilla, fué de Tánger á Marruecos á ayudar al primer ministro.

°°°

FRANCIA.

El Hotel de Cap Martin, cerca de Menton, habitado recientemente por los Emperadores de Austria

La costa de los golfos de Lión y Génova tiene tal reputación de hermosa y templada en toda Europa, que hasta son muchos los españoles que por ella olvidan á Huelva, Motril, Alicante y otras muchas comarcas de nuestra patria que notablemente la aventajan en templanza y hermosura, aunque no en comodidad.

Esa reputación lleva á Niza, Menton, Roccabruna, Bordighera, Mónaco y otras poblaciones gran número de forasteros, gente poderosa que baja del interior del continente huyendo del rigor del invierno. Entre los de este año, se cuentan algunos singularmente ilustres: la ex emperatriz Eugenia y los Emperadores de Austria.

Estos se hospedaron hace días en el hotel del Cabo Martín, situado en el territorio de Roccabruna, á corta distancia de Menton. Ocupan las mismas habitaciones que en otro tiempo el Rey de Suecia y que el Príncipe de Gales, las cuales comprenden toda la planta del ala del hotel que mira á Levante. Tiene una entrada especial á los jardines, y puede quedar incomunicada y del todo independiente del resto del edificio. (Véase el segundo grabado de la pág. 204.)

El comedor tiene una magnífica galería de cristales que da sobre el mar, y desde la que se disfruta de un admirable panorama. Junto á esta sala está el despacho de S. M. Francisco José. Las alcobas son cuatro: una para el Emperador, otra para la Emperatriz, y dos para las damas de honor.

El mobiliario de estas habitaciones es muy sencillo, por expresa voluntad de SS. MM.

Sólo el salón de recibir está adornado con verdadero lujo. En él se ha puesto, por orden de la Emperatriz, un piano de cola. Desde la galería de cristales de esta sala el espectáculo no es menos hermoso que desde el comedor.

°°°

D. JOAQUÍN ARAUJO Y RUANO,

insigne pintor y aguafortista.

No necesitan los lectores de La Ilustración Española y Americana que ponderemos los méritos del ilustre artista prematuramente muerto el 15 del corriente en esta corte, pues sobre ser muy conocidos, en estas mismas páginas había hecho gala de ellos en multitud de hermosas producciones.

Araujo estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, y fué discípulo de D. Ignacio Suárez Llanos. Cuando pasó á París á completar su educación artística, tuvo por maestro al famoso León Bonnat.

Su larga permanencia en aquella capital y en Roma, y sus continuos viajes por Europa, desarrollaron y fortificaron su ya notable erudición artística. Tenía amistad y trato frecuente con los más celebrados pintores extranjeros, conociendo perfectamente las obras y circunstancias de todos. Hombre de carácter ameno y muy llano, nunca hacía demostración de su gran saber, antes al contrario, había una especie de curiosa y agradable contradicción entre su cultura é importancia artística y su llaneza y pintoresca fraseología. Por esto tenía Araujo no menos amigos que admiradores, lo que no siempre sucede.

Sus asuntos favoritos eran ciertos tipos populares españoles, principalmente los de Andalucía y Salamanca, que reproducía con asombrosa verdad. Una de sus mejores obras de este género es *La mala compra*, publicada en el tomo de 1885 de nuestra colección, pág. 349. Fué premiada con medalla de segunda clase en la Exposición de Bellas Artes de 1884, y con otra de igual categoría en la Universal de París de 1889. En la de Chicago figuraron dos cuadros suyos: *Las escabecheiras en la ría de Vigo* y *El mercado de Vigo*.

Dedicóse hace pocos años al grabado al agua fuerte, con tales resultados, que en poco tiempo adquirió gran reputación en los mercados artísticos del extranjero, y más que en ningún otro en el de Londres. Sus facultades asimiladoras eran extraordinarias, y de ello es la mejor prueba su *Retratos de niñas inglesas*, cuadrito que parece pensado y ejecutado por un inglés.

Era también Araujo excelente dibujante, y de ello ha dejado magníficas muestras en la mayoría de los periódicos españoles, así como en muchos extranjeros, pero más que en ningún otro, en la importante revista inglesa *The Graphic*, para la cual hizo su último dibujo: *Una corrida de novillos en un pueblo de Salamanca*.

Ha sido llorado como artista y como hombre, pues según queda dicho, sus bellas prendas personales le dieron muchos amigos. Su entierro fué una verdadera y muy sentida manifestación de dolor. El Sr. Ministro de Fomento, á quien deberes de su cargo impidieron asistir al acto, envió un sentido pésame á la viuda.

En la misma página que su retrato (205) publicamos uno de los cuadros que mejor revelan su condición artística. *En marcha* es una escena admirablemente tomada del natural, y muestra el talento observador y la vigorosa complexión artística de Araujo. Pertenece al Museo Nacional de Pinturas.

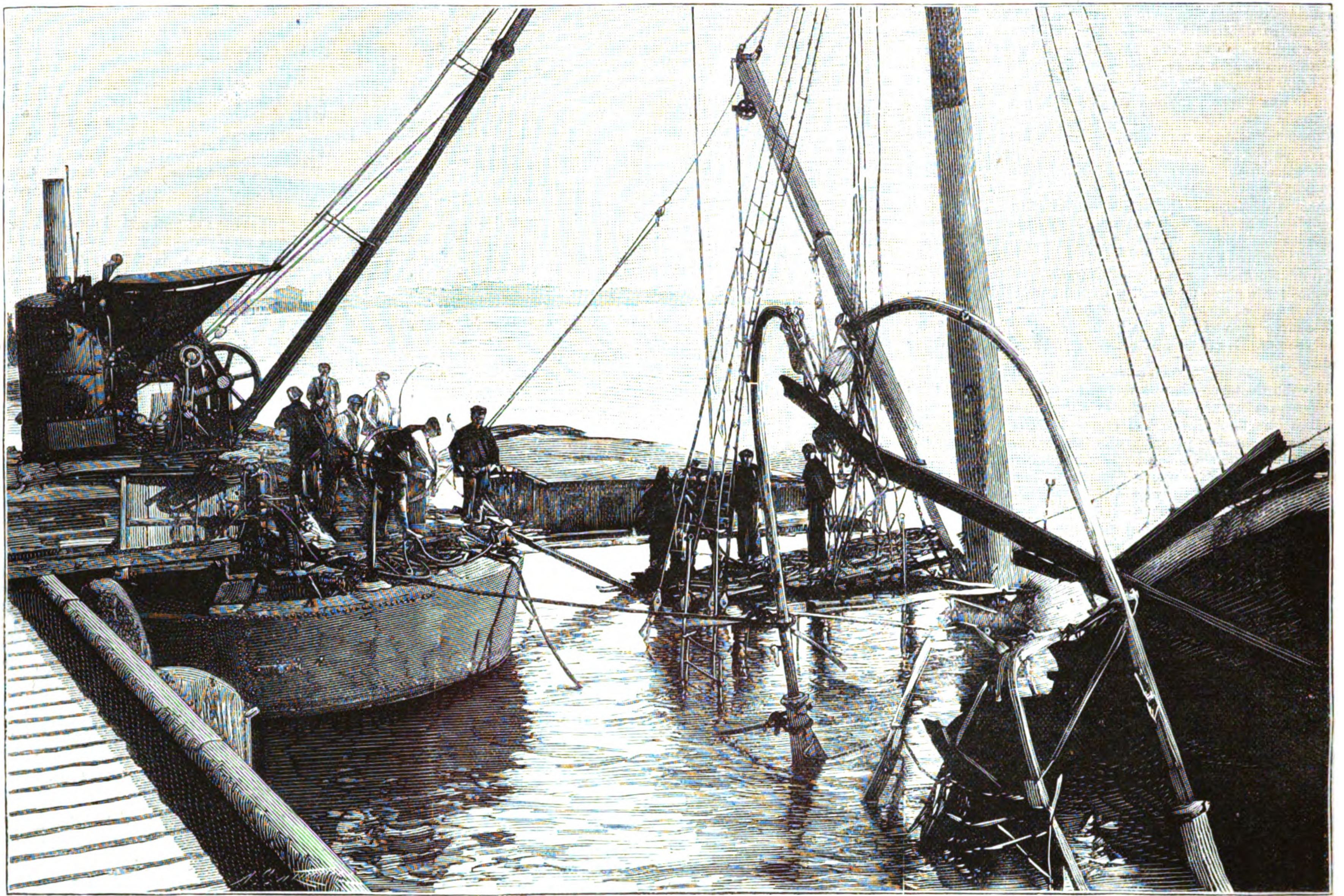
G. Reparaz.

LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO.

Á LA MEMORIA DEL AMIGO DEL ALMA JOSÉ TARRIO.

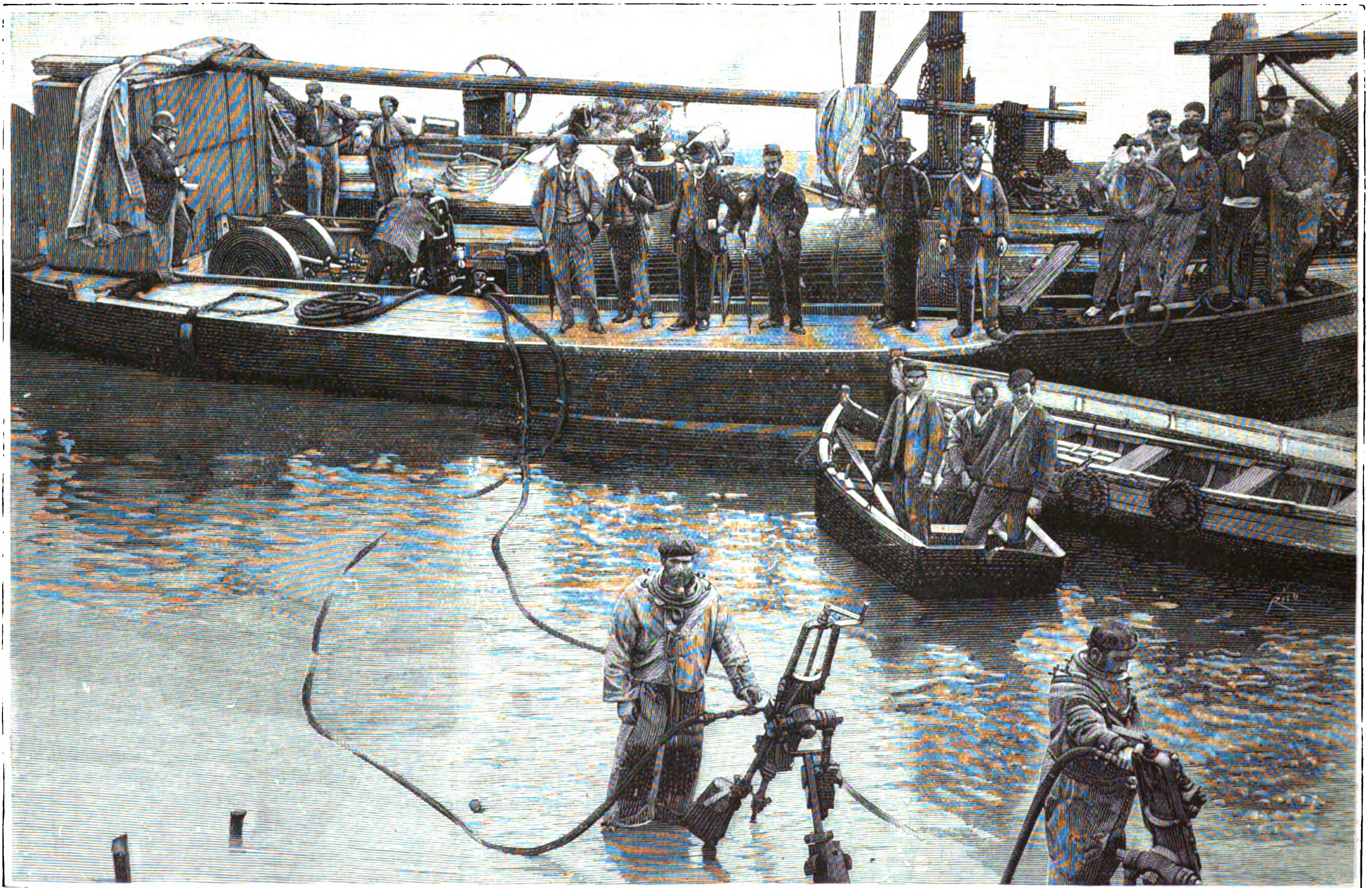
En el curso de la Historia ningún siglo se anunció como el XVI tan henchido de anhelos y exuberante de vida, resaltando con singular grandeza por sus magníficas aspiraciones y por la plenitud de energías para realizarlas. Impulsado por el *vano desiderio de la bellezza antica*, escudriñó todos los tesoros de la cultura greco-latina, inspiradores de las obras de los grandes humanistas y de las espléndidas concepciones de las artes plásticas; dominado por las ansias del pensamiento, que sólo se aquieta justipreciando todo por propia cuenta, se entregó á hondas exégesis, iniciadoras de apasionadas controversias; y fascinado por los encantos de la Naturaleza, no sólo la contempló como artista, la estudió también como investigador, intentando sorprender el arcano de sus procesos. Erudición, crítica, producción artística, potencia discursiva, espíritu de observación, son aspectos reveladores del torrente de vida que surge copiosísimo desde el primer albor del Renacimiento, fecundando todo linaje de esfuerzos de la actividad humana. No hubo lugar por donde no se difundiera este incontrastable movimiento de cultura, presentándose en nuestra Península con tan extraordinaria pujanza, que se erigieron sobre su suelo millares de cátedras, destinadas á satisfacer la ambición que atormentaba entonces á todos los espíritus. Creáronse estudios donde no los había, y acrecentáronse los anteriormente creados, subiendo de particulares á generales, hasta constituir el vasto organismo universitario por el cultivo de todas las ramas del saber, articuladas en armónico conjunto y vivificadas por un espíritu común: el *alma mater* que á aquél animaba.

Admirable era la preparación de la vieja Compostela para responder al impulso de este movimiento. Es verdad que su apartada situación geográfica dificulta el acceso de las corrientes europeas; pero en compensación de esta desventaja natural, la hegemonía religiosa de que gozó en los siglos medievales atrajo á su recinto gentes de los más remotos lugares del mundo cristiano, portadoras de la cultura de sus respectivos pueblos y de riquezas materiales que fomentaban la vida artística é intelectual desarrollada en torno del sepulcro guardador de los venerados despojos del Apóstol que había de sacar victoriosa á la Cruz de las asoladoras embestidas de las razas agarenas. Las peregrinaciones llevaban directamente á Compostela todos los rumores de la vida europea, y el del Renacimiento, cuando apenas era perceptible, tuvo inmediata resonancia en la fundación del *Estudio*, acordada en 17 de Julio de 1501 por D. Diego de Muros, deán de Santiago, obispo de Mondoñedo después y de Oviedo por último; por el obispo de Canarias, del mismo nombre del anterior, y por



ANTES DE LA CATÁSTROFE.—OPERARIOS EXTRAYENDO LA CARGA DEL VAPOR DURANTE LA MAREA BAJA.

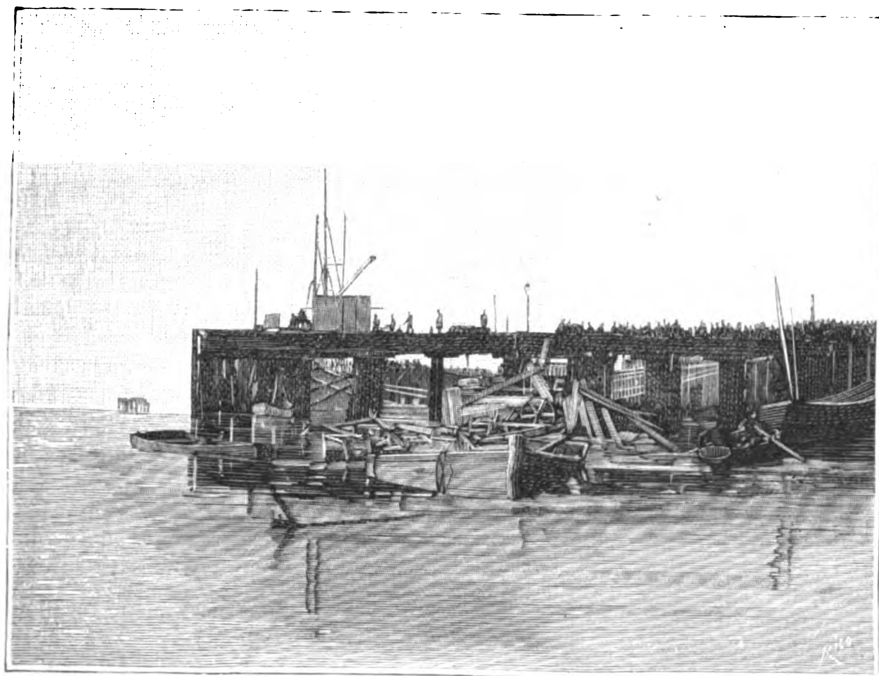
(De fotografía de D. P. Urtasun.)



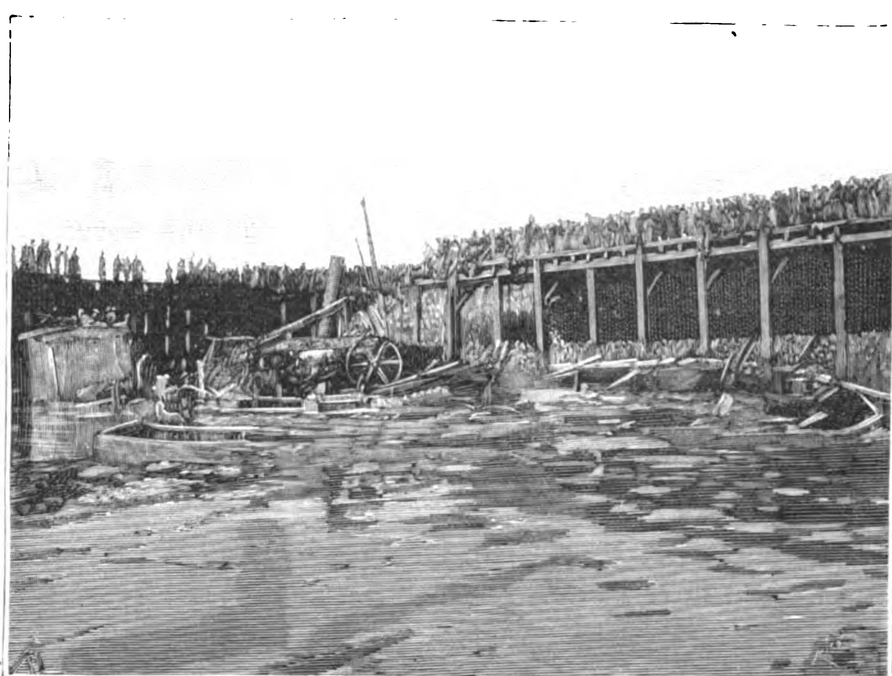
ANTES DE LA CATÁSTROFE.—LOS BUZOS DEL PUERTO, FONSECA Y VILLARRENAGA, DISPONIÉNDOSE Á BAJAR Á LA BODEGA DEL «CABO MACHICHACO» EN LA TARDE DEL 21 DEL CORRIENTE.

(De fotografía de D. Zenón Quintana.)

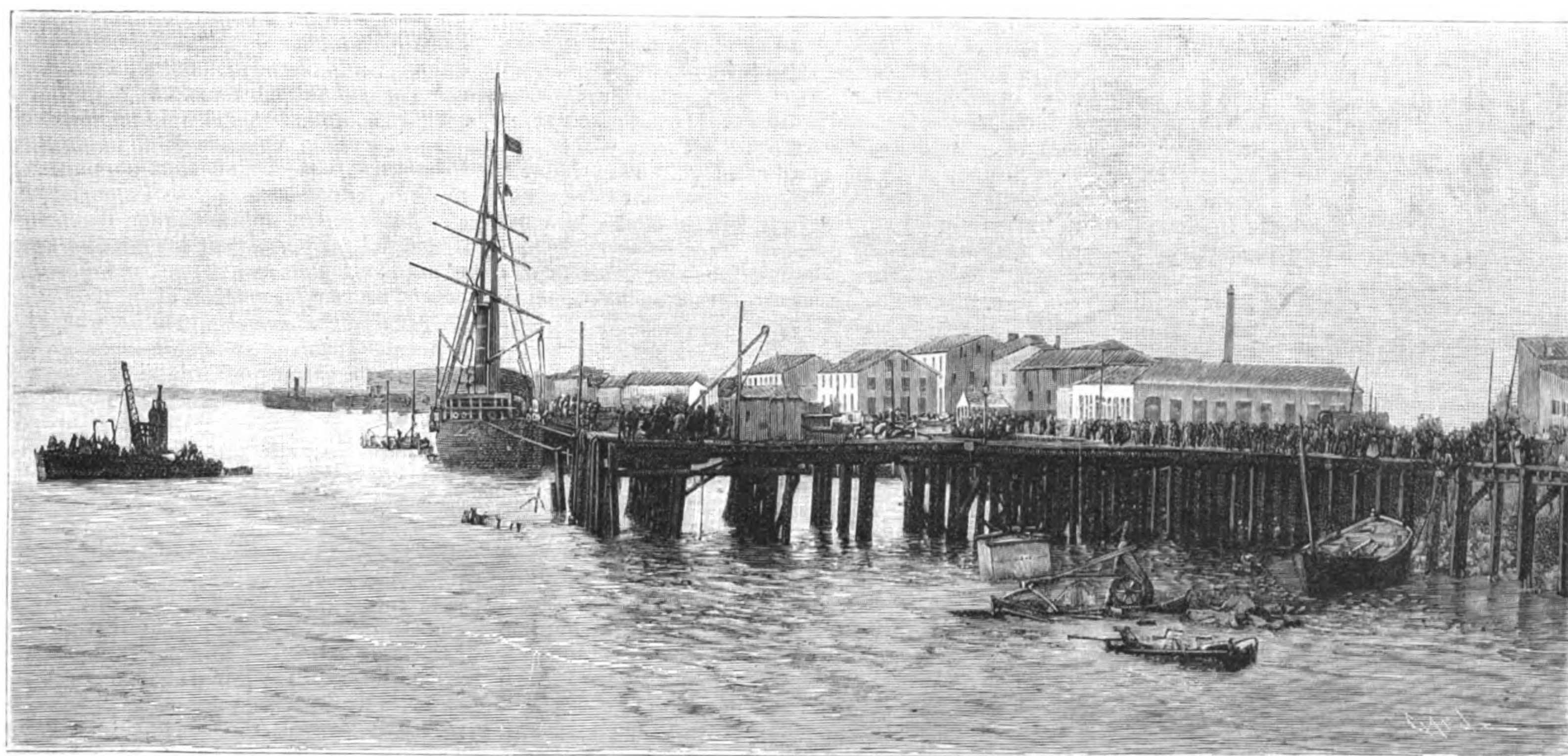
SANTANDER.—SEGUNDA EXPLOSIÓN DEL VAPOR «CABO MACHICHACO».



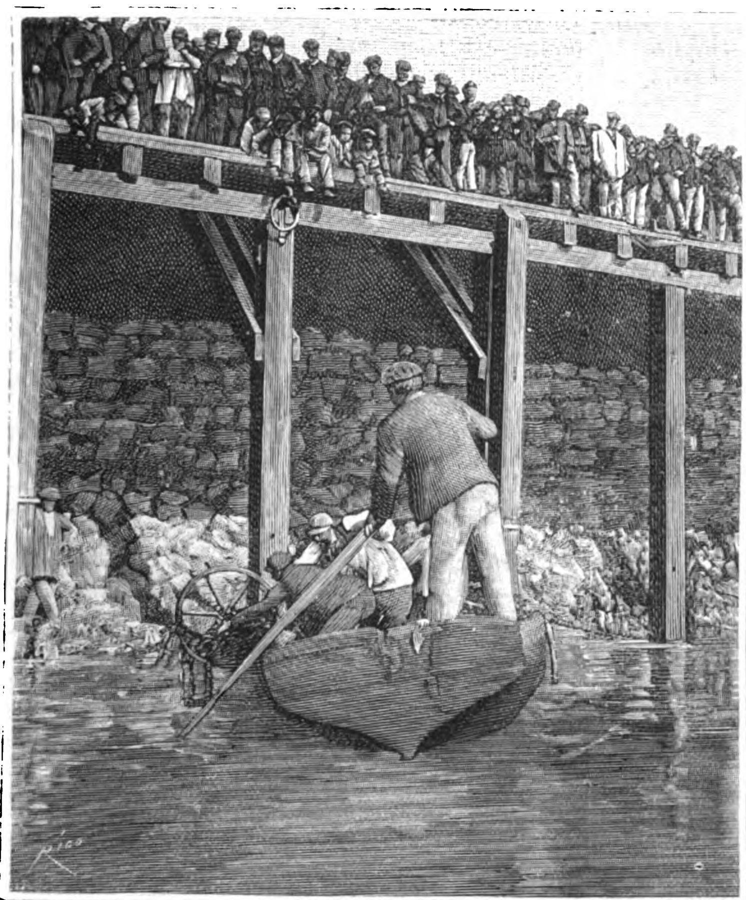
DESTROZOS PRODUCIDOS POR LA EXPLOSIÓN.



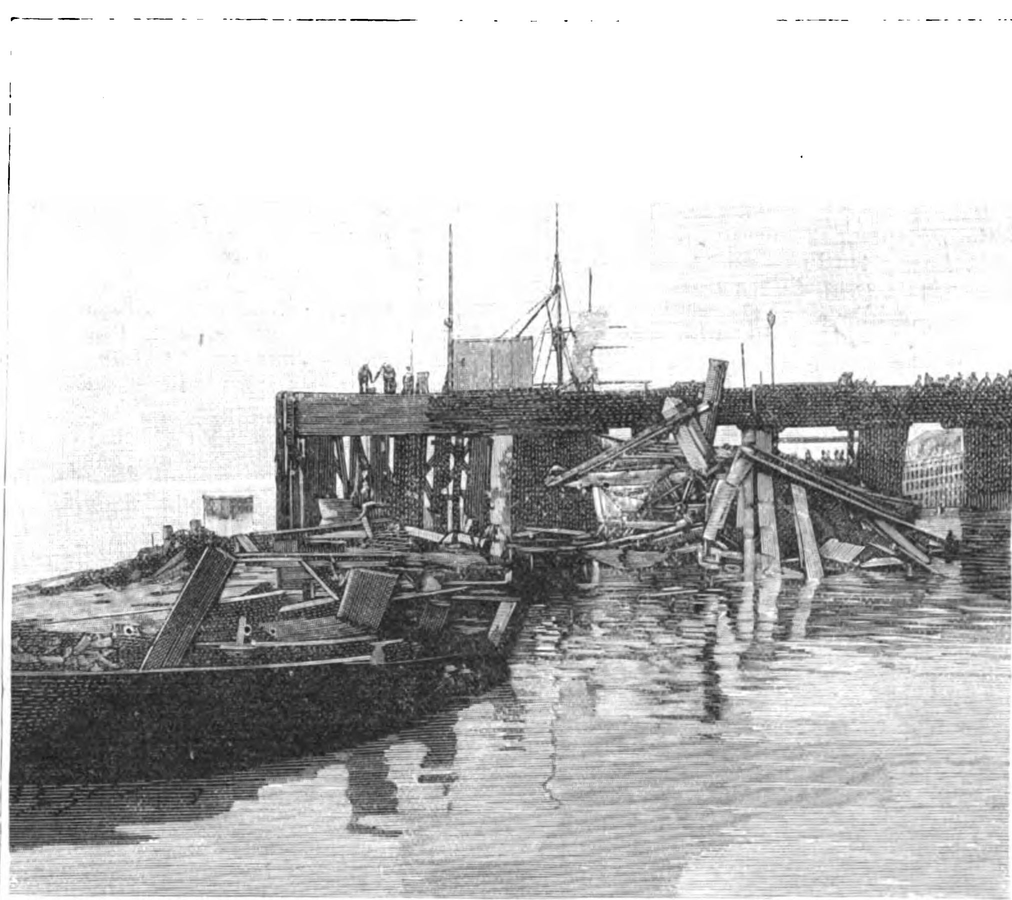
RESTOS DE LA CARGA DE MADERA DEL «CABO MACHICHACO» DESPUÉS DE LA VOLADURA.



ASPECTO DEL MUELLE DE MALIAÑO Y DE LOS RESTOS DEL VAPOR EN LA MAÑANA SIGUIENTE Á LA CATÁSTROFE.



REBUSCA DE LOS RESTOS DE LAS VÍCTIMAS.



ESTADO EN QUE QUEDÓ LA MÁQUINA PERFORADORA DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN.

(De fotografías de D. P. Urtasun.)

D. Lope Gómez de Marzoa, notario público, cuyo objeto sería, no sólo la enseñanza de la Gramática, sino que también «otra lectura que por tiempo oviere».

La Universidad de Salamanca, después de haber defendido á su generoso protector el antipapa Pedro de Luna, acatado en Castilla y Aragón como legítimo pontífice, con el nombre de Benedicto XIII, estimó necesario robustecer la autoridad papal cuando terminó el cisma, declarándose en 1420 *Universidad Apostólica*, y recibiendo sus estatutos del Pontífice. Desde aquel año, cuantas Universidades se instituyeron, antes solicitaron la concesión pontificia, y los fundadores del Estudio compostelano, acatando lo establecido, á Julio II acudieron en demanda del otorgamiento. La bula expedida por este Papa representa el acta bautismal de la Universidad de Santiago.

El primer paso estaba dado; pero el poder creador de aquella vida social todo lo acrecentaba con sorprendente rapidez, y el Estudio, nacido con el siglo, era mezquino albergue para los vuelos del pensamiento, que pugnaba por recorrer en sus giros toda la amplitud del saber humano. Esta generosa ambición quizá no hubiera llegado á satisfacerse si los favores del destino no obsequiaran á Compostela con un hijo que por sus merecimientos y su poder todo lo alcanzaba, y que por el amor vehementísimo á su ciudad natal siempre la tenía presente para enriquecerla con los frutos de su personal engrandecimiento.

¡Extraños misterios del proceso histórico!

En las horas prósperas, lo previsto y lo fortuito, todo conduce al triunfo y exaltacion de los pueblos; pero en las aciagas, hasta los que se erigen en protectores se convierten en instrumentos de ruina. Don Alonso III de Fonseca, nacido en Santiago, arzobispo de esta diócesis y después de la de Toledo, fué quien desarrolló la modesta institución del *Estudio viejo*, convirtiéndola en verdadera universidad, dotada de la enseñanza de las *Facultades mayores* y autorizada para conferir grados por una nueva y amplísima bula expedida por Clemente VII en 15 de Marzo de 1525.

A D. Lope Sánchez de Ulloa, deudo del Arzobispo, es á quien éste comisiona y otorga su representación para el logro de las concesiones y prerrogativas que habían de elevar el instituto docente sancionado por Julio II al rango de las primeras universidades, encomendándole á la par la gestión de los trámites necesarios para el establecimiento del Colegio de Santiago Alfeo, edificado sobre el terreno de los lares solariegos de la madre del fundador.

Aunque estatuídos los colegios para las universidades, y no las universidades para los colegios, se apoderaron de éstos tales afanes de aristocrática distinción, que, apenas nacidos, no omitieron medio para encastillarse en su propio instituto; y este porfiado empeño de vida independiente, aislada de la turbamulta universitaria, alcanzó en Santiago la realización de sus aspiraciones, obteniendo en 1565 una bula de Pío V, por la cual el Colegio fundado por Fonseca gozaría de iguales prerrogativas á las otorgadas á la Universidad por Clemente VII.

Desde este momento coexisten en Santiago dos poderes universitarios, los cuales, viviendo en rivalidad, cuando no manifiesta, latente, fomentan con su emulación el desarrollo de la enseñanza, excitando entusiasmos, en la cátedra con la lucha de las doctrinas, y alborozando al pueblo con fiestas públicas. Reputados maestros de la Universidad de Alcalá llevan las luces de su saber á la de Santiago, y los *paseos* de los doctores del gremio y claustro, presididos por el arzobispo y los abades, recorriendo la ciudad al són de chirimías, trompetas y atabales para conducir á la capilla de la catedral llamada de D. Lope á los graduandos en la solemnidad de su *doctoramiento*, difunden en todas las clases sociales, con el poder educativo de lo que fascina á los sentidos por sus manifestaciones artísticas, el amor á las cosas de la vida intelectual, formando el medio ambiente que había de garantizar con sus favorables estímulos la viabilidad de las instituciones docentes.

La refinada cultura del arzobispo Fonseca—de aquel que se deleitó con los primores literarios del eximio humanista de Rotterdán, apartando de las mieles del placer artístico la hiel de su crítica revolucionaria — se asoció al vehementísimo deseo de ennoblecer á sus conterráneos con los blasones del saber, y para lograrlo erige «en la ciudad de Santiago, é por el bien de ella y generalmente de el Reino de Galicia, por la experiencia que tuvimos de la necesidad que en él ai de doctrina é personas doctas, un Colegio é Universidad donde los moradores é naturales de dicho Reyno, especialmente de la dicha Ciudad é Arzobispado de Santiago, pudiesen estudiar, apreender é ser enseñados en Gramática y otras Facultades», y los suyos agradecen con amor inmenso la obra de su munificencia, no sólo por obligado afecto, sino que también por ese sentimiento inconsciente de los pueblos que casi siempre se anticipa á la más fina perspicacia de los grandes estadistas.

La crisis religiosa que entonces se iniciaba en Europa había de aclarar las filas de los romeros de Santiago de Compostela, y la decadencia de su Basílica sería precursora de la total é inevitable ruina de la ciudad edificada á su sombra y enriquecida por las ofrendas del mundo cristiano, si un nuevo elemento de vida doblemente fecundo no acudiese á compensar el quebranto de su universal prestigio. El abandono de los antiguos huéspedes la hubiera sumido en la ignorancia primero, y en la pobreza después, si el amor filial del gran prelado de los tiempos de Carlos I no llegara á dotarla de la primacía intelectual del reino de Galicia. Casi puede afirmarse que el fundador del Colegio de Santiago Alfeo comprendió claramente el porvenir difícil que le esperaba á su pueblo en aquella lucidez con que suele verse la realidad al avecinarse la muerte.

En los postrimeros momentos, al abandonar las pompas de su elevadísima jerarquía, concentra toda el alma en el amor de su pueblo, y aprovecha los últimos alientos para encargar á los testamentarios que en la obra de su fundación «manden dar mucha prisa, de la cual llevamos mucha pena y cuidado por no dejarla acabada é puesta en el estado para que la principiamos». ¿No revela este codicilo el afán de que no se malogre su empresa como en previsión de grandes daños que era forzoso subsanar?

Don Alonso III de Fonseca, llevando á su muy amada ciudad de Santiago la más alta y fecunda manifestación de la vida de su tiempo, la salvó del abatimiento en que hubiera caído al extinguirse aquel rumor políglota que en los confesonarios *pro lingüis galica, germanica et hungarica* saldaba cuentas de la conciencia, y en la *Rua dos cambeadores* negociaba intereses materiales.

* * *

La lucha de la Universidad y el Colegio de Fonseca, lucha de clases, especie de problema social planteado entre los organismos docentes, no se amortiguó en el transcurso de los siglos; antes al contrario, acrecentó su empuje cada vez que uno de los institutos beligerantes creía favorable á la causa de su predominio la marcha de los sucesos políticos. En esta alternación de circunstancias, la Universidad vió realizadas sus legítimas pretensiones en los tiempos de Carlos III, emancipándose de su rival, y recabando la supremacía de que estaba desposeída por las absorbentes exigencias del que, a semejanza de los demás *Colegios mayores*, se había obstinado en desconocer la maternidad de la institución para la cual, según queda dicho, fuera estatuído.

El Estado, como muestra de preferente atención, le concedió por Real Cédula de 1769 el edificio que dejaba vacante la expulsada Compañía de Jesús, y de él tomó posesión el 6 de Octubre del mismo año. Desde este momento también se amplió el cuadro de las enseñanzas, hasta el punto de que en 1772 estaban distribuídas en treinta y tres cátedras, siete de Teología, seis de Leyes, cinco de Cánones, otras tantas de Medicina, cuatro de Gramática, tres de Artes, y sendas cátedras de Matemáticas, Filosofía y Física experimental. Pero este contenido de vida universitaria tenía mezquino albergue en las ex-celdas de los jesuítas, y se impuso la necesidad de habilitar nuevos locales, acrecida hasta la aspiración suprema de construir un edificio de nueva planta destinado á Universidad. Imaginar construcciones para fines civiles en tiempo de Carlos III era seguir la corriente de la afición predominante, y por esta perfecta consonancia del deseo y del medio social que había de favorecer su realización, muy pronto el arte arquitectónico trazó sobre el papel el anhelado edificio, y la mano de obra no estuvo muy tardía en traducir al granito lo que el lineamiento de los planos ordenaba. Pero, siendo asunto importantísimo historiar el proceso artístico de la forma adoptada en la traza del edificio universitario, es imprescindible rastrear sus antecedentes, para precisar bien su significación en la marcha evolutiva del Arte compostelano en la última pasada centuria.

Corría el año 1758 cuando terminó el maestro Sarela la construcción de la famosa casa de las Platerías, que el Cabildo le había encargado *pro comoditate et ornatu urbis*, y lo gallardo de las proporciones, unido á lo caprichoso de la ornamentación, despertó tal entusiasmo, que el autor, dotado sin duda de excepcionales aptitudes, fué objeto de las más extremosas alabanzas, y su obra conceptuada como magnífico ejemplar del arte arquitectónico.

Este felicísimo alarde del genio de Sarela parecía predestinado á consolidar definitivamente el barroquismo en Santiago; pero como los arroyuelos desaparecen cuando los absorben los grandes ríos de que son afluentes, toda aquella reputación y aquel entusiasmo se desvanecieron al encontrarse la personal manera del maestro compostelano ante la grandiosa figura de Ventura Rodríguez, quien, además de su singular mérito individual, estaba en la ventajosa posición de representar la tendencia artística predominante. Aparte del diferente valor de las personas, el primero brillaba con los resplandores del ocaso, y el segundo con los del sol que surge enseñoreándose del horizonte.

Acudió el Cabildo al arquitecto que personificaba en España la restauración greco-romana en demanda del trazado para reedificar la fachada del Norte de la Basílica, y encomendó á su maestro de obras la ejecución de los planos; pero al temperamento de Sarela pareciale frío y monótono lo proyectado por Ventura Rodríguez, y no pudo contener el impulso de animarlo, aunque con parsimonia y respetando el plan general, con ciertas licencias de ornamentación. Tuvo noticia el autor de los planos de estas enmiendas que los adulteraban, y envió inmediatamente á Santiago á su predilecto y ya reputado discípulo Loys Monteagudo, á quien quizá, por la circunstancia de ser gallego, consideró insustituíble para negociar la exacta ejecución de los planos. La llegada de Loys fué mortal para Sarela, y como dice el Sr. Murguía en su libro *El Arte en Santiago durante el siglo XVIII*, del cual tomamos estos datos, «vió en vida desvanecerse su preponderancia y perder su influjo asistiendo á los funerales de su reputación».

Las ideas de Ventura Rodríguez lleváronse entonces á la práctica en toda su pureza, y acabada la obra, conquistaron y se impusieron al público que antes había aplaudido las caprichosas genialidades del proyectista de la casa de Platerías, entronizando en la vida artística compostelana los preceptos de la restauración clásica.

Nada patentiza el triunfo de una idea como los repetidos casos de su acatamiento, y del éxito completo de la que representaba la nueva fachada de la Basílica es irrefutable testimonio la construcción de ocho edificios posteriores, parcial ó totalmente del orden jónico, como lo es el segundo cuerpo—el ejecutado por Loys con perfecta fidelidad—de la obra de Ventura Rodríguez.

Las manifestaciones de este proceso local del tipo jónico pueden considerarse como términos de una serie evolutiva, al través de los cuales va aquél persiguiendo su forma más definida y las proporciones de mayor grandeza que el medio ambiente le permite alcanzar como término de su desarrollo; y siendo dos los géneros arquitectónicos característicos de los monumentos compostelanos—el románico y el neoclásico—y dos las instituciones por las que vive la ciudad en que el arte las erigió—la Catedral y la Universidad—parece obra de calculadora inteligencia que á la primera corresponda la forma más grandiosa, acabada y espléndida que posee Santiago de la arquitectura medieval, y á la segunda la de iguales condiciones del arte moderno. Y dentro de las dos principales series producidas por la arquitectura neoclásica compostelana—la dórica y la jónica—el edificio de la Universidad representa el grado superior, el ápice de perfección y grandeza de la segunda, conseguido como último esfuerzo de tentativas anteriores ya insostenible en las obras que le sucedieron. La fachada de la Universidad es totalmente jónica, y en su traza general remeda las de los monumentos griegos en hermosa consonancia con el fin á que era destinado el edificio por una generación artística que soñaba con reproducir en él los esplendores intelectuales del Pórtico y de la Academia para educar á la juventud en pleno clasicismo.

Llamado Loys por su maestro para la dirección de las obras de la Colegiata de Santa Fe—quizá con el propósito de que le librase de las infidelidades de algún Sarela granadino—los adeptos á la nueva escuela que había educado durante su permanencia en Santiago prosiguieron la aplicación de las ideas artísticas de Ventura Rodríguez, resaltando en primer término por su talento Miguel Ferro Caaveyro, á quien algunos señalan, y con razón, como autor de los planos de la Universidad, aunque, según otras noticias, lo fué D. Melchor Prado, arquitecto también santiagués, padre del eminentísimo ingeniero D. Casiano del mismo apellido. Lo cierto es que, si bien modificando muy poco el proyecto de Ferro, varios pusieron su entendimiento en el trazado del edificio, y hasta se solicitó el *exequatur* del pontífice de la nueva escuela, resultando, á pesar de las condiciones de su origen, una obra de perfecta unidad en el conjunto y armónica en las partes, como desarrollo sistemático de una sola idea generadora.

Para rematar con la mayor magnificencia posible lo que la Euritmia había erigido, el gran escultor Ferreiro acudió con los tesoros de su arte irguiendo sobre la acrótera la estatua de Minerva y colocando en los extremos del frontón grupos alegóricos de las ciencias.

Con esto se terminó el tipo más completo y grandioso del arte jónico en Compostela, y las cuentas ultimadas en el año 1805 elevan su costo á la suma —considerable en relación al tiempo en que se pagó—de 3.964.851 reales.

***

El edificio cuya historia y significación arqueológica hemos expuesto, está sometido á la ejecución de un proyecto de reforma, según el cual ha de perder la figura nativa para sobrellevar un segundo piso, que con gran vehemencia defienden los que lo imaginaron, justificando su causa con las ventajas que ha de reportar á la enseñanza, y con el escaso mérito de la obra que desfiguran, después de haberla contemplado con una serenidad de ánimo tan parecida al desamor, que la declaran menos que mediana. ¡Qué contraste este despego y aquellas amorosas palabras escritas por el Sr. López Ferreiro en la pág. 117 de sus sabias *Lecciones de Arqueología* como anticipada defensa de los arquitectos compostelanos del siglo XVIII, de cuyos nombres dice que «deben ser caros para todo aquel que no tenga las glorias patrias por una cosa baladí ó poco atendible»!

Para aquilatar el valor de los argumentos aducidos, no me opongo á conceder que el mérito artístico del tan maltratado edificio no sea sobresaliente; pero aun en este supuesto, conociendo su importancia en la evolución arquitectónica de una serie local, es inviolable por su valor como texto vivo y fehaciente de la vida psíquica de un pueblo. La Academia Española ha pedido á la erudición del Sr. Menéndez Pelayo que reconstruya la obra literaria de Lope de Vega, sin excluir comedia alguna por disparatada ó mezquina que parezca, con el propósito de sorprender en todos sus instantes el portentoso espíritu del Fénix de los ingenios; y el arte *dieciocheno* compostelano, muy estimado por los críticos, y al cual el Sr. Murguía juzgó digno de dedicarle un libro, no se conceptúa, ni remotamente, merecedor del piadoso respeto con que es tratado el autor de *La Estrella de Sevilla*. Un edificio malo ó mediano que surge cual caso esporádico, sin antecedentes ni consiguientes, puede arrasarse, como dejar perder la desdichada tentativa dramática de quien no produjo cosa superior; pero dentro de una serie, lo malo es tan interesante como lo bueno, á la manera que la historia escudriña con igual afán la grandeza de los Reyes Católicos y el abatimiento de Carlos II.

Podrá extremarse la oposición hasta sostener que el monumento universitario no es ejemplar puro del arte que representa; pero esta circunstancia, en mi sentir, le da mayor derecho á la vida, porque sus desviaciones del tipo correcto revelan la supervivencia de ciertos factores constitutivos del medio artístico en que la obra fué producida, por los cuales precisamente aparece con fisonomía singular ilustrando con mayor suma de pormenores la historia de la localidad. En los museos se coleccionan numerosos ejemplares de la misma especie, cuya individualidad sólo interesa por las condiciones del yacimiento; y las de la vida artística de Santiago ¿dónde habrán de investigarse no siendo en las obras que reflejan fielmente el medio generador? Transformar un monumento es borrar una página de la historia del pueblo que lo edificó.

Pero si esta es la consecuencia que de las anteriores premisas se deduce, ¿á cuál debe llegarse cuando el monumento dista mucho de ser escándalo del arte y tiene mérito real y positivo dentro de los cánones de la estética? ¡Ah! entonces la censura debe ser implacable, porque el término de la obra no será reforma, sino deformación de lo que nació con tipo propio, como acontece á los individuos orgánicos, que son intransformables en los de otra especie.

Dice Jovellanos, precisamente en el panegírico de Ventura Rodríguez: «En la arquitectura, donde todo es exacto, todo geométrico, todo sujeto al compás y la regla, el menor extravío produce los más grandes defectos. Una levísima infidelidad en la observancia del plan, un pequeñísimo descuido en la exactitud de las medidas, cualquiera falta de diligencia y gusto en la ejecución de los adornos bastarían á corromper las sabias ideas del mismo Vitrubio.» Pues si por tan poco, según el sabio arqueólogo, se desnaturaliza una obra arquitectónica, ¿cuál no será el daño estético que se causa al mutilar la traza que la informó en su nacimiento para sobreponerle un nuevo cuerpo, alterando las naturales proporciones?

Para censurar tan desdichado proyecto no es necesario conocer la técnica arquitectónica; basta la cultura general inspiradora de aquel gusto colectivo que juzgó en todos los tiempos, y seguirá juzgando, las producciones artísticas, sin que á nadie se le ocurra conceptuar el fallo desprovisto de todo valor por ser incapaces los censores de hacer la obra sobre la cual han emitido su opinión. ¿Adónde iríamos á parar si el público que asiste al teatro Real tuviera que atenerse en sus juicios á lo dicho por un profesor de música, y el que visita las Exposiciones de pintura al criterio de un maestro de este arte? Precisamente lo que más enorgullece á Pradilla es poder contar que desfilaron por delante de su cuadro *La rendición de Granada* todas las clases sociales, manifestando su entusiasmo hasta los vendedores de plazuela. Pues si esta crítica colectiva, como la formulada por el público de todas las localidades en noche de estreno, se consideró siempre merecedora de acatamiento, ¿por qué se ha de declarar absurda y falta de autoridad cuando se pronuncia contra un proyecto arquitectónico, pretextando no ser arquitectos los impugnadores? Invoco el derecho siempre reconocido en las manifestaciones de la voz pública, para sostener franca y noblemente que es un dislate artístico el que se intenta llevar á cabo, desnaturalizando la obra de Ferro Caaveyro, y que es de pésimo gusto el proyecto que aspira á sustituirla.

Pero así como tan en crudo consigno esta afirmación, la sinceridad me compele á declarar que lo desdichado del proyecto es independiente de las facultades artísticas de quien lo trazó: lo mismo diría aunque Juan de Herrera fuese su autor, porque, en mi opinión, y casi en la pública, el edificio no nació para soportar segundo piso, á la manera que al caballo sólo convirtiéndolo en monstruo se le podría sobreponer la joroba del dromedario. Si viésemos á un naturalista empeñado en esta empresa, lamentaríamos que así malgastase sus talentos, como lamentamos que la labor artística del arquitecto transformador del intransformable monumento jónico no se manifieste en una obra que, como producto exclusivo de su fantasía, fuese armónica en su total trazado y avalorase la riqueza arquitectónica de Santiago.

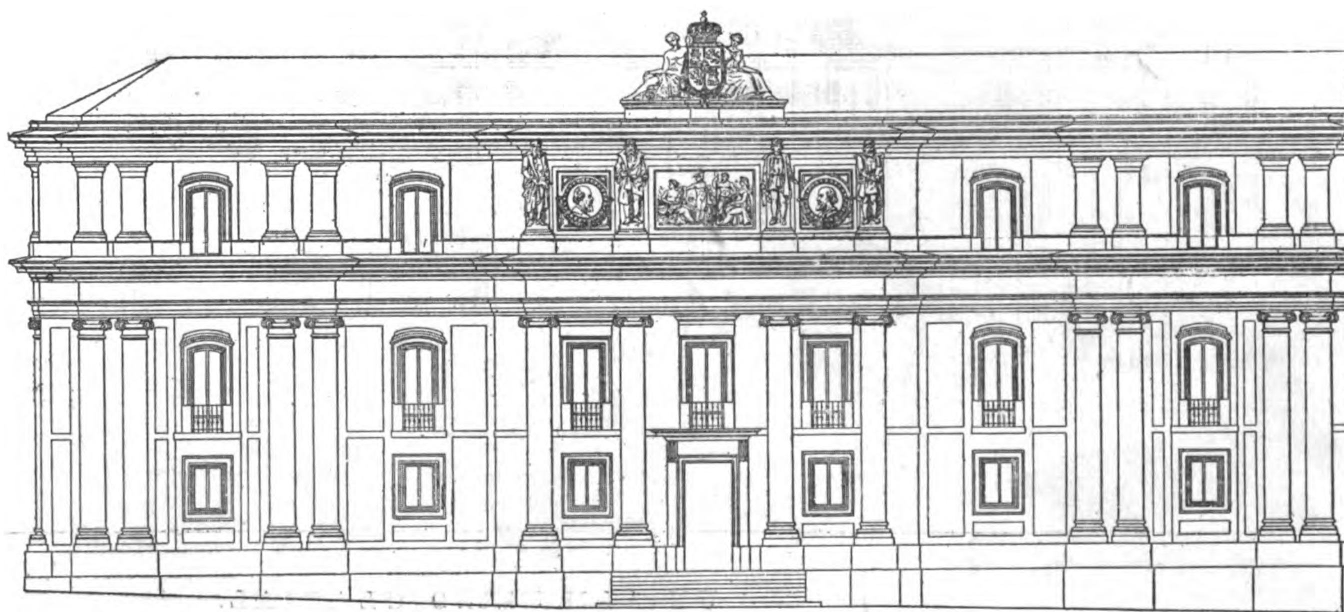
Y dejando el aspecto artístico, ¡cuán tristes reflexiones sugiere el contemplar la desconsideración é irreverencia con que se pone mano en un edificio ungido por la pátina del tiempo y consagrado por los venerandos recuerdos que á él están indisolublemente unidos! Esas piedras que hoy la piqueta remueve de su asiento fueron teatro casi secular de la más alta manifestación de la vida intelectual de Galicia, testigos mudos de las fatigas y de los anhelos de numerosas generaciones escolares. La suntuosa magnificencia de su biblioteca, ¡cuántos sueños de gloria habrá estimulado, acreciendo el esfuerzo del ánimo en las horas de abatimiento con aquel ambiente de majestad que inunda su recinto, y al cual nada hay semejante para quienes lo hemos respirado!

La Universidad de Santiago, singularmente pródiga en armamentos escolares, distribuyó en los claustros del actual edificio el último y más costoso de todos, organizando aquel batallón literario de 1.200 plazas que en la sangrienta aurora de este siglo salió á resistir la invasión napoleónica con tal denuedo, que lord Wellington presentó sus destrozados restos como ejemplo de heroísmo; y al salir en busca del enemigo, ¡cuántos, que la muerte no dejó volver, habrán elevado su mirada á la estatua de Minerva para dedicarle entre lúgubres presentimientos el melancólico adiós que en aquel instante crítico hubo de sobreponerse á su bélico entusiasmo! Pues esa estatua, esculpida por afamado artista, símbolo de la cultura científica de una región española, remate gallardo de la silueta amada por cuantos nos llamamos hijos de la Minerva compostelana, caerá al suelo entre los escombros del frontispicio que la sustenta. Si el atentado llega á consumarse con sañudo menosprecio de los fueros del arte y de la tradición, á los que no renegamos de período alguno de nuestra vida y anhelosos recorremos los lugares que reviven ante el espíritu sus mejores momentos, ¡qué desencanto nos espera cuando vayamos á refrescar la memoria de la edad sin hiel en el seno del *alma mater* que nos vigorizó para la lucha social! En vano la buscaremos: en su puesto habrá lo que se quiera; pero nuestra Universidad y la de nuestros antepasados habrá desaparecido, sustituyendo el afectuoso entusiasmo de nuestros corazones por la desabrida tristeza.

Sería, no absurdo, sino salvaje, oponerse á la ampliación de los locales universitarios que demandan las modernas exigencias de las enseñanzas que hoy se profesan en aquel centro docente, y sobre todo las que, según se dice, habrán de estatuirse en lo futuro; pero esto debe hacerse con el sentido imperante en el mundo civilizado, donde los intereses de la vida espiritual, desde el doble punto de vista pedagógico é histórico, son objeto de minuciosos estudios y de sacrosanto respeto, porque las generaciones sólo partiendo de la obra de sus antecesoras pueden tejer sólidamente la vida de la patria.—La tendencia pedagógica hoy dominante no es la de amontonar enseñanzas diferentes en un mismo edificio, sino la contraria, de instalarlas con tal separación, que la Física, la Química y cada una de las ramas de la Historia natural tienen establecimientos propios subordinados en su construcción á las condiciones que su cultivo requiere. Obedeciendo á este criterio de diferenciación, en consonancia con el actual progreso científico, las universidades europeas amplían sus locales, siendo ejemplo de este modo de crecimiento hasta la de Coimbra. Alemania conquistó á Estrasburgo por la fuerza de las armas, y siendo las dos formas principales de la vida de esta ciudad—como de la de Santiago—la religiosa y la universitaria, para reconquistarla por el afecto la nación vencedora acrecienta la segunda, respetando igualmente los intereses pedagógicos y los históricos. No toca á una sola piedra que simbolice algo tradicional, y erige nuevos edificios para el mayor esplendor de la enseñanza. ¿Por qué en su misión de amor los protectores de la Universidad compostelana no han de seguir el ejemplo del férreo Emperador de Alemania?

Seguramente en iguales respetos hubo de inspirarse el Claustro universitario de Santiago al preferir por treinta y ocho votos en una de sus sesiones, á la cual asistieron cuarenta y un catedráticos, la construcción de un nuevo edificio ante el proyecto del segundo piso. ¿Por qué la burocracia ha de menospreciar la casi unanimidad de la opinión más docta en el asunto, imponiéndole obstinadamente lo que fué pospuesto por un acuerdo que en el orden racional debe considerarse inapelable?

JOSÉ R. CARRACIDO.



PROYECTO DE REFORMA DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO. — FACHADA PRINCIPAL.



UN ALMUERZO GLACIAL.

CUADRO DE A. FORESTIER.



FACHADA PRINCIPAL DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

EL DUQUE DE TAMAMES.

o puede ser un retrato ni mucho menos una biografía los que logren dar idea exacta del ilustre prócer con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

A Pepe Tamames lo conoce todo Madrid. Al Duque de Tamames le conocerá pronto España entera, desde el importante cargo político que acaba de confiarle el Gobierno de S. M.

El Excmo. Sr. D. José Mesía del Barco, Duque de Tamames y de Galisteo, Marqués de Campollano y de La Bañeza, es por su linaje uno de los más grandes señores de la aristocracia española. Desde el señorío de Tamames, creado en el siglo XIII por D. Alfonso el Sabio, su casa viene ligada durante seis siglos con las de Camarasa y Rivadabia, Medinaceli y Miraflores, Osuna y Benavente, y con la de Alba después, por su enlace con la egregia dama, descendiente de los Estados de Inglaterra, D.ª María Stuart Fitz James y Portocarrero, hija de los Duques de Alba y sobrina de la Emperatriz de los franceses.

Los preclaros timbres de su raza están sellados todos y gallardamente mantenidos con los prestigios de su propia personalidad. Nada avalora tanto la majestad de su abolengo como las pruebas recientes que hizo al ser nombrado caballero del collar de la insigne orden de San Jorge. La infanta Paz, en unos armoniosos alejandrinos que enaltecen el habla castellana, describió aquella fiesta, pintándonos á nuestro Duque en todo el esplendor de la augusta ceremonia.

Vean nuestros lectores algunas estrofas de esta magnífica poesía:

¡Señor omnipotente! escúchame, te imploro:
Bendice al caballero que me contesta así:
Y envía con largueza entre una lluvia de oro
Los nombres que temblaba al escuchar el moro
Y que tan grande hicieron la tierra en que nací.

....

En medio del silencio, con voz clara y serena,
Al Duque de Tamames anuncia el canciller;
Su nombre en mi alma toda con voz vibrante suena:
Se acerca el gran maestre; le otorga la cadena
En prueba que le deben la dignidad postrer!

La majestad del templo: los príncipes postrados;
Por las arcadas góticas los reyes asomar;
La luz quebrada en mármoles. en joyas y brocados;
Alabarderos, pajes, y damas y prelados
Ante el misterio augusto del soberano altar.

....

....

¡Germanos caballeros! San Jorge hoy ha enlistado
El nombre de un excelso é ilustre gran señor,
Que digno es de vosotros..... viniendo lo ha probado:
Y siempre hais de encontrarle cual hora le hais hallado,
Cristiano y caballero. espejo del honor.

Designado más tarde por la Reina Regente y su Gobierno para acompañar á América á los infantes de España D.ª Eulalia y D. Antonio, con el doble carácter de jefe de Palacio y representante del Gobierno español en aquella misión importantísima, entre una multitud de homenajes y de agasajos le fué concedido el título de coronel de Voluntarios de Cuba, por aclamación unánime de aquellos modestísimos, intrépidos y heroicos voluntarios, á cuyos esfuerzos nobilísimos y desinteresados tanto debe la integridad de nuestro territorio en aquella isla. Que la elección no pudo ser más acertada, y que el nuevo coronel había de ser digno jefe de aquellos valientes, demostrólo á los pocos días, al regresar á la Península y á raíz de los sucesos de Melilla, ofreciendo á la Reina su espada para que le designase un puesto en el ejército de África.

«Yo—decía á la augusta señora en la admirable carta que le escribió con motivo de los sucesos del Rif—no quiero tener un uniforme más para ir á Palacio. Ya tengo muchos. Yo quiero vestirlo al frente del enemigo hasta que lo sature el olor de la pólvora, en servicio de V. M. y de mi patria.»

La amistad fraternal que desde hace veinte años me liga á mi querido Pepe, hizo que tuviera yo conocimiento de esta preciosa carta el mismo día que la mandó á Palacio. Sin decirle una palabra, y después que le dí un abrazo, impresionado por su lectura, me fuí á mi casa, y escribí en el acto este soneto con que hoy sorprendo la modestia exquisita de mi noble amigo, que sabrá perdonarme el átrevimiento:

AL DUQUE DE TAMAMES

(AL OFRECER Á LA REINA SU ESPADA PARA IR Á MELILLA).

De inmortales hazañas heredero,
Tu ser inflama de patricio honrado
El grito de dolor desesperado
Que da la patria al desnudar su acero.
Católico, aristócrata y guerrero,
Ofreces á tu Reina entusiasmado
El honroso uniforme del soldado
Y cumplir el deber del caballero.
Cuando la fe del mártir ya no brilla,
Y se amengua el valor, y el crimen pasa,
Y el agravio enrojece la mejilla,
El corazón en júbilo se abrasa
Al ver hervir la sangre de Castilla
Y que aun tenemos el honor en casa.

Durante su permanencia en Melilla ofreció al Ministro de la Guerra, al invicto general López Domínguez, toda la cantidad mensual del gasto de su persona, mientras permaneciese ausente, para invertirla en fusiles Mauser. Sus pruebas de gran patricio las ha manifestado en varias ocasiones, rehusando tres grandes cruces que le han sido ofrecidas por innumerables servicios prestados en momentos difíciles: la gran cruz de Beneficencia, la gran cruz de Carlos III y la gran cruz del Mérito Militar.

Es una de las figuras más salientes del partido fusionista. El Presidente del Consejo de Ministros siente por él admiración y cariño entrañables: estuvo nombrado embajador de Rusia, y la opinión pública le ha señalado ya varias veces para el cargo que hoy desempeña, y en el que ha venido á sustituir á uno de los gobernadores más populares y más queridos de Madrid, al ilustre Aguilera, cuyo gran corazón está al nivel de su gran inteligencia. Ha sido diputado cuatro veces por el distrito de Ledesma, y es decisiva, eficaz y legítima su influencia en la provincia de Salamanca, donde le respetan y le bendicen como á un protector incansable. Es el verdadero gran señor de la comarca.

Nuestro rey D. Alfonso XII le quería como á un hermano. Su amistad entrañable, con la de Julio Benalúa, fué uno de los cultos más sinceros de aquel gran Monarca. El malogrado D. Alfonso se embelesaba oyendo recitar á Pepe magistralmente largas tiradas de nuestro teatro antiguo y de autores contemporáneos, con todos los encantos de un verdadero maestro en el arte de recitar. Pepe Tamames es uno de los primeros actores de España. Su aire de gran señor, su costumbre de aventuras galantes, su destreza en el manejo de las armas, su dominio en los duelos, el sentimiento exquisito que tiene de toda belleza, sus hábitos de corte y de gran mundo, la popularidad de que goza entre la gente de su barrio por sus generosos desprendimientos, y todo ese ambiente de sencillez y de majestad, de modestia y de franqueza de buen tono que enaltecen sus prendas personales, le conquistan todos los talismanes del éxito. Para que los lectores de La Ilustración Española y Americana no crean exageradas mis impresiones por el cariño que profeso á nuestro personaje como prócer y como caballero, como político y como diplomático, como actor consumado y como amante de las letras patrias, copiaré á continuación cuatro versos del insigne Zorrilla, que revelarán mejor que nada la cultura de su entendimiento y la flexibilidad de sus aptitudes artísticas.

Honraba un día la modesta mesa de mi casa en un almuerzo de cuatro amigos el llorado autor del *Tenorio*, mi amado maestro D. José Zorrilla, y nos sorprendió á todos la aparición de Pepe Tamames, que venía á brindar con nosotros por la salud del gran poeta nacional. Accediendo á nuestras súplicas y á las del insigne vate, recitó en su presencia algunas escenas del *Tenorio*, y al terminar el monólogo del cementerio, no pudo contener su entusiasmo el anciano autor de aquellas maravillas, que abrazaba conmovido y llorando á aquel intérprete admirable de su admirable obra. Al día siguiente recibía el Duque una fotografía de Zorrilla, con estos cuatro versos puestos al pie del retrato, de puño y letra del cantor de Granada:

AL DUQUE DE TAMAMES

(DESPUÉS DE OIRLE RECITAR VARIAS ESCENAS DEL «TENORIO»).

Inútil será tu afán
En apartarte de mí:
Porque desde que te vi
Ya no te suelto, Don Juan.

Su palacio es el templo del arte. Los cuadros magníficos de todas las escuelas; las estatuas colosales; las panoplias; las vitrinas riquísimas, entre las cuales descuella una espléndida con todos los recuerdos y regalos que el rey D. Alfonso ofreció en vida á su amigo del alma y que Pepe guarda allí como reliquias ungidas de uno de los afectos mayores de su vida; la butaca donde el Rey pasaba horas enteras en las diferentes visitas que hizo á la casa de su amigo; los mármoles y las porcelanas; los lienzos y los tapices; todo delata en aquella vivienda al magnate y al artista.

Los que tenemos la fortuna de verle de cerca, de tratarle en la vida íntima, podemos apreciar mejor que nadie y sin apasionamientos de ningún género la lealtad acrisolada, los sentimientos cristianos, el valor sin alardeos, la prudencia sin audacias irreflexivas, la amistad á prueba, la finura sin ostentación, la modestia sin el envanecimiento. Pepe Tamames es altivo, pero no es vanidoso. Tiene por tribunal de sus acciones una conciencia honrada, una rectitud sin ejemplo y una energía de carácter que hacen doblemente irresistibles y simpáticas las bondades de su corazón.

Sus arriesgadas cacerías, sus intrépidos asaltos, sus duelos, sus audaces y pintorescas excursiones, de las cuales muchas pertenecen al dominio público, le dan un puesto propio entre los *sportsmen* que le rinden vasallaje. Esto no revela más que sus energías físicas extraordinarias, su actividad asombrosa, el hervor de su sangre, su musculatura de acero y sus alientos varoniles.

Los alientos de su alma están en el contagio que le producen las desventuras ajenas; en su prontitud eléctrica para remediarlas; en la *kermesse* que organizó en Biarritz durante la epidemia; en los socorros que al venir á España con aquel triste motivo repartía por su propia mano á los coléricos en los barrios que asolaba la peste; en las bendiciones que le otorgan á cada momento los pobres del *Madrid viejo*, los vecinos de la calle de Toledo, que se descubren al verle pasar; las lágrimas que ha enjugado en cuantas ocasiones calamitosas han contado los Gobiernos y los madrileños con su valiosísimo concurso.

Un rasgo de su persona, para terminar estas líneas, que escribimos al vuelo y que han de servir de marco á su retrato.

Al tomar posesión del gobierno de la primera capital de España, desconfiando de las que él considera humildemente escasísimas condiciones para tan difícil cargo, su primer impulso ha sido encargar á los agentes á sus órdenes que busquen la familia más pobre de Madrid, entre las más necesitadas, y hacerle entrega del primer sueldo que del Estado recibe por *primera vez* el hombre que ha respondido siempre con su peculio propio á todas las desventuras de su país, esperando que con tan laudables propósitos ha de iluminarle la Providencia en su difícil tarea.

Esta es su mejor tarjeta. Aquí le tenéis de cuerpo entero.

Que Dios y su conciencia le hagan fáciles los caminos en su grandeza de miras y en su fuerza de voluntad para bien de la patria.

Antonio Grilo.

LOS REFORMADORES.

o los llamo *reformistas* por temor de que alguien suponga en mí determinadas tendencias religiosas, y además porque la Academia, fundada en razones que desconozco y que ella probablemente desconocerá también, no ha dado aún á ese vocablo carta de naturaleza en nuestro idioma. Pero llamémoslo *reformista* ó reformador, ó reformante, ó llamémoslo *ache*, el tipo existe, y todos lo conocemos..... Hablo del que aspira á reformar el teatro, y sostiene que la poesía dramática, tal cual hoy se halla, ni puede seguir, ni vá á ninguna parte.

Todavía recuerdo—y adviértase que ha pasado desde entonces más de un cuarto de siglo—todavía recuerdo que allá por los años de 1866 (año más ó menos) andaba por Madrid un escritor de muy clara inteligencia, y cuyo nombre no quiero revelar, el cual escritor había dado en la manía de creer que nuestro teatro necesitaba radicales reformas, y en la de presumir que él era el providencialmente llamado á realizarlas.

A llevar á cabo esa difícil empresa hubo de consagrar durante mucho tiempo largas meditaciones y vigilias muy laboriosas, y al cabo de ellas amaneció un día con el trabajo arquetipo de la obra teatral moderna. Titulábalo, si no recuerdo mal, *Eter* ó *Termodinámica*, ó cosa por el estilo, y su autor creía á pie juntillas que el trabajo susodicho estaba llamado á causar una verdadera revolución literaria.

«Se acabaron—decía él—los *convencionalismos* teatrales: terminaron para siempre las *cursilerías* y las inverosimilitudes; traigo al teatro la verdad de la vida, toda la verdad, y la presento por medio de simbolismos, y con esto abro á los dramaturgos de mañana senderos por los que no ha pasado nadie, horizontes que ninguno ha visto.»

Sospechaba, sin embargo, el reformador que su fecundísimo y trascendental invento había de tropezar, como tropieza toda idea nueva, con muy serias dificultades. Las preocupaciónes, la rutina, la costumbre, los intereses creados, esos enemigos eternos de toda innovación, le inspiraban recelos;

inspirábaselos sobre todo la resistencia pasiva de la inercia, esa *impedimenta* incontrastable, ó poco menos, que todo progreso halla en la inveterada holgazanería de las muchedumbres, tan bien halladas con lo que es consuetudinàrio y antiguo, sólo porque eso no impone la obligación de pensar. Y sospechando esto, y comprendiendo que la lucha sería empeñada, apercibíase para ella, procurando, entre otras cosas, hallar adeptos y aliados que le prestasen auxilio en la propaganda del nuevo sistema de hacer dramas, siempre buenos, por de contado; porque lo magnífico del descubrimiento era eso: tratábase nada menos que de un específico infalible para escribir obras dramáticas irreprochables.

Logré la honra disparatada de que el innovador me juzgara digno de figurar entre sus auxiliares, digamos sus apóstoles, y me visitó con el propósito de leerme previamente su obra. Y así lo hizo, sin perdonarme ni una escena, ni una frase, ni una acotación sola; fué aquella una lectura calificada, con todas las circunstancias agravantes de premeditación, alevosía, ensañamiento y hasta *nocturnidad*, como, sin permiso de la Academia, suele decirse en nuestros tribunales.

La comedia, si he de hablar sinceramente, como debo y quiero, no me pareció muy mala, ni muy buena tampoco. Era, á mi juicio, una de tantas; mejor que muchas, peor que algunas, y muy parecida á la mayor parte de las que veíamos todas las noches en nuestros teatros. Lo que no hallé en toda la obra fué la reforma, ni la revolución literaria, ni nada de eso que, en concepto del autor, constituía la verdadera originalidad y el mayor mérito de su trabajo.

Así lo manifesté con franqueza al reformador, quien sonriéndose con un airecillo de superioridad que tenía algo, por terceras partes, de burlón, de compasivo y de desdeñoso, me dijo: «Es indudable que no he acertado á desenvolver con la claridad necesaria mi pensamiento; pues no puedo atribuir á otra causa el que usted no haya comprendido la obra. Cierto que soy bastante mal lector, y que mi pobre comedia tampoco merece que se le preste atención intensa, y eso tal vez habrá hecho que usted se distraiga.....; en fin, no sé, no sé lo que pueda haber ocurrido para que usted no vea que mis personajes no son hombres ni mujeres, sino símbolos de ideas que personifico y materializo, ni se haya usted fijado en que cada acto comienza en la situación misma, exactamente la misma en que terminó el anterior. El primer acto, por ejemplo, concluye cuando riñen la suegra, la mujer y el yerno; cae el telón, y al levantarse para que principie el segundo, el yerno, la mujer y la suegra forman el cuadro mismo que formaban cuando bajó la cortina en el precedente. Esto es muchísimo más verosímil que esas majaderías de que, mientras usted se fuma un pitillo en el vestíbulo, hayan transcurrido muchas horas, ó muchos días y hasta muchos años.....

—Mire usted—le dije sin ser dueño de contenerme:—ni esas son reformas; ni serían, en todo caso, novedades, sino vejeces; ni hay modo de que con tales niñerías produzca usted una revolución literaria, ¿qué una revolución? ni siquiera un pronunciamiento. Los simbolismos son en el teatro de muy respetable antigüedad, y generalmente jamás han llegado al público, el cual prescinde siempre de la idea simbolizada, y adora al símbolo si el símbolo le gusta. Lo de empezar un acto en el punto mismo en que termina el anterior, no es otra cosa que la reproducción, muy exagerada, de las famosas unidades aristotélicas; antiguallas que están ya mandadas recoger, y que tales cuales usted las trae á escena resultan verdaderas extravagancias.

Si inverosímil parece que en veinte minutos de entreacto transcurran meses y aun años, más inverosímil es que durante esos veinte minutos, y mientras usted fumaba un pitillo ó visitaba en los palcos á sus amigas, hayan permanecido los personajes de la obra, como figuras de cuadros vivos, en la posición misma en que el público los había dejado.

De manera que por huir de un mal cae usted en otro mayor. No le dé usted vueltas, amigo mío; en el teatro es mentira todo y todo ficción, absolutamente todo: el mar, que es un lienzo; el cielo, que son bambalinas; la tierra, que son tablones; el lenguaje, que no es, que no puede ser, que no será nunca adecuado á cada persona; porque el público no toleraría obscenidades, ni blasfemias, ni vocablos torpes ó soeces que están siempre en boca de la gente mal criada y aun de muchos señoritos que pasan por cultos y bien educados. El afán de llevar la verdad á escena, como algunos dicen, «para *hacer completa la ilusión*», produce precisamente el efecto contrario, la destruye. Nada más desagradable en escena, por ejemplo, que un verdadero espejo, en vez de un espejo pintado. Cuando la luz del día se remeda con la artificial, sería de un efecto deplorable que la lluvia se imitara con agua verdadera.

—De modo—dijo mi revolucionario interrumpiéndome—que mi obra no le parece aceptable.

—Sí, hombre, sí—me apresuré á decirle;—me parece muy aceptable, y pienso que el público será de la misma opinión, y así lo deseo. Lo que no admito es que su obra sea revolucionaria, ni venga á crear nada nuevo, ni á reformar cosa alguna. Estoy convencido de que el teatro, que es principal y casi exclusivamente reflejo de la sociedad en que existe, se modificará lentamente, como se modifique la sociedad misma; por eso el teatro de Moratín no es el de Bretón, ni el de Bretón es el de Serra. Pero, fuera de esas modificaciones impuestas al reflector por lo reflejado, ó de algunas variaciones y mejoras de forma y de escasa importancia, el teatro, mientras exista, será lo que ha sido y lo que es, y las obras se diferenciarán en que unas, las menos, serán buenas; y otras, las más, serán medianas; y algunas, malas.

Sospecho que mi interlocutor no quedó convencido; pero sé que se despidió incomodado, y que desde entonces no volvió á saludarme.

En los veinticinco años que desde aquella época hasta hoy se han deslizado como un instante, he sabido de muchos *reformadores*..... que nada han reformado.

La historia era la misma siempre: si el presunto reformador tenía talento, si era poeta, si era artista, si llevaba mucho en la cabeza y mucho en el corazón, hacía comedias buenas y era aplaudido y triunfaba: si no reunía esas condiciones, fracasaba en su empresa.

Lo de las reformas y los nuevos horizontes, y la revolución se convirtió en agua de cerrajas: sirviendo; al primero, de reclamo; al segundo, de nada.

Por eso siempre que un literato me habla de moldes nuevos, de tendencias *modernistas*, de amplios horizontes y de revoluciones que han de cambiar nuestro teatro, que, es claro, para el reformador se halla en tristísima decadencia, ya sé que ese literato tiene un drama, ó lo tendrá; le tiene en su cartera ó en su cerebro; y que ese drama viene, en concepto del autor, á realizar esas mejoras y esas revoluciones. Pero sé también que el drama no realizará nada de eso; se parecerá á todos los dramas, gustará si es bueno, desagradará si es malo, y no habrá dado motivo á revoluciones de ninguna clase.

Pero como los buenos dramas son muy pocos, resulta que, salvando contadísimas, y por esto siempre muy estimables excepciones, los demás reformadores de nuestro teatro podrían irse á discurrir reformas

«más allá de las islas Filipinas».

A. Sánchez Pérez.

Á MAGDALENA GRILO.

De mi dicha en los albores
Tu padre con sus cantares,
Arrullando mis amores,
Fué la luz de mis hogares.

Tu madre..... ¡qué hermosa era!
Fuente Santa de consuelo,
Fué su tierna compañera,
Su constante y dulce anhelo!

De tales padres nacer
Fué tu destino y tu palma;
¡Más gloria no puede haber!
Hija mía de mi alma,
¡Qué feliz tienes que ser!!

Eusebio Blasco.

Madrid, Marzo de 1894.

PRIMAVERA TAURINA.



Ha sonado la hora.

O, precisando: han sonado el clarín y los timbales.

¡Ya *ay* cuernos!

Así lo escribirían casi todos los «diestros» que han roto á escribir, y gran parte de «la afición».

«La afición», conjunto de aficionados; como quien dice: «el país taurino».

¡*Ay* cuernos!

Ortografía de abono.

La Naturaleza despierta, los prados reverdecen, los copleros «de punto» y las tiples de género chico y las calandrias, propiamente dichas, cantan, aunque muy mal por supuesto, himnos de bienvenida á la Primavera.

Como entonan alabanzas á la Primavera de puntas los aficionados á la fiesta de toros.

Para ellos, como para los chicos de Mahoma ó de «Mahomez», no hay más Dios que Alláh (Allá él), y *Espartero, Guerrita*, Reverte y Fuentes son este año sus profetas.

Vuelven á la vida ó á la vía pública los aficionados inteligentes y veteranos con patillas blancas ó berrendas, ó entrepeladas á lo señor Domínguez ó á lo Cayetano Sanz, cazadora y sombrero de campo.

Los peritos, que hablan de Redondo y *Curro Cúchares* y el *Tato* con más respeto que si trataran de Gravina y de Churruca, y del Padre Mariana Pineda, según oí decir á uno de esos aficionados al «arte».

Vuelven á presentarse en círculos (de cante y al aire libre) donde concurren los representantes de la tauromaquia de nuestros días, los aficionados calientes, tiernos, recién hechos, también vestidos conforme al figurín «chuliforme» de la estación.

Entre los aficionados encontrarán ustedes caras que no volverán á ver cuando termina la temporada taurina, hasta la otra legislatura.

Algunas de esas caras se borran para siempre, bien por liquidación, ó porque sus usufructuarios se quitan del vicio, por la retirada de un matador de toros, amigo particular del aficionado dicho, ó por venir á menos en sus negocios.

—¡D. Inocencio!

—¡Hombre! ¡D. Roque!

—¿Qué ha sido de usted durante este invierno?

—Pues..... lo de siempre.

—Yo dije para mí, y aun á varios amigos: D. Inocencio estará en la dehesa con su amigo Rafael.....

—Sí, estuve unos días en el monte con él, cazando jabalíes.

—¡Hola!

—¿Y usted se ha escapado del invierno?

—No me he movido de aquí siquiera.

—¿Del tendido?

—De Madrid.

—Ahí está el bribón de D. Homobono. Venga usted aquí, so tuno.

—¡Jesús, qué gente veo! ¡Cuánto granuja!

—Este año tiene usted á su *Espartero*.

—¡Yo!

—Allá veremos, si no morimos.

—Me han dicho que viene algo echado atrás.

—¿Quién ha dicho eso?

—Un *Rerevteri* como ustedes. Ya les daremos en los nudillos.

—¿Y qué ha sido de usted en este tiempo?

—Nada: murió aquélla y quedé viudo.

—¿La señora ha muerto?

—Yo lo leí en los periódicos, pero no hice caso.

—Hizo usted bien.

—Quiero decir que ahora caigo en la cosa; entonces no me fijé. Lo leí en *El Jindama* y en *El Toreo cómico*.

—¿Sí? Pues yo no se lo dije.

—Como usted es persona tan conocida entre los taurómacos, no tiene de extraño que lo publicasen los órganos del arte.

—Esta tarde vamos á ver la verdad.

—¿Qué hemos de ver? Si ése no quiere toros.

—Y que hay seis «askaris» encerraos, que yo entiendo.

—Pues alguno irá al corral de sus mayores.

—Puede.

—Mirad, mirad, allí viene el chocolatero. ¡Eh! ¡eh! ¡D. Ruperto!

—Y el lotero: ¡D. Gil! ¡D. Gil!

¡Qué alegría! ¡Cuánta fraternidad en el tendido, al volver á encontrarse en la primera corrida de la temporada!

Parece que viene de diferente planeta cada uno.

En el *boulevard* reaparecen esas figuras de torero de caja de pasas, que flechan á las buenas mozas de libre circulación.

Así como los aficionados y como los revolucionarios activos no vuelven á presentarse en escena desde que terminan la temporada ó el movimiento, hasta otra ó hasta otro.

Entre los aficionados hay especialidades muy populares.

Como uno que toca en un cencerro aires nacionales ó de familia: otro que ejecuta fermatas en un cuerno, como pudiera ejecutarlas en un pie; otro que da lecciones á los diestros, á voz en cuello: otros que filosofan á gritos y en diálogos tristes, de tendido á tendido.

—¡Cómo está el *Guerra*, apreciable Teótimo!—grita uno.

Y el otro, que está en el secreto, responde:

—¿Qué quieres, Polemón? Tiene ya mucho dinero.

—¡Es muy doloroso!



SID MOHAMED FELDUL EL GARNIT,
MINISTRO UNIVERSAL DE S. M. JERIFIANA.



EL SEFFAR,
SECRETARIO DE SID MOHAMED TORRES.

(Dibujos de nuestro corresponsal artístico en Marruecos, Sr. Simonet.)



FRANCIA. — EL HOTEL DE CAP MARTIN, CERCA DE MENTON, HABITADO RECIENTEMENTE POR LOS EMPERADORES DE AUSTRIA.

—¿Tener dinero? No lo creas.

—¡Que veamos estas cosas los aficionados!

Alguno suele exclamar:

—¡Ay! ¡Si lo viera el *Chiclanero!*

Y varios espectadores corean la exclamación, voceando:

—¡Aaaay!

En un tendido aparece un orador que funciona en casi todas las corridas.

Entre esos aficionados parlantes, algunos influyen poderosamente en los toreros, que oyen aquellas advertencias como la voz de la *señá Sibila*.

Como decía un matador de toros, «en el cieno de la confianza», tomando unas cañas, á un aficionado de corps, esto es, á uno de sus íntimos partidarios políticos y económicos:

—A mí lo que me abrasa es que chiyen: que arrojen lo que quieran al ruedo, pero cayando, porque descomponen á los toros y los marean.

Eduardo de Palacio.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Portland (Maine) E. U.: la fiesta del general Dow, «padre de la prohibición»: nada de vino ni alcohol; agua á todo pasto. — *Paris:* todo alcohol: el ajenjo; el vermouth; el bitter; la vulneraria: epilepsia é idiotismo. — Los dormitorios de la plebe, desde la *Maison Galande* al *Hôtel Fin-de-Siècle*.

Al terminar la Cuaresma cristiana ha quedado en pie un ayuno que viene imponiéndose desde hace cuarenta y tres años, y que durará no se sabe cuántos más: el de la privación absoluta de beber vino ni ninguna clase de licores alcohólicos, costumbre, no sólo cumplida por muchos fieles, sino celebrada y aclamada con entusiasmo, hace ocho días, en más de cuatrocientos *meetings* populares. Comprenderá seguramente el lector que semejante extravagancia no se referirá á los países en donde la vid cubre los campos con sus hermosos pámpanos, ni á otros en los que, á falta de vino, absorben las esponjas humanas millares de hectolitros de cervezas, aguardientes y balas-rasas; y es verdad: la prohibición de beber vino y licores es virtud peculiar de la mayor parte de los ciudadanos del Estado del Maine, en el Norte-América, y de sus imitadores los cofrades de las asociaciones de Templanza de otros de aquellos Estados y de Inglaterra. Todos ellos acaban de celebrar, en efecto, la fiesta de haber llegado á cumplir noventa años su apóstol propagandista el general Neal Dow, *the father of Prohibition*, «el padre de la prohibición», que, á pesar de no beber más que agua limpia, ha alcanzado tan avanzada edad en su patriarcal residencia de Portland, capital del Maine. Telegramas y cartas á millares para saludarle y *meetings* numerosísimos para celebrar su gloria, han hecho recordar al mundo que, aunque parezca mentira, hay muchas gentes, verdaderos *puritanos*, que no beben más que agua pura, que bien pudiera decirse que pertenecen á la secta de *Aguado y compañía*.

El general Neal Dow es su jefe, y procede su renombre de la histórica fecha del 31 de Mayo de 1851, en cuyo día consiguió que las Cámaras prohibiesen el uso de las bebidas alcohólicas en el Estado del Maine, por diez y ocho votos contra diez en el Senado y por ochenta y ocho contra cuarenta en el Congreso; ley que se aplicó rigurosamente y sin consideraciones de ningún género, cerrando al día siguiente todas las fábricas de destilación de vinos y de cervezas del país, apoderándose los agentes de la autoridad de cuantas barricas, pipas y botellas de vino y licores había en las tiendas, tabernas, restaurants, almacenes y depósitos, y vertiendo todo el líquido en las alcantarillas. ¡Buena cosecha! que dirían nuestros viticultores de Valdepeñas, Toro, Rueda, Laguardia y Cariñena. Y no sólo el vino, la cerveza, la sidra y los aguardientes se recogieron y recogen en aquella tierra como sustancias nocivas y peligrosas, sino que se considera y castiga como malhechores á los que las venden. ¡Para qué más filoxera, ni más oidium! Los jueces encargados de instruir el proceso en términos brevísimos son más inexorables que la policía, y si se interpone recurso de alzada, el tribunal superior aprueba siempre las penas dictadas por el juez. En aquella república, que se ha considerado como prototipo del individualismo y espejo de las libertades, no se goza de la libertad de echar un trago.



D. JOAQUÍN ARAUJO Y RUANO,

INSIGNE PINTOR Y AGUAFORTISTA.

Nació en Ciudad Real, en 1851; † en Madrid, el 15 de Marzo de 1894.

(De fotografía de D. Edgardo Debas.)



EN MARCHA.

CUADRO DE D. JOAQUÍN ARAUJO Y RUANO.

Sin embargo, algo de vino bueno y bastante licor se filtra por las gargantas, gracias á una rendija abierta en la ley. Esta rendija es la autorización que los farmacéuticos tienen para despachar esos líquidos, siempre que se receten para usos médicos. No hay, pues, que decir cuántas dolencias hay allí que exigen en su tratamiento alguno que otro sorbo. Los farmacéuticos resultan ser los verdaderos taberneros.

—Señor boticario—se oye decir á menudo ante los despachos—despácheme esta receta á escape: media botella de coñac para unas gárgaras.

—¡Doctor!—dice otro—dos cuartillos de Jerez para un cocimiento.

—¡A ver, señor, un vaso de vermouth para unas friegas!

—Póngame usted en esta botella brandy, en esta otra bitter y en esta wisky: ahí está la fórmula del médico.

Pero estas filtraciones tienen sin cuidado al general Dow y á sus adeptos. Los resultados de la ley de 1851 son de gran importancia, y nada significa ante ellos el contrabando de cuatro bebedores y de algunos boticarios.

—Hemos conseguido—dicen—que en las tres cuartas partes del territorio del Maine no se venda una pipa de vino. La generación actual, en su mayor parte, no ha visto jamás ni una taberna, ni un borracho. El Estado del Maine, que era antes uno de los más pobres de la Unión, es hoy uno de los más ricos, porque sus habitantes ahorran cada año unos cien millones de pesetas, que antes despilfarraban en beber.

¡Y pensar que en aquellas latitudes cercanas á Quebec y á Terranova, oreadas por los vientos glaciales de la Groelandia, ha de estar el ciudadano sujeto, por fuerza, al régimen hidroterápico estomacal, sin la esperanza de poder templar su sangre con una copa de líquido rubio ó colorado de las bodegas del Mediodía de Europa! Posible es que á fuerza de agua se llegue á los noventa años; pero ¿es vivir, el estar noventa años bebiendo agua?

°°°

Bien distintos paisajes y perspectivas ofrecen las tragaderas y los estómagos en Francia. Podrán el Imperio y la República, el socialismo y el naturalismo arraigar é ir imperando en pacífico turno entre los franceses; pero lo que no arraigará, ni se impondrá jamás, será el sistema del general aguado Neal Dow. Eso no. En Francia se bebe todo y de todo, lo natural y lo artificial, el zumo de la uva y el zumo de cuantas hierbas se crían en la superficie de la tierra, el alcohol del vino y el alcohol del serrín de las maderas de las ruinas de Troya. Y menos mal cuando la bebida es vino, ó parece vino, aunque sea de heces, ó de undécimo ó vigésimocuarto encubado, ó de aguapiés, ó de pasas, ó de higos, ó de remolacha, ó de cebada, ó de bassia latifolia; ó hecho con agua, azúcar, goma arábiga, crémor, ácido tartárico y gluten; ó con agua, moscatel, azúcar, flor de sauce y crémor; ó con pasas, azúcar, patata, bicarbonato de potasa y ácido tartárico, más ó menos pintados todos con saúco, ó aligustre, ó arandano, ó amapola, ó flor de malva, ó raíz de ancusa, ó remolacha, ó cochinilla, ó por los mil colores que chorrean de las entrañas del carbón de piedra. Menos mal, porque cementos y morteros semejantes embadurnan al bebedor por dentro y obstruyen alguno que otro conducto, pero no se meten en general con los nervios. Lo horroroso es cuando se inyectan, chupan é infiltran en el estómago las mil y una preparaciones alcohólicas excitantes, estimulantes y perforantes que nuestros vecinos saben componer con arte exquisito y cuyas fórmulas dan quince y raya á las más enrevesadas é impronunciables de la novísima química orgánica. ¡Qué placer tan ideal, qué lameretadas tan sonoras y tan incomparables las del trago de ajenjo! Ajenjo extrafino, fino ú ordinario, ¡cuánto y cuánto se bebe en todos los rincones aristocráticos, burgueses ó plebeyos! ¿Y qué se traga al beberlo? Pues con el alcohol de 85° y un poco de agua pasan estas menudencias: zumo de plantas que producen efectos epilépticos: ajenjo mayor y menor, hinojo é hisopo; zumo que produce el idiotismo: la raíz de angélica, y además el anís verde, el anís estrellado, la coriandra y la melisa ó toronjil.

También hay mucho bebedor de vermouth, que es un matalotaje en el que, envueltos en vino blanco, se toman, con mucho alcohol, las siguientes porquerías: ajenjos, genciana, raíz de angélica, cardo bendito, calaminta, énula ó hierba del moro, centáurea ó cártamo, calamandrea, nuez moscada y naranjas. Pero esta pócima es muy inocente comparada con la vulneraria ó «eau d'arquebuse», que toman muchísimas gentes como licor fortificante, reconstituyente, tónico y maravilloso, y que encierra todos los zumos venenosos que pueden recetarse á una persona sana para que se vuelva muy pronto epiléptica é idiota. En alcohol de 60° entran en grandes dosis estas sustancias: salvia, espliego, ajedrea, romero, hisopo, ajenjo, mejorana, orégano, calaminta, angélica, menta, basilisco, tomillo, serpol, toronjil y ruda; y tales y tan distintas esencias y zumos revueltos se engullen con la misma fe con que los caballeros andantes tomaban el bálsamo de Fierabrás. Pues ¿y el bitter? Análoga pócima, muy acreditada entre los tragaldabas finos, compuesta de alcohol de 80°, azúcar, agua, anís, cortezas de naranja, calaminta, menta, salvia, ajenjos, angélica, flor de espliego, mastranzo, clavo y enebro. Y aun hay licores más tóxicos, más estimulantes y más buscados que éstos, que sirven para que muchos estómagos estragados recobren momentánea fuerza, para que el sistema nervioso se excite y para que el vicioso se encuentre al parecer regenerado. Esta regeneración diaria exige un consumo diario de una á doce ó veinte copas de cualquiera de esos barnices, y semejante uso y abuso dan cuenta, bien pronto, de la energía del corazón y del sistema nervioso, y convierten la máquina del organismo en una asquerosa ruina sin conciencia y sin voluntad, sin fuerza y sin vida, que hacen del bebedor un iluminado, un idiota, un loco ó un ser de estercolero. ¡Todo lo contrario de los bienaventurados imitadores del general Dow, que en el Estado del Maine y de otros se atiborran de agua y la sueltan por todos los poros y orificios, como las ranas y adefesios mitológicos de la fuente de Neptuno!

°°°

En busca de esos excitantes, del sabor que prestan al paladar, del calorcillo que dan al estómago y de las fantasías de que llenan la cabeza, las gentes vagabundas y desarrapadas de muchas grandes capitales extranjeras procuran destinar la mejor parte de su miserable peculio y ahorro diario para proporcionárselos. Quince céntimos para pan, diez céntimos para dormir, y cuarenta ó cincuenta céntimos para ajenjo, vermouth, bitter, vulneraria, brandy ó wisky forman el presupuesto diario del que, pidiendo en todas partes ó arañando donde puede, reune, con más ó menos trabajo y habilidad, el salario de la vida alegre, de la turba sin casa ni hogar. Digno complemento de su régimen de comer y beber es el de su modo de dormir. París, por ejemplo, ofrece la contemplación de ciertos conocidos dormitorios, para cuya descripción no hay Zolas que valgan, ni pintores realistas, por muy grises que se consideren, y que sean capaces de pintar al natural estos terribles cuadros. Anotemos algunos. En la rue Galande, 44, cerca del Château-Rouge, está la *Maison Parent*, taberna, de ambos sexos, y acreditado dormitorio de señoras!!! En la sala (?) del piso bajo se bebe y se duerme por quince céntimos. En el principal hay dos departamentos, uno para hombres y otro para mujeres, cuyas llaves conserva cuidadosamente Mr. Parent, para evitar la confusión, por más que en el de aquéllos se admiten parejas, cuando resulta que son, al parecer, casados civil ó diplomáticamente. No hay camas: todo el mundo duerme en el suelo, y para ir de una habitación á otra hay que pasar á saltos por encima de los grupos de durmientes. El dormitorio especial de ellas, en el suelo también, está alumbrado por un enorme quinqué ahumado, de petróleo. Allí yacen todas confundidas, revueltas, despeinadas, con las ropas exteriores en desorden y sin prenda blanca alguna. Allí se acumulan madres de familia con sus hijas, con pobres muchachas de quince y veinte años, ahogadas en el vicio, acostumbradas á la mala vida desde la niñez y á las que es inútil hablar de la posibilidad de la regeneración y de la salvación, porque no tienen idea de ella. En la misma calle, 57, está el dormitorio *rendez-vous* de la Guillotine. Se compone de una pieza taberna para los consumidores y de otras tres para dormir. En aquélla, confundidos perdidos y perdidas, beben y triscan, cantan y se revuelven, formando el pandemonium más horroroso que puede imaginarse. La contemplación de semejante cuadro hace temblar de pies á cabeza á cualquiera persona decente. En las paredes de la tasca están dibujadas y embadurnadas las escenas más feroces de la vida criminal y de la guillotina, cuya explicación, hecha por algún grupo de borrachos á los curiosos que se atreven á penetrar en antro semejante, les vale algunos puñados de céntimos. A la izquierda del salón (?) se ve la negra boca de un agujero ó puerta por la que se pasa á la «Cámara de los muertos» ó dormitorio, donde los parroquianos abonados descansan revueltos en medio de la obscuridad, mediante el pago de quince céntimos, desde las ocho de la noche, hora en que empiezan á entrar los soñolientos, hasta las dos de la mañana en que se les hace desalojar la cueva. En el piso principal hay otra sala para los que pueden pagar veinte céntimos, y á los cuales se les deja dormir hasta las cinco ó los seis de la madrugada.

El dormitorio de la calle *Mondétour* es un patio empedrado, cubierto con una tejavana y una claraboya de cristales, que comprende tres piezas: el despacho de vino (?) ó solimán variado, siempre lleno de borrachos; el pasillo ó sala de conversación, con bancos y mesas, donde se despejan las chispas; y el dormitorio empedrado, donde no hay más mullido para descansar que los cuerpos dormidos de los prójimos inmediatos. En el asilo del *Père-Lunette* se reunen los aristócratas de la furria, los titiriteros, los músicos ambulantes, los coristas tronados, las bailarinas de plazuela y demás personajes. Uno de los artistas (?) que concurren á aquel chavisquí ha compuesto y publicado su descripción, y en este gran poema naturalista, hablando de las parroquianas, dice:

«A gauche en entrant est un banc
Où le beau sexe en titubant
Souvent s'allonge,
Car le beau sexe en cet endroit
Adore la chopine et boit
Comme une éponge.»

El denominado *Salon Gay*, cuya dueña es Mme. Pierson, sirve de refugio y círculo al sindicato de los mendigos, y está decorado con cierta originalidad y extravagante fantasía. El vino artificial que allí se sirve es de lo mejor que toma la gente perdida, y las pinturas que decoran las paredes constituyen una estupenda galería de propaganda contra los burgueses y contra la autoridad. En los libros registros de los favorecedores de la casa figuran muchos condenados criminales famosos, que desde los presidios de Caledonia y Guayana llevan la cuenta corriente del pago de sus deudas con Mme. Pierson. En la mansión titulada *Chez Mr. Jules* sólo se admiten mujeres. El establecimiento no es fijo, porque su dueño aprovecha todos los locales vacíos que los titiriteros, domadores de fieras, comerciantes de á real y medio y empresarios de bailes dejan en los alrededores de París. Para amueblarlos y convertirlos en dormitorio no hace otra cosa Mr. Jules que cubrir el suelo de paja. El coste diario por dormir es diez céntimos. No hay para qué decir qué clase de mujeres, de lo último de las más últimas, se reunen en estas pocilgas, ni qué horribles, espantosas historias oyen los investigadores curiosos que acuden á estudiar el fondo de aquellos hacinamientos de la miseria. Por último, entre lo más notable que París encierra en este concepto, figura el *Hôtel Fin-de-Siècle* de la rue Saint-Denis, 37, para hombres solos, dirigido por el famoso Frandin, y que se compone de dos sótanos, piso bajo y tres pisos superiores. Allí, por veinte céntimos, se puede tomar una sopa, ó pan y queso, ó un vaso de vino, ó café, y dormir. Parece mentira que haya noches en que se recogen en el hotel 1.200 personas, de diez y seis á setenta años. A la madrugada es imposible respirar en ninguno de sus dormitorios; allí no puede parar nadie; cuartos, pasillos, escaleras, todo se ve invadido por una confusa y hedionda masa de hombres tirados en el suelo, en espacios sin renovación de aire y poco menos que en la obscuridad: una cosa muy semejante á la que ocurre en las comarcas de la América Central y Meridional, en las que no hay más que diez personas por cada kilómetro cuadrado.

R. Becerro de Bengoa.



LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

La Media docena. Cuentos y fábulas para niños, por Juan Gualberto López-Valdemoro.

Esta media docena es de seis cuentos, muy bien contados por el Sr. López-Valdemoro, conde de las Navas. Dedícalos á S. M. el Rey, y contienen sabias enseñanzas, además de estar escritos en correcto castellano, confirmando la bien adquirida reputación de aquel escritor, autor de *Charala* y de otras obras literarias de verdadero mérito.

Todos los cuentos de la pequeña colección titulada *La Media docena* son dignos de alabanza; pero si algunos hubieran de señalarse, merécenlo, en nuestro concepto, *Las Cuentas de San Pedro*, *La Luciérnaga y el Vidrio* y *La Liebre y el Cangrejo*. Véndese, al precio de 2 pesetas, en las librerías de San Martín, Fe, etc , etc.

De ayer. Coleccion de poesías premiadas é inéditas, de Francisco Tomás Struch.

Hay en este tomito varias poesías en diferentes metros, algunas de ellas de mérito. Las últimas páginas contienen poesías cortas, cantares, etc., con pensamientos muy originales y bien expresados.

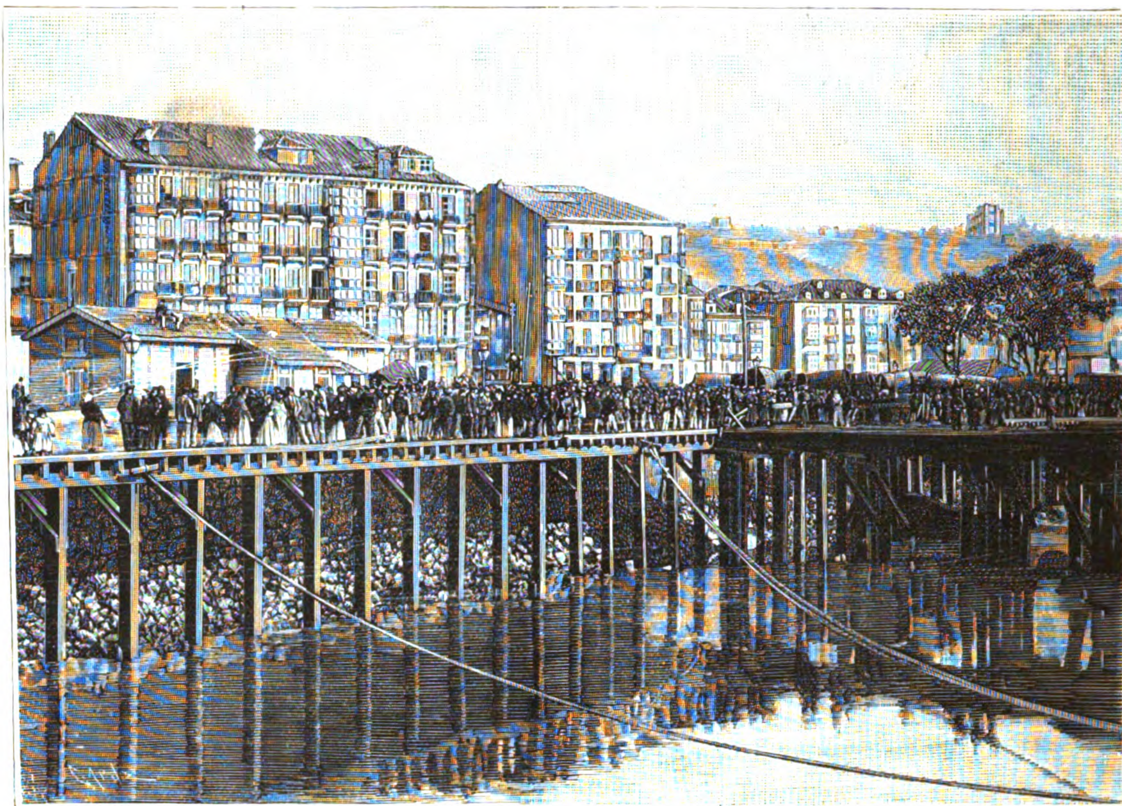
Entre todas las composiciones del libro se destaca la titulada *Erostrato ante el templo de Diana*.

La Tapicería de Bayeux en que están diseñadas *naves del siglo XI*, por Cesáreo Fernández Duro.

Hemos leído con mucho gusto la importante monografía que con el título que antecede ha publicado el Sr. Fernández Duro, y que, como todos sus trabajos, es de grandísimo interés histórico. En la tapicería de Bayeux está resumida la conquista de Inglaterra por los normandos en 1066, habiendo encontrado en este documento aquel señor curiosos datos para conocer el estado de la navegación marítima en aquellos tiempos.

Boletín oficial de la Dirección general de Instrucción *Pública*.—Año 1894.

Hemos recibido un ejemplar de esta publicación, que el señor Director general de Instrucción Pública ha tenido la amabilidad de enviarnos, y en la cual están reunidos multitud de datos interesantes, que de otra suerte no sería fácil encontrar juntos. Contiene la Guía de la Dirección general, los Reales decretos y Reales órdenes últimamente publicados, y otros documentos.—G. R.



SANTANDER. — SEGUNDA EXPLOSIÓN DEL «CABO MACHICHACO». — ASPECTO DEL MUELLE DE MALIAÑO EN LA MADRUGADA SIGUIENTE DE LA CATÁSTROFE. — ESPERANDO LOS RESTOS DE LAS VÍCTIMAS.

(De fotografía de D. Zenón Quintana.)

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Abril de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EL MAESTRO HERMANN LEVI,

DIRECTOR DEL REAL TEATRO DE LA ÓPERA DE MUNICH.

ACTUALMENTE EN MADRID PARA DIRIGIR LA ORQUESTA DE LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Memorias del general Dellard, por el general D. José Gómez de Arteche.—Tipos Madrileños. Juanito Solo, por D. Carlos Frontaura.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—Oratoria, poesía, por D. C. Luis de Cuenca.—Tú y yo, poesía, por D. Rafael Ochoa.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del maestro Hermann Levi, director del Real Teatro de la Opera de Munich.—Madrid: Inauguracion del nuevo edificio de la Real Academia Española. Alrededores del edificio á la llegada de SS. MM.—El salón de recepciones, preparado para la ceremonia inaugural.—Marruecos: Casamiento de un magnate moro. Acompañamiento del novio y demostraciones de júbilo después de la boda.—Santander: Voladura de los restos del *Cabo Machichaco*. El torpedero *Condor* enviado para auxiliar los trabajos de la voladura; Las autoridades presenciando los trabajos preparatorios desde el muelle de Pasajeros; La colocacion de los torpedos; Jefes y oficiales de ingenieros colocando los hilos conductores; Curiosos presenciando las explosiones; Toques de clarín avisando que va á verificarse la voladura; Acordonamiento de la zona peligrosa; Los presos de la cárcel pública instalados provisionalmente en la plaza de toros; Barracas levantadas en el Sardinero para albergue de familias pobres; Casamata construida por los ingenieros militares; Aspecto de los muelles en el momento de la voladura verificada el 31 de Marzo á las once y quince minutos de la mañana.—Retrato de D. Santiago de Liniers, nuevo académico de la Española.—Retrato de D. Eduardo Sanz y Escartín, nuevo académico de la de Ciencias Morales y Políticas.—Descarrilamiento ocurrido en la línea de Córdoba á Málaga, entre Casariche y Puente-Genil.—Retrato del Ministro de Hacienda de S. M. Jerifiana.

CRÓNICA GENERAL.

La inauguración del nuevo y hermoso edificio del arquitecto Sr. Aguado, dedicado á Academia Española de la Lengua, y sito en las inmediaciones del Museo, del Casón y de San Jerónimo, fué un acto solemne, por la asistencia de SS. MM. y AA. RR., los uniformes que se lucían en el estrado y la significación histórica de la fiesta. Puede decirse con verdad que no ha celebrado otra tan aparatosa la Academia desde aquella en que el rey D. Alfonso XII colocó en persona la medalla sobre el pecho del ilustre Zorrilla; ceremonia que por la pequeñez del salón de la calle de Valverde hubo de verificarse en el Paraninfo de la Universidad. Ya no necesitará en lo sucesivo la Academia de la Lengua pedir casa prestada para sus recepciones oficiales de mayor lucimiento, ni vivirá en piso mezquino como un particular, sino que aparece como emancipada y con la representación propia de su importancia. No obstante, al desechar el viejo caserón donde sufrió la Corporación académica sus mayores tribulaciones, la escasez más grande de recursos, y en el cual trabajaron tantos varones esclarecidos y resonaron sus voces elocuentes, se siente cierta pena; que por algo tienen valor histórico las ruinas, cuando ni sirven de albergue ni tienen aprovechamiento: son estaciones en que el ánimo se detiene á meditar.

Conforme á las tradiciones de la Corporación, el acto se redujo á dos discursos: el del director, Sr. Conde de Cheste, que recordó brevemente las benevolencias de la dinastía reinante con la Academia, y se congratuló de la unión iberoamericana en su carácter puramente literario, para la conservación y estudio del idioma, que ha dado vida á Academias correspondientes de la Española de la Lengua tan importantes como las de Méjico, Santa Fe, Caracas, Quito, Lima, San Salvador, Guatemala, Chile y Honduras; discurso cortés y bien hablado, que era un saludo á la familia Real que honraba y presidía el acto y á la gran familia hispano-americana, dignamente representada también en aquella solemnidad y en aquel edificio tan americano como español.

Si el discurso de autoridad le encomendó la Academia á su anciano presidente, el de mayor trabajo estuvo á cargo del académico D. Alejandro Pidal, que lo desempeñó á satisfacción de la escogida concurrencia. Reune el Sr. Pidal para trabajos de esta índole condiciones muy variadas y de difícil reunión en un solo individuo: elocuencia arrebatadora y varonil; estilo elegante; costumbre de generalizar y de elevarse á las altas regiones de la estética; ilustración y amplia cultura para poder historiar hasta en sus pormenores, no sólo los trabajos académicos de cuya enumeración resultaba una verdadera apología de la Academia de la Lengua, sino para presentar, en síntesis tan discreta como exacta, los timbres más gloriosos del idioma castellano, condensados y patentizados en un rápido recuerdo de los mayores aciertos de que se envanece nuestra lengua; las rápidas semblanzas de los escritores más insignes trazadas á grandes rasgos, y la citación de los nombres más insignes que han dado lustre, significación é importancia á la Academia. No se olvidó el Sr. Pidal de hacer patente la utilidad de aquel Cuerpo escogido, consignando sus tareas principales, ya públicas, como las obras que ha dado á luz, ya desconocidas todavía por estar inéditas, ya de índole privada y oficial, como informes, consultas y correspondencia. Expuso la convicción de que la historia de la literatura española en este siglo figurará con gloria por sus producciones y la fama de sus ingenios; y siendo su discurso de buenas proporciones, se hizo escuchar de todos con agrado y ponderar con justicia.

El Director de la Academia dió un viva al Rey y otro á la Reina, y tanto la familia Real como los concurrentes visitaron el desahogado y espacioso local, donde todas las dependencias tienen decorosa y aun lujosa instalación. Alguien hubiera deseado para el salón principal mayores dimensiones; pero hubiera sido á costa de sus condiciones acústicas, pues se había de tener en cuenta que á la Academia no se suele llegar cuando la voz del hombre es más extensa, ni sus actos son ni serán nunca populares. Y sin embargo, ¿por qué no habrían de serlo? ¿Acaso la lengua es patrimonio exclusivo de los doctos? ¿No la enriquece con sus energías y sus invenciones, y la transforma y envilece, la desgasta y pule, corrige, trastorna, aumenta, aclara y usa, así el gramático como el patán? ¿No está hecha por todos y para todos? Ignoro de qué modo se podría popularizar ese instituto tan necesario, la caja de depósitos del idioma, el arca de los vocablos, y cómo podrían penetrar en ella los ahorros y conocimientos del vulgo, que es al fin y al cabo el árbitro y el legislador, el verdadero y principal conservador ó destructor de los idiomas.

⁂

La reapertura de las Cortes, la disolución del ejército de Africa y el regreso á España del general Martínez Campos han dado animación á la política en estos días. En el Congreso ha empezado el tiroteo, colocándose al frente de las guerrillas el hábil polemista parlamentario Sr. Romero Robledo, ameno é intencionado á la vez, y uno de los mantenedores más diestros en esta clase de torneos. Pero las Cortes no son las que suelen dar mayor asunto á nuestras Crónicas. En cuanto al regreso del general Martínez Campos, se puede compendiar en pocas líneas: ha sido obsequiado con banquetes en todas las poblaciones donde se ha detenido, y el público en general se muestra satisfecho del arreglo pacífico de la cuestión marroquí, pues si bien estaba dispuesto á la guerra, no había sido por afán de verter sangre, sino precisado y ofendido por una bárbara agresión. Y como estamos en período de economías, nada nos parece tan noble y necesario como economizar la sangre del ejército, y en especial del soldado raso, que al fin y al cabo nada gana en ello y deja forzosamente sus ocupaciones y familia por cumplir un deber, produciendo un vacío sensible en el hogar. Y poco ó nada ganan los oficiales y jefes en que algunos de los suyos den pasos en la carrera, pues la satisfacción que en el ánimo noble causan las recompensas justas á los compañeros de armas, suele á veces estar contrariada por el desconocimiento de las razones que motivaron otros premios, justos probablemente, pero no bien justificados. No vuelve, pues, el general Martínez Campos cubierto de laureles y con el sable ensangrentado, sino coronado de oliva y bendecido por los padres á quienes ha devuelto sus hijos. Indudablemente la acción diplomática que algunos menospreciaron ha sido más benéfica y fecunda que los horrores de la guerra.

⁂

La bendición apostólica ha endulzado los últimos momentos de la Excma. Sra. D.ª Virginia Coronado, esposa del actual ministro de Fomento, D. Alejandro Groizard, hermana de la insigne poetisa D.ª Carolina Coronado, y madre del conocido escritor y amigo nuestro D. Carlos Groizard y Coronado. Y no ha sido sólo la bendición del Santo Padre el consuelo que ha recibido la ilustre y respetada familia del embajador que fué de España cerca de la Santa Sede, sino el sentido pésame del Pontífice, que conoció en Roma el valer y las virtudes de la noble dama que acaba de fallecer en esta corte, llorada de cuantos la conocieron y trataron.

⁂

—¿Qué libros son esos que acaban de traerte?—me dijo un amigo de esos que no se enteran del estado de nuestra salud, y revuelven nuestros papeles con gran curiosidad.

—Este de la encuadernación en cuero tan perfecta y con las hojas redondeadas en las esquinas, es un libro titulado *Los derechos de la mujer y el matrimonio*, por Luis Bridel, catedrático de Derecho en Ginebra, traducido al castellano; está impreso por la librería de Moya, Carretas, 8, y en él se examinan y comparan las principales legislaciones europeas acerca de lo que en el título se indica.

—¿Y qué te parece?

—Que en obras de Derecho sólo me corresponde juzgar la impresión y encuadernación, que es excelente.

—¿Y aquel otro?

—Se titula: «Teatro Real. Temporada de 1893 á 1894. Reseñas al día de estrenos y primeras representaciones de óperas, presentaciones, beneficios y despedidas de artistas, un preludio, un entreacto y funciones extraordinarias, con un estado de las óperas puestas en escena, con los turnos á que correspondieron y una lista de los abonados.»

—¿Quién es el autor?

—Suponiendo que le conozca, no debo dar su nombre al público, toda vez que se lo ha reservado: el anónimo maneja bien la pluma, y en cuanto á las materias de que trata, debo declarar honradamente que no sé música, ni voy al teatro Real hace muchos años, para hacer la crítica del crítico. Lo que sí me atrevo á sostener es que, si se hubieran escrito libros de este género todos los años, desde la fundación del Real, tendríamos la historia detallada de la ópera italiana en Madrid, para poder relacionarla con las vicisitudes del arte músico español, y encontraríamos curiosidades y grato entretenimiento.

⁂

Ha muerto asesinado un bandolero famoso apodado *Cencerrita*, hábil para burlar la persecución de la fuerza pública, y al que supusieron algunos periódicos refugiado en Portugal y disponiéndose para emigrar á América. Parece ser que le mataron dos de sus subordinados, por cuestión de intereses, cerca de Coripe, en la provincia de Sevilla, y ha llamado la atención el inventario de los objetos que llevaba el bandolero, pues además de los útiles de asesinar, tenía en los bolsillos un espejo, dos escapularios y una caja de polvos de arroz: falta saber si eran despojos ganados salteando, ó de su exclusiva propiedad, pues la vida que hacía le daba ocasión de adquirir objetos sumamente variados. *Cencerrita* empezaba á tener la importancia de héroe de romance, pero su muerte á manos de los suyos se la quita: no hay romance posible sin un final adecuado á las fórmulas tradicionales: ó conseguir el indulto, ó morir en el patíbulo; sucumbir por falta de fortaleza, superioridad ó astucia, no es fin digno de un bandido que sabe entre quiénes anda; es un héroe de romance malogrado.

⁂

Cuando las aguas del Segura inundaron las campiñas de Murcia; cuando una tormenta deshizo la mitad de Consuegra, y cada vez que una catástrofe repentina ha causado víctimas y destrozos inesperados, la caridad pública ha acudido en socorro de los perjudicados, aliviando muchos males. Hoy que el hambre parece que está haciendo estragos más lentos, pero que á la larga pueden ser más terribles, en la provincia de Cádiz, vemos con sentimiento que no se despierta aquel noble afán de remediar esa nueva calamidad que aflige á una hermosa provincia. ¿Es que la caridad pública espera para manifestarse á que caigan muertos de hambre los jornaleros gaditanos, para pagar los entierros y los lutos? ¿Es la inundación, que destroza cuanto encuentra en una noche, más espantosa que el hambre, que enflaquece primero los cuerpos y prolonga por mucho tiempo la agonía? Los destrozos que causan las fuerzas naturales desencadenadas abruman y entristecen, pero el hombre dobla ante ellos la cabeza, convencido de que la previsión humana no pudo evitarlos; mas el hambre no mata repentinamente, sino á trozos, y da tiempo al auxilio y á las locuras de la desesperación. ¿Qué sucede en Cádiz? ¿Cómo es posible que haya centenares de hambrientos en una provincia española y no acudan las demás en su socorro?

⁂

Un trasnochador dice á un amigo:

—¿A que no adivinas á quién he visto hoy, después de una larga ausencia?

—¿Has visto el sol?

—Cabal: y por cierto que me extrañó lo bien que se conserva.

Don Judas y D. Trifón son á cual más egoístas; pero ¿quién lleva la ventaja? Oigamos lo que dicen.

D. JUDAS.—¿Has leído los periódicos?

D. TRIFÓN.—¿Traen algo importante?

D. JUDAS.—Parece que el hambre aumenta en la provincia de Cádiz.

D. TRIFÓN.—No me hables de eso, que no quiero oir lástimas.

D. JUDAS.—Pues yo lo leo, porque la idea del hambre me abre el apetito.

Un caso de locura bastante raro, por fortuna, ocurrió hace pocos días en un colegio de la calle de Toledo. El profesor, estando en clase, abrió el balcón de repente y se tiró á la calle.

Figúrese el lector la algarabía que debió armarse en la escuela, y lo que pasaría por la imaginación de los muchachos, sobre todo si los padres les habían aconsejado que imitasen la conducta del maestro.

Y calcúlese lo que hubiera ocurrido en el colegio si el rapto de locura hubiera impulsado al profesor á tirar antes por el balcón á los chiquillos, para caer en blando.

La idea del pobre maestro perdiendo la razón por desgracias profesionales, y la idea de la miseria que se padece en tantos pueblos de la comarca gaditana, se asocian sin querer en mi imaginación, y se resuelven en este problema pavoroso:

Si no hay jornales, ni cobran los empleados de muchos municipios, y el hambre reina allí, ¿qué comerán en la provincia de Cádiz los maestros?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EL MAESTRO HERMANN LEVI,
director del Real teatro de la Opera de Munich.

El maestro Levi, contratado por la Sociedad de Conciertos para dirigir los de música alemana, nació en Giessen, en Noviembre de 1839. Estudió en aquella ciudad y en Mannheim hasta 1855, tomando en esta última lecciones de contrapunto con el maestro Vicente Lachner. Después asistió á las clases del Conservatorio de Leipzig. En 1862 fué director del teatro de la Ópera alemana de Rotherdam, y después de los de Carlsruhe y Baden. De este último pasó al de Munich.

Su reputación de director de orquesta es grande. El propio Wagner, habiéndole oído dirigir el *Parsifal* en 1882, le felicitó calurosamente, y puede creerse en la sinceridad de la felicitación, dado el carácter del insigne maestro, brusco y claro como pocos.

El Sr. Levi ha visto premiados sus méritos con varias condecoraciones alemanas y extranjeras.

Publicamos su retrato en la página primera.

⁂

MADRID.
El nuevo edificio de la Real Academia Española.

Hállase la nueva casa de la Academia Española entre las calles de Felipe IV, Moreto y Alarcón.

Es de dos pisos y está completamente aislada. La fachada principal tiene severo aspecto, y ostenta un bonito pórtico con columnas de piedra blanca, sobre el cual se lee, en letras doradas, la siguiente inscripción: *Real Academia Española*.

Del pórtico pásase á una suntuosa escalinata, también de piedra blanca, y de ésta arranca la escalera principal, toda de mármol y verdaderamente magnífica. El salón de sesiones ocupa la mayor parte del piso principal. Es muy espacioso, de forma rectangular, y está adornado con sencillez y delicado gusto. El estrado para los académicos elévase sobre el pavimento un metro. Bajo el dosel está el retrato de Felipe V, fundador de la Academia. En este sitio se colocaron en la ceremonia inaugural los sillones para la Real familia, y detrás de éstos, los de la alta servidumbre de Palacio. A la derecha estaban los sillones de los Ministros, Presidentes de las Cámaras y autoridades de Madrid. A ambos lados del estrado los sillones de los académicos.

Desde la entrada del salón corre, á algunos metros de altura, una ancha tribuna pública, cuyos extremos alcanzan á verse (así como la disposición del estrado para la ceremonia) en nuestro segundo grabado de la pág. 212.

En lo restante del piso principal está el salón de sesiones ordinarias, el de comisiones, el archivo y otras dependencias. La biblioteca es muy buena, espaciosa y ventilada.

La inauguración del nuevo palacio verificóse el 1.º del corriente mes de Abril. Á las tres de la tarde llegaron Sus Majestades, tributando los honores fuerzas del batallón de cazadores de Manila. Por nuestro grabado primero de la pág. 212 conocerán los lectores el aspecto de los alrededores del edificio en aquel momento. Una comisión, compuesta de los académicos Sres. Commelerán, Balaguer, Fernández y González, Silvela (D. Francisco) y Castro y Serrano, recibió á los Reyes, hallándose también en el vestíbulo el secretario de la Academia, Sr. Tamayo, los Ministros de Estado, Guerra, Marina, Gobernación y Hacienda, y el secretario del Gobierno Sr Madrid Dávila

Leyó el discurso inaugural el Sr. Pidal y Mon, y otro el director Sr. Conde de Cheste, siendo ambos trabajos calificados de muy notables. El salón presentaba hermoso aspecto, hallándose ocupado por multitud de señoras y por gran número de escritores insignes. Terminó la fiesta con calurosos vivas al Rey y á la Reina, después de lo cual SS. MM. visitaron la biblioteca y el salón de sesiones ordinarias en compañía del arquitecto Sr. Aguado, á quien S. M. la Reina felicitó por su obra.

°°°

MARRUECOS.

Una boda. — El Ministro de Hacienda de S. M. Jeriflana.

En el hermoso dibujo que publicamos en la pág. 213, ha reproducido el Sr. Simonet una de las más pintorescas escenas de los desposorios de un marroquí rico y noble, la cual presenció en Marruecos siendo corresponsal artístico de La Ilustración Española y Americana.

En otra ocasión dijimos que ningún musulmán puede tener más de cuatro mujeres legítimas. La ley de Mahoma no permite más. Pero la inmensa mayoría de ellos no tiene tantas, contentándose con una, por disposición de otra ley de gran autoridad, y cuya jurisdicción se extiende sobre todos los hombres: la del dinero.

Tan grave delito es en un musulmán permanecer soltero, que ni Aláh, con su gran clemencia, podría perdonarlo. Pocos hombres llegan á los veinticinco años, y menos mujeres á los diez y ocho, sin haberse casado. Desde la edad de diez años quedan las niñas recluídas estrechamente, educándose en la ciencia de agradar á sus esposos. En esto y en engalanarse con gran lujo para hacer ó recibir visitas, pasan el corto tiempo de su juventud.

Conciértanse los casamientos entre los padres, sin que los hijos se vean, teniendo que contentarse cada uno de éstos con la pintura que aquéllos les hacen de los méritos del otro.

El padre de la novia ajusta con el del novio el precio de la dote, que se paga en fincas, ganado ó dinero. Este precio lo recibe la esposa si el marido la repudia sin motivo. Terminado el ajuste, hácese la escritura de matrimonio, que firman dos notarios *(adules)* y el juez *(cadí)*.

Comienzan las fiestas en el plazo que se fija, siendo la primera de todas la de la *hedia* ó regalo que el novio remite á la novia con gran acompañamiento, músicas, fiestas de pólvora, etc., etc. Si el novio es acaudalado, la *hedia* suele consistir en esclavas, telas, tapices, además de la miel y frutas secas que nunca faltan. Los hombres visitan al novio y las mujeres á la novia hasta el día en que ésta es conducida á casa de aquél.

Esta ceremonia verificase comúnmente de noche, yendo todos con faroles y la novia bien escondida dentro de una especie de pirámide, sobre una mula. Va engalanada lo más ricamente que puede. También enjaezan á la mula con lujo. Acompañan á la comitiva muchos moros disparando las espingardas. La pólvora para estos disparos la da el novio. El ruido del vocerío en esos casos no es menor que el de los disparos.

Al llegar, sale una negra á bajar á la novia de la mula. La madre tómala de la mano y la presenta al novio.

Siguen otros ocho días de fiestas. Si la posición del marido lo permite, hay *laab-el-barud* (corrida de pólvora) tres días seguidos, asistiendo el pueblo y las autoridades. Es señal de gran distinción apuntar al festejado al disparar. Nuestro grabado dará al lector mejor cuenta de una de estas escenas de alegría, que cuanto pudiéramos decir.

En realidad no tiene el Sultán Ministro de Hacienda, pues á cargo de su primer Ministro corre el facilitarle dinero cuando lo necesita. El personaje que á las órdenes de aquél atiende principalmente á la recaudación de impuestos y demás oficios que en España dependen de dicho Ministerio, es el que verán retratado los lectores en la página 224 de este número. Por sus manos ha de pasar el dinero que el Sultán debe pagarnos como y cuando pueda.

°°°

SANTANDER.

Voladura de los restos del vapor *Cabo Machichaco*.

En nuestra anterior relación de la segunda catástrofe que la ciudad de Santander ha padecido por las materias explosivas contenidas en el *Cabo Machichaco*, referimos punto por punto cómo sucedió la nueva desgracia, no tan grande como la primera en el número de muertes, pero de mayor consideración que aquélla, porque no cabe duda de que pudo evitarse. El porqué no se evitó está por averiguar. Lo que sí aseguran cuantos tienen conocimiento de las partes reservadas de este negocio, es que las personas peritas encargadas de examinarle fueron todas de parecer que el vapor debía volarse en seguida, *mejor hoy que mañana*, que en toda resolución había gran peligro, pero en dejarlo como estaba mayor que en ningún otro, porque podía producirse la explosión espontáneamente. Añaden que otras personas superiores á éstas en autoridad, no científica, sino administrativa, atendiendo á diversas razones, opinaron de diferente manera, mandando que se hiciese lo posible por evitar la voladura, sacándose antes la carga que quedase, principalmente la peligrosa, y que de ningún modo se acudiese á aquel extremo sin avisar primero á Madrid para que aquí lo aprobasen.

Lo que debió hacerse, sin falta alguna, el 7 ó el 8 de Noviembre de 1893, hízose el 30 de Marzo de 1894, con cuatro meses y medio de retraso y á costa de la vida de veintidós personas y de heridas de otras varias.

Desde el 28, y aun desde antes, comenzaron á huir de Santander los habitantes, buscando refugio en Peña-Castillo, Solares, Astillero y otros lugares próximos. Muchos quedaron sin alojamiento. Para los pobres se levantó un barracón en el Sardinero (quinto grabado de la pág. 217).

El Alcalde publicó el día 29 un bando mandando que nadie pudiera transitar por la zona peligrosa, y que los que abandonaran sus casas dejasen apagados fuegos y luces, cerradas todas las puertas, los grifos de agua y el gas.

Colocáronse tropas donde se creyó necesario, acordonándose la zona peligrosa. El batallón de Burgos quedó en el cuartel, los Carabineros en la calle de Lope de Vega y los Ingenieros á disposición del Comandante del mismo cuerpo, para acudir con la mayor rapidez adonde ocurriera algún siniestro. Los presos de la cárcel fueron instalados en la Plaza de toros. (Véanse los grabados segundo, tercero y cuarto de la página citada.)

Del Ferrol había llegado el torpedero *Condor*. Nuestros lectores le conocerán en el grabado primero de la pág. 216.

En la bajamar del mismo día 29 se fondearon sumergidores para colocar torpedos en el fondo y costados del *Cabo Machichaco*, quedando todo preparado para la voladura. Algunos sujetos sospechosos, gente maleante que esperaba sin duda sacar algún provecho de la desgracia de Santander, fueron presos por la policía.

El 30 por la mañana amaneció la ciudad desierta y silenciosa. «El pueblo parece deshabitado», decía el Gobernador al Ministro de la Gobernación en telegrama de aquel día. Antes de las nueve colocáronse dos petardos de dinamita, el uno á pique del sumergidor de proa, con 9 metros de profundidad, y el otro con solos 5, rozando los cilindros por su cara de babor. El total era de 35 kilos de dinamita. La peligrosa operación de colocar estos torpedos puede verse en nuestros grabados tercero y cuarto de la página 216. Las autoridades presenciaban estos trabajos preparatorios desde el muelle de Pasajeros (véase el segundo grabado de la misma plana). Colocados por los jefes y oficiales de ingenieros los hilos conductores, según se ve en el grabado quinto, y anunciada la voladura con toques de clarín (grabado primero de la pág. 217), verificóse á las nueve y treinta y cinco la primera voladura, con perfecto resultado y sin daño de nadie. Hiciéronse después otras explosiones aquel mismo día desde la casa de Auxilios del puerto, quedando completamente convencidos los señores de la Junta técnica y las autoridades de que entre los restos del *Cabo Machichaco* no había ya la menor cantidad de nitroglicerina. Muchos espectadores contemplaban las explosiones desde las rocas del semáforo. (Último grabado de la citada página.)

Los grabados que publicamos en la pág. 220 corresponden al segundo período de los trabajos. El primero representa la casamata construída para provocar las explosiones del segundo día. En el otro puede verse, merced á la fotografía instantánea, la principal de esas explosiones. La carga fué de 12 kilos de dinamita, y la columna de agua levantada, de 9 metros de alto.

°°°

D. SANTIAGO DE LINIERS,

nuevo académico de la Española.

Hace por ahora veintiocho años que vino el Sr. Liniers al mundo de las letras, con algunos trabajos que le dieron fama de escritor castizo en el estilo y muy español en todo, cuya fama se ha ido manteniendo y acrecentando hasta llevarle, en Febrero de este año, á la Real Academia Española.

De él dijo el Sr. D. Francisco Silvela, en el discurso que leyó contestando al suyo de entrada en la Academia, estos conceptos que son una muy completa semblanza y recapitulación de sus méritos literarios:

«El boceto satírico en prosa y verso, ya delineando caracteres, ya trazando costumbres, ya flagelando abusos y corruptelas, es quizás lo que más ha dado á conocer á Liniers; y su libro *Todo el mundo*, y su *Novísimo espejo y doctrinal de caballeros en doce romances, por el bachiller D. Diego de Bringas*, y su colección de artículos que tituló *Líneas y Manchas* le han prestado su carácter más propio y su fisonomía más personal entre nuestros periodistas y literatos, porque reune para el cultivo de ese género cualidades de observación, buen sentido, ingenio y agudeza, unidos de modo tan natural y espontáneo á la dulzura y verdadera poesía del sentimiento, que logra siempre dejar en el ánimo una impresión sana y consoladora, bien distinta de la generalmente producida por los escritos de mera ingeniosidad del vocablo, destinados á frío y fugaz entretenimiento.»

El Sr. Liniers ha probado sus talentos de crítico en muchos artículos de periódicos y revistas. Como novelista, su última producción ha sido *Alza y Baja*, obra de gran mérito. Publicamos su retrato en la pág. 221.

°°°

D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN,

nuevo académico de la de Ciencias Morales y Políticas.

El Sr. Sanz y Escartín, cuyo retrato damos juntamente con el del Sr. Liniers, es un ejemplo de lo que puede el trabajo constante bien encaminado, y de cuánto mejores y más sazonados son los frutos que por este camino se cosechan, que los producidos por esas reputaciones más aparatosas que sólidas, brillantes hoy y apagadas mañana.

Nació en Pamplona, á principios de 1855. Estudió segunda enseñanza en Ustaritz (Francia) de 1865 á 1867, y en el Instituto de Pamplona de 1867 á 1872. Sin otros medios de fortuna que la sólida educación que le dió su familia, la instrucción recibida en aquellos siete años y una firme voluntad de abrirse paso en el mundo, comenzó el Sr. Escartín por recorrerle, viajando por la América del Sur. Era casi niño, pues apenas contaba diez y siete años cuando visitaba la región del Plata.

Vuelto á España después de terminado el azaroso período que la revolución del 68 inauguró, cursó Filosofía y Letras y Derecho civil y canónico en Zaragoza, de 1876 á 1879, y en Madrid de 1879 á 1882. Distinguióse en términos de conseguir el premio extraordinario del Doctorado de Filosofía y Letras. Tiene también aprobados los estudios del doctorado de Derecho.

Muy pronto se despertaron sus aficiones á las ciencias sociales, dando gallardas pruebas de conocerlas á fondo en discursos que pronunció en el Ateneo, en Revistas, etc., etc., pero sobre todo en los siguientes trabajos: *Ensayo crítico sobre el Imperio de Carlomagno*, premiado en el certamen celebrado en Zaragoza en 1879; *Misión de Polonia en la Historia de Europa*, premiado en certamen celebrado en Salamanca en 1884; traducción y prólogo de la obra de Scherer *El sufragio universal y la democracia*, en 1889; *La cuestión económica*, en 1890, y *El Estado y la reforma social*. Estas dos últimas obras confirmaron su ya merecida reputación de publicista y le abrieron las puertas de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que ha entrado recientemente. A ellas hay que añadir el discurso de recepción en ésta, que es un trabajo notable y lleno de sanas doctrinas.

°°°

DESCARRILAMIENTO

ocurrido en la línea de Córdoba á Málaga el 28 del pasado.

No son oficialmente conocidas las causas del descarrilamiento ocurrido hace pocos días entre Casariche y Puente-Genil, pero sospéchanse. Aseguran todos los que en el tren iban que al salir de la primera de aquellas estaciones comenzó á marchar con extraordinaria rapidez. Así lo cuentan los periódicos, y en nuestro poder tenemos carta de uno de los viajeros, que dice: «Á poco de salir de la estación de Casariche observé que marchábamos con una velocidad vertiginosa que ponía pavor en el ánimo», y á esa velocidad atribuyen la desgracia ocurrida, quizás sin razón.

«De pronto—dice la persona que nos escribe—sonaron sucesivamente dos estampidos tremendos, como de dos grandes cañonazos, y quedamos parados. En el mismo carruaje que yo, pero en el departamento de atrás, venía una familia, compuesta de una señora con sus dos hijas (una de siete y otra de cuatro años), un niño de pecho y otra señora, su hermana. Miré hacia donde estaban, y sólo vi un montón de tablas y hierros que llegaban precisamente hasta mi espalda. Convulso y aterrado arrojéme por la portezuela del vagón y encontréme con que no estábamos en la vía. El silencio era espantoso, completamente sepulcral. Pero duró poco. Pasados algunos instantes, oyéronse quejidos, gritos de terror, voces desesperadas de socorro. Los más lastimeros venían de debajo del montón de astillas situado detrás de mi asiento. Una de las mujeres, teniendo en brazos á una de las niñas, exhalaba ayes de dolor que partían el corazón. Corrí en su auxilio, y me dijo la infeliz que su hermana y sus sobrinitos habrían perecido sin duda, y que me confiaba aquella niña. Comencé á pedir auxilio, gritando cuanto podía, y pronto acudieron unos soldados que, como yo, se habían salvado milagrosamente, los cuales sacaron á la madre en mal estado, á la niña mayor muerta, y al niño de pecho con una herida en la cabeza que curamos y vendamos con la mayor solicitud.

»Hasta aquel instante yo no me había fijado en el teatro del siniestro. El espectáculo que vieron mis ojos era aterrador. La locomotora, destrozada, vencida por completo hacia un costado, como un corcel herido; el ténder, delante de la máquina, con las ruedas hacia arriba, y encima de ambos varios vagones destrozados, formando una mole siniestra de astillas, planchas rotas y ruedas desfiguradas. Un coche de primera clase estaba encajado en otro de tercera, y los restantes se hallaban fuera de la vía con grandes deterioros. Completaban la trágica escena los rostros lívidos por el espanto, los ojos arrasados en lágrimas, las bocas llenas de imprecaciones y gemidos, siendo la nota más horrible del pavoroso cuadro los cuerpos del fogonero y el maquinista, aplastados y deshechos debajo de la locomotora. (Véase nuestro segundo grabado de la pág. 221.)

»Los silbidos de la locomotora del tren de socorro que horas después llegó de Puente-Genil sonaban como dolorosos ayes en el silencio de la noche lúgubre.»

La señora á que se refiere nuestro comunicante quedó con ambas piernas fracturadas, y falleció á poco de serle amputadas en Puente-Genil. Los muertos fueron su hija Josefa, el maquinista y el fogonero. La otra hija de aquella infeliz señora ha sido recogida por un pariente. Los cinco heridos y tres contusos restantes fueron curados en Puente-Genil.

G. Reparaz.

MEMORIAS DEL GENERAL DELLARD.

Se ha publicado recientemente en París un libro que lleva por título el de *Mémoires Militaires du général baron Dellard, sur les guerres de la République et de l'Empire*, escrito curiosísimo en que, al recordar los hechos de armas de su autor, se describen varias de las admirables jornadas de aquel ciclo de triunfos que constituye la mayor gloria de la Francia.

Entre los hechos más notables del general Dellard descuella ciertamente, y así lo hacen notar él mismo y quien presenta sus *Memorias* en un prólogo tan erudito como oportuno, el en verdad extraordinario del paso del río Linth, al frente del ejército austriaco, la víspera de la gran batalla de Zurich, reñida, como todo el

MADRID.—INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.



ALREDEDORES DEL EDIFICIO Á LA LLEGADA DE SS. MM.

EL SALÓN DE RECEPCIONES, PREPARADO PARA LA CEREMONIA INAUGURAL.

(Del natural, por Comba.)



MARRUECOS.—CASAMIENTO DE UN MAGNATE MORO.—ACOMPAÑAMIENTO DEL NOVIO Y DEMOSTRACIONES DE JÚBILO DESPUÉS DE LA BODA.

(Dibujo del natural, de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.

mundo sabe, el viernes 25 de Septiembre de 1799. El ilustre general describe ese paso con *amore*, como es de suponer en quien atribuye á su hazaña el logro de victoria tan señalada, en que Massena, el después llamado *L'enfant chéri de la Victoire*, salvó, según Dellard, la Francia, impidiendo que se trasladase á ella el teatro de la guerra y las vejaciones, requisas y violencias, los horrores, en fin, que son la secuela de una invasión extranjera. Pero al recordarlo á sus lectores, no ducho, sin duda, en materias históricas, ó dando al desprecio glorias que no pertenezcan á la *Gran Nación*, dice que aquella su empresa no había tenido ejemplo hasta entonces *(entreprise sans exemple jusqu'alors)*.

Y esto no es exacto, ni mucho menos: no pasa de ser una aseveración excesivamente gratuita, y prueba elocuentísima de que hay todavía en la culta Francia gentes cuyos conocimientos históricos no han llegado á salvar sus fronteras geográficas. Porque, aun encerrándonos también en tan reducido círculo como el de nuestra nacionalidad, podemos los españoles alardear de varias empresas militares como la del general Dellard y, entre ellas, de dos que no desmerecen en nada de la brillante ejecutada por él la noche del 2 al 3 Vendimiario del año VIII de la República francesa.

Vamos en primer lugar á extractar fielmente el relato que de ella hace el general Dellard, para luego compararla con las á que se refiere nuestro aserto; esperando así justificarlo mejor para gloria de nuestro país y de sus incomparables soldados.

El ejército francés se hallaba concentrado frente á frente del austriaco, con su derecha en Laken, el centro en la montaña de l'Albis y la izquierda en el Limmat. Faltaban barcas con que cruzar el río, sobre todo en el ala derecha, donde un extenso lago y el anchuroso y profundo Linth cubrían las posiciones enemigas hasta hacerlas de un acceso muy difícil. Ante esos obstáculos le ocurrió al general Dellard, entonces ayudante mayor del tercer batallón de la 163.ª media brigada de infantería, la idea de reunir todos los nadadores del ejército, con los que prometió al general Soult cruzar el Linth frente á los reductos austriacos, sorprender y degollar á sus guardadores, clavar su artillería y, marchando en seguida sobre su campamento, meter en él el espanto y la muerte, mientras los franceses echarían tranquilamente su puente para, uniéndose á los nadadores, completar la derrota del enemigo. Soult dudó un momento si aceptar una proposición que suponía impracticable; pero al fin la acogió, y si no los 600 nadadores que Dellard creía necesarios, le proporcionó 250, provistos de pistolas, alabardas, picas y sables, armamento el más propio, según el valeroso Mayor, para la ejecución de su empresa.

Apercibidos así, y después de un ensayo hecho en el lago próximo al campamento á presencia del futuro Duque de Dalmacia, y de un reconocimiento nocturno en que el autor del proyecto, con un guía á su lado, recorrió nadando la orilla derecha del Linth para elegir el punto más conveniente en que saltar á tierra y el en que debería echarse el puente para el paso del ejército, Dellard reunió sus hombres, entre los que iban diez tambores y cuatro trompetas, y á las altas horas de la noche se lanzó con ellos al agua.

Pero oigámosle en su interesante narración de tan gloriosa jornada.

«La tropa—dice—que yo mandaba, se hallaba bien dispuesta. Su valor y sus alientos parecían igualar á su impaciencia por habérselas con los austriacos, que no podían presumir el medio que se iba á emplear para obligarles á abandonarnos sus posiciones.

»A media noche les hice distribuir aguardiente, que era necesario por el frío bastante fuerte que se sentía. El río, además, iba crecido por el derretimiento de la nieve, y estaban inundados los muchos fosos ó zanjas que había en aquellos pantanos. Urgía, pues, no para animar á los nadadores, sino para ayudarlos á soportar las fatigas de su expedición, fortificarlos con aquella bebida.

»A la misma hora las tropas del cuerpo de ejército principiaron á concentrarse en Bilten, formando en batalla, á cubierto de las cercas y tapias, en las praderas próximas al punto principal de paso.»

Dellard entonces, era la una, salió de aquella aldea, cruzó el pantano con las mayores precauciones para llevar sus hombres reunidos, y hora y media después se hallaba á la margen del río, donde les dirigió una arenga que ni la de Enrique IV á sus soldados de Ivry, dándoles al fin la contraseña de *¡Vencer ó morir!*

«En aquel mismo instante—añade en sus *Memorias* el bravo general—me arrojo al agua, rodeado de siete oficiales que nadan á mi altura. La tropa nos sigue, y muy pronto dejamos todos la orilla izquierda. Algunos, arrastrados por la rapidez de la corriente, son llevados por ella muy lejos y no pueden ganar la margen derecha; otros, poco nadadores, se ahogan sin poder recibir socorro de los demás camaradas, que comprenden la necesidad de llegar cuanto antes.

»Yo toco el primero la orilla opuesta. Un pilote, apoyo de un dique, hace difícil nuestro arribo. Lo franqueo, y me pongo de pie en el dique. Suena el pito, y se reunen los nadadores. Mientras los junto, uno llamado Bergon, ayudante subalterno *(sous-officier)* y compatriota mío, muerto más tarde de teniente coronel en Portugal, sorprende y mata á un centinela, cuyos gritos no han logrado dar la alarma á los de su campamento.

»Marchamos inmediatamente sobre los puestos enemigos, cuya situación me era conocida; no necesitando sorprender más que dos para tener el campo libre hasta las espaldas del batallón austriaco que custodiaba el reducto principal á cuyo frente debía nuestra división efectuar su paso. Aquellos dos destacamentos dormían en derredor de una hoguera medio apagada, y los primeros nadadores los despacharon á lanzazos, sin por eso retardar nuestra marcha.

»El pantano que atravesábamos á la desfilada, unos detrás de otros, retrasó, eso sí, un poco el movimiento por su gran profundidad y la espesura de los juncos y otras plantas de que estaba cubierto, pero que, en cambio, nos ocultaban preservándonos de cualquiera otro contratiempo hasta el instante más favorable para nuestro ataque.

»Me detuve á cincuenta pasos de los austriacos, muy preocupados del ruido que hacían nuestras tropas en la orilla izquierda al establecer el puente hacia el que dirigían un fuego muy vivo. A favor de aquel desorden, los nadadores formaron en una sola línea; y después de haber desatado nuestras lanzas, nos precipitamos sobre los atrincheramientos enemigos y degollamos á cuantos los ocupaban. Los austriacos, sorprendidos y espantados de ataque tan brusco, apenas si se detuvieron á defenderse; la mayor parte perecieron sin hacer resistencia; algunos se precipitaron al río y no nos quedamos más que con uno para que nos condujese á los otros reductos, que rompieron el fuego al emprender nosotros el ataque.

»Durante aquel tumulto me lancé yo al parapeto, para anunciar á los nuestros que nos habíamos apoderado de la orilla derecha y que podían echar el puente. En cuanto nos oyeron, las tropas pidieron á gritos volar en nuestro auxilio, y las dos barcas que poseíamos, nuestro único recurso para el paso del río, fueron al momento lanzadas al agua con 50 carabineros de la 25.ª media brigada de infantería ligera, mandada por el jefe de brigada Gaudinot. El primer embarco corrió los mayores peligros, á causa del mal estado de las embarcaciones, y debió su salvación á los nadadores que fueron en su socorro.

»Entretanto, yo completé mi expedición marchando precipitadamente sobre otros dos reductos, de que me apoderé, cuyas piezas fueron clavadas y sus presidiarios degollados ó dispersos. De allí nos dirigimos al campamento, que no se movía aún, ignorante de cuanto sucedía por lo lejos que estaba, pero que se levantó en el mayor desorden al oir nuestros gritos, nuestras trompetas, nuestros tambores y pistoletazos. Lo que acabó de meter en él la confusión y el espanto fueron los gritos de *¡Sauve qui peut! ¡Nous sommes trahis!* que hice dar en alemán á algunos nadadores alsacianos, que al mismo tiempo nombraban los regimientos que atacábamos, y cuyos números y nombres me había yo procurado, especialmente el de Bender, que formaba á la cabeza del campamento.

»En un instante los 10.000 austriacos que despertamos tan bruscamente, apelaron á la fuga y se precipitaron en masa á la aldea de Schänis. El general en jefe Hotze, que ocupaba la abadía, sorprendido á su vez y no sabiendo á qué atribuir terror tan extraordinario, se lanzó casi desnudo hacia sus tropas tratando de reunirlas.—*Estáis deshonrados para siempre*—les dijo—*si no recobráis vuestras posiciones. Huís cobardemente de un puñado de hombres desnudos. Rehaceos solamente y es segura su muerte.*

»En aquel momento, un nadador dió al general Hotze un lanzazo en la rodilla y le intimó se rindiese, aunque en vano: ocupado únicamente en reunir sus soldados, no pensó en el peligro de que estaba amenazado y sucumbió sin lograr restablecer el orden: un grano de metralla que le dió en el estómago lo tendió muerto.....»

No necesitamos seguir traduciendo la narración del general Dellard, para que se comprenda y aprecie en todo su mérito el acto verdaderamente heroico que ejecutó, y al que se debe en buena parte el éxito de la jornada de Zurich, en el ala derecha, sobre todo, que mandaba Soult; acto citado, aunque sin el nombre de su autor, en la obra de Thiers, y equivocándolo en las de otros historiadores franceses. Ése solo hecho, como dice muy bien el que escribe el prólogo de sus *Memorias*, «es una de esas maravillas de audacia que hacen eterna la gloria de un cuerpo de tropas y han llegado á tenerse por clásicas.» «Si Dellard, añade, conociendo aquellos tiempos, hubiera sido sargento, habría seguramente obtenido su estatua.»

Y ahora vamos á ver si ha sido única, sin ejemplo, como él dice, la hazaña del general Dellard.

Podríamos citar, según llevamos indicado, algunas más ó menos semejantes ejecutadas por los españoles en varios trances de su accidentada historia militar. Sin embargo, nos limitaremos al recuerdo de dos, que vienen aquí como de molde para refutar la jactanciosa aserción del bravo general francés en su interesante autobiografía.

No hay en España, ni debiera haber en parte alguna del mundo civilizado, quien desconozca la jornada de Mühlberg, en que nuestro invicto Emperador humilló el orgullo y las armas del Elector de Sajonia, cabeza de la rebelión protestante, que hubo de perder allí su libertad, ya que no la vida que debió á la generosidad de su adversario. Acostumbrados los españoles á no dar importancia á detalles que, sin embargo, interesaban mucho para el éxito de sus operaciones militares, tan comunes eran, tan de todos los días, hechos que más que á ellos admiraban á sus enemigos, han dado poco valor á un episodio de aquella batalla que preparó el establecimiento del puente por donde habría de cruzar el Elba el grueso del ejército católico para arrojarse sobre el de los luteranos. No se contaba con barcas suficientes, pero veíanse algunas en la orilla derecha del río, aunque á punto de ser incendiadas por los enemigos, temerosos de un golpe de mano por parte de los españoles, de quienes todo era de esperar dada su reputación de temerarios en cualquier género de empresas, mejor cuanto más aventuradas, peligrosas y extraordinarias fuesen. Convenía apoderarse inmediatamente de las barcas; y diez españoles, con Sancho Dávila á su cabeza, y las espadas sujetas por los dientes, se lanzaron al agua, y llegándose á nado á la margen opuesta, dieron buena cuenta de los marineros y de cuantos luteranos acudían á defender aquellas embarcaciones, que así pasaron á completar el número de las necesarias para la construcción del puente. Esta feliz maniobra se ejecutó al frente del ejército del Elector, apoyada tan sólo en uno de los flancos por algunos arcabuceros, que también se metieron en el río, y con el agua al pecho mantuvieron en los rebeldes la ilusión de que aquel sitio era por donde el Emperador se proponía atacarlos.

Es verdad que nada entonces lograba resistir el ímpetu de nuestros compatriotas los soldados españoles, cuyo número en los ejércitos era el único que contaban sus enemigos al calcular las probabilidades de éxito en sus proyectos y operaciones; y es verdad también que en tan hazañosa empresa hizo sus primeras armas el que por sus bríos no tardaría en ser apellidado *El rayo de la guerra*.

Pero á este episodio rigurosamente histórico de la batalla de Mühlberg, excede, si no en riesgo, en importancia para la ocasión provocada por las *Memorias* del general Dellard, el del también tan celebrado paso de los canales de Tholen á Duveland y Zierikzée, en Zelandia, por las gentes de Juan Osorio de Ulloa y Cristóbal Mondragón, durante el gobierno del comendador Requesens en los Países Bajos.

Era necesario combinar los esfuerzos de nuestros peones con las maniobras de la escuadra, regida, en función tan extraordinaria como la con que se había proyectado ocupar el puerto de Zierikzée, por el mismo heroico castellano que hemos visto á la cabeza de los nadadores de Mühlberg. No podía sola emprender la operación por la derrota reciente de la que mandaba el almirante M. de Glimes; pero serviría para, acompañándolas junto á la costa, dar calor á las tropas á quienes se encomendó tan arriesgada expedición como la de asaltar aquellas islas, guarnecidas de muchos de los rebeldes al apoyo de los navíos holandeses, vencedores en el desgraciado combate de Bergen.

El Comendador reunió en Tholen unos 3.000 hombres, entre españoles, walones y alemanes de los tercios de Romero y Valdés, de las coronelías del Conde de Rus, Mondragón y Verdugo, de las banderas del conde Hannibal y Montes de Oca, y dos de gastadores afectas á las de uno de aquellos capitanes, cuyos nombres recordarán seguramente con orgullo nuestros lectores.

Lo primero que debía hacerse era reconocer el brazo de mar que separaba á Tholen de Philipsland, y los que lo intentaron halláronse con la armada rebelde, dispuesta á impedirles el paso, con lo que se volvieron, informando que iba á ser mayor el número de los soldados que se perderían al vadear, que el de los que pasaran á salvo el canal, aun en la menguante del mar. Pero no era la gente que llevaba Requesens de la á que arredraran las olas, ni los navíos enemigos, ni los cañones y las picas de sus tripulantes; y entre la arriscada que rodeaba al Comendador, solicitó Juan Osorio de Ulloa la honra de acometer la empresa, confiando ejecutarla felizmente. Accedió Requesens, pero con la condición de que un sargento con doce soldados y un guía reconocieran de nuevo el vado, de noche por supuesto, y en la bajamar. Y aquellos valientes, con quienes quiso compartir la hazaña un paje de Sancho Dávila, tan emprendedor se conoce como su amo, «se metieron, dice Bernardino de Mendoza allí presente, á vadear la buelta de la armada de los enemigos: si bien hazía la noche muy clara por auer luna, q acertó á escurecerse con un nublado, que les fué de mucho proncebo para no ser descubiertos de los rebeldes, por pasar por medio de su armada que estaua diuidida en dos partes, á tiro de arcabuz la vna de la otra.»

Los expedicionarios llegaron al dique de Duveland; allí se dividieron, dirigiéndose el sargento á la izquierda, y á la derecha el paje, que, por haber sido descubierto de los enemigos, que al instante tocaron alarma, hubo de unirse á sus camaradas para volverse todos, por donde habían ido, al campo español. Vista la posibilidad de vadear aquel canal, celebró el Comendador uno como consejo de guerra, del que, después de un largo y muy reñido debate, salió la resolución de emprender el paso, no sin que algunos dijeran «ser más locura, que deseo de acertar». Fundábase principalmente tan temerario acuerdo en la experiencia del socorro llevado por Mondragón á la isla de Targoes, vadeando un brazo de mar de tres leguas, y de haberse ganado así también la de Finart.

Y véase ahora el modo y las circunstancias con que se llevó á ejecución aquella extraordinaria empresa.

Requesens hizo dar á los expedicionarios, que eran unos 1.500, un par de zapatos á cada uno, unas alforjuelas con dos libras de pólvora en un lado y otras tantas de queso y bizcocho en el otro, colgadas, por supuesto, al cuello, y el arcabuz, la espada ó la pica en las manos ó la cabeza. Juan Osorio, con los españoles, iría de vanguardia, seguido de los alemanes, los walones y gastadores, cerrando la retaguardia Gabriel de Peralta con su compañía, de españoles también, á quienes bien se ve que se confiaban los puestos de más peligro y los cargos de mayor desempeño. Sancho Dávila y Mondragón irían embarcados, el primero como almirante que era de la Armada, y D. Cristóbal como gobernador de Zelanda, á que pertenecía el archipiélago en que se operaba.

También, como Dellard á los nadadores del Linth, arengó el célebre Comendador mayor de Castilla á los españoles y naciones que se ofrecían á una jornada que hacía esperar, á los que salvaran el peligro del mar, el encuentro de innumerables enemigos en el dique de Duveland, bien parapetados en sus trincheras y fuertes, con todo género de armas, á pie firme y descansados, contra pocos, desnudos y con la fatiga de tan largo y difícil tránsito. Llegados á Philipsland á la luz de una magnífica aurora boreal, según aparece de las señales con que la describen los historiadores de aquel suceso, acaecido el 28 de Septiembre de 1575, lanzáronse al agua en el orden que acabamos de indicar desde el cabo más saliente de la isla, como punto el más próximo á la de Duveland, primer objetivo de la expedición.

He aquí cómo Bernardino de Mendoza describe el paso, desde que con el agua al pecho, siguiendo todos una misma dirección, uno á uno ó dos á dos, y con las armas en alto, se fueron internando en el canal.

«Llegados—dice—al canal mayor donde estaba la armada rebelde, que era treynta y ocho nauíos gruessos con mucha artillería y gente, y docientas barcas de remo con soldados que auian traydo para impedir el passo.

»Luego que vieron el ruydo del chapatelear, y açotar el agua nuestra gente, diuidieron los rebeldes la armada en dos partes, poniéndose enfrente la una de la otra á tiro de arcabuz, por ser el passo, y forçoso á nuestra gente el auerle de seguir por medio de los rebeldes, que diuidieron assi mismo en dos partes las docientas barcas de remo, acercádolas

al mismo passo: el qual dexauan abierto en forma de carrera, como era fuerça que lo hiziessen por no darles agua la menguante con el mucho lodo y baxios, y ser de noche para cruzar de la vna á otra parte con las barcas, caminando nuestra gente en medio de las hileras de su armada, con no poco cansancio por el mucho lodo y aguas, sin poderse aprouechar de las armas para el combatir, endereçando siempre con la mira al fuerte de Oostduuelandt, que era el fin del vado, y distancia (como he escrito) de legua y media. La armada de los rebeldes disparó toda su artillería luego que descubrió á nuestros soldados en medio dellas, saludándolos con continuas saluas y tempestad terrible de arcabuzazos y cañonazos, diziéndoles: Donde vais, malauenturados, que os hazē ser perros de agua, y tal locura como hazer trincheas y cestones de vuestros cuerpos para resistir nuestra artillería: palabras que los animauan más para acabar la facción, á quien guiaua Juan Osorio, apresurándose lo más que le era posible, por no perder la menguante, que ya en este tiempo se auía acabado. Y los rebeldes teniendo más agua para sus barcas, llegauan á herir á los nuestros con unos instrumentos de la manera que los con que baten el trigo para sacar el grano de la paja: los quales son vn palo gruesso de dos varas de largo, y al cabo dél se atan, con vnas correas de pellejo de anguilla, otros dos palos ó tres redondos, de largo de vna vara y gruesso de tres dedos geométricos en diámetro, que vienen á herir y dar gran golpe cō el estar colgados de las correas, y tomar ayre quando se menea el palo de las dos varas que se tiene en la mano, y se quiere dar con él: juntamente lleuauā otros palos con cadenas y otros garauatos con que asían á nuestros soldados, tirándolos á las barcas.

»En este tiempo auía la Vanguardia passado la armada de los rebeldes, á quien ayudaua la creciente para cargar en nuestros soldados, que siempre se apressurauan, auiendo sido herido de vna pieça de artillería Isidro Pacheco, de que murió, animādo á la gente le dexassen, y passassen adelante.

»Don Gabriel de Peralta, que recogía la gente de Retaguardia (como apunté), llegó á media noche al canal mayor, no auiendo podido hazer más diligencia, por yr los soldados en hilera; y aunque el agua crecía demasiadamente por la marea, y veía que le sería dificilísimo el vadear, se resoluió de arriscar la vida, y de sus soldados, antes que poner en disputa la honra: y assi caminó con el más apresurado passo que pudo, hasta mezclarse con los gastadores que eran los últimos de la batalla, hallando muchos dellos ahogados por llegar el agua á las gargantas. No obstante lo qual hazían lo que era en sí él y los de la Retaguardia para acabar de passar aquel canal, si biē fuesse á nado; mas la corriente en mitad del, por la mucha furia que ya tenía, los echó á la misma parte donde auiā dado principio al vado, y allí se entretuuo hasta venir el día que el Comendador Mayor los descubrió desde el dique, auiendo estado toda la noche aguardando á ver el sucesso.

»Al rebosar la creciente á don Gabriel de Peralta en el canal mayor, se hallaua ya Juan Osorio con la Vanguardia, y batalla tan adelante, que la armada de los rebeldes no podía hazer más daño en la gente, auiéndose perdido pocos Españoles, y algunos Alemanes y Walones, no saluándose de los docientos gastadores sino solos diez: y aclarando el día se vió Juā Osorio cerca del dique, que era el fin del peligro del vado, y principio del que se esperaua, auiendo de venir á las manos con los enemigos que los aguardauan en él, y no posible el boluer atrás, que pudiera obligar á nuestros soldados al combatir con resolución y vender sus vidas biē caras, quādo no la huuierā mostrado tan grande y valētía en el vencer los contrastes y peligros passados.

»Juan Osorio de Ulloa, hecha oración, apellidando á la gloriossima virgē María por nōbre, y al Apóstol Santiago, como acostumbran los Españoles, cerró con el dique, acompañándole quinze ó veynte Españoles, por no poderle seguir los demás, cō el estar algo lexos, y tras yr desnudos cō las espadas y picas en las manos, puso tanto miedo su determinación, que diez vanderas q los rebeldes tenian en el dique de Frāceses, Ingleses y Escoceses, todos soldados viejos que gouernaua Monsieur de Boisot, para defender la entrada de la Isla, biē atrincheados, la desampararon vergonçosamēte, por no hazer otra defensa q tirar la primera ruziada de arcabuzería, q no hizo ningún daño en nuestros soldados q les fueron executando. Monsieur de Boisot murió entre su propia gēte: de la qual algunos se recogieron al fuerte q teníā á media legua de Oostduuelandt; otros al de Viennen, y otros á sus nauíos.»

¿Para qué seguir? Los fuertes todos de la isla cayeron en poder de los españoles, que después vadearon también el canal que los separaba de Zierikzée, llevando á su cabeza á Mondragón, que desnudo, espada en mano, y á pesar del lodo, lama y agua que halló á su paso, llegó á salvarlo, para en seguida cerrar con los quinientos rebeldes que se empeñaron en impedírselo, de los que degolló á la mayor parte.

De esas hazañas, los Países Bajos vieron muchas, ejecutadas por los españoles en la dilatadísima lucha de que fueron sangriento pero brillante escenario. Y cierto que no desmerecen de la del mayor Dellard, aun *bordada* como está en sus *Memorias*, presunción que autoriza la lectura de varios historiadores de la República primera francesa que, al describir la batalla de Zurich, dan sobre ella detalles que contradicen los presentados por aquel general en su, de todos modos, interesante relato. Hay que disculpar esos errores que no puede menos de cometer quien, perdidos sus diarios apuntes, tiene que escribir de memoria, como le sucede también en la narración de su entrada en España con el Emperador, en la del sitio, particularmente, de Madrid en Diciembre de 1808, donde se le ve padecer de sinnúmero de distracciones, resultado indudable de las distancias de tiempo que separaron su acción militar en aquella campaña del en que confió al papel sus recuerdos. *Nihil novum sub sole*, dice el apotegma latino; y aplicado á este caso, ha de hacerse increíble la aseveración del general Dellard, la de no tener ejemplar anterior su brillante hazaña del Linth. La guerra ha ofrecido desde los tiempos más remotos ejemplos iguales ó muy parecidos al dado por él, que ante un examen detenido y con el estudio del arte militar y de sus más clásicas manifestaciones, presenta el carácter de una atrevida y felicísima *encamisada;* de una, tenemos mucho gusto en concedérselo, no única, pero sí de las más atrevidas y felices que, entre otras muchas, conmemora la Historia militar de todos tiempos.

Otra cosa es, créannos los admiradores de Dellard, la del paso de los españoles á Duveland y Zierikzée, la cual participa en algunos de sus episodios del carácter de la del ilustre general francés, por lo de haberse ejecutado de noche y con éxito tan grande, hasta por la muerte del jefe de las fuerzas enemigas, pero que se llevó á cabo superando los obstáculos que habría de oponerle el mar en sus, aunque conocidas y previstas, rudas inclemencias, y un enemigo, no confiado y hasta dormido como el austriaco de Zurich, sino esperando á nuestros compatriotas con navíos é ingenios que los sepultasen en las aguas, y bien armado y cubierto de fortificaciones en tierra. La historia ha hecho justicia á todos; y á Sancho Dávila, á Mondragón, á Osorio de Ulloa y á otros españoles, que la brevedad de este escrito nos impide nombrar, ha ofrecido en sus páginas un lugar privilegiado que es temerario disputarles, en ocasiones, sobre todo, como la que provoca la lectura de las *Memorias* del general Dellard.

El general José Gómez de Arteche.

TIPOS MADRILEÑOS.

JUANITO SOLO.

I.

Juanito Solo es un hombre que no tiene nada que hacer, nada que pensar y nada que le importe en este mundo, fuera de la propia conservación. Se crió muy delicadito y desmedrado, como hijo que era de un viejo que había sufrido grandes averías en su organismo, y de una joven guapilla, pero tuberculosa, con quien el viejo se casó por un sentimiento de caridad. ¡Buen par de personajes este matrimonio para un drama del sueco Ibsen! El viejo se murió de sus averías, y el hijo heredó el usufructo que aquél poseía, por legado de un hermano, de la renta de una inscripción intransferible, cuyo capital, muertos el viejo y los hijos que tuviera, ha de pasar á la Inclusa, según voluntad expresa del referido hermano, que siempre fué muy aficionado á los niños..... y á las niñeras.

Criándose Juanito, como digo, tan delicado y enfermizo, acostumbráronle desde niño á la vida ociosa, diéronle todos los gustos, evitáronle todo motivo de rabieta, y porque no se debilitara su cerebro no le permitieron estudiar cosa alguna, y así llegó á ser hombre sin más instrucción que saber leer y escribir. Su madre vivió mucho más que lo que ella misma creía vivir, porque mientras vivió siempre se estuvo muriendo; que nunca se ha visto mujer con más alifafes, y cuantos la conocían se asombraban de verla con vida. Y ¡cosa prodigiosa! no murió de la tuberculosis que padecía; falleció á consecuencia de una indigestión de calamares en su tinta, que le gustaban con delirio.

Quedó, pues, solo Juanito Solo con su renta anual de seis mil pesetas, que para él era más que suficiente y le permitía vivir como el pez en el agua, sin trabajar, sin preocuparse de otra cosa que de su salud, observando un régimen muy estrecho, según le aconsejaban los médicos. Ni siquiera había de experimentar las emociones propias de la juventud, porque los mismos médicos habíanle prohibido en absoluto, bajo pena de la vida, las del amor, y de tal suerte le asustaron, que Juanito, sabiendo lo que le sucedería si se descuidaba, cobró un miedo cerval á las mujeres, y sobre todo á las mujeres hermosas.

Dificilillo es, ciertamente, para un joven, por más que sepa por dónde viene la muerte, renunciar á lo que es por naturaleza irrenunciable, el amor al bello sexo; pero en verdad ha de decirse que Juanito podrá no poseer fuerza física, mas lo que es la de voluntad le sobra, pues no se sabe que hasta el presente momento histórico, que ya cuenta mi hombre cuarenta y cinco años largos, haya tenido aventura alguna de amor.

Sírvele como ama de gobierno una mujer de cierta edad, muy buena señora, eso sí, pero horrenda, espantosa; los vecinos de la casa quisieron mudarse creyendo que D. Juanito había llevado á su habitación un orangután vestido de mujer; la cocinera es, si puede ser, más fea que la otra, y contrahecha y patizamba. Con tales ejemplares del bello sexo en su casa, D. Juanito se considera con razón completamente asegurado de incendios.

Vivía muy mal, en completa ociosidad, sin los entretenimientos del amor, sin ocupación alguna en que pasar el tiempo. No podía leer novelas, porque esta lectura perturbaba gravemente el reposo que los médicos juzgan indispensable para que pueda prolongar su vida; las escenas que á lo vivo nos pintan nuestros noveladores al uso, habían de producir notable trastorno en la naturaleza impresionable de Juanito; leyó *Nana*, del famoso Zola, y se puso tan malo, que el médico de cabecera creyó que se le iba al otro mundo el enfermo; y á fe que lo sentía, porque Juanito, con sus aprensiones, es una ganga para el doctor, á quien tiene que dar todos los años buena parte de su renta. Tuvo que renunciar también á frecuentar el teatro, porque las impresiones que recibía eran acaso más peligrosas; que no es lo mismo leer las proezas de *Nana*, que ver la fila de coristas casi desnudas, haciendo piruetas al compás de la música, ó presenciar las escenas de volcánica pasión entre un pillo redomado y la amante de este pillo, una adúltera que no lo ha podido remediar. Sucedía que mi hombre volvía á su casa á media noche bajo la impresión de lo que había visto y oído en el teatro, excitado, nervioso, febril, y aunque le calmaba un poco la presencia de aquel par de estafermos que le servían, tardaba en conciliar el sueño, sentía palpitaciones de corazón, y se pasaba las horas dando vueltas en la cama, sin lograr que se borrasen de su memoria las piernas de las coristas, ni los criminales desplantes del pillo, ni las frases incendiarias de la pícara adúltera, casada, por cierto, con un santo. Y por la mañana había que llamar al médico, que volvía á encarecerle la necesidad de un reposo absoluto de los sentidos, y de no exponerse ni siquiera al olor de hembra.

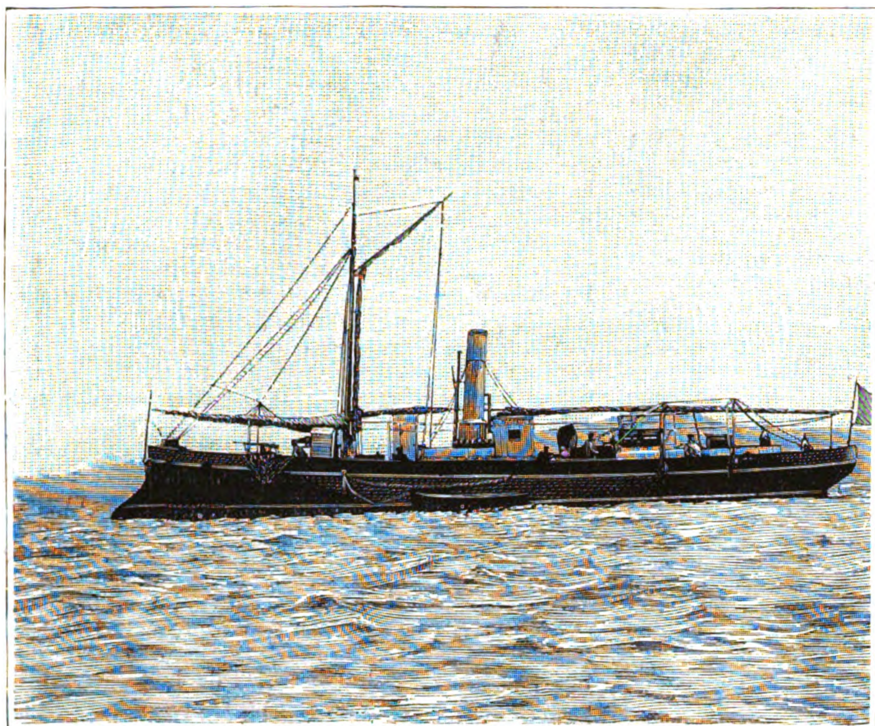
Pero Juanito se aburría soberanamente. Sin lectura, sin teatros, sin familia, sin pasiones de peligro, con pocos amigos, sin disfrutar los placeres del campo, toda vez que tenía que evitar un catarro ó un simple constipado, ni los de la mesa, porque estaba sujeto á un régimen especial de alimentación, del que se había excluído todo lo que no fuera leche de burra por la mañana, de cabra por la tarde y de vaca por la noche, caldo y alones de pollo y filetes transparentes, Juanito sentía la necesidad de ocupar en algo la imaginación, y digo á ustedes que pasó muy malos ratos pensando cómo haría para no morirse de tedio..... Sentía la necesidad de interesarse en algo, de saber algo para no caer en el idiotismo. No tenía, como la mayor parte de los humanos, precisión de luchar por la existencia; su renta le condenaba á la ociosidad y le aseguraba la satisfacción de todas sus necesidades, y el pago de las visitas del médico. ¿Qué había de hacer?..... Al fin, cuando más aburrido y desalentado estaba le ocurrió una idea luminosa:—«Me ocuparé, pensó, en todo lo que no me importa. No hay campo más vasto para una imaginación como la mía.»—Y se suscribió á *La Correspondencia*, después de consultarlo con el médico, que aprobó este acto, no viendo en semejante determinación peligro inmediato para la vida de su cliente.

II.

Hace diez años que Juan Solo tomó esta resolución, y desde entonces vive mejor, y vive honesta aunque inútilmente entretenido; con lo que ha mejorado de salud, muy á satisfacción del médico, que ve cada vez más lejos el día de cesar su cliente en el usufructo de que él también participa.

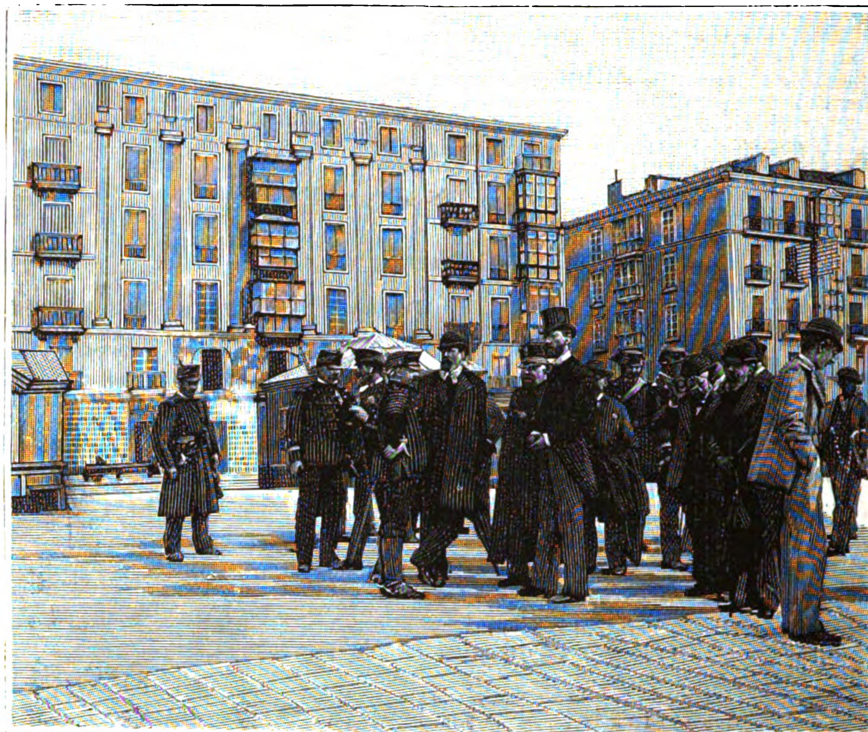
En esos diez años, desde que se suscribió á *La Correspondencia*, Juan Solo se ha interesado vivamente en cuantos sucesos han ocurrido en el mundo, se ha interesado en todo lo que no le interesaba absolutamente. Los acontecimientos políticos de Europa y América; los grandes crímenes; el de la calle de Fuencarral y el posterior de la calle de la Justa fueron su encanto de muchos días; el nihilismo, el anarquismo hicieron sus delicias, y, por último, la cuestión de Melilla ha sido para él un tesoro copiosísimo de curiosísimas noticias, de documentos del género cómico más subido, de cartas preñadas de mentiras, que D. Juan guarda cuidadosamente..... Todo le ha apasionado por modo extraordinario, y en esta deleitosa preocupación de lo que no le importaba personalmente ha encontrado el alivio, ó mejor dicho, la curación de aquel hastío que le habría llevado al sepulcro, aumentando, bien contra su voluntad, en 6.000 pesetas las rentas propias de la Inclusa y Casa de Maternidad de esta corte. El médico no ha podido menos de reconocer, en vista de un caso tan evidente, que la lectura de los periódicos de noticias, aunque no figura en la Farmacopea entre los remedios de que dispone la ciencia de curar, es un medicamento que produce los mejores efectos en los individuos que padecen melancolía, debida á diversas causas. Juanito está de tal suerte persuadido de que á las noticias de sensación debe su mejoría, que, en agra-

SANTANDER.—VOLADURA DE LOS RESTOS DEL «CABO MACHICHACO».



EL TORPEDERO «CONDOR», ENVIADO PARA AUXILIAR LOS TRABAJOS DE LA VOLADURA.

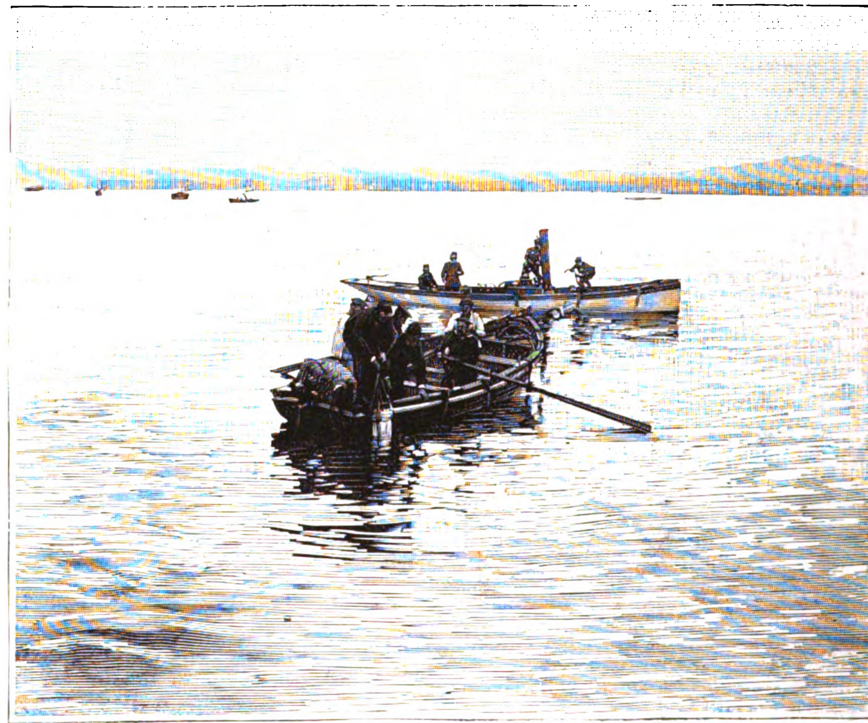
(De fotografía de D. A. Urtasun.



LAS AUTORIDADES PRESENCIANDO LOS TRABAJOS PREPARATORIOS DESDE EL MUELLE DE PASAJEROS.

(De fotografía de D. A. Gomar.)





PREPARATIVOS PARA LA VOLADURA.—LA COLOCACIÓN DE LOS TORPEDOS.

(De fotografías de D. A. Gomar.)



JEFES Y OFICIALES DE INGENIEROS COLOCANDO LOS HILOS CONDUCTORES PARA LA VOLADURA.

(De fotografía de D. A. Gomar.)



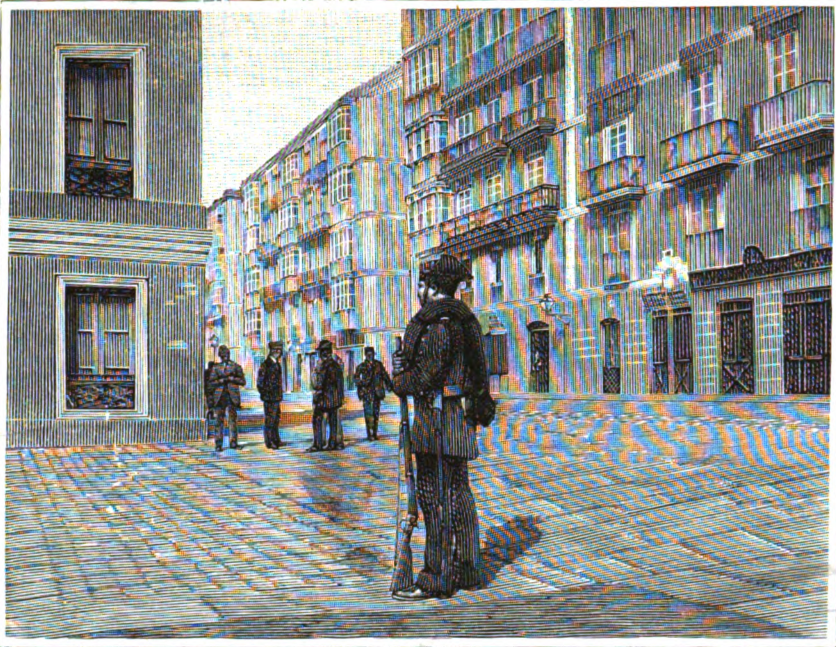
EN LAS ROCAS DEL SEMÁFORO.—CURIOSOS PRESENCIANDO LAS EXPLOSIONES.

(De fotografía de D. P. Urtasun.)

SANTANDER.—VOLADURA DE LOS RESTOS DEL «CABO MACHICHACO».



TOQUES DE CLARÍN AVISANDO QUE VA Á VERIFICARSE LA VOLADURA.



ACORDONAMIENTO DE LA ZONA PELIGROSA.



RETÉN DE INGENIEROS MILITARES, EN TRAJE DE FAENA.



LOS PRESOS DE LA CÁRCEL PÚBLICA INSTALADOS PROVISIONALMENTE EN LA PLAZA DE TOROS.



BARRACA LEVANTADA EN EL SARDINERO PARA ALBERGUE DE FAMILIAS POBRES.

(De fotografías de D. Zenón Quintana.)

decimiento, no sólo está suscrito á *La Correspondencia*, sino á los demás periódicos de gran circulación, que distraen su ánimo, excitan su curiosidad y le estimulan insensiblemente al trabajo, un trabajo que no carece de mérito.

Juanito lleva un curioso estado del número de fetos que han sido enterrados en los diez últimos años. Tiene un cuaderno donde todos los días apunta el número de aquellos seres malogrados que *La Correspondencia* menciona, y ya ha escrito varias cartas al Director del popular periódico solicitando que para mayor exactitud y claridad de la estadística que él hace, se diga á qué sexo pertenecen, es decir, como dice Juanito, que se sepa si son fetos ó *fetas*. Sin esto resulta deficiente trabajo tan importante. También lleva en otro cuaderno la estadística de las corridas de toros. Á él le está prohibida esta fiesta, porque podría sufrir alguna impresión demasiado fuerte. Sabe cuántos testarazos han sufrido los picadores, cuántas veces se han apeado por las orejas, cuántos caballos han entregado á la furia de la res, y, en fin, todos los detalles de cada corrida; con lo que Juanito asiste á los toros sin moverse de casa, y puede dar razón, si hay quien lo quiera saber, de la fecha del día en que salió por pies el *Chinche*, huyendo de un toro que le ayudó con el hocico á saltar de cabeza la barrera, y la de aquel otro lance en que al *Chacho* le desnudó la fiera en medio de la plaza, y con este motivo, comentando el suceso, se pegaron azotes en el 5 dos chulas, enamoradas ambas del desnudo. ¡Poquito que se divierte Juanito Solo repasando su *memorandum* taurino, en que ha anotado todas estas noticias! Él tiene tomada nota de las veces que el Sr. Muniesa, presidente del Círculo de la Unión Mercantil, ha ido, presidiendo comisiones, á visitar á los Ministros y otros personajes conspicuos, en demanda de medidas convenientes al comercio, ó en protesta contra resoluciones ministeriales; él lleva la cuenta de los enterramientos durante tan largo período; posee, como documento para la historia, las fechas de todos los banquetes, inauguraciones, *meetings* y funciones diversas en que ha tomado parte el infatigable gobernador Sr. Aguilera; ha hecho una estadística de los suicidios, de los atropellos del tranvía, de las cartas de Ruiz Zorrilla que han publicado los periódicos para mantener el fuego sagrado en los varoniles pechos de los correligionarios; tiene con toda exactitud apuntadas las fechas de los días en que han celebrado conferencia con el Sr. Sagasta los amigos D. Venancio González y D. Manuel Becerra; posee, cortados y pegados en cuartillas, todos los anuncios del Dr. Garrido, alternados con los sueltos en que se da cuenta de los proyectos de todos los Ministros habidos en los diez años para curar las enfermedades crónicas que padece el país, y hasta se ha entretenido en seguir la historia de *El Chalao*, *El Pulgón*, *El Chato*, *El Chiribitas*, y otros individuos, pertenecientes al numeroso gremio de timadores, espadistas y descuideros, y sabe cuántas veces han entrado en la cárcel por no pagar las multas que la autoridad civil les ha impuesto como blasfemos. Por último, conserva, copiadas de los periódicos, en un cuaderno, las frases memorables que han pronunciado en la capilla los reos de muerte, ejecutados en el indicado período. Es cosa curiosa.—«*¿Para qué?.....*»—dijo el *Mellao*, al aconsejarle un hermano de la Paz y Caridad que tomase un vasito de Jerez, con lo que recobraría fuerzas. «¡Qué guasa!»—murmuró la pobre sentenciada H... B.., cuando le dijeron que se la admitía como cofrade en la citada Hermandad.

Ahora le preocupa extraordinariamente el testamento falso, y ya tiene en una carpeta las noticias todas que los periódicos publican sobre tan enmarañado asunto. Por la noche lee á su ama de gobierno y á su cocinera los detalles nuevos de la prensa, y les dice: «No haya miedo que me hagan á mí un testamento falso. El capital que yo tengo en usufructo es de los chicos de la Inclusa, y ni siquiera necesito hacer testamento legítimo. Chasco se lleva quien pretenda heredarme.»

Este es D. Juanito Solo; un hombre que no sabe nada, que no ha trabajado jamás, que no ha servido á nadie nunca, que no piensa más que tonterías, que no se divierte, que no le conoce nadie ni él conoce á nadie, que no le impresiona la hermosura de la mujer, que no tiene ningún afecto, ninguna aspiración, que no siente ni padece, que vive, en fin, sin pena ni gloria. Cuando se muera no lo sentirá nadie, ni siquiera las dos fieras que le sirven y que ya tienen sus ahorritos del salario que les da y de lo que le sisan. En cuanto cierre el ojo el amo, ya lo tienen pensado, la vieja se llevará los dos cubiertos de plata, y la otra el reloj que usa D. Juan, un reloj que fué de su abuelo y que está parado hace quince años.

Carlos Frontaura.

LOS TEATROS.

Novelli en el teatro de la Comedia.—Madame Montbazon en el de la Princesa.

Terminada la campaña de Emilio Mario en el teatro de la Comedia, anuncióse la de Ermete Novelli con una compañía no inferior á la que con él había funcionado en el mismo teatro en los meses de Mayo y Junio de 1888, figurando en ella artistas conocidos de nuestro público, como Olga Giannini, que ha ganado mucho terreno en el arte con las lecciones y la habilísima dirección de su gran maestro.

Al despedirse de nuestro público hace seis años con el monólogo titulado *Condensiamo*, las últimas palabras del primer artista escénico que hoy tiene Italia fueron: «No os digo *¡adiós!* sino *¡hasta la vista!*» Y las pronunció con la conmoción sincera del actor satisfecho de su obra y agradecido á las muestras de admiración y afecto de un público inteligente, ya que no siempre numeroso.

Cúmplense al fin los deseos de Novelli, y, al reaparecer en el mismo escenario, se encuentra con que el público no responde á su llamamiento artístico en la medida que podían hacerle esperar los antecedentes lisonjeros.

¡Oh! las leyes de la moda son inexorables, y ese público aristocrático que tanto favorece con su importantísimo abono el elegante teatro de la calle del Príncipe, no viéndose llamado *á tiempo* por la empresa *primaveral*, se apresuró á darse cita en el teatro del Príncipe Alfonso, donde le llamaban á voces una *diva* admirada antes en el Real, y una nueva *soprano* como la Pinkert, que por su fama competía ya con las Patti, las Paccini y las Nevada.

Aun contando con esa fuga de la reina caprichosa que, como *absoluta*, domina en los grandes espectáculos de la villa y corte, paréceme que el éxito *positivo* de la nueva campaña de Novelli no responde á los grandes méritos del artista, con quien sólo es consecuente el público que podemos llamar *literario*, que le admira y le aplaude todas las noches.

Novelli, no sólo no ha perdido, sino que ha ganado mucho durante su ausencia de seis años, porque es de esos artistas privilegiados convencidos de que el estudio del arte no se acaba nunca, y de que hay que llevar á él los secretos inagotables de la naturaleza, que constituyen inapreciables manifestaciones de los caracteres y de las pasiones humanas.

Novelli, además, ha renovado su repertorio, y en el que trae ahora figuran muy pocas obras del numeroso que nos dió á conocer en su campaña de 1888. Y en cuanto á su compañía, si no corresponde á los títulos excepcionales *d'il capo*, tampoco es peor en conjunto que las que han traído otros artistas eminentes de ambos sexos, así de Italia como de Francia, y rara será la obra en que pueda decirse que el cuadro aparece descompuesto por la más insignificante figura ni en el detalle de menos importancia, porque para artistas de la conciencia de Novelli todos los detalles y todas las figuras importan mucho.

* * *

Con *La Morte civile* empezó el gran actor su nueva campaña, como para significar que no se olvida de que nuestro público, después de haberle estimado como inimitable actor cómico, había apreciado en todo su valor sus altas cualidades de artista dramático en la famosa obra que Giacometti escribió para Salvini, y en la que nuestro Vico ha lucido tantas veces sus facultades.

Con la sobriedad de recursos y la convincente sencillez del que, estudiando á la naturaleza, huye de extremar en el acento como en las actitudes las trágicas situaciones, desde su aparición en la figura del mísero Corrado hasta el momento supremo de la agonía en que, sin palabras, responde el moribundo á aquella inocente niña que por primera vez le llama «padre», el gran actor llega en el camino de la ficción escénica á la más pura y conmovedora verdad de los humanos afectos. La creación que años antes nos había ofrecido Novelli resulta, por decirlo así, agrandada en detalle por galas nuevas que encuentra siempre un arte exquisito.

Dos obras enteramente desconocidas hasta ahora de nuestro público han sido dos ocasiones de triunfo para el simpático gran artista. *La Bisbetica domata*, obra de Shakespeare, humorada cómica, *honda* como de aquel coloso del teatro, grande en medio de la sencillez de la fábula, intencionada y sana por el pensamiento, interesante sin intriga, rebosando gracia natural hasta en los extremos á que llega la influencia dominadora de aquel marido que reduce á incondicional sumisión á una fiera mujer que parecía indomable.

Hay que advertir que la fiera Catalina (Olga Giannini) está con tal arte escénico ensayada por el domador Petrucchio (Novelli), que no hay movimiento de ella, ni el más insignificante, que no sirva para preparar un gran efecto de gesto, de acción ó de dicción del incomparable artista, cuyas palabras van siempre precedidas ó acompañadas por aquellos movimientos expresivos de un rostro nacido para dar fuerza de verdad á toda ficción escénica, alegre ó triste, de gracia ó de sentimiento.

Il burbero benefico es la preciosa comedia de Goldoni cuyas primicias no pudo disfrutar Italia, porque, amargado el gran autor por las persecuciones de la envidia, había ido á refugiarse en París, donde estrenó la citada obra con el título de *Le bourru bienfaisant*, valiéndole, con los aplausos del público, las mayores distinciones del rey Luis XV y de los hombres más ilustres de la Francia de Molière.

Si Goldoni—á quien Voltaire llamó *el pintor de la naturaleza*—pudiera ver á Novelli representando aquel carácter vestido por él con todos los rasgos de la verdad de la naturaleza humana, aseguraría que, en el gesto, en la acción, en la palabra, en todas aquellas bruscas transiciones de lo fiero á lo dulce y compasivo, el fidelísimo intérprete realiza en su arte todas las maravillas que Voltaire admiraba en las obras del autor italiano.

Larga tarea sería señalar uno por uno los méritos que el público y la prensa unánime reconocen en el gran actor, el más completo de cuantos han honrado los escenarios españoles, el que brilla en la tragedia como en la comedia y como en el monólogo. Porque Novelli, en la misma noche en que ha estremecido á los espectadores con los verdaderos arranques de las pasiones más hondas, aparece al fin ante ellos, sin levantarse el telón, ya con la gravedad cómica del inventor tronado y mísero que explica el caprichoso mecanismo de su *Macchina per volare*, ya con aquella sonrisa típica de la *Semplicitá*, monólogo en que un recluta declarado *utile* cuenta sus vivas impresiones cerca del coronel á quien sirve de ordenanza, con mímica tan expresiva, con inflexiones de voz tan propias del personaje que allí representa, que el público se olvida de que está en el teatro, y sólo cuando Novelli desaparece se da cuenta de que todo aquello ha sido obra maravillosa del arte, que reclama aplausos para el gran artista.

Merecía éste, por sus excepcionales condiciones, ser objeto de un estudio extenso que no cabría nunca en las proporciones obligadas de esta clase de artículos. Sin renunciar por mi parte á tarea de tanto empeño, concluyo por ahora saludando á Novelli como á uno de esos pocos mágicos del arte escénico que alcanzan á dejar un nombre glorioso en la historia del teatro.

* * *

Aunque ya con larga historia teatral Madame Montbazon, exigen aquí muy poco espacio su aparición y su trabajo al frente de una mediana compañía de opereta cómica en el teatro de la Princesa.

Todos los periódicos han reconocido los méritos de la artista francesa que en París ha sido celebrada, no sólo por el público, sino por los mismos autores, libretistas y músicos, que se congratulaban de tenerla por primera intérprete de sus obras.

Casi todas esas famosas cantantes de opereta cómica han venido de Francia peor que solas, mal acompañadas, y, si bien ninguna de las compañías ha sido peor que la que últimamente actuó en el teatro Moderno, la de la Montbazon no es superior á otras que en Madrid han actuado, como la de la Granier inolvidable, en mi concepto la más notable actriz y cantante en su género, de cuantas artistas francesas han lucido en nuestros teatros.

Madame Montbazon, como todas, ha venido ya después de dejar en su país un recuerdo grato, pero lejano, de la viveza juvenil, gentileza de figura y frescura de voz, que tanto contribuyen en los primeros años de trabajo escénico á formar las reputaciones ruidosas de esa clase de artistas.

En el repertorio de la para nosotros nueva *divette* no aparece nada desconocido, ni ese mismo *Petit Faust* que las notas y sueltos de contaduría dan por del todo nuevo para Madrid y que ya en los tiempos bufos de Arderíus en el antiguo teatro del Circo fué, con el título de *Faustito*, vivo reclamo para los entonces numerosos partidarios de ese género que adquirió tanta boga por la inspiración de Offenbach, pero que no ha podido desterrar nunca de nuestra escena lírica la verdadera, la pura zarzuela española, que hoy reina todavía con Ramos y Chapí, con Burgos y Chueca,

con Bretón y nuestro más celebrado sainetero.

Uno de los mayores méritos de la Montbazon es para mí la habilidad con que, cantando como recitando, sabe contenerse cuanto cabe en el género atrevido y picaresco que cultiva, sin extremarse jamás en la maliciosa intención de las actitudes, del gesto ó de la palabra, como con tanta frecuencia lo han hecho otras artistas extranjeras y españolas de menos autoridad para con nuestro público.

Su dominio de la escena es completo; canta con afinación y gusto, y representa los tipos que la corresponden en las obras con la posesión absoluta que se adquiere á fuerza de años de constante ejecución de los mismos papeles, en todos los cuales la artista de conciencia se ve obligada, por interés propio, á estudiar nuevos detalles y á afinar y dar mayor relieve á aquellos otros que le conquistaron los primeros triunfos y le valieron los plácemes de los agradecidos autores.

Más que en *La fille de Madame Angot*, con que apareció en el teatro de la Princesa, algo de eso que dejo apuntado se echó de ver en *La Mascotte*, obra que estrenó en París la misma Montbazon, haciendo la protagonista con gran contentamiento del maestro Audran, que entonces tendría para la parte de Pipo un barítono superior á Freich, sin que esto quiera decir que el artista que ahora acompaña en el sentimiento á la primera Betina de la obra no sea más digno de aplauso que otros barítonos extranjeros, aunque bien puedo asegurar, sin exceso de celo patriótico, que nuestro Ripoll y después Bueso han brillado más en el papel del pastor enamorado y del Saltarello intrigante de la corte de Lorenzo XIV.

La Montbazon empezó su breve campaña por donde concluyeron las suyas otras notables artistas de su país: halagando nuestro sentimiento nacional con alegres canciones *de la tierra*. Y aunque—como no podía menos de suceder—el acento y *el aire* no la acompañaron en su buen propósito, siempre es de estimar ese celo por conquistarse las simpatías de nuestro público, que ha sabido agradecer la cortesísima y noble intención de la extranjera, sin dejar de hacer justicia con sus aplausos á los grandes méritos de la célebre artista, estrella fugaz en nuestros escenarios, pero aún con luz fija y propia en los de Francia.

Y he aquí que me falta ya espacio para arreglar mis cuentas atrasadas de cronista con los teatros de funciones por horas, tarea á que me dedicaré en el artículo próximo, dejando para el que ha de seguirle el resumen histórico del año cómico, que debo dar aquí por terminado con el cierre de todos los teatros principales.

EDUARDO BUSTILLO.

6 de Abril de 1894.

ORATORIA.

«—¡Canario! ¿Estamos á siete?
¡Y el trece será el banquete!
¡Qué distracciones las mías!.....
No me queda más recurso
Que *improvisar*..... en seis días
Mi discurso!

Ya no puedo perder ripio.
Quiero decir al principio
Una frase que convenza.
«¿Señores?.....» No..... «¿Caballeros?.....»
No, que hay mucho sinvergüenza.....
«*¡Compañeros!*»

Mientras me miran y callan
Los que mandan callar, y hallan
Todos sitio, yo arrogante
Adelantaré la mano,
En la que llevo el brillante.....
Americano.

Sin perder la posición,
Daré un pequeño tirón
Del puño de la camisa,
Y en esta actitud airosa
Esbozaré una sonrisa
Majestuosa!

Luego..... un trozo muy bajito,
Como quien dice: «No grito
Por no causaros molestia»,
Y según antigua usanza
El alarde de modestia
De ordenanza.

En exordios no hay cuidado.
Vivo siempre preparado
Por si alguien me compromete,
Y entre los que tengo escritos
Debe haber *sus* seis ó siete
Modestitos!

Después entraré en materia
Tratando una cuestión *seria*.
Recuerdo en este momento
Un trabajo expositivo
Sobre..... el amillaramiento
Del cultivo.

Siendo la tesis rentística,
La cuestión de la estadística
Y el catastro viene *ad hoc*
Y hasta el derecho civil,
Y citaré á Maurice Bloc
Y á Stuart Mil!

Esto tiene seriedad,
Algo aburrida, es verdad;
Pero la amenizaremos
Con recursos de oratoria,
Y al efecto..... *picaremos*
En Historia.

¡Esparta! ¡El estilo jónico!
¡El Imperio macedónico!!
Estas cuestiones abultan.....
Y además de ser grandiosas,
¡Lo *clásicas* que resultan
Estas cosas!!

Yo he de llegar de algún modo
Hasta el medioeval período,
Y si lo hago con talento
Y saco á *Savonarola*
Y meto al *Renacimiento*.....
Carambola.

Y tiene que resultar.
¿No resulta Castelar
Un orador de primera?.....
Pues yo lo seré en seguida,
Porque le tengo cogida
La manera.

¡El gran tribuno! ¡Señor!
¿Qué? ¿No hay más que *un* orador?
Pues basta de antonomasias,
Que pronto habrá dos iguales.....
(Salvas las *idiosincrasias*
Naturales).

Yo..... tengo mejor figura,
Más pelo, más estatura,
Y hasta más voz cuando grito
Que el tribuno á quien aludo.....
Sino que soy un poquito
Tartamudo.

Pero del mismo defecto
Pienso sacar mucho efecto
En cuanto la voz ahueque
Y haga, cuando me parezca,
Un *trémolo* que-que-que-que
Que estremezca!

Seguro estoy de que acabo
Y un amigo dice: «¡Bravo!».....
Y le siguen en *crescendo*
Aplausos atronadores,
Que dominaré diciendo
Mi: *¡Ah señores!*

No, lo que es el discursito
Me saldrá *muy redondito*.
¡Los turnos son mis apuros!
Porque á mí me lleva el diablo
Cada vez que doy *dos duros*.....
Y no hablo!

Me ponen para brindar
En undécimo lugar,
Y no hablo ninguna vez
Ni hay forma de que lo intente,
Porque cuando acaba el diez.....
Ya no hay gente!

Pero ya nadie me engaña;
En cuanto llegue el *champaña*,
Me coloco en situación
Mientras lo estén destapando,
Y en cuanto salte un tapón.....
Salgo hablando!»

Así *habló*, no sé en qué mes
Del año setenta y tres,
Un *tal* que logró, por tabla,
Hablar, como pretendía,
Y *habló* desde entonces..... y *habla*
Todavía!!

C. LUIS DE CUENCA.

TÚ Y YO.

¿Nunca viste del mar en las riberas
Una roca aislada,
Ruda y eternamente combatida
Por el choque implacable de las aguas?

¡Ay! que por los estériles empeños
Que esconde entre sus ansias,
Somos nosotros dos de aquella lucha
Copia viva y exacta.

Somos así tú y yo, mujer querida:
Mi corazón, la roca solitaria,
Y las olas que rudas la combaten,
Los muertos sentimientos de tu alma.....

RAFAEL OCHOA.

Segovia, Abril de 1894.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Roma: el Congreso médico y el Congreso político; Crispi, la paz y el presupuesto; los nuevos impuestos del pueblo italiano; la crisis parlamentaria; ¡ó sumisión ó disolución!; la paz armada y el odio internacional.—*Norte América:* la sociedad A. P. A. contra los católicos; actual estado de la lucha; los sermones y discursos de Mons. Ireland, según la obra *L'Eglise et le Siècle* de Mr. F. Klein.

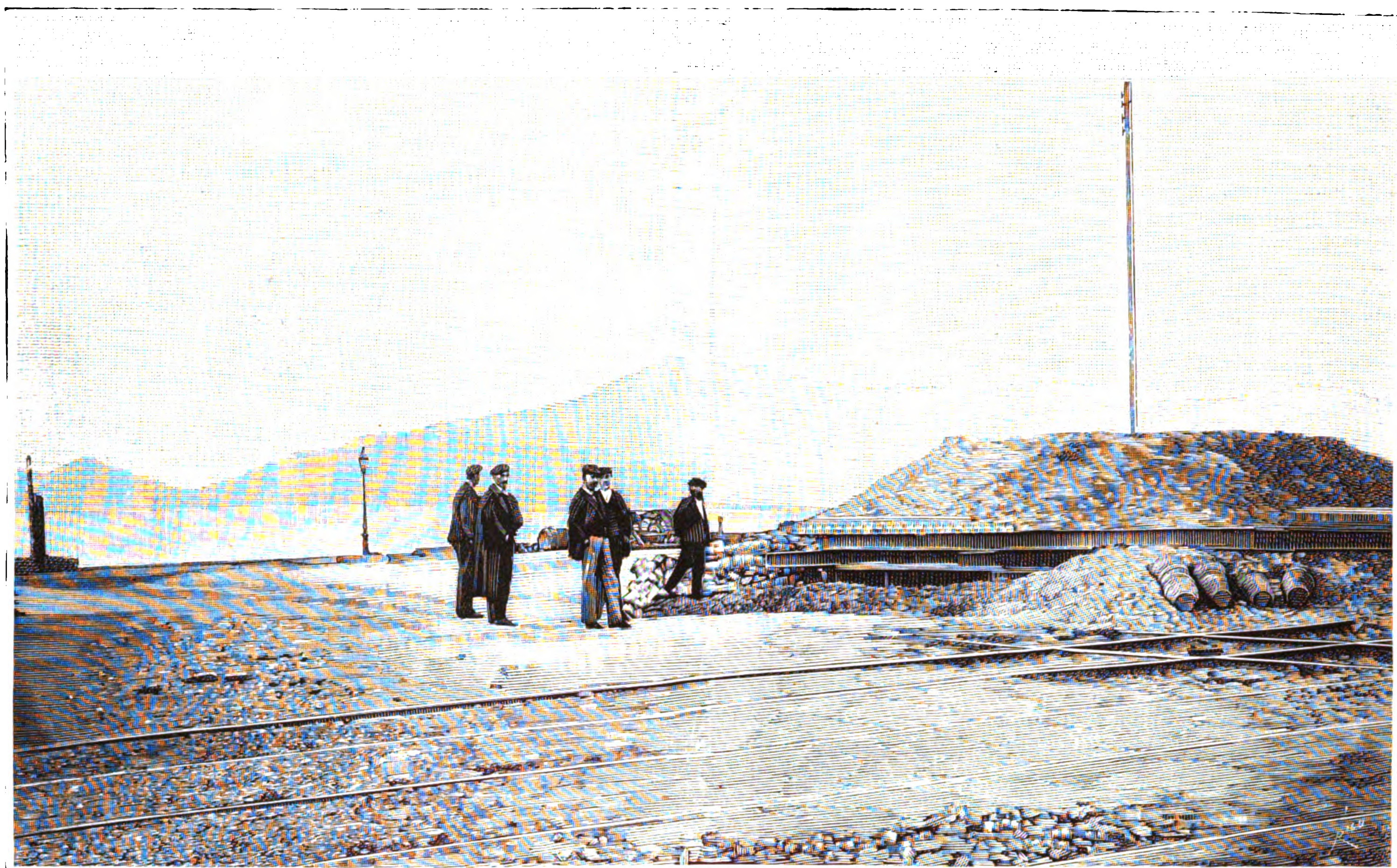
SEIS mil médicos y mil ciento cuarenta señoras, aficionadas á la medicina, se han reunido en el Congreso de Roma para difundir y aplicar las enseñanzas de la ciencia, en bien de la humanidad sana ó doliente. En aquella asamblea cosmopolita han estado representados todos los pueblos cultos; y á pesar de los odios internacionales, á pesar de la *tríplice* y de la *dúplice*, verdaderas epidemias de nuestro tiempo, que agotan los recursos de los pueblos, seiscientos doctores franceses han figurado inscritos al lado de mil doscientos italianos, y codeándose con novecientos alemanes y setecientos austro-húngaros y doscientos rusos y otros tantos suizos y doscientos cincuenta españoles y setecientos ingleses. Ante semejante armonía, pareció que el presidente del Gobierno, Crispi, decía la verdad cuando, dirigiéndose en presencia de la Corte, en el teatro Constanzi, á los congresistas, exclamaba: «Gracias á vosotros se escucharán en Roma frases y votos en favor de la paz, tan necesaria y tan deseada por el mundo moderno; paz que asegura el presente Congreso universal, porque es el símbolo de la fraternidad y de la solidaridad de las naciones.» Y como entre todos los enfermos habidos y por haber, ninguno hay que esté más grave que el pueblo pagano, á él parece que debieran haberse dirigido las primeras y más hondas investigaciones del protomedicato del orbe, de acuerdo con lo que Baccelli, el ministro de Instrucción Pública de Italia, dijo después de haber hablado Crispi: «Todos con vuestros consejos y vuestros trabajos debéis contribuir á la prosperidad de la salud pública, á fin de afirmar de nuevo con mayor entusiasmo cada día aquel viejo proverbio: *Salus populi, suprema lex!*

Pero ¡oh desilusión! después del reposo que produjeron en los ánimos esta invocación á la paz y este voto en pro de la salud pública, el pueblo se sintió al despertar más quebrantado que antes, lo cual es indicio de gravísima dolencia, como lo dijo Hipócrates: «*Quo in morbo somnus laborem facit, lethale; si vero somnus juvet, non est lethale.*» En efecto, pocos días antes de cerrarse el Congreso médico se ha abierto el Congreso político, y así como en el teatro Constanzi predicó Crispi platónicamente la paz, en el hemiciclo de Montecitorio sostiene Crispi, con toda crudeza, la necesidad de la guerra, ó, lo que es lo mismo, la de que se mantenga *intangibile*, abrumador, ruinoso el presupuesto de de los ministerios de Guerra y Marina.

Esta es hoy la grave cuestión de Italia, por la cual están en desacuerdo y frente á frente el Parlamento y Crispi, el pueblo y el Rey. Y esta exacerbación de la fiebre constante que aquella nación padece, tratándose de un pueblo debilitado por tantas cargas, es un síntoma mortal. Al médico me atengo: «*Si rigor incidat febri non intermittenti, debili jam existente ægro, lethale.*»

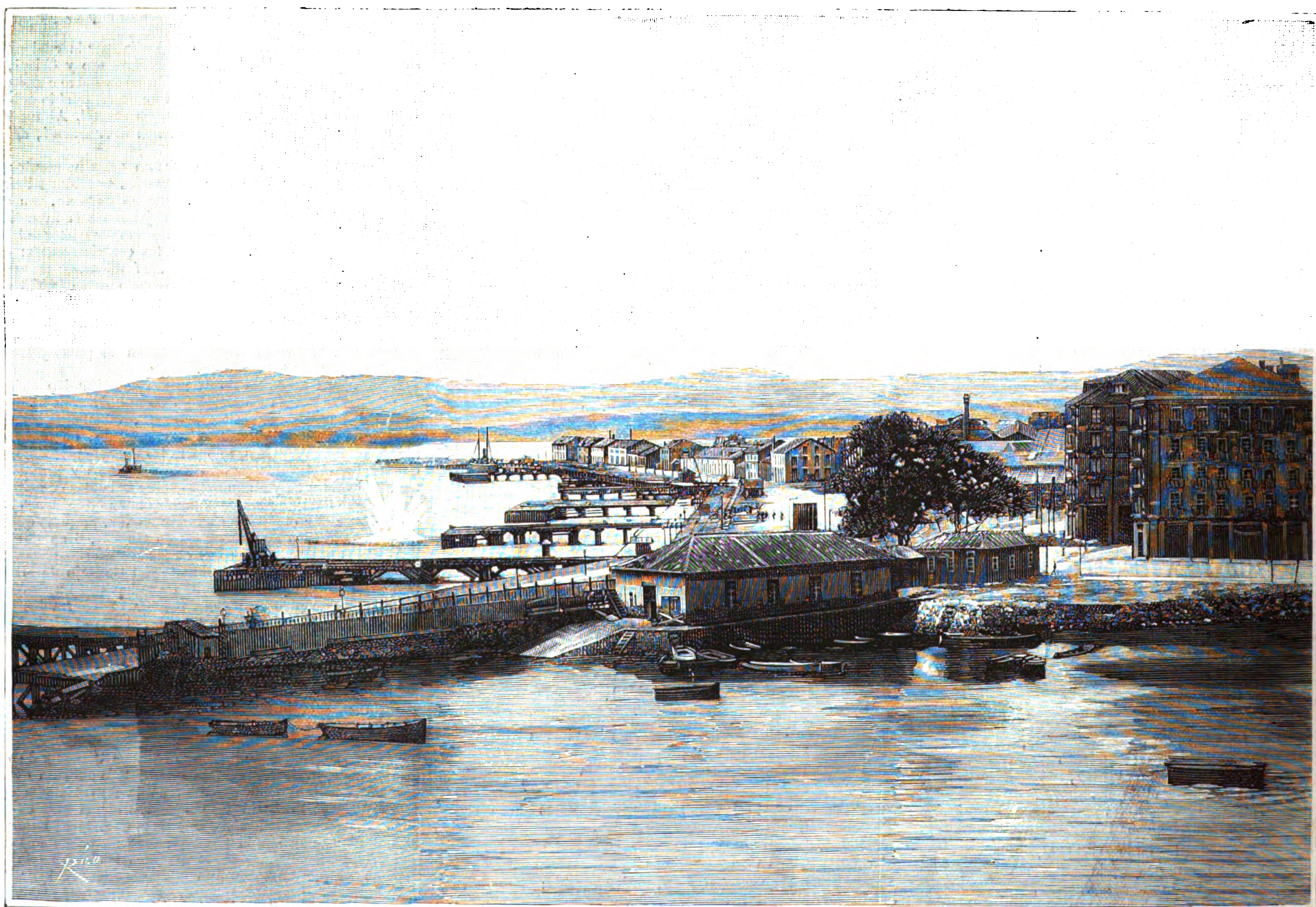
Sobre el Parlamento italiano pesa en estos momentos el terrible dilema de: ó aprobar los nuevos terribles tributos que el ministro de Hacienda Sr. Sonnino propone, con autorización de Crispi y del Rey, ó sujetarse á la inmediata disolución. Exigen, según parece, los nuevos gastos del Estado las siguientes exacciones á los contribuyentes: aumento á la contribución territorial, 17 millones; aumento sobre las rentas, 37 y medio; impuesto sobre la del papel, 12; aumento sobre la de la sal, 8; sobre derechos de herencia, 4; sobre los alcoholes, 3 y medio; sobre la riqueza mobiliaria, 14; sobre lo que por este concepto perciben los municipios, 4, y sobre la comprobación de pesas y medidas, 1; en suma, 101 millones.

Contra esta amenaza de la nueva contribución Crispi-Sonnino-Mocenni, la Comisión de Presupuestos se ha decidido á no admitirla en su mayor parte, reduciendo las partidas á un total de 58 millones, y creando, en lugar de algunos de esos tributos, uno para las exenciones militares, que producirá 4 millones; otro sobre ascensos y promociones, que valdrá 2, y un aumento sobre toda clase de concesiones, que dará 2; pero como aun quedan 50 millones que cubrir, para que el desequilibrio sea menor, propone que se hagan 14 millones de economías en Guerra, 6 en Marina, 3 en Obras públicas y hasta 27 en los Ministerios restantes. Dicho se está que ni el Presidente del Consejo de Ministros ni el de la Guerra permiten que haya diputados ministeriales que piensen de esa manera. Y contra los que opinan así, para reducirlos á la nada, el Bismarck italiano desea obtener de la Cámara plenos poderes y convertirse en un verdadero dictador. ¿Consentirán esto los diputados? ¿Se someterá el Parlamento á la voluntad del amo? Estos tiempos no son políticamente más difíciles que aquellos en que se realizó la unidad italiana, y sin embargo, entonces, cuando Cavour, Ricasoli, La Marmora, Sella, Lanza y Minghetti estuvieron al frente de los trabajos parlamentarios, nunca corrió peligro la integridad de las Cámaras de ser desconocida, ni de verse sujeta y humillada ante un dictador. Dada la gravísima dolencia de la megalomanía que Italia padece, resultará más ó menos cierto que Crispi puede ser su único salvador, aunque la Cámara se hunda y aunque el país se hunda también; pero no puede negarse que Crispi puede tener ahora cerrados los ojos como los tuvo en 1887, cuando se dejó convencer por S. Ellena y otros acérrimos proteccionistas de que, rompiendo las relaciones comerciales con Francia, ésta perdería mucho, é Italia apenas sentiría las consecuencias, cuando era sabido que los franceses no enviaban á Italia más que una octava parte de su exportación, mientras que los italianos colocaban en Francia más de la tercera parte de la suya. Y Crispi se



CASAMATA CONSTRUÍDA POR LOS INGENIEROS MILITARES, PARA PRODUCIR DESDE ELLA LAS EXPLOSIONES.

(De fotografía de D. Zenón Quintana)



ASPECTO DE LOS MUELLES EN EL MOMENTO DE LA VOLADURA VERIFICADA EL 31 DE MARZO, Á LAS ONCE Y QUINCE MINUTOS DE LA MAÑANA.

(De fotografía tomada desde la casa del café Suizo, á 460 metros del sitio de la explosión, por D. Antonio Fernández Valdés.)



D. SANTIAGO DE LINIERS,
NUEVO ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA.



D. EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN,
NUEVO ACADÉMICO DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.

DESCARRILAMIENTO OCURRIDO EN LA LÍNEA DE CÓRDOBA Á MÁLAGA, ENTRE CASARICHE Y PUENTE-GENIL, EL 28 DE MARZO ÚLTIMO.—EL LUGAR DE LA CATÁSTROFE.

(De fotografía de D. Eduardo Cejas.)

equivocó, y el comercio entre una y otra nación ha descendido desde 827 millones á 262 en 1893, con gravísimos perjuicios para la agricultura italiana, principal nervio de la vida del país.

Ahora, para sostener la trinidad *intangibile* (Italia, Roma y el Ejército), á los enormes tributos que paga la agricultura, á su triste estado por la falta de salidas de sus productos, se unirá el malestar de los rentistas, cuyo impuesto sobre los valores que cobren del Estado se elevará del 13 al 20 por 100. Todo ello para no reducir en un cañón ni en un cartucho el poderío militar de la nación; gravísimo pecado que nadie se atreverá á cometer. Por haberlo cometido, creyendo que se podían realizar economías militares, cayó primero Colombo, ministro de Hacienda del Gabinete Rudini, y después Rudini mismo, por sospechas de que pensaba como su ministro caído. Se conformó con sostener estas grandezas del presupuesto militar el nuevo ministro Giolitti, y no se atrevió jamás con las cifras de la Guerra, hasta que la cuestión de los bancos lo inclinó á la caída. Hoy Crispi se impone, levantando la bandera del poderío militar sobre la conveniencia positiva del país y sobre los deseos del Parlamento. ¿Y para esto, como dijo ante el Congreso médico, salieron de Roma frases y votos en favor de la paz, *tan necesaria y deseada en el mundo moderno?* Si no se puede economizar una sola peseta en los grandes aprestos de Guerra y Marina del país, si se impone la *paz armada!!*, hipócrita combinación de frases incompatibles, ¿á qué hablar de la paz? ¿A qué hacerse ilusiones sobre los pacíficos é indescifrables tiquis miquis del reciente discurso de Von Caprivi en Dantzig ó de los optimismos seniles del rey Cristián de Dinamarca? La política internacional está llena de humores, y necesita desahogarse desangrándose; lo pide así el instinto, no de conservación, sino de destrucción, que fatalmente, á pesar de todos los progresos, lleva la humanidad dentro de sí. Al fin de nuestro siglo, después de haber avanzado tanto, al parecer, en el camino de la civilización, todo se sacrifica al poder de la fuerza, y para sostener armados á los hombres unos contra otros, se convierten los pueblos en hacinamientos y montones de miserables, sin casa y sin pan. La monomanía de la supremacía militar sostiene dentro de los ánimos el torbellino infernal que nunca se aquieta, que enciende furiosos los espíritus y los lanza y revuelve unos contra otros, hasta ponerlos al borde de la ruina, y hasta que, implacables, gritando y quejándose con desesperación, insultan al poder de Dios, creyéndose orgullosos é inmortales, más grandes que él. Después de tantos siglos aun puede sostenerse esto con verdad, repitiendo lo que el Dante decía:

La bufera infernal, che mai non resta,
Mena gli spirti con la sua rapina,
Voltando e percotendo gli molesta.
Quando giungon davanti alla ruina,
Quivi le strida, il compianto e il lamento
Bestemmian quivi la virtú divina.

Los ilustres doctores del Congreso de Roma han dejado, pues, allí un gravísimo enfermo: el pueblo italiano; y han encontrado, al regresar á sus pueblos respectivos, otros dolientes análogos, sus propios pueblos, sin dinero, sin energías y sin esperanzas. Están atacados, por abajo, de debilidad y vacío en los estómagos, y por arriba, de fiebres iracundas en el corazón y en la cabeza. *Récipe*, pues (y sigo al maestro): «*Supra septum transversum dolores, qui purgatione egent sursum purgante opus esse indicant: qui vero infra, deorsum.*»

Y si esto no se ha dicho en Roma, digámoslo aquí, cerca de las Batuecas, que *es probado*.

°°°

De otros aprestos guerreros, más pacíficos en la apariencia, pero que llevan á los ánimos rencores tan profundos y más duraderos que los de las luchas internacionales, hablan los periódicos del Norte de América al detallar la enérgica campaña que está realizando la *A. P. A.* Los fundadores de la legión que ostenta estas iniciales en su bandera aseguran que quieren decir: *Asociación protectora americana;* pero los que conocen sus tendencias, y sobre todo sus obras, las traducen así: *Asociación protestante americana.* Esta sociedad ha reclutado sus adeptos en los estados protestantes del Mississipí, y se extiende mucho por el Wisconsin y por el Illinois. Su único objeto es combatir al catolicismo y oponerse á su próspero desarrollo; y al efecto, uno de los primeros deseos que aspira á poner en práctica es de impedir que los católicos desempeñen cargos públicos, de los que se otorgan por sufragio electoral. Siete años hace que la asociación se fundó, organizándose á modo de logias, por grupos juramentados de diez individuos; pero nunca se ha movido tanto como ahora para impedir con todas sus fuerzas la preponderante marcha del catolicismo, sostenida de un modo admirable por la conducta del papa León XIII con los Estados Unidos, y por el talento y habilidad de los prelados de aquel país. Cuando se preparó la Exposición de Chicago, sus organizadores enviaron á Roma una delegación dirigida por Mr. Bryan, que fué recibida con grande afecto por el Sumo Pontífice. Cuando éste recibió asimismo la invitación oficial del Gobierno de los Estados Unidos para que la Santa Sede tomase parte en el certamen universal, el Vaticano se apresuró á enviar al parque Jackson alguna parte de los ricos tesoros artísticos que guarda, y encargó al nuncio Mgr. Satolli que representara al Papa en la solemne inauguración. El Prelado romano supo á maravilla, en Chicago y en otras ciudades de los Estados Unidos, hacer la propaganda de pacificación de los espíritus y de atracción hacia la Iglesia, fortificando sin cesar la unión entre los católicos norteamericanos, que á pesar de ser federales prácticos en política, son sinceros y entusiastas creyentes. Esta campaña de unión fué vista con gran recelo por los protestantes presbiterianos, episcopales, metodistas y otras sectas, y entonces la *A. P. A.* redobló sus esfuerzos contra los católicos. Las cosas se han desenmascarado ya lo bastante; en diferentes localidades del Wisconsin los de la liga han reñido recias batallas materiales; en Toledo (Ohio), llevados ante los tribunales los inscritos en una logia que se compone de mil adeptos, por haber adquirido armas y no quererlas pagar, declararon que las destinaban á la lucha contra los católicos; y, en fin, en el Illinois los católicos han formado ya las listas de los asociados de la *A. P. A.* clasificándolos como verdaderos enemigos. De los dos partidos en que los políticos se dividen en aquella gran nación, los federales demócratas cuentan en sus filas á la mayor parte de los católicos, porque sostienen las libertades en toda su integridad, mientras que los federales republicanos son los que principalmente alientan á los protestantes y les dan medios para que la *A. P. A.* arraigue y prospere.

Y al hablar de estas nacientes luchas, que no puede adivinarse qué fin tendrán, preciso es recordar, como detalle de oportunidad, la publicación en París de un libro del entendido sacerdote católico Mr. Félix Klein, titulado: *L'Eglise et le Siècle*, destinado á dar á conocer el espíritu y gran parte del texto de las últimas conferencias y discursos del insigne prelado Mons. Ireland, arzobispo de San Pablo de Minnesota, que es una de las figuras más grandes y respetables de nuestro tiempo, por su genio, por su virtud y por su saber, y cuyo justo elogio ya ha quedado hecho varias veces en estas crónicas. Mr. Klein demuestra en su obra que la Iglesia debe marchar con el siglo, y que este es, en síntesis, el ideal perseguido por Mons. Ireland en sus predicaciones. No niega el Prelado que entre la Iglesia y el siglo parece mediar un abismo; pero afirma que de ello no tiene la culpa tan sólo el espíritu del siglo, sino algo también la Iglesia, por falta de confianza, por timidez, por miedo á la época y al movimiento de las nuevas ideas. «Por esto sin duda, dice, muchos de los sostenedores de la fe se han retirado al santuario para preservarse del contagio; no ven el siglo más que por el lado malo, viven extraños á él, y á fuerza de anatematizarlo é irritarlo con sus acusaciones, han conseguido hacerlo enemigo irreconciliable de la Iglesia.» Aconseja Mons. Ireland que se siga un camino contrario. El es entusiasta de su siglo, no le recrimina inútilmente, mira adelante, y cree con esto cumplir con su deber, porque Dios ha querido que el tiempo presente sea mejor que el pasado, y que el porvenir sea mejor que el presente. Acepta el progreso humano y todas las formas del progreso. Sostiene que la Iglesia católica, instituida para todos los siglos, no debe rechazar ninguna de las conquistas intelectuales ni de las transformaciones políticas y sociales de nuestro tiempo. El signo característico de éste es la pasión por la ciencia. Toda verdad procede de Dios, y la Iglesia no puede estar en contra de ninguna verdad: su necesidad y su deber en el momento actual son impulsar al siglo á que continúe en sus profundas investigaciones, para que no quede inexplorado ningún átomo de la materia en que pueda ocultarse un secreto, ni ninguna particularidad de la historia, ni acto alguno de la vida de la humanidad que pueda dar la clave de un problema. Vivimos en un siglo de democracia, y sabemos que los principios de igualdad y de fraternidad constan en muchas páginas del Evangelio. Con las invenciones del progreso material logramos constantes victorias sobre las fuerzas de la Naturaleza. La Iglesia bendice estos resultados de la actividad del hombre, y sólo condena la inacción y el abandono. No hay que condenar al siglo, sino marchar con él. «Entre los católicos, añade el Prelado, se encuentran los más eruditos historiadores, los sabios más prácticos y los filósofos más hábiles.»

Excita en todos sus discursos á los católicos á que olviden su timidez y sacudan su inercia, condenando las consecuencias de la vida rutinaria. Preciso es impulsar á los hombres hacia adelante, para que tomen parte en las grandes empresas y sepan salvar á la humanidad cuando algún inminente peligro la amenace. La Iglesia debe dar constantes pruebas de valor, condición indispensable para su vida. Mons. Ireland opina como opinaron Manning, Ketteler, Lavigerie, y como opina su ilustre compatriota Gibbons: que la Iglesia debe abrir sus brazos al espíritu moderno y aparecer ante el siglo en una actitud de franca y generosa simpatía. Al declararlo así, añade el discreto comentador de la obra del Arzobispo de San Pablo, ha mostrado una vez más León XIII el brillo del genio y la inspiración providencial. Preciso es desvanecer el prejuicio vulgar de que el catolicismo es, por esencia, hostil á los progresos del siglo y á las transformaciones de la sociedad. La Iglesia debe hacerlo y lo hará. Lejos de vivir aislada y triste, se relacionará en absoluto con el siglo y con el pueblo para comunicarle el poder de la fe y para guiarlos. Y nadie con más derecho que ella ocupará ese lugar, y nadie conseguirá mayores victorias en la conquista de la paz, de la justicia y del bien, y nadie podrá oponerse al fin á este movimiento desde su obscuro retiro ó con su intolerante empeño, porque, á su pesar, será arrastrado por las triunfantes legiones de la civilización, hermanadas é identificadas con las de la fe. Tal es, en resumen, el espíritu del gran hombre norteamericano que rige la iglesia católica de Minnesota, y cuyo nombre veneran cuantos conocen hoy á los obreros más eminentes de la inteligencia y del progreso en los pueblos más adelantados de la tierra.

R. BECERRO DE BENGOA.

Se ha publicado la décimosexta edición (año 1894) del **Anuario del Comercio**, directorio de las 400.000 señas de España, Ultramar, Estados hispano-americanos y Portugal, publicado por la casa de Bailly-Baillière.

La importancia y utilidad de esta obra son tales que no admiten encarecimiento. Los hombres de negocios encuentran reunidos en ella multitud de datos del mayor interés, ahorrando un tiempo precioso.

Los establecimientos públicos y oficiales de todos géneros encontrarán en dicha publicación tantos y tan importantísimos datos, que cumple á nuestro deber recomendar á todos muy eficazmente esta obra, por conceptuarla de utilidad indiscutible é indispensable para el fomento de la riqueza particular y pública.

Los Sres. Bailly-Baillière la perfeccionan de año en año, habiéndola hecho ya igual, y en algunas cosas superior, á las mejores que se publican en el extranjero.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Revista Internacional. Según dice el prospecto, esta nueva publicación se propone dar á conocer en España los escritos más importantes que vean la luz en el extranjero. El primer número comprende: Las Diabólicas, por Barbey.—El Ayuno, por Zola.—Cristel, por Sainte-Beuve.—El Pan bendito, por Coppée.—Una Condesa, por Daudet.—Recuerdos de mi infancia, por Tolstoi.—La Providencia, por Filicaja.—Enrique Heine, por Arnold.—Gerardo de Nerval, por Gautier.—La Dama del mar, por Ibsen.—Littré y el positivismo, por Caro.

Se suscribe en la administración, Cuesta de Santo Domingo, 16.

Los derechos de la mujer y el matrimonio, por Luis Bridel. Tal es el título del interesantísimo libro cuya edición castellana acabamos de recibir, y en la que su ilustre autor, catedrático de Derecho de la Universidad de Ginebra, estudia el movimiento actual feminista, la fidelidad conyugal y el adulterio, la incapacidad de la mujer casada, el régimen legal de los bienes de la sociedad conyugal, el derecho de la mujer al producto de su trabajo, los derechos hereditarios del cónyuge superviviente, la patria potestad y los derechos de la madre.

Esta obra (que lleva en forma de notas la legislación española) forma un precioso tomo lujosamente encuadernado en piel, y se vende al ínfimo precio de 3 pesetas, en la Administración de la *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, Preciados, 33, bajo, Madrid, y en las principales librerías.

El bordado y los encajes, por Ernesto Lefebure. Con este libro reanuda *La España Editorial* la publicación regular de su preciosa *Biblioteca de Bellas Artes*.

Este libro es la historia completa de los orígenes, desarrollo y vicisitudes de estas dos interesantísimas industrias de arte, escrita por hombre tan competente como Ernesto Lefebure, administrador del *Museo de Artes decorativas*, de París, é ilustrada con 148 hermosos grabados, que representan los modos de fabricación en todos los tiempos, y reproducen las piezas más célebres y más admiradas de bordado y de encaje que se conservan en los Museos nacionales y en las Colecciones particulares.

Con esta publicación *La España Editorial*, no sólo hace un servicio á los artistas, á los arqueólogos y á los aficionados á las antigüedades artísticas, sino que contribuye también á la educación de la mujer. *El bordado y los encajes* ocupará puesto preferente en la biblioteca de toda señora culta y distinguida y en la mesa de trabajo de todas las aficionadas á estas delicadas labores.

(Continúan en la pág. 224.)

SOLO UNA LLAVE PARA AQUELLA CERRADURA.

«La batalla—me dijo el soldado veterano—había durado todo el día. Era la primera vez que yo entraba en fuego, y al principio tenía mucho miedo, é instintivamente esquivaba las balas que pasaban silbando cerca de mí; pero al cabo de un par de horas, *la rabia de matar* se había apoderado ya de mi persona, y no pensé más en el peligro. Estaba ya casi terminado el combate y aun no había recibido herida alguna, cuando entonces me hirió una bala en el brazo, entre el codo y el hombro, rompiéndome el hueso y produciéndome la sensación como si tuviera el brazo colgado á un lado, como algo añadido á mi cuerpo, más bien que si fuera una parte de él. Nunca hasta entonces comprendí *cuán pesado es un brazo humano*, si se le considera como cuerpo cuyo peso se ha de llevar.»

Durante cierta enfermedad, el Sr. D. León Bueno Grau, de Callosa de Segura, provincia de Alicante, dice que uno de sus más fatigosos síntomas era la gran sensación de pesadez en el estómago. Y si recapacitamos ahora un poco, veremos que si el soldado sentía la pesadez del brazo porque no podía sostenerlo, nuestro amigo sentía la pesadez de estómago porque lo tenía débil é inflamado, no porque estuviese cargado de alimentos, pues por aquel entonces poco ó nada podía comer. De esta manera vemos que un accidente ó una enfermedad nos pueden ocasionar mayor trastorno que cualquier cantidad de legítimo trabajo.

Por un corresponsal sabemos que el Sr. Bueno Grau había sufrido durante cinco años de una enfermedad que los médicos (y había consultado varios) no habían podido curar. No son ellos de censurar por su falta de éxito, pues nadie puede abrir una puerta á no ser que tenga la llave de su cerradura, y podría ser que no existiese *más que una llave* y que su dueño se hubiese muerto ó se hallase en un país extranjero. En otros términos: que un médico puede *entender perfectamente* una enfermedad, y carecer del poder de *curarla*. Y se comprende bien la razón; pues que debe poseer su remedio, y esto no puede lograrlo sin que el remedio haya sido descubierto ó le sea conocido.

El Sr. D. Enrique Sorribes, también de Callosa de Segura, que nos escribe en representación del Sr. Bueno Grau, en carta fechada en 8 de Septiembre de 1893 dice: «Ha llegado á mi noticia un incidente que no puedo pasar en silencio; y por el bien de la humanidad me creo en el deber de hacer públicos los hechos. León Bueno Grau es un habitante de esta población; tiene 26 años de edad, es soltero, y, por naturaleza, de constitución débil. Ha sufrido durante cinco años de enfermedad de estómago, la cual algunos médicos llamaron gastralgia, y otros catarro crónico de los intestinos. Á veces sentía un gran peso en el estómago, acompañado de fuerte dolor; el alimento le repugnaba, vomitaba mucho, y en ocasiones tenía una ligera fiebre. Después de haberle sido ineficaz todo tratamiento médico, dió con uno de los folletitos de ustedes, de esos que se distribuyen al público, y lo leyó con interés; y persuadido de que la medicina descrita en el folleto—el Jarabe Curativo de la Madre Seigel—podía aliviarle, vino á mi droguería, y me preguntó por él; yo al punto se lo recomendé, diciéndole cómo había de usarlo, y seis días después se presentó en mi tienda *loco de contento*, para expresarme su gratitud, y decirme que al segundo día de haber tomado el Jarabe había sentido ya sus buenos efectos. Poco después los dolores le desaparecieron, le volvió el apetito, el estómago funcionó ya bien, y aumentó su fuerza de día en día. Ahora ha vuelto ya á su trabajo, y cuantos le ven se quedan sorprendidos. De V. afmo (Firmado): Enrique Sorribes.»

Pues esa enfermedad que tan pronto se curó, fué la indigestión y dispepsia, sobre la cual nuestro remedio tiene un poder que ningún otro posee; y tenemos un placer en anunciar que los profesores de medicina, así en Europa como en América, están usando ese remedio en gran escala, con extraordinario éxito, en la mayor par e de las enfermedades que tratan.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

El precio de este elegante volumen, de 314 páginas en 4.º, es el de los anteriores de la misma *Biblioteca:* 4 pesetas en rústica y 5 en tela.

Para ser elegante, por la Duquesa Laureana. Versión castellana de D. Eugenio Ochoa.

Esta obra, recientemente editada por la casa Bailly-Baillière é Hijos, contiene multitud de consejos dados al bello sexo para conservar y aun aumentar la elegancia femenina en todo lo referente al tocado, vestido, mobiliario, y hasta en el arte, no muy fácil, de ordenar los servicios domésticos, recibir, etc., etc. Algunos capítulos que tratan de economía casera son particularmente interesantes.

La obra, bien impresa en excelente papel, cuesta 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias, en rústica, y 3,50 y 4 encuadernada.

Corona fúnebre á la memoria de D. Manuel Antonio Matta.

La muerte de este notable político chileno fué muy sentida en aquella República, pues sus virtudes, su gran talento, los servicios que á la patria había prestado en su larga carrera le daban un prestigio grandísimo y generales simpatías.

Nació el Sr. Matta en Copiapó, año de 1826, y estudió en los mejores colegios de Santiago, viniendo á Europa á completar su instrucción. A los veintinueve años fué elegido diputado por su ciudad natal, mostrándose partidario de las soluciones políticas más avanzadas y radicales. En favor de ellas sostuvo largas campañas, hasta que el partido radical que fundó y dirigió tantos años llegó al poder. Parecía natural que recogiese para sí algún fruto, después de luchas tan fatigosas; pero no fué así, pues el Sr. Matta no quiso ocupar nunca empleos públicos. Su vida entera resúmese en su historia de propagandista, salvo el corto tiempo en que tuvo á su cargo una misión diplomática en la Confederación colombiana.

Fué periodista infatigable, y fundó y dirigió el periódico *La Voz de Chile*, que salió á luz en Santiago en 1863. Tradujo algunas obras políticas, así como también poesías de mérito. La colección de sus oraciones parlamentarias formaría muchos y gruesos volúmenes.

En la guerra civil producida por la dictadura de Balmaseda el Sr. Matta estuvo al lado de la legalidad, y perteneció, como ministro de Relaciones Exteriores, al Gobierno que presidió el Sr. Mont, no sin haber sufrido antes muchas privaciones, por haber estado algún tiempo en poder de las tropas del dictador.



EL MINISTRO DE HACIENDA DE S. M. JERIFIANA.

(Dibujo del natural, de nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

Al ocurrir su muerte era senador por Tarapacá. Sus mayores enemigos nunca le negaron honradez y talento. Todo Chile lloró su pérdida, de lo que es buena prueba el libro titulado *Corona fúnebre á la memoria de D. Manuel Antonio Matta*, publicado hace algunos meses, y del que hemos recibido un ejemplar. Contiene cuanto se ha dicho del insigne político después de su muerte, y es la mejor demostración de sus grandes méritos.

Memoria histórica y descriptiva del santuario dedicado á la Santísima Virgen con la invocación de Nuestra Señora de Vallibana en Morella, por D. Carlos Albors y Albors.

Hemos leído con sumo gusto esta monografía. El autor asegura que la misma Virgen se la encargó, y que siendo entrado en años y enfermo, ha conseguido componerla y verla premiada en público certamen porque una fuerza superior é invisible le ha sostenido y guiado. Sea como fuere, lo indudable es que la obra contiene gran copia de curiosas noticias.

Memoria que la Junta Directiva del Centro Gallego de la Habana presenta á los señores socios el 11 de Febrero de 1894.

Un folleto muy bien impreso en que se reseñan los trabajos de aquel instituto y los auxilios que ha prestado en el año 1893-94, décimocuarto de su fundación.

Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España en 1.º de Enero de 1888, formado por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

El Sr. D. Francisco de Paula Arrillaga, director del Instituto Geográfico, ha tenido la bondad, que le agradecemos, de enviarnos un ejemplar de este importante trabajo, el cual, como todos los de aquel centro, está muy bien hecho.

Hay en él datos de gran importancia, muchos de los cuales no aparecían en anteriores publicaciones, y que no podemos especificar aquí porque en vez de una reseña bibliográfica tendríamos que escribir un largo artículo.

Revista Homeopática, órgano oficial de la Academia Médico-Homeopática de Barcelona.

Hemos recibido el número de esta publicación correspondiente al mes de Enero pasado.

Tratado de perspectiva con aplicación á las Bellas Artes y Artes industriales, por don Joaquín Muñoz Morillejo.

Hemos recibido el cuaderno 7.º de esta importante obra.— G. R.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XIV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Abril de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. MANUEL DEL PALACIO,

NUEVO ACADÉMICO DE LA ESPAÑOLA.

(Dibujo de A. Perea.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz. — Discurso leído ante la Real Academia Española por el Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio. — Viticultura americana, por D. Eduardo Abela.—El Congreso Médico Internacional, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—A un niño, enviándole una caja de juguetes, poesía, por D. Antonio Grilo.—Pinceladas, poesía, por D. Justo S. López Gomara.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio, nuevo académico de la Española.—Peregrinación obrera á Roma: Bendición á los peregrinos por el Ilmo. Sr. Obispo de Lérida, en la iglesia de San José.—Salida de los peregrinos de la iglesia de San José, con dirección á la estación del Mediodía.—Embajada española en Marruecos: Costumbres y tipos marroquíes. Una calle de la capital.—El tribunal de transacciones en el mercado de caballos.—Pabellón donde se celebraron las conferencias entre el Embajador y el Sultán, en el jardín de palacio.—El banquete de despedida. Conducción de las viandas.—Bellas Artes: *Flores de primavera*, cuadro de Bethune.—Sevilla: *Un rincón de la feria*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.—Málaga: Destrozos causados por el temporal del 30 de Marzo último en las obras del puerto.—Nuevo edificio de la Real Academia Española. El salón de Juntas.—Costumbres andaluzas: *El Judas*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.—Retrato del Dr. Brown-Sequard, inventor de las inyecciones hipodérmicas de jugos orgánicos.

CRÓNICA GENERAL.

Dos nuevos conflictos de naturaleza muy diversa han venido á pesar sobre el Gobierno; el primero de carácter parlamentario, y el segundo de índole moral: el triunfo de una mayoría de oposición en las Secciones del Senado al nombrarse la Comisión que ha de informar acerca de los tratados de comercio; y la brutal agresión de un populacho inculto á los pacíficos obreros que, presididos por venerables Prelados, marcharon á embarcarse para Italia en peregrinación. Trataremos ambos asuntos separadamente, como lo requiere su distinta naturaleza.

No se puede negar que, por descuido, ausencias, personalidades y desviaciones imprevistas, puede un Gobierno, teniendo suficiente mayoría para gobernar, ser derrotado en una Comisión y aparecer en minoría: siempre es un contratiempo grave; pero tratándose de asunto tan trascendental como los convenios mercantiles, algunos de carácter muy urgente y con plazos cortos y fatales, que constituyen la obra más saliente de una situación política, es indudable que las oposiciones han conseguido una gran ventaja y puesto al Gobierno en grave apuro. Mas esta misma gravedad puede ser, á nuestro juicio, la causa del remedio, por lo mismo que puede ocasionar la ruina y la caída de todos los intereses que representa la mayoría parlamentaria en cuyo seno se ha producido este caso patológico. Si hemos de confesar lealmente de qué manera creemos que ha de resolverse el conflicto, declaramos que no se nos alcanza; diremos más aún: no sería la primera vez que los partidos prefieren desahogar resentimientos particulares entregando el poder á sus adversarios, á defenderse en los peligros; pero son más las ocasiones en que los salvan la ley de la necesidad y el instinto de la vida. Y discurrimos, como siempre, en tesis general, inclinándonos en favor de los Gobiernos; lo cual podemos hacer decentemente, por lo mismo que nada nos valen estas simpatías, y teniendo en cuenta que se ha destruído y trastornado con exceso, y que el cuerpo social está pidiendo á gritos reconstituyentes. Y porque tenemos la convicción de que nada hay más difícil que ejecutar, y nada más fácil y vulgar que hacer la oposición y criticar.

Silbidos, denuestos, mueras al Papa, vivas á Garibaldi, pedradas y aun alguna estocada que otra, por dicha desviadas de su dirección, esta es la escandalosa síntesis de los telegramas y referencias relativos al embarco en el Grao de los peregrinos de la clase obrera que se dirigían á Roma por esa vía, en actitud correctísima y en uso de sus derechos de ciudadanos y católicos. Lo numeroso de la peregrinación había despertado algún recelo en el Gobierno de Italia, ó al menos producido algunas indicaciones cuyos términos desconocemos: ello es que la romería se ha dirigido á su destino fraccionada, y sólo era una parte la que cruzó por Valencia para embarcarse, sin dar pretexto siquiera, ni por cantos ni por gritos, al menor acto de oposición, y mucho menos á un bárbaro atropello. Desde luego, los recelos del Gobierno italiano podrían ser exceso de precaución y de prudencia, acaso celos de la fuerza espiritual de un poder colocado por los hechos en situación anómala contra su voluntad, pero confesión explícita de que la ocupación de Roma por un Gobierno temporal y extraño al que desde tiempos remotísimos ha dado á la Ciudad Santa su carácter secular, tendrá todas las legitimidades que dan el triunfo y la fuerza y aun el derecho moderno, que no entramos en esta cuestión, pero entorpece y dificulta las relaciones y comunicación entre los miembros de una gran familia, y organismo superior, por su representación, fuerza, tradiciones é importancia, á una nación cualquiera de las conocidas. Y si cada nacionalidad tiene derecho á vida independiente para la realización de su destino, no lo tiene menos ante el derecho universal un organismo religioso que tiene la sanción de los siglos, que constituye una necesidad de las conciencias, que ha civilizado medio mundo y que es la única esperanza del porvenir en el caos moral que proyecta sus sombras sobre todo.

Pues bien: que los peregrinos españoles hubieran hallado en su viaje á Roma algún entorpecimiento, oposición ú hostilidad más ó menos embozados, por efecto de esa superfetación de poderes que se comprimen en una misma entraña, podría esperarse y aun temerse; pero ¿quién hubiera sospechado esa hostilidad dentro de España, al usar un derecho que á nadie ofende ni daña, sin preceder provocación? Hay, pues, en ello algo que nos parece extraño á los partidos, á la naturaleza del carácter valenciano, acostumbrado á hacer actos de devoción, á las preocupaciones de esta época, y de que acaso dan indicio esos vivas exóticos á Garibaldi que tienen un sabor italianísimo. Cada cual es dueño de sospechar, y es difícil detener la imaginación cuando busca explicaciones á lo incomprensible y extemporáneo; pero la nuestra, partiendo de aquel dato, fijándose en los únicos á quienes ha podido aprovechar el conflicto de Valencia, reprobado en el Senado y el Congreso, anatematizado y deplorado por el Gobierno, no podemos menos de suponer, acaso sin razón, que no hablarían correcto castellano los instigadores del miserable motín de que la culta Valencia está corrida y ruborosa. Pero digámoslo en honra de la hermosa capital: mientras rugían los amotinados y silbaban las piedras y los pitos; mientras se apedreaba el palacio arzobispal y corría riesgo la vida de los prelados, otros muchos los aclamaban y defendían; y, sobre todo, benditas sean las valerosas valencianas que, exponiéndose á los insultos, agitaban sus pañuelos saludando á los peregrinos y volviendo por la religión, por la libertad, por el derecho y la cultura y la honra de su patria.

¿Cuándo ha sido popular entre nosotros el himno de Garibaldi? Aquí se ha cantado el himno de Riego y el Trágala, en otros tiempos. La Marsellesa también ha tenido su intención y aplicaciones; pero ¿á quién, sino á los muchachos saboyanos que cruzaban la Europa con el arpa á cuestas, hemos oído esa canción? Nosotros hemos estado además divididos en liberales y carlistas, pero no en papistas y anticatólicos. Podrá gritarse vivan y mueran los carlistas, pero ¿viva el difunto Garibaldi?..... Insistimos en no comprender los gritos de esas turbas, ó sospechar al menos que se ha escogido astutamente á Valencia para hacer actos de hostilidad irresponsables, y quiera Dios que no sea para disculpar ó justificar otras violencias. ¿Qué partido español se atreverá á asumir la responsabilidad de un acto que significa nada menos que presentar los pacíficos peregrinos ante la plebe revolucionaria de Roma como gentes rechazadas á silbidos de su patria y merecedores de atropellos? Y si sucediese lo contrario, como debemos desear, y el populacho romano, dando pruebas de sensatez, los respetase y acogiera hospitalariamente, ¿no tendrían derecho á decirnos que no es de los revolucionarios de Italia, ni de los demagogos de Roma, de quienes debe guardarse la Iglesia y los católicos, sino de los fanáticos de España? ¿Qué podríamos contestar á estos argumentos? Cuantas más vueltas damos al asunto, más vemos tras él intrigas que no han sido discurridas por buenos ni medianos españoles. No era el pueblo de Valencia el que silbaba, sino el que aplaudía.

⁂

Como escribimos nuestra Crónica en la madrugada del 15, sólo en profecía podríamos ocuparnos de la recepción del académico electo D. Manuel del Palacio, á quien apadrina y contesta D. Vicente Barrantes. Un discurso del poeta Palacio presenta la novedad de que escriba en prosa quien siempre ó casi siempre lo hizo en verso, tanto que, á la inversa del personaje de Molière, habla á veces en verso sin notarlo; y un discurso académico tiene, para quien no frecuenta el género, la dificultad que ofrecería para nosotros la precisión de escribir una oda clásica; pero en rigor estos discursos forzados son los más dignos de agradecimiento. Y es que hay quien nace académico por sus inclinaciones eruditas y cierta solemnidad en la frase, que da á sus escritos gravedad y compostura; á otros les hace académicos la popularidad, y á éstos pertenece D. Manuel del Palacio, ingenio libre y espontáneo, rimador prodigioso que piensa en sonetos, quitándoles su fama de composiciones difíciles, y que ha aumentado copiosamente el caudal de los epigramas castellanos. Catalán de nacimiento, educado en Granada, se hizo popular en Madrid durante los años que precedieron á la Revolución de Septiembre, haciendo la oposición á los moderados en los periódicos satíricos de entonces: la revolución premió sus servicios; la restauración utilizó luego sus talentos; ocupó altos puestos en la carrera diplomática, y nunca olvidó por estas graves ocupaciones el culto risueño de las musas, si hoy se puede citar á estas hermanas, y el de las Bellas Artes, afición contraída en la niñez y convertida en pasión durante su estancia y sus viajes en Italia. El encargado de la contestación á su discurso, D. Vicente Barrantes, también fué periodista y batallador en la primera época de su vida, si bien cultivaba con más afición la literatura amena en el célebre periódico progresista *Las Novedades*, el primer diario que, hace ya muchos años, introdujo en España el grabado en sus columnas, si bien limitándolo á los folletines. Su culto á los trabajos históricos y de erudición data de su edad madura, y Extremadura, su patria, debe estar satisfecha de sus fecundas investigaciones.

Y puesto que tengo la Academia entre las manos, voy á añadir algunos datos que tenía preparados para completar la biografía de D. Santiago de Liniers, cuyo retrato publicamos en el número anterior. Tiene la edad de todo el mundo: cincuenta años cumplidos. Pertenece á una familia de militares: su abuelo fué general de Marina y virrey de Buenos Aires, y su padre coronel de Caballería y comandante de granaderos de la Guardia Real. Es abogado, aunque no ejerce, y fué compañero de estudios de Silvela, Puigcerver, Aguilera, Ucelay, Eguilior, Muro, López Salgado, Conde de Toreno y los inolvidables Cavanilles y Chico de Guzmán. Fué diputado dos veces, en 1884 y 91, ambas ministerial y mudo, y ahora es senador de oposición, maestrante de Zaragoza y consejero del Banco de España, en donde habla poco y bien. Ha sido redactor ó colaborador de *El Gobierno*, *La España*, *La Época*, *La Esperanza*, *La Fe*, *La Unión Católica*, *La Ilustración de Madrid*, y fundador y redactor constante é ingenioso de *La Gorda*. Y puedo dar tantos detalles de mi amigo, porque si no le he visto crecer, puedo decir que le he visto engordar.

⁂

Algunas personas de las más allegadas al inolvidable don José de Salamanca me ruegan, y cumplo con el mayor gusto su deseo, manifieste en público su gratitud á las personas que, secundando la propuesta del Sr. D. Alberto Aguilera en un banquete de electores de Buenavista, tienen el propósito de erigir una estatua á la memoria de aquel gran reformador de Madrid é iniciador de empresas útiles. Mis circunstancias particulares no me permiten otra intervención en este asunto que la de dar las gracias más expresivas en nombre de esas personas, aunque la buena voluntad no tenga más efecto que una manifestación de nobles sentimientos al iniciador y mantenedores de la idea.

⁂

El banquete ofrecido por la Sociedad Española de Higiene al Dr. Ovilo, ese compatriota nuestro que cumple en Marruecos el destino generoso de hacer simpático nuestro nombre, no por las intrigas, sino por la superioridad de la ciencia y la gratitud que inspiran los aciertos y la abnegación del médico; ese banquete se celebró en el elegante hotel Peninsular, elegido por la Sociedad de Higiene para significar al Sr. Ovilo que sus comprofesores en España conocen bien y saben el valor de sus servicios en un país extranjero donde la naturaleza, la proximidad, el pasado y el porvenir nos aconsejan mantener en lo posible, no ya buenas relaciones, sino todos los vínculos compatibles con la dignidad. Ninguna acción tan benéfica, descartada la propaganda moral, como la de la ciencia que cuida de la salud; sobre todo si el que la ejerce sabe cumplir, con sus deberes profesionales, el de buen hijo de España.

⁂

Un peregrino, á quien le rompieron la cabeza en las calles de Valencia, desistió de su viaje.

—¿No vas ya á Roma?—le decían sus amigos.

—Ya no me hace falta: iba por reliquias, y las tengo para toda la vida con esta cicatriz.

—¿Y qué efecto le produjo á usted la silba?—le preguntaron.

—Al principio no me extrañó; al fin íbamos en romería, y los pitos me recordaron la de San Isidro; pero cuando empezaron los insultos y las piedras, creí que estábamos en el campo de Melilla: después que volví en mí y supe lo ocurrido, dí gracias á Dios y pregunté al que me asistía:

—¿Se han comido á algunos peregrinos?

⁂

Angelito ha visto con satisfacción poner á su perro la medalla que el Ayuntamiento manda colocar á los canes documentados.

Pero como es aplicado, obtiene un premio y el profesor le entrega una medalla, que recibe compungido.

—¿Por qué lloras, niño?—le pregunta el maestro.

—Es que..... si salgo á la calle con medalla van á tomarme por un perro.

Desde aquel día abandona el niño los estudios.

—¿Pero no tomas los libros?.....—le pregunta su madre.

—No estudio—responde—porque ya me han puesto medalla en el colegio, y temo que me pongan un bozal.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

D. MANUEL DEL PALACIO,

nuevo académico de la Española.

Antes de que él mismo dijera, en una curiosa autobiografía en verso, que

De la guerra por azar,
Y de su estirpe el segundo,
En Lérida vino al mundo
Sin poderlo remediar,

nadie creía catalán á este distinguido vate, que efectivamente nació en Lérida la Nochebuena de 1831, siendo bautizado en el castillo catedral, y teniéndole en la pila el entonces cadete, y más tarde capitán general de Aragón, D. José de Santa Pau.

Retirado su padre poco tiempo después, y habiendo obtenido un destino civil en recompensa de sus muchos y buenos servicios, como soldado voluntario en la guerra contra los ingleses, y compañero del Empecinado en la de la Independencia, pasó sus primeros años en Soria y Valladolid, donde se graduó de bachiller á los doce, interrumpiendo su carrera por haberse trasladado con la familia á la Coruña, y no juzgar ésta conveniente, en razón á su corta edad, y á lo difícil y costoso del viaje, enviarle á proseguir sus estudios en la Universidad de Santiago.

No por eso permaneció inactivo, pues en el Consulado de la Coruña cursó las clases de arquitectura, náutica, comercio y dibujo natural y de adorno, que también se vió forzado á suspender, á consecuencia de la supresión de las Tesorerías en 1846, que hizo á su padre cambiar de residencia instalándose en Madrid, obligado campo de maniobras de todo cesante. Aquí fué donde tomaron vuelo las aficiones poéticas de que ya había dado indicios el joven escolar, y que alimentadas por la frecuente asistencia á sociedades dramáticas y el conocimiento y trato íntimo de escritores ya de cartel, como Narciso Serra, Florentino Sanz, Manuel Santana, los Asquerinos y otros, tuvieron su completo desarrollo en Granada, á cuya ciudad fué destinado su padre en 1850, al restablecimiento de las Tesorerías.

Desde entonces acá, la historia de Manuel del Palacio es tan conocida, que no necesita referirse. Miembro, y no de los menos importantes, de aquella colonia literaria, inmortalizada ya por los nombres de Moreno Nieto, Alarcón, Pérez Cossío, Fernández y González, Jiménez Serrano y Salvador

de Salvador, para no citar sino á los muertos, participó de todas sus alegrías sin faltar á ninguna de sus empresas, y cuando los azares de la vida, las necesidades materiales ó las ilusiones del porvenir dispersaron á los cuatro vientos la gráficamente llamada *Cuerda*, fué de los que volvieron á reanudarla en Madrid, donde conserva todavía en Riaño, Mariano Vázquez, Castro y Serrano, Fernández Jiménez y pocos más sus legítimos representantes.

De las campañas políticas de *El Látigo*, *La Discusión*, el *Gil Blas* y otros cien periódicos en que tomó parte, aunque siempre con el carácter de poeta, no nos corresponde tampoco formar juicio.

Hoy, Manuel del Palacio, desengañado, según le hemos oído decir alguna vez, pero no arrepentido de nada de lo que ha hecho, y que volvería á hacer en igualdad de circunstancias, divide su existencia entre sus deberes y sus aficiones; y arrinconado en el archivo del Ministerio de Estado, después de haber tenido la alta representación de su país en la República del Uruguay, dejando en Montevideo memorias y amistades imperecederas, prosigue dando muestras de su fecundidad portentosa, con gran satisfacción de los que ven reflejada en sus versos la eterna juventud de su alma, compañera inseparable de la augusta serenidad del espíritu.

Publicamos el retrato de este insigne poeta en la primera página de nuestro número.

°°°

PEREGRINACIÓN OBRERA Á ROMA.

Salida de los peregrinos de Madrid.

A las doce y media de la tarde del día 10 reuniéronse en la parroquia de San José los peregrinos de Madrid y los llegados de diferentes pueblos de Castilla.

Cantóse un solemne *Te Deum*, después de lo cual el Obispo de Lérida bendijo á los peregrinos. La ceremonia fué muy solemne. El templo estaba completamente lleno. En el altar mayor, decorado de un modo muy nuevo y con mucho gusto, veíase la imagen de San José, con el Niño en brazos. En el momento de la bendición un poderoso rayo de luz eléctrica iluminó la decoración del altar. El efecto era hermosísimo.

Tal es el asunto de nuestro primer grabado de la página 228.

En el segundo vese la salida de los peregrinos, camino de la estación del Mediodía. Iban muy bien organizados y dirigidos, divididos en 27 grupos, cada uno con su jefe correspondiente.

Llevaban estandartes magníficamente bordados, de los cuales eran los más notables los de la Congregación de San Luis Gonzaga, de la Virgen del Rosario, del Apostolado de la Oración y de los Luises.

°°°

EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.

En la pág. 229 publicamos algunas vistas tomadas en la capital del Imperio (capital mientras el Sultán permanezca en ella) por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.

Las dos primeras son escenas de la vida ordinaria de aquellas gentes, siendo la más curiosa la del mercado de caballos, en la que se ve el sitio en que están los jueces de las transacciones, los cuales deciden en el acto cualquier pleito que se suscita, sin gastos de papel, escribanos ni procuradores.

Las dos últimas pueden considerarse como el epílogo de la embajada. En una está representada la portada del pabellón donde se celebraron las conferencias, en el palacio del Sultán, y de cuya habitación principal publicamos una vista, también dibujada por el Sr. Simonet, en nuestro número de 15 de Marzo. Sabido es que dichas conferencias terminaron con un tratado amistoso, para celebrar el cual hubo un banquete dado por el Sultán al Embajador y su séquito. La parte pintoresca del banquete fué la conducción de las viandas, que se hizo como se ve en el grabado.

°°°

BELLAS ARTES.

Flores de primavera, cuadro de Bethune.

La primavera del año y la de la vida en sus más hermosos aspectos, el campo y la mujer: tal es el asunto del bonito cuadro de Bethune que publicamos en la pág. 232. Alegran el bosque las innumerables flores que el amoroso calor primaveral ha hecho brotar; danle sombra y misterio las frondosas copas de los árboles, cubiertas de las hojas nuevas, cuyo color verde claro tanto alegra la vista; recórrenle suaves y puros vientos, en los que viajan los recién nacidos aromas contentando al olfato; y para completar el cuadro y darle mayor animación y vida, unas cuantas jovencillas corren y juegan con esa alegría de los primeros años libre de cuidados y ajena á los desengaños. Bethune ha acertado á interpretar esta escena con tal delicadeza y poesía, que hasta los críticos más severos le han alabado grandemente.

°°°

SEVILLA.

Un rincón de la feria, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.

Tuvo Sevilla sus ferias en tiempo de los moros, como tantas otras ciudades musulmanas, pues era usanza de ellos. Luego de reconquistada, concedióla el rey D. Fernando III tres ferias francas anuales: una quince días antes de Pascua de Pentecostés; otra en toda la octava de la Asunción de Nuestra Señora, y la tercera quince días antes ó después de San Miguel. No se sabe por qué causa, pero sospéchase que por incuria, perdióse la costumbre de celebrarlas, y sin ferias vivió Sevilla muchísimos años, hasta que en 1847 solicitó el Ayuntamiento la gracia de celebrar feria los días 18, 19 y 20 de Abril de cada año. La obtuvo, y desde entonces se viene celebrando sin interrupción. Su importancia aumenta de año en año, y hoy es quizás la principal de las ferias españolas.

Atraídos por su fama y por los muchos encantos de la ciudad en que se celebra, acuden á ella forasteros de todas las provincias de España y aun de fuera. La animación y la alegría que allí reinan, la suavidad del clima, lo azul del cielo, la novedad y variedad de tipos que se reunen, son otros tantos atractivos. El artista encuentra en la feria sevillana asuntos bellísimos en que inspirarse, cuadros llenos de vida capaces de avivar el entusiasmo de la imaginación más perezosa.

En nuestro grabado de la pág. 233 vese un rincón de la feria, muy bien elegido por el Sr. Huertas para dar idea del conjunto. Los rostros, los trajes, la luz, las actitudes y los detalles revelan un profundo estudio del asunto.

°°°

MÁLAGA.

Destrozos producidos por el temporal en las obras del puerto.

A fines del mes pasado comenzó el mal tiempo, que aun dura, alborotándose mucho el mar de nuestras costas, principalmente el Mediterráneo, de Valencia al Estrecho de Gibraltar. No ponderaremos la crudeza de este temporal, porque no excedió á otros que se han conocido. Hubo como en ellos naufragios y muertes, pero además rotura del dique del nuevo puerto de Málaga, suceso menos frecuente, y por tanto más digno de atención.

El viento huracanado arreció en la madrugada del 30. Llovía copiosamente, y la mar embravecida obligaba á los tripulantes de los barcos fondeados en el puerto á tomar muchas precauciones. Las olas batían con gran fuerza el dique en construcción, y por fin abrieron en él grandes brechas, la mayor de las cuales llegó á tener 70 metros de largo. De ésta publicamos una vista en el primer grabado de la pág. 236. Dicen que toda la obra ha quedado muy malparada y removida hasta la base, con lo que, tanto se acredita la fortaleza del mar, como la debilidad de la construcción. Comprenden cuantos conocen las cóleras marítimas la posibilidad de que, en algún caso muy excepcional, excedan éstas de lo calculado; pero que dejen medio arruinado un dique, es cosa que á ellas solas no puede en justicia imputarse.

El dique medio destruído penetraba mar adentro, formando una graciosa curva. Si en efecto ha quedado resentido en largo trecho, se habrá perdido una parte no despreciable de los 30 millones de pesetas que hasta ahora se han gastado en las obras del puerto de Málaga.

°°°

EL NUEVO EDIFICIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

En nuestro número anterior dimos sucinta noticia del nuevo palacio de la Real Academia Española. Añadiremos hoy algunos detalles que nos parecen dignos de conocerse.

El espacio que ocupa es de 29.800 pies cuadrados. Los materiales de que se ha construído son: granito en la planta baja, ladrillo fino en el resto, y de hierro la armadura. Ha costado cerca de dos millones de pesetas. El salón de actos es el mayor de todos, pues tiene 312 metros cuadrados próximamente (24 × 13,40).

El segundo en extensión es la biblioteca, que llega á 290 (42 × 6,30), y el tercero la sala de juntas, cuya extensión es de 12 metros de largo por 6,30 de ancho.

Hállase ésta en el piso bajo, y está decorada con severidad y buen gusto. (Véase nuestro segundo grabado de la página 236.)

°°°

COSTUMBRES ANDALUZAS.

El Judas, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.

El bonito dibujo del Sr. Díaz Huertas que publicamos en la pág. 237 está muy bien tomado del natural. No sólo en la ciudad de Córdoba, sino en la provincia y en gran parte de Andalucía, no pasa año sin que Judas perezca á manos de la gente alegre. Hácenle de paja, sin olvidarse de meter dentro algunos *triqui-traques*, y de algún puchero ú otro objeto de barro fabrican la cabeza. El pobre Judas sufre toda clase de injurias, incluso palos, pedradas y hasta algún tiro. Por fin lo queman, y se acaba la fiesta, tan animada y ruidosa como todas las de aquella tierra.

°°°

EL DR. BROWN-SEQUARD,

inventor de las inyecciones hipodérmicas de jugos orgánicos.

El nombre del doctor francés Brown-Sequard tenía ganada gran consideración entre los sabios, muchos años antes de conseguir la popularidad á que hace poco tiempo había llegado.

Brown-Sequard (publicamos su retrato en la pág. 240) era bastante viejo, pues nació en la isla Mauricio (África francesa) en 1818. Su padre llamábase Eduardo Brown, y era de Filadelfia. Su madre nació en Francia. Marchó á París en 1838 á terminar la carrera de Medicina, graduándose doctor dos años después.

Pasó á Inglaterra, y luego á los Estados Unidos. En esta nación asistió á las clases de Fisiología y Patología de la Universidad Howard, adquiriendo en poco tiempo gran reputación de fisiólogo, en términos que al morir Claudio Bernard, profesor de la clase de Fisiología experimental del Colegio de Francia, nombráronle en su lugar (1878). Desde entonces ha pasado la vida encerrado en su laboratorio, con notable provecho de la ciencia. Sus estudios sobre la composición de la sangre, la médula y las enfermedades de ella, el calor animal, los sistemas nerviosos y musculares y los ganglios linfáticos son muy estimados.

De sus obras, unas están escritas en francés y otras en inglés. Fundó en 1858 el *Journal de la physiologie de l'homme et des animaux*; colaboró con Charcot y Vulpian en los *Archives de physiologie normale et pathologique*, y escribió los *Archives of scientific and practicals Medicine and Surgery*, revista que se publicó en América. Había ganado muchos premios en la Academia de Ciencias, á la cual pertenecía desde 1886. En 1887 sustituyó á Paul Bert en la presidencia de la Sociedad de Biología.

Su gran fama, lo que hoy se llama propiamente popularidad, débela Bronw-Sequard á las inyecciones hipodérmicas de jugos orgánicos. Cuando se esparció la noticia de este descubrimiento, tomáronle muchos á broma, valiéndole al descubridor más pullas que alabanzas. Después fuéronle tomando en serio, y, por último, no pocos pasaron de una razonable aprobación al entusiasmo más extremado.

No nos consiente el carácter de La Ilustración Española y Americana explicar con toda claridad lo que estas inyecciones son, ni aunque nos lo consintiera nos atreveríamos á entrar en esa explicación, por miedo á incurrir en algún error de bulto. Diremos, sin embargo, para inteligencia del lector versado en Fisiología, que se derivan de una teoría científica muy moderna, según la cual cada órgano, además de sus especiales funciones, tiene la de suministrar al organismo jugos propios que ejercen en la economía determinadas influencias. Si uno de esos órganos falta, ó sufre alguna alteración importante, el mal puede remediarse inoculando un extracto de tejido análogo tomado de un animal. De esta suerte la armonía de las funciones debe restablecerse.

Las primeras inyecciones de Brown-Sequard tenían por objeto la tonificación del organismo. Ahora hay quien dice que, merced á ellas, puede el hombre alcanzar una segunda juventud, y periódico francés hemos leído que lo da por seguro. ¡Ilusiones de algunos entusiastas, ó de pobres decrépitos, que, á falta de realidades imposibles, se consuelan con esperanzas!

G. Reparaz.

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR EL EXCMO. SR. D. MANUEL DEL PALACIO.

Aunque no en su totalidad, por no consentirlo las varias secciones que llenan las columnas de este periódico, el deseo de dar á conocer al público el interesante trabajo de nuestro antiguo amigo y colaborador nos mueve á insertar una parte de él, la primera, donde el poeta hace su profesión de fe, y saluda, siguiendo la costumbre, á su ilustre predecesor y á la Academia que le ha honrado llamándole á su seno. Dice así:

Señores Académicos:

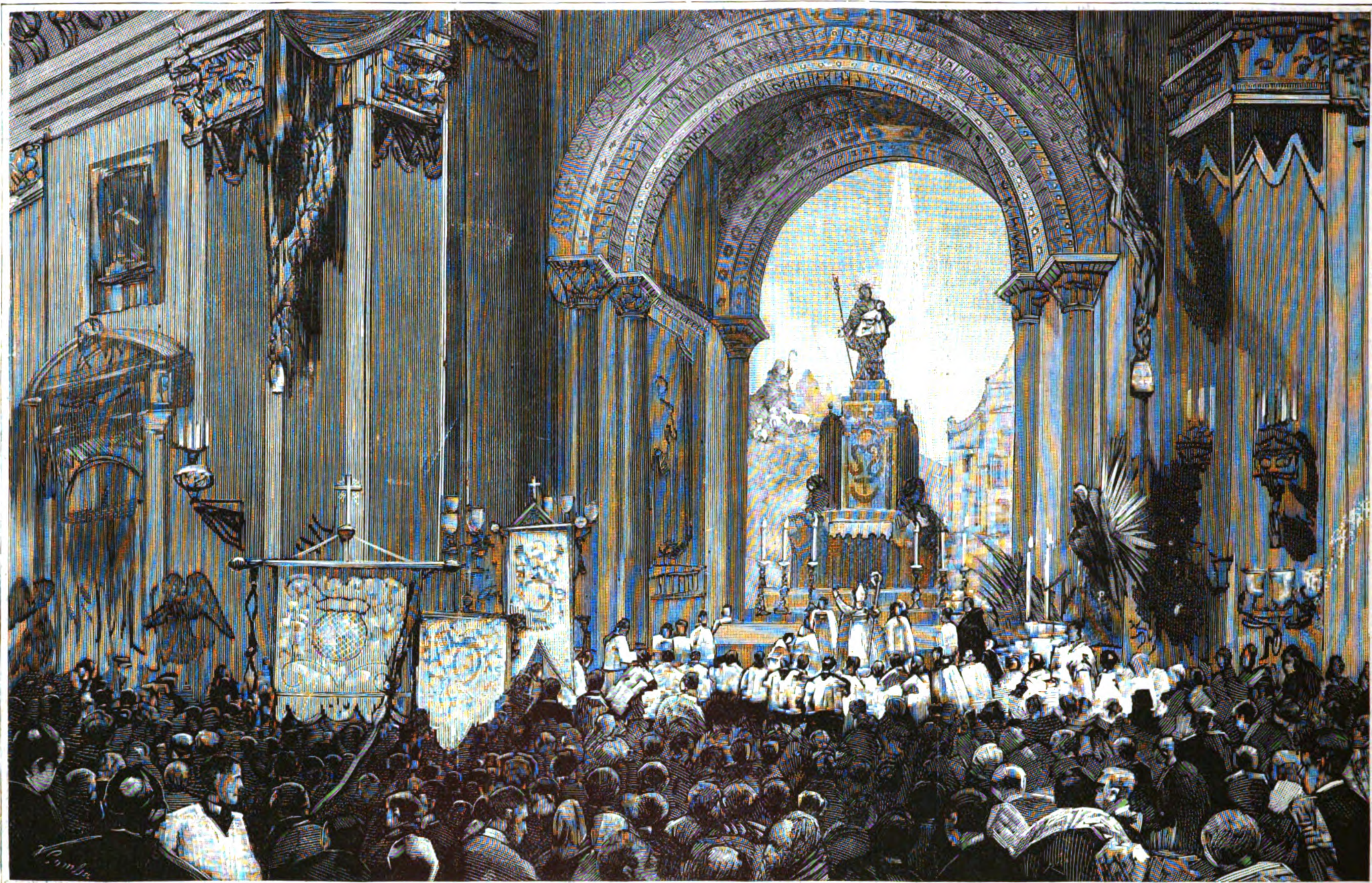
No fué la timidez, en su doble aspecto de compañera de la prudencia y encubridora de la cobardía, quien guió mis pasos cuando, niño aún, osé lanzarme á los senderos y encrucijadas de la vida pública. Nacido en época de convulsión y de trastorno, y balbuciendo las primeras oraciones al compás de los himnos bélicos, creía yo que el mundo era sólo un inmenso palenque donde la victoria reservaba su laurel para los audaces, mientras la humildad ofrecía en holocausto sus gracias al filósofo y al asceta.

Hoy, ya sea por haber aprendido ú olvidado muchas cosas, ya porque más de medio siglo de experiencia parece que autoriza y hasta exige se cambie de ideas, como se cambia de costumbres y de goces, confieso que antes de penetrar en este augusto recinto del saber, cuyas puertas habrían estado siempre cerradas para mí á no abrírmelas vuestra bondadosa mano, lejos de sentir aquel antiguo impulso he sentido igual angustia, inquietudes iguales á las que siente el soldado bisoño la víspera de una batalla decisiva. Mi deber y mi honor me estimulaban á la pelea; mi insuficiencia y mi pequeñez eran argumentos para la fuga. A entrambos derroteros llevábame la atracción de lo desconocido; pero, como siempre que la conciencia es el árbitro de nuestras decisiones, la gratitud acabó por vencer al miedo, y aquí me tenéis, queriendo en vano disimular el regocijo, y buscando, en vano también, atenuaciones á la sorpresa.

Porque debo decirlo, ya que se presta á ello la solemnidad del acto: no creía yo, señores, no esperaba, sobre todo á esta edad en que son tan engañosos los halagos de la esperanza, que aquella desenvuelta y alocada musa de mi juventud; la que triste ó alegre, según habían sido el sueño dulce ó penosa la vigilia, compartió conmigo el deleite de los festines y las soledades del destierro, acabaría por traerme al seno de la Real Academia Española, que sin duda ha querido premiar en mí, á falta de otros méritos, los únicos de que puedo ufanarme: el entusiasmo y la constancia.

Algo hay, sin embargo, en esta satisfacción in-

PEREGRINACIÓN OBRERA Á ROMA.



MADRID.—BENDICIÓN Á LOS PEREGRINOS POR EL ILMO. SR. OBISPO DE LÉRIDA, EN LA IGLESIA DE SAN JOSÉ.

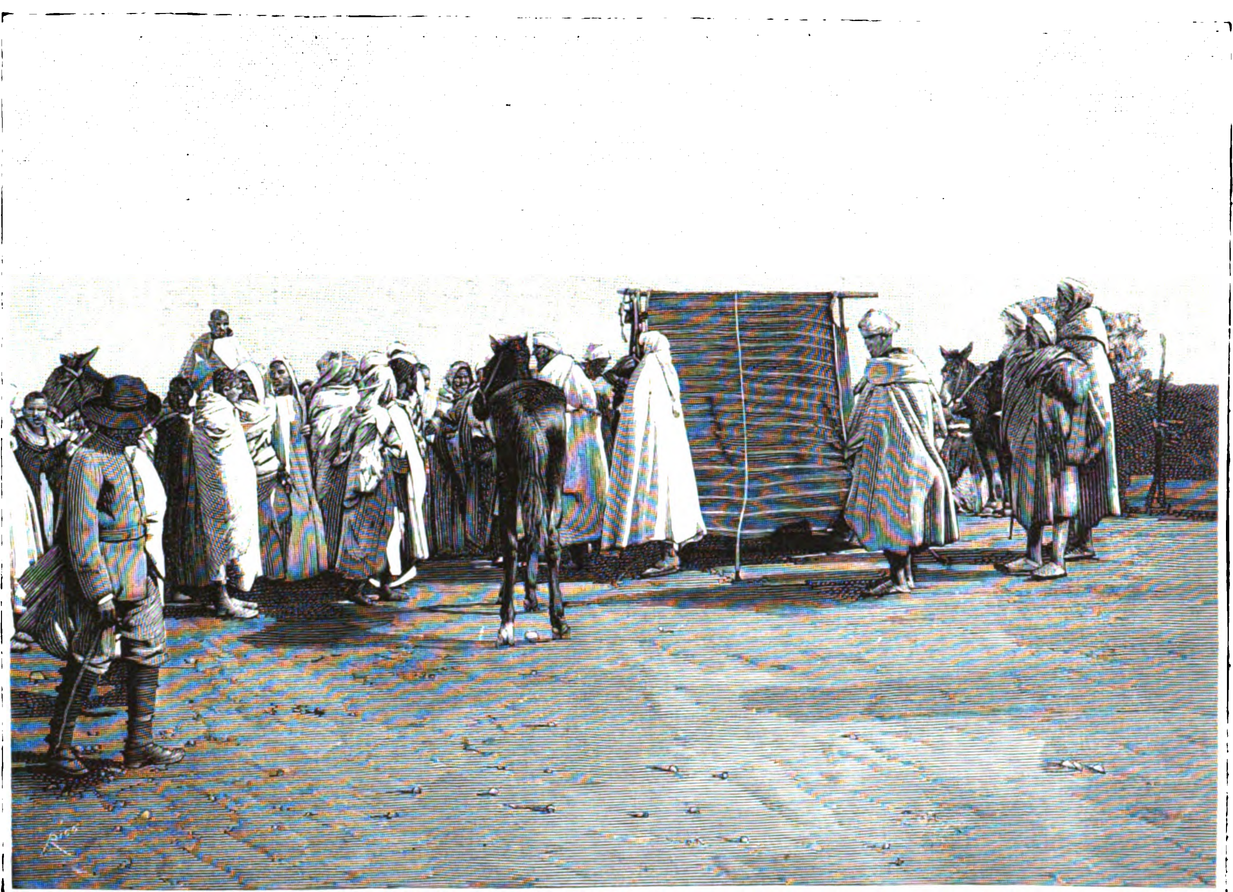
MADRID.—SALIDA DE LOS PEREGRINOS DE LA IGLESIA DE SAN JOSÉ, CON DIRECCIÓN Á LA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA.

(Del natural, por Comba.)

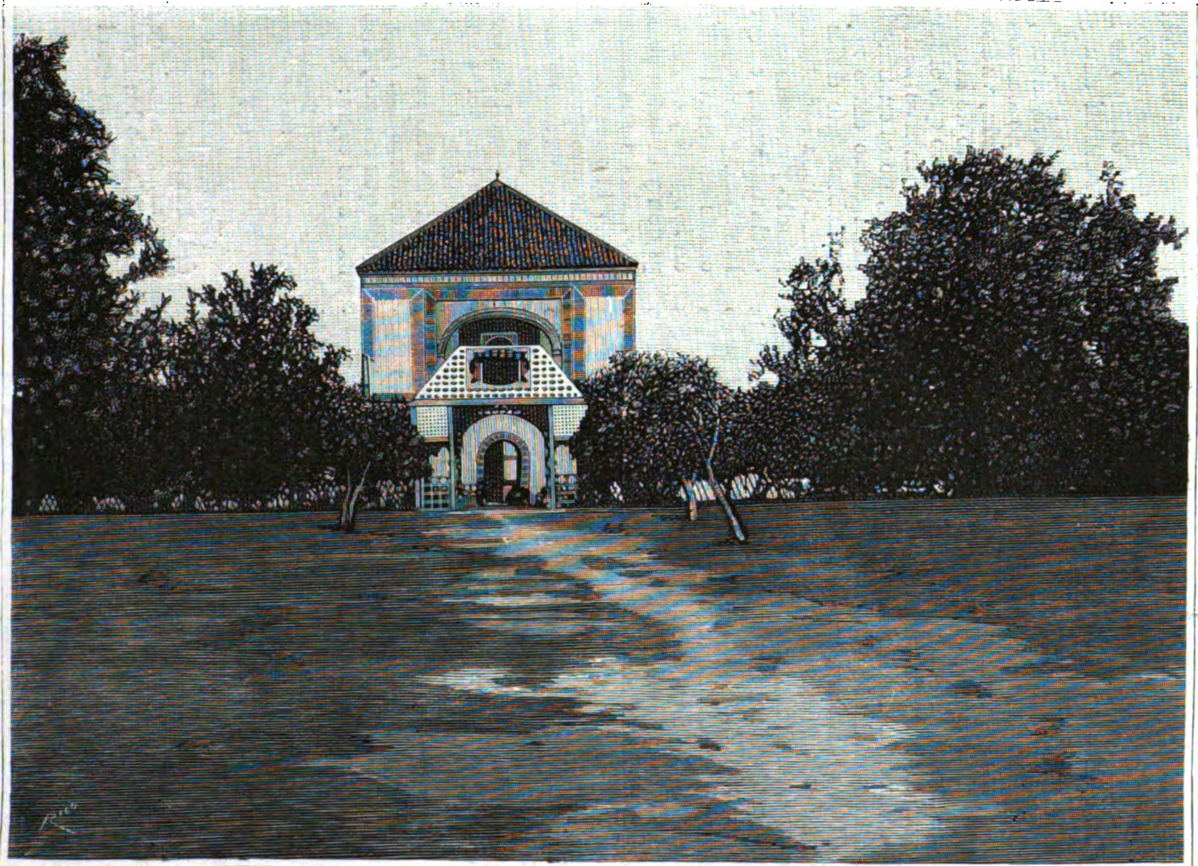
EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS.



COSTUMBRES Y TIPOS MARROQUÍES.—UNA CALLE DE LA CAPITAL.



COSTUMBRES Y TIPOS MARROQUÍES.—EL TRIBUNAL DE TRANSACCIONES EN EL MERCADO DE CABALLOS.



PABELLÓN DONDE SE CELEBRARON LAS CONFERENCIAS ENTRE EL EMBAJADOR Y EL SULTÁN, EN EL JARDÍN DE PALACIO.



EL BANQUETE DE DESPEDIDA.—CONDUCCIÓN DE LAS VIANDAS.

(Del natural, por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

terior, aurora fugitiva de una existencia ya cercana á la noche, que suena como fúnebre nota en concierto de regaladas armonías; algo que es mezcla indefinible de luz y de sombra: el recuerdo y la idea de que vengo á ocupar aquí el puesto que antes que yo ocupara un escritor insigne, á quien si algunos años llamasteis dignísimo compañero, llamé yo muchos más amable y cariñoso amigo. Acaso en nuestras frecuentes pláticas literarias fué él quien me hizo entrever la posibilidad de que andando el tiempo, y cuando mi vida entrara en los caminos de la quietud y del orden, llegáramos á ser colegas en esta docta Corporación. Atribuía yo siempre tales augurios á la bondad ingénita de su alma, y no sé si alguna vez acariciaría la ilusión de acompañarle, pero aseguro que jamás me afligió el presentimiento de sucederle.

Como la suya, deslizóse mi juventud á orillas de aquel río que aun arrastra entre sus arenas el polvo de oro de las pasadas glorias; en aquellos ameníssimos verjeles de la Alhambra, donde los ruiseñores se hacen aplaudir de los artistas; bajo aquel cielo, deslumbrador como una promesa y sonriente como un ensueño; en aquella tierra, por fin, que siendo hermosa para todos, es sagrada además para los que hemos dejado allí muertos que atraen y memorias que los resucitan.

No alcancé yo en la sin par Granada á Luis Fernández-Guerra; era ya vecino de Madrid, donde gozaba nombre y posición, inferiores por cierto á sus merecimientos, y donde después de haber dado al teatro varias producciones, alguna de las cuales, verdadero modelo de corrección, se representa todavía con gran aplauso, tuvo, como tantos otros, que desatender las aficiones para subvenir á las necesidades, privando al arte escénico de sabrosos y regalados frutos.

Guardó, sin embargo, vivo el culto de las letras, y lo reveló una vez en forma tan gallarda y con intuición tan maravillosa, que su libro sobre *Don Juan Ruiz de Alarcón*, más que biografía, es admirable estudio de las costumbres y de la historia de aquel tiempo.

Estaba identificado de tal modo el autor con sus personajes; tanto había revuelto en archivos y bibliotecas en busca de noticias, que á fuerza de leer sus cartas, de analizar sus sentimientos, de presentir sus conversaciones, llegó á escribir y á pensar como ellos, entrándose hasta en el secreto de sus intimidades. Vivía con la imaginación y el alma fijos en lo pasado, y cuando en las crudas noches del invierno aparecía en la tertulia del teatro de la Zarzuela, y después de dejar el sombrero encima de aquel piano de que arrancó Guelvenzu tan sublimes acordes, avanzaba hacia nosotros envuelto en la capa, todos creíamos ver un viejo soldado de Flandes con su bigote y perilla encanecidos y tostados por el sol y la nieve de los campamentos; galán con los galanes y galanteador con las damas, á pesar de los años; entusiasta del epigrama, pero sin pasar del retruécano, y ante todo y sobre todo, amigo generoso y leal, y poeta en quien la erudición acrecentaba, lejos de contener, los ardores de la fantasía, siendo perfecto original de este retrato debido á su discreta pluma:

«El poeta, aspirando casi siempre á lo grande é infinito, suele desasirse de los intereses bastardos que á los hombres convierten en Proteos, y con altos pensamientos, consoladoras máximas, agudas y persuasivas razones gusta de apacentarse en la viva luz de la justicia y de la verdad, logrando que las artes del ingenio presten soberano realce á las armas y á las letras. Esto se entiende de los verdaderos poetas, que no de los mohatreros ni de los que trafican inicuamente con el estro divino.»

Tal debe ser el poeta, según mi malogrado amigo y antecesor: ¿acertaré yo á definir con igual claridad lo que es la poesía?

Pintura que habla, á juicio de unos; lenguaje que pinta, en opinión de otros, lo mismo para los que la cultivan que para los que la comprenden, esta maravillosa ciencia de la poesía, como Cervantes la llamaba, es suma y compendio de cuanto hay de sublime en el arte. Fecunda como la naturaleza, todo lo crea y lo reproduce; da contornos y palabra á sus héroes imaginarios, vida y colores á sus pensamientos; extiende el límite de las cosas, y nos hace ver, según la feliz expresión del latino: *non solum quæ essent, veruntamen essent quasi essent.*

Traspasaría los linderos de mi propósito, y no me juzgo con bríos proporcionados á tamañas empresas, acometiendo la de resumir en un discurso la historia de la poesía, que no contentándose con copiar los cuerpos, pone al descubierto las almas: asunto además tan manejado ya por propios y extraños, que sería imposible aportar á él una idea nueva. Intentaré sólo, y aun eso con la indecisión del que por primera vez viene aquí á oficiar de maestro, demostraros hasta qué punto el idioma poético está identificado en nuestra patria con el idioma vulgar, y cuáles y cuántas son, por consiguiente, sus condiciones de vitalidad y de grandeza.

La poesía brota de nuestro lenguaje tan espontánea y natural, que es en él esencia más que accidente, lo que no sucede en todas partes: no es un vano artificio retórico sujeto á reglas determinadas, sino la adaptación á una idea ó un sentimiento de frases originariamente rítmicas y de metáforas y locuciones que, aun sin la vestidura del verso, se distinguen por su elegancia y brillantez. Buena prueba de ello es, que apenas encontramos prosa, sin excluir la de los mejores hablistas, donde no aparezcan, á modo de labor de filigrana, endecasílabos y otras variaciones de la métrica, empezando por lo de

En un lugar de la Mancha
De cuyo nombre no quiero....

que muy bien pudo haber seguido en romance el insigne autor de *Don Quijote*, y concluyendo por aquello de

Entre la ruda masa de la mina
Brilla el diamante y resplandece el oro....

dicho, como quien no dice nada, por Saavedra Faxardo en sus *Empresas políticas*.

No son, pues, enemigos aquí, ni pueden serlo, la poesía y la prosa; se ayudan, se necesitan, se completan, y el gran secreto de nuestra superioridad en la oratoria, y acaso el de nuestra inferioridad en producciones de índole científica, está en la exuberancia poética del idioma, que corre parejas con la exuberancia de la fantasía. Los españoles en general, y esto no solamente los halagados por las musas, sentimos mejor que razonamos; corremos detrás de los sueños, dejándonos alcanzar de las realidades: y un día conquistadores, descubridores otro, aventureros siempre, ya luchando por grandes causas, ya buscando en causas pequeñas estímulos de lucha, somos y no dejaremos de ser un pueblo de poetas, esclavo quizás de otras debilidades, pero libre de esa que, con el nombre de materialismo, pretende envenenar las inteligencias después de haber envenenado los corazones.

La destemplada vocecilla de un espíritu burlón, que bien pudiera ser el de la crítica menuda, más aficionada á las bromas que á las veras, acaba de susurrar á mi oído estas preguntas: Pero ¿hay alguien que piense de ese modo en España? ¿Es posible que cuando se ha perdido la poesía de la fe se encuentren aún gentes que tengan fe en la poesía?

Tal interrogatorio, que, sin las circunstancias presentes de ocasión y lugar, apenas merecería una carcajada, va á servirme de hilo conductor en el laberinto de las deducciones.

He dicho que el lenguaje poético, forma de expresión la más bella sin duda del humano lenguaje, no es en ningún país tan espontáneo y natural como entre nosotros, y debo añadir que lo es doblemente desde que el conceptismo, desterrado de la literatura que corrompía con su atildamiento y afectación, ha cedido el campo á la escuela moderna, cuyos elementos principales son la verdad y la sencillez, ya pinte en dulces y apacibles endechas los afectos del alma, ya interprete en robustas y concisas estrofas los arranques de la pasión y el entusiasmo.

Hasta en sus mismas exageraciones ha demostrado la poesía castellana lo fecundo del manantial de que procede, y la pureza del troquel en que modela sus delicadas formas. No hablemos ya de Góngora y sus secuaces, cuya pluma casi deja atrás el pincel del Greco, y fijándonos en la pléyade de escritores apenas conocidos en su época, citemos á la ventura algunos ejemplos.

Retratando las perfecciones de una mujer, tan minuciosamente que más parece la pintura desnudo que retrato, dice uno de ellos haciendo alusión á las cejas:

Negras espadas no juntas
Sacó sobre dos centellas,
De modo, hiriendo con ellas,
Que las dobló por las puntas.

¿Es verdad que no cabe elegancia mayor dentro del absurdo?

Pues, ¿y aquel, canónigo por más señas, que, describiendo los apuros de una doncella sorprendida al bañarse en el río, lo hace con frases del tenor siguiente?

Velar quiere con brazos enlazados
Tiernos globos de nieve recogida,
Pero oprimidos brillan por los lados
Rayos de plata natural bruñida.

De donde resulta, como no podía menos de resultar para satisfacción del interesado, que

Cuanto avariento pecho al joven niega,
Pródiga espalda al apetito entrega.

Hago todas estas citas de memoria, y no puedo, por consiguiente, prodigarlas mucho; pero no quiero prescindir de una que sirve de introducción á la fábula titulada *El robo de Elena:*

Aquel que con la trinca de deidades
La sentencia dudó de la manzana,
Hasta que desnudando majestades
Les miró la purísima badana,
Este al raro prodigio de beldades,
A la reina de Grecia soberana,
No sé si diga que violento roba,
O si se fué con él, que era muy boba.

Ciertamente que hay no poco de gárrulo y trivial en esta palabrería; pero al mismo tiempo, ¡qué imágenes tan pintorescas, qué donaire en el chiste, qué realismo de tan buen género, comparado con el que trata de imponernos una secta que, haciendo gala de sus extravíos, nos ofrece como novedad lo que era ya cínica desenvoltura en Apuleyo, y acaso venganza sangrienta en el Boccacio!

Y no vale decir que esto fuese una desviación de nuestro lenguaje castizo ni una libertad otorgada á la rima, no: la prosa de la época abunda en iguales extravagancias, y ni aun el gran Quevedo escapó á la influencia en que tanta parte tuvieron nuestras conquistas en Italia, y que en último término vino á contribuir al enriquecimiento del idioma, inoculando en él multitud de giros y frases, á cambio de los que aquel pueblo recogió de sus dominadores, y que nos halagan todavía cuando los oímos en las tortuosas callejuelas de Nápoles, ó en las rientes comarcas del Milanesado.

No hay asunto, no hay dificultad que la musa castellana no haya atacado y vencido, recorriendo todo el pentágrama de las notas y la gama de los colores. Los que se asombran de la gracia con que los franceses manejan el equívoco, á lo cual se presta el doble significado de muchas de sus frases, encontrarán á cada momento en nuestros autores del siglo de oro trozos como éste:

De Venus mi musa cante,
Y del galán impaciente
Que por verla de Poniente
Andaba muy de Levante.
Aquella, de amor esfera,
Que con París siempre humana
A que le dé la manzana
Más que otras hermosa espera;
Maravilla del donaire,
Que para herir corazones
No necesita de arpones
Mas que de andar por el aire;
Crióse de luz armada
En Chipre, tan matadora,
Que fué de todos señora
Así que se vió criada, etc.

Y si de aquellos tiempos venimos á parar á los actuales, en que la poesía, digan lo que quieran los detractores, lejos de decaer, parece cobrar nuevos alientos; si examinamos el interés especial con que hoy se procura armonizar el fondo y la forma, desdeñando inútil hojarasca, y haciendo de la concisión el primer elemento de belleza, ¡qué de tesoros surgirán á nuestra vista, qué flexibilidad de lenguaje, qué armonías de metro, qué primores de estilo, qué refinamientos de gusto, y, sobre todo y ante todo, qué inmensa variedad en la expresión de los afectos, y qué maravilloso idioma éste, que lo mismo sirve para ensalzar á Dios, que para mofarse de sus criaturas!

¿Quiere esto decir, acaso, que la poesía castellana haya realizado el ideal de la perfección, y que puede aplicarse á todo el que hace versos el calificativo de poeta? Por más que esté dispuesto á romper lanzas en defensa de cuanto creo verdad, no me atreveré ni siquiera á romper el silencio para defender tal despropósito, aunque sea un nuevo argumento que viene á confirmar mi tesis.

En las lenguas que no son por naturaleza armónicas, el hacer versos es una labor lenta y complicada, que necesita no solamente disposición, sino estudio. Dentro de estas condiciones no suelen abundar los poetas; pero la calidad suple la cantidad. En nuestra lengua castellana, por el contrario, basta y aun sobra muchas veces un poco de oído para que el jaque andaluz, como el jíbaro puertorriqueño y como el payador de las Repúblicas del Plata, produzca versos, que podrán carecer de propiedad y de elegancia, pero que son siempre fáciles y sonoros, porque arrancan de la inspiración, hija de la fantasía, y tienen molde adecuado en el idioma.

Recuerdo haber visto hace ya tiempo balanceándose en el portal de un memorialista al exterior y comerciante al foro, el rótulo siguiente:

En el patio de esta casa
Se compran libros de lance,
Y se venden dos canarios,
Un borrego y otras aves.

Y actualmente, y sin ir más lejos, ¿no es toda una campaña poética la que sostiene en las columnas de los periódicos esa falange de poetas desconocidos que se dedican á loar las excelencias del jabón del Congo?

Dígase lo que se quiera, el verso es la forma natural de nuestro lenguaje, y en ella nos hemos educado, y en ella se educan todavía nuestros hijos. Lo mismo las oraciones de la infancia, que los primeros rudimentos de urbanidad, que los días que trae cada mes, lo hemos aprendido en verso, y ¿qué más, señores? Yo no me acordaría ya de la historia de mi país sin aquello de

Libre España, feliz é independ'ente,
Se abrió al cartaginés incautamente,

como no hubiera completado la cronología de nuestros monarcas á no fijarme en lo de

Liuva, Witerico y Gundemaro,
Con Sisebuto, caso extraño y raro

que me ha hecho pensar más de una vez en que estas tres palabras, bajo su disfraz de asonantes, son otros tantos reyes que faltan en la colección.

Pueblo que de tal manera siente la poesía, debe ser, y lo es sin duda, idólatra de los poetas. Los admiraba ya cuando aun no podía comprenderlos; no les ha escaseado jamás el tributo de sus aplausos y de su memoria. La ciencia nos habla de un Miguel Servet; la filosofía de un Luis Vives; la política de un Cisneros; la gloria de muchos insignes varones que la merecieron y la ostentan: el vulgo, y no sólo el vulgo, la generalidad de las gentes conoce alguno de esos nombres, pero de una manera vaga, dado que ignora lo que significan; preguntadle en cambio por Quevedo, Calderón, Quintana, Espronceda, Zorrilla y tantos otros, y os responderá sin vacilar: poetas.

. . . .

HE DICHO.

VITICULTURA AMERICANA.



MPORTA examinar lo que se hace en América respecto á viticultura, por lo que deban esperar nuestros viñedos del consumo de vinos en aquellos mercados.

La crisis vitícola que atravesamos inclina á fijar las miradas en el Nuevo Mundo, desde el Canadá, los Estados Unidos y Méjico, en el Norte, á las naciones centrales, abrasadas por los rayos de un sol tropical que dificultan la uniforme madurez de la uva, y al más benigno Mediodía, que consiente ya el cultivo industrial de la vid, pero que aun necesita comprar mucho vino, como sucede en el Brasil y la Plata.

Necesitamos colocar parte de la exuberante producción de vinos españoles, que ha llegado algún año á 40 millones de hectolitros, doblando la posible cantidad del consumo interior, y excediendo siempre, por lo menos, de 30 millones de hectolitros.

Sin una exportación que alcance la cifra de 8 á 10 millones de hectolitros, y sin que el aprovechamiento vinatero de las destilaciones alcance á otro tanto, es imposible sostener cierto estado de prosperidad vitícola que hace falta para tan pingüe riqueza nacional. Desde que Francia disminuyó sus compras de vinos en España, hasta llevar sólo el 50 por 100 de lo que antes adquiría, la depreciación de los vinos ha llegado á punto lamentable en todos nuestros centros de producción. La exportación media fué al país vecino, durante el último quinquenio de 1888 á 1892, de 7.682.989 hectolitros cada año; mientras que el pasado de 1893 no excedió de 3.705.865, según las cifras publicadas por la Administración de Aduanas.

Estas breves consideraciones justifican el pensamiento de allegar esfuerzos para ampliar las exportaciones de vinos á América, y con gran particularidad á los Estados Unidos del Norte, como se acaricia en los Ministerios de Fomento y de Estado; pero los comentarios circulados, en demostración de la utilidad, han llegado al punto de exageraciones peligrosas, en cuanto tienden á desenvolver esperanzas en los viticultores que acaso puedan superar los límites razonables de lo posible y práctico.

Ha llegado á decirse que los Estados Unidos sólo consiguen producir vinos endebles, como los de Francia, que requieren forzosamente la mezcla ó *coupage* (1) para facilitar su consumo, y si bien esto no carece de algún fundamento, tratándose de un territorio tan extenso debe tenerse en cuenta que aquél es el país de las grandes empresas, de los esfuerzos colosales y de los resultados maravillosos, que hacen surgir de las soledades de la manigua ó del bosque poblaciones como Chicago, la célebre reina de los Lagos, que en pocos años ha alcanzado engrandecimiento portentoso.

Los nueve millones de kilómetros cuadrados que ocupa aproximadamente el territorio de la Unión Americana del Norte, poseen variadísimos climas entre las latitudes de los 26° á los 48°, abarcando toda la región cultural de la vid, que en el antiguo continente comprende desde los 28° en Canarias y los 29° en Persia, hasta los 51° en Alemania, junto al Rhin. El suelo americano también es propicio al desarrollo de la vid, que se cría espontánea en muchas de sus selvas: los Estados de Pensilvania, Virginia, Ohío, Indiana, Carolina, Kentucki, Florida, Luisiana y California son buena prueba, principalmente, del próspero crecimiento de los parrales silvestres.

(1) Excepción hecha de los vinos superiores del Medoc, Borgoña y algunas otras pocas comarcas, hoy todos los vinos de Francia se refuerzan con vinos extranjeros.

Por el año 1880, las superficies de viñedos explotadas en el territorio expresado se distribuían del modo siguiente:

NOMBRES DE LOS ESTADOS.	VIÑEDOS en hectáreas.
California	13.100
Nueva York	5.118
Ohío	4.036
Missouri	2.985
Indiana	1.558
Illinois	1.541
Kansas	1.434
Nuevo Méjico	1.274
Georgia	1.210
Carolina (Norte)	1.067
Diversos Estados	7.825
TOTAL SUPERFICIE	41.148

Esta superficie producía algo más de un millón de hectolitros de vino, figurando con exceso por la mitad de esta cantidad el territorio de California.

Los primeros colonos que descuajaron, en 1769, los bosques californianos de las cercanías de Monterey, situado sobre la costa del Sud de la bahía de San Francisco, encontraron también muchos de los parrales silvestres. Por otra parte, hace más de sesenta años que se consumen con estimación los vinos procedentes de las comarcas circunvecinas, cuya fundación se atribuye á misioneros españoles de la Orden de Franciscanos, como revelan los nombres de las villas de San Diego, San Juan, San Gabriel, San Buenaventura, San Luis, Santa Clara y San José, además del de la metrópoli, San Francisco. En 1886 la ciudad de Nueva York consumió de estos vinos la cantidad de 1.680.227 galones y 1.335 cajas de botellas, siendo de notar las exportaciones que ha hecho California con destino á Méjico, al Japón, á la China, á la América Central y Meridional, y aun á Europa, apareciendo que Inglaterra le importó 1.162 cajas de botellas y más de 5.600 galones de vino en barricas; remesó á Francia 9.575 galones, y á Alemania 7.793. Esto hace ver que tales vinos se van haciendo lugar en los mercados, y avalora la importancia de los esfuerzos que hacen las autoridades y la Universidad de California en favor del desarrollo de esta fuente de riqueza.

Tenemos á la vista la Memoria de la *University of California-College of Agricultura*, correspondiente á 1890, en la cual se da noticia de su *Estación agronómica de Berkeley*, aneja al Colegio de Agricultura, dependiente de la Universidad. El ilustre profesorado de ésta resolvió en 1870 fundar dicha estación experimental en las condiciones expresadas, y en 1873 empezó ya á funcionar el nuevo instituto. Los primeros resultados de sus ensayos se publicaron en 1876, y fueron referentes á la eficacia de varios abonos. Hasta 1878 no dieron principio las experiencias de viticultura.

La población de Berkeley está situada en el Condado de Alameda, hacia su límite Norte, y á unos dos kilómetros de la bahía de San Francisco, que queda al Oeste, por lo que disfruta la benéfica influencia de los aires del mar, sin recibir daño directo de los vientos fuertes de las costas. Es una situación algo semejante á la de la comarca vitícola del Medoc, en Francia, y aun á la que ofrecen también nuestros ricos viñedos de Jerez de la Frontera y Sanlúcar de Barrameda.

Las observaciones meteorológicas hechas desde 1882, y más principalmente las concernientes al trienio de 1887 á 1889, ofrecen los tipos medios siguientes:

Temperatura media anual............ 12°,68
— — de primavera......... 11°,74
— — de estío.............. 15°,21
— — de otoño.............. 14°,90
Temperatura media de invierno........... 8°,88
— máxima.................... 33°,28
— mínima.................... —2°,28
Humedad relativa: media anual.......... 83°,81
— — mínima.......... 65°,31
Lluvia en Abril.................. 111 milíms.
— en meses secos de Junio y Julio.. 48,26 —

Los datos anotados revelan las condiciones de un clima sumamente benigno, á los 35° de latitud, como apenas puede encontrarse en la Península ibérica, hallándose algo parecido en la parte occidental, por la costa de Portugal y á mayor latitud, de unos 40°. Es, por consiguiente, natural que dicho clima de Berkeley se preste admirablemente al cultivo de la vid, sin ofrecer más inconveniente que el de cierto exceso de humedad para la buena madurez de la uva. En cambio, esto favorece la jugosidad del fruto, compensando la cantidad de mosto obtenido á la posible escasez (no comprobada) de riqueza sacarina, y brinda además con dosis conveniente de tártaro.

Desde este punto de vista son del mayor interés las investigaciones llevadas á efecto en la Estación agronómica, durante el trienio de 1887-89, de las cuales da noticias la *Report of the viticultural Work*, publicada en Sacramento el año de 1892.

Los terrenos de la Estación llegan á la superficie de 200 acres (81 hectáreas), de que una parte se dedica á los estudios ampelográficos, en una buena colección de 400 variedades de vides importadas de Europa; pero tales trabajos se auxilian con las cepas productoras de algunos *campos experimentales*, de dominio particular, como son los de la Misión de San José, el Cupertino de Santa Clara, el llamado del Fresno y aun algunos otros. Principalmente, las uvas que han servido para los experimentos de vinificación han sido las de la Misión de San José, dirigida por el Sr. Gallegos, y los viñedos del Cupertino; pero también han contribuído otras fincas, y los dueños de todas han merecido elogios de los profesores de la Estación, por su desprendimiento en cooperar á tan interesantes trabajos.

Los tipos principales de las referidas uvas han sido: 10 variedades de Burdeos; 4 de Borgoña; 5 de Italia; 11 del Mediodía francés, entre las que hay varias bien conocidas por españolas, como son las de Cariñena, Garnacha, Mataró y Morastel; 2 de Austria-Hungría, y 4 portuguesas, de las que cultivan en las riberas del Duero, produciendo el vino llamado de Oporto.

Los ensayos de rendimiento de mosto con respecto al peso del fruto exprimido han dado, en la mayoría de las variedades de uvas, cantidad de zumo superior al 67 por 100; los Aramón y Mataró han rendido hasta 76 por 100, y alguna variedad francesa ha llegado al 79. Demuestran estas cifras la influencia característica del clima aquel, que favorece el crecimiento en grosor de la uva y su consiguiente aumento de jugosidad.

Se confirman estas apreciaciones con el resultado de los análisis hechos por el profesor Sr. L. Paparelli, licenciado en Agricultura, de Italia, que dirige las experiencias enológicas. Dichos análisis se han hecho: en los *mostos*, averiguando la dosis por 100 de materias sólidas en suspensión, la de cenizas, la de glucosa y la de ácido tártrico; en los *vinos*, el alcohol en volumen y en peso, el extracto seco, el tanino, la acidez total, el tártaro disuelto en el líquido y el que quedó en el orujo después de prensado.

Sería difuso y sólo propio de un periódico técnico el citar los resultados de más de 200 análisis completos, que comprenden los tres cuadros incluídos en la Memoria que examinamos y que forma un volumen de 344 páginas, dignas de estudio para los viticultores y negociantes conocedores del idioma inglés.

No debemos, sin embargo, prescindir de anotar la parte más instructiva de estos análisis, comprendiendo la glucosa del mosto por litro, dosis de alcohol en volumen por 100, extracto seco y acidez total, con la adición calculada de la cantidad de glucosa que resulta transformada en una centésima de alcohol, y la relación total que aparece entre el peso de éste y el del extracto del vino, porque ambos datos del cálculo sirven de modo notable para esclarecer los resultados analíticos. Las dos últimas casillas del cuadro señaladas con asterisco indican estos datos calculados.

CUADRO EXPRESIVO DE VEINTICUATRO ANÁLISIS DE VINOS DE CALIFORNIA.

TIPOS.	VARIEDADES DE UVA.	VIÑEDOS DE PROCEDENCIA.	MOSTOS. — Glucosa. Gramos por litro.	VINOS. Alcohol en volumen por 100.	VINOS. Ext.º seco. Gramos por litro.	VINOS. Ácido tártrico.	Glucosa productora de una cent. de alcohol. (*)	Relación en peso de alcohol á ext.º (*)
Burdeos	Malbeck	Misión de San José.	251,90	12°,54	31,50	3,50	20,00	3,18
	Cabernet Sauvignon	»	241,20	12°,00	27,80	4,80	20,10	3,45
	Merlot	»	246,40	12°,36	30,70	4,70	20,00	3,22
Borgoña	Franc Pinot	»	261,00	13°,27	27,00	4,10	19,67	3,93
	Chauche Noir	»	296,20	15°,00	35,70	4,10	19,73	3,36
Italia	Barbera fina	»	241,20	11°,91	35,50	5,50	20,25	2,68
	Fresa	Cupertino.	241,20	12°,18	30,20	5,30	19,80	3,23
	Bonarda	»	260,00	13°,09	30,50	5,00	19,86	3,43
	Nebbiolo fino	»	226,70	11°,00	31,50	4,40	20,60	2,79
	Spanna	»	213,80	12°,36	25,50	4,00	17,20	3,87
	Refosco	»	236,20	13°,00	34,50	5,60	18,16	3,01
Mediodía Europeo	Aramón	Misión de San José.	226,70	10°,58	26,70	3,40	21,02	3,17
	Morastel	»	232,30	11°,45	27,50	5,90	20 28	3,32
	Alicante Bouschet	Cupertino.	218,00	11°,36	32,50	5,00	19,20	2,18
	Cariñena	Amador County.	257,60	14°,60	30,70	4,40	17,65	3,80
	Mataró	»	222,70	11°,00	27,00	5,30	20,24	3,26
	Garnacha	»	269,90	13°,91	28,50	5,80	19,41	3,90
Austria-Hungría	Lagrain	Cupertino.	236,20	11°,91	31,50	5,00	19,76	3,02
	Zinfandel	Amador County.	257,60	14°,20	30,70	4,00	18,15	3,70
	Blauer Portugueur	Misión de San José.	249,70	12°,45	36,70	3,60	20,05	2,71
Oporto	Tinto Calao	»	241,20	11°,45	27,00	5,30	21,06	3,30
	Malvasia	Fresno.	242,20	12°,36	29,50	4,60	19,60	3,35
	Bastardo	Misión de San José.	282,00	14°,00	33,50	4,70	20,14	3,34
	Tinta Madeira (**)	»	241,20	17°,80	29,90	4,70	14,11	4,76

(*) Casillas calculadas.—(**) Reforzado ó sobrealcoholizado.

PARÍS.—EXPOSICIÓN DEL CAMPO DE MARTE, DE 1893.



FLORES DE PRIMAVERA.

CUADRO DE BETHUNE.



SEVILLA.—UN RINCÓN DE LA FERIA.

(Composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.)

El cuadro anterior hace ver que la riqueza alcohólica de los vinos obtenidos con las uvas de la Misión San José, haciendas del Cupertino, de Amador County y del Fresno no suele ser inferior de 10°,50, y llega fácilmente á 12° y aun á 14°, sin exceder de 15° á 16° los vinos naturales. Los pocos vinos que han marcado graduación superior á 17°, como el último citado de *Tinta Madeira*, son de los que allí llaman *fortificados* (fortified), que en España denominamos *encabezados* ó sobrealcoholizados. En este carácter de su riqueza alcohólica, los vinos de California no desmerecen respecto de los de España, que en la clase *ordinaria*, ó de *vinos comunes*, lo que marcan es de 10° á 14°, y excepcionalmente de 15° á 17°, debiendo sospecharse la adición de alcohol, al deslío ó trasegado, en estos últimos.

Se advierte, además, notable proporción de extracto seco en tales vinos, nunca inferior de 22 gramos por litro (1), aumentando en los años 1888 y siguiente respecto á lo que indicaron algunos análisis de 1887.

La relación del peso del alcohol al del extracto, oscilando entre 2,18 y 3,93, sin llegar siquiera á 4,50, anuncia vinos bien elaborados y bastante puros; de cuya regla sale únicamente el sobrealcoholizado de la Tinta Madeira, antes citado.

No obstante, la proporción aparente de glucosa, invertida en producir cada centésima de alcohol, que resulta por litro de 17,20 á 21,06, siempre superior á la cifra media teórica de 17 gramos por centésima, deja percibir que aun exigen reformas útiles los métodos empleados para la fermentación del mosto, faltando el dato de la dosis de azúcar por litro en el vino para determinar con certeza esta circunstancia.

Los pocos análisis en que aparece investigada la dosis de glucosa indican que ésta oscila entre 3 y 7 gramos por litro; lo que hace ver la persistencia de azúcar sin haber sufrido la fermentación y el sabor ligeramente abocado de los vinos.

De todo lo dicho se puede establecer la creencia de ser posible mejorar las dosis de alcohol en estas clases de vinos californianos.

Estos resultados explican el hecho de las exportaciones antes citadas, cuando todavía se elabora allí poco vino, que alcanzará escasamente á la cantidad de un millón de hectolitros, y hace vislumbrar lo que tal industria puede llegar á ser en California. ¿Á cuánto podrá alcanzar su producción, después que se aumenten las plantaciones y cuando los actuales ensayos científicos enseñen á los prácticos lo que deben hacer?

En la preparación de las pasas van acaso más de prisa, y ya exportan de ocho á diez millones de kilogramos. Esta cantidad no es considerable para lo que España exporta, que consiste por lo menos en 27 á 30 millones de kilogramos; pero, si se reflexiona que uno de nuestros clientes de mayor importancia es la misma nación que nos ocupa, pues los Estados Unidos de América han llegado á comprarnos más de 12 millones de kilogramos algún año, se comprende que el caso de la producción creciente de pasa en California es asunto serio, y aun explica la baja de tal exportación pasera, que habiendo llegado en 1887 á consistir en más de 40 millones de kilogramos, no ha pasado apenas en 1892 de 27 millones de kilogramos. ¿Son éstas condiciones favorables para alentar esperanzas con la apertura de un nuevo mercado, salvador en la situación de penuria de los intereses vitícolas de España?

Un nuevo arancel de Aduanas estudia en la actualidad el Senado de Washington, inspirándose en tendencias menos proteccionistas que hasta el día dominaron entre aquellos legisladores. Sin embargo, toda la baja que proponen en favor del comercio de vinos extranjeros es la de fijar, para los que no excedan de 14° de alcohol, el derecho de 30 centavos de dollar por galón, lo que equivale á 33 pesetas por hectolitro, y á los vinos de mayor fuerza seguirán imponiéndoles 50 centavos, ó sean 55 pesetas por hectolitro.

Para estimular el comercio de importación de vinos en la Confederación americana sería necesario que las estipulaciones internacionales obtuvieran el derecho de 10 centavos por galón (11 pesetas por hectolitro) y esto, por más que lo deseen tanto los negociantes de Nueva York como los exportadores de España, aparece un poco difícil y velado por nubes densas de dificultades. Con tales concesiones se podría aprovechar cierto período de contratación pasajera, hasta que la producción vitícola de California llegase á ser suficiente para las necesidades del país. Con este término se debe siempre contar para no encontrarse chasqueados al final de la campaña comercial.

Condiciones más propicias ofrecen hoy los mercados del Brasil para el consumo de vinos. Los negociantes de aquel país han visto que pueden obtener mayores ganancias comprando á España, que no surtiéndose de Portugal sistemáticamente, y las demandas de vinos comienzan á ser muy activas en Jerez, Málaga y Tarragona. Aunque el derecho establecido por el Gobierno brasileño representa unas 26 pesetas por hectolitro, es realmente mayor, por el aumento del 40 por 100, que sobrecarga dicha cifra en 10 á 11 pesetas más.

Ya los viticultores de Portugal se lamentan de las indicadas corrientes comerciales, diciendo que sus vinos son superiores, y criticando agriamente á los exportadores de Oporto que compran vinos de España para remesar al Brasil; pero las tendencias del comercio no se contrarían fácilmente con declamaciones, y lo que el Gobierno español debiera hacer, con cierta urgencia, es resolver la instalación de una *Agencia comercial de España* en Río Janeiro y de otra en Méjico, ambas con carácter oficial, como las que Italia propaga en el Norte de Europa, en América y en otros varios mercados consumidores.

La suerte favorece á los *activos* y abandona á los *perezosos* ó descuidados. Esto es axiomático en materias económicas.

Eduardo Abela.

(1) Un vino de Aramón de 1887.

EL CONGRESO MÉDICO INTERNACIONAL.

SUMARIO.

Historia de los Congresos Médicos. — Su inauguración regia en el coliseo Costanzi. — Representantes de treinta y cinco naciones y su división en diez y ocho secciones. — La Exposición de productos y aparatos médico-quirúrgicos en el palacio de Eldorado. — Las fiestas incomparables del Palatino, Capitolio, Termas de Diocleciano, y la *Fiaccolata* en los foros y corsos de Roma. — El *nuevo* Policlínico.



El undécimo Congreso Médico internacional reunido en Roma, es de los grandes sucesos que interesan á los lectores de La Ilustración. Si las peregrinaciones á la Ciudad Eterna, de las cuales la que se aproxima procedente de España será incomparable, vienen á buscar en la tumba de los Apóstoles y ante las reliquias sagradas de esta Santa Cruz de Jerusalén los consuelos y la salvación de las almas, estas otras romerías científicas, en que aparecen representados así el indio mejicano como el de Bombay, el negro de Abisinia y el hijo de Egipto como el moscovita de Siberia y de Finlandia, abrazando todas las razas y naciones del universo mundo, pues hasta tenemos en Roma enviados de la Australia, llegan atraídas por el deseo filantrópico de ensanchar los límites de la ciencia de Esculapio.

Más prácticos y fecundos en resultados que los congresos llamados de la paz, á los cuales, si los enaltece el pensamiento de la fraternidad, esteriliza sus frutos lo fantástico de sus altos propósitos, estas asambleas médicas internacionales han dado grandes bienes desde que se iniciaron á la sombra de los esplendores de la inolvidable Exposición universal de 1867 en París. Once han sido ya estas asambleas, celebradas sucesivamente en 1867 en París; en 1869 en Florencia, recibiendo el nombre de segunda Olimpiada médica; en 1873 en Viena, que dió espléndidos resultados; en 1875 en Bruselas; en 1879 en Ginebra; en 1881 en Londres, seguidas inmediatamente de la nuestra de Sevilla en 1882; á las que sucedieron las de 1883 en la capital de Dinamarca, de 1885 en Amsterdam, y de 1890 en Berlín.

La fascinación que la fama de Roma ejerce en el universo ha contribuído indudablemente á que la afluencia de los hijos de Esculapio sea en este congreso romano mayor que en ningún otro, sobrepujando al de Berlín, que reunió 5.715 miembros. Ahora van inscritos ya 7.612 congresistas, pertenecientes á 35 naciones, y representando 415 sociedades científicas; añádanse 1.200 señoras, esposas é hijas de los concurrentes, que más ó menos aficionadas á las ciencias, son entusiastas de las grandezas y monumentos de la Roma de Augusto y de la sede de los Pontífices. En esta concurrencia inmensa, donde naturalmente predomina el elemento itálico, se encuentran 900 hijos de la Germania, cuya sección es verdaderamente asombrosa en la Exposición de Medicina, abierta en este palacio de Bellas Artes, enlazándose al Eldorado y á los nuevos jardines que dan frente al Quirinal, inaugurados con esta ocasión. Vienen después 700 austriacos; un número igual de ingleses, comprendiendo todas las posesiones británicas en las diversas partes del mundo; 600 franceses; 250 españoles; 200 rusos; otros tantos suizos; muchos de las demás naciones europeas, del Egipto y del Imperio otomano; 175 representantes de las diversas naciones de América, y diputados científicos de la Australia. Como en tan inmenso concurso se cuentan numerosos representantes de los facultativos adictos á la marina y al ejército, que enviados por los Gobiernos visten el uniforme de sus países, y los doctores y médicos de las Universidades de Portugal, de Alejandría, de las Indias y de Stambul, ó Asia, han llevado á la fiesta regia de la inauguración del Congreso los trajes pintorescos de cada región, resultó la función tenida en el teatro Costanzi un espectáculo indescriptible.

A él se asoció Roma entera empavesando todos los edificios que desde el Quirinal se extienden al foro de las Termas Dioclecianas, viéndose en este extenso recinto más de 200.000 espectadores, mientras el coliseo Costanzi era una maravilla de belleza, reunidas todas las banderas internacionales en derredor del trono alzado en el escenario, á la par que el anfiteatro se había convertido en un jardín de plantas y de flores. Daban guardia de honor en el coliseo los llamados *Vigiles* y *Fedelis* del Municipio romano, estos últimos con el traje pintoresco que, como á los guardias suizos del Vaticano, les dió Miguel Angel; aquéllos con sus cascos dorados relucientes. Inaugura los discursos el presidente del Consejo, Crispi, con frase inspirada, saludando á los que llama sacerdotes de la ciencia de la vida, y de los cuales espera nuevas conquistas para bien de la humanidad.

Sigue al del Presidente del Consejo el discurso del médico más famoso de Italia, Guido Baccelli, quien desde la vicepresidencia de la Cámara ha pasado á ser de nuevo ministro de Instrucción Pública, y al cual realmente debe Roma que la asamblea médica de Berlín la prefiriese á San Petersburgo para ser sede de esta gran reunión científica, donde á su vez ha sido aclamada para sucederla en un trienio la capital de Rusia. Evoca los títulos de Roma, que ya desde los tiempos de Augusto y de Pisón concedió grandes honores á los cultores de Esculapio y de Hipócrates, y que en los siglos medios reunía los primeros congresos de la ciencia médica. La capital de Italia, dice, no perdonará esfuerzo para hacerse digna de la distinción que el mundo científico la concede. Y, en efecto, á Baccelli se debe la construcción adelantadísima del Policlínico, que será el primer hospital, asilo y clínica de las ciudades de Europa, situado en la célebre vía Nomentana. Débele la idea de la platea arqueológica destinada á reunir los siete foros de la antigua Roma con el Capitolio, el Coliseo, el Arco de Constantino y las Termas de Tito y Caracalla, teatro ahora de fantástica iluminación, y que en el Eldorado se haya abierto la Exposición de todos los objetos pertenecientes á la Medicina y la Cirugía.

El Síndaco de Roma, príncipe Ruspoli, ofrece á los congresistas la hospitalidad más afectuosa de la Ciudad Eterna, siendo contestado por una aclamación unánime de ¡viva Roma! El doctor alemán Virchow recordó después en un elocuente discurso lo que á Italia debe la ciencia. Se ha continuado ahora, dice, esa atracción de Italia sobre los hombres del Norte. Pero vienen como amigos y hermanos. La actual asamblea, reunida en las faldas del Capitolio, será vínculo de fraternidad entre los colegas de todos los países, añadiendo un lazo más al pacífico comercio de las naciones.

°°°

Siguen á éstos una serie de discursos, entre los que merece mención especial el del doctor Fernández Caro, nuestro compatriota, el cual dice en inspiradas frases qué estrechos lazos unen á las dos penínsulas latinas, y tiene un recuerdo para las recientes fiestas con que la doble patria de Colón solemnizó el glorioso centenario del descubridor de América, así en las aguas de Palos como en los mares de la Liguria.

Entre los innumerables y distinguidos personajes que representando á las treinta y cinco naciones, asistiendo á este Congreso y á toda notabilidad de Italia y de Roma, rodeaban el solio regio, distinguí con placer, ya vistiendo el uniforme de nuestra marina y de nuestro ejército, ya el traje de etiqueta, á los facultativos españoles Calleja y Sánchez, Espina y Capo, San Martín, Gallego, Azúa, Pulido, Gutiérrez, Berruezo y Ortega Morejón.

Las secciones en que se ha dividido el Congreso son las de anatomía, fisiología, patología general, farmacología y terapéutica, medicina interna, pediatría, psiquiatría, neuropatología y antropología criminal, cirugía y ortopedia, obstetricia y ginecología, laringología, otología, oftalmología, odontología, medicina y cirugía militar, higiene, ingeniería sanitaria, dermatología y sifilografía, medicina legal, ideología y climatología.

Imposible ni condensar siquiera los debates habidos en estas secciones y en las reuniones generales del Congreso, tenidas en el Policlínico y Eldorado, donde se han pronunciado más de mil discursos. Las cuestiones sobre la epidemia colérica, profundizadas por los facultativos de Egipto, de Turquía y de la India; las del vómito negro y fiebre amarilla, analizadas por los doctores de América; las de la difteria é *influenza*, consideradas en su desarrollo, como la diabetes, el cáncer y la tisis, por las primeras celebridades de Francia y de Alemania, y la de la malaria, admirablemente expuesta por los médicos de Roma y de las *landas* y pantanos insalubres itálicos, fueron particularmente notables.

Nuestros doctores de Madrid, Cajal, examinando las enfermedades nerviosas; Jiménez, discutiendo sobre anatomía; Ortega Morejón, sobre las funciones del corazón; Pérez de Alfaro, sobre el cáncer; Huertas, acerca de las enfermedades del hígado; Ortiz de la Torre, sobre la triquinosis de la lengua; González, sobre los tubérculos del cerebro; Manuel de Tolosa, sobre la locura, especialmente en los niños; Aguilar, de Cádiz, sobre las infecciones intrauterinas; Azcárate y Cardenal, de Barcelona, sobre la tuberculosis; Berruezo, acerca de las inyecciones de nitrato en ciertos males; Sargas, de Barcelona, sobre el aborto; Franco, de Zaragoza, acerca de la obstetricia; Valls, de Barcelona, sobre las enfermedades de la mujer; Curtiguesa, de Santander, con el propio tema, que desenvolvió también Martín de Argenta, de Salamanca; Barajas, de Madrid, tratando el reumatismo y la diabetes; Casadesús, barcelonés, sobre las enfermedades de la laringe; Sené y Molist, de Cataluña, discurriendo sobre la sordera; Azúa, respecto á las enfermedades de la piel; y otros distinguidos médicos de España, han hecho honor á nuestra patria y al Congreso romano. Pero el carácter técnico de sus memorias, estudios y discursos, que hallarán cabida en los anales científicos y en las actas de la undécima Asamblea internacional, no se avienen con el carácter de una revista como La Ilustración.

Estas mismas consideraciones me hacen condensar las noticias sobre el nuevo Policlínico, centro del movimiento del Congreso, y respecto á la Exposición de productos relacionados con la ciencia de Esculapio. El Policlínico, situado cerca de la muralla llamada de Belisario, y dando frente al Castro Pretorio de los romanos, presentando una fachada de casi medio kilómetro, con una profundidad de 300 metros, será el primero de los edificios de esta clase en Europa, superando á los famosos de Londres, de Viena y de Berlín, habiendo consagrado á su construcción Italia, bajo la dirección de Guido Baccelli, veinte millones de liras. Desde el palacio, que concentra todos los oficios de dirección, administración, cátedras de clínica y vastísimas salas para los congresos, se ve á derecha é izquierda una serie de edificios aislados y armónicos, consagrados, los de un lado, á todas las enfermedades inherentes á la Medicina, y del otro á las de Cirugía, mientras en un extremo, rodeado de jardines, estará el pabellón consagrado á la locura, permaneciendo en todos los ámbitos de estos verdaderos palacios separados los dos sexos y las diferentes enfermedades de la humanidad. Una gran columna en medio del parque, como acontece en las fábricas más famosas, derrama el calor en todas las estancias; y galerías subterráneas ó en forma de altas terrazas enlazando los diversos locales, y muchas de ellas cubiertas de cristales, facilitan las comunicaciones, y todo lo que atañe á la convalecencia de los enfermos y á la conducción de los cadáveres, sin que esto lo adviertan los miles de habitantes del magnífico Policlínico. Un grandísimo número de pequeños edificios aislados, rodeados de plantas de todas las regiones del mundo, y de jardines, constituirán pabellones que serán de pago, como las llamadas casas de *Santé* de París y otras ciudades. Un ferrocarril enlaza todas las partes de tan vasto recinto, donde ha reinado estos días animación indescriptible, aumentada con las visitas que toda Roma y la inmensa colonia forastera ha hecho para contemplar en un pabellón especial el tren-hospital organizado por los Caballeros de la Orden Militar de Malta, del cual hacían los honores los jefes de esta milicia nobilísima, príncipes Chigi y Antici-Mattei, mientras recibían á las damas extranjeras las princesas Salviati

y Aldobrandini, pues con grandísimo espíritu humanitario, el patriciado romano afecto al Vaticano ha comprendido que no podían existir divisiones en esta obra de fraternidad cristiana. Con el tren-hospital para las guerras, debido á la Cruz de Malta, han rivalizado el de la Cruz Roja italiana y el admirable llegado de Berlín, todos ofreciendo los más pasmosos adelantos, y pudiendo transportarse en cortísimo número de vagones.

La Exposición médica y de higiene internacional, para la cual se han unido los edificios del Eldorado, el Palacio de Bellas Artes y los nuevos jardines y avenidas del Quirinal, abiertos con esta ocasión, responde á lo que prometía un hermosísimo lienzo alegórico, obra del pintor español Sr. Ballester, que evoca una de las leyendas de Roma. En tiempo de Antonino, en el año 291, afligida Roma por la peste, se expidió, después de haber consultado los libros Sibilinos, una embajada á Grecia para buscar en Epidauro la serpiente de Esculapio. El hermoso lienzo representa, bajo los auspicios de Minerva Médica, al dios Tíber saliendo á mitad del agua para recibir la serpiente á su llegada al templo de la diosa, erigido en holocausto de la salud en la isla Tiberina. Una medalla de bronce, regalada á todas las damas congresistas, recuerda esta leyenda romana.

Los congresistas dicen que la Exposición médico-quirúrgica romana ha resultado una de las más notables de Europa. Comprende doce clases, con todos los aparatos medicinales y los descubrimientos y progresos hechos para alivio de la humanidad. Cada clase, que se subdivide después en numerosas secciones, tiene sus doctores nacionales ó extranjeros. Imposible describir la variedad de objetos reunidos en tan vastísimos locales, y que si á veces, por la verdad terrible de las enfermedades humanas, cuya imagen reproducen, causan un sentimiento de tristeza, inspiran admiración hacia el saber humano y los adelantamientos del arte de curar, especialmente en la esfera de la Cirugía.

Dejando á los diarios de la ciencia médica, numerosísimos hoy en Roma, pues todas las naciones han enviado sus revistas más notables, el dar cuenta circunstanciada de la Exposición clínica romana, paso con mayor gusto á reseñar la serie de fiestas asombrosas que terminan en estos momentos, y de las cuales guardarán indeleble recuerdo los asistentes al undécimo Congreso internacional. El 2 de Abril uniéronse el *Garden Party* dado por los Reyes en los jardines del Quirinal y la iluminación de la llamada *Platea arqueológica*, comprendiendo los sitios más célebres de la antigua Roma. Los que hoy son llamados jardines de la Reina, paseo un día de los Papas, en la colina del Quirinal, han ganado tanto en los últimos años, que bien pueden merecer la calificación de pequeño Paraíso que les ha dado la prensa al describirlos. Junto á *parterres* de las más hermosas flores, aparecen bosques en que no penetran los rayos del sol. Numerosas músicas y orquestas, entre éstas la célebre romana de la *mandolinata*, sonaban ocultas en los bosques ó sobre pabellones elegantísimos improvisados en el jardín. En derredor de las más elevadas palmeras se habían formado pabellones verdaderamente artísticos, donde los Monarcas recibían las presentaciones de las infinitas damas ó celebridades extranjeras acudidas á Roma, ó presidían los bailes animadísimos en aquel edén, rodeados de las Embajadoras y de las Princesas romanas y damas de palacio. Espléndidos *buffets* eran invadidos por un ejército de convidados, y los cien guardias, imitación en Italia de los del Imperio napoleónico, con otros cien *Staffieris*, daban custodia en las alamedas umbrosas y junto á los lagos y cascadas. Los cinco mil invitados salieron encantados de la amabilidad de Margarita y Humberto de Saboya, quienes para hacerse gratos á los huéspedes de la corte de Italia, modificando las reglas de la etiqueta, concedieron bastase la presentación por los Embajadores en el sitio de la fiesta, ó pocas horas antes á la Camarera mayor de palacio, para el convito de mil quinientas damas extranjeras.

Del edén del Quirinal, al caer de la tarde, se trasladaban los miles de estos invitados con triple número de congresistas, é indudablemente otros 200.000 hijos de Roma ó extranjeros, á presenciar la iluminación de la *Passeggiata archeologica*. En el Palatino, sobre las ruinas de los palacios de los Césares, se habían erigido tres tribunas inmensas y altísimas terrazas, á las que dominaba un pabellón destinado á los Reyes y á los altos personajes del Estado, de palacio y del Cuerpo diplomático, y á las presidencias de las numerosas diputaciones ó secciones médicas. Desde el Ave María, todas las gradas del Capitolio, todos los sitios del Foro, los muros del Coliseo, los edificios que rodean el Foro romano y las torres de las iglesias, como los arcos de Tito, Constantino y de Septimio Severo, con los árboles de aquellos sitios, estaban ocupados de espectadores innumerables. Si bien los asistentes á este espectáculo incomparable no pudieron contemplar más que una parte de la fantástica iluminación, los que habían ascendido á las alturas, como si estuvieran en un globo, gozaron de un cuadro que quedará esculpido en su memoria. Sucesivamente, desde las nueve á las once de la noche, aparecieron evocados por la luz eléctrica, por potentísimos reflectores y fuegos de bengala de los colores verde, azul, blanco y carmesí, desde el Foro Trajano hasta la tumba de Cecilia Metella y las termas Antonianas, destacándose sucesivamente la pirámide de Cayo Cestio, con las cúpulas de San Pablo, los arcos de Druso, Tito, Constantino y Septimio Severo, el *Campanile* de San Juan de Letrán, el Coliseo, el castillo de San Angelo, el Capitolio y las ruinas de los templos de Júpiter, de Venus, de Diana, con la basílica de Constantino, la cúpula de San Pedro, el bosque de Numa, la casa de Augusto, las de Domiciano, Calígula y Nerón en sus ruinas históricas, y las colinas del Lacio que rodean á Roma, mientras las de Tívoli, Albano y otros parajes inmediatos á la Ciudad Eterna respondían con fuegos encendidos en los montes. La imaginación evocando los recuerdos históricos engrandecía el cuadro, que en parte no respondió, sin embargo, al fantástico programa, si bien le prestaron encanto las orquestas de mandolinas, sonando los más bellos aires napolitanos en derredor del pabellón regio; las numerosas músicas alternando en el Palatino con los fuegos artificiales y los cañonazos, y, sobre todo, el verdadero río humano descendiendo á través de las ruinas iluminadas, desde las cumbres de las llamadas *Orti Farnesiani* á los foros Romano y Trajano.

De fiesta en fiesta, de fascinación en fascinación, han pasado los asistentes al XI Congreso Médico internacional al recibimiento dado en su honor por el Municipio de Roma en el Capitolio, en los Museos Capitolinos y en el palacio llamado de los Conservadores, en gran parte unidos para esta fiesta. Todos los edificios estaban iluminados, y asombrosamente la fuente cascada con la estatua gigantesca del Océano, mientras los *Fedelis* capitolinos daban guardia desde la escalinata que arranca de la torre de Araceli hasta el descenso inmediato á la Roca Tarpeya y al Tabularium. En el palacio de los Museos la célebre estatua de Venus Capitolina aparecía fantásticamente iluminada. Especialmente las damas de los congresistas la contemplaban con admiración, mientras los hombres de ciencia examinaban en la sala llamada de los Emperadores las estatuas y los bustos de Germánico, Claudio Calígula, Nerón, Galba, Tito, Domiciano, Vespasiano, con los de Poppea, Agrippina, Messalina, Julia y Domicia, que compendian la historia romana. Las bellísimas estatuas de Júpiter, Hércules, Apolo y Minerva, la del Fauno, la del gladiador moribundo, los frescos de la sala de los Horacios y Curiacios, y tantos otros recuerdos entusiasmaron á los invitados á una fiesta que habría sido asombrosa á no escatimar en parte sus delicias la inmensa corriente humana que no podían contener la estancias de los tres palacios Capitolinos.

Pero me urge llegar al más asombroso de estos festejos, el cual se verificó en las termas Antoninas, generalmente conocidas con el nombre del emperador Caracalla, en el sitio más histórico de la Roma antigua, y que ha ofrecido un cuadro fantástico incomparable. Hablando de ellas dice Olimpiodoro, que podían bañarse á un tiempo, en templadas piscinas, hasta 1.600 romanos. Comenzólas Heliogábalo y termináronse en tiempos de Alejandro Severo. El *Natatio*, balsa inmensa para los nadadores; el *Calidarium*, donde los esclavos, como en los baños de Oriente, friccionaban el cuerpo de los bañistas; el *Frigidarium*, las estancias para las fiestas suntuosas, las bibliotecas y los sitios de delicias, los monumentos y estatuas inmortales que enaltecían aquellos anfiteatros inmensos, de los cuales el dorso del *Belvedere*, el *Hércules*, la *Flora Farnese*, el grupo de Birche, el Foro Farnesio con la admiración de los Museos Capitolinos y del Vaticano, de Nápoles y de Florencia y conocidos por su celebridad de cuantos han leído una guía de Roma. De todas estas magnificencias sólo quedan ruinas, pero grandiosas, á las cuales se va por la vía Appia, la más célebre de Roma de los Césares. Más de 10.000 carruajes y 100.000 romanos y extranjeros, recorrieron aquel día la famosa calle. Las gigantescas estancias de las Termas parecían haber recobrado la animación de los tiempos de Antonino. Todas ellas, adornadas de banderas nacionales y de oriflamas, contenían inmensos *buffets*, en medio de los cuales, como pirámide egipcia, se veía una botella colosal, mientras en el semicírculo preferentemente destinado á los personajes del Estado y de la corte y á las notabilidades congresistas, sobre una mesa de proporciones grandiosas, se contemplaba asado un modelo del buey *Apis*, rodeado de carneros. Multitud de manjares, de frutas y de flores adornaban estas mesas, en derredor de algunas de las cuales se habían colocado miles de sillas destinadas á las damas, mientras los centenares y centenares de convidados del sexo fuerte se preparaban á entrar como á saco en los otros recintos cerrados, donde, de pie, se verificó el *lunch*, que fué verdaderamente esplendidísimo. La marcha Real, entonada por seis músicas situadas en los diferentes anfiteatros, las trompetas y el estampido del cañón, señaló á las doce la inauguración del *lunch*. Cuando éste se hallaba en su apogeo, un millar de palomas, partiendo de la cúspide más alta en las ruinas asombrosas de las Termas, aparecieron sobre éstas, dejando caer de sus picos, y antes de partir para los campos inmediatos, multitud de papeles y cintas de colores con recuerdos de Roma y saludos en lengua latina á los huéspedes de la Ciudad Eterna. Fué aquel un momento de emoción inmensa, al que sucedieron aclamaciones y brindis estupendos, como pudieran celebrarse en las Olimpiadas romanas. Desde aquel instante la animación, la alegría y el placer fueron creciendo, presentando á las tres las Termas Antoninas un cuadro delirante é imposible de olvidar. No he visto ni en Londres, ni en París, ni en Viena, en sus Exposiciones más famosas, ni al inaugurarse la torre Eiffel, escena semejante, favorecida por un incomparable día de primavera. De esta admiración y de los sentimientos cordialísimos del alegre concurso hízose eco, á nombre del Congreso, el médico francés Bouchard, quien, desde tribuna improvisada en la sala de los Gladiadores, dió, en conmovidas y elocuentes frases, un adiós afectuoso.

El Congreso Médico ha tenido la fortuna de resucitar al moribundo Carnaval romano. La batalla de flores en el Corso de gala, empavesados los balcones por la tarde é iluminados por la noche con girandolas y luz eléctrica, á la que se unieron los famosos *moccolettis*, así en las vías y foros como en las logias, los balcones y en los 3.000 carruajes que por allí circulaban, siendo cubierto el de la Reina de innumerables flores, evocaron aquellos carnavales de mediados de siglo. Grandísima novedad para los congresistas y sus damas, que pronto tomaron parte en el espectáculo, presenciado indudablemente por más de 300.000 espectadores. A las ocho descendió por los antiguos jardines de Salustio, hoy el *Pincio*, una preciosa *fiaccolata*, representando bellísimas *farfalas* los monumentos todos de Roma, los escudos y banderas de las naciones iluminados con pintorescas linternas y faroles, con el Coliseo, el Policlínico y la llamada *baracca* de la alegría y el templo de Baco, del cual formaban parte gigantescos toneles de vino, uno de los cuales llevaba el título de «Vino de España». El pueblo romano, que vió evocadas así sus antiguas saturnales carnavalescas, se entregó á todo el delirio de esta fiesta. De los balcones caía lluvia de flores; la lucha para apagarse mutuamente los *moccolettis* y salvar su luz fué animadísima, y los ecos de las numerosas músicas que acompañaban la *fiaccolata* ó sonando en el inmenso trayecto por ésta recorrido, infundieron alegría general.

Imposible ni aun notar á vuela pluma los innumerables banquetes especiales que han celebrado todas las colonias médicas extranjeras é italianas, ya en honor de sus presidentes, ya de Guido Baccelli; las recepciones organizadas en la Embajada inglesa, en la francesa y en la alemana en honor de los respectivos compatriotas, fueron también brillantísimas, así como también las que en honor de los españoles hizo el embajador Conde de Rascón en las estancias y jardines del palacio Barberini. Rivalizan con estas fiestas las ofrecidas á las damas del Congreso por un comité de señoras romanas. Imposible igualmente describir lo que fueron las animadísimas expediciones á Tívoli y Frascati. Numerosísimos congresistas con sus señoras van estos días, aprovechando los trenes de recreo, á la bella Partenope y á los golfos de Nápoles, Capri y Salerno; donde en Pompeya se realizarán excavaciones especiales en honor de los congresistas.

Pasará la memoria de estos animadísimos festejos, pero dejarán la utilidad permanente de los debates y de los estudios en favor de las dolencias de la humanidad, y quedará sobre todo esta corriente de simpatías que infiltran en los corazones y en las almas las reuniones internacionales, que, sin lastimar la susceptibilidad de ningún país ni herir sus sentimientos, aproximan los pueblos, haciendo cada día más difíciles las guerras y toda lucha que no vaya dirigida al progreso civilizador de la humanidad.

Y ahora, despedidos á fines de esta semana los ilustres huéspedes que tan fascinadora animación han prestado á Roma, preparémonos los españoles, como los católicos romanos, á recibir la peregrinación de nuestra patria, último eco del Jubileo episcopal de León XIII, y cuya grandeza se estimará con sólo decir que se anuncia el arribo de diez y siete mil romeros, presididos por veintidós Prelados de la nación de San Fernando, Recaredo, Santa Teresa de Jesús é Isabel la Católica.

Conde de Coello.

Roma, Abril de 1894.

Á UN NIÑO,

ENVIÁNDOLE UNA CAJA DE JUGUETES.

Una *casa de campo* me pedías;
Ahí va una casa á mi valor sujeta;
Toda colmada está, toda repleta,
Como tus infantiles alegrías.
¡Niño del corazón! Tú merecías
Más que juguetes, la ilusión completa;
No la casa de campo de un poeta,
Con rentas de soñadas fantasías.
Árbol fingido, parque imaginario,
Musgo ilusorio y cabra de madera
Te ofrezco en juego caprichoso y vario;
Y para el porvenir el cielo quiera
Hacerte muchas veces propietario
De una *casa de campo* verdadera.

Antonio Grilo.

PINCELADAS.

Hombre que sea discreto
Jamás hable de sí propio.
Cuando habla bien, todo es mucho:
Cuando habla mal, todo es poco.

°°°

Por burlar á una fea
Hizo Juan el amor á Dorotea;
Pero la halló tan buena y virtüosa,
Que al fin la fea resultóle hermosa.

°°°

Vestir al desnudo es
Obra de misericordia.
¡Con las mujeres nos cuesta
Muy cara esa buena obra!

°°°

¿Sin llorar, qué es sonreir?
¿Sin celos, qué es el amor?
Para aprender á vivir
Tiene el hombre que sentir
El gran placer del dolor.

°°°

Nunca levantó su vista
De la tierra el pobre ateo.
¡Desde que murió su madre
Siempre está mirando al cielo!

°°°

El frío de las noches del invierno
Empaña los cristales del balcón,
Y al cuajarse las gotas de rocío
Resbalan al contacto del calor.

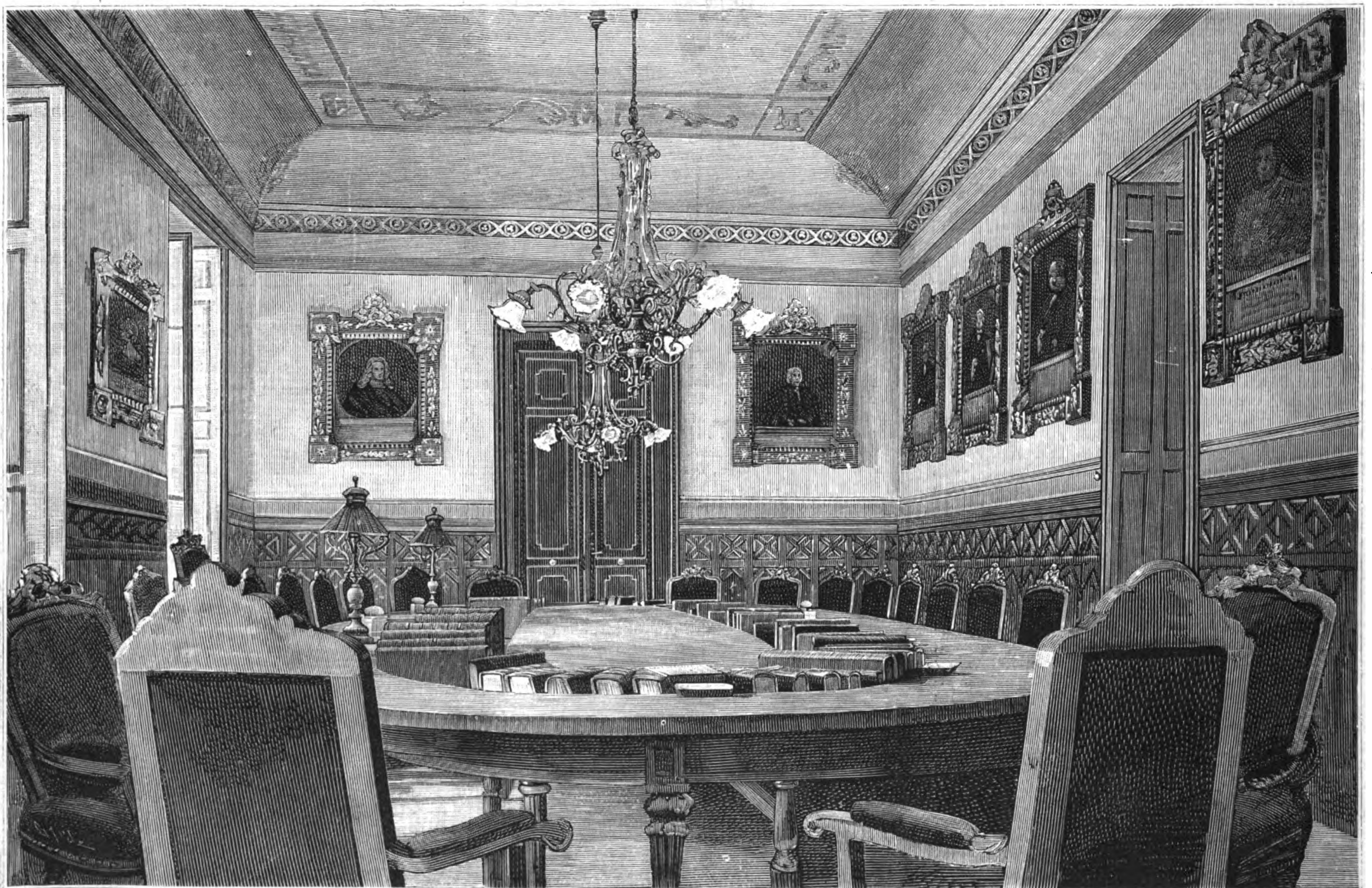
¡Llevo en el alma el hielo de la duda,
Y á los efluvios del ardiente sol
En los turbios cristales de mis ojos
Se condensa el rocío del dolor!

Justo S. López Gomara.



MALAGA.—DESTROZOS CAUSADOS POR EL TEMPORAL DEL 30 DE MARZO ÚLTIMO EN LAS OBRAS DEL PUERTO.

(Del natural, por el Sr. Simonet.)



NUEVO EDIFICIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—EL SALÓN DE JUNTAS.

(Del natural, por Comba.)



COSTUMBRES ANDALUZAS.—EL JUDAS.

(Composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

En Roma: la Basílica de San Pedro; la Basílica subterránea; la Sacristía.—El Vaticano y sus tesoros.—Su Ema. el cardenal Rampolla y los españoles.

SIN ojos bastantes para ver tanta maravilla, y sin acentos suficientes para expresar su admiración, los que están acostumbrados á contemplar y á ponderar las bellezas artísticas de nuestras admirables catedrales españolas pasean en estos momentos por la plaza de San Pedro de Roma, y por la espléndida galería del Bernino que la rodea, elevando sus miradas por encima del obelisco de Heliópolis, que allí levantó Domenico Fontana con sus ochocientos obreros, por orden de Sixto V, y cuyo artístico monolito simboliza las creencias de los primitivos pueblos del valle del Nilo; y las fijan atónitos en la majestuosa fachada de la primera iglesia del mundo, coronada por la inmensa cúpula que ideó Miguel Angel y que amplió, trazó y construyó Giacomo della Porta, el discípulo y sucesor de Vignola; fachada, templo y cúpula que, á su vez, simbolizan la fe de los pueblos modernos, cuyo trono terrenal está asentado allí, en la orilla del valle del Tíber. Y una vez dentro de la gran Basílica, pasado el admirable pórtico corintio, abiertas aquellas cinco puertas por las que han penetrado á veces procesionales jubileos de más de doscientos mil peregrinos, han invadido fervorosos y emocionados las tres naves, contemplando paso á paso, por el orden en que en ella están colocados: la capilla de la Piedad, de Miguel Angel; el Baptisterio; los sepulcros de Cristina de Suecia, de León XII y de los Estuardos; las capillas de San Sebastián y de la Presentación, con sus altares de mosaico; los sepulcros de Inocencio XII, de la condesa Matilde, de Inocencio VIII y el provisional de los Papas; la capilla del Sacramento, con su tabernáculo del Bernino; el altar de Cortona; el sarcófago de bronce de Sixto IV, esculpido por Pollajuolo, y la modestísima losa sepulcral del gran Julio II; la capilla del coro de los Canónigos, obra de Giacomo della Porta; los sepulcros de Gregorio XII y Gregorio XIII y los de León XI é Inocencio VIII; y ya ante los grandes soportes que sustentan la cúpula, los altares de San Jerónimo, del Dominiquino y de la Transfiguración, de Rafael; la capilla Gregoriana, con la tumba de Gregorio XIII, dibujada por Miguel Angel y construída por della Porta, y la de Gregorio XIV, de Amici; la capilla Clementina, con los sepulcros de San Gregorio el Grande y de Pío VII, obra de Thorwaldsen; el sepulcro de Benito XIV; y en la nave opuesta, frente á la entrada de la Sacristía, el altar de San Pedro y San Andrés, de Pomerancio. Bajo la cúpula grandiosa, el altar mayor, donde oficia el Pontífice; el majestuoso baldaquino de bronce dorado que dibujó el Bernino, y la bajada á la tumba de los Apóstoles. En el crucero, á la derecha, donde se celebró el Concilio de 1870, los altares de los mártires Proceso y Martiniano, San Erasmo y San Wenceslao, y á un lado la imagen de San Bruno, de Slodtz: en la izquierda, la capilla dibujada por Miguel Angel, con los altares de San Pedro, de Guido; de San Francisco, del Dominiquino, y de Santo Tomás, de Camuccini: en el hemiciclo, el sepulcro de Clemente XIII, grandiosa obra de Canova, en la que invirtió ocho años de trabajo; al lado opuesto, el sepulcro de Alejandro VII, la última obra del Bernino; y en las capillas del fondo, los altares de San Miguel, de Guido Reni, y de Santa Petronila, del Guerchino; el sepulcro de Alejandro VIII, de Angelo Rossi, y el altar de San León el Grande, con el bajo relieve de Atila, esculpido por el Algardo. En fin, como coronamiento del grandioso templo, verán la Tribuna y la Cátedra de San Pedro, aquélla dibujada por Miguel Angel, ésta labrada por el Bernino, que aparece sostenida por los cuatro doctores de la Iglesia: San Agustín, San Ambrosio, San Atanasio y San Juan Crisóstomo. Flanquean este monumento la tumba de Pablo III, de Guglielmo della Porta, y la de Urbano VIII, del Bernino, con admirables estatuas de la Justicia, la Prudencia y la Caridad. Aun pueden prolongar la interesante visita descendiendo á recorrer las naves de la basílica subterránea, otra nueva é inesperada maravilla, oculta allí entre aquella colosal cimentación, que estudió y construyó el gran arquitecto Antonio da San Gallo, y en cuyos dos espaciosos ámbitos, *grotte vecchie* y *grotte nuove*, se admiran: los sepulcros de San Pedro y de San Pablo, colocados debajo del altar mayor de la Basílica, alumbrados constantemente por ciento cuarenta lámparas, y delante de cuyo sagrado lugar se alza la monumental tumba de Pío VI, labrada por Canova; los sepulcros de Junius Bassus, prefecto de Roma en el siglo IV; los de los Estuardos, de Gregorio V, de Otón II, de Alejandro VI, de Pío II y Pío III, de Bonifacio VIII, de Adriano IV, de Nicolás V, de Paulo II, de Julio III, de Nicolás III, de Urbano VI, de Inocencio VII, de Marcelo II, de Inocencio IX, del cardenal Eroli y de Agnesse Colonna. En la *grotte nuove* verán, á lo largo de las galerías semicirculares y extremas, las capillas de Santa Verónica, Santa Elena, San Andrés, San Longinos, Santa María in Pórtico, Santa María della Partorienti, del Salvatore y del Salvatorino. Y aun, volviendo á la Basílica, admirarán en la Sacristía: el vestíbulo con las antiguas imágenes del templo de la Edad Media, la Sacristía de los Canónigos, la de los Beneficiados, y la Sala Capitular, con grandes cuadros de Julio Romano, de Fattore, de Muziono, y con los riquísimos frescos del insigne maestro del siglo XV Melozzo di Forli.

De propósito he resumido aquí en estos breves párrafos cuanto más sobresaliente hay que contemplar en San Pedro de Roma, para que se comprenda qué inmenso tesoro de arte, de estudio, de observación, y qué grandes motivos de admiración y de asombro hay reunidos en una sola iglesia, y cómo, sin salir de ella, se necesitan muchos, muchísimos días para comprenderla y para no olvidarla jamás.

°°°

No para el pobre peregrino que desde España, ó desde cualquiera otra nación de la tierra, va á Roma tan sólo por ver al Papa, para recibir su bendición y admirar la Basílica de San Pedro, y ufano y satisfecho se vuelve después al rincón de su aldea, sino para el dichoso viajero que con suficiente caudal en el bolsillo y en la inteligencia puede detenerse tres ó cuatro semanas en la gran metrópoli cristiana, quedan aún en aquel recinto grandes excursiones que hacer, de poca tirada en extensión, pero de extraordinario recorrido para el espíritu, en sus detalles y enseñanzas. Después de la Basílica hay que visitar el Vaticano, el asombroso palacio que contiene la sala Real, la capilla Sixtina con los grandiosos frescos de Miguel Angel y los de Signorelli, Botticelli, Rosselli, Perugino, Fiammingo y Ghirlandajo; la Capilla Paulina; la sala Ducal; las galerías ó logias de Rafael y de Julio Romano; las estancias ó cámaras de Rafael, á saber: la del Incendio del Borgo ó di Torre Borgia; la sala de la Inmaculada Concepción; la de la Escuela de Atenas ó de la Segnatura; la de Heliodoro; la de Constantino; la de Chiaroscuri y la capilla de San Lorenzo; la admirable galería de cuadros con magistrales obras de Rafael, Murillo, Dominiquino, Andrea Sacchi, Pussino, Guido Reni, Valentino, Ticiano, Correggio, Barochio, Guerchino, Beato Angélico, Manteña, Perugino, Melozzo de Forti, Pinturicchio, Leonardo de Vinci, Sasso Ferratto, Garofalo y otros; los tapices de Rafael; el Museo del Vaticano, que es el primero del mundo, y que comprende: el museo Lapidario pagano y cristiano; el de Chiaramonti, de esculturas antiguas; el Pío Clementino; el de Belvédere; la Sala de Animales; la galería de las Estatuas; la sala de Bustos; la de las Musas; la Redonda; la de Cruz Griega; la del Carro; la galería de los Candelabros; el museo Etrusco Gregoriano; el Egipcio; el profano; el cristiano; la Biblioteca; el gabinete de papiros; la sala de las pinturas bizantina é italiana primitiva; la de las Bodas aldobrandinas; los gabinetes de medallas y sellos; la sala de Borgia; la fábrica de mosaicos; el jardín della Pigna; la villa Pía y la Armería pontificia. De propósito va consignada también aquí esta breve indicación de las principales partes que el Vaticano encierra, para que á nadie extrañe el que los curiosos que lo han visitado afirmen y repitan que allí, como en ninguna otra mansión, ha coleccionado el arte sus mejores tesoros, y que, si para los creyentes es como aproximarse á la gloria el postrarse á los pies del Pontífice, para los que aman el estudio, la belleza y el arte es estar de hecho en la gloria el hallarse recorriendo la *scala Regia*, las *capellas Sixtina y Paolina*, las *salas Regia y Ducale*, las *loggie*, las *stanze* y todas las demás galerías y departamentos en los que los Papas han depositado las más valiosas reliquias pictóricas y escultóricas de todos los tiempos.

°°°

Con la misma curiosidad, afecto y entusiasmo con que los peregrinos españoles contemplarán las maravillas que ostenta la iglesia de San Pedro, un hombre eminente, la principal figura de cuantas rodean al Papa, contemplará á su vez á los hijos de Castilla, de Andalucía, del Norte y del Levante de España. Los conoce muy bien, habla admirablemente su lengua, ha vivido largo tiempo entre ellos, y hoy, en su cargo de jefe de la política vaticana, y mañana desde la silla pontificia tal vez, se considera y se creerá siempre indentificado con ellos, por los inquebrantables lazos de muchos é imperecederos recuerdos. Sacerdote antes que todo y sobre todo, sacerdote más que Cardenal y que estadista y diplomático, Su Ema. Mariano Rampolla del Tindaro se hallará en medio de nuestros compatriotas como si fuera uno de tantos, como un sacerdote, como un prelado español. El antiguo interno del *Almo Capranicense*, que dirigen los jesuitas; el doctor, teólogo y jurisconsulto de la Academia de los Nobles eclesiásticos, donde estudian la diplomacia pontifical los jóvenes que se proponen *far la carriera*, hizo, en efecto, su carrera como pocos, con un éxito digno de sus excepcionales cualidades personales. Allí estudiaron con él los dos hermanos Serafino y Vincenzo Vannutelli, creados Cardenales casi al mismo tiempo que él, y de los cuales, por la fraternidad característica que une á todos los alumnos del colegio Capranica, se considera también como hermano. Supo, desde que empezó á estudiar, dedicarse en absoluto á su trabajo, «*Sta a tavolino*», y de joven, lo mismo que de aspirante á viejo, en sus cincuenta y un años, tuvo y tiene el gran mérito de saber *oir y callar*, y la difícil y grandísima virtud de *obedecer*. Logró siempre, con fino y perspicaz instinto, y sin decir una palabra, adivinar las órdenes que se le iban á dar. Dedicado á meditar y á olvidarse de sí mismo, entregado su espíritu á la oración y considerándose en todo lo demás como un muerto, «*perinde ac cadaver*», consiguió vencer cuantos peligros rodean al hombre y le arrastran por muchos caminos de los cuales es imposible volver, sano y salvo á lo menos; y pudo así, siendo tan creyente, místico y tímido, afrontar sin temor el trabajo de los más espinosos y comprometidos cargos que su carrera le brindara.

En Madrid puede decirse que empezó á desempeñarlos cuando vino en calidad de auditor ó consejero del nuncio Mons. Simeoni, quien tan prendado quedó de sus grandes cualidades, que al ser nombrado Cardenal y Prefecto de la Propaganda, pidió que el consejero continuara á su lado, y fué nombrado, en efecto, secretario de ella, en el rito oriental, en cuyo difícil puesto logró hábilmente, y bien pronto, poner en paz el cisma que perturbaba á los católicos de la Armenia, cuando en anteriores turbulencias depusieron y desterraron al patriarca Mons. Hasun, de Cilicia. Tan brillante campaña le valió el ser nombrado en el Vaticano secretario de los asuntos eclesiásticos extraordinarios, un cargo así como el de subsecretario de Estado. Allí, como en las aulas, fué el mismo hombre, el mismo carácter, recto en sus juicios, escrupuloso y severo en su conciencia, considerado y generoso en sus actos, infatigable en el trabajo.

Desde aquella subsecretaría á una nunciatura no había más que un paso. El insigne Mons. Rampolla fué designado para ocupar la de Madrid, en la que, al parecer, no se hallaba muy á gusto político Mons. Bianchi, en aquellos tristísimos días en que devastaba á España el sangriento azote de la guerra civil. El Nuncio fué llamado á Roma, y en su lugar se nombró á Mons. Rampolla, creado arzobispo de Heraclea. Al recibir la noticia, se postró á los pies del Pontífice, repitiendo con toda sinceridad y humildad aquellas palabras de Jesús: «¡Señor, haced pasar de mí este cáliz!» pero, ante el mandato, exclamó después: «Hágase siempre vuestra voluntad y no la mía!» Nuncio en la corte de España, continuó siendo el sacerdote ejemplar de toda la vida; poco visible en los palacios, muy asiduo en la iglesia, cariñoso y cortés por todo extremo, y tan querido de los soberanos y de los diplomáticos como del clero humilde y del pueblo pobre. Conocedor el pontífice León XIII de su extraordinaria valía, le nombró Cardenal en 1887 y Ministro secretario de Estado. Tal es su historia, aunque digan en algunos círculos eclesiásticos que no tiene «ni historia, ni historias», porque, en resumen, sólo se sabe de él que es un gran trabajador, un obrero infatigable, que trabaja lo mismo desde hace seis años ocupando el primer puesto de la corte pontificia, como trabajó antes en todos sus cargos. En esa historia ignorada no puede olvidarse que resaltan sus grandes hechos: de haber logrado establecer armonía en el episcopado español después de la guerra; de haberse identificado en absoluto con la política de León XIII. Hoy contemplará con verdadero amor, y recibirá de seguro con entusiasmo á muchos españoles, los cuales podrán ver en él, en aquel sacerdote sencillo, candoroso, elegante, risueño y amable como pocos, que apretará con efusión sus manos al hablarles de nuestra patria, podrán ver en él, como dice su apologista Mr. Charles Benoist, un Fra Angelico, «si tuviera alas y si se destacara sobre un fondo de oro».

R. Becerro de Bengoa.

ESPECTÁCULO CIENTÍFICO.

En el *Salón Encantado* (Montera, 10) puede asistirse al curioso espectáculo de oir al Fonógrafo cantar, tocar y hablar con la propiedad más sorprendente. Aun al más conocedor de la teoría de este admirable aparato deja sorprendido el verle funcionar con tal perfección.

Las horas del espectáculo son de cuatro á siete de la tarde y de ocho á once de la noche, y el precio 1,50 pesetas.

CONSEJO PARA LA CONSERVACIÓN DE LA BELLEZA.

Los perfumes no sólo se ponen en el pañuelo, sino también en las cintas, los encajes, las guarniciones del vestido, en una palabra, en todos aquellos sitios en que, recibiendo el calor del cuerpo, pueden confundirse con las emanaciones de éste. Por eso aconsejamos el empleo de las esencias de *Orkidea de Lenthéric*, el perfumista de la gente elegante, autor de los *Consejos para la conservación de la belleza*, *rue Saint-Honoré*, 245, París. Estos excelentes productos se encuentran en las principales perfumerías.

NINON DE LENCLOS

Refíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoista no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.

Los Polvos de Arroz **PEAU D'ESPAGNE** NUEVA CREACION DE **E. COUDRAY**

PERFUMISTA, 13, Rue d'Enghien, Paris

SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco. **J. A. JOST.**—120, rue Oberkampf, Paris.

Ultima producção

Perfumaria IXORA

ED. PINAUD

37, Boulevard de Strasbourg, 37

PARIS

Sabonete	de	IXORA
Essencia	de	IXORA
Agua de Toucador	de	IXORA
Pommada	de	IXORA
Oleo para os cabellos	de	IXORA
Pós de Arroz	de	IXORA
Cosmético	de	IXORA
Vinagre de Toucador	de	IXORA

DENTIFRICOS de RIGAUD y Cia

Proveedores de la Real Casa de España

CREMA DENTIFRICA de RIGAUD

Humedecida por el agua, forma un mucilago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la caries.

DENTORINA RIGAUD

Elixir que se emplea al mismo tiempo que la *Crema* y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, y activa la circulación en las encias dándoles el color sonrosado natural á la salud.

Depósito en **París, 8, rue Vivienne**, y en las Perfumerías de España y América.



Recetado por verdaderas eminencias, **no tiene rival**, y es el **remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados** de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la *Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é Inapetencia y Menstruaciones difíciles*.

Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—*Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía.*

De venta en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y América.

Depósito general: ALMERÍA, Farmacia VIVAS PÉREZ

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO**, gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.

E. HAYN, BERLÍN, N. 24.





MANOS SERÁFICAS

gracias á la **Pâte des Prélats**, que blanquea, suaviza y satina la epidermis, é impide y destruye los sabañones y las grietas.—*Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris*. Depósitos en Madrid: Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; Pascual, Arenal, 2; Perfumería Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evitar cuidadosamente las falsificaciones.

25 AÑOS DE ÉXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

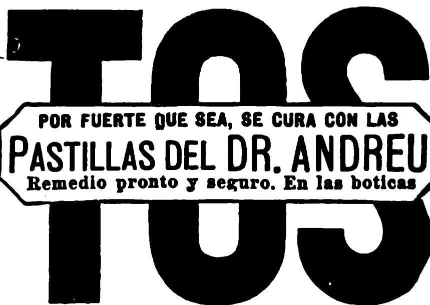


EAU des BLUETS progresiva vegetal

MEDALLAS EN PARIS, LYON Y TÚNEZ

No se pega ni quema; devuelve al cabello canoso su color; produce todos los matices, del rubio al negro; no mancha la piel ni la ropa; permite el rizado; empléase para la barba.—Franco, 6,35 fr. M.me PERROT, 82, faubourg St. Denis, PARIS.





NEURALGIAS, *jaquecas, calambres en el estómago, histerismo*, todas las enfermedades nerviosas se calman con las píldoras antineurálgicas del **Dr. Cronier.** 3 francos; París, farmacia, 23, rue de la Monnaie.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs En todas las Farmacias.

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN. De venta en las oficinas de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, Alcalá, 23, Madrid.



ANUARIO DEL COMERCIO Directorio de las 400 000 señas de España, Ultramar, Estados Hispano-Americanos y Portugal.—*Decimosexta edición*, 1894 (Bailly-Baillière). Premiado con Medalla de Oro en la Exposición de Matanzas, 1881, y de Barcelona, 1888, y con Medalla de Plata en la de París, 1889.—Reconocido de utilidad pública por Reales órdenes.—Obra útil é indispensable para todos.—Evita pérdida de tiempo.—Tesoro para la propaganda industrial y comercial.—Este libro debe estar siempre en el bufete de toda persona, por insignificantes que sean sus negocios.

El **ANUARIO DEL COMERCIO** lo forman dos tomos encartonados en tela, de más de 1.500 páginas cada uno, y comprende:

1.º *Parte oficial:* La Familia Real, Ministerios, Cuerpos diplomáticos, Consejo de Estado, Senado, Congreso, Academias, Universidades, Institutos, etc., etc.—2.º *Indicador* de Madrid por apellidos, profesiones, comercio é industrias y calles.—3.º *España* por provincias, partidos judiciales, ciudades, villas ó lugares, con una descripción geográfica, histórica y estadística; indicación de las carterías, estaciones de ferrocarriles, telégrafos, ferias, establecimientos de baños, círculos, etc.; la parte oficial, y las *profesiones, comercio é industrias* de todos los pueblos, con los nombres y apellidos de los que las ejercen.—4.º *Aranceles de Aduanas* de la Península.—5.º *Cuba y Puerto Rico*, con sus aranceles; *Islas Filipinas*, con sus administraciones, comercio é industria.—6.º *Estados Hispano-Americanos*.—7.º *Reino de Portugal y sus colonias*.—8.º *Sección extranjera*.—9.º *Sección de anuncios*, con índices.

Precio: **25 pesetas en España**, y 50 francos en toda América.

Se halla de venta en la Librería Editorial de BAILLY-BAILLIÈRE É HIJOS, Plaza de Santa Ana, núm. 10, y en las principales del mundo.

El VINO de PEPTONA CATILLON

restablece las fuerzas, el apetito, las digestiones; es el mejor reconstituyente de los niños, ancianos, convalecientes y de los enfermos del

ESTOMAGO

LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones mas ó menos activas.

Exíjase la **PEPTONA CATILLON**, la única citada en el Boletín de la Academia de Medicina de París, adoptada en los Hospitales de París y de la Marina.

MEDALLA EXPOSIC. UNIVERS. 1889

3, Boul.d St-Martin, PARIS y buenas Farmacias.



LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

El pleito del matrimonio, entre Teodoro Guerrero y Ricardo Sepúlveda. Jueces, letrados y testigos, los primeros escritores de España.

Contiene este tomo composiciones de Sánchez Pérez, Asmodeo, Juan José Herranz, Pérez Zúñiga, Marcos Zapata, Ricardo de la Vega y otros muchos, unos en defensa del matrimonio, otros en contra, y todos con gran ingenio.

Cuesta el libro, que es de gran entretenimiento, 4 pesetas.

Costumbres yankees. Viajes por la América del Norte, por D. José Sánchez Somoano.

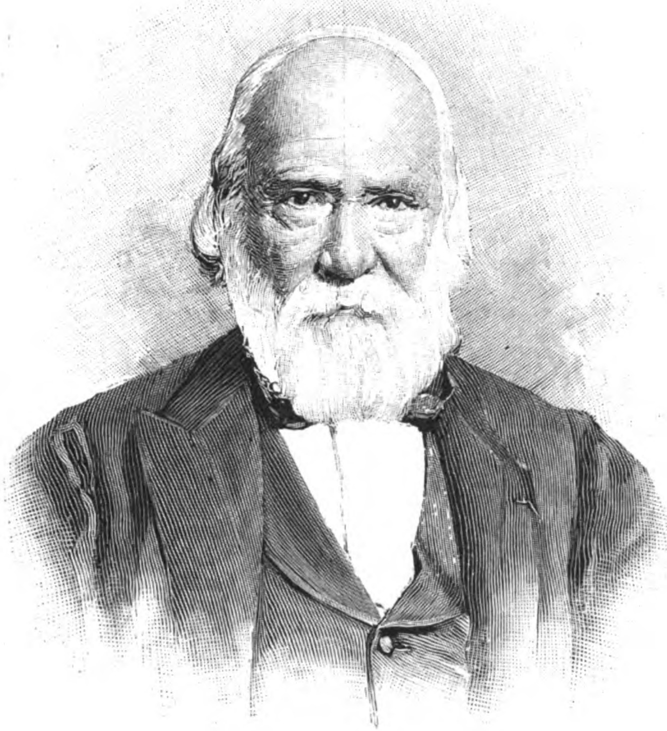
El Sr. Sánchez Somoano es de los escritores que desde las primeras líneas conquistan la simpatía del lector. Narra con encantadora sencillez, con ingenuidad y franqueza tales, que luego se establece una íntima corriente de inteligencia entre autor y lector.

Todos los capítulos de su obra contienen curiosidades muy dignas de ser leídas, y que por no pertenecer al número de las que invariablemente se encuentran en todos los libros de viaje, revelan en el Sr. Sánchez Somoano espíritu observador poco vulgar. Véase en prueba de ello el capítulo segundo, titulado *Los Pucheros*. El que le sigue, cuyo título es *Los Gorriones*, debiera ser muy leído en España, donde tantos enemigos tienen estos utilísimos animalitos.

Pero si hubiéramos de señalar los capítulos interesantes de *Costumbres yankees*, tendríamos que nombrarlos todos. Baste decir que el libro es muy ameno y que está lleno de novedades. Hállase de venta en las principales librerías de Méjico y de Madrid, y en casa del autor, Almirante, 5 (Madrid). Precio, 2 pesetas.

Notas á la vista. — Tratado teórico-práctico de los productos alimenticios que son objeto del comercio y de que hace uso el ejército en paz y en campaña, por D. Rafael Quevedo y Medina, comisario de guerra.

Este libro trata de asuntos muy importantes, así para el comercio como para el ejército y las indispensables relaciones entre ambos.



EL DOCTOR BROWN-SEQUARD,

INVENTOR DE LAS INYECCIONES HIPODÉRMICAS DE JUGOS ORGÁNICOS.

Nació en la isla Mauricia (Africa francesa) en 1818; † en Paris, el 2 del corriente.

Es un tratado teórico-práctico de los conocimientos que para llenar cumplidamente su cometido deben poseer cuantos se interesen por la buena asistencia del soldado y por la suya propia, siendo su ventaja más notable la de reunir en un solo volumen noticias, sistemas y maneras de hacer esencialmente prácticos y del momento datos y noticias que se hallan esparcidos en multitud de libros que no siempre pueden hallarse á mano y que en todo caso producen gastos y necesitan diligencias que por lo común no están al alcance de todos.

El autor ha sido premiado por la publicación de esta obra con la cruz del Mérito Militar de segunda clase con distintivo blanco, pensionada con el 10 por 100 del sueldo de su actual empleo.

Está bien impresa, en buen papel, y forma un tomo de 480 páginas, elegantemente encuadernado. El precio del ejemplar es de 4 pesetas en Madrid, con encuadernación á la inglesa, y en provincias de 5, incluso franqueo y certificado. Véndese en casa del autor, Sagasta, 8, principal, y en las principales librerías.

Instituciones de Derecho mercantil, por D. Pedro Estasen.—Tomo V, Madrid, 1893.

Tan variada como importante es la materia contenida en este tomo V, último que dedica el Sr. Estasen al estudio de la legislación y de la jurisprudencia mercantiles de España. Expone, bajo el aspecto teórico-práctico, la doctrina contenida en los Códigos de 1829 y 1885 y en la legislación complementaria, respecto á los contratos mercantiles que indistintamente tienen relación con el comercio terrestre y marítimo, suspensiones de pagos, quiebras, prescripciones, jurisdicción y orden de proceder en negocios de comercio. Contiene, además, un importante Apéndice.

Gran conocedor el Sr. Estasen de nuestro derecho positivo, presenta las más interesantes cuestiones prácticas que el Derecho mercantil privado y el Derecho administrativo comercial encierran, y las resuelve con prudente criterio, acudiendo á la ley, á las decisiones de nuestra jurisprudencia y á la doctrina de los jurisconsultos. Elogios merece también la esmerada edición que de esta obra ha realizado la *Revista de Legislación*.

G. R.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Abril de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



VALENCIA.—ASPECTO DEL PUERTO DEL GRAO AL COMENZAR EL EMBARCO DE LOS PEREGRINOS.

(De fotografía de D. Antonio García.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—El patriarca de las letras alemanas Luis Augusto Frankl, por D. Juan Fastenrath.—Los teatros, por D. Eduardo Bustillo.—El día 2 de Octubre, por D. Adolfo Llanos.—Mundanas: Un Padre nuestro por las rosas, por D. Alfonso Pérez Nieva.—El sol y la luna, poesía, por D. José Jackson Veyan.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Peregrinación de obreros españoles á Roma. Valencia: Aspecto del puerto del Grao al comenzar el embarco de los peregrinos.—Llegada de éstos á la estación del Grao.—Embarco de los peregrinos en el *Baldomero Iglesias*: Aspecto del muelle.—Retrato del Excmo. Sr. D. Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones, alcalde-presidente del Ayuntamiento de Madrid.—Roma: Fiestas en honor de los individuos del Congreso de Medicina: El *lunch* en las termas de Caracalla; Retrato del Dr. Bacelli, ministro de Instrucción Pública de Italia.—Anfora de acero, con incrustaciones de oro, estilo del Renacimiento, trazada y cincelada por D.ª Felipa Guisasola.—París: Salon de los Campos Elíseos, de 1893. *Cincuenta años después; Las Bodas de oro*, cuadro de E. Hirchfeld.—Retrato del Excmo. Sr. D. Benigno Quiroga y López Ballesteros, director general de Obras Públicas.—Budapest: Aspecto de la escalinata del Museo Nacional á la llegada del cadaver de Kossuth.—Roma: Exterior y detalles del interior del «Gran Hotel».—El campamento de Zok-el-Arba, primera etapa del camino de Mazagán á Marruecos.

CRÓNICA GENERAL.

Mientras la peregrinación española entraba en Roma y cumplía su voto sin contratiempo, aquí los desórdenes de Valencia habían exaltado los ánimos, no del público, que lamentaba en silencio lo ocurrido ó firmaba protestas, sino de los políticos que retuercen y alambican los hechos cuando pueden sacarles algún jugo. La posición del Gobierno distaba de ser cómoda: las quejas contra el Gobernador eran muy fuertes, y con razón ó sin ella era el blanco de todos los tiros, así de frente como de costado; y como había padecido en el motín la autoridad de los Prelados que dirigían á los peregrinos, y se imponía una satisfacción por parte del Gobierno á los atropellados, fué sacrificado el gobernador Sr. Ribot por uno de esos azares de la suerte que pone á veces á los hombres en situaciones de que no se puede salir bien, tomen por un lado ó por otro. Tenía la separación del Sr. Ribot un inconveniente: su próximo parentesco con el Sr. Maura, ministro de Ultramar muy poco hace con el actual Gobierno, y persona considerable en la actual situación y dentro de la mayoría, y con la cual desde la última crisis, y por efecto de ella, era necesario, político y decente guardar grandes miramientos; y entre una necesidad política que aconsejaba la separación, y otra que prescribía lo contrario, resultó el Gobierno en situación muy difícil para mantener el equilibrio ante los ataques parlamentarios, en que todos los descontentos habían de influir para aprovecharse de posición tan desventajosa. El Gobierno se encontró, á su vez, en un callejón sin salida, como el del Sr. Ribot en Valencia: no podía hacer fuego sobre las oposiciones sin fusilar á muchos de sus amigos.

El Sr. Maura, por su parte, se encontraba en un trance de los más apurados: por un lado, no podía desconocer que, desgraciadamente para el Sr. Ribot, habían ocurrido en Valencia sucesos deplorables que no pudo evitar, y que resultaban reprobados hasta por el Sr. Gamazo; por otro, que, si en aquellos momentos, y entre las dificultades internas y exteriores por que atraviesa el partido liberal, hubiera atacado con su envidiable elocuencia á sus correligionarios, la herida en aquellos instantes podía ser mortal; y, por último, no podía dejar indefenso á su próximo pariente contra la exageración de los ataques. Dudamos que en el curso de su vida parlamentaria y forense haya tenido el Sr. Maura que vencer tantos obstáculos, atender á tan múltiples y complicadas consideraciones y guardar tanta circunspección al hacer varonilmente una protesta. Y, sin embargo, no sólo lo realizó, sino que, después de expresar sus quejas, halló un hermoso final para su discurso, al afirmar que, por encima de sus amarguras y disgustos personales, estaban sus convicciones políticas y sus deberes de hombre de partido. Siempre habíamos tenido al señor Maura por uno de los oradores más elocuentes, de mejor sentido político y de mayor dominio de la palabra y de la idea en nuestros Parlamentos: su último discurso nos afirmó para siempre en aquella convicción.

Como no seguimos los debates parlamentarios, no haremos mención de los oradores que han intervenido en las discusiones relativas á los sucesos de Valencia: bástenos decir que terció en ella el jefe del Gobierno con su habitual sagacidad; y al afirmar que el Sr. Ribot seguía mereciendo su confianza, quitó á la cesantía toda su aspereza, pues rehabilitó al funcionario en su buen nombre, una vez que aquélla había sido una de esas medidas de Gobierno impuestas por la necesidad del apaciguamiento de los ánimos, en medio de una verdadera confusión de versiones á veces contradictorias.

Concluiremos asegurando que hasta el presente la actitud del pueblo italiano respecto de los peregrinos ha sido correcta.

⁂

El regreso del capitán general D. Arsenio Martínez Campos á Madrid ha sido tan á callandas como lo requería la repugnancia de aquel jefe á las exhibiciones y aparato: sus amigos se le han encontrado en las calles, sin saber antes su llegada, y probablemente habrá reanudado su partida de tresillo, juego en que la voz pública le concede también un puesto preferente, si bien creemos que los grandes tresillistas viven sin fama en pueblecillos insignificantes, donde el acontecimiento más notable que ocurre en el año suele ser un codillo de solo de favor; pero quien tiene en su pensamiento la responsabilidad de los altos cargos y la atención á la política y á los hechos de cierta trascendencia, ese debe cometer muchas distracciones en su partida de tresillo, sobre todo en ciertos días y ocasiones.

La llegada á Madrid del general Martínez Campos ha sido la propia de su sencillez proverbial de carácter, más bien que la de un embajador que acaba de prestar un servicio grande á su país y hacer un papel digno en la corte de Marruecos y la defensa de nuestros intereses. Como rehuye los aplausos, no le molestaremos con los nuestros: reciba nuestra bienvenida solamente.

⁂

Colombofilia llaman al arte de criar, educar las palomas mensajeras y servirse de ellas para la transmisión de despachos; y es á la vez el título de un libro que ha publicado en Barcelona D. Salvador Castelló, en elegante edición, ilustrada profusamente. No creo, conforme con el señor Castelló, que el vocablo sea propio, porque sólo expresa afición á las palomas y en nada se refiere al objeto principal, que es utilizar la paloma como correo alado; y entrego á la autoridad y meditaciones de mi amigo el doctor Thebussem la crítica y sustitución de la palabra, en su calidad de cartero mayor. En cuanto al libro del Sr. Castelló, me parece obra completa para el que quiera estudiar la paloma anatómica y fisiológicamente; sus variedades, cría, reproducción y castas principales; las enfermedades que padecen y sus remedios, y todo lo que se refiere á la higiene, defensa y conservación del palomar; la historia, que es muy antigua, del uso de ese ave como mensajera, historia que debe ser, á nuestro juicio, antediluviana, si bien al utilizar Noé el cuervo antes que la paloma pudiera sospecharse que hubo en otro tiempo cuervos mensajeros, vencidos por la paloma, que volvió al arca como hoy vuelven las mensajeras á su estación ó palomar. El Sr. Castelló hace un estudio detenido, en las 500 páginas de su libro, de todo lo que se refiere á ese arte y sus adelantos en los países que lo ejercitan, y sobre todo en Bélgica; los servicios que prestaron las palomas en el sitio de París; las estaciones militares de Francia, Italia, España, Alemania, Inglaterra, Austria, Rusia, Suiza, Rumania, Holanda, Dinamarca, Portugal, Estados Unidos y América del Sur, y cuanto puede interesar á los aficionados al arte, que hoy son muchos, tantos, que se publican algunos periódicos dedicados á él exclusivamente.

El que primero se ocupó en España de este arte moderno, pues del antiguo se perdió la tradición, fué nuestro amigo D. Nilo María Fabra, llevando á Barcelona palomas mensajeras, que se utilizaron por primera vez á bordo del vapor *Jaime II*, en el que salió la diputación de Barcelona á esperar al *Navas de Tolosa* que conducía á España al rey D. Alfonso XII. Este parte se publicó en el *Diario de Barcelona*; decía así: «Por paloma mensajera de la Agencia Fabra. Vapor *Jaime II*, 9 de Enero de 1875, 6 y 50 mañana. (Recibido 7 y 40.) Hemos avistado á las *Navas*, que conduce al Rey, delante de Tordera» (1). Desde entonces España ha hecho grandes adelantos en este *sport*, en que Barcelona es la maestra, y su estación, según el Sr. Castelló, la mejor que se conoce. El cuerpo de Ingenieros ha sido el protector de esa afición, habiendo creado un servicio militar que en su tiempo se utilizará debidamente. En conclusión: no es posible extractar un libro tan extenso y tan curioso, en que sólo echamos de menos los profanos una cosa. Dado que en España se cazan las palomas mensajeras y se venden en la plaza, ¿cómo debemos comerlas, asadas ó en arroz? Es verdad que esto no pertenece á la avimensajería..... ¡uf! Ya propuse un vocablo al Dr. Thebussem. Pero, en fin, esa duda puede presentarse á cualquier gastrónomo, aquí donde nada que vuela es sagrado para nadie.

También hay en España otro ejercicio en que la paloma sirve de recreo, según se nos refiere, y aun de utilidad por las apuestas que se cruzan y el precio á que se venden las que mejor burlan al gavilán. En Alicante existe un club que llaman de los Columbaris, de colom y coloma (palomo y paloma en valenciano). Todas las tardes á la hora en que abandona su nido el gavilán que reside en el Castillo, los aficionados sueltan las palomas y aquél emprende su caza: la práctica de las que asisten al espectáculo les permite conocer el dueño del ave apresada, el cual recibe una silba en su domicilio: si, por el contrario, una paloma, al dejarse caer para ganar la tierra, acción que imita el ave de rapiña, le burla y se refugia en el palomar, el dueño es saludado con aplausos. Está prohibido hacer daño al gavilán, y el amor propio de los columbaris se excita mucho en ese ejercicio, que es una corrida aérea de gavilanes y palomas.

⁂

Entre los panaderos de Madrid parece que han vuelto á circular rumores de huelga, ó sean propósitos de cortar los víveres al vecindario, como pudiera hacerlo un ejército enemigo. Como esto va picando en historia, sería cosa de que los que residen en Madrid se organizaran á su vez en asociaciones de cuarenta á cien familias, para fabricar el pan de su consumo, y aun que en las casas se hiciera provisión de harina y aprendieran á amasar las cocineras. Así como así, el pan de Madrid ha perdido su antigua fama, y sólo recibimos proyectiles huecos: la miga ya no existe, y en último caso el oficio es fácil de aprender. Conste, pues, que concluiremos por adoptar un remedio heroico: hacer el pan por nuestra cuenta y no dejárselo probar á los panaderos.

⁂

Acabamos de leer rápidamente un libro titulado *El Doctor Velasco*, escrito por su discípulo y amigo el Dr. D. Angel Pulido, y confesamos que ha sido grande la impresión que nos produjo su lectura. Las personas instruídas conocen el nombre del doctor como uno de los anatómicos y operadores más ilustres que ha tenido en este siglo la Facultad de Medicina de Madrid, y no ignoran que fué el creador del Museo Antropológico, hoy propiedad del Estado, y que empieza ya á desmoronarse. Pues bien; si quieren saber los pormenores de aquella existencia extraordinaria, y el estudio de un carácter de hierro, lean como nosotros el libro conmovedor del Dr. Pulido, y la historia de un héroe del trabajo y de la ciencia. Hijo de unos pobres posaderos de la provincia de Segovia, guardó puercos y pregonó mercancías en su niñez; fué acólito mientras estudiaba gramática latina; luego carmelita descalzo, exclaustrado, soldado raso, pobre de solemnidad, criado, practicante, y paso á paso, con trabajo incesante y sin tregua, cirujano, médico, profesor y una de las lumbreras de la cirugía. Había entrado en Madrid con catorce reales, y concluyó por fabricar un Museo que le había costado un millón de pesetas, y encerraba una riqueza científica incalculable. Después, la realización de aquella obra le entregó en manos de la usura; un pleito amargó su vida y contribuyó á su ruina, muriendo, por fin, lleno de obligaciones y de deudas. Yace enterrado en su Museo, de manera que vivió sin tener descanso sólo para labrarse un panteón, y no de familia, que ésta prefirió dejarle solo, mandándose enterrar en la Sacramental de San Isidro. El Sr. Pulido, que le trató tan íntimamente, no se limita á contar su historia, sino que analiza su carácter, no oculta sus defectos, ó mejor dicho, la parte flaca de un carácter enérgico, y al hacer su apología, ésta no resulta ser un tributo que rinde la amistad, sino un desahogo de su alma, al recordar la ilustre figura del maestro y del amigo. Y como el Dr. Pulido es tan competente para juzgar al anatómico, al maestro cuyas lecciones oyó durante tantos años, al hombre que trató con tanta intimidad, y hasta el valor de ese Museo, que fué el ideal del Dr. Velasco, ese libro elocuente y bien escrito, no sólo se lee con gusto, sino que deja una impresión muy honda y melancólica en el alma.

⁂

—He visto á Petra.

—¿Estaría tan flaquísima como siempre?

—No: me pareció algo más gruesa.

—Serían las lluvias de este mes; duran ya veinte días, y hasta el bacalao se esponja con el agua.

—¿Cree usted que debemos ó no surtir de agua á Gibraltar?

—Le diré á usted: es una obra de misericordia dar de beber al sediento; pero como los ingleses tienen el Peñón tan fortificado contra nosotros, parece como que contribuiríamos á que los insulares tuvieran en España baterías de placer.

—Pero es duro negar el agua á los vecinos.

—Hay un término medio: que compren vino andaluz y que los taberneros echen agua en los pellejos.

—¿Concibe usted una huelga de panaderos ganando tanto en esa industria?

—Todas las huelgas son posibles desde que los padres de familia alentaron en Londres una de estudiantes.

—En efecto, fué algo rara.

—Créalo usted: todavía ha de presenciar este siglo una huelga de acreedores que amenacen con no cobrar sus deudas.

—Las tradiciones persisten, aunque varíen de formas. Mayo tenía la fiesta de la Cruz, que prohibió la autoridad. Los obreros han instituído la fiesta del día 1.º

—¿Y qué tiene que ver?

—Esa fiesta es la verdadera cruz de Mayo.

José Fernández Bremón.

(1) Las palomas salvaron la distancia de 70 kilómetros en cincuenta minutos.

NUESTROS GRABADOS.

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.

Llegada de los peregrinos á la estación del Grao.—Aspecto del puerto al comenzar el embarco.

Cuando el Gobierno italiano supo que los peregrinos españoles serían 12.000 ó más, manifestó al nuestro los inconvenientes que podría tener la llegada de tanta gente en un solo día á un solo puerto italiano. Parecieron tan atendibles sus razones, que los organizadores de la peregrinación determinaron luego que una parte de ella saliera de Valencia el día 11, y la otra de Barcelona posteriormente.

Estos primeros peregrinos debían ir en el vapor *Buenos Aires*, el mayor de la marina mercante española, el *Baldomero Iglesias*, el *Rabat*, el *Montevideo* y el *Bellver*, los cuales fondeados en el puerto del Grao les esperaban. En el *Buenos Aires* iban cerca de 600 peregrinos gaditanos, cuyo embarco y despedida se hizo con mucho orden y sin protesta de nadie, como era natural.

El Obispo bendijo en la catedral el estandarte de los peregrinos, y les dirigió un sermón en el que les habló del carácter de la manifestación, el cual era de protesta contra el desconcierto de las conciencias que ha producido la terrible enfermedad social llamada anarquismo. Esta era, en efecto, la bandera de la peregrinación, según en todas partes han confesado los que la han organizado y dirigido, y á los que hay que creer por ser personas reconocidamente graves y formales, y también porque harto se sabe que nada tienen de carlistas, sino que fielmente apoyan á las instituciones vigentes, siguiendo los consejos que á los católicos de toda Europa ha dado siempre León XIII. Además, cuantos conocen la política de este sabio Pontífice saben lo desagradable que le hubiera sido recibir un homenaje de carácter político que habría desmentido toda su anterior conducta. Para entender y decir lo contrario, y creer que los peregrinos iban á Roma á dar testimonio de opiniones carlistas, es necesario el mayor desconocimiento de la política internacional del Pontificado, de la propia política española y del estado de las relaciones de Su Santidad con nuestro Gobierno.

Pero aunque la peregrinación hubiera sido compuesta de carlistas, no se nos alcanza razón alguna que justifique, ni siquiera que atenúe, lo que con ellos han hecho en Valencia las turbas incultas. El derecho de manifestación, hoy reconocido en España, creemos que también es para los carlistas, salvo si éstos viven dentro de la sociedad española en un estado de derecho inferior y más restringido que el de los otros ciudadanos.

En el camino de Madrid á Valencia fueron bien recibidos los peregrinos. Cuando llegaron á la estación de Valencia, ya estaba preparada la manifestación hostil y había tomado la autoridad aquellas precauciones que creyó suficientes. Hubo silbidos é insultos soeces, á los que respondieron los agredidos con otros insultos. Algunos de los menos sufridos de uno y otro bando se dieron de golpes.

En Valencia se habían publicado proclamas, en una de las cuales se decía que aquellos peregrinos eran carlistas que iban en manifestación contra el Papa, por ser este liberal y amigo de la República francesa: desatino que prueba la ignorancia ó la mala fe de sus autores.

A primera hora de la mañana del 11, comenzaron á llegar peregrinos á la estación del Grao (véase nuestro primer grabado de la pág. 244). A poco fueron entrando grupos hostiles, y comenzaron á silbar é insultar á aquéllos. Los salvajes pasaron á mayores y apalearon á dos frailes. Otra turba apedreó el palacio arzobispal. Poco antes del mediodía llegaron á la misma estación los peregrinos de Madrid.

Las escenas ocurridas al embarcar los romeros no son para referidas aquí. Más vale callarlas. Nuestro grabado de la página primera y el segundo de la 244 representan diferentes aspectos del muelle del Grao antes del embarco.

°°°

EXCMO. SR. D. ÁLVARO DE FIGUEROA Y TORRES,

conde de Romanones, alcalde-presidente del Ayuntamiento de Madrid.

El nuevo alcalde de Madrid es joven todavía, pues cuenta treinta años, pero no nuevo en política. Elegido diputado por un distrito de la provincia de Guadalajara, distinguióse en el Congreso como polemista intrépido, cuyas frases cortantes y punzantes dejaban casi siempre malparado al adversario. Intervino en algunos debates muy importantes, y de todos salió airosamente.

Después fué concejal, mostrando gran celo por la buena administración, actividad y energía poco vulgares, y el mismo espíritu batallador que le distinguiera en el Congreso. Persiguió abusos y los denunció públicamente sin contemplaciones de ningún género. Su elevación á la Alcaldía es justo premio de largas y fatigosas campañas en pro de la buena administración municipal.

También se ha distinguido el Sr. Figueroa y Torres como escritor, y tiene publicado un libro titulado *Biología de los partidos políticos*, en el que estudia y declara sin compasión las enfermedades de nuestra política parlamentaria.

Publicamos el retrato del Sr. Figueroa y Torres en la página 245 de este número.

°°°

ROMA.

Fiestas en honor de los individuos del Congreso de Medicina. El *lunch* en las termas de Caracalla.

Nuestros lectores conocen el Congreso de Medicina de Roma por la puntual noticia que de él dió el Sr. Conde de Coello en el número pasado. Ninguna circunstancia que de notar sea ha quedado por decir, y nos limitamos á publicar el retrato del famoso doctor Baccelli, actual ministro de



EL DR. BACCELLI.

Instrucción Pública y organizador del Congreso, y á dar una muestra gráfica de lo que fueron las fiestas en honor de los congresistas, publicando en la pág. 245 un grabado que representa el *lunch* en las termas de Caracalla.

Guido Baccelli es uno de los médicos más célebres de Europa. Su padre y su abuelo fueron también médicos de gran reputación. Fué profesor de la clase de Anatomía patológica de Roma hasta 1870, y ministro de Instrucción Pública por primera vez con Depretis. Ha presidido muchos Congresos de Medicina y escrito infinidad de obras notables.

Del banquete en las termas de Caracalla daremos completa idea con decir que asistieron 12.000 comensales y que se sirvieron en él las siguientes viandas: dos venados, una ternera asada, cuarenta corderos, cuarenta cabritos, cuatrocientos cuartos de vaca, cien jamones, dos mil quinientos pollos, cuarenta mil panecillos, diez mil sandwichs y veinte mil pasteles.

°°°

ÁNFORA DE ACERO, ESTILO DEL RENACIMIENTO,

trazada y cincelada por D.ª Felipa Guisasola.

Con razón ha dicho el barón Carlos Davillier, en su prólogo á la *Orfebrería Española*, que es poco conocida la historia de nuestras artes decorativas, como el grabado en madera, la talla, la imaginería, las armas y armaduras de lujo, la cerámica y los esmaltes, añadiendo que en igual olvido ha quedado la orfebrería, de la cual apenas se hace mención aun en libros verdaderamente importantes.

Por fortuna, el trabajo del barón Davillier, publicado en 1879, contribuyó mucho á que los extranjeros empezasen á darse cuenta de que los antiguos orfebres españoles valían en su esfera, y á pesar de los errores propios de cada época, tanto como los de otros pueblos de Europa. Nadie puede ya ignorar el mérito de aquellos maravillosos artífices cuya historia comienza, según algunos, en el siglo XIV con Rodrigo Fernai, que trabajó en Oviedo, continúa en el XV con los Castellón, de Valencia, y alcanza en el XVI un progreso asombroso, al que contribuyeron, entre muchos otros, Cetina en Valencia, Juan de Oñate en Sevilla, Herreros en Toledo, los Arfes en varias ciudades, y en todas partes un sinnúmero de maestros tan hábiles y concienzudos que durante más de doscientos años fué en España muy raro que se encargasen al extranjero joyas para los palacios ni alhajas para los templos.

Á esta honrosa tradición se ajusta y pertenece la notable artista D.ª Felipa Guisasola, autora del jarrón que reproducimos en la pág. 248 del presente número.

Es este jarrón una soberbia pieza decorativa de acero, de más de dos metros y medio de altura, modelado en forma de ánfora de ancha boca y cuello estrecho, unido al cuerpo oval por dos asas de graciosas y revueltas curvas. Está todo él empavonado mate, y literalmente cuajado de guarniciones, cintas, hojarascas, frisillos, grecas, remates y otras mil diversas labores en oro incrustado, grabado y cincelado; ocupando los cuatro centros de la ancha faja del cuerpo oval otras tantas figuras de oro, esculpidas en bajo relieve, que representan bacantes y danzadoras griegas.

Dado el tamaño que tiene la lámina, nos abstenemos de hacer una descripción más minuciosa y detallada de esta bellísima obra, en que se dan juntas la riqueza propia del estilo italiano del Renacimiento y la elegancia de los antiguos maestros orfebres españoles, limitándonos á consignar que el trabajo de D.ª Felipa Guisasola es una de las creaciones más importantes que han producido en España las artes suntuarias.

°°°

BELLAS ARTES.

Cincuenta años después.—Las bodas de oro, cuadro de E. Hirchfeld.

Vienen los años tan aprisa, que no los sentimos llegar, y se van con tanto sigilo, que hasta mucho después de idos no sabemos que pasaron. Así llegamos á viejos á poco de saber que vivimos, y la primer noticia circunstanciada y consciente que solemos tener de los dolores y alegrías de la juventud nos llega al entrar en la vejez. ¡Cómo recordamos entonces los juegos de la infancia y los amores de la adolescencia! ¡Qué gran ventura la de los viejos que al ir subiendo con la memoria el curso de la vida no tropiezan con ningún recuerdo que pese sobre la conciencia!

Los del cuadro de Hirchfeld celebran como pueden sus bodas de oro; es decir, el cumplirse aquel día cincuenta años de su matrimonio. Aquella tristeza de los viejos no es pesar de haber vivido, sino esa tierna melancolía que en portugués se llama *saudade*, y que puede considerarse como resurrección de las alegrías que se gozaron en otro tiempo, el cual, según dijo en admirables versos uno de nuestros grandes líricos, siempre nos pareció mejor que el presente.

La obra que reproducimos en nuestro grabado de la página 249 tiene el mérito de expresar con mucha propiedad y poesía estos suaves sentimientos.

°°°

EXCMO. SR. D. BENIGNO QUIROGA Y LÓPEZ BALLESTEROS,

director general de Obras Públicas.

Tiene el Sr. Quiroga Ballesteros, cuyo retrato, de fotografía de D. Fernando Debas, publicamos en la pág. 252, su casa y solar en la Puebla de San Julián, no lejos de Lugo, cuya circunscripción representa en Cortes, sin interrupción, desde 1881. Es ingeniero de Montes, habiendo seguido la carrera con tan notable aprovechamiento, que muy joven fué profesor de aquella Escuela, establecida en El Escorial. En Madrid y en otros distritos prestó buenos servicios como individuo de las comisiones de *Repoblación* y *Rectificación del Catálogo de Montes públicos*, todo ello antes de comenzar su carrera política. Al poco tiempo fué ya elegido secretario del Congreso, cargo que desempeñó en varias legislaturas, unas veces, cuando su partido estaba en el poder, como ministerial, y otras de oposición. En 1885 fué nombrado director general de Agricultura, Industria y Comercio, y en tal puesto contribuyó á realizar muchas mejoras, emprendiendo saludables y muy prácticas reformas. A su iniciativa se debió el Congreso Vinícola, que presidió, y en el que tuvo mucha parte.

Más tarde desempeñó en el Archipiélago Filipino el cargo de director general de Administración civil, y luego el de intendente de las mismas islas. Durante la época de su mando propuso y logró realizar acertadísimas y civilizadoras medidas, promoviendo reformas, que alguna vez vióse precisado á mantener con el tesón propio de su carácter y con aquella firmeza que es cualidad de los buenos gobernantes. La gestión del Sr. Quiroga Ballesteros en Filipinas ha sido de las más felices y afortunadas. Al acaecer los sucesos de Ponapé, prestó asimismo eminentes servicios, poniendo todo su talento en la organización de las expediciones que fueron á las Carolinas, y de tal suerte hubo de cumplir su cometido y por manera tan eficaz contribuyeron sus auxilios al éxito de aquella empresa, que el Capitán general, Gobernador de las Islas Filipinas, propuso al Gobierno que los servicios del Sr. Quiroga Ballesteros fuesen recompensados con la Gran Cruz del Mérito Militar, que le fué concedida. Además sus propios subordinados, todos los empleados civiles de aquel Archipiélago, hicieron encuadernar en un magnífico álbum las acertadas disposiciones y todos los decretos dados por el Intendente, y con las firmas de todos ofreciéronselo al Sr. Quiroga en testimonio de cariño hacia un jefe que en ellos dejaba, al regresar á España, gratísimo recuerdo.

Cuando el partido liberal subió al poder, hace poco más de un año, confió al Sr. Quiroga Ballesteros el importantísimo puesto de director general de Obras Públicas, que en la actualidad desempeña con notable acierto, puesto que dentro de los límites de las economías ha desarrollado mucho sus vastos planes de obras, contribuyendo con su iniciativa á que continúen las de muchos puertos, carreteras y ferrocarriles, organizando servicios y preparando el proyecto de la red de ferrocarriles secundarios, que tantos beneficios debe reportar á la nación, y á cuyo estudio se consagra el Sr. Quiroga con verdadero cariño. Y es de esperar asimismo que el paso del Sr. Quiroga Ballesteros por la Dirección General de Obras Públicas ha de señalarse con reformas todavía más trascendentales.

Pertenece el Sr. Quiroga á las Sociedades Económicas de Zaragoza y Santiago, su ciudad natal, y se halla condecorado con la cruz de Cristo de Portugal, y es individuo del Consejo Superior de Agricultura.

°°°

BUDAPEST.

Aspecto de la escalinata del Museo Nacional á la llegada del cadáver de Kossuth.

Mediado el siglo, y floreciente la efervescencia romántica que trajo agitada á Europa con tanto ruido como escaso fruto, conocióse un triunvirato de políticos que eran como los dioses de la revolución: Kossuth, Ledru-Rollin y Mazzini. Kossuth les sobrevivió muchos años, viniendo á morir en este de 1894, á los noventa y dos de edad.

Nació en Monok (Hungría); estudió leyes; comenzó su carrera política en la dieta de Presburgo, en 1831, y algún tiempo después fundó un periódico que llegó á ser muy importante.

En la dieta de 1847 fué representante de Pesth, y defendió las libertades democráticas con mucha elocuencia y entusiasmo. La revolución francesa de 1848 produjo en Hungría el efecto desastroso que en el resto de Europa. Kossuth se mostró tan ardiente partidario de la independencia de Hungría, que todos los revolucionarios le reconocieron jefe. Pero el gran predicador de la libertad no sirvió para conquistarla y mantenerla, lo que ha sucedido generalmente á los grandes predicadores de todas las naciones. Engañado por Georgei, general en jefe del ejército húngaro, que se entregó al ruso Pachkevich en Vilagos, huyó á Turquía, de donde pasó á Inglaterra. De allí fué á los Estados Unidos, y, por último, se estableció en Turín, donde ha muerto hace pocas semanas.

Kossuth lega á la Historia un nombre ilustre y respetado. Hiciéronle en Turín grandes funerales, y no menores honores han hecho los húngaros á su cadáver, al que han dado sepultura en el Museo Nacional.

Las cuatro mil coronas enviadas por los patriotas húngaros vense en nuestro grabado de la pág. 252 colocadas en las gradas del suntuoso edificio, cubriéndolas casi del todo. Formaban parte de la fúnebre comitiva los veteranos de la guerra de la Independencia, á los que seguían veintidós carruajes cargados de coronas y tirados cada uno por cuatro caballos con penachos azules. El ataúd iba en un coche magnífico tirado por ocho caballos; detrás marchaba la familia, presidiendo el duelo Francisco y Luis Teodoro Kossuth, hijos del muerto. El acompañamiento era numerosísimo, y en todos se conocía el dolor que experimentaban por la pérdida de tan gran patricio.

°°°

ROMA.

El Gran Hotel.

El Gran Hotel de Roma es uno de los mayores y más lujosos de Europa. Álzase en el monte Viminal, la más encumbrada de las colinas sobre que aseguran estar fundada Roma, cerca del palacio Real y de la estación del ferrocarril. Rodéale magnífico jardín, y desde él se descubre un hermosísimo panorama. De su aspecto exterior da idea nuestro grabado. Del interior diremos que encierra cuantos atractivos y comodidades se pueden desear.

El vestíbulo y la escalera que de él arranca son lujosísimos. Termina ésta en un *foyer* vasto y elegante, del cual se pasa á un gran patio cubierto de cristales y convertido en jardín de invierno. Este jardín comunica con el salón de conversación, el de billar, el de fumadores, *American bar*, etc., etc., todos espaciosos y decorados con gran lujo, cada uno de ellos de diferente modo. El comedor, en el que se ven pinturas de gran mérito, puede contener 250 personas. Sepáralo del *restaurant* un ancho corredor. Nuestro grabado de la pág. 253 dará á conocer á los lectores los principales detalles de este magnífico edificio.

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



VALENCIA.—LLEGADA DE LOS PEREGRINOS Á LA ESTACIÓN DEL GRAO.



VALENCIA.—EMBARCO DE LOS PEREGRINOS EN EL «BALDOMERO IGLESIAS».—ASPECTO DEL MUELLE.

(De fotografías de D. Antonio García.)

Hay salas de baños en todos los pisos, habiéndose puesto gran cuidado en observar todos los preceptos de la higiene, incluso los más insignificantes. Hay ascensores, luz eléctrica, entrada para carruajes, etc., etc.

Este hotel abrióse al público en Enero pasado. Dirigió las obras el arquitecto italiano Sr. Podesti. Todo lo relativo á la higiene ha estado á cargo del Sr. C. W. Stephenson, arquitecto inglés.

°°°

EL CAMPAMENTO DE ZOK-EL-ARBA,

primera etapa en el camino de Mazagán á Marruecos.

Zok-el-Arba vale tanto en castellano como *mercado del cuarto día*, ó del jueves; así se llama el punto de parada de la primera etapa de las caravanas que van de Mazagán á Marruecos. Cae dentro de la jurisdicción de la kabila de Ducala, una de las más importantes del Imperio, en terreno llano, de escasa vegetación (como puede verse en nuestro grabado de la página 256), y no lejos de unas montañuelas que corren cerca de la costa, limitando por aquella parte la cuenca del Om-er-erbia *(Madre de las Hierbas)*, el más extenso de los ríos marroquíes.

En este sitio hizo su primer descanso la embajada española á la ida, y el último á la vuelta.

G. Reparaz.

EL PATRIARCA DE LAS LETRAS ALEMANAS

LUIS AUGUSTO FRANKL.

Desde el tiempo en que España, llevada de su entusiasmo por sus glorias, ensalzó el nombre de Colón con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, ¡cuántos cantores del sabio genovés, que, la confianza puesta en Dios, iba á emprender aquella expedición que muchos calificaron de inverosímil, fueron ya sorprendidos por la muerte en medio de su fúnebre danza!

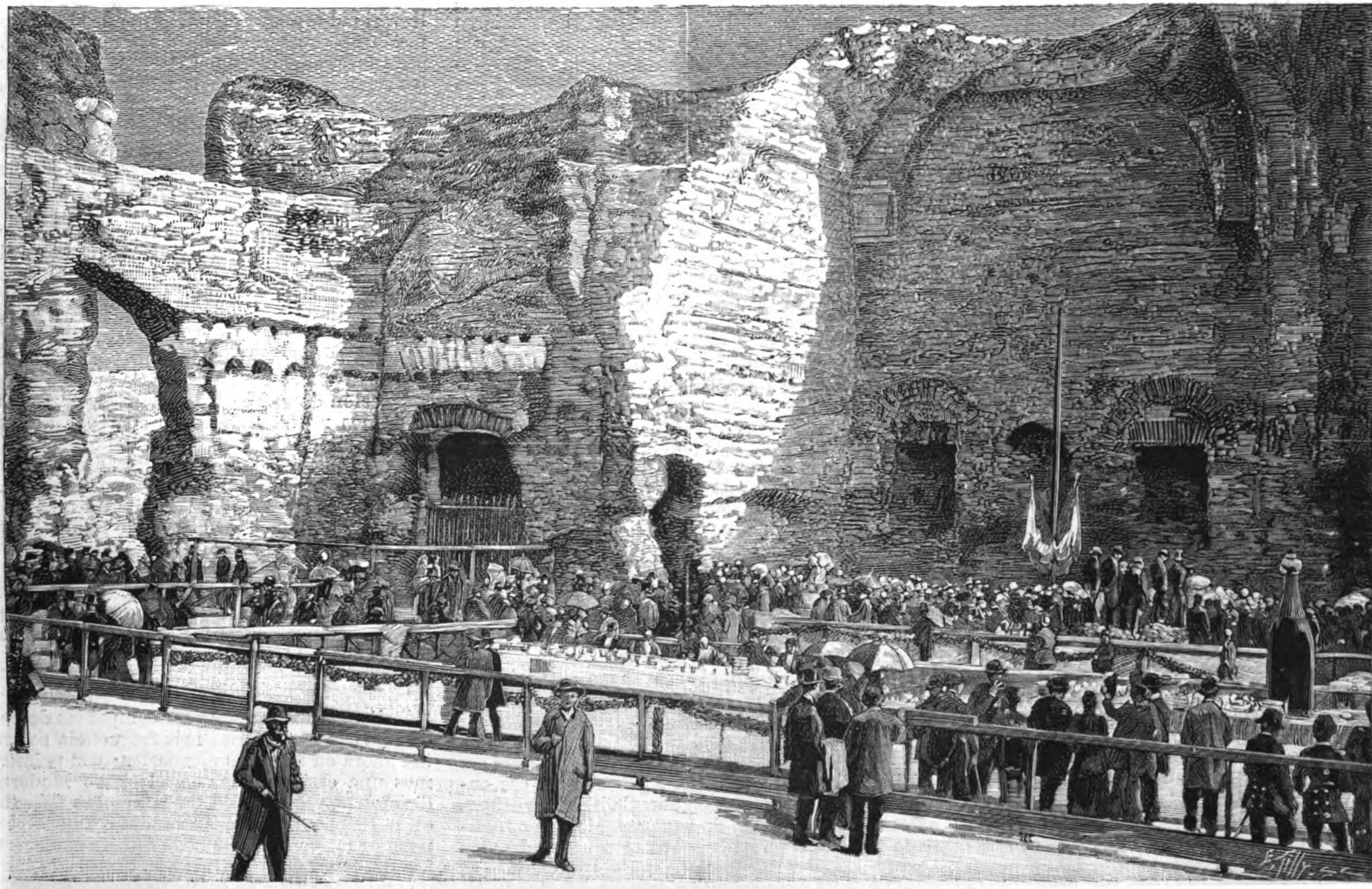
Bajó al sepulcro en la primavera del año pasado el que trocó en un verdadero culto el amor á su patria, el apóstol del renacimiento literario lemosín en el reino de Valencia, *don Constantino Llombart*, que nos dejó flores de su numen tan lozanas como las de su tierra, y pruebas brillantes de las energías de su voluntad, jamás quebrantada por la falta de justas recompensas. Antes de que la muerte le llamara á su danza, la ciudad de los maestros cantores, nuestra Nuremberg, sembró su camino de guirnaldas, abriéndole las puertas de la Orden de Flores. Vive el maestro en gay saber en sus poesías y en sus numerosos discípulos.

Otro ilustre finado es el rival del malogrado poeta Iza, de quien dice el Sr. A. M. Fabié que escribió la mejor oda en honor de Colón por los años de 1850; es el hijo de Barcelona, el Sr. *D. Eugenio Sánchez de Fuentes*, que falleció á principios de este año en la Habana. En nombre del que después de peregrinaciones tantas descansa en la catedral de la Habana, saludó en 1892 á la nao *Santa María* y á Chicago, y en el mismo año escribió la loa titulada *Cuatro siglos después*, en la que figura la magnífica oda que, recordando las bellezas de la famosa escuela de Sevilla, brotó de su privilegiada pluma en 1860.

El libro que estoy escribiendo en la lengua de Luisa Brachmann acerca de Colón y de sus cantores, se ha convertido ya en una urna funeraria, pues cada día inscribe nuevos nombres en la lista de muertos, extinguiéndose en Viena, el 12 de Marzo, el símbolo viviente de la vieja Austria y de la antigua ciudad del Danubio, *Luis Augusto Frankl*, que debió á su poema épico *Christoforo Colombo*, que compuso en 1836, la mayor distinción que podría dispensarle la patria agradecida del gran ligur, nombrándole hijo adoptivo la ciudad de Génova. No ha sido ésta la única ciudad que le haya tributado el mayor de sus homenajes: el patriarca de las letras alemanas, el del cora-



EXCMO. SR. D. ÁLVARO DE FIGUEROA Y TORRES,
CONDE DE ROMANONES,
ALCALDE-PRESIDENTE DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID.



ROMA.—FIESTAS EN HONOR DE LOS INDIVIDUOS DEL CONGRESO DE MEDICINA.—EL «LUNCH» EN LAS TERMAS DE CARACALLA.

zón joven, generoso y ardiente, del espíritu lúcido y de los pensamientos frescos, que se preciaba de haber caminado por el bosque florido de las musas al lado del severo y profundo Nicolás Lenau y del entusiástico y apasionado Anastasio Grün; el que sonreía con el alegre Bauernfeld; el que honraba la memoria de Schiller impulsando á Viena á levantarle un monumento y realizando con celo incansable los nobles fines de la *Schillerstiftung* destinada á socorrer á los poetas pobres; el que grababa su admiración por las glorias literarias de una época memorable en letras de molde, en bronce y mármol, y que, semejante al anciano Attinghausen, el testigo de los tiempos pasados, estaba en medio de las nuevas generaciones alentando á los jóvenes con su ejemplo: *Luis Augusto Frankl*, decimos, era hijo adoptivo también de Viena, Chrast (su pueblo natal, situado en Bohemia), Jerusalén, Zafet y Tiberia.

En los días de Marzo de 1848 entonó el primer júbilo de alondra cantando la libertad del pensamiento que emprendía su vuelo por los campos de Austria, y en los días de Marzo de este año exhaló su alma. En víspera de su muerte, acaecida en 12 de Marzo, escribió su último artículo para *La Nueva Prensa libre* acerca del año de 1848.

Había pasado su época, la de las *ottave rime*, la de las epopeyas de largo aliento, la de los cantos sentimentales, y no intentó el poeta forzar la propia inspiración, soplo divino que obedece á leyes estéticas del individuo, del tiempo y del lugar. Pero fué un campeón fiel de la humanidad, uno de los más señalados por la inspiración, el gusto y el sentimiento, entre los literatos austriacos del siglo presente. Aunque era judío, cantó á los mártires cristianos. Cuando el inolvidable don Alfonso XII permitía á los judíos volver á España, *Frankl*, cuyas baladas parecen vaciadas aristocráticamente en finas turquesas, entonó un himno en loor del Rey. A los clásicos les debió, lo mismo que Grillparzer, la fuerza real de las imágenes poéticas que abundan en sus primicias el *Canto á los Habsburgos*, en su epopeya titulada *Don Juan de Austria* que vió la luz en 1846, en su *Canto á la Universidad*, que gozó de tanta popularidad que fué puesta en 27 melodías, en sus *Poesías épicas y líricas*, en sus *Cuentos del Oriente*, en sus *Elegías hebreas*, en su *Primado*, en sus *Reyes trágicos* y en su último adiós á *Chrast*, á la patria y á la familia. Pisó el terreno de la sátira en las poesías que se intitulan *Hipócrates y la Medicina moderna*, *Los Charlatanes* é *Hipócrates y el cólera*.

Quizá más aún que por sus composiciones poéticas llamó la atención por sus escritos dedicados á la memoria de los poetas Grillparzer, Hebbel, Raimund, Lenau y del pintor F. de Amerling. Los ciegos, para quienes estableció un asilo en la *Hohenwarte*, próxima á Döbling (arrabal de Viena), han de orar por el alma del fundador de aquella benéfica institución que le valió el título de *caballero de Hochwart*.

Nació *Luis Augusto Frankl* el 3 de Febrero de 1810. Hizo sus estudios primarios en Bohemia. Cursó la Medicina en la Universidad de Padua, donde se graduó de doctor en 1837, siguiendo al año siguiente á una invitación de la Comunidad judía de Viena que le nombraba su secretario. Renunció á la carrera médica, y pulsó el sonoro y melódico laúd con que le favorecieron las musas.

¡Ojalá que hubiese logrado despertar un sentimiento de cariñosa simpatía por quien ostentaba gloriosamente enlazados con sus venerables canas los laureles siempre puros, siempre inmaculados que como literato cosechó en las pacíficas lides del ingenio!

¿Quién nos queda aún en el Parnaso austriaco después de muerto el poeta y cronista *Luis Augusto Frankl?* Citaré los nombres más conocidos. Nos quedan todavía el compañero de Frankl en la lucha por la libertad del espíritu, Adolfo Pichler, el hijo del valle del Bajo Inn; el autor de las Elegías de Viena y poeta dramático Fernando de Saar; el pintor de los aldeanos de Estiria, Rosegger; Juan Grasberger, Poestion, Vincenti y Carlos de Thaler; el Fernanflor austriaco Fernando Gross; la poetisa Betty Paoli, cuyas composiciones amatorias hablan al corazón; la ilustre María de Ebner-Eschenbach, que ofrece el rarísimo espectáculo de una poetisa de primer orden; la propagandista de la paz eterna, Berta de Suttner; la poetisa y novelista Ada Christen; la señorita María delle Grazie, perteneciente á la escuela realista en el buen sentido de la palabra; la señora Angélica de Hörmann, las señoritas María de Najmajer y María de Ernest; la autora de novelas Godivina de Berlepsch, la señora María Cop-Marlet, y la escritora que se esconde bajo el seudónimo de Ossip Schubin. Todos lloran por el maestro que acaba de trocar la Jerusalén celeste por la terrestre que vieron sus asombrados ojos, *Luis Augusto Frankl*. ¡Ay! ¡para segar la vida de la poetisa Ana Forstenheim, que fué amiga y admiradora también de Frankl, la muerte no esperaba la estación de las hojas amarillas!

JUAN FASTENRATH.

LOS TEATROS.

La victoria de Novelli en el teatro de la Comedia. — Compañía italiana de opereta cómica en el de la Zarzuela. — Los teatros de funciones por horas. — Por primera vez en el de Romea.



NOVELLI, el gran actor italiano, ha tenido que llegar á la mitad del camino trabajoso que se había trazado en programas y anuncios, para que el público acabase de responder á las esperanzas y á los méritos del artista, tan legítimas aquéllas como éstos excepcionales.

En casos de esta naturaleza no puedo yo conformarme con el vulgar adagio de «hágase el milagro y hágalo el diablo», ni por milagro quiero tener tampoco la favorabilísima reacción con que he visto al fin premiada la valerosa fe de Novelli, cuyos prodigios en el arte debían traer como consecuencia natural su coronación por un éxito seguro y positivo.

El teatro de la Comedia está cada noche más concurrido, recordando las más brillantes veladas de Mario y aquellas otras en que la Marini y Ceressa encantaban al público con sus artísticos primores en la Margarita y el Armando de *La Dama de las camelias*.

Había ya cambiado mucho la suerte de Novelli cuando éste apareció por primera vez en *Otello*, personaje trágico de Shakespeare que han revestido otros grandes artistas de cierta solemnidad clásica—casi tradicional—sustituída con ventaja por Novelli en muchos momentos por la más sencilla verdad, que en el arte triunfa al fin de todos los convencionalismos hereditarios.

En ese camino de la verdad embellecida por el arte y tomada de la humana naturaleza por un gran instinto de asimilación, Novelli triunfó en *Otello*, como triunfó después en la saliente y típica figura del avaro y rencoroso Shylok de *El Mercader de Venecia*, como había triunfado antes en el bizarro cómico papel de Petrucchio, domando á aquella fiera ejemplar que ofreció al teatro humano el amplio y maravilloso genio de Shakespeare.

Desde sus sencillos y convincentes acentos amorosos al lado de Desdémona, hasta el paroxismo terrible á que llega con los celos sugeridos por Yago, y, sobre todo, en los detalles bien estudiados de la final agonía, el gran actor italiano nos ha ofrecido nuevos aspectos con que un arte progresivo puede presentar las figuras más definitivamente caracterizadas ya por la historia crítica del teatro.

Para mí—como para maestros que con devoción estudio—el acto de *Otello* en que más ahonda en el corazón humano el gran dramaturgo inglés es el tercero, con aquella detallada gradación maravillosa de la sugestión infernal de Yago. Y tal vez por eso: porque allí la figura del envidioso infernador del alma del moro adquiere las proporciones de principal en situaciones tan decisivas y culminantes, el mismo Novelli ha contribuído, con los variados y magistrales registros de su arte, á que todos echásemos de ver lo desvaído y pálido de la figura de Yago, por pobreza de interpretación del actor Colonnello. Nada de eso había ocurrido en otras obras, porque ese mismo actor, si no brilla á la altura de un verdadero primer galán, tampoco había descompuesto cuadro alguno imaginado por el poeta y estudiado con amor por Novelli, el gran intérprete de las miserias naturalistas de Ibsen, como de las espirituales delicadezas de aquel viejo músico con que nos deleita en *Il piccolo Haydn*, cuadrito encantador en que todas las figuras, con la del protagonista—graciosa y sentidamente representado por la Giannini—han contribuído á que el anciano maestro Pórpora brillase como una de las más hermosas creaciones del más grande actor italiano de estos tiempos.

* * *

El que haya visto y oído á Novelli en ese encantador viejo músico, con aquella hermosa cabeza coronada por la nieve de los años, el cuerpo inclinado por la eterna labor sobre el pentágrama, los ojos iluminados por los fulgores del puro amor al arte, buscando impaciente y descontentadizo la última frase melódica que ha de coronar la acariciada hija de su inspiración, apenas acertará á comprender que sea el mismo artista escénico el que más tarde aparece en aquel tremendo *caso* de atavismo de *Gli Spettri*, joven de cabeza rubia, de enfermiza palidez terrosa, destrozado fatalmente por la herencia, con el paso vacilante del caduco, con la mirada vaga y sin más brillo que el que le presta á ratos una concupiscencia febril que ayuda á la creciente atonía de las facultades intelectuales.

El *caso* es repugnante en el teatro, porque el sentimiento artístico se rebela contra todo lo que no es legítimo objeto del arte. ¿Quién duda que allí brillan el talento, el estudio, la fina observación, acaso la intención moral de Ibsen? Pero el teatro, donde la patología del alma, las más grandes miserias psicológicas pueden ser presentadas en todo su horror dramático si el verdadero ingenio las presenta, no es terreno, ni lo será jamás, para ofrecer el estudio, ni el mejor intencionado, de las lacerias repulsivas, de las miserias fisiológicas que en las clínicas de la ciencia tienen su teatro íntimo y reservado.

El público *sufrió* en silencio *el caso* de atavismo. ¿Cómo? Subyugado por la maravillosa obra del artista, cuya figura, cuyos movimientos, gestos, miradas, inflexiones de voz—sin avecinarse nunca al peligro fácil del ridículo—van marcando acto por acto, escena por escena, aquella gradación terrible que llega á la obscuridad absoluta de la razón del atávico, precisamente cuando éste pide á su madre *el sol* con el acento plañidero con que un niño herido de muerte pide un juguete á su atribulada madre.

El que así triunfó venciendo hasta las prevenciones más vivas y justificadas de un público de gusto delicado, es el mismo artista que, haciendo un *Luis XI* distinto, en detalle sobre todo, de aquel que admirábamos en nuestro gran Valero, ha podido brillar en su labor dificilísima sin que amenguase su mérito el recuerdo, aun vivo, de nuestro inolvidable actor, que de la figura escénica del rey de Francia hizo uno de sus más grandes títulos de gloria.

Para acabar de justificar el éxito definitivo y completo de Novelli en sus múltiples, variadas y maravillosas aptitudes escénicas, ahí quedará el recuerdo de las veladas artísticas en que representó á la perfección tipos tan distintos como los que le ofrecen *Il Cavalier servente*, *La Cavallerizza* y *Le Distrazioni del signor Antenore*, obrilla cómica que trae á la memoria aquella *Cabeza á pájaros* en que tantos primores hacía nuestro inteligente actor Manuel Catalina. Y en las mismas noches, inolvidables para los que hemos seguido paso á paso la campaña del victorioso Novelli, éste hizo gala de su maestría en todos los terrenos á que puede llevarle el arte que adora, teniendo al público suspenso de sus labios y de sus gestos expresivos al recitar los monólogos *Diogene* y *Divagando*, con los tonos vivos de gracia y de sentimiento á que puede llegar el más acabado y fiel estudio de la naturaleza.

No es posible que artista alguno extranjero pueda dejar huellas tan imborrables como las que Novelli deja á su paso por nuestros escenarios. En Italia no se extingue la raza de los grandes actores, como en España no muere la de los buenos poetas dramáticos; y si allí ha de ser hoy doloroso para las Dusse y los Novelli tener que nutrir su hermoso arte casi exclusivamente con las obras del ingenio francés, más doloroso han de encontrar nuestros Tamayo, Echegaray, Sellés y Cano hallarse sin completos intérpretes de concepciones cuya vida escénica no sería posible sin la resurrección de una raza de artistas, cuyos nuevos legítimos representantes no aparecen al finalizar nuestro siglo.

Otra vez mi saludo de admirador al gran Novelli; y permítame el maravilloso relojero, *Papá Lebonnard*, que con tal habilidad toca los complicados resortes del sentimiento humano, que en esta hora—que es aquí la de mi despedida—copie aquellas palabras suyas del final de su primera campaña. «No *¡adiós!* sino *¡hasta la vista!*» debemos decir á Novelli—como expresión de gratísima esperanza—cuantos en él vemos realizados los ideales del verdadero arte.

* * *

Italianas ó francesas, las compañías de opereta cómica son las que con más frecuencia se presentan ahora en nuestros escenarios; y si primero vimos una casi anónima en el teatro Moderno, y después apreciamos la de la célebre Montbazon en la Princesa, en estos momentos funciona en el popular teatro de la calle de Jovellanos la compañía del tenor Giovannini, que tuvo la buena idea de empezar su breve campaña con *Cin-ko-ká*, opereta bufa menos conocida que otras por nuestro

público, y bien presentada en vestuario como en decoraciones.

Mejor en conjunto que en detalle, la compañía italiana de Giovannini no puede, sin embargo—como tampoco lo han logrado otras que en Madrid la han precedido—borrar los gratísimos recuerdos que aún conservamos de aquella compañía de Tomba que funcionó en la vieja Alhambra, y en la que figuraban artistas como la Roselli, el tenor Bianchi y los caricatos Pogi y Milzzi, con la ventaja además de darnos á conocer muchas operetas que después se han hecho viejas en el mismo repertorio de las compañías españolas.

La empresa Giovannini hará perfectamente en aprovechar todos los recursos que lo nuevo, ó siquiera lo menos conocido, puede ofrecerle para atraer á un público cansado ya de oir en español, como en frances y en italiano, todo lo mejor que han producido libretistas y músicos en el género de la opereta. Y excusado es decir que, cuando los artistas no han de sobresalir como actores ni como cantantes, también obra con cordura la empresa acumulando atractivos para la vista en la disposición lujosa y brillante del aparato escénico con que las operetas se presenten.

No quiero decir con esto que en la compañía que actúa en el teatro de la Zarzuela no figuren artistas muy estimables, como el mismo Giovannini, el tenor cómico Grossi, y las tiples Ferrara y Principi, todos los cuales conquistaron en *Cinko-ka* las simpatías de nuestro público. Pero les conviene huir de las comparaciones—odiosas cuanto inevitables—á que se dan tan fácilmente los espectadores cuando en las obras que se les ofrece, y que ya se saben de memoria, como *Doña Juanita*, recuerdan superiores gracias de otros artistas, no sólo extranjeros, sino españoles, que por esos teatros de Dios prueban todavía que así dominan el género de la opereta cómica como el puro y legítimo de nuestra popular y castiza zarzuela.

Pero también tiene que cuidarse el laborioso director de la compañía de opereta de que los artistas no se metan en empeños mayores que aquellos que sus naturales facultades les permitan con lo poco conocido ó desconocido del todo de nuestro público. Porque, si lo nuevo no ha de resultar bueno, valdrá más dejar que sigan los espectadores acompañando con la memoria á los artistas en todas aquellas obras del repertorio tantas veces sancionadas con su aplauso.

***

En el tiempo transcurrido sin ocuparme de los teatros de funciones por horas, muchas cosas han pasado en ellos, contando las obrillas que no han debido *pasar*, como *Un viaje de los demonios*, que en el teatro de Apolo vino á probarnos que los artistas escenógrafos eran los verdaderos conductores del tren, y que los acreditados libretista y músico viajaban como inspectores de la línea, pero muy tranquilamente dormidos.

No digamos nada de *Don Quijote*, ofensa ya con el título para el recuerdo de nuestra más sagrada gloria literaria, y motivo y ocasión de una de aquellas batallas escandalosas que acreditaron siempre el exceso de celo de los aguerridos *alabarderos* de Eslava. Pero ellos fueron los verdaderos *yangüeses* del tan mal aventurado *Don Quijote*, que no ha encontrado después bálsamo alguno para sus heridas y magulladuras ni en la gracia con que la señorita Segura canta los *couplets* franceses.

Después de todo, algunas de las obrillas cómicas y cómico-líricas estrenadas desde que aplaudí sinceramente *La Verbena de la Paloma*, me hacen pensar en que la fecundidad pasmosa de algunos de nuestros autores *al menudeo* tiene algo de mala razón de ser en la observación que en París se le ha ocurrido ahora al crítico teatral de la *Revue de deux Mondes*. Al encontrarse en el teatro Gimnasio con una comedia nueva titulada *Famille*, que es un fidelísimo *trasunto* de *La Famille Benoiton* de Sardou, dice el crítico que cada treinta años *se rehacen* allí las obras del teatro.

«¿Cada treinta años?» En España vamos mucho más de prisa. Aquí cada veinticuatro horas podemos disfrutar de las mismas situaciones cómicas, admirar los mismos tipos, y reirnos con los mismos chistes que hace treinta ó cuarenta años nos había traído de Francia alguno de los honrados rebuscadores de despilfarros y desperdicios del ingenio extranjero.

Y esto va ocurriendo también con frecuencia en nuestros teatros principales, por gracia de los que llevan al actor cómico los llamados *juguetes*, ya para fin de fiesta, ya para entretener á los pocos espectadores de primera hora, ya para que el mismo actor cómico se despache á su gusto en su beneficio.

En el último de Balaguer, en el teatro de la Comedia, tropezamos con *Los intrusos*, juguetillo que tiene su oriundez nada menos que en *Las citas á media noche*, que ha servido de patrón á infinidad de trajes, mejor ó peor cortados á la medida de nuestros graciosos de antaño y de hogaño.

Pero los dos ingenios en comandita de *Los intrusos* no se molestaron en ir á estudiar orígenes, y resulta claro que la pieza cómica con que se lució y benefició Balaguer—presentando un cómico de poca ropa donde había un poeta tronado, con alguna otra ligera variante—es *El nido de amores* que, con aplauso, estrenó mi amigo Fernández Izaguirre en el teatro Español hace nada menos que catorce años.

Y con tales procedimientos, ó dándole vueltas y revueltas al tan socorrido *quid pro quo*, y supliendo el arte de trazar naturales y sencillas situaciones cómicas con el artificio de desquiciar frases y dislocar palabras para que el equívoco resulte pocas veces ingenioso y no siempre limpio, nadie puede hallar maravilla en que, mientras los cómicos cobran dos quincenas, entren por las puertas de los teatros piezas cómicas y cómico-líricas bastantes en número para llenar los carteles de dos temporadas.

***

Para no fatigar á mis lectores, y por inclinarme más al elogio de lo que tiene algo bueno que á la censura de lo tantas veces censurado, sólo citaré aquí á la ligera las obrillas que más han merecido la atención del público.

En el teatro de Lara *La cuerda floja*, del señor Estremera, que en un solo acto, con sencillez, claridad y tipos bien definidos, nos ha presentado una *casa de baños* más *decente* é ingeniosa que aquella en dos actos, embrollada, revuelta é inverosímil, que tanto juego había dado en el mismo teatro con la complicidad del mal gusto. Después, *El pie izquierdo*, de Arniches y Lucio, que han logrado interesar y divertir á los espectadores con un juguete muy movido y con tipos de gracioso relieve, como el de la presumida coronela, realzado por Balbina Valverde, y aquel corredor *cojo* en que hace diabluras chistosas el inteligente Ruiz Arana.

En Apolo se ha sostenido con aplauso *La Noche de San Juan*, discreto y bien escrito cuadro de costumbres montañesas de Eusebio Sierra, y en cuya música brilla el carácter puro regional en un solo número que el mismo poeta montañés ha traído con los aires de la *tierruca*. Después han venido *Los Mineros*, que han lucido la delicada, ingeniosa y fácil musa de Sinesio Delgado, dando ocasión de celebrar los adelantos que, como actriz, ha hecho la simpática Irene Alba.

Y en Eslava, en fin, lo más digno de aplauso que mis apuntes me ofrecen es *Viento en popa*, libro en que lo sencillo da más valor á lo interesante del argumento, siendo natural la gracia de los tipos y del diálogo, y mereciendo su autor, Yráyzoz, que acompañase á su letra música como la de aquel coro delicioso que tanto acredita al maestro Jimenez. Al éxito contribuye una ejecución irreprochable por parte de Ripoll y Castilla, y, sobre todo, de Lucrecia Arana.

Había yo oído hablar mucho de Loreto Prado, y la circunstancia de unirse mis amigos el poeta Jackson Veyan y el insigne maestro Caballero para escribir una obrilla expresamente destinada á dicha joven artista, me obligó á acudir por primera vez al teatro Romea, ya muy adelantadas las representaciones de *Un punto filipino*.

Este gracioso juguete cómico-lírico de Jackson y Caballero no tiene otro objeto que el de dar ocasión de lucirse en diferentes tipos á la primera tiple de aquel teatro, y el objeto se cumple á maravilla, advirtiendo desde luego que Loreto Prado es cantante de facultades escasas, pero suficientes en el terreno en que yo la he oído. Lo de actriz es lo que más la distingue, y sólo con su prodigioso instinto cómico y su inspiración del momento hace ella todo lo que no hacen otras artistas con el constante estudio y una solícita dirección, que suplen á veces—nunca con ventaja—las mejores disposiciones de la naturaleza.

Es posible que la ya popular Loreto Prado llame la atención de algún empresario de teatro más importante que el de Romea, y reciba proposiciones tentadoras que la lleven á levantar más el vuelo de artista. Si eso llega á suceder, no renuncie al cambio lisonjero de posición, pero no se fíe sólo de sus alas y de su gran instinto. Estudie mucho y no se apresure, como otras, á pedir á las empresas *la luna*, porque es un astro que suele deslumbrar y perder á los artistas envanecidos, pecado de que no espero adolezca nunca la inteligente cuanto modesta y simpática Loreto.

Eduardo Bustillo.

20 de Abril de 1894.

EL DÍA 2 DE OCTUBRE (1).

El fuerte de Sidi Auariach estaba incluído en el plan general de fortificación del campo de Melilla, y el Gobernador de la plaza, ateniéndose á precedentes favorables, juzgó que ya lo podía construir sin que el enemigo se opusiera. Mas cuando trató de comenzar el trabajo, los moros declararon resueltamente que no habían de consentirlo, acentuando su actitud hostil en la última conferencia celebrada por el Gobernador con el Bajá del campo y los jefes de las kabilas. No obstante, el general Margallo, creyendo que su tenacidad se impondría, insistió, y el 28 de Septiembre de 1893 empezaron las obras.

Con objeto de posesionarse del terreno, se trazó, próximo al hito núm. 7 moderno y 11 antiguo de la línea del límite de nuestro campo, un fortín provisional, de frentes quebrados, que tenía en el de gola un cuartelillo defensivo, á guisa de caponera, y en el de cabeza dos caponeras circulares flanqueantes, de 2 metros de diámetro: la longitud, según la capital, era de 15 metros, midiendo 7 cada uno de los flancos, 24 el frente de gola y 8 por 4 el cuartelillo.

Las primeras tareas de nuestros obreros resultaron inútiles: lo que se hizo durante el día, fué destruído por los moros durante la noche, lo mismo el 28 que el 29; además, cegaron un pozo y deshicieron un puente en la hondonada de Camellos, cerca de La Contera, en pleno territorio español y lejos de Sidi Auariach.

No era ya posible abandonar sin desdoro la construcción de la obra: el General dispuso que se procediera con la mayor actividad á levantar los muros de la caseta para guarnecerlos por la noche: y en la del postrer día de Septiembre, un destacamento del batallón Disciplinario fué guardián valeroso de aquel puesto, que, á pesar de cuanto hicieron los trabajadores, no podía defenderse: las paredes, de piedra y barro, sólo alcanzaban un metro de altura y medio de espesor: el portillo que servía para introducir en el recinto los materiales, quedaba abierto.

Treinta y dos soldados, cuatro cabos, dos sargentos y dos cornetas, al mando de los primeros tenientes D. Luciano Torrente y D. Leonardo Piorno, se mantuvieron allí por espacio de trece horas, entregados á sus propias fuerzas, entre millares de enemigos, á más de 3 kilómetros de la plaza, silenciosos, vigilantes, dispuestos á vender muy cara su vida.

Noche cruel para la guarnición de la torre de Camellos, que escuchaba con penosa ansiedad, segundo por segundo, temiendo que á cada instante se oyera la salvaje gritería de las bárbaras hordas, nuncio del ataque y de la matanza: guarnición de sesenta hombres, que habría tenido que recorrer á obscuras un camino de 1.700 metros al acudir en auxilio de sus hermanos.

Angustiosa noche para los habitantes de Melilla. Nadie durmió en la plaza: esperando la señal de la lucha, porque nadie creía que no la hubiera, hombres y mujeres se asomaban á las murallas, hacían comentarios, contaban los minutos, aguardaban en perenne intranquilidad lo que no querían oir, mientras que las familias de los bravos expuestos al sacrificio rogaban á Dios, poniendo en Él toda su esperanza.

Júzguese cuán profunda y aterradora sería la impresión causada por algunos disparos que hizo el enemigo contra el fortín de Sidi Auariach. Pero no hubo ataque: los moros, tan prácticos en las sorpresas y tan poseídos entonces de su valor y de su número, tuvieron miedo de acometer á un puñado de animosos que les aguardaban á pie firme dentro de un lugar sin salida.

En la mañana del 1.º de Octubre retiróse el destacamento y continuaron los trabajos, quedando por la tarde el fortín con el mantelillo cubierto, y acabados los muros hasta la altura de aspillera. Se aumentaron exteriormente los obstáculos, distribuyendo cuatro fogatas pedreras en el frente de cabeza, y rodeando el recinto con alambradas. Los oficiales Torrente y Piorno, en su nombre y en el de la tropa que mandaron durante la inolvidable noche del 30 de Septiembre, pidieron continuar dando la guardia en aquel puesto de honor, y se les concedió, no sin elogiar su digna conducta.

Pasó la noche del 1.º de Octubre con el mismo sobresalto que la anterior en la plaza y en los fuertes, y también los moros dispararon algunos tiros. No hubo más novedad. Pero los síntomas eran graves: desde el día 30 dejaron de acudir al mercado de la plaza muchos rifeños que le visitaban diariamente: el día 2 sólo entraron trece, y casi todos muchachos. Aunque el General no había perdido la confianza, creyendo que la irritación de los moros sería pasajera, presentíase el combate. Flotaba en la atmósfera la amenaza del peligro.

La sección de zapadores minadores destinada á los trabajos de Sidi Auariach, al salir el día 2 por la puerta de Santa Bárbara, última del mantelete exterior, carga los fusiles, temiendo una sorpresa en el campo. Llega al cerro, con el pelotón de obreros del presidio y su escolta, y al ver que hay tranquilidad, se dispone á continuar la tarea, dejando las armas. El destacamento que prestó servicio nocturno se retira, á excepción de cuatro soldados y un cabo, guardianes de los efectos de utensilio. Con estos cinco hombres quedan en la meseta veintisiete zapadores á las órdenes del primer teniente D. Luis Martínez; el celador D. Maximino Santos; el maestro de obras D. Julián Argos; el aparejador D. Francisco Mellado; el celador eventual D. Francisco Pedrosa; setenta y tres penados y su capataz D. Cristóbal Galbán; treinta hombres del regimiento de África, mandados por el primer teniente D. Jorge de la Torre, con un sargento y dos cabos (los cuatro del batallón Disciplinario), y dos jinetes de la sección de cazadores de Melilla.

(1) Capítulo II de la *Historia de la campaña de África en 1893-94*, que se publicará en breve.



ÁNFORA DE ACERO CON INCRUSTACIONES DE ORO,

ESTILO DEL RENACIMIENTO.

TRAZADA Y CINCELADA POR DOÑA FELIPA GUISASOLA.

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1893.



CINCUENTA AÑOS DESPUÉS.—LAS BODAS DE ORO.

CUADRO DE E. HIRCHFELD.

Es día de mercado en Frajana. El capataz Galbán, conocedor de las costumbres de los moros, observa lo que éstos hacen, y comprende que se resuelven á atacar. Más de cuatrocientos rifeños, reunidos en grupos, ordenan á los vendedores que se marchen y que retiren el ganado: otros, quitando las fundas á sus fusiles, toman posiciones en las trincheras. Á las siete y tres cuartos de la mañana, un moro, apartándose de los demás, se acerca á la pared de la mezquita y dispara un tiro: inmediatamente, cual si brotaran de la tierra, salen al campo centenares de enemigos profiriendo horribles insultos y haciendo nutridísimo fuego. La pareja de caballería, por orden del teniente Latorre, lleva la noticia á la plaza: siendo imposible resistir en la meseta, obreros y soldados buscan amparo en el fortín: los moros avanzan, y cubren el cerro con una nube de proyectiles.

D. Jacinto González Vargas, capitán del regimiento de África y jefe de la guarnición de la torre de Camellos, recibe á las seis y media de la mañana orden telefónica del General-Gobernador, para que vaya á tomar el mando de la tropa destacada en Sidi Auariach. El capitán se dirige al cerro, solo: encuentra á los tenientes Torrente y Piorno, que regresan con su fuerza, marcha adelante, y le sorprende el fuego en la mitad del camino que va á seguir: anda 200 metros á cuerpo descubierto entre las balas enemigas, que se multiplican cada vez más, y alcanza un carro que conduce agua para la Caseta, con escolta de dos soldados, uno de los cuales cae muerto: juzga que el carro ya no puede avanzar de ningún modo, y dispone que se vuelva á la plaza, prosiguiendo él hacia su destino; á 250 metros del fortín se une á un sargento y tres hombres de la escolta de los presidiarios, que no habiendo tenido tiempo de refugiarse en la Caseta, se echaron al suelo en el lugar donde les sorprendió el ataque, y desde allí disparan: herido uno de ellos, siendo tan peligroso como inútil continuar en aquel sitio, el capitán manda á todos que le sigan resueltamente, y atravesando con singular fortuna el espacio abierto que les separa de Sidi Auariach, entran los cinco en la Caseta defensiva.

Torrente y Piorno se detienen al oir los primeros tiros. Torrente, más antiguo, ordena á Piorno que con cuatro hombres siga hasta Camellos para dar parte á la plaza de lo que ocurre, y él, con los treinta un soldados restantes, vuelve atrás, despliega en guerrilla, se abre paso á viva fuerza, y, bajo una lluvia de plomo, consigue milagrosamente llegar al fortín y penetrar en su recinto.

El presidiario Ramón Olazábal queda en manos de los moros al dar éstos la primera acometida: tratándole bien, para que declare la verdad, le preguntan qué gente hay en la Caseta, qué armas, qué municiones, qué víveres, y muestran grave resolución de apoderarse de la obra y de *tostar* á sus defensores. Á este propósito coadyuvan los contingentes de Mazuza y Mezquita, atacando por la izquierda desde San Lorenzo hasta más allá de Camellos, mientras por la derecha y la vanguardia acuden los de Frajana y Benisicar. Su táctica se dirige á distraer tropas en los flancos para aislar el cerro: nutren sus guerrillas centenares de combatientes; después miles; y olvidando á menudo su costumbre inveterada de pelear cubriéndose, dejan las trincheras, presentan las espaldas á la artillería de los fuertes, con absoluto desprecio de la vida, estrechan más y más el cerco de la Caseta, redoblan sus esfuerzos sin cuidarse de los contrarios, aullan como lobos, avanzan como leones, disparan los fusiles con rapidez maravillosa.

Avisada la plaza por los dos jinetes de la sección de cazadores, el General-Gobernador sale á pie hacia la torre de Camellos, para tomarla por centro de operaciones, después de mandar que se preparen todas las fuerzas disponibles. Jefes, oficiales, ordenanzas, escribientes, asistentes y rebajados acuden con viva ansiedad á los cuarteles, se arman y municionan presurosos, y hasta los enfermos pretenden incorporarse á sus respectivas filas, y los que no tienen puesto en ellas se disponen á ofrecer sus servicios. Salen detrás del General los tenientes de Artillería D. Carlos Soler y Algarra y D. Antonio Saltos Bellido; el médico del regimiento de África D. Antonio Canella Peirolé; don Timoteo Vallés Fraile, ex teniente del batallón Disciplinario, que acaba de ascender á capitán y está esperando el pasaporte. El capitán de la sección de Caballería D. Daniel Ruiz López, con los doce primeros jinetes que halla montados, alcanza al General en la altura de Camellos; recibe orden de explorar las inmediaciones de la Caseta, orden que ejecuta con bizarría, metiéndose bajo el fuego enemigo, y trae noticia de que el fortín está ya rodeado por los moros. Son las ocho y media. Únese al capitán el resto de la caballería, que lo forman los primeros tenientes D. Miguel Franco Romero y Mackenna y D. Antonio Fernández Golfín, el profesor veterinario D. José Negrete Pereda y diez y siete individuos de tropa. Margallo dispone que se destaquen parejas de jinetes para observar los movimientos de los rifeños, y pide auxilios á la plaza. De ésta salen cuarenta y cuatro hombres, al mando del teniente D. Carlos Fernández Ortiz, y cuarenta y dos á las órdenes del teniente D. Cayetano Estrada Quintero, todos del regimiento de Africa; el capitán de ingenieros D. Rafael Melendreras y el teniente D. Adolfo García Peré; luego, diez y ocho zapadores; después, dos piezas de montaña con el capitán D. Rafael Osuna Pineda, los sargentos Antonio Infante, Gabriel Navarro, Francisco Oliva, nueve artilleros, el obrero del parque Carlos Monroy Mirat, y veinte soldados de África, al mando de su primer teniente D. Manuel Paoli Diviño, que lleva encargo de escoltar los cañones. El médico Canella improvisa un hospital de sangre en la habitación del primer teniente de Africa D. Juan Marcos Martínez, jefe accidental de Camellos, y la guarnición de esta torre sale á batirse á la trinchera de la explanada, en la que también toma puesto el capitán D. Timoteo Vallés Fraile. Aun espera el General que los moros obedezcan al Bajá del campo, que se amedrenten por la actitud resuelta de los españoles, ó que se retiren por falta de cartuchos, y muéstrase sobrio en pedir auxilios, dando gallardo ejemplo de la impavidez y del quijotismo que distinguen á nuestra raza.

Llegados al alcance del Gobernador los primeros refuerzos, mientras el teniente Fernández corre á guarnecer el fortín de San Francisco, el teniente Estrada despliega en guerrilla por la derecha de Camellos, batiendo el río y adelantándose con mucho valor; las piezas de montaña, llevadas á brazo por los artilleros y los soldados de Paoli, á quienes se incorporan diez presos que trabajaban en La Contera, y su escolta de cinco hombres del Disciplinario, se emplazan á 400 metros delante de Camellos; el teniente García Peré acude también con los ingenieros á proteger la artillería; el capitán Melendreras, jefe de los zapadores encerrados en el fortín de Sidi Auariach, quiere reunirse á ellos, y el Gobernador le concede que se incorpore á la sección de Estrada. Los cañones de los fuertes, dirigidos en Cabrerizas Bajas por el teniente Saltos, en Camellos por el teniente Soler, y en San Lorenzo por el primer teniente de Africa D. José García Sánchez, hacen blanco sobre los inmediatos caseríos y los grupos de moros. Éstos responden enérgicamente á los ataques, presentando por todo el campo fuerzas numerosas, y á la vez que hostilizan desde la entrada de Benisicar y la altura de Pajares, adelantan sobre el llano, aparecen en las crestas de las colinas y en las trincheras naturales de las cañadas; y por la izquierda, amagando envolver los cerros de San Lorenzo y de Camellos, extienden su línea de fuego desde el Tesorillo hasta Sidi Auariach, poniendo en el mayor apuro á los cuarenta y dos hombres de Estrada y á los de la guarnición de Camellos que en la trinchera de la cumbre sostienen desigual combate. El General manda que su jefe de Estado Mayor, comandante capitán D. Enrique Sebastián Rives, haga en unión de la caballería una demostración ofensiva que contenga á los moros por el flanco izquierdo, y los treinta y cuatro jinetes bajan á galope hasta la cañada, viéndose en inminente peligro de sucumbir sin lucha y sin gloria. El capitán Ruiz pide la venia al Jefe para dar una carga, la obtiene, reparte en dos secciones su fuerza y se precipita sobre la muchedumbre que le dispara, atravesando al descubierto un espacio de 400 metros; el teniente Golfín, que manda la primera sección, entra á la carga con nueve hombres, haciendo alarde de singular intrepidez; sorprende, desordena, pone en vergonzosa fuga á los moros: la segunda sección, desbordando por el flanco derecho, carga más á fondo, y limpia de marroquíes toda el ala izquierda, imponiéndose la temeridad de treinta y tres jinetes á centenares de osados enemigos. Recibe Golfín una grave herida y dos su caballo; dice al sargento José Cadenas que mande la sección y prosiga el avance, y en el acto el potro de Cadenas tropieza, rueda y hace rodar al que lo monta; caen acribillados á balazos el soldado Ramón García Vidal y su cabalgadura; son heridos además otros caballos; y siendo ya insensatez repetir el ataque, ordénase la retirada: en ella, el soldado Pascual Verdú Marín, que se quedó á pie en el momento de la carga, es acometido por dos jinetes: convaleciente de penosa enfermedad y debilitado por el esfuerzo que ha hecho, cuando uno de los que le atacan le grita que se rinda, siente Verdú impulsos de obedecer; pero el moro le da un sablazo que le hunde el chacó, golpe que le hace recobrar la perdida energía, y aferrándose con la mano izquierda á las riendas del caballo del enemigo, esgrime con la derecha el sable, acuchilla al rifeño, responde también á los ataques del otro moro, hasta que acuden en su auxilio varios soldados y huyen los marroquíes. Al desprenderse de las riendas que sujetaba, cae Verdú como muerto: un instante más de lucha, y habría tenido que sucumbir, exhausto de fuerzas; se levanta, regresa por su pie á Camellos, y el General le da un abrazo. La sección de caballería logra retirarse con orden, habiendo conseguido dejar libre buena parte del campo y dar tiempo á que se presenten los refuerzos indispensables.

Al llegar á Camellos el teniente Piorno, toma treinta y seis hombres de la guarnición de la torre, y marcha hacia el río, donde se le une el capitán Melendreras. A las nueve y media salen de la plaza noventa y un hombres de Africa, con su comandante D. José Revilla Herrera y los primeros tenientes D. Salustiano Coronel Martínez, D. Juan Nieto García y D. Antonio Moreno Fernández, desplegando por el frente y por la derecha en apoyo de Estrada, el cual cumple con gran trabajo y al pie de la letra la orden de mantenerse en su posición á toda costa. A las diez y media acuden las últimas fuerzas del regimiento de Africa (únicas que han comido el primer rancho), consistentes en ciento veinte hombres mandados por el teniente coronel D. José Benedicto Gálvez, el capitán D. José Conesa Lacárcel y los primeros tenientes D. Donato Melero González, D. Nemesio Muñoz Díaz, D. José Palenzuela Roldán y D. Juan Moris Espartero. A las once y cuarto el primer teniente de la reserva D. Francisco Rodríguez Palacios se dirige á Camellos para ofrecer sus servicios al General; le siguen el primer teniente del Disciplinario D. Arturo Campos Hidalgo y catorce hombres del mismo batallón; el capitán con destino al regimiento de Africa D. Gabriel Maldonado Muñoz, que no se ha encargado aún de su compañía, y el segundo teniente de la reserva D. Francisco Molero Mora, con cuarenta paisanos, llevando municiones á las guerrillas y á Camellos; saliendo también el segundo teniente de la reserva D. Ramón Ortega Parra, con diez y siete paisanos, que conducen municiones al fuerte de Cabrerizas Altas. Todo el campo es sitio peligroso para estos hombres que lo van á recorrer valerosamente, unos cumpliendo altos deberes militares, otros alentados por el noble impulso de su voluntad.

El General pasea por los alrededores de Camellos, tranquilo como si estuviera en su casa, acompañándole el intérprete D. Francisco Marín, que no quiere retirarse aunque se le aconseja que se vaya y aunque las balas caen allí como descargas de granizo. Cuando Margallo ve venir los primeros paisanos, que son gente del pueblo, dice: «Me alegro mucho de ver á ustedes por acá.» Ve después á otros que son ricos, y exclama: «¡Hola! ¿también vienen los señoritos? Así me gusta.» El médico primero D. Urbano Orad Gogias, que está de reemplazo, se presenta al Gobernador, utilizándose sus servicios en el hospital de sangre, donde también los presta voluntariamente, como practicante á la orden del director del mismo hospital, Sr. Canella, el paisano D. Miguel Sánchez Sánchez, barbero establecido en la plaza.

De los dos cañones de montaña situados á vanguardia de Camellos, retírase uno á la explanada de la torre, subiéndolo á brazo los ingenieros con el teniente García Peré y el capitán Osuna. Queda el otro en la primera posición, servido por el sargento Infante y tres artilleros, al amparo de la guerrilla de Paoli. El General manda al teniente don Arturo Campos que apoye con diez hombres dicha última pieza, y en este momento, al cargar la que se subió á la plataforma, estalla la granada, causando varias contusiones al capitán Osuna, á los sargentos Navarro y Oliva y al cabo Salomón Correa, dos heridas al teniente García Peré, y muchas, espantosas, al artillero Trinidad Pérez Ponce. Casi al mismo tiempo el teniente Rodríguez Palacios recibe gravísima herida en las guerrillas de vanguardia, á las que fué á llevar municiones con los paisanos, por orden del General. Este, irritado, manda al teniente coronel Benedicto, jefe de la línea, que avance por el flanco izquierdo con la mayor parte de sus fuerzas, y envía en apoyo de Estrada la sección del teniente Campos. Benedicto, llevando delante la guerrilla del capitán Conesa y del teniente Melero, se posesiona de la altura donde hoy existe el fuerte de Alfonso XIII (reducto núm. 1), permaneciendo en ella con las secciones de los tenientes Moris, Paoli y Palenzuela, que sirven de sostén á la de vanguardia. Campos llega á su destino y se mantiene en la posición apoyando á Estrada y á Piorno. La guerrilla del teniente Muñoz se adelanta corriéndose á la derecha. El teniente Fernández deja guarnecido el fortín de San Francisco, desciende con treinta y tres hombres á la falda de Cabrerizas Bajas, toma posición entre las piteras y cubre el flanco derecho. Quedan, pues, nuestras tropas tendidas en dos alas irregulares que forman tantas curvas como guerrillas, que tienen por centro la altura de Camellos, y que aspiran á desembarazarse de enemigos por ambos costados para dejar ancho espacio libre entre Camellos y Sidi Auariach.

Adolfo Llanos.

Concluirá.

MUNDANAS.

UN PADRE NUESTRO POR LAS ROSAS.

I.



ENÍA el rechoncho doctoral, acortando por la trocha, de Muérdago de Arriba, donde había pasado la tarde en la botica de su amigote el licenciado Gutiérrez jugando, como todos los viernes, su partidita de tresillo, y antes de que anocheciera, porque con la miseria del país no andaban los caminos muy seguros, regresaba á su casita del pueblo de abajo, en el que se hallaba enclavada la catedral de la muy ilustre villa muerdaguense.

De pronto se detuvo el doctoral y pareció escuchar algo. Pasaba por ante la espalda del huerto del alcalde, huerto que no tenía por allí otra cerca que un muro de maleza coronado por una urdimbre de ramas de fresnos. El buen clérigo se acercó á la valla de vegetación, miró por un claro, y haciendo un gesto de sorpresa, exclamó con acento extrañado y vivo:

—¡Es mi ahijado, que está hablando con la hija del alcalde!

Y como el silencio era completo y no transitaba nadie, enderezó el doctoral sus pupilas por el agujero de la cerca, y aplicando las orejas se puso á escuchar.

II.

Eran una joven en la aurora de su vida, y un joven que no rebasaría mucho más allá de la misma aurora. Veinte años ella y veinte años él; pero veinte años respectivos muy diferentes y contrapuestos. La niña, viva, desenvuelta, luminosa, radiante, con prontitudes de cabritillo saltarín, con movimientos de ave, con ligerezas de mariposa; ojos de fuego y tez morena; una pasión ardiendo siempre en el alma, y mantenido su fuego perpetuo por su dueña, vestal de sí propia. El muchacho, reposado, torpe, sombrío, nebuloso, con actitudes encogidas, con los párpados bajos, con el continente tímido; pupilas azules y cutis blanco; la meditación permanente, el ayuno, la soledad, el misticismo que vuela, que se remonta. De un lado, Citerea pagada de su figura, Onfalia irresistible, la jubilosa dicha de los sentidos, el placer anacreóntico, lo fácil, lo leve, la risa por entre dientes blancos y labios frescos; del otro, San Agustín contemplativo, esclavo del análisis y fustigador de la materia, San Jerónimo el asceta, la callada paz del espíritu, la felicidad del retiro, lo permanente, lo tranquilo, la sonrisa brotando como un fuego fatuo en una boca pálida. Genoveva de pila, la chica que iba para casada según los que la querían en el pueblo, y Dámaso de nombre el mozo que iba para cura por vocación, á no ser que mediara el diablo para desdicha del futuro hogar y del presunto sacerdote. Y para tal desdicha el diablo mediaba.

Hallábase Genoveva cortando rosas para hacer un ramo de centro de mesa. El señor alcalde tenía de convidados nada menos que al jefe de Hacienda de la provincia y al interventor, que habían venido al pueblo de visita reglamentaria para ultimar la instalación de la nueva oficina recaudadora, y era preciso agasajarlos y echar en su obsequio la casa por la ventana. El futuro cura, que siempre andaba á los alcances de la jovencita, pasó por el huerto, la vió por

el portillo y se coló bonitamente: aquí te cojo, aquí te mato. En lo hondo del alma del pobre chico debía de latir una desesperación inmensa, pronta á estallar como el fuego escondido al impulso de un soplo de aire, cuando á pesar de su ingénita timidez se entró sin vacilar por aquella puerta trasera al ver á la niña brujuleando de rosal en rosal.

La joven no se asustó ni mostró contrariedad alguna, por más que le miró como asombrada de la repentina osadía. El esfuerzo de voluntad habíale hecho salir al clérigo en ciernes el color al rostro, y penetró encarnado hasta el cristalino.

—No es feo á la verdad—pensó Genoveva mientras cortaba un capullo.

—Pasaba por aquí—balbució Dámaso;—te he visto, y me he tomado la libertad de entrar.....

Hizo una pausa para tragar un río de saliva, que ella ayudó piadosamente á deglutir diciendo con sencillez: «Estás en tu casa», y él concluyó atropellándose, á borbotones:

—.....de entrar á pedirte una rosa.

—Coge la que gustes—replicó la muchachita fingiendo no entender la intención con que fueron pronunciadas tales palabras.

—Pero es que quiero que me la des tú.

—¡Ah!

Dámaso había manifestado su deseo balbuciendo, sin atreverse á mirar de frente á su amiga; la exclamación indiferente y seca de la deidad le dejó helado, y algunos segundos permaneció mudo, dándole vueltas entre sus manos al sombrero, sintiendo no hallarse á diez pies bajo tierra. Mientras, Genoveva seguía cortando rosas y agrupándolas en un ramo con la habilidad de un jardinero, atisbando á la vez con el rabillo del ojo á su galanteador y sonriéndose.

—¿Para quién es ese ramo?—exclamó tenazmente el futuro clérigo, siempre aferrado á su idea.

Luego, levantó de pronto la cabeza, y antes de que la muchacha pudiese desplegar los labios, enardecido y arrogante, con el valor desesperado y loco de la timidez dijo:

—Genoveva..... ¡Yo necesito ese ramo de rosas!

No era la muchacha persona capaz de intimidarse por nada. Consideró, pues, con serenas pupilas á su interlocutor, y aunque halagada por el interés, mejor aún, por la pasión impetuosa que se le escapaba al joven por todos sus poros abiertos, su amor propio se sintió herido con aquel mandato imperioso, y, lanzando una carcajada, repuso con festivo tono:

—Vas á concluir por pedirme el huerto entero.

—Lo que yo te pido—exclamó Dámaso con amargura—es que me desengañes de una vez..... ¡Por piedad! Yo vivía tranquilo, en reposo, resuelto á renunciar al mundo, con los ojos cerrados hasta que tú surgiste en mi camino para robarme la paz del alma..... ¡Si tú supieras lo que te adoro, Genoveva!..... No es este un amor plácido, suave, como debiera de ser en quien ha visto desarrollarse su juventud al calor de los libros místicos; es una adoración loca, frenética, delirante, que me abrasa.

Había enrojecido más aún al hablar Dámaso, adquiriendo su rostro, con el fuego de sus palabras, una expresión de varonil energía muy interesante. Genoveva le miraba de hito en hito complacida, pero con cierto asombro, como extrañada de la explosión. Hubo una pausa, y el futuro cura, arrebatado por su propio ardimiento, que al escaparse una vez por la válvula de su boca se le desbordaba, continuó con igual vehemencia:

—¡Sepa yo por fin á qué atenerme! Un día te encuentro fácil, cariñosa, asequible, llena de ternura, como apartando obstáculos para que te declare mis cuitas, como esperándolas; al siguiente te muestras esquiva, rehacia, inabordable, fría como la nieve, huyendo de mí como si temieras mis confidencias, como si las repugnaras. ¿Qué es esto? ¿Qué debo de pensar de semejante conducta? ¿Me amas ó no me amas? Yo no puedo seguir así, atenaceado por la incertidumbre, alentado hoy por la esperanza y devorado mañana por la desesperación; y puesto que la casualidad me ha deparado ocasión de verte á solas, de aquí no me voy sin oir de tus labios mi felicidad ó mi condenación. Ya lo sabes.

La muchacha era coqueta y voluble, los veinte años que se ven con alas de mariposa; pero como á todo corazón de mujer, impresionable, se le impuso aquella resolución audaz brotada donde menos podía esperarla: en el plácido pecho de un seminarista en ciernes. Quizás por su mente loca pasó la idea incitante de conquistar para sí al muchacho arrancándolo á los hábitos talares, robándoselo á la tonsura..... Entre sus adoradores se contaban militares, abogados, médicos, agricultores, la levita y el aparejo redondo, pero no figuraba en la lista ninguna sotana. Acaso en su alma brotó súbitamente un sentimiento de cariño hacia el mozo, despertado por la pasión volcánica que él acababa de manifestarle con los labios en torrente de lava, ya que indirectamente habíasele descubierto mucho antes uno y otro día, como á las veces brota el agua en la peña por misterioso milagro del cielo. Sea de ello lo que quiera, el caso es que la niña se puso seria, y con voz lenta y suave exclamó:

—¿Me exiges terminantemente que te responda?

—Te exijo que me libres de una vez de esta tortura diciéndome si me amas ó no.....

Dámaso aguardó anhelante, trémulo, con el corazón lanzado á galope. De aquellos frescos labios que tantas veces había besado con la imaginación, iba á resbalar la confirmación de sus ilusiones ó á caer su sentencia de muerte. Genoveva vaciló un instante, al cabo se sonrió, y clavando sus ojos con una mirada irresistible y diabólica en el angustiado rostro del joven, le dijo con acento breve y nervioso:

—Pues sí.....

La dicha fué tanta, que su misma pesadumbre, descargada en un solo golpe, abrumó á Dámaso, y desapareciendo su valor ficticio con la certeza de que era correspondido, volvió á su timidez ingénita. Abrió, pues, la boca para decir algo que no dijo, y se quedó mudo, extático, con los ojos abiertos, con las manos tendidas.

La muchacha, más curtida en lides de amor, acentuó su sonrisa; en un periquete ató el ramo, que ya había concluido de hacer, y luego añadió, acompañando la acción á la palabra:

—Y ahora toma no la rosa que me has pedido, sino dos, tres, las que gustes..... Todas son tuyas. Hasta luego.

Entonces, y sólo entonces, rompió Dámaso su inmovilidad, y avanzó hacia Genoveva con los brazos abiertos. Pero ella, ágil como una ardilla, escapó antes que él pudiera cerrarlos, y se metió en la casa riendo, mientras que el aturdido mozo, enajenado de felicidad, cogía las rosas y las colmaba de besos ardientes. Nada tenía ya que hacer allí, y se marchó, dándole vueltas al magín para ver de entrar las flores en su casa sin que el bueno del doctoral se percatara del lance.

No habría sido flojo el espanto del mozo si su felicidad, vendándole los ojos para todo lo que no fuera su dicha, le hubiera permitido volver la cabeza y mirar hacia sus espaldas. Hubiera visto entonces asomada por un jirón de la cerca una cara redonda y mofletuda, en la que se reflejaba un asombro inmenso iluminado por una sonrisa picaresca, y hubiera oído, cuando terminó su escena con la muchacha, una voz cascada y ceceosa por los años, que decía elocuentemente y como el que ha descubierto algo grave:

—Está bien.

Y el seminarista malogrado habríase estremecido de terror al reconocer en aquella cara en acecho á su rígido padrino el doctoral.

III.

Decididamente estaba de vena. Dámaso llegó á su casa mucho antes que su padrino, que al cabo tenía veinte primaveras y no le pesaban las carnes, con sus tres ó cuatro rosas ocultas, en el hueco del sombrero un par de ellas, y dos en un bolsillo; en cuatro saltos ganó su cuchitril, cerrando con llave la puerta, colocó las flores en la obleera, que llenó de agua, y después metió el cacharro en el armario de los libros, acomodándolo en el último estante entre unos enormes infolios, y transformando así la empolvada tabla en un altar.

Cuando le llamaron para rezar el rosario con el doctoral y el ama, operación preliminar á la comida, tuvo un instante de desfallecimiento y pensó morirse. Apenas entró en la estancia, el señor cura clavó en él dos ojos inquisitoriales, que cortaban, y sin dejar de mirarle le dijo con gravedad:

—¡Te han llamado tres veces!.....

No lo había oído. Sin duda, arreglando su tabernáculo á las flores se distrajo, y mientras, le gritó el ama desde el arranque de la escalera, como hacía todas las tardes. La cosa no tenía nada de particular; pero como pesaba algo sobre su conciencia, así no fuera un delito, se le antojó que el acento del doctoral era sarcástico é irónico, y necesitó de toda su presencia de ánimo para ocultar su emoción y no venderse. A duras penas lo consiguió, y ya puesta la mesa, aposentóse el joven en su sillita de costumbre, junto al gran frailero del cura, y comenzó el rosario.

La imaginación se le iba á otra parte, se le iba á aquella linda casita del huerto, donde estaría Genoveva pensando en él, como él pensaba en ella. Parecíale mentira su dicha. Una hora antes amargábale la desesperación más terrible; no veía otro horizonte en su existencia que la iglesia, el hábito talar, la verdad eterna libre de las ruindades de este mundo..... Ahora..... ahora hacía en su mente un auto de fe con libros místicos y sotanas, y en lugar de las estampas de sus santos favoritos, se postraba ante la imagen idolatrada de la hija del alcalde, que le prometía un cielo nuevo. Obsesionado por sus deliquios, cometió mil imprudencias é incurrió en millares de incomprensibles distracciones, que hacían volver la cabeza al ama con cierto espanto, arrancándola á su devoción. Pero el cura no se percataba de ellas, y esta circunstancia concluyó de tranquilizar al chico.

Rezóse el rosario, como de costumbre: concluída la letanía, se emprendió con las oraciones aplicadas á diversos piadosos fines, que fueron dichas todas por el orden acostumbrado. No quedaba ninguna. Pero el doctoral exclamó sin embargo:

—Un Padre nuestro.....

Hizo una breve pausa. El ama y el muchacho aguardaron, y entonces el Padre, mirando fijamente á Dámaso, que al oir la aplicación del rezo abrió los ojos con un terror inmenso, anonadado, á punto de desmayarse, mientras la vieja sirvienta no acertaba, en su asombro, con la respuesta, exclamó:

—¡Un Padre nuestro porque á los pobres pecadores les libre Dios de la tentación de las rosas!

Alfonso Pérez Nieva.

EL SOL Y LA LUNA.

I.

¡Yo soy el sol! Destello luminoso
Del eterno poder; llama fecunda
Que el espacio ilumina;
Rico caudal; inspiración divina
Que con su fuego el universo inunda.
¿Qué quieres tú que á mi grandeza arguyes
Con tu pálida faz indagadora?.....
¿Qué poder es el tuyo, cuando huyes
A los tibios reflejos de mi aurora?
¿Qué codicia te mueve?
¿Por qué mi ley quebrantas,
Y hasta mi excelso trono te levantas,
Como el esclavo que al señor se atreve?
¿Pretende tu locura
Elevarse hasta mí porque me alejo,
Y, como alivio de la noche obscura,
En mi lugar te dejo?.....
¿Tu trémulo brillar qué significa?
¿Es de pavor tal vez porque te miro,
Ó es, acaso, la envidia que te inspiro
Lo que tu triste palidez indica?
Yo de la negra noche rasgo el velo
Que al mundo viste de imponente luto;
Yo desde el alto cielo
Hasta el fondo del mar reino absoluto.
En ti, noche callada y misteriosa,
Encuentra el hombre de su triste suerte
La copia tenebrosa.
¡Yo soy la vida hermosa,
Y tú la imagen de la negra muerte!
Yo soy el globo que hasta el cielo sube;
Que inflamado en las ráfagas divinas,
Rompe las nieblas de la parda nube
Que se desata en hebras cristalinas.
Yo la escarchada nieve
Fundo con mi calor. Su blanca bruma,
Que el monte cubre de rizada pluma,
Con mis destellos doro,
Y el límpido raudal convierto en oro.
¿Quién mi grandeza á disputar se atreve,
Si el mundo entero por mi luz se mueve?
El Etna abrasador que se revela
Y fulmina arrogante,
Es un pigmeo que elevarse anhela
Para besar mis plantas de gigante;
Y el rayo que la roca pulveriza,
Un átomo no más de mi ceniza.
¿Tu fatídica luz, pálida luna,
Puede hacer otro tanto?.....
¿Pues á qué tu lamento me importuna?
¡Vierte, si quieres, envidioso llanto,
Pues sabes que recibes
Luz de mi luz, y de mis sobras vives!
Soy el señor que en su dorada esfera
Sonríe siempre ufano,
Y tú la pordiosera
Que la limosna alcanza de mi mano.
Cuando yo me retiro,
Te doy de mi esplendor sólo un reflejo;
De mi aliento un suspiro.
¡Yo soy la realidad, y tú el espejo
Donde orgulloso mi grandeza miro!

II.

Yo, la pálida luna, que aparece
Al hundirse tu roja cabellera
En el ocaso, acudo placentera
Tu destino á ocupar. Perdón merece
Que te reemplace humilde pordiosera.
Yo hago al mundo un favor que me agradece.
¿Quién hasta ti la vista levantara
Que no quedase ciego?.....
A mí, que en majestad á ti no llego,
Me miran cara á cara;
Que mi llama tranquila,
Ni deslumbra, ni ofende á la pupila.
Tú eres padre del día..... ¡Regio padre!
Y yo, más candorosa,
De la callada noche misteriosa
Soy la sensible madre.
En torno de tu esfera el mundo gira,
Como gira sencilla mariposa
En torno de la luz, y al cabo expira
En la luz codiciosa.
¡En cambio yo su amor jamás rehuyo;
Le busco á él y giro en torno suyo!
Yo, de la noche humilde soberana,
Con celestial beleño,
Tras el rudo fragor de la mañana
Y el duro trabajar de todo un día,
Reparto el dulce sueño.
Tuya es la agitación: la calma, mía.
Humilde soy, pues de tus sobras vivo;
Pero á mi dulce influjo
Siembra la mies el labrador activo,
Que el campo borda en desigual dibujo,
Y en recompensa alcanza
Trocar el cieno en manto de esperanza.
Dios, que me alienta, con saber profundo
A los hombres advierte
Que es preciso dormir; dejar el mundo,
Que es el sueño la imagen de la muerte;
Y al desprenderse á ratos de la vida,
Se verán obligados á olvidarla,
Y cuando llegue la fatal partida
Les será menos duro abandonarla.
¿Qué fuera del mortal..... cómo pudiera
Sufrir eterno el día,
Si á templar sus ardores no viniera
Esa brisa sutil y placentera
Que mi amor les envía?
Por tu luz no suspiro,
Y cuando á veces angustiada miro
Tu carroza brillante
Fija en la inmensidad, quemando el suelo,
Yo me pongo delante
Y eclipso tu fulgor por un instante;
Que el mundo, sofocado por tu llama,
Con amoroso anhelo
De mi humildad reclama
Que le preste mi sombra algún consuelo.
Fuera inútil delirio
Comparar mi humildad con tu grandeza.
Tu corona es emblema de riqueza,
Y la mía es emblema del martirio.
Sólo una falta en tu grandeza hallo:
Con tanta magnitud y pompa tanta,
Eres rey sin vasallo,
Nadie besa tu planta,
¡Nadie sigue tus huellas,
Y á mí me dan escolta las estrellas!

José Jackson Veyan.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Los obreros franceses en Chicago: Fiasco de las delegaciones; informes del *New York Times*.—Explotación de los obreros pobres por el *sweating system* en el Norte América: memoria de Mlle. A. Lampérière: la miseria, la opinión y los remedios.—Los obreros sin trabajo ante las Cámaras de Washington: opinión de Mr. Gladstone acerca de estas peticiones.

Una de las enseñanzas más curiosas que en estos últimos meses se han deducido, respecto á la aptitud de los obreros para el estudio y observación de los progresos profesionales que íntimamente les interesan, ha sido la que resulta de los informes obtenidos por la prensa, relativos á las impresiones recogidas por los delegados de los obreros franceses en la visita á la Exposición de Chicago y á algunos otros centros importantes del Norte América. La desilusión no ha podido ser más grande. Cincuenta y dos delegados de los sindicatos franceses, auxiliados cada uno con una subvención de tres mil francos, y otros treinta y dos representantes de los sindicatos de trabajadores de París, recorrieron la Exposición con encargo de estudiar las industrias y las condiciones de los obreros en los Estados Unidos, dedicándose particularmente cada uno de ellos á tratar de los oficios que constituyen su especialidad. Pues bien, antes de que se embarcaran para regresar á Europa, y cuando ya debían tener tomadas sus notas y resúmenes de las observaciones, los periodistas norteamericanos conferenciaron con muchos de ellos, deseando conocer el concepto que habían formado los obreros europeos acerca de los de aquel país; y como síntesis de este trabajo de investigación periodística, uno de los diarios más afamados de aquella tierra, el *New York Times*, dió á conocer en un humorístico pero verídico *reportage*, la quinta esencia de lo que los delegados obreros franceses opinan.

El *reporter* del diario americano pidió al Presidente de la Delegación de los sindicatos provinciales de Francia su opinión, y éste le contestó:

—Las ciudades que he visitado no son industriales, son puramente comerciantes. No hay arte alguno en la industria americana de la fabricación de muebles que yo he examinado. Chicago es un barullo y produce el efecto de una pesadilla. El país rural es salvaje. En cuanto á los obreros americanos, conste que no son más que ejemplares degenerados de atavismo. Asociados en grupos, constituyen pura y sencillamente instrumentos serviles de monopolio. Se someten á jefes que ellos eligen, y que resultan ser más tiranos que el Czar. Son capitalistas pagados por los sindicatos, por no hacer nada.

—Pero ¿cuántos talleres de muebles ha visitado usted?—preguntó el *reporter*.

—Uno—contestó el delegado francés.

—¿Y á cuántos obreros ha interrogado usted?

—Á centenares, aunque en balde; porque ni ellos entendían el francés, ni yo el inglés. No pude encontrar un intérprete. Pero, en fin, he podido adivinar, al verlos, que son tan desgraciados como nosotros.

Otro obrero maquinista, delegado de Calais, se volvía á Francia con su cuaderno de apuntes en blanco, como lo había sacado de su tierra.

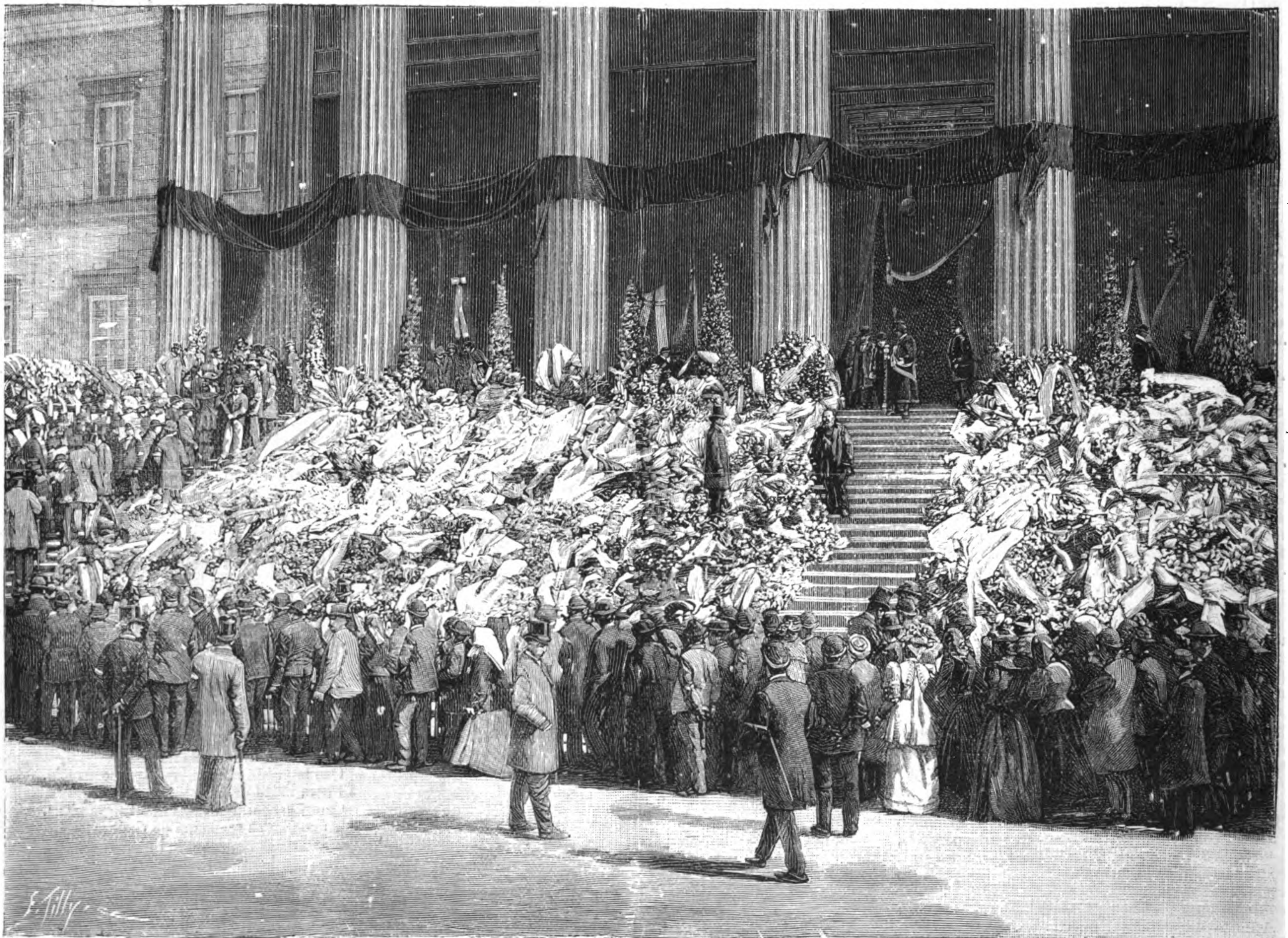
—Los obreros americanos—dijo éste al *reporter*—no tienen suficiencia bastante para contestar á los obreros europeos, acerca de las cuestiones de que debe ocuparse nuestra información. Por esto he creído conveniente dar un plazo de un año á muchos de ellos para que contesten á un cuestionario que les he dejado. Mi objeto era hacer estadísticas; no he podido hacerlas, y no me he ocupado de más.

Dos obreros mecánicos de Orleans y de Lila declararon que habían invertido todo su tiempo en buscar un taller de reparación de locomotoras y que no pudieron encontrarlo. Otros dos, especialistas en alfarería y cerámica, dijeron que no pudieron dar con ningún alfarero en el país, y sólo hallaron uno en la Exposición, pero que nada útil han sacado de su viaje á América. Otro, encargado de estudiar la construcción de vagones, no dijo más sino que los que allí se fabrican no son confortables. El delegado Claudio Simón, zapatero, opina que los obreros americanos son indiferentes, venales, absolutamente indignos de atención, y manifestó que no había tomado nota alguna.



EXCMO. SR. D. BENIGNO QUIROGA Y LÓPEZ BALLESTEROS,

DIRECTOR GENERAL DE OBRAS PÚBLICAS.



BUDAPEST (HUNGRÍA).—ASPECTO DE LA ESCALINATA DEL MUSEO NACIONAL Á LA LLEGADA DEL CADÁVER DE KOSSUTH.



ROMA.—EXTERIOR Y DETALLES DEL INTERIOR DEL «GRAN HOTEL».

1. Salón de tertulias.—2. Jardín de invierno.—3. «Bar» americano.—4. Vista general del «Gran Hotel».—5. Ramal de la izquierda de la escalera principal.
6. Gran comedor.—7. «Foyer».

(Del natural, por D. H. Estevan.)

Los delegados de París encargaron la redacción de su informe á Mr. H. Legrand, representante del sindicato de músicos y cómicos. ¡Buen delegado! Como no había hecho estudio alguno, encargó muy encarecidamente al reporter del *New York Times* que le enviara el artículo que iba á escribir, después de esta *interview* con los obreros, para basar en él los principales puntos de su informe. Preguntándole que cuál es el nivel intelectual de los obreros ó representados que le han conferido la delegación, dijo:

—El nivel intelectual de los artistas es muy bajo. Muchos no son más que burros sabios, y otros no saben leer ni escribir. Pero así y todo, valen mucho más que vuestros obreros socialistas americanos, que son tales y tienen tal facha, que en mi vida he visto colección igual de «têtes de pipe».

Un delegado, perito en fabricación de tonelería y que, al parecer, estaba un poco alumbrado *(half seas over)*, al hablar con el periodista, añadió:

—Vosotros fabricáis toneles y barriles con más facilidad y velocidad que nosotros, pero de un modo muy mecánico, sin variedad, á lo rutinario, todos iguales. Vuestros obreros no son artistas. ¿Cuándo sabrán construir un tonel bonito, cincelado de colores como los trajes de en tiempo de María Antonieta, adornado y brillante como un reloj de Boule y sonoro como un tang-tan chino? Nunca. En América jamás llegaréis á eso.

Deduce el periodista yankee que el Gobierno francés ha gastado en balde los 156.000 francos concedidos para esta misión de visitantes obreros, y que si algún día éstos publican sus informes, se verá que no se reducen á otra cosa que á una ridícula relación de cómicas aventuras ó á un conjunto de extravagantes opiniones acerca de la industria americana. «Los delegados — dice — vuelven á su tierra como han venido, sin haber visto ni aprendido nada acerca de las cuestiones obreras americanas, de las que no se han ocupado ni poco ni mucho, y van repitiendo siempre la misma canción ó locura, de que el Gobierno, que les ha proporcionado este motivo de estudio y este agradabilísimo viaje es pésimo y debe ser sustituído inmediatamente por otro.»

***

Forman singular contraste con este fiasco los excelentes resultados que para el estudio de las condiciones de vida de aquellas sociedades de obreros han dado los encargos encomendados á otras personas, no obreros materiales, sino intelectuales, y cuyos informes se van publicando poco á poco. Una de esas personas, por ejemplo, fué la Srta. Anna Lampérière, á quien el Ministro de Comercio de Francia dió la especial misión de estudiar la práctica y resultados del sistema de trabajo, conocido con el nombre de *sweating system*, en su aplicación á la industria de modistas, costureras y sastres. Ya me he ocupado varias veces en estas crónicas, al tratar de las cuestiones sociales, de ese infame procedimiento de explotar al pobre trabajador hambriento, y que consiste en obligarle á trabajar el mayor tiempo posible, en talleres insalubres, pagándole los jornales más bajos y reducidos. El obrero necesitado, el padre de familia sin recurso alguno, aceptan á cualquier precio el trabajo más penoso para no morirse de hambre, y trabajan agotando sus energías y su salud hasta caer rendidos, para que otro miserable con la misma hambre que ellos, y al cual espera la misma suerte, ocupe su lugar en el taller en cuanto el enfermo se retira al tugurio ó al hospital. Obreras hay en Londres, en gran número, que trabajan quince horas diarias, cosiendo corbatas para ganar setenta y cinco céntimos, y muchos obreros también que trabajan diez y siete horas en inmundos talleres de zapatería vieja para ganar dos pesetas. Esta explotación forzada de la miseria por la ambición del dueño de la fábrica es el *sweating system* de los ingleses. Al estudiar plaga semejante en los Estados Unidos, procuró Mlle. Lampérière visitar detenidamente la mayor parte de los talleres de Chicago, informándose antes de cuantas personas entendidas en estas materias, como Mrs. Florencia Kelly, administradora del *Hull house*, ó Círculo de obreros; miss Juana Adams, directora; Mr. Henry Llody y señora, activos propagandistas del movimiento socialista en Chicago; miss Balsch, delegada del Massachusetts, y Mr. Bisno, obrero muy inteligente y respetado, pudieran suministrarle toda clase de datos. Diez y siete «*sweat shops*», «talleres del trabajo hasta sudar», visitó la delegada francesa en compañía de Mr. Bisno, quedando profundamente impresionada al ver tanta miseria. «No tiene, por supuesto, nada que envidiar — dice — París á Chicago en esta materia, porque hay ciertos rincones en los barrios de Vilette, de Plaisance y de Grenelle, en los que consume y aniquila á la gente obrera idéntica plaga.»

No hace muchos años que en los Estados Unidos los jornales eran en general muy aceptables y suficientes; pero de tal modo se han simplificado las manipulaciones en muchos oficios, por la división y facilidad del trabajo, que todo el mundo, miles de emigrantes y de pobres, aprenden á trabajar, y la competencia y la concurrencia son tales, que casi por nada ofrecen el producto de su trabajo, y bajan los jornales hasta tal grado que es imposible vivir. La gravedad del mal que esto ocasiona es tan grande, que allí la opinión de todas las clases vive en creciente alarma ante el inmenso hacinamiento de la miseria. Mucho se ha discurrido y se discurre para remediarlo. Tal cual hoy se trabaja, se vive y se produce, la fabricación significa un calvario de sufrimientos para los obreros, y un serio motivo de peligro para los compradores, y de seguir así, para evitar mayores males habrá que suprimir la venta. Las asociaciones militantes de defensa de los trabajadores se esfuerzan en poner pronto remedio, fundando cajas centrales que permitan á éstos ir viviendo sin necesidad de tener que reducirse á trabajar á menos precio; que les ayuden y sostengan en la lucha contra los fabricantes egoístas y sin entrañas, y que contribuyan á levantar su ánimo y su condición ó nivel moral, en vez de abandonarles y de que agraven su triste situación ofreciendo su trabajo á precios ínfimos. La tendencia general del prudente socialismo americano es la de que poco á poco se eleve el nivel de los pobres á la altura del de las clases media y pudiente; rumbo completamente opuesto al que siguen muchos socialistas de Europa, al pretender reducir el nivel de los que tienen al de los necesitados.

Asegura Mlle. Lampérière que las asociaciones sostienen terrible campaña contra los centros y talleres donde se practica el *sweating system*. En algunos Estados se ha conseguido que la ley autorice la persecución de cuantos dueños de talleres, *sweaters*, no los tengan en las condiciones de salubridad debidas; y en Boston, por ejemplo, han entrado en la liga de los fiscales y perseguidores de tales dueños muchos grandes manufactureros á quienes no sólo la compasión para con los pobres, sino el deseo de mantener los precios remuneradores de los productos contra la ruinosa competencia de dichos *sweaters*, les impulsan á sostener tan humanitaria y positiva campaña. Lo peor de todo en ella es, que hay que luchar contra la inexplicable resignación, apatía ó fatalismo de la mayor parte de los obreros, que, por no discurrir ni pensar, se conforman con trabajar diez y seis horas para ganar una cantidad insignificante, á riesgo de continuar viviendo en la miseria, en la ignorancia y en la desmoralización, para ser víctimas de una vejez prematura y de todas sus tristes consecuencias. Entre los dueños de los esclavos siquiera el amo, al castigarlos, procuraba que no se muriese ninguno, porque perdía lo que valía un hombre en el mercado; pero entre los infames explotadores de los pobres, para el dueño ó patrón no ha lugar á este miramiento, porque si un miserable sucumbe, otro llama inmediatamente á la puerta del taller para reemplazarle. La baja de los precios, así en los objetos fabricados como en los jornales, es horrible. Los resultados para la miseria indescriptibles, por lo lastimosos. Pero aquel pueblo sabe ver claro, comprende el origen de sus males y avanza resuelto por el camino que cree más acertado para remediarlos. Por esto en los distintos Estados, ya por el impulso de los legisladores, ya por el de la iniciativa individual, allí tan poderosa, se dictan leyes, se toman acuerdos y se hacen detenidos estudios que van, en efecto, conteniendo el daño, que dan ánimo á los pobres, que satisfacen á las clases media y elevada, y que con el tiempo extirparán de raíz el odioso monopolio ejercido sobre los necesitados por el *sweating system*. Todo esto y mucho más podían haber visto y estudiado en el Norte América los delegados de los obreros franceses enviados por el Gobierno; pero para saberlo ver, apreciar y describir hace falta, además de ser obrero más ó menos hábil, tener la cultura, la decisión y la nobleza de miras de la muy inteligente delegada Mlle. Ana Lampérière.

***

En estos días próximos al 1.° de Mayo parece que reverdecen siempre y que llenan el horizonte estas cuestiones de la situación de las clases trabajadoras; 150.000 *peregrinos* (!), obreros sin trabajo, se dirigen en demanda de él desde diversos puntos de los Estados Unidos á Washington, para obligar á las Cámaras á que acuerden que se emprendan grandes obras para que puedan ganar de comer. A cuento viene, con este motivo, lo que recientemente dijo Mr. Gladstone en un discurso, al recibir en Dow-Street á los delegados de muchos obreros sin trabajo, que pedían lo mismo que en la capital de la gran nación americana se va á pedir. «Se pide el apoyo material del Gobierno — dijo — y el Gobierno no es un ser que pueda escapar á la acción fatal de las leyes naturales. Se le suplica que se imponga á las autoridades locales, y éstas, no en la mayoría de los casos, sino siempre, se declaran impotentes para atender á tales necesidades. Se exige la construcción de obras públicas y de caminos de hierro. Pero estos caminos serían para el Estado. Y resulta que, dada la situación de las compañías de ferrocarriles y las leyes y compromisos á que están sujetas, es imposible en la mayor parte de las naciones el que el Estado se haga cargo de ellos, ni pueda pensar en construirlos. ¿Obras costeadas por los municipios? Generalmente no sirven más que para empeñar sus arcas y para que apenas puedan pagar con sus productos su entretenimiento y conservación. El improvisar trabajo para los trabajadores es ocupar á muchas gentes en oficios y tareas para las cuales no están preparados; es despilfarrar los fondos públicos, y hacer creer á los desgraciados que el Estado tiene obligación de dar trabajo á cuantos carecen de él. Por discurrir así — añadió Mr. Gladstone — estuvo Francia en 1848 á dos dedos de la ruina, y yo no quiero que Inglaterra se vea jamás en peligro semejante. Los socialistas de café — añadió — esa gente tan perjudicial, que propala toda clase de doctrinas y de remedios «por ocuparse en algo», esos no estarán conformes con mi opinión; pero los hombres sensatos, sí. Por paradójico que parezca, es mucho mejor y resulta mucho más barato el asegurar que se regalarán durante el tiempo de la crisis dos pesetas diarias á cada obrero sin trabajo, que prometerles que se dará una á la mitad de ellos, á cambio de que trabajen, porque el trabajo resultará siempre malo é inútil. Sólo ciertos particulares pueden darse el gusto de gastar su dinero sin que les importe el resultado.» Así pensaba el gran estadista inglés en aquellos mismos días en que el famoso industrial millonario de Pittsburgo Mr. Andreu Carnegie, cuyo nombre y crédito no tienen rival en el mundo obrero, puso á disposición de los comisarios de los pobres una suma de 5.000 duros diarios, desde 1.° de Enero á 1.° de Marzo de este año; y en que se comprometió á mantener funcionando los grandes hornos y talleres de fundición durante el mismo tiempo, cuyo incomparable rasgo de caridad le ha costado algo más de 100.000 duros.

R. Becerro de Bengoa.

CONSEJO PARA LA CONSERVACIÓN DE LA BELLEZA.

Es muy expuesto el empleo de los polvos de arroz mal preparados, porque entran en su composición sustancias minerales siempre perjudiciales para la salud. Por eso aconsejamos el uso de los polvos de arroz *Orkidea* y de la *Rosée Orkilia*. Estos excelentes productos, que dan al rostro hermoso brillo y tersura, véndense en casa de Lenthéric, el perfumista de la gente elegante, *rue de Saint Honoré, París*, y en todas las principales perfumerías.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Guía de París y sus cercanías, ilustrada con treinta y ocho vistas en heliograbado y fotograbado, y un plano de París en dos colores, por D. R. Rodríguez.

Hemos examinado con mucha atención esta *Guía*, y nos ha parecido una de las más completas que se han publicado, así como también de las compuestas con mejor método. Será seguramente de gran utilidad á los españoles y sudamericanos que visitan la capital de Francia.

Es, además, de muy fácil y cómodo manejo por sus pequeñas dimensiones. Forma un tomo de 400 páginas en 12.°, muy bien impreso en buen papel, con lujosa encuadernación en tela. Su precio es de 1,50 pesetas; pero, merced á un convenio especial entre sus editores y la Empresa de La Ilustración Española y Americana, los suscriptores á nuestro periódico podrán adquirir la *Guía de París y sus cercanías* con la rebaja del 50 por 100, dirigiendo sus pedidos á los señores Bailly Baillière é hijos, plaza de Santa Ana, 10, Madrid.

A la buena memoria de la insigne poetisa excelentísima Sra. Doña Antonia Díaz de Lamarque.— Oriental, por D. León Carbonero y Sol.

Oriental llama el autor á esta composición, y en verdad que lo es. Sobre que está escrita é impresa en árabe, toda ella trasciende á orientalismo, recordando los buenos tiempos de la poesía hispano-árabe, según hemos podido juzgar por la versión castellana que á la misma acompaña.

Es una obra notable y originalísima.

Está publicada en Sevilla, con lujo y buen gusto.

Estudio especial de la Caballería, por D. R. Caruncho.

Hemos leído este libro con aquel particular cuidado que ponemos en cuanto se refiere al arte de la guerra, por considerar que éste sigue siendo hoy de tanta importancia como en los siglos pasados, y que van muy descaminados los que pretenden persuadirnos de que los tiempos que hemos alcanzado son tales, que pronto dejarán los hombres las armas y se amarán como hermanos.

El Sr. Caruncho muestra gran entusiasmo por el arma de Caballería, y con mucha copia de datos sacados de las guerras modernas prueba su gran importancia estratégica. En el examen del papel que desempeñó en la guerra franco-prusiana, muéstrase dolorido de censurar al ejército francés, apreciando su conducta en dicha guerra, y dice:

«*Y conste que lamento, que deploro con toda el alma, el tener que escribir tantas censuras de un ejército que tan unido está al nuestro por lazos de simpatía y de raza.....*»

Nosotros también lamentamos la desgracia que en la campaña de 1870-71 tuvieron los franceses, pero los lazos de que habla el Sr. Caruncho no los vemos. Desde los orígenes de nuestra historia, el ejército español ha encontrado casi siempre un enemigo enfrente: el ejército francés. ¿Que aunque enemigos pueden estimarse? Conformes. Pero no hablemos de unos lazos de raza que no existen (¡si tampoco existe la raza!), ni reneguemos de nuestro pasado. Si á pesar de haber peleado tantos siglos contra los franceses, y de haber sido siempre la política española y la francesa antitéticas,

hemos de considerar al ejército de la nación vecina *tan unido* al nuestro, ¿qué diremos del alemán, del ruso, del austriaco, del italiano, del suizo, del belga y del sueco, que nunca, ó sólo en algún raro caso, se han visto frente al español? En esto de la fraternidad y de los lazos hay que mirarse mucho para no ir contra la Historia.

Hecha esta salvedad, sólo nos resta recomendar á los lectores aficionados á estudios militares el librito del Sr. Carruncho, que merece leerse.

Una más. Novela original, por Luis Vega Rey.

En esta entretenida novela se acredita el Sr. Vega Rey de buen escritor. Publícala la Biblioteca de *El Folletín*, y cuesta 1,50 pesetas.

El Derecho antiguo. Parte especial. Historia de los testamentos, de las sucesiones, de la propiedad, de los contratos y de los delitos. Por H. Summer Maine. Traducción de A. Guerra.

Este nuevo tomo de la *Biblioteca Jurídica de Autores contemporáneos* es digno de los anteriores, todos los cuales son muy buenos y de útil consulta. Cuesta una peseta.

Patria con honra, ó sea España cuna de la humanidad, origen y raíz de todas las lenguas, fuente de la Historia, por Bernabé Romeo y Belloc, testimoniado por Moisés, Herodoto, Homero y por todos los escritores de la antigüedad.

Hemos recibido un nuevo folleto de los que con este singular título publica el Sr. Romeo.

Memoria y cuenta general del Monte de Piedad *y Caja de Ahorros de Madrid, correspondientes al año de 1893.*

Entre otros curiosos datos que esta Memoria contiene, figura el de haber disminuido los empeños en el año 93, comparado con el anterior, 720.957 pesetas. En cambio las imposiciones en la Caja de Ahorros han llegado á 15.085.088 pesetas, ó sea 41.702 más que en 1892.

La Memoria trata también de las mejoras introducidas en los servicios y de las que tiene en estudio la Junta de Gobierno.

Archivo do districto federal. Revista de documentos para a historia da cidade do Rio de Janeiro.

Hemos recibido dos nuevas entregas de esta publicación, que contiene documentos de interés para la historia del Brasil en el período colonial.

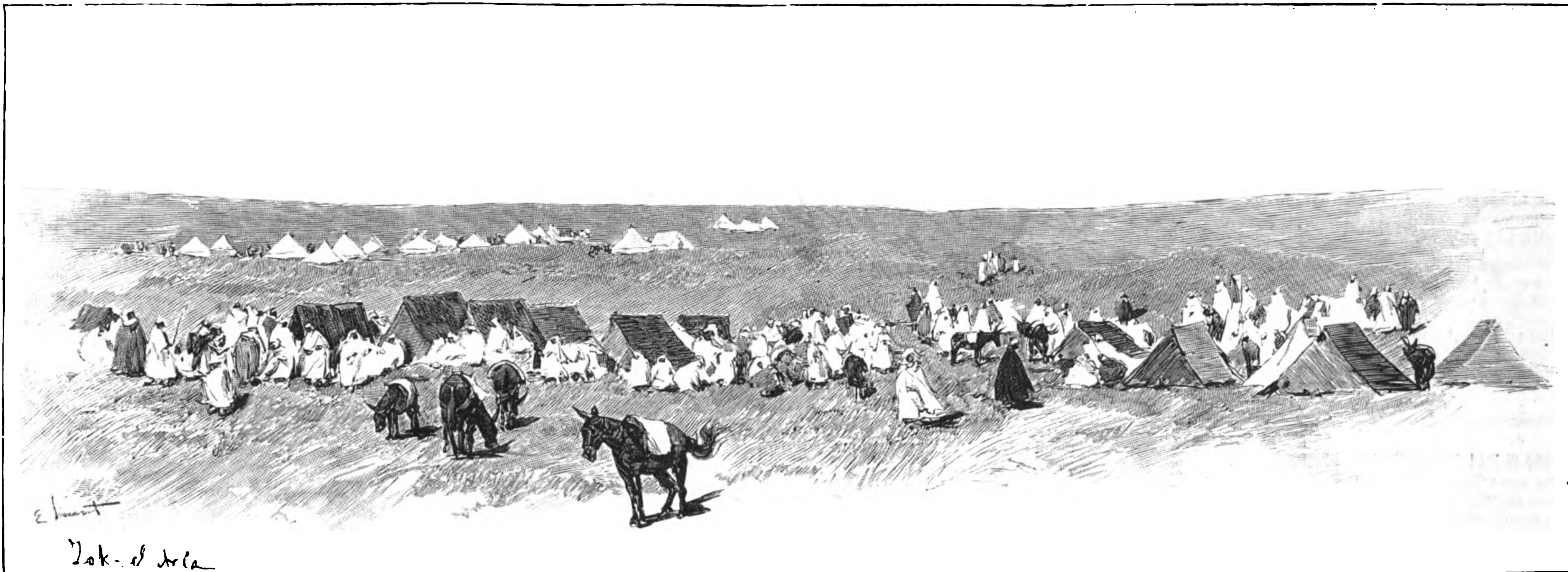
Importancia de la ciencia geográfica. Conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid, el 3 de Abril de 1894, por el teniente de navío D. José Gutiérrez Sobral.

Demuestra el Sr. Sobral en este trabajo la gran importancia que el estudio de la Geografía tiene en nuestro tiempo, y lamenta lo olvidado que en España se halla, desarrollando su tesis con elocuencia y gran caudal de noticias que la ilustran y la dan mayor interés.

El Dr. Wolski, páginas de Polonia y Rusia, por Sofía Casanova.

Esta interesante novela describe, como dice la autora, escenas de la vida de los pueblos del Norte, que siendo para nosotros muy nuevas, tienen por eso mismo mayores atractivos. Además, la señora Casanova ha sabido presentarlas con suma delicadeza y con sencillez que las hace aún más agradables. Véndese la obra al precio de 3,50 pesetas.

G. R.



EL CAMPAMENTO DEL ZOK-EL-ARBA, PRIMERA ETAPA DEL CAMINO DE MAZAGÁN Á MARRUECOS.

(Dibujo del natural por nuestro corresponsal artístico Sr. Simonet.)

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XVI.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Abril de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

PARÍS.—«SALON» DEL CAMPO DE MARTE, DE 1894.



LOS DOS AMIGOS JACK Y LEO.

CUADRO DE A. AUBLET.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Fastos de la peregrinación española, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—El presente juzgado por lo porvenir, por D. Nilo María Fabra.—La Real Armería, por don José Ramón Mélida.—El Guarda, por D. Eduardo de Palacio.—El día 2 de Octubre (conclusión), por D. Adolfo Llanos.—La hija muerta, poesía, por D. Antonio Fernández Grilo.—La opinión, soneto, por D. Manuel Reina.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *Los dos amigos Jack y Leo*, cuadro de A. Aublet.—*Un concierto casero á principios del siglo*, cuadro de don Luis Álvarez y Catalá.—Peregrinación de obreros españoles á Roma: Llegada de los peregrinos á Civita Vecchia; La cubierta del *Baldomero Iglesias* á la entrada en el puerto; Principio del desembarco; Presenciando el desembarco desde el puente; Los rezagados; Llegada á la Aduana.—Los peregrinos recibiendo la bendición apostólica en la iglesia de San Pedro; Tipos de la guardia pontificia y camarero secreto; Su Santidad León XIII; Iluminación de la iglesia y plaza de San Pedro; Llegada de los peregrinos á Roma.—Madrid: Información ante la Comisión de tratados en el Senado.—Retrato del Excmo. Sr. D. José García Barzanallana, presidente de la comisión.—Retrato del Excmo. Sr. Marqués de Mochales, secretario de la misma.—La sección cuarta, donde la Comisión realiza sus trabajos.—La Real Armería: Vista del nuevo salón principal.—*Apuntes de sport*, composición y dibujo del Sr. Conde de Torrepalma.—Boda regia en Coburgo (Alemania): Retratos del gran Duque de Hesse y de la princesa Victoria Melita.—Madrid: El nuevo edificio de la Real Academia Española; la biblioteca.—Álava: El gran balneario de Zuazo.—Retrato de D. Francisco Viñas, tenor español aplaudido en el *New Metropolitan Opera House* de Nueva York.

CRÓNICA GENERAL.

Discútense en el Congreso sucesos ya pasados y juzgados por el público; pero la cuestión de Melilla, que tanto interesaba hace poco, ya sólo tiene un interés secundario, aparte del histórico, para el común de las gentes. Los asuntos terminados podrán dar juego á los oradores políticos para sus quejas y censuras; pero el público sólo verá en el fondo de sus discursos, no la cuestión de Melilla, sino la persona de los ministros á quienes se combate, y como un termómetro que marca el estado de las relaciones de los partidos entre sí y de la unión y disciplina de la mayoría. Sabido es que el conflicto marroquí tuvo dos aspectos; uno militar, y otro diplomático. Si hubo imprevisiones, responsabilidad ó desgracia en los hechos que produjeron los ataques de los moros, y, por consiguiente, el planteamiento de la cuestión de guerra ó paz, todo eso correspondía al ramo de la Guerra, y el Sr. López Domínguez se defendió como pudo de los cargos que se le dirigieron, algunos muy puestos en razón, otros exagerados: en cuanto á la gestión diplomática, los resultados eran su mejor defensa, aun sin la gallarda que hizo de sus actos el ministro de Estado, Sr. Moret. Sentimos escribir antes de que intervenga en la cuestión, que será para nosotros vieja en otra Crónica, el Sr. Cánovas del Castillo, porque su opinión en este asunto, más bien que por lo relativo al conflicto que pasó, merece escucharse en lo que atañe á la política permanente que conviene á España con Marruecos, pues debería evitarse que hubiera diversidad de criterios, y es indispensable que se forme entre todos los partidos un criterio, ó tal vez mejor un sentimiento nacional. Pero, á nuestro entender, sería patriótico que no usaran los partidos, sino con mucha parsimonia, como armas para combatirse, éstas de doble filo, que con tanta facilidad pueden dar fuerza y noticias y experiencia á los enemigos de la patria.

⁂

Entre los criminales que van desfilando hacia el cadalso como galería de espectros ensangrentados, rodeados de víctimas inocentes, en esta pesadilla cruel del anarquismo, ha tocado su turno al joven Henry, autor en París de la explosión del restaurant Términus. Éste se distinguía de los otros por su mayor educación, su naturaleza y aspecto esencialmente burgueses, y sus manos blancas y afeminadas; pero sobresalía entre todos por el descaro cínico con que se congratulaba de sus asesinatos y predicaba el terror y la matanza como medio de hacer reinar la libertad sobre la tierra. El socialismo le era repulsivo, como atentatorio á la libertad del individuo, y proclamaba la anarquía como última y verdadera expresión de la idea liberal; es decir, elevaba un altar á la diosa Libertad, y le ofrecía como sacrificio víctimas humanas, muertas más cruelmente que las reses de los antiguos sacrificios, pues á los toros y becerros se les degollaba sin sufrimientos por la destreza del sacrificador, mientras las víctimas del anarquismo sucumben, exceptuando las muy dichosas, con lenta y prolongada agonía, con los miembros desgarrados, las entrañas acribilladas de metralla menuda, y todo el cuerpo llagado y dolorido; ó desfilan tristemente, apoyados en muletas, ó guiados por un lazarillo, ó mutilados bárbaramente, como desfilaron algunos en presencia de Henry ante el tribunal que juzgaba al anarquista, sin que éste manifestara la menor emoción ante sus víctimas. La libertad, tal como la predicaba Henry, no era diosa, ó lo era de la naturaleza de las Furias. El Jurado no podía encontrar circunstancias atenuantes para aquel monstruo que confesaba haber defendido su vida porque la necesitaba para seguir matando como un tigre rabioso, y le sentenció á morir.

Las Cortes empezarán á discutir en España un proyecto de represión contra el anarquismo, ó mejor dicho, contra la propaganda de las ferocidades que acabamos de exponer. ¿Quién duda que es necesario acudir á la defensa pública contra el asesinato organizado y convertido en dogma monstruoso? ¿Puede consentirse la predicación de esas ideas feroces sin deshonrar á nuestro siglo?

⁂

No conocemos el informe que el doctor D. Federico Montaldo, del cuerpo de Sanidad de la Armada, y notable escritor público, ha dirigido al Gobierno que le comisionó para estudiar la epidemia colérica que padece Lisboa y se extiende por la costa. Pero los telegramas nos indican que su opinión, emitida con aplauso ante un Cuerpo facultativo portugués, es que se trata del cólera morbo asiático, si bien se presenta con caracteres de los más benignos, y con mucha fuerza de expansión: ello es que se han tomado toda clase de precauciones en la frontera y en España, para estar prevenidos en caso de que se propague la epidemia, por si perdiera, aunque no parece lo probable, su naturaleza suave, y adquiriera en ciertas localidades índole maligna, enconándose por circunstancias especiales. Nos atenemos, sin embargo, al informe del ilustrado facultativo de la Armada Sr. Montaldo, y confiamos en la vigilancia del Gobierno.

En Lisboa parece ser que se han concedido facultades ejecutivas al Consejo de Sanidad, lo cual merece ser imitado. Ni los trastornos del orden afectan tanto á los pueblos, ni son tan peligrosos como una epidemia, y sin embargo, cuando ocurren aquéllos la autoridad civil resigna el mando en la militar. No llegaremos hasta defender que en las epidemias el alcalde entregue su vara al médico, porque sería contraproducente ocupar á éste en cosas de gobierno, cuando carece de tiempo para ejercer sus funciones propias; pero sí creemos que la autoridad civil debe conceder en lo sanitario facultades extraordinarias al elemento facultativo. Por ejemplo, crear en Madrid en cada distrito un inspector médico que presida á otros tantos inspectores médicos de barrio que asuman todas las facultades del Gobernador y del Ayuntamiento en lo sanitario, pudiendo utilizar para este servicio una parte de los agentes ó funcionarios que sean convenientes, y obrando de acuerdo y en combinación con las autoridades.

⁂

Ha continuado sin contratiempo el regreso de los peregrinos españoles á su patria, y todas las referencias de los corresponsales convienen en que el pueblo romano estuvo cortés y comedido con los españoles que acudieran á la beatificación de los venerables Juan de Avila y Diego de Cádiz. Y como respecto del primero se han dicho algunas inexactitudes, tal cual suponerle confesor de Santa Teresa de Jesús, á la que no vió jamás, aunque sí mantuvo con ella correspondencia, haremos un extracto muy ligero de su vida, ahora que se aproxima el 325.° aniversario de su muerte, ocurrida el 10 de Mayo de 1569. Juan de Avila nació en Almodóvar del Campo el 6 de Enero de 1500: empezó y no acabó el estudio de leyes, que no le era grato, en Salamanca; cursó en Alcalá Filosofía y Teología, con gran provecho y lucimiento, haciendo una vida casi ascética; ya ordenado, volvió á su pueblo para celebrar su primera misa en la iglesia donde estaban enterrados sus padres; pasó á Sevilla, con ánimo de embarcarse para las Indias en calidad de misionero, y ya había obtenido autorización del Obispo de Tlascala para ser su compañero de viaje, cuando le retuvo en Andalucía el arzobispo de Sevilla é inquisidor general D. Alfonso Manrique. También hacían falta misioneros en Andalucía, por su vecindad con los moros y larga residencia de éstos en aquel hermoso país. Desde su primer sermón adquirió un prestigio que en vez de decaer creció en toda su vida. Fué acusado ante la Inquisición y preso, y, sin embargo de no quererse defender, salió absuelto por unanimidad, y el pueblo le festejó con músicas y aplausos. Recorrió predicando como un apóstol muchas ciudades andaluzas, particularmente Córdoba, Granada, Ecija, Baeza, Zafra y algunos lugares de Extremadura, terminando su vida en Montilla, donde yace su cuerpo. Oyéndole predicar, se convirtió en santo el portugués Juan de Dios; contribuyó con su consejo á la conversión de San Francisco de Borja; mantuvo correspondencia con San Ignacio de Loyola, de cuya fundación fué muy devoto, y con Santa Teresa de Jesús, que le consultó algunos escritos; fué su hija de penitencia la venerable sor Ana de la Cruz, condesa de Feria, y Fray Luis de Granada formó su elocuencia y estilo estudiando al beato Juan de Ávila, á quien llama modelo de oradores. No admitió obispados ni arzobispados, y se excusó de venir á la corte. Y si su vida fué un ejemplo de virtudes, tiene en España, además de los méritos que le han elevado á los altares, una gran importancia literaria, por haber formado al primer hablista castellano, Fray Luis de Granada, y ser, según la opinión de su tiempo, uno de los oradores sagrados más elocuentes y persuasivos de que había recuerdo en nuestra cátedra. Dicen que cuando predicaba parecían temblar las bóvedas del templo y brotaban chispas de su boca, que incendiaban el corazón de sus oyentes: sus contemporáneos le comparaban con San Pablo.

⁂

Habíamos sido invitados y acudimos á la cita, que era en el Salón de Conciertos de la casa editorial de Romero, en la calle de Capellanes: en el escenario había un mueble gigantesco y elegante, que lucía á través de sus cristales brillante tubería de metal. Era uno de esos aparatos llamados *Orquesta automática* por su constructor alemán L. Haberer, de Friburgo. En el prospecto había certificados del Czar y de diversos músicos y personajes europeos ponderando aquel aparato, que equivale á una orquesta de muchos profesores. Confieso que me parecía algo humillante para el hombre verle sustituído por una simple máquina, que suprime músicos y ensayos, la batuta y el maestro; pero reflexioné que aquella máquina ha necesitado muchos profesores y maestros, y un director de esa orquesta misteriosa que fijó la interpretación de cada pieza musical, para que el mecánico dispusiera la maquinaria en forma de poder reproducirla automática y perpetuamente, mientras exista íntegro el aparato. También reflexioné que por muy perfecto que éste fuese, no podría competir con una verdadera orquesta de buenos profesores, pues le faltaría esa expresión y sentimiento que la batuta del maestro transmite á cada músico y éstos infunden en sus instrumentos; pero en cambio, ¿no podría ser superior á una orquesta mal dirigida, tocando piezas no bien ensayadas?

La prueba iba á empezar delante de músicos eminentes, que no cito, por no omitir algunos muy notables: el aparato ejecutó, sin más auxilios que un débil motor, la overtura de *Tanhäuser*, la *Danza Macabra*, la *Rapsodia Húngara*, la sinfonía del *Guillermo* y unos valses, concluyendo con la Marcha Real. Todas las piezas fueron aplaudidas por aquel público inteligente, y preguntando la opinión á los maestros, por ser el que esto escribe un aficionado de los más legos, declararon que la orquesta automática era un verdadero y notable adelanto en esa clase de aparatos. Por mi parte, sentí la ilusión de estar oyendo una orquesta de veinte instrumentos de madera, de metal, de percusión y aun de viento; y en ocasiones, como en la *Danza Macabra*, creí, no sólo bien interpretados los números, sino con vibraciones humanas de sentimiento personal.

¿Tendrá vida ese aparato?—pensaba al salir del Salón Romero.—¡Quién sabe! Las máquinas son hijas del hombre, y somos también máquinas, en cuanto una parte de nuestro organismo funciona sin que nos demos cuenta de ello.

⁂

—¿Y qué hay de cólera en Portugal?

—Lo más inesperado: que apenas causa víctimas.

—Se comprende: el cólera sabe que en Portugal está abolida la pena de muerte.

—Si no tuviéramos el ejemplo del trancazo que vino del Norte con una fama de benignidad que hacía hasta desear su llegada, era cosa de abrir las puertas á la epidemia portuguesa.

—En efecto; sería una emoción agradable la de pasar por una epidemia de cólera sin ningún riesgo de la vida.

—Como cubrirse de gloria en una batalla donde no hubiera muertos ni heridos.

—¿Debemos fiarnos?

—Tiene cara de hipócrita ese cólera que se presenta disfrazado de salud.

—¿Degenerarán las epidemias con el tiempo?

—Ojalá fueran benignas sus invasiones.

—¿Invasiones? Me parece dura la palabra. Llámelas usted visitas amistosas.

Entre los sospechosos de anarquismo ha sido preso en París un poeta y crítico simbolista y decadente. Parece ser que se encontraron entre sus efectos algunas cápsulas de materias explosivas.

¿Serían símbolos?

La prensa de París inserta algunos párrafos de crítica tan obscuros del escritor preso, que no hay manera de entenderlos.

Los hemos remitido al laboratorio municipal para su análisis.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Los dos amigos Jack y Leo, cuadro de A. Aublet.—*Un concierto casero á principios del siglo*, cuadro de D. Luis Álvarez y Catalá.

El cuadro de A. Aublet que reproducimos en nuestro grabado de la primera página de este número está inspirado en el tema, siempre nuevo y hermoso, de la amistad entre el hombre y el perro; amistad siempre sincera en éste; en aquél las más de las veces interesada.

Leo, ó *León*, que diríamos en español, compañero de juegos de su amo, su defensor si llegara el caso, le querrá mientras viva. El niño llegará pronto á adolescente, y bien puede ser que olvide al perro, para entonces ya viejo y achacoso.

Pero ahora son buenos amigos, juegan juntos y se llevan bien..... gracias á la paciencia perruna.

El cuadro de D. Luis Álvarez y Catalá que publicamos en las págs. 266 y 267 es de los más notables de este distinguido pintor. *Un concierto casero á principios del siglo* está magistralmente concebido y ejecutado, y prueba un profundo estudio de la sociedad de nuestros abuelos, tan distante de la actual, si no en años, en carácter. De las excelencias artísticas de esta obra nada hemos de decir: dígalo por nosotros el grabado.

⁂

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.

Llegada de los peregrinos á Civita Vecchia.—Los peregrinos en Roma.

Dieron por disculpa de su conducta los que en Valencia maltrataron á los peregrinos, que éstos lastimaban las creencias democráticas del pueblo y que ultrajaban á una nación amiga protestando de su unidad. La primera disculpa es muy vieja: dábanla ya (alegando en vez de razones democráticas las religiosas) los cristianos fanáticos de tiempo de los reyes godos Suintila y Sisenando para degollar judíos. La segunda acaban de desacreditarla los mismos interesados, es decir, los italianos, recibiendo á los peregrinos con respeto y hasta con cariño, y donde más hostiles se les han mostrado, con absoluta indiferencia.

En Civita Vecchia los muelles estaban tan poco concurridos como de costumbre. El Gobierno italiano había ordenado que las tropas estuvieran en las calles para evitar cualquier desmán; pero no hubo la menor señal de que intentara cometerse. Sin ofensa de nadie pudieron nuestros compatriotas pasar del puerto á la estación.

Nuestros grabados de la pág. 260 son reproducción exacta de las escenas principales de la llegada y desembarco de uno de los grupos de peregrinos. El vapor que los ha con-

ducido es el *Baldomero Iglesias*. Vese la tranquilidad con que la operación se verifica, y cómo al llegar el primer bote á tierra le ayudan los que en ella están á atracar al muelle de la Aduana. El capitán y el segundo del vapor, juntamente con el Secretario de la legación de España y el Cónsul en Civita Vecchia, contemplan sonriendo el desembarco (pág. 260).

Llegan á Roma los españoles, y allí experimentan de nuevo la sorpresa de un recibimiento cortés y aun más que cortés. «Después, y ya en Roma, dice el corresponsal de *La Correspondencia de España*, en cafés, en teatros, en calles y plazas los peregrinos han sido tratados con respeto y hasta, si se quiere, con cariño..... Circulan por las calles casi sin ser notados de nadie, y cuando algunas veces se reune un grupo relativamente numeroso, cosa que raras veces acontece, suelen inspirar algo de curiosidad pasajera y sin importancia.»

¡Y eso que tan bien recomendados iban á las iras de los patriotas italianos por los alborotadores valencianos! Puede que éstos, al ver desairada la recomendación, acusen á aquéllos de falta de patriotismo.

Nuestro grabado de la pág. 261 reproduce las principales escenas de la peregrinación en Roma, las cuales hallarán los lectores minuciosamente descritas en el artículo del señor Conde de Coello que publicamos en la pág. 262.

°°°

MADRID.

Información ante la Comisión de tratados en el Senado.— La sección cuarta.—Excmo. Sr. D. José García Barzanallana, presidente de la Comisión.— Excmo. Sr. Marqués de Mochales, secretario de la misma.

La aprobación de los tratados de comercio por las Cámaras es cuestión de tal importancia, que de ella puede depender la existencia del actual Ministerio. Bien se advierte que la marcha de los asuntos en toda Europa no es muy favorable á una política económica expansiva, pues la corriente proteccionista tiene gran fuerza, y en España la ha adquirido grandísima en los últimos años. Como, por desgracia, hace muchísimo tiempo que no tenemos pensamiento propio, sino que copiamos el ajeno, fuimos prohibicionistas á principios del siglo, proteccionistas más tarde, librecambistas cuando á los franceses se les antojó serlo, y ahora volvemos á la protección porque todos han vuelto.

No se trata ya de proseguir aquella famosa y singular batalla que en ateneos, libros, periódicos y *meetings* sostuvieron años ha proteccionistas y librecambistas sobre la mayor bondad intrínseca de cada uno de estos sistemas. Hemos llegado á una época en que las frases y los discursos no tienen crédito alguno, y todos buscamos hechos para deducir de ellos leyes. Y como vemos que el hecho hoy es el proteccionismo imperando en el mundo, acudimos á defendernos, sin acordarnos de que hubo un Bastiat que trastornó á los economistas de casi todas las naciones, incluso la nuestra.

No es posible averiguar todavía por falta de datos (apenas se conocen unas cuantas leyes de la Economía política) si los librecambistas tienen razón, ó si la tienen los proteccionistas. Pero mientras la verdad se averigua en el terreno especulativo, el proteccionismo triunfa en el de los hechos, é impone á las naciones que no han perdido el instinto de conservación la necesidad de defenderse.

Por eso el Gobierno ha sido derrotado en la elección de senadores para formar la Comisión de tratados, componiéndose ésta de personas en su mayoría enemigas de la política económica del Ministerio. Éste y la Comisión están en pugna sobre si la información pública abierta para dilucidar la conveniencia ó inconveniencia de los tratados, debe terminar pronto ó continuar algún tiempo. El Gobierno tiene prisa, porque el 15 de Mayo termina el plazo que dió el alemán para la aprobación. La Comisión dice que la materia es para mirada muy despacio y que no quiere dar su parecer hasta después de haberla estudiado.

La información verificase en la sección cuarta del Senado, la más espaciosa de todas y de la que damos una vista en la pág. 264, tomada en el momento de hallarse la Comisión oyendo á algunos señores informantes.

Adornan esta sala grandes tapices representando las principales empresas de Carlos V.

———

Político consecuente, de sano y honrado criterio, hacendista de dilatada experiencia y hondos estudios, tiene el presidente de la Comisión Sr. García Barzanallana tan larga y brillante historia, que si hubiéramos de referirla entero no nos bastaría ocupar con ella toda esta sección, sino que nos sería necesario continuarla en otras páginas del periódico.

Estudió Derecho con excelentes notas. De 1847 á 1850 fué secretario de la Junta revisora de los aranceles, y de la que redactó el de 1849, con arreglo á la notable ley de reforma de aquel año. En 1853 fué nombrado oficial de la secretaría del Ministerio de Hacienda, y más tarde desempeñó los cargos de subdirector de Aduanas y de Rentas estancadas.

En la información arancelaria de 1856 fué uno de los comisarios elegidos por el Gobierno para defender los proyectos de ley por éste presentados. Después fué director general de Aduanas tres años seguidos, cuyo cargo volvió á tener en 1863, habiendo sido en el intervalo director general de la Deuda. En 1866 fué también director general de Impuestos indirectos.

Ha tenido otros muchos cargos no menos importantes, como vocal del Real Consejo de Agricultura, Industria y Comercio, consejero de Estado (de cuya sección de Fomento fué presidente), presidente del Tribunal de Cuentas del Reino, presidente de la sección de Hacienda y de Ultramar, del Consejo de Estado (en comisión por haber desempeñado otro de mayor categoría), etc., etc.

Ha sido diputado en diferentes legislaturas. En la de 1857 á 1858 fué primer secretario del Congreso, vicepresidente en las de 1867 y 1868, presidente de la Comisión de Presupuestos en los mismos años, y ministro de Hacienda con el Sr. Cánovas del Castillo desde Julio de 1876 hasta igual mes de 1877. En aquella época fué nombrado senador vitalicio.

Es el Sr. Barzanallana no sólo hombre político tan importante como acreditan las anteriores noticias, aunque tan breves é incompletas, sino también publicista notable. En 1861 publicó un trabajo titulado *La Liga aduanera ibérica*, que la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas premió en concurso público. En los últimos años del reinado de D.ª Isabel II estuvo en Portugal, comisionado para estudiar las bases de un tratado de comercio con dicha nación, y como resultado de sus estudios dió á luz un extenso folleto titulado: *Estudios económicos y administrativos sobre Portugal*. En 1874 la misma Real Academia que años antes le había premiado, le eligió individuo de número, y como tal ha escrito memorias notabilísimas que le han dado mucha y merecida reputación. También como periodista se ha distinguido, principalmente siendo redactor de *El Parlamento*, *El Reino*, *La Concordia*, *El Siglo* y *El Tiempo*. De este último periódico fué director en 1870.

Es orador enérgico y persuasivo, de palabra fácil y elegante, muy lógico y claro. Hacendista y abogado de fama, político respetable por su lealtad nunca desmentida, hombre de trato ameno y sencillo, el Sr. Barzanallana ocupa en el partido conservador uno de los puestos más importantes.

Está condecorado con las grandes cruces de Carlos III, Isabel la Católica y Villaviciosa de Portugal; es comendador de la de Cristo, y caballero de la militar de San Juan de Jerusalén.

———

El Sr. D. Miguel López de Carrizosa y Giles, marqués de Mochales, es joven, pues nació en 1857 en Jerez de la Frontera. Estudió Derecho en Sevilla, obteniendo el título de abogado en 1874. Completó sus estudios y educación en la excelente escuela de los viajes, residiendo algún tiempo en Francia y en Inglaterra.

Comenzó su carrera política en 1884, en cuyo año le eligieron diputado el Puerto de Santa María y Vigo al mismo tiempo. Vigo le reeligió en 1886. En 1890 fué diputado por Jerez de la Frontera.

El Sr. Marqués de Mochales ha pertenecido siempre al partido conservador y es de los que constantemente han reconocido la jefatura del Sr. Cánovas del Castillo. Ha sido director general de Propiedades y Derechos del Estado y de Correos y Telégrafos. En las últimas elecciones le designó el partido conservador de Cádiz para luchar por un puesto de senador en aquella provincia, de cuya lucha salió victorioso.

Estudioso en extremo y muy dado á las materias económicas, ha mostrado bastantes veces en el Congreso lo mucho que de ellas sabe. La reputación de economista así adquirida le ha llevado al puesto que ocupa en la Comisión de tratados y le llevará á otros más altos, pues joven y activo como es, no parece probable que se pare en el camino, teniendo andada en tan poco tiempo tanta parte de él. Ayúdanle, además de las expresadas circunstancias, bellas prendas de carácter, voluntad firme y una experiencia política que parece adquirida en más dilatada carrera.

Publicamos en la pág. 264 los retratos de los señores Barzanallana y Marqués de Mochales.

°°°

MADRID.

La Real Armería.—Vista del nuevo salón principal.

Derribado el antiguo caserón que Gaspar de Vega construyó, y en el que tantas generaciones han conocido la Real Armería, ha sido ésta trasladada al ala occidental de la plaza de Armas de Palacio, donde ocupa sitio más digno de su mucho mérito histórico y arqueológico.

Nuestro grabado de la pág. 269 es una vista completa del nuevo salón principal. Del lado izquierdo (el que da sobre el Campo del Moro) están agrupadas por cuadros, y á lo largo del muro, las armerías de Carlos V y de Felipe II. En el fondo vese el trofeo de Lepanto.

En el lado derecho hállanse armaduras de los siglos XVI y XVII, notables por diversos conceptos. Varias de las vitrinas guardan las coronas encontradas en Guarrazar.

(Véase el artículo del Sr. Mélida en la pág. 265.)

°°°

APUNTES DE «SPORT»,

composición y dibujo del Sr. Conde de Torrepalma.

Los *Apuntes de sport* (véase la pág. 271) vienen á revelar al público un secreto que para muchos artistas ya no lo era hace algún tiempo: los méritos de dibujante del señor Conde de Torrepalma. Llevado de su afición á las Bellas Artes, dedicóse á estudiar dibujo, y con tan feliz disposición, que hoy es uno de los buenos discípulos del notable dibujante Sr. Perea (D. Alfredo). El trabajo que publicamos es prueba inconcusa de cualidades artísticas poco vulgares.

Además, tiene una de las circunstancias más buscadas en nuestro tiempo, puesto que es de actualidad. En efecto, esta es la época de las carreras de caballos, interesante y útil espectáculo que cuenta ya con muchos aficionados en España y que no puede dejar de concurrir para la regeneración de las razas indígenas. Las primeras carreras de primavera se verifican hoy lunes, y de esperar es que estén muy concurridas, convidando, como convida, lo apacible del tiempo.

°°°

BODA REGIA EN COBURGO (ALEMANIA).

La princesa Victoria Melita y el Gran Duque de Hesse.

Hace pocos días que se celebró en Coburgo la boda del gran duque Ernesto Luis de Hesse con la princesa Victoria Melita, cuyos retratos publicamos en la pág. 272.

Ambos son nietos de la Reina de Inglaterra: el Gran Duque, por su madre la princesa Alice; su actual esposa, por su padre el Duque de Edimburgo.

Ernesto Luis de Hesse, duque de Hesse y del Rhin, nació en Darmstadt, en 1868. La Princesa es natural de Malta, y cuenta ahora diez y ocho años.

La familia Coburgo, famosa por haber emparentado con casi todas las familias reales de Europa, incluso los Braganzas de Portugal, estrecha aún más, con esta boda, los lazos que la unen á la de Inglaterra. Después de la ceremonia, que ha sido tan brillante como se deja considerar tratándose de una fiesta á la que han concurrido tantos Príncipes, los recién casados marcharon á Rosenau, hermoso castillo situado á cuatro millas de la ciudad, en medio de un gran bosque. De allí irán al de Kranichtein, y después á Darmstadt.

°°°

MADRID.

El nuevo edificio de la Real Academia Española.— La biblioteca.

Uno de los más hermosos salones del nuevo edificio de la Real Academia Española es la biblioteca. Dividida en diferentes compartimientos, según sistema que de algunos años á esta parte se viene adoptando (véase nuestro tercer grabado de la pág. 272), tiene excelente luz y es muy cómoda. La estantería distínguese por su sencillez y buen gusto.

°°°

EL GRAN BALNEARIO DE ZUAZO.

En la parte occidental de la provincia de Alava, en la cuenca del río Payas, entre hermosas montañas, se encuentra el valle de Cuartango, y en éste el gran balneario de Zuazo, uno de los más famosos que se conocen en la región pirenaica ó septentrional de España. Está á 560 metros sobre el nivel del mar, en la misma orilla del río, á sólo 500 metros de la vía férrea de Miranda á Bilbao, en sitio agradabilísimo por la frondosidad y variedad del arbolado, suavidad del clima, pureza del aire y frescura de las aguas.

Desde muy antigua fecha era conocida de los sencillos habitantes de aquella comarca la virtud salutífera del manantial de Zuazo, y á él acudían en romería á beber el agua y á bañarse, principalmente por San Juan, en cuya velada, según la general creencia, era aquella virtud mucho más poderosa. La concurrencia mayor era de herpéticos y escrofulosos, y á pesar de que las formas de su hidroterapia no podían ser más groseras y primitivas, muchos conseguían gran alivio.

La aplicación científica de las aguas de Zuazo débese á la inteligente iniciativa del facultativo de aquel distrito D. Emilio Chillida, quien advertido de su eficacia, las estudió en 1876, adquiriendo la convicción de su gran importancia terapéutica. Logró que el Gobierno las declarara de utilidad pública y encomendara su estudio al sabio químico barcelonés Sr. Codina y Langlín. El examen reveló una mineralización muy alta y cualidades que las hicieron clasificar como *Sulfurado-sódicas-carbonatadas*, de base sódica y nitrogenada, de acción muy eficaz en el herpetismo y escrofulismo, pero más todavía en las enfermedades crónicas del aparato respiratorio. Tal importancia concedió la Dirección de Beneficencia y Sanidad á este análisis, que nombró una comisión de doctores en Medicina y directores de balnearios para que diera parecer sobre las propiedades curativas del manantial, siendo el resultado del informe confirmarse la declaración de utilidad pública y quedar señalada la temporada oficial de 15 de Junio á 15 de Septiembre para el nuevo establecimiento.

Constituyóse una sociedad con capital considerable para construir la fonda y edificios necesarios en un balneario de primer orden, emprendiéndose los trabajos con tal rapidez, que en breve quedó siendo el de Zuazo uno de los mejores de España. Dirigió las obras el arquitecto D. Fausto I. de Betolaza, con acierto digno de su reputación.

En nuestros grabados de la pág. 273 publicamos algunos detalles del balneario. El salón de fiestas (primer grabado) es espaciosísimo, pues mide 25 metros de largo por 10 de ancho y 9 de alto. Son notables también las dos escaleras de mármol que conducen al manantial, y de las que se ve una en nuestro segundo grabado. El comedor es también muy grande, cómodo, y está decorado con sumo gusto. De la belleza de los alrededores de Zuazo puede juzgarse por los dos últimos grabados. Las instalaciones y todo el servicio médico son muy buenos y de lo más perfecto, y la dirección, confiada al sabio especialista en enfermedades del aparato respiratorio y garganta Sr. Ledo, es excelente.

Esta breve noticia de Zuazo explicará á los lectores el crédito de este establecimiento y el gran número, de personas que le visitan, el cual va aumentando de año en año, en términos de ser ya insuficiente el vastísimo local construído en tan reciente fecha, como hemos dicho.

Hay también alojamiento para bañistas de escasa fortuna, así como para los de beneficencia, con lo que los beneficios de las aguas de Zuazo pueden extenderse á todas las clases sociales.

°°°

D. FRANCISCO VIÑAS,

tenor español, aplaudido en el *New Metropolitan Opera House* de Nueva York.

A la lista, bastante dilatada por cierto, de artistas españoles excelentes en el canto, hay que añadir un nombre más: el de D. Francisco Viñas, tenor de la compañía de ópera italiana actualmente en el *New Metropolitan Opera House* de Nueva York.

El *American Art Journal* y el *Freund's musical Weekly*, importantes periódicos de aquella ciudad, han publicado noticias biográficas de este notable cantante. De uno de ellos traducimos la siguiente relación de los triunfos que ha conseguido:

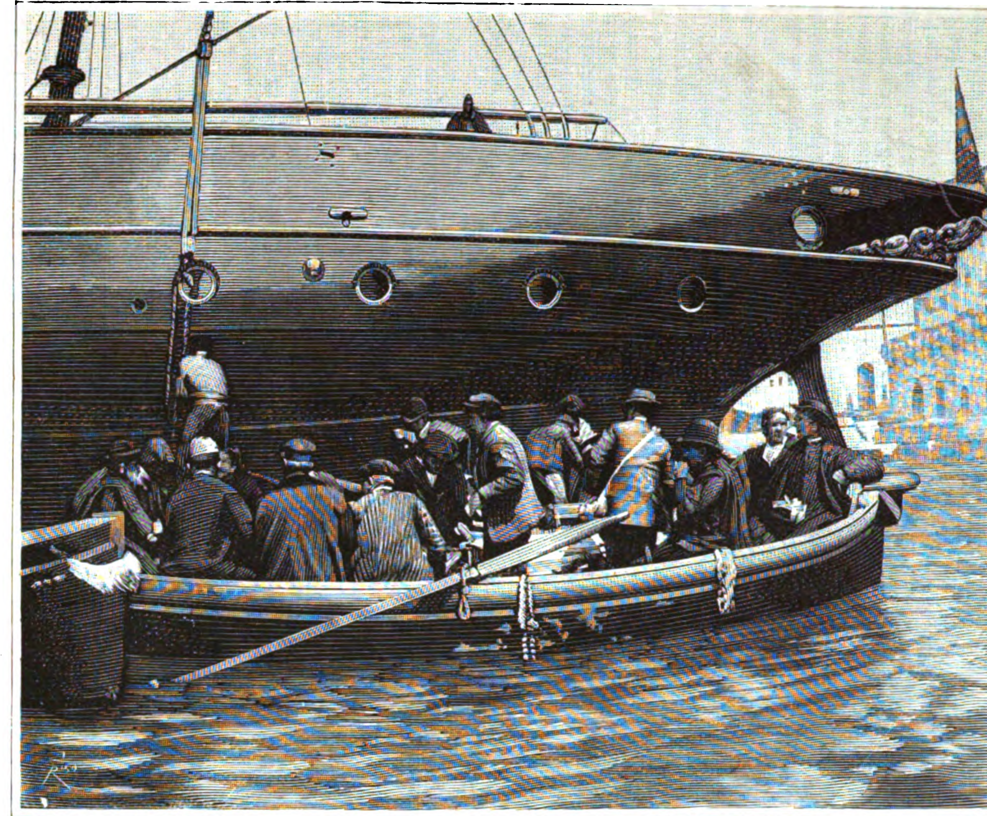
«El más joven de los tenores contratados por los señores Abbey Scheffel and Gran ha conseguido en poco tiempo una reputación excelente en España, Italia é Inglaterra.

»Hizo su primera aparición en público por Mayo de 1887,

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



LA CUBIERTA DEL «BALDOMERO IGLESIAS» Á LA ENTRADA EN EL PUERTO.



PRINCIPIO DEL DESEMBARCO.



PRESENCIANDO EL DESEMBARCO DESDE EL PUENTE.



LOS REZAGADOS.



LLEGADA Á LA ADUANA.

LLEGADA DE LOS PEREGRINOS Á CIVITA VECCHIA.

(Del natural, por H. Estevan.)



LOS PEREGRINOS RECIBIENDO LA BENDICIÓN APOSTÓLICA EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO.—TIPOS DE LA GUARDIA PONTIFICIA, Y CAMARERO SECRETO.—SU SANTIDAD LEÓN XIII.—ILUMINACIÓN DE LA IGLESIA Y PLAZA DE SAN PEDRO.—LLEGADA DE LOS PEREGRINOS Á ROMA.

(Composición y dibujo de los Sres. Macchiati y Colantoni.)

cantando *Lohengrin* en el gran teatro del Liceo de Barcelona, con éxito tan brillante, que fué contratado inmediatamente para el teatro principal de Valencia. En esa capital fueron tales sus triunfos en *Lohengrin* y *Mefistófeles*, que antes de concluir la contrata estaba escriturado para la Scala de Milán, en cuyo coliseo cantó diez y siete veces, y con más éxito que en ninguna de las anteriores, la ya repetida ópera de Wagner, pasando de allí al teatro Carlo Felice, de Génova, donde estuvo dos temporadas, al fin de las cuales volvió á la Scala.

»Quedó después contratado por dos temporadas en Palermo, cabiéndole interpretar los correspondientes papeles en las óperas *Lohengrin* y *Carmen*. Más tarde pasó al teatro de San Carlos de Nápoles, y después cumplió una contrata de dos años en el *Corent Garden* de Londres. Tan favorable fué su acogida en la capital inglesa, que la reina Victoria le hizo cantar varias veces en su presencia, regalándole su retrato con una lisonjera dedicatoria autógrafa y otros hermosos presentes, testimonio de la viva complacencia con que le había escuchado la soberana.

»Los críticos más competentes de Italia le han llamado el Lohengrin ideal; mas los que le han oído en otras óperas de su repertorio creen que raya á la misma altura en *Mefistófeles*, *Romeo y Julieta*, *Caralleria Rusticana*, *Amico Fritz*, *Simón Bocanegra*, *Aida*, *Carmen*, *Tannhaüser* y *Profeta Velato*.

»A pesar de su talento y de la reputación que ha conquistado en tan poco tiempo, el Sr. Viñas es un artista de gran modestia, cualidad rara entre los cantantes de nuestros días y que le hace más digno del favor del público.»

Publicamos el retrato del Sr. Viñas en la pág. 276.

G. REPARAZ.

FASTOS DE LA PEREGRINACIÓN ESPAÑOLA.

SUMARIO.

Italia en Abril.—Expectativas anhelosas que ofrece la romería española.—Las beatificaciones en San Pedro.—Discursos del Pontífice y del Cardenal Arzobispo.—Visita á las Basílicas.—Las grandiosas escenas de San Pedro.—Roma y los peregrinos de España.



ITALIA y Roma han tenido el privilegio durante el mes de Abril de atraer la atención de Europa. No se habían extinguido aún los últimos ecos del Congreso Médico internacional, cuando llegaron á Venecia los Reyes de Italia y el Emperador de Alemania; el cual tan impresionado queda del asombroso y poético panorama del Canal grande, cuando al pie de los palacios Dandolo, Loredán, Moncenico y Tiepolo miles de góndolas iluminadas improvisan la más poética de las serenatas, que le falta tiempo para telegrafiar á la emperatriz Victoria, llamándola á gozar de tales encantos, ante los cuales se olvidan las preocupaciones de la política europea.

Son ajenas éstas también á la entrevista de Margarita y Humberto de Saboya con la Reina de Inglaterra, Emperatriz de las Indias; quien á su vez, partiendo para asistir á las bodas de sus nietos á orillas del Rhin, lleva de la fascinadora ciudad de los Médicis memorias que la afirman en su propósito de pasar anualmente los comienzos de la primavera en su preferida Florencia. Pero asambleas tenidas por los hijos de Esculapio, entrevistas de emperadores y de reinas, todo queda en segunda línea, sobre todo á los ojos de los católicos y de los españoles, ante el efecto producido en Roma por la peregrinación de los hijos de la patria de Recaredo y de San Fernando; impresión que acaso hubiera podido ser más profunda, no obstante su grandeza, si, como lo deseaba el Papa y los organizadores en España de esta admirable romería, los quince mil católicos españoles hubieran podido presentarse juntos á Su Santidad. Para comodidad de tal muchedumbre de fieles de una sola nación (no alcanzaron tal cifra las romerías de Italia y Francia durante los dos jubileos), León XIII lo había previsto todo, abriendo sus edificios hospitalarios de Santa Marta, instituto modelo, al hospedaje de los romeros; arbitrando para recibirlos vastos locales en Santa María y San Juan de Letrán y palacio Altemps, haciendo que en el Belvedere Vaticano se preparasen mañana y tarde dilatadísimas mesas, donde dos mil peregrinos podían reunirse en banquete obrero y cristiano, y enviando centenares de lechos á nuestro Monserrat y á los monasterios de España en Roma. Pero era dificilísimo sustraerse á las primeras preocupaciones causadas por ciertos vientos de discordia y agitación que en algunas ciudades españolas precedieron á los acontecimientos eternamente deplorables de Valencia, casi coetáneos con las precauciones tomadas en Roma y las comunicaciones cambiadas entre el Quirinal, nuestras dos Embajadas y el Gobierno de Madrid. Éste, atendiendo á indicaciones de aquél, manifestó á los organizadores de la romería su deseo de que se dividiera en dos ó más grupos, á lo que se resistían, como si teniendo merecida fe en la sensatez de los romeros españoles y en la actitud dignísima del pueblo romano, adivinasen que aun los italianos más hostiles al Papa sabrían respetarse respetando á los peregrinos.

No entraré á averiguar si desde el Grande Oriente Masónico, establecido en este palacio Borghese, mansión un día del Pontífice Pablo V, partió alguna instrucción á las logias españolas, para que á toda costa se evitase el efecto inmenso de la peregrinación hispana en favor del Vicario de Jesucristo, y pudieron ejercer deletéreo influjo en ciudad tan cristiana como la del Cid y Jaime el Conquistador. Confieso que las medidas, deseadas más que exigidas, por el Gobierno itálico y benévolamente secundadas por nuestros Embajadores cerca del Quirinal y Vaticano, con el asentimiento del Gobierno español, tenían cierta razón de ser, recordando lo sucedido el 2 de Octubre de 1891 con los romeros franceses, á pesar de no ser éstos la mitad de los que de España se esperaban, y el descubrimiento de bombas explosivas, alguna de ellas de aterradora grandeza, hecho en los primeros días de Abril en la capital de Italia. ¿Cabía el temor de que, así como el anarquismo revolucionario se ensayó en el Parlamento italiano para producir, en el Cuerpo Legislativo francés y en el templo de la Magdalena de París, destrozos que pudieron ser terribles, otros elementos que á su espíritu anárquico internacional unen la impiedad y el odio al catolicismo, aprovechasen la reunión de inmensas muchedumbres en San Pedro para sus infames proezas?

Conceptos poco prudentes de un periódico ultramontano español, exagerados por el laconismo telegráfico, habían herido las fibras harto sensibles de los revolucionarios italianos. Cualquier acto, aunque no fuese tan grave como el de aquel romero francés de 1891, ante el sepulcro del rey Víctor Manuel en el Panteón de Agripa; algún grito ofensivo á la unidad, á la soberanía ó á las instituciones de Italia, podría suscitar un conflicto. Nada de lo que se temía ha sucedido. A pesar de que el entusiasmo de los peregrinos se ha mostrado más ardiente que nunca, y de que las bóvedas de la Basílica han retumbado al grito de: *¡Viva el Papa-Rey!*, la policía no ha tenido que intervenir. Ni una sola demostración sediciosa se ha realizado en los Foros de la capital de Italia, ni se ha agitado una bandera fuera del templo Vaticano, renunciando los peregrinos hasta al natural deseo, que habían satisfecho otras muchas romerías de Hungría, de Polonia, de Germania y de los Rutenios, de llevar al pecho una cruz bordada en los diversos colores que distinguían á las diferentes regiones de España, obedeciendo así, con instinto admirable, las recomendaciones vivísimas que en este sentido hizo el mismo León XIII al Cardenal-Arzobispo de Sevilla en la primera audiencia amorosísima que concedió á este Príncipe de la Iglesia, como lo hizo más tarde á los principales organizadores de esta romería memorable en los fastos vaticanos, Arzobispo de Valencia y Marqués de Comillas; de los cuales el último ha recibido ya, con las frases más cariñosas, la bien ganada gran cruz de Cristo, y el metropolitano Mons. Sancha parece destinado, según la prensa de Roma, á ser elevado á la púrpura en el Consistorio de San Pedro. Distinción ésta, entre paréntesis, merecidísima del Prelado y de España, y que coincidirá con otros dos *Capelos* ofrecidos á Francia, al celebrar la futura beatificación de Juana de Arco. Volviendo á mi relato, consignaré con satisfacción el hecho, señalado por diversos diarios de Roma, de que varios de los españoles, visitando el Panteón de Agripa, inscribieron sus nombres en el libro abierto junto á la tumba de Víctor Manuel, mientras representantes de la prensa española venidos con la romería, desde que al desembarcar en Civita Vecchia contemplaron de qué manera cordial eran acogidos, telegrafiaron su gratitud á toda la prensa itálica; de igual manera que al despedirse en las estaciones de las Termas Dioclecianas y del Trastevere, gritaron los mismos que aclamaban en San Pedro al Santo Padre: ¡Viva Italia y viva Roma! en demostración de gratitud. Manifestación de la cual se ha hecho dignísimo intérprete en estos días, cerca del Gobierno del Rey, nuestro embajador Conde de Rascón; el cual, en todo este negocio de la peregrinación española en Roma, y secundando el voto inspirado y sabio de nuestras Cortes, ha marchado en perfectísimo acuerdo con su colega y representante de España Sr. Merry del Val, objeto á su vez de las más altas distinciones de afecto por parte del Santo Padre y de los romeros de todas las categorías sociales.

Algo impresionó á los primeros peregrinos el espectáculo del antiguo puerto pontificio al desembarcar en Civita Vecchia, viendo las numerosas tropas de *Bersaglieris* y de la que es aquí guardia civil, cubriendo la carrera desde el muelle hasta la estación del ferrocarril, al propio tiempo que dominaban las alturas de la ciudad. La extrañeza por este aparato, expresada de manera benévola por algún alto funcionario español, cesó inmediatamente al oirse que se habían querido evitar, no ya manifestaciones que el Gobierno italiano no temía de los romeros de España, sino el que elementos revolucionarios italianos, para ocasionar conflictos, imitasen en tierra itálica las escenas de Valencia. Disipadas tales aprensiones, al llegar éstos, como los sucesivos peregrinos, á Roma, no han visto el menor aparato de fuerza, habiendo estado la plaza de San Pedro completamente entregada á la muchedumbre de católicos, así españoles como romanos y de todas las naciones del orbe, que se dirigían á la majestuosa basílica.

Antes de entrar en ella deseo consagrar alguna frase á una de las escenas más bellas de esta romería, ocurrida á bordo del vapor *Montevideo*, en ese mar Mediterráneo que enlaza las naciones latinas y á éstas con el Oriente. Impresionados aún con los sucesos de Valencia, los romeros que constituían corona del ilustre arzobispo Mons. Sancha quisieron desagraviar á Dios y á la Virgen de los Desamparados, patrona de su ciudad, por el triste espectáculo de que fué teatro la ciudad del Cid. Alcanzada por telégrafo del Santo Padre la autorización para exponer el Santísimo Sacramento á bordo de la nave, se improvisa bellísimo altar en su popa, donde, celebrada misa solemne, hacen la guardia orando sacerdotes, peregrinos, marineros, y las damas mismas que constituyen parte de la romería. Los efectos del agitado golfo de Lyon y de una leve tempestad de primavera se habían hecho sentir en el oleaje del buque: pero cuando éste hubo entrado en ese mar de la Cornisa, que parece un lago, y se aproximó, con el Ave María, la caída de la tarde, serenóse el tiempo y pudo organizarse la procesión del Santísimo Sacramento. La bandera española, sostenida por ocho remos que llevan los grumetes del *Montevideo*, sirve de palio. La música del Patronato de la Juventud Obrera y Católica Valenciana entona armonías religiosas, mientras el Orfeón las acompaña con el himno que más tarde repetirán en San Pedro, acentuando la promesa de que la fe no perecerá jamás en España. Los estandartes de la peregrinación, uno de ellos con la imagen de la Virgen, se despliegan al viento, y, en medio de sacros cánticos, el Prelado da la bendición, que saludan con sus descargas los pequeños cañones que los buques de la Transatlántica llevan á bordo y las campanas de la embarcación. El espectáculo es de una belleza encantadora. Diríase que aquellos peregrinos son cruzados que, guiados por la fe, van á la conquista de una nueva Jerusalén; hijos de aquellos que, á las órdenes de excelsos capitanes de España y de Italia, vencieron en Lepanto, ó que, estando en las aguas de esa Liguria, cuyas brisas respiró en la infancia Cristóbal Colón, desean reproducir las legendarias escenas del descubridor de la América, al orar ante los altares en el proceloso Océano.

°°°

Las grandiosas ceremonias vaticanas que tantas veces he descrito en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, venían celebrándose desde el último Concilio ecuménico, precursor de los grandes sucesos que mudaron la faz de Roma, ya en los templos, á cuyas órdenes monásticas pertenecían los Santos ó Beatos, ya en el Aula Sacra, elevada sobre el pórtico de San Pedro, adorada cuando el primer Jubileo sacerdotal de León XIII. Pero esto ofrecía, para el caso, el inconveniente de que no podía contener más de cinco mil fieles. León XIII quiso, sin embargo, que presencien la fiesta en honor del maestro y confesor de Santa Teresa de Jesús todos sus amados hijos de España, y de igual manera que aceleró los trámites del proceso de beatificación de Fray Diego de Cádiz, el protector de los pobres y el apóstol de Andalucía, determinó que, como en tiempos más felices para el Pontificado, se verificase esta gran solemnidad en la Basílica madre de la cristiandad. Mandó adornar el templo con las riquísimas colgaduras de damasco y de terciopelo encarnado con franjas de oro que se hicieron en tiempo de Alejandro VII, y los artistas más famosos de Roma dispusieron la fastuosísima iluminación propia de tal fiesta. Al pie de la admirable capilla de San Pedro veíase el altar espléndido elevado al nuevo beato Juan de Avila; sobre la cátedra ó silla del Príncipe de los Apóstoles, el cuadro, obra del pintor romano Luis Grillati, representando la elevación á los cielos, alzándole los ángeles, del Doctor insigne de España. Del propio artista son los dos lienzos que, destacándose en medio de las ricas colgaduras de la capilla y de sus *girandolas* de luces, reproducen los dos milagros debidos á la intercesión del Beato: la salvación de una enferma desahuciada, después de darle la comunión, y la de un obrero sepultado en profunda y peligrosa mina, como si se quisiera, evocando este recuerdo, decir á los miles de obreros españoles que contemplaran este inspirado lienzo que la religión y sus sacerdotes serán el mejor escudo contra sus desventuras y penalidades. La estatua de bronce de San Pedro ha revestido la preciosa tiara, regalo de una reina de España, y el manto pontifical, esmaltado de brillantes, zafiros y esmeraldas. El golpe de vista que presenta el primer templo del orbe católico se ofrece estupendo á los miles de peregrinos, como al concurso de católicos que, á decenas de miles, entran el domingo 13 de Abril en San Pedro.

Fuerza me es pasar rápidamente por la primera misa de la beatificación, precedida de bella procesión á través del templo; de la lectura de la larga Bula pontificia que lee el archivero vaticano, relatando con frases honoríficas para la católica España los hechos y virtudes del venerable Juan de Avila, y evocando toda la causa de su beatificación, que León XIII se declara dichoso de haber podido ultimar. El prefecto de la Sacra Congregación de Ritos, cardenal Aloisi Massella, pronunció las frases de rito, en virtud de las cuales los sacerdotes pueden unir la oración al Beato en el *Oremus* de la misa que celebra el vicario de San Pedro, Mons. Fansh, auditor santísimo del Pontífice. Al *Gloria in excelsis*, cantado, como toda la misa, de manera bellísima, por la capilla Julia, que dirige el maestro Meluzzi, se rasgan los velos que cubren el cuadro del Beato ascendiendo á los cielos. Es el instante en que irrumpe alegre y gozosa la primera aclamación de los romeros españoles, que reservan ovación más profunda para la función pontificia de la tarde.

Llega al fin este suspirado momento. En la Basílica, donde alfombra de plantas y flores en el vallado cubierto de damasco rosa, por el cual pasa el Pontífice, acrece el bello cuadro del templo, se agolpan hasta sesenta mil católicos de España, de Italia y de todas las naciones, no dejando otro espacio que el que debe recorrer el cortejo pontificio, el que rodea al altar de la Confesión, donde lucen las cien lámparas eternas del sepulcro del Apóstol, y los candelabros incomparables cincelados por Benvenuto Cellini, bajo aquellas columnas de bronce y oro que ideó Miguel Angel. En las tribunas, las más altas representaciones de España y de su peregrinación; el Sacro Colegio casi al completo en la parte que reside en Roma; los numerosos prelados españoles, presididos por su Príncipe de la Iglesia· el patriciado romano y los príncipes soberanos Maximiliano de Baden y Federico de Prusia. Se ven numerosos uniformes de maestrantes y de las órdenes militares de nuestra patria; estudiantes de las más ilustres Universidades, con los antiguos trajes pintorescos, los de las diversas regiones de nuestro país, divisas de gentileshombres y otros cargos de Palacio y de las Academias de España, el morado de los Prelados, los de las órdenes religiosas y las túnicas variadas del ejército español.

He descrito sobradas veces los cortejos pontificios entrando en San Pedro con su silla gestatoria y toda la grandeza de la corte del Papa, para haber de decir lo que era el del domingo 15 de Abril, saliendo de la capilla de la Piedad de Miguel Angel, hasta recorrer el dilatadísimo trayecto que va al altar de la Cátedra. Pero jamás, jamás, ni en las solemnidades de la última Pascua celebrada por Pío IX, rey y pontífice, que presencié, ni en ninguna de las magníficas funciones de los dos Jubileos sacerdotal y episcopal de León XIII, he contemplado escena más conmovedora y sublime, y ovación más grande y delirante que la hecha por esta peregrinación española al Vicario de Jesucristo. Sólo encuentra comparación con la de su misa pontifical tres días después. Apenas se ha divisado sobre la silla gestatoria aquella figura que parece una estatua salida

del sepulcro, aquel rostro pálido y blanco, pero que, emocionado hasta lo infinito, parece recibir de impulso celestial y supremo, con la bondadosa sonrisa que aparece en sus labios, una fortaleza sobrenatural que acentúa el gesto amplio de su bendición y de su actitud amorosa hacia su peregrinación predilecta, una tempestad de aplausos, de aclamaciones y de vivas se unen al agitar de los pañuelos, á las lágrimas que asoman en casi todas las peregrinas y aun en muchísimos romeros y demás fieles, espectadores de este cuadro estupendo. El clamor general es el de viva el Santo Padre, uniéndose á él los vivas al Papa-Rey, al Pontífice de las tribulaciones, al Príncipe de los Príncipes, al Soberano de la Ciudad Eterna, al Papa de los obreros y de los desvalidos, mezclándose con el grito en favor de la España católica. Aclamación que no cesa durante veinte minutos; que es preciso suspendan los ruegos de los Prelados y de las guardias Noble, Palatina y Suiza, para que el Papa, llegado á la Cátedra de San Pedro y arrodillado ante el altar del nuevo Beato, pueda decir sus oraciones, entonar un *Te Deum*, al que responden con los cantores pontificios cincuenta mil voces, entonar la letanía Lauretana y acoger los homenajes de los postuladores de la causa del beato Juan de Avila, entre los cuales cabe puesto distinguido al Procurador general de los Trinitarios Descalzos de España en Roma. A los homenajes sigue la presentación de las ofrendas: un relicario con memorias del Santo; el libro de su vida; las áureas jaulas con pájaros cantores, y un magnífico ramo de flores que León XIII quiere colocar al lado suyo al ascender de nuevo á la silla gestatoria, desde donde bendice al pueblo, delirante en sus manifestaciones de amor, y durante el largo espacio de tiempo que por su deseo emplea hasta ocultarse tras las ricas colgaduras de la capilla de la Piedad. ¡Qué espectáculo asombroso el del templo y después el de la plaza de San Pedro! No tengo noticia de si se ha realizado el bellísimo pensamiento, iniciado en un diario de Madrid, de encargarse por el ilustre magnate, principal organizador seglar de esta romería inolvidable, que reprodujese en el lienzo el cuadro de San Pedro el inspirado pincel de nuestro gran Pradilla. Pero bien puede afirmarse que jamás escena tan sublime se ofrecerá á la paleta inmortal del artista de *Isabel la Católica entrando en Granada*.

Conde de Coello.

Concluirá.

EL PRESENTE JUZGADO POR EL PORVENIR.



La aplicación del vapor constituyó la principal gloria del siglo XIX. La aplicación de la electricidad como fuerza motriz es, sin duda alguna, la verdadera causa del progreso que, en el orden material, hemos alcanzado en el siglo XX.

A los ferrocarriles, obras costosísimas y largas, particularmente en los terrenos quebrados, han sucedido la vías férreas aéreas, sostenidas por esbeltas columnas, sobre las cuales, salvando agrias pendientes que hacen innecesarios los túneles y las curvas, deslízanse coches colgantes arrastrados por aparatos eléctricos, con velocidad vertiginosa. Los buques de vapor, que requerían grandes depósitos de carbón y máquinas pesadísimas, han cedido el puesto á las ligeras naves que hoy surcan todos los mares, impulsadas por la electricidad acumulada, merced á un sencillo artificio que ocupa poco espacio y desarrolla considerable fuerza. Utilizada ésta por todas las industrias y la agricultura, perfeccionados los procedimientos de la fabricación, reducidos en extremo los precios de transporte, los productos manufacturados y naturales han disminuído de tal suerte de su valor, que muchos de ellos, calificados de lujo en el siglo precedente, se han puesto en el nuestro al alcance de las más modestas fortunas, demostrando así que artículos ó mejoras que en una época se juzgan como exceso y demasía en el regalo, los convierte después la baratura en objeto de general consumo.

Nuestros abuelos habían creído realizar un gran progreso con los ferrocarriles. Lo eran en efecto, si se comparan aquellos medios de locomoción con las diligencias, que á su vez habían sido un notable adelanto comparadas con las galeras aceleradas; pero ¿qué dirían los hombres del siglo XIX si resucitasen ahora, á fines del XX, y viesen en la práctica las varias y múltiples invenciones basadas en el motor eléctrico? En aquella época se empleaban, por ejemplo, treinta y tres horas mortales en recorrer la distancia que separa á Madrid de París, y para hacer el viaje era preciso sujetarse al reglamentarismo de las compañías, á la tiranía de sus itinerarios y á todas las incomodidades que trae consigo vivir ó viajar en colectividad, siquiera sea por breve espacio de tiempo, cuando hoy se toma un vagón *á la hora*, como antiguamente se tomaban los coches de plaza, y de sol á sol se puede hacer una excursión de ida y vuelta entre las capitales de España y Francia.

El principal defecto de que, en nuestro entender, adolecía el siglo anterior, era que se sacrificaba el individuo á la colectividad. El ómnibus, el tranvía, el tren, el buque de pasajeros, la mesa redonda, el taller, la fábrica, constituían una verdadera esclavitud para el individuo, que debía humillarse ante la inflexible autoridad del silbato ó de la campana. Nuestra época, con sus grandes progresos materiales, ha contribuído á fundar la verdadera libertad, la que hace al hombre señor de sí mismo y le emancipa en cuanto cabe dentro del orden social, en que forzosamente hemos de vivir, del despotismo de la asociación.

Hasta la cuestión de las clases obreras, pavoroso problema que embargaba el ánimo de nuestros abuelos, se ha resuelto con el fraccionamiento y baratura de la fuerza y la subdivisión del trabajo hasta sus últimos límites, con lo cual las casas de los operarios se han convertido en verdaderas fábricas, anulando así los grandes establecimientos industriales.

Como nada contribuye tanto á los adelantos morales de un pueblo como el progreso material, no deben sorprendernos los que en el espacio de una centuria se han realizado en nuestra España.

La situación de ésta, considerada desde el punto de vista político, era, á los ojos de la severa crítica, harto lamentable en el último tercio del siglo XIX.

Si se ponía término á las contiendas civiles que fácilmente encendían el carácter belicoso y aventurero de las masas, la ardiente sed del ideal en unos, la esperanza de medro personal en otros, seducidos por perniciosos ejemplos, y siempre el espíritu de rebelión, encarnado en un pueblo víctima de los caprichos del poder, de la lentitud de la justicia, de la inercia de la administración y de las durísimas cargas del Estado; imperaba la guerra mansa de las parcialidades políticas, que se disputaban con ensañamiento el manejo de la cosa pública, sin reparar en promesas para alcanzarlo.

Y mientras los gobiernos, obligados por el instinto de la propia conservación y por el interés de bandería, gastaban su actividad y su fuerza en esas luchas intestinas, otras potencias de Europa marchaban resueltamente en pos de sus ideales, desenvolviendo una política internacional con la diplomacia y con las armas que debía tener por coronamiento la constitución de grandes nacionalidades fundadas en la unidad geográfica y en la necesidad estratégica.

Los nobles propósitos con que algunos estadistas ilustres pretendían sacar á España de su postración degeneraban en cruel escepticismo: si tenían fuerza para restablecer el orden material, retrocedían pusilánimes ante la empresa de volver, sin lastimosas hipocresías, por los fueros del sentido moral y del sentido jurídico.

Los adversarios del sistema que constituía la base de la organización del Estado achacaban á aquél los defectos que acaso no tenían más origen que las flaquezas de los gobernantes.

Estos á su vez, alardeando siempre de profundo respeto á la legalidad, apelaban con frecuencia á medidas arbitrarias; y si alguno sentíase acometido de remordimientos, quizás tranquilizaba fácilmente su conciencia política considerando lícito extralimitarse en la aplicación de las leyes y aun falsearlas, suponiendo á los administrados sin virtudes cívicas y de suyo propensos á eludir y á no respetar aquéllas.

Los que aceptaban un mismo principio fundamental y disentían en los de orden secundario, reñían incesantes batallas, más enconadas cuanto más afines eran los contendientes, creyendo con dudosa buena fe que defendían ideas, cuando en el fondo no disputaban más que personas.

En esta época, en que se ha realizado un gran progreso en las costumbres políticas y en la administración pública, no puede menos de maravillarnos la perversión y falta completa de todo sentimiento de justicia que presidían á la provisión de los destinos públicos y á las relaciones entre el Estado y el ciudadano. El valimiento, el favor y la recomendación eran la fuerza suprema que daba movimiento é impulso á aquel mecanismo oficial. Aun los espíritus más rectos y justicieros no podían sustraerse al medio ambiente en que vivían, y acaso sin darse cuenta de ello muchas veces se hacían cómplices de la iniquidad cediendo á un falso deber de agradecimiento, á una exigencia de la amistad ó á una atención de la galantería.

El caciquismo que imperaba en los pueblos señoreándose de los Ayuntamientos y de las Diputaciones provinciales, á su calor nacidos, sometía á la dura ley del vencedor al adversario político ó personal, con el encarnizamiento y el encono propios de las luchas locales; y el representante del poder central en las provincias, que no podía prescindir de estas fuerzas para el triunfo de los candidatos que recomendaba el Gobierno, transigía fácilmente con ellas, y las más veces era en vano reclamar justicia de quien carecía de autoridad moral para aplicarla.

Los ciudadanos acabaron por perder la fe en la justicia administrativa, creyendo sólo en la eficacia de las influencias, habiéndose impuesto de tal suerte la costumbre de las recomendaciones, aun con los más frívolos pretextos, que hubiera parecido notable falta de cortesía en un hombre urbano no prestarles por lo menos hipócrita atención y aparente acogida. Y ese afán de apelar al favor lo invadía todo: sus importunidades ni siquiera respetaban la santidad de los tribunales, á los que se reclamaba justicia con la imposición de influencias políticas ó sociales, como si aquélla pudiera torcerse y quebrantarse, lo cual en el fondo argüía una grave ofensa á la rectitud de los magistrados.

Debe, sin embargo, negarse, y dicho sea en honor de la verdad, que los hombres públicos se convirtiesen en dóciles instrumentos de injustas pretensiones, cediendo al torpe móvil de la codicia: sus debilidades nacían del interés político, del espíritu de parcialidad, de una deuda de gratitud, del amor de familia ó de la benevolencia del afecto. Los caracteres más refractarios á la venalidad del favor prestaban fácil oído al soborno del sentimiento.

Y mientras el arte de la política se basaba en las complacencias personales, la administración arrastraba vida lánguida y perezosa, siendo la inestabilidad burocrática el más funesto de sus males. Acrecentábanse de día en día los gastos del Estado, porque no había ministro con fuerza ni voluntad bastantes para reorganizar de una manera radical los servicios, ante el temor de enajenarse el apoyo de los régulos del Parlamento, de herir intereses de localidad, de lastimar el espíritu de clase, mayormente si se trataba de institutos armados ó de evocar el más pavoroso de los fantasmas: la cuestión de orden público.

Tal era el miedo que ésta inspiraba, que casi todas las iniquidades cometidas por los gobiernos y su falta de iniciativa para corregir ciertos abusos, no reconocían más causa que el recelo de conflictos acaso más imaginarios que reales.

La autoridad, el prestigio, la fama de hacendista buscábanse, no en el planteamiento de reformas trascendentales que cambiasen los gastados organismos, base de una administración anacrónica, indolente y á veces absurda, sino en los arrebatos y en las audacias, encaminados á vejar más y más al país, agobiado bajo el peso de tributos superiores á sus agotadas fuerzas.

La obstinación que engendra la ajena resistencia, el amor propio que se complace sólo en las satisfacciones del orgullo, el falso sentimiento de la realidad que ciega y perturba las más claras inteligencias, eran poderosa parte para que, en aquellas batallas continuas entre gobernantes y gobernados, el poder degenerase en arbitrario, caprichoso y tiránico, imponiendo su voluntad á las clases contribuyentes, á despecho de las quejas generales de éstas, que pedían en vano ministros de Hacienda prácticos, equitativos administradores del Estado, y no agentes ejecutivos, más atentos al éxito del momento, al aplauso de la especulación bursátil y á la alabanza de la exótica conveniencia que á las necesidades de lo porvenir y al respeto y consideración de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

Y para conseguir tales triunfos, de los cuales eran ostentoso trofeo los estados de recaudación en la *Gaceta*, falsos á veces, amañados otras y artificiosos casi siempre, se apelaba á irritantes procedimientos, inspirados en las argucias y sutilezas de la mala fe vergonzante.

Ya se vulneraba el espíritu y la letra de las leyes votadas en Cortes, con reglamentos dando torcida interpretación á aquéllas; ya se encarecía á los empleados del fisco la necesidad de que desplegasen exagerado é inicuo celo en sus funciones; ya se aplazaba, sin miramiento á la justicia, la resolución ó el pago de créditos contra el Tesoro; ó ya se entorpecían, en fin, con manifiesta malicia las reclamaciones de las víctimas de la burocracia fiscal ó acaso del odio de los adversarios políticos.

Parecía natural que las leyes tributarias fuesen redactadas con la mayor claridad; pero de intento, al parecer, los mismos ministros que debían reglamentarlas, llevados del afán de favorecer los intereses de la Hacienda, procuraban sembrar la confusión en su propia obra, para dejar abierto y expedito el camino de las más caprichosas y exageradas interpretaciones.

Los preámbulos y exposiciones de las leyes y decretos se repetían con la misma monotonía, los mismos lugares comunes y la misma vaguedad en los conceptos. Si aquellos documentos, en los cuales se ofrecía á manos llenas la felicidad al país ó el perfeccionamiento de la administración, care-

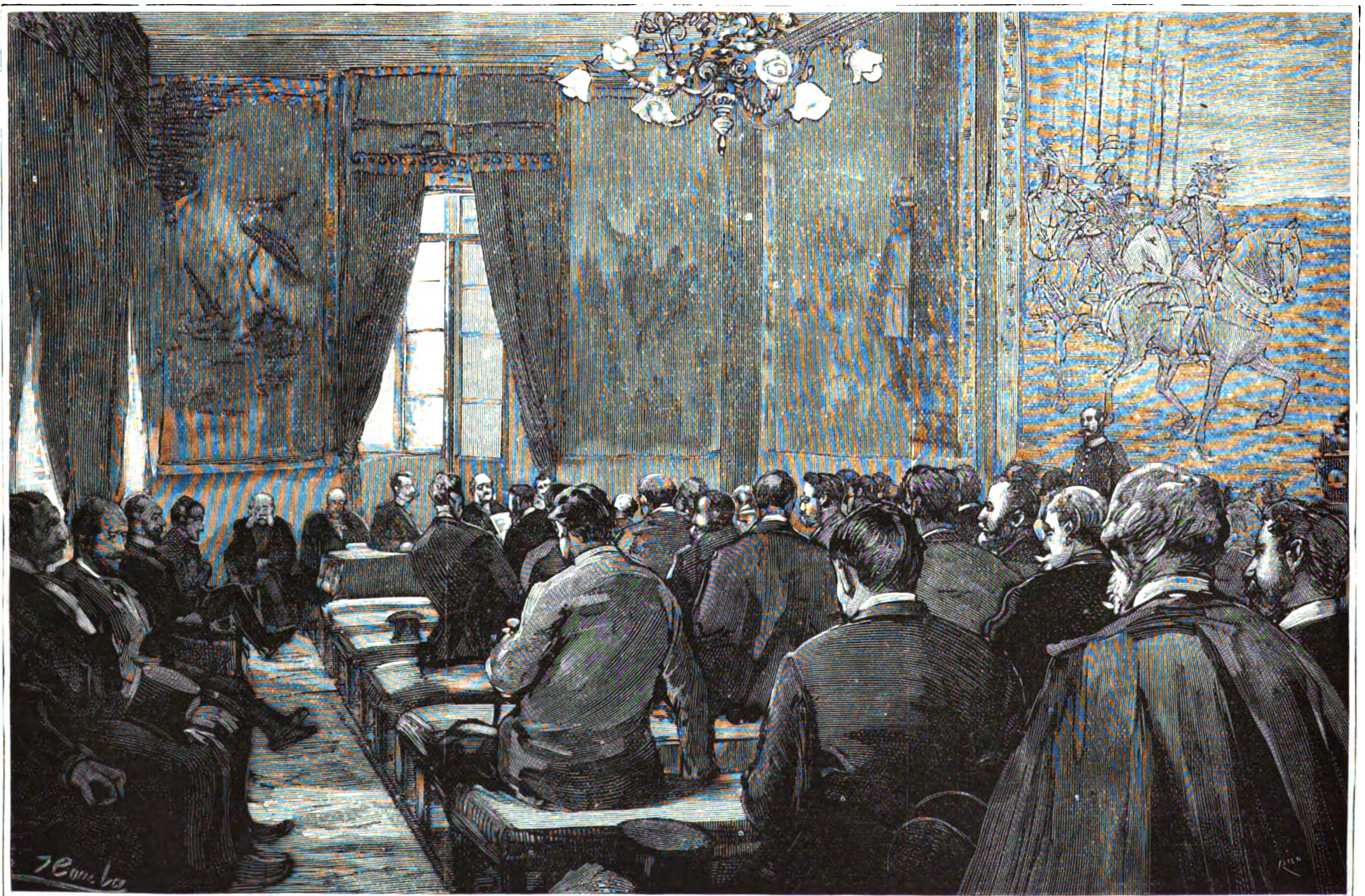
MADRID.—INFORMACIÓN ANTE LA COMISIÓN DE TRATADOS, EN EL SENADO.



EXCMO. SR. D. JOSÉ GARCÍA BARZANALLANA,
PRESIDENTE DE LA COMISION.
(De fotografía de la Sociedad Artístico-fotográfica.)



EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOCHALES,
SECRETARIO DE LA COMISIÓN.
(De fotografía de D. Fernando Debas.)



LA SECCIÓN CUARTA DEL SENADO, DONDE LA COMISIÓN REALIZA SUS TRABAJOS.
(Del natural, por Comba.)

cían generalmente de sinceridad, en cambio faltaba en los lectores el propósito de dejarse convencer. ¡Estéril convencionalismo! ¡Conjunto de frases, sin el encanto siquiera de la forma, arrojadas al universal escepticismo! ¡Tal era casi siempre la literatura oficial!

La oratoria de las Cortes españolas no tenía rival en el mundo civilizado; pero si rayaba á la mayor altura en el grandioso concepto del arte, jamás fué más sospechosa su utilidad en los asuntos económicos. Si se discutían los presupuestos, para lo cual el tiempo apremiaba siempre, los oradores eminentes mostraban viva repulsión á descender al árido terreno de la aritmética.

¡Y sin embargo, el sentido utilitario y práctico debía imponerse al fin en los destinos de España!

No en vano era ésta una nación europea, y por lo tanto estaba condenada á perecer, ó á seguir la suerte y las vicisitudes del resto del Continente.

Al socialismo de Estado, consuencia lógica y natural de los grandes armamentos, sucedió la miseria inevitable de los pueblos; y el ejemplo, el pernicioso ejemplo de arriba, trascendiendo á las clases obreras, conmovió los cimientos sobre los cuales descansa la obra secular de las sociedades civilizadas. Somos el Estado, dijeron la política, la milicia y la burocracia, y queremos ser el Estado, repitió el proletariado; pero cuando éste, fiando en el número, se proclamaba vencedor, la discordia puso de manifiesto la inestabilidad de las agrupaciones humanas que no se fundan en el principio del orden y de la disciplina.

Vencida la causa que tantos temores y sobresaltos inspiraba á fines del siglo XIX; el progreso de las ciencias; la facilidad, rapidez y baratura de las comunicaciones; la subdivisión del trabajo, que recobró el carácter doméstico en las industrias que lo permitían; la depreciación creciente del capital con el aumento del ahorro y de la riqueza; el desarrollo considerable de la instrucción pública; el sentimiento del deber y de la propia conciencia inculcado en el corazón del pueblo, y sobre todo el sentido práctico y el espíritu de rectitud, de justicia y de equidad que lograron imponerse en las esferas del poder, contribuyeron en gran manera á la regeneración de nuestra patria; verificándose entonces el consorcio admirable y armónico, gloria de la edad presente, del Estado, representación sincera y genuina de todas las clases, de todos los intereses y de las generales aspiraciones, con la libertad individual, en su concepto más elevado, dentro del derecho.

Nilo María Fabra.

LA REAL ARMERÍA.

HISTORIA DE LA COLECCIÓN.



N poco tiempo los museos más importantes de Madrid han experimentado una renovación de vital interés para su notoria utilidad y su creciente merecido renombre: el *del Prado* ha inaugurado su sala de honor, llamada «de Isabel II», reconstruída y decorada, y su sección de Escultura ordenada de suerte que hoy se ofrecen en ella con la debida instructiva separación las obras «del antiguo» y las de la era moderna que comenzó con el Renacimiento; la Real Armería acaba de ser instalada en un local construído y acomodado al intento, en el ala occidental de la plaza de Armas; el Museo Arqueológico abandona por fin su casa provisional y mezquina de la calle de Embajadores para acomodarse en los amplios salones que se le han destinado en el palacio levantado en el paseo de Recoletos para contener parte muy principal y preciosa de los tesoros literarios, artísticos é históricos de la nación.

¡Ojalá consigan tan saludables mejoras atraer á las desiertas salas de nuestros museos la masa común del público, y despertar en ella amor á las artes, respetuosa admiración por los hombres y las cosas de los tiempos pasados, fomentar, en fin, la cultura general por los medios positivos y tangibles que los museos ofrecen! Hora es ya de que ese público comprenda que no son los museos lugares de pasatiempo, que las naciones sostienen por el vano deseo de perpetuar romancescas leyendas, sino que son las fuentes purísimas de la enseñanza del ayer, que el hombre no puede despreciar sin renegar de su origen. Hora es ya de que se comprenda cuánto mejor es aprender las tradiciones del arte, de la ciencia, de las creencias y de las costumbres, etc., examinando directamente las reliquias históricas, que no leyendo los libros de los historiadores modernos, que sólo pueden servir de guía ó de auxiliar.

Ciertamente, la colección de armas de nuestros reyes estaba más necesitada que ningún otro museo madrileño de una renovación y de un cambio, no precisamente de local, sino de aire purificador para las clasificaciones de su Catálogo, pues en esa colección, con más motivo que en otras, las romancescas leyendas habíanse adherido al moho de las armaduras y de los ofensivos aceros que la componen, en términos, que los sucesivos catalogadores, salvo el primero y el último, apenas habían dejado pieza sin atribuir á algún personaje famoso de nuestras crónicas caballerescas; y cuanto más absurda era la atribución, más se afanaron en autorizarla con peregrinas probanzas. De antigua fecha imperaba en la Armería la legendaria tradición, y de antiguo viene el dudar de ella. Ambas cosas nos demuestra el inmortal Cervantes cuando pone en boca de su *Don Quijote* (1), eterno defensor de los libros de caballería, estas expresivas palabras: «¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy día se ve en la *Armería de los reyes* la clavija con que volvía el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca.....» Timón de carreta debía creer Cervantes lo que sus contemporáneos aseguraríam á puño cerrado ser la clavija manejada por Pierres; pero en cuanto á la silla del Cid, debió ser más crédulo el Príncipe de los ingenios, pues harto lo han sido en este punto y en otros análogos las sucesivas generaciones. No nos detendremos, por hoy, á enumerar todas las falsas atribuciones, ya por fortuna desvanecidas; mas no callaremos que el origen de todas ellas ha sido la infantil creencia de que las antigüedades nada valen si no fueron objeto de la pertenencia de tal ó cual personaje célebre en la Historia, y las armas menos aún si no son gloriosos trofeos de que el patriotismo pueda envanecerse.

Hemos hecho referencia al primer catalogador de *la Armería*, y en verdad que si le hemos dado ese nombre es porque más responde á los fines de un catálogo que á los de un inventario su obra, aunque ni lo uno ni lo otro es propiamente, sino un álbum de dibujos acuarelados que reproducen con sinceridad y detalle de catalogador todas las piezas que componían la rica Armería del emperador Carlos V, compuesta no sólo de las armas de uso del vencedor de Pavía, sino de algunas otras, entre ellas las que el dibujante indica con el letrero «viejo que vino de Flandes», banderas, pertrechos, etc. Ignoramos quién fué el autor de este álbum ó álbums, pues existen dos ejemplares de la misma mano, el cual autor debió ser un sujeto que, á la práctica de dibujar con fidelidad, sin duda unía el conocimiento técnico de las armas. Lo que salta á la vista es que tal obra se hizo en el siglo XVI, y que no se hizo por capricho, sino para dar ó tener cuenta escrupulosa de las piezas que componían la colección, pues junto al dibujo de alguna espada, punta de lanza ó pieza análoga, se lee, en un castellano algo afrancesado: «*XII de esta fasseson*», «*XXIII de esta fasseson*», etc. Hojeando este álbum se comprende que el siglo XVI se mostró, en materia de catalogación, mucho más práctico que el siglo presente, que aun hay catalogador que emplea un tiempo precioso en describir los objetos, sin conseguir, á fuerza de atormentar la tecnología, ser tan preciso, tan claro y tan gráfico como lo fué el desconocido dibujante á quien siempre llamaremos «primer catalogador» de la Armería.

El traslado de ésta desde Valladolid, donde se formó, á Madrid, debió ser posterior, ó, en todo caso, coetáneo á la ejecución del álbum, puesto que en éste no figura arma alguna de Felipe II, y el traslado se hizo en los días de éste, en 1563, en virtud del proyecto que á él se atribuye de fundar en Madrid el museo hoy llamado *Real Armería*, que hizo instalar en el edificio construído por el arquitecto Gaspar de la Vega y ha poco derribado. El sucesor de Carlos I no hizo con esto sino participar de la afición, recién despertada, de coleccionar en tal forma las armas, afición á que deben su origen los museos-armerías más importantes de Europa, si bien en aquellos primeros tiempos tendrían forzosamente el doble carácter de gabinete de piezas históricas y arsenal de las armas de uso del soberano ó magnate dueño de la colección. Y que debía ser permitido á los curiosos visitar la de Madrid, parece indicárnoslo el citado pasaje del *Quijote*, donde Cervantes llega hasta puntualizar la colocación respectiva de aquellos dos famosos objetos, lo que sólo como testigo de vista pudo decir.

Archivo de legendarias tradiciones, fué acrecentándose la Armería en los reinados de los sucesores de Felipe II, transmitiéndose de generación en generación las peregrinas atribuciones históricas que se consignaron primeramente en 1625 en un *Inventario* que se conserva manuscrito y en el primer Catálogo impreso, que lo fué en 1793 bajo el título de *Resumen sacado del inventario general histórico*, trabajo debido al veedor de las Reales Caballerizas don Ignacio Abadía, quien comienza su enumeración de las armaduras por una de San Fernando, dos de D. Juan II cuando era niño y otra de D. Enrique IV, usurpadas sin duda á nuestros reyes y príncipes de la casa de Austria. Pasados los calamitosos días de la guerra de la Independencia, en los que el rey José Bonaparte hizo desalojar de las armas que contenía el salón de la Armería para dar en éste un baile, y pasado también el furor neoclásico que se reflejó lo mismo en las modas del vestir que en los estudios, proponiendo siempre como modelos de imitación los severos monumentos plásticos y literarios de la antigüedad helénica é itálica, con lo que claro está que la Armería y sus caballerescos recuerdos permanecieron en el olvido más absoluto, vino el *romanticismo;* y al resucitar al calor de sus apasionadas evocaciones los dormidos recuerdos de los siglos medios, al quedar nuevamente la palestra de las artes y de los conocimientos históricos por los héroes de la romancesca caballería, la nueva generación volvió los ojos, ávidos de reliquias históricas que desenterrar del olvido, hacia los ricos tesoros de la Real Armería, que yacían en el desorden que los dejara la invasión francesa, desmembrados, afeados por la herrumbre del abandono y envueltos como de aureola deslumbrante en sus peregrinas leyendas. Ocioso será decir que éstas, al influjo romántico que por entonces traía inflamados los espíritus—hasta los espíritus de los cultivadores de la ciencia—merecieron veracidad tal, se afirmaron y adornaron con tan vistosas apariencias, que bien pronto adquirieron crédito inquebrantable de puntos de fe, y un pensamos que entre las armas que anduvieron sin atribución conocida, debieron revelarse entonces, como al influjo de mágica evocación, algunos de los arneses que se creyó habían vestido á los paladines más principales y famosos de nuestra gran epopeya conocida con el nombre de la *Reconquista*.

Tan peregrinos errores reflejáronse primeramente en el álbum que bajo el título de *La Armería Real de Madrid* se publicó en París en 1837, con preciosos dibujos litografiados del artista italiano D. Gaspar Sensi, y texto del anticuario francés Mr. Jubinal; y después en el *Catálogo de la Real Armería*, seguido de un *glosario* de voces técnicas escrito por D. Antonio Martínez del Romero, y cuya primera edición vió la luz pública en 1849. Entre la publicación de una y otra obra habíase efectuado en la Armería una transformación: los armeros Sres. Zuloaga habían vuelto á su prístino brillo las armas y armaduras, y las estimables iniciativas del director de las Reales caballerizas D. Gabriel Campuzano habían conseguido dos cosas: primero, la formación de un inventario, que encargó al citado dibujante italiano Sr. Sensi, y que hizo revisar por una comisión de competentes eruditos, quienes en el estado incipiente en que se hallaban entonces los estudios arqueológicos y artísticos de los siglos medios y del Renacimiento, harto hicieron con desechar algunas de aquellas falsas atribuciones admitidas por Mr. Jubinal; y segundo, una instalación adecuada que dirigió el mismo artista Sr. Sensi, y que nos representaba el grueso de armados á pie y á caballo (caballos debidos al escultor Sr. Piquer), viniendo en vistoso tropel desde el fondo de aquel largo salón.

Instalada y catalogada en la forma que queda dicha hemos conocido todos la Real Armería. Pasaron aquellos tiempos de románticas remembranzas; dejóse sentir aquella violenta sacudida que modificó las ideas, varió los gustos y abrió positivos derroteros á la investigación científica; y he aquí por qué al abrirse en el país la nueva era de paz iniciada con el advenimiento de D. Alfonso XII al trono de sus mayores, la Armería, tal como estaba, se ofreció como cosa anticuada, pasada de moda y necesitada, por lo tanto, de reforma; pues la distribución y el orden de las piezas obedecían casi siempre al capricho; y el Catálogo, como obra de aquel tiempo en que los eruditos sólo podían acumular elementos, no tenía otro valor real que la nomenclatura, á cuya difusión contribuyó grandemente, siendo éste el principal mérito de su laborioso autor.

Para la renovación que la Armería necesitaba era menester una persona que á la competencia técnica uniese una crítica severa y el suficiente valor de sus convicciones para echar por tierra los perjudiciales errores históricos de tanto tiempo acumulados allí; en una palabra, era menester, en lo científico, un ecléctico que, libre de los prejuicios de escuela, pudiese examinar con inteligencia y clasificar con acierto; en lo artístico (condición precisa para instalar colecciones), un hombre de buen gusto, gusto formado en el continuo ver antigüedades y visitar museos con la devoción y la constancia propias de la arraigada vocación.

Este hombre especial acertó á encontrarlo el rey D. Alfonso XII en el Conde de Valencia de Don Juan, quien, auxiliándose del que fué nuestro compañero D. Paulino Savirón, tan útil arreglador de museos como hábil dibujante, y hoy del distinguido artista D. José Florit, ha realizado, á costa de catorce años de pertinaz esfuerzo y de continua labor, la renovación total que la Real Armería necesitaba. A las personas (muchas por cierto en España) que miden los progresos del país por las «*actitudes* de los políticos» ó por los «figurines de la moda» les producirá asombro pensar que haya hombres capaces de consagrar catorce años á ordenar é ilustrar un Museo de Armas. Pero atajando las sabrosas reflexiones á que ese asombro se presta, es forzoso decir que esa labor, más que de prolija, ha tenido mucho de penosa. Muchas han sido, en efecto, las contrariedades con que el Sr. Conde de Valencia ha tenido que luchar en su empresa, y de ellas, la mayor, la más cruel, fué cuando estaba á punto de terminar el trabajo, las armaduras montadas en nuevos y recién vestidos maniquíes, todo en su orden y concierto definitivo, verlo todo destruído por el incendio que en Agosto de 1884 redujo á cenizas toda la vieja techumbre del vetusto edificio en que estaba la Armería. Noche memorable fué aquella para Madrid y para las personas que, como el Sr. Conde de Valencia, tuvieron que hacer esfuerzos increíbles para salvar tan preciosa parte de los tesoros histórico-artísticos de la Corona, lo cual consiguieron casi en totalidad, sacando prestamente del salón cuanto pudieron, trabajando el primero el mismo rey don Alfonso, mientras sobre sus cabezas devoraba el incendio la viguería, que cayó al fin con estrépito, derribando numerosos armados y encontrando resistencia hercúlea en la armadura del forzudo García de Paredes, que debió revivir en ella aquella noche, para mantenerla en pie, aguantando sobre el hombro un regular témpano de la techumbre.

Tan desgraciado suceso obligó al Sr. Conde de Valencia á rehacer todo el trabajo perdido. ¡Rehacerlo! Pronto se dice, en verdad, y tarde se consigue esto de completar en todas sus piezas un arnés antiguo, cuando las correillas que unen unas á otras muchas de esas piezas han sido consumidas por el fuego, dichas piezas se hallan dispersas y mezcladas con otras, y los ricos grabados y damasquinados cuya repetida labor delata las piezas compañeras, se hallan cubiertos por una espesa capa negra producida por el humo. Ardua y delicada labor era la de limpieza que había que acometer, y que sólo un maniático por los *hierros viejos* como el distinguido artista D. Ruclesindo Marín, pintor escenógrafo, maestro del ilustre Pradilla, pudo ejecutar, ejercitando su pericia y su paciencia durante tres años; mientras el Sr. Conde de Valencia restituía los arneses á su primitiva disposición, y los hacía montar en maniquíes vestidos de intento, con un carácter, una propiedad y un buen gusto que sólo esto bastaría para acreditarle de competente en materias de Arqueología y de Arte. Cubrióse el salón, é instaláronse en él otra vez las colecciones, hasta que acabada el último verano el ala occidental de la plaza de Armas, obra del distinguido arquitecto de la Real casa D. Enrique Repullés, y en ella el local destinado á exponer la Armería, ésta fué trasladada á él, é instalado el grueso de

(1) Parte I, cap. XLIX.



UN CONCIERTO CASERO A

CUADRO DE D. LUIS



PRINCIPIOS DEL SIGLO.

LVAREZ Y CATALÁ.

sus colecciones en la forma que la vista que reproduce el grabado de la pág. 269 permite apreciar.

Forzoso es reconocer, y un deber el proclamar, que la útil reforma de la Armería, á que pondrá digno remate el Catálogo que está ultimando el Sr. Conde de Valencia, hubiera sido imposible sin la iniciativa del rey D. Alfonso XII y la constancia en darla cima de S. M. la reina regente D.ª María Cristina.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

EL GUARDA.

Y aquí vivo, hecho un bigardo,
Haciendo una vida tarda,
Y todos me llaman «guarda»,
Y maldito lo que guardo.

Así pintó Narciso Serra al *guarda* del Canal en *Nadie se muere hasta que Dios quiere.*

Pero la clase, como todas las clases, desde la de párvulos hasta nuestros días, ha sufrido ó ha disfrutado reformas importantes.

Eso se nota muy particularmente en el Parque de Madrid, antes Real sitio de Buen Retiro.

Desde que pasó del Patrimonio al Municipio ha variado mucho.

Aquellos guardas con bandolera roja, sombrero de tres picos, apuntado, chaquetón con vivos encarnados y blancos, pantalón azul obscuro, como el chaquetón, y con tira, también de color encarnado, han cambiado de ropa.

Y estaban muy bien: parecían almirantes secos.

Guardas de escopeta y perro, que usaban carabina para andar por casa.

Al pasar el Retiro á poder del Ayuntamiento de Madrid, se renovó el personal de la corporación de guardas.

Y se renovó el uniforme.

Organizado el cuerpo de diplomáticos de paseos y arbolados, se dió el cargo de guarda al hombre facultativo.

El antiguo guarda del Real Patrimonio ejercía en el Retiro funciones muy respetables.

Era el cargo así como entre magisterio y consulado.

¡Cualquiera tocaba á una lila, exponiéndose á ir á «un presidio para toda su vida!», como aseguraban las personas muy mayores que había ocurrido en varios casos.

La presencia del guarda era una chispa eléctrica para el joven delincuente enamorado que se aventuraba á cortar una lila gallarda para su novia.

A las veces se transigía el pleito, mediante un tímido obsequio al funcionario de picos ó de tres picos.

Otras veces terminaba la contienda con la pérdida de la lila, que el mismo representante de la propiedad arrancaba de manos ó del seno de la amada, como cuerpo del delito para fundamentar un discurso de amenaza y recriminaciones al autor del hurto.

Y aun otras veces el delicuente quedaba encerrado en la «leonera»—así llamaban vulgarmente á la Administración, tal vez por su proximidad á la Casa de fieras—hasta que abonaban, él ó su familia, la multa impuesta, ó mientras le trasladaban á la cárcel.

Pero desde que pasó el Retiro á la administración municipal, es otro Retiro puede decirse.

Y los guardas otros guardas.

Primeramente, porque aquellos otros habrán muerto ya.

Y después, porque el tiempo que pasa, y perdonen ustedes la barbaridad, todo lo modifica.

«Oy no ay lilas».

Que es la mejor manera de evitar que las arranquen los aficionados.

Aquellos linderos y cerramientos de boj han desaparecido, y los árboles «seculares»; todo «cuanto era sombra».

—¡Que vengan ahora las parejas á anidar en estos paseos!—me decía con cierta arrogancia un guarda nuevo.—Esto ha variado mucho, y lo que variará, el Municipio mediante.

—¡Ya lo creo!—afirmó un guarda veterano—como que la persona que no lo haya visto en unos cuantos años, no lo reconoce al volver á verlo.

Y el hombre se enternecía hablando así.

—¿Lleva usted en su puesto muchos años?—le pregunté.

—Sesenta, nada menos—respondió:—entré «en la casa» á los quince años, y he cumplido setenta y cinco. Así es que todos son recuerdos para mí.

—¡Pobre hombre!—exclamó el otro guarda—y ahí le tiene usted, que conoce hasta los patos por su nombre, y ni hay quien le dé un ascenso, ni quien le jubile, ni *ná*. ¡Sirva usted á su patria para esto! Por lo cual yo no pienso en quemarme las cejas.

—Hace usted bien, aunque no sé para qué tenga necesidad un guarda ni otra persona cualquiera de operación tan bárbara.

—Veo que se llevan un árbol, y..... vamos, procuro evitarlo; es decir, según y quien sea el que se le lleve. No quiero compromisos. Que viene «otro» y se suicida....., también lo evito si puedo, pero sin acalorarme, porque el hombre á eso viene, y sus razones tendrá, y yo respeto los derechos y la «anatomía» de cada ciudadano. Tomo las cosas con calma, porque lo demás es ser un infeliz como éste.

—¡Bien hecho!

—¿El Retiro es mío? me pregunto.—No, me contesto.—¿Pues á mí qué me importa? Mañana viene un alcalde que nos suprime, por ejemplo, y adiós trabajo y méritos y consecuencia. Si éste fuera un cargo «inmóvil», como el de macero, pongo por caso.....

EDUARDO DE PALACIO.

EL DÍA 2 DE OCTUBRE.

Conclusión.

A tendencia manifestada por los moros desde el principio del combate se acentúa gravemente: hay necesidad imprescindible de evacuar la Caseta antes de que llegue la noche. El General manda que salga de la plaza el batallón Disciplinario, á fin de que constituya la retaguardia y puedan adelantarse las primeras guerrillas. Sale el batallón á las doce y media, no habiendo logrado reunir más que setenta y y dos hombres, al mando de su teniente coronel don Angel Mir Casares, del comandante D. Emilio González Grano de Oro, de los capitanes D. Faustino Alvarez Puche, D. Juan Muñoz Cano, D. Lucas Hernández Ruiz y D. Juan García de Velasco, y de los primeros tenientes don Miguel Isidoro García, D. Antonio Herrera del Alamo, D. Isabelo Sánchez Cuerda, D. Natalio Díaz González, don Ambrosio Rodríguez Escudero y D. Juan González Rodríguez. Pasa esta fuerza el río, y desde luego tiene que desplegarse á retaguardia de la primera línea, lo que ejecuta admirablemente en amplia y sólida posición, formando ángulos entrantes con las secciones de los flancos. El capitán D. Lucas Hernández va á Camellos, recoge á su cuñado el teniente Golfín, lo traslada á su casa, y vuelve á las filas del batallón, aunque no tiene puesto en ellas. Muchos oficiales tampoco lo tienen, y se agregan á las secciones, ansiosos de participar del peligro que amenaza á sus compañeros. Así hay guerrillas de veinticinco hombres con un capitán y dos tenientes, y oficiales sueltos que buscan colocación en primera linea y ocupan el sitio de los soldados.

Los que al presentarse al General voluntariamente reciben orden de servir en otra forma, la cumplen sin descanso, como el capitán Maldonado Muñoz, que termina sus viajes llevando con treinta y dos paisanos treinta mil cartuchos á Camellos; como el teniente del Disciplinario don Juan Ros Periago, que no hallando mejor destino, conduce con igual número de paisanos municiones para Cabrerizas Bajas. En la trinchera de Camellos hacen fuego el médico Orad, el intérprete Marín y hasta el teniente Marcos Martínez, jefe de la torre, que tiene que atender al reparto de cartuchos, al servicio de los heridos, al teléfono y á los soldados que disparan desde la azotea.

Las órdenes del General son transmitidas en el acto por su ayudante D. Eduardo Cuadrado Aznar, capitán de infantería; por el intérprete, y por el jefe de Estado Mayor, que seguido de su ordenanza José Oliete Navarro, soldado de la sección de Caballería, se muestra codicioso del riesgo. La tropa, entusiasmada al ver la serenidad de sus oficiales, quiere permanecer en pie, como ellos, y á cada instante es preciso amonestar á los que se levantan: un cabo del Disciplinario recibe duro correctivo porque se avergüenza de disparar poniendo la rodilla en tierra: *teme la critica de los moros si no le ven el cuerpo entero.*

Excediéndose los jefes en el cumplimiento de su deber, marchan con las guerrillas. Benedicto es el jefe que ocupa sitio más avanzado, y da ejemplo de imperturbable calma resistiendo á pie firme en el lugar que se le ordena, juntamente con Palenzuela, Moris y Paoli: delante están Conesa y Melero, detrás la sección de Caballería, y estas tropas componen la primera línea del ala izquierda. En la derecha, con el comandante Revilla, se baten las secciones de Moreno, Coronel, Nieto, Muñoz, Estrada, Melendreras, Campos y Piorno. Todos, en ambas alas, sin excepción de ninguna clase, cumplen á maravilla su cometido, y dan muestras de señalado valor, con arreglo al puesto que les depara la fortuna, ya que en el ejército, por imposiciones lógicas de la disciplina y de la táctica, no se distingue el que quiere, sino el que puede, cuando las circunstancias le presentan ocasión y medios de realizar lo que desea. La segunda línea, formada por el Disciplinario, tiene algo separada á la izquierda la sección del capitán Alvarez Puche y de los tenientes Sánchez Cuerda y Rodríguez Escudero; en el centro está la del capitán García de Velasco y el teniente Isidoro; y á la derecha, el resto de la tropa con los capitanes Hernández Ruiz y Muñoz Cano, y los tenientes Díaz González, González Rodríguez y Herrera del Álamo, bajo la dirección del teniente coronel Mir y del comandante González Grano de Oro.

El cañón de montaña emplazado en la meseta de Camellos quedó inútil á consecuencia de la explosión de la granada; y á las dos y media de la tarde se inutiliza también el que está á vanguardia de la torre. Marcha el sargento Infante á la plaza y saca otras dos piezas, con el auxilio de algunos soldados del regimiento de Africa, pero no llegan á tiempo á su destino.

El General dispone el avance; mas observando que por el flanco izquierdo se aproximan doscientos jinetes moros' llama al capitán Ruiz y le dice: «La sección tiene que cumplir dos importantísimas misiones: comunicar á los defensores de la Caseta la orden de retirada, y contener á la caballería enemiga, impidiendo á todo trance que envuelva nuestra izquierda: todo lo espero de la energía de la sección.» El capitán le contesta solemnemente: «La sección sabrá sacrificarse cumpliendo su deber.»

Comunícase por varios jinetes á todas las guerrillas la orden de avanzar, y el sargento José Cadenas y los soldados Antonio Cobos y Fernando Sánchez parten con la de retirada, á galope, atravesando el espacio que los separa de la Caseta, á las tres y media de la tarde, en el momento en que el fuego de los moros arrecia de una manera increíble.

El presidiario Cosme Badía León, escoltado por Juan Soto Heredia, soldado del regimiento de Africa, conduce un carro lleno de madera para las obras del fortín de Sidi Auariach, y es sorprendido por el ataque de los moros. Anima á su escolta, diciéndole que se defienda mientras él pone en salvo el carro. Soto, rodilla en tierra, hace fuego: Badía encuentra en su camino á la guerrilla de Torrente, y prosigue la marcha; pero al oir voces de su escolta pidiendo auxilio, entrega el carro á los presidiarios que huyen de La Contera y vuelve atrás para socorrer á Soto, el cual yace con una pierna destrozada: carga con él y con su fusil y se dirige hacia Camellos: desciende á un barranco, por huir de cuatro marroquíes que le persiguen muy de cerca; á los gritos de «*¡tú morir, perro cristiano!*», responde: «*¡No me matéis! ¡soy un pobre preso que lleva un herido!*» Adelántase uno de los moros blandiendo la gumía: se detiene el presidiario; vuelto de espaldas mete un cartucho en el fusil, y dice al moro: «*¡Toma la fusila, pero no me mates!*» El rifeño coge el fusil por la bayoneta y cae atravesado por la bala que dispara Badía. Este huye rápidamente, sin abandonar el arma ni el herido, llega en salvo á Camellos y la tropa le vitorea.

Al romper el fuego los moros contra los que se hallan en el cerro de Sidi Auariach, zapadores y presidiarios, que están sin armas, buscan abrigo en el fortín, mientras el teniente Latorre reune la escolta. El capataz Galbán impulsa á los confinados para que salgan á recoger fusiles y correajes de los zapadores, y es obedecido. Latorre entra en la Caseta con los suyos, los ingenieros toman las armas y da principio la defensa, teniendo ya heridos dentro del fortín y muertos en la explanada. Llega el capitán Vargas, á quien todos aplauden: toma el mando, distribuye las fuerzas, recomienda que se economicen los cartuchos y logra inspirar entusiasmo y confianza á cuantos le ven y le oyen. Entra después Torrente, sólo con veintiocho hombres útiles, pues trae dos heridos y ha dejado un muerto en el campo: su gloriosa entrada es un triunfo. Y quedan ya completamente cercados en la Caseta los que han de defenderla, sumándose noventa hombres con fusiles y ochenta y uno sin ellos.

Entonces empieza una segunda serie de actos de valor, y los ayes de los heridos y el estruendo del formidable tiroteo se confunden con ardientes vivas á España, al Rey, al capitán y á los presidiarios, voces justificadas por muchos rasgos de abnegación, de temeridad y de heroísmo. Galbán dispara sobre tres moros á caballo, derriba á uno, y luego á otro de los que acuden á levantar al caído, y dicen los soldados: «Ya tenemos dos enemigos menos; siga la cuenta.» El portillo abierto en el muro del fortín para dejar paso á los materiales está obstruído con algunas carretillas de los obreros: Vargas lo franquea, y reuniendo á los presidiarios, les dice: «Hijos míos, tenéis á 20 metros de la Caseta un barril de pólvora que puede ser nuestra ruina; es conveniente recogerlo y enterrarlo: también hay municiones, y galleta, y agua: por nuestra vida, por la caridad que se merecen los heridos, vamos á traer todo lo que nos sea posible salvar.» Dicho esto, el capitán sale del fortín cuatro veces, acompañado cada vez por distintos presidiarios, y entierra el barril de pólvora, y recoge cajas de municiones, y una barrica de galleta, y un cubo de agua que presenta él mismo á los heridos. Más veces todavía salen á 20 y 30 metros de distancia los confinados Tomás Mena Pardo, Manuel Cebollada Cebollada, Federico Gándara Bernales, Melitón Grijalba, Silvestre Pla Pellicer, Juan López Calderón, Sebastián Enamorado Jurado, Ambrosio Novales Cano, Manuel Carmona Pérez, Juan Ledesma Bernal y otros, y el resuelto cabo del presidio José Martín Arenas. A 60 metros del fortín, no lejos del cadáver del zapador Juan Toboso Toradell, yace el cuerpo de un soldado del regimiento de Africa: Manuel Carmona Pérez sospecha que el soldado aun no ha muerto; intenta recogerle, y arrastrándose cauteloso, avanza 10 metros, 20, 30, 50; pero los enemigos le ven, y le disparan centenares de proyectiles: Carmona tiene que renunciar á su noble propósito, vuelve atrás y entra desesperado en la Caseta. El zapador Manuel Mateu Navarro sale del recinto con el sargento Robles para arreglar los alambres de las fogatas, hieren á Mateu, y los dos tienen que retirarse. Isidoro Pérez Zubelzu, soldado del Disciplinario, sale también, y vuelve con un fusil y un correaje. El presidiario Tomás Mena recoge, á 30 metros del fortín, una caja de paquetes de cartuchos que se le incendia de un balazo: con pasmosa tranquilidad sostiene la caja en el brazo izquierdo y pasa el derecho sobre los paquetes, hasta apagar la llama. Entretanto, los defensores de la Caseta responden al continuo y vivísimo fuego de los marroquíes: por espacio de seis horas ven detenidas las guerrillas que vienen á socorrerlos, distando de ellas un kilómetro; ven que el número de enemigos aumenta sin cesar y que estrechan el asedio paso á paso: comprenden que llegada la noche no tendrán salvación posible; faltos de agua, escasos de municiones, metidos en un cuartelillo de 32 metros cuadrados y en un patio abierto, con paredes



MADRID.—LA REAL ARMERÍA.—VISTA DEL NUEVO SALÓN PRINCIPAL.

(De fotografía del sucesor de Laurent.)

muy poco sólidas que no pasan de la altura del hombro, se animan mutuamente, resueltos á pelear con gloria y á sucumbir matando.

Los tres jinetes de la sección de Cazadores logran llegar hasta el fortín: de parte del General dicen al capitán Vargas que se retire, y que procure verificarlo sin abandonar la impedimenta, aunque autorizándole para dejarla en caso de necesidad. Vargas responde suplicando que se acerquen algo más las guerrillas, pues si bien podría dejar efectos de utensilio y herramientas de obreros, tiene que transportar los heridos á toda costa, y juzga imposible atravesar con ellos la distancia que le separa de las tropas auxiliares. Hay que llevar al General esta respuesta: el soldado Antonio Cobos Antillano se ofrece á llevarla; parte á galope tendido con rapidez vertiginosa, y cumple su misión felizmente. Insistiendo el General, ordena que un corneta del batallón Disciplinario, ocultándose como pueda y sepa, corra hasta las primeras guerrillas y toque retirada. Emilio Jover Huermes sale á prestar este servicio, y unas veces corriendo, otras arrastrándose, marcha en dirección del fortín, consigue hablar con el capitán Vargas, logra también volver. Impaciente el General porque todavía no salen los de la Caseta, manda que se adelanten las guerrillas haciendo un último esfuerzo, y que el jefe de Estado Mayor lleve en persona la orden de retirada. El comandante Sebastián satisface con el mayor arrojo los deseos de Margallo, acompañándole el ordenanza José Olicte y los soldados Manuel Rey Castilla y Toribio Sánchez Amores, de la sección de Caballería; en el regreso matan el caballo á Manuel Rey, y éste, después de andar algunos pasos, vuelve atrás, recoge las bridas, los estribos y el maletín, diciendo: «Siquiera no se lo llevarán todo.»

Así terminan los viajes inverosímiles realizados con pasmosa fortuna por nueve hombres, desde la torre de Camellos hasta la meseta de Sidi Auariach, dentro de una línea de fuego en la que se cruzan los proyectiles que disparan cinco mil moros.

Obedeciendo Vargas la última y terminante orden del General, toma disposiciones eficaces para emprender la retirada, y dirige á los suyos una sentida arenga tratando de influir en el ánimo de los débiles y de fortificar la abnegación de los valerosos. Los oficiales, el celador Santos y el capataz Galbán le responden con entusiasmo y energía. Al decir que los del presidio salgan en grupos de doce hombres, Galbán asegura que los penados no necesitan escolta, y que sólo faltarán en Camellos los que mueran en la jornada. Cargan con los heridos, abren las puertas y se lanzan al campo. Torrente sale el último y hace estallar las fogatas pedreras.

El movimiento de avance indica al enemigo los propósitos del General, y queriendo estorbarlos, nubes de rifeños se arrojan sobre las guerrillas avanzadas, en particular sobre la primera de la izquierda, con tal ímpetu, con tal furor, que sólo el temple de Melero y la insuperable serenidad de Conesa pueden evitar una gran desdicha.

Aparecen en la meseta de Sidi Auariach los que abandonan el fortín, y ya el enemigo combate á la desesperada: su infantería y su caballería cargan ciegamente. Avisado el capitán Ruiz por una pareja de su sección, sale con los veintitrés jinetes que ahora la componen, decidido á morir en defensa de las guerrillas. Los doscientos caballos moros caen sobre nuestro flanco izquierdo, Ruiz les cierra el paso, el choque parece inevitable; mas interviene de modo providencial la artillería de San Lorenzo, y una granada que revienta sobre la cabeza del escuadrón enemigo, lo desordena y lo pone en fuga. La sección se salva, no sin correr gravísimo peligro ante los fusiles marroquíes; al capitán Ruiz le alcanzan dos balas: una que le mata el caballo, y otra que, después de atravesar el borrén delantero de la montura, le hiere levemente en la rodilla derecha.

Trescientos metros separan á los de la Caseta de las guerrillas de vanguardia que han de flanquearlos. En este espacio quieren los moros cortar el camino á la presa que se les escapa, y emprenden la persecución llenos de ira, profiriendo bárbaros insultos. La tropa de Vargas hace fuego á derecha é izquierda, y camina entre plomo: caen soldados, caen presidiarios, mas ningún herido queda en tierra; hasta las armas se recogen. Vargas recibe dos balazos: uno le quita la gola, otro le rompe el sable. Prodigiosamente llegan vivos á las primeras guerrillas casi todos los defensores de la inolvidable Caseta. Aun después de rebasar nuestra línea más avanzada, siguen los moros acosando á los que se retiran, de tal suerte, que vienen casi juntos españoles y rifeños, y los soldados no disparan por temor de herir á la vez al enemigo y al hermano. La parte del Disciplinario que cubre el centro de la segunda línea suspende el fuego totalmente, abre filas para dejar paso á los de Vargas, y, cerrándolas después, opone al enemigo una muralla infranqueable.

Los presidiarios se detienen al emparejar con las guerrillas y disparan con los fusiles de los muertos: en la del capitán Velasco se quedan cuatro, y caen tres. Otros siguen hasta Camellos sin abandonar los heridos que conducen.

En el hospital de sangre los médicos Canella y Orad, auxiliados por el practicante Sánchez y por algunos de los que entran, curan heridos y contusos, mostrando tanta solicitud como inteligencia, y cumplen su sagrado ministerio los capellanes del Disciplinario y de Africa, Sres. D. José Muñoz Pérez y D. Eduardo Carrillo Cruz. Los heridos muestran entereza y aguardan con resignación su turno; sólo piden, lo mismo que sus conductores, un poco de agua, siendo imposible satisfacer á todos, porque se ha extraviado la llave del aljibe; pero ninguno se lamenta, ninguno deplora su sacrificio en aras de la patria.

Continúa el fuego. Las tropas de Africa se repliegan lentamente. El Disciplinario lucha con gran brío: jefes, oficiales y soldados rivalizan cumpliendo su deber. La guerrilla del capitán Puche y de los tenientes Sánchez Cuerda y Rodríguez, que se compone de veinticinco hombres, pierde seis, de los cuales uno muere en el acto y queda tendido á veinte metros de la primera línea: se llama José Papaset Sabater, y la mejor corona fúnebre que puede honrar su tumba es la unánime resolución de sus compañeros: todos quieren avanzar para recoger el cadáver, todos se ofrecen á salir de las filas, despreciando el inminente peligro; se tolera que algunos salgan, y es en vano; los proyectiles caen á montones en derredor del muerto; á la tercera tentativa comprenden los oficiales que sería insensato continuarlas, y mandan que se renuncie á la noble empresa: mandándolo con extraordinaria severidad, logran al fin ser obedecidos.

No hay exageración en el relato de estos hechos: jefes acreditados en el servicio militar declaran que no han visto nunca fuego más tenaz y nutrido que el de los moros cuando tratan de impedir que se rescaten los cadáveres. Y teniendo ellos conocida ventaja en las posiciones y en el número, sólo es posible rechazar sus ataques empleando la cohesión, la firmeza y la disciplina.

A las cuatro y media, en salvo ya los defensores del fortín, las tropas se retiran por escalones, con orden admirable, cual si maniobraran en un campo de instrucción. No dan muestras de impaciencia ni de fatiga, á pesar de haberse batido durante ocho horas contra fuerzas muy superiores, padeciendo hambre y sed.

Queda el Disciplinario algún tiempo frente al enemigo, y la artillería de los fuertes sigue disparando hasta las seis de la tarde.

Los moros retroceden para cebarse en la Caseta; destruyen paredes, queman jergones y tablas y celebran el hecho con atronadora gritería.

Conocido el enemigo, visto el terreno, medidas las distancias, asombra que el capitán Vargas llegara á la Caseta, que llegara Torrente, que llegaran los demás, que se pudiera salir del recinto ni una sola vez, y que hubiera forma de retirarse sin morir todos en el camino. Para comprender, lejos del lugar de la acción, la dificultad de este paso, hay que imaginarse una vía de 1.700 metros, flanqueada por millares de enemigos que disparan á todo lo que aparece en ella, y en la que caen además las balas perdidas que pasan sobre las tropas defensoras.

Tal fué la memorable jornada del día 2 de Octubre.

Cuatrocientos hombres sosteniéndose contra cinco mil en una línea de cuatro kilómetros; guerrillas de veinticinco infantes, siempre á punto de ser copadas y siempre libres y avanzando; cargas de caballería dadas por diez jinetes; hombres solos, á caballo y á pie, recorriendo centenares de metros bajo una lluvia de plomo; oficiales, soldados y presidiarios saliendo á recoger armas y municiones fuera de su único abrigo, hasta quince veces seguidas. Combate desigual y glorioso, en el que hubo voluntarios para todo peligro, héroes por docenas, derroche de abnegación y lujo de bravura. Combate que, en cualquier otro pueblo, alcanzaría seguramente los honores de la epopeya.

Adolfo Llanos.

LA HIJA MUERTA.

Á SUS PADRES LOS CONDES DE LA TORRE DEL FRESNO.

I.

Pálida como la cera
La llevan al camposanto:
¡Tan hermosa como era!
¡Para ella..... la Primavera;
Para nosotros..... el llanto!

Con amargo desconsuelo
La ven sus padres marchar
Y quieren seguir el duelo;
Que aunque piensen en el cielo,
No se pueden consolar!

¡Qué larga la noche umbría!
¡Qué peso en el corazón!
¡Cuánta tiniebla en el día!
Y la casa..... ¡qué vacía
Desde que se fué Asunción!

II.

Padres que en vuestra amargura
Os juntáis para llorar,
No miréis la sepultura;
Buscad en mayor altura
Al ángel de vuestro hogar.

No estaba bien donde estaba:
Como era un alma divina,
Dios al cielo la llamaba;
Que allí está lo que no acaba
Y aquí está lo que termina.

Sed alondras en el vuelo
Para que podáis lograr
Un dulcísimo consuelo;
¡Que en mirando mucho al cielo
No volveréis á llorar!

Antonio Grilo.

LA OPINIÓN.

SONETO.

— Soy la opinión tu esclava y tu tirana.
A. Ríos y Rosas.

¿Quién no amó alguna vez á esa bacante
De ardientes ojos y de boca impura?
¿Quién no admira su espléndida hermosura?
¿Quién no buscó su seno palpitante?
¿Quién en su beso erótico y vibrante
No oyó sublime canto de ventura,
Y el frenesí no siente y la locura
Al recibir su abrazo delirante?.....
¡Feliz el varón fuerte, el alma altiva
Que huye de la sirena engañadora,
Y sus halagos pérfidos esquiva:
Que es la opinión la llama abrasadora
Que, acariciando fúlgida y lasciva
Al tronco, lo abrillanta..... y lo devora!

Manuel Reina.

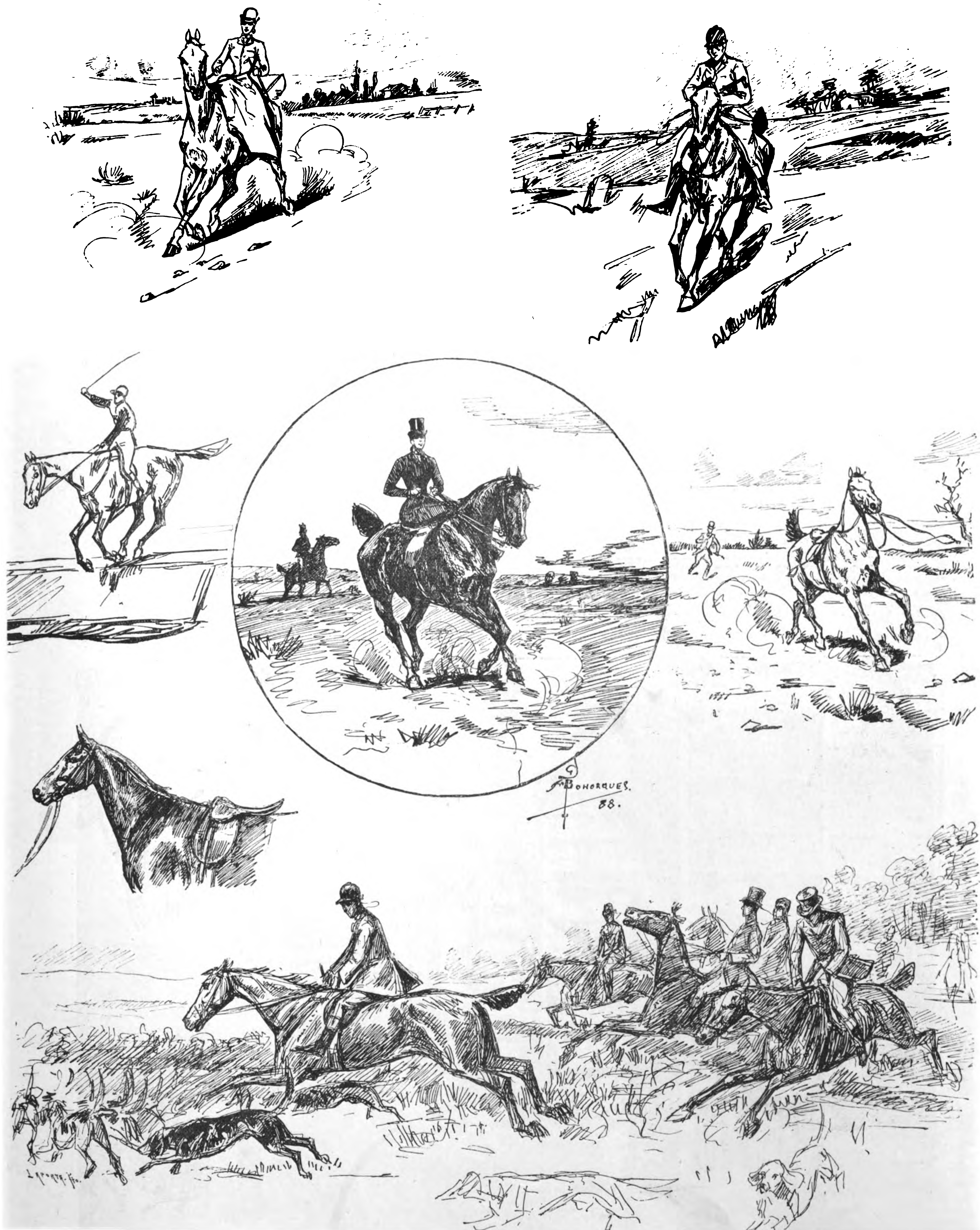
POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Amberes: la actual Exposición Universal; importancia que debiera tener para los productores españoles; nuestro comercio de vinos con Bélgica. — La reconstitución ó imitación de la antigua Amberes: su antigua fama durante la dominación española.—Atractivos de la Exposición: el castillo aéreo; el globo dirigible; la Antropología; las Bellas Artes; los Congresos. — *Hobbart* (Tasmania): la próxima Exposición: el monopolio alemán; quejas de los franceses; comercio de Europa con Australia.

E aquí á tres ó cuatro días se inaugurará la Exposición Universal de Amberes, el famoso puerto belga sobre el Escalda, cuyo comercio figura con una cifra de 1.800 millones de francos. A pesar del fiasco de la Exposición Internacional de Chicago, los grandes pueblos comerciales de Europa, convencidos de las positivas ventajas que trae consigo la exhibición de los productos industriales, no cejan en la idea de celebrar estos grandes concursos, más completos y perfeccionados cada día, y con los cuales tanto se arraigan y difunden las relaciones mercantiles de las naciones trabajadoras y poderosas. Hoy Lyón y Amberes, el año que viene Bruselas, después París, tal vez Madrid mañana, se empeñan y esfuerzan en repetir esos colosales certámenes, con los que, no sólo la labor mecánica, sino la intelectual, lucen sus asombrosas conquistas y plantean trascendentales problemas científicos, que el porvenir resolverá de seguro. Amberes celebró hace nueve años uno, que produjo pingües beneficios á los organizadores de la Exposición, cuyo feliz éxito les animó á plantear la actual. Desde luego se adhirieron oficialmente á ella, asegurando su cooperación, Rusia, Suecia y Noruega; los alemanes, ingleses y norteamericanos no estarán representados por la concurrencia oficial de sus gobiernos, pero sí por la de sus poderosos comités particulares, de los que forman parte acaudalados comerciantes é industriales y buen número de diputados y estadistas. Francia no ha querido concurrir tampoco oficialmente, y sin embargo, aunque no aparezca muy bien representada á causa de las dificultades y rozamientos que han surgido en la constitución del comité respectivo, de seguro que no dejará de hacer una digna ostentación de su actividad industrial y mercantil. España tiene allí la representación del Instituto agrícola catalán de San Isidro y de varias Cámaras de Comercio, y es lástima grande, como veremos, que no se haya decidido á enviar algunos de sus incomparables productos nacionales, que tienen en aquel país positivo porvenir. La Exposición ocupa una área de 125.000 metros cuadrados, y en ellos las construcciones ó pabellones unos 80.000. Se ha distribuído aproximadamente aquel espacio de esta manera: Bélgica 35.000 metros, Francia 10.000, Inglaterra 5.000, Alemania 4.000, Rusia 3.000, Estados Unidos 2.500, Suecia y Noruega 2.500, Holanda 2.000, y el resto á concesiones diversas.

También Italia ha procurado obtener un buen espacio para la instalación de sus productos agrícolas. Cerrado casi por completo el comercio de Francia para sus vinos, hace titánicos esfuerzos para darlos á conocer y colocarlos en otras partes. No se ha olvidado, como es natural, de esta ocasión propicia que se le presenta para ofrecerlos al consumo belga, en cuyos mercados es claro que se encuentra con la formidable competencia de los vinos franceses. Con tanta y más razón que Italia y que Francia debiéramos nosotros tomar parte en esa lucha. Muy bien lo ha dicho y á tiempo lo ha anunciado, en su interesante boletín semanal de la Estación enotécnica de Cette, el director de ella, nuestro muy entendido y celoso compatriota D. Antonio Blavia, que con tanto acierto cuida en el extranjero de la propaganda de las excelencias de nuestra riqueza vitícola. Franceses é italianos, comprendiendo la importancia que para la colocación de sus vinos tiene la Exposición de Amberes, han hecho que sus Cámaras y Sindicatos envíen delegados á las comarcas productoras de caldos y frutas y animen á los productores á concurrir á ella. El mercado belga, si se trabajara bien, puede ser excelente consumidor de nuestros vinos, destinándolos á las importantísimas poblaciones manufactureras de Bruselas, Lieja, Amberes, el Borinage, Charleroi, Malinas y Gante, que con tanta afición usan los vinos franceses é italianos. Para ello es preciso pensar en resolver el problema de poner nuestros vinos del modo más económico en aquellos puertos, no con intermediarios ó comisionistas franceses, ni de ninguna otra nación extraña, sino por medio de representantes de los mismos co-



APUNTES DE «SPORT».

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DEL SR. CONDE DE TORREPALMA.



LA PRINCESA VICTORIA MELITA.



EL GRAN DUQUE DE HESSE.

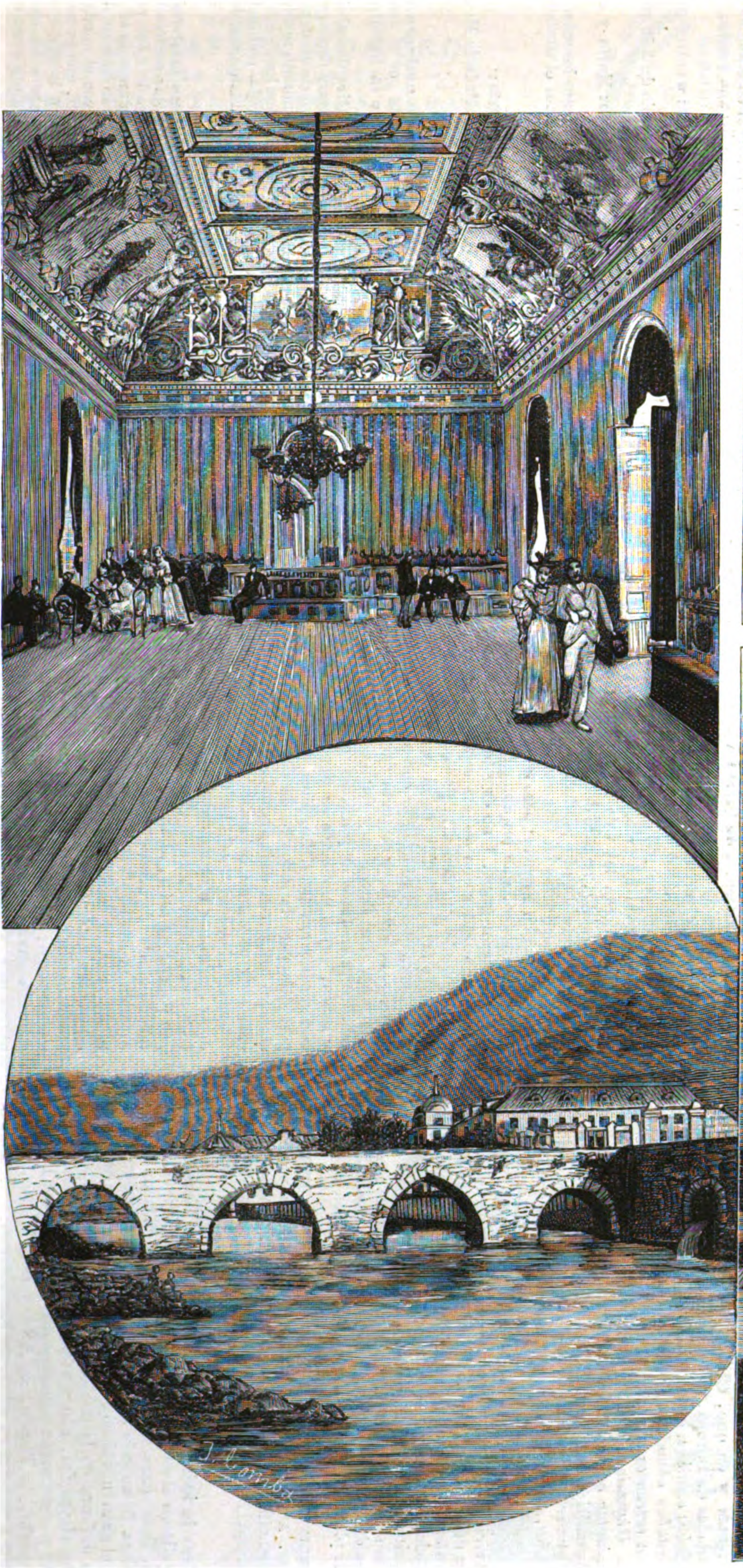
BODA REGIA, EN COBURGO (ALEMANIA).

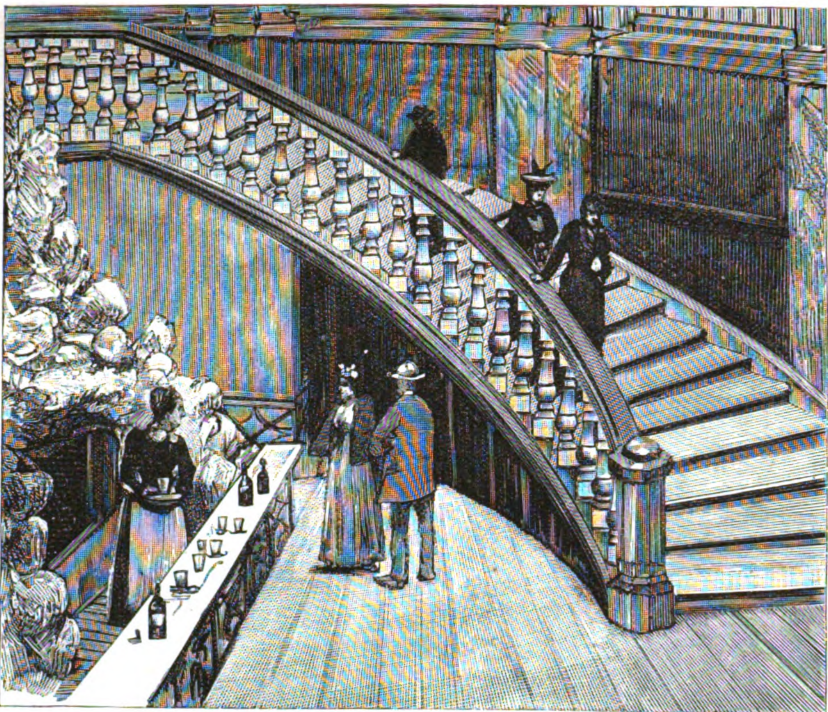


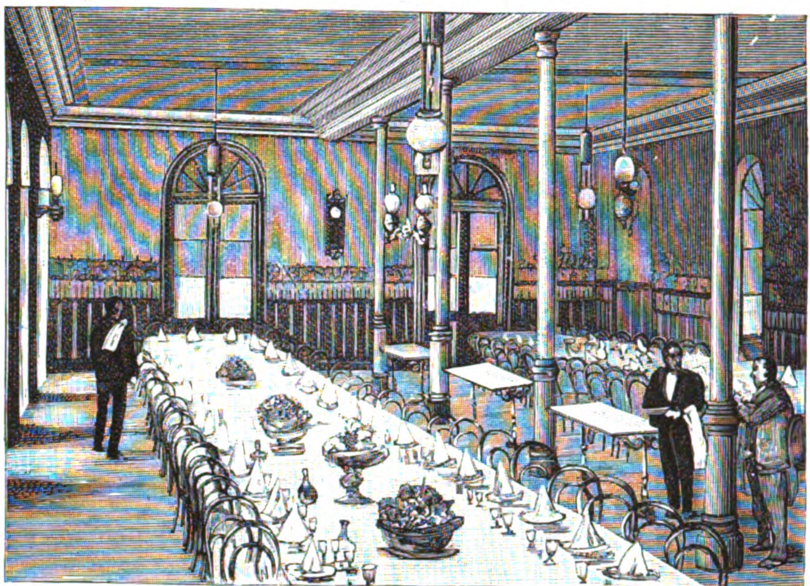
MADRID. — EL NUEVO EDIFICIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. — LA BIBLIOTECA.

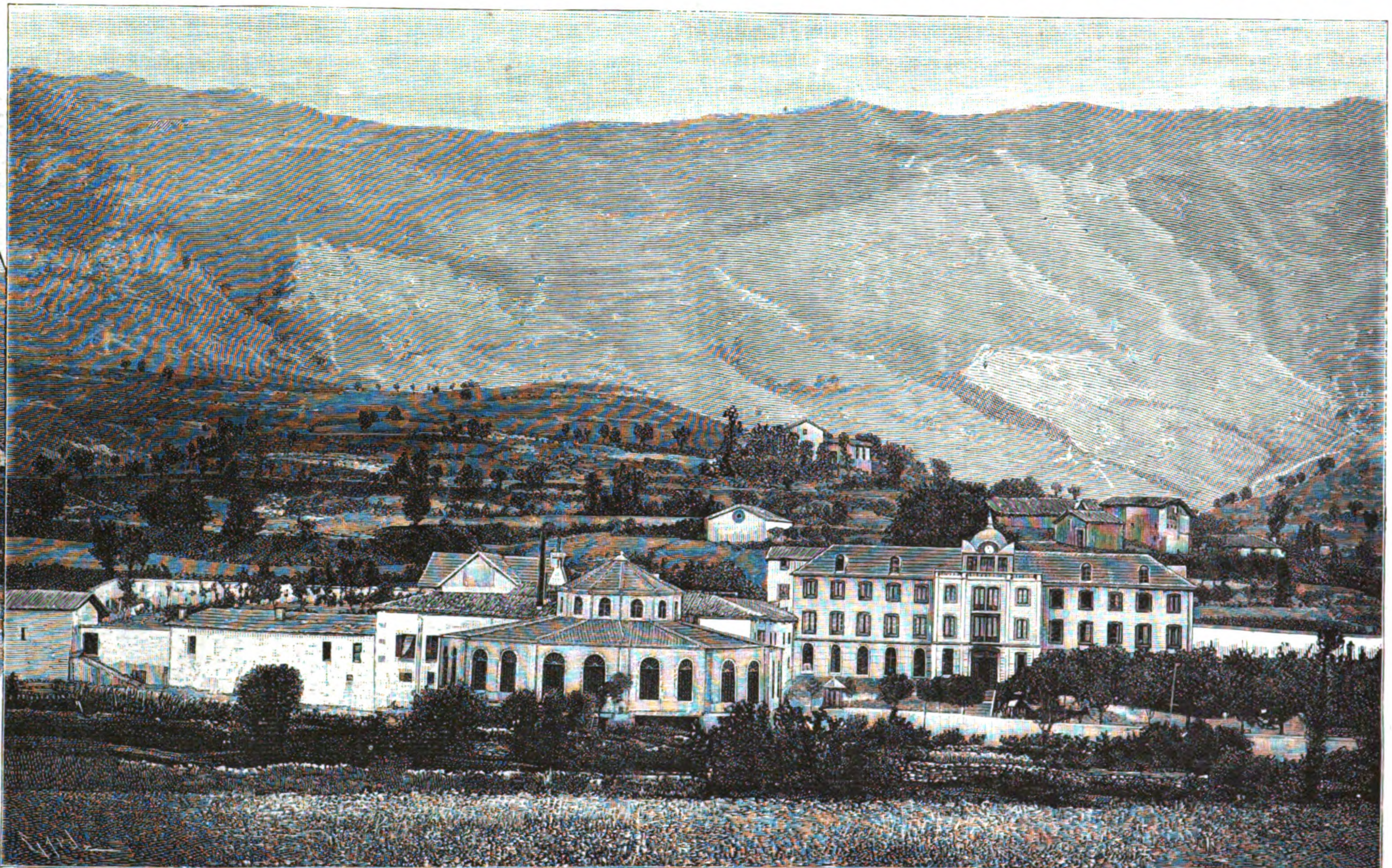
(Del natural, por Comba.)

ALAVA.—EL GRAN BALNEARIO DE ZUAZO.









1. SALÓN DE FIESTAS.—2. ESCALINATA DE MÁRMOL QUE CONDUCE Á LA FUENTE MEDICINAL.—3. COMEDOR PRINCIPAL.—4. PUENTE DEL SIGLO XII SOBRE EL RÍO BAYAS.
5. VISTA GENERAL DEL ESTABLECIMIENTO.

secheros españoles. Nuestro vino, bien elaborado y relativamente barato, se impondría allí á los demás. Bélgica bebe poco, porque el vino cuesta mucho. En el año de 1892 enviamos tan sólo á aquella nación 10.605 hectolitros de vino, es decir, 9.507 de pasto y 1.098 de Jerez y similares, por valor en junto de 308.940 pesetas, para un total que consume 280.000 hectolitros, y de cuyas cantidades una mitad fueron en buques nacionales y la otra en extranjeros. Pues bien; si hechos la mayor parte del envío, oferta y colocación por nosotros solos, y rebajados considerablemente como se rebajan los derechos de introducción, escogiéramos los mejores vinos de nuestras cuencas de Castilla, Norte y Cataluña, pudiendo así ofrecerlos baratos, el consumo se aseguraría pronto, y podríamos aspirar á colocar en vez de los 10.000 hectolitros, 100.000 por lo menos, de los 280.000 ya indicados. Entonces afirmaríamos con orgullo lo que en el siglo XVI se afirmaba del mercado de Amberes, diciendo, como se decía entonces:

«*Hispanica, Gallica et Rhenensia vina, summa hic inveniuntur copia.*» Los primeros y los mejores los nuestros: «*Hispanica.*»

Mucho vino francés del que se bebe en Bélgica es español, aguado, filtrado y suavizado por los franceses, porque no les gusta á los belgas la aspereza y fuerza natural del nuestro legítimo. Conviene, pues, elaborarlos aquí á estilo francés para aquellos mercados, como lo hacen ya algunos cosecheros y almacenistas, que saben lo que les tiene cuenta. Presentados así los vinos en la Exposición de Amberes, y encargando á gentes entendidas que los hagan gustar allí y que difundan el conocimiento de sus cualidades, podríamos esperar gran resultado, que no se limitaría tan sólo á Bélgica, sino que serviría de reclamo para otras comarcas septentrionales. Indispensable es pensar en esto y no abandonarnos hasta el punto de que continuemos esperando á que vengan á comprarlo á nuestra casa, engañados por la ya vieja y errónea creencia de que «el buen paño, en el arca se vende». Con razón, haciéndose cargo de este abandono, exclama el Sr. Blavia: «¡Cualquiera diría que no tenemos sobra de producción y falta de mercados!»

°°°

Lo más curioso que Amberes va á ofrecer á los que visiten la famosa metrópoli flamenca es la *reconstitución de la antigua ciudad*, tal cual estaba cuando era nuestra, á mediados del siglo XVI, antes de que el gran Duque de Alba derrotara en cien combates á los enemigos de la fe católica y de que sembrara el espanto y el luto en aquella tierra. Se han construído al efecto una plaza y dos calles, con edificios idénticos á los que se alzaban en la época de los últimos años del césar Carlos V y en los primeros de Felipe II. Se han restaurado la casa de la ciudad, *Stadthuys*, con sus típicos edificios inmediatos; la antigua Bolsa, *Die Nieu Bors;* las casas de los nobles, de los comerciantes y de los plebeyos, y una de las antiguas puertas de la ciudad, la *Die Keysers' Port*, y numerosas viviendas aisladas, con sus arboledas y pozos de palanca y caldera, como las que se veían en 1569 en la *Kipdorp Strate*, y en las huertas de las casas de la *Den'dryhoeck* y de la *Den Streen*, y en los anchurosos centros del *Die Grote marct* y del *Osse marct*. En la gran plaza del Mercado Nuevo se ha instalado un gran teatro popular, para la representación y ejecución de bailes antiguos y de las fiestas de hace tres siglos, como la de la cabalgata histórica del *Landjuweel*, de 1561, la recepción de los Reyes, la de los *Ommegangen* y la de las diversas corporaciones de las provincias flamencas. Estas aparatosas solemnidades durarán lo que la Exposición, seis meses, y, como dice uno de los prospectos de ellas, resultará que «todos los días serán domingos» para los que acudan allí á gastar su dinero. Se verá, pues, resucitado el antiguo Flandes, en la ciudad que vió nacer á Van-Dick y á Teniers, tal cual lo admiraron y conocieron los soldados españoles que pelearon á las órdenes del Duque de Alba, de Requesens, de D. Juan de Austria, de Mondragón y de Leiva; tal cual fué, en aquella época en que contaba Amberes con 200.000 habitantes, y en que, en las cátedras de las grandes Universidades de Europa, se decía de ella:

«*Rebus omnibus, et necessitati, et voluptati delitiisque inserrientibus abundant Antuerpia, ut summan in admirationem extraneos mercatores, tanta annona abundantia, rapiat. Hispanica, Gallica et Rhenensia vina, summa hic inveniuntur copia. Piscarium forum, marini, fluviatiles, et sali conditi pisces, incredibilè multitudine complent. Adeò, ut ipsi præter opinionem, gratus et amicus quispiam, tibi hospes adveniat, Sybaritica cum mensa, quovis etiam tempore, excipere possis. Amplissimus huius urbis Senatus, hoc potissimum nomine fœlix est, atque beatus, quia Philosophi, præstantesque viri, optimorum artium disciplinis egregie culti, publica in ea administrent officia. Splendidissima et plane regia tam privatorum hominum quam publica sunt in hac urbe ædificia.*»

Toda la vieja y poderosa Amberes aparece, en efecto, resucitada allí; todo se ha copiado de lo antiguo, para que sea completa la ilusión, y sólo falta un detalle: la gran estatua del Duque de Alba, que entonces se alzaba en medio de la plaza del castillo con esta inscripción en el pedestal:

FERDINANDO ALVAREZ A TOLEDO, ALBÆ DUC, PHILIPPI II, HISP. APUD BELGAS PRÆFEC. QUOD EXTINCTA SEDITIONE. REBELLIB. PULSIS RELIGIONE PROCURATA, JUSTITIA CULTA, PROVINCIÆ PACEM FIRMARIT REGIS OPTIMI MINIST. FIDELIS POSITUM.

Pero la independencia y la libertad de Flandes dieron con ella en el suelo, y ya jamás volvió á erigirse, ni se erigirá. Tanto como la restauración imitada de la ciudad vieja, hubiera llamado la atención la de la famosísima ciudadela que el gran ingeniero Pacioto construyó á orillas del Escalda para defensa de la población, y que tanto renombre tuvo en los siglos XVI, XVII y XIX. Tenía aquella fortaleza cinco lados y otros tantos baluartes, así llamados: del Duque, de Fernando, de Toledo, de Alba y de Paciotto, que al fin fueron arrasados en sucesivos bombardeos.

No sólo consagra su culto á la historia la Exposición de Amberes, sino también á los progresos de las ciencias. Los que la visiten podrán contemplar toda la ciudad, desde una altura de cerca de 400 metros, en el *castillo aéreo* ó cestilla del globo cautivo. Se sube á esta cestilla por medio de dos ascensores encajados en cables, que alternativamente suben y bajan, de seis en seis minutos, llevando de diez á quince personas en cada uno. Pero más admirable es el globo suelto dirigible á voluntad, denominado «Bélgica», y embarcados en el cual pueden los curiosos salir del recinto de la Exposición, recorrer todo el espacio aéreo que domina á la ciudad, y volver al punto de partida. El globo tiene la forma de un cigarro puro, de 80 metros de largo, de 17,50 en su diámetro central, y de una capacidad de 13.373 metros cúbicos. Transporta cómodamente veinticinco personas en su cestilla, perfectamente cerrada, con celosías, y que mide 50 metros de larga y 2,50 de ancha, y cuyo interior está tan perfecta y cómodamente decorado y dispuesto, como el gabinete más elegante de un tren de lujo ó de un buque de recreo. Dan carácter cosmopolita á la Exposición, no sólo los productos y visitantes de muchos países, sino la sección etnográfica, constituída por cien indígenas de doce tribus de razas distintas, que viven y trabajan como en sus respectivas comarcas, y á cuyo heterogéneo vecindario sirve de guardia de policía un destacamento de negros. La industria y el comercio han instalado dos grandes factorías con un arsenal completo de productos de importación. Los trabajos de colonización de Bélgica en el Congo están admirablemente representados en un grandioso panorama, con vistas tomadas del natural, que han pintado los inspirados y populares artistas P. Van Engelen y Roberto Mois. También las colonias de otras diversas naciones están representadas en diversos puntos del parque por construcciones típicas, llenas de objetos traídos desde ambos mundos. No hay para qué añadir cuánta importancia se ha dado á las Bellas Artes en la capital famosa, que guarda en su catedral *El Descendimiento*, de Rubens, y que cada tres años celebra notables exposiciones, á las que concurren solícitos los pintores flamencos, alemanes, ingleses y franceses, gracias á las subvenciones generosas de la Sociedad Real de Bellas Artes del Reino.

°°°

Siguiendo la costumbre ya establecida en estas Exposiciones, se reunirán mientras dure, es decir, de aquí á fines de Octubre, varios Congresos internacionales, para estudiar algunos de los asuntos que más preocupan al mundo culto. Entre ellos se han anunciado hasta ahora los siguientes:

1.º Congreso internacional de la prensa, desde el 7 al 12 de Julio.

2.º De legislación aduanera y reglamentación del trabajo, del 16 al 21 del mismo mes.

3.º De Derecho comercial.

4.º De protección á la infancia y de asistencia á los presos, en los días 28, 29 y 30.

5.º De aplicaciones de la Química, del 1.º al 4 de Agosto.

6.º De construcción y reglamentación de viviendas para obreros.

7.º De la propiedad literaria y artística, en fines de Agosto.

8.º Internacional de la paz, primeros días de Septiembre.

Tal es el bosquejo de lo que se proyecta como más curioso para la Exposición de Amberes; pero, aunque parezca extraño, más que este certamen europeo, preocupa á Francia, á Alemania, á Inglaterra y á los Estados Unidos otro que se prepara á muchos miles de kilómetros de Europa: el de Hobbart, capital de la isla de Tasmania, inmediata á Australia, y al que concurrirán oficialmente dichas naciones. Al estudiar lo que allí se comercia, han averiguado los franceses que Alemania tiene monopolizado casi todo el tráfico de aquella y de otras diversas islas del Pacífico. «¡Y esto es una gran lástima! —dicen nuestros vecinos— porque ¿quién puede importar allí vinos, ni espíritus, ni aceites, ni jabones, ni conservas, ni sederías, ni terciopelos, ni artículos de modas como los nuestros? ¿Cuándo ni en dónde se producirán artículos de París y vinos como los de Francia?» Y después de estas preguntas afirman que los alemanes suplantan el nombre de las casas francesas, introduciendo como productos de las mismas, por la fama que tienen, más del 80 por 100 de cuanto envían á sus mercados de Australia y de los archipiélagos oceánicos. Esta explotación fraudulenta les vale muchos millones de marcos, con gran perjuicio, no sólo de la exportación francesa, sino para descrédito de sus productos, porque las imitaciones alemanas, bautizadas en francés, son muy imperfectas.

Así opinan en Francia; pero no se puede negar, en vista de los resultados, que los alemanes son muy listos y que entienden el negocio. Y no es esto sólo. Muchos de los artículos fabricados con esmero especial llevan al lado del rótulo grande que indica la procedencia francesa, otro en caracteres más pequeños, en el que se lee: *Mache in Germany*, para que el comprador comprenda que aquel género superior, aunque lleva etiqueta francesa, está trabajado en Alemania. De Tasmania y de Australia vienen á Europa cantidades enormes de primeras materias, de lanas, pieles y sebos, cuyos productos se pueden pagar cambiándolos con géneros europeos. Es, pues, una cuestión de gran importancia para la industria la de abrirse los mercados de aquellas comarcas, cada día más florecientes, y que pueden constituir una gran base de consumo. Así discurren los franceses, los alemanes y los ingleses. Nosotros ¿para qué decir que ni nos acordamos siquiera de que haya semejantes tierras, ni mercados en el mundo? Pero, á pesar de ello, ¿no podríamos decir, allá para cuando alguien nos oiga, lo mismo que los franceses dicen de algunos de sus productos: «¿Quién podría importar allí vinos, ni espíritus, ni aceites, ni jabones, ni conservas, ni frutas, ni armas, como los nuestros?» Esto no es arrogancia, porque ninguno de esos productos de origen español es inferior á los franceses, y sin embargo, ¿quién los enviará á Oceanía, cuando apenas sabemos enviarlos á Bélgica? Y aquí punto; para que la pluma no se vaya por donde el espíritu quiere escaparse.

R. Becerro de Bengoa.

MUNICH.

EXPOSICIÓN DE LOS ARTISTAS SORDO-MUDOS EN 1894.

Este año se celebrará en Baviera una Exposición de obras de artistas sordo-mudos por iniciativa de la *Vereinigung der taubstummen bildenden Künstler*, la cual, no sólo se propone fijar en dichas obras la atención de la crítica, sino también fomentar los estudios de los sordo-mudos. Con este objeto ha invitado al certamen á todos los artistas sordo-mudos alemanes y extranjeros. También serán admitidas obras de sordo-mudos difuntos.

Las personas que deseen otros informes, deben dirigirse á dicha sociedad. Schelingstrasse, 113, Munich.—X.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Sociedad Cooperativa de Vehículos mecánicos. Boletín Oficial mensual de la misma.

Hemos recibido el núm 4 de este *Boletín*. Contiene noticias muy curiosas, entre las que merecen especial mención las del primer artículo, relativas al *Veloz Bonet*, el mejor de los vehículos mecánicos hasta hoy conocidos, y debido á la industria de un ingenioso catalán.

Impuesto sobre los vinos.—Reglamento de 29 de Marzo de 1894, anotado por D. Gustavo La Iglesia.

Este folleto, cuya publicación se ha autorizado por Real orden del Ministerio de Hacienda de 9 del corriente, es sumamente recomendable por la abundancia de sus notas legislativas y de carácter práctico, que facilitan en gran modo el exacto conocimiento de la materia. Precio: una peseta.

Arlequinada, por Torcuato Ulloa.

Libro festivo, escrito con gracia, y cuya lectura entretiene y divierte.

Véndese en las principales librerías al precio de 2,50 pesetas.

De rebusco.—Sonetos por Francisco Rodríguez Marín y el bachiller Francisco de Osuneja

Contiene este libro cantidad de sonetos, buenos los más, y algunos excelentes. Entre ellos mencionaremos el titulado *Cálamo currente*, que comienza:

Si escribir te propones un soneto,
Ve haciendo lo que yo, que, á fe, no es harto;

imitación bastante afortunada de otros de Hurtado de Mendoza, Lope de Vega, Alcázar y Carvajal.

El libro está muy bien impreso.

Actualidad científica. La porcelana de amianto.—(Premio Montyon de 1893). Noticia publicada por D. José Muñoz del Castillo, catedrático numerario de la Facultad de Ciencias en la Universidad Central.

Este curioso folleto relata uno de los más útiles descubrimientos que recientemente se han hecho. Bastará decir (ya que otra cosa no es compatible con la brevedad de estas notas) que siendo los poros de la porcelana de amianto mucho más pequeños é infinitamente más numerosos que los de cualquiera otra sustancia, es el mejor filtro conocido, pudiendo filtrarse por ella el aceite y la estearina y la margarina derretidos.

Cuesta el folleto 50 céntimos.

Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños *desde el año* 1661 *al* 1870, por D. Eugenio Hartzenbusch.

En este importante trabajo consta el nombre de 2.345 periódicos publicados en Madrid en el dilatado número de años comprendido de 1661 á 1870. Hay también gran número de noticias referentes á las principales de ellos, y con el nombre y opiniones de algunos, la lista de la redacción, que es cosa curiosa de leer al cabo de tantos años, pues á lo mejor se encuentra trabajando juntos á escritores que ahora son enemigos declarados y polos opuestos, así en literatura como en ciencia y en política.

(Continúan en la pág. 276.)

Fué esta importante obra premiada con suma justicia por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1873, y se ha impreso á costa del Estado.

Filosofía Antigua Poética del doctor *Alonso Pinciano, médico cesáreo.* Ahora nuevamente publicado, con una introducción y notas, por D. Pedro Muñoz Peña, catedrático numerario de Retórica y Poética en el Instituto de segunda enseñanza de Valladolid.

El Sr. Muñoz Peña ha prestado un gran servicio á las letras castellanas publicando este libro.

Con copiar un párrafo del prólogo y una nota del mismo, escrito por aquel docto catedrático, habremos dicho cuanto puede decirse de esta hermosa y olvidada *Poética:*

«El libro que hoy publicamos es una de las obras que más enaltecen al ingenio castellano y á la cultura nacional. Corresponde á aquella época gloriosa de nuestra historia en la que nuestra raza y nuestro nombre llenaban y dominaban el mundo, no sólo por el genio militar de nuestros caudillos y por el valor de nuestros soldados, sino por el talento de nuestros políticos, por la profundidad de pensamiento de nuestros filósofos y teólogos, y la brillante inspiración de nuestros poetas y de nuestros artistas.....»

Así reza el primer párrafo del prólogo. Después, en una sustanciosa nota, añade el señor Muñoz Peña, luego de consignar que el triunfo de Lope de Vega acabó con todos las poéticas clásicas:

«Por eso en el siglo XVII quedaron relegados al olvido todos los libros escritos con la tendencia y con la pretensión con que escribió el suyo el Dr. Alonso López: viene más tarde la decadencia general de las letras y la corrupción del gusto, y claro es que menos estima hubo de tener entonces el libro del Pinciano; y cuando entra el siglo XVIII, la influencia francesa lo llena todo en nuestra patria, y España olvida cuanto nuestros grandes ingenios produjeron en los anteriores, para seguir las corrientes que tan en boga estaban entonces allende el Pirineo.»

Así es. La España de la grandeza fué España. La de la decadencia ha sido y sigue siendo arreglo del francés. Aprendamos á pensar como nuestros padres en los libros que escribieron, si queremos ser lo que fueron y valer lo que valieron.

Esta obra forma un tomo de más de 500 páginas, que cuesta 8 pesetas.

Voyages en Orient. — Les juifs et les *étrangers en Roumanie,* por D. Eusebio González y Mendoza. Traduit de l'espagnol por Jules Flamerie.

Son infinitos los españoles que traducen del francés; rarísimos los franceses que traducen del español. Por eso, y por la materia tratada en este libro, le hemos leído con atención.

Después de haber llenado de injurias á España porque expulsó á los judíos en el siglo XVI, casi todas las naciones de Europa los maltratan y también llegan á expulsarlos, á pesar de ser este siglo XIX el de las luces y los sentimientos filantrópicos. No hay que admirarse de tal falta de lógica, porque nuestra patria ha sido muy calumniada en los tres siglos que median entre su grandeza y la miserable decadencia actual, en términos que lo que los escritores de las demás naciones encuentran disculpable en los suyos ó en los de otros reinos, en los españoles parece horrible, espantoso, merecedor de eternos anatemas. Y hasta muchos compatriotas nuestros, cuya necedad es la mejor prueba de cuánto hemos caído, juntan sus maldiciones á las de los extranjeros, aunque sin saber lo que se dicen.

El libro del Sr. González y Mendoza enseñará á éstos á apreciar debidamente la suerte de los judíos en Rumanía y en otras naciones de Oriente, y aun la de los extranjeros en general. Entonces vendrán á conocer en cuántas cosas ha aventajado y aventaja España á muchos pueblos de Europa, y hasta qué punto es aquí mayor la libertad y la cultura que en muchísimos de aquéllos. Quizás á éstos de que hablamos les haga efecto el libro después de traducido al francés, pues los que como ellos discurren no suelen leer, ó leen poco en castellano.

Contiene también esta obra curiosas é importantes noticias sobre los judíos españoles establecidos en Rumanía.

Cuesta la versión francesa 2,50 francos.

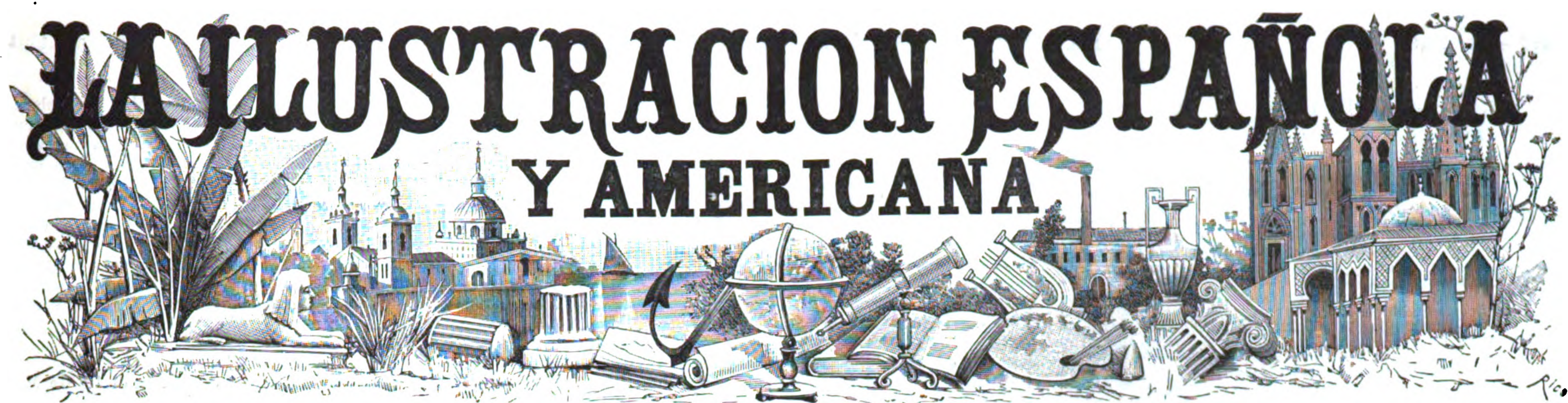
G. R.



D. FRANCISCO VIÑAS,

tenor español, aplaudido en el *New Metropolitan Opera House,* de Nueva York.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XVII.

ADMINISTRACIÓN:
ALCALÁ, 23.

Madrid, 8 de Mayo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



ROSA.

CUADRO DE SCHRYVER.

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica general, por D. José Fernández Bremón. — Nuestros grabados, por D. G. Reparaz. — Libertad de tabacares, por don Eduardo Abela. — Los Teatros, por D. Eduardo Bustillo. — Fastos de la peregrinación española (conclusión), por el Excmo. Sr. Conde de Coello. — Revista musical, por D. J. M. Esperanza y Sola. — Desengaño, poesía, por D. José Jackson Veyan. — Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa. — Sueltos. — Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R. — Anuncios.

GRABADOS. — Bellas Artes: *Rosa*, cuadro de Schryver. — *Un día de recepción en el Palacio Real*, cuadro del Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant. — *La lectura del testamento*, composición y dibujo de D. Manuel Picolo. — Peregrinación de obreros españoles á Roma: Misa celebrada en Santa María la Mayor; La comunión general en la iglesia de San Lorenzo; Peregrinos á la puerta de la basílica del Vaticano; Escalera regia del Palacio que da entrada á los Museos y á la capilla Sixtina; Cripta de San Lorenzo, donde yacen los restos de Pío IX. — Un grupo de peregrinos á la salida de San Lorenzo. — El regreso. Llegada á la estación de Transtevere. — Sala del Hospital de Monserrat y claustro del convento de Trinitarios españoles, habilitados para dormitorios. — Solemne misa de beatificación de Fray Diego de Cádiz en la iglesia de San Pedro. — Alemania: Entrada del parque del Barón de Rothschild en Schillersdorf.

CRÓNICA GENERAL.

Muchas cuartillas tendríamos que llenar si diéramos la importancia que dan los políticos al incidente que tanto les ha dado que hablar en estos días, acerca del alcance de los compromisos contraídos por el Gobierno que presidió el Sr. Cánovas del Castillo con el Gobierno francés en la última época de su mando.

Pero, considerado el asunto imparcialmente, y sabiendo que en toda negociación diplomática existió lo que aparece y se escribe, y lo que no constará nunca y es lo más real, no nos atrevemos á culpar á nadie si resulta alguna confusión en lo pactado. ¿Qué sería de la diplomacia si aquello en que interviene resultase claro y sencillo, sin poder ser interpretado según las necesidades y segunda intención de cada parte contratante? Los tratados ó convenios son en sí excelentes, pero no están bien hechos si no dejan á cada cual un subterfugio que le permita, sin escándalo, cumplir únicamente lo que le parece bien y resistir lo desfavorable: en cuanto á las notas que fijan y aclaran los textos, sólo sirven para probar que es obscuro lo que se quiere sacar á plena luz. A nuestro juicio, y con permiso de los oradores que han gastado su tiempo y su talento en discutir en el Senado la trascendencia y significación del *modus vivendi* con Francia, hubiera sido preferible que se hubiera prescindido de la apasionada discusión. ¿Había y hay grandes dificultades para pactar con Francia un régimen arancelario, siquiera sea pasajero y eventual? Pues eso que se pactó y se pacte en semejantes condiciones tiene que resentirse de la situación falsa en que se hallan colocados los negociadores. Cada cual necesita hacer creer á su país que ha perjudicado á la parte contraria en beneficio de la propia, y hasta tiene el deber patriótico de procurarlo. ¿Se puede profundizar mucho en estos asuntos delicados, en que siempre vale más lo que más se calla? Pero las palabras se enredan para formar discursos: los conservadores tenían necesidad de pronunciar discursos de oposición, y los hicieron; el Gobierno hubo de defenderse, y el Sr. Moret procuró suavizar aquel choque con la templanza y habilidad que convenían á su carácter; nuestro embajador de París, Sr. León y Castillo, actuó más bien de tribuno que de diplomático, y nosotros hubiéramos deseado que se evitara aquella discusión.

⁂

Francia se prepara á festejar religiosa y civilmente á su heroína y mártir Juana de Arco. Con motivo de las fiestas, se han buscado, hasta ahora inútilmente, reliquias de su uso, ya que sus cenizas fueron arrojadas al agua por los ingleses, después de haberla quemado. Un odioso libro de Voltaire había profanado bestialmente su memoria; las turbas del Terror arrojaron á la hoguera un sombrero que se atribuía á Juana de Arco, y bailaron como salvajes en torno de las llamas, cantando el *Ça ira*. La poesía, entretanto, no cesaba de exaltar en todas las literaturas la ideal figura de aquella aldeana iluminada, que dejando la rueca y vistiendo la armadura se convirtió en capitana y salvó á su patria decaída y acobardada. Pero no era sólo la leyenda la que persistía en idealizar, con excepciones de gran importancia, á la doncella de Orleans: los historiadores, á pesar del escepticismo de la crítica en los dos últimos siglos, estudiando los hechos y el proceso de su muerte, no podían menos de proclamar que no tenía explicación natural aquel fenómeno histórico, tan comprobado y reciente como incomprensible y legendario. Y es el caso que la aparición de Juana de Arco ofreciéndose á salvar á su patria, al frente de las tropas, será cada día más increíble, cuanto mayores requisitos de ascensos y categoría se exijan para confiar á una persona el mando de un ejército. Si Juana de Arco sucumbió á manos de los que había vencido en campaña, ha vuelto á vencer á sus adversarios cuatro siglos después de muerta.

⁂

Semana de conferencias y recepciones de académicos puede llamarse la que acaba de pasar. En el Ateneo disertó con gran elocuencia y extraordinario éxito, «acerca de la opinión pública», D. José de Canalejas, demostrando una vez más lo que nadie desconoce en España: su gran palabra y gran ilustración; y anoche le sucedió en la cátedra el poeta D. José Alcalá Galiano, desarrollando un tema de viajero y de poeta.

Las recepciones académicas han sido tres: la del señor Maldonado Macanaz, en la de la Historia; la del Sr. Navarro Reverter, en la de Ciencias exactas; y la del Sr. García Ayuso, en la Academia de la Lengua. El Sr. Maldonado Macanaz es un acreditado y antiguo periodista y catedrático, conocido principalmente por sus estudios de los sistemas coloniales, y haber sido, con el Sr. Cos-Gayón, uno de los redactores de fondo de *La Época* en el período anterior á la restauración, y desempeñado luego importantes direcciones: disertó, según tenemos entendido, pues no fuimos invitados al acto, acerca del reinado de Felipe V, el fundador de las principales academias españolas, contestándole el Sr. Sánchez Moguel en términos poco favorables al fundador de la dinastía española de Borbón. También de oídas sabemos que el discurso del Sr. Navarro Reverter, en la Academia de Ciencias exactas, versó acerca de lo desconocido y lo invisible, sintiendo mucho desconocer los términos en que desarrolló su tema interesante y nuevo una persona de su talento y su cultura, y la contestación del ministro de Ultramar, D. Manuel Becerra, que halló, en su afición á las ciencias y á las letras, espacio y calma para dedicarlas una parte de su tiempo, entre las graves ocupaciones de su cargo.

Sólo hemos presenciado la recepción en la Academia de la Lengua del sabio filólogo D. Francisco García Ayuso, á quien contestó el catedrático D. Francisco Fernández y González. Con decir que se ocupó en su discurso de las «leyes y procedimientos seguidos en la formación de las lenguas neosanskritas y neolatinas», claro está que no podemos seguirle en su erudita excursión á través de esos idiomas, y que necesitamos entregarnos á la fe que nos merece su palabra de sabio y hombre honrado. Pero si el discurso es demasiado técnico para estar á nuestro alcance en lo que se refiere á idiomas que desconocemos, contiene una parte que nos interesa más de cerca en los neolatinos, y particularmente en lo relativo al castellano: es un discurso más para estudiado muy despacio, por su miga y sustancia, que para leído ante un público, no ya de señoras y personas de sociedad, sino aun de académicos. ¿Es esto un defecto? Todo lo contrario: una recepción académica no es un espectáculo, sino un acto grave y científico, y no hay manera de hacer agradable la filología. Para mí siempre será un misterio en la formación de los idiomas derivados del latín cómo un pueblo acostumbrado á expresar sus pensamientos con la libertad (y desorden para nosotros) del hipérbaton latino, se redujo á trocarle por el orden mas regular y limitado de nuestra sintaxis, sobre todo cuando el latín, aun después de muerto para el vulgo, siguió siendo lengua viva en el mundo intelectual. No concibo cómo se produjo ese trastorno en la colocación de las palabras, si no es que aplicaron las voces latinas á la sintaxis de otro idioma perdido, pues se aceptan las palabras con más facilidad que se altera la forma del discurrir. El Sr. García Ayuso es un políglota que posee y domina, ó conoce por lo menos, el latín, griego, alemán, francés, inglés, hebreo, árabe, persa, siriaco, etiope, turco, sanskrito y zendo, según afirma su padrino D. Francisco Fernández y González; ha escrito gran número de gramáticas, y es justo que contribuya á corregir la nuestra y el Diccionario castellano.

⁂

La espiritual poetisa gallega D.ª Sofía Casanova, que desde su matrimonio con un doctor polaco creímos deber incluir en la lista de desaparecidos, tan triste como larga entre las personas que estimamos, ha regresado á su patria, si no en persona, con su pensamiento. Acabamos de leer una novela suya, *El Doctor Wolsky*, páginas de Polonia y Rusia, dedicada al ilustre Campoamor, y en la cubierta del libro el anuncio de que prepara las siguientes obras: *De España y de Rusia* (cuentos y cartas), *Poesías* y *Del Tajo al Volga* (impresiones y crítica). Tiene *El Doctor Wolsky* dos atractivos: el estudio de las costumbres rusas y polacas, hecho por una compatriota nuestra sobre los mismos lugares que describe, y la impresión moral, que consideramos auténtica, ya de la raza polaca, nuevo pueblo cautivo, ya del pesimismo nacido en la tristeza de esos climas helados del Norte de Europa, y en lucha con la creencia en el progreso humano, contrariado siempre por los hechos. Es una novela triste, pero no desagradable; pecaría acaso de excesivamente masculina si no flotase en el final una afirmación de dulzura femenil. Pero..... ¿empezábamos á hacer crítica? Sólo queríamos acusar la recepción de ese libro interesante, y saludar á la simpática poetisa española, que, en vez de perder con su transplantación al Norte, ha adquirido nuevas y vigorosas cualidades.

En el número anterior, al ocuparse nuestro compañero el Sr. Reparaz del libro *Les juifs et les étrangers en Roumanie*, dice que contiene datos curiosos acerca de los judíos españoles que residen en aquel principado: en efecto, según el autor del libro, cultivan con esmero el castellano y le emplean en familia; conservan el tipo español, tienen aspecto digno, y visten bien, y se dedican al comercio y la industria por estarles prohibidas otras profesiones. Las mujeres son muy lindas y de tipo andaluz, conocen bien la historia de España, y conservan rasgos de su pasado, ya en la construcción semiárabe de sus sinagogas, ya por sus cantos religiosos que se aproximan á los nuestros; tienen un periódico español impreso con caracteres hebreos: éstos han modificado algo su pronunciación, haciendo de la jota la j francesa, la erre más suave, y de la h la efe antigua de facer. No nos extraña que los hebreos españoles hayan guardado nuestro idioma en una expatriación de cuatro siglos: lo más extraño es que hay familias judías que sin salir de España han transmitido su religión de padres á hijos con peligro de sus vidas.

⁂

Los periódicos de noticias han enviado sus corresponsales al Escorial, donde se está juzgando el crimen del asesinato de aquel niño perdido y hallado muerto en uno de los cerros. Los lectores recordarán la preocupación y el interés de todo el mundo cuando desapareció el niño, y cuando se halló su cadáver mes y medio después. Entonces era un impulso generoso el que movía á las gentes á hacer cálculos, primero para rescatar al niño que se creía secuestrado, y luego para descubrir y castigar al asesino. Hoy el proceso ha tomado un carácter tan repugnante, que ruborizaría á un habitante de aquellas ciudades sepultadas en el fondo del mar Muerto. El miedo es una fuerza insuperable que ha engendrado muchas vilezas, y explica cosas increíbles; pero la verdad es que todas aquellas gentes complicadas en el infame y largo secuestro de una criatura; la impunidad con que pudo prolongarse el cautiverio, cuando toda la población buscaba al niño, y las circunstancias vergonzosas y crueles del hecho, debían hacer desviar de esas maldades la atención, con asco y cólera, á todos los que no tienen la desgracia de intervenir en el proceso por su deber profesional.

⁂

Un grandísimo holgazán sale de su casa el 1.º de Mayo.
—¿Adónde vas?—le digo.
—A celebrar la fiesta del trabajo.
—¿Tú?
—Yo: cuando los obreros trabajan me retiro, por no mezclarme en lo que no me importa. Pero cuando se divierten y descansan, que es el objeto de mi vida, entonces todos somos unos, y me tengo por obrero.

Pedro es amigo de todo el mundo; así es que, cuando se le pregunta por alguien, responde casi siempre:
—¿Que si conozco á Fulano? Es un hermano para mí. ¿A Zutano? Somos uña y carne. ¿A Perengano? No tenemos secretos el uno para el otro.
En cambio, pregunta á esos sujetos por su amigo Pedro, y responderán Fulano, Zutano y Perengano:
—Sí: creo conocerle.
—¡Pse! Nos saludamos hace tiempo.
—Dice que es mi amigo, pero apenas si lo noto.
La amistad universal es una lluvia que ni baña ni refresca, pero estropea los sombreros.

Juanita se queja de que su novio se pone nervioso y se ausenta cuando hay truenos.
—¿Te quejas, niña? Pues debías alegrarte. Con un novio así no se puede tronar nunca.

Se desafiaron dos cobardes, y los padrinos acordaron que se batieran á pistola.
—No asistirán—dijimos.
—Creo que sí—respondieron los padrinos;—se baten vueltos de espalda y avanzando.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Rosa, cuadro de Schryver.—*Un día de recepción en el Palacio Real*, cuadro del Excmo. Sr. D. Alejandro Ferrant.—*La lectura del testamento*, composición y dibujo de D. Manuel Picolo.

Entre las mujeres y las flores hay tantas y tan notorias semejanzas, que todos los poetas, desde los más ínfimos hasta los más ilustres, han sacado fruto de ellas en sus poesías, en las que son siempre claveles los labios de las damas, lirios las mejillas, y de esta suerte lo demás.

Un florido tiesto en la ventana indica sin género de duda que en la casa hay mujer ó mujeres que cuidan de él y le miman como si fuese ser viviente. El mismo tiesto confiado á manos masculinas pronto se quedaría sin flores, pereciendo la planta por falta de cuidados. Así como, según un conocido aforismo, donde hay humo hay fuego, así puede decirse que donde hay flores hay mujeres.

Esta relación entre ambas está muy delicadamente expresada en el cuadro de Schryver que publicamos en la primera página de este número. A la lozanía y hermosura de la joven que lleva la rosa, corresponde la hermosura y lozanía de ésta, y entre ambas forman un bello conjunto verdaderamente poético.

La corte de España fué siempre famosa por el brillo y aparato de sus fiestas, las cuales, aun en los peores tiempos de la decadencia, fueron de las más lujosas de Europa. Las que hoy se celebran en el palacio de la Plaza de Oriente sostienen la reputación de las antiguas, y suministran á un artista copiosa suma de materiales para hermosas obras.

El Sr. Ferrant ha encontrado uno de esos asuntos, quizás de los mejores y más interesantes. *Un día de recepción en el Palacio Real* (véase nuestro grabado de la pág. 284) es digno del talento de este insigne pintor, uno de los más castizos de nuestro tiempo, de los más genuinamente españoles, y autor de muchos cuadros famosos, tales como el *Entierro de San Sebastián* y *El Cardenal Cisneros*.

Este cuadro ha sido adquirido por el Sr. Marqués de Pinar del Río, á quien el arte español contemporáneo debe agradecer el empleo que da á buena parte de sus rentas, la cual gasta en formar una galería de pintores españoles. Patriótica conducta que, imitada por los que pueden, produciría grandes beneficios.

La tierna escena que representa nuestro grabado de la pág. 289 ha sido muy bien sentida por el Sr. Picolo, viéndose perfectamente reflejados en los rostros y actitudes de los personajes la pena que les aflige y las diferentes impresiones que en cada uno de ellos va dejando la lectura del testamento.

La severa figura del notario, que, con la frialdad del que cumple obligaciones del oficio, va leyendo las diferentes cláusulas del documento, contrasta con la aflicción de la familia del difunto, y se destaca impidiendo que la escena aparezca monótona.

⁂

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.

La misa en Santa María la Mayor. — Comunión general en San Lorenzo. — La puerta de la Basílica del Vaticano. — Escalera regia del palacio. — Misa en la cripta donde está enterrado Pío IX. — Beatificación de Fray Diego de Cádiz. — Grupo de peregrinos á la salida de la iglesia de San Lorenzo. — El regreso. — Llegada á la estación de Transtevere. — Dormitorios improvisados en el Hospital de Monserrat y en el convento de Trinitarios.

Ilustramos hoy la crónica de la peregrinación de obreros españoles á Roma con algunos grabados que reproducen las escenas de mayor interés artístico y religioso. (Véanse las págs. 280, 281 y 288.)

La comunión en San Lorenzo ha sido uno de los actos más importantes de la peregrinación, no sólo por lo que en sí significa siempre aquel Sacramento, sino también por haberse celebrado en el mismo templo en que yace Pío IX. El centenario de éste cae en el actual año, pues nació aquel Pontífice en Loreto (Sinigaglia), año de 1794, y se puede considerar la peregrinación española la primera de las fiestas con que se conmemora aquella fecha. Los grabados segundo y quinto de la pág. 280 dan una idea de lo que fueron las dos ceremonias que se verificaron en San Lorenzo: la comunión general y la misa en la cripta donde está enterrado Pío IX. En el primer grabado de la pág. 281 vese un grupo de peregrinos al salir de la comunión, esperando el tranvía para regresar á sus hogares.

Para alojar al grandísimo número de romeros que en pocos días llegaron á Roma, hubo no pocas dificultades. En el Hospital español de Monserrat se habilitaron camas, y también en los claustros del convento de Trinitarios Descalzos, estas últimas para mujeres. En los grabados tercero y cuarto de la pág. 281 damos una vista de estos dormitorios.

Publicamos también dos detalles del Vaticano, el mayor y más rico de todos los palacios de Europa, pues, según Bonanni, comprende 13.000 salas, 20 patios, 8 escaleras principales y 200 menores. De la puerta de la basílica da idea nuestro tercer grabado de la pág. 280.

La escalera regia es una maravilla. Hállase al final de la galería de la derecha de la plaza de San Pedro, junto á la estatua de Constantino *el Grande*. Es obra de Bernini.

Conocerán en breve los lectores la ceremonia de la beatificación de Fray Diego de Cádiz por lo que de ella escribo nuestro distinguido colaborador el Sr. Conde de Coello, quien, entre otras muchas ventajas, tiene sobre nosotros la de testigo presencial. Sólo anticiparemos algunos detalles. Leyóse por la mañana el pergamino del breve que decretó la beatificación. Después del *Te Deum* cayó el velo que cubría la *gloria* del nuevo beato, ó sea el cuadro que lo representa subiendo al cielo en medio de ángeles, y por último dijo la misa el Patriarca de Constantinopla, la cual es el asunto de nuestro grabado (véase la pág. 288). Como es tan grande el olvido en que tenemos los sucesos gloriosos y los varones ilustres que honran la historia patria, habiendo puesto nuestra atención en sucesos y varones de otras historias, no será ofensa para nadie decir que los méritos de Fray Diego de Cádiz son poco sabidos, y que la mayor parte de los que tengan noticia de su beatificación preguntarán el porqué de ella. Por eso creemos que vendrá muy oportunamente en este lugar una breve noticia de quién fué Fray Diego y lo que hizo.

Fué varón virtuosísimo, de recta conciencia, gran saber y piedad, de inmensa memoria, orador de grandísima elocuencia y escritor castizo muy superior á muchos de los que hoy, por creerse escritores y oradores singulares, solicitan por mil medios los mayores honores que la sociedad puede conceder, desde el elogio en el periódico, tantas veces solicitado, hasta el sillón académico. De manera que, aun mirando esta beatificación desde lo mundano, debe tenerse por bien hecha y muy honrosa para España y para las letras españolas.

Fray Diego nació en Cádiz en 1743; estudió en Ronda y después en Écija, donde, despiertos sus gustos literarios, escribió muchas poesías. Después predicó por toda Andalucía, admirando á las gentes y consiguiendo en poco tiempo reputación de uno de los mayores predicadores de España. Y no predicaba sólo con la palabra, sino también con el ejemplo, llevando una vida verdaderamente ascética. Orando, ayunando y predicando viajó por toda la Península, siempre á pie, apoyado en su báculo. Cuentan que sólo en honor de la Virgen predicó 1.200 sermones.

Agotado por tantas fatigas y por el trabajo de orador y escritor, murió en Ronda á los cincuenta y siete años.

No dejó en este mundo un agraviado, sino infinitos admiradores, y además muchos tomos de obras sobre diferentes materias religiosas y políticas, que enriquecen notablemente la literatura castellana.

°°°

ALEMANIA.

Entrada del parque de Schillersdorf.

La parte más meridional de la Silesia alemana, allí por donde mansamente discurre el Oder entre grandes árboles, puede reputarse una de las más hermosas de aquella región de Europa. A ambos lados de las carreteras hay pueblos extendidos á lo largo de ellas, con lo que más parecen calles que caminos, y la vista se solaza contemplando lozanas huertas y frondosos bosques.

Multitud de casas de campo adornan esta comarca, aunque tan fría, que en invierno llega el termómetro á 30º bajo cero. Algunas de esas casas son de famosísimos personajes. En Creisau tuvo la suya el mariscal Moltke, y en Schillersdorf, aldea de 1.800 habitantes situada á 18 kilómetros de Ratibor, tienen los poderosos banqueros Rothschild un magnífico castillo, con no menos magnífico parque.

En nuestro grabado de la pág. 285 damos una vista de la entrada de éste, tomada de fotografía por el propio Barón de Rothschild, excelente fotógrafo. Vese lo exuberante de la vegetación, y por la entrada se puede juzgar la belleza del resto.

G. Reparaz.

LIBERTAD DE TABACARES.

o piden los agricultores una libertad absoluta y sin restricciones para cultivar el tabaco, por más que esto sería lo especialmente provechoso á la agricultura española. Desean únicamente que la legislación les permita lo que consiente el padrinazgo y que poseen casi todas las naciones de Europa. Permisos especiales de cultivo, como los tiene reglamentados Francia y los que también otorga Italia.

La libertad de este cultivo la disfruta asimismo Portugal, en su zona vitícola del Douro, por consecuencia de los desastrosos efectos de la plaga filoxérica, como han solicitado en su proposición de ley los diputados Sres. D. Tiberio Avila y D. Román Laá, alcanzando ya el primer paso, de ver tomado en consideración por el Congreso el estudio de tan importante asunto.

El artículo 1.º de la proposición autoriza el cultivo del tabaco y sus distintas variedades en España y en sus islas adyacentes. Sólo habrá en esto concesión para Baleares, pues las Canarias disfrutan del libre cultivo y no es procedente limitarlo con restricciones.

Por el artículo 2.º se establece la limitación de que el cultivo se permita sólo en las comarcas invadidas por la filoxera, mildio ú otras plagas, sin perjuicio de facultar al Gobierno para que autorice su extensión á otras regiones teniendo en cuenta los resultados obtenidos. Ya saben los autores de la proposición que los resultados serán magníficos, como los alcanzan los labradores que viven dedicándose á este cultivo desde largos años ha, bajo las eventualidades de riesgo y ventura, según que el fisco encuentre ó no vea los tabacares, que son el recurso de muchos pobres serranos del Levante y Mediodía peninsular; pero sería preferible que la limitación se consignase, consintiendo el cultivo en la mayoría de las provincias marítimas de España y riberas bajas de nuestros grandes ríos.

Las condiciones del cultivo, su vigilancia y fiscalización, etc., deberán regularizarse, según el artículo 3.º, por un reglamento hecho de orden del Gobierno con acuerdo de la Compañía Arrendataria de Tabacos. Es de desear que la comisión del Congreso fije su atención en que tal precepto no sirva para relegar *ad Calendas græcas* la efectividad de los permisos de cultivo; pues todo el mundo sabe que la Compañía es decididamente hostil al cumplimiento de la base 12 de la ley de 22 de Abril de 1887, hallándonos después de siete años con que el país no ha sacado ningún provecho del buen pensamiento de los legisladores.

Consigna el artículo 4.º que la Compañía Arrendataria ha de quedar obligada, según la aludida base 12 de aquella ley, á comprar en el país la hoja de tabaco que ahora adquiere en el extranjero. Esto supone la venta del producto correspondiente á unas 5.000 hectáreas cultivadas, que podrá extenderse á mayores cantidades el día que la calidad de la hoja obtenida pueda alcanzar precio más elevado que el de 61 céntimos por kilogramo que declara la Compañía en las aduanas para el tabaco adquirido en los Estados Unidos de América.

En el artículo 5.º se previene á los agricultores la obligación de exportar el tabaco sobrante por los puertos que el Gobierno señale, y en este sobrante es en el que necesita buscar mayor beneficio la agricultura española.

Las producciones de tabaco en el mundo se estiman hoy del modo siguiente:

CONTINENTES.	TONELADAS MÉTRICAS.
En Asia	190.000
En Europa	140.000
En América	124.000
En Africa	12.000
En Australia	500
TOTAL	466.500

La zona geográfica del tabaco es de las más extensas, ocupando en el viejo Continente desde los 25º ó 30º de latitud Septentrional, en África, hasta los 53º en Holanda y otras regiones de Europa. En América se observa desde los 40º de latitud Norte por Méjico y los Estados Unidos, hasta los 20º de latitud Sud en el Perú y en el Brasil, ofreciendo la amplitud total de 60º.

Siendo el tabaco una planta de temperamento cálido, sólo puede alcanzar tanta extensión geográfica, en variedad de latitudes y climas, mediante su corta duración vegetativa de cuatro á cinco meses, desde que se trasplanta poniéndolo de asiento en Abril ó en Mayo, según las localidades, hasta que se cosecha la hoja de Julio á Septiembre. Esto representa un período de ciento veinticinco á ciento cincuenta días, en el que puede recibir el calor necesario para su desarrollo y producción, como sucede en los veranos de países que son no obstante de inviernos fríos, á la manera de Francia, Bélgica, Holanda y otros territorios del centro de Europa, donde por tal causa es posible este aprovechamiento estival.

En general, debe pensarse razonablemente que en todos los sitios donde la temperatura atmosférica y la frescura del suelo satisfacen á la vegetación lozana del maíz, es oportuno cultivar el tabaco, á cuyo desarrollo se prestan maravillosamente nuestros climas peninsulares y de las costas. Además del maíz, otra planta hay que ofrece grandes analogías de vegetación con el tabaco, por las cantidades de humedad que ofrecen sus hojas y raíces, siendo ésta la remolacha, que tan extensamente se va propagando por ciertas vegas, como son las de Granada y otras del Mediodía y Levante de España. Los valles abrigados de sierras frescas, como la de Ronda y algunas de la provincia de Jaén, también se prestan admirablemente al cultivo del tabaco, diciéndolo con evidencia la persecución que allí ejercitan constantemente los carabineros del reino, con grande perjuicio de los pobres labradores de tales comarcas.

En América como en Europa se hallan de acuerdo acerca de las condiciones que han de reunir los terrenos para el cultivo del tabaco. Las especies hasta ahora cultivadas se crían y desarrollan mejor en los suelos arenosos frescos que contengan, al menos, de 20 á 40 por 100 de arena, pudiendo constituir el resto la arcilla, caliza y demás materiales, en variables proporciones. Los terrenos que ofrecen menos de 20 por 100 de arena y mucha dosis de arcilla dan un tabaco basto, blando y de poca savia. De aquí el que afirmen algunos autores que la calidad del tabaco se halla en razón directa de la cantidad de arena que contenga el suelo productor. En Francia las tierras destinadas á plantar tabaco se arriendan en 120 á 200 francos por hectárea, y aumentan constantemente los departamentos donde se va consintiendo el cultivo á consecuencia de las instancias de los terratenientes.

De las nueve regiones agrícolas en que se considera dividido el territorio francés, los permisos del Gobierno autorizan representación de este cultivo en ocho de ellas, aunque aparece limitarse á 22 departamentos, de los 85 que comprende su división administrativa.

Para que los juicios puedan ser más exactos respecto á estas condiciones culturales, condensaremos en un pequeño cuadro los nombres de los departamentos que disfrutan de tal beneficio cultural, distribuídos por regiones, con expresión de la superficie explotada, productos y rendimientos por hectárea.

REGIONES DE FRANCIA DONDE SE CULTIVA EL TABACO.

REGIONES.	DEPARTAMENTOS.	Superficie cultivada en hectáreas	Producción total en kilogramos.	Rendimiento por hectárea en kilogramos
Noreste	Ille et Vilaine	707	1.032.900	1.461
Norte	Nord y Pas de Calais	1.762	3.719.400	2.111
Nordeste	Meurthe et Moselle, Meuse y Vosges	319	659.200	2.066
Centro	Puy de Dome	29	37.400	1.290
Este	Isere, Saone (Haute), Savoie y Savoie (Haute)	2.449	4.059.000	1.648
Sudoeste	Dordogne, Gironde, Landes, Pyrenées (Hautes) y Lot et Garonne	8.524	8.485.900	995
Med.ª Pirenaico.	Correze y Lot	2.191	2.158.300	985
Sudeste	Alpes Maritimes, Bouches du Rhone, Var y Vaucluse	283	440.800	1.557
TOTALES		16.264	20.592.900	1.260

Puede observarse que la región francesa más productiva es la del SO. con especialidad por los departamentos de Dordogne, Lot et Garonne y Gironde. La cuantía de los rendimientos tiene escasa significación, por guardar armonía con el número de plantas explotadas en cada hectárea; y como los gastos acrecen en razón directa, no siempre representa mayor provecho un rendimiento superior. Así se ve que dicho SO. francés, con un rendimiento que no excede de 995 kilogramos, tiene, sin embargo, mucha mayor importancia tabaquera, con 8.524 hectáreas explotadas y producción superior á 8.485.900 kilogramos de hoja cosechada.

En el período quinquenal de 1885 á 1889, la producción de tabaco osciló en Francia entre la mínima expresada, que correspondió al último de dichos años, y la máxima cosecha de 1888, que alcanzó á 22.934.100 kilogramos.

El consumo del pueblo francés viene á ser de 35.430.225 kilogramos (1886) á 35.934.814 (correspondiente á 1884). Estos antecedentes hacen ver que las importaciones de tabaco en Francia bajan pocas veces de 13 millones de kilogramos, y superan algunos años á 14.400.000. Además, puede calcularse fácilmente que los tabacares de Francia contribuyen al consumo del país con 60 por 100, y las importaciones representan sólo el 40 por 100.

Esta cantidad de 14 millones de kilogramos de hoja la adquiere Francia de Bélgica y varios países productores de Europa, por lo menos en gran parte; pues de las Antillas no aparece que introduzca más de 24.000 kilogramos, aunque sus estadísticas en esta parte son algo deficientes.

También Italia tiene con el tabaco un sistema análogo al de Francia, con la diferencia de que los permisos que concede son anuales, y en relación á las existencias almacenadas por la Administración de Hacienda, extendiendo las concesiones cuando lo demanda la necesidad del mayor consumo. En realidad nos parece preferible el sistema de Francia al de Italia. Así, en esta última nación se observan grandes diferencias en las superficies cultivadas de un año para otro. En 1881 llegó á cultivar Italia 5.898 hectáreas, que le produjeron 6.443.781 kilogramos, y en 1889 no se le permitió explotar más que 1.621 hectáreas, que rindieron 1.757.780 kilogramos. En 1892 el cultivo subió de nuevo á 3.740 hectáreas, obteniéndose la cosecha de 4.483.658 kilogramos de tabaco.

Las zonas de Italia más dedicadas á esta producción son el litoral Adriático y el del Mediterráneo, con el Lazio y las islas de Cerdeña y Sicilia. Los distritos de Lecce (en el Adriático) y de Benevento (en el Mediterráneo) son los más productores: entre ambos pueden dar sobre 3 millones de kilogramos de hoja. La situación de Lecce entre el Adriático y el golfo de Tarento es excelente para el cultivo: su clima es benigno, con 16º,60 de temperatura media, sin descender las mínimas de 2º á 3º bajo cero, en el período de Diciembre á Febrero; en Julio y Agosto las medias termométricas vienen á ser de 25º, y llegan las temperaturas máximas á 41º, sin bajar éstas de 40º en Septiembre. Los días

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



1. Misa celebrada en Santa María la Mayor, por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla.—2. La comunión general en la iglesia de San Lorenzo.
3. Grupos de peregrinos á la puerta de la Basílica del Vaticano.—4. Palacio del Vaticano: escalera regia de entrada á los Museos y á la capilla Sixtina.
5. Cripta de San Lorenzo, donde yacen los restos de Su Santidad Pío IX.

(Dibujo de D. H. Estéban.)

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



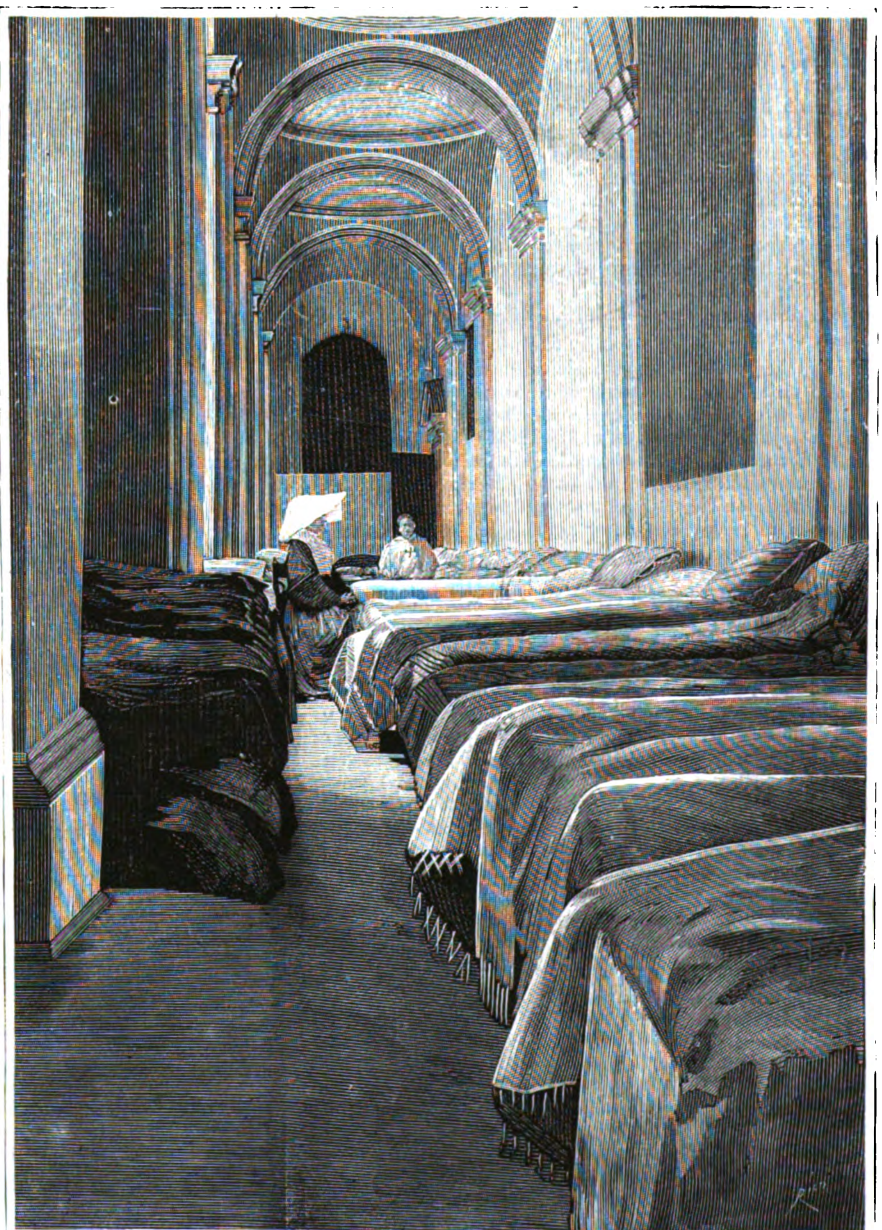
UN GRUPO DE PEREGRINOS Á LA SALIDA DE LA IGLESIA DE SAN LORENZO, DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.



EL REGRESO.—LLEGADA Á LA ESTACIÓN DE TRANSTEVERE.



SALA DEL HOSPITAL DE MONSERRAT, HABILITADA PARA DORMITORIO DE PEREGRINOS.



CLAUSTRO DEL CONVENTO DE TRINITARIOS DESCALZOS ESPAÑOLES, DESTINADO PARA DORMITORIO DE PEREGRINAS.

(Del natural, por D. H. Estevan.)

lluviosos en el año son de 104 á 105, recogiéndose en las lluvias sobre 592 milímetros de altura pluviométrica; nieva poco y sólo en la estación invernal, rara vez algún día en otoño. Estos datos se refieren á la media general de los años de 1876 á 1891.

Las condiciones de analogía entre la Italia meridional y nuestras provincias costeras del Levante y Sud de España nos han inclinado á consignar estos antecedentes como dato de cierto interés.

El año 1868 hicimos en la Granja Experimental de Sevilla los primeros ensayos de cultivar tabaco con semilla importada directamente de la isla de Cuba, obteniendo estas experiencias el más lisonjero resultado. La situación de la finca no era, sin embargo, de lo más conveniente, porque el excesivo calor de los ruedos de aquella capital ofrece frecuentemente en el mes de Agosto temperaturas máximas medias de 45° (1868) y aun de 49° (1871). Este fortísimo calor arrebata la vegetación del tabaco, dando lugar á numerosos vástagos floríferos, cuya supresión impone costosa mano de obra. Pero donde las medias máximas de Agosto no exceden de 36° á 40°, como frecuentemente pasa en las provincias de Cádiz, Granada, Jaén, Málaga, Alicante, Valencia y otras muchas del litoral marítimo, las condiciones son más fáciles y dan completa confirmación teórica á los resultados prácticos de los numerosos ensayos verificados en muchas localidades de las expresadas comarcas.

Es otro límite imperioso para este cultivo el dependiente de la altitud, como la que tiene Madrid y la mayoría de las provincias situadas en la elevada meseta central de España. Aunque se críe perfectamente el tabaco, como en efecto se obtiene, para las atenciones de la ciencia, en el Jardín Botánico de Madrid y en el Universitario, anejo al Instituto del Cardenal Cisneros, es de toda evidencia que si se preparase la hoja resultaría poco aromática, porque los aromas de las flores y de las plantas se disipan y pierden con gran facilidad á estas alturas sobre el nivel del mar. Efecto de esa disipación de gases aromáticos, que desaparecen en la atmósfera más enrarecida, es lo que origina el escaso olor de las flores en Madrid, que no alcanzan la perfumada fragancia de las nacidas y desarrolladas en los jardines de Granada, de Sevilla y de Valencia. La producción y aprovechamiento de las esencias no puede alejarse mucho de las costas del mar, influenciadas por la abundancia de vapor acuoso, que modera la evaporación.

Los ensayos oficiales mandados hacer estos últimos años se han considerado, con razón, como recurso ó expediente dilatorio para autorizar el cultivo; pues es de toda evidencia que nada podían decir que de antemano no se supiera perfectamente. Porción de años hace que se cría tabaco en todos los Jardines Botánicos de España, y no de una especie sola; y en cuanto al beneficio de preparar la hoja, desecando las plantas en colgaderos adecuados y disponiendo luego las hojas separadas en montones bien dispuestos para que experimenten un principio de fermentación, no puede ser mucha la práctica de nuestros establecimientos agrícolas oficiales, y es, por lo demás, seguro que sin el dominio de dicha práctica poco es lo que pueden decidir semejantes ensayos. Además, no se tuvo para nada en cuenta la influencia de los climas y altitudes, resultando que se dispusieran en Madrid, como en Zaragoza, Valencia, Jerez de la Frontera y otros Institutos de experimentación. Cuanto hayan hecho los Directores de tales establecimientos es plausible en alto grado y por extremo laudatorio; pero esto nada tiene que ver con que los centros superiores que tenían facultades para disponer, como dispusieron, tales ensayos, parece que se propusieron alejarse de los sitios (bien conocidos) donde existe costumbre y larga práctica de beneficiar el tabaco.

Acerca de estos sitios nos decían hace poco tiempo, en Enero de este mismo año:

«En muchos pueblos de esta sierra se cultiva el tabaco, lo mismo en secano que en regadío, dándose preferencia al secano, á condición de que sean frescos los terrenos, porque la hoja resulta de mejor clase. No se puede sembrar en cualquier sitio, exigiendo condiciones análogas á las del maíz. Aunque hubiera libertad completa para sembrarlo, sólo se pondría en ciertas y determinadas parcelas.

»Se echa al hoyo, como por aquí dicen, ó sea el semillero, en los meses de Noviembre, Diciembre y aun Enero. Se reserva cuidadosamente de los hielos, hasta que por Abril se pasan las plantitas criadas de la semilla desde el hoyo al terreno en que ha de cultivarse.

»Como preparación del terreno, se da una cava honda, y después de hecha la postura se practica primero una labra muy esmerada, no descuidando en lo sucesivo el mantener limpio, mullido y fresco el suelo, por repetidas binas ó labores superficiales. La falta de riego hay que suplirla por este medio, sosteniendo esponjada y húmeda la tierra con las expresadas labores.

»Se cultiva dicha planta en terrenos fríos y en terrenos templados; pero en éstos el mejor resultado les da preferencia. Acercándose á la costa, se desarrolla superiormente, por encontrarse á salvo de las heladas, que le perjudican bastante. En los sitios fríos, distantes de la costa, se buscan terrenos abrigados. Por aquí se realizan dos cortes del tabaco; uno en Julio y el otro á fines de Septiembre ó principios de Octubre. La hoja del primer corte es de mejor calidad.»

No debe, pues, caber duda acerca de la facilidad con que puede producirse buen tabaco en España, superior á los de Virginia, Kentuky, Ohio y Mariland, que nos remesan de 5 á 6 millones de kilogramos en el tabaco americano. El último año de que aparecen datos estadísticos oficiales de las Aduanas, con indicación de procedencias, es el de 1892, y en éste las importaciones de Filipinas se elevaron á cerca de 9 millones de kilogramos, pasando poco de 3 millones las del tabaco de Cuba, que no debe temer competencia de la hoja peninsular. Los cigarros de la Habana no tienen rivales en el mundo. Por esto es de extrañar la agitación advertida en los diputados antillanos al anuncio de trabajar los andaluces por conseguir la efectividad del cultivo tabaquero.

Todas las naciones de Europa cultivan el tabaco, algunas con libertad absoluta, como sucede en Bélgica, Holanda, Hungría y Suiza, ó con restricciones, más ó menos severas, en Alemania, Austria, Francia, Grecia, Italia, Rusia Meridional y Turquía. Demorar la resolución de permitir el cultivo reglamentado, es poco sensato para los intereses del país, cuya agricultura sufre en la actualidad una grave crisis económica. Decir, como aventuran algunos hombres políticos, que se han conquistado todas las libertades democráticas, cuando el agricultor no puede ejercer libérrimamente su industria, es un sarcasmo, en el que deben pensar seriamente los legisladores. Precisa evitar á todo trance los comentarios de los agraviados; de esa población campesina tan sufrida, que sólo piensa en trabajar, laboreando el terreno, mientras en las capitales producen asonadas y reuniones bulliciosas los obreros industriales que perciben dos ó tres veces el importe del mísero salario de los cultivadores.

Las Compañías privilegiadas y monopolistas deben recapacitar sobre estos hechos y sobre sus consecuencias, porque las crisis rurales son las más preñadas de peligros, cuando todos los intereses del país se hallan subordinados á los del terruño, como sucede en España, y la falta de trabajo arrastra con el hambre huracanes de la opinión que pueden convertirse en tormentas devastadoras.

Los Sres. Avila y Laá demuestran un gran sentido político en el fondo y las tendencias de su discreta proposición, que es de desear encuentre decidido apoyo en el Congreso, para que entre España en las vías de efectivo progreso material, que no lo asume la consignación platónica de los derechos políticos en el Código fundamental.

Precisa llegar á la libertad práctica de la actividad humana.

Este pensamiento lo resume una célebre frase de Montesquieu, al decir que *los países no se cultivan en proporción de su fertilidad, sino en razón de su libertad.*

La libertad de cultivos no es completa ni suficiente en España.

EDUARDO ABELA.

LOS TEATROS.

Resumen histórico-crítico de la campaña teatral de 1893 á 1894.



PROFETA en su patria puede serlo cualquier español que, por obligado en su oficio ó por devoto en sus aficiones, haya estudiado atentamente el camino sin trazo seguro y la marcha sin rumbo fijo que en el histórico Corral del Príncipe se vienen siguiendo desde que la muerte rompió aquella unión de dos notabilísimos artistas, que tan provechosa prometía ser para la literatura dramática y para el arte escénico.

Sin sorpresa, aunque con dolor, he visto realizarse día por día los tristes pronósticos que dejé apuntados en mi primer artículo del año cómico, cuando, en público concurso, adjudicaba el Excelentísimo Ayuntamiento el teatro Español, después de haber oído el dictamen de autores y periodistas más animados de buen deseo que convencidos de la eficacia de los procedimientos tardíos y atropellados del Municipio, apático administrador de esa finca que tiene enfrente la estatua del Príncipe de nuestros ingenios dramáticos.

En la última temporada no hemos oído allí los acentos del Segismundo de Calderón. La vida del que fué Corral del Príncipe no es ya *un sueño*; es una pesadilla larga y penosa, amenizada bufonescamente por los acentos de D. Simplicio Bobadilla, hasta que la ruina material del edificio—hace años anunciada—ponga punto definitivo á la historia lamentable de la ruina moral que ya no deja esperanza de restauración posible.

Sí: en el clásico teatro Español, como deficiente y miserable defensora de los intereses de empresa, ha dominado la magia; pero la magia con telones rotos y despintados, con tramoya inhábil, con vestuario afrentoso, con movimiento inseguro de trastos viejos y apolillados que amenazaban de muerte á los míseros artistas que habían de divertir al público.

Mata y Bueno—dos primeros actores distintos y un solo empresario verdadero—empezaron el año cómico con *división de plaza*, pero casando ya en nuestro teatro clásico lo extranjero con lo nacional, á Molière con Lope de Vega, *La Escuela de los maridos* con *El Perro del hortelano*. Y campando allí Mata con la Rodríguez, y aquí Bueno con la Argüelles, no llegaron á hacer primores tales que alcanzaran á convencernos de que, con principios tan inarmónicos como mal planeados, pudiera la nueva sociedad artística conseguir fin alguno provechoso de los que, con más juicio y mejores elementos, se habían intentado antes en aquel teatro.

El mismo *Don Juan Tenorio*—amparador allí tantas veces de artistas-empresarios—apareció sin arrogancia, debilitado, *reblandecido*, muerto ya en la hostería de Butarelli, con las ansias de su enterramiento en el panteón, como si por tal tuviera ya aquel ruinoso escenario que había sido firme y ancho palenque de sus hazañas de rufián y de sus glorias de héroe legendario.

Después ¿qué? El drama patriótico sin interés, el cuadrito de circunstancias guerreras, la comedia de tesis sin plan ni concierto, absurda en el fondo y con tantas pretensiones como ripios en la forma. Y á todo esto, las esperanzas de la empresa fundadas en un melodramón de acción múltiple é ininteligible, con más episodios que personajes, y en la traducción ó el arreglo de un drama romántico que, en España como en Francia, no podía ser apreciado sino por el valor de las hermosuras poéticas de la forma.

Mucho estudiar inútil y ensayar con atropello, y esperar al fin el *advenimiento santo* de los autores de más fama y de mayor arranque, á quienes en teatro mejor organizado se les ofrecían garantías materiales y morales de más seguro éxito. Porque desde que el teatro de la Comedia, con elementos mejores ó peores, pero de conjunto muy aceptable y con dirección hábil y estudiosa, se levantó desde la comedia sencilla á la alta comedia y al drama, el teatro Español no tiene razón de existencia sino con una compañía que hoy podemos llamar *imposible*, es decir, que, en detalle y en conjunto, pueda ofrecer los cuadros como los buenos poetas los imaginen, en todos los géneros, desde el drama trágico al sainete, como se presentaron allí por artistas de otros tiempos, para el arte mejores, y no por pasados.

Calvo con Jiménez antes, Vico con Bueno después, Bueno con Mata por último. Veremos quién y con quién se atreverá todavía á soportar con algún decoro en el Español el sueño de la existencia artística, más penoso allí que el sueño de la vida de Segismundo: que éste, al fin, si sufre como fiera encadenada, también goza grandezas de príncipe.

En los dos últimos años las cláusulas del contrato con el Ayuntamiento han sido letra muerta y espíritu perdido. ¿Y qué va ganando el pueblo de Madrid con un teatro que parece ser *suyo*, que ni le sirve, como antaño, para el interés sagrado de su Beneficencia, ni siquiera sirve para divertirle por su dinero?

Nuevos concursos artísticos no engañarán ya al pueblo de Madrid, propietario pacientísimo que tendrá que seguir esperando que se desengañen los ilusos administradores de su Corral histórico.

* * *

Si los años pesan tan duramente sobre el teatro Español, bien puede decirse que pasan en balde para el de la Comedia. Siempre de moda, el mismo espléndido abono, constante favor del público, la misma dirección laboriosa, la compañía con ligeras modificaciones, beneficiosas unas más ó menos, onerosas otras tanto cuanto, y los buenos autores *de la casa* siempre dispuestos á cumplir sus compromisos, como quien sabe que en ella la honra y el provecho han de corresponder, en lo posible, al mérito de las obras.

Por excepción de esa regla no ha sido en este año cómico la obra mejor la más favorecida por el público, sino aquella con que se hizo más ruido en el teatro, en la prensa y hasta en la vía pública.

Enrique Gaspar es todo un autor dramático, que ha ido creciendo en merecimientos más que en fama desde las primeras originales tentativas escénicas de su juventud. Y, sin embargo, su brillantísima labor de *Huelga de hijos* no fué apreciada siquiera en lo que se apreció *La de San Quintín*, obra de un excelente novelista que no sé ya si se ha propuesto brillar en el teatro exclusivamente con esas excelencias, como elementos viejos de los *nuevos moldes* con que estamos esperando todavía que nos convenzan los reformistas á los pobrecitos partidarios de las buenas tradiciones del legítimo arte dramático.

No hace muchos días que un notable crítico teatral de Francia, al hablar de la escuela innovadora y de su propósito decidido de dar en tierra con todas las convenciones que hoy abruman al teatro, decía que éste no puede existir sin convenciones. Y decía perfectamente. De modo que falta ver si las convenciones nuevas pesan sobre el teatro más que las antiguas. Y lo que está ya visto es que, por ahora, los que parecen reformistas se contentan con espaciarse y hablar á sus anchas en la escena, aunque sea á costa de la paciencia de los espectadores.

No cabe dudar que la campaña teatral de la Comedia ha sido muy aceptable, y lo hubiera sido más si el autor de *Luciano*, nuevo y esforzado adalid en aquel palenque, hubiera podido prescindir en su obra de cierto subjetivismo pernicioso, de que adolecen también con frecuencia otros notables poetas dramáticos, y si el ilustre

autor de *Mariana*—que con tanta brillantez salió de aquel valeroso empeño—se hubiera persuadido de que por acaso de la buena suerte, ó por excepcional disposición del momento, salen bien las obras de *pie forzado*, sobre todo si al teatro se destinan, y más aún cuando todas las dificultades de ejecución han de pesar sobre artistas de más arrogante arrojo que de aptitudes bien aplicadas y con conciencia de su verdadero valor dirigidas.

El éxito de la temporada en aquel teatro hubiera sido también más favorable si no hubieran sido tantos y tan amplios los derechos disfrutados por la primera actriz, sin ejemplo, sobre todo bajo la dirección de Mario, y con los cuales no sólo pudo haber llegado la joven artista á impedirnos el conocimiento de las bellezas de *Luciano*, sino que llegó efectivamente á obligar á un autor de crédito á retirar una obra, ya en estudio y creo que en ensayo, lo cual, en mi entender, ya no es ejercicio de derechos de actriz, sino de caprichos de soberana.

Si continúan las inverosímiles abdicaciones de autoridad de D. Emilio, quizás éste no pierda mucho del favor del elegante público, pero puede perder bastante del eficacísimo concurso de los buenos autores, lo cual sería de notar contra el crédito del teatro hasta para los asiduos espectadores menos dados al estudio de las trascendentales vicisitudes de telón adentro.

***

Poco hay que resumir en la breve cuanto lamentable historia de la campaña de María Tubau en el teatro de la Princesa. Dos ó tres pobres traducciones de obras francesas, que no llegaron á despertar el interés del público, y una terrible noche de estreno, de zozobras, pero de triunfo para la actriz, que al fin sacó su bandera con honra de la batalla perdida por su esposo, el largamente obcecado autor de *Nieves*.

Tan largamente, que, prolongando las representaciones á su talante de empresario, todavía tuvo el valor de acompañar á *Nieves* con una parodia, en cuyo bajo terreno tenía tan natural asiento la protagonista, que ella sola acusaba inocentemente de dislocada é inaguantable en su altura á la aristócrata protagonista de la comedia malaventurada.

En el teatro de la Zarzuela—mientras llegaba Berges con su compañía—intentó con mal consejo una empresa *de paso* explotar el interés de los sucesos de Melilla con un drama descomunal y absurdo, llamado patriótico, en el que la patria no quedaba muy bien y quedaba muy mal el infeliz autor iluso.

Llegó Berges con *Los Mostenses* en estudio y metidos en el corazón con todas sus esperanzas, tan inconcebibles, que el público se lo hizo entender así clara y abiertamente en el estreno, precedido de un solemne ensayo general *con todo*, menos con la serenidad de juicio de aquellos que más habían de sufrir en el fracaso.

Pero, en fin, no puede decirse que la campaña teatral fue del todo estéril en la Zarzuela, porque el verdadero género estuvo bien representado en la aparición de *El Angel guardián*, en libro como en música, y puso decoroso remate á la temporada *El Duque de Gandía*, drama lírico de nuevo y original aliento, con que poeta y maestros me confirman en la idea de que el verdadero arte español tiene aún mucha vida.

Además Berges muestra interés generoso en darnos á conocer todos los años artistas nuevos, y esta vez ha acertado del todo al presentar al público á Encarnación Bofill, quien, no sólo como cantante, sino como actriz, es ya en el género toda una legítima esperanza para el arte.

***

Lara será siempre el primero de los teatros de funciones por horas, y su decidida fortuna y la estudiosa dirección artística de Flores García vienen sosteniendo allí la constante atención del público, contando, por supuesto, con que los buenos autores cómicos renuevan hábilmente el repertorio y con que éste tiene vida larga con la felicísima ejecución de las obras por artistas que hablan y se mueven ya en aquel escenario como si para ellos solos lo hubiera levantado la misma Talía.

Autores y actores se entienden allí tan perfectamente, que casi es más difícil un fracaso completo que un éxito excepcional parecido al que aún mantiene vivo en los carteles el interés de *Zaragüeta*, lo mejor entre lo más bueno que se ha representado en Lara, donde durante el año cómico han regocijado largamente al público obrillas ingeniosas que he citado ya con justo elogio, debiendo unir hoy á aquellos apuntados títulos el de *Olivilla*, delicioso juguete cómico del feliz ingenio de Ricardo Monasterio, que acaba de dar esa nueva prueba de su habilidad para unir lo interesante con lo sencillo y lo gracioso con lo limpia y puramente literario.

En los teatros de Apolo y Eslava han seguido alternando las caídas con los buenos éxitos, sin que los fracasos asusten ni achiquen á las almas grandes de la industria al uso y *al menudeo*, y sin que haya habido éxito más legítimo y completo que celebrar que el de *La Verbena de la Paloma*, sobre todo por la valentía con que el maestro Bretón ha sabido ilustrar la música del pueblo.

Lástima es que en esos teatros, que tienen un constante público, especialísimo cuanto numeroso, no se eviten previsoramente bochornosos escándalos, como el producido por la *alabarda* en complicidad con las majaderías del *Don Quijote* de Eslava. Tampoco perderíamos nada—ni las empresas—si éstas nos evitasen espectáculos, antipatrióticos cuanto trasnochados, como aquel *Guirigay* con que Aristofanillos de ocasión y de maleante ingenio consiguieron en Apolo herir al decoro nacional más que zaherir á nuestros personajes políticos, tantas veces y tan fuera de lugar puestos en caricatura.

Y, con avisos tan saludables, doy por terminada mi tarea hasta que en Septiembre se anuncie la apertura del nuevo año cómico, que así venga á colmar de satisfacciones al público como dé honra y provecho á poetas y artistas.

EDUARDO BUSTILLO.

6 de Mayo de 1894.

FASTOS DE LA PEREGRINACIÓN ESPAÑOLA.

Conclusión.

A la primera beatificación siguen las visitas de nuestros romeros á las demás basílicas de la Ciudad Eterna, sin que los distraigan los eternos monumentos y sitios que encontraron en su paso estos nuevos cruzados de nuestros días: Coliseo, Termas, Foro romano, arcos y palacios de Césares, de los cuales sólo contemplaron el de Constantino y su basílica de la Paz. En Santa María la Mayor, que tiene para los españoles el título de ser, como canónico honorario, protector de la Basílica Liberiana el Monarca de España, después de oir solemne misa pontificada por el Cardenal Arzobispo de Sevilla, oran ante la preciosa reliquia del Santo Pesebre de Belén y los restos mortales del gran pontífice Pío V, cuya memoria se enlaza á las más grandiosas de la cristiandad y á una gloria inmortal de España.

Al siguiente día, seis mil peregrinos que la tarde anterior ó aquella misma mañana se han confesado en veinte templos de Roma, entre éstos Santiago y Monserrat y la nueva basílica de San Joaquín, reciben la comunión en la de San Lorenzo, fuera de muros, que guarda el sepulcro monumento de Pío IX. Diversos prelados de España, empezando por los de Sevilla, Valencia, Barcelona y Madrid, les administran la Eucaristía durante cinco horas, mientras numerosos sacerdotes, así en la basílica del Mártir de España como otros días en San Pedro, ocupaban con vivo gozo los altares para celebrar el santo sacrificio de la misa. La romería hispana inauguraba así las fiestas del primer centenar de Pío IX, pontífice tan amado en España. Prelados como peregrinos, admirando la hermosa obra de arte en que los mosaicos venecianos representan leyendas y figuras de la Biblia, procuraban descubrir las armas y escudos de las diversas diócesis de España que han contribuído al sepulcro monumental, donde no es ya posible colocar una inscripción más.

Sucédense consecutivamente el gran sarao en celebridad de la romería, dado por nuestros Embajadores cerca de la Santa Sede en los hermosos salones del palacio de España, que la Embajadora ha sabido convertir en precioso jardín de flores, mientras el del Trono, que preside el retrato de Alfonso XIII conserva toda su grandiosidad. Gentileshombres, seguidos de lujosos servidores del palacio con hachas encendidas, han introducido en las espaciosas estancias á gran número de Cardenales, empezando por el Secretario de Estado de Su Santidad, el Vicario del Papa en Roma y todos los que han sido Nuncios en España, Portugal y Austria, cuyos Embajadores, como los de Francia, Alemania y demás naciones que mantienen representantes acreditados cerca de Su Santidad, han querido dar esta prueba de sus simpatías á la nación católica.

Juntamente con ellos están los Prelados de España, en torno de los cuales se agrupan los que quieren escuchar de sus labios la relación de las escenas de Valencia, que ponen delicado empeño en atenuar, y las noticias sobre la organización admirable de la romería hispana, por cuyo asombroso éxito reciben encomios los Marqueses de Comillas, allí presentes, juntamente con los Duques de Bailén, los Sres. Topete, Pidal y Roca de Togores, los Marqueses de Castroserna y de la Solana, los de Cubas, los Condes del Val, de Orgaz y de Sepúlveda, los Condes de Niulant, los Marqueses de Murua, los de Monistrol, los de Aguilar y Falces, el de Villares, con otros personajes distinguidos de la España sacerdotal y seglar. Hállase muy bien representada la colonia española por tantos títulos y por distinguidos artistas. Del patriciado romano sólo faltan aquellos Príncipes impedidos por el luto de la muerte reciente del príncipe Boncompagni, uno de los más ilustres magnates de Roma. En efecto, están con los Príncipes de Croy, los del Drago y Antuni, de Massimo, de Altieri, de Aldobrandini, de Caffarelli, de Mondragone, de Rospigliosi, de Palestrina, de Lancellotti, de Bandini, de Antici Mattei, de Salviati, con los Duques, Marqueses y Condes de San Martino, Carpegna, Vespignani, Cardelli y otros que sería imposible anotar, tanta es la concurrencia distinguida que se agolpa en aquellas estancias, adonde han acudido todos los altos dignatarios de la Corte pontificia.

En menor número, no permitiéndolo el ámbito, fueron obsequiados en las estancias que ocupa el Cardenal Secretario de Estado en los palacios Apostólicos, con el Sacro Colegio, los Prelados de España, y los Embajadores de esta nación, como de otras potencias, el Marqués de Comillas, que ya lucía su cruz de Cristo, los Condes de San Felices y de Sepúlveda, los Marqueses de Monistrol, de Cubas, los de Acchiola, que llevan el ilustre apellido de los Marqueses de Molins, y el hijo del que fué Presidente de las Cortes españolas y sobrino del Marqués de Pidal; nombres que, como los de Cárdenas y Groizard, tan gratos recuerdos despiertan en la Corte pontificia.

Pero abandono estas moradas aristocráticas para penetrar en la inmensa galería del *Belvedere* y presenciar así uno de los banquetes con que la bondad del Santo Padre ha obsequiado á nuestros peregrinos obreros, servidos, en número de cerca de dos mil, por las hermanas de la Caridad que los asisten en el hospicio modelo de Santa Marta, por los jóvenes del Círculo de San Pedro, y por la Asociación operaria-artística-católica de Roma, presidiendo aquel bello cenáculo una efigie del Santo Padre. Llego en el momento en que lo realiza también el Embajador de España, que estrechando la mano de muchos obreros, es acogido con grandísimas aclamaciones al Papa, al tierno Rey, á la Reina Regente y á la España católica, mientras la música del Patronato de la Juventud católica de Valencia y de la Guardia suiza entonan nuestra marcha Real y el himno compuesto en honor de Pío IX. El cuadro es hermosísimo.

***

El día 18 es el señalado para la solemne misa pontificia en San Pedro y recibimiento especial de la romería por el Papa. La entrada del Papa en la Basílica, saliendo de la Capilla del Sacramento, donde hace sus primeras oraciones, y ascendiendo no ya en la más alta silla gestatoria, sino en aquella menos elevada, regalo de su Guardia noble al iniciarse el Jubileo episcopal, para que mejor puedan aproximársele los miles de peregrinos que con la bendición apostólica quieren besar la blanca vestidura del Pontífice y que éste bendiga también sus rosarios, sus medallas, sus imágenes y cruces, recuerdo de una romería inolvidable, sobrepuja á cuanto hemos visto en los días anteriores. Sin embargo, quizás con el propósito de conservar á la fiesta pontificia su sello de amorosa intimidad, no se ha recurrido á ninguno de los de que el Vaticano se sirve para la mayor solemnidad de sus fiestas. Las trompas de plata no han anunciado la entrada en el templo del Jefe de la cristiandad, ni la Capilla Sixtina ha entonado el himno *Tu es Petrus*, ó aquel otro cántico de *O Roma Felix*, que esta vez tendría su aplicación á la en aquel momento dichosa España. Ni la legión completa de la Guardia noble está formada en las vastas naves, ni el sacrificio de la misa se verifica, cosa que le habría impreso mayor pompa, en el altar papal de la Confesión, habiendo querido el Pontífice, como homenaje á la Iglesia de España, realizarlo ante el altar del beato de Avila, al pie de la Cátedra de San Pedro. Tampoco durante la elevación de la Hostia suenan desde las cúpulas del templo las trompetas angélicas, ni los admirables cantores pontificios de la Capilla Sixtina entonan el *Salutaris Hostia*. Asistimos á una sencilla misa rezada, seguida de la de acción de gracias, dicha por el capellán pontificio monseñor Angeli, y durante las cuales sólo oímos algunos deliciosos motetes cantados por la Capilla Julia. Cuando terminó la función religiosa vióse al Papa, junto á la cátedra del Príncipe de los Apóstoles, rodeado de los Cardenales numerosísimos, de los Prelados de España, de diversos Príncipes soberanos que asisten á la majestuosa escena, y de los Embajadores de España y potencias católicas, junto á los cuales ha concedido puesto igualmente de honor á los organizadores de la romería, á los obreros más modestos que constituyen parte de ella, y á varias docenas de negros, que, para besar su planta, llevando como guía el lábaro de la fe, han hecho hasta Roma larguísimo viaje desde Filipinas, Cuba y África; al llegar el momento señalado para la lectura de los mensajes y discursos que van á cambiarse entre el Papa y el Cardenal Arzobispo de Sevilla, la explosión, que se ha contenido difícilmente durante la doble misa, estalla como una tempestad, alternando con cánticos de dulcísima y religiosa armonía. Son los orfeones de las diversas regiones de España, que entonan el himno al Papa de los obreros. El cántico de los peregrinos de Madrid es dulcísimo, así como el que los de Barcelona entonaron en la peregrinación siguiente. Y cuando los cuarenta estandartes, que precedidos del lábaro que conducen los romeros de raza negra, se despliegan al viento, presentando las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús, de la Virgen en sus diversas advocaciones, de San José y de los patrones protectores de nuestras ciudades con homenajes á León XIII, que las bendice, las aclamaciones llegan al delirio. Minutos después, todo este concurso entusiasmado, cayendo de rodillas, ha recibido la bendición del Vicario de Jesucristo, quien después de darla al pie de su trono á los principales representantes de todas las romerías regionales, á nuestro Embajador y su familia, á los Prelados de España y á los Marqueses de Comillas, que le presentan la peregrinación negra, se complace en cruzar dos veces el vastísimo templo, para que puedan contemplarlo sus amados hijos de España.

***

Pero antes de esto se ha verificado la lectura del Mensaje al Pontífice, dirigido por el Cardenal-Arzobispo de Sevilla, y la respuesta de León XIII, al pie de la Cátedra de San Pedro y del altar del beato español. Imposible ni aun condensar el discurso de su Emma. Sanz y Forés, que empieza dando gracias al Padre Santo por haber prolongado en obsequio de España su Jubileo episcopal, haciendo coincidir



UN DÍA DE RECEPCIÓN EN EL PALACIO REAL.
CUADRO DEL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO FERRANT.
(Propiedad del Excmo. Sr. Marqués de Pinar del Rio.)



ALEMANIA.—ENTRADA DEL PARQUE DEL BARÓN ROTHSCHILD, EN SCHILLERSDORF.

(De fotografía del Barón Rothschild.)

con la romería de nuestra patria la beatificación del venerable maestro Juan de Ávila, gloria de España, y adelantando, para que sea cumplido el gozo, la del otro apóstol de Andalucía, Fray Diego de Cádiz, cuya memoria va acompañada de bendición en todos nuestros pueblos. Y después de mostrar su reconocimiento por el donativo de un palacio apostólico en Roma, para que en él se eleven á la altura de su misión los jóvenes levitas de España, se extiende en consignar cómo la nación católica de España ha escuchado la doctrina evangélica de León XIII, sobre la constitución cristiana de los Estados, el principado político, la legitimidad del poder, la santidad de la obediencia, la libertad verdadera y los deberes de los católicos en la vida social, apostolizando en sus Encíclicas sobre la dignidad del matrimonio, la vida cristiana y la concordia entre los católicos. De igual manera que en su admirable epístola *Rerum novarum* supo estrechar con el lazo de la caridad al que abunda en bienes y al que carece de ellos, evocando aquellas palabras eternas del Salvador, cuando dirigiéndose á los pobres y á los que viven con el sudor de su frente, les decía: «Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré.» Concluyendo con deplorar la conculcación de los derechos de la Sede Apostólica, y con pedir al cielo prolongue dilatados años la vida del Beatísimo Padre, derramando en su corazón consuelos celestiales, según la medida de los dolores que le apenan, y fortaleciéndole el Señor, como hasta ahora, para gloria de Dios, triunfo de la Iglesia y salvación de la sociedad.

Fué precisa toda la autoridad del ilustre Prelado para que cuantos de cerca le escucharon no prorrumpieran en el aplauso que merecía este cántico de amor y de admiración hacia el Pontífice. Éste, profundamente emocionado, dirige algunas palabras amorosas á los Prelados y seglares que le rodean, al representante de la Reina Regente y al Cardenal-Arzobispo, que ha sido portador de bellísimo autógrafo de María Cristina, y entrega á su joven capellán participante, Mons. Merry del Val, distinción ésta altísima, la respuesta, que la voz más potente del joven sacerdote hará llegar con acento vibrante á los peregrinos sus compatriotas. Desde luego se felicita, manifestando con encarecimiento su gratitud por el homenaje al Vicario de Jesucristo que la peregrinación española ofrece al mundo, cual dignísima corona de tantos festejos con que la piedad de los fieles ha querido honrar su Jubileo episcopal. Manifestaciones que quedan grabadas en su alma, pero ninguna de las cuales ha sido tan imponente como la ofrecida por la católica España, quien, por tanto, merece llevarse la primacía.

Después evoca los timbres de los beatos Juan de Ávila y Diego de Cádiz, los de aquel Isidoro de Sevilla que mereció el título de doctor egregio, los de los grandes Concilios toledanos que inauguran la admirable historia de la España cristiana. Dice cómo en sus Encíclicas ha llamado á los pueblos á la observancia de los Evangelios, y ha señalado á las clases trabajadoras las doctrinas del cristianismo cual el remedio más poderoso para aliviar sus sufrimientos y asegurar el orden social, hoy tan amenazado. Perseverando en esta misma actitud de pastor de las almas, pide á sus amados hijos de España den tregua á las pasiones políticas que los dividen; y dejando á la providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones, promuevan los intereses de la religión, de la patria y de la concordia social. Pide igualmente á la noble nación hispana respete los poderes constituídos, y con tanta más razón cuanto se encuentra á la cabeza de ella una reina ilustre cuya piedad y devoción á la Iglesia son admiración del mundo. Por estas dotes, siéndole carísima, le ha dado como testimonio señaladísimo de amor el de haber levantado á la pila bautismal el augusto hijo que fundadamente esperaba de heredar, con las altas cualidades de gobierno, la piedad y las virtudes de su madre.

Pintar cómo fué acogida esta oración tan bella excede á mi pincel. Pero sí me será permitido decir, en medio de los cantos y gritos de alegría y de amor, cuyo eco apagará el tiempo y la distancia, que lo que no se borrará fácilmente es la significación de concordia por esta hermosa romería simbolizada, y el recuerdo de la alianza entre la Iglesia cristiana y la democracia moderna, con el nuevo cuarto estado que viene á reclamar, á fines de nuestro siglo, su puesto en la sociedad y en la historia. Siendo esta manifestación de Roma lazo de unión entre la democracia pacífica y el principio religioso, coronado bajo la cúpula de San Pedro. Y añadirá igualmente el que ha unido siempre su amor al Vicario de Jesucristo con sus simpatías á Italia, que el espectáculo que todos hemos presenciado aquí y que no puede menos de llevar grabado en su memoria los más ardientes católicos regresando á nuestra patria, ha de estrechar los vínculos existentes entre las dos naciones hermanas.

Conde de Coello.

REVISTA MUSICAL.



Siguiendo una antigua costumbre, por caso raro interrumpida, tócame ahora escribir el capítulo referente á las sesiones que todos los años celebra la *Sociedad de Conciertos* y en el presente han terminado poco ha. Al hacerlo, no teman mis lectores que vaya á reseñárselas punto por punto, porque, á más de que en no pocos casos me vería forzado á repetir lo que de puro dicho y sabido deben tener olvidado, tal proceder me obligaría á redactar un *memorandum* más largo que la esperanza de un pobre, con la seguridad de que pocos ó ninguno lo leyeran, y si alguien lo hiciese, sólo habría de servirle para agotar su paciencia, si de tan envidiable virtud se hallara dotado.

Y dicho esto á manera de preámbulo, y en justificación del plan que me he propuesto al comenzar este escrito, que no es otro que el seguido en parecidos casos, no he de dejar pasar la ocasión, antes de entrar de lleno en materia, de dolerme una vez más del espíritu exclusivista y eminentemente wagneriano que domina en los conciertos referidos, desde que, con la maestría que le es notoria, dirigió aquella escogida falange artística uno de los más fervientes apóstoles y propagadores de la música del maestro de Bayreuth. Líbreme Dios que al decir esto vaya á creerse que yo pretenda negar el honroso puesto que en ellos deba asignársele; pero entre la excesiva preferencia que se da á las obras de Wagner, al punto de figurar en los programas nada menos que doce partituras, entre grandes y pequeñas, y rayar su nombre de los programas, hay un mundo de distancia, y también un justo medio á que atenerse. Si éste se hubiera guardado, no tendría yo que lamentar el que al patriarca de la música, al célebre Haydn, sólo, y como por caridad, se le haya admitido allí á libre plática una vez, que poco menos haya pasado á Schubert, que Schumann y Berlioz no hayan figurado para nada, y, lo que es peor que todo, que el nombre del divino Mozart no se haya visto escrito en los programas, salvándose sólo á medias de tan inexcusables pretericiones Mendelssohn y Weber, y siendo el gran Beethoven el único á quien se ha honrado como merecía, si bien no todas las veces del modo que se debiera.

Pero si esto es cierto, y digno, á mi juicio, de enmienda, en cambio, de alabar es el propósito, realizado también esta vez, de la Sociedad aludida, de aumentar su ya importante repertorio con obras nuevas, debidas algunas de ellas á nuestros maestros, que sólo puede decirse tienen con los Conciertos en cuestión el único medio de darse á conocer como compositores de música clásica. Ellas han de ser, por la razón antes apuntada, la principal, si no la única materia de este escrito, como ahora mismo voy á demostrar.

Quejándose Berlioz una vez de sus contemporáneos, escribía con el desenfado y la energía que le eran propios: «¡Qué desgracia tan grande es no vivir ciento cincuenta años! ¡Cómo le darían á uno entonces la razón contra estos miserables imbéciles!» Otro tanto pudo decir Bizet, uno de los mayores talentos musicales de la Francia moderna. Adelantándose á su siglo, queriendo romper antiguos moldes, sus obras fueron acogidas con glacial indiferencia, cuando no injustamente juzgadas, por algunos, no todos afortunadamente, de los que de ellas se ocuparon; y careciendo de aquella calma que hacía decir á su maestro y suegro Halevy, al ver lo que se decía de su *Carlos VI*: «Dejemos hablar, y no nos afectemos de la crítica; si la obra es buena, nada hay que temer; si no es viable, la crítica no hará más que acelerar su caída», en el esplendor de la vida y del ingenio, murió agobiado de dolor, siendo necesario que una nueva generación reparase tardíamente las injusticias de la que la precedió, y apreciara en todo lo mucho que vale la ilustre personalidad del autor de *Carmen* y sus hermosas é inspiradas obras.

A ser imparciales, su *Suite d'orchestre*, intitulada *Roma*, interpretada en los conciertos de este año, no hubiera dado por sí sola á Bizet la fama que hoy goza su nombre, lo cual tiene fácil explicación. Dicha *Suite* fué escrita por aquél no bien salido de las aulas, y cuando, pensionado por el Gobierno francés, completaba sus estudios en la Villa Médicis; y parece colegirse, por lo que cuentan sus biógrafos, que debió ser el primer esbozo de la *Sinfonía* que con el mismo título escribió no mucho tiempo después, y fué desde luego elogiada por los maestros y entendidos en el arte. De todos modos, y aun cuando en ella se vean ya destellos de lo que andando el tiempo fué Bizet, está lejos de valer lo que otras producciones que luego brotaron de su pluma, tiene más de una reminiscencia beethoveniana, y sólo en el último tiempo hay un *crescendo*, de grandísimo efecto, en que la personalidad del autor aparece por entero, indicando el afortunado rumbo que había de seguir.

La *Suite* del joven compositor Saco del Valle, aplaudido ya por nuestro público en obras de bien diferente estilo y tendencias, ha dado á conocer á éste en el género sinfónico. Obra, sospéchome yo, inspirada en el detenido estudio que su autor ha debido hacer de las composiciones de Mancinelli y Massenet, instrumentada con conocimiento de la orquesta, si no brilla por la originalidad de las ideas melódicas, es digna de elogio por la claridad y hasta por la elegancia con que á veces están expresadas; siendo, en suma, la partitura del Sr. Saco del Valle (que consta de tres tiempos, *la Marcha*, *la Oración* y *la Fiesta*, de los cuales, á mi juicio, el segundo es el de más valer sin duda alguna) un trabajo digno de aprecio, y más que todo, atinado comienzo en una difícil empresa, y feliz augurio de los lauros que en ella puede y debe alcanzar.

No pocos ha conquistado el Sr. Bretón con sus *Escenas andaluzas*, hermosas páginas en que, á semejanza de algunos compositores modernos de más nombradía, ha buscado aquél su inspiración en el rico venero de la musa popular, cuyas creaciones, sin desnaturalizar un punto el carácter típico que las distingue, ha sabido con verdadero tino realzar con los primores de una discreta armonía y las galas de una bien entendida instrumentación. Y estas cualidades que tanto distinguen á la «Tanda española», como su autor la califica, son tanto más de notar y de elogiarse, cuanto que marcan un nuevo rumbo en el aplaudido compositor, que, ó mucho me equivoco, ó ha de serle provechoso en alto grado.

Cuáles hayan sido los caracteres distintivos de la música de Bretón, no hay para qué repetirlo; consignados están más de una vez en las columnas de La Ilustración, no escatimando al hacerlo los elogios de que la creía merecedora, ni ocultando tampoco los lunares que en ella creía encontrar, y, en mi opinión, amenguaban su mérito. Y supuesto esto último, dicho está que he de aplaudir sin reservas la desaparición de aquéllos en la partitura de que hablo, y el ver que su autor, dejando de caminar por senderos tortuosos, como á veces acontecía, escribe una obra que se distingue por su claridad, por la belleza de las ideas genuinamente españolas que encierra, por la discreta y bien entendida armonía con que están revestidas, y por la sobriedad y maestría con que todo ello está instrumentado, haciendo en conjunto un trabajo de verdadero valer é importancia, y que, como decía un reputadísimo maestro, está llamado á traspasar con gloria las fronteras.

No han andado muy acordes las opiniones acerca de cuál sea el mejor de los cuatro tiempos de que consta, y por lo que á mí toca, diré que sobre el *Bolero*, y aun sobre el *Zapateado*, está el *Polo gaditano*, escrito con toda la sal de aquella hermosa tierra, que no sin razón llaman la perla de Andalucía; pero que á todos gana la *Saeta*, con cuya bellísima canturía supone el autor interrumpida la *Marcha*, á cuyos acordes desfila una procesión, y constituye el tercer tiempo. Engarzada en ella, la cual no sé si de propósito, que tal pudiera suceder para dar más verdad al cuadro, no es lo más original de la partitura, está la dicha *Saeta*, verdadera joya y reproducción afortunada de aquellos melancólicos cantares, impregnados del más puro sentimiento, con que, sobre todo al amanecer del Viernes Santo, se ve roto el profundo silencio de una procesión, la más religiosa de todas cuantas recorren en aquellos días las calles de la ciudad que baña el Betis.

El joven compositor Manrique de Lara, que ya tomó el hábito de novicio en la orden wagneriana con el primer tiempo de su poema sinfónico, *La Orestiada*, en los conciertos celebrados en años atrás, ha hecho sus votos de religioso profeso en la misma, en una de las sesiones de este año, dando á conocer por entero dicha obra, con aplauso, incluso de aquellos que sólo á regañadientes admiten los dogmas que constituyen el credo emanado del semidiós de Bayreuth.

Paréceme que era ayer, y á la verdad bien pocos años han pasado, cuando Manrique de Lara me comunicaba en el palacio de una aristócrata dama, donde le conocí, sus propósitos de entregarse seriamente al estudio de la composición musical, dedicando á ello la mayor parte del tiempo que le dejasen libre los deberes de la carrera militar. El trabajo con que se ha dado á conocer al mundo musical demuestra del modo más elocuente la firmeza y constancia con que llevó á cabo aquéllos y el provechoso fruto alcanzado por sus esfuerzos.

No menos prueba *La Orestiada* que en nada ha amenguado, antes al contrario, el entusiasmo sin límites que ya entonces sentía por la doctrina y los procedimientos wagnerianos; entusiasmo que fué causa, en más de una ocasión, de contiendas tan amistosas como apasionadas, en la misma morada que he citado, entre él y el inolvidable Barbieri, y en algunas de las cuales, los que nos metíamos á apaciguarlos, queriendo poner coto á sus exageraciones, solíamos salir anatematizados por ambos, á causa de pecar, según el uno por carta de menos, y á juicio del otro por carta de más.

Claramente puede suponerse que quien con tanto calor, por no decir exageración, defendía y defiende tan en absoluto á Wagner, una vez puesto en el caso, habría de llevar las teorías de éste á la práctica con la misma vehemencia y el mismo ardor que muestra en predicar sus excelencias, no desperdiciando el momento de hacer profesión solemne de ellas. Así lo ha hecho, y como tal debe considerarse el poema sinfónico de que vengo hablando, inspirado en la tragedia de Esquilo, cuyas principales situaciones se ha propuesto traducir al lenguaje musical.

Hasta qué punto haya conseguido esto último, no es fácil apreciarlo y menos decirlo á quien, como yo, no ha oído más que una vez la partitura, sobrado importante y complicada para poder desde luego aquilatar todas sus bellezas y señalar con el dedo los defectos que, como toda obra del humano ingenio, pueda tener; pero, aun con esa sola impresión, cabe reconocer en ella no poco digno de elogio y merecedor de aplauso. De admirar es, ante todo, el ánimo esforzado que suponer acometer la empresa de comenzar por donde muchos concluyen, y no siempre con fortuna, y de arriesgarse á librar una batalla, no sin grave riesgo de salir malparado en la contienda por cualquiera de esos azares tan frecuentes en la vida de los artistas. Bien es verdad que debieron dar ánimo para ello á Manrique de Lara su sólida educación musical, el conocimiento que posee, y bien á las claras muestra en su trabajo, de los secretos de la armonía y del contrapunto, el estudio de los buenos modelos, y especialísimamente el de aquel que ha mirado como su guía y maestro, y la ciencia que ha adquirido en el difícil y hoy más que nunca complicado arte de la instrumentación, merced á la cual maneja con verdadera habilidad, y á veces con atinada parsimonia, los diferentes grupos de la orquesta, no ciertamente como principiante, sino como veterano aguerrido en el oficio.

Pretender que una primera obra, á más de las cualidades que acabo de señalar, lleve impreso el sello de la originalidad, sería más que pedir peras al olmo, tanto más, cuanto que el intenso amor wagneriano que á Manrique de Lara domina, le ha llevado, no sé si consciente ó inconscientemente, á seguir de tal modo las huellas del autor de *Tristán é Isolda*, que *La Orestiada* venga á ser, ante todo, una afortunada imitación de aquél. Conocidas y expuestas hasta la saciedad mis opiniones en este punto, puede suponerse que no he de ser yo de los que alienten sin reservas al novel compositor para seguir el camino que ha emprendido, tanto más, cuanto que, á mi juicio, quien tales dotes reune, puede y debe desentenderse algún tanto de sus aficiones, y tratar de adquirir, en las obras que en adelante escriba, estilo propio, estampando en ellas el sello de su personalidad. Y á este propósito, y para que mi consejo tenga una autoridad de que solo y escueto carecería, copiaré lo que Catulo Mendés escribe en su libro sobre Wagner, relatando una conversación entre un joven laureado con el gran premio de Roma, y un viejo wagnerista.

«El premio de Roma. — Estudiemos el hombre nuevo, y apropiémonos su genio y su manera.

»El viejo wagnerista. — ¡Detente, joven! Si dominado por ese pensamiento y esos propósitos abres una sola partición de Wagner, aun cuando ésta sea la de *Lohengrin* ó el *Buque fantasma*, te habrás perdido para la música francesa. En los dominios del arte no se iguala á otro sino á condición de ser diferente de él.»

Tome acta de estas palabras y medite sobre ellas Manrique de Lara, mientras yo le envío mi cordial y sincera felicitación.

Bien hubiera querido hacerla extensiva al compositor francés Charpentier y al inglés sir Campell Mackencie, aun cuando supongo que á ambos tendrán sin cuidado mis elogios ó mis censuras; pero, de hacerlo, faltaría á la imparcialidad de que hago alarde, y es, ó al menos pretendo que sea, el espíritu que domine en mis escritos.

Dicen los que de Charpentier han dado noticias que los *Souvenirs de Italie* los escribió en Roma, cuando residía allí, en la Villa Médicis, pensionado por el Gobierno francés, y que de tal modo gustaron cuando fueron dados á conocer en los Conciertos Colonne, que, merced á ello, logró su autor que en la Grande Opera, y en aquéllos, añadiré yo, se ejecutase otra obra suya, de más altos vuelos, intitulada la *Vie d'un artiste*. Respetemos el gusto de nuestros vecinos del Pirineo, no tan depurado á veces como ellos se figuran, y sintamos la lamentable equivocación de la Sociedad de Conciertos al dar cabida en su programa á una obra que, por la absoluta falta de inspiración de que adolece, por la insignificancia y vulgaridad de las ideas y por el escaso saber que revela, cualidades todas que debieron notarse en los ensayos, no debió exponerse al naufragio de que fué víctima y que por cierto no tiene ejemplo en los anales de la Sociedad mencionada.

Y si no de modo tan expresivo, tampoco corrió buena suerte la *Rapsodia escocesa*, de Mackenzie, á cuyo autor no le valió la fama que, dicen, goza en Inglaterra, como autor de la ópera *Guillermo el Trovador*, el Oratorio *La Rosa de Saron* y otras composiciones estimables, para que fuese acogida con tan marcada reserva como significativo silencio. Bien es verdad que no otra cosa merecía una obra donde los motivos populares, de belleza harto relativa, aparecen tratados y comentados con toda la frialdad de que es capaz un inglés, y en la cual nada hay que conmueva ni interese al oyente.

No sucedió lo propio con la segunda *Suite de Peer Gynt*, del noruego Grieg, bien que no tenga el valor de la primera, conocida ya de antes. Sabido es que ambas están tomadas de la gran composición que dicho maestro escribió sobre el poema de Ibsen, obra en la que, al decir de un escritor, si no se encuentran los caracteres que más distinguen á aquél, hay en cambio un verdadero derroche de fantasía y de imaginación. El mundo sobrenatural y el natural, Noruega y Marruecos, lo triste y lo grotesco, lo verosímil y lo inverosímil, todo aparece allí revuelto, para engrandecer la figura del héroe de la epopeya, el cual es, al decir de Ibsen mismo, «la personificación del pueblo noruego». Sin que yo trate de dilucidar lo que haya de verdad en ello, porque el hacerlo sería meterme en harina de otro costal, aparte de no importar gran cosa para juzgar la *Suite* en cuestión, basta con lo indicado para comprender que dicho poema había de dar ocasiones repetidas á un hombre como Grieg, cuya afinidad instintiva con la música popular de su tierra es notoria, para que dando rienda suelta á su imaginación escribiese sobre ella un bello comentario. De suponer es, no conociendo como no conozco por entero su composición, que de ella tomó lo mejor para la primer *Suite*, cuando en la que me ocupa los elogios tengan que hacerse con algunas reservas; porque, bien mirado, créome yo que el *Lamento de Ingrid* no expresa todo el dolor de las quejas de la mujer abandonada por Ibsen; la *Danza árabe*, por más que como instrumentación y como factura sea de elogiar, no parece que tenga todo el color que de su título era de esperar; en la *Tempestad* no sería difícil á un espíritu descontentadizo señalar el modelo que tuvo presente Grieg al escribirla, y sólo en la *Canción de Solvejg* es donde cabe aplaudir con calor y sin distingo alguno la hermosa y sentidísima melodía que la constituye, así como la manera hábil con que está instrumentada, todo lo cual hace que, en su conjunto, deba ser tenida como una verdadera joya.

Prolongados aplausos de nuestro público acogieron esta última página de la obra de Grieg que á vuela pluma analizo, no cabiendo decir que igual suerte cupiera á la Sinfonía en *fa* de Dovrack, obra seria, de verdadera importancia, y que demuestra la razón con que en Austria es mirado su autor como uno de los compositores de más valía, la cual, con harto rigor, fué recibida con escasa benevolencia. No seré yo de los que nieguen el que en ella se sienta la influencia que en su autor ejerciera, al escribirla, la música de Mendelssohn; pero, de todas maneras, sería, y lo fué, soberana injusticia negar á Dovrack cualidades de saber y de inteligencia, así como que en momentos dados del *andante* su inspiración no es vulgar, que el *scherzo* está escrito con verdadero talento, y que en el *allegro molto* con que termina hay cierta grandeza que no saben imprimir á sus obras muchos de los mortales que transcriben al pentágrama sus pensamientos.

Y hete aquí cómo burla burlando, y á pesar de no pecar de difuso en la relación de las obras nuevas presentadas este año al juicio público en los Conciertos tan repetidamente aludidos, me encuentro con un número respetable de cuartillas escritas, con la necesidad imprescindible de no aumentarle, y con que hasta el momento presente nada he dicho aún de las obras wagnerianas que, *á fortiori*, y á pesar de ser otros mis propósitos, he de tratar más ligeramente de lo que al caso convenía y era de justicia se hiciera.

Cinco han sido las composiciones que del célebre maestro se han oído por vez primera: la *Grosser Fiestmarsch*, *Hoja de álbum*, el *Canto de las hijas del Rhin*, el *Idilio de Siegfried*, y el *Viernes Santo*, de *Parsifal*.

Obra de circunstancias la primera, pues fué escrita para la última Exposición de Nueva York, es más grandiosa que original, y está instrumentada con la maestría incomparable que amigos y adversarios reconocen en su autor, dañándole, y no poco, las excesivas dimensiones de la partitura; es la segunda una inspirada y sentida melodía, que se desliza tranquilamente sin las complicaciones y á veces torturas á que con frecuencia somete Wagner á las ideas musicales, lo cual hace que se aquilate más y mejor su belleza; que yo quisiera encontrar en el *Canto de las hijas del Rhin*, en el que aparecen combinados varios temas de los *Nibelungen*, pero que, como ha hecho observar un entendido colega mío, desprovisto de las maravillas de la escena, resulta lánguido y descolorido, lo cual ciertamente no prueba mucho en pro de su bondad intrínseca. Harto mejor y más delicado es el *Idilio de Siegfried*, escrito por Wagner, según cuentan, en 1870, con motivo del nacimiento de su hijo, cuando el maestro se ocupaba en la composición del tercer acto de la ópera que tiene el mismo título, y estrenado en la casa de campo que habitaba cerca de Lucerna, el día del cumpleaños de su mujer. Conjunto delicado de los principales temas del acto en cuestión, sólo daña á su innegable belleza, como á la *Marcha* de que antes someramente hablé, lo largo de la obra y el que, al revés de la *Hoja de álbum*, hay exceso de ciencia con daño de la verdadera inspiración.

¿Y para qué negarlo? Admirando yo una vez la sublime intuición de los que desde luego, y *prima facie*, no sólo aprecian, sino que aquilatan y avaloran las concepciones wagnerianas, y declarando con tanto dolor como franqueza que á mí no me pasa lo propio, diré á mis lectores que cuanto escribiera sobre la página del *Parsifal*, que se ha llamado el *Encanto de Viernes Santo*, sería ó haciéndome eco de la fama de que generalmente goza, ó jurando *in verba magistri*, y reproduciendo, pero sin conciencia de ello, algo de lo mucho que de dicha composición se ha escrito. Obra de tal importancia no creo que pueda juzgarse sin pleno conocimiento de ella; pero de todos modos, ya que esto excuse en mí el hacerlo al presente, he de decir que la escena del *Parsifal* de que hablo, y que literariamente ha sido considerada por los partidarios de Wagner como una revelación, y por sus antagonistas como parodia impía de lo que para nosotros debe ser más sagrado, está impregnada de ese color solemne y místico que tiene toda la última obra del maestro de Bayreuth, y que ha hecho que un crítico la defina diciendo que es «el cristianismo en la música», y que produce una gran impresión en el oyente.

Dicho cuanto queda relatado, sólo me queda hablar de otra novedad, y de gran importancia, de los conciertos del teatro del Príncipe Alfonso: la presentación en ellos del maestro Hermann Levi, que con Richter y Mothl, forman hoy la trilogía de los grandes directores de orquesta en Alemania. Merced á su habilísima dirección, el público madrileño ha oído interpretadas como nunca, y en ocasiones de irreprochable manera, las obras wagnerianas, á las cuales está entregado con alma y vida, hasta el punto de merecer de Wagner la honrosa confianza de llamarle á dirigir las primeras representaciones del *Parsifal* que se dieron en Bayreuth. Sobrio en sus ademanes, sabe no obstante comunicar su voluntad á la orquesta, haciendo resaltar todas las bellezas que encierran las partituras que dirige, distinguiéndose por la delicadeza y la expresión, aun más que por la fuerza, que sólo imprime á aquélla en momentos dados, y cuando verdaderamente el autor quiere que se emplee. Director de varios teatros de Alemania y en la actualidad del de Munich, su presencia en Madrid ha sido para nuestro pequeño mundo artístico un verdadero acontecimiento, que ha hecho perdonar por entero á la Sociedad de Conciertos el tras ego inexplicable de maestros que han presidido sus trabajos este año.

Y aquí que el lector respire al ver terminado mi relato, en el que he hecho, como se ha visto, caso omiso de las obras conocidas que hubieran merecido capítulo aparte; y permítaseme tan sólo, como última palabra, que envíe mi aplauso á la Sociedad de Conciertos por el cariñoso tributo consagrado á su antiguo maestro, al interpretar en uno de los conciertos la *Fantasía* de Barbieri sobre motivos de zarzuelas. Ella, según escribió su autor, era para él «un recuerdo más del teatro de la Zarzuela de Madrid, á cuya fundación tengo el orgullo de haber contribuído»; para nosotros, la apoteosis del género en que el llorado maestro fué el más insigne y genuino representante.

J. M. Esperanza y Sola.

DESENGAÑO.

¡Es un buen retrato!
Lo compré en la feria.
De Esquivel declara
La mano maestra.
¡Una sevillana
Como unas candelas!
Los ojos muy grandes;
La mano pequeña,
Apoyada en un
Piano de mesa,
Tan blanca y sedosa
Que ninguno acierta
Si lo que allí mira
Son dedos ó teclas.
Tiene, si las tiene,
Veinte primaveras.
¡Qué invierno podría
Pasarse con ella!
Aquí, en el despacho,
La tengo tan cerca,
Que me paso á veces
Las horas enteras
Creyendo que mira
Y que pestañea.
¡Si pestañeara,
Mi mujer la hubiera
Echado de casa!.....
¡Pues digo, que es buena,
Para permitirme,
Ni en broma, ni en veras,
Colaboraciones
En esa materia!
Dicen que el retrato
Vale mil pesetas,
Y hace algunos días
Que anuncié su venta,
Que se lo llevaran
Me daría pena.
¡Pícaro dinero,
Que siempre nos cuesta
Suspiros y lágrimas
Y luto y tristezas!
¡Sevillana mía,
De arqueadas cejas
Y espaciosa frente
Y boquita estrecha!.....
¿Por qué no respiras,
Y por qué no dejas
Que escuche un momento
Tu voz de sirena?.....
....
Ha sonado el timbre:
¿Llaman á la puerta?.....
—¿Se puede?
—Adelante.
(¡Jesús, y qué vieja,
Tan rancia y tan cursi,
Tan rara y tan fea!)
—No me han engañado
Al darme las señas.
Ese es mi retrato.
—¿De usted?
—¡Ya hace fecha!
¡Me lo hico en Sevilla
Allá el año treinta!.....
Con triste semblante
Suspiró la abuela.
Yo ya no podía
Respirar siquiera,
Y viendo el retrato
Y viendo á la dueña,
Maldije mis sueños
De amantes ternezas,
Y, ahogando un sollozo,
Exclamé con pena:
¡¡Lo que desfigura
El tiempo á las hembras!!

José Jackson Veyan.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Alemania: los obreros sin partido, sin programa y sin esperanzas: los *Obdachlos:* refugios hospitalarios en los pueblos; refugios gratis de socorro en los caminos: el delito del horror al trabajo, *Arbeitsschen;* la comida, la cama, la miseria. — *Berlín:* los asilos de noche para los obreros. — La vida de las obreras: jornales; habitaciones subalquiladas; miserias y aniquilamiento de la juventud.

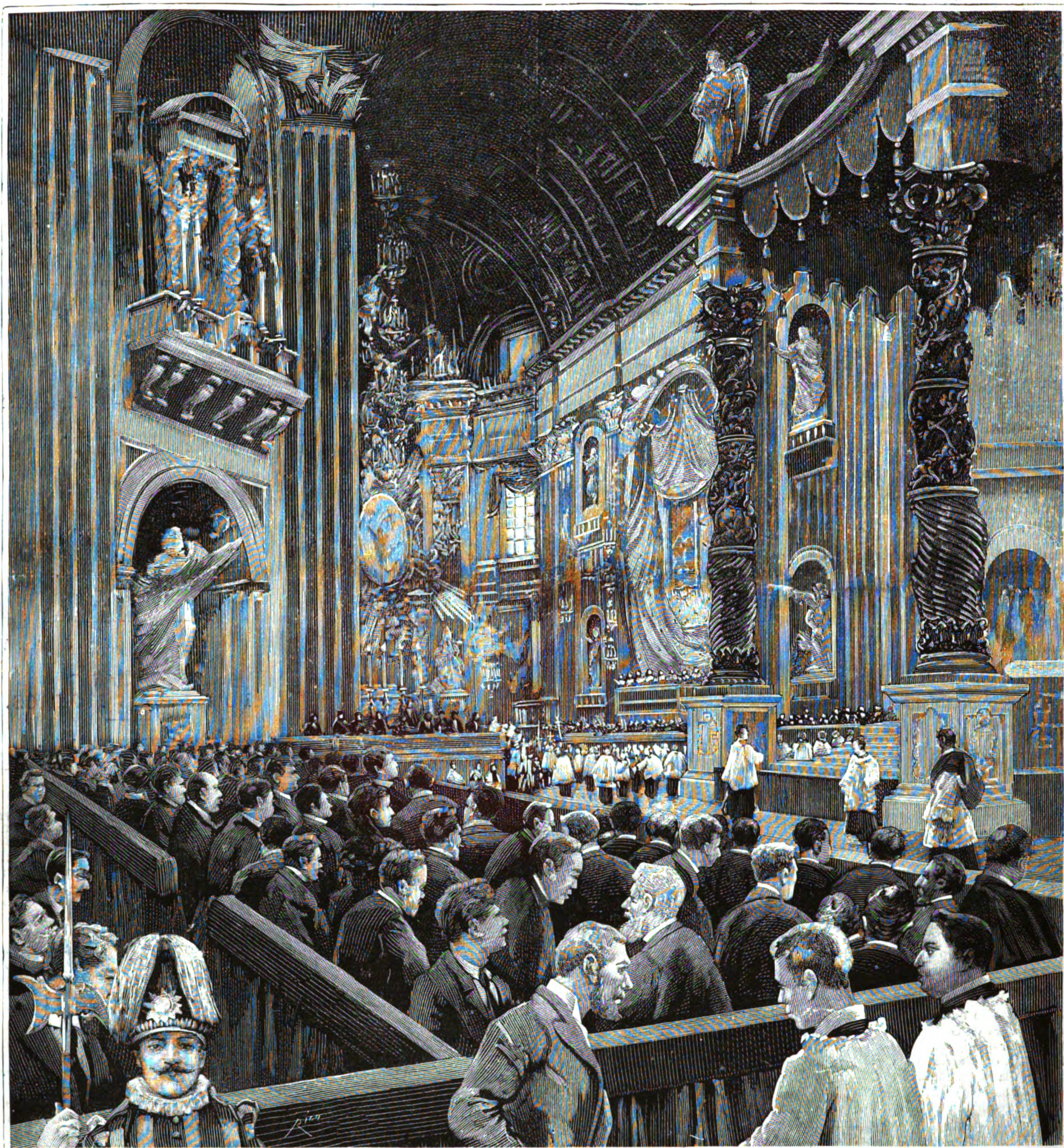


ÁS radical que ser anarquista y nihilista es ser pobre desarrapado, obrero sin trabajo, y no querer sujetarse á secta, doctrina ni obediencia alguna. El proletario de esta categoría es la representación del individualismo más extremo. Individuos con estas ideas pululan más de 300.000 en Alemania, trabajando cuando pueden y rodando á menudo por las posadas-asilos *(Herbergen zur Heimath)* y por las estaciones ó casas de socorro *(Verpflegungsstation)*.

Acostumbrados á la miseria desde jóvenes, tienen embotado el sentimiento por la indiferencia, y lo mismo les da el bien que el mal. El problema que les interesa es el de vivir hoy; de mañana no se acuerda ninguno.

La indiferencia es la madre de la conformidad. Porque están conformes con cuanto pueda ocurrirles, se diferencian por completo de los socialistas y de los anarquistas. Éstos no se conforman nunca, y buscan por todos los caminos posibles su regeneración ó su emancipación; tienen fe en sus procedimientos, lo que al fin y al cabo les hace esclavos de una creencia ó de una esperanza, y entienden que es un deber el sacrificio de uno ó de varios individuos, si con él se puede conseguir el bienestar de los demás, lo cual, en resumen, es vivir sujetos á una obligación ó ley fatal. El obrero libre, indiferente, sin techo ni hogar, *Obdachlos*, no tiene fe alguna, no espera regenerarse ni emanciparse por ningún camino ni en ningún tiempo, y considera como una aberración, como una inadmisible tontería la de que haya un hombre que se entregue á la muerte ó á la encarcelación por mejorar la suerte de ningún otro. En su instintivo ultraindividualismo son los verdaderos positivistas de la última clase de la sociedad. Sujetarse á un partido que tenga doctrinas y jefes, y que reclame obediencia para realizar el bien ó el mal, les parece indigno; y entenderse y convenirse con otros compañeros para realizar la voluntad ó la idea de uno ó de varios, lo miran como completamente innecesario é inútil. No son las naciones poderosas, ni los potentados, ni los militares, ni la clase media, ni los burgueses, ni los hipócritas los que hacen daño; el que hace daño al hombre es el hombre: este es el único enemigo, del cual procede la competencia que trae la miseria y el mal, lo mismo en las clases altas, que en las medias, que en las proletarias. Los obreros *Obdachlos*, sin hogar, sin fe y sin esperanza, no han estudiado ni saben que exista la filosofía, no han estudiado latín, y, sin embargo, instintivamente profesan aquel principio del *Homo homini lupus*. Para verlos tales cuales son, hay que internarse en los barrios miserables de las grandes metrópolis, en las inmundas afueras ó en los asilos de los campos y de los caminos por donde vagan. Entre nosotros no hay asilos semejantes; pero en Alemania, por ejemplo, desde hace más de cuarenta años existen esos refugios de hospitalidad y socorro, y desde hace diez ó doce los llamados

PEREGRINACIÓN DE OBREROS ESPAÑOLES Á ROMA.



ROMA.—SOLEMNE MISA DE BEATIFICACIÓN DE FRAY DIEGO DE CÁDIZ, CELEBRADA EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO, EL 22 DEL PASADO.

(Dibujo de D. H. Estevan.)

Verpflegungsstation. De los primeros habrá unos 360, y de estas estaciones de socorro cerca de 2.000. En aquéllos se acogen los obreros sin trabajo que tienen alguna cantidad para pagar el alojamiento, y en éstos los que no poseen un céntimo. Los que pagan pueden tomar en el establecimiento: dos rebanadas de pan con manteca, queso y un vaso de cerveza, por 25 céntimos; ó un poco de tasajo, pan y cerveza por el mismo precio, ó un *beefsteack*, ó una chuleta, ó un par de huevos y cerveza, por 40 céntimos. Excusado es decir que allí no bebe vino nadie, primero porque no lo hay, y segundo porque así se asegura más y más la conformidad. Después de cenar se les hace oir leer la Biblia, cantar y rezar. Luego se les pide la cartilla de trabajadores. Los que no la presentan ó no prueban de otro modo que han hecho todo lo posible por buscar trabajo, se les considera reos del enorme delito de vagancia, de haraganes, de tener horror al trabajo, cuyo pecado se llama en alemán *Arbeitsschen*, y son expulsados como perros, á puntapiés muchas veces, del refugio. Los que tienen su cartilla ó certificado en regla, pasan al dormitorio, cada uno de cuyos lechos cuesta 15 céntimos por noche. Antes de que se acuesten, un criado grita:

—¡Á desnudarse!

Y la plebe se quita toda la ropa, menos los pantalones. Varios criados, con candilejas en la mano, pasan revista entonces á las costuras de la ropa y á los pescuezos de los huéspedes, para ver si esconden gente parásita. Cuando alguno (muchos suelen ser) vive con semejante compañía, el criado exclama;

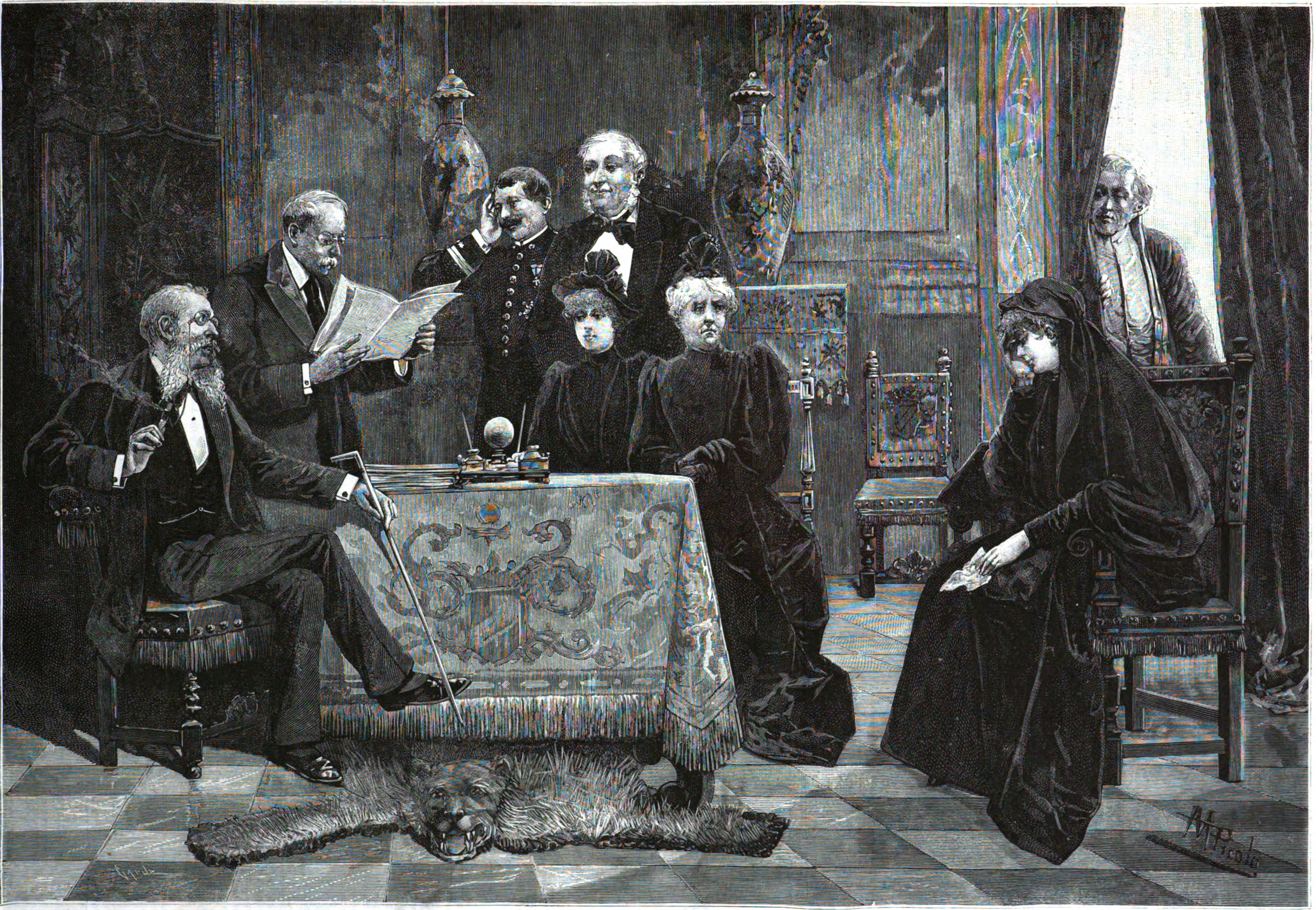
—¡Ea! ¡á vestirse, y largo! ¡Fuera de aquí; nosotros no admitimos piojosos!

Los demás se acuestan, y al amanecer se desayunan con café y pan, si tienen 15 céntimos.

O porque no hallan trabajo y caen en el pecado del *Arbeitsschen*, ó porque se acaban los céntimos, la mayoría se van á los pocos días con la música á otra parte. Entonces no hay más remedio que acogerse á las *Verpflegungsstacion*, que se alzan en casi todos los caminos, de veinte en veinte kilómetros, y que pueden dar refugio á los trabajadores ambulantes, gracias á los donativos de muchas gentes caritativas. En estos refugios gratuitos se gastan 1.600.000 marcos cada año. Entran los vagabundos en ellos al anochecer, siempre que no tengan más de 60 céntimos en el bolsillo, cenan «cualquier cosa» (no se puedo denominar de otro modo lo que les dan), y se va cada uno á su cama, que es una tarima de madera, cubierta con una manta, y donde el asilado ha de dormir completamente desnudo, lo mismo en verano que en invierno. Ya que no pueden abonar en metálico ni en especie el importe del hospedaje, lo pagan trabajando al día siguiente hasta la hora de comer, trabajo variado, según los recursos, industria ó índole del establecimiento. Tan ligera es la alimentación, como insufrible y dura la cama, por lo cual sólo en extrema necesidad acuden á estos refugios los trabajadores desocupados. Así se evitan también el que la policía los persiga sin cesar. Prefieren la mayor parte andar de taberna en taberna, ó de mesón en mesón, aunque para ello tengan que andar pidiendo limosna, y confundiéndose con los mendigos de profesión y con los perdidos. ¡Y cuánta y cuánta gente pasa de la mendicidad al vicio y al crimen en esta irremediable evolución de la miseria! Pero, en fin, poco pan y duro, y mala cama y dura, son pan y cama, y el que no tiene trabajo, ni esperanza, ni casa, ni amparo, el *Obdachlos*, se resigna á todo, se conforma y..... vive un día más.

°°°

Si en las provincias y parte rural del Imperio germánico existen tales instituciones, no son mucho mejores aquellas que se dedican en Berlín al mismo objeto de recoger obreros sin trabajo. Los asilos son: unos, pasajeros, para una noche, por ejemplo; y otros, temporales, para un período de tres á seis meses. En los asilos de noche hay mucha reglamentación, mucha imitación de la severidad militar y poco pan. Entran en ellos los obreros que llevan en regla su cartilla, y se admiten desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la madrugada. A los vagos, á los malos trabajadores convictos del *Arbeitsschen*, no se les da entrada, sino que la policía los exhorta á que se enmienden, amenazándolos, en caso de reincidencia, con encarcelarlos en una casa de trabajo. El primer castigo que se los impone es de seis semanas de reclusión, y el segundo el de trabajo for-



LA LECTURA DEL TESTAMENTO.

(Composición y dibujo de D. Manuel Picolo.)

zado en dichas casas. En cuanto cada noche limpia la policía la turba que ha acudido al asilo, de esta clase de vagos, se obliga á los que quedan á tomar un baño ó unas duchas. Mecánicamente, á la voz de mando, se desnudan todos; las ropas van á la estufa de desinfección, y luego que se han bañado, mientras se les devuelve la ropa, quedan todos juntos, completamente desnudos, en la sala de espera. Pocas naciones hay más aficionadas que Alemania á los cuadros vivos, y pocos cuadros vivos pueden presentarse como los de aquella abigarrada y heterogénea multitud sin ropa alguna. En cuanto llega la ropa desinfectada se distribuye á sus dueños respectivos, y..... á cenar. Mientras traen la sopa y se arreglan las mesas, se arma la tertulia. Los acogidos juegan en un grupo á los naipes; cambian ó venden en otros los objetos que han podido atrapar durante el día; cuentan en otro sus desdichas, sus aventuras y sus enfermedades; disputan, se agitan y vociferan todos, y en cuanto se da la voz de «¡á la mesa!» se precipitan como locos á ocupar sitio, recibiendo los cintarazos de los vigilantes encargados de mantener el orden. Devoran la cena miserable, charlan un rato y pasan después, sosegadamente y ya cansados, á dormir. Cada dormitorio contiene unas setentas camas, la mayor parte de las cuales están colocadas á lo largo de las paredes. Unas diez ó veinte ocupan el centro, y son las más preferidas, porque en cada una de ellas duerme sólo una persona, mientras que en las otras se acomodan, por lo menos, dos, y á veces tres, por supuesto con un solo cobertor nada más. La cama es una tarima, en la que el jergón, el colchón y la almohada son de la misma materia, de madera. Al amanecer todo el mundo se pone en pie, toman su desayuno de pan y sopa, pasan los enfermos á la sala de visita y los sospechosos al retén de la policía, y el resto se larga por donde puede.

En los asilos llamados colonias de trabajadores pagan el hospedaje con lo que ganan, aprenden algún oficio ó se adiestran en el que tienen, y no les va mal con el régimen interior; pero como nunca ganan lo suficiente para pagar lo que consumen, salen sin un céntimo cuando ya se cansan de semejante vida. En las Memorias oficiales de estas casas, la administración supone que los obreros pueden reunir algunos ahorros; pero los interesados afirman que el que sale sin dinero sale contento, porque la mayor parte salen con deudas. Lo más triste es que el trabajador que llega sin dinero á cualquiera de los asilos ya descritos es tratado, no como un hombre, sino como un animal, con una dureza, con una indiferencia y con un desprecio que causan horror. La filantropía así establecida no tiene entrañas, y parece que hace el bien á regañadientes. No hay que decir lo que pasa en las casas de trabajo forzado, á las que van á parar aquellos que resultan acusados de tener horror al trabajo y donde lo único que se puede aprender es á horrorizarlo. Por eso, repito, muchos obreros huyen de estos asilos y se dedican á mendigar, á buscar malas compañías y se pierden al fin. Ante este porvenir seguro, otros cierran los ojos, se conforman con su suerte, van de refugio en refugio, comen y duermen en ellos de cualquier modo, trabajan alguna vez que otra, y resignados á no mejorar jamás de fortuna, se convierten en seres indiferentes, que viven sin darse cuenta de ello, que no tienen el sentimiento de ninguna ley civil ni moral, y que con burlona y triste sonrisa desprecian todo cuanto se les dice y todo cuanto pasa por delante de sus ojos.

°°°

Más dolorosa que la contemplación de estos cuadros de la miseria de los trabajadores es la de la vida de las trabajadoras. Berlín, como otras grandes metrópolis, ostenta un verdadero caos de infortunios femeninos. Hay allí 350.000 mujeres, de quince á treinta años, solteras. Se puede calcular que de cada 1.000 mujeres sólo 255 son casadas. De cada 1.000, de treinta á sesenta años, hay 150 que no son ni casadas ni viudas. ¿Qué hacen la mayor parte de ellas, no siendo ricas, como no lo son, ni teniendo apenas medio asegurado de vivir, como no lo tienen? Cuéntanse hasta 73.000 mujeres que viven solas, y 26.000 que no tienen más refugio que una alcoba alquilada, miserable clase de las *schlafgængerinnen*, como allí se dice. Muchas de ellas buscan talleres ó fábricas donde trabajar; pero la concurrencia, la competencia que se hacen unas á otras es tan grande, y la de unas fábricas para con otras tan enorme y ruinosa, que los dueños ó amos se ven en el caso de no admitir más que á las que piden poco jornal.

—Pero, señor—decía una obrera madre de familia á un dueño de taller;—con lo que me ofrece usted no puedo vivir, ni atender á mi hijo, ni pagar la luz de mi habitación, ni el tranvía; yo soy una mujer honrada que sé trabajar muy bien.

—¿Y qué quiere usted que yo haga, hija mía?—contestó el industrial;—á mí me duele mucho lo que á usted le ocurre, pero no puedo pagar más; nadie me comprará los corsés que fabrico en un pfenig más porque estén cosidos por mujeres honradas!!!

La lucha desesperada entre los hombres y las mujeres que buscan trabajo es cada día mayor, y no sólo invaden éstas los oficios, sino casi todas las profesiones más elevadas. La tercera parte del cuerpo médico ó de asistencia de Berlín se compone de mujeres, puesto que hay 2.199; la mitad de los encargados de la enseñanza son ellas, 4.189; en Bellas Artes hay 1.902; en el servicio de comunicaciones, 205; en las oficinas del Estado y del Ayuntamiento, 140, y en los ferrocarriles, 46. Sólo quedan por invadir la abogacía y la milicia. Las trabajadoras mecánicas ganan muy poco: 1,30 marco por día las mujeres, y 1,25 las chicas. En las industrias químicas, la que más gana 3 marcos, la generalidad 1,75, y algunas tan sólo 50 pfenigs. En obras manufactureras finas, más de los cuatro quintos de las obreras de diez y siete á veinticinco años, sólo ganan dos marcos. El resto de lo que necesitan para sus gastos lo buscan fuera. Aun ganan menos en otros oficios, por ejemplo: las cigarreras, 10 pesetas por semana; las tejedoras, 12,50, y las pasteleras, de 5,50 á 11 y 12. Las costureras ganan en Berlín 12,50 pesetas por semana, y en Magdeburgo, Posen, Stralsund, Gœrlitz, Silesia y otras comarcas, de 2,50 á 9 pesetas semanales. Muchas trabajan doce y catorce horas diarias, sometiéndose al *sweating system* doméstico que las aniquila miserablemente. Las empleadas en la venta, en los almacenes de modas y géneros, ganan 50 pesetas mensuales el primer año y no mucho más en los siguientes, con un trabajo de doce horas diarias; comen un corrusco de pan al mediodía, no hacen más que la comida de la noche, y con esta vida, á los veinte ó veinticuatro años perecen rendidas por la anemia y la fatiga, después de haber vivido de cualquier modo explotadas por todo el mundo, desde el amo del almacén hasta el ruin ó necesitado casero ó amo de la habitación, que subarrienda sus cuartuchos, alcobas y pasillos á los pobres *schlaflente*, ó á los *chambregarnisten*. ¿Qué hay en los secretos íntimos, en el interior de la existencia de tanta gente miserable? Un océano de sombras, de lágrimas, de soledad y de desesperación más grande que la masa de los océanos que envuelven á nuestros continentes. En los obreros sin hogar, en los *Obdachlos*, no alientan la fe ni la esperanza, son autómatas, simples animales que se ríen de todo, del doctrinarismo y del anarquismo; en las esclavas de la falta de trabajo, en las víctimas de la concurrencia femenina, en los que fueron hermosos y puros corazones de las hijas de modestas familias, en las vagabundas recogidas, *schlafgængerinnen*, no hay ni risa, ni desprecio siquiera; no hay más que la llama macilenta que encendida por el ardor de la juventud, no tiene ambiente para arder y brillar, y que al menor soplo de la desdicha se reduce á una ruin pavesa, á un poco de ceniza.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Manual de Patología interna, escrito para uso de *médicos y estudiantes* por E. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, etc., etc. Traducido y anotado por el Dr. P. Colvée, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Continúa la publicación de esta importante obra, habiendo aparecido recientemente los cuadernos 11 y 12, que tenemos á la vista y que son dignos de los anteriores.

La confederación de las clases. El programa de *un nuevo partido.*—Artículo publicado en el último número de la *Revista Contemporánea*, por D. J. Cascales y Muñoz.

La lectura de este trabajo es de gran oportunidad. El autor conoce la materia y la trata con vigorosa lógica y mucha lucidez.

El Arte en la antigüedad—Egipto, Asiria, Fenicia, Grecia y Roma.

Este nuevo tomo de la *Biblioteca Popular de Arte*, que publica *La España Editorial*, es verdaderamente notable. Puede decirse que contiene la historia del arte antiguo, trazada con tal claridad, concisión y sencillez, como conviene á una biblioteca popular. Es un libro verdaderamente propio para la difusión de los conocimientos y de esos que debieran estar en manos de todos.

Para dar una idea del plan que *La España Editorial* se propone desenvolver, apuntaremos tan sólo algunas de las materias á que dedicará uno ó más volúmenes de su *Biblioteca Popular de Arte*, según la importancia de aquéllas y las condiciones económicas á que debe sujetar éstos para mayor facilidad de sus propósitos de vulgarización. En dicho plan entran: el arte en todos los tiempos: la técnica y los procedimientos artísticos: la pintura: la escultura: la arquitectura: la música: las industrias de arte; la casa: el mueble: el traje; el decorado; los grandes artistas (biografías y críticas): etc., etc.

Como se ve, el plan no puede ser más interesante ni de miras más beneficiosas para la cultura general. El primer volumen es una esperanza de éxito.

Está muy bien impreso, tiene 32 buenos grabados, y á pesar de eso, sólo cuesta una peseta en rústica.

Cervantes en la Exposición Histórico-Europea, por D. Manuel de Foronda.

Es el Sr. Foronda cervantista de sólida reputación, y en la conferencia que dió en la Exposición Histórico-Europea del centenario del descubrimiento de América, que ahora publica en folleto, la aumentó grandemente, descubriendo algunos curiosísimos pormenores de la vida de aquel gran ingenio.

No es de las menos importantes novedades que en el trabajo del Sr. Foronda hallamos la de que no murió el autor del *Quijote* tan pobre como la tradición ha venido diciendo y la opinión de personas graves confirmando. Sólo por esto, si por otras cosas no lo fuese, sería digno de atenta lectura este librito, cuyo precio es de 2,50 pesetas.

Véndese en las principales librerías.

Las aguas sulfurado-cálcicas de Cucho (provincia de Burgos). Memoria por D. Eduardo Bravo, médico-director en propiedad por oposición.

El estudio de las condiciones médicas de este importante balneario es muy completo, como era de esperar de la reconocida competencia de su autor.

Munia, poema, por Emilio Fernández Vaamonde.

El Sr. Fernández Vaamonde revélase en este poema poeta inspirado, de esos pocos que, además de sentir la poesía, saben expresarla en versos armoniosos.

Cuando canta las bellezas de su patria exclama:

¡Oh! ¡Con cuánto placer, con qué delicia
Contemplo tus campiñas ideales,
Tus paisajes bellísimos, Galicia!
Tus sendas, tus espesos robledales,
Tus florestas umbrías, do entre flores
Mil arroyos deslizan sus cristales.

Iguales acentos tiene su lira para expresar otros muy diversos sentimientos, y en todo el libro se advierte verdadero calor poético.

Historia general de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Hemos recibido 5 cuadernos de esta notable publicación.

El precio de cada cuaderno es de una peseta.

María, pequeño poema, por Sixto Morales, socio de número del Club Literario de Arequipa.

Hemos recibido un ejemplar de este poemita, que revela en el autor condiciones poéticas.

G. R.

EL ROBLE Y EL CUERPO HUMANO.

Seguramente que habrás visto algún roble muy grande. ¡Qué cosa tan magnífica es! Ha vivido en aquel mismo sitio durante siglos; los niños han jugado al pie de él, y, por la misma razón, esos mismos niños, hoy ya hombres viejos, han descansado sus débiles y temblones cuerpos á la vasta sombra de aquel gran árbol. Regimientos en marcha han hecho alto bajo sus extensas ramas, y los pacíficos rebaños de ovejas y otros ganados han buscado su protectora sombra durante pasajeras tempestades; y mientras han desaparecido naciones y han rodado por el suelo coronas, con las cabezas de los reyes, aquel árbol gigantesco permanece todavía en pie, cual si tuviese guardado en sí el secreto de la inmortalidad.

Pero ¿por qué ese árbol? Pero, esperemos; y antes de hacer esa pregunta hablemos un poco acerca de esos otros débiles arbolitos llamados hombres y mujeres.

Uno de ellos dice: «No tenía apetito, y todo cuanto alimento tomaba, á la fuerza, lo arrojaba inmediatamente. Á veces los dolores que sentía en el vientre eran tan fuertes que no podía dormir. Muy á menudo los nervios se me postraban por completo. Consulté con distintos médicos y probé muchas medicinas; pero en vano. Me descorazoné, pues, del todo, y en tal situación de ánimo me fuí á la droguería de Juan Cardelus, de Olot, y compré una botella de su remedio de ustedes, y al cabo de unas pocas dosis empecé á mejorar, hasta que por fin, después de consumir varias botellas, volví á verme en perfecta salud. (Firmado): Juan Perjolar, Olot, provincia de Gerona, Oct. 21 de 1893.»

He aquí el otro: «Por espacio de diez y nueve años había sufrido de grandes dolores en los riñones, convulsiones en los miembros y una debilidad general que me impedía consagrarme á los quehaceres domésticos. Había consultado, aunque sin fruto, á diferentes doctores, y ya tenía perdida toda esperanza de curación, cuando una sobrina mía, Jesusa Asco, de Sanlúcar de Barrameda, me aconsejó que tomase la medicina anunciada por ustedes. Compré, pues, cuatro botellas de ella en la farmacia de González y Rojas, y desde luego empecé á mejorar; y, continuando con ellas, hoy me veo ya con perfecta salud. (Firmado): Carmen Bravo, Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, Oct. 14 de 1893.»

Otro más: «Estoy agradecidísimo á ustedes por la preparación de su medicina y por haberla dado á conocer al público. Permítanme ustedes que les dé una prueba de lo muy conocida que es, y del modo extraño por el que muchas veces llega á noticia de aquellos que la necesitan. Mis dos niños, Pedro y Emilio, sufrían de una enfermedad de la piel que ninguna de las medicinas que habían tomado les podía curar; todo su cuerpecito era una pura llaga. Un día vino á esta casa de huéspedes un carretero, trayendo consigo una botella de su remedio de ustedes, el cual dijo que le había purificado la sangre. Le compré la botella, y empecé á dar á mis hijos aquella medicina, diez gotas en agua y azúcar después de cada comida, y el efecto fué maravilloso, pues en pocos días toda señal de erupción desapareció, de modo que hoy se hallan con cabal salud. (Firmado): Francisca Domínguez, posada de San Dionisio, Plaza; Jerez, provincia de Cádiz, Oct. 21 de 1893.»

Otro, y el último: «Tengo el gusto de informar á ustedes que, durante años, había sufrido de una enfermedad que siguió á un ataque de congestión de los pulmones, y que nada me alivió de ella hasta que compré una botella de su remedio de ustedes en la droguería de D. Emilio Calvet. Tomé, en total, varias botellas que me han devuelto mi cabal salud. (Firmado): Juan Torres, San Miguel de la Isla de Ibiza, Octubre 10 de 1893.»

Ahora recapacitemos un momento. El roble saca toda su vida y robustez del suelo de la tierra, por medio de las raíces; y este proceso misterioso y maravilloso no es otro que *la digestión del árbol*. Asimismo el cuerpo humano saca toda su robustez y vida del mundo exterior, por medio del estómago; de modo tal, que cuando el estómago no funciona bien, ó se halla enfermo, nosotros enfermamos también. Todas las enfermedades se originan, casi, de este modo, y sólo una cura hay para ellas: *el renovar la digestión*. El Jarabe Curativo de la Madre Seigel logra esto como ningún otro remedio lo logra, y entonces restituye la salud. Nadie conoce el secreto de esta acción, pero nosotros conocemos sus ingredientes, y eso basta.

Siempre que las gentes lo usen cuando se manifieste la enfermedad, vivirán tanto como aquel roble. ¿Y por qué no ha de ser así?

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

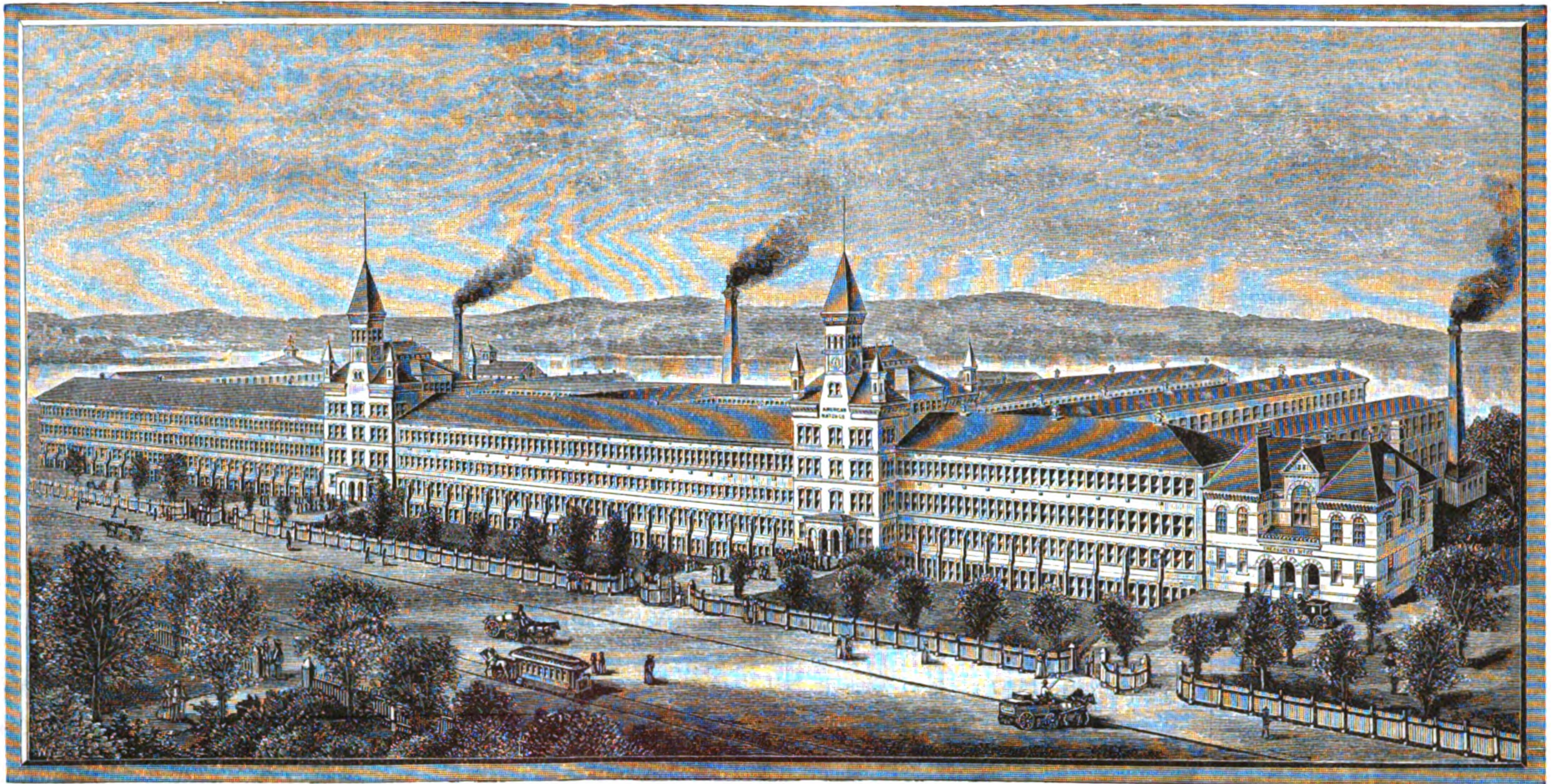
EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

VISTA DE LA FÁBRICA DE RELOJES
DE LA
AMERICAN WALTHAM WATCH CO.,

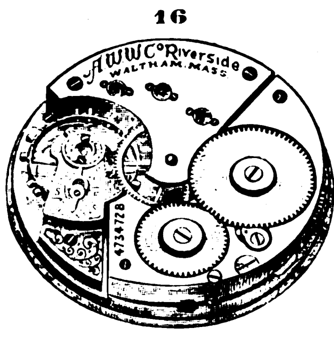
Para más detalles en el depósito de la COMPAÑÍA WALTHAM
RELOJERÍA DE ALBERTO MAURER
12, CALLE DE SEVILLA, 12, MADRID

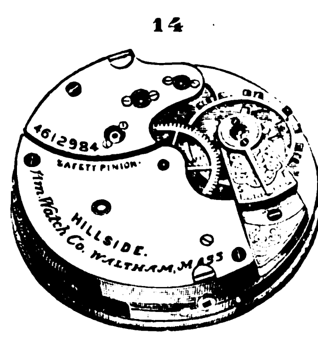


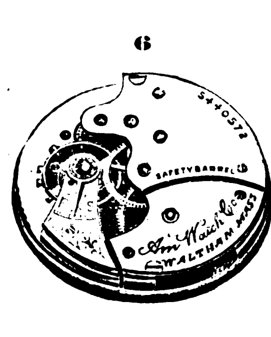
Para más detalles en el depósito de la COMPAÑÍA WALTHAM
RELOJERÍA DE ALBERTO MAURER
12, CALLE DE SEVILLA, 12, MADRID

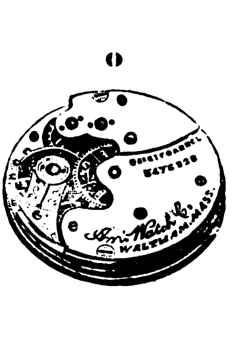
La fábrica **WALTHAM** es la más **importante** de su clase y produce **diariamente 2.000 máquinas de reloj** en los tamaños siguientes:

18


16


14


6


0


Todos los relojes **WALTHAM** son de completa producción mecánica reconocida como la mejor, la más correcta y más barata.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA
de
E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

CALLIFLORE **FLOR DE BELLEZA** Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.

PÂTE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmético *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas. — **Perfumeria AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, Paris.**

SOLUCION CUNAUD al *Lactofosfato de Cal Creosotado* y con *Glicerina* — **Tos rebelde, Bronquitis, Catarros antiguos, Tisis y enfermedades del Pecho.** París, Casa Marchand, 13, r. Grenier-St-Lazare, y todas F^{as} de las Américas.

No padecerá enfermedades en la
BOCA
ni dolor de muelas el que use el elixir
MENTHOLINA
que prepara el *Dr. Andreu.* Su uso emblanquece la dentadura aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las **ENCÍAS.**
La mentholina usada con el elixir aumenta en polvo la blancura de los dientes.



LA FOSFATINA FALIERES es el alimento más agradable y más recomendado para los niños de 6 á 7 meses de edad, principalmente en la época del destete y en el periodo del crecimiento. *Facilita la dentición y asegura la buena formación de los huesos. Impide la diarrea tan frecuente en los niños.*
París, Avenue Victoria, 6, farmacias


ESTD. 1848

LA GRESHAM
COMPAÑÍA INGLESA DE
SEGUROS SOBRE LA VIDA
Y DE RENTAS VITALICIAS
DIRECCIÓN DE LA SUCURSAL DE ESPAÑA:
Calle de Alcalá, 23 dupl. — MADRID
Oficinas en Barcelona y Málaga

La Compañía GRESHAM ofrece, además de sólidas garantías, excepcionales ventajas á sus Asegurados, en Pólizas redactadas con claridad y libres de restricciones innecesarias.
NOTA. — *Condiciones favorables á los Agentes activos que trabajen con éxito.*

NEURALGIAS, JAQUECAS, MALES de NERVIOS
NEUROSIS
CURACIÓN CIERTA POR LOS **GLÓBULOS NEUROSTÉNICOS** de TH. GRAS, Farm^{co}.
9, Rue Le Peletier, Paris (Y EN TODAS LAS FARMACIAS).

COMPAÑIA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS
La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al dia. — **38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.
DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

DOLORES DE MUELAS Los calma en el acto al descuidado que los sufre por no usar todos los días el **Licor del Polo de Orive.** Pero el no tener dolores de muelas depende de la voluntad; y esto es tan exacto, que jamás tuvo dolencia alguna en la boca el que se enjuagó todos los días con tan excelente dentífrico, que se vende en toda farmacia y perfumería acreditada.

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

F. DUBALEN. **Barnices superiores** para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Vernissées.— Fábrica en Aubervilliers,** *cerca de París.*



PERFUMES con VIOLETTES DU CZAR
ESENCIA para *el Pañuelo* | POLVO de Arroz *Jabon*
Creacion de la **PERFUMERIA ORIZA** de **L. LEGRAND**
11, Place de la Madeleine, PARIS.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XVIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Mayo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



SALAMANCA.—MONUMENTO ERIGIDO Á CRISTÓBAL COLÓN EN LA PLAZA DE MENORES.

(ESCULTURA DE D. EDUARDO BARRÓN.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—El Socialismo en los Estados Unidos, por el Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.—Los teatros particulares, por D. Ramón de Navarrete.—El «Aid-as-saguir», ó Pascua de Ramadhán, por D. Rodrigo Amador de los Ríos, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.—Los padres de familia, por D. Eusebio Blasco.—Últimos ecos de la romería española, por el Excmo. Sr. Conde de Coello.—Á una hermosa, soneto, por D. Manuel Reina.—Lágrimas, poesía, por D. Ricardo J. Catarineu.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Gran concurso internacional de bandas y orfeones en Pamplona, por X.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Salamanca: Monumento erigido á Cristóbal Colón en la plaza de Menores.—Real Conservatorio de Madrid: El profesor de la clase de canto D. Justo Blasco y sus discípulos Srtas. Miralles y Gardeta, y Sres. Calvo y Arroyo.—Milán: Fachada principal del Palacio de las Exposiciones reunidas.—Bellas Artes. París: *Salon* de los Campos Elíseos, de 1894: *El corsario francés Juan Bart reclutando gente en Dunquerque*, cuadro de Mme. Demont Breton.—*Una cenicienta*, cuadro de Mr. J. Bail.—*¡Que vuelvas pronto!* cuadro de D. Gonzalo Bilbao.—*Aves y frutas*, cuadro de D.ª Luisa Oñate.—Retrato del V. maestro Fray Juan de Avila, apóstol de Andalucía, beatificado por Su Santidad León XIII.—Alemania: Pruebas del paño-coraza verificadas ante oficiales superiores del ejército en el Jardín de Invierno de Berlín.—*Regente II*, caballo andaluz de la ganadería de D. Baltasar Hidalgo, adquirido recientemente por el Real patrimonio, para semental de silla.

CRÓNICA GENERAL.

os debates en el Congreso acerca de los asuntos de Melilla crecieron en interés durante los últimos días, por la intervención en ellos de los Sres. Cánovas del Castillo, Salmerón y D. Francisco Silvela. Y como en el fondo de aquellas discusiones lo principal es el criterio defendido por aquellos notables oradores, según su punto de vista, pertenece su examen á la crónica política y no á la nuestra: cuando los hechos de que esos discursos se han ocupado se produjeron, los referimos y comentamos según nuestra modestísima opinión, y hoy sólo nos corresponde, á manera de postdata, indicar al curioso que quiera estudiar el día de mañana por completo las vicisitudes y juicios de la llamada cuestión de Melilla, dónde hallará los documentos parlamentarios para su estudio, y las opiniones sustentadas.

Otra cuestión de carácter general parece que va ganando terreno en la opinión de senadores y diputados y personas influyentes, si es cierta la lista que publican los periódicos de los señores que simpatizan con la idea de que se permita el cultivo del tabaco en la Península. Esto, que á primera vista parece tan sencillo, ofrece grandes obstáculos en la práctica, ya por ser una de las grandes rentas del Estado el monopolio de esa riqueza, ya por el contrato con la Tabacalera. Pero como todas las rentas basadas en una prohibición, y no justificadas por la naturaleza de la materia en que se fundan, la del tabaco tiene raíces profundísimas en las necesidades de la recaudación y la dificultad de sustituir esos ingresos. Y aunque el cultivo del tabaco se defiende por sí propio, como sólo tiene en contra para la administración razones de índole fiscal, la cuestión es muy difícil, pues consiste en dar á los Gobiernos suficientes garantías contra el fraude ó las perturbaciones de la renta. De todos modos será lástima que no se halle manera de concordar los intereses respetables que han impedido hasta ahora la creación de una riqueza que daría tantos beneficios á nuestras regiones españolas.

⁂

Hace algunos años, no recordamos cuántos, corrió por la prensa la noticia de haber perdido la razón y estar recluído en un manicomio en una de las repúblicas del Pacífico el célebre escritor D. Juan Martínez Villergas: lamentando la extinción de aquella inteligencia, y creyendo cierta la falsa relación de su locura, que decían incurable, hicimos un juicio del escritor, tal como nos le dictaba la conciencia, y en la persuasión de que no llegaría jamás á su conocimiento, pues tenemos por regla general, hace ya tiempo, no dar sin grave causa disgustos á los vivos y decir la verdad á los que por morir pertenecen á la historia y no pueden ya recibir humillaciones y molestias. El Sr. Martínez Villergas no estaba loco y leyó nuestro juicio, y tuvimos el sentimiento de haberle disgustado: nuestra defensa fué lacónica: le hicimos ver que se había enterado de una conversación que no estaba destinada á que él la oyese; como que había sobrevivido á su necrología. ¿Qué decíamos en aquel suelto? No le tenemos á la vista, y necesitaríamos hojear todas nuestras colecciones para encontrarle, pues bastaría su reproducción para evitarnos el trabajo de hacer hoy, con motivo de la muerte de Villergas, un trabajo nuevo, siquiera sea muy ligero, como el carácter de estas crónicas. Don Juan Martínez Villergas, que ha fallecido el 8 del corriente en Zamora á los setenta y ocho años de edad, fué un satírico de primera fuerza y un rimador espontáneo y pintoresco y de forma castiza y vigorosa. Hay que distinguir en su carácter de escritor dos naturalezas: la del político apasionado y difamador, que acogía, exageraba y divulgaba todo rumor que pudiera perjudicar y ofender á sus contrarios, sin importársele que fuera falso ó verdadero; y la del escritor epigramático y festivo que rebosaba ingenio y gracia por sus versos. Si pudieran separarse aquellas dos condiciones de su talento, podrían formarse dos escritores notables, digno el uno, por su malignidad, perversa intención y desvergüenza, de ser desterrado; y el otro, por su picante desenfado, frescura, claridad de estilo, novedad, abundancia de ideas y expresiones felices, de ser proclamado como uno de los príncipes de la poesía festiva popular. No hay medio de elogiarle en lo que vale, sin protestar de lo que hay en él de libelista y falsificador de la historia, que escribía en libros como *Los Políticos en camisa*, no para fotografiar á los hombres célebres de 1845, sino para embadurnar sus figuras y presentarlas en su gesto más odioso. Fenómeno digno de estudio y muy frecuente: son contadísimos los escritores maldicientes y agresivos contra sus contemporáneos que tengan la virilidad de un Villamediana; son generalmente, por el contrario, tímidos, como lo fué Villergas, al que nadie excedió en el atrevimiento de insultar en letra de molde, poniendo al pie su firma, ni en el arte de rehuir la responsabilidad de sus ataques personales. También debemos manifestar que si su ingenio y su gracia bastaban para hacerle popular y leído, debió no poca parte de su fama extraordinaria á sus injurias y burlas á los personajes y escritores de su tiempo; que el escándalo es con frecuencia el más rápido y seguro difusor de la nombradía, y los denuestos al prójimo son la comidilla más sabrosa para el vulgo de gustos crueles y groseros y aficionado á la maledicencia. Pero debemos confesar que ese recurso de los ingenios infecundos no era necesario para el ingenio fértil y abundante de Villergas, que si abusó de él hasta límites increíbles, lo hizo movido por pasiones políticas de fuerza incontrastable, en épocas de gran agitación de las ideas, de lucha y de transformación política y social. Y aquellas exageraciones de tal modo las consideró excesivas la conciencia pública, que, habiendo sido Villergas uno de los decanos y fundadores del partido republicano español, jamás tuvo entre los suyos la autoridad y representación que merecían sus servicios y los peligros arrostrados en épocas azarosas para aquellos ideales. Y hoy, al morir, viejo y abandonado en la histórica Zamora, mayor es el duelo que tributan al escritor sus compañeros de letras, que al correligionario aquellos á quienes aprovecharon sus sátiras implacables. Y es que nosotros, separando de sus obras lo que mancha y escuece, y estimando y reconociendo el oro fino de sus epigramas y gracias, le absolvemos de todo lo que pecó, en virtud de los tesoros de ingenio que legó al idioma castellano, y el manantial de regocijo en que beberán raudales de alegría los que lean sus escritos amenos y puramente literarios. Ocupábase en sus últimos tiempos en escribir un poema satírico titulado *Pateta*, que no sabemos si deja concluído, y que es graciosísimo, según nos asegura quien oyó uno de sus cantos. En resumen, ha muerto un gran poeta que tuvo grandes defectos y grandes cualidades.

⁂

Afirman los periódicos que el ilustrado Obispo de Madrid, la Sociedad de Higiene y la de Padres de familia han acudido al Gobernador para que se prohiba el espectáculo que ofrece todas las noches en el circo de Colón un Sr. Onofroff con sus experimentos de sugestión hipnótica, que maravillan y encantan á los crédulos. Respetando las razones en que fundan su querella contra el hábil especulador, no podemos evitar cierto sentimiento de que se concedan á esos juegos una importancia científica de que carecen, mientras no se pruebe que esos fenómenos son serios y formales: no discutiremos lo que hay de verdadero y de supuesto y exagerado en el hipnotismo; pero una cosa es el hipnotismo y otra las experiencias hechas en un circo de caballos, donde se exhiben los hombres descoyuntados, los jugadores de manos, y se hacen toda clase de ejercicios prodigiosos y juegos de destreza, y se falsifica lo real por toda clase de artificios. Los que hemos visto en esos circos hombres que andan cabeza abajo por el techo, y violan una multitud de leyes físicas á fuerza de ensayos y ardides, y visto salir pavos vivos de un bolsillo de chaleco, y suertes aun más vistosas y sorprendentes, no estamos muy dispuestos á celebrar de otro modo que como una gracia y habilidad los fenómenos que, con el carácter de hipnóticos, magnéticos ó fascinatorios, realicen ante un público inocente y bonachón, tanto el Sr. Onofroff, como cualquier otro artista que contrate el empresario.

La ciencia tiene otros procedimientos de investigación y certidumbre: acuda el Sr. Onofroff á la Academia de Medicina, sométase á las pruebas que le exijan los profesores de ese Cuerpo, y cuando ellos certifiquen ser verdad su maravillosa aptitud para transmitir su voluntad, ó su sensibilidad exquisita para obedecer el pensamiento ajeno, entonces habrá ocasión de dar importancia científica á los experimentos del fascinador contratado en el circo de Colón. Y no se nos venga con que cualquiera puede comprobar personalmente esas verdades; pocos se exponen á recibir una silba ante un público que paga por ver algo prodigioso para contarlo á sus amigos. Y como aun siendo un verdadero fascinador, adivino, ó lo que sea, el Sr. Onofroff, los experimentos que se hacen ante el público tienen que ser seguros y no eventuales y expuestos al azar, lo cual permite abrigar la sospecha de que sean preparados, claro es que sólo pueden convencer á los que acuden convencidos. Por esto y otras muchas razones que alargarían este suelto no creemos que se debe dar mayor importancia á esas suertes que la que les da su autor con haber elegido el circo de Colón para exhibirse. Nosotros, por lo menos, no se la daremos mientras la Academia de Medicina no intervenga y certifique; y como nosotros opinan otras personas que creen en ciertos fenómenos nerviosos, pero en forma menos teatral y más autorizada. Conste, por otra parte, que descartamos de nuestras observaciones todo lo que al señor Obispo de Madrid-Alcalá pueda referirse, pues es la única autoridad en cuestiones de conciencia; nos dirigimos solamente á las otras sociedades y á la cuestión previa de la realidad de los fenómenos de que ha de desprenderse cualquier doctrina ó afirmación.

Al cerrar esta crónica con anticipación, por motivo de la fiesta, leemos que el Sr. Onofroff va á celebrar una sesión ante la Academia de Medicina. Por ahí debió haber empezado, para dar á sus experimentos el carácter que no pueden tener en un circo de caballos.

⁂

El libro *Cervantes en la Exposición Histórico-Europea*, que anunciamos en el número anterior, está siendo en estos días muy comentado por los cervantistas: es indudable que si no se ha adelantado mucho respecto de la biografía del autor del *Quijote*, parece ya descartada la partida de bautismo de Alcázar de San Juan, que se tiene por falsa é intercalada en el libro: en el de óbitos de la parroquia de San Sebastián de Madrid ha encontrado el Sr. Foronda las partidas de defunción de varios parientes cercanos de Cervantes, y la de su viuda; siendo de notar que Cervantes al morir sólo dejó dos misas por su alma, mientras que su esposa, diez años después, dejó trescientas misas y fundó una memoria..... «¿Qué mudanza se operó en la fortuna de aquella familia?—pregunta el Sr. Foronda.—¿Sería tal vez que Cervantes no muriese en la extremada pobreza con que sus biógrafos nos le presentan? ¿Sería que sus obras producían ya algo más de lo que generalmente se ha creído?» En cuanto á la hija de Cervantes, D.ª Isabel de Cervantes Saavedra, ó Saavedra de Cervantes, que de ambos modos se llama, y que declara en su testamento ser hija de Miguel de Cervantes y D.ª Ana de Rojas, todo hace presumir que dice la verdad acerca de sus padres, y, con permiso del amigo Vidart, y después de alabar el bien escrito prólogo que ha puesto en el citado libro, no creo fundada la opinión de que fuese hija adoptiva, mientras no haya datos que lo autoricen, y sólo se trate de quitar pecadillos á Cervantes. Es más natural suponer que en su nobleza no quiso ocultar á su esposa la existencia de una hija natural, y que aquélla tuvo el buen corazón de criarla y educarla. Si hay una Isabel Chiticalla, bautizada en Esquivias en 1585, ya casado Cervantes, y que coincide en edad con la declarada por D.ª Isabel en la causa de Valladolid, eso prueba que no pudo ser la misma. ¿Hay alguna señora que no se quite años cuando la preguntan cuántos tiene?

⁂

(En la pradera de San Isidro.)

—¡Rosquillas de la tía Javiera!

—¿Son de la misma tía Javiera esas que vende usted? Imposible.

—Digo la verdad.

—Entonces estarán muy duras, porque murió hace muchos años.

—Pues están blandas.

—Comprendo. Es que desde entonces ha llovido mucho sobre ellas.

Un galán requiebra en vano á dos muchachas, y le dice la primera:

—Apártese usted, y no sea pesado.

—¿Pesado?—añade la otra chica.—¡Si es el Tío Vivo!

—¿Por qué?

—Por lo mucho que marea.

Un alcalde recorre las tabernas, reconociendo las bebidas que se despachan en San Isidro.

—¿Está aguado ese vino?—pregunta á un vendedor.

—Es puro, y muy puro.

—Pues bautícele usted al instante. ¿Cómo volverían esas gentes á Madrid si fuera puro todo el vino que hoy se beben?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

SALAMANCA.

Monumento erigido á Cristóbal Colón en la plaza de Menores.

Para conmemorar la estancia de Colón en Salamanca y honrar la memoria del descubridor de América, pensaron algunos salamanquinos construir un monumento digno de hombre tan insigne y de tan señalado suceso. La Diputación de la provincia y el Ayuntamiento de la ciudad acordaron patrocinar la idea y llevarla adelante; pero hallaron una dificultad difícil de vencer: la falta de dinero. La Diputación ofreció 5.000 pesetas, y el Ayuntamiento prometió arreglar y embellecer la plaza en que se levantara el monumento. Nombróse una comisión que vino á Madrid á pedir el apoyo del Estado, logrando que la Junta Central del Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo concediera 20.000 pesetas, suma que principalmente se debió á la iniciativa del Sr. Cánovas del Castillo, y que traía aparejada la condición de que con otra no menor contribuirían la Diputación y el Ayuntamiento de Salamanca. En efecto; la primera dió 10.000 pesetas, y 10.100 el segundo.

Sacóse el proyecto de monumento á concurso, y fueron presentados dos proyectos: uno de D. Antonio Susillo, y otro de D. Eduardo Barrón, siendo aprobado éste.

La estatua levántase en la espaciosa plaza de Menores, junto á la catedral. (Véase nuestro grabado de la primera página.)

El pedestal es ligero y de buen gusto. En los flancos del neto tiene los bustos de Isabel I y de Fray Diego de Deza. En la parte anterior y media está el escudo de Salamanca, y sobre éste la dedicatoria, que dice así: «Á CRISTÓBAL COLÓN EN EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, EL ESTADO, LA PROVINCIA Y EL MUNICIPIO.»

Admírase en la estatua, que tiene 3,3 metros de alto, la gallarda apostura y la buena proporción de todas sus partes. El gran navegante está representado en actitud de explicar su pensamiento de ir á las Indias por Occidente, y sostiene con la mano derecha una esfera, mientras con la izquierda señala la dirección que piensa seguir en su viaje. Viste el traje obligado: tabardo, cuerpo con faldas á la italiana, calzas y zapato abotonado. Sobre un silletín de madera tiene cartas de marear y una brújula.

La estatua y bustos han sido fundidos en los talleres de Masriera, de Barcelona. Dirigió la operación de colocarla en el pedestal el arquitecto D. Joaquín Vargas. La obra del Sr. Barrón fué previamente examinada y aprobada por una Comisión de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que presidió D. Federico de Madrazo, y cuyo informe no pudo ser más lisonjero para el autor.

⁂

D. JUSTO BLASCO,

profesor del Conservatorio de Madrid.

El profesor del Conservatorio D. Justo Blasco nació en Borja (Zaragoza) en Julio de 1850, y desde la más tierna edad se dedicó al estudio de la música, el cual comenzó, contando sólo seis años, con el reputado profesor D. Félix Llorente. Tres años después comenzó el del piano con el organista de la Colegiata D. G. Ladrón de Guevara. Pasó algún tiempo después á Zaragoza, donde se perfeccionó en ambos estudios.

Vino á Madrid en 1871, y aquí tomó lecciones de canto del famoso Selva. Stagno quiso llevarle á Italia; pero Blasco, á quien no agradaba la vida del teatro, agitada y llena de intrigas, no quiso acompañarle.

Al ocurrir la Restauración, el insigne Eslava le confió interinamente la plaza de bajo cantante de la Real Capilla, plaza de la que pasó después á ser propietario por voto unánime del Jurado. Más tarde fué nombrado profesor honorario del Conservatorio.

El Sr. Blasco ha conseguido grandes triunfos en muchos conciertos, así en el Salón Romero como en el Conservatorio, y otros sitios. Ha cantado como solista en grandes solemnidades, algunas veces juntamente con Gayarre y Uetam y mostrándose digno de tal compañía. Es compositor notabilísimo, habiendo escrito más de cien obras para piano, y para piano y canto, la mayor parte de las cuales ha tocado en presencia de la familia Real. A la muerte de D. Mariano Martín Salazar, el Claustro de profesores del Conservatorio propuso al Sr. Blasco para ocupar la vacante interinamente, cuyo cargo quedó desempeñando en propiedad, por propuesta unánime de la Academia de Bellas Artes.

Desde ese día empezó Blasco á trabajar para conseguir un propósito noble y patriótico: que en el Conservatorio de España se cantase en español. No siendo posible prescindir de los grandes maestros italianos, ideó traducirlos. Buscó á su amigo, el conocido y muy notable poeta lírico Sr. Capdepón, general de Brigada, y le invitó á hacer ese trabajo, y al editor de música Sr. Zozaya para que lo publicase, y en poco tiempo hizo un repertorio numeroso de excelentes traducciones, que con gran éxito se han cantado en los ejercicios del Conservatorio, en el Ateneo de Madrid y en otros sitios por los discípulos de Blasco.

El último triunfo por éste conseguido ha sido señaladísimo. Cuatro pensiones para cantantes había fundado el Ministerio de Fomento, y las cuatro las han ganado en reñidas oposiciones discípulos suyos, cuyos retratos, juntamente con el del maestro, publicamos en la pág. 296.

°°°

MILÁN.

Fachada principal del palacio de las Exposiciones reunidas.

El domingo 6 del corriente se inauguraron en Milán las Exposiciones reunidas, de Bellas Artes, de fotografía, de vinos y aceites, de geografía, etc., etc. Ha dirigido las obras el arquitecto milanés Sr. Sommaruga, el cual, en la fachada que reproducimos en nuestro grabado de la pág. 296, ha empleado diversidad de colores, combinándolos con sumo acierto. Para esta Exposición se han reunido, por iniciativa particular, 1.300.000 pesetas, cifra que viene á probar no ser la pobreza de Italia tan grande como se cree.

°°°

BELLAS ARTES.

El corsario francés Juan Bart reclutando gente en Dunquerque, cuadro de Mme. Demont-Breton.—*Una Cenicienta*, cuadro de Mr. J. Bail.—*¡Que vuelvas pronto!* cuadro de D. Gonzalo Bilbao.—*Aves y frutas*, cuadro de D.ª Luisa Oñate.

Publicamos en este número dos cuadros del *Salon* de los Campos Elíseos de París.

El primero es histórico, y en él vese á Juan Bart, uno de los marinos franceses más famosos del siglo XVII, reclutando gente de mar para salir á correr los buques holandeses, en la guerra entre éstos y Francia, en 1672.

La escena es sencilla, y ha sido muy bien pintada hasta en los menores detalles (pág. 297).

Una cenicienta (véase la pág. 301) presenta en forma nueva el asunto tan sabido del cuentecillo atribuido á Perrault. La Cenicienta, la niña encerrada en casa, dedicada á las más rudas y groseras faenas, vive olvidada y hasta desdeñada, mientras llega el día de la rehabilitación. Dios hace que un Príncipe descubra sus virtudes y se case con ella.

Bueno será, sin embargo, advertir que esta *Cenicienta* sólo se parece á la de nuestro cuadro en el nombre, porque sin duda Mr. Bail no ha querido representar ningún problema filosófico, sino entretener agradablemente la vista con una obra artística sin pretensiones.

El cuadro *¡Que vuelvas pronto!* tiene, entre otros méritos, un sello de españolismo que le hace particularmente agradable. Tanto *él* como *ella* son tipos de casa, de los que se encuentran todavía, no sólo en Andalucía, sino también en Castilla, y que Goya inmortalizó.

El Sr. Bilbao, que es artista de merecida fama, presentó este cuadro en la Exposición internacional de 1892, y, sin lisonja para el autor, se puede asegurar que gustó mucho.

Publicamos una copia en la pág. 300.

Aves y frutas (véase la pág. 305) es un bonito cuadro de D.ª Luisa Oñate, aventajada discípula del distinguido pintor Sr. Amorós. Esta obra figuró con muy buena nota en la Exposición nacional de pinturas de 1887.

°°°

EL VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA.

Uno de los varones más famosos por su santidad que florecieron en España en el siglo XVI, fué el maestro Juan de Avila, á quien el Papa León XIII acaba de beatificar. Nació en Almodóvar del Campo á principios del año 1500, y estudió Leyes en Salamanca, hasta que, tocado de la vocación religiosa, dejó aquella Universidad por la de Alcalá. Recibió órdenes sacerdotales, repartió sus bienes entre los pobres y dedicóse á obras de caridad y á edificar á las gentes con el ejemplo de sus cristianas virtudes. Vivió mucho tiempo en Montilla, en habitaciones que le daban los Marqueses de Priego, y entre otras obras se le deben las conversiones de San Juan de Dios y de San Francisco de Borja, la fundación del colegio de la Asunción en Córdoba, y la de un colegio de Jesuítas en Montilla. Fué muy querido en toda Andalucía, donde aun se conserva memoria suya. Murió en 1569 de tantos trabajos y penitencias, que le acabaron la salud, produciéndole una litiasis vesical, ó, como más vulgarmente se llama, *mal de piedra*.

El cadáver está sepultado en un enterramiento que poseían los Marqueses de Priego en la iglesia del convento de la Compañía. Publicamos su retrato en la pág. 304, tomándole de la copiosa colección que posee la *Calcografía Nacional*, y trazamos esta breve noticia con datos que nos ha remitido el Sr. Morte Molina.

°°°

ALEMANIA.

Pruebas del paño-coraza, verificadas en el Jardín de Invierno de Berlín.

El 8 del pasado mes de Abril probóse en el Jardín de Invierno de Berlín la resistencia del paño-coraza inventado por el Sr. Dowe, viéndose, con asombro de todos, que, en efecto, es impenetrable á las balas.

Asistieron muchos generales y jefes alemanes y también agregados militares de las Embajadas de otras potencias. Primero disparó el tirador Martín contra un caballo cubierto por este paño. El animal recibió varios tiros sin moverse. Ni una bala le tocó. Después cargaron varios soldados los fusiles con la carga reglamentaria y tiraron contra un busto de yeso. Las balas no le causaron el menor daño. Por último, el propio inventor se cubrió el pecho con la tela de su invención y sufrió también varios disparos sin consecuencias. Nuestros segundo y tercer grabados de la pág. 304 reproducen las escenas culminantes de las pruebas.

El paño-coraza, de las dimensiones de que da idea dicho grabado, pesa ocho kilos, pero asegura el inventor que podrá reducir el peso á la mitad. El espesor es de dos centímetros. Según parece, sólo se puede usar á modo de babero ó delantal, pero no sirve para fabricar verdaderos trajes.

El emperador Guillermo muestra gran interés por este invento, y ha prometido asistir á las nuevas pruebas.

°°°

«REGENTE II»,

caballo de la ganadería de D. Baltasar Hidalgo, adquirido por el Real Patrimonio.

El llamado *Regente II* (cuyo grabado aparece en la página 308), de siete años, negro, con seis dedos de alzada, calzado de los pies, y que de potro obtuvo premio en la Exposición de Sevilla de 1889, lo acaba de adquirir el Real Patrimonio para semental de silla de la yeguada de Aranjuez. Lleva por hierro el de la acreditada ganadería á que perteneció, ó sea el monograma SI.

G. Reparaz.

EL SOCIALISMO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Entre las naciones más prósperas, ricas y opulentas, descuella sin rival la gran República Norte-americana.

Dos Océanos la bañan en sus opuestas y dilatadas costas, donde soberbios puertos, seguras ensenadas y profundas rías sirven de abrigo á innumerables naves; ríos caudalosos, de extendido curso, la surcan por muchas y diversas partes, llevando la fertilidad y la vida á sus espaciosas riberas, fáciles al benéfico riego; tierras vírgenes ofrecen con escaso trabajo el óptimo fruto de copiosísimas cosechas, que superando á las necesidades del propio consumo, contribuyen al ajeno; inmensas y seculares selvas brindan liberalmente, sin artificio alguno, sus múltiples y variados productos; el metal que tanto se estima y encarece recógese en provechosa abundancia entre las arenas fluviales, y la naturaleza pródiga á manos llenas los de mayor utilidad y provecho para la industria; interminable red ferroviaria facilita el tráfico y el comercio, y con ella compiten á porfía lagos, verdaderos mares interiores, y ríos y canales navegables. Europa, cediendo á imperiosa ley económica, rinde el tributo de la necesidad á aquel suelo privilegiado; y la paz sin costosos alardes militares, y la libertad en el concepto más elevado, presentan ancho campo á la expansión y actividad de un pueblo de 65 millones de habitantes en un territorio de 7.600.000 kilómetros cuadrados. Todo es allí grande, todo exuberante, todo en bienes fecundo.

Ni el socialismo de Estado, consecuencia lógica de los armamentos incesantes de la vieja Europa, ni la tributación oprimiendo á las clases proletarias, ni la tiranía del fisco ahogando la iniciativa individual, ni la política sobreponiéndose á todo, han llegado todavía á tomar carta de naturaleza en aquella, al parecer, próspera, floreciente y venturosa nación americana.

Y, sin embargo, el cáncer del socialismo corroe sus entrañas.

¿Cómo ha penetrado en aquel organismo joven, pujante y lleno de vida la terrible dolencia que aflige á la caduca Europa? ¿Es hija sólo de la torpe envidia de los desheredados de la fortuna, provocada por la escarnecedora opulencia de sus contados y dichosos favorecidos? ¿Obedece á razones de orden puramente sentimental?

Tres millones de obreros, en medio de tanta actividad y de tanta riqueza, carecen de pan y de trabajo, y este hecho basta por sí para comprender y explicar el pavoroso desenvolvimiento y constante progreso de las ideas socialistas en el país donde el individualismo había echado más hondas y firmes raíces. A él debió su grandeza, y tal vez al abuso de este principio ó á la carencia absoluta de la intervención del Estado para conducirlo por seguros derroteros, habrá que atribuir la causa del movimiento general de protesta que se advierte, no sólo en las zonas mineras y fabriles, de suyo propensas al menosprecio del patrono y á las luchas contra el capital, sino también en medio de las tranquilas soledades de los campos, donde el labriego, dando oídos á insensatas predicaciones, y víctima de la usura y de acaparadores sin conciencia, comienza á sentir el deseo de alzarse con el predio que cultiva y de emanciparse del propietario, cada vez más exigente, porque la especulación, como sucede también en las ciudades, tiende á aumentar de manera ficticia el valor de la tierra.

Otras causas contribuyen al incremento del socialismo agrario de los Estados Unidos. En España, Inglaterra y Alemania, por ejemplo, donde quedan reminiscencias del feudalismo, aun muerto el antiquísimo derecho de *colonia*, existen cordiales y estrechas relaciones entre propietarios y colonos, las cuales suelen perpetuarse de padres á hijos; pero esto no acontece en manera alguna en aquel pueblo nuevo, sin buenas costumbres que respetar, ni compromisos morales que satisfacer, ni tradiciones de familia á que rendir culto, porque la tierra pertenece generalmente á advenedizos, ricos improvisados, sin más móvil que el lucro y la codicia, aristócratas sólo del dinero, sin los deberes que impone ilustre prosapia ó el respeto al buen nombre de la casa; deberes y respetos que crean en Europa una especie de derecho consuetudinario más poderoso y fuerte que el impuesto por los códigos.

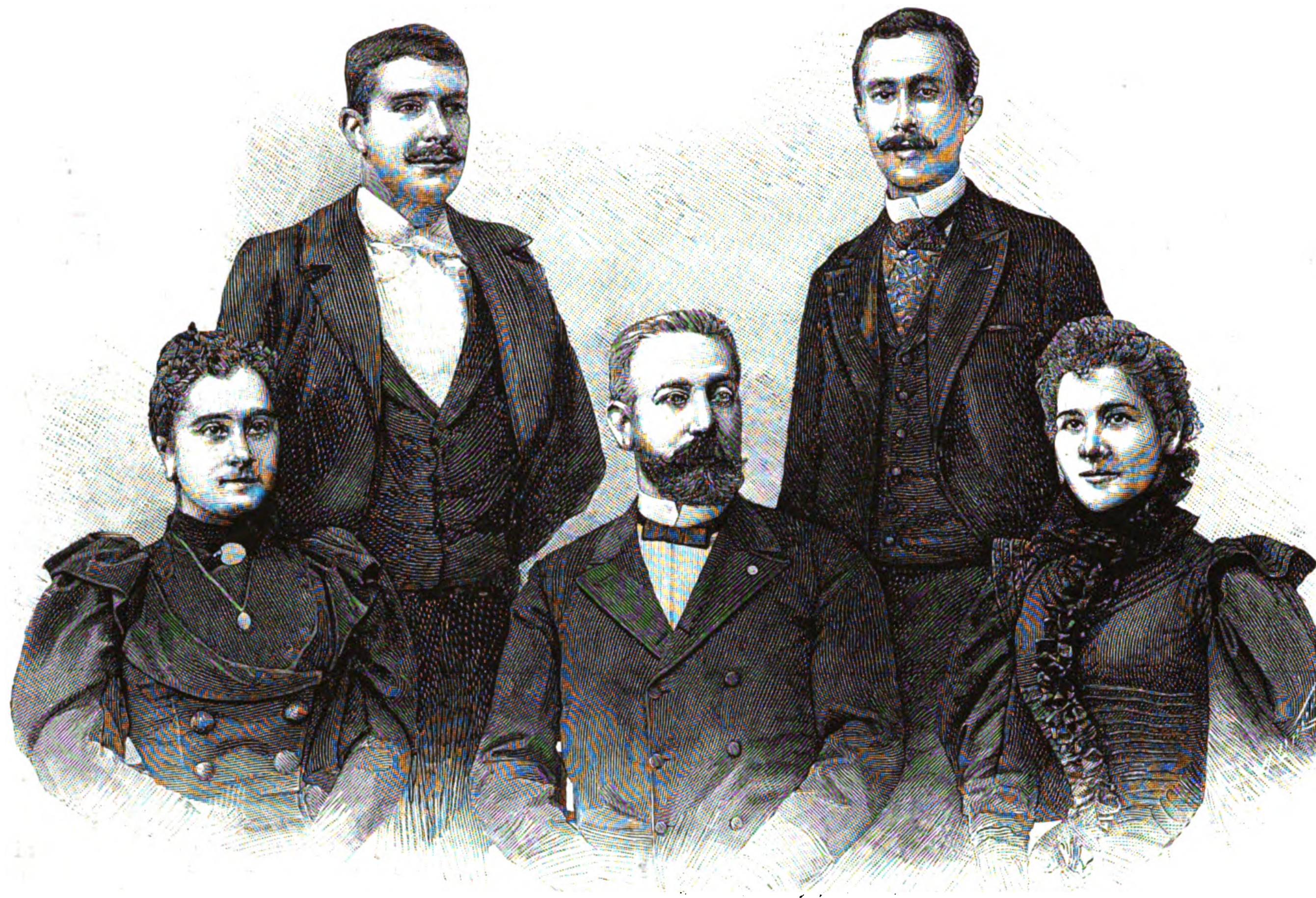
Hay que tener en cuenta además que inmensas extensiones de terreno en el Este, muy fértiles al ser roturadas, después de mucho producir se han hecho estériles, viéndose obligados sus colonos, faltos de recursos y de abonos, á abandonarlas por completo, aumentándose así los obreros sin trabajo y los enemigos del orden social.

Antes, dicen los socialistas americanos, merced á la práctica sincera y humana de la iniciativa individual, el obrero aseguraba fácilmente sus medios de subsistencia. En ningún país, como en los Estados Unidos, tenía mayores medios de conseguirlo; pero de algunos años acá se ha operado un cambio completo en nuestro sistema económico.

A la iniciativa individual y á la libre concurrencia que tanto contribuyeron á nuestra prosperidad, ha sucedido una especie de gobierno económico ó de varios gobiernos económicos (designando con este nombre á los grandes capitalistas), los cuales ejercen el más irritante de los monopolios con los productos naturales y de la industria, y dirigen á su antojo el trabajo nacional: pero, cuando los gobiernos políticos son responsables, ellos gozan y disfrutan de completa irresponsabilidad en todos sus actos.

Este estado de cosas se debe principalmente á las escandalosas fortunas que se han hecho y se están labrando en los Estados Unidos, á la sombra de la deficiencia de las leyes, ya con bruscas oscilaciones bursátiles, á veces preparadas por los grandes especuladores ó por personas influyentes en determinadas compañías, conocedoras de sus secretos; ya con los sindicatos, que tienen ramificaciones y agentes en todo el país para adquirir á bajo precio los artículos más necesarios al consumo y expenderlos luego con considerable ventaja; ya comprando y vendiendo á plazo partidas imaginarias de productos del suelo ó de las minas; ya provocando amañadas quiebras de testaferros, y producir de esta suerte provechosas perturbaciones en el mercado, ó ya apelando, en fin, á otros medios que condena la moral y no castigan los tribunales, para conseguir el supremo bien en el mundo de los negocios: el dinero ajeno.

Las principales víctimas suelen ser en primer lugar el público que consume, y con mucha frecuencia el que pone sus ahorros y economías al servicio de vastas empresas, incauto rebaño que,



REAL CONSERVATORIO DE MADRID.—EL PROFESOR DE CANTO D. JUSTO BLASCO Y SUS DISCÍPULOS, SEÑORITAS MIRALLES Y GARDETA Y SEÑORES CALVO Y ARROYO, PENSIONADOS POR EL MINISTERIO DE FOMENTO.

MILAN.—FACHADA PRINCIPAL DEL PALACIO DE LAS «EXPOSICIONES REUNIDAS».

(De fotografía.)

PARIS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1894.



EL CORSARIO FRANCÉS JUAN BART RECLUTANDO GENTE EN DUNQUERQUE.

CUADRO DE MME. DEMONT-BRETON.

seducido por el afán del lucro, propende siempre á dejarse gobernar y conducir por sus propios explotadores.

Entre los modernos Cresos que van acaparando la riqueza de los Estados Unidos, merced á su audacia, á su inteligencia y á su tenacidad, los hay sin duda que no han empleado procedimientos vergonzosos y reprobables; pero si se investiga el origen de la mayor parte de las grandes fortunas, descúbrese desde luego la mala fe, el fraude y la carencia absoluta de sentido moral; motivos harto sobrados para justificar las acerbas censuras del sentimiento público.

Las consecuencias del régimen que impera de modo tan abusivo en la gran República son las siguientes:

En una población de 65 millones de habitantes, 31.000 poseen la mitad de la riqueza nacional.

El 9 por 100 disfruta del 71 por 100 de cuantos bienes mobiliarios é inmobiliarios contiene el país.

Entre este 9 por 100 figuran 4.074 mujeres, que han heredado ellas solas la quinta parte de aquéllos.

Los socialistas, colectivistas y anarquistas ponen de relieve estas cifras para deducir la urgente necesidad de reformas radicales, pretendiendo que el régimen actual subsiste sólo por la fuerza de las bayonetas del ejército y de las milicias.

Cada escuela propone en folletos, revistas, periódicos y libros, particularmente en forma de novelas, soluciones que discrepan poco de las utopias de los reformadores europeos.

Se contentan algunos por el momento con el impuesto general y progresivo sobre la renta y el capital; piden otros, no la confiscación de la tierra, sino de su renta: Coxey, el organizador del ejército de harapientos, cuyas manifestaciones delante del Capitolio de Washington fracasaron el 1.º de Mayo, reclama obras públicas gigantescas que basten para dar trabajo á los centenares de miles de obreros que carecen de él, la jornada de ocho horas y un jornal que no baje de siete pesetas y media; los colectivistas proclaman la supresión de la propiedad individual; los anarquistas la destrucción de todo, y, por fin, Ballemy, autor del sistema llamado *nacionalista*, que cuenta, según dicen los órganos del partido, un millón de partidarios, formula este programa:

La aplicación de los principios democráticos en el dominio de la vida económica. La igualdad económica debe servir de base al nuevo régimen, como la igualdad política lo es de la vida constitucional del país. Las industrias deben pasar gradualmente al Estado, para que éste produzca con la mayor baratura, pero mejorando al propio tiempo las condiciones del obrero. La organización de los talleres y del trabajo dependerá exclusivamente del Estado. Primero se incautará éste de los telégrafos, teléfonos y ferrocarriles, que explotan ahora compañías particulares, y luego de los demás ramos de la actividad industrial y mercantil. El Estado, por medio de una organización especial, atenderá á las necesidades apremiantes de los trabajadores que carezcan de medios de subsistencia.

En resumen, para sacar de manos de la plutocracia los diferentes ramos de la industria, el Estado se apoderará de ellos, pero de una manera paulatina. La dirección y distribución de las riquezas nacionales dependerán de todos los ciudadanos, no de unos cuantos privilegiados de la fortuna.

Al primer golpe de vista se advierte que el sistema llamado nacionalista americano se funda en el socialismo de Estado. Si se ha prescindido de esta denominación, debe atribuirse al deseo de su autor de singularizarse, ó tal vez, como suponen algunos críticos, de vencer la repugnancia de muchas gentes, ávidas de reformas, á las cuales asusta más el nombre de socialista que el socialismo mismo.

En lo que realmente difiere el partido nacionalista de las demás escuelas socialistas, es por su carácter eminentemente evolutivo.

Mas dejando á un lado la enumeración de otras soluciones, quiméricas y hasta extravagantes, producto de la fantasía americana, para remedio ó paliativo á lo menos de los males que afligen al proletariado, forzoso es reconocer que en aquel continente, más que en el nuestro, el problema social presenta un aspecto de extraordinaria gravedad y trascendencia.

Allí, como aquí, el perfeccionamiento incesante de la maquinaria (alentado por la competencia y por el interés del patrono, que tiende naturalmente á prescindir en lo posible de los obreros, desde que éstos, en abierta rebeldía con el capital, exígenle cada día mayores sacrificios) contribuye en gran manera al aumento de las huelgas por carencia de trabajo; lo cual, unido á los millares de emigrantes que todos los años abordan las costas de los Estados Unidos, ha dado lugar á que, al decir de la prensa socialista, asciendan á la enorme cifra de tres millones las personas que carecen de medios de subsistencia.

Mientras nuestros obreros sin trabajo tienen el recurso de emigrar, en la gran República aumenta el contingente de ellos; y como el incremento de la riqueza pública, á despecho de la prosperidad y grandeza de aquel país privilegiado, no está en relación directa con el crecimiento de la población, será forzoso aplicar enérgicas medidas, á pesar de las adoptadas ya contra el pauperismo, para impedir que la principal corriente europea de emigración se dirija hacia la América del Norte.

Esto no podrá menos de redundar en provecho de la Central y Meridional, poblada de naciones con las cuales nos unen los estrechísimos vínculos de la sangre y de la simpatía; estando como están en excepcionales condiciones para acoger en su hospitalario suelo el sobrante de la población obrera del antiguo Mundo.

Los inmigrantes no encontrarán allí los portentosos progresos y gigantescos adelantos que en el orden material se admiran en la llamada República modelo; ni las soberbias y acaudaladas familias, cuyas rentas superan á las listas civiles de muchos soberanos; ni aquella plutocracia egoísta, sórdida y orgullosa que ejerce la más irritante de las tiranías: el monopolio de las fuentes de riqueza; ni el utilitarismo concupiscible y desenfrenado que corrompe los corazones, envenena las almas y lo domina todo; pero en cambio hallarán expedito el camino del trabajo y de la iniciativa individual, franca y cordial acogida, generosa protección y un pueblo humano.

NILO MARÍA FABRA.

LOS TEATROS PARTICULARES.

Antaño y ogaño.—El LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO.—El teatro de Carabanchel.—En el palacio de Medinaceli.—En casa de la Duquesa de Medina de las Torres.—En la de los Condes de Vilches.—En la de la señora de Riquelme.—En el hotel de la Duquesa de Hijar.—EL TEATRO VENTURA.—El de la señora de Arco.—EL TEATRO JOSEFINA.


A afición, según vulgarmente se dice, «á las comedias caseras» es muy antigua entre la sociedad de la corte.

En los palacios de los grandes de España, como en las moradas de la clase media, han sido siempre frecuentísimos—y lo son ahora también—semejantes espectáculos.

De ellos han salido actores eminentes; en ellos dieron las primeras muestras de su talento algunos que después han sido orgullo del arte.

Citemos, sin ir más lejos, á Julián Romea, á quien los aplausos que en la primavera de su vida le tributaron en una escena particular, le indicaron el camino que debía seguir, y en el que encontró pronto la celebridad y la gloria; á Plácida Tablares, difunta esposa de D. Luis de la Escosura, que de resultas de haber representado con aplauso en el antiguo *Liceo Artístico y Literario*, se hizo actriz de la noche á la mañana, y fué una *dama joven* notabilísima; y, en fin, recientemente, el Sr. Díaz de Mendoza, primogénito de los Marqueses de Fontanar, que de aficionado se ha convertido en actor insigne.

Son, pues, «los teatros de aficionados» verdaderas escuelas donde prueban sus aptitudes los que se proponen pisar las tablas.

Muchos fracasan en la empresa y no pasan adelante; otros adquieren la convicción de que deben perseverar en sus propósitos.

Así, para unos es aquello un ensayo; para otros una mera distracción, y desde este punto de vista únicamente vamos á considerarlo.

Porque no puede darse recreo más oportuno, distracción más conveniente, que estudiar las obras de los dramáticos antiguos como de los modernos, y después proporcionar al círculo de sus amigos algunas horas de agradable, de delicioso solaz.

***

No diremos que la sociedad antes mencionada, el *Liceo Artístico y Literario*, fué la creadora de gusto tan propio de un pueblo civilizado; pero sí que lo fomentó de manera poderosa y extraordinaria.

El egregio autor de *El Hombre de mundo*, á igual altura como actor y como poeta, se colocó al frente de aquella compañía inolvidable, en que figuraron, junto á Ventura de la Vega, Joaquina Romea, esposa luego de D. Luis González Bravo; su hermana, D.ª Manuela, que lo fué de D. Cándido Nocedal; D. Joaquín Marraci; el Sr. Arana, pariente muy cercano del Duque de Rivas; el insigne crítico D. Manuel Cañete; D. Manuel de Ojeda, y otras personas igualmente importantes.

El precioso teatro del palacio de Villahermosa—donde se hallaba establecida la referida sociedad—fué honrado diferentes veces con la visita de SS. MM. la reina D.ª Isabel y del rey D. Francisco; y muchos escritores—en el número el que traza estas líneas—le dedicaron composiciones que, en parte, fueron desempeñadas por Teodora Lamadrid, las Chafino, Manuel Catalina y otros artistas de grande y justa reputación.

***

Cuando desapareció el Liceo—por causas de todos sabidas—los que habían tomado parte en sus representaciones pasaron á darlas en otros sitios, y principalmente en la hermosa quinta que en el vecino pueblo de Carabanchel habitaba—durante los veranos—la Condesa viuda del Montijo.

Sus hijas, la Duquesa de Alba y la Condesa de Teba—pues ésta no había marchado todavía á sentarse, al lado de Napoleón III, en el trono imperial de Francia—constituían parte importante de aquella compañía aristocrática, cuyo director era Ventura de la Vega.

El Hombre de mundo fué allí la obra que alcanzó mejor desempeño, interpretada por su propio autor y esclarecidas damas: poco después obtenía igual resultado en la derruida casa de los Duques de Medinaceli, confiada á la hermosa Duquesa, á su hermana la hoy Marquesa de Viana, y, por supuesto, al que enriqueció con aquella joya literaria el repertorio moderno.

***

Fuera larguísima, interminable tarea la de reseñar todos los coliseos particulares donde en tiempos anteriores se ha rendido culto á Talía por altos é ilustres personajes.

El Duque y la Duquesa de Medina de las Torres se distinguieron mucho en él, y á pesar de haber desaparecido entrambos del mundo de los vivos, ha quedado el recuerdo de su habilidad, como en otras esferas el de sus virtudes: lo mismo puede decirse de la Condesa de Vilches, muerta en lo mejor de su vida, y cuyo talento artístico igualaba á su talento social.

En el teatrito de la calle de Atocha trabajaban junto á ella sus hijos D.ª María del Pilar y D. Gonzalo; el Conde de Romrée, la Marquesa de Folleville, la de Caracena, el hoy coronel Baeza, el Marqués de Bogaraya y el Sr. Flores Calderón.

Después de escritos estos nombres es ocioso añadir alabanzas ni encomios.

Una dama cubana, residente largo tiempo entre nosotros, y que nadie ha olvidado—á pesar de haber vuelto hace años á su país natal—la esposa del difunto general Riquelme, llamó la atención no sólo por el modo perfecto como se identificaba con los tipos creados por autores antiguos y modernos, sino también por su gracia y naturalidad.

Llamó á su lado los jóvenes que en aquel entonces brillaban más por su inteligencia y capacidad: las hijas de D. Ignacio José Escobar, Ricardo de la Vega, el Sr. Cárdenas (D. José), Baeza, Cossío, etc., logrando formar un cuadro verdaderamente notable.

Casi simultáneamente organizó otra *troupe* no menos excelente la Duquesa viuda de Híjar, y en su hotel de la calle de Villanueva aparecieron sucesivamente junto á ella la señora de Paz y Membiela, el Sr. Robles, hijo del antiguo empresario del teatro Real, el Conde de Romrée, los señores Vilches, Barranco, Vejarano y Santoyo.

A la par, en casa de la señora Mariátegui del Arco—madre del distinguido diplomático que acaba de recibir el título de Marqués de Alcentares—realizaban prodigios las dos hijas de don Luis González Brabo; el Sr. Ruiz de Arana, esposo de la mayor de ellas; el Sr. García Ortega—padre del que ha acrisolado su mérito como galán joven en el coliseo de la Comedia;—Ricardo de la Vega, el celebrado autor de tantas piezas cómicas; y en fin, algunos más no menos dignos de loa.

Debo á todos gratitud eterna á causa del celo, del interés, de la perfección con que representaron otra de mis producciones, á pesar de luchar con la memoria de los que la estrenaron en el coliseo hoy llamado Español, y antes del Príncipe.

***

Ya es hora de poner término á esta revista de lo pasado y de hablar de lo presente.

Lo presente es el *Teatro Josefina*, inaugurado poco ha en casa del senador del Reino D. Protasio Gómez, y al que han tributado unánimes y ardientes elogios los principales periódicos de nuestra capital.

Establecido con gran lujo, todo es en él de primer orden: á conocidos y famosos artistas de Madrid, al pintor Taberner, al tapicero Friginal, se deben las decoraciones y las obras de ornato: la sala, vasta y espaciosa, tiene butacas iguales á las

de los coliseos públicos; el apuntador es el propio dueño de la casa; los acomodadores son elegantes jóvenes, provistos de lindas medallas indicando su empleo, ejecutadas también por Taberner; por último, el programa y el cartel de la función han sido escritos por Ramos Carrión y Vital Aza, autores de *Zaragüeta*, obra elegida para la inauguración, que resultó brillantísima.

Constituyen la excelente y numerosa compañía del *Teatro Josefina* la Marquesa de Reinosa—quien desempeñó á maravilla el papel creado por la Valverde;—la bella consorte del Sr. D. Tirso Rodríguez, que estaba encargada del desempeñado por la Srta. Pino; la señora de Ajuria era una doña Blasa perfecta, y la preciosa Srta. D.ª Amalia Mosquera, una encantadora criadita.

El Vizconde de los Asilos, los Sres. Peralta, Bosch (D. Pablo), Grotta, Quintero, Esteban y Coll tuvieron á su cargo la parte masculina.

Rara vez se ha visto en un *teatro casero* un cuadro tan armonioso y tan igual; rara vez se ha oído ni por acaso la voz del apuntador; rara vez, por último, se han movido los personajes con tanta naturalidad, diciendo sus respectivos papeles sin dudas ni vacilaciones.

Verdad es que, aparte las disposiciones naturales de todos y de cada uno, han asistido á los ensayos los mismos autores de la preciosa comedia que ha cerca de tres meses atrae y llama la población entera de Madrid y de los pueblos vecinos á la Corredera de San Pablo.

Balbina Valverde y Ramón Rosell presenciaron igualmente uno de los postreros ensayos de la comedia en que han merecido aplausos y ovaciones sin cuento, y además la noche de la primera representación en el precioso coliseo de la Carrera de San Francisco enviaron expresiva y cariñosa felicitación á los que habían seguido tan admirablemente sus huellas.

* * *

Inútil y ocioso sería añadir que si no era de reyes—como en las fiestas teatrales de Fontainebleau en tiempos de Napoleón I—del público que asistió á la del coliseo *Josefina* puede decirse que era de hermosas: tantas y tan notables fueron las que figuraban en los espléndidos y anchurosos salones de los señores de Gómez.

Espéranse con impaciencia otros espectáculos que debe ofrecer en breve la incomparable compañía, que figurará siempre entre las de su género como una de las más perfectas, así por el conjunto como por la interpretación de cada personaje.

En la historia rápida y ligera que acabamos de hacer de los teatros particulares, ocupará siempre alto y distinguido lugar éste, al que presta su nombre una dama muy apreciada y querida entre la sociedad madrileña.

RAMÓN DE NAVARRETE.

EL «ÁID-AS-SAGUIR», Ó PASCUA DE RAMADHÁN.

El estrépito asordante de las espingardas y de los fusiles, disparados con verdadero frenesí y con general desconcierto al aire, en señal de insuperable regocijo; el lúgubre resonar de las trompetas, que desde lo alto de los cuadrados al-minares tocan á cortos intervalos los almuédanos, y el vocerío y el movimiento incesantes de las gentes, anuncian, no de modo totalmente peregrino para nosotros los españoles, la terminación del mes sagrado de Ramadhán, del mes austero del ayuno, de la cuaresma, en fin, entre los musulmanes.

Momento jubiloso es aquél, que por sus formas y accesorios tiene singularísima semejanza con el Sábado de gloria en muchas de las poblaciones de la hermosa Andalucía, en las cuales se conserva, como recuerdo sin duda de la sangre africana que circula por nuestras venas, la bárbara costumbre de disparar al aire los vecinos toda suerte de armas de fuego, ocasionando con frecuencia muy sensibles desgracias inevitables.

El día primero de la luna de *Xagual*—décima del calendario muslímico—es, con efecto, día solemne, en el cual se celebra el *áid-as-saguir*, ó *es-seguir*, según pronuncian los africanos, quienes no se distinguieron nunca por la pureza en hablar el árabe; la *fiesta chica*, que en castellano diríamos, ó el día de *al-fithra* ó de la limosna, que lo es de riguroso precepto, en el cual renacen la animación y la alegría para las ciudades mahometanas, después de la austeridad, más aparente que verdadera, del mes anterior, consagrado todo él al ayuno, á las prácticas devotas, á la contemplación y á los trastornadores ejercicios religiosos.

El espectáculo que en ocasión tal ofrecen las poblaciones islamitas resulta en realidad sorprendente; pues aunque es de precepto ayunar todavía seis días de este mes de *Xagual*, á elección de los devotos, se acabaron los días tristes y sombríos, pasados todos ellos en oración bajo las paralelas naves del templo, misteriosamente iluminadas por el mortecino resplandor de los cirios, los vasos de colores de las pintadas coronas de luz, y el aceite de las lámparas; entre la multitud, abigarrada é informe, de más ó menos fanáticos devotos, encogidos, en extática actitud contemplativa, ó en continuo é incesante movimiento; entre el desconcertado rumor confuso de las oraciones de los fieles, que recitan en tonos diferentes las aleyas ó versículos del Korán, impetrando la misericordia divina; entre la atmósfera pesada y sofocante que se desarrolla forzosamente en el interior de las mezquitas; en la excitación nerviosa, en fin, que produce el ayuno, y que acentúan los lúgubres sones de las trompetas con que cada tarde los almuédanos dan la señal de que es llegada la hora en que pueden los fieles alimentarse.

No más abstinencias enojosas, que dejan silencioso y solitario el *harém*, de quien le tiene, ni más privaciones diurnas, que alteran la salud del menestral y del obrero: la luna nueva, verdaderamente esperada como pan bendito, al desgarrar los cendales obscuros de la noche en que aparece, arroja aquella singular exaltación religiosa en la sima profunda de lo pasado, y trae consigo deslumbrador cortejo de deleites, ya lícitos á plena luz, como recompensa merecida, después de la cuaresma, por los fieles.

Y mientras cada uno, con mano liberal, y según sus recursos, se dispone, antes de que salga el sol, á dar cumplimiento al precepto divino, repartiendo la limosna pascual entre sus hermanos, los necesitados y los menesterosos, limosna que consiste en distribuir entre ellos, á voluntad, y por cada individuo de la familia, media medida de trigo ó de harina, ó una entera de cebada, ó dátiles, ó cosa asemejable, ó su estimación en dinero, apercíbese también, luego de cumplidas las prácticas religiosas, á gozar con no disimulada alegría del *áid-as-saguir*, del placer de la libertad, buscando solaz y esparcimiento en el campo, cuando la estación lo permite, dándose cita en los huertos y en las alquerías de las inmediaciones, y regocijándose allí, cual si se tratara de celebrar algún acontecimiento próspero en cada familia.

Aquel día es de precepto, además, hacer la oración, ó ir á la mezquita para ello, á la hora del alba, que es el *as-saláh* de *asobhí*, y ni el almuédano hace á los cuatro vientos en la cima del alminár su pregón acostumbrado, llamado *al-idzán*, ni tampoco discurre después por entre los fieles, agrupados en el templo, el sirviente que avisa que va á dar principio la oración, pregonando el *al-icamáh* (1). También el ritual varía, pues según la buena doctrina, recogida por el al'aquih de la Aljama de Segovia, don Içe Gebir, y por otros, «el *açala* de *açobhi* son dos *arracaas* (2) con un *açalem*, y se han de hacer con *alhamdu lillehi* (3) y otra *açora* (Sura) públicamente; y en la postrera *arracaa*, antes que [el devoto] se abaxe, diga el *alconút* (4), que es una rrogária que se açe en arabí, y después que lo aya dicho, *arraquese* y asiéntese, y diga *atahietu*, y dé *açalém*» (5).

En el día de *alfithra*, ó *áid-as-saguir*, este *as-saláh* «es de dos *arracaas* públicas con *alhamdu* y *çabihizma* (6), la primera; y antes de la *arracaa* diga [el devoto] siete bezes *Alláh-ua-aqbar*, y después en la segunda lea *alhamdu* y *guaxamçi* (7), y después haga *alhotba*, certificando (creyendo firmemente) en el gualardón de *alfithra* para [los] que la den en pan ó en grano, y que el *alfithra* a de ser ajuntada en un lugar, y repartida por dos buenas personas; y digan otra *alhotba*, nombrando á los de la *açihaba*» (8).

Los mahometanos que siguen la secta de Abú-

(1) Dos son los pregones que para convocar á la oración hacen los almuédanos: el uno, exterior, consiste en vocear lentamente en cada uno de los lados del minarete, según la hora, entre otras, ya la frase: *¡Confesad que Alláh es el más grande! ¡Que no hay otro dios que Alláh, y que Mahoma es el enviado de Alláh!*—ó la de: *¡La as-saláh es mejor que el sueño!* El segundo, que es el *al-icamáh*, en el interior, y se hace repitiendo dentro de la mezquita rápidamente dos veces la convocatoria: *¡Ya comienza la as-saláh!*

(2) La arracaá es cierta postura de la oración (incurvación), en la cual el cuerpo se echa encorvado para adelante, hasta tocar las rodillas con las manos.

(3) ¡Alabado sea Alláh!

(4) Contracción de la frase religiosa, dirigida á Mahoma: «estamos prontos á obedecerte».

(5) *Atahietu* es contracción de otra frase que dice «las alabanzas ó bendiciones sean dadas á Alláh»: el *açalém* es bendición: con el *açalém* terminan todas las frases relativas á Mahoma (*Memorial histórico español*, tomo V, pág 273).

(6) Palabras con que comienza la Sura LXXXVII del Korán.

(7) Comienzo de la Sura XCI del Korán.

(8) *Alhotba*, sermón, arenga; *açihaba*, compañía (*Memorial histórico español*, tomo V, pág. 293).

Hanifa consagran los cinco primeros días del mes de *Xagual* á celebrar la fiesta que llaman «del gran Beirám», ó de la cesación del ayuno; y aunque entre los de la secta Malekí, que son los más, no es la festividad tan solemne, transpórtanla al día diez del mes, y sobre prolongarse las diversiones nocturnas del Ramadhán, que ahora son ya á todas horas, dan muestras de su alegría de cuantos modos pueden.

Circulan por las calles los vendedores ambulantes de confituras y de refrescos voceando sus mercancías, y recorren la población, deteniéndose en cada puerta, para felicitar á los vecinos, las músicas populares, compuestas de dulzaina, platillos, atabales y violines, no de modo distinto que antes, en los días de Pascua, solían entre nosotros las murgas callejeras. En cuadrillas, todo lo más chillonamente ataviadas, discurren las gentes, arrojándose unas á otras esencias y confites, y no faltan los disparos de armas de fuego, que contribuyen á aumentar el estrépito, y que forman, entre los africanos, el obligado de toda fiesta.

Las músicas, los cánticos, los bailes, las comidas en el campo ó en los huertos, el vocerío de los vendedores ambulantes, la agitación de la muchedumbre, los disparos de armas de fuego, las luchas á patadas entre los jóvenes; todo ello es común á las fiestas musulmanas, que se parecen en esto, si bien en la del «gran Beirám» los africanos hanefitas, después de asistir á la *as-saláh* de *asobhí*, como los malequitas, «prometen el perdón de todas las ofensas, y comienzan por besar, en señal de humillación, á sus enemigos, y á los que no lo son», dando dichos besos «en el pescuezo á las personas de igual categoría, y en la frente y manos á los que tienen superioridad, y á los patronos de los esclavos» (1).

Presenta, pues, el *áid-as-saguir* muchos puntos de semejanza con el *áid-al-kibir*, ó fiesta grande, que, dando nombre entre los africanos al dozavo mes de *Dzu-l-hicháh*, se celebra el día 10 con toda pompa y dura cuatro días consecutivos. Llámase «día de *alcorbén*», ó «Pascua de los carneros», ó «de la degüella», y á esta fiesta, que los turcos apellidan «pequeño Beirám», ó á la de *alfithra* en *Xagual*, aluden indudablemente los interesantísimos relieves de la hermosa *Pila de abluciones*, labrada en mármol rojizo veteado de blanco y conservada en Játiva, la cual fué estimada hasta ahora por Bayér, Villanueva y Boix, ya como sepulcro cristiano, ya como pagano, tratando de explicar unos y otros ingeniosamente lo que son y significan relieves semejantes.

Entre ellos se muestran varios que representan expresivamente escenas de una ú otra fiesta; las figuras aparecen con turbantes, vistiendo a'malafos, aljubas y *zaragüelles*, conduciendo carneros en unas partes, en otras tañendo instrumentos de cuerda, tambores y bocinas; cogiendo frutos de los árboles, tomando café, luchando, y demostrando, en fin, según hemos procurado advertir al hacer antes de ahora menuda descripción de este monumento, que es testimonio fehaciente de la cultura conseguida por los musulmanes valencianos en el siglo XII, á que visiblemente corresponde (2), que quiso el artista reflejar allí la alegría de los fieles en una ú otra pascua, pues en ambas la gente se alborozaba de igual suerte y las celebraba de igual manera, según todo parece demostrarlo.

Demás de las ceremonias religiosas, ya notadas, y de otras, no menos propias de la pascua de Ramadhán, ó *áid-as-saguir*—según buena práctica—«fué amado que [los fieles] se esdayunen el día de *alfithra*, sallidos de [la oración de] *açobhí*, y no bengan, quando van á la *xarea* (3), por el lugar que fueron, dando *açadaca* (limosna) á los pobres á menos de *alfithra*, y que benda el pan ó trigo el que de ello tomare cargo, para que mejor sea repartido, y no lo dé á sus deudos, sino á cautivos ó güerfanos, ó para reparo de mezquidas, ó sus semejantes cosas». También deben los muslimes purificarse, y hacer uso «de los perfumes de buenas olores, y ornamentos de las personas, y cassas con bestiduras limpias y onestas en onrra de la Ley y *Çunna*, porque Pascua quiere decir fiesta del cuerpo y del alma». «Es bien en tales días que el hombre haga muchos alimpiamientos..... y probeer y faborecer á güerfanos, biudas y pobres necesitados, y visitar dolientes, y perdonar injurias y agrabios, y pidir perdón á los que tubieredes injuriados y agrabiados» (4).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) Malo de Molina, *Viajes á la Argelia*, pág. 198.

(2) Los lectores que lo desearen pueden consultar dicha descripción en la pág 110 y siguientes de nuestra *Memoria acerca de algunas inscripciones arábigas de España y Portugal*, publicada en 1883 de orden de la Superioridad, y á expensas del *Museo Arqueológico Nacional*.

(3) Calle, plaza, lugar público.

(4) *Mem. hist. esp.*, tomo V, págs. 293 y 294.



¡QUE VUELVAS PRONTO!

CUADRO DE D. GONZALO BILBAO.

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1894.



UNA CENICIENTA.

CUADRO DE Mr. J. BAIL.

LOS PADRES DE FAMILIA.

Divídese la opinión en dos grupos al juzgar esta invención de una Junta de padres de familia que ahora existe en España.

Opinan unos que hemos vuelto á los tiempos de la Inquisición, y que no es compatible con la vida moderna tal manera de intervenir en las costumbres. Estos son los partidarios de la libertad absoluta, de la tolerancia completa, del desarrollo de las costumbres por sí mismas, sin cauce ni dirección.

El grupo opuesto aplaude la invención, celebra la idea y está incondicionalmente al lado de la Junta que vela por las buenas costumbres y quiere á toda costa evitar el escándalo.

Escritor internacional, acostumbrado á dirigir la palabra al público de España y América en los periódicos españoles, ó al público de Europa en los diarios franceses, he sido honrado con varias cartas de corresponsales desconocidos, á quienes agradezco muy de veras su atención. Me incitan unos y otros á que dé mi opinión sobre el asunto. Los hay que me recuerdan mis antecedentes liberales para probarme que debo protestar de tal institución. Los hay, por el contrario, que me animan á coadyuvar al éxito de este nuevo tribunal *sui generis*. Y todos tienen la bondad de preguntarme cuál es mi opinión sobre el asunto.

Elijo las columnas de La Ilustración para responder, porque esta autorizadísima Revista se lee, no sólo en España, sino en todas las Américas, y al hablar en ella se habla con diez y siete naciones á la vez. Además, no teniendo La Ilustración carácter alguno político, no podrán mis opiniones parecer interesadas, dado que en España suele verse intención política en todo.

Para no andar con rodeos ni fraseos preliminares, diré con mi acostumbrada franqueza á los curiosos:

—¿Queréis saber mi opinión sobre la *Junta de padres de familia?*

Pues con declarar que yo soy padre de una familia numerosa, en la cual hay *cuatro* hijas, no puedo por menos de estar conforme con aquellos que á evitar escándalo en la familia se dediquen.

Creo que si esto que se ha inventado en España se aplicara en las grandes capitales de Europa, las costumbres, que cada vez van siendo más libres en los pueblos más civilizados, hallarían moderadores saludables; porque, allí donde no pueden llegar las leyes, allí donde los Gobiernos, sean cuales fueren, no son bastantes á contener el escándalo público, la iniciativa particular es la llamada á poner mano en ello.

Creo además, que estas juntas de padres de familia han sido mal juzgadas ó mal entendidas.

A mi modo de ver, no se proponen corregir á nadie, y si se lo propusieran, se equivocarían de medio á medio, porque la humanidad será siempre la misma. Lo que tratan de evitar, y hacen muy bien, es el *escándalo*. Si á la inmensa masa de los que no tienen hijos, ó á los hijos mismos de padres descuidados, esto les parece reaccionario, antiguo, despótico, inquisitorial, en cambio á la no menos grande masa de padres y madres que hay por el mundo no puede ni debe parecerle mal que un grupo de ciudadanos respetables trate de combatir la excesiva libertad de las costumbres. O hay ó no libertad: ó somos ó no somos todos hombres modernos. Pues si lo somos, con el mismo derecho ejercerán acción pública los que persiguen las malas costumbres, con que lo invocan para pervertirlas aquellos que de palabra, por escrito, en el periódico, en el libro, en el teatro, con la pintura, con el grabado, de cualquier manera que sea, vienen á ingerir en la vida moderna todo género de venenos agradables; del mismo modo que se ha prohibido la venta en París y Londres de la morfina, para evitar el envenenamiento seductor de millones de seres ó dolientes ó afligidos, creo yo que se puede prohibir la propagación de los venenos morales.

Las naciones más liberales han tenido que usar en los últimos tiempos de medidas violentas y antidemocráticas contra ciertas exhibiciones. Á las violencias hasta cierto punto tolerables del Teatro libre de París, sucedieron las monstruosidades del Teatro Moderno, y una noche en que se representó, hace dos años, cierta obra cuyo argumento no se puede explicar aquí, y á pesar de la absoluta libertad que hay en Francia, hubo que suspender la representación y llevar á la cárcel al director Chirac. Lo mismo ha sucedido en el tolerantísimo París con ciertos periódicos que la policía tiene que secuestrar. Todo tiene sus límites, y hay momentos en que la sociedad más descreída siente rubor de sí misma. En Alemania se venden en *las trastiendas* de las librerías las obras de los modernos escritores llamados naturalistas. En Suiza he asistido yo á un teatro donde se representaba cierto *vaudeville*, y el cartel decía: «Se han suprimido en la traducción las escenas y frases indecentes.» No se permite imprimir en los periódicos españoles las interjecciones que deshonrarían á cualquier publicación, y en cambio es lícito en la Plaza de toros, á la que van todas las señoras y señoritas de la mejor sociedad madrileña, decir y vocear todo género de palabras indecentes. En esto no hay lógica, y la educación de familia no puede ser así completa. Más escrupulosos que nadie, los ingleses prohiben la entrada en sus honradísimos hogares á toda publicación que los menores de edad no deban leer. En Rusia, donde la libertad de costumbres, á pesar de la organización autocrática del Estado, es mucho mayor de lo que se cree, no se ven periódicos, libros ni estampas obscenas en ninguna parte. En Berlín no es dado á cierto género de mujeres ir á los cafés y restaurants hasta pasadas las doce de la noche. Quiero probar con esto que en todos los países, desde el más libre al más atrasado, hay ciertas y determinadas medidas contra el escándalo. En España han ideado varios padres de familia dar forma determinada á la lucha que hay que entablar, y han creado esas juntas que me parecen útiles, y estoy persuadido de que antes de tres ó cuatro años copiarán esta institución otros países, porque en todas partes va creciendo el abuso público de tal modo, que forzosamente habrá que formar contra él una verdadera liga.

La humanidad tendrá constantemente vicios: el hombre será siempre el mismo: la Historia, que hoy nos hace saber las monstruosidades de las sociedades antiguas, contará mañana á nuestros sucesores cosas horribles de nosotros: pero en ningún tiempo, desde que el mundo existe, se ha hecho más pública propaganda del vicio que ahora, viniendo á probarse aquello que dijo Chateaubriand, de que la extrema civilización está lindando con la extrema barbarie. Y esto sucede ahora, porque los medios de propaganda han aumentado con espantosa rapidez, porque todo se cuenta, se dice, se imprime, se representa, se pinta ó se graba. Porque la vida es completamente exterior, y los millares de periódicos que en el mundo se publican contribuyen, aun sin quererlo ellos mismos, al escándalo. Y ¡cosa verdaderamente dolorosa! la literatura, que debiera ser en todas las naciones el barómetro de la cultura, va tomando, de algunos años á esta parte, en los pueblos más adelantados, el carácter más violento. A la vez que la ciencia da cada día más gloria á la humanidad prestándola nuevos servicios, las artes y las letras, como si la detestaran, la llevan por el camino del desconsuelo y de la desilusión en todo. Esto podrá parecer reaccionario, pero no es otra cosa que observación pura y simple de lo que ocurre.

En España, como somos exagerados en todo, ponemos empeño en perder nuestro carácter nacional y en imitar, parodiar, servir de una manera vil á las modernas escuelas extranjeras. No sabemos ver que allí donde hay cuarenta millones de habitantes que leen todos, el gusto del público se divide, y para esa literatura moderna, ya sea realista, ó naturalista, ó decadente, ú obscena, hay grupos, masas separadas de lectores. Aquí, en cambio, donde de diez y siete millones de habitantes apenas leen cuatro, esos cuatro lo leen todo, lo bueno, lo malo y lo mediano. En el teatro sucede lo mismo, y en el periodismo igual. A las creaciones puramente españolas han sucedido unas quisicosas que ni son de allá ni de aquí, pero que conservan ante todo el carácter gálico. Como allí hay periódicos con artículos obscenos, hay que hacerlos aquí también, y como allí se publican dibujos increíbles, tenemos nosotros que hacer lo mismo. Ha llegado, por consiguiente, un momento en que unos cuantos ciudadanos se han dicho:—Supuesto que los Gobiernos son, al parecer, impotentes para evitar el escándalo, tratemos de hacer algo nosotros conducente, en lo posible, á tal resultado.—La idea es humanitaria y no tiene nada de reaccionaria. La ley permite ejercer ese derecho como tantos otros. Siendo sinceramente liberal, no puede uno combatir la invención. Lo que sí puede deducirse es, que en los países más liberales, y bajo los Gobiernos más tolerantes, hay que acudir á la iniciativa particular para poner mano en los abusos. Esto es lo verdaderamente desconsolador aquí y en todas partes. Yo creo que la suma tolerancia es lo mejor; pero cuando se da con un país como el nuestro, que en honor de la verdad, se escandaliza con más frecuencia que los demás, tiene que suceder lo que ha sucedido.

Y aun así y todo, vaya quien quiera á los toros una tarde, y si va con sus hijas, ¡ya verá qué cosas oyen y aprenden! De allí ha salido la forma grosera que se nota en España de antiguo en la conversación privada y en la calle y en todas partes.

Eusebio Blasco.

ÚLTIMOS ECOS DE LA ROMERÍA ESPAÑOLA.

La vuelta de los peregrinos.—Beatificación de Fray Diego de Cádiz. Centenarios de Palestrina—Pío IX y casa santa de Loreto en Italia.

Las velas de los vapores de la flota transatlántica han desaparecido, reflejando sus luces en las costas de la riente Cornisa y surcando el estrecho de Bonifacio, mientras los últimos peregrinos, que harán el viaje por tierra, abandonan hoy la Ciudad Eterna, dejando en ella, por su admirable actitud y su fe ardentísima, recuerdo que no se borrará. La tribuna itálica de Montecitorio reproduce los ecos de esas alabanzas, que han sido generales en toda Europa, y el presidente del Consejo, Crispi, respondiendo á las observaciones del diputado Martini, el cual se extrañaba del aparato de precauciones y de fuerzas militares desplegado en el que fué antiguo puerto pontificio, podía decir con razón que esta cruzada pacífica del cristianismo hispano había transcurrido de manera tan satisfactoria para los que en ella tomaron parte, como digna de la civilizada Italia, y que el Gobierno de la Reina Católica había felicitado por ello al del rey Humberto. En tanto que los buenos mercaderes romanos, aun prescindiendo de los israelitas del *Ghetto*, veían con pena alejarse á los que han dejado en Roma más de un millón, principalmente consagrado á medallas, rosarios, cruces, imágenes y otros objetos religiosos, en Civita Vecchia la estancia durante largas horas del más potente de los vapores transatlánticos, el *Buenos Aires*, era cuadro de una escena indescriptible. A los 1.700 romeros que debía devolver á la patria amada, habíanse unido, aparte los jóvenes del Círculo de San Pedro y muchísimos miembros de esta colonia española, cuantos en Roma habían simpatizado con la peregrinación y que quisieron estrechar una última vez la mano á los romeros partiendo para España. El Marqués de Comillas, que ha hecho las cosas de la manera más espléndida, mereciendo con las bendiciones del Pontífice las cariñosas de los romeros, había concedido hospedaje en la hermosa nave á todos los llegados de Roma, de igual manera que al poner la planta en el *Buenos Aires* dijo á los centenares de sus compatriotas, hijos del pueblo, que la llenaban, tuviesen sin distinción de clase por suyo todo el ámbito del dilatado vapor. Sobre su popa y proa veíanse apiñados los jamones, los embutidos, las frutas, las botellas de Jerez y Valdepeñas con otros manjares apetitosos y españoles, que durante el día, pasado en la rada, debían reproducir en realidad las memorables bodas de Camacho, en medio de aplausos, vivas y felicitaciones al gran magnate, que si en el desastre de Santander fué una providencia, en Roma se ha mostrado igualmente padre amoroso de los peregrinos. Las músicas entonadas por guitarras y mandolinas, entrelazándose los cantares religiosos, mezclándose con la jota aragonesa y los populares himnos vascos ó andaluces, no cesaron sino cuando á la oración el pueblo cristiano cantó la Salve, ó al rayar el alba prelados y sacerdotes, que se sucedían sin cesar, celebraron el Santo Sacrificio en los dos altares alzados en la grandiosa nave.

La beatificación de fray Diego de Cádiz sobrepujó á la grandiosa del maestro de Santa Teresa de Jesús. A la ornamentación fastuosa de la Basílica Vaticana habían unido los inteligentes decoradores de los espectáculos religiosos en Roma el grandioso palio ó pabellón que figuró cuando la canonización de los mártires japoneses en 1862, última de las realizadas en la Basílica de San Pedro. Sobre la inmensa arcada que separa la cátedra del Apóstol del altar de la Confesión, en gigantescas letras, iluminadas por luces de gas con colores, resplandecía el nombre de León XIII, Pontífice Máximo. Sobre la cátedra de Pedro, hermosísimo cuadro, obra del artista romano Virginio Monti, dibujaba al beato apóstol de Andalucía subiendo á la gloria celestial en alas de los ángeles, que le tuvieron el amor profesado al joven San Luis Gonzaga, como él perteneciente á nobilísima familia, y cuyas riquezas abandonaba para seguir las huellas del patriarca seráfico de Asís. A los dos lados de la capilla de la cátedra, hermosísimos lienzos, evocando sucesos verdaderamente milagrosos de una vida que se extingue á principios de nuestro siglo. Representa la primera de estas pinturas la admiración y sorpresa de los campesinos de Andalucía, del promovedor de la fe y de doctores delegados por la Sacra Congregación de Ritos, cuando exhumando el cadáver salido de la tumba, por el deseo de nuestro pueblo católico, movido de los recuerdos y virtudes y piedad del protector de los desvalidos, vieron asomar gotas de sangre en un cuerpo sepulto hacía sesenta años. Todavía inspiraba devoción más encantadora el otro lienzo representando á una joven hermana de la Caridad, que desahuciada por los médicos, encuentra una salvación milagrosa acudiendo en sus oraciones á la intercesión de fray Diego de Cádiz, de quien había oído hablar con encomio en su modesto monasterio. Y lo que realzaba este hecho era la presencia en San Pedro de la que mereció ser objeto de este milagro: Adelaida Quirós de Herrera, que anciana ya, pero hermana siempre de la Caridad, había venido con los peregrinos á Roma y sido presentada á León XIII.

La misa de beatificación, que pontifica el Patriarca de Constantinopla, reproduce los mismos rasgos y escenas ya descritas cuando la del beato Juan de Avila; y el general de los Capuchinos, Padre Mauro, presenta aquella tarde al

Santo Padre las ofrendas de rito, entre las cuales predomina preciosísima urna con las reliquias del Beato. Inútil decir de qué inmensa ovación fué objeto el Pontífice al aparecer aquel día en la hermosa Basílica, saliendo de la capilla del Sacramento. El templo estaba obscuro en sus vastísimas naves, ya porque el temporal azotaba la fachada de San Pedro y sus cúpulas gigantescas, ya porque se habían extendido sus inmensos cortinajes para que destacara más la asombrosa iluminación de la Cátedra de San Pedro y el monograma, luciendo como ascua de oro, del Pontífice. Es difícil figurarse la impresión causada en aquel ámbito ocupado por cincuenta mil fieles delirantes de entusiasmo, cuando terminado el *Tantum ergo*, que cantaron las capillas Sixtina y Julia, repitiéndolo la concurrencia toda, entonaron los orfeones tan armónicos de Cataluña, de las Asturias, de la costa cantábrica y de nuestras vascas montañas aquel himno de otra romería famosa, inspiración del sacerdote Sardá y Salvany, en que el pueblo católico de España protesta que ni la fe morirá en nuestra patria, ni los hijos del Padre común de los fieles se separarán jamás de él.

Cuando el *Angelus* sonó en la torre de San Pedro y en las de las trescientas iglesias de Roma, miles de estos peregrinos, sin sufrir la lluvia torrencial que azotaba el monumento egipcio y la columnata del Bramante en la plaza de San Pedro, pudieron dirigirse por la puerta de bronce de los palacios Apostólicos al inmediato *Belvedere*, donde en las dilatadas mesas preparadas para centenares de romeros se reprodujo una escena todavía más bella que la que días antes les ofreció la improvisada visita de los Embajadores de España y de los jefes de la romería. Tocó esta vez á las Princesas romanas, en unión de la Embajadora de España, de la Marquesa de Comillas y de la Duquesa de Bailén, hacer su aparición en aquel inmenso refectorio, donde además de las hermanas de la Caridad, de los jóvenes del Círculo de San Pedro y de los miembros de la Sociedad Operaria Romana, recibían á las damas españolas y romanas una comisión de los pajes de honor de San Luis Gonzaga, que así como venían de ofrecer preciosísimo diploma al principal organizador de la romería española, quisieron presentar delicados ramos de flores á las señoras del patriciado romano y español. Tocó al sobrino del Padre Santo, conde Ricardo Pecci, pronunciar aquella noche el primero de los brindis entusiastas, contestado con elocuencia natural por obreros peregrinos y por ilustres sacerdotes de España, mientras la música de la guardia Suiza entonaba preciosa fantasía de la *Aurora* y el himno pontificio de Pío IX entre aclamaciones atronadoras á León XIII y á la España católica. No menos asombrosa fué la escena del último banquete en el *Belvedere*, que improvisado, merced á la circunstancia de haberse retardado la vuelta á España de los últimos miles de peregrinos, resultó por lo mismo más caluroso en sus manifestaciones de simpatía por lo inesperado. Aquella última asamblea, en que se cambiaron los más amorosos abrazos y cordiales despedidas, resultó de una belleza incomparable.

°°°

¿Qué he de decir de la última misa pontificia celebrada el 24 de Abril? Cuando nadie esperaba otras manifestaciones después de las grandiosas en la primera función papal de San Pedro, León XIII, que no quiere que sean los romeros de Cataluña, de Galicia, de Asturias, de Navarra, de las Provincias Vascongadas y de todo el Norte de España y costa cantábrica de peor condición que los de Castilla, Valencia y Andalucía, sentado en su trono, después de la solemne misa en honor de Fray Diego de Cádiz, da autorización al Cardenal de Sevilla para que le exprese de nuevo los sentimientos de sus amados hijos de España. Su Eminencia Sanz y Forés lo hace en lenguaje digno de Bossuet, y al cual presta más encantadora elocuencia la misma improvisación.

Cuando comenzó el desfile, ante el Solio pontificio, de los numerosos estandartes de los peregrinos y de los centros directivos de las diversas regiones en esta segunda romería representadas, la escena revistió verdaderos caracteres de grandeza y de poesía á la vez. Al lado del trono, con el Cardenal Arzobispo de Sevilla y el Prelado de Barcelona permanentes, se reemplazaban los Arzobispos y Obispos españoles, más numerosos aquel día que nunca, de las varias regiones á que pertenecía la peregrinación. Inmediatos á los Marqueses de Comillas y de Cubas, ostentando sus merecidos grandes collares de Cristo, y de los Embajadores de las naciones Católica, Apostólica y Fidelísima, junto á la Cátedra de San Pedro reunidos, veíamos aparecer, como en la primera misa pontifical, los representantes más modestos de la industria y del trabajo. Un estandarte evocaba la figura de Pelayo orando ante la Virgen de Covadonga, para que protegiese sus empresas. Otro representaba á Nuestra Señora de Monserrat; aquél á San Ignacio de Loyola; uno bellísimo imitaba las redes de los pescadores de San Sebastián, quienes, sobre sus mallas de seda, habían tejido el escudo y el nombre de León XIII. Involuntariamente mi imaginación, retrocediendo algunos días atrás, parangonaba esta escena de los pescadores guipuzcoanos con la de los de Santa Lucía en Nápoles, cuando en una de las funciones de este Jubileo episcopal, tan noblemente cerrado por los peregrinos de España, trajeron las frutas de mar y los peces del golfo napolitano como ofrenda al que es Padre común de los fieles. La emoción fué creciendo al ver en aquella hueste, que se inclinaba para besar la sandalia del Pontífice, á los capitanes, marineros y jóvenes grumetes, algunos pertenecientes á nuestras razas de color africanas y filipinas, que merecieron el honor altísimo de ofrecer sus homenajes personales á León XIII, el cual acariciaba en sus rostros á los más jóvenes y bendecía las frentes de los más curtidos en las tempestades del Océano; pensando bien que si insignes prelados é ilustres españoles habían organizado esta maravillosa romería, á los marinos de la Transatlántica se debía su feliz conducción desde las columnas de Hércules hasta las costas donde desembarcó Eneas, sin que haya que deplorar el más leve accidente en los mares. Hermosísimo espectáculo y momento aquel en que, regresando á través de la Basílica, que cruzó dos veces la silla-trono de León XIII, y al aproximarse á la estatua de San Pedro, la falange de marinos, colocada ante el sepulcro de los Apóstoles, á la voz de sus capitanes, prorrumpió en un viva entusiasta al Padre Santo, yendo á confundirse con las aclamaciones atronadoras, resonando en todas las partes del templo, como si León XIII no supiera separarse de sus hijos queridos y éstos no renunciaran á contemplar al Supremo Pastor.

°°°

Entre las circunstancias dignas de nota aquel día en San Pedro, fué la presencia en la Basílica de las princesas Elvira y Beatriz de Borbón y de Parma. Es preciso reconocer que al satisfacer un deseo legítimo en jóvenes que llevan en sus venas sangre española, que han heredado la piedad de su virtuosa madre la princesa Margarita, y que difícilmente pueden olvidar haberse educado en este Sagrado Corazón de *Trinità di Monti*, lo han hecho con un tacto digno de encomio. Hospedadas por su tía la princesa Massimo, le recomiendan el incógnito hasta el extremo de no hacerse acompañar por la hermana de Luisa de Borbón, ni escoger la tribuna del patriciado romano, confundidas entre los fieles. Cuando con inmenso placer escuchaba de los labios del Pontífice aquella invocación sublime á la paz y á la concordia entre los españoles, con el justo y altísimo elogio de las virtudes excelsas de la reina regente María Cristina, yo, que en mi juventud fuí testimonio de la avanzadísima reconciliación entre las ramas de nuestra familia Real, que de consumarse habría evitado tantas guerras fratricidas, me preguntaba por qué no habían aquellos que más blasonan de católicos de secundar con nobilísima abnegación las paternales aspiraciones del Vicario de Jesucristo.

De las mil anécdotas que á nuestra romería popular se refieren, debo espigar algunas características. Un grupo de obreros, paseando por los jardines del Vaticano, que la bondad del Pontífice ha mantenido abiertos, como sus museos, á la romería hispana, se encuentra con albañiles y carpinteros romanos, que trabajan en agregar un kiosko al Casino que habita algunas horas del día en el estío el Papa, no lejos de la torre atalaya de León X. Entablada cordial conversación, los obreros de España solicitan de los italianos el favor de que les permitan compartir su trabajo, queriendo ellos también, dicen, poner sus manos en la obra de un local que ha de ser descanso y recreo del Padre Santo. Dicho y hecho; y tomando los instrumentos de sus colegas de trabajo, se entregan á su placentera labor. En una de las últimas audiencias pontificias, junto á la inmensidad de objetos religiosos que los peregrinos presentan para ser bendecidos por el Pontífice, aparece, con sorpresa de los altos dignatarios del Palacio, una blanca cabra adornada de flores y cintas, que un peregrino pretende sea bendecida también por su Santidad; y como los monseñores y maestros de ceremonias encontrasen ser esto cosa un tanto extraña, el peregrino explica su pretensión diciendo que aquella *Esmeralda* suministra la leche con que vive una hija enferma, que, merced á ella, va recobrando su salud. El Pontífice no necesita más para poner amorosamente sus manos sobre el lindo animal. Habrá exageración de fe y de misticismo en todo esto; pero confieso que la escena obrera de los jardines del Vaticano me complace mil veces más que las fraternizaciones de los socialistas obreros el 1.º de Mayo y que esas otras demostraciones anárquicas cuyo término son las bombas arrojadas en el Liceo de Barcelona y en la Magdalena de París.

Imposible relatar todos los festejos realizados en honor de los peregrinos de España y las escenas en que se ha mezclado la romería española. Un día las más ilustres damas que forman su corona se presentan en la nueva Basílica de la adoración universal, donde flotara el lábaro de Constantino con que venció á Magencio á orillas del Tíber, haciendo triunfar el cristianismo en Roma, y allí señalarán el sitio donde debe colocarse la bella estatua en mármol de la Virgen patrona de España, en la capilla internacional que, junto á las votivas edificadas por la Emperatriz de Austria, por la reina de Portugal y otras soberanas, tendrá España en el templo consagrado á San Joaquín y á León XIII, merced á un donativo iniciado por la reina María Cristina, la cual figura, con conspicua suma, en las ofrendas que los romanos han depositado á los pies del Padre Santo. No hay noche en que los príncipes de la Iglesia que han sido Nuncios en España, los del patriciado romano, como el príncipe Lancelloti; la Academia de los Arcades, la Unión Católica Italiana, el Círculo Leonino ó el nuevo Instituto Español de San José, en el palacio Altieri, no celebren con asambleas literarias ó armonías musicales esta estancia de los españoles, que ha infundido nueva vida á Roma. Todavía me parece escuchar los ecos deliciosos de la Sala Clementina, en el Vaticano, donde, coincidiendo la romería hispana con el tercer centenario de Luis de Palestrina, quiso el Santo Padre festejar á la vez la memoria del inspirado creador de la música sacra y la presencia en el Vaticano de sus amados hijos de España. No puede imaginarse asamblea más espléndida que la reunida bajo la presidencia del Pontífice en aquella aula, una de las más grandiosas de los palacios apostólicos. Como confieso no haber oído en mi vida, ni en los Conservatorios famosos de París, de Bruselas y de Viena, armonías más sublimes y mejor ejecutadas por un coro de admirables voces, compuestas de los cantores de la Capilla Sixtina y de las otras basílicas de Roma, bajo la dirección de Mustafá, como las *Lamentaciones de Jeremías*, los improperios, los deliciosos madrigales de Palestrina, su *Stabat Mater* y *Credo* llamado del papa Marcelo.

Los pocos romeros que han podido prolongar su estancia en la Ciudad Eterna se preparan á tomar parte en las grandes solemnidades llamadas á conmemorar el primer centenar de Pío IX, que se abre con funciones en Sinigallia, su patria, inaugurándose la capilla del Bautisterio, á su memoria consagrada, y donde, llevado niño de la mano de su madre, el amado Pontífice craba por la libertad de los que en la historia del Pontificado debían ser sus predecesores, los papas Pío VI y Pío VII. Después tocará á Roma, donde su mausoleo-monumento en San Lorenzo ha sido, durante estos quince días de peregrinación, objeto de veneración constante por nuestros romeros, visitando así las memorias del mártir español, como admirando el trabajo en mosaico que representa las más hermosas figuras de la Biblia, y buscando entre las memorias enviadas por casi todas las naciones de la cristiandad los escudos que junto á la tumba de Pío IX simbolizan las diversas diócesis de España. Por último, á mediados de Mayo, siguiendo la senda trazada por el mismo Pontífice apenas fué elevado á la Cátedra de San Pedro, irán á la Casa Santa de la Virgen en Loreto, para iniciar en otro espléndido y sexto centenario su traslación milagrosa á los mares Picenos.

Allí con legiones de fieles de Italia se encontrarán las diputaciones del episcopado de las Galias, viniendo á traer á la Virgen de Nazareth las ofrendas consagradas en *Notre Dame de Paris* y en la nueva catedral de *Montmartre* al iniciarse el mes de María y en las funciones en honor de Juana de Arco. Porque si la perturbación anárquica de los tiempos es grande, poderosa es igualmente la fe y la unción religiosa que se acrecen al finalizar el siglo XIX.

CONDE DE COELLO.

Roma, Mayo 1894.

Á UNA HERMOSA.

SONETO.

Mujer de negros ojos centellantes,
Si quieres disipar la helada bruma
De la tristeza que mi frente abruma,
Ahógame en tus caricias delirantes.
Yo joyas te daré, galas brillantes,
Encajes vaporosos cual la espuma,
Blancas palomas de rizada pluma
Y cuello guarnecido de diamantes.
Que no quieres—me dices cariñosa—
Joyas ni encajes, ni opulentas galas;
Y el corazón me pides con anhelo.
Mi amante corazón es de una diosa
De ojos de luz y refulgentes alas,
Que augusta mora en la mansión del cielo.

MANUEL REINA.

LÁGRIMAS.

Recojo con precaución
Cada lágrima que arrojo,
Y así, cuando las recojo,
Las devuelvo al corazón.
Si ya en tal número son
Que para más no hay lugar,
Las que lograron entrar
Bien encerradas las tengo,
¡Y aun á veces me entretengo
En volverlas á llorar!

RICARDO J. CATARINEU.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Primeras excursiones del buen tiempo: *Isla de Saint-Kilda:* el *Boat cough.*—Ivigtut (Groelandia): la tierra del aluminio: vida de los mineros.—*Fa'avia* (Java): el clima y las costumbres; la vida á domicilio y en público; el *soronga*, la *cabaia*, la *peyjama*, el *a dutch wife*; las *tandaks*.

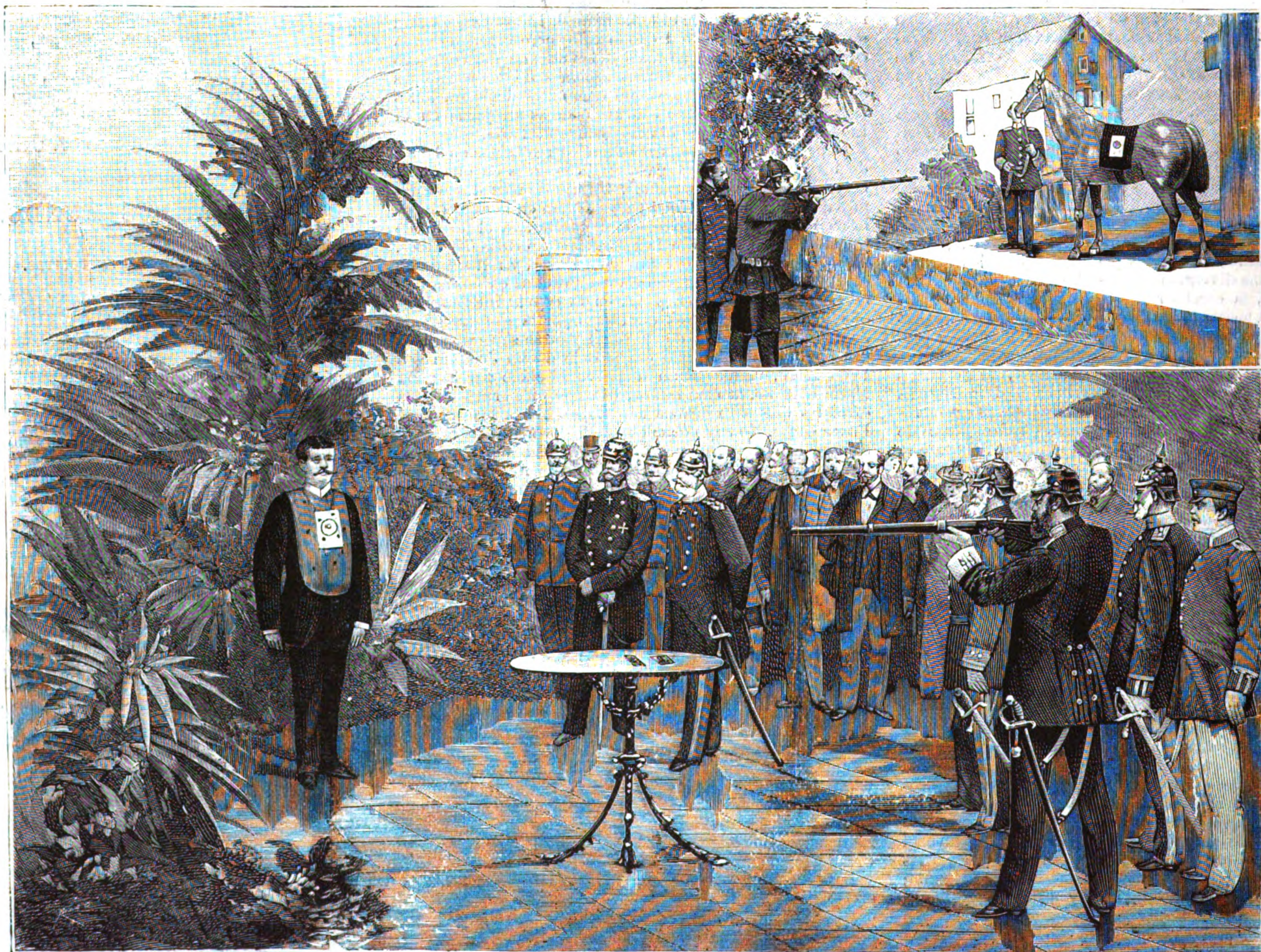
A primera excursión curiosa, casi veraniega, que se ha realizado este año por la gente amiga de andar y ver, ha sido la que varios ingleses y daneses acaban de hacer en el buque *Berrydale* á Saint-Kilda y á Ivigtut, dos rincones glaciales, poco menos que desconocidos de los geógrafos y de los navegantes, y que, sin embargo, ofrecen bastante interés: el uno, por su aislamiento de toda relación con el mundo, y el otro, por su renombre en la producción de un metal muy puesto en moda.

Cuando los expedicionarios, separándose del gran grupo de islas escocesas que constituyen el archipiélago de las Hébridas, dieron vista al islote de Saint Kilda, pudieron advertir que en lo alto de las rocas, que forman la abrupta cortadura, única entrada de semejante tierra, había un numeroso grupo de indígenas que agitaban los brazos y lanzaban amenazadores gritos.

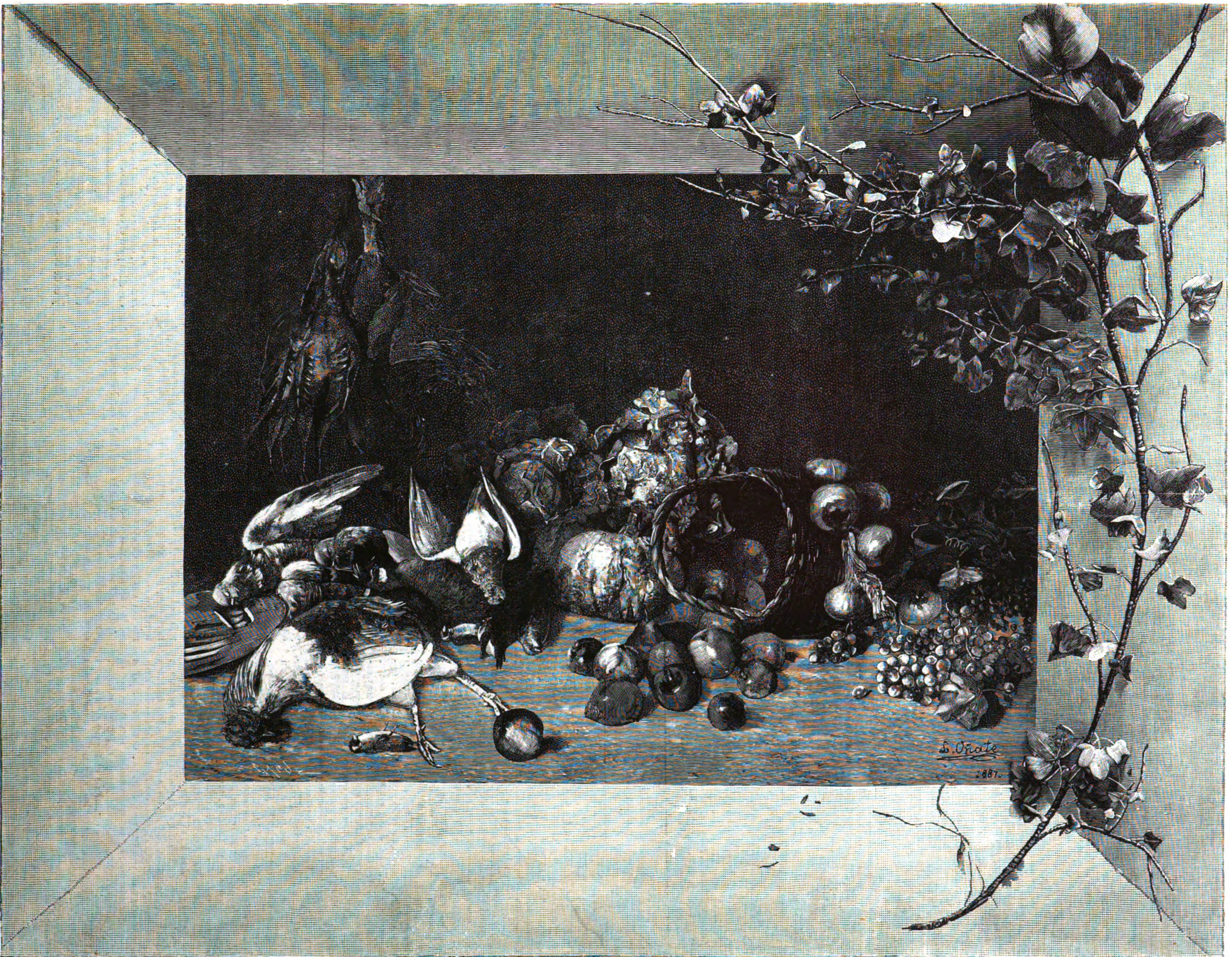
—¡*Boat cough! ¡boat cough!* ¡la peste extranjera! ¡la peste!—decía aquella gente pacífica, que vive ocho meses del año sin luz, sin calor y sin actividad alguna, y que al revolverse de este modo contra la visita de los extraños parecía dispuesta á no dejarles desembarcar. Y así sucedió. Algunos marinos escoceses, que en varias barcas pescadoras pasaron al lado del buque excursionista, les aconsejaron que no trataran de aproximarse al islote, porque corrían seguro riesgo de ser maltratados. Por pura curiosidad, aprovechando la bonanza del tiempo, dieron vuelta á toda la costa, deteniéndose desde bastante distancia á sacar numerosas fotografías de ella, y se largaron luego hacia el Oeste, en pleno Atlántico, por el paralelo 58º, con rumbo á Groelandia. Los kildos celebraron como un verdadero triunfo la desaparición de los importunos visitantes.



EL V. MAESTRO FRAY JUAN DE ÁVILA,
BEATIFICADO POR SU SANTIDAD LEÓN XIII, EL 15 DE ABRIL ÚLTIMO.



ALEMANIA. — PRUEBAS DEL PAÑO-CORAZA «DOWE», VERIFICADAS ANTE OFICIALES SUPERIORES DEL EJÉRCITO, EN EL JARDÍN DE INVIERNO DE BERLÍN.



AVES Y FRUTAS.

CUADRO DE DOÑA LUISA OÑATE.

(De fotografía del sucesor de Laurent.)

¿Qué tierra es esa de Saint-Kilda? ¿Por qué se resisten sus habitantes á recibir á los extranjeros? Al Noroeste de las Hébridas, entre varios solitarios islotes, se alza uno pelado, sin vegetación arborescente, que tiene unos 12 kilómetros de circunferencia, y que es propiedad de un rico escocés, Mr. Mac Leod, quien la adquirió hace algunos años por 75.000 pesetas, y de la cual saca una renta de unas 2.000. Viven en ella cerca de un centenar de habitantes, en veinte ó treinta casas, dedicándose las familias al cultivo de la tierra, y además algunos hombres á los oficios de zapateros, tejedores y sastres, y la mayor parte de las mujeres al cuidado del ganado lanar. La industria de exportación más productiva de la isla es la de las plumas, *fulmars*, de las golondrinas de mar, procelarias ó petreles, como vulgarmente se llaman, palmípedas láridas, muy numerosas en aquellas playas. Hablan los kildos el primitivo lenguaje gaélico ó celta, y no leen otra cosa que la Biblia. Las familias son muy fecundas, pero los individuos poco fuertes, y si á esto se añade el que el 30 por 100 de los niños de menos de un año perecen víctimas del tétanos *(eight days sickness)*, producido sin duda por la alimentación que se les da, de un brebaje compuesto de aceite de hígado de petrel y de vino rancio, se comprenderá que la población puede desarrollarse poco. Ahora bien; lo más curioso de cuanto allí ocurre parece ser que, en cuanto llega á la isla un extranjero, la infesta, produciendo con su presencia una *grippe* especial, el *boat cough*, que se convierte en epidémica inmediatamente, y que ataca de preferencia á los hombres. Sea ó no cierto esto, lo que ocurre es que así lo creen aquellos isleños, y que, fuera del boquete de embarque, donde algunos, muy contados, hacen el comercio, no se da el caso de que hablen, ni se acerquen siquiera á los extraños. De tarde en tarde algún inglés excéntrico se empeña en meterse en Saint-Kilda, ya como médico, ó como sacerdote, ó como generoso distributor de regalos, y entonces, hecha la prueba, pasada la epidemia, que es poco violenta en general, y aclimatados los indígenas á la influencia del forastero, viven, como si tal cosa, en su compañía. Tal ocurrió, por ejemplo, con el pastor presbiteriano Macaulay, tío del famoso publicista inglés, que escribió curiosos recuerdos de aquel tristísimo destierro.

⁂

Así como estos celtas kildos, casi petrificados, cazadores de petreles, no quieren trato con nadie, los daneses de Ivigtut no sueñan en otra cosa que en ser visitados. Ivigtut, la capital del aluminio, está situada en la costa sudoeste de la Groelandia, muy cerca del cabo de la Desolación, en el fjord de Arsuk, pasando el famoso cabo de Farewell. En estos apacibles días de mitad de la primavera, cuando la luz espléndida del día es bastante duradera en aquellas regiones, se hace bien la travesía del Atlántico desde el Norte de Escocia. Pocos días antes que los excursionistas, habían llegado en el buque *Fox* los setenta mineros que todos los años por este tiempo van á Ivigtut desde Copenhague, á explotar, en compañía de otros sesenta compatriotas suyos que allí viven todo el año, los yacimientos de la única mina de *criolita*, fluoruro doble de aluminio y de sodio, que se conoce en el mundo. Por esta circunstancia, y por lo típico y extraño de aquella colonia industrial, la excursión ofrece gran interés. A un tiempo con los mineros suele llegar la flota comercial que generalmente sale desde Filadelfia para aquel puerto, con objeto de cargar el rico mineral. La aproximación á la costa es muy arriesgada, porque las grandes masas flotantes de hielo que arrastran y arremolinan las corrientes del mar, oponen terribles obstáculos á la navegación en aquellas latitudes. Por esta razón, porque el llegar á las playas es muy difícil, y el permanecer en ellas más, y más el salir con el cargamento, los buques que se destinan á este tráfico son de rara construcción, y muy poco parecidos á los ordinarios, porque además de su forma y de su reforzado blindaje de arcos ó nervios entrecruzados que protegen el casco, llevan, defendiendo la proa, una doble armadura saliente de acero, que puede contrarrestar el choque de los hielos y desviarlos. Los esquimales que habitan en las inmediaciones del cabo Farewell, en las vertientes meridionales de la gran cordillera del Aputajuitsok, y en las playas donde recientemente se alzaron las poblaciones de Frederiksdal, Julianehaab y Lichtenan vienen empleando desde tiempo inmemorial la piedra de «hielo infusible», para limpiar, preparar y hacer impútrescibles las pieles de focas que usaban en sus vestidos y tiendas y trineos, y también en el comercio.

Hace ochenta y ocho años (en 1806), llegó á aquellas regiones un alemán llamado Giesecke, al cual le dijeron los esquimales dónde se encontraban los criaderos de esa sustancia, «hielo que no se funde», y que, en efecto, por su color y por su consistencia, parece hielo mezclado con nieve. Llegó Giesecke con sus guías indígenas á las costas inmediatas al fjord de Arsuk, al Norte del cabo de la Desolación, y vió con asombro que aquella rarísima sustancia ocupaba una dilatada superficie en la constitución geológica de aquel suelo. Recogió algunas cantidades para poder averiguar lo que era, y las trajo á Europa, donde analizadas muchos años después, se vió que estaban formadas por el fluoruro doble ya indicado, que la ciencia denomina *criolita*.

Conocido un día por los químicos el medio de aislar el aluminio; estudiadas después las admirables propiedades de este metal, y creciente su fama de utilidad más y más cada día, se decidió el Gobierno danés á explotar aquellos ricos yacimientos. Sobre el terreno en explotación nació el pueblo de Ivigtut, un grupo de casas de madera, donde en el buen tiempo trabajan 130 á 140 obreros, y donde invernan por turno la mitad en los meses en que el trabajo es poco menos que imposible. La explotación se hace á cielo abierto, como las de todos los grandes criaderos minerales. La admirable cantera de *criolita* de Ivigtut ostenta ya una brecha ó socavón de la que se ha extraído una masa de 135 metros de larga por 45 de ancha y 30 de profunda. Los grandes bloques arrancados se dividen en otros pequeños, limpiándolos de las materias extrañas que suelen tener interpuestas, y así preparados en trozos de forma cúbica se dejan caer por un plano inclinado desde los depósitos de arranque á las vagonetas, que los llevan al almacén general del muelle. Allí, más que en otras partes, el agua aparece como el enemigo implacable de los mineros, por la gran cantidad de nieves que se funden y que corren infiltradas por el suelo. Para los desagües funcionan en las minas de Ivigtut poderosas máquinas de vapor. En aquella tierra del hielo arden, pues, durante muchos meses, los hogares de las calderas, y cuando el trabajo se disminuye durante el invierno, no cesa tampoco el fuego, porque se aprovechan todas las horas hábiles para hacer saltar, con barrenos de pólvora y de dinamita, las rocas en que va encajado el yacimiento de *criolita*.

Al frente de los trabajos hay un director-ingeniero, el único habitante de la colonia industrial á quien el Gobierno danés consiente que viva acompañado de su mujer, hijas y criadas, porque los demás, los 130 mineros, no pueden llevar allí sus mujeres, si las tienen, para evitar enredos, celos y calamidades. Tres indígenas hembras, tan feas y repulsivas como es debido, son las únicas que se ocupan de las labores domésticas de toda la colonia. Las provisiones y alimentos de varias clases se envían desde Dinamarca, y para variar, hay un esquimal cazador, encargado de suministrar carne fresca á los mineros; tarea fácil allí, porque la caza abunda tanto, que no hay que andar mucho, ni gastar pólvora alguna, para traer una carga de aves y de otras piezas exquisitas para la mesa. En principios de Octubre, el buque *Fox* hace su último viaje del año para recoger á los mineros á quienes toca volver á su hogar, celebrándose con este motivo una conmovedora despedida entre los que se van y los que se quedan, escena tan triste como hermosa es, en los últimos días del siguiente Abril, la del regreso de los afortunados que han pasado el invierno en Dinamarca, patria y tierra relativamente templada, esplendorosa y paradisíaca, comparada con el destierro de Groelandia, con las soledades de Ivigtut, el país del aluminio. Los excursionistas anglo-daneses del *Berrydale* se proponen publicar un álbum descriptivo de aquellos desconocidos lugares, que seguramente será una verdadera curiosidad para los hombres científicos.

⁂

De un mundo completamente distinto, donde jamás se siente el menor asomo de frío, donde lejos de vestirse las gentes con recias pieles, andan poco menos que desnudas, se han publicado en cambio curiosas descripciones en una originalísima narración novelesca. Titúlase la obra *Max Havelaar*, y se ocupa de la isla de Java, donde su autor, el holandés Eduardo Dakker, ha vivido bastantes años. En aquel vasto y hermoso imperio marítimo de la Malasia, en el que un puñado de holandeses dominan en paz y con creciente progreso y ventura á treinta millones de indígenas, la naturaleza es maravillosa, y de tal modo se impone con su clima al hombre, que en nada, absolutamente en nada, se asemejan la vida y las costumbres de los europeos allí residentes á la que, también obligados por la naturaleza y por el clima, hacen en su patria. El medio en que se habita convida allí al descanso perpetuo, al *dolce far niente*, y para hacer algo, entre los europeos, utilízase la necesidad de aparentar y demostrar que se tiene mucho poder, con objeto de que los indígenas estén siempre asombrados y sumisos. Es decir, que el holandés, señor de Sumatra, Java, Borneo, las Molucas y las Célebes vive dentro de su casa á las mil maravillas, en la más patriarcal y envidiable holganza y sosiego, y fuera de ella, cuando hay que darse á ver, á las mil maravillas también, haciendo de gran señor.

Aquella espléndida tierra que con poquísimo trabajo produce tanto, se cuida y explota por los malayos con arreglo al plan viejo y acertado de Van den Bosch; y á los indígenas también está encomendada la industria rural derivada de la agricultura, que tan ricos productos envía á Europa.

El holandés aplatanado ó no, como nuestros compatriotas en Filipinas, cobra mucho afecto á la tierra malaya, que no tiene para la salud los peligros de la India, y allí se hace labrar su hermosa vivienda. Por si acaso el país no gustara á los funcionarios públicos que van desde Holanda, la ley les ata convenientemente, porque no se concede derecho á retiro ni pensión de Ultramar al que no haya residido veinte años en Java. Hay, pues, allí mucho europeo viejo y aclimatado, que han sabido convertir los pueblos en verdaderos oasis, no índicos, ni malayos, sino adornados y acondicionados con todo el arte y *comfort* de los mejores palacios de Europa.

La capital, Batavia, es, bajo este punto de vista, una joya. En sus hoteles, levantados en largas calles de jardines frondosísimos, se puede contemplar esa doble vida de inercia y regalo doméstico y de ostentación callejera de que he hablado. En cada casa particular, pasados los elegantes vestíbulos, que ostentan paredes esculpidas y suelos de mármol, se hace la vida en el gran patio-jardín, rodeado de hermosas galerías que dan paso á las habitaciones. Allí, tendidos en divanes de suave trama de junco, pasan las horas del día los europeos; ellas, con la ligerísima vaporosa falda única de cerrado tul, que en el lenguaje de la comarca se llama *saronga*, con la ondulante camiseta suelta y sin mangas que es la *cabaia*, y sin más prendas, ni medias siquiera, y sólo calzados los pies con finas zapatillas indígenas; ellos, con su blanca blusa, que baja casi hasta los tobillos, única vestimenta casera masculina, que en la lengua del país se denomina la *pejama*.

Todo el refinado lujo de la decoración y *bibeloterie* de las habitaciones que en Europa se usan, existe allí también; todo se ha impuesto, menos la cama, porque allí sería imposible descansar en las que aquí se usan. La cama en Java es una especie de amplio catafalco de caña, muy labrado y elegante, con escasa ligera ropa superior é inferior, rodeado ó mejor dicho, cubierto por una sólida red-mosquitero, dentro de la cual el que duerme está como en una ratonera. Choca sobremanera esta clase de lecho á los europeos recién llegados, pero mucho más les choca el que, al prepararse á acostar, les diga el criado malayo ó chino:

—Ya está todo arreglado; ¡ahí tiene usted la esposa holandesa, «*a dutch wife!*»

La esposa holandesa no es otra cosa que una almohada tejida en finísima paja, y que no produce en la cabeza, al dormir, la incomodidad y calor que las almohadas de tela.

Todo el abandono y dulce quietismo con que se vive durante el día se convierten en actividad y cumplidos desde que cae la tarde, cuando ya la fresca brisa sucede á los ardores del sol. Entonces, ellas y ellos se atavían á la europea con cuantos refinamientos, pompas y vanidades se ordenan en el último figurín. Al anochecer, la ciudad de Batavia parece un ascua de oro. En los hoteles y en los jardines que les rodean, las gentes de pro reciben á sus amigos y se celebran animadísimas tertulias con todas las más encopetadas ceremonias. En los bulevares circula la juventud elegante, seguida de sus criados javaneses, chinos ó malayos, y ante cada comercio de novedades se forma una verdadera exposición, si no de bellezas, á lo menos de lujo y de riqueza. La luz eléctrica, difundida por todas partes, refleja sus vivos resplandores en los brillantes estucados y mármoles de los edificios, en las líneas del canal y del muelle, en las fugitivas masas de los carruajes aristocráticos y en las múltiples cristalerías de los aparadores del comercio. A las recepciones y fiestas de los holandeses suceden las de los principales indígenas, verdaderos potentados, cuya única aspiración consiste en imitar las grandezas de los europeos y en eclipsarlas con sus despilfarros. Lo mismo el *rahdan* heredero, que los demás príncipes, súbditos tranquilos de la reina de Holanda y de su General-Gobernador residente, contribuyen con su esplendidez á hacer más original y admirable, que lo es por sí misma, la vida de los extranjeros en Batavia. En sus fiestas los bailes de las *tandaks* jóvenes, y en sus cacerías los banquetes y las expediciones al interior, dejan gratísima memoria en cuantos los ven. Las *tandaks* ó bailarinas indígenas, gente de una piel amarilla brillante, lucen en estas fiestas originales atavíos, tiaras cuajadas de hilos de oro y de perlas, aderezos innumerables, cinturones *kambons* con placas de oro, faldas vaporosas y sandalias de seda. Su baile no es baile, ni salto, ni paso; es el onduleo y mecimiento de las bailarinas árabes, multiplicado, incomprensible é indescriptible. El entusiasmo que producen entre los indígenas, es extraordinario, y lo revelan éstos con sus aplausos, exclamaciones, aullidos y contorsiones exageradas. Entre los europeos, la maravillosa agilidad de las *tandaks* produce asombro, pero la danza provocativa no ilusiona, porque aquellas mujeres de color de azafrán, de ojos oblicuos y de cabello lacio, apenas tienen punto alguno común con la belleza. Los poderosos *rahdans* en sus palacios pagan, en cambio, tales habilidades, cuando se encuentran con ellas, en sus *dalems*, regalándolas cuantas baratijas, adornos, perfumes y objetos de relumbrón vende el comercio procedente de Europa ó del archipiélago. ¡Buena vida, la de los flamencos y la de los malayos!

R. Becerro de Bengoa.

GRAN CONCURSO INTERNACIONAL DE BANDAS Y ORFEONES EN PAMPLONA.

El Ayuntamiento de la capital de Navarra ha organizado un gran concurso internacional de orfeones, el cual se verificará en los días 10, 11 y 12 de Julio próximo, es decir, en las fiestas de San Fermín, patrono de la ciudad.

Los ejercicios del concurso constarán de tres partes:

1.ª Lectura á primera vista.
2.ª Ejercicio de ejecución.
3.ª Concurso de honor.

Según la costumbre establecida, el Orfeón Pamplonés no tomará parte en el concurso.

El número de ejecutantes de cada Sociedad no podrá ser inferior á 20 individuos.

El Jurado se compondrá de notabilidades musicales de España y del extranjero, y sus fallos inapelables.—X.

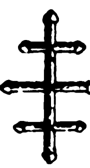
NINON DE LENCLOS

Reíase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto, que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon,** polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artasa, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer.*

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene tambien su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.*—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos.*

JUEGOS DE PRECISIÓN, RULETAS, JUEGOS MECÁNICOS, MESAS DE JUEGOS, BILLARES, UTENSILIOS DE CASINOS, ETC.—Se remite *Catálogo*, franco.
J. A. JOST.—120, rue Oberkampf, París.

COMPAÑÍA COLONIAL
CHOCOLATES Y CAFÉS

La casa que paga mayor contribución industrial en el ramo, y fabrica **9.000 kilos** de chocolate al día.—**38 medallas de oro** y altas recompensas industriales.

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20, MADRID

Ultima producção
Perfumaria IXORA
Ed. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete..............	de IXORA
Essencia..............	de IXORA
Agua de Toucador.....	de IXORA
Pommada..............	de IXORA
Oleo para os cabellos.......	de IXORA
Pós de Arroz..........	de IXORA
Cosmético............	de IXORA
Vinagre de Toucador..	de IXORA

PÂTE DENTIFRICE GLYCÉRINE
Basta usarla una vez para adoptarla
GELLÉ FRÈRES
6, Avenue de l'Opéra
PARIS

25 AÑOS DE EXITO

PARA PEDIDOS
DIRIGIRSE AL
Sr. D. RAFAEL ROMERO
DE JEREZ DE LA FRONTERA
ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO

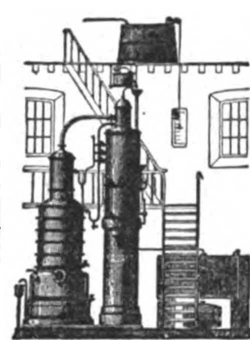
ENRIQUE NESTLÉ
VEVEY SUIZA
HARINA LACTEADA
NESTLÉ
Marca registrada
ALIMENTO PARA LOS NIÑOS DE CORTA EDAD

RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES
MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA
DE JEREZ DE LA FRONTERA
Sr. D. RAFAEL ROMERO
DIRIGIRSE AL
PARA PEDIDOS

SE VENDE EN LAS FARMACIAS
DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

ALAMBIQUES



Espíritus á 40° Cartier
SIN REPASAR
EGROT
Cab.° de la Legión de Honor
EXPOSICION UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

Toda persona cambiando ó vendiendo sellos de correo, recibirá, si lo pide, su precio corriente y el **DIARIO ILUSTRADO DE SELLOS DE CORREO,** gratuitamente. Sellos de correo auténticos, á precios módicos.
E. HAYN, BERLÍN, N. 24.

DENTIFRICOS de RIGAUD y Cía
Proveedores de la Real Casa de España

CREMA DENTIFRICA de RIGAUD

Humedecida por el agua, forma un mucilago untuoso muy agradable, limpia los dientes con la suavidad de un lienzo flexible dándoles la blancura del marfil, y los preserva del sarro y de la cáries.

DENTORINA RIGAUD

Elixir que se emplea al mismo tiempo que la ***Crema*** y perfumando deliciosamente la boca, refresca el aliento, y activa la circulación en las encias dándoles el color sonrosado natural á la salud.

Depósito en ***Paris, 8, rue Vivienne,*** y en las Perfumerías de España y América.

Los Polvos de Arroz PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION DE
E. COUDRAY
PERFUMISTA, 18, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

El Gran Descubrimiento del Siglo
EL ELÍXIR GODINEAU es el único remedio
(*sin peligro alguno*) contra la **Impotencia.** Curación de los **Anémicos**, de los **Extenuados**, etc.
REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA

Administración del **ELÍXIR GODINEAU** en **PARIS, 7,** *Rue Saint-Lazare.*
FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO Á QUIEN LO PIDA
El ELIXIR GODINEAU se encuentra en **Madrid**: en Casa de los Sucesores de MORENO MIQUEL, *Arenal 2*; — **Barcelona**: SALVADOR ALSINA, *Pasaje del Crédito, 4*; FORMIGUERA y Cía, *Tallers, 22.*
en ***Zaragoza***: Droguería C. GALINO (*D. Jaime 1º, Nº 19*).

40 Médicos de los Hospitales de Paris han comprobado la poderosa eficacia de los pectorales de **Nafé**	*Pasta y Jarabe* de **Nafé** de DELANGRENIER PARIS 53, Rue Vivienne — *Venta en todas las Farmacias del mundo.*	CONTRA: *Resfriados Gripe Influenza* Bronquitis *Coqueluche* Irritaciones *del Pecho y de la Garganta*

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero
La VELOUTINE
Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por **CH^les FAY,** Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

No padecerá enfermedades en la
BOCA
ni dolor de muelas el que use el elíxir
MENTHOLINA
que prepara el *Dr. Andreu.*
Su uso emblanquece la dentadura aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las **ENCÍAS.**
La mentholina en polvo usada con el elixir aumenta la blancura de los dientes.

SIROP FLON
LENITIVO PECTORAL, cura **IRRITACIONES** de los **BRONQUIOS, TOS, CONSTIPADOS, CATARROS.**
En todas las Farmacias y en Paris, 2, rue de la Tacherie.

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

L'ANTI BOLBOS
no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris.* Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumeria Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evítense cuidadosamente las falsificaciones.

El VINO de PEPTONA CATILLON
***restablece** las **fuerzas**, el **apetito**, las **digestiones**; es el **mejor reconstituyente** de los **niños, ancianos, convalecientes** y de los **enfermos** del*
ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones mas ó menos activas.

Exíjase la **PEPTONA CATILLON,** la única citada en el Boletin de la Academia de Medicina de Paris, adoptada en los Hospitales de Paris y de la Marina.
MEDALLA EXPOSIC. UNIVERS. 1889
3, Boul^d St-Martin, PARIS y buenas Farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.

POMADA TANICA
ROSADA para devolver á los *Cabellos blancos su color primitivo.* **FILLIOL.** *53, r. Lafayette, Paris.*

PUREZA DEL CUTIS
Frasco: 5 fr. en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 26

OBRAS POETICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE
DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos............	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo........	2
Fray Juan..............................	1
La Niña de Gómez-Arias..................	1
Alegría (Canto I)........................	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar.........................	1
La Venganza............................	1
Fernando de Laredo.....................	1
El Último beso..........................	1
El Capitán García.......................	1
Mis Amores.............................	1
La Velada...............................	1
El Año campestre........................	1

EL SOL DE INVIERNO
POR
DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Preciosa novela original, con interesante argumento, cuadros de costumbres familiares, episodios muy dramáticos, y brillando en todo el libro la más profunda moralidad.

Un volumen en 8.° mayor francés, que se vende, á 4 pesetas, en la Administración de este periódico, Madrid, calle de Alcalá, núm. 23.

LEVADURA de CERVEZA
Inalterabilidad garantizada, especial para la exportacion, la marina, las fábricas de cerveza, las panaderías, las pastelerías y la destilación de todos los productos alcohólicos.
L. Tröster, 25, rue Crozatier, Paris

F. DUBALEN. **Barnices superiores** para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Vernissées.**—**Fábrica en Aubervilliers,** *cerca de París.*

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Anuario de las Minas y Fábricas *Metalúrgicas de España*. Comprende este importante libro, que acaba de publicar la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*, en su parte *técnica*, los servicios industriales del Estado; los ingenieros ocupados en minas ó en fábricas y talleres, é interesantes informaciones referentes á minas, fábricas y ferrocarriles de España, con un avance estadístico-minero de 1893; en la parte *industrial*, listas alfabéticas de las sociedades mineras y metalúrgicas; de los mineros; de las minas principales de España y de las asociaciones industriales; y en la parte *comercial*, los Aranceles español, francés y alemán de Aduanas; los Tratados de Comercio de España con Noruega, Países Bajos, Portugal, Suecia y Suiza, y una detallada reseña de las industrias relacionadas con la minería. Véndese este interesante *Anuario* á 10 pesetas en la Administración de la *Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*, calle de Villalar, 3, Madrid.

Crepusculares, por Emilia Calé, con un artículo de Victorino Novo.

La señora Calé, notable poetisa, da buena muestra de su valer en este tomo, en el que hay algunas composiciones muy sentidas é inspiradas. Forma parte la obra de la *Biblioteca Gallega*, y cuesta 2 pesetas.

Guerra hispano-lusitana, por Benito F. Alonso, cronista de la provincia de Orense.

Contiene este libro muy completas noticias del papel que tuvo la provincia de Orense en la guerra de la Independencia y separación de Portugal, y después en la de Sucesión. Ambas son de mucho interés, pero singularmente la primera, tan mal estudiada en lo militar como en lo político, debiendo haberlo sido más que ninguna otra de las que en la Península han ocurrido. El principal teatro de las operaciones militares fué la frontera de Extremadura; pero hubo ocasiones en que, olvidando el desatentado Gobierno de Madrid ser ésta la parte vulnerable y verdadera entrada de Portugal, reunió el mayor golpe de tropas en la frontera de Traz-os-Montes y Miño. Otras veces cayó en el extremo contrario, dejándola completamente desguarnecida, y en todo obró con singular desacierto.

El Sr. Alonso refiere sucesos casi olvidados ocurridos en Galicia, algunos muy honrosos para las armas españolas. Su obra, premiada en el Certamen de la Coruña el año 1890 y costeada por la Diputación provincial de Orense, nos ha parecido muy interesante.

Manual para la recepción de terrenos de aprovechamiento común, por D. Juan Montero y Daza.

Obra muy útil para ilustrar la materia que trata, y que seguramente consultarán con provecho los Ayuntamientos.

La acción particular en el movimiento pedagógico de la España contemporánea. Recomendación al Ateneo y al Fomento de las Artes de Madrid, por Rafael María de Labra.

Hemos recibido un ejemplar de este folletito.

Hojarasca, por Ricardo Fernández Guardia.

Consta este libro de diez cuentos, algunos de los cuales podrían llamarse novelitas: en todos ellos muestra el autor muy buenas dotes literarias.

Maneja con facilidad el castellano, describe bien y logra interesar casi siempre.

Hojarasca está muy bien impreso, en San José de Costa Rica.

G. R.



«REGENTE II»,

CABALLO DE LA GANADERÍA DE D. BALTASAR HIDALGO (MEDINA SIDONIA).

Adquirido recientemente por el Real patrimonio para semental de silla.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XIX.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Mayo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de Amér.ca y Asia	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



MINUÉ INFANTIL.

CUADRO DE D. JOAQUÍN ARAUJO.

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica general, por D. José Fernández Bremón. — Nuestros grabados, por D. G. Reparaz. — San Marcos de León, por D. Ramón A. de la Braña. — Un sabio mal empleado, por D. Carlos Frontaura. — La mujer sabia, por D. Luis Calvo y Revilla. — Mayo, soneto, por D. Manuel Reina. — Á Eduardo Vincenti, poesía, por D. José Jackson Veyan. — Dos rayos, poesía, por D. Rafael Ochoa. Fantasía musical sobre motivos..... desagradables, por D. Eladio de Lezama. — Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa. — Rectificación. — Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R. — Sueltos. — Anuncios.

GRABADOS. — Bellas Artes: *Minué infantil*, cuadro de D. Joaquín Araujo. — *En el mes de las flores*, cuadro de Geoffroy. — Tipos y costumbres andaluces: *Un patio de Córdoba*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas. — Retrato del V. Fray Diego José de Cádiz, insigne predicador y escritor. — Menton (Francia): La *villa Cyrnos*, recientemente construida en Cabo Martín para la ex emperatriz Eugenia. — León: Fachada principal del ex convento de San Marcos. — Retrato del Ilmo. Sr. D. Germán Hernández Amores. — Madrid: Espectáculo científico del Sr. Pertierra. La sala del fonógrafo Edison. — *Cuentos fantásticos para niños*, escritos por los Hijos de Grimm, é ilustrados por Grot Johann: muestra de los grabados de esta obra.

CRÓNICA GENERAL.

Por dónde va usted á empezar esta Crónica?

—No lo sé; á veces los sucesos se atropellan, impidiéndose los unos á los otros sacar la cabeza. Y en verdad que ignoro hacia dónde volver la mía. Por un lado, la situación arancelaria que se ha producido entre España y Alemania á causa de haber expirado el plazo para la ratificación del tratado, llama mi atención; por otro, no puede serme indiferente la ruptura de relaciones entre el Gobierno del Brasil y el de Portugal; y aunque de ningún modo intervenga ni quiera intervenir en cuestiones jurídicas, de buena gana lamentaría la intervención de la prensa en las sentencias de los tribunales de justicia, que considero perjudicial y perturbadora: una cosa es que consagren sus secciones á la criminalidad, que es al fin y al cabo uno de los elementos que despiertan el interés de las gentes y aun ocupan parte no pequeña en la historia de los pueblos, y otra que se constituyan en fiscalizadores de los que ejercen las funciones de juzgar en la forma establecida por la ley.

—Empiece usted, como alguna otra vez, por lo más triste: la ejecución del anarquista Henry en París y la de los otros seis en Barcelona.

—No sé si es conveniente contribuir á la celebridad de esas gentes alucinadas por falsas ideas, que les conducen á un término desastroso: á mi entender, no son víctimas de una idea, sino casos patológicos de una sociedad perturbada en sus fundamentos morales.

—¿No han tenido nuestras tropas un encuentro victorioso con los moros de Mindanao? Hable usted de eso.

—Se podría escribir un libro, y se han escrito algunos, acerca de nuestras guerras con esa gente. ¿Pero no he hecho una enumeración bastante extensa de los asuntos que podría tratar y que llenarían cada uno mi Crónica? Y eso que no he llegado todavía al más ruidoso.

—Le adivino: la recepción del Sr. Echegaray en la Academia de la Lengua, su discurso y la contestación de don Emilio Castelar.

—En efecto, á eso me refería: la entrada del Sr. Echegaray en la Española se había retrasado mucho por ocupaciones de su padrino de Academia, pues no es posible atribuir á pereza ni indiferencia de nuestro ilustre colaborador, que tan á menudo, y por una necesidad que le honra, llena las páginas de la prensa española y extranjera con sus brillantes producciones, y que ha hecho al fin del Sr. Echegaray un elogio tan completo. La popularidad del famoso dramaturgo daba á su recepción muchos alicientes, y los periódicos le dedicaron páginas enteras. ¿Qué puedo añadir, después de tanto como se ha escrito? Si los diarios se limitaron á copiar párrafos de uno y otro discurso, ¿puedo compendiar en una Crónica general lo que ellos con espacio mayor no pudieron extractar? Uno y otro académico son grandes oradores; estaban al leer sus discursos en terreno propio, y no podían menos de producir efecto en sus oyentes.

—¿Leyó usted cómo trataba á los críticos el Sr. Echegaray?

—¿Y quién de los que han padecido bajo su poder no lo habrá leído? Pero convengamos en que el Sr. Echegaray no es de los que deban estar más quejosos, pues si algunos le han combatido con exceso, la mayor parte le han ensalzado con entusiasmo: no creemos que desde los tiempos de Homero se haya dicho de ningún poeta lo que estampó el suprimido *Heraldo* al día siguiente de un estreno: «Echegaray es Dios»; frase que, aunque parece una blasfemia, no era tal en su intención, sino un arranque de admiración hacia su genio de orador, de matemático, de dramaturgo, de hombre político y de ciencia, y de tan múltiples facultades, que, en realidad, debían infundir asombro. Pero ¿es que el Sr. Echegaray desahogó su pecho contra los críticos injustamente? Nada de eso: su claro entendimiento le ha hecho comprender exactamente los vicios de que adolecen algunos de ellos, que no siempre se toman la molestia de estudiar lo que juzgan, y distribuyen los elogios y las censuras con una falta de proporción y medida incomprensibles. Además, no suelen tener ellos la culpa, sino la época de confusión en que vivimos, y el distinto modo de considerar y explicarse el arte y la belleza.

—En resumen, ¿qué tienen de notable esos discursos?

—Primero: el ser de quienes son: su elocuencia; la importancia de expresarse en el uno el amplio criterio estético del Sr. Echegaray, que vuelve por los fueros de la libertad del pensamiento en la producción artística, y, admitiendo todos los géneros, afirma la superioridad de lo ideal. Y el retrato y estudio del talento y la figura intelectual de D. José Echegaray, trazada por la fantasía del gran tribuno D. Emilio Castelar. Pero me extiendo demasiado y no puedo tratar otros asuntos.

—¿Aun hay más?

—Desde luego tengo que dar gracias á los autores de dos libros que han llegado á mi poder. Del uno, folleto escrito en francés por el Sr. Rodríguez Merino, sólo puedo en conciencia citar el título: *Nouveau montage du central telephonique, suprimant les piles chez les abonnés.* Trata de un asunto técnico que desconozco, pero que anuncio para conocimiento de las personas competentes. En cuanto al otro, necesitaría para examinarle declararme crítico, y Dios me libre de ello después del discurso del Sr. Echegaray: es una *Colección de composiciones*, en verso, del poeta y autor cómico don José López Silva, madrileño por naturaleza civil y literaria: habla en verso el idioma de los chulos con mucha gracia y propiedad, á lo D. Ramón de la Cruz; conoce y pinta sus costumbres, sus amores, sus riñas, y esa gravedad cómica de la gente *crúa*, como pocos. Y sólo encuentro al libro un inconveniente para recomendarlo á los padres de familia, y que condensa Ricardo Vega en el prólogo del libro en la siguiente estrofa:

Pintáis los chulapos y mozas de suerte
Que tienen por sello la misma verdad;
Algún chistecillo paréceme fuerte,
Mas yo nunca en esto seré autoridad.

⁂

Un motín en el centro de Madrid el 26 de Marzo; un pronunciamiento militar en la plaza Mayor el 7 de Mayo; fusilamientos y conflictos internacionales: no era año el de 1848 para Exposiciones de pinturas. Verificábanse entonces anualmente en el local de la Academia de San Fernando, y aquel año exponían dos copias la reina D.ª Isabel y su madre D.ª María Cristina, como para dar consideración al arte con su ejemplo. Era D. Federico Madrazo el artista más popular, y los personajes más importantes de aquel tiempo se disputaban el ser retratados por su pincel. En el citado año aparece por primera vez en una revista de artes del *Semanario Pintoresco* el nombre de un pintor antes desconocido. «Un cuadrito de D. Germán Hernández, que representa á *Jesús y la Samaritana*, dice el crítico M. S., manifiesta en su autor, nuevo en la palestra artística, las más aventajadas disposiciones. Las figuras son de muy buen estilo, y de un carácter perfectamente adecuado al asunto; los ropajes tienen mucha elegancia y cierta sencillez y compostura antiguas. Damos cordialmente el parabién al señor Hernández por su feliz ensayo.» Han pasado cuarenta y seis años, y podemos escribir el epílogo de la historia del artista con un telegrama de Murcia, su patria: «Ha fallecido casi repentinamente el célebre pintor D. Germán Hernández Amores; han asistido á su entierro las personas principales y todos los artistas; iba su féretro cubierto de coronas.» Entre estos dos sueltos media una vida de lucha y de trabajo: oposiciones, viajes al extranjero, medallas, un profesorado artístico, discursos de apertura de clases y académicos, y una producción pictórica considerable, que pueden hallar detallada los curiosos en el *Diccionario de Artistas españoles del siglo XIX*, escrito por Ossorio y Bernard, aunque no se incluye en éste su colaboración en las pinturas del templo de San Francisco, de tan puro carácter arqueológico, y demás trabajos de los diez últimos años. Clasifiquen los críticos de artes el talento y las obras de D. Germán Hernández; el que esto firma no se atreve á juzgar á un maestro que practicaba su arte con arreglo á convencimientos estéticos que razonaba y defendía con calor. Escritos deja sus pensamientos en cuartillas sueltas que podrían constituir un libro interesante, y la muerte le ha impedido desarrollar otros que se proponía escribir.

En su estudio de la calle de Sagasta había, además de los cuadros y objetos de arte que adornan los de casi todos los pintores, una magnífica librería adquirida principalmente en Italia: era, además de artista, un hombre cultísimo, y un escritor de mucho fondo: no buscaba sus ideales en las innovaciones azarosas, sino en el culto de la belleza eterna, que era su aspiración. Su espíritu, profundamente religioso, tendía á ese misticismo despreciador de la vida, que remontándose á las alturas, concluye por decir: vanidad de vanidades y todo vanidad. Y de tal modo le dominaba esta idea, que casi carecía de ese aprecio que todo artista tiene á sus trabajos, prefiriendo á ellos las ideas que de vez en cuando estampaba en el papel. Más de una vez, recordando los difíciles principios de su carrera artística, nos prometió escribir las principales impresiones de su vida; pero Dios no se lo ha permitido. La última vez que nos vimos se despidió con la intención de empezar esa tarea: pasaron muchos días, esos intervalos que en Madrid no extrañan á los amigos y parientes que dejan de verse, y los periódicos nos dieron con sus telegramas la triste noticia de su fallecimiento. Descanse en paz el artista murciano, el hombre ilustradísimo y honrado, el profundo pensador.

El día 19 todos los periódicos de la tarde, entre líneas enlutadas, dedicaban sueltos necrológicos á la memoria de D. Ramón Rodríguez Correa, el autor de *Rosas y Perros*, novela sentimental y delicada, el célebre gacetillero de *El Contemporáneo*, el coleccionador de las poesías de Bécquer, el ocurrente y graciosísimo comentador de todas las noticias madrileñas, hace muchos años. Rara vez escribía desde que abandonó la prensa; pero su ingenio finísimo jamás dejó de producir y derramar epigramas en la conversación, amena siempre y original. ¿Por qué no escribía? Daba una razón que tiene peso: «Porque escribir en España es como instalar una sastrería en el Congo.» Rodríguez Correa era cubano: discutiendo con sus correligionarios los moderados, comprendió que era conservador únicamente, y las vicisitudes de la política le condujeron al campo de Alcolea con Ayala; ocupó durante la revolución algunas Direcciones, y, por último, un puesto en el Consejo de Estado, y creemos que fueron sus últimos trabajos literarios dos cuentos que publicó en *El Liberal*. Entre las buenas cualidades de D. Ramón Rodríguez Correa se podía contar la benevolencia con que juzgaba á sus compañeros de letras, y el calor, raro en estos tiempos, con que les prodigaba elogios en todos sus aciertos, sin hacerlo para humillar con sus comparaciones á otros menos afortunados: tenía, además, un juicio recto y seguro y buen gusto, cada vez más escaso en nuestros tiempos. Su réplica era viva y oportuna; sus chanzas y expresiones felices, inagotables, y su buen humor, continuo. Madrid ha perdido con él uno de esos tipos salientes y simpáticos que sazonaban con sus sales la insípida y aburrida vida cortesana, donde todos parece que se han propuesto por único objeto molestar al prójimo y hacerle intolerable la existencia. No es fácil la sustitución de aquel derrochador de ingenio.

⁂

El Círculo de Bellas Artes ha abierto su Exposición artística en el palacio de la Biblioteca. Los que fuimos socios fundadores de ese centro asistimos con interés á todas sus manifestaciones de vida, y la presente es de las más animadas y simpáticas. Hay dos exposiciones en una: los cuadros que presenta cada pintor y que constan en el Catálogo con sus precios, y los que se han remitido para la rifa, que tiene el noble objeto de erigir una estatua á D. Diego Velázquez. Lo espacioso de las salas, lo bien dispuesto de la instalación y muchos cuadros primorosos en una colección numerosa y digna de estudio atraen bastante concurrencia. Aunque fuéramos inteligentes, no señalaríamos entre las obras expuestas las que nos parecen mejor; en estas Exposiciones libres el público es el único juez, porque de otro modo hubiera el Círculo adjudicado premios como en los certámenes oficiales: es además frecuente que, al par de ciertos cuadros de mérito muy reconocido, cada crítico cite con preferencia, por compromiso ó benevolencia, á sus amigos, omitiendo otros que lo merecerían, por no haberlos visto bien ó comprendido en todo su valor: acudan los aficionados, y juzguen según sus gustos, libres de toda prevención.

⁂

(Histórico.)

—No se puede tener tantos amigos—dice Fulano.

—¿Por qué?

—Porque dan mucho que hacer. Hoy he tenido que asistir á tres entierros.

—¿Y cómo se las arregló usted?

—Á fuerza de propinas al cochero. A las diez acompañé á la suegra de Pérez hasta la puerta de Alcalá; á las once al hijo de Fernando, y á las doce al hermano de Toribio. Y, es claro, con la precipitación de acudir á tres entierros no he podido *disfrutar* de ninguno.

—Miá qué paletos, Mosca.

—Déjalos, que este año traen malas pulgas: el otro día hicieron correr unos á tres ó cuatro chulos.

—Pues antes se dejaban embromar.

—Eso sucedía antiguamente; pero ahora el que se las hace se las paga. Nada, chico, que se acaban todas las diversiones gratuitas.

La criada se hace una fotografía, y se la enseña á su ama.

—¿Estoy propia en este retrato, señorita?

—¡Ya lo creo! parece en esta fotografía que me está usted sisando.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Minué infantil, cuadro de D. Joaquín Araujo. — *En el mes de las flores*, cuadro de Geoffroy. — Tipos y costumbres andaluces: *Un patio de Córdoba*, composición y dibujo del Sr. Díaz Huertas.

Rendimos hoy nuevo testimonio de admiración y cariño al laureado artista Joaquín Araujo, que fué nuestro colaborador y amigo, á la par que uno de los pintores y dibujantes más notables y más castizos de nuestro tiempo. *Minué infantil* (véase la plana primera de este número) es, según dijimos en los apuntes biográficos que hace poco publicamos, una prueba brillante del inmenso poder de asimilación de Araujo. Aquellas caras y aquellas actitudes son tan inglesas, que nadie las creería pintadas por un español.

Y menos por un español que se preciaba de serlo, y que lo era con toda el alma.

Compréndese, mirando el cuadro de Geoffroy que publicamos en la página 313, á lo que van aquellos niños tan contentos, á la par que tan serios. Van á felicitar al abuelo por su cumpleaños, y uno repasa, por centésima vez, los versos con que ha de saludarle. Los demás han pasado toda la mañana en el jardín cogiendo flores para componer aquellos ramilletes, procurando llevar cada uno el más hermoso y el mayor. Como estamos en Mayo, la tarea ha sido fácil, y de este modo se han unido, en agradabilísimo conjunto, la primavera del año y la de la vida.

Si Córdoba no es ya la más populosa y rica ciudad de la Península, como en los tiempos en que era corte de los Ommiadas, sigue siendo singular por la suavidad del clima, pureza del cielo y comodidad de la vida, allí exenta de ese bullicio y ansia de gozar que tan desagradable hace la existencia en las grandes capitales.

Allí vívese plácidamente, discurriendo los días con una agradable lentitud y uniformidad. Nada hay tan hermoso como una tarde cordobesa de verano, cuando va bajando el sol y sus rayos ya no queman. Desperézase el cuerpo, y tras el profundo reposo de la siesta, sálese en busca de aire puro y fresco á cualquiera de los frondosos paseos de la ciudad hasta que llega la noche, allí siempre estrellada y espléndida.

Verdad es que las casas parecen hechas para seres humanos, no para pajarillos, como las de Madrid y otras ciuda-

des. El patio, que es al mismo tiempo sala, paseo, calle, jardín y hasta playa á veces, permite vivir al aire libre, como la salud pide y el cuerpo y el espíritu gustan. Luego que la primavera llega, con el cortejo de hojas y flores que en aquella tierra tiene siempre, el patio, solitario en invierno, truécase en la más principal y concurrida de las habitaciones. En él se establece la tertulia de día y de noche, y juegan los niños y aun los mayores.

El dibujo del Sr. Díaz Huertas, que publicamos en la pág. 316, reproduce muy bien la fisonomía de un patio cordobés en estos días primaverales, cubierto ya de flores, y convertido por obra de la Naturaleza en pequeño paraíso.

EL VENERABLE FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ.

Recientemente hemos dado alguna noticia de este virtuoso varón, á quien el pontífice León XIII acaba de beatificar; y aunque entonces dijimos de sus méritos lo que debíamos y él merecía, añadiremos hoy algunas particularidades de su vida, con motivo de publicar su retrato en la pág. 312.

Nació en Ronda, el 30 de Marzo de 1743, y sus padres, que eran nobles, le dieron muy buena educación. Estudió con los dominicos de aquella ciudad, y también en ella tomó el hábito, en el convento de Capuchinos, año de 1757. Cursó filosofía en Écija, donde es fama que escribió muy buenos versos, los cuales quemó tiempo después.

Sentía arraigarse en él la pasión religiosa y entusiasmo por la fe. Propúsose trabajar por ésta, y dejó de ser poeta para trocarse en orador sagrado. En 1771 predicó en Estepona la Cuaresma, maravillando á todos. Después pasó á Málaga y á Ceuta. En ésta evangelizó á los presidiarios, y hasta aseguran que convirtió á algunos moros, victoria admirable, de que quizás ningún misionero europeo podrá alabarse con razón.

Era ya famosísimo predicador, cuando por un sermón que predicó en Sevilla le desterraron á Cáceres. Carlos III le levantó el destierro y le llamó á la corte, recibiéndole con grandes honras. De Madrid volvió á Andalucía, donde continuó su apostolado, hasta que fué destinado á Murcia en 1788. Allí predicó con admirable resultado, así como después en Barcelona, Zaragoza, Cádiz, Sevilla y otras muchas ciudades. Recibíanle los pueblos como al más alto y querido príncipe: tal concepto tenían de su doctrina, santidad y elocuencia. El cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, escribía á un su allegado, refiriendo el recibimiento hecho en aquella ciudad á Fray Diego: «La entrada de Fray Diego en Toledo ha sido tan magnífica como la del Salvador en Jerusalén.»

Las honras que recibió fueron innumerables, y algunas, de las más señaladas. Casi todos los cabildos de España le eligieron dignidad ó canónigo. El de Sevilla le permitió predicar en el mismo púlpito que lo habían hecho San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja y el venerable maestro Juan de Avila. En Santiago celebró sobre la tumba del apóstol. Su orden le nombró provincial.

Con todo esto, nunca fué Fray Diego orgulloso, ni menos aún vano, que es el mayor y más ridículo pecado en que puede caer el hombre de talento. Siempre vivió con gran humildad. Ayunaba muchos días, oraba continuamente, y apoyado en su báculo, anduvo centenares de leguas, de Cádiz á Barcelona, de Murcia á Santiago, y así por todas partes, con frío y con calor, y fuese cual fuese la distancia.

Ya viejo, más por los trabajos que por la edad, vió delatado á la Inquisición un escrito suyo, de lo que tuvo tal pesar, que enfermó gravemente. Retiróse á Ronda, y allí murió el 24 de Marzo de 1801.

Fray Diego de Cádiz fué de ingenio agudo, grandísima memoria, pronto en sus acciones y de afable trato. El cuerpo alto, derecho y airoso; el color blanco y sonrosado; la cabeza bien formada; la cara aguileña; negro cabello, hermosos ojos, nariz recta y delgada, y dentadura blanca y muy unida; tenía la voz dulce y clara, expedita la lengua, y natural, sencilla y abundante la expresión. Así, poco más ó menos, le retrata un contemporáneo.

Dejó muchas obras, algunas de singular mérito. Las principales son: *Sermones y alocuciones sobre varios asuntos*; *El Ermitaño perfecto* (Vida del Hermano Juan de Dios San Antonio); *El Soldado católico* (dos cartas á D. Antonio Jiménez Cáñamo); *Papel en forma de instrucción sobre los deberes de un corregidor* (dos cartas sobre diversiones públicas); *Memorial al Rey con motivo de la guerra con la República francesa*. Esta obra consérvase manuscrita, así como también seis tomos de sermones con 800 de ellos, y otros dos que forman una *Colección de consultas graves*. También escribió multitud de pastorales, novenas, etc., etc., que andan manuscritas unas, y otras impresas.

MENTON (FRANCIA).

La *villa Cyrnos*, recientemente construida en Cabo Martín para la ex emperatriz Eugenia.

La que fué Emperatriz de los franceses en los tiempos en que el tercer Napoleón parecía en camino de resucitar las glorias del primero y poner, como él, en peligro la seguridad de Europa, vive hace años retirada del mundo, sin esperanzas de nuevas grandezas, desde que su único hijo murió obscuramente en Africa peleando con los zulús. De la misma manera que otra desgraciada ex Emperatriz encontró refugio á orillas del Adriático, la viuda de Napoleón III ha buscado en las rocas que separan los golfos de Lión y de Génova retiro para su dolor.

En la punta más saliente del Cabo Martín hállase la *villa Cyrnos*, cuya construcción se terminó hace pocas semanas. Llámase de este modo por ser *Cyrnos* el nombre que los griegos daban á Córcega, la patria de los Bonapartes. Desde su residencia podrá ver la ex Emperatriz, en los días claros, los montes de aquella isla, punto de partida de la leyenda napoleónica, en la que el destino, la casualidad ó la Providencia repartieron á la desventurada dama española un papel tan brillante como efímero.

Villa Cyrnos (cuya principal fachada reproduce el grabado que publicamos en la pág. 312) es un bonito edificio de arquitectura italiana. Las habitaciones de la ex Emperatriz están en la torrecilla del ángulo izquierdo del edificio, medio ocultas entre el follaje.

LEÓN: FACHADA PRINCIPAL DEL CONVENTO DE SAN MARCOS. —(Véase el artículo correspondiente en esta misma página.)

ILMO. SR. D. GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES,

notable pintor, académico de la de Bellas Artes de San Fernando.

La repentina muerte del Sr. Hernández Amores, en Murcia, ha sido motivo de honda pena para cuantos conocían sus bellas prendas personales, sus grandes méritos de artista y su vasto saber.

Su carrera ha sido tan larga como brillante. Nació en la misma ciudad de Murcia. Estudió en la Academia de San Fernando, y educada su inteligencia en el culto á los clásicos, permaneció fiel á él toda su vida. Continuó sus estudios en París con Gleyre, consiguiendo sobresalir notablemente entre los muchos y muy aventajados discípulos de éste. Pensionado en Roma, después de rigurosísima oposición, en 1853, consiguió premios muy honrosos en las Exposiciones Nacionales de 1858, 1860, 62, 65 y 67.

Sus más famosos cuadros son: *Jesús y la Samaritana*, expuesto en 1848; *La desesperación de Judas*, en 1849; el *Martirio de las santas Justa y Rufina*, en 1850; *La madre de los Gracos*, que conserva la Academia, en 1853; *Sócrates reprendiendo á Alcibiades*, que ganó medalla de segunda clase en Madrid y Londres, en 1858; *El viaje de la Virgen y San Juan á Efeso*, premiado con medalla de primera clase en la Exposición de 1862, y adquirido, como el anterior, por el Gobierno, para el Museo Nacional: *La despedida de la Virgen del cuerpo de Jesús; La casta Susana; La Magdalena; Dama pompeyana después del baño; Fausto y Margarita en el jardín; La Virgen del Desierto*, etc., etc.

El Sr. Hernández Amores fué jefe de sección de la Escuela Central de Artes y Oficios, profesor supernumerario de Dibujo de adorno y figura, y desde Mayo de 1892 era académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

Aunque menos conocido como escritor que como artista, manejó tan bien la pluma como el pincel; de lo que es buena prueba, entre otras, su discurso de recepción en aquella Academia. De su agudo ingenio dan también testimonio algunos pensamientos que escribió. Sirvan de muestra los siguientes:

«Las heridas en el amor propio no suelen curarse; mas si se cierran, siempre queda la cicatriz.

»La avaricia es enfermedad incurable: el espléndido puede llegar á ser avaro; mas el avaro no será jamás espléndido.

»La reconciliación con la mujer es fácil, y se puede conseguir con un halago, con una palabra cariñosa; la reconciliación con el hombre nunca es perfecta.

»Hay hombres que miran, desde recinto abrigado, á la humanidad agitarse en las penalidades de la vida, desentendiéndose de los dolores que presencian; otros, que se mezclan á esa humanidad y alivian sus dolores: éstos valen algo; los primeros son cantidades negativas.»

Publicamos el retrato del Sr. Hernández en la pág. 320.

MADRID.

Espectáculo científico del Sr. Pertierra.—La sala del fonógrafo Edison.

Edison llama al fonógrafo su hijo predilecto, y con razón puede envanecerse de él, con ser tantas y tan grandes sus glorias de inventor. Precedentes tuvo, que no hay invención ni descubrimiento que no los tenga, de modo que á cada inventor se le pueden señalar siempre sus precursores. Entre éstos hay siempre poetas. Lope de Vega adivinó el telégrafo el día que escribió aquellos admirables versos:

Con la rapidez del rayo
Las noticias han venido,
Y quién sabe si algún día
Vendrán con el rayo mismo.

Villarroel predijo la Revolución francesa, y Cirano de Bergerac presintió el fonógrafo, al describir, en su *Historia cómica de los Estados é Imperios de la Luna*, aquel libro que se leía con los oídos, pues en vez de letras tenía sonidos.

Hoy tenemos libros de éstos merced á Edison, quien en 1887 nos dió el primer modelo de su ingeniosísimo aparato, y en 1889 el modelo perfeccionado que puede verse en el salón del Sr. Pertierra. El primitivo fonógrafo era un cilindro de madera rodeado de una capa de estaño, en la que cierto estilete, sujeto á una membrana vibrante, dejaba marcada la huella. El actual es también cilíndrico, pero hecho de cera, y por estilete tiene un rubí adherido al tamborplaca resonante. En el primero transmitía el movimiento con un pedal, y en éste por la electricidad, dando uniformidad al movimiento un árbol de espiral de paso de tornillo de décima de milímetro.

Quizás el principal vulgarizador del fonógrafo en España ha sido el Sr. Pertierra, dueño del *Espectáculo Científico* de la calle de la Montera, núm. 10, en el que este asombroso aparato se halla instalado como corresponde á su grandeza. Está colocado sobre una vitrina, entre dos estatuas que sostienen dos luces eléctricas, y de él parte un tubo que transmite el sonido-voz hablada, canto, orquesta, etc., á diez y seis tubitos más que terminan en dos auditores de cauchú ó cristal, los cuales se aplica á los oídos el público colocado alrededor de una barandilla cubierta de *peluche*. En medio se ve un hermoso busto de mujer en actitud de escuchar. Finalmente, al medio de un lienzo del salón está el retrato de Edison, que parece presidir el acto.

Por este salón ha pasado medio Madrid, y el fonógrafo conserva la voz de distinguidos artistas, y hasta de algún orador de nuestro Congreso.

Nuestro segundo grabado de la pág. 320 es reproducción de una fotografía, por cierto muy bien hecha por el propio Sr. Pertierra, y por él puede juzgarse con toda exactitud del aspecto del salón.

«CUENTOS FANTÁSTICOS PARA NIÑOS»,

escritos por los Hijos de Grimm é ilustrados por Grot Johann, recientemente publicados por la casa alemana Deutsche Verlags-Anstalt.

Los niños deben leer poco y bueno. Poco, porque el reposo del cuerpo y el trabajo excesivo del órgano visual son en los primeros años de la vida sumamente nocivos; bueno, porque las primeras ideas quedan grabadas en el alma toda la vida. Por eso, en aquellas naciones en que se atiende principalmente á la educación é instrucción de la infancia se escriben tantos y tan hermosos libros para ella.

Son siempre de particular importancia los que, bajo apariencia de recrear solamente, educan é instruyen, porque éstos son los más leídos. A tal género pertenece la obra de cuyos hermosos grabados publicamos una muestra en la página 321 de este número.

Algunas de las fabulillas á que aquéllos se refieren son muy bonitas. Sirva de ejemplo la primera.

Viajaban juntos un burro, un perro, un gato y un gallo. Aunque de tan opuestas aficiones, habíales hecho amigos la necesidad, causa también de íntimos conciertos entre los hombres más enemigos. Apretábales el hambre grandemente y no sabían cómo satisfacerla, lo que les tenía muy acongojados, cuando descubrieron á lo lejos un magnífico palacio. Acercáronse á él con toda diligencia y subiéronse unos sobre otros y sobre todos el gallo, el cual les avisó de que había dentro unos ladrones que le estaban saqueando; la mesa estaba puesta para que sus señorías comiesen opíparamente cuando terminasen el robo. Entonces determinaron espantarlos, para lo cual, muy bien puestos de acuerdo los cuatro, comenzaron á dar grandes voces en sus respectivas lenguas: rebuznó el burro, ladró el perro, maulló el gato, cantó el gallo, y todos tan al unísono y tan desesperadamente, que los ladrones huyeron. Entonces los cuatro amigos se sentaron á la mesa y se dieron un buen hartazgo.

Debajo de este grabado vese otro en que un enano apalea cruelmente á un pobre hombre. He aquí la explicación. Una pobre Princesa encantada está guardada por un ferocísimo y descomunal dragón de siete cabezas. (Véase el grabado correspondiente.) Tres hermanos deciden rescatarla, y van al palacio donde se halla. Encuentran puesta la mesa (según se ve, en estos cuentos es frecuente tratarse de mesa y de comida), siéntanse, y cuando están sentados, entra el enano y los muele á palos.

Hízolo muy á su sabor con los dos primeros, pero el menor de los tres asió al enano, quitóle la estaca y dióle tal paliza, que le obligó á revelar el sitio en que estaba la pobre Princesa. Fué allá, embistió con el dragón, matóle y casóse con la prisionera, que era la doncella más hermosa de toda la comarca.

En otro grabadito verán los lectores á un sujeto que mira por el agujero de una puerta y que tiene un puñal en la mano derecha y ésta tras la espalda: es nada menos que Barba Azul acechando á su quinta ó sexta mujer para quitarla la vida. Por último en el del centro está representado uno de los sustos que pasó un hombre que tuvo de padrino de su hijo al diablo en persona.

G. Reparaz.

SAN MARCOS DE LEÓN.

Desde que el Sr. D. José María Quadrado, con su bien cortada pluma, dió á conocer en la obra de *Recuerdos y bellezas de España* las preciosidades artísticas que embellecen el ex convento de San Marcos de León, erigido durante la primera mitad del siglo XVI á corta distancia de dicha ciudad, sobre la orilla izquierda del río Bernesga y al pie del camino de Galicia llamado en la Edad Media de los *Peregrinos*, hanse publicado varias descripciones del monumental edificio, repitiéndose en ellas lo dicho ya por aquel eximio escritor, aunque con menos exactitud y brillantez, y cometiendo los autores de los trabajos equivocaciones que merecen rectificarse.

Sabido es que la construcción del edificio debió dar comienzo á principios del siglo XVI, como veremos más adelante justificado por una noticia hallada en el libro de *Acuerdos* del Ayuntamiento de León, correspondiente á dicha fecha. Levantóse en el mismo sitio que había ocupado un hospital de peregrinos, fundado con el piadoso objeto de albergar á los que caminaban en dirección á Compostela, cuyo benéfico asilo precedió algunos siglos antes al edificio conventual de los caballeros de la ínclita orden de Santiago, cuya religiosa casa llegó á competir con la tan renombrada de Uclés, y á ser la de mayor prestigio y autoridad dentro del territorio de los antiguos reinos de León y Galicia. El Sr. Quadrado consignó en su magnífica descripción de San Marcos, que este edificio fué mandado reedificar por el rey *Católico* D. Fernando V al maestro Pedro de Larrea en 1514.

Si, efectivamente, la obra que se le confió á dicho artífice ha sido la terminada el año 1547, es decir, la parte más antigua del edificio existente hoy, ó se refiere la noticia á otra construcción, no de nueva planta, sino ampliada ó reedificada, cosas son que no hemos podido esclarecer, ni menos el que Pedro de Larrea fuese uno de los primeros directores de la obra.

Por su estructura y detalles el edificio de San Marcos de León pertenece al estilo *plateresco*, ó sea al que predominó en España durante todo el siglo décimosexto, y del

que tan hermosos ejemplares nos ha legado el arte de la orfebrería, con las finísimas obras del afamado platero leonés Juan Arfe de Villafañe y las de otros notables artífices. Puede considerarse á San Marcos el primer monumento de la época del Renacimiento en España. Los maestros que dirigieron su fábrica exornaron la fachada más antigua con una decoración varia, caprichosa y á la par uniforme, que presenta el conjunto de mayor novedad artística que puede concebirse: debieron dejarse llevar de los atractivos del arte grecorromano, que tiene preciosos ejemplares en la encantadora Venecia y algunas otras ciudades de Italia, cuna de las mayores concepciones bellas en las artes plásticas, y que el genio, no menos artístico, de los españoles supo aprovechar bien pronto para sus mejores obras monumentales, sin duda por haber efectuado algunos de ellos sus primeros estudios y ensayos en aquel hermoso país, durante la dominación española. Y aquella procedencia del arte antiguo se comprueba comparando dicha exornación con las pinturas decorativas de las casas descubiertas en las ruinas de Herculano y Pompeya. Y aun mayor similitud se nota en las pinturas de adorno empleadas por la escuela de Miguel Ángel. Es indudable, pues, que nuestros mejores artífices del siglo XVI acogieron con gusto el arte plástico tal como se adoptó en Italia, y lo aplicaron con gran delicadeza y maestría á los edificios de dicha época que se construyeron en España.

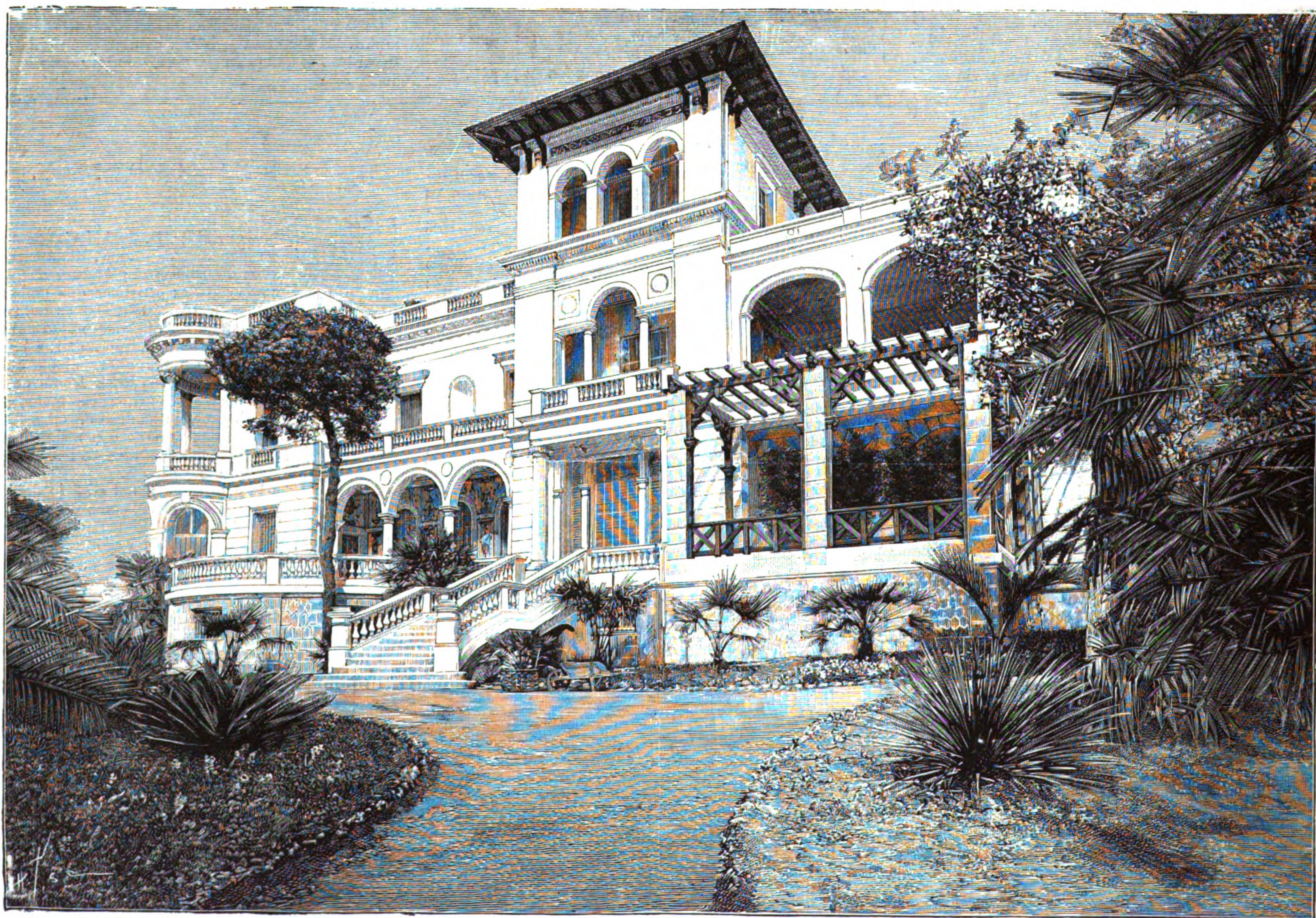
El maestro que ideó el plano de San Marcos tuvo, en nuestra humilde opinión, el pensamiento de que la iglesia apareciese en mitad de las dos fachadas, á derecha é izquierda, como parece deducirse de la planta del edificio construído en el siglo XVI, y lo indican la simetría y las más rudimentarias reglas del arte arquitectónico. Así es que se dió comienzo á la obra con la construcción del templo, principal elemento del vasto edificio, de donde habían de arrancar las fachadas laterales al mismo, pero únicamente se llegó á edificar el ala de la izquierda; de manera que la iglesia es la parte construída que reviste más antigüedad. Constituye el primer cuerpo de su fachada, que mira al Sur, un gran arco de medio punto, sobre el cual descansa la bóveda del atrio, y en el fondo del mismo ábrese otro arco rebajado, esculpido de primorosas labores, que es el de la puerta de ingreso al templo. Sobre ella se destacan pequeñas hornacinas, faltas de estatuas, y cuyos doseletes y repisas, del estilo gótico florido, denuncian que son últimas manifestaciones de aquel arte, pero hábilmente combinadas con los primeros rasgos característicos del Renacimiento. Al decadente estilo gótico, aunque de ejecución más bastarda, pertenecen también las agujas de crestería con que terminan los estribos de la torre del campanario, que quedó por concluir, así como son de igual estilo los remates, en forma de pinaculitos, adosados al estribo de la izquierda de la fachada.

El mismo ancho que el ámbito del atrio mide la azotea que hay sobre aquél, sirviéndole como de testera un incompleto frontispicio triangular tachonado de las emblemáticas conchas, y que ostenta en primer término el escudo de Carlos I entre dos heraldos. La estructura de la iglesia afecta la forma de cruz latina, siendo el brazo principal de una sola nave y cinco arcaturas que se extienden hasta la capilla mayor. Además de la claraboya de su fachada, recibe la luz de varias ventanas de medio punto, festoneadas en sus arcos dúplex con primorosos relieves. La nave de este templo resulta majestuosa y de excelentes proporciones. En el brazo izquierdo, que da paso al claustro, hay una portada que la forma un arco semiojival, flanqueado por dos columnas, y sobre el que se destacan porción de adornos platerescos, dos nichos con bellas imágenes y otras esculturas simétricamente colocadas, cuya decoración, hecha en piedra, semeja á un retablo.

Del mal gusto de blanquear el interior de los templos no se libró el de San Marcos, y hasta la preciosa portada ya descrita se cubrió de yeso. La cornisa de dicha iglesia está por concluir, así como también el segundo cuerpo de su torre, que mide la misma altura que el frontispicio de la portada principal. En los lienzos laterales



EL V. FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ,
INSIGNE PREDICADOR Y ESCRITOR.
BEATIFICADO POR SU SANTIDAD LEÓN XIII, EL 22 DE ABRIL ÚLTIMO.



MENTON (FRANCIA). — «VILLA CYRNOS», RECIENTEMENTE CONSTRUÍDA EN CABO MARTÍN PARA LA EX EMPERATRIZ EUGENIA.
(De fotografía.)



EN EL MES DE LAS FLORES.

CUADRO DE GEOFFROY.

de ésta ábrense dos grandes hornacinas de singular gusto é inimitables relieves platerescos, que por su finura parecen tallados en madera: son verdaderas maravillas del arte plástico, cuya acertada descripción exigiría un estudio detenido y concienzudo, hecho por persona muy perita en la materia. Un trabajo de tal importancia ofrece suficiente asunto para una extensa monografía, cosa que no nos hemos propuesto en este artículo, escrito con el único propósito de dar á conocer ligeramente las más sobresalientes bellezas de San Marcos, y añadir algunas noticias que consideramos de relativo valor para la historia del monumental edificio. Los preciosos cuadros escultóricos que contienen ambas hornacinas sufrieron hace años bárbaras mutilaciones, así como también la mayor parte de los medallones de todo el primer cuerpo del convento, todo ello á consecuencia del abandono en que le tuvieron los Gobiernos de la nación. La hornacina que hay á la derecha de la portada de la iglesia tuvo un bajo relieve de reconocido mérito, que representaba la *Crucifixión:* los detalles del intradós del arco, las impostas del mismo y el friso no pueden ser de ejecución más delicada, parecen trabajos hechos en madera. Los bustos que decoran las enjutas resultan de mano maestra, así como pasma la delicadeza y soltura de los variados adornos que llenan las pilastras: semejan en finura á las piezas que componen las preciosas custodias platerescas de nuestros mejores artistas. Allí, en dos cartelitas, aparece escrita, con caracteres de la época, esta inscripción: OROZCO=ME FECIT. Se comprende bien que tan afamado escultor diese muestras de su sobresaliente habilidad en el arte, pues por tal se le tenía y tuvo al citarle el erudito Ceán Bermúdez entre los más esclarecidos escultores del siglo XVI; pero ni dicho escritor sabía su nombre, ni hasta ha poco tiempo pudo creerse que Orozco hubiese sido notable arquitecto. Débese la noticia á nuestro ilustrado amigo D. Juan López Castrillón, que la halló en uno de los libros de *Acuerdos* del ilustre Concejo Legionense, cuyo libro comprende aquellos que fueron tomados por dicha Corporación durante los años de 1513 al 1514. En él aparece un acta, en la que se manda al maestro arquitecto municipal elija otros dos de su oficio que se encarguen de recibir la obra del célebre santuario de la *Virgen del Camino*, situado á cinco kilómetros de León próximamente; y el maestro del Concejo dice que, cumpliendo el mandato de éste, nombra á D. Juan de Orozco, maestro de San Marcos de León, y á D. Juan de Badajoz, que lo es de Santa María de Regla, ó sea la catedral. Tan interesante dato viene á poner en duda que el más afamado de los Badajoz haya sido arquitecto director del edificio de San Marcos: los escritores que tal cargo le atribuyen, lo hicieron sin duda confundiéndole con su hijo, también de nombre Juan, que hizo y terminó la magnífica sacristía el *año 1549*, según consigna una inscripción que hay sobre su claraboya, en cuya fecha ya había fallecido el autor de sus días.

Por la noticia sacada del libro de actas del Ayuntamiento se ve, ahora, la razón de aparecer esculpido el nombre de Orozco en la primera hornacina del edificio, y no así el de ningún otro artífice de los que trabajaron en su grandiosa fachada.

La segunda hornacina, abierta en el lienzo izquierdo del atrio, contiene otro bellísimo cuadro escultural de primorosos detalles y gran perspectiva, algo mejor conservado que el de la *Crucifixión:* representa el *Descendimiento de la Cruz*, obra de mérito extraordinario. Las figuras de la Virgen y la Magdalena se destacan en primer término; las de Nicodemus y Jesucristo, el primero bajando de la cruz sobre sus hombros el cadáver del divino maestro, no pueden estar ejecutadas con mayor naturalidad. En el fondo del cuadro se ven otras figuras de menos relieve y tamaño que las anteriores, pero de tan correcto dibujo. En este excelente trabajo el escultor tuvo la pretensión de que su obra hecha en piedra fuese copia fiel, en lo posible, del mismo asunto, pintado ó tallado, sin duda, en alguna tabla decorativa de la escuela realista italiana. Los variados adornos del arco de la hornacina y los medalloncitos intercalados entre relieves, que pudiéramos llamar filigranas en piedra, que hay, así en las pilastras como en el friso, patentizan con qué gusto y maestría trabajaron los buenos escultores del Renacimiento. El mismo delicado gusto plateresco distingue á la obra toda del lienzo de la fachada que, desde la iglesia, se prolonga hasta la puerta principal de entrada al convento. Dos cuerpos, de iguales dimensiones, componen dicho lienzo; el primero de éstos, ó sea el *bajo*, es el de más valor arquitectónico: tiene toda la pureza y uniformidad que requiere una obra bella, así en sus detalles como en sus líneas generales: sus ventanas de arco de medio punto y las intercaladas pilastras están exornadas con profusión de primorosos relieves del más fino estilo plateresco, cuya pureza de estilo resalta al fijar la vista en los adornos del segundo cuerpo de dicha fachada, donde se echa de ver la impureza y amalgama de la escultura barroca, aun habiendo querido imitar en el general trazado la pulcra y unitaria composición de los artistas del Renacimiento.

Igualmente contrasta y desdice en el edificio el pesado ático que se levantó sobre la portada, todo él del peor gusto barroco. En ésta se distingue bien la amalgama antes indicada en su arco semicircular, sus columnatas, basamento y figuras del alto relieve que se destaca sobre aquél, representando la batalla de Clavijo. Pero la obra sobresaliente por excelencia, y en la que los escultores mostraron su fino cincel, es la que decora todo el primer cuerpo de la parte de fachada más antigua: debajo de su friso inferior se destacan varios alineados medallones, con bustos de personajes históricos. Los hay de incomparable dibujo y expresión, sobresaliendo entre ellos el de Julio César, sin que otro alguno le supere en su típico carácter y pueda sustraer la mirada del curioso observador: es una esbelta cabeza, presentada con difícil escorzo, que ciñe la emblemática láurea; escultura de gran expresión y como si hubiese sido modelada á presencia de una moneda del ilustre César romano. Dos grupos de tres medallones llaman después la atención de cuantas personas examinan la preciosa fachada, uno de los cuales lo forman los bustos de Lucrecia, la virtuosa romana, Isabel I y Judith, la esforzada israelita, colocado el de la Reina Católica en medio de las dos heroínas, preferencia dada por el artista á la que consideró de mayor prestigio, aun comparándola con aquellas célebres mujeres de la historia antigua. En dichas esculturas procuróse hacer verdaderos retratos, singularmente con el de la Reina española, así como á todos se les ha puesto el tocado que corresponde, según la indumentaria propia de cada época.

El otro grupo, al que llamaremos *triunvirato escultural*, que adorna el lienzo más hermoso del edificio, lo constituyen los bustos de Trajano, Carlos I y Octaviano Augusto, trabajos escultóricos de extraordinario mérito, en los que también el artífice quiso ser fiel retratista, especialmente con el del primer monarca de la dinastía austriaca en España: todos los tres tienen el tipo que reclaman el carácter y las cualidades atribuídas á tan esclarecidos emperadores. El busto del gran Trajano se distingue por su esbeltez y aspecto de ínclito guerrero, habiendo el escultor sabido darle la expresión adecuada al genio que la historia concede á este emperador, oriundo de la península ibérica. La fisonomía majestuosa del busto de Augusto es viva copia de la que se concibe al recorrer las páginas de su biografía. Pero el hábil artista, autor de tales obras esculturales, se excedió en su alabanza á Carlos I al colocar, al uno y otro lado de su cabeza, estas dos hiperbólicas inscripciones en grandes caracteres: MELIOR TRAJANO=FELICIOR AUGUSTO.

Sería larga tarea la de describir una por una las preciosidades artísticas que decoran la fachada plateresca de San Marcos de León.

Avanzando hacia la margen izquierda del Bernesga prolóngase, desde la puerta principal del convento hasta cerca del puente que hay sobre dicho río, otra ala del edificio, continuación de la fachada ya descrita y de iguales proporciones, en la que, por más que se procuró imitar el estilo del Renacimiento, así en las molduras de sus pilas, frisos y ventanas, como en sus medallones, nótase á primera vista que fué obra hecha en el pasado siglo por artistas de la escuela barroca, sin que al busto de Felipe V, el primero que hay allí, hubiesen sabido darle el típico carácter de las esculturas del siglo XVI. La torre del ángulo izquierdo de esta fachada, con su ventanaje cuadrangular y su pesada fábrica, muestra todavía más á las claras que es obra decadente de tiempo del primer rey de la casa de Borbón.

Cuando se penetra en el magnífico edificio de San Marcos distínguense claramente sus dos construcciones diferentes, aunque similares en su conjunto, con sólo comparar entre sí el espacioso y elegante claustro que está contiguo á la iglesia y el que se levantó á comienzos del siglo último: aquél, cuyas bóvedas presentan en sus claves bellos medallones, como también los tienen las enjutas de los cuatro frentes exteriores de la galería alta de dicho patio, al que prestan mayor realce y perspectiva los preciosos relieves de su friso; y el claustro más moderno, con sus reducidas proporciones y su tosca traza.

La sacristía puede competir, en sus detalles del mejor gusto, con la fachada plateresca del edificio: en aquélla, el genio artístico de Juan de Badajoz, hijo, dejó demostrada en las tres altas bóvedas de su nave, en sus repisas y en los nichos de sus muros laterales toda la maestría de que era capaz como arquitecto y escultor. El precioso alto relieve, los adornos y las figuras que forman el que puede considerarse como retablo de tan bella sacristía son trabajos de un mérito grande.

En San Marcos tuvo el arte plástico dignos representantes en Orozco, Badajoz, Doncel y otros buenos artífices. Hasta las obras de cerrajería existentes en el templo merecen llamarse bellas: la alta reja, por ejemplo, compuesta de piezas de hierro y bronce, que permanece colocada en el crucero, resulta un trabajo fino y que excede de lo ordinario. Pero la obra que sobrepuja á todas en mérito es, indudablemente, la *sillería de coro*, que hizo el último de los escultores antes citados (1). Compónese de dos cuerpos, alto y bajo, ambos con imágenes de excelente talla; pero el primero aventaja al segundo en sus adornos del más selecto estilo plateresco: los mil caprichosos relieves de sus entrepaños, la originalidad de los varios asuntos que constituyen la exornación de sus pilastras y columnas, singularmente en los capiteles de estas últimas, el minucioso decorado de las repisas y doseletes y la soltura con que está hecho el trabajo de talla, forman un todo de variedades bellas que completan y realzan las esculturas de los respaldos de cada silla. La imagen de San Jerónimo es una de las de mayor mérito que allí se admiran, en cuya figura no se sabe qué ponderar más, si la perfección con que está ejecutada, ó su correcto dibujo: el diminuto Cristo que el santo tiene en una de sus manos es la obra más delicada de su género que pudo concebir el inspirado artista.

Tan perfecto y grandioso nos parece el trabajo escultórico de la sillería de coro de San Marcos, que sería vana pretensión intentásemos darlo á conocer por completo al correr de la pluma. Un libro se necesita escribir para empresa de tal importancia, y esto por quien posea rica imaginación y talento para poder estimar acertadamente las excelencias y magnitud de la obra.

Si San Marcos de León merece clasificarse como edificio monumental de primer orden por las bellezas artísticas que contiene, también desde el punto de vista histórico guarda recuerdos que le dan notoria celebridad. Algunas de sus antiguas estancias sirvieron de prisión á hombres tan ilustres en la república de las letras como *Quevedo* y *Adán de la Parra*, éste leal amigo y protector del primero.

Al festivo poeta más popular de España trajéronle, en calidad de caballero de la ínclita Orden de Santiago, á la *santa casa*, como él dijo con la gracia que siempre le distinguía, por mandato del Conde-Duque de Olivares, privado de Felipe IV, uno de los reyes de funesta memoria para España, y en cuyo tiempo se perdió el reino de Portugal. Al insigne escritor polígrafo atribuyósele un memorial en verso, que el Rey halló en su servilleta al sentarse á la mesa en uno de los primeros días de Diciembre de 1639, en cuyo escrito se exponían los males que afligían á la nación, solicitando para ellos eficaz medicina. El 7 de dicho mes y año, cuando Quevedo se hallaba en su casa de Madrid entregado al estudio, los alcaldes de corte D. Francisco de Robles y D. Enrique de Salinas penetraron en ella, y comenzando por registrarle los bolsillos y recogerle las llaves de su hacienda, apoderáronse de cuantos papeles y muebles eran de su propiedad. Sin darle tiempo para desayunarse ni abrigarse, en noche obscura y de intenso frío por estar helando, lleváronle á la puente de Toledo, y metiéndole en una litera custodiada por alguaciles, se emprendió el viaje á León. Cuando el ilustre prisionero llegó á la gran puerta del convento de San Marcos, salieron á recibirle el Prior y la comunidad con cierta cortesía mal disimulada. A pesar de su infortunio y de los padecimientos que le esperaban no decayó el ánimo fuerte de Quevedo, ni dejó con arrogancia de decir oportunas palabras, tales fueron las de *veni, vidi, vici*, que pronunció ante la presencia de los freires, hermanos en la Orden, plagiando las dichas por el gran César, añadiendo en carta dirigida á su amigo Adán de la Parra: «Llegué, y vi las narices del Padre Prior, que pueden servir de paraguas á la comunidad muy reverenda.» Participó, asimismo, á dicho amigo: «que en un principio tuvo su prisión en una torre tan espaciosa como clara y abrigada para la estación.» La estancia que hay dentro del primer cuerpo de la torre del campanario, y que se viene designando hoy como la en que debió estar encerrado el popular poeta, no es espaciosa, clara ni abrigada, sino pequeña, lóbrega y fría, razón por la cual debe rechazarse que haya sido el sitio donde estuvo Quevedo en un principio, aun dadas las condiciones que reune para servir de encierro, dentro de los gruesos muros de dicha torre. Con menos fundamento puede suponerse que la prisión estuviera en la torre del ángulo oeste de San Marcos (1), pues corresponde á la parte del edificio que se construyó en 1711, es decir, medio siglo después de haber fallecido el escritor cuyo nombre se hizo tan célebre entre las gentes de nuestro pueblo. Sin duda creyeron los perseguidores de Quevedo que el sitio elegido para su primera cárcel era demasiado bueno, y le trasladaron á otra prisión, que él mismo describe detalladamente, diciendo tenía apariencia de sepulcro, por ser «una pieza subterránea tan húmeda como un manantial, tan obscura que en ella es siempre de noche, y tan fría que nunca deja de parecer Enero». Añade á estos datos las dimensiones de la pieza y los escalones que había que bajar para introducirse en ella, que eran veintisiete. En esta prisión hedionda é insana, situada bajo las aguas del río Bernesga, cargado con grillos que pesaban nueve libras, permaneció el ilustre hombre, víctima de la saña del Conde-Duque, durante cuatro años, hasta Junio de 1643 en que se decretó su excarcelación, gracias á las súplicas é influencia del presidente de Castilla D. Juan Chumacero y Sotomayor.

El ilustre prisionero salió llagado y enfermizo de la triste y hedionda caverna, y aunque pronto recobró las fuerzas de su quebrantado espíritu, distraído con las tareas propias de su gran ingenio, en cambio fuéronse agotando las de su cuerpo con las penalidades sufridas, falleciendo en Villanueva de los Infantes el día 8 de Septiembre de 1645.

Conocidos los datos referentes á las dos estancias que sirvieron en San Marcos de prisión á Quevedo, ¿puede saberse si existen en el actual edificio? Desde luego debe afirmarse que la torre en que se le tuvo encerrado primeramente no es ninguna de las que hoy forman parte del monumento y están colocadas á los extremos de su fachada principal. Probablemente la prisión estaría en alguna torre antigua, que pudo ser derribada al construirse el claustro del siglo último. Respecto al subterráneo donde tanto sufrió Quevedo y que él mismo describe minuciosamente, sólo puede decirse que hasta la fecha no se ha descubierto pieza alguna que se parezca. Si por persona perita se efectuase un detenido reconocimiento en la parte baja del edificio que, próxima al río, cae al Poniente, acaso apareciese la tenebrosa y oculta cárcel.

El famoso ex convento de los caballeros de la Orden de Santiago, que continuamente visitan naturales y extranjeros y admiran como joya de inestimable valor artístico, pasó por una serie de vicisitudes y experimentó tales desperfectos, singularmente en su preciosa fachada principal, durante algunos años de injustificado abandono, que á continuar así estuviera al presente convertido en ruinas. Gracias á que la celosa Comisión de Monumentos de la provincia se cuidó del edificio desde 1868 (2), llevando á cabo obras de saneamiento y conservación. Dicha Corporación tuvo, además, la feliz idea de destinar para Museo Arqueológico provincial el claustro bajo contiguo á la iglesia, con sus tres salas, lo cual contribuyó y contribuye á que el edificio de San Marcos, que ya es con sus diversas bellezas artísticas un museo, ofrezca ahora con doble motivo aliciente para

(1) En dos tarjetas de los costados del asiento principal de la sillería baja léese lo siguiente: *Hoc opus perfectum est domino Ferdinando priore=magister Guillielmus Doncel me fecit* MDXLII.

(1) Hase cometido tan errónea noticia por cuantos escritores extractaron la descripción del monumental edificio hecha por el notable publicista Sr. D. José María Quadrado. El periódico leonés *La Provincia*, en sus números 65 y 66, correspondientes al 30 de Enero y 1.º de Febrero de 1894, publicó un artículo con el epígrafe de *San Marcos de León* en que se comete el mismo error.

(2) A partir de la fecha en que el Gobierno se incautó de San Marcos y de cuanto la Comunidad poseía, se le dió al edificio diferentes destinos, tales fueron, entre otros: Instituto de segunda enseñanza, Escuela de Veterinaria, Colegio de la Compañía de Jesús (1859-68) y Colegio de los PP. Escolapios (1879-89). Cuando la supresión de las Ordenes religiosas, anuncióse á la venta el monumental edificio: la celosa Comisión artística de la provincia expuso y consiguió se le eximiese de la venta y le fuese cedido para su conservación (1845). En el Archivo de Hacienda de la provincia, perfectamente organizado en estos cuatro últimos años por el laborioso é inteligente individuo del Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios D. José Pereiro, consérvase el *inventario* de la casa de San Marcos (1.º de Septiembre de 1836), el cual comprende la relación de rentas y de fincas rústicas y urbanas, la de los objetos muebles y alhajas, así como también la de los libros de su biblioteca. De ésta se citan *715 obras*, que suman 1 374 volúmenes, los cuales vinieron á formar parte de la Biblioteca Legionense, fundada en 1844: no así la rica colección de manuscritos del archivo de la célebre casa conventual, que, habiendo sido trasladada en cajones á la Contaduría de Arbitrios de Amortización de la provincia, según consta del mencionado inventario, se ignora qué suerte le cupo. Los retratos de ilustres freires, hijos de la casa y otros cuadros, existen en el Museo provincial de San Marcos.

efectuar en él provechosas enseñanzas y estar diariamente vigilado.

No es de extrañar, pues, que el deseo de conocer las preciosidades que contiene el grandioso monumento sea objeto de continua curiosidad. En la sala capitular, que es la primera que se encuentra pasando la puerta de ingreso al claustro, hay dos obras artísticas de singular mérito, ambas de estilo mudéjar, que llaman la atención de cuantos penetran en la espaciosa estancia: una de ellas es su precioso artesonado de madera de alerce, que se conserva intacto, y la otra un arco de igual estilo, cuyos caprichosos adornos semiárabes, trazados por el buril del alarife, simulan, á una conveniente distancia, el más menudo encaje en la parte hecha, pues la obra quedó por terminar, viéndose indicados los cortes y dibujos en proyecto. Este arco hallóse el año 1869 en un convento de la ciudad, y se trasladó á San Marcos.

Trabajos del mismo género abundaban en los palacios antiguos de las familias ilustres de León, sirviendo de bello ornato en los salones y oratorios. Desde comienzos del presente siglo fuéronse destruyendo los más suntuosos, y con ellos los artesonados, arcos, tracerías y otros trabajos de inestimable valor hechos por los moriscos, algunos de cuyos trabajos hemos visto con pena destruir, al levantar sobre los antiguos solares extravagantes edificios del peor gusto y concepción, verdaderos fenómenos de la arquitectura actual.

Las casas antiguas que conservaban aquellos preciosos restos del arte árabe pertenecían en su mayor parte á los siglos XIV, XV y XVI, y habían sido erigidas en las plazas y calles próximas á los palacios que tuvieron en León los reyes de su corona. En la calle de la Rúa conserváronse hasta fecha reciente algunas de aquellas viejas construcciones (1) levantadas cerca del regio palacio que allí mandó erigir D. Enrique II, el último que los monarcas tuvieron en la vetusta ciudad fundada por los veteranos de la legión *septima gemina*. Dióssele al edificio la estructura de los alcázares árabes, y en su construcción se emplearon hábiles maestros, conocedores del estilo y las labores que caracterizan el Real alcázar de Sevilla, encantadora morada algún tiempo del fiero monarca de Castilla D. Pedro I. Cuando en el reinado de Carlos V el palacio de León se dedicó á Audiencia y casa de regidores conservábase bastante bien, pues aun no había sufrido su fábrica las mutilaciones y transformaciones que después se hicieron en ella. Las piezas de estilo mudéjar eran el principal elemento de dicha construcción, como en casi todos los grandes edificios de la misma época construídos en León. Los pintados techos de sus salones, los arcos de azulejos preciosamente combinados, las ricas labores de las galerías, alta y baja, de sus cuatro fachadas, eran preciosos ejemplares de aquel arte. De sus ángulos alzábanse torreones de forma cuadrada coronados de almenas, los cuales recibían luz por medio de ajimeces, cuyas columnitas eran de fino mármol (2). Un incendio destruyó parte del palacio, ó sea el ala norte, en el siglo pasado, después de haberse establecido en él, durante el reinado de D. Fernando VI, una fábrica de tejidos (3). Ultimamente se destinó á cuartel de Infantería, y con las obras que hubieron de hacerse en diversas ocasiones hanse ido destruyendo sus restos mudéjares (4).

En el salón del artesonado hay expuestos tres objetos de gran valor arqueológico: un Cristo de marfil, bizantino, interesante ejemplar para la historia del arte plástico en España, y dos estatuas de madera que conservan restos de su estofado, pertenecientes al período de transición del románico al gótico (5). En el mismo lado del claustro encuéntrase otra sala, de menos capacidad que la anterior, ocupada por gran número de objetos antiguos, entre los cuales figuran los de cerámica y oro hallados en las excavaciones de las ruinas de Lancia: de la época cristiana merece citarse una cruz votiva, de metal, con piedras talladas en el anverso, las letras griegas *alfa y omega* pendientes de dos de sus brazos, y en el reverso la inscripción, de caracteres monacales, siguiente:

✠ I NOMINE ⁝ DOMINI ⁝ N̄SI IHV̄ ⁝ XP̄I ⁝ OB ONOREM
✠ SANCT ⁝ IACOBI ⁝ APOSTOLI ⁝ RANEMIRVS ⁝ REX OFERT

Cruz de brazos iguales, muy parecida á la tan celebrada de los *Angeles* que posee la catedral de Oviedo: como se ve por la inscripción copiada fué hecha la piadosa ofrenda por el rey D. Ramiro III á la antiquísima iglesia de Santiago de Peñalva (6), hoy parroquia del mismo nombre, situada al pie de la alta montaña de la Guiana, sobre elevada cumbre, en sitio agreste y próximo á la cueva que habitó San Genadio (7), el cual dista de Ponferrada 15 kilómetros próximamente. Es muy probable que la ofrenda del monarca cristiano tuviese por objeto el recuerdo de alguna victoria alcanzada contra los musulmanes en las escabrosidades del país berciano.

Como obra más bien propia de un museo de Bellas Artes admírase en la sala antes indicada una preciosa escultura de madera, la cabeza de San Francisco, trabajo del afamado artista Luis de Carmona, según opinan algunos inteligentes, en el que se hizo gala de conocer la anatomía y natural configuración del rostro humano.

El claustro del Museo está lleno de lápidas de las épocas pagana y cristiana. Entre las más notables distínguese el ara dedicada á Diana por el Legado Augustal de la legión que fundó la ciudad en tiempo de Adriano, probablemente. Las hay con nombres helénicos, que comprueban existieron colonias griegas en el interior de España, y más lo justifica la arita de mármol ordinario dedicada á Serapis, que se trajo de cerca de la antigua *Asturica Augusta*, objeto peculiar de algún templo gentílico que allí existió.

Dos lápidas del bajo imperio romano hay en la colección del Museo, que ostentan por debajo de sus inscripciones y como sirviendo de adorno á sus plintos, unos arcos de herradura que acusan su estilo oriental, importado á la península ibérica antes de la dominación agarena. Pero la colección más notable del Museo legionense es, indudablemente, la formada por grandes cantos de río, traídos de las montañas de la provincia, que tienen los nombres rudos de los dedicantes en sus inscripciones latinas, esgrafiadas toscamente en las lisas piedras, debajo de dos ramitas, y con un caballo al pie de aquéllas, tipo selvático que recuerda el de las monedas célticas. Tiénense dichas lápidas como céltico-romanas por el carácter que las distingue y la época á que pertenecen: son las más antiguas é interesantes páginas de piedra, necesarias para escribir la historia de la región leonesa. Y, sin embargo, tan preciosos materiales, reunidos á fuerza de constancia por quienes muestran su amor á las gloriosas tradiciones de nuestra patria, no siempre son mirados con la estimación que se merecen: hay gentes que se atreven á considerar aquellas páginas de granito, únicos escritos de las pasadas generaciones, como *inservibles pedruscos* que quisieran ver arrojados del Museo. Y es que no comprenden, en su ciega ignorancia, que sin el esfuerzo heroico de los españoles que escribieron en las piedras sus memorias, probablemente no existiría nuestra característica nacionalidad.

La tercera sala del claustro, situada al norte, hase destinado á varios objetos de barro y estuco, además de algunas viejas pinturas de escaso mérito que allí hay. El trozo de mosaico romano, procedente de la Milla del Río, es un buen ejemplar. Tiene la mitad de una figura, que lleva en la mano una bocina arrojando agua: créese representa el río Orbigo. La serie de sellos con la leyenda *LEG. VII GEM. P. F.*, colocada por orden cronológico, es digna de darse á conocer en extensa monografía.

Y, últimamente, las pinturas en tabla y lienzo que hay colocadas en dicha sala no merecen llamar la atención de los anticuarios, si se exceptúa un tríptico, pintura en tabla del siglo XVI. También hay allí algunos retratos de esclarecidos freires de la casa de San Marcos, y entre ellos los de Arias Montano y del primer maestre de la orden de Santiago.

El edificio de que nos hemos ocupado, con objeto de hacer especial memoria de las preciosidades artísticas y recuerdos que contiene, hase cedido recientemente por el Ministerio de Hacienda al de la Guerra para destinarle á usos propios del ramo. Por un decreto del año 1845 está declarado *monumento artístico nacional*.

Ramón A. de la Braña.

(1) Subsiste un palacio próximo al convento de la Concepción, pero tan maltratado que pronto desaparecerán sus artesonados de bellas pinturas y sus bonitos arcos mudéjares, si la Sra. Marquesa del Portazgo no atiende á su conservación.

(2) Uno de dichos torreones, el del ángulo sudoeste, fué destruido hace pocos años. Guárdase en el Museo de San Marcos la columnita de una de sus ventanas.

(3) Una inscripción puesta en grandes mayúsculas, por debajo de la cornisa del ala central, consignaba el destino que tuvo.

(4) Un arco fué extraído y llevado al Museo Arqueológico de Madrid en 1871. El Museo de León posee restos de otro arco. Lástima no se hubieran podido recoger los descubiertos recientemente, entre ellos uno del ala sur, que tiene la inscripción de haber mandado construir el palacio D. Enrique II. En el momento de escribir estas líneas se nos participa haberse encontrado, al abrir un hueco para ventana en el ala del Poniente, un arco de herradura con alicatados en su intradós y sobrias labores de grabados en los tímpanos del arraba. Arrancaba del piso principal del alcázar, teniendo 4,50 metros de luz en su altura, quedándole todavía 1,30 para llegar á los emplazamientos del techo de la antigua sala.

(5) Fueron traídas al Museo por el autor de este artículo, procedentes de la románica iglesia de San Esteban de Corullón en el Bierzo.

(6) Es edificio de rara construcción, pues lo forma una sola nave con dos ábsides á sus dos extremos, como si fuera la resultante de dos iglesias unidas por los pies. Entrase en ella por un costado, bajo doble arco de herradura, con columnas de mármol. Tiene á su alrededor el antiguo cementerio cubierto.

(7) Con la dedicatoria de este santo, tuvo Santiago de Peñalva un cáliz de plata cincelado con labores en su pie, de mérito grande, el cual vino á manos de un señor capitular de Astorga, quien lo regaló al Cardenal Moreno. Dícesenos que por los herederos de este príncipe de la iglesia se vendió en París.

UN SABIO MAL EMPLEADO.

Estuve en el acto solemnísimo de la inauguración del nuevo edificio propio de la Real Academia Española, conocida entre el vulgo por *la de la Lengua*, y en medio de aquel lucidísimo concurso de mujeres hermosas y bizarramente aderezadas, y de hombres feos, con raras excepciones, no pude menos de acordarme de mi ilustre amigo D. Ginés Escardillo, el sabio Escardillo, que fué seis ó siete veces académico, obteniendo por sus relevantes méritos ser recibido en todas estas doctas corporaciones, y así cuando asistía á alguna solemnidad no podía materialmente con el peso de las medallas que se colgaba al cuello.

¡Lo que él hubiera gozado en el acto de tomar posesión de la parte de propiedad que le correspondía en el novísimo palacio! Mas ¡ay! hubiérale amargado esta satisfacción incomparable la que le amargaba todos los momentos de su gloriosa existencia: su mujer, D.ª Bernabea, que si hubiera justicia en el mundo habría debido responder de la muerte de su marido ante los tribunales, porque D.ª Bernabea le mató, así como suena, le mató. Y cuando yo hago públicamente esta gravísima afirmación, es porque puedo hacerla, porque le vi morir, ¡pobrecillo! Y murió de una enfermedad desconocida para los médicos, que le hicieron la autopsia, y como no hallaron en sus entrañas sustancia alguna venenosa, ni en su cuerpo señal de herida punzante, cortante ó de fuego, ni contusión ni huesos rotos, allá certificaron incontinenti que D. Ginés había muerto súbitamente, cosa que ya sabíamos todos, sin que en tan triste suceso hubiera indicio alguno de criminalidad. No lo había para los ojos miopes de la ciencia, pero lo cierto era que, como digo, á D. Ginés le mató D.ª Bernabea.

D. Ginés había llegado á los cincuenta años sin haber fijado la atención en mujer alguna, consagrado como estaba enteramente á los estudios literarios, artísticos, históricos y científicos, por donde llegó á hacerse abrir las puertas de todas las academias. Había escrito, eso sí, algunas poesías que él llamaba amorosas, dedicadas á imaginarias beldades, en las que hacía gala de tan alambicados conceptos, que al mismísimo Góngora le habrían parecido por todo extremo enrevesados y absurdos; pero jamás había dicho sencillamente á una muchacha: «¡Buenos ojos tienes!» Y en tal estado de inocencia le sorprendió una enfermedad, postrándole largo tiempo, y dejándole tan lacio y alicaído, que los médicos hubieron de aconsejarle que dejase literaturas é historias por algún tiempo y se fuera á un pueblo á nutrirse bien, con lo que recobraría la salud perdida. Y D. Ginés obedeció, temeroso de la muerte. Y fué á Conejera de Arriba, el pueblo de su abuelo, donde poseía una finca urbana que, arrendada, le producía veinte pesetas al mes. En la misma finca de su propiedad le alojó su arrendatario, el Sr. Trifón, que era la persona más caracterizada del pueblo, y alcalde-presidente del Ayuntamiento. Situado el pueblo entre dos montes de copiosísimo arbolado, había allí todos los encantos de la vegetación, que para un naturalista como era el estudioso D. Ginés ofrecían singular atractivo. De suerte que, en cuanto hubo visitado todos aquellos parajes de exuberante y agreste naturaleza, D. Ginés se halló muy satisfecho y contento de haber hecho la expedición, y se dió á comer sabrosísimos conejos y excelentísimas perdices, y á beber un vino tinto que se podía cortar, sin alcohol ni sustancia alguna dañina, y una aromática leche de cabras, capaz de regenerar, no digo á un sabio averiado como D. Ginés, sino á todos los tísicos de la coronada villa.

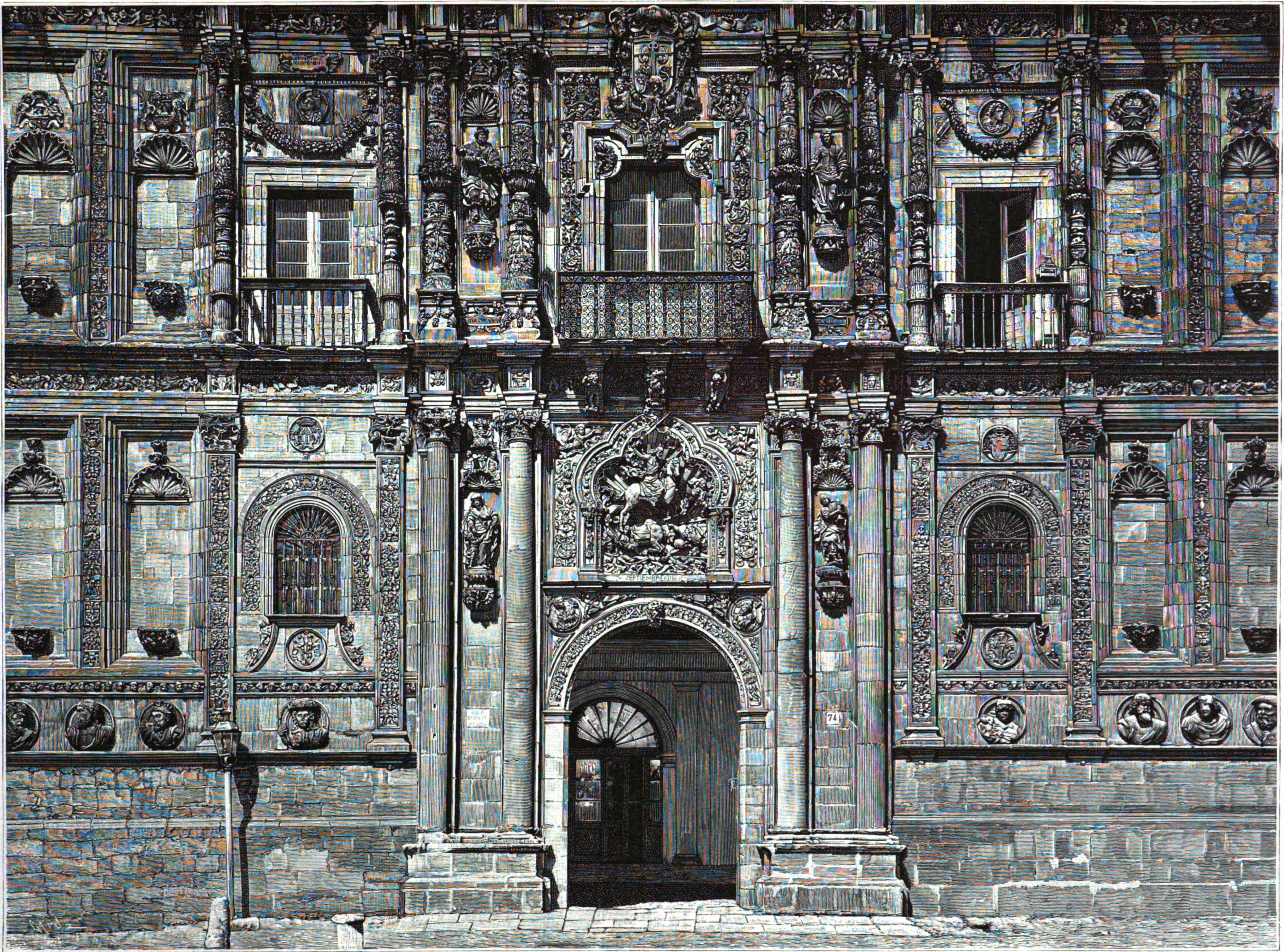
Y conoció D. Ginés á Bernabea, la hija del señor Trifón, una mujer en todo el esplendor de la hermosura, alta, fornida, perfectamente hecha, con unos brazos que á D. Ginés le parecieron modelados por el mismísimo Fidias, y unos pies diminutos, á pesar de las considerables proporciones del cuerpo que sostenían; una doncella de treinta y cuatro años, que, criada en aquella espléndida naturaleza, y no habiendo amado nunca, al decir de su padre, parecía como que no contaba más de los veinticinco. Y sobre tan superiores cualidades físicas, una amabilidad, un buen humor, una sinceridad y una inocencia que excitaron poderosamente la curiosidad del sabio y le cautivaron.

Y como el hombre cobraba singular vigor y estaba bien comido y bien bebido y no tenía nada que hacer, y el Sr. Trifón se iba por la mañana á su despacho de la alcaldía, donde siempre estaba muy ocupado, *chanchulleando* con el síndico y el secretario, y Bernabea se quedaba al cuidado del huésped, sucedió que éste pudo á su sabor aquilatar las perfecciones de la gran moza, y al cabo de un mes ya ésta le había dado una guantada, por no sé qué atrevimiento que con ella tuvo, con lo que le volvió loco de amor, ó de otra cosa; pero ¿qué no había de conseguir de una sencilla aldeana, puesto ya en tal empeño, un sabio que había descubierto el origen de los orígenes de la lengua, los más recónditos misterios de la geología, los pensamientos de los grandes hombres y de las grandísimas mujeres de la Historia, y para quien no había secreto en el suelo ni en el subsuelo, ni siquiera en el cielo?.....

Fué el caso que un día que el Sr. Trifón volvió súbitamente á casa, lleno de ira por haber recibido aviso de la venida de un comisionado de apremio con siete pesetas cincuenta céntimos de dietas, se encaró con D. Ginés y le dijo, á pesar del respeto que le merecía por sabio y por dueño de la finca, que si no se casaba con Bernabea no salía vivo del pueblo. Don Ginés, cogido como un estudiantillo incauto, prometió lo que el Sr. Trifón quiso que prometiera, y cuando volvió á Madrid, completamente repuesto de salud, vino casado con la hermosísima Bernabea, sin haber averiguado, él que todo lo averiguaba, por qué una mujer de tan ventajosas prendas personales había llegado soltera hasta los treinta y cuatro años; y más le valió no averiguarlo, porque el resultado de su investigación, si la hubiera hecho, habría sido el triste convencimiento de que entre los brutos del pueblo no habían dado D. Trifón y su hija con otro tan candidato como él. Prendado estaba, eso sí, de su mujer, y era hombre de conciencia estrecha, por lo que se sintió satisfecho de haber cumplido su obligación, y estimó que la conducta del Sr. Tri-



TIPOS Y COSTUMBRES ANDALUCES.—UN PATIO DE CÓRDOBA.
COMPOSICIÓN Y DIBUJO DEL SR. DÍAZ HUERTAS.



LEÓN.—FACHADA PRINCIPAL DEL EX CONVENTO DE SAN MARCOS.

(De fotografía del sucesor de Laurent.)

fón había sido la propia de un anciano investido de la doble autoridad augusta de padre y de alcalde.

Además de que le gustaba mucho la mujer que, en penitencia de su flaqueza, se había visto obligado á tomar, su amor propio estaba empeñado en una empresa meritoria, aunque temeraria: habíase propuesto desasnar á Bernabea, porque Bernabea, y no la quiero ofender, era el más acabado modelo de mujer ignorante, y acaso no fué este el menor encanto que halló en ella el sabio humanista y filósofo que, acostumbrado en sus profundos estudios á vencer las mayores dificultades, no podía arredrarse ante una que parecía, en puridad, más insuperable que todas.

Bernabea no sabía nada de cosa alguna, ni leer, ni escribir, ni hablar, es decir, hablar sabía á su modo, diciendo en cada palabra un barbarismo, y formaban un contraste singular el alambicamiento y pulcritud del lenguaje del académico y la charla bestial de su mujer. Don Ginés, al propio tiempo que compró á su amada esposa ropa de señora, incluso un sombrero, con el que estaba fusilable la pícara, le compró una cartilla, ganoso de iniciarla en el conocimiento del abecedario, y en seis meses no pudo Bernabea pasar al Catón. Así como á los chicos que son aplicados los premian sus padres y maestros, el profesor de Bernabea la estimulaba comprándole galas y llevándola á las diversiones públicas, siendo de éstas las que merecían su preferencia los ejercicios gimnásticos, que llamaba títeres, los toros y las comedias de magia. La ópera la aburría grandemente, y el drama y la comedia no le interesaban; como que no entendía una jota del argumento ni del lenguaje. Cuando D. Gines le hacía prudentes observaciones acerca de la necesidad y conveniencia de educarse é instruirse, contestaba la desabrida Bernabea:

—¡A mí no me vengas tú con finuras! ¿Oyes tú?...... Y no me quemes la sangre, que no me da la gana de *deprender ná*, ni lo *nesecito*, ¿te enteras?..... Si querías una mujer *leía y escribía*, te *hubieas casao* con la maestra de mi pueblo, D.ª *Inginia*, que *paece* un burro en pie, con sus *antimparras* y *tó* cuento; pero á mí me *paece* que me buscaste tú por otra cosa que por la *destrución*, digo yo que sería por otra cosa..... Conque á ver cómo me dejas en paz, y no me vienes con librotes, que no los *pueo* ver..... Yo hablo como sé y como quiero, y al que le duela que se tape las orejas.

Don Ginés, un purista intransigente, que tenía en la cabeza los clásicos, que si en un impreso veía mal colocada una coma se le quitaba la gana de comer, y que fuera de su casa sólo hablaba con personas incapaces de cometer el más leve error gramatical, bien que ninguna otra calzaba, en su opinión, los puntos que él en materia de lenguaje, no podía menos de sufrir el más cruel martirio en el domicilio conyugal, donde la indómita Bernabea, no solamente le hablaba en bárbaro, sino que se complacía en mostrar que la pureza del lenguaje y la sabiduría de su marido le parecían las más despreciables pamplinas.

¡Y cómo temblaba el sabio cuando iban á visitarle sus colegas de alguna de sus Academias! A lo mejor, cuando estaban hablando de cierto descubrimiento arqueológico de una importancia colosal, llegaba al despacho Bernabea, y al ver que los visitantes se ponían en pie cortésmente, les decía: «¡*Sientarse, sientarse*, que ya me voy!..... Oye tú, preguntaba á su marido, ¿no has visto aquí, por *causaliá*, los zorros?.....» Y D. Ginés se ponía rojo de vergüenza, y se amoscaban los otros sabios.

Su generoso propósito de ilustrar á su mujer fracasó por completo, y con profundísima amargura tuvo D. Ginés que renunciar á tan buena obra, y conformarse con su mala suerte. Doña Bernabea agradeció mucho que no la mortificase más con sus lecciones de bien hablar, y se holgó grandemente, muy ufana de haber logrado recobrar la libertad de disparatar á su sabor. Don Ginés sufría y callaba, persuadido de que no había remedio para él.

Preparábase una solemnidad académica muy importante. Don Gines era el encargado de leer un discurso que le había costado años de investigaciones y estudios y que era su obra maestra. El acto sería brillantísimo; asistirían todas las más eminentes ilustraciones del país, el Gobierno, la diplomacia; y del extranjero venían comisiones de sabios: tal era la trascendencia del tema que D. Ginés había de tratar en su discurso. El sabio iba á obtener un triunfo decisivo sobre todos los sabios. Pero estaba escrito que D. Ginés no podría saborear su triunfo. La víspera me dijo D. Ginés:

—¿Querrá usted hacerme un favor?.....

—Con mucho gusto.

—Mañana va á ir Bernabea á la Academia, y quisiera que usted la acompañara.

Me eché á temblar, pero no me atreví á negarme.

—Como ella no estima en nada mis trabajos y mi reputación, quiero que presencie el acto solemne de mañana; quizá ese espectáculo desconocido para ella la impresione y contribuya á modificar su carácter indómito y bravío. Por lo menos, verá que su marido es una personalidad estimada y respetada por todo el mundo.

No me atreví á destruir esta postrera ilusión del sabio.

El día siguiente, Bernabea, lujosamente aderezada, tomaba asiento en la primera fila de sillones destinados al bello sexo en aquella brillantísima solemnidad, donde se había reunido todo lo más selecto de todas las aristocracias. Don Ginés apareció con su uniforme de académico, sus bandas, sus cruces, sus siete medallas, y el ilustrado concurso, al verle, saludó al sabio con un murmullo que era expresión espontánea de simpatía y admiración.

Yo había dejado en su sitio á D.ª Bernabea, y desde el mío la miraba atentamente. Su actitud era correctísima; no se movía, ni hablaba con las señoras que estaban á su lado. Parecía fija su atención en el estrado, donde á la derecha de la mesa presidencial estaba en pie D. Ginés disponiéndose a comenzar la lectura de su discurso.

Y empezó en tono reposado y grave, cautivando á los oyentes desde la primera frase. El discurso era una maravilla en el fondo y en la forma, y todo el mundo le oía con asombro. ¡Qué galanura tan hermosa de estilo! ¡qué profundidad de pensamientos! ¡qué imágenes tan bellas! ¡qué ternura y qué delicadeza en unos párrafos dedicados á la mujer!..... Todas las señoras sonreían satisfechas y agradecidas, todas menos Bernabea, que no se movía. Era obra larga el discurso, pero no lo parecía. Aquel prodigioso trabajo científico, literario y filosófico era de tan subido mérito, que se oía con mayor deleite que el que produce una música deliciosa. El interés y la atención del público aumentaban conforme D. Ginés adelantaba en la lectura. En nadie podía advertirse la más leve señal de cansancio.

Leía D. Ginés grandilocuentes párrafos en primorosísimo lenguaje escritos; el silencio era tal que se hubiera oído el vuelo de una mosca recién nacida..... y en medio de aquel silencio imponente, en medio de aquel triunfo de la sabiduría, oyóse súbitamente un ruido por todo extremo desagradable, oyóse roncar á una persona como puede roncar un aguador ó un cochero.

—¡Chist!—murmuró el público.

Don Gines calló un momento y miró..... y se le cayó de las manos el libro en que leía.

La que roncaba estrepitosamente era D.ª Bernabea.

D. Ginés, rojo de ira y de vergüenza, tomó tembloroso el discurso que había recogido del suelo otro académico, y ya el pobre hombre, sin serenidad, sin calma, continuó la lectura, pasando por muchas páginas sin leer para acabar pronto. Y en el público, ya distraído, se comentaba el triste caso, y nadie ignoraba ya que la durmiente era la propia esposa de Escardillo. Concluyó don Ginés su lectura, y le saludaron los nutridos sinceros aplausos de la concurrencia, con que despertó del todo la ilustre D.ª Bernabea.

Cuando salimos, todo el mundo miraba con extrañeza á la mujer del sabio, y todo el mundo pensaba, sin duda:

—¡Qué sabio tan mal empleado!

—¡Buena la ha hecho usted, señora!—la dije.

—¿*Pus* qué he hecho?

—Dormir y roncar.

—¿*Pus* qué había de hacer.....? ¡Era muy bonito el sermón de Ginés.....! Si lo *hubiea sabío, cualisquiera* me trae á mí á una cosa tan tonta.

D. Ginés llegó á su casa en un estado lastimoso de excitación. Se descolgó las medallas y las tiró; se quitó el espadín y temí que se atravesara con él; era buen cristiano y no lo hizo, pero tiró el arma al suelo, arrojó la casaca y se metió en su despacho. D.ª Bernabea le siguió.

—¡Oye tú!.... ¿Qué mosca te ha *picao?*—le preguntó.

D. Ginés, que se había tirado en una butaca, la miró y murmuró:

—¡Infame, infame! ¡Me has muerto!

....

Y, en efecto, aquella noche D. Ginés moría súbitamente, víctima de la zafia palurda; las ciencias, las letras y las artes perdían una verdadera lumbrera; D.ª Bernabea adquiría el derecho á una pensión del Estado, y los periódicos enviaban el más sentido pésame á la *ilustre* viuda.

CARLOS FRONTAURA.

LA MUJER SABIA.

A encantadora Enriqueta formaba parte de una de las familias más distinguidas de Santander, y estaba, por tanto, muy bien relacionada; pero entre todas sus relaciones no contaba con una amiga de veras, y menos con un amigo leal. Obedecía esto al notable mérito de la muchacha, y muy especialmente á su portentosa sabiduría: que nunca cuentan con amigos los que mucho saben, sino con aduladores y envidiosos, y Enriqueta, por su condición femenina, no contaba, tocante á su saber, sino con los últimos.

No pudo presumir ella, pienso yo, al decidirse á estudiar como un hombre, es decir, como un hombre que estudia, que lo que en éste se considera como merecimiento fuese motejado en ella como defectuoso, porque entendía que el espíritu, emanación de la Divinidad, que, fuera de su material representación, carece de sexo, es por esta circunstancia de igual índole cuando reside en cuerpo varonil que cuando se oculta en envoltura de mujer.

Lo peor del caso era que la muchacha llevaba trazas de no casarse nunca. No había entre sus conocidos quien se atreviese á cortejarla; menos aún quien pensara en casarse con ella. Consideraban los mozos como un grave peligro hacer vida con hembra de tanto discurso, afirmando que en la familia nadie sino el hombre debe ser docto, aunque éste sólo demuestra su sabiduría fuera de casa.

Tachábanla, además, por inmediata consecuencia, tanto ellas como ellos, de muy soberbia y aun más vanidosa, y se reían de su aire pedantesco, si bien la soberbia y vanidad de Enriqueta no habían alcanzado en ella el desarrollo que generalmente adquieren en los hombres ilustres y en la mayoría de los ignorantes, y su aire pedantesco no llegaba tampoco á lo que en la mujer se llama coquetería y puede considerarse como la pedantería de la hermosura.

Pero como hasta el presente las mayorías se imponen, sin perjuicio de que el tiempo dé la razón a las minorías, Enriqueta, convencida de que por aquel camino no iba á ninguna parte, decidió fingir que estaba á obscuras, aunque la naturaleza la había dotado de muy hermosos ojos y de superior entendimiento, y salió de Santander, donde ya, como la conocían, no le hubiera sido posible representar con éxito satisfactorio la comedia que imaginaba.

En Madrid causó gran efecto su hermosura, y más aún su candor y su inocencia, y, sobre todo, su absoluta ignorancia. Llamáronla por esto la inocente novicia, y se decía de ella que era una monja trasladada desde el claustro al bullicio del baile.

Muchos elegantes moscones codiciaron bien pronto aquella apetitosa golosina, y hasta cayó en el lazo un taimado solterón que pasaba de los treinta y que había jurado no casarse, temeroso del mucho saber de las mujeres que trataba.

En éste puso los ojos Enriqueta, porque en él había puesto su cariño, y con él extremó su fingimiento, hasta el punto de que el galán retraído perdió el temor al matrimonio y se casó con ella. Arturo, que él así se llamaba, solía decir muy satisfecho que su mujer era lo suficientemente ignorante para hacerle dichoso.

Pasaron años, y Arturo era cada vez más feliz. Comparaba á su cándida costilla con las demás esposas, y compadecía á aquellos desgraciados maridos dominados por la peor de las tiranías, por la tiranía de la ignorancia; porque, según él, las demás mujeres no eran lo bastante indoctas para no tiranizar, y sí lo suficiente para tiranizar de mala manera.

Este parangón entre su mujer y las de los demás daba por resultado en él un aumento incesante de cariño, y á todas horas y con todo el mundo ponderaba las cualidades de la inocente novicia, como todavía se la denominaba. Así es que todos los amigos de Arturo estaban hartos de saber que su linda consorte era honesta, hacendosa, activa, prudente y ajena á las chinchorrerías de su sexo; que tenía gran acierto para el ornato de la casa, gran disposición para el ahorro, envidiable talento natural, y que la mansión del matrimonio feliz podía considerarse como modelo de orden, de economía y de buen gusto. Y era así ciertamente: porque Enriqueta manifestaba su saber hasta en las cosas más triviales, y cuanto ejecutaba ó dirigía había de estar, por precisión, dirigido ó ejecutado con inteligencia.

Lo más admirable para Arturo era el cuidado que su mujer ponía en no serle jamás importuna. Ni una sola vez le distrajo de sus ocupaciones con impertinencias mujeriles, ni entró en su habita-

ción sin ser llamada, cuando él se dedicaba á sus estudios, sobre todo cuando se esforzaba por comprender las profundas observaciones que encontraba en las obras del célebre Ludwig Kahl, el más sabio, según él, de todos los filósofos coevos. Y eso que muchas veces había querido hacer partícipe á la esposa de la admiración que él sentía por el sabio alemán, leyéndole trozos de su filosofía, que él calificaba de admirables. Pero su inocente costilla le había escuchado con tanta boca abierta como si oyera las coplas de Calaínos, y hasta se había dormido alguna vez, haciendo que su esposo casi se arrepintiera de haberla elegido con tan absoluta ignorancia.

Este arrepentimiento duraba, como es natural, no más que un instante, y Arturo volvía á dar gracias á Dios de que Enriqueta no entendiera de otra cosa que del cuidado de la casa y de leerle todas las mañanas los periódicos, haciéndole reir mucho por el modo extraño con que pronunciaba los nombres de personajes extranjeros.

***

Eran poco más de las ocho del día, y Enriqueta se entregaba á dicha ocupación, sentada en una cómoda butaca, cerca del lecho que aun ocupaba su marido. Éste oía la lectura con singular interés. ¡Como que el periódico trataba extensamente de su filósofo predilecto!

Ludwig Kahl, según aquel diario, dejaba para siempre de escribir. Obedecía esta extraña determinación á una exigencia todavía más extraña. Una mujer, la esposa de Kahl, se oponía terminantemente á que su marido continuase trabajando, y éste, dócil con exceso, no había podido resistir á tan absurda imposición.

Arturo arrebató de las manos de su esposa el periódico en que aquélla leía, y cuando se convenció de que la noticia era cierta, fueron muchos y terribles los apóstrofes que lanzó contra la incomprensible mujer del ilustre filósofo.

Duróle todo el día aquel disgusto y aun continuaba á la mañana siguiente, cuando recibió de nuevo su periódico diario. Enriqueta recorrió con la vista, obedeciendo al mandato de Arturo, las columnas de la primera plana y la mitad de la segunda. En el centro de ésta se leía en gruesos caracteres el nombre del sabio alemán, y por debajo, en letra más pequeña, «Rectificación».

¡Rectificación! Arturo supuso desde luego que la noticia del día antes era una noticia equivocada, é instó á su esposa para que se apresurase á leer; pero la rectificación no se refería á la resolución del sabio; se refería á su sexo. Ludwig Kahl era un seudónimo bajo el cual se ocultaba una joven; una *chica alemana*, como quien dice. No podía, pues, ésta tener mujer que se le opusiese, pero sí podía tener marido, y lo tenía con efecto, y éste había hecho uso de su autoridad para impedir que su esposa continuara dedicándose á trabajos en ella tan impropios.

Quedóse como corrido Arturo al enterarse del cambio operado en el sexo de su filósofo favorito, y mucho más cuando la dócil Enriqueta se rió de él en sus propias barbas, dando la razón al exigente marido y calificando á la filósofa con el nombre de marimacho. Y como la taimada novicia acentuaba cada vez más sus burlas, creyóse obligado Arturo á volver por su crédito, recordando lo mucho y bueno que á su misma esposa había dicho del célebre Ludwig Kahl.

Esforzó, pues, la imaginación para destruir en un instante todo lo que en tantos años había expuesto en contra de las marisabidas, y entre otras cosas, expresadas con gran calor, dijo estas á su atónita mujer:

—No afirmaré, ni mucho menos, que todas vosotras tengáis condiciones para el estudio, y no debéis, por tanto, aspirar todas á convertiros en sabias; pero esto mismo pudieran tenerlo en cuenta los más de los hombres, puesto que el menor número de ellos, un insignificante número mejor dicho, es el que llega á hacerse notable. La inteligencia es un dón que la naturaleza otorga, no seguramente para que se le conserve oculto, porque entonces la dádiva resultaría estéril, y debiera, por tanto, excusarse. Cierto es, por desdicha, que la mujer que sabe toma un aspecto de superioridad que resulta ridículo; pero aparte de que esta falta es casi común también en los hombres ilustres, acaso resulta más visible en vosotras, por lo mismo que parece extraño y aun burlesco entre los palurdos cualquier hombre de correctos modales. Una mujer docta, donde tan pocas existen, es natural que produzca extrañeza.

Enriqueta escuchaba todo esto con asombro fingido, pero con íntima satisfacción; y levantándose súbitamente sacó de su escritorio multitud de papeles escritos y los puso delante de su esposo, que los contempló estupefacto. Aquellos papeles eran los borradores de las obras de Kahl. Su mujer, la inocente novicia, era el mismísimo sabio que tanto le admiraba.

A las interjecciones que en Arturo produjo el asombro, y á las preguntas que le sugirió la sorpresa, contestó su joven esposa con la siguiente consulta:

—¿Habla ó enmudece tu filósofo predilecto? Eres mi marido y debo respetar tus órdenes; díctalas, pues, que yo las ejecuto.

Arturo permaneció silencioso un buen rato, y al cabo dijo:

—Continúe Ludwig Kahl asombrando al mundo con su ciencia; sé tú para mí, desde ahora, Enriqueta la sabia, y sigue siendo para los demás la ignorante novicia, ya que este mundo es de tal naturaleza que pone en ridículo hasta el saber.

LUIS CALVO REVILLA.

MAYO.

SONETO.

Mayo fascinador, bello y triunfante,
Delicioso Don Juan, siempre adorado,
Luce su vestidura de brocado,
Sus joyas y su espada deslumbrante.

—¡Terrible seductor, pérfido amante,
Con tu encendido beso perfumado
Cuánta, cuánta virtud has ablandado
Más resistente y dura que el diamante!—

Mayo os sonríe, jóvenes dichosas.
¡Ya pulsa alegre su laúd sonoro!
¡Ya os da claveles y fragantes rosas!

¡Ya la escala gentil de seda y oro
Pone en vuestro balcón!..... ¡Temblad, hermosas;
Que pronto verteréis amargo lloro!

MANUEL REINA.

20 Mayo 94.

Á EDUARDO VINCENTI.

Ni Ilustrísimo señor,
Ni Director general:
Quiero hacerte más favor;
Te llamo *amigo leal*,
Que es muchísimo mejor.

Yo, que la igualdad bendigo,
Medir distancias no quiero.
Debo ser franco contigo,
Y escucha lo que te digo,
Mi querido compañero.

Aquel antiguo oficial
Telegráfico-postal,
Hoy sus talentos revela
De *Capitán general*
De los Maestros de escuela.

Soldados de la instrucción
Que luchan con decisión
Sin fusil y sin espada.
¡La milicia más sagrada
Con que cuenta la nación!

Ejército veterano
Que, en combate sobrehumano
Contra la ignorancia loca,
Lleva la ciencia en la boca
Y el Catecismo en la mano.

Soldados que al pelear
No consiguen ni aun cobrar
El triste *plus de campaña*
Que se le abona en España
Al último militar.

Ya sabes, querido amigo,
Que es verdad lo que te digo;
Con que haz por decoro nuestro
Que no deshonre un mendigo
El título de Maestro.

Ya que el mando te confieren,
Sé su amparo y su tutela.
¡Grita, si oirte no quieren,
Que hay mártires que se mueren
En el rincón de su escuela!

Toma su defensa en serio;
Haz que un crédito te den,
Y en gracia del Magisterio
Dentro de tu Ministerio
¡Pide limosna también!

Del último campeón
Mártir de su obligación,
Ve la situación precaria:
¡Cuida la instrucción primaria,
Base de toda instrucción!

Demuestra tu preferencia
Á la ilustración sencilla
De la tierna inteligencia:
Á la modesta cartilla,
Que es la llave de la ciencia!

En el progreso que avanza
Cifra toda tu esperanza,
Y bendice como yo
Esa práctica enseñanza
Que Frœbel nos demostró.

Mezcle el niño sin querer
El juego con el saber,
Y halle en el aula agradable
Pocos libros que aprender
Y mucho aire respirable.

Ya llegarán los rigores
De otros problemas mayores
Y otras dudas angustiosas.
¡Dale á la infancia sus flores
Y sus blancas mariposas!

La lucha no te intimide,
Y triunfarán tus desvelos.
El amor mis versos mide.
¡Es el padre que te pide
Luz para sus pequeñuelos!

¡Con cariño paternal
Por la tierna infancia vela,
Y alcance gloria inmortal
El Capitán general
De los Maestros de escuela!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Mayo 1894.

DOS RAYOS.

I.

Llenaba la muchedumbre
Los ámbitos de la iglesia;
Llenaban, la fe, mi alma;
Mi corazón, las creencias.

Cerca de mí, arrodillada
Como una virgen que reza,
Vi una hermosa criatura
En negras gasas envuelta.

Y rezaba yo, pensando
En esa dicha suprema
Que deben sentir las madres
Cuando á rezar nos enseñan.

II.

Llenaba la muchedumbre
Los ámbitos de la iglesia;
De la altura descendían
Frases de elocuencia llenas.

Cual si la noche llegara,
Cual si la luz se escondiera,
Sentí enturbiados mis ojos
Por una nube muy densa.

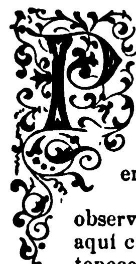
Fué que á un tiempo me ofuscaron
El rayo de la elocuencia,
Y un rayo de sol dormido
Sobre su rubia cabeza.....

RAFAEL OCHOA.

Segovia, 1894.

FANTASÍA MUSICAL

SOBRE MOTIVOS..... DESAGRADABLES.



PARA que la vida social se haga posible, preciso es que el individuo, lejos de pensar exclusivamente en sí, trabaje también por el bienestar general, sacrificando á veces su propia conveniencia. Sin esto, la sociedad caminaría rápidamente á su disolución, y tardaría poco en desalquilarse el mundo.

No quiero darme la importancia de que esta observación profunda la he hecho yo para estrenarla aquí como empuñadura de este artículo. No me pertenece: sentencia es del célebre filósofo llamado Perogrullo. La he estampado aquí porque, si bien las famosas verdades de ese gran sabio merecen ser conservadas en la memoria, hay muchos que las desprecian ó las ponen en olvido.

En efecto, hombres vemos que parecen ignorar la existencia de los demás, y andan por el mundo como si no hubieran de tropezar con nadie, como si estuviesen solos. Tal es el egoísta: en su feroz subjetivismo considera la humanidad reducida á su persona, y cree que la Providencia ha hecho de él su único hijo. El globo entero es un hotel construído exprofeso para que él lo habite, y en el banquete de la vida no ve más que su plato, y extiende tanto los codos en la mesa, que no deja sitio á los demás para que coman. Imaginando que las calles son de su exclusiva propiedad, al andar por ellas va haciendo el molinete con el bastón, sin que por un momento se le ocurra la idea de que hay transeuntes, y de que éstos tienen ojos: cuando más, se acuerda de que también llevan bastones.

Y aun así no está contento, y refunfuña, como si el autor de la fábrica del universo no hubiera seguido puntualmente las instrucciones que él le dió para que le hiciese este planeta.

Tales individuos forman, por desgracia, una clase muy numerosa, y la sociedad se ha visto obligada á prevenirse contra ellos.

Y no es, á fe, ociosa la prevención. Sin atacar abiertamente, al parecer, la libertad de los demás, y manteniéndose en los límites de su derecho, puede el egoísta ser causa de que resulten nulas ó poco menos las ventajas que la vida social reporta. A evitar tan grave inconveniente se enderezan esas disposiciones de policía urbana en que, para hacer más fácil y agradable la existencia de los individuos que forman una agrupación, se prohiben ciertos actos que, sin ser malos en sí, pueden producir á la colectividad grandes molestias.

Aunque la cosa es clara, y para comprenderla no hay que hacer un esfuerzo intelectual desesperado, como necesito llenar unas cuartillas y no sé qué tal andaré de ideas, pondré á manera de ripio aclaratorio un ejemplo, y acaso dos, si mientras estampo el primero se me ocurre otro.

Que es lícito cazar gorriones lo dirá cualquiera, si no es gorrión ó miembro de la Sociedad Protectora de Animales: convenido. Mas para prohibir andar á tiros por las calles con esos pájaros, no es menester ser gorrión ni considerar á los gorriones como prójimos. Para ello no hay que extender la filantropía hasta las especies ornitológicas y ponerlas al amparo del quinto mandamiento; basta tener en cuenta lo que por lo regular molesta al transeunte recibir en los ojos la perdigonada dirigida á un pájaro.

Por esto en el interior de las poblaciones no se tolera el ejercicio de ciertas industrias, dignas por otra parte de tanto respeto como la de exterminar gorriones.



Ilmo. Sr. D. GERMAN HERNÁNDEZ AMORES,
NOTABLE PINTOR. ACADÉMICO DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.
† en Murcia, el 17 del corriente.

Sólo por evitar molestias al transeunte se impide al picapedrero que labre los sillares al pie de la obra. Y está muy bien dispuesto, sí, señor; pues no es cosa de que cuando un vecino sale á la calle para sus asuntos, ó á esparcirse un poco, vuelva á su casa con el aparato visual descalabrado.

Una razón análoga—ejemplo número dos—ha movido á prohibir dentro del recinto municipal lo que produce olores nauseabundos. Y hasta ahora, que sepamos, nadie ha encontrado mal que se guarde ese respeto á la inviolabilidad de las narices.

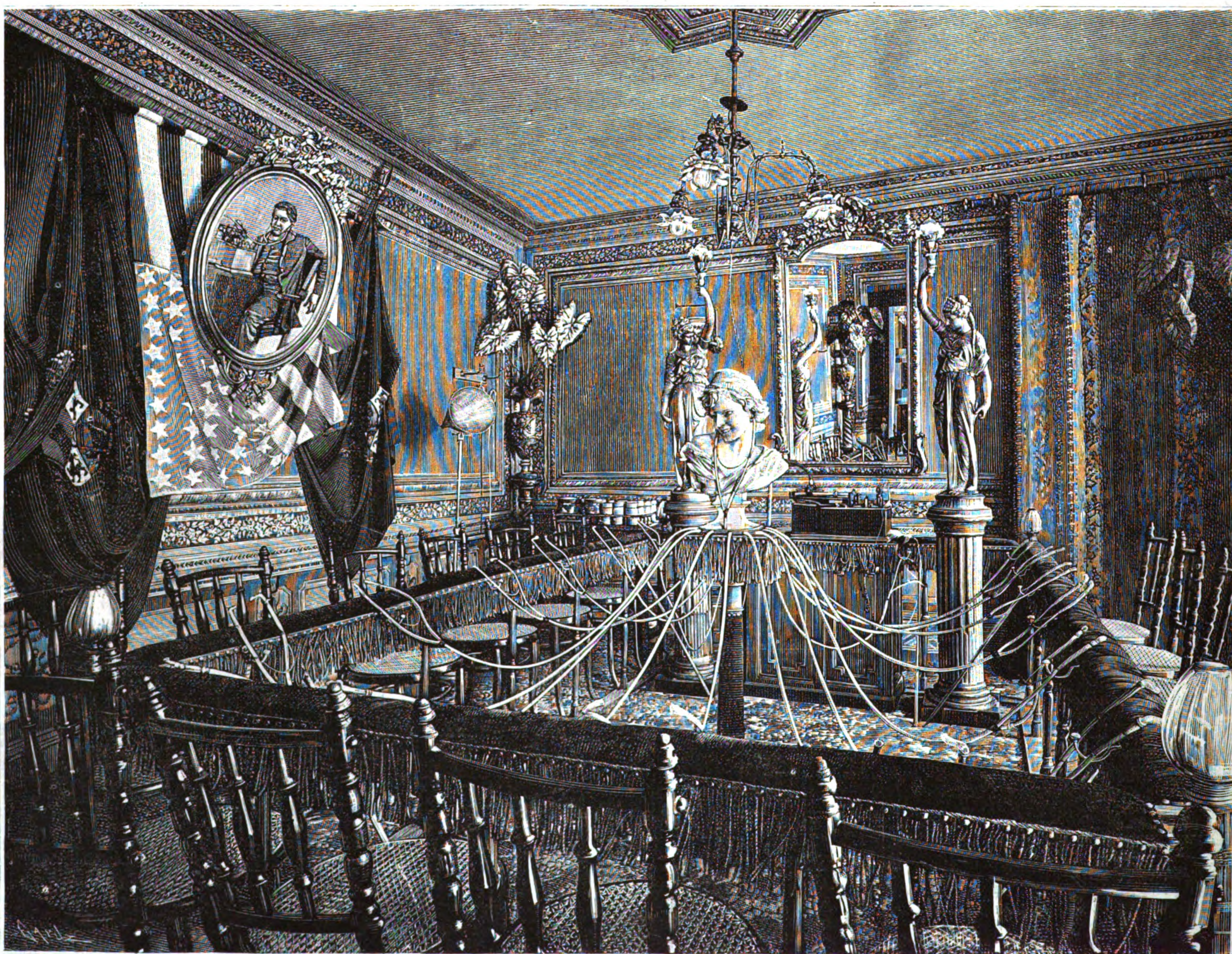
Pero ¡qué anomalía! Mientras á un honrado y laborioso obrero se le impide ganar el pan de su familia labrando piedras ó curtiendo pieles en determinados sitios, ninguna traba se pone al zascandil que alborota día y noche la vecindad aporreando un piano.

Bien está que la acción tutelar y previsora de la ley se ejerza en favor del olfato y de la vista; pero ¿qué razón hay para no velar también por el oído? Cuando tanta solicitud merecen los ojos y las narices, ¿cómo en vez de dar protección á las orejas se las tiene en el más completo desamparo? ¿No es una flagrante injusticia y una contradicción inexplicable que la ley se muestre tan severa con el picapedrero y el curtidor, mientras guarda al pianista el mayor respeto?

¡Y cuidado si esa tolerancia con el piano ha traído consecuencias! Ese diablo de instrumento es el mayor estorbo que hallan en la vida social moderna el reposo y la tranquilidad del ciudadano.

En todas partes se le halla: ese infernal armatoste lo tiene hoy invadido todo.

Es increíble lo que con sus patas rudimentarias puede correr ese monstruo disforme y barrigudo. Muy poco después que la brújula del explorador, y casi antes que la *Biblia* del misionero, llega el piano á todo país que de buena ó mala voluntad abre sus puertas al



MADRID.—«ESPECTÁCULO CIENTÍFICO» DEL SR. PERTIERRA.—LA SALA DEL FONÓGRAFO EDISON.
(De fotografía.)



«CUENTOS FANTÁSTICOS PARA NIÑOS»,

ESCRITOS POR LOS «HIJOS DE GRIMM»; ILUSTRADOS POR GROT JOHANN.

MUESTRA DE LOS GRABADOS DE ESTA OBRA, PUBLICADA RECIENTEMENTE POR LA IMPORTANTE CASA EDITORIAL ALEMANA «DEUTSCHE VERLAGS-ANSTALT».

espíritu del siglo. Así se explica que en las comarcas donde la civilización empieza á hacer pinitos, casi tan pronto como las detonaciones del rifle y la predicación del Evangelio, se oiga el piano, siendo este instrumento ya vulgar en esos países donde los calcetines y el jabón parecen todavía invención reciente. Por eso vemos que ese ruidoso aparato, no sólo ha tomado carta de naturaleza, sino que ha venido á ser como institución fundamental en esas poéticas regiones donde los indígenas con taparrabos ventilaban no ha mucho sus cuestiones políticas ensartándose unos á otros en el asador, ó poniéndose en cazuela para comerse después con los dedos.

Pero aquí es donde hay que verlo, metido en todas partes, aturdiéndonos á voces, tiranizándonos á todos y haciendo cada día más prosélitos. Porque, eso sí, ese monstruo, que cuando calla presenta un aspecto estúpido, en cuanto abre la boca y enseña sonriendo sus blancos dientes, tiene diabólica habilidad para seducir á los incautos. A esto contribuye mucho el servilismo con que se presta á las mayores abominaciones musicales.

Otros se aficionan á él, considerándole como una especie de incubadora para empollar artistas. ¡Así salen ellos! Por lo general, los que saca el monstruo se imaginan que la realización del ideal se logra sin más que tener buena muñeca y menear mucho los dedos. Los muy ramplones se satisfacen con obtener, por procedimientos mecánicos, algo así como fotografías musicales.

Por eso ha cundido tanto y nos hace la vida insoportable. En medio del monstruoso zumbido que produce la febril actividad de una ciudad populosa, sobresale el piano, y su ruido molesta entre el formidable estrépito de los coches, las campanas, los perros, las murgas, los chiquillos y los vendedores ambulantes.

Porque contra estos ruidos tiene usted el recurso de meterse en casa, á donde llegan muy débiles; pero del piano es imposible defenderse. Si se encierra usted en su cuarto y quiere leer, estudiar, dormir ó hace un artículo tal vez para que el lector se duerma, el piano de arriba, el de abajo, el de al lado y alguno por detrás descargan sobre usted un chaparrón de fantasías, sonatas, nocturnos, fugas, *scherzos*, preludios y variaciones.

Preciso es en tal caso soltar la pluma y cerrar el libro para refugiarse en lo más profundo de la alcoba y pedir auxilio al sueño.

Mas ¡ay! también el dormir se ha hecho imposible. Con más razón que Macbeth, después de haber dado muerte á Duncan sorprendiéndole dormido, puede el piano decir que ha matado el sueño.

Imposible dormir desde que empiezan las vecinitas á retozar con sus respectivos monstruos. También á la alcoba llegan las risotadas que arranca al piano una mano juguetona haciéndole cosquillas, y también allí retumban sus bramidos cuando se le aporrea en honor de Wagner.

Vaya usted á dormir cuando desde la alcoba oye los lamentables gemidos de un nocturno, ó se le mete en la alcoba una polka de salón que con su *toilette tapageuse* se pone á dar carreritas cromáticas y saltos desatinados, dislocándose con cabriolas y contorsiones inverosímiles.

Usted pensará que para sustraerse á tal martirio le queda el recurso de la fuga. ¡Ya está usted fresco!

Se echa usted á la calle para tomar el camino de la Bombilla ó de las Ventas, y de cada balcón, como si regaran los tiestos con solfa, le cae una rociada de corcheas, los arpegios corren tras de usted á largas zancadas, y las octavas le persiguen dando saltos.

Pero no es esto lo peor. Al volver la esquina se encuentra usted de manos á boca con el monstruo, que en medio de la calle está escandalizando el barrio con sus voces.

Sí, señor: aburrido de la vida sedentaria, el piano ha discurrido salir á la calle, á guisa de paralítico, montado en un carretón que le permite darnos caza y le sirve de cureña para hacer sus disparos musicales.

Lo único que hemos logrado con la movilización del monstruo es que la vecinita no le acompañe. Quien le hace cantar al aire libre y le lleva el compás es un zopenco, que entre mazurka y schottisch se echa á pechos una copa de aguardiente y remoja con peleón las melodías.

También se ha hecho imposible el paseo. El monstruo correrá tras de usted hasta las Ventas ó la Bombilla. No hay más remedio que armarse de paciencia y aprovechar para el estudio ó el trabajo, como ahora hago yo, esos momentos que las vecinas consagran á sus novios ó á.....

¡Cielos! ¡qué oigo! Ese ruido..... Parece que en la habitación contigua..... ¡Si será.....!

El corazón me ha dado un vuelco, como si al cruzar solo y en noche obscura un bosque hubiese oído amartillar una pistola.

¡Un acorde! Bien me lo temía yo. Sí; no hay duda: ya está ahí el *scherzo*. Le conozco mucho..... de oídas. Y tras él vendrán de reata el nocturno, la fuga y....!

No hay salvación, está visto. En tan desesperado trance, impulsos estoy sintiendo de llamar á la vecina, y decirle:

—Señorita, ¿quiere usted que toquemos á cuatro manos?

Eladio de Lezama.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Melburne: la emigración al Uruguay.—Los *unemployed* en la colonia Victoria: la industria miserable de la adopción de niños; crímenes consiguientes.—*Sidney:* borrascas y calenturas del Parlamento; los humos de la independencia.—La industria de exportación de carnes á Europa; producción de oro; el comercio de Victoria.—Los Estados Unidos y la raza amarilla.

Que Europa, vieja y atiborrada de gente, envíe emigrantes á la hospitalaria América del Sur, nada tiene de particular; pero que Australia, el gran continente oceánico, lo haga también, es un fenómeno que ofrece difícil explicación. Y el hecho es positivo. Funciona desde hace algún tiempo en Adelaida, capital de la Nueva Australia del Sur, una compañía encargada de sostener y fomentar la emigración al Paraguay, donde ha establecido una colonia libre, enviando á ella algunos miles de trabajadores, que buscan en los inmensos territorios americanos el sustento y la verdadera libertad que no encuentran en su país. Y no es, como todo el mundo comprende y sabe, que escaseen en Australia terrenos y comarcas enteras en los que pueda desarrollarse la población, sino que, al contrario, allí sobra suelo y faltan brazos para cultivarlo. Pero el agio, la furia del negocio, imposibilitan este progreso natural. No se conceden tierras gratis á las familias faltas de trabajo, sino que los Gobiernos patrocinan á los sindicatos explotadores, que en lugar de buscar trabajadores y de favorecerles, persiguen tan sólo un ideal: el de acaparar todo el oro que circula, haciéndose dueños de todos los intereses y sacando el jugo á cuantos han podido salvar algo de la terrible crisis financiera por que atraviesa el país. El feudalismo de los capitalistas sindicados es mucho más cruel y despiadado para con las multitudes, que lo fué el feudalismo guerrero de la Edad Media. El agio del dinero, la fiebre ya arruinada del crédito, ha destruído multitud de bancos rurales que antes se crearon allí, y los pocos que aun viven, apelan al procedimiento de la lotería, para ir recogiendo dinero á cambio de premios, que consisten en lotes de terreno, cuya propiedad conservan aún. El que no tiene para jugar, no puede conseguir ser modesto propietario, y la mayor parte de los que juegan se quedan sin dinero y sin tierra, porque no les toca premio alguno. Esta lotería, autorizada por el Parlamento de aquel Estado, está administrada por un bookmaker millonario, uno de tantos banqueros, que maldita la confianza que inspira á nadie.

Muchos infelices sin trabajo, *unemployed*, que no se deciden á ir á América, pasan de un Estado ó colonia á otros, y á centenares pululan por las calles de Melburne y de otras ciudades de Victoria. El Gobierno ha tomado contra ellos una medida radical. La policía se encarga de pasar revista á todos y de averiguar su procedencia, y si resulta que una familia no lleva por lo menos tres años de residencia en la colonia, inmediatamente se la expulsa, poniéndola al otro lado de la frontera. Es la repetición de aquel sistema viejo que se sigue en muchas provincias de la hambrienta Europa, y que consiste en decir á los pobres:—¡Vaya usted á pedir á su pueblo!

A estas miserias impropias de un mundo nuevo, flamante y sin explotar, se añaden otras más impropias y vergonzosas aún. Los ingleses y todos sus parientes de ambos hemisferios sostienen como artículo de fe que la raza anglosajona es mucho más dada al amor de la familia y del hogar, que la latina; y en efecto, la pobre criatura que en muchos pueblos de Australia nace por casualidad é irregularmente, y muchas veces de padre y madre legítimos, en buena casa, no dura mucho en ella, porque es víctima de una industria especial que allí se explota en grande. No es raro leer en la sección de anuncios de los periódicos: «Los señores X... adoptarían gustosos uno ó varios niños, mediante una retribución convenida.» Y como si los niños fueran una mercancía, se venden; son adoptados por la familia compradora como hijos propios, y no es raro que ésta los ceda á otra si la reventa produce algo. Muy pocos de ellos vuelven al hogar paterno; muchos perecen de mala manera, en cuanto los adoptadores han cobrado la totalidad de la retribución. Las autoridades no intervienen jamás en estos abusos, y parece que ni se dan cuenta de ellos, ni les importan nada. No tiene, pues, nada de extraño que, dados estos antecedentes, se cometan horrendos crímenes. En Sydney detuvo la policía no hace mucho tiempo á los esposos Makin, que habían asesinado y enterrado en el corral de su casa á ocho niños, que varias familias les habían confiado, con buena retribución. En casa de la señora Knorr, de la colonia Victoria, se hallaron cinco cadáveres de niños. Por cierto que el verdugo encargado de ejecutar á esta fiera, sentenciada á muerte por el tribunal de Melburne, manifestó que él no podía matar á una mujer, y para disipar la tristeza que le producía el mandato imperativo de la justicia, se emborrachó, dió á su esposa una tunda soberana, y se cortó después el pescuezo con una navaja de afeitar. Bien pronto apareció otro verdugo, y la infame Knorr pagó sus crímenes, subiendo al patíbulo con asqueroso cinismo.

⁂

También se vive allí á la moderna en las alturas del Gobierno y de las Cámaras. Combatiendo el diputado librecambista Mr. Reid en el Parlamento de Sydney al Ministerio, decía con grandes aspavientos: «El proteccionismo está arruinando al país; los Ministros no son más que una cuadrilla de piratas, de ladrones y de perdidos.» Para defender al Gobierno pidió la palabra el Ministro de Agricultura, Mr. Copeland: pero apenas ocupó la tribuna y empezó á hablar, exclamó otro diputado:

—¡Eso no es un discurso! ¡Eso es una divagación de un borracho!

Parece, en efecto, que el Ministro había estado muy entretenido en el *buffet* parlamentario y que llevaba bastante compañía dentro.

—¡El que me ha interrumpido—contestó—no es un diputado, es un canalla!

Lo que después se dijeron ambos á un tiempo, nadie lo pudo averiguar. Unicamente se sabe que el Ministro bajó de la tribuna, invitando á su adversario á arreglar sin demora el asunto fuera de la Cámara, á trompis, en una mutua acometida de *boxe*, á puro estilo inglés. El *Speaker* de la Cámara, mientras tanto, hizo desalojar de las galerías al público, y mandó que sacaran de la sala al Ministro entre cuatro policías, el cual, al día siguiente, dió amplias explicaciones á los diputados, gimió y lloró, lamentando su falta, y presentó la dimisión, en vista de que sus colegas de representación se reían de él.

Grande fué el escándalo que produjo en la opinión este cómico suceso. Los hombres graves se duelen de que ocurran semejantes majaderías, que comprometen el buen nombre y el porvenir de aquella gran colonia, y los agitadores de todas clases las comentan y abultan agitando los ánimos en contra de las instituciones y de la metrópoli. No faltan muchos elementos que predican la independencia absoluta, la emancipación del dominio inglés, y no es aventurado el predecir que el día en que Inglaterra se vea comprometida en alguna conflagración europea, saltarán las primeras chispas de la campaña de independencia en Australia.

En medio de estas deficiencias, el país que trabaja, explotadores y explotados, obtienen considerables rendimientos de aquel pródigo suelo. En la colonia ó territorio de Victoria se ha despertado con entusiasmo el afán de la exportación del ganado muerto en buques frigoríficos, al ver los grandes negocios que con este comercio se han hecho en Nueva Zelanda, que en 1892 envió á Europa carnes en cantidad de 1.120.000 quintales, que valieron 35 millones de pesetas. Las compañías de transporte han repartido á sus accionistas dividendos de 12 á 15 por 100. Gracias á los modernos aparatos frigoríficos de congelación, no solamente se pueden remitir á Europa y á América inmensos cargamentos de carnes de mamíferos y de aves perfectamente conservadas y con todas sus buenas cualidades, sino manteca, mantequilla y huevos. «Queremos, dice un periódico de Melburne, abastecer á Europa, á precios económicos y casi á diario, de huevos y mantequilla para el desayuno, de chuletas para el almuerzo y de pollos y *roastbeef* para la cena.» El Gobierno de la colonia está construyendo grandes instalaciones de aparatos frigoríficos y almacenes inmediatos á los muelles de embarque, donde los ganaderos pueden hacer, por precios muy módicos, que se preparen las reses muertas para la exportación, y ha reducido además las tarifas de transporte desde el interior, en términos que los abastecedores encuentran grandes facilidades para sostener este negocio. No de otro modo pueden ser beneficiosas y tener salida la cría y cebo del gran número de cabezas de ganado que puebla aquellas comarcas, en las vegas inmediatas á la costa, y que asciende, sólo en ganado lanar merino, á 12 millones en Victoria, 40 en Nueva Gales del Sur, 10 en Queensland, 10 en la Australia del Sur y 2 en la Occidental.

La producción de oro en Victoria sigue en aumento. En el año de 1892 se obtuvieron de los criaderos 663.374 onzas; en 1893 han producido 707.367 onzas, que han valido 67.500.000 pesetas, y en cuyo laboreo minero se ocuparon 24.000 personas. Como el número de obreros sin trabajo es grande, el Gobierno tiene el recurso de ir enviándolos poco á poco á los distritos auríferos, con cuyo aumento de brazos es seguro que la producción del oro seguirá en progresivo crecimiento. Proporcional á esta riqueza es la vida de su comercio. Las importaciones en 1892 fueron por valor de 429 millones de pesetas, y las de 1893 por el de 332; es decir, que se ha sentido una baja de 99 millones. Las exportaciones en 1892 valieron 355.200.000 pesetas, y en 1893 sólo 332.700.000; es decir, 22.500.000 pesetas menos, ó, en suma, una diferencia total de 121.500.000. De esas cantidades hay que restar, en 1893, 51.250.000 pesetas, valor de la plata en moneda y lingotes importada en el país, y 71.500.000 de igual materia exportada, y que no puede considerarse como verdadera mercancía. De todos modos, la cifra total del comercio, 664 millones, es bastante considerable para una colonia que tiene poco más de un millón de habitantes. El comercio total de España, con 18 millones de habitantes, es poco más del doble que aquél, puesto que en 1892 fué de 1.334 millones, y en 1893 de 1.311. A pesar de aquel movimiento comercial, basado en la abundancia de riquezas naturales; á pesar de haber progresado tanto, ha hecho mayores progresos la monomanía del acaparamiento, del poder de los sindicatos, que queda ya indicado, de la creación y difusión del crédito falso; y esto ha traído el agio del oro en un país que tanto oro produce, y la podredumbre de las quiebras y bancarrotas propias de los países viejos y débiles, en un país tan nuevo y tan exuberante de vida. Allí, según hemos dicho, se piensa seriamente en la emigración á la América del Sur, y no solamente parecen sobrar los brazos de los trabajadores blancos, sino que no ha quedado huella de un chino, de los antiguos mineros invencibles é insustituibles, desde que se lanzó contra ellos el anatema de la expulsión, temiendo que invadieran toda aquella tierra en que holgadamente caben 100 millones de habitantes.

⁂

En Australia la libérrima, como en el Norte-América federal, todas las leyes de la libertad, igualdad y fraternidad humanas se cumplen mientras están asegurados el dinero y el puchero; mas en cuanto aquél se esconde y éste se enfría, y con la competencia sobreviene la necesidad, no hay leyes que valgan, porque bien sabido es que la necesidad carece de ley. Expulsados fueron los chinos de Australia, y hoy, después de acérrima campaña, comparable á las antisemíticas por lo iracunda é intensa, hoy los Estados Unidos los expulsan también y les cierran las puertas, mientras les conviene. En aquel inmenso espacio de la tierra donde cupieron treinta millones de europeos, y después sesenta, como pronto se acomodarán noventa ó más de cien, no hay espacio para la gente amarilla, porque ésta trabaja con la perfección de la máquina y no gasta al día en comer más que treinta céntimos, plaga admirable por su económico sostenimiento y por su fecundidad procreativa, que donde quiera que existe y trabaja es el mayor obstáculo, el problema insoluble que el socialismo puede encontrar en su camino para hablar de la igualdad de los trabajadores, de la identidad de los derechos y aspiraciones, y de la distribución equitativa de las riquezas. Ante el chino amarillo, que trabaja casi de balde y que vive con un poco de arroz y pescado, el socialista blanco se vuelve rojo de vergüenza. Si aquél es un hombre, hay que concederle también la ley de los tres ochos, hay que otorgarle todos los derechos individuales, hay que sentarle á nuestro lado en el banco del trabajo y en la mesa del festín. Si no es hombre, entonces el socialista es una casta superior, y estamos á cien siglos de retraso con este descubrimiento. Igualadle al obrero blanco, y en pocos años aquella raza mongólica, que trabaja en todo y que vive de la nada, que se divide como las ramificaciones de las venas para penetrar por todas partes y que se multiplica más que los conejos y tanto como los peces, aquella raza ahorradora y acaparadora anulará á la raza blanca y se cargará con el santo y la limosna. Por esto la

expulsan de todas partes, á pesar de todos los principios y programas democráticos. Por esto sufre hoy tanto en los Estados Unidos. Cuando los necesitaron para emprender grandes trabajos materiales y para poder contar en el Celeste Imperio con algunos puertos para su comercio, trataron con ellos en la misma corte de Pekín (tratado de Wang-Hiya, 1844), y fueron adulados y mimados como chiquillos y hermosos por el pueblo yankee. California necesitó después ser un gran centro de atracción del comercio asiático, y más adelante la construcción del ferrocarril Central Pacific exigió muchos brazos y muy baratos. Nuevos amores del pueblo federal con el imperial amarillo. El embajador Burlingame aseguró en Pekín que en los Estados Unidos encontrarían trabajo un millón de chinos, á los cuales se otorgarían todos los derechos, libertades y amparos de que los demás ciudadanos disfrutaban en América. A la emigración que por el Pacífico hacía el elemento asiático se opuso la emigración que el europeo hacía por el Atlántico. Aquellas dos corrientes de hambrientos se encontraron, y no pudiendo compenetrarse ni confundirse, se repelieron. Al trabajador norteamericano, combatido por la competencia china, se unió el trabajador europeo para rechazarla. Primero se habló de reglamentar, limitar ó suspender la inmigración china (1877 á 1888), á pesar de las protestas del Imperio; después se organizó la propaganda de expulsión en los *meetings* y clubs, en la prensa y en las Cámaras; luego vino la persecución de hecho, los desórdenes sangrientos de Denver, de Seattle, de Tacoma y de Rock-Springs, que constituyen otras tantas degollinas, y, en fin, á pesar de la solemnidad de los Tratados, que dicen: «Que respecto á la permanencia de los chinos en los Estados Unidos, reconoce el Gobierno que su primer deber es asegurarles el ejercicio de sus derechos y protegerles contra toda tentativa de persecución, *ya se manifieste ésta en forma de violencia popular, ó de moción legislativa*»; á pesar de esto, después de las violencias horribles que presenciaron los Estados de California, Colorado, Montana y Oregón, se presentó y votó en el Parlamento el *bill* de exclusión, y se ha dictado, recientemente la ley coercitiva y absurda de Geary, que reduce á los chinos á la categoría de esclavos ó poco menos. Nada valen en contra las protestas del Li-Hung-Chang de Pekín, ni el recuerdo expreso del texto de los Tratados. Los chinos, que tantas veces fueron llamados por los yankees, tienen que oir decir á Mr. Geary: «Después de todo, que se fastidien; si han venido á nuestro país ha sido por su cuenta y riesgo; nosotros no les hemos llamado!!!» Por esto exclama á menudo el sabio ministro de Tien-Tsin, el prudente Chang-Len-Hoon: «¡Pues, señor, me han engañado como á un chino!» La expulsión de los trabajadores de Australia y del Norte-América á petición de los obreros mismos es un dato que no debe olvidarse en los encendidos debates que hoy se sostienen, con febril animación, entre todas las clases de la sociedad, y, sobre todo, entre los puritanos del socialismo y de otras escuelas afines.

R. BECERRO DE BENGOA.

RECTIFICACIÓN.

Al ocuparnos en nuestro número anterior de la erección de la estatua á Cristóbal Colón en Salamanca, omitimos decir que el iniciador de este pensamiento fué D. Enrique Estevan Santos, quien persiguió esta idea hasta obtener el apoyo de las corporaciones á que nos referíamos y verla realizada, cuya omisión subsanamos hoy con mucho gusto, cumpliendo un deber de justicia.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Mieles y amarguras, drama en cuatro actos y en verso, original de Francisco Dávila.

Hemos recibido un ejemplar de este drama, impreso en Rosario de Santa Fe (Buenos Aires).

Investigaciones históricas referentes á Guipúzcoa Memoria presentada á la Excma. Diputación Provincial de Guipúzcoa por D. Carmelo Echegaray.

Contiene este tomo documentos muy curiosos que atestiguan la diligencia que el autor ha puesto en salir airoso de la difícil empresa que á su cargo tenía. Pero el Sr. Echegaray es un trabajador paciente y laborioso, muy amante de la tierra euskara y de sus gloriosas tradiciones, y no ha perdonado medio de aclarar algunas ni de descubrir hechos y nombres dignos de figurar en la Historia, y que, sin embargo, estaban completamente olvidados. Son, pues, sus *Investigaciones* muy apreciables, sintiendo que los reducidos límites de estas notas bibliográficas no nos permitan dar de ellas completa noticia.

Guerrillas y masas, poesías, por Paulino Ortiz.

Este nuevo tomo de la *Biblioteca Selecta*, que publica en Valencia el inteligente y activo editor D. Pascual Aguilar, contiene poesías escritas con gran facilidad, y que revelan en su autor buenas dotes de poeta. Véndese la obra, como las demás de la colección, al precio de 50 céntimos en toda España.

Estudios de fonetika kasteľana, por Fernando Araujo.

Este tratado está, como advierte el autor, escrito en ortografía reformada, y ha sido «kosteado por barios ilustrados neografos de Gile». En la explicación que da de su nuevo sistema ortográfico alega seguir los principios del gran maestro Nebrija, quien dijo: «Assí tenemos de escrivir como pronunciamos, y pronunciar como escrivimos; porque en otra manera en vano fueran halladas las letras.» En efecto, una de las muchas ventajas que el castellano hace al francés es ésta, y cuanto más se aumente, simplificando lo que en la ortografía queda por simplificar, mejor.

La reforma ortográfica propuesta por el Sr. Araujo es ingeniosa y sencilla, y su fonética nos ha parecido bien estudiada.

El libro está muy bien impreso y editado con elegancia.

Manual de Patología, escrito para uso de médicos y estudiantes, por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, etc., etc., traducido y anotado por el doctor P. Colvee, individuo de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Valencia.

Hemos recibido el cuaderno 13 de esta notable obra, de la que en otras ocasiones hemos hecho ya el debido elogio.

Publícala en Valencia D. Pascual Aguilar.

Política económica de Ibiza, en el siglo XVII. Es-*tudio histórico*, por D. Enrique Fajarnés y Tur.

Este folleto es una historia del desarrollo económico de la isla de Ibiza en los siglos XVI y XVII, tomando como base principal las Ordenanzas de política y buen gobierno, que el gobernador D. Francisco Miguel firmó en 8 de Enero de 1655. Contiene infinidad de curiosísimos datos, y principalmente dichas Ordenanzas, que publica íntegras. La obra está muy bien impresa.

G. R.

CUATRO TESTIGOS MÁS.

Cuando una persona en quien tenemos plena confianza empeña su palabra de que una cosa es cierta, lo creemos como la cosa mas natural; y lo mismo sucede con un testigo ante el tribunal de justicia, cuando el tal testigo no tiene interés en el resultado del proceso, y es, además, un hombre honrado. Por la misma razón, cuando dos ó más testigos, extraño uno á otro, testifican la misma cosa y nadie les contradice, el hecho se considera como probado.

Pues ahí va un ejemplo de ese principio: «He venido sufriendo, dice uno de los testigos, durante los cuatro años últimos, de una inflamación del estómago, y no podía digerir los alimentos. En todo ese espacio de tiempo probé diferentes clases de medicinas que se me prescribieron; pero no obtuve el menor alivio, hasta que un día los Sres. P. Galiana é Hijo, de esta plaza, drogueros, me instaron para que tomase su remedio de ustedes. Aun cuando desesperaba de la cura, seguí su consejo, y al cabo de un par de días experimenté ya un ligero alivio Animado ya con esto, lo continué tomando hasta que hube consumido seis botellas grandes; y hoy, por fin, anuncio á ustedes, con la mayor alegría y satisfacción, que estoy completamente restablecido. Esta es mi confesión sencilla y breve, pero verdadera. Pueden ustedes publicarla, si es que gustan, para que llegue á noticia de los demás (Firmado.) EMILIO ANGEL PALOMINO. — Carnicería y tocinería. — Manzanares, Octubre 4 de 1893.»

Otro testigo: «Sufrí horriblemente de una enfermedad del estómago por espacio de tres años, y no pude obtener alivio alguno. Pensaba que estaba condenado á morirme de dolor. No podía tomar alimento, y estaba materialmente muriéndome de hambre. En semejante estado, vine á esta ciudad, y habiendo oído hablar del remedio de ustedes, compré una botella en la droguería de D. Marcelino Martínez, calle de San Francisco, núm. 25, y tan pronto como la hube tomado experimenté un gran alivio; después de ello empecé ya á digerir los alimentos con toda regularidad, y á estas fechas estoy ya radicalmente curado. Escribo á ustedes esta carta en prueba de gratitud, y quedo de ustedes afectísimo S. S. — (Firmado.) LEOPOLDO DE BOSCHET, calle de San Pablo, núm. 2, Cádiz, Septiembre 25 de 1893.»

Otro testigo más: «Mi padre había estado sufriendo durante ocho meses de una enfermedad de estómago que le impedía tomar su acostumbrado alimento; ninguna de las medicinas que tomaba le producía alivio, hasta que hoy, gracias al uso de dos botellas del remedio de ustedes, que compró á un amigo suyo (el Sr. D. Francisco Parody, especiero, calle del Cordonero, Gibraltar), tengo la satisfacción de decirles que los dolores le han desaparecido del todo. Doy á ustedes las más expresivas gracias, y quedo de ustedes afmo. S. S.—(Firmado.) MANUEL FERNÁNDEZ, sargento, Cádiz, Sept. 14, 1893.»

Cuarto testigo: «Tengo la mayor satisfacción en participar á ustedes que su remedio me ha producido un gran beneficio, pues, gracias á él, he logrado un gran alivio en mi dolorosa enfermedad (gastralgia), de la cual venía sufriendo hacía ya veinticuatro años.—(Firmado.) SANTIAGO ALONSO MARTÍN, sargento retirado de la Guardia civil, Villalpando, La Vid, Agosto 20, 1893.»

El lector tiene ahora delante el testimonio de cuatro personas que ninguna relación tienen entre sí, y quienes no poseen el menor interés en decir otra cosa que la simple y pura verdad. El remedio á que todas ellas se refieren es el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y la enfermedad de que todas ellas han sido curadas ó aliviadas era la indigestión ó dispepsia. Gastralgia es el nombre técnico de la dispepsia inflamatoria crónica. Dicha medicina se vende, no sólo en España, sino en todo el orbe, y hombres y mujeres, en todas las lenguas conocidas diariamente atestiguan de buena voluntad, y sin prejuicio alguno, el maravilloso poder que ese remedio tiene de curar allí donde todos los demás remedios han fracasado. Ninguna de las atestiguaciones de esta manera hechas y ampliamente circuladas ha sido jamás contradicha ó puesta en duda; y siendo así, ¿qué otra ni mejor prueba puede producirse á favor del citado remedio? No puede el lector pedir ni esperar otra mejor que ella.

Si hasta ahora alguno de los lectores que venía padeciendo había dudado de emplearlo, no dudará ya en lo sucesivo, y aun su *nombre vendrá á figurar después* en la lista de los agradecidos amigos de la Madre Seigel y del famoso remedio de ésta.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid............	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..........	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero........	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XX.

ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Mayo de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia......................	60 francos.	35 francos.

BELLAS ARTES.



EN MARCHA.

GRUPO BÁQUICO, DECORATIVO DE LA ESCALERA DEL NUEVO PALACIO DE LA SRA. DUQUESA DE DENIA.

ESCULTURA DE D. ANTONIO SUSILLO.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—La prueba de un alma, por D. Jacinto Octavio Picón.—Muertos ilustres, por D. Juan Fastenrath.—Ramón Rodríguez Correa, por D. Narciso Campillo y Correa.—Viajes por España, por D. Enrique Serrano Fatigati.—Chascarrillos de la historia, por D. Felipe Pérez y González.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Socorros remitidos por los españoles residentes en Rosario de Santa Fe para las víctimas de la catástrofe de Santander.—Carreras de caballos en Madrid, por X.—Sueltos.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Anuncios.

GRABADOS.—Bellas Artes: *En marcha*, grupo báquico decorativo del nuevo palacio de la señora Duquesa de Denia, escultura de D. Antonio Susillo.—Madrid. Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes: *Las cantadoras*, cuadro de D. Plácido Francés.—*Recolección de patatas*, cuadro de D. Luis Bertodano.—*Las redes*, cuadro de D. Joaquín Sorolla.—*La capilla de los toreros*, cuadro de D. José Villegas.—*Monaguillos*, grupo en yeso por D. M. Sánchez Dalp y Calonge.—París: *Salón* de los Campos Elíseos de 1894. *Los prófugos*, cuadro de J. Le Blant.—*Abuso de confianza*, cuadro de Mr. Chocarne-Moreau.—La crisis económica en los EE. UU. de la América del Norte: El ejército del hambre en Washington. Paso de la manifestación, con miss Coxey á la cabeza, por la Fourteenth-Street (calle Catorce). Prisión del «general en jefe» á la entrada del Capitolio.—Canarias: Cuarto centenario de la fundación de Santa Cruz de Tenerife. Misa de campaña celebrada el día 2 del actual. Aspecto de la plaza de la Constitución á la llegada de la procesión cívica.

CRÓNICA GENERAL.

Ni la crisis francesa, ni las discusiones de nuestro Congreso y Senado, ya referentes al conflicto arancelario con Alemania, ó al castigo de los delitos que se cometan por medio de explosivos; ni las recepciones académicas de estos días, ni los preparativos del nuevo presupuesto, ni nada, en fin, ha preocupado en estos días tan hondamente á las gentes como el trágico fin del famoso espada Manuel García, alias *el Espartero*, ocurrido en la corrida del último domingo al matar el primer toro. No sabemos—somos ignorantes en la historia y el arte taurómacos—si se ha dado caso igual de quedar difuntos á la vez en el redondel el espada y el bruto, y debemos reconocer, y así lo hacemos, el valor temerario y la naturaleza enérgica del desdichado matador, que, arrojado á gran altura por el toro, tuvo el valor y el brío suficientes para acabar su faena y rematar á la fiera de una *magnífica* estocada, según opinión de los peritos, siendo cogido en la *suerte*, que así llaman á esa desgracia los aficionados, y siendo retirado agonizante á la enfermería, sin haber pronunciado más palabra que «*¡Ay! vaya por Dios*», con que á la vez parece que quiso manifestar el dolor por su herida y la resignación con su destino. La emoción que se produjo en el público de la Plaza fué muy grande; pero no tanta que impidiese la continuación de la fiesta, con sus músicas, aplausos, silbidos, toques de clarines y vocerío acostumbrados, mientras *el Espartero* recibía la Extrema Unción, mezclándose las palabras sacramentales del sacerdote con los ecos ruidosos de las palabrotas que se lanzan en palcos, gradas y tendidos. Y mientras la diversión continuaba, el torero muerto, despojado de su traje verde y oro, quedaba envuelto en una sábana, á disposición del juez de guardia, que sólo podría legalizar la defunción y dar las órdenes de rúbrica.

Hace dos ó tres siglos, cuando morían en opinión de santos algún fraile ó beata, las gentes se disputaban sus reliquias, cortando pedazos de sus hábitos y distribuyéndose las tiras de correa de sus disciplinas, ó las púas y trozos de sus cilicios: los tiempos han variado, pero los hechos se parodian, y la devoción á la fiesta popular convirtió en reliquias del toreo los alamares y caireles del espada, que fueron arrancados de su traje, y en trofeo histórico la cabeza del toro *Perdigón*, que aumenta el crédito de la temible ganadería de Miura. El público invadió también la casa en donde fué depositado el infeliz espada, y la muchedumbre rodeó y siguió hasta la estación del Mediodía, desde la calle de Núñez de Arce, la caja que contenía el cuerpo del *Espartero*, llevada á hombros por los diestros de su cuadrilla, y las cintas por empresarios, ganaderos, periodistas, amigos y aficionados. En Sevilla, patria de Manuel García Cuesta, la apoteosis fué aún mayor, y hasta los cocheros, con un desprendimiento inusitado, sirvieron gratis al público que acudía á la estación para rendir el último tributo al valiente matador, que figurará desde hoy entre las víctimas ilustres del toreo.

No compaginamos bien este duelo popular con la insistencia del público en que continuase la diversión después de la desgracia: es una de tantas anomalías que el curioso sorprende fijándose en la fiesta nacional: acaso los mismos que desde los asientos de la Plaza empujan al torero ó picador hacia la cabeza del toro, y silban si está en desgracia ó siente vacilaciones y debilidades propias de la naturaleza, y le pagan bien para que arriesgue su vida, son los que más lamentan su muerte. ¿Qué más? Esas ovaciones póstumas al que sucumbe en las astas del toro, ¿no son un estímulo para que tengan el mismo fin heroico otros desgraciados? Por otra parte, nada nos parece más conforme con las costumbres y gustos dominantes que rendir un tributo póstumo á los que mueren por procurar á la muchedumbre su placer favorito. En Roma, las mujeres y el pueblo se volvían locos por los gladiadores más famosos y diestros: algunas matronas huían con un viejo poco apetitoso, *sed erat gladiator*, como escribía Juvenal. ¿Qué extraño es que haya luto público en España por un joven de veintiocho años, que jamás rehuyó el cuerpo y que tenía la piel mechada por los cuernos de los toros? Los aficionados sensatos, los que, inspirándose en la tauromaquia de Montes, sostienen ser el arte del toreo tan geométrico que, siguiendo sus reglas, no hay para el diestro peligro alguno, y que debe estar cerca del toro tan seguro como en su casa, atribuirán á culpa del espada su propia muerte, pues no hubiera sido enganchado á no colarse en el terreno del toro: nosotros, que creemos imposible escribir sin cometer erratas, cantar sin rozar una nota, y hasta andar sin tropezar en algo, sostendremos que tienen la culpa de la muerte del torero los mismos que la lloran.

Y aun nos inclinamos á sospechar que si hubiera existido el presentimiento de la desgracia, en vez de ser algo floja la entrada del domingo, los revendedores hubieran hecho su agosto, y que aquellos que lamentan el haber presenciado ese infortunio no son muy sinceros, pues nadie va á la Plaza sin estar dispuesto á ver morir toreros, picadores y cuantos se ponen al alcance de la fiera: un resbalón, un capote que se enreda, la equivocación de la distancia, la tardanza de los quites, cualquier accidente sencillo y natural puede causar la muerte de un hombre. Si el principal placer del aficionado es ver al diestro burlar con arte las arremetidas de la fiera, nadie va á la Plaza en la ignorancia de que es un espectáculo sangriento, donde se juegan la vida por el dinero y la fama de bravura cuantos bajan á la arena, y que ese riesgo de la vida del prójimo es el principal aliciente de la fiesta. Por eso el público, cuando retiraron á la enfermería al *Espartero* moribundo, continuó exigiendo todo el espectáculo que había pagado y constaba en el programa: no quiso hacer un duelo hipócrita. Aquella muerte era una desgracia para el arte, una desolación para la triste familia y amigos del espada; pero para los aficionados era una fecha y una corrida memorable; tenían qué contar á los aficionados venideros.

No niego que en el fondo les infundiese alguna compasión, algún arrepentimiento, la muerte del joven matador; pero era una circunstancia propia y natural del espectáculo, que será pintoresco, varonil y gallardo, pero que es cruel y fiero. Nada más lógico que enterrar con pompa á los que mueren por satisfacer nuestras aficiones y caprichos: lo que no tan lógica es la extrañeza de que sea herido y muerto por el toro aquel á quien se paga porque le mate á pie, sin más armas que el estoque y la muleta. Mientras haya público que enriquezca y aplauda al que se arriesga, habrá desgracias como ésta. No censuramos esos gustos, de que hemos participado muchas veces, y que se fundan sin duda en alguna condición de nuestra raza; y ya que lo hacemos, no queramos disimular lo que está tan á la vista. ¿Qué es para el público un torero muerto? Un juguete roto. *Espartero* tenía en su arte la vergüenza de su oficio: sabía que el público asiste para ver á los diestros exponer su vida, y la arriesgaba como pocos: al ser volteado por el toro, se sintió humillado y volvió por su prestigio: es triste, pero es cierto: el torero que perece en la Plaza, muere de muerte natural. Cuando *Lagartijo* se retiró, el público, en vez de disimular sus faltas, tal vez de la emoción de la despedida, á pesar de estar convencido de que era un gran torero, le silbó. No le perdonaba que aquel día cuidase tanto de su vida.

°°°

Convengamos en que después de este suceso trágico todo palidece, y mucho más las recepciones académicas, aunque tengan interés artístico é histórico. Sabemos de la recepción en la de Bellas Artes del arquitecto D. Ricardo Velázquez, que disertó acerca del arte monumental en la Edad Media, y que fué contestado por el Sr. Rada y Delgado; pero no tuvimos el gusto de asistir á aquel acto. En cambio presenciamos la toma de posesión de D. Juan Catalina García de su plaza de académico en la de la Historia, contestado también por el citado Sr. Rada. Alguna vez nos hemos ocupado del Sr. Catalina García, laborioso y entendido investigador de antigüedades: es alcarreño ante todo, como dice el Sr. Rada y Delgado, y su discurso versó acerca de esa región española, su país, estudiando la Alcarria en los dos primeros siglos de la Reconquista, desde que la libró de los moros el capitán Alvar Fáñez, uno de los compañeros auténticos del Cid. Aun siendo tan obscura aquella época, el Sr. Catalina la da luz, investigando los documentos más antiguos, y estudia su geografía, sus condiciones estratégicas, tradiciones y códices, dejando entrever, en lo posible, la condición de sus moradores cristianos, moriscos y judíos, su legislación municipal, la intervención de las antiguas Ordenes militares, y las fundaciones y carácter de los monasterios, que contribuyeron á formar el de aquella risueña porción del territorio nacional, no omitiendo el examen de sus restos arquitectónicos con su ornamentación de pintura y escultura. Copioso en datos nuevos, es un trabajo que tiene en sus cien páginas la sustancia de un gran volumen. El Sr. Rada y Delgado hizo su elogio, y contribuyó al estudio de la región alcarreña con una erudita disertación bibliográfica, que completa aquel trabajo.

°°°

El nuevo Ministerio francés, presidido por el Sr. Dupuy, y del que se ha nombrado ministro de Estado al Sr. Hanotaux, no da idea aún de la influencia que haya de ejercer en nuestras relaciones con la nación vecina: la lucha que sostienen en España los que apoyan y combaten los tratados, y en especial el de Alemania, en vez de ceder se hace cada día más enconada, y en realidad, tanto el Presidente del Consejo como el Ministro de Estado han dado pruebas de querer cumplir los compromisos contraídos con aquel país, y de su respeto á la legislación en que se apoyan para impedir su aprobación aquellos que combaten ese pacto. No podríamos acudir á todo lo que reclama nuestra atención. En el Ateneo, un discurso sobre la cuestión monetaria y los fenómenos de los cambios pronunciado por el Sr. Fernández Villaverde; en la Bolsa, un *meeting* de obligacionistas de ferrocarriles; en la calle del Príncipe, la soberbia instalación del material de campaña que exhibe la Cruz Roja, hoy en gran prosperidad; y sobre nuestra mesa un montón de libros que no hemos tenido tiempo material de repasar, y que con permiso de sus autores, agradeciendo el envío, tenemos que relegar á la sección correspondiente; porque no es posible leer con reposo y dar idea razonable de los libros que por equivocación se nos remiten. LA ILUSTRACIÓN no juzga, sino anuncia los que envían los autores, y la Crónica general no puede abarcar tantos asuntos.

Si hemos hecho algunas excepciones, y las hemos de hacer acaso en alguna otra ocasión, se deberá á circunstancias especiales. Por ejemplo, el libro que publica un amigo, y que por esa circunstancia particular conocemos, puede á veces darnos ideas aprovechables en la Crónica, pero sin que eso nos comprometa á hacer bibliografía. El último que leímos es un tomo que contiene tres novelas, tituladas *Fatalidad*, *Su amado discípulo* y *Sagrado sacerdocio*, originales respectivamente de los Sres. D. Rafael Altamira, D. Juan Ochoa y D. Tomás Carretero, que se han dado una prueba recíproca de amistad uniendo sus tres producciones en un tomo interesante. Sólo para comparar los estilos y carácter de cada autor necesitaríamos consumir el espacio de la Crónica. Júzguelos el lector, que encontrará ese libro ameno en las principales librerías. Al Sr. Altamira nuestros lectores le conocen, y habrán formado idea de la índole y naturaleza de su indisputable talento; de sus dos compañeros, el tomo referido dará mejor idea que podríamos nosotros en unas cuantas líneas. Conste que no es menosprecio, ni indiferencia, ni falta de atención el no ocuparnos de los libros que tenemos á la vista; es falta material de tiempo para leerlos, y nada más.

°°°

El doctor X... es un médico muy jovial.

—Jamás aburro ni entristezco á mis enfermos—suele exclamar.

—Pero ¿se le mueren algunos?

—Eso es irremediable.

—Pues la muerte es cosa triste.

—Todos los que asisto yo mueren de risa.

En cambio el doctor Z... tiene un aspecto tan triste, que hace temblar á sus clientes. Quiso un día recetar en cierta casa, y le trajeron un papel.

—No va á creer el boticario que esta receta es mía—dijo.

—¿Por qué?

—Porque siempre escribo en papel de luto mis recetas.

El marido está sin movimiento, y el médico quiere sangrarle.

—Bueno—dice la mujer;—pero que recojan lo que salga en una bota. Siempre que le pinchan una vena sale vino.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

En marcha, grupo báquico decorativo de la escalera del nuevo palacio de la Sra. Duquesa de Denia, escultura de D. Antonio Susillo.—*Las cantadoras*, cuadro de D. Plácido Francés.—*Recolección de patatas*, cuadro de D. Luis Bertodano.—*Las redes*, cuadro de D. J. Sorolla.—*La capilla de los toreros*, cuadro de D. José Villegas.—*Monaguillos*, grupo en yeso por D. Miguel Sánchez Dalp y Calonge.—*Los prófugos*, cuadro de J. Le Blant.—*Abuso de confianza*, cuadro de Chocarne-Moreau.

Para los que creemos en la importancia de la función social que corresponde á una aristocracia conocedora de sus deberes, es tan doloroso hallarla olvidada de ellos como satisfactorio verla cumplirlos. En una nación bien ordenada, han de ser los nobles ejemplo de buenos ciudadanos, iniciadores de las reformas útiles, mantenedores de las leyes y protectores de las artes, las letras y las ciencias, las cuales, si no es del Estado, sólo de ellos pueden esperar amparo, que no del vulgo para quien no se hicieron tales empresas.

Los que están altos tienen también muy altos deberes ó no merecen su posición ni el nombre ilustre que llevan. Por desgracia, si hubiéramos de censurar hoy á los que en España podrían alcanzar nuestras censuras, tendríamos para largo espacio, porque son muchos los que olvidan á lo que están obligados por lo que fueron sus antepasados y por lo que ellos mismos son. Pero hemos tomado la pluma, no para censurar, sino para alabar, y con tanto motivo, que más que excedernos, tememos no alcanzar con la alabanza hasta donde fuera justo.

Una visita ligera para entrar en detalles, pero muy suficiente para apreciar el conjunto, hecha hace días al nuevo palacio de la señora Duquesa de Denia, nos convenció de que es aquél un templo de arte, un verdadero museo, donde, con maravilloso buen gusto, se hallan ordenadas admirables obras antiguas y modernas. Bastará decir, para dar de todo ello cabal idea al lector, que allí están representados, en el espacio que ocupan las galerías de la planta baja, maestros tales como Rivera, Velázquez, Van-Dyck y Goya en lo antiguo, y Suñol, Benlliure y Susillo en lo moderno, y todos por obras dignas de su fama y propias para acrecentarla. Pero como á las principales de ellas (pues á todas sería imposible) hemos de consagrar algunas páginas en otros números, nos limitamos á publicar en la primera de éste, y como dato para juzgar de la exactitud de lo que vamos diciendo, copia de uno de los grupos báquicos que adornan la escalera y que son obra de D. Antonio Susillo.

Aunque la escalera del palacio de Denia estuviera sin otro adorno que su misma gallardía, la proporción que hay en todas sus partes, la perfecta disposición de sus líneas y la admirable armonía que de este conjunto resulta, deberíamos considerarla como una de las más perfectas obras arquitectónicas que hemos visto, con ser España país donde tanta escalera magnífica existe, y entre las que pueden reputarse principales las de los alcázares de Toledo y Madrid. Pero hay que añadir á aquellos méritos el de una ornamentación tan bien pensada y dispuesta que desafía á la crítica más severa. Sencilla sin austeridad, sorprende por la esbeltez y la majestad. En cuanto á la ejecución de la parte ornamental, bastará decir que nos ha parecido de lo mejor de Suñol.

Consta la escalera de tres tramos, y para la balaustrada de

cada uno de ellos ha hecho Susillo dos grupos que forman una hermosísima serie. Son de bronce, y admírase en ellos un estilo clásico, hermoso y puro, y un estudio tan perfecto de las proporciones, que copiados parecen de tamaño natural aunque son de un cuarto del mismo.

Representan diversas escenas de la vendimia, y el primero se titula *En el lagar*. El que publicamos hoy está en la balaustrada de la parte alta de la escalera, á la izquierda, y llámase *En marcha*. Por cierto que en aquella galería se encuentra el hermoso grupo de Susillo, *Lazarillo de Tormes*. De Benlliure son las graciosas estatuillas de las fuentes de los patios laterales. Suspenden la atención hermosas estatuas y bajos relieves procedentes del Vaticano. Pero como no acabaríamos nunca si hubiésemos de referir cada una de las preciosidades artísticas contenidas en aquel recinto, terminamos aquí esta breve é imperfecta reseña esperando continuarla otro día; pues con lo dicho basta para que el lector imagine cuánto debe el arte español al talento, al patriotismo y al buen gusto de la señora Duquesa de Denia. Sólo añadiremos, porque sería grave injusticia omitirlo, que el genio ordenador y director de estas maravillas ha sido la misma ilustre dama en cuya casa están, y la cual no es de las personas que gustan del arte por vanidosa ostentación, sino porque, verdaderamente artista, lo bello la atrae y agrada.

¡Ojalá tuvieran su ejemplo y sus gustos muchos imitadores!

La Exposición recientemente inaugurada por el Círculo de Bellas Artes es un nuevo y señalado servicio prestado por esta importante Sociedad al arte español, y brillante muestra de cómo va éste ensanchando sus horizontes, á pesar de los obstáculos que encuentra en su camino, uno de los cuales, y no el menor por cierto, es la crisis económica actual, que ha reducido á menores límites que tenía el mercado de las obras de arte, como ha reducido todos los mercados.

Tres cuadros reproducimos en nuestros grabados de las páginas 329 y 333. El primero es *Las Cantadoras*, obra digna de la reputación de su autor, D. Plácido Francés, uno de nuestros buenos pintores contemporáneos, y que no contento con serlo por sí, ha sabido cultivar con éxito las notables aptitudes artísticas de sus hijos. *Las Cantadoras*, sobre la originalidad de ser un grupo de cabezas verdaderamente típicas, reune el mérito de un excelente dibujo.

El cuadro del Sr. Bertodano, *Recolección de patatas*, confirma las esperanzas que este joven pintor, aventajado discípulo del inolvidable Plasencia, ha infundido desde sus comienzos. Es una buena copia de la realidad.

El Sr. Sorolla nos ha dado en *Las redes* un estudio naturalista admirable. Esta obra es sin duda alguna de las mejores de la Exposición, y todo merece en ella alabanza: dibujo, color, observación, ambiente; todo, en una palabra. Creemos que el Sr. Sorolla, que tantas cosas buenas ha hecho, puede contar *Las redes* entre sus mejores cuadros.

La costumbre de rejonear toros es tan antigua en España, que por mucho que se remonte el curso de la Historia siempre se encuentra algún vestigio de ella, principalmente en Castilla. Pero lo que al principio era entretenimiento de hombres arrojados, señores ó plebeyos, acabó en espectáculo público, el cual fué ganando aficionados en la época de la decadencia nacional, principalmente reinando Felipe IV, rey tan incapaz de gobernar, cuanto amigo de aquella diversión. El buen D. Francisco de Quevedo, gran censor de todos los vicios de la España de entonces, habla de los muchos caballeros que, no sirviendo para cosa buena, pasaban de rejoneadores el tiempo que debían estar en Flandes de soldados defendiendo á la patria.

Es muy cierto que los espectáculos sangrientos no arguyen virilidad en el pueblo que los sostiene, antes al contrario, son propios de esas épocas en que las naciones están enfermas y decadentes, como se vió en Roma, y más tarde en Constantinopla, donde aquel mismo pueblo que huía acobardado de unas cuantas hordas de bárbaros y á otros bárbaros tenía encargados de su defensa, aplaudía frenéticamente en el circo la muerte de cien ó doscientos gladiadores, que tantos y aun más llegaron á morir en una sola fiesta de aquellos romanos que ya eran *maridos de todas las mujeres, y mujeres de todos los maridos*.

Son los tales espectáculos en las naciones lo que la costumbre de beber éter ó de inyectarse morfina en los individuos; muestras harto evidentes de degeneración física, pues se busca en una suerte de sensibilidad enfermiza el placer que la sana, ya agotada, no puede proporcionar. Y así vemos que las mismas mujeres que se desmayan y gritan presenciando fenómenos de hipnosis en un circo, y los hombres que se escandalizan de lo que allí se hace, asisten sin alterarse á la muerte de un torero, y permanecen en su puesto hasta el fin de la función por ver si muere otro, ó por no perder las pesetas gastadas en la entrada.

Bárbaros espectáculos tienen muchas naciones extranjeras, por lo que no cometeremos el error de aplaudir lo que en ellas se dice contra las corridas de toros: pero no puede servirnos de disculpa la barbarie ajena. Además, lo peor de esta fiesta es las costumbres que engendra, singularmente el *flamenquismo*. Las personas cultas se truecan en energúmenos luego que entran en la Plaza, y la propia autoridad preside y sanciona con su presencia cuanto allí pasa. ¡Así está ella en punto á prestigio en casi toda España!

Nuestro grabado de la pág. 332 da cumplida idea de lo que es la llamada fiesta nacional.

Los toreros tenían antiguamente la piadosa costumbre de entrar en la capilla á orar antes de la corrida, para morir en gracia de Dios, si llegaba el caso de muerte, como sucede algunas veces. Junto á la Plaza de Toros vieja hallábase la capilla de los toreros, que el famoso *Cúchares* restauró y adornó á su costa. Los lidiadores salían de ella para dar por la Plaza el *paseo* de rigor. En la Plaza actual existe también una capilla, en la que entran aquéllos momentos antes de la corrida y después de ella; pero lo general es hacer una reverencia al altar, persignarse y salir luego.

El cuadro del insigne Villegas es admirable por la propiedad de las figuras, la actitud de todas, la luz y la melancólica solemnidad que en él se advierte y que hace pensar en los singulares encantos de una fiesta en la que los actores han de principiar por encomendarse á Dios, por si no llegasen los auxilios de la Extrema Unción, la cual está siempre dispuesta.

La Capilla de los toreros consiguió grandes alabanzas en Roma y París, y le compró el rico americano señor Stuart. Estas y otras obras artísticas son quizás la única cosa buena que este espectáculo ha producido, porque si es cierto que engendra ánimos fuertes y valerosos, como pretenden sus defensores, ¿qué hemos hecho de esa fortaleza y valor, que desde que hay corridas de toros casi no hay España?

D. Miguel Sánchez Dalp y Calonge, autor del grupo *Monaguillos*, es discípulo del celebrado escultor Sr. Susillo. La escena que ha representado en su obra es muy graciosa. Vese en ella dos traviesos monaguillos, vestidos con ricas dalmáticas de damasco con cordonería y flecos de seda; uno de ellos se ha quedado dormido en uno de los sillones de la sacristía con el incensario en la mano; el compañero le despierta tocándole con el cirial, y el dormido, despertando sobresaltado, deja caer el incensario al suelo.

Los semblantes de ambos expresan admirablemente, el uno lo malicioso de la intención, y el otro el susto propio de quien de tal modo es despertado. El grupo (representado en nuestro grabado de la pág. 336) es de tamaño mitad que el natural.

Del *Salon* de los Campos Elíseos de París publicamos en este número dos reproducciones de cuadros que hemos creído dignos de la atención de los lectores.

El primero (pág. 336), titulado *Los prófugos*, es de Le Blant, y ha merecido calurosos elogios por lo pintoresco y nuevo del asunto, así como por varios pormenores de la ejecución, que es notable.

El de Chocarne-Moreau (pág. 340) representa una escena picaresca, de esas que con tanta frecuencia se observan en las grandes capitales, y tanto como en la que más en París. La expresión del rostro de ambos muchachos es singularmente maliciosa y alegre, y el cuadro todo muy intencionado.

ESTADOS UNIDOS.

El Ejército del Hambre en Washington.

Ciertos escritores y oradores de nuestro tiempo han padecido la curiosa manía de poner siempre como ejemplo de nación próspera, bien gobernada y feliz á la República de los Estados Unidos. Escritores atrasados llama Eliseo Reclus á los que así piensan, y sóbrale razón para ello, porque han estado viendo por espacio de muchos años perfección y superioridad manifiesta en una organización social y política primitiva y embrionaria y en el culto exclusivo de lo material sin atenuación alguna. ¡A cuánto incauto han deslumbrado con sus discursos vacíos y retumbantes!

Empleado y derrochado gran parte del capital que la Naturaleza puso en manos de los anglo-sajones de América, después de bárbaramente destruídos los infelices indígenas (muy al contrario de lo que hizo la tan humanitaria cuanto calumniada colonización española), hace tiempo que la crisis económica se había iniciado. Muchos años han pasado ya desde que la Cámara de Comercio de Nueva York decía á los Gobiernos y Cámaras de Europa, en una importante circular, que no enviasen más emigrantes, porque el cultivo de la tierra en los Estados Unidos no era remunerador, los molinos, las fábricas, los talleres y las minas estaban parados, millares de operarios laboriosos se encontraban sin trabajo, con las mujeres y los hijos próximos á perecer de hambre; que la Sociedad organizadora de la Caridad en Nueva York poseía los nombres y antecedentes de 44.000 familias (180.000 individuos) que hal ían vivido de la caridad en los últimos tres años; y que el número de los impedidos, delincuentes y pordioseros aumentaba de una manera alarmante. ¡Y tanto como aumentaba! El socialismo y el anarquismo florecen bravamente en toda la República, en primer término aquende el Mississipí; en el New Hampshire, el Connetticutt y otros estados del Atlántico se despueblan los campos y disminuye la población rural como en las comarcas de Europa más decadentes; y, por último, hoy se calcula en más de tres millones el número de obreros sin trabajo ni medios de alimentarse en toda la República.

Agravada últimamente la crisis por diversas causas, propúsose cierto sujeto llamado Coxey organizar un ejército de hambrientos que había de concentrarse sobre Washington, partiendo de las más opuestas y distantes comarcas de los Estados Unidos, y hacer alarde de su miseria en el mismo Capitolio.

El 29 de Abril el Ejército del Hambre entraba efectivamente en Washington y se dirigía á la residencia del Presidente.

Al frente estaba Coxey con su mujer en carruaje. Detrás un numeroso estado mayor, todos con banderas y á caballo. La hija de Coxey, vestida de diosa de la Paz, montaba un caballo blanco. Llevaba suelta la rubia y abundante cabellera, entusiasmando con su arrogante presencia á la muchedumbre que presenciaba el desfile de aquel semicarnavalesco cortejo. En torno de miss Coxey marchaban 400 *hambrientos* armados. Cuando el *ejército* llegó al Capitolio y quiso entrar en el edificio, halló delante otro ejército, compuesto de agentes de policía, los cuales consiguieron rechazarle y prender al jefe. (Véase nuestro grabado de la página 328.)

CANARIAS.

Cuarto centenario de la fundación de Santa Cruz de Tenerife.

Es Santa Cruz de Tenerife una hermosa ciudad, hermosamente situada, alegre y sana y muy concurrida de forasteros que van á disfrutar de los infinitos dones que la Naturaleza derramó en aquella tierra privilegiada. En Mayo celebra fiestas muy animadas, pero que este año lo han sido más que nunca, por conmemorarse el cuarto centenario de la fundación de la ciudad por el adelantado Alonso Fernández de Lugo.

Nuestros grabados de la pág. 337 representan dos de los más notables episodios de estas fiestas. En el primero vese el hermoso espectáculo de la misa de campaña celebrada el día 2, en el mismo sitio y ante la misma cruz que la dicha en igual día de 1494, primera que en la isla se celebró. A este solemne acto asistieron el Ayuntamiento, el Capitán general, el Gobernador civil, el Obispo, el Cuerpo consular y las tropas de la guarnición en traje de campaña.

En el segundo grabado vese la procesión cívica que, saliendo del Ayuntamiento, se detiene en la plaza de la Constitución, donde sobre un estrado esperaban el Obispo, el Gobernador civil y el Capitán general. Al llegar la procesión, subió al estrado el Ayuntamiento, colocándose frente al Obispo el síndico que llevaba el pendón de la ciudad.

Entre los demás festejos que hubo en Santa Cruz, merece también mención especial la Exposición, en cuya sección histórica se veían las banderas tomadas á Nelson en 1797 y el cañón de donde salió la bala que llevó al almirante inglés el brazo derecho. En la sección artística había obras de Sanz y Carta, Alfaro, Méndez y otros artistas nacidos en la ciudad.

Debemos estos datos á la amabilidad del Sr. Marqués de Villasegura, tan amante de Tenerife y de sus glorias.

G. Reparaz.

LA PRUEBA DE UN ALMA.

I.

Durante el verano de 188... la concurrencia de bañistas fué en Saludes mayor que nunca; desde la fundación del balneario no se había visto allí tanta gente, ni tan lucida y bulliciosa.

Los enfermos graves eran pocos, y como por razón de su estado se hallaban recluídos en sus habitaciones, no molestaban á los que querían divertirse; los cuartos eran limpios, la comida, si no muy delicada, abundante y sabrosa, las camas aceptables, el campo delicioso, y las excursiones salían baratas; de suerte que todo el mundo estaba contento, sin acordarse el bolsista de sus negocios, ni el empleado de su oficina, ni la mujer hacendosa de los quehaceres de su casa, ni mucho menos el estudiante de sus libros; las niñas en estado de merecer disfrutaban bastante libertad para dejarse galantear á sus anchas por los muchachos; y, según malas lenguas, de igual libertad se aprovechaban algunas casadas, si no para permitir que fuese invadido allí mismo el cercado ajeno, á lo menos para demostrar que no lo defenderían mucho cuando, de regreso en la corte, fuesen más seguras las ocasiones y menor el peligro de la murmuración.

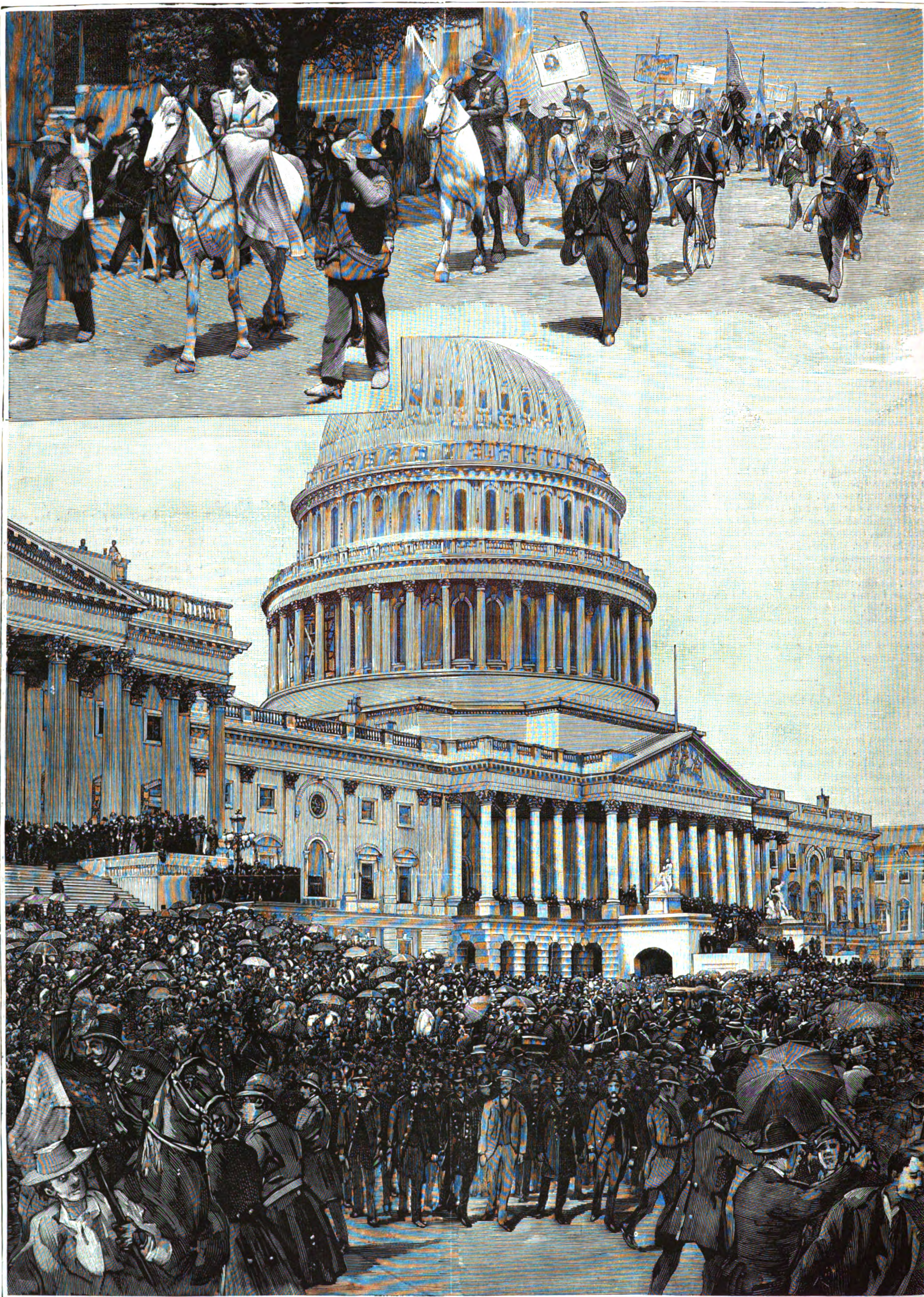
A que resultara grata la permanencia en Saludes contribuía mucho el director facultativo, hombre de treinta ó pocos más años, simpático, muy inteligente, y en quien se daban reunidas raras circunstancias y envidiables prendas. El doctor Ruiloz era el primogénito de un banquero, socio principal de la casa Ruiloz y Compañía, de Madrid; desde muchacho se empeñó en seguir la carrera de médico, dejando á su segundo hermano el cuidado y la gloria de continuar amontonando millones. En un principio la familia trató de quitarle de la cabeza aquel propósito, mas tan resuelto y decidido le vieron, que no hubo sino dejárselo lograr. «Aunque le falten enfermos—cuentan que dijo su padre—no ha de faltarle dinero, teniendo yo tanto como tengo.» Con la tenacidad mostrada al elegir carrera, y con la conducta que observó después, quedaron probadas la energía y la fuerza de voluntad que Dios había puesto en el alma de Juan Ruiloz, porque sin mermar á la juventud sus fueros, ni dejar de divertirse durante aquella edad en que la alegría es media vida, fué primero modelo de estudiantes y luego espejo de médicos.

Trabajando mucho, prescindiendo de la influencia y riqueza de sus padres, verdaderamente obstinado en deberlo todo á su propio esfuerzo, se hizo hombre y comenzó á labrarse la reputación, hasta verla consolidada en pocos años con algunos buenos escritos referentes á su facultad, y gracias á unas cuantas curas y operaciones tan sabias como afortunadas. Su estancia en Saludes fué puramente accidental. El médico en propiedad del balneario era un íntimo amigo y compañero suyo: cayó éste enfermo, pidió licencia, concediéronsela, necesitó prórroga, se la negaron, y cuando se hallaba á punto de perder la plaza, le dijo Juan:

—No te apures: para estas ocasiones es la influencia de mi padre: yo haré que me nombren director de Saludes, como supernumerario, en comisión, sin sueldo, de cualquier modo..... y en paz: te curas, y cuando puedas trabajar me retiro modestamente por el foro.

De esta manera llegó á ser médico del pobre balneario el doctor Ruiloz, á pesar de que por entonces ya su nombre corría de boca en boca, seguido de tales alabanzas, que nadie pudo comprender cómo ni por qué aceptó destino tan poco lucrativo. Los que estaban en el secreto de la cosa y conocían íntimamente á Juan, no se sorprendieron, sabiendo que, á más de ser amigo de hacer favores, había en él cierta innata tendencia á buscar en lo anormal y extraordinario el encanto de la vida. ¿Y dónde cosa menos vulgar y más desacostumbrada para un médico rico y mimado por

LA CRISIS ECONÓMICA EN LOS EE. UU. DEL NORTE DE AMÉRICA.



EL EJÉRCITO DEL HAMBRE EN WASHINGTON.—PASO DE LA MANIFESTACIÓN, CON MISS COXEY Á LA CABEZA, POR LA «FOURTEENTH STREET» (CALLE CATORCE).—PRISIÓN DEL «GENERAL EN JEFE» COXEY, Á LA ENTRADA DEL CAPITOLIO.

(De fotografías.)



LAS CANTADORAS.

CUADRO DE D. PLÁCIDO FRANCÉS.



RECOLECCIÓN DE PATATAS.

CUADRO DE D. LUIS BERTODANO.

(MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.)

la suerte, que ir á encerrarse en un balneario de tercera clase, en el cual no había de ganar honra ni provecho, sólo por servir á un compañero?

Tal es la excelencia de las buenas acciones, que á veces el favor que se hace en obsequio de uno redunda en provecho de muchos, y así sucedió en este caso, porque cuando la gente adinerada y elegante de Madrid supo que Ruiloz iba aquel año de médico á Saludes, allá se fueron tras él muchas familias de la corte, unas por tener cerca á su doctor favorito, y otras esperanzadas en que, no hallándose tan cargado de trabajo, podrían consultarle más despacio, con lo cual acudió tanta gente, que todo el verano fué agosto para el humilde lugarejo.

Iba ya vencida la temporada, y Ruiloz estaba, aunque no arrepentido del favor hecho á su amigo, cansado de tener más numerosa clientela que en Madrid, cuando llegó á Saludes un matrimonio joven acompañado y servido por una doncella y un ayuda de cámara; albergáronse amos y criados en la mejor casa del pueblo, y en seguida el marido, que se llamaba D. Javier Molínez, se presentó á Ruiloz diciéndole que su esposa venía enferma, y que sólo para que él la asistiese habían hecho el viaje. Fué el doctor á visitarla, preguntó cuanto creyó conveniente, hizo los reconocimientos propios del caso, infundió ánimo en el abatido espíritu de aquella señora, que además de joven era hermosa, y luego, llegada la noche, y en vista de las reiteradas súplicas que Molínez le hizo para saber el verdadero estado de su mujer, le habló de este modo mientras paseaban por el jardín del balneario:

—Ya que usted la exige y tiene valor para escucharla, le diré la verdad. El caso no es desesperado, pero poco menos. Cuando llegan á este grado de desarrollo, las afecciones del corazón son locas. Aquí no deben ustedes permanecer más tiempo que el preciso para que recobre fuerzas: vuélvanse ustedes pronto á su casa. Ni sé cómo ha podido soportar el viaje en las condiciones en que está.

Hizo luego una breve explicación científica, y terminó diciendo:

—Puede vivir unos cuantos meses..... tal vez años, aunque desgraciadamente no lo espero..... y cualquier contratiempo en la marcha de la enfermedad puede también ocasionar un desenlace fatal en pocos días. Acaso la saquemos adelante, pero hoy por hoy su estado es muy grave. Si mejorase algo, lo más juicioso sería llevársela á Madrid.

—¿De modo que no hay esperanza?.....

—Eso..... sólo Dios puede saberlo.

—¿Y cree usted que debo avisar á mi suegra para que venga?

—Indudablemente, con tal de que halle usted pretexto para justificar su llegada, porque su señora de usted no está para soportar emociones fuertes.

Sin duda Molínez tenía, ó halló, modo de justificar el viaje de su madre política, pues le telegrafió para que acudiese á Saludes, donde llegó á las treinta horas, acompañada de una mujer entrada en años, que era su ama de llaves, y de una señorita de gracioso rostro y gentil figura á quien llamaba Julia.

Pocos días bastaron para que aquella familia simpatizara con el doctor: entre los atractivos personales de éste y el agradable trato de los Molínez, que se esforzaban por atraerle en beneficio de la enferma, pronto se hicieron amigos. Ruiloz y Javier daban juntos largos paseos, jugaban al ajedrez y con frecuencia comía el primero en casa del segundo, de suerte que los forasteros siempre tenían á su lado al médico y éste combatía el aburrimiento con el afable trato de la familia madrileña.

Esto sucedía á principios de Agosto. Transcurrido un mes, todos los habitantes del balneario sabían que la señora de Molínez estaba mucho más aliviada, y que, sin embargo, el doctor cada día pasaba más tiempo en su casa, con lo cual hallaron fundamento las suposiciones de los malévolos y ocupación las lenguas de los murmuradores. «Las enfermedades del corazón deben de ser contagiosas—cuentan que dijo un chusco—porque desde que llegó esa señora de Molínez el médico está muy grave.»

Realmente, la variación sufrida por Ruiloz en poco tiempo era tal, que sólo un ciego podía dejar de observarla. De alegre, decidor y bromista, se hizo triste, callado y serio; algunos días hasta se mostraba desabrido y seco con los enfermos; en el salón del balneario apenas ponía los pies; negóse á recibir fuera de las horas marcadas para la consulta y, por último, su semblante adquirió una expresión de melancolía que hubiese justamente alarmado á sus padres y amigos si de improviso llegaran á Saludes.

Este cambio casi repentino, y las constantes visitas á la familia de Molínez, daban cierta apariencia de verdad á la suposición de que al doctor no le preocupaba y abstraía única y exclusivamente el cuidado de un enfermo grave. El alivio de Clotilde Molínez valió á Ruiloz muchas enhorabuenas, pero á espaldas suyas dió pábulo á grandes murmuraciones: todo el mundo, pasándose de listo y sin recordar que en aquella casa había dos mujeres, una soltera y otra casada, creía ó fingía creer que el médico estaba enamorado de la segunda. Sin embargo, el marido de ésta podía dormir tranquilo. Quien ocasionaba las cavilaciones del doctor era Julia, la joven que llegó á Saludes con la suegra de Molínez. Dado su carácter y su temperamento, Ruiloz no podía menos de sentirse atraído por aquella mujer, al parecer rodeada de circunstancias extraordinarias. Julia representaba unos veinticinco años: predisponían á favor suyo la mirada inteligente y expresiva, las facciones delicadas, el andar airoso y el cuerpo bien formado; pero su principal encanto estaba en la conversación, en el lenguaje, en lo que decía y en el modo de decirlo, porque además de mucha gracia y claridad de entendimiento, descubría en sus palabras una bondad de alma y un sentido moral tan hondos como sinceros. Era ilustrada sin afectación, religiosa sin fanatismo, honesta sin hipocresía y franca sin descaro. La única condición que pudiera deslucir algo estas cualidades era cierta dureza y sequedad de genio, cierta acritud en las frases, cuando en la conversación salían á plaza determinadas flaquezas humanas: la mentira y el engaño, el disimulo y la astucia le eran aborrecibles.

Su tía D.ª Carmen, madre de Clotilde y suegra de Molínez, parecía fiar y descansar en Julia para todo lo referente al cuidado de la casa, tratándola como á hija y siendo por ella tratada con grande amor y respeto. El cariño que tía y sobrina se profesaban era prueba indudable de la buena índole de ambas: las consideraciones y el mimo que Julia prodigaba á D.ª Carmen contribuyeron mucho á que Ruiloz descubriese en la primera las cualidades que, hábilmente dirigidas, pueden ser la base de un hogar dichoso. La sorpresa y las dudas del médico nacieron cuando, poco á poco, fué observando que entre Julia, de un lado, y de otro entre su prima y el marido de ésta, no reinaba la misma cordialidad. Para D.ª Carmen era toda afabilidad y cariño: respecto de Clotilde y Javier, parecía vivir en sumisión forzada; les dirigía la palabra cortés y casi afectuosamente, pero siempre con tal circunspección y mesura, siempre con tan escasa confianza, que la reserva robaba espontaneidad á su lenguaje; diríase que medía y pesaba las palabras, evitando cuidadosamente todo lo que pudiese ocasionar piques y roces. La frialdad que reinaba entre aquellas tres personas era evidente. En vano se esforzaban marido y mujer por cubrir con frases pulidas y forzados halagos aquella tirantez: inútil era también la habilidad desplegada por D.ª Carmen para ocultar aquella hostilidad mal contenida.

Nada de esto escapó á la penetración de Ruiloz. El primer sentimiento que Julia le inspiró fué la simpatía: después, notando su rara situación en el seno de aquella familia, no pudo librarse de una sospecha en que iba envuelto un desencanto. Imaginó que entre Julia y Javier *había algo* y que por encubrirlo fingían; luego creyó que si entonces no estaban unidos por afecto culpable, acaso lo habrían estado tiempo atrás sustituyendo después el rencor á la pasión; por último, se aferró á la idea de que la aversión que les separaba obedecía á sentimientos de índole contraria, porque él mostraba bajeza y apocamiento ante Julia, y ésta, por el contrario, le miraba entre despreciativa y soberbia. Finalmente, D.ª Carmen vivía al parecer siempre atormentada por aquel drama íntimo, esforzándose en limar asperezas, evitar disensiones y alejar conflictos: ya intervenía en los diálogos para variar la conversación cuando corría peligro de agriarse, ya entraba oportunamente en las habitaciones estorbando que Julia se hallase sola con Javier ó con Clotilde, ya, por último, y esto era lo que hacía con más gusto, mimaba y acariciaba á su sobrina cual si quisiera recompensarla por algún sacrificio ó indemnizarla de alguna grande é inmerecida injusticia. La criada de D.ª Carmen también parecía querer mucho á Julia, mirando por el contrario á Clotilde y su marido con respeto, pero sin cariño. De todos modos, no cabía duda: en la existencia de aquella familia había un secreto, y según las apariencias Julia era ó había sido víctima de alguna infamia.

La triste situación de esta mujer, sus gracias naturales, aumentadas con el novelesco encanto del misterio, y la particular organización del médico, que, sin duda harto de estudiar el dolor y la materia, buceaba con placer en las profundidades del espíritu, hicieron que Ruiloz se apasionase por aquella víctima de no sabía qué injusticias. A su amor contribuyeron, tanto como la figura de Julia, la misteriosa situación en que ésta se encontraba y la facilidad con que su propio ánimo se dejaba influir y dominar por todo lo extraordinario y anormal; sintió un afecto formado de simpatía y de piedad, robustecido por la prudencia forzada, y finalmente poetizado por aquella aureola de dignidad y desgracia en que veía envuelta á la mujer querida. No le seducían sus ojos por lo expresivos, ni su boca por lo fresca, ni su talle por lo esbelto, sino toda ella por cierta atmósfera de melancolía que, circundándola como un ropaje ideal, daba á sus ojos apacible tristeza, á su boca sonrisa resignada, y á su cuerpo entero una dejadez y laxitud en mayor grado poderosas y excitantes que la más espléndida hermosura ó la más astuta coquetería.

Ruiloz ocultó cuidadosamente su amor, pensando que ni la situación de aquella familia ni el poco tiempo que en su amistad llevaba le permitían por entonces otra cosa; pero este mismo forzoso secreto sirvió de incentivo á su deseo.

Entretanto, la enfermedad de Clotilde volvió á agravarse, precisamente cuando el balneario se iba quedando desierto. La fecha de la clausura estaba cercana, y el médico no decía palabra de volver á la corte: si alguien le hablaba del regreso, respondía con evasivas; pero, como nadie se engaña á sí mismo, harto persuadido estaba él de que Julia, únicamente ella, era quien le retenía allí. Por fin se marcharon de Saludes hasta los criados y camareros: no quedó en el lugar más que la familia Molínez y el doctor. Entonces éste, temeroso de que aun á sus nuevos amigos pareciese sospechosa tal conducta, mortificado por la suposición de que pudieran creer que prolongaba su estancia allí para hacer pagar más caros sus cuidados, y sobre todo aguijoneado por el amor, determinó salir de dudas.

Una noche vió que Julia tenía los ojos como puños de haber llorado, y no pudo contenerse. Nada se atrevió á preguntarle; pero al día siguiente, que era domingo, esperó muy de mañana á la criada vieja de D.ª Carmen, y acercándose á ella cuando salía de la iglesia le rogó que le siguiese hasta su despacho del balneario, donde, sentados frente á frente, primero con astucias y luego con ofertas trató de averiguar lo que tanto deseaba saber.

Aquella buena mujer le dejó hablar cuanto quiso, sin interrumpirle; oyó sin chistar los inocentes y mal rebuscados pretextos en que fundó sus preguntas, y luego, sonriendo como diplomático que no se resigna á darse por engañado, le dijo con la respetuosa franqueza propia de los sirvientes viejos:

—Mire usted, señor doctor, hace muchos días que esperaba esto..... vamos, que me buscara usted.

—¿Usted lo esperaba?

—Tan seguro lo tenía, que he pedido permiso á mi ama D.ª Carmen.

—¿Y qué le ha dicho á usted? ¿Y por qué lo sospechaba usted?

—¿Me da usted su permiso para que hable clarito?

—Se lo ruego.

—Pues usted está enamorado de la señorita Julia; usted ha comprendido que en la casa pasa ó ha pasado algo muy gordo, como vulgarmente se dice, y quiere enterarse..... naturalmente un hombre tiene derecho á saber lo que puede importarle.

—Y esto que usted dice ¿lo sospecha también D.ª Carmen?

—A mi señora no se le escapa nada.

—¿Y D.ª Clotilde y su marido?

—La enferma, usted lo sabe, no está para nada: el señorito Javier no sé si se habrá fijado; pero ese..... lo mejor que le podía suceder era que la señorita Julia saliera de casa.

—¿Y *ella?*

—Doña Carmen dice que sí, que la señorita ha comprendido que usted la quiere; yo, á decir verdad, no lo sé. ¡Ojalá le hiciese á usted caso! Todo se lo merece..... aunque no sea más que por lo que ha sufrido.

—Veo que con una mujer como usted no hay que andarse por las ramas, y menos estando D.ª Carmen enterada de.....

—Pues pregunte usted lo que quiera. Soy vieja, llevo veinte años al lado de D.ª Carmen, y ya le digo á usted que estoy aquí con su consentimiento. Lo que usted desea saber es..... la posición de la señorita Julia en la casa, el por qué no se lleva bien con la señorita Clotilde y con su marido; en fin, todo lo que pasa.

—Cabal.

—Va usted á salir de dudas. La señorita Julia es sobrina carnal de D.ª Carmen, hija de una hermana suya que murió hace quince años. La ha criado como á su propia hija, que es de la misma edad, poco más ó menos. En vez de una hija, han sido dos..... y la verdad, la señorita Julia es de mejor índole, más cariñosa y dulce.

—¡Eso un ciego lo ve!

—Hace tres años comenzó D. Javier á seguirlas por todas partes: á teatros, conciertos, paseos..... en fin, lo que hace un enamorado.

—¿De quién?

—De la señorita Julia. Por fin le presentaron en la casa; ella no le puso mala cara, y estuvieron en relaciones..... cosa de seis meses.

—Pues no comprendo.....

—Al cabo de aquellos seis meses llegó el verano. Mis señoritas tienen costumbre de salir de Madrid todos los veranos, y se encontraron con que aquel año no podían: verá usted por qué. La casa donde vivimos en Madrid es de D.ª Carmen: un caserón viejo, á la antigua. Mi señora quería hacer obra, obra grande: tirar tabiques, reformar muchas cosas, tapizar luego habitaciones..... un trajín de todos los diablos; y, por otra parte, no quería renunciar al viaje; cuestión de salud. Tenemos un administrador viejecito, un buen señor, pero con tantos años sobre sí, que no sirve para nada. En una palabra, hacía falta que se quedara alguien con él. Total, que nos quedamos en Madrid el administrador, la señorita Julia y yo, pasando todo el verano vigilando á los operarios. La señorita Julia comprendió que debía dar este gusto á D.ª Carmen..... y de ahí nació todo.

—¿Y qué tiene eso que ver?.....

—¿No lo adivina usted? Doña Carmen y la señorita Clotilde se fueron con una doncella, nosotras nos quedamos y..... aquí entra lo feo. Doña Carmen, que había autorizado los amores de la señorita Julia con D. Javier, prohibió naturalmente que éste entrase en la casa durante su ausencia, y ella, más buena que el pan, para evitar toda clase de habladurías, pidió á su novio que se marchara también de Madrid durante el verano. Y él se fué, sí, señor; pero se fué donde estaban ellas: primero á San Sebastián, luego á Biarritz, quince días á París..... y dónde fué no lo sabemos, pero.....

—Clotilde le robó el novio á Julia.

—Sí, señor; robado, esa es la palabra. Parece que la cosa comenzó con bromas y coqueteos; no sé lo que sucedería; pero ó ella le volvió loco, ó él pensó que más valía la rica que la pobre. A la mitad del verano dejó de escribir á Julia. El administrador y yo creímos que se moría: doña Carmen llegó á Madrid enferma del disgusto, porque ya se traía tragada la infamia. ¡Qué cosas le dijo á su hija! No hubo medio de evitarlo: él amenazó con sacarla depositada, y, ante el escándalo, hubo que ceder. Este es el secreto de todo. Como usted puede imaginar, se acabó la tranquilidad.

No hay palabras con que expresar el asombro de Ruiloz, asombro mezclado de pena, pues su primera suposición fué que Julia seguía enamorada de Javier. Trató, sin embargo, de coordinar sus pensamientos, y preguntó á la vieja:

—Pero dígame usted: después de todo eso, ¿cómo sigue la señorita Julia viviendo en la casa?

—Viven y no viven juntos. La señorita Clotilde y su marido tienen el bajo, que es independiente; D.ª Carmen, Julia y yo, el principal. En Madrid *ellas dos* apenas se veían. Por eso han sido aquí los choques, en cuanto se han acercado. Además, *ella* quiso meterse monja..... ponerse de institutriz..... ¿cómo había de permitirlo la señora?

—Todo está explicado.

—¡Claro! Aquí han sido los disgustos gordos. Cuando usted mandó llamar á mi ama, la señorita Julia no quiso que viniera sola; pensó que tendría calma para ver á la otra, para verle á él..... y no ha habido tal calma. Esta es la situación.

—¿Y no hay más?

—Lo demás es muy delicado.

—¡Pobre mujer!

—¡Figúrese usted! Está colocada en la alternativa de tener que abandonar á D.ª Carmen ó soportar la presencia de los otros. Y ahora comprenderá usted también la influencia que han de tener ciertos sacudimientos morales en la enfermedad de D.ª Clotilde; porque, á mí no me cabe duda, también ella ha de sufrir..... ¡y bien castigada está! Clotilde sabe que Julia la desprecia, y al mismo tiempo está celosa de ella.

—¡Si Julia quiere, yo la haré feliz!—exclamó Ruiloz en un rapto de indignación mezclada de ternura.

En aquel momento comprendió que la quería de veras. No, no era sólo la atracción de lo misterioso y anormal; era que aquella mujer se le había metido en el alma. Hizo un esfuerzo por serenarse, dominó la impresión que sentía, y dijo:

—Pues bien; sólo dos cosas deseo saber ahora; primera: ¿cree usted que Julia quiere todavía á D. Javier?

—Me parece demasiado altiva, demasiado digna.....

—Segunda: ¿cree usted que D.ª Carmen apoyará mis deseos?

—Cuando me ha permitido venir aquí, es que ha visto en usted un hombre honrado para su Julia.

—En vista de eso, yo aprovecharé la primera ocasión que se me presente propicia para hablar con Julia. ¡Con tal de que su antiguo amor hacia Molínez no sea una verdadera pasión!

—Se me figura que no; eso usted lo averiguará. Y ahora, para concluir, yo también tengo que hacerle á usted una pregunta por encargo de mi ama, y claro está que repetiré con la mayor prudencia lo que usted diga. Vamos á ver: ¿cuál es el verdadero estado de Clotilde?

—Hoy por hoy, gravísimo. Creo, sin embargo, que de esta crisis saldremos adelante; pero de las que vengan luego no respondo, en uno de esos ataques tiene que quedarse. De modo que si ahora se alivia, lo antes posible, á Madrid con ella.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Concluirá.

MUERTOS ILUSTRES.

EL CONDE ADOLFO FEDERICO DE SCHACK.

(Nació el 2 de Agosto de 1815.—Murió el 14 de Abril de 1894.)

CRUELES están los tiempos para con las letras alemanas. Alemania acaba de perder un gran poeta, y España al príncipe de los hispanófilos.

El mismo día en que los obreros de la nación española, 15.000 peregrinos, arribaron á Roma para asistir á la beatificación del ilustre maestro de Santa Teresa de Jesús, el venerable Juan de Avila, en la primera Basílica del mundo, el día 14 de Abril, cerró los ojos para siempre un insigne peregrino alemán en la Ciudad Eterna, en que se ha-

bía refugiado tantas veces para respirar una vez más las auras benéficas del Sur, escuchar los trinos de los alados mensajeros de la primavera, soñar con todo lo sublime y noble que dió la consagración á sus aspiraciones, y penetrar la ley del nacer y del morir, que no se revela en ninguna parte tanto como en Roma: murió aquel peregrino al reino de la belleza, aquel aristócrata entre los poetas, artistas y pensadores, aquel Alejandro de Humboldt de las letras que se llamaba *conde Adolfo Federico de Schack*, y que por su universalismo espiritual mereció el dictado de hijo de Goethe, creando todavía con la mano temblorosa del anciano poemas que excitan nuestra admiración, por la nobleza de sentimientos, por la riqueza de ideas, por la armonía de dicción, y desempeñando hasta el último suspiro su cargo de ingenioso intérprete de las letras universales y de poeta que dirigía las miradas de su pueblo hacia las cumbres de la poesía y del arte, y que se sentaba á la mesa de Lúculo de las naciones más poéticas.

No obstante las galas con que se nos presenta su poesía, vistiendo el traje espléndido de la pintura y la toga de la erudición, y á pesar de su universalismo, que le hizo igual á los mejores ingenios de todos los tiempos, y un compañero de los Rückert y Platen, era un hombre moderno penetrado de la importancia de nuestros problemas de cultura, y un férvido patriota alemán, que con toda su alma estaba en medio de nuestro movimiento nacional. Pero el que unió á la nobleza del nacimiento la nobleza del espíritu, y que, teniendo sed de belleza, fué á la par poeta y traductor, coleccionista y Mecenas: el que hizo de su vida una obra de arte, viendo siempre en la poesía compendio de todo lo noble y sublime, y buscando compensación de las delicias del hogar en templos de dioses y en lo infinito, no halló ningún eco de sus poderosos acordes en su pueblo, ni vió florecer para sí, en recompensa de su pasmosa actividad, el codiciado laurel en Alemania.

Le faltaba la palma de la popularidad, porque la naturaleza no le había dado cantar como canta el pájaro; no tenía en su lira cuerdas para lo sencillo, lo primitivo, lo ingenuo, ostentando su musa, que se inclinaba bajo la pesadumbre de sus pensamientos, una diadema altiva y sentándose en un trono altísimo, de donde se miran á lo lejos el mundo, el Océano, las nubes. Desengañado por su patria, dijo en una elegía, llevando la fecha de 1894: «Quiero que se me entierre solitario en una tumba profunda, donde arda la lámpara eterna, pero donde no haya ninguna señal anunciando mi nombre»: y antes que acabase de sufrir, gritó: «¡Ojalá que hubiese nacido en Italia ó en el país de los britos!» Y á veces exclamó: «¿Por qué no he nacido español?»

Y al final de un libro suyo que escribió sobre su galería de pinturas, hace diez años, decía: «En vista del frío glacial y de la indiferencia mortal del pueblo alemán respecto á mi actividad poética y literaria, no puedo menos de desear que hubiese visto la luz en Inglaterra ó Italia, en Francia ó España.» Si hubiese tenido por cuna á España, que amaba tanto, admirando en el genio español el molde de todo lo romántico, de todo lo maravilloso, le hubieran coronado en la Alhambra como á Zorrilla.

Sus descripciones plásticas y floridas de Granada y del palacio encantado de los nasaritas, la sin par Alhambra, y del Generalife; el capítulo referente á la influencia de la poesía árabe sobre la poesía de los pueblos cristianos de Europa, que se encuentra en la preciosa obra traducida por don Juan Valera *La Poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*, son monumentos áureos de la lengua alemana, verdaderos poemas en prosa, trozos castelarianos. Los impulsos á sus numerosos asuntos exóticos los debió á sus viajes. Sus últimos trabajos son tan lozanos y frescos como los primeros que concibió cuando diplomático al servicio del Gran Duque de Mecklemburgo, y entre los cuales figuran sus tres tomos de la *Historia de la literatura dramática de España*, traducidos al castellano por el Sr. Mir, sus magistrales versiones de dramas españoles y su traducción de las Epopeyas del persa Firdusi.

Cuando estaba ya en el ocaso de su existencia le tenía ocupado todavía la diosa de los dedos de rosas, la esplendorosa Aurora. En uno de los viajes que hace cuarenta y cinco años emprendió con el príncipe Clodoveo de Hohenlohe, recorrió el mundo de las ruinas de Tebas y vió al Coloso de Memnón brillando en el primer rayo del alba. La idea de Memnón le acompañaba hasta la ancianidad. Como es sabido, el hijo de Aurora perdió la vista; pero un día la ceguedad desaparece de sus ojos, una luz jamás adivinada le inunda, y la madre eternamente joven lo recibe en su reino lúcido. Pero antes que se verifique aquel milagro, dice el mismo Memnón que en la aparente maldición hay una bendición, pues cuando se desvanece todo lo visible, nace en el mundo interior el sol que ha de brillar siempre en el alma. Lo mismo sucedió con nuestro poeta cuando ciego: no le abandonaba la esperanza: su consuelo era el trabajo y su vida interior le brindaba luz y felicidad.

Encontrándose por la mañana entre sus amigos queridísimos, sus cuadros, concibió unos cincuenta ó sesenta versos, y después los dictó á su amanuense, y para que pudiese continuar más tarde su composición, mandó á éste le recitase los dos últimos versos. Así nacieron numerosas composiciones líricas, la epopeya *Los Misterios del alma*, versiones del inglés, portugués y castellano, sus *Memorias*, *La Historia de los normandos en Sicilia* y el libro titulado *Pandora*. Y su ceguedad no le impidió publicar las obras póstumas del suizo hispanófilo Edmondo Dorer, que mereció entusiastas aplausos por la poesía que escribió con motivo del Centenario de Calderón.

Las pinturas que formaban la galería de *Schack*, y para las cuales mandó construir un soberbio palacio en Munich, en que se admiran los artistas que él mismo, dotado de un gusto depurado, había descubierto, á saber: el poeta del colorido Arnaldo Böcklin, el pintor ingenuo y romántico Mauricio de Schwind, el clásico y sencillo Anselmo Feuerbach y el famoso Genelli, tan lleno de fantasía, y las copias de Velázquez, del Tiziano, de Giorgione, Rubens y Van-Dyck, hechas por Francisco Lenbach, eran sus delicias; pasaba muchas horas en medio de sus lienzos, conduciéndole una puerta de su museo á su estudio, y aun cuando los colores palidecían ante sus ojos, no cesó de respirar cerca de ellos. Pero á veces sus cuadros fueron también su tortura, pues vió con amargura que los estudiantes de la Historia del Arte en la Universidad de Munich, que se proponían festejarle en 1885 con ocasión de su septuagésimo cumpleaños, no recordaban al poeta Schack, sino al coleccionista.

Ya saben sus compatriotas que el que acaba de dejarnos para siempre era un mágico privilegiado, para quien la poesía no tenía secreto ninguno: un gran prosista, que nos sorprende por el encanto de lo imprevisto; un hombre tan familiar en el reino de la Poesía como en las Bellas Artes: un diplomático que en la mesa verde soñaba con las maravillas de la poesía oriental y de la del romance, mirando entre las actas las figuras de los dramas españoles y de las epopeyas persas: un traductor que sabía imitar el tono solemne, la expresión titánica y los acordes más delicados, la grandiosidad épica y la gracia idílica de Firdusi, el romanticismo de las *Voces del Ganges* que él mismo llamaba su mejor traducción, el encanto de Omar Chijam, el estilo vigoroso de *El Romancero*, *El Cid* por Guillén de Castro, *El Tejedor de Segovia* por Alarcón, y algunos entremeses de Cervantes, poetas contemporáneos de Shakespeare, y poesías de los ingleses y americanos Fhackeray, Keats, Wordworth, Browning y Edgardo Poe, de los franceses Leconte de Lisle, Alfredo de Vigny y Francisco Villon, y del italiano Juan Berchet, y un crítico que trazaba de mano maestra los perfiles de los Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, Alarcón y Calderón.

Es una lástima que *Schack* se haya presentado al pueblo alemán como poeta cuando todos aspiraban á pintar su época en novelas ó comedias escritas en prosa. Uno solo alcanzó un puesto envidiable en la moderna literatura alemana, Manuel Geibel, compañero de Schack en sus versiones de *El Romancero*. Pero en Geibel pulsaba poderosa la vena lírica, y sus canciones se derramaban sobre Alemania cual nieve de flores y resonaban como si hubiesen brotado del alma popular. Quien quiera penetrar el corazón del pueblo no ha de tomar el camino por todas las zonas.

Schack necesitaba para sus poesías impresiones poderosas, las cumbres nevadas de los Alpes, la magnificencia de los colores del Sur, los restos de un gran pasado que encontraba en Roma y Grecia, y la naturaleza le hablaba con los labios sagrados de la Sibila palabras proféticas. En la colección lírico-épica que se titula *Weihgesänge*, conteniendo monumentos erigidos á Zoroastro y Pericles, al Tiziano y á Miguel Angel, al Dante y Wolfram de Eschenbach; en los *Episodios* y en las *Noches del Oriente*, demuestra su afición á buscar en tierras remotas impulsos para sus composiciones y poner nuevos colores en la paleta del poeta. Su amor á Alemania prorrumpe al final de su comedia política *Cancán*, en la que figuran Napoleón III, la emperatriz Eugenia y su malogrado hijo, Olivier y otros personajes de la guerra franco-alemana, encarnándose el poeta en el coro que ofrece el tributo de sus homenajes al anciano emperador Guillermo I, que de batalla gigante en batalla gigante llevaba la bandera delante de su pueblo.

Al escribir sus dramas *Los Pisanos*, *Timandra*, *Gastón*, el poeta era anciano ya, faltándole la elasticidad juvenil que ningún arte necesita más que el arte dramático, que no se puede aprender sino en contacto inmediato con la escena.

Pero no en balde ha brillado el sol para *Schack*. La gloria le alzará un pedestal seguro. Inscribió su nombre con letras de oro en la historia de la poesía y de los pueblos, y al exhalar su último suspiro en la Ciudad Eterna, en la primavera coronada de rosas, habrá sentido saludos de esferas infinitas. Sus obras, que en su testamento mandó popularizar por ediciones económicas, son tesoros inapreciables para las generaciones.

El cadáver del hijo adoptivo de Baviera pasaba en su postrer viaje por Munich, donde la Asociación de Artistas colocaba una corona sobre su féretro. El 25 de Abril enterraron al poeta en la capilla del camposanto de Stralendorf, próximo á Parchim (Mecklemburgo), al lado de su padre el embajador de Mecklemburgo en la dieta alemana, señor de Schack. Numerosas guirnaldas rodeaban el féretro. Había muchísimos delegados de ciudades y academias alemanas. El de la ciudad de Munich celebraba al Conde como promovedor del arte en la capital de Baviera y creador de obras inmortales. Empezó la solemnidad con un discurso del párroco Wolff, y concluyó con una oración mental de la concurrencia, que no sin emoción se despidió del jefe actual de la familia, el hermano del muerto, conde Rodolfo de Schack, sintiendo en el alma que ya se haya acabado una existencia inspirada en los más elevados ideales á que puede aspirar el hombre.

Con regocijo inmenso acaba de saludar Munich el telegrama del emperador Guillermo II relativo á la galería de Schack que el Conde, no siendo ni bávaro ni prusiano, había colocado como alemán bajo la égida del Emperador. Dice el telegrama dirigido al Burgomaestre de Munich: «Ese tesoro tan caro á los artistas y ciudadanos y á los alemanes todos, ha de quedarse en Munich. Celebro que tenga yo en la bellísima ciudad una casa cual símbolo imperial, y llamaré bien venido á quien venga á visitarla.» Estas generosas palabras del Emperador se grabarán en una tabla á la entrada de la galería, cuyas riquezas de arte asombran y admiran á todos los viajeros. Gracias al acto verdaderamente nacional del Emperador, que se ha demostrado una vez más patrono del arte y amante del pueblo, la galería de Schack recordará siempre á la primera ciudad artística de Alemania su contacto con el Imperio y la simpática personalidad del Emperador. Munich conservará el museo de Schack como joya del Imperio alemán.

El *Conde de Schack* sólo cruzó rápidamente por la senda de mis días, y dejó en ella huella invulnerable. Cumplido caballero, corazón noble y elevado, en el cual encontró eco todo lo grande y magnánimo, forzosamente había de dejar en mí gratísimo recuerdo.

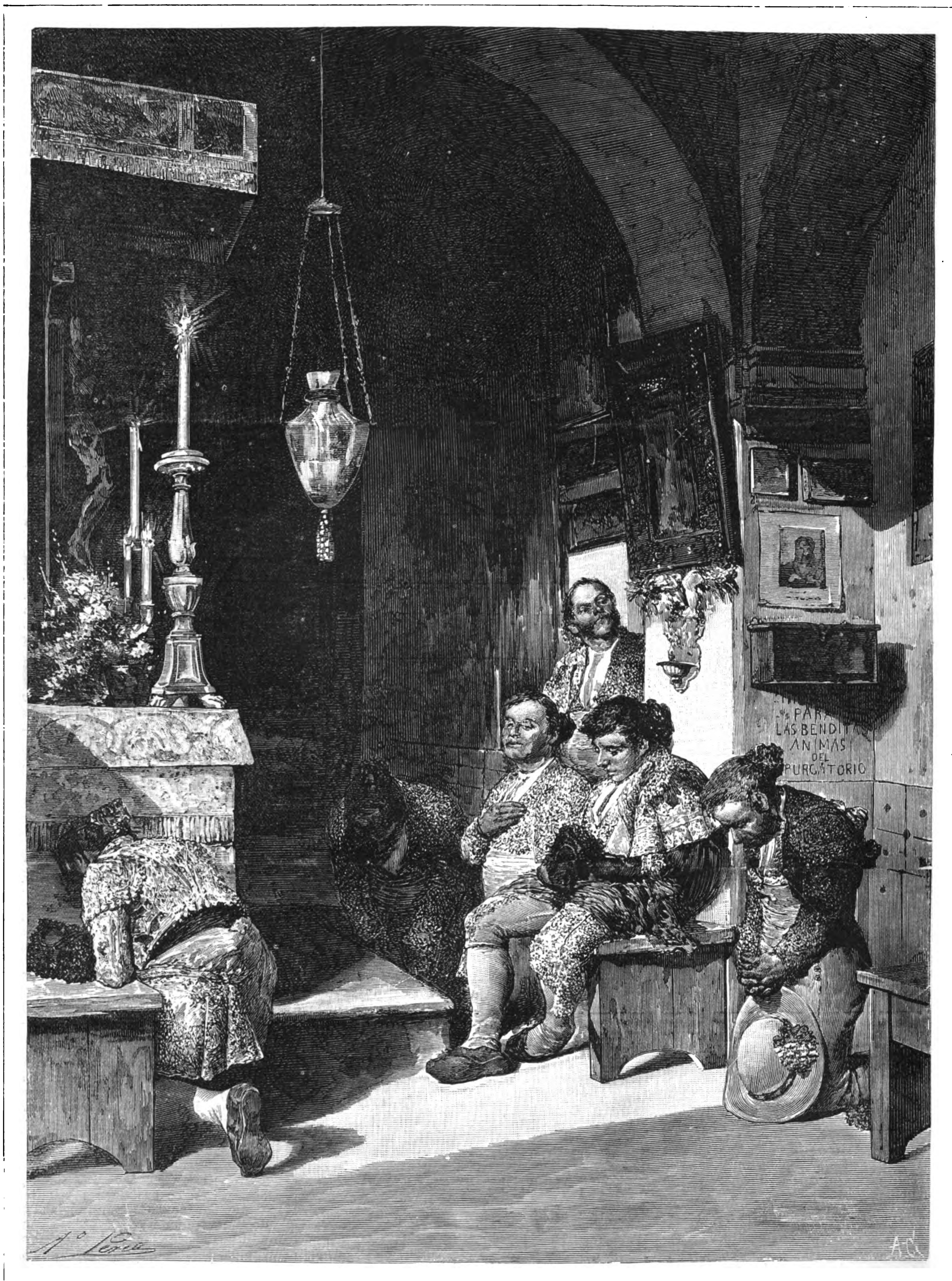
En una obra de tres tomos, titulada *Medio siglo*, el *Conde de Schack* nos describió su vida.

Nació *Adolfo Federico de Schack* en Brüsewitz, cercana á Schwerin, el 2 de Agosto de 1815, de uno de aquellos ricos propietarios soberanos, en cuyos solares y hermosas fincas se deslizó su infancia, hasta que su padre se trasladó en 1827 á Francfort, como embajador de la Confederación germánica.

La casa en que el poeta vió la primera luz se encuentra en la Lindenstrasse, y está rodeada de altivos árboles. Cerca de Brüsewitz está el bosque histórico donde un francés hirió mortalmente al gran Tirteo alemán Teodoro Koerner.

Muy niño, dedicó *Schack* sus entusiasmos y sus esfuerzos al estudio de las lenguas italiana y española, y á la edad de diez y seis años aprendió los idiomas persa y árabe. Estudió leyes, desde 1834 á 38 en Bonn, Heidelberg y Berlín. Pero mientras sus amigos echaban copas y entonaban canciones alegres, *Schack* no cesaba de trabajar, de suerte que cayó enfermo y tuvo que marchar al Sur para restablecer su salud quebrantada. No encontrando satisfacciones en la árida jurisprucia, acompañaba en sus viajes por Italia, Sicilia, Malta, Asia menor y Constantinopla al Gran Duque de Mecklemburgo; y después, viajando solo, extendió sus expediciones sobre Inglaterra, Escocia, Grecia, España y Marruecos. En 1855 el rey de Baviera Maximiliano II le llamó á su corte, donde ocupó un puesto privilegiado entre los Geibel, Liebig, Heyse, Bluntschli, Bodenstedt, Grosse y otros. En 1846 perdió su único amor, su queridísima Adela, que retrató en su *Atlántida*, y de aquí en adelante la melancolía anublaba casi siempre su frente.

Era deudo de la inolvidable, de la ferviente católica y escritora popular *Fernán Caballero*. Tuvo



LA CAPILLA DE LOS TOREROS.

CUADRO DE D. JOSÉ VILLEGAS.

MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



LAS REDES.

CUADRO DE D. JOAQUÍN SOROLLA.

fe en el desarrollo de la humanidad, creyendo que la edad de oro no se encontrase en lo pasado, sino que se inauguraría en el porvenir. Amaba al Oriente, pero ante sus ojos palidecían los estanques de lotos de Kaschmir, en los que brillan ora las estrellas, ora el sol, en comparación con las salas europeas, adornadas con pinturas de Rafael y del Tiziano, de Murillo y de Velázquez.

Ya habrá el romero de la belleza alcanzado la luz eterna.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1894.

RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA.

BREVE NOTICIA BIOGRÁFICA.



Nació en la isla de Cuba, en 1837. Cursó en Cádiz la segunda enseñanza, y para continuar sus estudios pasó á la Universidad de Sevilla, donde le conocí cuando nos matriculamos juntos en el primer año de Leyes. Poco después el excelente poeta gaditano Arístides Pongilioni, también estudiante, Correa y yo formamos por nuestra común afición un triunvirato literario, y convinimos en publicar un periódico de literatura titulado *El Mediodía*.

Allanadas las dificultades con que tropezamos, por nuestra escasez de dinero, apareció el primer número el domingo 6 de Enero de 1856; y como particularidad curiosa diré que gran parte de Sevilla se hallaba entonces inundada por el río con más de tres varas de agua en algunos barrios, y en el de la Puerta de Triana y en la Alameda de Hércules se repartió el periódico en lanchas, entregando los números por los balcones de las casas, pues la ciudad parecía ótra Venecia. En *El Mediodía* colaboraron escritores como Tassara, Helguera, Huidobro, Zapata, Isidoro Hernandez, Arrambide; dió á conocer y admirar su alta inspiración religiosa la poetisa Antonia Díaz, célebre después por numerosas obras; y en el número 5.º se publicó la *Oda á Roma*, cuya última estrofa es ésta:

¡Ay! ya no cubre tus desiertos campos
La belicosa juventud inquieta;
Ni en tu circo rigiendo los bridones
Llega de polvo y de sudor bañada,
Ganosa de tocar la ansiada meta:
Ni al triunfador ofrecen las matronas
De gayas flores y laurel coronas.
Yacen ora olvidados
Tus templos arruinados.
Tus mármoles divinos
Apiñados esmaltan tus caminos;
Y en las orillas del famoso Tibre
Tus tristes y ruinosos panteones
Recuerdan con dolor á las naciones
Que fuiste grande mientras fuiste libre.

Así á los diez y nueve años escribía Rodríguez Correa. Los que sólo le elogian por ingenioso y ocurrente, no le conocen bien. Hoy, que muchos apellidan poesías á largas tiradas de versos ramplones y prosaicos, muy parecidos á los de

Libre España, feliz é independiente,
Se abrió al cartaginés incautamente,

conviene recordar lo que entonces hacía un estudiantillo educado en la gran escuela sevillana, depositaria del buen gusto literario español, de la que algunos críticos de pan y queso han dicho tantas majaderías.

Pérdidas cuantiosas en el comercio redujeron de la abundancia á la estrechez la familia de Correa; y no pudiendo éste, por falta de medios, continuar en Sevilla sus estudios, vínose á Madrid, espoleado por la necesidad y confiado en su ingenio. Yo le di cartas para varios amigos, entre ellos para Gustavo Adolfo Bécquer, residente en esta capital desde Septiembre de 1854, poniendo así en comunicación ambos jóvenes, que muy pronto se ligaron con fraternal cariño. Uno y otro, procurando abrirse camino y salir adelante con su pluma, escribieron en distintos periódicos, dándose á conocer ventajosamente, y luego se vieron reunidos en la redacción de *El Contemporáneo*, ilustrado por hombres como Valera, Fabié, Alvareda, Botella, y donde ya manifestaba su gracia y talento el gaditano Javier de Burgos, aplaudido con justicia después como autor de *Los Valientes*, *Cádiz*, y tantas otras obras dramáticas, ornato y alegría de nuestra escena.

Fué diversas veces empleado, y aun en las oficinas dió muestras de su originalidad y buen corazón. Por no sé qué arreglo de personal quedó cesante un infeliz escribiente de cortísimo sueldo y cargado de familia, pues tales arreglos ó reformas siempre el más desdichado los paga. Entonces Rodríguez Correa, escribiente también, busca al Ministro y le dice:

—Señor, ya que V. E. ha dejado cesante á D. Fulano, vengo á renunciar mi destino, con tal de que se le conceda en lugar del que hace poco desempeñaba.

Admirado el Ministro de tal proposición, le preguntó si era muy amigo del cesante, y por qué daba semejante paso. A lo cual respondió Correa:

—No soy amigo suyo, ni mucho, ni poco, pues apenas nos saludamos: pero es un hombre casado y con hijos, mientras yo soy un muchacho soltero, y en cualquier parte buscaré un pedazo de pan.

El Ministro no aceptó el cambio; mas repuso al cesante, y Correa tuvo el gusto de haber sido, por su noble acción, la causa de este beneficio. Cuando pudo ingeniarse y vivir de otros recursos, no quiso continuar de escribiente, y se despidió de una manera chusca, presentando al Jefe su dimisión (de un empleíllo de 5.000 reales), fundada en que, no hallándose conforme con la marcha política del Gobierno, su conciencia le prohibía seguir desempeñando su destino. Este rasgo cómico, tan propio de su carácter, dió mucho que reir á cuantos lo supieron.

Fué grande amigo y protegido del espléndido andaluz D. José Salamanca, quien fundó á todo coste el periódico *Las Noticias* para que le dirigiese Correa. Pero á éste, como yo le decía, se le iba toda la fuerza por la boca: gustaba de hablar mucho, y luego hacía poco; prodigaba su agudo y claro ingenio en la conversación, y sentía pereza grande para tomar la pluma. *Las Noticias*, para su buen resultado, requerían más actividad que talento; y como su director tenía precisamente lo contrario, no pudieron prosperar y muy pronto se acabaron.

En 1868 se halló con su buen amigo Ayala en la batalla de Alcolea. Trató con intimidad á casi todos los personajes de su época, y tan perfectamente como el que mas hubiera podido escribir una Galería de Retratos de hombres notables en literatura, política, artes y armas. Todos querían bien á Correíta, según le llamaban, y Correíta se llevaba bien con todos.

En 1869 colaboraba en *El País*; poco después en *El Debate*. Por este tiempo (1870) falleció Gustavo Adolfo Bécquer en el barrio de Salamanca, pobre y casi totalmente desconocido. El pintor Casado, artista de corazón generoso, Correíta y yo, verdaderos amigos del gran poeta difunto, nos rebelamos contra esta injusticia de la suerte, y convocamos una reunión de poetas, artistas y escritores, que se celebró en casa del mencionado pintor, con excelente resultado; pues de ella salieron catorce ó quince mil reales para la impresión de las obras de Bécquer, y encargados Correíta y yo de examinarlas y elegir las que debían enviarse á la prensa para formar la colección. Reunidos ambos revisábamos por las noches los papeles del difunto poeta sevillano, eligiendo lo que lo merecía y quemando lo que no juzgábamos digno de su pluma. Adoptamos esta determinación recordando lo sucedido poco antes en Sevilla. Un Sr. Gómez Azeves, erudito sin discernimiento y curioso ratón de archivos y bibliotecas, halló no sé dónde un cuaderno manuscrito de poesías inéditas de Fr. Luis de León, por cierto muy malas, pues se conoce que las escribió como primeros ensayos cuando era mozuelo y estudiante. Se propuso imprimirlas, ponderando el descubrimiento del que apellidaba «gran tesoro literario». En la reunión celebrada con motivo de tal descubrimiento en casa del docto catedrático de literatura española en la Universidad de Sevilla, Fernández Espino, todos los escritores y profesores allí presentes, que éramos once ó doce, opinamos que el imprimir tales versos no sería honrar, sino deshonrar al maestro León, cuyo merecido y glorioso renombre nada ganaría con ello, y que así, no debían darse á la imprenta. Pero empeñado el Sr. Gómez Azeves en publicarlos, me propuso que yo los enmendase ó refundiera, á lo cual me opuse, contestándole que entonces los versos no serían de Fr. Luis de León, ni míos, sino un *estrapalucio*, como en Andalucía llaman á lo que es disparatado, sin pies ni cabeza. Poco después falleció el Sr. Azeves, y no supe más del dichoso cuaderno. Quizá todavía salga un prójimo descubriendo por segunda vez semejante joya.

Este lance nos decidió á destruir pocos, muy pocos escritos, para evitar que más adelante saliese algún majadero plantándole al difunto la cataplasma. Los dos Correas, esto es, Rodríguez Correa y Campillo Correa, el que traza los presentes renglones, conocíamos al dedillo todo lo de Bécquer: sin embargo, volvimos á leerlo despacio y con atención, movidos del deseo del acierto. Las obras se publicaron después con un sentido y bien pensado *Prólogo* de mi compañero, y el nombre de Bécquer se difundió rápida y gloriosamente por España y América. En cuanto á mí, hubiese podido excusar esta nueva lectura, pues cinco meses antes de su fallecimiento estuvo en mi casa el autor, muy flaco y pálido, y al preguntarle por su salud, me contestó:

—Estoy haciendo la maleta para el viaje. Dentro de poco me muero. (Esto lo dijo como quien dice «buenos días».) Liados en este pañuelo vienen mis versos y prosa. Corrígelos como siempre, acaba lo que no esté concluído, y después me los devuelves: y si antes me entierran, tú publicas los que te gusten, y en paz.

Al mes y medio le devolví sus manuscritos. Por esto los conocía tan á fondo.

Y vuelvo á mi condiscípulo Rodríguez Correa. Además de los empleíllos que tuvo cuando mozo, desempeñó los cargos de Director de la Caja de Depósitos, Subsecretario del Ministerio de Ultramar, Director de Administración local, Diputado á Cortes, etc.

Escribió un *Prólogo* para los artículos literarios de Pedro Antonio de Alarcón; formó parte como redactor ó colaborador de muchos periódicos; publicó en Septiembre de 1872 la preciosa novela titulada *Rosas y Perros*; otra que no conozco y cuyo título es *Sistema Preventivo*; varias composiciones poéticas, singularmente la que él llamaba *mi Sátira*, de la que me recitó algunos tercetos, y que ignoro si habrá concluído, y una ó dos zarzuelas anónimas en colaboración con Bécquer, cuando ambos andaban muy mal de metales y la necesidad les apremiaba, y numerosos artículos políticos y burlescos.

Rodríguez Correa cuando mozo era pequeño, delgadito, vivo como la pólvora y muy peleón: por cualquier cosa armaba con sus condiscípulos un jaleo de puñetazos y bofetadas en que no siempre alcanzaba la menor parte. Rumboso, enamorado, buen amigo, de conversación muy amena, de ingenio pronto y chispeante, parecía hermano menor ó hijo de su profesor de Humanidades D. José de la Helguera. No he visto en lo moral hombres más semejantes. Oyendo al uno de ellos me figuraba estar oyendo al otro por sus ideas, por sus salidas inesperadas y su modo singular de ver y apreciar las cosas.

De aquellos tiempos ya vamos quedando pocos. Apretemos, pues, las filas; honremos al que caiga, y no perturbemos con mezquinas cuestiones la tranquilidad y buena armonía de los que sobreviven.

NARCISO CAMPILLO Y CORREA.

VIAJES POR ESPAÑA.

DOS RECUERDOS DE SOLARES.

EL MÁGICO PRODIGIOSO.—PERO LÓPEZ DE AGÜERO.



Risueña y de fiesta, animada por la excepcional y espléndida luz de sus días, que contrastaba con su bruma ordinaria, poética en las noches serenas, se presentó á mí Santander en el último verano, cuando visité la ciudad, como una de las etapas del viaje emprendido al través de aquella provincia, desde el valle de Liébana, al Occidente, hasta la aldea de Ontón, punto extremo oriental en que se deja á Castilla para entrar en Vizcaya.

Podía ya pensarse que cielo tan despejado y tan poca lluvia habían de traer el conflicto de las aguas; pero nadie hubiera sospechado que la bahía, cruzada por numerosos vaporcitos, despertada en sus ecos con los agudos silbidos de las máquinas y las risas francas de viajeras alegres, tranquila y mansa hasta en los instantes de mayor agitación, mares afuera, había de ser teatro poco después de tan espantosa tragedia, al estallar la dinamita que ya por entonces llenaba la bodega de muchos buques, sobre cuyos puentes subían confiados los curiosos.

Sujetos á descuidos para las cosas importantes vivimos, hasta que el rumor de las desgracias llama por unos días la atención de las gentes graves: y de exagerada previsión para asuntos de poca monta padecemos, naciendo de esta enfermedad todas las dificultades con que tropiezan aquí en su desarrollo las más nobles y más grandes empresas.

La ciudad gozaba de una calma hermosa, y en la tercera de las plácidas tardes con que se inició Agosto, hube de acudir al barracón donde se toman los billetes para Solares y se facturan los equipajes, del mismo modo patriarcal é inocente que se cumplen estas formalidades en cualquiera de las estaciones provisionales que llenan hace años nuestro territorio; me acomodé en un coche nuevo ó jalbegado; vi enganchar la locomotora, pequeñita de cuerpo y alborotadora de campana, que despierta con sus repiques á la ciudad entera: escuché las señales de partida, dadas en tono familiar, y me despedí, para más tiempo del que yo creía, del malecón en que estallaran luego los explosivos del *Machichaco*, con daño de las haciendas y muerte de las personas.

Movióse el tren lentamente, mientras pasaba á la vista de las casas y hoteles del muelle Maliaño; aceleró después su marcha sobre aquel largo y bajo puente tendido encima de la ría, que cuando la marea es alta deja llegar las aguas por uno y otro lado hasta la proximidad de los vagones, cual si éstos navegaran; y cruzando, por último, entre marismas, prados, arboledas, quintas y aldeas, llegamos á Solares, dominado por el monte Cabarga, y en la proximidad de las corrientes del Miera.

Pueblo simpático; aguas con grandes virtudes medicinales, según dicen: balneario tan primitivo, que más parece instalación provisional de un campamento que edificio destinado á los bañistas que acuden en las temporadas reglamentarias: fondas de aspecto casero y agradable; concurrencia distinguida, formaban allí un conjunto pintoresco. Caminos numerosos y fácil servicio de carruajes le convertían para mí en centro de expediciones. Dos recuerdos, uno literario y otro histórico, hicieron interesante la visita.

***

Refiérese el primero á la casa-palacio del Marqués de Balbuena.

Hay dentro de su recinto una capilla dedicada á San Juan Bautista, y en ella se guarda la pequeña urna de cristal, adornada con galones y oropeles, que contiene el cráneo de San Cipriano el Mago, llevado allí, en unión de otras reliquias y alhajas, por el arzobispo Ibáñez de la Riva Herrera.

Ante aquella cabeza sueña el artista y el literato con la hermosa obra de Calderón *El Mágico prodigioso*, pensando si el Cipriano del drama y el Cipriano cuyos son los restos serán el mismo personaje, sospecha que confirman la tradición y las leyendas piadosas.

Veía yo el cráneo empequeñecido por el tiempo, cubierto de obscura pátina, con amplias fosas y desnudos dientes, propios para inspirar terror; y huesos pelados, órbitas vacías, mandíbulas descarnadas desaparecían ante mi vista para convertirse en la cabeza hermosa del filósofo, del enamorado, del mago, del iluminado creyente que van encarnando en el mismo personaje, según se inicia, se

desarrolla ó se acerca á su término la acción en la obra de nuestro poeta.

Surcaban la frente nobles arrugas mientras pensaba en aquel dios de Plinio á cuyo sublime concepto no respondía ningún dios pagano; movíanse animados sus labios discutiendo con el tentador que se le presenta deseoso de desviar por el camino del sensualismo el vigoroso ardor consagrado á la ciencia; lucen luego sus ojos al hallarse ante la hermosa Justina, y codiciar para sí la que buscaba para otros; se llena de asombro su faz al abrazar el esqueleto en vez del objeto de su amor, y resplandece luego viva, llena de fe en algo superior á las divinidades de los gentiles, corrompidas por las míseras pasiones humanas, desde que suena en sus oídos el nombre cristiano.

Donde los huesos descansan sobre el fondo de la caja creía notar el corte hecho por la cuchilla, y aquella cabeza de filósofo, de mago, de enamorado redimido y de santo adquiría tal y tan alta representación á mis ojos, con las ideas y sentimientos que la animaron un día, que el reducido espacio en que estaba aprisionada aumentaba rápidamente en mi imaginación, crecía más y más y acababa por llenar el amplísimo mundo á que se extiende la virtud del pensamiento y de los amores y de las creencias del hombre.

Lea allí *El Mágico prodigioso* el capaz de sentir emociones delicadas.

***

Va unido el segundo recuerdo al noble hidalgo montañés Pero López de Agüero, y suena á combates, golpes de hierro contra hierro, momentos de desfallecimiento y reacción vigorosa, lucha por la salvación del espíritu español y éxito alcanzado con las armas en las orillas del Salado.

No le nombra la crónica de los reyes de Castilla entre los personajes que siguieron á Alfonso XI, y fué, sin embargo, unido á los de Santillana, y combatió á su lado, y mostró luego desinterés extraordinario negándose á recibir mercedes, ni tierras, ni favores ofrecidos por el monarca, *por hallarse bien heredado;* conducta singular y ejemplo para los servidores de la patria en todos los tiempos, que quizás obtuvo este lamentable silencio como premio.

Recuérdale, en cambio, de un modo menos aparatoso pero más tierno, la gratitud de sus convecinos, por los privilegios que para *Trasmiera* alcanzó, y no ha largo tiempo que se decían preces por él en todas las iglesias de la *merindad,* siendo su nombre repetido muchas veces por los buenos, de generación en generación, como esos rumores qne imperan siempre, aun en los momentos de mayor reposo, llegando á las gentes con mil ensueños durante la noche y mil emociones poéticas en las soledades naturales.

La aldea de Agüero dista una legua escasa de Solares, y yo fuí á buscar sus limpias casas y su modesta iglesia de villorrio sencillo una mañana rica de luz, pisando verdes prados; siguiendo las vueltas y revueltas de estrecha senda, que trepaba á las colinas y descendía á las gargantas en cien y cien ondulaciones, cual si los que la formaron con sus pasos hubieran temido la monotonía de la línea recta; pasando á la vista de la verde arboleda, guardadora entre troncos y follajes del pequeño caudal perteneciente á un riachuelo, en el cual cumple su misión de evitar que se evapore y seque.

En la desnuda nave del templo, próxima al reducido presbiterio y algo inclinada al lado del Evangelio, hay una modesta urna, y sobre ella yace la efigie del hidalgo, con larga cabellera partida en dos, corto sayal, espada de hoja curva y sencilla cruz, sobre la cual apoya su mano izquierda, y un halcón en la derecha, como signo de cetrería é histórico emblema de la nobleza, representado todo con las inocentes formas de los artistas de la época.

Urna y estatua yacente son de madera, y es admirable que hayan podido llegar hasta nosotros al través de los siglos, respetadas por la acción de las humedades, los atrevimientos de la polilla, el espíritu reformador, á su modo, de guardadores indiscretos, y el olvido de los más.

Aféalas una capa de color pizarroso recientemente dada; pero se siente el viajero inclinado á la benevolencia respecto de esta y anteriores profanaciones, cuando piensa que merced á ellas podemos hoy contemplar el bulto sin reducirse á polvo y serrín el leño que le forma.

***

¿Por qué estas creaciones literarias y estos vigores militares despiertan con tanto entusiasmo el sentimiento de los individuos más inclinados por sus aficiones y estudios á la vida moderna?

La genialidad y la energía han de ser virtudes y alma de todos los tiempos; empléense en la paz ó en las artes de la guerra, deben lucir con gloria para el país y honra de sus gentes: los pueblos necesitan ser dirigidos por hombres que las tengan unidas á profunda fe: que no hay grande empresa ni progreso en que no intervengan, ni son los personajes fríos y escépticos otra cosa que obstáculos para la obra nacional.

Cuando se piensa en ellas durante los períodos de debilidad y pequeñeces, se las ama más como cualidades de primer orden, y se aplaude aquella concordancia de aspiraciones en el marchar adelante entre masas y gobiernos, arrastrados á cumplir con su deber por un espíritu común, así como lastiman las inarmonías donde quiera que se observan.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.

CHASCARRILLOS DE LA HISTORIA.

I.

LA GRANDEZA DE SEVERO.

Lucio Septimio Severo,
Un emperador romano,
Altivo, orgulloso y fiero,
Enfermó, y viendo cercano
El instante postrimero,

Con empeño meritorio
De piedad extraordinaria,
Quiso, por modo expiatorio,
Tener su urna cineraria
Junto á su lecho mortuorio.

Y, al mirarla, exclamó así,
Dando un suspiro profundo:
—¡Arrogancia baladí!
¡Yo no cabía en el mundo
Y voy á caber en ti!

II.

PETICIÓN OPORTUNA.

Cierto día que en público paraje
El gran Felipe IV daba audiencia,
Llegó un pobre soldado á su presencia,
Pálido el rostro y destrozado el traje.

Absorto el Rey, al ver aquel pelaje,
Sin hablar lo miró con insistencia,
Y le dijo después:—Tienes licencia;
Dime tu petición ó tu mensaje.

Sin mostrar el soldado aturdimiento
Repuso:—Serán breves mis razones.
Sólo pido, señor, que al bien atento

De quien vertió su sangre en cien acciones,
Miréis el memorial que ahora os presento
Con la misma atención que mis jirones!

III.

EL DUQUECILLO Y LA REINITA.

La reina María Luisa,
Aquella altiva italiana,
Esposa de Carlos IV,
Que goza de triste fama

Por su desmedido orgullo
Y sus torpezas probadas
Como esposa, como madre,
Como reina y como dama,

Desde su niñez fué siempre
Coqueta, irascible y vana,
Hinchada por la soberbia
Más risible y extremada.

Cuando en términos formales
Se concertó su alianza
Con el Príncipe heredero
De la Corona de España,

Un desatinado orgullo
Se apoderó de su alma,
Y trastornó su cabeza,
Y estimuló su arrogancia,

Y exigió imperiosamente
Que todos le tributaran
Honores, á que derecho
Su nuevo estado le daba,

Y que pequeños y grandes,
Todos en ella miraran
Una princesa de Asturias,
Pronto á ser reina llamada.

Su hermano Fernando, chico
Alegre como unas pascuas,
Y decidor y chancero,
Burlábase de su hermana,

Tomando á broma sus ínfulas
Y á risa sus alharacas,
Y persiguiéndola siempre
Con sus burlas y sus chanzas.

Irritada la Princesa,
Con los ojos como ascuas,
Echando por ellos fuego,
Que eran rayos sus miradas,

Temblorosa de coraje,
Encendida cual la grana,
Y arrojando por la boca
Espumarajos de rabia,

A su hermano dijo un día:
«Eres un trasto, un canalla,
Pero yo habré de enseñarte
A que sepas con quién tratas.

»Tú no has de ser otra cosa
Que un duquecillo de Parma;
Yo soy princesa, y muy pronto
He de ser reina de España.»

«Pues el pobre duquecillo
Va á tener la honra más alta
Dando á su Real Majestad
La más *real*..... bofetada.»

Y el Duquecillo sonriente
Y cumpliendo su amenaza,
Antes que ella lo impidiera
Unió el acto á la palabra,

Y levantando la mano.....
Resonó en la regia estancia
La bofetada más grande
Que se ha dado en regia cara.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

La crisis universal de los ferrocarriles: la locomotora eléctrica: imposibilidad de construir nuevas vías.—La locomotora Heilmann: el vapor generador de la electricidad en el tren: la introducción, la expansión y la fuerza.—Peso y potencia de las locomotoras: aspiraciones: cualidades de la locomotora modelo: pronósticos para el fin del siglo.—Carbón existente en Europa; época en que quedará consumido.

AMBIÉN la avaricia ha roto el saco, en la monomanía de la construcción y explotación de los ferrocarriles en muchas naciones de Europa. No bastó á los insaciables explotadores de esa gran creación de nuestro siglo, después que estuvieron construídas las arterias principales y las que unían los puntos céntricos de la producción con los más extremos de las comarcas consumidoras y con el litoral, el considerar que ni la población ni el comercio podían sostener nuevas vías; forjáronse risueñas ilusiones basadas en prejuicios interesados y en cálculos muy matemáticos, pero cuyos datos y argumentos no tenían razón de ser, y se multiplicaron los trazados, no quedando ciudad por modesta que fuera, ni comarca por olvidada que hubiese estado, que no tuviera su línea ó su ramal, su flamante ferrocarril, económico ó despilfarrador, estrecho ó ancho. Y sucedió lo qne tenía que suceder: que muchas de las líneas son improductivas, porque por ellas no anda nadie, ni se mueve nada; y que su absorción por las grandes Compañías explotadoras de líneas más necesarias y racionales produjo en éstas, constantes y considerables pérdidas. Países desgraciados hay en los que ni aun las grandes vías producen ganancia alguna, y en los que el dinero con que se pagan los servicios que todas las vías prestan vale poco más de la mitad de su valor nominal. Pero, aun en aquellos en que no concurren al malestar de la explotación estos dos últimos males, las grandes Compañías se resienten muchísimo en sus intereses por haberse hecho cargo de diversas líneas improductivas. Váyase, pues, á pensar en ellos en la reforma de la construcción en general, porque los adelantos de la ciencia lo exigen. Imposible.

Esta positiva dificultad hizo creer durante algunos años, que el problema del empleo de locomotoras eléctricas que arrastraran los trenes con mayor velocidad que la que hoy se consigue con el impulso del vapor en los expresos ó más rápidos, era insoluble, dado que las rampas violentas de ascenso y descenso, las curvas y la estructura casi general de las obras no son á propósito para que por ellas se muevan. Y siendo esto verdad, y no pudiendo pensarse en imponer cuantiosos gastos, sin reintegro probable y sin interés regular á las Compañías, debiera quedar de hecho la utilización de la energía eléctrica allá para muy adelantado el siglo que viene, por lo menos.

Supuestos los progresos realizados en la aplicación de la electricidad al movimiento de los trenes; admitido que la locomotora eléctrica exista ya, propuso uno de los más acreditados ingenieros austriacos la construcción de una nueva línea entre Viena y Budapest, en la que marcharían los trenes con una velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora, esto es, algo más que el doble del máximum de velocidad á que se ha podido llegar con las mejores locomotoras actuales. Cuestión de abrir una vía sin cuestas ni curvas pronunciadas, plana, cual suele decirse, como la palma de la mano. Y, en efecto, nadie ha pensado en que pueda haber capitales que, dado el estado actual de los negocios, se empleen en construirla. Suponiendo que existiera, se hubiera discutido luego cuál sería el mejor procedimiento de impulsión: si el hacer pasar la electricidad á los aparatos motores que los carruajes, ó el carruaje impulsor llevaría, mediante un conductor línea ó cable colgado, ó enterrado á lo largo de la línea, y por el cual circularía la corriente producida en estaciones-fábricas de electricidad, ó producir la electricidad en el tren mismo, por un procedimiento mecánico más ó menos acertado.

Un físico electricista francés, muy práctico é inteligente, cuyo nombre se repite mucho en estos días, Mr. J. Heilmann, venía trabajando hace ya algunos años en el em-

peño de construir una locomotora de gran velocidad, en la que, por la acción del vapor de una máquina de expansión múltiple, *compound*, se había de producir la electricidad que movería sus ejes y ruedas. Quería ajustar su invento á la condición de que se utilizaran las actuales vías férreas, sin que fuera necesario pensar en reformarlas ni en construir otras, condición que daría grandes probabilidades de aceptación á su locomotora y grandes garantías de éxito á la aplicación inmediata de la tracción eléctrica. Después de varias tentativas, tras de algunos fracasos que le enseñaron mucho, tenaz en su idea, trabajando siempre y estudiando sin cesar, ha resuelto el deseado problema, y hace aún pocos días recorrió un tren, con cinco coches y un furgón dinamométrico, impulsado por su locomotora eléctrica, la vía férrea comprendida entre París y Nantes, es decir, un trayecto de 60 kilómetros, en cincuenta y cinco minutos, alcanzando en varios períodos una velocidad correspondiente á 100 kilómetros por hora, sin contratiempo ni dificultad alguna, y con gran satisfacción de los numerosos invitados que hicieron el viaje en compañía del inventor. Existe, pues, la locomotora eléctrica para las vías férreas ordinarias. La locomotora va montada sobre cuatro ejes con ocho ruedas en una plataforma de 16 metros de larga, formada por dos *trucs* ó planos articulados y giratorios *(bogies)*. En las cuatro posteriores descansan la caldera y los depósitos de agua, y en las cuatro anteriores la dinamo, que convierte en electricidad el movimiento producido por el vapor, y cuya corriente, una vez obtenida, va á otras máquinas pequeñas colocadas alrededor de los ejes, á los cuales hacen girar, y con ellos á las ruedas, que se mueven sin necesidad de bielas ni articulación exterior alguna. Entre la caldera y la dinamo se coloca el fogonero, en la parte delantera de la locomotora el maquinista, y, en fin, la chimenea va en la parte posterior, es decir, al contrario que en las máquinas ordinarias.

En las experiencias anteriores realizadas entre el Havre y Beuzeville, la locomotora pasó con facilidad por curvas de 80 metros de radio, subió una pendiente de 0,008 en una longitud de 12 kilómetros, y la descendió en el viaje de vuelta con una velocidad de 100 kilómetros, sin que hubiera necesidad de que funcionara para nada la máquina de vapor.



MONAGUILLOS.

GRUPO EN YESO, POR D. MIGUEL SÁNCHEZ DALP Y CALONGE.

Una de las grandes cualidades de la locomotora de Heilmann es la de que en todos casos y momentos de la marcha puede producir económicamente cuanta potencia sea necesaria para realizar el esfuerzo que sea preciso. En las locomotoras de vapor, para producir un gran esfuerzo se necesita dejar entrar más cantidad de vapor en los cilindros cuerpos de bomba, y reducir en cambio la expansión, que cuando se trata de producir sólo el esfuerzo ordinario, para lo cual la duración de la admisión del vapor es más breve, y la de la expansión más larga. Al subir las pendientes, por ejemplo, necesítase apelar al primer procedimiento y desarrollar una gran potencia que contrarreste los efectos del gran rozamiento y del peso del tren, y á pesar del gran esfuerzo que se desarrolla, la velocidad del tren disminuye. La duración de esas dos respectivas fases, admisión y expansión, es típica y está regulada para toda clase de locomotoras, y si se modifica en pro de una ó de otra fase, es, en el caso de la producción de mayor esfuerzo, con detrimento de la utilización económica del vapor, y á costa de un gasto suplementario de combustible. En la locomotora eléctrica el motor de vapor no está íntima y rígidamente relacionado en sus movimientos con los ejes, sino que lo está con la dinamo generatriz de la electricidad, y merced á esta separación, nada más fácil que modificar como se quiera la velocidad de la dinamo con el aumento del número de vueltas del motor de vapor. Al subir las pendientes, este número llega á su máximum; al bajarlas, el movimiento de la dinamo puede cesar por completo, no se gasta ni se consume nada, y no se producen los sacudimientos desordenados y bruscos que las locomotoras de vapor producen. Pudiendo así el maquinista regular fácilmente la velocidad del motor, puede también regularizar la admisión constante del vapor en los cilindros, cualquiera que sea la marcha que el tren lleve, y, por consiguiente, dirigirlo con grandes seguridades de economía. Es indiscutible que la locomotora eléctrica resulta más económica que la de vapor, en cuanto al gasto de combustible, por más que aun no haya podido apreciarse exactamente la cuantía de la diferencia. Pero, en fin, hay que producir vapor, hay que gastar carbón para que la electricidad surja, y esta necesidad hace que la resolución del problema no sea una positiva é incomparable victoria. Lo



LOS PRÓFUGOS.

CUADRO DE J. LE BLANT.

(PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1894.)

CANARIAS.—CUARTO CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ DE TENERIFE.



MISA DE CAMPAÑA CELEBRADA EL DÍA 2 DEL ACTUAL.



ASPECTO DE LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN Á LA LLEGADA DE LA PROCESIÓN CÍVICA.

(De fotografías de D. Ernesto Bonnet.)

será cuando en la tracción ferroviaria se utilicen las fuerzas naturales, como se utilizan ya en muchas instalaciones fijas.

***

Ante la aparición de la locomotora eléctrica, ¿desaparecerá la de vapor? Cuestión de tiempo; de mucho tiempo, seguramente. Las locomotoras más perfeccionadas producen hoy, con un peso total de 100 ó 110 toneladas, de 1.000 á 1.100 y hasta 1.200 caballos de vapor de fuerza, potencia enorme á la que aun no se puede saber si llegan ó llegarán las eléctricas. No debe darse mayor peso á las locomotoras. La eléctrica, con sus ocho pares de ruedas, carga sobre cada eje de 13 á 14 toneladas, y las de vapor más perfeccionadas, de 15 á 16. ¿Se podrá duplicar la potencia sin aumentar ese peso de 100 toneladas? Probablemente, y en este caso la eléctrica, con una potencia extraordinaria, podrá marchar con velocidades muy superiores á las conocidas. Tiene además la ventaja de ofrecer mayor estabilidad que las de vapor, más suavidad en el movimiento; gasta, por consiguiente, menos vapor, y, en fin, ya queda dicho que es más económica en combustible. Y todo esto al aparecer, cuando aun no han podido estudiarse realmente las mejoras y perfeccionamiento que de seguro se harán en ella, de tal modo, que al cabo de pocos años convertirán este feliz ensayo, este ingeniosísimo progreso, en un tipo acabado de locomotora eléctrica. Así se puede esperar, al ver que la máquina de Heilmann se presta á que queden perfectamente satisfechas las condiciones precisas y esenciales que debe reunir, en armónica relación, toda locomotora tipo, á saber: estabilidad, adherencia, fuerza y ligereza, cualidades radicalmente opuestas entre sí, y ninguna de las cuales puede aumentar sin perjuicio de las restantes.

En las locomotoras de vapor más acabadas esta necesaria armonía existe, y les da el gran mérito y valor que tienen; en la eléctrica no hay apenas que pensar en que ninguna de dichas cualidades pueda ser nunca obstáculo para las demás, cualesquiera que sean sus variaciones. No corre riesgo la estabilidad, ni por el diámetro de sus ruedas, que es el mismo que el de las ruedas de los vagones, ni por los movimientos más ó menos bruscos ó enérgicos de los órganos de transmisión, porque en la eléctrica no se hace ésta con pesadas masas en oscilación constante, como las bielas. La adherencia es absoluta; cada eje-soporte es un eje motor, que por su disposición y funciones no obra estorbando el movimiento de los demás elementos mecánicos que le rodean y á los cuales no está adherido ni se opone en nada á la ligereza del conjunto. La fuerza, dada la disposición de la plataforma y de la armadura articulada sobre que la caldera y motores de vapor y eléctrico se apoyan, es de creer que pueda duplicarse, sin aumentar el peso, como ya queda dicho, y en términos que se aproxime á 2.000 caballos. La ligereza resulta también todo lo acabada que es posible, dadas las cualidades especiales que quedan apuntadas y la ingeniosa construcción de la totalidad del aparato. Es esta locomotora, en resumen, un vagón como los demás, pero un vagón de los más perfectos que hoy se construyen, articulado en su armadura sostén. Expuesta la invención de Heilmann á la consideración y juicio del público, vendrán ahora, y durante largo tiempo, las críticas más ó menos ingeniosas, inteligentes y razonadas á dar gran interés á esta revolución que se intenta operar en la tracción en las vías férreas. Todas las naciones están interesadas en este curiosísimo estudio y en esta campaña de investigación y de crítica. Mientras teóricos y prácticos discuten, Heilmann y los suyos continuarán trabajando, y es de creer que muy pronto, como éxito complementario de todos los éxitos científicos de nuestro tiempo, se pueda decir al terminar el siglo: «La locomotora eléctrica, ó el tren eléctrico, si ustedes gustan, tarda tan sólo nueve horas en recorrer el trayecto de París á Marsella.

***

Por ahora, aun resuelto así el problema, si la locomotora ha de ir produciendo en marcha la electricidad que la impulse, será, como vemos, gastando carbón. El procedimiento de comunicar la corriente necesaria por medio de cables ó de obtenerla con acumuladores, que se tomen en estaciones fijas y que se transporten en el tren mismo, podría lograrse suprimiendo el combustible y utilizando las fuerzas ó energías naturales, como las muy explotadas hoy de las caídas de agua; pero si se da, como parece, la preferencia al sistema Heilmann, si se transforma la energía del calor en movimiento y éste en electricidad, para producir nuevo movimiento luego, surgen otra vez aquellas cuentas de si podrá ó no escasear el carbón con el tiempo. El día en que esto ocurra, nuestros biznietos verán cómo se las arreglan; y por muy previsores que queramos aparecer, ni hemos de presenciar el conflicto, ni somos los llamados á remediarlo. Es posible y casi seguro que pasarán aún algunos *fines de siglo* para cuando haya de pensarse en ello, si es que aun entonces el carbón se usa para producir vapor. Muchos ingenieros se han dedicado, en ratos perdidos, á calcular cuanto carbón queda todavía por arrancar de las minas, y resulta del cálculo que sólo en Europa hay carbón para 670 años. ¿A dónde habrán llegado entonces la electricidad y la humanidad? ¿Qué pensarán el año 2564 de Heilmann, de los progresos del siglo XIX y de nuestros afanes y miserias? Iba á decir: «¡Vivir para ver!», sin acordarme de que los que hoy vivimos no tenemos combustible para tanto tiempo. ¡Qué lástima!

R. BECERRO DE BENGOA.

SOCORROS

REMITIDOS POR LOS
ESPAÑOLES RESIDENTES EN ROSARIO DE SANTA FE
PARA LAS VÍCTIMAS DE LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

Casi terminado el reparto del cuantioso donativo que nos fué remitido por la Comisión de Auxilios á los Españoles, de Rosario de Santa Fe, con destino á las víctimas de la explosión del *Cabo Machichaco*, publicamos á continuación relaciones nominales de los socorridos, con las cantidades que, en nombre de aquellos caritativos españoles, entregaron á cada damnificado los señores Hijos de Pombo y D. Manuel de Cabrero, á quienes agradecemos en extremo la poderosa ayuda que se han servido prestarnos en la delicada y caritativa misión con que nos han honrado nuestros compatriotas residentes en Rosario de Santa Fe. Todos los comprobantes referentes á estos socorros hállanse en poder de la respetable casa de los Sres. Hijos de Pombo, de Santander.

En breve daremos á conocer la distribución dada á las 2.625 pesetas que quedan por distribuir, las cuales serán muy pronto repartidas, según nos comunican nuestros distinguidos amigos los citados señores Hijos de Pombo y D. Manuel de Cabrero.

LA DIRECCIÓN.

Relación de las cantidades entregadas á los individuos que han quedado INÚTILES á causa de la explosión del vapor «Cabo Machichaco».

CON 300 PESETAS.

Francisco Blanco.

CON 250 PESETAS.

Fructuoso González Revuelta, Eustaquio García, María Lavín, Ruperto González, Amalia Mateos Llamas, Sebastián Gutiérrez Morales, José Peña, Ramón Guerra, José Méndez Inguanzo, María Sarasola Sarasola, Lorenzo Prieto, Domingo Arizmendi, Francisco Olasagasti, María Romero, María Martín Alonso, Gervasio Garay Zabaleta, Manuela Castillo, Santiago Hermosilla Martínez, Gabriel Villarroya, María Bezanilla, Florentino Obregón Gutiérrez, Manuel Ortiz, Angel Martínez Núñez, Benigno Setién Regil, Argimiro Llaca Cuevas, Benito Rodríguez Velo, Joaquina Incera, Santos Gutiérrez Ruiz, Esteban Pascual, Asunción Muriedas, Estanislao Hidalgo, Damiana Aragón y Antonia Calvo.

CON 200 PESETAS

Eulalia Villar.

CON 100 PESETAS.

Aniceto Sañudo.

Relación de las cantidades entregadas á las individuas que á continuación se expresan, por haber quedado VIUDAS á causa de la explosión del vapor «Cabo Machichaco».

CON 100 PESETAS.

María Martínez de Loreto, Josefa del Río, Magdalena Pi Solar, Filomena Echaiz, Tomasa Torreiro, María Oria Díaz, Filomena Raga, Aurora Oti Gutiérrez, Amadora Díaz Fernández, Carlota Saavedra Fernández, Vicenta García San Miguel, Pilar Oti García, Sabina Fernández, Crisanta Prada, Dolores Alvarez, Rufina Gaufica, Juana Rentería, Sinforosa Velarde, Micaela González, Ana Lloreda, Josefa Carral, Rosa Fernández Villamil, Prudencia Pioveche Pérez, María Salvador, Filomena Méndez, María Bolado, Marcelina Pérez, Mercedes Pérez Susilla, María Jesús Argacha, Cándida Ortiz, Marcelina San Juan, Laureana González Mazo, Francisca Rainante Vidal, Encarnación Gándara Ruiz, Justa Barbado, Jacinta Madrid García, Nemesia Irias, Pilar Oti Gutiérrez, Dolores Rábago, Concepción de Pablo, Julia Fariñas, Máxima Valle, Ascensión D. de la Espina, Josefa Sánchez, Luisa Estanillo, Enriqueta Montoya Cavada, Manuela Pardo Martínez, María Marina Esteban, Elvira Díaz Setién, Cecilia Agüero, Ramona Venero, Leocadia Mayongos, Mercedes y Paula Rodríguez, Aurea Gómez, Paula Ibaseta Gorositiga, Juana Carballo, Felisa Agra, Valentina Gutiérrez, Teresa Diego, Josefa Miera Delgado, Eudosia Ortiz Ateca, Josefa Arce, Basilisa Giralder, Manuela García Villegas, Eulalia Domínguez Rainés, Juana Martínez, Prudencia Solana Fernández, Saturnina Bilbao Salazar, Josefa Vega Lombilla, María Bustillo González, Rosa Torregrosa, Dionisia Irula Videchea, Petra Soto y Benita Quijano.

CON 50 PESETAS.

Eduvigis Rivas de la Sierra.

Relación de las cantidades entregadas á los individuos que á continuación se expresan, que han sido HERIDOS por la explosión del vapor «Cabo Machichaco».

CON 250 PESETAS.

Gertrudis Muriedas.

CON 200 PESETAS.

Rafael Varela.

CON 100 PESETAS.

Consuelo Sobrino, Josefa Sobrino, Lucía Gómez, Antonia Gutiérrez, Anacleta Ballastra Aja, Luisa Sáinz y Mónica Gogorza.

CON 50 PESETAS.

María Cubas, Aurora Fernández Pérez, Paulino González, Benito Guinzo Pedrosa, Sofía de la Llama, Modesto Rodríguez Moldes, Pedro Rodríguez, Adela Barrueta García, María Bernaola Castañedo, Eugenio Zamalloa, Lorenzo Sarabia Palacios, un hijo de Josefa Díaz Acero, Gumersindo Aurora, Jesusa Ezquerra, Pedro González Díez, Juana Portín Alcana, Juan Franco Matas, Manuel Fernández Torres, Modesto Polanco Pereda, José Ortiz Puente, Cirilo Torres, Juan López, Ramona García Mier, Ambrosio Aceiturre Aguado, Carlos García Mestas, Félix Barros, Vicente Fernández, José Santamaría, Federico Herranz, José Fernández Bolíbar, Evaristo Vega, María López, Juan García Peña, Josefa Ruiz, Antonia Romero, José Pérez Alviso, Mateo Martínez, Andrés Calvo Allegue, Damián Fernández, Ramón Bustillo García y Serapio Antonio Fernández.

CON 25 PESETAS.

Francisca González, Angela Polidura, Juan Madrazo Gutiérrez, Segundo Gallego, Agustín Bueno, Luisa Cicero, Dámaso Ruiz, Estanislao Campos, Flora Fernández Gutiérrez, Florentina Fernández, Josefa Pacheco, Eleuterio San Emeterio, Mateo de Heras, Diego Agüero González, Pedro Vélez, Feliciana Rodríguez, Bárbara de Dios, Enrique Galo, Ignacia Martínez, Trinidad Orbe, Daciano Montes, Constantino de la Fuente, Vicente López, Juan Ansótegui y Begoña, Rosalía Pardo Gándara, Pilar Sostri Aure, Sergio Trueba Setién, Micaela Fernández, Paula Pérez Antolín, Francisca Fresno, José Rozal Pardo, Manuel Pelayo, Manuel Costales, Isabel Ramírez, Candelaria Vijil Fernández, Asunción Hevia de Pedro, Vicente Gutiérrrez, Juana Iturriaga Herrera, Claudio García Cires, Saturnina López Corral, Andrés Martínez Rivero, Ignacio Antelo, Juan Basaldua, Casimiro Valle, Braulio Costales Bear, Fidel Alonso, Felipe Llano, Raimundo Iglesias, Josefa y Valentina Revuelta, Víctor Gómez Fernández, Leandra Zabala, José Suárez Ocejo, María Santamaría, Manuel Almiñana, Alejo Diego Revuelta, Manuela Fariñas, Prudencio Venero, Adelfa Felín, Santiago Rozas, Angel del Solar Pí, Aurelia Funteáriz, Josefa Sánchez, Cándido Ruiz Gutiérrez, Francisca Diego Camus, Bernardo López Cuevas, un hijo de Dolores Méndez López, José Madrazo Trueba, Juan Pérez Salazar, José Modia Jul, Jacoba Macho, Angela Alonso González, Petra Peña, Trinidad Saiz Vega, Pantaleón Martínez y Generoso Setién Amodía.

RESUMEN GENERAL.

		Pesetas.
Recibido de la Comisión de auxilios á españoles, de Rosario de Santa Fe		24.000
DISTRIBUCIÓN.		
Entregado á inútiles, según la anterior relación........ pesetas	8.850	
Idem á viudas, según íd., íd... —	7.450	
Idem á heridos, según íd., íd... —	5.075	
		21.375
Existencia que queda en poder de los Sres. Hijos de Pombo, de Santander, y falta distribuir...		2.625
Igual........		24.000

HIJOS DE POMBO.—M. DE CABRERO.

CARRERAS DE CABALLOS EN MADRID.

Este año las carreras de caballos se han verificado los días 30 de Abril, 4, 7, 25 y 28 de Mayo, con tiempo generalmente bueno y regular concurrencia.

Han estado animadas, habiendo carreras notables y siendo considerable el valor de las apuestas. No ha ocurrido percance alguno, pues la única caída fué la del jinete de *Lemosín* en la carrera militar de saltos del tercer día, y esa, por fortuna, no tuvo consecuencias.

En suma, puede decirse que este espectáculo ha tenido el presente año mayor animación que el anterior, habiendo sido las carreras más lucidas la tercera del primer día (gran premio de Madrid), la segunda del segundo día (premio de S. M. la Reina Regente) y la quinta del mismo (de saltos).

Sentimos que la falta de espacio nos impida entrar en algunos detalles, y hacemos votos por la prosperidad de esta fiesta, tan útil para la creación de buenas razas de caballos. — X.

CABELLOS CLAROS Y DÉBILES



Se alargan, renacen y fortifican por el empleo del **Extrait Capilaire** *des Benedictins du Mont Majella*, que detiene también su caida y retrasa su decoloración. *E. Senet, administrador*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris*.—Depósitos en Madrid: *Perfumería Oriental, Carmen*, 2; *Aguirre y Molino, Preciados*, 1; *Urquiola, Mayor*, 1, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr. FRANCK

VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs
En todas las Farmacias.

PARFUMERIE RÉGINA

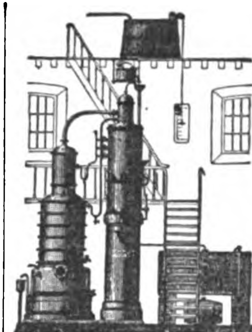
Nueva créacion
GELLÉ FRÈRES
6, Avenue de l'Opéra
PARIS

NINON DE LENCLOS

Ríase de las arrugas, que no se atrevieron nunca á señalarse en su epidermis, y se conservó joven y bella hasta más allá de sus 80 años, rompiendo una vez y otra su acta de nacimiento á la faz del tiempo, que en vano agitaba su guadaña delante de aquel rostro seductor sin poder mortificarle.—Este secreto que la gran coqueta egoísta no quiso revelar á ninguno de sus contemporáneos, ha sido descubierto por el doctor Leconte entre las hojas de un tomo de la *Historia amorosa de las Galias*, de Bussy-Rabutin, perteneciente á la biblioteca de Voltaire y actualmente propiedad exclusiva de la **Perfumería Ninon** *(Maison Leconte)*, 31, rue du 4 Septembre, 31, París.

Dicha casa entrega el secreto á sus elegantes clientes bajo el nombre de **Véritable Eau de Ninon** y de **Duvet de Ninon**, polvo de arroz que Ninon de Lenclos llamaba «la juventud en una caja».—Es necesario exigir en la etiqueta el nombre y la dirección de la Casa, para evitar las falsificaciones.—La *Parfumerie Ninon* expide á todas partes sus prospectos y precios corrientes.

Depósitos en Madrid: *Aguirre y Molino, perfumería Oriental, Carmen, 2; Pascual, Arenal, 2; Artaza, Alcalá, 23, pral. izq.; perfumería de Urquiola, Mayor, 1; Romero y Vicente, perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3*, y en Barcelona, *Sra. Viuda de Lafont é Hijos*, y *Vicente Ferrer*.



ALAMBIQUES

Espíritus á 40° Cartier SIN REPASAR
EGROT
Cab.º de la Legión de Honor
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
PARÍS 1889
Fuera de Concurso
Miembro del Jurado
Catálogo, FRANCO, Informes
19, 21 y 23, rue Mathis
PARIS

El VINO de PEPTONA CATILLON

restablece las fuerzas, el apetito, las digestiones; es el mejor reconstituyente de los niños, ancianos, convalecientes y de los enfermos del
ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones mas ó menos activas.
Exíjase la PEPTONA CATILLON, la única citada en el Boletin de la Academia de Medicina de Paris, adoptada en los Hospitales de Paris y de la Marina.
MEDALLA EXPOSIC. UNIVERS. 1889
3, Boul^d St-Martin, PARIS y buenas Farmacias.

En Casa de todos los Perfumistas y Peluqueros de Francia y del Estranjero

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH^les FAY, Perfumista
PARIS, 9, rue de la Paix, 9, PARIS

L'ANTI BOLBOS

no tiene rival para quitar las manchas ó puntos negros de la nariz, sin alterar la epidermis. Sólo se vende en la *Parfumerie Exotique*, 35, *rue du 4 Septembre, Paris*. Depósitos en Madrid: Pascual, Arenal, 2; Perfumeria Urquiola, Mayor, 1; Aguirre y Molino, Preciados, 1, y en Barcelona, Sra. Viuda de Lafont é Hijos.—Evitense cuidadosamente las falsificaciones.

Los Polvos de Arroz
PEAU D'ESPAGNE
NUEVA CREACION DE
E. COUDRAY
Perfumista, 13, Rue d'Enghien, Paris
SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERIAS.

Ultima producção
Perfumaria IXORA
Ed. PINAUD
37, Boulevard de Strasbourg, 37
PARIS

Sabonete	de	IXORA
Essencia	de	IXORA
Agua de Toucador	de	IXORA
Pommada	de	IXORA
Oleo para os cabellos	de	IXORA
Pós de Arroz	de	IXORA
Cosmético	de	IXORA
Vinagre de Toucador	de	IXORA

Kananga del Japon



RIGAUD Y C^ia, Perfumistas
PROVEEDORES DE LA REAL CASA DE ESPAÑA
PARIS - 8, rue Vivienne - PARIS

Agua de Kananga de Rigaud, loción refrescante para el tocador y el baño; vigoriza la piel perfumándola delicadamente y combate el cansancio y el abatimiento producido por el calor.

Extracto de Kananga de Rigaud, suavísimo y aristocrático perfume para el pañuelo, de grande persistencia.

Jabon de Kananga de Rigaud, grato y untuoso; conserva al cútis su tersura y nacarada transparencia.

Polvos de Kananga de Rigaud, impalpables y adherentes; blanquean la tez con elegante tono mate, preservándola del asoleo.

Depósito en las principales perfumerias de España y América.

COGNAC JURADO—CASTELLON
JEREZ

No padecerá enfermedades en la
BOCA
ni dolor de muelas el que use el elíxir
MENTHOLINA
que prepara el *Dr. Andreu*.
Su uso emblanquece la dentadura aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las ENCÍAS.
La mentholina en polvo usada con el elíxir aumenta la blancura de los dientes.

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 25 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS

El Gran Descubrimiento del Siglo

EL ELÍXIR GODINEAU es el único remedio

(*sin peligro alguno*) contra la **Impotencia**. Curación de los **Anémicos**, de los **Extenuados**, etc.
REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA
Administración del **ELÍXIR GODINEAU** en **PARIS**, 7, *Rue Saint-Lazare.*
FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO Á QUIEN LO PIDA
El ELIXIR GODINEAU se encuentra en Madrid: en Casa de los Sucesores de MORENO MIQUEL, *Arenal, 2*; — Barcelona: SALVADOR ALSINA, *Pasaje del Crédito, 4*; FORMIGUERA y C^ia, *Tallers, 22.*
en *Zaragoza*: Droguería C. GALINO (*D. Jaime 1º, Nº 19*).

CUENTOS, POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.
De venta en las oficinas de La Ilustración Española y Americana, Alcalá, 23, Madrid.

LEVADURA de CERVEZA
Inalterabilidad garantizada, especial para la exportacion, la marina, las fábricas de cerveza, las panaderias, las pastelerias y la destilación de todos los productos alcohólicos.
L. Tröster, 25, rue Crozatier, Paris

G. K. COOKE & WEYLANDT,
BERLÍN N. 24.
Friedrichstrasse 105.ª
Fábrica premiada, primera en Europa, de
SELLOS
de caoutchouc y metal. Se solicitan representantes.

OBRAS POETICAS
DE
D. JOSÉ VELARDE
DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE ESTE PERIÓDICO
ALCALÁ, 23.—MADRID.

	Pesetas
Obras poéticas.— Dos tomos	8
Teodomiro, ó la Cueva del Cristo	2
Fray Juan	1
La Niña de Gómez-Arias	1
Alegría (Canto I)	1
El Holgadero (segunda parte de *Alegría*)	1
A orillas del mar	1
La Venganza	1
Fernando de Laredo	1
El Último beso	1
El Capitán García	1
Mis Amores	1
La Velada	1
El Año campestre	1

25 AÑOS DE EXITO

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

15 DIPLOMAS DE HONOR
18 MEDALLAS DE ORO



RECOMENDADA POR LAS AUTORIDADES MÉDICAS DE TODOS LOS PAISES

PARA PEDIDOS DIRIGIRSE AL Sr. D. RAFAEL ROMERO DE JEREZ DE LA FRONTERA ÚNICO AGENTE EN TODA ESPAÑA

SE VENDE EN LAS FARMACIAS DROGUERIAS Y ULTRAMARINOS.

EAU des BLUETS progresiva vegetal
MEDALLAS EN PARIS, LYON Y TÚNEZ



No se pega ni quema; devuelve al *cabello canoso* su color; produce todos los matices, del rubio al negro; no mancha la piel ni la ropa; permite el rizado; empléase para la barba.—Frasco, 6,35 fr. Mme PERNOT, 82, faubourg St. Denis, PARIS.

F. DUBALEN. Barnices superiores para carruajes y todas las industrias. Secantes. **Pinturas Vernissées.**—**Fábrica en Aubervilliers**, *cerca de Paris.*



LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Manual de Patología interna, escrito para uso de médicos y estudiantes por C. Vanlair, profesor de la Universidad de Lieja, individuo de la Academia de Medicina y de la Academia Real de Bélgica, etc., etc., traducido y anotado por el Dr. P. Colvee.

Hemos recibido el cuaderno 14 de esta interesante obra, que publica el editor valenciano D. Pascual Aguilar.

Tratado de perspectiva con aplicación á las Bellas *Artes y Artes industriales*, por J. Muñoz Morillejo, alumno de la Escuela especial de Pintura, premiado con medalla en la asignatura de perspectiva.

Se ha publicado el cuaderno 8.º de esta obra, cuya importancia y utilidad práctica son muy grandes. Recíbense suscripciones en Madrid, en las librerías de San Martín, Fe, Gutenberg, Española, é Internacional. En provincias en las principales. Correspondencia y pedidos á casa del autor, Encomienda, 17, 4.º, Madrid,

Anuario de los ferrocarriles españoles. Director don Enrique de la Torre, empleado principal en el servicio de la Intervención y Estadística de los caminos de hierro del Norte. Con una carta-prólogo de D. Pedro Ribera, ingeniero y jefe del servicio del movimiento en la misma Compañía.

Hemos examinado con suma atención esta obra, importante por la gran copia de datos que contiene y por el método y claridad con que su autor ha acertado á presentarlos.

En ella pueden estudiarse muchas cuestiones económicas de que ahora se habla bastante; pues el que desee adquirir los más principales elementos de su conocimiento, los encontrará. Allí verá la extensión de nuestra red de ferrocarriles; la de cada compañía en particular; el capital social; el producto en total y por kilómetro; el movimiento en mercancías y pasajeros; la comparación con otras líneas europeas, etc., y además mil noticias del mayor interés para el viajero. Véndese por 3 pesetas en las principales librerías.

Los barrios bajos, por J. López Silva, con un Prólogo de D. Ricardo de la Vega.

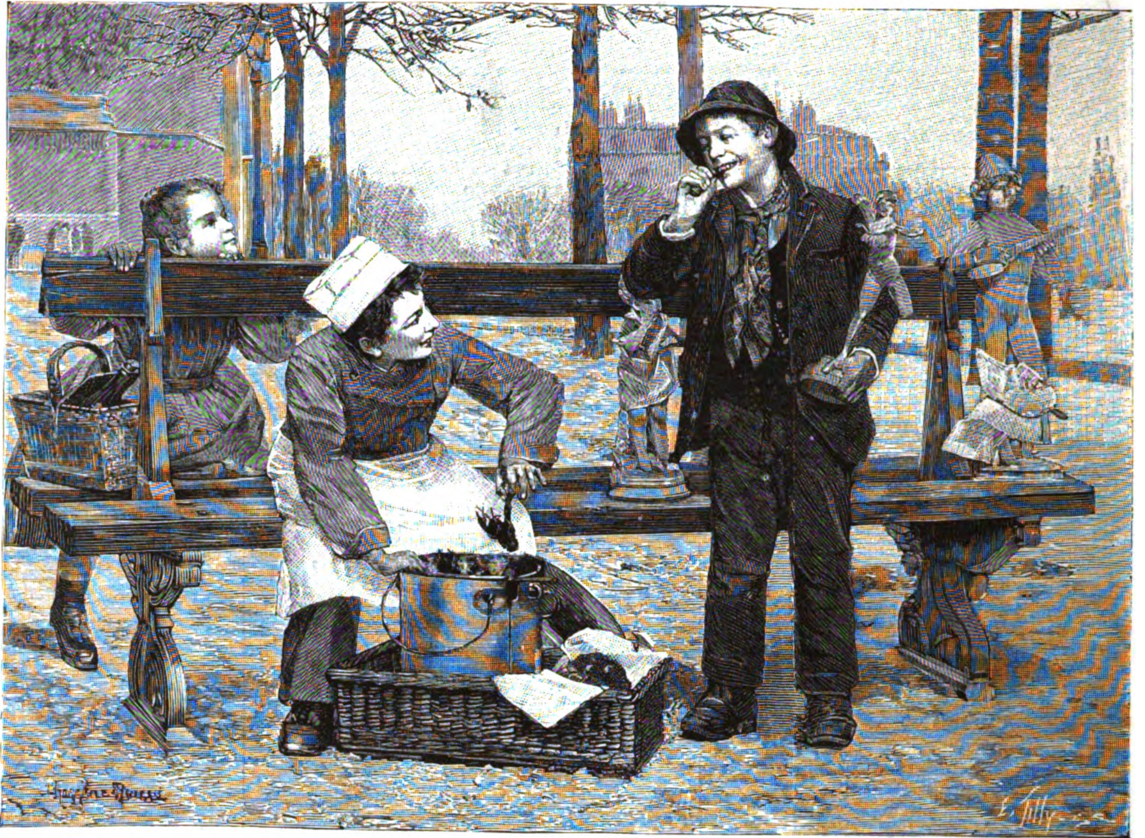
Contiene este tomo multitud de graciosas composiciones, de las que forman la especialidad poética del Sr. Lopez Silva. Las hemos leído con gusto.

Tiene un ingenioso Prólogo de Ricardo de la Vega, digno del chispeante texto.

Véndese, por 3 pesetas, en las principales librerías.

G. R.

PARÍS.—«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS, DE 1894.



ABUSO DE CONFIANZA.

CUADRO DE MR. CHOCARNE-MOREAU.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XXXVIII. MADRID, 8 DE JUNIO DE 1894. NÚM. XXI.

BELLAS ARTES.



SAN ANTONIO DE PADUA.

CUADRO DE VAN DYCK.

SUMARIO.

Texto.— Crónica general, por D. José Fernández Bremón.— Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.— Pintura. Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes, por el Excmo. Sr. D. Pedro de Madrazo.— La locura del anarquismo. Cartas del doctor Occipucio al abogado Verboso, por el Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra. — Don Cipriano Segundo Montesino, duque de la Victoria, por D. M. Matóses.— La prueba de un alma (conlusión), por D. Jacinto Octavio Picón. — Cantares percheleros (poesía), por D. Narciso Díaz de Escovar.—Tarde de Mayo (poesía), por D. Rafael Ochoa.— Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.— Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores.— Sueltos.— Importante.— Anuncios.

Grabados.— Bellas Artes: San Antonio de Padua, cuadro de Van Dyck.— Madrid: Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes (Sala de Velázquez). Retratos de Teodora Lamadrid y de Joaquín Arjona y Ferrer, insignes actores españoles, por el Excelentísimo Sr. D. Federico de Madrazo.—París: *Salon* de los Campos Elíseos de 1894. *Paisajes y marinas*.—Retratos del príncipe Carlos de Hohenzollern, y de la princesa Josefina de Bélgica.— Retrato del Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo Montesino, duque de la Victoria.— Madrid: Asamblea de los accionistas y obligacionistas de ferrocarriles. Reunión celebrada en la sala de liquidación de la Bolsa.— Retratos de cuatro generaciones de reyes.— Los terremotos en Grecia. Ruinas de la ciudad de Atalanta —Gratz (Austria). Entrada de la gruta donde el Dr. Faching y sus compañeros quedaron encerrados por las aguas.

CRÓNICA GENERAL.

Prump, purrumprún!

—¿Qué es eso? ¿Dónde ha sonado este tiro?—exclamé, interrumpiendo una bola de favor que había empezado á tirar en mi partida familiar de tresillo.

—No es tiro—dijo la muchacha;—es el aire: ha derribado una chimenea que ha caído en el patio.

En aquel momento me cortaron la bola: sospecho que mi sobrino atisbó mi falsa valiéndose de los efectos del temporal de aire que derribaba con estruendo tejas, ramas y toda clase de objetos.

—Bien hicimos en perder la conferencia que daba esta noche en el Ateneo el ilustre Menéndez y Pelayo: sólo me perdono la falta—dijo un poeta amigo—por imposibilidad material de atravesar Madrid con aquel viento que detenía á las personas y causaba espanto.

—También hubiera oído con gusto al sabio catedrático explicarnos lo que sabe acerca del Marqués de Villena, personaje á quien tuve siempre afición y del que escribí algo hace mucho tiempo.

—Consolémonos, una vez que, si no la conferencia, su espíritu y lo más sustancioso de ella se insertará en la *Antología de poetas castellanos*, que está publicando para bien de las letras el Sr. Menéndez y Pelayo.

—Roben ustedes bastos—dijo el poeta interrumpiéndome.

—¿Para qué hemos de robar?—repliqué.—Cuando usted juega ese solo, debe ser imperdible. ¡Ea! basta de tresillo y juguemos las ganancias á la lotería.

—Cuando sepamos qué se resuelve acerca de los dos premios mayores que se cantaron en el último sorteo. ¿Usted es partidario del 11.900 ó del 1.875? Todo Madrid, acaso toda España, están divididos.....

—Sepamos los hechos, ante todo.

—Ya sabe usted cómo se sortea la lotería: hay dos esferas de red metálica y transparente; la mayor contiene todos los números sorteables; la menor una cantidad de bolas con el valor de los premios que se van á adjudicar; muévense los bombos, y al detenerse, un niño abre mecánicamente el conducto de salida, que sólo puede dar paso á una bola, que cae en el platillo: es el número premiado. Igual operación se efectúa por otro chico en la esfera que contiene los premios; canta un muchacho el número que se va á premiar, y responde el otro chico leyendo el valor del premio. Y verificándose normalmente el último sorteo, un chico pregonó el número 11.900, y el otro las 80.000 pesetas, que era el importe del premio mayor. Dícese que un espectador dió aviso al tribunal de que había otra bola en el platillo de los premios, y considerando la presidencia que la bola que ocupaba el puesto inferior era la que salió primero, declaró que al número 11.900 correspondía dicha bola, que representaba una ganancia de 300 pesetas, y que debía procederse á extraer del bombo grande el número á quien debía adjudicarse el premio grande; hízose así, con anuencia del público que presenciaba el acto, y entonces resultó favorecido el número 1.875, que es el que figura en la lista oficial. Pero los poseedores del número 11.900 no se conforman, y toda la prensa y todos los jugadores sostienen desde aquel día grandes discusiones, y aun se cree que la cuestión se haya de resolver por un litigio: ¿usted qué opina?

—Desconozco la legislación de Loterías é ignoro, por consiguiente, si son ejecutivas las resoluciones del tribunal que preside el acto, respecto de los casos imprevistos y dudosos del sorteo; si lo son, harán mal los poseedores del 11.900 en intentar un pleito inútil; pero en caso contrario, el derecho de uno ú otro número me parece problemático: desde luego, no es posible que se despoje al 1.875 y sus aproximaciones del derecho oficial reconocido, y que estará en parte ó en total cobrado ya: en cuanto al 11.900..... veremos qué resultado darán sus reclamaciones; no soy profeta. El interés que ha despertado en el público no me extraña: la mitad de los españoles no tenemos otra esperanza que la lotería para salir de apuros. Y necesita ser muy desgraciado un jugador para que se cante á su número el premio gordo y que no se le adjudique.

—Y ¿cree usted que se supriman las corridas de toros, como piden á las Cortes varios señores diputados republicanos y carlistas?

—¿Cómo he de creer que se cambien en un día costumbres inmemoriales, buenas ó malas, que tienen sus detractores y sus apasionados, pero que constituyen la preocupación de millones de personas? No se escuchará á los que lo intenten, y serán arrollados como lo han sido siempre todos los predicadores de la paz cuando circula por los pueblos el estremecimiento de la guerra.

—Pero las corridas son crueles.....

—Más cruel es la máquina ó nuevo sistema de guerra que ha inventado Mr. Turpin, y cuyo secreto ha estado á punto de entregar á los alemanes, ó por lo menos á una sociedad belga.....

—Pero ¿no fué maltratado en el Congreso francés ese Mr. Turpin, y presentado como un especulador de no muy buenas condiciones.

—Ahora resulta arrepentido de haber estado á punto de privar á su patria de aquella invención satánica, que, en realidad, nadie sabe en qué consiste: sólo parece que consiste en un sistema por el cual cubre de proyectiles fácilmente una gran extensión de terreno, multiplicando de un modo extraordinario la potencia mortífera del ejército que le adopte.

—¿Pero no se sabe más?

—No se sabe nada, y dejaría de ser un secreto si alguien lo pudiera divulgar. Ello es que Mr. Turpin ha desistido de entregar al Gobierno de Alemania su invención, y ha sometido al francés su privilegio, lo cual no debe sernos agradable, porque al fin se trata de un vecino que, si el procedimiento es útil, lo usará también en contra nuestra. Por fortuna, los franceses exageran mucho esas cosas: en la guerra franco-prusiana creyeron irresistibles las ametralladoras, y de la historia militar se deduce un hecho cierto: que no hay sistema de guerra que no ofrezca graves inconvenientes para el que le emplea, y medios con que contrarrestarle al enemigo. Además, ¿no pudiera el amor propio de inventor hacer exagerar á Mr. Turpin la trascendencia de su invento? ¿No podría también haber algo de reclamo en todos estos tratos con el extranjero, y constitución de sociedades, dispuestas á entregar millones sin saber de qué se trata? Por lo demás, no debemos hacernos ilusiones: los medios de destrucción aumentan de una manera prodigiosa, y estamos empezando. La ciencia nos enseña cada día nuevas maneras de causar estragos y concluir con la vida del hombre, sin poder alargar ésta un solo día: si progresase la ciencia de curar como la de matar, todos seríamos inmortales.

—¿Pareció el Sr. Ministro de Hacienda?

—Ya no tendrá necesidad el Sr. Romero Robledo de preguntar por su salud diariamente. El diputado conservador es un buen humorista, y no se le puede negar gracia y salero para aprovechar cualquier circunstancia favorable: era general la sospecha de que la enfermedad que impedía al Sr. D. Amós Salvador asistir á las Cortes no era sino clausura y alejamiento para concluir los Presupuestos, y no verse precisado á anticipar noticias á los círculos bursátiles, y de que alguien había creído ver al Ministro por la calle, y todos los días el Sr. Romero preguntaba por su salud, con su andaluz gracejo; pero anteayer el Sr. Aguilera no le dió tiempo, anunciándole el restablecimiento del Ministro y la lectura de los Presupuestos para el día inmediato. Así se efectuó. En los nuevos Presupuestos se calculan los ingresos del ejercicio próximo en 744.593.223 pesetas, y los gastos en 769.126.720, que suponen un déficit de 24.533.497.

—¿Y qué se opina del nuevo Presupuesto?

—Los ministeriales le consideran muy sensato, y las oposiciones todo lo contrario; pero en realidad ha hecho buen efecto su falta de novedades: que éstas, al fin y al cabo, sin traducirse casi nunca en mejoras del estado económico, son nuevos gravámenes ó dificultades para todo el que produce. La única solución económica de resultados positivos es facilitar la creación de la riqueza.

—Los presupuestos ¿entretendrán á las oposiciones, haciéndolas abandonar las discusiones políticas con que han consumido las últimas sesiones?

—Las oposiciones, sobre todo cuando llevan mucho tiempo de serlo, no tienen otro objetivo que debilitar á los gobiernos: de manera que el sistema parlamentario tiene el inconveniente de gravitar sobre estas bases: oposiciones siempre demoledoras y activas; gobiernos siempre débiles y amenazados.

—Qué, ¿volvería usted al antiguo régimen?

—No soy taumaturgo que resucite muertos; pero no creo en la eterna juventud de los sistemas políticos, sobre todo si han sido creados para épocas de transición. Soy un admirador sincero de la elocuencia y de aquellos pocos que realmente la poseen; pero, indudablemente, algo falta en las esferas del Gobierno, cuando sólo el don de la palabra permite al hombre llegar á las alturas, y en los tiempos presentes no hay hombre político posible sin gran voz y sin gran palabra, y no hay Gobierno que no se vea precisado á prestar atención, antes que á los problemas de la administración pública, á las cábalas, movimientos y estratagemas de esos Cuerpos colegisladores, tan inquietos y, con perdón sea dicho y con todo respeto, tan caprichosos y tornadizos. Creo, por lo tanto, que ellos mismos se irán modificando. Hoy son demasiadas las ficciones legales con que es preciso contemporizar, para que no concedamos, por ejemplo, á un ministro que se dice enfermo, la libertad de usar esa disculpa, para ocuparse en trabajos perentorios y preferentes que no admiten espera.

°°°

—¿Hay algo de crisis?

—Hay crisis en Bulgaria, Italia y Hungría, que en realidad no nos afectan ni de un modo indirecto. Más carácter tiene de suceso universal el restablecimiento de las relaciones diplomáticas, después de una ruptura de más de veinte años, entre el Pontífice romano y el Gobierno del Czar, ó sea entre los dos poderes que asumen la representación moral más alta, en el mundo civilizado: es uno de tantos triunfos de la política sabia y circunspecta del gran pacificador León XIII.

—Volviendo á Madrid, ¿cree usted que esta legislatura se prolongará mucho?

—Usted sabe muy bien que, en apretando los calores, no hay manera de retener aquí á los hombres públicos; pero, á decir verdad, este año la temperatura está tan trastornada, que podemos dudar, no sin fundamento, si hará calor ó frío este verano. Los madrileños usamos alternativamente en un mismo día los trajes de verano é invierno, y las personas nerviosas padecen un humor insoportable. El ciclón de aire, ó lo que fuera, que causó en Madrid tantos heridos la otra noche, ha reaparecido en Málaga, haciendo las mismas ó peores travesuras; y es que entre Málaga y Madrid siempre ha habido muchas simpatías. Por cierto que á ese estado atmosférico atribuyen algunos los crímenes brutales que llaman la atención de vez en cuando: anteayer, por ejemplo, coincidió la tempestad de aire con el asesinato de de una infeliz pupilera, degollada en su propia cama, y esas coincidencias se han observado muchas veces.

—Esas son brujerías.....

—Cada época tiene las suyas, y esperamos que los venideros tendrán benevolencia con las nuestras.

—¿No hay nada nuevo?

—Sólo he asistido en estos días á la inauguración de las funciones del Banco Militar y del Comercio, que mientras se aprueban por las Cortes las bases principales en que funda sus propósitos de favorecer á las clases militares con préstamos baratos, ha establecido en la calle de Hortaleza un almacén, á precios reducidos para los asociados, de géneros de alimentación: es un local hermoso y bien provisto, y la inauguración fué lucida y numerosa la concurrencia y muy obsequiada por la Junta directiva. Según leí en el librito que facilitaron á los asistentes, basta poseer una acción de cinco duros para disfrutar de las ventajas que ofrece el almacén, y yo lo anuncio á los jefes de familia por si pudiera convenirles.

—¿Y sabe usted algo que sea curioso?

—Sí; acabo de leer que se jubila al Sultán de Joló con el haber anual de 2.000 pesos.

—¿Nada más?

—La humorada de un querido amigo nuestro que, retirada la concurrencia y ante unos cuantos amigos, penetró en el Circo en la jaula de los leones, hace pocas noches, con el domador.

—¿Quién era ese amigo?

—El director de *La Epoca*, Marqués de Valdeiglesias.

—¿Y no se le comieron?

—Eso podía buscar únicamente al penetrar en aquella jaula; pero los leones le respetaron, sin duda porque el director de *La Epoca*, que tiene mucha inteligencia, tiene pocas carnes.

—¿Sigue concurrida la Exposición del Círculo de Bellas Artes?

—No hay quien no acuda á ver los cuadros: S. M. la Reina y la infanta D.ª Isabel inauguraron la rifa de objetos de arte, destinada á reunir fondos para la estatua del gran Velázquez; y desde entonces no cesan los aficionados de interesarse en esa tómbola, destinada á tal objeto, y aspirar al mismo tiempo á los valiosos premios de esa rifa.

—¿Es verdad que hay casos de cólera en París?

—Dicen que es el cólera nostras.

—Dejará de ir alguna gente.

—Todo lo contrario: si está el cólera en París, se pondrán de moda los calambres.

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

San Antonio de Padua, cuadro de Van Dyck.— Madrid: cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes: Retratos de Teodora Lamadrid y de Arjona, pintados y regalados para la sala de Velázquez por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo.—*Paisajes y marinas* del *Salon* de los Campos Elíseos de 1894, en París.

San Antonio de Padua no nació en esta ciudad, ni era italiano, sino portugués, natural de Lisboa, donde vino al mundo el 14 de Agosto de 1195. Sus padres fueron Martín de Bulhões y Teresa de Acebedo. Recibió el bautismo en la catedral con el nombre de Fernando, que cambió por el de Antonio al hacerse franciscano. Según dice el Sr. Pinho Leal en su *Portugal Antigo e Moderno*, aun se ve á la izquierda de la entrada de la puerta principal del templo la pila en que se bautizó.

En 1211 entró en la orden de San Agustín, y mientras permaneció en ella, residió en el convento de San Vicente de Fora, en Lisboa, y después en Santa Cruz de Coimbra. Pero hallando aquella regla demasiado ancha, quiso trocarla por otra más estrecha, y en 1220 tomó el hábito de franciscano. La noticia del suplicio y muerte de los cinco mártires de Marruecos le animó á pasar á África á llevar la palabra de Cristo á los infieles; pero enfermó gravemente en el camino, y habiendo arrojado una gran tempestad, al barco que le conducía, á las costas de Sicilia, quedóse en Italia, donde conoció á San Francisco de Asís. Mandóle el santo que predicara y que leyese teología á los religiosos de la orden, lo que hizo tan á gusto de todos, que pronto alcanzó gran reputación de elocuente y docto en Italia y en Francia. Murió en Padua en 1231, en tal olor de santidad, que al año siguiente le canonizó Gregorio IX.

San Antonio es muy popular en Portugal, donde le llaman Santo Antonio de Lisboa, que es el nombre que le corresponde. Consérvase con gran veneración la casa en que nació, y sobre la cual se ha construído la iglesia de Santo Antonio da Se, vulgarmente llamada *Real Casa de Santo Antonio*. Destruída la iglesia por el terremoto de 1755, sólo quedó en pie la capilla mayor y el sitio en que nació el santo. En este lugar hay una inscripción latina que dice: «*En esta pequeña casa nació y vivió, según la tradición, Antonio, cuya alma nos robó el cielo.*»

No se sabe la fecha en que la casa fué transformada en iglesia, y sólo se ha podido averiguar que en 1431 estaba ya abierta al culto. Después del terremoto de 1755 fué reconstruída con mayor grandeza y lujo que antes tenía.

El San Antonio pintado por Van Dyck, que publicamos en la primera página de este número, es uno de los mejores cuadros religiosos de aquel gran artista flamenco, que pintó tantos y tan buenos. Todas las figuras tienen vida y entonación admirables, creyendo los mejores críticos que las hermosas cabezas del cuadro fueron copiadas del natural.

La idea del homenaje al gran pintor Velázquez es, sin duda, de las que más honran al Círculo de Bellas Artes, quien sólo por ella merecería, si no tuviese prestados otros servicios, la enhorabuena de los amantes de las glorias españolas. Los autores de tan laudable proyecto han determinado que haya en la Exposición una sala que se llamará de Velázquez, y en la que estarán cuantos objetos de arte envíen aquellas personas que quieran contribuir á la realización del pensamiento. Esos objetos constituirán los premios de una rifa, con cuyo importe se levantará una estatua al inmortal artista.

Publicamos en las págs. 348 y 349 de este número los dos donativos que para esta sala ha hecho el Sr. Madrazo; y que son, como cosa suya, dos admirables retratos, con la particularidad de que los retratados son también dos glorias nacionales: Teodora Lamadrid y Arjona. La posteridad, que no podrá verles y oirles en el teatro, les conocerá no sólo por lo que de sus méritos han escrito los más famosos críticos de la primera mitad del siglo, sino también por estos dos hermosos cuadros, dignos del maestro que los ha pintado, y que en tan notable ocasión los ha regalado.

Con objeto de que nuestros lectores puedan formar juicio de la Exposición de los Campos Elíseos de París, publicamos en la pág. 353 de este número un grupo de paisajes y marinas, elegidos entre los más notables. Entre los primeros, merecen particular mención los de Rambaud, Rigolot y Porcher; en las segundas es difícil elegir, porque tanto la de Baillet como la de Jousset son muy hermosas y están muy bien sentidas y pintadas.

°°°

EXCMO. SR. D. CIPRIANO SEGUNDO MONTESINO, DUQUE DE LA VICTORIA. — (Véase el artículo correspondiente en la página 347.)

°°°

MADRID.

Asamblea de los accionistas y obligacionistas de ferrocarriles. La reunión en la sala de liquidaciones de la Bolsa.

Pasaron los años de las vacas gordas, y habiendo llegado los de las flacas, comenzamos á comprender que nuestros sueños de grandeza económica y de resurrección de la Hacienda española eran sueños y no más. Quisimos hacer el milagro de curar males muy viejos con emplastos de palabras sonoras, y ahora vemos que la situación es peor que antes.

Padecen la anemia económica todos los miembros y vísceras del cuerpo nacional, y más que otros, los ferrocarriles, que son sus venas y arterias, planteándose este pavoroso problema: ¿son las empresas ferroviarias organismos excesivamente privilegiados que no merecen compasión ni auxilio? ¿son, por el contrario, merecedoras del apoyo del Estado, y se halla éste obligado á dárselo? Unos opinan que sí, otros que no, y en este debate es lo más general olvidar esta parte importantísima del problema: ¿qué mal será mayor, auxiliar á las compañías sin que éstas tengan verdadero derecho á ese auxilio, ó dejarlas sucumbir? En este punto parécenos que la respuesta no es dudosa, porque tras la caída de las compañías de ferrocarriles pueden venir tantas otras y tan graves, que al fin queden con todos los honores de la victoria los que han hecho cruda guerra al crédito de España. No daremos nuestro parecer en la materia, porque no es costumbre nuestra hacerlo, pero tampoco podemos ni queremos callar lo que pensamos de la gravedad de ella.

Cumpliendo nuestro deber de cronistas, publicamos en la pág. 344 una vista de la sala de liquidaciones de la Bolsa de Madrid, el día de la reunión de los accionistas y obligacionistas de los ferrocarriles españoles, que fué el 30 del pasado. Presidieron los Sres. Borrell, de Barcelona; Berge, de Bilbao; Iparraguirrre, de San Sebastián; Moreno Campo, de Valencia; Macpherson, de Cádiz; Barón del Castillo de Chirel, de Madrid, y Marqués del Solar, de Santander.

El Sr. Borrell probó ser infundada la creencia de que los ferrocarriles se han construído con dinero extranjero, mostrando que de los 2.600 millones de pesetas que han costado los 10.800 kilómetros que poseemos, 1.000 millones son españoles. Los demás oradores hablaron para probar la justicia de las peticiones de las compañías, y todos acordaron que la asamblea se constituyera en sesión permanente. Las gestiones de la junta continúan, sin que pueda calcularse todavía el resultado que tendrán.

°°°

CUATRO GENERACIONES DE REYES.

Nuestro grabado de la pág. 345 está tomado de una fotografía hecha en Coburgo, cuando la reciente boda de una nieta de la reina Victoria con un Príncipe de aquella familia.

En manos de los personajes que aparecen en el grabado están casi todas las naciones de Europa, y todos son parientes, notándose que faltan algunos, por ejemplo, los Braganzas de Portugal, enlazados con los Coburgos, según es sabido. Aparecen en primer término la reina Victoria, jefe de la casa de Brunswick-Luneburg, y Guillermo II, jefe de la casa de Hohenzollern, que son abuela y nieto, respectivamente. Después vienen una larga serie de Príncipes y Princesas de casi todas las familias reinantes en Alemania y fuera de Alemania, desde los Holstein, Coburgos, Mecklemburgos de las dos ramas, Oldemburgos y otros, hasta los Nassau, que reinan en Holanda, los Sajonia Coburgo, que reinan en Bélgica, y los Romanof, emperadores de Rusia.

Las cuatro generaciones de reyes se cuentan desde la reina Victoria, emperatriz de las Indias y soberana del más dilatado Imperio que hoy existe, la cual nació en 24 de Mayo de 1819, hasta los hijos del emperador Guillermo, de los cuales el mayor ha cumplido doce años en primeros de Mayo, y es ya un mocito sano y fuerte. La reina Victoria hállase bastante bien de salud, á pesar de sus setenta y tres años, de suerte que tal vez algún fotógrafo de los primeros del siglo XX pueda darnos una fotografía de cinco generaciones de reyes, que tendremos mucho gusto en publicar.

°°°

BODA DEL PRÍNCIPE CARLOS DE HOHENZOLLERN CON LA PRINCESA JOSEFINA DE BÉLGICA.

El 28 del pasado se celebraron en el palacio de Bruselas las bodas del príncipe Carlos de Hohenzollern Sigmaringen y la princesa Josefina de Bélgica.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE HOHENZOLLERN SIGMARINGEN.

El novio es hijo del príncipe Leopoldo de Hohenzollern. Tiene veintiséis años y muy gallarda figura. Alaban los periódicos su inteligencia y ameno trato. Es teniente de hulanos de la Guardia Imperial.

La Princesa, hija menor del Conde de Flandes, hermano del rey Leopoldo, nació en Bruselas en Octubre de 1873.



LA PRINCESA JOSEFINA DE BÉLGICA.

Es rubia, simpática, de muy buen carácter y tiene gran instrucción. Dícese que la boda es por amor; pero seguramente no agradará mucho á los franceses ver tan cerca del trono belga (la Princesa es prima del Príncipe heredero) á los Hohenzollern, aunque apenas se llamen Sigmaringen.

°°°

TERREMOTOS EN GRECIA.

Ruinas de la ciudad de Atalanta.

Comienza á orillas del Caspio una ancha zona de tierras sujetas á terremotos y erupciones volcánicas, la cual llega hasta el centro del Atlántico. Puede decirse que parte de Bakú, ciudad situada á orillas de aquel mar interior y famosa por sus petróleos y otras sustancias plutónicas. Sigue por el Asia Menor, Siria y Palestina; cruza el Mediterráneo, donde tiene dos grandes centros harto conocidos, que son los de Grecia é Italia; llega á España, en cuya región meridional descubre claramente su existencia, así en las rocas del cabo de Gata como en otras muchas de Sierra Nevada y Sierra Tejada, y va á morir en el Archipiélago de las Azores. Famosos terremotos ha habido siempre en esta dilatada región, unas veces seguidos, acompañados ó precedidos de erupciones volcánicas, otras veces sin ninguna relación con ellos; lo que no es de admirar, pues no siempre los terremotos son producidos por fenómenos ígneos ocurridos en las entrañas de la tierra, sino por causas completamente ajenas á ellos, como lo es, por ejemplo, el derrumbamiento de alguna gran roca subterránea socavada por las aguas, y que al venirse abajo con toda la gran pesadumbre de su masa, hace temblar las rocas vecinas, á veces á grandísima distancia. Este insignificante fenómeno terrestre suele ser para el hombre, ser debilísimo, aunque tan lleno de vanidad y con pretensiones de rey de la creación, una espantosa desgracia, pues millares de casas caen por tierra, aplastando á sus tristes habitantes.

Macedonia, Tracia y Epiro, y en general toda Grecia, han sido siempre comarcas muy maltratadas por los terremotos. El último, uno de los más destructores que se han conocido, ha sido precedido, y casi podría decirse que anunciado por los de la isla de Zante que tantas muertes y ruinas causaron el año último. Ahora, como entonces, las sacudidas han sido muchas, produciendo la total ruina de los edificios más sólidos, y derribando ciudades enteras, entre ellas la de Atalanta, capital de la Lócrida, de cuyo estado actual podrá juzgar el lector por nuestro primer grabado de la pág. 352.

Los terremotos han durado desde fines de Abril hasta primeros de Mayo, causando la muerte de más de 500 personas y sacudiendo violentamente la propia ciudad de Atenas.

°°°

GRATZ (AUSTRIA).

Entrada de la gruta donde el Dr. Fiching y sus compañeros quedaron encerrados por las aguas.

El estudio de la circulación de las aguas subterráneas es una de las partes más curiosas de la Geografía; pero está tan descuidado, que todavía se halla en sus comienzos. Las exploraciones mayores y más completas se han hecho en Austria-Hungría, por estar la parte de esta nación vecina del Adriático (Carniola, Dalmacia, é Istria) cribada de grandes cavernas, inmensas galerías por donde corren silenciosamente, no ya arroyos ó torrentes, sino verdaderos ríos. Muchos sabios austriacos han estudiado años y años estos laberintos, y, gracias á ellos, como dice Reclus en su libro *Les Continents*, «algunas galerías de cavernas son tan conocidas como los corredores de un palacio». Pero lo explorado hasta ahora es una parte muy pequeña de lo que hay que explorar, y por continuar esta importante tarea científica, han estado á punto de perecer el Dr. Fiching y sus siete compañeros.

Acababan éstos de penetrar en una gran gruta de las proximidades de Gratz, la cual nadie había visitado, cuando las aguas que en el fondo de la misma corren, comenzaron á crecer, tan rápidamente que cerraron la entrada, poniendo en grave peligro á los exploradores. Consiguieron éstos acomodarse en una especie de cornisa á bastante altura, y allí han permanecido ocho días, sin luz, sin alimentos y temiendo siempre que las aguas que furiosas corrían á sus pies llegasen hasta ellos y los arrastrasen.

Para salvarlos se recurrió á la dinamita, con lo que una sección de ingenieros abrió un pozo hasta dar con ellos al cabo de los dichos ocho días, que fueron de mortal angustia para salvadores y salvados.

En nuestro grabado de la pág. 352 publicamos una vista de la entrada de la gruta.

G. REPARAZ.

PINTURA.

CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.

Creo que no me equivoco al afirmar que nuestra juventud aporta actualmente al cultivo de las bellas artes muchas más energías de las que la sociedad española le pide. Lo diré en otros términos: entiendo que hay entre los jóvenes hoy consagrados á la pintura y la escultura en nuestro país un considerable número que, aun dotados de méritos para aspirar á puestos honrosos en el banquete de la vida, han de quedarse á la puerta del enguirnaldado salón sin penetrar en él. Porque las aptitudes en España sobran, y escasea en el público el amor al arte, y de nada han de servir los ingeniosos ardides de que los artistas echan mano para anunciarse y hacerse conocer, y para convencer á los monopolistas del *vil metal*, nobles ó burgueses, de que el buen gusto exige que decoren sus palacios y hoteles con cuadros y estatuas, si la sociedad elegante, que da el tono en todas partes, persiste en creer que las febriles y malsanas emociones del *redondel* y las apuestas del *turf* son preferibles al tranquilo deleite que produce la contemplación de una obra de arte.

No sé en verdad qué destino van á dar á sus producciones los DOSCIENTOS CUARENTA Y CUATRO PINTORES que, en los dos años transcurridos desde la tercera Exposición del Círculo, han ejecutado CUATROCIENTOS SETENTA CUADROS — dotación aproximada de cualquier Galería pública en los países del Norte (1) — y han acudido con ellos, y con su bagaje natural de ilusiones y esperanzas, á los espaciosos y bien dispuestos salones del nuevo edificio de Biblioteca y Museos, que les ha facilitado el Ministerio de Fomento, cómplice inocente de su disculpable y generoso error. De esas cuatrocientas setenta obras, ¡cuántas volverán á los estudios de donde salieron, como colegiales que regresan de públicos exámenes á la casa paterna, cabizbajos y maltrechos, sin el galardón que se prometieron! La mayor parte, de seguro; y los que las engendraron con noble emulación, mohinos y de mal talante, las colgarán en la pared, en el sitio menos visible, condenándolas á sempiterno olvido y á ese polvo villano que deslustra todo lo que se abandona, sea malo ó bueno.

Causa verdadera pena que sea este el paradero de tanta labor artística, de tantas vigilias y sacrificios; porque rebajando del número total de esas obras unos cuarenta retratos próximamente, que es probable tengan dueño, y unos diez cuadros ya vendidos por sus autores, quedan á disposición de un público poco menos que indiferente *cuatro-*

(1) El Museo de El Haya no tiene más que 438 cuadros.

cientas veinte obras, cuya colocación es de todo punto problemática. Admira que con este triste horizonte á la vista, se entreguen nuestros pintores á una profesión en que el éxito es siempre incierto, y sólo el ímprobo trabajo seguro é infalible. Son, en verdad, mártires de su vocación, y soldados heroicos de un ejército de paz, que no lucha por matar y destruir, sino por dar á la humana sociedad la vida del ideal y el brillo de la cultura, esos jóvenes artistas que tanto se afanan por embellecer nuestra existencia sacrificando la suya propia; y por cierto más les valiera á la generalidad de ellos, y consultando su bienestar, haber consagrado sus aptitudes y sus energías al arte de adular la gula del prójimo en bien surtidas tiendas de fiambres y salchichones, ó al de desollarle vivo con la cuchilla de la usura sobre el bufete de un notario sin conciencia, pues veo á muchos badulaques, que hace pocos años nada poseían ni suponían, arrastrar coche y regodearse en una opulencia nutrida con las indigestiones de unos y las lágrimas de desesperación de otros.

Hemos de reconocer que nuestros pintores han hecho cuanto han podido por cautivar con sus obras á este público tan refractario al fuego del entusiasmo artístico, de modo que, si éste no se las disputa hoy, la culpa no es de los pintores. Se les significó en las críticas de las Exposiciones oficiales últimas, que no debían derrochar su ingenio en lienzos de dimensiones descomunales, de esos que sólo pueden colocarse como telones; se les exigió que no tratasen asuntos históricos, por resultar demasiado teatrales; ni asuntos religiosos, por el escollo de caer, ya en un grosero realismo frailuno, ya en un idealismo insípido y convencional; y han sido dóciles, y han traído á la actual Exposición del Círculo cuadros pequeños, muy adecuados por sus tamaños y sus asuntos para decorar nuestras modernas habitaciones; y he aquí que ese mismo público, que por órgano de la prensa periódica tan deseoso se mostraba de tener cuadros amenos, de arte puramente imitativo y recreativo, en que esparcir el ánimo y solazarse, y de ver á la pintura española, acusada de sombría y austera, renunciar á sus tradicionales tendencias y dar al olvido los santos y sus leyendas, la patria y sus gloriosas empresas; ese público, repito (que acaso sólo visita la Exposición porque le coge al paso al dirigirse á la rutinaria revista de la Castellana), al encontrarse en aquellas salas con toda una falange de artistas que rivalizan con los naturalistas flamencos y holandeses en la pintura de género y de costumbres, de paisaje y de marinas, de flores y bodegones, les vuelve la espalda con gesto de frío desdén. Desdén altamente injusto, porque en esas salas hay verdaderas joyas, que merecían un público menos incombustible que las contemplase.

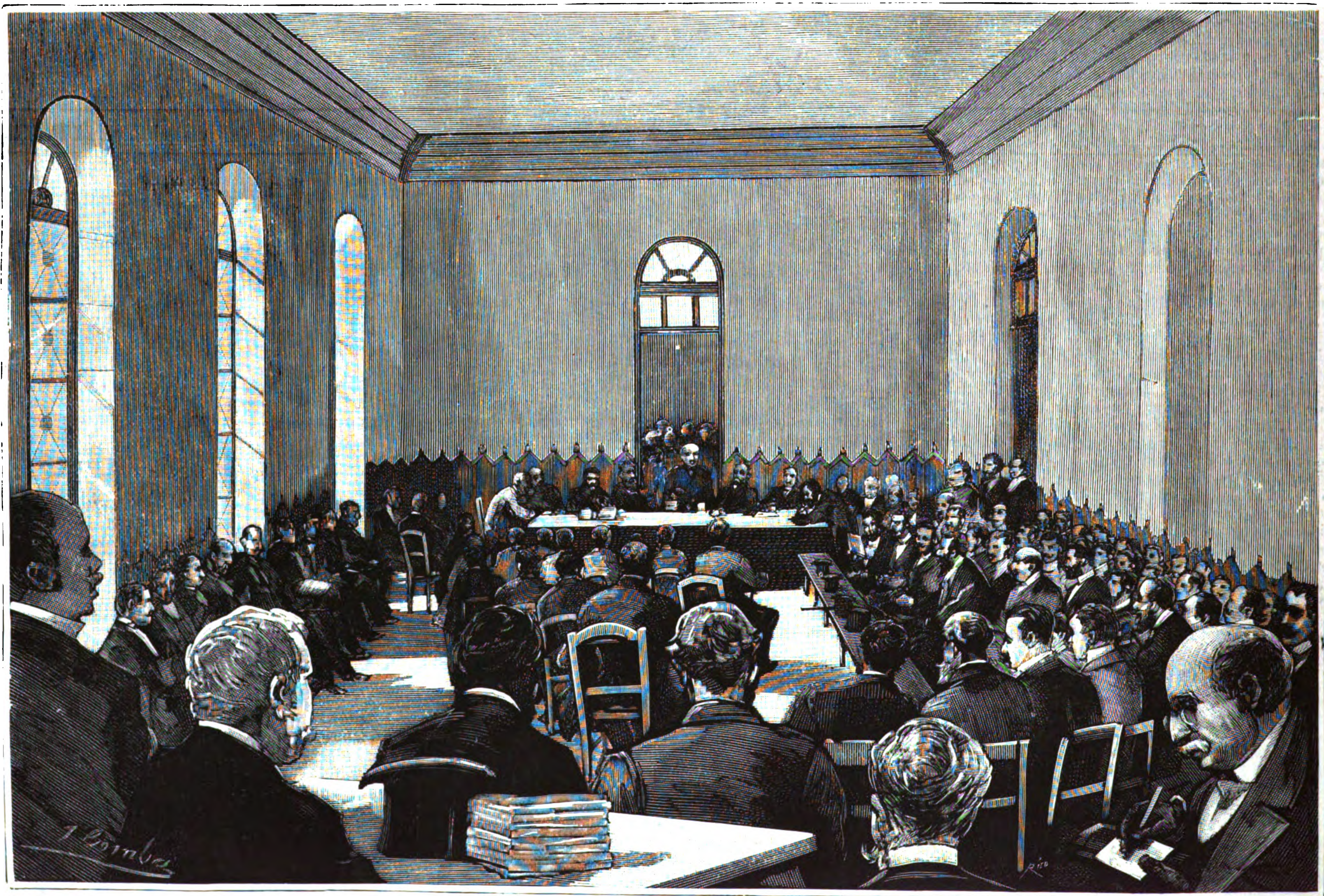
Es, sin disputa, la actual Exposición una de las que más honran á nuestros artistas. Hace algunos años se creía que los pintores españoles no sobresaldrían nunca en los cuadros llamados *de género*, porque, con raras excepciones —Fortuny, Rico, Escosura, Villegas —los pocos que á ella se dedicaban, carecían, al parecer, de ingenio para concebir, de gracia para componer, y de pincel delicado y detenido, pero exento de pesadez, para ejecutar. Requiere, en efecto, esta clase de pintura condiciones opuestas á nuestra tradicional educación artística, no á nuestro carácter nacional, pues harto pregona nuestra abundante literatura del siglo XVII, ya decorosa y atildada, ya libre y picaresca, que en el arte de novelar, ó lo que equivale en pintura al género de *costumbres*, el ingenio español en nada es inferior al de los italianos, franceses y tudescos. Como quiera, sea porque nuestros pintores viajan hoy más que antes y tienen más conocimiento de las escuelas extranjeras que se distinguieron en este ramo del arte, sea porque las revistas ilustradas de todos los países suplen en cierto modo á los viajes, es evidente que en estos últimos años viene el ingenio español demostrando una capa-



EXCMO. SR. D. CIPRIANO SEGUNDO MONTESINO,

DUQUE DE LA VICTORIA.

(De fotografía de Edgardo Debas.)



MADRID.—ASAMBLEA DE LOS ACCIONISTAS Y OBLIGACIONISTAS DE FERROCARRILES EN LA SALA DE LIQUIDACIONES DE LA BOLSA.

(Del natural, por Comba.)



CUATRO GENERACIONES DE REYES.

(De fotografía hecha en Coburgo por los Sres. Grum y Stewart.)

cidad para comprender y ejecutar los cuadros de género, de que se le creía totalmente desprovisto. Nuestra pintura antigua era, por lo común, religiosa: en la representación de los sagrados misterios del cristianismo y de la agiografía católica cifraba sus excelencias y sus triunfos. Fué también histórica, bajo la protección de los reyes de la casa de Austria, pero en menor escala; sólo por excepción fué meramente recreativa desde la época del Renacimiento. Ahora la contemplamos tan llena de savia y de ingenio para las obras en que sólo se cultiva á la manera escéptica *el arte por el arte*, como la de cualquier otro país del mundo. Y soy tanto más imparcial al emitir este juicio, por cuanto mi credo estético es enteramente opuesto al realista que prevalece hoy, y por virtud del cual se considera tan merecedor de imperecedera fama al que nos pone ante los ojos la fea catadura de Menipo, como al que nos arrebata en alas de su inspiración para mostrarnos á Cristo transfigurado en el Tabor.

Penetro, pues, en las salas de la Exposición, despojado de toda prevención de doctrina, y aceptando no sólo la estética dominante de *el arte por el arte*, que degrada esta noble facultad, despojándola de su alta misión religiosa, social y moral, para reducirla á la servil condición de *ministro de placeres*, sino también el cosmopolitismo artístico que ha fundido en un estilo único y universal todos los diferentes estilos nacionales; y toda vez que el público madrileño no quiere que el pintor le moleste trayéndole á la

memoria pasajes históricos y glorias nacionales que le son ya indiferentes, ni ejemplos de santidad que le estorban y entristecen, y prefiere cuadros risueños y bonitos que armonicen con el elegante decorado y el rico mueblaje de las modernas viviendas, en las cuales una batalla entre moros y cristianos, ó un San Bartolomé desollado, resultarían insoportables junto á los tibores del Japón y las plantas de la Australia, le señalaré muchos de estos preciosos y entretenidos cuadritos que podrían proporcionar á sus dueños el recreo y esparcimiento que buscaban en las obras de los riparógrafos los acaudalados patricios romanos en sus deleitosas quintas del Túsculo y de la Lucania. Pero debo, ante todo, desembarazarme de unas cuantas obras que no están á disposición del público porque tienen ya dueño. Aludo á los *retratos*.

De éstos hago caso omiso, por razones que no quiero divulgar, y que sólo confiaría al oído á sus autores. Entiéndase bien, sin embargo, que no los omito todos, porque hay algunos, muy pocos, verdaderamente buenos, y tales son á mi juicio los que llevan en el catálogo los números 23, 58, 365 y 392, obras de los Sres. Álvarez Dumont (D. Eugenio), Benlliure (D. Juan Antonio), D. Emilio Sala y D. Joaquín Sorolla, á los cuales deberían acaso con justicia agregarse otros cuyo mérito ha pasado para mí inadvertido. Sorprenderá que no participe del entusiasmo que en algunos críticos han producido retratos que me parecen *malos*; respétese mi juicio, como respeto yo el de los demás, y acéptese, como garantía de mi buena fe y de mi imparcialidad, la declaración que aquí consigno de que, siendo como soy gran admirador de Velázquez, no me obceca la pasión por este excepcional pintor hasta el punto de proclamar que todos, absolutamente *todos* sus retratos son inmejorables. Tengo por malo, y sin circunstancias atenuantes, alguno de los que le pertenecen en las Salas del Museo del Prado, y escandalícense ahora, si gustan, los coristas que no saben más que cantar loores é himnos triunfales, y que cuando los entonan rivalizando en celo y abrumando con sus exageraciones impetuosas á los vivos, sólo sirven para engreirlos y perderlos. Tampoco diré que los retratos que cito como *buenos* sean maravillas del arte, porque retratos maravillosos sólo deben estimarse los que sostengan el parangón con los mejores de Rafael, Leonardo de Vinci, Holbein, el Ticiano, Moro, Rubens, Van Dyck y Velázquez.

Los encomios hiperbólicos son muy buenos para lisonjear la vanidad, desgraciadamente apegada al corazón humano, pero después de todo dejan de servir al fin á que se dirigen, porque si tanto abundasen los genios como resultaría sumando las afirmaciones de los críticos superficiales, que por falta de conocimientos para analizar, lo califican todo de incomparable y sublime, el genio dejaría de serlo, dado que en el lenguaje del buen sentido sólo es genio el sujeto dotado de fuerza intelectual *extraordinaria* y *excepcional*. Pero cada artista que excede de la talla común, tiene en este bendito país su coro de panegiristas, y esta perniciosa plaga de aduladores sólo desaparecerá cuando la verdadera y sólida crítica deje de ser tan escasa como el buen sentido.

El aspecto general que ofrece la presente Exposición bienal es el de un campo abierto á la lucha de dos opuestas escuelas, naturalistas ambas, pero una de ellas importada de Francia, de los estudios de los *impresionistas* que llenan los Salones del Campo de Marte de extravagancias. Comprendo hasta cierto punto que esta escuela, que suprime la perspectiva aérea y las sombras proyectadas, y convierte las figuras en símbolos sin cuerpo, sin claro-obscuro, sin relieve dominando las tintas grisientas, azuladas y terrosas, haya logrado éxito en París, bajo el imperio de las ideas democráticas modernas, representando escenas que forman, digámoslo así, el martirologio de la clase popular, á la cual conviene ese colorido pálido y gris; y comprendo mejor todavía que prospere bajo un cielo casi siempre nublado y de blanquecina claridad muy difusa, que priva á los objetos de su sombra; pero no me explico cómo esa pasajera secta ha de poder echar raíces en la patria de Ribera, Zurbarán y Claudio Coello, donde el sol es fuego, y los colores son esmaltes irisados, y las sombras tienen la misma intensidad y valor en la escala de los tonos que los objetos que las producen. Será su reinado efímero en España, pasará con la moda que nos le ha traído de allende al Pirineo, y quedará nuestro rancio realismo, no tal cual fué el del Spagnoletto, falso y convencional en el claro-obscuro, como el de los napolitanos, flamencos y holandeses del siglo XVII, sino mitigado por el sistema que en la última fase de su extraordinaria evolución introdujo el genio de Velázquez, único y verdadero impresionista respetable que han producido los siglos.

Tenemos, de consiguiente, una exhibición de cuadros que presenta estos caracteres: 1.º, ausencia de asuntos históricos y religiosos, á tal punto que, si de las Exposiciones de Bellas Artes hubiera de deducirse la fe religiosa de los pueblos, podríamos decir (triste deducción por cierto) que el pueblo español de hoy no tiene religión ninguna, y, sin embargo, nuestra nación es creyente..... al menos en ciertas épocas del año; 2.º, abundancia de malos retratos, signo evidente de la decadencia de nuestra pintura histórica, porque sólo cuando florece el arte en sus más elevadas esferas es cuando descuellan los grandes pintores de retratos; y 3.º, pugna de dos escuelas naturalistas, una de ellas falsa y efímera, y otra ya universal y común á todos los países en que se profesa el principio estético de *el arte por el arte*; y de tal manera universal, que vemos hoy á nuestros pintores de género y costumbres, á nuestros paisistas y demás intérpretes de la naturaleza en su aspecto externo, sostener el paralelo con los más eximios de las naciones extranjeras, sin que diga yo por esto, porque huyo de vulgares y fáciles hipérboles, que nuestros paisistas son superiores á Hobbema y Ruysdael; nuestros pintores de marinas, afrenta y sonrojo de los Van de Velde y los Backhuizen, y nuestros pintores de frutas y flores, más sobresalientes que De Heem y Daniel Segners.

Si un personaje acaudalado, pongo por caso, un Rothschild, me tomase por asesor, y recorriendo conmigo las salas de la Exposición que acabo de analizar en conjunto, sin citar apenas nombres y sin mortificar á nadie con odiosas comparaciones, me preguntase qué cuadros debería elegir para decorar sus palacios, desde luego le señalaría, por el orden alfabético del *Catálogo*, los siguientes: de D. José F. Abarzuza, núm. 3, *El nietecito;* de D. Eduardo de Alba, núm. 12, *Paisaje;* de D. Juan Aldaz, núm. 17, *Calma*, vista de mar y dunas; de D. Angel Andrade, núm. 28, *La siega;* de D. Ricardo Arredondo, núms. 37 á 41, excelentes *Estudios de antiguos edificios*, ejecutados con mucha conciencia; de D. Carlos Arregui, núm. 42, *Camino del pinar, en Cercedilla;* de D. Rafael Arroyo, núm. 47, *Preparando el almuerzo*, escena casera; de D. José Benlliure, núm. 57, *Salida de vísperas*, verdadera joya por su graciosa composición y su ejecución admirable; de D. Francisco Cabanzon, núm. 68, *A la salud del muerto*, cuadrito de *malas* costumbres, lleno de intención y chiste; de D. José de Casanova, núm. 84, *Después de la lluvia, paisaje del Pardo;* de don Eduardo Chicarro, núm. 90, *Figura de estudio*, tipo del siglo pasado; de D. Eduardo Costa, núm. 92, *Buques á la carga;* de D. Vicente Cutanda, núm. 95, *Sobre el campo de batalla*, composición bien sentida y de entonación simpática, aunque de color un tanto convencional; de D. Gabriel Faura, núm. 117, *Crepúsculo en Granada;* de D. Alejandro Ferrant, núm. 123, *El Champagne*, brillante acuarela, y los tres *Estudios*, núms. 124 á 126; de D. E. Florido, número 128, *Marina;* de D.ª Fernanda Francés, núm. 132, *Langosta;* de D. Plácido Francés, núm. 134, *Las cantadoras*, cinco mujeres del pueblo, de pura raza española, la del centro blanca y rubia, de gesto austero, las otras *chulas* legítimas que con el tiempo serán brujas, rivales de *La Cañizares* de Quevedo; de D. Ramón de Francisco, número 135, *Un moro;* de D. José Garnelo, núms. 147 y 148, *La Dolores*, del aplaudido drama de Feliu y Codina, y *La saleta*, del Real palacio de Madrid; de D.ª Adela Ginés, núm. 152, *Uvas;* de D. Hortensio Güell, núm. 170, *Tarde de otoño;* de D. Heliodoro Guillén, núm. 173, *Marina;* de D. José Jiménez Aranda, núms. 203 y 204, *Los pequeños naturalistas*, niños contemplando un escarabajo llenos de curiosidad, y *Abandonada*, hermosa mujer abrumada en su dolor y con los ojos enrojecidos por el llanto, junto á la cuna donde duerme el inocente fruto de su pecado, cuadro que encierra todo un poema de gran moralidad; de don Agustín Lhardy, núm. 208, *Paisaje al pastel;* de D. Cristóbal López, núm. 226, *Soldado antiguo*, figura pintada con gran maestría y brillantez de color, leyéndose en el fondo la firma de *J. Morillo*, 1885; de Mancini, núm. 230, *Cabeza de estudio*, que recuerda el estilo de las tablas venecianas del siglo XV; de D. Juan Martínez Abades, núm. 246, *Nordeste*, estudio de marina pintado muy á conciencia; de D. Francisco Masriera, núms. 253 y 254, *Cabeza de mujer enlutada y dolorida*, y *Cabeza de bacante*, coronada de pámpanos, ambas de muy detenida ejecución y colorido de gran vigor y empaste; de D. Antonio Moreno, núm. 267, *Marea baja;* de D. Vicente Mota, núm. 268, *Paisaje de Torrelodones;* de D. Antonio Muñoz Degrain, núm. 269, *Una fiesta de Venecia*, efecto de noche muy notable; de D. Tomás Muñoz Lucena, núms. 271 y 272, *Por algo se empieza*, graciosa travesura de un monaguillo que se pone á predicar á otro desde uno de los púlpitos de la catedral de Córdoba, y *Maruja*, niña segadora echada sobre la hierba; de D. Román Navarro, núm. 277, *De marcha*, escena de la vida militar muy bien estudiada; de D. Fernando Pallarés, número 294, *Hilandera asturiana*, acuarela; de D. Maximino Peña, núms. 304 y 306, *El primer choque* y *Un bodegón*, flores y fruta, ejecutados con conclusión holandesa; de don Cecilio Plá, núms. 317 y 318, *Céfiro y Flora*, escena de la vida moderna, y *En la aldea;* de D. Ramón Pulido, número 341, *Un bautizo en Venecia;* de D. Manuel Ramírez, núms. 345 y 346, *La cerca de rosas*, ejecutada con una verdad y una frescura encantadoras, y *La leñadora*, linda muchacha, blanca y rubia, con el pie sobre un haz de leña en un bosque; de D. Andrés Reina, núm. 350, *Venecia*, vista de la ciudad desde el mar, alegre y elegante; de don Alejandro Saint Aubin, núms. 359 y 360, *Chismografía* y *Entre dos fuegos;* de D. Casimiro Sáinz, núms. 361 y 362, *Paisajes*; de D. Joaquín Sorolla, núms. 390 y 391, *Cordeleros* y *El santero;* de D. Julián Tordesillas de Lara, números 403 y 405, *Día de Marzo* y *Estudio;* de D. Antonio de la Torre, núms. 407, 408 y 410, *Playa de Málaga*, *En la bahía* y *Al amanecer;* de D. Ignacio Ugarte, núm. 417, *Limpiando las redes;* de D. Marcelino Unceta, núm. 418, *Waterloo*, Junio de 1815, cuadro lleno de fuga y movimiento, como todas las composiciones militares de este concienzudo artista; de D. Carlos Vázquez, núm. 433, *Idilio de pobres*, niño y niña en un prado verde; de D. Manuel Villegas Brieva, núm. 435, *El sermón del misionero*, en la catedral de Córdoba, de enérgico colorido; de D. Juan J. Zapater, núm. 440, *El horóscopo*, escena de costumbres de la Edad Media, de admirable ejecución, bello color y toque simpático; y de D. Estanislao Zuazo, núm. 442, *Paisaje del río Manzanares*.

Todos estos cuadros, y acaso algunos más, aconsejaría yo á mi potentado que trasladase á sus habitaciones (se entiende, pagando su importe), y estoy seguro de que me había de quedar agradecido.

Pedro de Madrazo.

LA LOCURA DEL ANARQUISMO.

CARTAS DEL DOCTOR OCCIPUCIO AL ABOGADO VERBOSO.

Manila, 28 de Mayo de 18...

Al dar fondo en este puerto, tomo la pluma, mi querido amigo, para reiterarle el testimonio de la gratitud más sincera y de la admiración más entusiasta por el grande y nunca, como se debe, bastante alabado servicio que la elocuencia arrebatadora de usted prestó á la noble causa de la ciencia y de la humanidad doliente.

Todavía resuenan en mi oído aquellos conmovedores y magistrales discursos, en los cuales de manera tan admirable supo usted hermanar la dialéctica irrefutable con la fuerza de expresión persuasiva; probando la irresponsabilidad de los anarquistas autores y cómplices de la espantosa catástrofe de Blandebuena. ¡Con qué claridad y precisión, y al alcance de la indocta multitud, expuso usted las teorías de la moderna ciencia frenológica! ¡Oh! ¡Cómo puso usted de manifiesto, con el compás en la mano, la configuración craneal de los acusados, y el desequilibrio completo que en ella se advierte! «¡Circunferencia máxima, 54 centímetros; diámetro máximo, 18; altura, 15; distancia máxima de parietal á parietal, 15: tales son los caracteres distintivos de la mayor parte de los desdichados que se sientan en ese banquillo!» exclamaba usted; y luego proseguía: «Veamos en cambio los datos conocidos de una de nuestras cabezas más perfectas, la de D. Emilio Castelar. Circunferencia máxima, 59 centímetros; diámetro máximo, 21,50; altura, 16; distancia máxima de parietal á parietal, 16 (1). ¡Qué enorme diferencia entre la parte más noble del cuerpo de aquel eminente tribuno, gloria de España y admiración del mundo, y esos cráneos raquíticos, pobres, sin las ordinarias proporciones, ni el auxilio siquiera del temperamento! Bajo el primero, reside señora, grande y portentosa la inteligencia, y en los que tenéis delante tan sólo se cobija la locura. Sí; la locura he dicho, porque mis defendidos pertenecen al grupo que la ciencia frenopática designa con el nombre de locos conscientes. Y si no basta la configuración craneal, el proceso arroja evidentes testimonios de las excitaciones inmotivadas, los vértigos, los estigmas físicos, y otros caracteres patológicos de los acusados.» ¡Qué período tan asombroso el del epílogo, cuando usted, dirigiéndose al Jurado, habló de los tremendos crímenes jurídicos perpetrados por el desconocimiento, el olvido ó el desprecio de la ciencia!

¡Subyugar y mover á piedad al auditorio, que había aplaudido estrepitosamente la acusación fiscal; convencer y persuadir al Jurado y arrancar de manos del verdugo á veinte seres humanos! ¡Jamás la palabra alcanzó mayor triunfo!

Reconocida la irresponsabilidad de los reos, el tribunal, como usted sabe, dispuso que fuesen encerrados en un manicomio: pero el Gobierno, usando de facultades extraordinarias, ordenó su deportación á las islas Carolinas, donde se fundará una colonia con destino á los anarquistas declarados locos por veredicto del Jurado.

El Ministro de la Gobernación, accediendo á mis reiteradas instancias, me autorizó á acompañar á los deportados y á prestarles los auxilios de la ciencia.

Todos hemos llegado sin novedad á Manila á bordo de un crucero de guerra; y después de proveernos de víveres y carbón, y de recibir órdenes del Capitán general de Filipinas, proseguiremos nuestro viaje á Tomil, en la isla de Yap, capital de las Carolinas Occidentales.

Durante la travesía de Barcelona á Manila, intentaron amotinarse varios deportados, y el comandante del crucero, que es un señor que rehuye toda conversación conmigo, pero que suele sonreirse al verme, mandó que aquellos infelices dementes fuesen puestos á la barra. Yo quise protestar en nombre de la ciencia; pero mi colega, el médico de á bordo, me disuadió de ello, diciéndome:

—¡Cuidado, compañero, que las ordenanzas de la Armada son muy severas: no se ponga usted en el caso de que le apliquen el mismo castigo que á sus clientes! Además, debe usted saber que la barra es un medicamento sedativo muy eficaz y muy recomendado para calmar las excitaciones cerebrales en la terapéutica oficial de las sociedades *flotantes*.

***

Tomil (isla de Yap) 20 de Junio de 18...

¡Qué viaje el de Manila á esta isla! ¡No lo olvidaré jamás! En la mañana del 12 del corriente mis pobres enfermos, á causa tal vez de la influencia del clima, dieron muestras de verdaderos arrebatos de demencia, rompiendo varias tablas del sollado, donde estaban encerrados, y arrojándose de improviso sobre los centinelas. Por fortuna, tuvieron éstos tiempo de hacer fuego, y tomando las armas la tripulación, que estaba sobre cubierta ocupada en el baldeo, logró sofocar el motín y reducir á los revoltosos.

---

(1) Estas cifras son exactas, según me asegura un entusiasta partidario de la frenología.—*N. del A.*

En el acto se formó sumaria, resultando de ella el descubrimiento de una conspiración entre algunos deportados para volar al crucero. Se probó también que abrigaban el propósito de apoderarse de los botes y ponerse en salvo. ¡A pesar de su locura, no habían perdido el instinto de conservación!

Reunióse poco después el consejo de guerra, actuando de presidente el comandante del barco; de fiscal el segundo y de defensor un teniente de navío; siendo condenados á muerte cinco de los reos, oído el dictamen del médico de á bordo, quien sostuvo que todos gozaban de cabal juicio.

Al conocer la sentencia, dirigí una carta al comandante exponiéndole las opiniones incontrovertibles del Dr. Lombroso en su notable estudio antropológico y médico-legal *El hombre criminal*, y protestando en formas corteses y muy respetuosas contra el fallo, que, en mi concepto, recaía en personas reconocidamente faltas de juicio, no pudiéndose suponer en ellas el libre albedrío, so pena de incurrir en grave error metafísico.

El comandante contestó á mi carta imponiéndome tres días de barra, y los cinco reos fueron pasados por las armas sujetos con fuertes ligaduras á las serviolas.

Los otros deportados, testigos de aquel terrible espectáculo, lejos de excitarse más y más, como yo temía, sobrecogidos de espanto, dieron manifiestos indicios de lucidez durante el resto del viaje, lo cual me ha sugerido la publicación de un opúsculo con el título de *Influencia del miedo en los enajenados, ó La razón al alcance de los dementes, por el temor al castigo.*

***

Colonia de la Anarquía (isla de Yap), 21 de Junio de 18...

Hoy queda instalada esta colonia en el centro de la isla, sobre una eminencia, rodeada de magníficos cocoteros, donde se levanta un edificio de madera con destino á los deportados. El destacamento de tropa que nos acompañó hasta aquí regresa á Tomil, dejándonos víveres abundantes, aperos de labranza y semillas para el cultivo.

Tengo un vasto proyecto de colonización, pero me faltan mujeres; todos los deportados son solteros.

He estudiado frenológicamente á las indígenas, y me he persuadido de que no deben en manera alguna unirse con los deportados: resultaría una prole monstruosa de dementes. Yo creo y entiendo que la primera obligación de la ciencia es impedirlo y procurar el perfeccionamiento de la especie humana y que la razón se perpetúe sobre la tierra por medio de matrimonios fundados en la organización cerebral de los contrayentes. ¡Ah! ¡De otra suerte andaría la humanidad, si las autoridades que intervienen en la celebración de aquéllos exigiesen previamente á los novios certificados de los peritos frenólogos: pero nuestros legisladores no se ocupan más que en política, y no han caído aún en la cuenta de los funestos efectos del atavismo!—Si deseáis mejorar la sociedad, les diría yo; si queréis impedir los tremendos crímenes que llenan de espanto al mundo civilizado, no debéis pensar en leyes represivas, sino en corregir la configuración de los futuros cráneos.

Creo, por lo tanto, que convendría la inserción en varios periódicos del siguiente anuncio:

«SEÑORITAS QUE DESEEN CONTRAER MATRIMONIO.

»Se necesitan quince de diez y seis á treinta años. Condiciones craneoscópicas que se exigen: circunferencia mínima, 56 centímetros; diámetro, 19; altura, 15; distancia de parietal á parietal, 15.

»Para más detalles dirigirse al doctor Occipucio. Isla de Yap (Carolinas Occidentales).»

***

Colonia de la Anarquía, 1.º de Agosto de 18...

En cuanto se alejó el destacamento de esta colonia agrícola, mis enfermos, tranquilos y al parecer resignados desde su llegada á la isla, negáronse á trabajar, y poseídos de violento arrebato de locura, acabaron por declararse en abierta rebelión, saqueando el depósito de provisiones y destruyendo cuanto les vino á mano. Intentaba reducirles á la razón, ya con ruegos, ya con amenazas, cuando de pronto me echaron sobre una manta, y comenzando á levantarme en alto, se holgaron conmigo, hasta que, rendidos y cansados ellos, y molido y estropeado yo, dieron con mi cuerpo en el suelo, y por fin me dejaron solo en medio de estas soledades. ¿Cabe prueba mayor de su demencia? ¡Abandonarme y tratarme de tal suerte, cuando soy su amigo, su protector, casi un padre para todos ellos!

Hoy he recibido la visita de Fray José, de la misión de San Francisco de Goror, por cuyo conducto remito esta carta á Tomil. Este santo varón, que conoce la lengua del país, y que con gran celo apostólico se dedica á la obra de la conversión, me refiere que los deportados merodean por el interior de la isla, saqueando y destruyendo las chozas de los naturales, á quienes llaman burgueses en estado salvaje. ¡Burgueses ellos, que no tienen nada, absolutamente nada, ni siquiera un pedazo de trapo con que cubrir sus cuerpos!

***

Colonia de la Anarquía, 3 de Agosto de 18....

Los carolinos, víctimas de los atropellos, persecuciones y crueldades de los anarquistas, se han levantado en armas contra éstos, obligándoles, mal de su grado, á regresar á la Colonia, donde reina el mayor desorden y confusión.

Un indígena, converso, que habla con bastante corrección el castellano, alumno de los Padres Capuchinos, se ha presentado aquí esta mañana: viene en calidad de parlamentario, y dice que los *pilums* ó régulos de las tribus vecinas celebraron consejo, acordando dar muerte á los deportados si éstos salen de los límites de la Colonia.

—En esta mano traigo la paz, y en esta la guerra—dijo el parlamentario, mostrando en la derecha una cruz toscamente labrada y en la izquierda una flecha.—¿Qué queréis?

—Convertiros al anarquismo—contestó uno de los deportados.

—¿Qué significa eso?

—Que debéis negar á Dios.

—Pues qué, ¿debemos creer, como nuestros padres, en los espíritus malignos?

—Ni en éstos ni en Aquél.

—¿Por qué?

—Porque no existen.

—¿En qué os fundáis?

—En que nadie los ha visto.

—Tampoco hemos visto á España, y sin embargo creemos en ella, porque vemos su fuerza y su poder en los barcos que llegan á Tomil y en los soldados que la defienden.

—Dios no os envía barcos ni soldados.

—Pero nos presenta pruebas mayores de su grandeza y de su bondad. ¿Quién produce la lluvia, el trueno, el rayo? ¿Quién mueve el mar? ¿Quién hace crecer esos árboles cuyo dulce fruto nos sustenta?

—Todo depende del calor, del viento, de las semillas ó de otras causas naturales que no podéis comprender.

—¿Quién ha hecho el calor, el viento, la primera semilla ó esas causas naturales que, según decís, no entendemos?

—Es preciso además que no seáis burgueses.

—¿Qué quiere decir esta palabra?

—Que renunciéis á la propiedad.

—Aquí la tierra es de todos.

—Sí; mas cogéis sus frutos y traficáis con ellos.

—Harto nos cuesta alcanzarlos trepando por los árboles, y es justo que nuestro trabajo obtenga recompensa.

—Guardáis lo sobrante.

—¿Hemos de ser menos previsores que las hormigas?

—Vivís en colectividad formando tribus.

—¿Cómo nos ayudaríamos, si no, unos á otros?

—Reconocéis á jefes ó *pilums*.

—¡Alguien nos ha de guiar: alguien ha de dirimir nuestras contiendas!

—Tenéis mujeres propias.

—¡Si ellas quieren así á sus maridos!

—Dais oídos á los misioneros.

—Porque nos enseñan el bien y saben más que el *Matsé-Mats* (1), que no ha salido nunca de las espesuras de estas selvas.

—Pues nosotros queremos que no creáis en Dios, y que renunciéis á la propiedad, á la familia y á la tribu, y que neguéis la obediencia á vuestros *pilums* y al Gobernador español, y sobre todo que despreciéis á los misioneros.

—¿Y cómo vais á conseguirlo?

—Con la fuerza; derribando vuestras chozas, incendiando los bosques de cocoteros, arrasándolo todo y pasando á cuchillo á cuantos hombres, mujeres y niños caigan en nuestras manos.

—¿Es así como convertís á las gentes? ¡Con el fuego, la devastación y el asesinato, destruyendo el bien que recibimos del cielo y derramando sangre inocente!

—Así y sólo así, si os oponéis á vuestra regeneración.

—Entonces nos defenderemos hasta convertiros en polvo. Tenemos la razón de nuestra parte, y somos más que vosotros.

—Pero ha de poder más el terror, arma suprema que amedrenta á nuestros enemigos y hasta á nuestros jueces.

—¡El terror! Aquí no lo sienten más que débiles mujeres, y éstas no combaten ni hacen justicia. ¿De qué sirve la flecha en mano que tiembla? ¿Quién da en el blanco con lágrimas en los ojos? En nuestras tribus pueden los hombres ceder á la fuerza, pero nunca al miedo.

Dichas estas palabras, el indígena arrojó al suelo la flecha que llevaba en la mano izquierda, y besando la cruz se alejó de la Colonia.

(1) Especie de anacoreta, que pretende evocar los espíritus, objeto de general veneración por parte de los indígenas de Yap no convertidos al catolicismo.

***

CARTA DE NUESTRO CORRESPONSAL EN MANILA.

Un vapor de guerra, procedente de las Carolinas, nos trae noticias de los anarquistas deportados á la isla de Yap. En vista de los excesos cometidos por éstos en el interior del país, contra las personas, las chozas y los bosques de los indígenas, apelando al incendio y al asesinato, el Gobernador de las Carolinas Occidentales organizó una pequeña columna, la cual, con el auxilio de los naturales, logró prender á los desalmados que vagaban dispersos por las selvas, conduciéndolos á Tomil. El mismo día de su llegada se constituyó el consejo de guerra. Seis de los reos fueron condenados á muerte, y los restantes á cadena perpetua.

Los médicos de la isla reconocieron unánimemente que entre los deportados no había más loco que el loquero. Titúlase éste doctor, aunque carece de título, y ha dado en llamarse Occipucio, siendo su verdadero nombre Juan Fernández. Ayer llegó á Manila, y por orden superior está recluido en el manicomio.

Padece el infeliz una monomanía incurable: cree en la infalibilidad de la ciencia frenológica.

Llevado de tan extraña locura, sostiene que debe aplicarse la frenología, no sólo para probar la irresponsabilidad de los acusados ante los tribunales, sino también para la recusación de los jueces.

¿Por qué los médicos forenses, dice, no han de declarar previamente que los individuos que componen un tribunal tienen una organización cerebral idónea? ¿Acaso el órgano décimonono, de los 39 que admiten ahora los frenólogos, el cual produce el sentimiento de la justicia, el respeto al derecho, la conciencia del deber y el amor á la verdad, está tan desarrollado en nuestros cerebros? ¿No puede suceder, además, que entre los honrados vecinos, llamados á formar parte del jurado, haya muchos que por exceso en el órgano décimocuarto, donde reside la circunspección, pequen de irresolutos, pusilánimes y hasta de cobardes, y falten á la justicia, pactando con el miedo y cediendo al temor de la venganza?

Se advierte también en el titulado doctor Occipucio tenaz resistencia á citar por sus nombres á los anarquistas.

—¿Por qué obra usted así?—le preguntó hoy el Director del manicomio.—¿Teme usted tal vez comprometer á sus antiguos amigos?

—No, señor—contestó Occipucio—porque estoy en el secreto. Los anarquistas tienen la locura de la notoriedad. En aras de ella lo sacrifican todo, hasta la propia vida. Destruid el ídolo, condenad á perpetuo silencio los nombres de sus fanáticos y ciegos adoradores, y éstos volverán á la razón. El anarquismo es una demencia contagiosa que se empeñan en propagar los cuerdos.

NILO MARÍA FABRA.

D. CIPRIANO SEGUNDO MONTESINO,

DUQUE DE LA VICTORIA.



No está lejano el día en que la Historia, cuyos fallos, si bien tardíos por la necesidad de que el tiempo acrisole los hechos, van siempre revestidos con la severa túnica de la justicia, rendirá el homenaje de admiración y respeto á que se hicieron acreedores aquellos hombres que en la primera mitad del presente siglo acometieron la titánica empresa de sacar nuestra patria del obscurantismo y embrutecimiento en que yacía y empujarla por la senda del progreso.

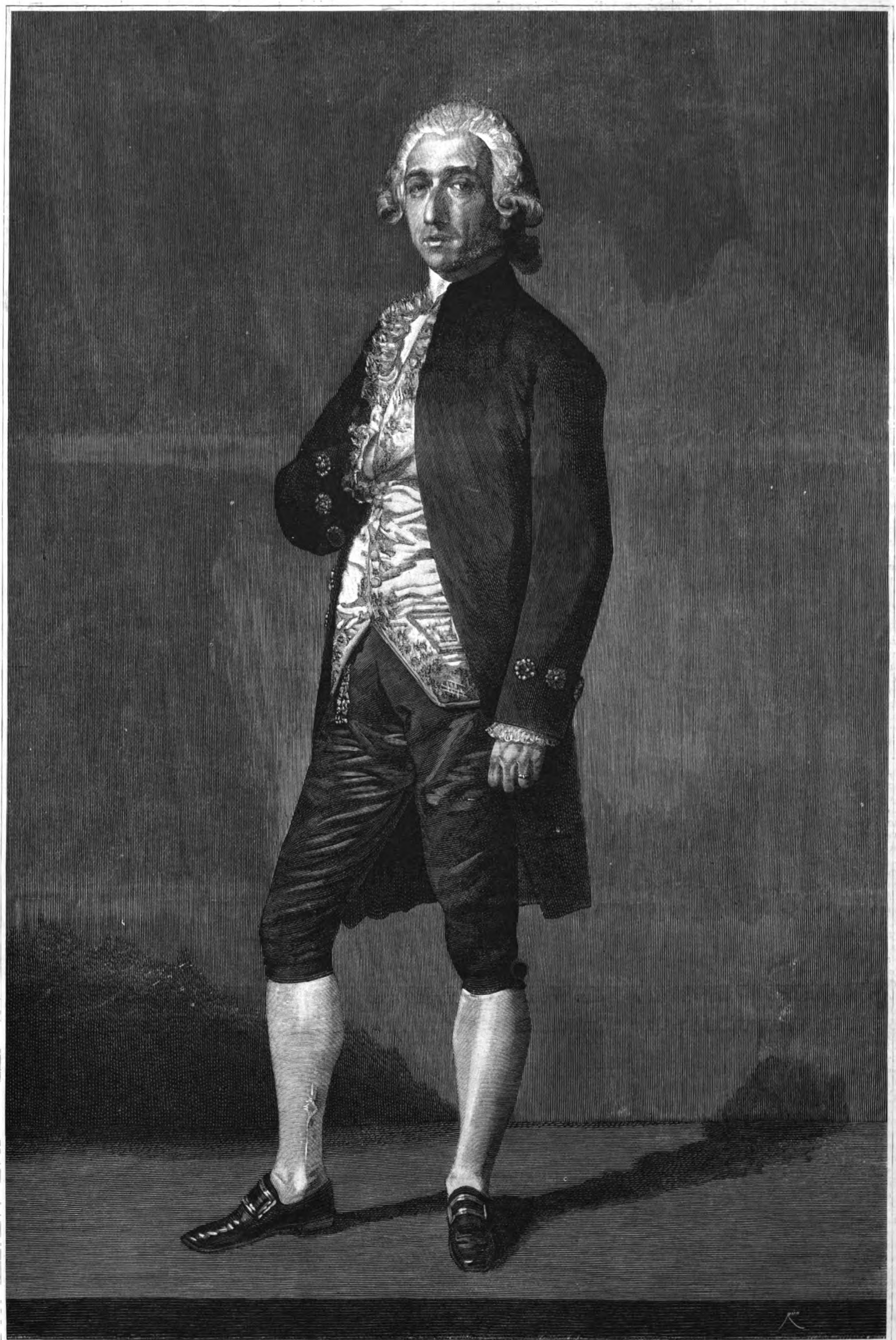
Examinados hoy aquellos hombres y comparados con los que forman la generación presente, sus figuras se agrandan tomando proporciones gigantescas; parecen individuos de otra raza humana más perfecta, dotados de virtudes ya perdidas ú olvidadas, de desinterés ya en desuso, de energías degeneradas, de heroísmos con ellos agotados. A aquellos ilustres patricios debe la sociedad en que vivimos los beneficios que alcanza, la libertad que goza, los progresos que hoy utiliza, cada uno de cuyos bienes ha



TEODORA LAMADRID,

INSIGNE ACTRIZ ESPAÑOLA.

Retrato por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo.—Donativo del mismo.



JOAQUÍN ARJONA Y FERRER,

INSIGNE ACTOR ESPAÑOL.

Retrato por el Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo.—Donativo del mismo.

costado ríos de sangre, sacrificios de vidas y haciendas, peligros sinnúmero, heroicidades sin medida.

No; la Historia no puede olvidar aquellos hombres que vivían en lucha constante: un día para arrancar de extrañas garras la aprisionada patria, otro para conquistar un nuevo código que pusiera la sociedad en armonía con las corrientes del progreso, otro para defender el derecho, encarnado en manos débiles, contra asechanzas de la avaricia y la tiranía.

De aquella generación, de aquella raza de santos héroes, de aquel ejército de denodados caudillos procede el hombre ilustre á quien dedicamos estas líneas, desprovistas de toda gala literaria y de toda pretensión artística.

Don Cipriano Segundo Montesino nació en Valencia de Alcántara, villa de la provincia de Cáceres, el 26 de Septiembre de 1817.

Tuvo por padre á D. Pablo Montesino, nombre que pronuncian con gratitud y veneración todos los amantes de la enseñanza pública, pues á ella dedicó sus desvelos y esfuerzos, siéndole deudora la ciencia pedagógica de grandes reformas y estimados progresos, ensalzados repetidas veces. Su busto en yeso perpetúa hoy su memoria en la mayor parte de las escuelas de provincias.

Cuando surgió aquella patriótica sacudida en que nuestra nación recabó su derecho á la independencia, D. Pablo fué de los que se distinguieron por su amor á la patria, prestando su concurso en cuantas ocasiones se le presentaron. Su país le envió después á formar parte de las famosas Cortes de 1820 á 1823.

Llegó el año 1826, y no estará demás refrescar la memoria de nuestros lectores con la pintura que hace de aquellos tiempos el Tácito de nuestro siglo, el severo autor de la *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España*.

«Y el cuadro—dice—que representaba la nación heroica en cuyos dominios nunca se ponía el sol en tiempos más felices, no era ya el de una monarquía templada y religiosa, sino el de un pueblo ebrio de superstición y gobernado por la hipocresía, que invocaba en los labios un culto sagrado de que su gangrenado corazón se mofaba.........

»Aquí no brillaba la religión que inspira la virtud á los príncipes, sino la política que se apoya en el ara para sostenerse y ocultar sus delitos. A imitación del Monarca, los voluntarios realistas de Ciempozuelos, de Murcia, de Cerezo de la Rioja, del Quintanar y de otros pueblos, juntos y uniformados, confesábanse y comulgaban públicamente con suma pompa y ostentación, no estimulados por el ardor religioso que, cuando es puro, se eleva en silencio admirando al Autor soberano de los cielos, sino cual gárrulos histriones que traficaban con las apariencias y salían del templo á repetir sus excesos..........................

»La enseñanza de la juventud hallábase confiada á los frailes, que en vez del grano benéfico de la ilustración sembraban la ignorancia para perpetuar su reinado. Los Jesuítas dirigían los colegios de la nobleza, no sólo en la corte, sino también en las principales ciudades. La dirección general de estudios señalaba las obras más atrasadas para texto de los alumnos; las juntas de purificación separaban, por sus opiniones políticas, á los catedráticos de talento, pues hasta las maestras de niñas sufrían aquel juicio.»

....

Claro está que las *impuras* juntas de purificación no habían de perdonar á D. Pablo Montesino sus opiniones reformistas en materia de enseñanza; así que juzgándole, no sin razón, comprendido en la lista de los enemigos del obscurantismo, emprendieron contra él una serie de persecuciones y vejámenes que el ilustre pedagogo trató de eludir huyendo á Portugal. Viéronse con esto burlados sus perseguidores, y amparados por el Marqués de las Amarillas, que á la sazón ejercía autoridad en Extremadura, trataron de volver sus dardos contra la familia de D. Pablo, que, imitando á éste, salvaron en obscura noche la distancia que de Portugal les separaba. Reunidos así todos, se trasladaron á la isla de Jersey, asilo de no pocos apóstoles de la libertad, y recobrada la calma de espíritu, reanudó D. Cipriano sus interrumpidos estudios, ó por mejor decir, dió comienzo á ellos con bases más sólidas y seis años después, ya convenientemente preparado, ingresó en la Universidad de Londres.

En 29 de Septiembre de 1833 falleció Fernando VII; al siguiente día se verificó la apertura de su testamento y en virtud y cumplimiento de la cláusula 11.ª del mismo, se encargó de la Regencia del Reino S. M. la reina viuda D.ª María Cristina, uno de cuyos primeros actos fué abrir las puertas de la patria y llamar á ella á los fugitivos y proscriptos, que en 1814 habían llegado á 15.000, y á más de 20.000 desde la reacción de 1823.

Don Pablo y su familia regresaron á España y D. Cipriano trasladóse á París, ingresando, mediante examen, en la Escuela de Artes y Manufacturas, obteniendo como otros jóvenes una pensión para dedicarse á estudios industriales, pues el nuevo régimen inaugurado trató de atender de tal manera al abandonado ramo de la enseñanza pública.

Tres años más tarde (1837) obtuvo D. Cipriano en concurso público el título de ingeniero civil y, tras breve descanso que aprovechó para venir á abrazar á su familia, volvió á Londres, donde se dedicó con verdadero ahinco á dar solidez á sus conocimientos y á adquirir la necesaria práctica en la carrera que había abrazado.

Al propio tiempo que sus estudios, se afirmaban también sus opiniones, y aleccionándose con la política liberal inglesa, muy á la moda entonces, entusiasmándose con las fórmulas del progreso y asimilándose la severa rectitud de los políticos ingleses, volvió á Madrid en 1839, henchido de entusiasmo y deseoso de prestar sus servicios á la causa de la libertad.

No tardó en ofrecerle ocasión para ello la insurrección surgida en 1.º de Septiembre de 1840 que acabó por poner en manos del general Espartero, cuyas victorias y la reciente paz de Vergara habíanle hecho popular y admirado, la Regencia de la nación, lanzando al destierro á la Reina Madre.

En aquella época desarrolló D. Cipriano una actividad que pinta muy bien su carácter laborioso y asiduo. Ejerció el cargo de oficial en el negociado de Obras Públicas, que entonces dependía del Ministerio de la Gobernación; obtuvo una cátedra de mecánica industrial en el Conservatorio de Artes, puesto que desempeñó con asiduidad renunciando el sueldo que le correspondía; alistóse como miliciano nacional, imitando la conducta de hombres eminentes de aquella época, y asistió puntualmente á las sesiones de Cortes, á las que fué enviado por sus paisanos como representante.

Breve y borrascoso fué el período de la Regencia de Espartero. Apenas fijó su residencia en París la Reina Madre, dieron comienzo las conspiraciones; se organizaron sociedades secretas; se unieron después los moderados y algunos descontentos progresistas; corrió el oro á manos llenas para reunir combustibles al incendio que se preparaba; pusiéronse los emigrados en relación con toda España y la insurrección, que había sido vencida en 1841 costando la vida al valeroso general León, estalló en Cataluña en Junio del 43, se corrió por provincias y triunfó en Madrid el 24 de Julio después de la batalla de Torrejón de Ardoz.

Vióse Espartero abandonado de unos y vendido por otros; sólo le permanecía fiel la Milicia Nacional, que era impotente para contrarrestar el empuje de la insurrección militar triunfante. Comenzó el desarme de los milicianos, y el héroe de Luchana, no teniendo más camino que el de la emigración, se embarcó en el puerto de Santa María el 30 de Julio á bordo del *Betis*, seguido de unos pocos amigos leales. Uno de éstos, el más decidido quizás, era don Cipriano, que en los tres años de Regencia había tenido ocasión de estudiar de cerca las virtudes, los méritos, la grandeza de alma, la solidez de principios, la catoniana honradez del Pacificador de España y, hallando personificados en él sus propios sentimientos y aspiraciones, le erigió su ídolo y le consagró su veneración y respeto.

De la protesta lanzada por Espartero al abandonar España, contra los sucesos que le alejaban de ella, fué autor el Sr. Montesino, en quien el invicto general apreciaba ya todas las buenas condiciones de carácter, ilustración y lealtad que le adornan. En esta época hizo una excursión por Italia, Suiza y Alemania, ejerciendo con honra y provecho su profesión, y unió su suerte á la de la Sra. D.ª Eladia Fernández Espartero, sobrina carnal del veterano, y á la que éste profesaba paternal cariño.

En 1847 se otorgó un indulto general y regresó á España D. Cipriano, siendo repuesto en su cátedra del Conservatorio, donde sucesivamente explicó mecánica industrial, física general y física aplicada á las artes. En el Real Instituto Industrial explicó también la cátedra de construcción de máquinas.

Durante algunos años el sol de la libertad estuvo velado por nubarrones moderados, repitiéndose, aunque no con tanta intensidad como antes, las vejaciones y atropellos contra los hombres liberales, alcanzando, como es natural, las molestias á D. Cipriano, cuya significación era ya grande.

Divorciado el trono del pueblo y agotada la paciencia de éste, que no veía emprender la marcha por las vías del progreso en la medida de sus aspiraciones, alzóse de nuevo clamando libertad en Julio de 1854, y la voz popular pidió la vuelta al Poder del ilustre Espartero, que se hallaba retraído en su casa de Logroño. Corrió en su busca D. Cipriano, y juntos entraron en Madrid en medio de las mayores muestras de entusiasmo, siendo aquel día de regocijo y jolgorio para el liberal pueblo de Madrid.

Dos años duró este nuevo período liberal y durante ellos repartió el Sr. Montesino sus actividades entre las labores parlamentarias del cargo de diputado, que sus paisanos le confirieron de nuevo, y el desempeño de la Dirección de Obras públicas, donde redactó una ley general de ferrocarriles que fué universalmente elogiada.

De esta época es uno de los mayores rasgos de modestia que ofrece el especial carácter de D. Cipriano. Venciendo su repugnancia, asediado por los amigos que admiraban en él su ilustración y su honradez, y cediendo á insinuaciones de su ilustre tío, consintió en que su nombre figurara en una combinación ministerial designándole para desempeñar la cartera de Fomento. Señalóse la hora para jurar el cargo; pero el espíritu de D. Cipriano, que desde que había dado su asentimiento libraba en su interior rudas batallas, en que de una parte luchaban los intereses de amistad y de partido, y de otra su modestia y apartamiento de la gloria, le decidió por fin á adoptar el camino más adecuado á sus gustos, y con sorpresa de todos se presentó en el momento crítico á anunciar que había pensado mejor la resolución que le convenía y que renunciaba á un puesto para el que no se consideraba con dotes suficientes. ¿Cómo no? ¿Pues qué más hubiera deseado el país sino que entonces como ahora, y antes como después, se confiaran los elevados cargos públicos á personas que, como el Sr. Montesino, reunen, á una idoneidad probada, una rectitud, una honradez y una actividad que, puestas al servicio de la patria, no pueden menos de dar frutos opimos?

Forzoso fué, sin embargo, respetar su obstinada resolución, y á indicación suya ocupó su puesto el Sr. Alonso Martínez.

Marchó el año 56 á París como individuo de la Comisión internacional para estudiar el proyecto del Canal de Suez, con cuyo motivo redactó una Memoria notabilísima. En París se hallaba cuando ocurrió la *vicalvarada*, que así se llamó la insurrección á cuyo frente se puso el general O'Donnell, y desde la capital francesa dimitió D. Cipriano el cargo de director de Obras públicas al saber que el general Espartero había bajado del poder.

Del 58 al 63 volvió á ocupar los escaños del Congreso, siempre enviado por sus amigos de la provincia de Cáceres, y en el primero de dichos años se encargó de la dirección del ferrocarril de Tudela á Bilbao, que desempeñó hasta 1866, dejando bien acreditada su pericia y espíritu organizador en materia de ferrocarriles.

Llegó el año 1868 y estalló la revolución más grande y trascendental del siglo; la primera en que tomó parte, y parte importante, el elemento democrático; revolución que trajo consigo reformas políticas y sociales, que, aceptadas ya por todos, hasta por los políticos más templados, regulan hoy y regularán siempre la marcha política de nuestra nación. Con tal motivo, volvió al Congreso D. Cipriano, defendió las doctrinas monárquico-democráticas, dió su voto al caballeroso rey D. Amadeo I y formó parte de la comisión que fué en su busca á Italia.

En la memoria de todos están las rivalidades, las ambiciones, las luchas de todos géneros que amargaron la corta vida de la monarquía democrática, y que dieron por resultado la generosa renuncia de aquel rey que quiso sacrificar su cetro antes que ver nuestro país convertido en hoguera de pasiones bastardas.

Al renunciar D. Amadeo la corona, el Sr. Montesino se apartó de la política, no porque sus energías se debilitaran, ni porque su actividad sufriera quebranto, sino porque realmente había de ser difícil á un hombre de tan puras aspiraciones y de costumbres tan severas, vivir en la mefítica atmósfera que envolvió desde entonces la política de nuestros partidos.

Dedicóse, pues, al desempeño de su cargo, que aun ejerce, de director del ferrocarril del Mediodía, al que su renombre le había llevado en 1869, y al cultivo de la ciencia en la Academia de Ciencias exactas, donde sus méritos le dieron ingreso en 1845.

Fué enviado al Senado por la provincia de Cáceres en 1871 y 1873, y por la Academia de Ciencias en 1881. Esta Academia le eligió después su presidente, cargo para el que ha sido reelegido sucesivamente cuantas veces se ha presentado para ello ocasión y que en la actualidad desempeña.

A la muerte del general Espartero, recayó por herencia directa en su sobrina carnal D.ª Eladia el ducado de la Victoria, al que es aneja la grandeza de España de primera clase. Por esta razón vino á parar el título más popular y vitoreado de este siglo al Sr. Montesino, que desde su juventud fué uno de los más ardientes partidarios y defensores de aquel militar ilustre.

D. Cipriano es además en la actualidad vicepresidente del Senado.

Sólo á plumas bien cortadas es dado prestar amenidad é interés á estos escritos biográficos, que, por su condición, llevan en sí la enojosa aridez de los catálogos. Si la Providencia nos hubiera otorgado tales dotes, podríamos ofrecer á nuestros lectores algún atractivo en estas líneas, dibujando, como epílogo de esta biografía, un retrato moral acabado del Sr. Montesino, cuyas bellas cualidades son el encanto de cuantos le tratan.

La perspicacia que posee, unida á sus talentos naturales y á los vastos conocimientos adquiridos, le proporcionan medios de resolver con prontitud y acierto las cuestiones sometidas á su estudio.

Corrige con dulzura, discute con inflexible lógica y aconseja con exquisita prudencia.

De trato afable y de conversación amena, escucha á cuantos le consultan, atiende á los que le solicitan, protege á los que son de ello merecedores, y es inflexible contra los transgresores del deber y de la honradez.

La modestia es la más notable de sus cualidades, y persona que tantos títulos reune y tantos otros merece, ni su nombre es manoseado por la prensa, ni el encomio de sus méritos lanzado al viento por las trompas de la publicidad.

Todos los días puede vérsele recorrer dos veces, á pie, el camino que media entre su casa y la oficina, á que asiste con asiduidad, sufriendo no pocas veces las inclemencias del tiempo. A este cotidiano ejercicio debe la integridad de su salud, que es, afortunadamente, buena, á pesar de los setenta y siete años que cuenta. ¡Dios se la conserve para el amor de sus deudos, el cariño de sus amigos y el respeto de los que viven bajo el suave yugo de su patriarcal autoridad!

M. Matóses.

LA PRUEBA DE UN ALMA.

Conclusión.

II.

Desde la mañana en que Ruiloz habló con la criada confidente de D.ª Carmen, subieron de punto sus cavilaciones. Ya sabía cuanto deseó saber; ya conocía el secreto de aquella familia, el motivo de las tristezas de Julia, y sin embargo, sus dudas eran más dolorosas que antes. Ella en nada desmereció á sus ojos, siguió pareciéndole tan digna de ser querida como antes; nada vituperable había en su conducta; amó á un hombre que la dejó por otra, ni más ni menos..... Allí la traidora, la digna de censura era Clotilde. Para Molínez no encontraba Ruiloz calificativo bastante duro: era un miserable vulgar que sintiendo inclinación hacia una mujer la dejó en cuanto supo que era pobre, dándole por rival á su misma prima, prolongando luego una situación en que la infeliz había de sufrir doblemente con mortificaciones de amor propio y..... acaso, acaso con dolorosísimos celos. Porque ¿quién podría decir si Julia no amaba á Javier? ¿En qué consistiría su tormento? ¿En la postergación sufrida, ó en el desengaño experimentado? ¿Quién era capaz de saber lo que pasaba en su alma? El haberle quitado el novio ¿sería para ella simple humillación del orgullo femenino, herida hecha en la vanidad, que escuece pero se cura, ó sería tal vez el robo de sus ilusiones y la muerte de sus esperanzas? Aquel odio hacia Clotilde que Julia no podía encubrir ¿era expresión más ó menos exagerada de desprecio y superioridad, ó era el rencor de un alma á quien se habían cerrado las puertas de la dicha? En una palabra, ¿Ju-

lia había sentido por Molínez un amor tibio y pasajero, ya extinto, ó una de esas pasiones que en la adversidad se exacerban y llenan toda la vida? Ruiloz necesitaba saberlo, pues una cosa era para él pretender á quien sólo fué requerida de amores consintiendo en ello, y otra cosa significaba aspirar á enseñorearse de un corazón que tenía dueño, tanto más adorado cuanto más imposible era poseerlo. Finalmente, Ruiloz se propuso averiguar si Julia odiaba á Clotilde tan sólo por su pasada perfidia, ó si estaba celosa de ella porque amase á Javier.

Las circunstancias le favorecieron, y él las aprovechó, empleando medios conforme á su índole soñadora y romántica, siempre propensa á recursos en que la fantasía superaba al raciocinio.

Cualquier otro hombre hubiese comenzado por galantear á Julia hasta esperanzarse con algún fundamento, y seguir después enamorándola á fuerza de sinceridad y prudencia; él comenzó á discurrir ante todo la manera de salir de dudas: lo demás, imaginaba que se haría solo.

Pronto se le presentó la ocasión de poner su imaginación al servicio de su propósito.

Á los pocos días de hablar con la criada de D.ª Carmen se acentuó el retroceso en el padecimiento de Clotilde, á quien velaban alternativamente una noche su marido con la doncella, y otra Julia con D.ª Carmen, la cual solía echarse en un sofá mientras Julia pasaba el rato leyendo y pronta al cuidado de la enferma.

Para una de estas noches concibió y dispuso Ruiloz su plan, acaso descabellado, porque suponía en el prójimo la misma vehemencia de afectos que él experimentaba; pero que, de salir bien, había de darle, á juicio suyo, plena certeza de los sentimientos de Julia.

Por la tarde el doctor tomó en su casa dos frascos, uno de cabida como para treinta gramos, y otro muy pequeño: llenólos ambos de agua clara, y, sin añadir nada al primero y mayor, vertió en el segundo una materia inofensiva, que dió al agua transparente un color amarillo tan brillante, que puesto el vidrio al trasluz, parecía contener oro líquido. Luego tapó cuidadosamente ambos frascos, y esperó á que llegase la ocasión deseada.

. . . .

. . . .

. . . .

Las habitaciones que servían de albergue á los Molínez estaban amuebladas á estilo de pueblo, y eran espaciosas como de casa vieja. Ocupaba el centro una sala grande con dos dormitorios á cada lado: uno para D.ª Carmen y Julia, otro para Clotilde y su marido. Con la vetustez y pobreza de los muebles contrastaba el aspecto moderno y la riqueza de los utensilios, ropas, neceseres y estuches de los madrileños: un saco, una manta de viaje, valían más que cuanto les había facilitado el huésped.

Clotilde, casi privada de poder acostarse, pasaba muchas horas sentada en una gran butaca, junto á un ventanón, al través de cuyos cristales, pequeños y emplomados, se descubría un hermoso y pintoresco valle. Cuando quería dormir se extendía en aquella misma butaca, y apoyada en varios almohadones, lograba conciliar el sueño. Una lámpara muy lujosa, llevada de Madrid, iluminaba el gabinete mientras Clotilde estaba desvelada, encendiéndose en su lugar, cuando quería dormir, una vela puesta en el suelo y tapada con una manta colgada entre dos sillas.

Tal era el aspecto de la estancia una noche en que doña Carmen y Julia debían velar á Clotilde.

Ruiloz procuró entretenerse un rato con D.ª Carmen, hasta que Javier se retiró á descansar; luego fué dejando decaer el interés de la conversación que sostenía con aquélla hasta verla dar cabezadas, y cuando se hubo dormido por completo, fué acercándose hacia Julia, que estaba leyendo junto á un velador, encima del cual lucía la lámpara, cuya pantalla proyectaba sobre ella toda la claridad, dejando los extremos de la habitación en sombra. Estaba vestida con un traje de lanilla gris liso y muy ceñido; la respiración pausada y tranquila imprimía á su hermoso pecho un movimiento regular, y un rizo sedoso y negro, escapado de entre las horquillas, le ocultaba parte de la frente. No parecía interesarle gran cosa la lectura: había instantes en que los ojos se le quedaban inmóviles, fijos, cual si entre ellos y el periódico se interpusiese algo indefinido y soñado que abstrajese su alma de cuanto la rodeaba, dibujándose en su rostro una sonrisa de hastío y de tristeza; pero otras veces, al menor ruido que procediese de donde estaba Clotilde, aquellos mismos ojos se animaban de pronto, como si en ellos fulgurase la llamarada de un impulso indomable. Cada vez que Clotilde respiraba fuerte ó se movía, haciendo crujir levemente sus ropas, Julia, alzando súbito la cabeza, quedábase mirándola, con las pupilas incendiadas por un relampaguear indefinible y extraño, tan extraño, que nadie hubiese podido decir si era expresión de odio ó muestra de interés. En aquellas miradas imposibles de descifrar estaba retratada su situación. ¿Qué afecto agitaría su alma? ¿La frialdad de un perdón desdeñosamente otorgado? ¿La indiferencia del desprecio? ¿Tal vez la compasión que inspira la desgracia, aun merecida, ó acaso el rencor involuntario y hondo que con ningún infortunio se apacigua?

Al llegar Ruiloz al lado de Julia, ésta dejó caer el periódico sobre el velador, disculpándose de haber seguido leyendo.

—Creí que se había usted marchado.

—¿Sin despedirme?

—Usted ya es de casa.

—¡Ojalá!

—¿Por qué?

Ruiloz, sin contestar á esta pregunta, siguió:

—Me he quedado para hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí; usted es aquí tal vez la única persona con quien se puede hablar claramente del gravísimo estado de esa pobre señora. ¿Para qué mortificar á su madre ó á su marido?

—¿Cree usted que hoy está peor?

—Sí: y quisiera hacer una prueba con ayuda de usted. Si usted no se hubiese quedado hoy á velarla, habría esperado, porque para lo que intento, no puedo fiarme de su marido, á quien la emoción quitaría serenidad, ni menos de la madre.....

—Usted dirá lo que se debe hacer.

Ruiloz miró hacia D.ª Carmen para convencerse de que seguía durmiendo, y sacando del bolsillo los dos frasquitos, el de agua clara y el de agua teñida de amarillo, dijo enseñándoselos y refiriéndose al segundo:

—Este es un medicamento de una violencia excepcional; hay que emplearlo con la mayor precaución; no hay veneno que se le iguale.

—¿Y cómo se da eso?

—Ahora lo sabrá usted. Clotilde habrá tomado esta tarde poco alimento.....

—Muy poco.

—Probablemente se despertará, y entonces le da usted dos cucharadas de lo contenido en el frasco grande. Tal vez siga tranquila, y en ese caso, nada. Pero lo casi seguro es que sobrevenga una excitación muy grande, y entonces le da usted cuatro ó seis gotas de lo del frasquito amarillo. Muchísimo cuidado: es absolutamente necesario que la excitación sea indudable y fuerte, porque si toma el segundo medicamento sin haberse producido la alteración, en situación normal..... la muerte sería cosa de horas. ¿Me ha comprendido usted bien?

—Creo que sí—repuso temblando.

—Al ponerse agitada, nerviosa, casi delirante, el frasco amarillo; y, no lo olvide usted, si esa excitación no viene, dárselo es matarla.

En vano procuró Julia detenerle. Ruiloz, aparentando la indiferencia con que suelen hablar los médicos de estas cosas, se despidió y salió, dejándola con los dos frascos sobre el velador y llena de sobresalto el alma.

Aquello era un engaño únicamente hacedero con una persona ignorante en cosas de medicina; mas la situación de Julia no dejaba por eso de ser tremenda. La casualidad, acaso la Providencia, ponía en sus manos la existencia de Clotilde. Estaba moribunda, su vida pendía de un hilo, y ese hilo ella podía cortarlo con completa irresponsabilidad..... ¿Matarla? no, no más que adelantarle un poco la hora de la muerte, y la impunidad sería absoluta, nadie había de saberlo. Con decir que sobrevino la agitación prevista por el doctor y que le dió el segundo medicamento..... Sí; aquella era la hora de la venganza, el momento de la expiación, tan fácil como nunca pudo soñarla un espíritu rencoroso. Además, ¿quién iba á sospechar de ella cuando el médico sería el primero que la pusiese á salvo? Ruiloz lo calculó todo de un modo diabólico. Las dos supuestas medicinas eran agua: ni la primera había de causar agitación, ni la segunda podía producir la muerte; pero si Julia daba la última, su intención no ofrecería duda de ningún género: habría mentido al decir que vino la excitación, y habría demostrado sólo para Ruiloz el deseo de abreviar la vida de Clotilde. En una palabra, Ruiloz iba á penetrar en el alma de Julia: si ésta procuraba la muerte de Clotilde, era señal de que seguía enamorada de Javier, ó de que sin amarle, era rencorosa hasta la perversidad é indigna de ser querida; si lo contrario, demostraría primero que su corazón era incapaz de venganza, y tal vez que su amor á Javier era sentimiento extinguido.

De esta suerte quedaron ambos al separarse, lleno de confusión el pensamiento: Ruiloz porque aquella prueba había de revelarle el temple y la índole de la mujer querida, y Julia porque á solas con su conciencia imaginaba ser juez en causa propia.

. . . .

. . . .

. . . .

¡Qué noche tan larga..... y qué ideas tan negras! Su voluntad no vaciló, la entereza de su virtud no desfalleció un instante; pero la imaginación..... á ésa ¿quién le corta las alas?

Al través de los vidrios y visillos de las ventanas se veían lucir las estrellas; turbaban el silencio los ruidos característicos del campo; ya el campanilleo de una recua, ya el rechinar de un carro, ya los graznidos de las aves rapaces que buscaban nidos entre la espesura del ramaje.

Á las tres de la madrugada la enferma pidió agua; Julia se la dió. La tentación no había hecho presa en su alma, y sin embargo todo su cuerpo temblaba, no por miedo al delito, sino sólo ante la facilidad de poder ejecutarlo.

—Te tiembla la mano—dijo Clotilde con voz débil, al tomar el vaso.

—Hace frío—repuso Julia.

Y llena de espanto pensó en cuál otro y cuán distinto sería su temblor si hubiese aceptado la idea del crimen. Clotilde, apurando el agua, miró con precaución en torno, y bajando cuanto pudo la voz, preguntó:

—¿Estamos solas?

—Sí.

Entonces, dominada por uno de esos impulsos misteriosos que hacen pensar á dos almas una misma cosa al mismo tiempo, atrajo á Julia hacia sí, diciendo con acento de súplica:

—¿Aun me guardas rencor?

—Calla y duerme—repuso aterrada, pareciéndole que evocar lo pasado era incitarla al crimen.

Á las cuatro y media, cuando empezaba á despuntar el día, Clotilde llamó otra vez. Julia, con mano firme y pulso seguro, le dió la cantidad que debía del líquido contenido en el frasco grande, y esperó..... ¿Vendría la agitación esperada y temida por el doctor?

Clotilde quedó inmóvil y adormilada, como en reposo absoluto de espíritu y de cuerpo: apenas se notaba su respiración.

Á Julia se le apagó la lámpara, y cogiéndola sin llamar á nadie, la sacó fuera para que no diese tufo, yendo á dejarla en uno de los cuartos inmediatos.

Ya era día claro. Ávida de ambiente puro, abrió un balcón que daba al huerto, y apoyada de pechos en la barandilla respiró con fuerza, larga y deleitosamente, el aire puro del amanecer. ¡Qué sol tan hermoso!..... Y en su alma ¡qué dulcísima paz!

. . . .

. . . .

Ruiloz halló á la enferma igual que la víspera. Julia le dijo que había pasado la noche sin novedad importante, y le devolvió el frasquito del líquido amarillo, diciendo con la mayor naturalidad:

—No ha hecho falta.

. . . .

Aprovechando una pasajera mejoría de Clotilde, se decidió pocos días después la vuelta á Madrid, pero sin esperanza: ella misma, convencida de su próximo fin, murmuraba tristemente al salir del pueblo:

—¡Á morir á casa!

Ruiloz les acompañó hasta la estación, donde llegaron largo rato antes de la hora de salida. El día era hermosísimo: un airecillo manso y saturado de aromas campestres movía lentamente los árboles; los andenes estaban casi vacíos; no se oían más ruidos que el rodar del ómnibus que regresaba al pueblo y el alegre piar de una bandada de gorriones, que venía revoloteando á posarse en los alambres del telégrafo. Doña Carmen y Javier estaban al lado de Clotilde, para quien se había dispuesto en la sala de descanso una butaca. Julia y Ruiloz paseaban calladamente, yendo y viniendo desde los almacenes de mercancías hasta el depósito de agua, que servía como de abrevadero á las locomotoras. De pronto, ella dando, sin saberlo, pie al médico para que dijese lo que tenía pensado, le preguntó:

—¿Estará usted aquí todavía mucho tiempo?

—No; iré á Madrid muy pronto.

Y al mismo tiempo, fijando en ella la mirada, se permitió asirla familiarmente una mano, y como quien está resuelto á no callar continuó:

—¡Por lo que usted ame más en el mundo!..... óigame usted un instante. Sé lo buena que es usted..... lo que usted merece..... lo que ha sufrido..... Le ofrezco á usted un nombre honrado, una posición independiente..... y un tesoro de cariño. ¿Quiere usted ser mi mujer?

Julia calló un momento entre absorta y halagada, sin gran sorpresa, exenta de enojo; bajó los ojos, y alzándolos luego y mirando cara á cara, repuso:

—¿Está usted seguro de lo que siente? ¿Es que me quiere usted..... ó que me compadece? Porque usted sabe algo..... No, no será amor..... es lástima.

—¿Cree usted que se casa nadie por lástima?

—¿Sabe usted que soy pobre? ¿Que no tengo absolutamente nada?

—Y me alegro con toda mi alma.

Entonces, inundado el corazón de una felicidad tanto más intensa cuanto menos prevista, le dijo:

—Debemos pensarlo mucho. Venga usted pronto á Madrid..... y hablaremos. ¿No cree usted que debemos conocernos más?

—La conozco á usted mucho más de lo que imagina.

. . . .

Pocos minutos después partieron los viajeros: D.ª Carmen y su criada cuchicheaban á un extremo del vagón; Javier iba contando un puñado de monedas de plata; Clotilde, reclinada sobre un montón de almohadones, tenía impresas en el semblante las señales de un dolor intenso.

Ruiloz quedó solo é inmóvil en el andén, al borde de la vía..... triste, atormentado de mil cavilaciones; pero luego abrió el alma á la esperanza, porque Julia permaneció asomada á la ventanilla hasta perderse el tren de vista en una curva que comenzaba junto á la salida de agujas. Después se oyeron los resoplidos lejanos del vapor, rasgó los aires un silbido y en el espacio quedó flotando una nubecilla blanca.

Jacinto Octavio Picón.

CANTARES PERCHELEROS.

I.

Piedra de molino soy
En torno de tu cariño,
Que siempre está dando vueltas
Y queda en el mismo sitio.

II.

Cuando se murió mi madre
Dos sepulturas halló;
En el cementerio una,
Y la otra en mi corazón.

III.

Ven á mi lado, y aprende,
Cómo se sufre riendo,
Cómo olvidando se muere.

IV.

Tan desgraciadita ha sido,
Que quien adoró la odiaba,
Y odiaba á quien más la quiso.

V.

Las lágrimas, siendo agua,
Suelen convertirse en sangre
Cuando las arranca un hijo
De los ojos de una madre.

Narciso Díaz de Escovar.

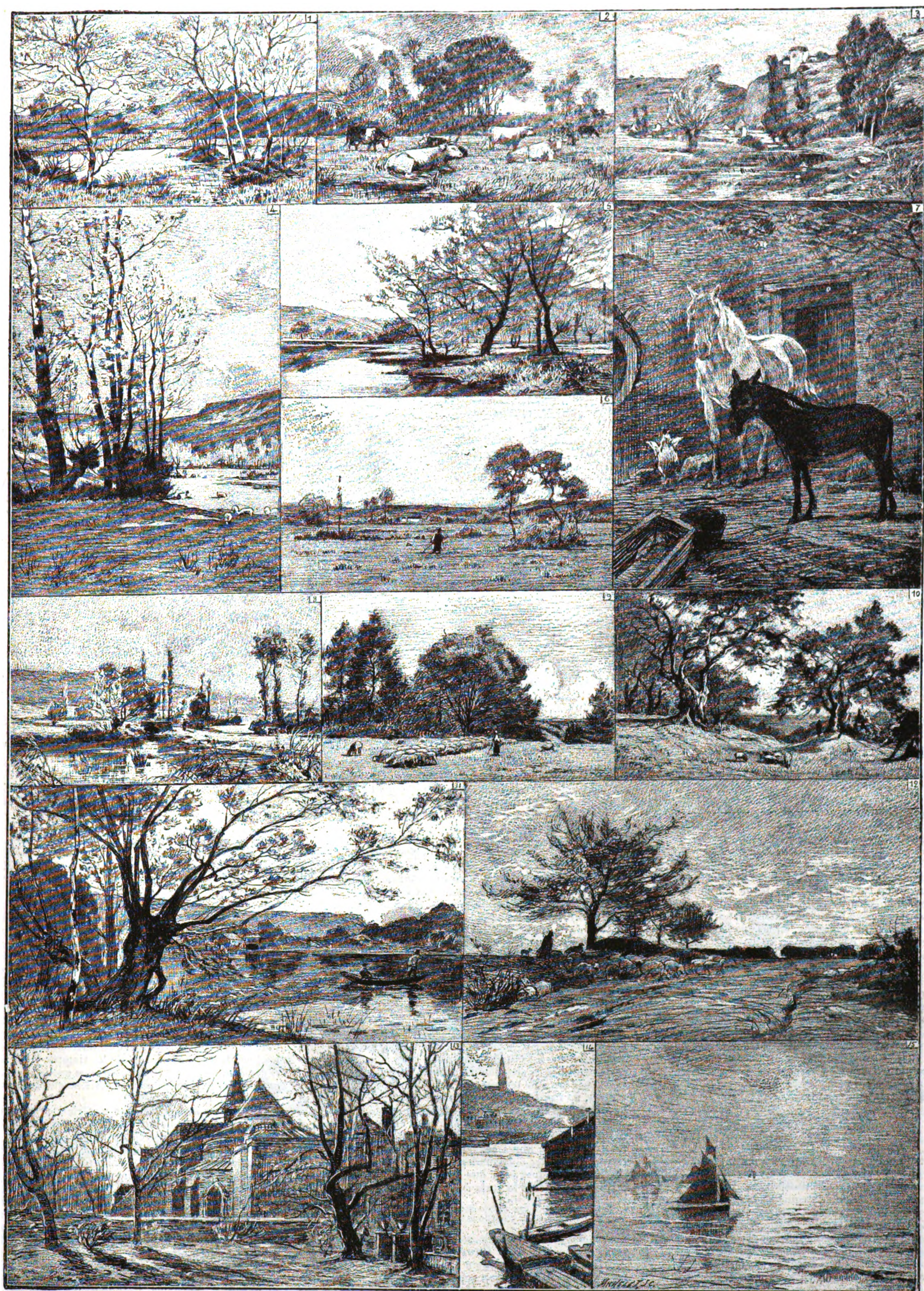


LOS TERREMOTOS EN GRECIA.—RUINAS DE LA CIUDAD DE ATALANTA.

(De fotografía.)



GRATZ (AUSTRIA).—ENTRADA DE LA GRUTA DONDE EL DR. FACHING Y SUS COMPAÑEROS QUEDARON ENCERRADOS POR LAS AGUAS.



PAISAJES Y MARINAS.—1. DE RAMBAUD.—2. DE WATELIN.—3. DE LEVIS.—4. DE BOUDOT.—5. DE RIGOLOT.
6. DE CHARLAY-POMPON.—7. DE BONNEFOY.—8. DE ISEMBART.—9. DE BOUCHÉ.—10. DE PORCHER.—11. DE PAUL LECOMTE.
12. DE BEAUVAIS.—13. DE SCHMIDT.—14. DE BAILLET.—15. DE JOUSSET.

TARDE DE MAYO.

SONETO.

Á VITAL AZA, MI ENTRAÑABLE AMIGO Y HERMANO EN HIPÓCRATES.

Del ruiseñor que canta en la arboleda
Llegan cadencias al rincón umbrío,
Y al murmullo asociándose del río
La huertana canción se extingue leda.

Brinda la soledad de la alameda
Dulce calma al penoso desvarío,
Y de las hojas el rumor sombrío
Un cantar melancólico remeda.

Nos habla, en su lenguaje peregrino,
El sonoro esquilón del monasterio
De nuestro incierto y último destino.

Y á la oración invita y al misterio
Un sol que se refleja mortecino
Sobre la cruz del triste cementerio.....

RAFAEL OCHOA.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Inglaterra: campaña de la emancipación de las señoritas: igualdad de chicas y chicos: Mrs. Crackanthorpe y lady Jeune.—Las mamás ignorantes y egoístas y las hijas sabias y sueltas.—Nuevas combatientes: Mrs. Haweis: Kathleen Cuffe, F. Harrison y A. Pearsall Smith.—Allí y aquí.—La educación militar en Alemania: los maestros; los principios: obras militares recientes.

Que las señoras de rompe y rasga, más ó menos políticas y filósofas, sostengan en algunas naciones extranjeras las teorías y la propaganda de la emancipación de la mujer, cosa es sabida y comentada, y hasta frecuentemente reída: pero que el movimiento emancipador é igualitario de las faldas se lleve adelante con entusiasmo, no por las jamonas más ó menos sueltas, por las viudas furibundas y por algunas casadas separatistas, sino por las dulces, delicadas y espirituales señoritas, dentro del hogar paterno, esto tiene tres y la bailadera, y da quince y raya á cuanto en materia de atrevimientos del día podíamos esperar. Las ligerezas y calaveradas de los jóvenes se calificaban siempre con la frase de conformidad de «¡cosas de chicos!»; pero jamás, ni lo ligero ni lo calavera se habían admitido en cuanto á la severa vida y costumbres de las muchachas, no ocurriéndosele á nadie legitimarlas con la frase semejante de «¡cosas de chicas!» Desde hoy habrá que cambiar de criterio. Las chicas quieren tener los mismos privilegios y libertades que los chicos, y correrla en grande, por calles, plazuelas, billares y cafés, en cuanto den sus lecciones en las clases. Estas chicas son las chicas de Inglaterra. Entre nosotros aun no se estilan tales humos, por hoy á lo menos.

Cuestión es esta un tanto revolucionaria y conmovedora, de gran actualidad en el país británico. Hace, en efecto, tres ó cuatro meses que empezó á sostenerse una campaña guerrera femenina en dos de las mejores revistas inglesas, acerca de si las hijas de familia deben seguir como hasta aquí sujetas á sus anticuadas, ignorantes y absolutistas mamás, ó si deben gozar de la misma libertad que los muchachos, ya que estudian las mismas letras y ciencias que ellos, y siguen las mismas carreras y necesitan moverse en el mismo ambiente intelectual y moral. El público se ha interesado mucho en esta polémica, la sigue con entusiasmo, celebra los simulacros de encarnizado combate que sostienen las escritoras, oye á las interesadas, y no hay tertulia, ni reunión pública ni doméstica, en las que la gente sesuda y ya veterana no se complazca en escuchar las polémicas de las faldas jóvenes, mantenidas con un calor, con un entusiasmo y con una verbosidad y fuerza de argumentación tan grandes como lo son la candidez, la inexperiencia y la bondad ingénita de las graciosas bachilleras femeninas. En la edad madura, en la que se sienten correr encauzados todos los ardores de la juventud por la cuenca de la corriente normal de la vida pacífica, se aquilatan y aprecian, en efecto, en su verdadero valor aquellas belicosas arrogancias, cual si estuviéramos en nuestra verdadera tierra nativa, donde conocemos y estimamos en lo que es y en lo que vale á cuanto se mueve alrededor nuestro; tierra nativa que describió Dante diciendo:

Siede la terra, dove nata fui
Su la marina dove 'l Po discende
Per aver pace co' seguaci sui.

Para la gente veterana y sesuda esos ardores y esas batallas se calmarán pronto, y ni llegará la sangre al río, ni, en resumen, las aguas de éste serán otra cosa que agua de borrajas. Pero, sea de ello lo que quiera, la polémica literaria resulta por demás interesante. Sostiene las pretensiones de la juventud femenina revolucionaria, en la revista *Nineteenth Century*, la batalladora publicista Mrs. Crackanthorpe. Según ella, las señoritas educadas en las universidades y que poseen con un título académico sendos conocimientos de griego, latín, matemáticas y filosofía, consideran que sus mamás son personajes pasados de moda, sin espíritu moderno, y aspiran á realizar una vida personal, independiente, fuera del hogar, sin reglamentación rutinaria, y á tratar con sus condiscípulos, con sus amigos, en los sitios públicos por éstos frecuentados y donde se aprende á conocer el mundo y la vida práctica, «conservando, por supuesto, la pureza del corazón, aunque la voluntad y la palabra sean libres!!!» No importa que con ello disgusten á sus madres y las den algunas desazones, porque deben saber y juzgar de todo y arriesgarse á observar y comprender lo inesperado, y no lo que está ya de antemano preparado, juzgado y resabido por sus eternos guardianes, las mamás. Hoy por hoy, su individualidad es esclava, y se necesita dejarla vivir en libertad, sin que por esto se entienda, ni aun en hipótesis, que abriguen el deseo de las cosas intrínsecamente malas, ni deseen el conocimiento de nada de cuanto está prohibido. Quieren que se las permita ir solas por el camino que emprendan, y si por casualidad tropiezan en alguna china, que no se apresure nadie á socorrerlas. Los ligeros errores que puedan cometer no merecen la pena de tomarse en cuenta. «En cambio, dice la defensora de estas doctrinas, ¡cuánto no debe sufrir una señorita á la que la naturaleza ha dado instintos de corredora, de romántica y de bohemia, cuando se ve contrariada, reprimida y tiranizada por su familia!» «Verdad es, añade, que estas niñas son inconsideradas, desagradables, ingratas, egoístas, insensibles é indiferentes á las torturas que sufren bajo el despotismo materno, pero no importa. Ellas tienen su plan y sus propósitos, y es preciso que vivan á su gusto. Los padres son generosos, verdaderos mangasrotas con sus hijos varones, y es natural que las hijas reclamen una parte de esas dádivas para que puedan estudiar experimentalmente la vida.» «Las mamás, dice Mrs. Crackanthorpe, son horrorosamente estúpidas, y no se cuidan de estudiar á sus hijas, ni de ser sus verdaderas amigas. No se sacrifican lo bastante por ellas!!!» Y sobre todo, «eso de convertir el anillo nupcial en la única autoridad todopoderosa á la que obedecen ciegamente, sin preocuparse para nada del ideal que las hijas acaricien, de las tendencias de su corazón y de la llama purísima que llevan al altar, para que se apague en él, esto es horroroso por todo extremo!»

⁂

En defensa de las madres contesta en otra revista, en la *Fortnightly Review*, otra escritora de gran talento, lady Jeune, esgrimiendo sus razonamientos contra las acusaciones que se hacen á la «corporación maternal, por esa legión de la juventud ignorante, que no tiene sentido, ni conocimiento de lo que es la vida». Cree que la cruzada emancipadora es una fase pasajera de las exageraciones propias de nuestros desquiciados tiempos, y que la nueva educación que las señoritas reciben al acudir á las universidades no resultará al fin tan subversiva, ni tan perniciosa como parece. Siempre ha habido hijas que no se han llevado bien con sus madres, y siempre ha habido madres exageradas que han tratado con ridícula autoridad á sus hijas. Esto no es nuevo, ni dejará de suceder en adelante. ¿Cuándo ha dejado de haber niñas nerviosas, histéricas, capaces de cargar y corromper al mismo Job? Verdad es que cada día hay mayores motivos para que el saludable equilibrio de los nervios y del espíritu se perturbe; pero es cierto también que cada día encuentran las jóvenes, en los elementos de la educación y del trabajo, mayores recursos para poder atender á sus aspiraciones y á sus necesidades. Compárense estos recursos con aquellos de que podían disponer hace treinta ó cuarenta años. «Hoy, añade lady Jeune, la vida del hogar es mucho más feliz, más placentera, más libre en realidad, que lo que era antes, y nuestras hijas disfrutan de una existencia más dignamente ocupada y más beneficiosa para sus intereses. El espíritu amante y previsor de las madres encuentra más necesario que en otros tiempos la prohibición de ciertas libertades. Sería desastroso el que se suprimieran ciertas barreras. Siempre habrá en el hogar asuntos y materias en los cuales la experiencia maternal se encontrará en oposición con los deseos de las hijas, y en las que no cabe ser indulgentes; pero todos ellos, por lo mismo, son de tal naturaleza é importancia, que ni deben discutirse, ni ser motivo de disgusto.»

Hasta los diez y seis años, poco más ó menos, la madre y la hija se confunden en un mismo cariño. Después, cuando ésta se siente ya persona, aspira á huir los derechos de la personalidad, y no ve en aquélla el ser íntimamente confundido con ella, que ha visto siempre. La generalidad de las madres, las que por naturaleza son sensatas, tienen abnegación suficiente para resignarse á conceder á la nueva ciudadana de la casa los derechos de la más cariñosa beligerancia. Cuanto más pronto la hija alardea de mujer, más larga es la relativa juventud de que la madre disfruta; y si ambas son de buen componer, más duradera resulta su vida de amigas. En cuanto á que los padres se preocupen tanto de colocar bien á sus hijas, este es un deber tan elemental que se respetará y durará siempre, mientras el mundo no se vuelva patas arriba. Hay casos violentos en que se sacrifica á las hijas; pero esto no hace ley, porque es lo excepcional. «En pocas naciones como en Inglaterra y Norte América, dice lady Jeune, disfrutan las muchachas de mayor libertad en la elección de marido. Mientras existan los poderosos lazos de ternura que, en general, unen á madres é hijas, no hay miedo de que la paz doméstica se turbe, ni se realice una revolución en las costumbres de las familias, porque las madres prohiban á sus hijas el andar sueltas, el hombrearse con los estudiantes, el asistir á los cafés cantantes y el leer libros asquerosos.» Así razona en la *Fortnightly* su ilustre colaboradora.

No hay para qué decir que Mrs. Crackanthorpe ha vuelto á la carga con toda la furia del caso,

Y que piensa morir en la brecha
Defendiendo la Constitución.

Y no pelea sola. A su lado sostiene los derechos de las futuras marimachos Mrs. Haweis, que manifiesta, en estilo satírico, que las hijas sienten muchos celos cuando sus mamás siguen viviendo bien conservadas y bonitas; que muchas madres, en cambio, viven esclavas de sus hijas; que unas y otras se aburren soberanamente dentro de la familia, y que no hay más remedio que enseñarlas á ganar el pan y separarlas. «*Equípese* bien á las chicas para el viaje, que estudien fisiología y biología, y que sepan dar razón de todo lo que ven y de todo lo que hablan. Ya no vale nada el antiguo antídoto ó preservativo religioso; ahora hay que prepararlas con el científico» (!!!!). ¿Y qué harán las madres sin sus hijas? Pues que empiecen una vida nueva, no para crear una segunda familia, sino para responder á instintos y gustos tal vez sacrificados de antiguo, responde Mrs. Haweis. «Venid, venid, les dirán los libros, las artes, las flores, las obras útiles; venid y ocupaos de nosotros; nosotros somos tan hijos de vuestro espíritu, como los otros lo eran de vuestro cuerpo.»

Otra combatiente, lady Kathleen Cuffe, dice que basta por ahora dejarlas que anden solas por la calle, sin obligarlas nunca á que se pongan de tiros largos para ir de tiendas ó de visitas. Otra, en fin, miss A. W. Pearsall Smith, exclama: «Cada una de nosotras constituye una parte de la sociedad que nos rodea, de la nación á que pertenecemos, del mundo en que vivimos. Preciso es enseñar á la mujer la solidaridad humana, haciéndola comprender que si un miembro padece, todos los demás sufren con él, y que ninguna mujer puede perfeccionarse y sacar el mejor partido posible de sus facultades sin producir *ipso facto* un beneficio positivo á su familia, á sus amigas, á sus amigos y al mundo entero.»

En pro de la campaña de lady Jeune ha escrito á su vez Mrs. Frederic Harrison, asegurando que las inglesas educadas á la moderna son arrogantes, animosas y francas, pero no amables, y que pierden toda su gracia ante su empaque y fatuo deseo de que se las considere demasiado por todo el mundo. Este excesivo amor propio, hijo de la vanidad que da una estrambótica cultura, las hace egoístas, orgullosas y ásperas. Acostumbradas por sus consejeros y preceptores á preocuparse exclusivamente del desenvolvimiento del yo, del culto exagerado de su individualidad, son insufribles. Lo primero que debe exigirse de la educación es que haga simpáticas á las personas; no que resulten repulsivas. La educación femenina puramente científica seca todos los gérmenes de la simpatía hacia los demás, arraiga el egoísmo y convierte á la mujer en un polizonte pedagogo, encargado, porque sí, de ver si se cumplen y de explicar cómo se cumplen las leyes de la naturaleza, sin amor ni afecto á nadie, sin fe y sin otro fin que el de darse lustre ante sus semejantes *¡los demás hombres!* Vive al día, bien puesta, y con la cartera llena de apuntes y su cerebro de quimeras biológicas y sociológicas; nada la importa el mañana, y mucho menos la memoria de los primeros años y de sus primeras amigas y relaciones, siendo para ella letra muerta aquel dulce placer de los recuerdos, del que todos los demás gustamos, y que alabó elocuentemente una hermosa mujer de otros tiempos, muy entendida, aunque nada científica, diciendo: «*Narrare la vita degli amici è rivivere la propia gioventù.*»

Mientras siguen discutiendo Mrs. Crackanthorpe y lady Jeune, con gran regocijo del pueblo inglés culto, satisfáganos la contemplación de las costumbres de nuestra sociedad alta, media y baja (perdidos y chulos bajos, medios y altos aparte), en la que aún no hay muchachas que quieran igualarse á los chicos en eso de andar sueltas por paseos, cafés, timbas y tugurios, y en la que los chicos jamás admitirían como prometida ó novia, para unirse con ella dignamente, á ninguna de las que anduvieran por el mundo con tamaña soltura, por muchos diplomas, títulos y borlas que tuviera. Puede ser que allá por el Norte lo frío del clima y de la sangre, y lo positivamente feo y angosto de las caras y de las formas, quiten todo peligro á las correrías femeninas; pero aquí, ¡Dios nos valga, si á la ingénita hermosura y á la ardiente naturaleza las dejan sueltas en medio de esta tierra de Tenorios!

⁂

No se impondrán, seguramente, tales tendencias educativas en Inglaterra ni en los Estados Unidos para la gente femenina: pero tampoco volverán los tiempos de la educación clásica y pacífica para los muchachos en Alemania. Espanta el considerar qué desarrollo ha adquirido en el espíritu de este Imperio la educación militar. Porque á las armas debe su grandeza, toda la juventud no piensa allí más que en los ídolos de la guerra. Los escritores militares son los verdaderos y únicos apóstoles. No hay para los alemanes libro ni monumento moderno más grandioso que el titulado *La nación armada*, que escribió hace diez años el general Von der Goltz, y que se considera hoy como el gran evangelio maquiavélico de aquella nación. El ejército es el gran elemento educador de los pueblos, y la guerra la escuela más saludable. Así viene pensando toda la generación alemana desde hace treinta ó cuarenta años. El feld-mariscal Blumenthal decía, durante las campañas de 1866 y 1870: «La guerra es una necesidad imprescindible para el género humano. De treinta en treinta años, por ejemplo, sienten los pueblos la necesidad de una de esas carnicerías que exterminan millares de hombres, que derriban todos los obstáculos levantados por la rutina de los tiempos y *que restablecen el equilibrio que es indispensable para que la sociedad se desarrolle y progrese.*» ¡Y aun se sostiene que hemos llegado á la época de la civilización!

Otro doctor insigne en esas materias, preceptor respetadísimo entre los belicosos germanos, sostenedor de la saludable influencia del ejército y de las excelencias incomparables de la guerra, fué Moltke, en cuyos siete libros, que chorrean sangre y que se llaman *Gesammelte Schriften und Denkwürdigkeiten*, se inspira con entusiasmo la juventud alemana.

Con el ejemplo de estos dos maestros, Von der Goltz y Moltke, se ha desarrollado de un modo increíble la cría belicosa de aquella tierra. No hay que hablar de los trabajos histórico-guerreros que viene publicando el Estado Mayor. A su admirable obra sobre la guerra de 1870 han seguido otras acerca de la guerra de Silesia: *Die Kriege Friedrich's des Grossen. Der erste schlesische Krieg*, que son un portento de trabajo y de ciencia. Extraordinaria fama ha adquirido el mayor Kunz con su colección monográfica de las batallas de la campaña franco-alemana, que se titula: *Einzeldarstellungen von Schlachten aus dem Kriege Deutschlands gegen die französische Republik*; el barón Verdy du Vernois, antiguo ministro de la Guerra, ha publicado grandes trabajos acerca de la táctica en dicha campaña, y el capitán Fritz Hœnig acaba de dar á conocer sus profundos estudios mili-

tares con un nuevo libro, de extraordinario mérito, acerca de la campaña de los alemanes en el Loira, *Der Volkskriegan der Loire, im Herbst 1870*, que ha llamado sobremanera la atención en aquel Imperio, en Francia, en Austria-Hungría y en Inglaterra. Esto es lo que priva allí, el militarismo exagerado, sin otro derecho que el de la fuerza, ni otro dios que el sable, ni otra salvación que la guerra.

De modo que si al fin la guerra, admitida como una necesidad periódica, se impone como suprema é ineludible ley, y los hombres se van exterminando poco á poco, razón tienen las mujeres inglesas y yankees en querer vivir como hombres para ocupar las plazas vacantes y cuidar de la civilización y del gobierno y de la asistencia pública, mientras los discípulos de Blumenthal afilan sus armas, cargan sus cartuchos y se ocupan sólo del exterminio.

R. Becerro de Bengoa.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Situación de las carreteras de España en 1.º de *Enero de 1894*.

El Sr. Quiroga Ballesteros, director general de Obras Públicas, ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar de este notable trabajo estadístico, muy útil para conocer el estado actual de nuestra red de carreteras, tan atrasada aún en su construcción.

Indicador de Correos. (Guía para el público.) Conteniendo las disposiciones, organización y forma en que se efectúa el servicio, etc., etc., por D. Eduardo Albadalejo.

Este librito es sumamente útil, principalmente para las personas á quienes sus negocios obligan á llevar numerosa correspondencia. Hemos recibido el tomo correspondiente á 1894. Véndese al precio de una peseta en casa del autor, Desengaño, 9 á 13, y en las principales librerías de Madrid y provincias.

El Arte en la Edad Media. Un volumen en 4.º de 88 páginas, con 27 grabados, reproducción de monumentos, estatuas, pinturas, etc.: una peseta en rústica, 1,50 en tela. *La España Editorial*, Cruzada, 4.

Con este volumen, que es el II de la colección, continúa *La España Editorial* la publicación de su *Biblioteca popular del arte*, que tan bien recibida ha sido por los aficionados y artistas y por el público en general.

Este tomo abraza desde los orígenes del arte cristiano hasta los comienzos del Renacimiento, y estudia con la sobriedad propia de un libro de vulgarización y de condiciones tan fabulosamente económicas como son éstos, todas las manifestaciones del arte en la Edad Media; el arte bizantino, el arte árabe, el arte románico, el arte gótico y el arte italiano en los siglos XIII y XIV.

Las aventuras del Vicario de Wakefield, por Oliverio Goldsmith.

Edición americana ilustrada, traducida directamente del inglés al español con notas y un estudio crítico-biográfico.

La casa Appleton y Compañía, de Nueva York, acaba de publicar una versión española de esta nueva obra, muy leída en los últimos años del siglo pasado y los que van de éste, y famosa en todo el mundo. Está escrita en buen castellano y muy bien impresa, y contiene excelentes grabados.—G. R.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á La Ilustración Española y Americana y á La Moda Elegante, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

El Administrador.

LOS DOS ZAPATEROS.

He aquí la razón por la cual perdí una vez una expedición que había deseado mucho. Lo tenía ya todo arreglado, y habíamos de salir por el tren al día siguiente por la mañana; sólo faltaba un encargo por hacer, y éste era ir á casa del zapatero por mis botas nuevas, que me había prometido tener listas, sin falta, aquella tarde á las cinco. Acudí presuroso á su tienda á buena hora, y ¡válgame Dios!, ni estaban listas ni cosa que se le pareciese. Se hallaban sobre un banquillo, á medio acabar, y el zapatero estaba enfermo y rabiando de dolor, en el cuarto interior donde vivía. Tres días hacía que se hallaba en aquel estado. Le sermoneé porque no me había mandado recado alguno, y me dijo que no había tenido nadie á quien mandar, etc. Era ya muy tarde para comprar botas en otra parte, y disgustado y de mal humor abandoné mi viaje. Estaba yo loco de rabia, aunque la mayor parte de las veces ese enfado es una locura. Porque el pobre hombre se hallaba atacado de una enfermedad que es común á todos, y muy especialmente á aquellos que ejercen una ocupación sedentaria.

Véase otro ejemplo. En una carta fechada en Herrera de Pisuerga, provincia de Palencia, en 22 de Agosto de 1893, dicen: «Había venido sufriendo de una enfermedad de estómago por espacio de tres años; tenía muy malas digestiones, arrojaba con frecuencia, y casi siempre me veía molestado por los ataques de bilis. Durante el curso de mi enfermedad había tenido tres graves ataques de cólico, y había sufrido siempre de irritación de estómago. Ni aun las verduras ni la leche me sentaban bien, y hasta tuve que suspender el vino. Me volví taciturno, perdí toda mi fuerza, y abandoné toda esperanza de curación. Estaba ya cansado de tomar purgas y bicarbonato de soda.

»Aconsejáronme, finalmente, que probase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y me fuí al boticario Sr. Macho, que también me lo recomendó. Tomé en un principio el Jarabe con poca ó ninguna fe: pero como experimenté rápido alivio, recobré la esperanza y me sentí más animado. Cesaron los vómitos, así como los dolores, y muy pronto me vi en disposición de digerir toda clase de alimentos; no mucho después volví á tomar vino, y me restituí á mi vida ordinaria; y ahora le participo á usted con la mayor satisfacción que tengo restablecida por completo la salud, gracias al Jarabe Seigel. Por consiguiente, escribo á usted con el mayor placer esta carta para asegurarle de mi gratitud, y le autorizo á que la publique, si usted lo cree conveniente. De usted S. S. (Firmado): FRANCISCO VILLASANA».

Añadiremos que el Sr. Villasana es maestro zapatero de profesión, y que, aunque él no habla de la pérdida de tiempo que le causó su enfermedad, podemos nosotros imaginar cuál fuera ésta bien fácilmente. Como hemos manifestado ya, todas las ocupaciones sedentarias tienen una tendencia especial á producir la enfermedad de que él sufrió (indigestión y dispepsia). La posición encogida en que el zapatero habitualmente trabaja, la falta de ejercicio general y la monotonía de su vida, todo conduce á producir la torpeza de los órganos digestivos. El hígado, así inactivo, permite entonces la permanencia de la bilis en la sangre, causando el estado bilioso, el cólico y el envenenamiento total del sistema, y obrando con mortal poder sobre el cerebro y los nervios. Y no hay una enfermedad tan peligrosa como ésta, por la razón de que casi todas las demás son resultados y síntomas de ella.

Por ella pierde el cuerpo su fuerza (puesto que no puede recibir alimento), y las purgas no producen el efecto apetecido, porque no hacen más que remover de los intestinos algunas de las sustancias pasadas, sin comunicar al estómago la menor facultad de digerir los alimentos. Pero el Jarabe Curativo de la Madre Seigel obra sobre la enfermedad misma, purificando la sangre coagulada y perezosa, abriendo los poros de la piel, haciendo funcionar los riñones y las glándulas gastrales, y liberando al cuerpo del peso de mortales gérmenes y de ácidos.

La inmensa mayoría de nosotros trabajamos para ganarnos el pan de cada día, y cualquier cosa que nos impida esto, es un enemigo mortal nuestro y de todos aquellos que dependan de nosotros; así como todo aquel que nos conserve en salud y en aptitud para trabajar es nuestro mejor amigo. No necesitamos decir á quién considera ahora el Sr. Villasana su mejor amigo: él nos lo dijo, y todos aquellos que lean esta su corta narración sabrán adónde volver los ojos para el remedio en semejantes circunstancias.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID. — Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 15 de Junio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO,

INSIGNE PINTOR ESPAÑOL, DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.

Nació en Roma, el 12 de Febrero de 1815; † en Madrid, el 10 del actual.

(De fotografía de D. M. Huerta.)

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica general, por D. José Fernández Bremón. — Nuestros grabados, por D. G. Reparaz. — Don Federico de Madrazo, por D. Jacinto Octavio Picón. — Los soldados de la guerra de la Independencia, por el general D. José Gómez de Arteche. — Decepciones, por D. A. Sánchez Pérez. — Una crónica de Roma, por el Excmo. Sr. Conde de Coello. — La ola, poesía, por D. Antonio Grilo. — Mundanas, por D. Alfonso Pérez Nieva. — Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa. — Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores. — Sueltos. — Importante. — Anuncios.

GRABADOS. — Retratos del Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo. — Roma: Centenario del nacimiento de Pío IX. Solemne misa de *requiem*, celebrada en la capilla Pontificia de la iglesia de San Lorenzo el 30 de Mayo último. — París: La nueva basílica del Sagrado Corazón. El altar mayor. — Bellas Artes. Cuarta Exposición bienal de Madrid. *Sobre el campo de batalla*, cuadro de D. Vicente Cutanda. — *Horas felices*, cuadro de D. Angel Andrade. — *Mirador de la quinta del autor*, cuadro de D. F. Masriera. — *El globo en el convento*, cuadro de D. Eugenio Oliva. — *Salon* de los Campos Elíseos de París en 1894: *Orfeo llorando la pérdida de Eurídice*, cuadro de E. Thirion. — *Un almacén de flores artificiales*, cuadro de V. Gilbert. — Retrato de D. Marcos Jiménez de la Espada. — Tolosa (Guipúzcoa): *Meeting* celebrado por iniciativa de la Liga Nacional de productores contra los tratados de comercio en proyecto. Aspecto del frontón de Beotibar al comenzar el *meeting*.

CRÓNICA GENERAL.

La muerte inesperada del sultán de Marruecos Muley Hassán se transmitió al público de Madrid el último lunes por un extraordinario de *La Epoca*, causando dos impresiones profundas: sorpresa é inquietud. Aquel acontecimiento imprevisto daba y dará á España motivo para graves preocupaciones, por el interés directo que tenemos en el cumplimiento de los tratados con aquel Imperio, y especialmente del firmado últimamente con el difunto Sultán. El interés general de Europa no es tan inmediato, aunque reconocemos su importancia: para todas las potencias marítimas tiene gravedad la libre navegación por el Estrecho; unas, las mediterráneas, porque sin esa libertad quedarían encerradas en un mar interior, como Crimea en el mar Negro; otras, como Inglaterra, por ser para ellas cuestión de vida ó muerte sus comunicaciones con Oriente, y por la índole, en medio de su pasmosa y momentánea fortaleza, artificial y transitoria de su Imperio; todas, porque la posesión del baluarte natural que forma el continente africano en su proximidad á la Península, y la indefensión marítima de Marruecos, ponen á merced de cualquier nación europea sus puertos, y cualquier mudanza en el Gobierno marroquí excita la codicia de los que se juzgan con el mejor derecho á ellos, es decir, el de la fuerza ó la superioridad que en ciertos instantes críticos logra la astucia, y por el riesgo que correría la paz de Europa si alguien se atreviera á intentar alguna usurpación. Por último, la nación francesa, que invoca sus derechos de vecina por tierra para intervenir en los asuntos marroquíes, si bien no puede alegar el de única vecina, como dice ligeramente un periódico francés, mientras tenga España tierras y plazas africanas; pero como el derecho de vecindad concluye en los límites de la propia frontera, no vale disputar sobre esto, pues es un derecho tan precario, que más bien puede considerarse como una carga en tiempos de peligro. Inglaterra acaso debe su prosperidad actual á la falta de vecinos. Compréndense, pues, los recelos y reservas con que se recibiría la noticia en toda Europa de un cambio de soberano en un país donde no hay un orden de sucesión bien definido, y en las circunstancias creadas por las felices negociaciones con que se terminó el conflicto de Melilla.

Muley Hassán reinó en mal tiempo para dejar un nombre ilustre en la historia: harto hizo con sortear las ambiciones internas y externas que amenazaban su autoridad y sus Estados, castigando y sometiendo rebeldes, y transigiendo con las exigencias, no siempre justas, de las naciones que tenían pleitos y agravios con sus inquietos súbditos. Su tarea no ha sido fácil: someter tribus, cobrar impuestos á viva fuerza, cortar cabezas indómitas é imponerse á los de dentro; pagar indemnizaciones, saludar banderas cristianas y oponer hábilmente los intereses de los representantes extranjeros, y contentar por turno á la diplomacia de los países que se disputaban la influencia de sus consejos. No es tarea gloriosa, pero sí difícil, y que necesita acaso más fuerza de carácter y claridad de entendimiento que altas empresas en que interviene por factor principalmente la fortuna. Muley Hassán ha tenido el tacto de suavizar con su templanza el rudo choque de una civilización fuerte, orgullosa y refinada, con la fanática y supersticiosa de un pueblo de sectarios que aun vive en la Edad Media. Ha sabido prolongar el anacronismo, como los ingleses llaman á ese estado social que no consume carbón de piedra ni compra acorazados. No sabemos si España pierde con él un amigo sincero, pero sí una garantía de buenas relaciones, y la que presta una política basada en la prudencia.

Sin ser un joven, se hallaba en la edad más apta para el gobierno, en esa en que el entendimiento llega á su madurez y es guiado por la luz de la experiencia, que le hace evitar los riesgos de las innovaciones azarosas, y desengaña al hombre de las preocupaciones y sistemas viejos. Edad inapreciable para regir pueblos que sólo pueden vivir á fuerza de equilibrios. Su fallecimiento ha venido á trastornar ó poner en duda esa compensación de fuerzas é intereses en que descansaba el *statu quo* de la cuestión de Occidente, más grave y ocasionada á rompimientos, según los políticos experimentados, que la de Oriente: cuestión que conviene dilatar todo lo posible hasta ver si el tiempo la despoja de su carácter pernicioso. Ha sido una gran pérdida para todos la muerte de Muley Hassán, y, por el momento en que ha ocurrido, una gran contrariedad para nosotros, reconocida por toda Europa.

¿Ha muerto envenenado? Esa es la opinión vulgar de siempre cuando mueren los grandes personajes en ocasión inesperada, como si la muerte guardase reglas y medida para herir. No creemos esa leyenda desacreditada, pues no se mata violentamente á un monarca para sucederle, dejándole oportunidad y tiempo y los elementos para disponer de su herencia en favor de otro que por su edad juvenil ha de imposibilitar la sucesión al asesino. Se mata para caer sobre el trono ganando tiempo y producir la confusión en los allegados de la víctima. Podrá la muerte de Muley Hassán producir trastornos, conflictos, guerras y luchas para sucederle, entre los que se consideren con derechos y fuerzas para reinar en Marruecos; pero no parece obra de los descontentos la que ha permitido al elemento oficial del reinado que acaba de terminar la preparación suficiente para que haya sido proclamado sucesor el hijo favorito del Sultán difunto y de la sultana Habasia, Muley Abd-el-Azis, sea cual fuere el resultado posterior.

La prensa europea ha comentado con diverso criterio las consecuencias de esta calamidad pública, y los periódicos ingleses han sido los que más ambición y menos prudencia han manifestado; pero en cambio en ellos leemos el consejo acertado de que nunca mejor que en este caso conviene á las naciones interesadas más prudencia, serenidad y sentido común, para evitar un conflicto sangriento y de los más dudosos. Por todas partes se nos reconoce como los más interesados en la solución prudente de este problema internacional; y en el disgusto general que en España ha producido el fallecimiento del Sultán, en la circunstancia crítica de estar para vencer, ó haber vencido, que la fecha de la muerte no es aún segura, el primer plazo de la indemnización pactada, y sin cumplir los demás artículos, se ve la importancia de lo conseguido, en aquel pacto, de la prudencia del Sultán por las negociaciones de nuestro Gobierno. Si la suerte opone obstáculos que la previsión del hombre no puede alcanzar, no es culpa de nadie; pero lo sería de los que tal hicieran posponer en estas circunstancias difíciles el interés público y nacional á cualquier otro propósito, debilitando y desprestigiando á los que tienen ó tengan la representación sagrada de la patria.

°°°

El domingo 10 del corriente, á las once y cuarto de la noche, falleció en Madrid, á los setenta y nueve años de edad, el Excmo. Sr. D. Federico Madrazo y Kunt, nacido en Roma en 1815, bautizado en la iglesia de San Pedro, y apadrinado por el príncipe Federico de Sajonia. Pintor ilustre, hijo del pintor de cámara D. José, padre de otros dos artistas de gran mérito, era considerado como el maestro de una generación de pintores. La edad juvenil en que hizo su primera obra, y la avanzada en que acabó su gloriosa carrera, dan al período de su vida artística una extensión de sesenta y cinco años, que pocos han conseguido. Á la influencia de su mérito y prestigio, unía ya la del decanato por edad, y de una intervención tradicional en todos los asuntos artísticos de importancia que se resolvían en Madrid; ya como director de la Academia de Bellas Artes y del Museo Nacional de Pintura y Escultura, ya como presidente oficial ó electivo de Exposiciones y Jurados, ó como consultor y perito de los centros y particulares que acudían á su dictamen en asuntos difíciles. Á vida tan larga y laboriosa corresponde una biografía muy extensa, que no consiente sección tan limitada; es además tan conocida su historia, consta en tantos documentos, que ya sólo falta una pluma inteligente que coordine aquellos esparcidos materiales. Bástenos recordar que durante una larguísima época fué D. Federico Madrazo el pintor preferido para los retratos de las personas más ilustres, y que sus composiciones históricas le valieron premios y honores en su juventud, figurando sus cuadros en los Museos de Versalles, Madrid, y en los palacios Reales y de la grandeza. La edad no pudo quitar su elegancia á su figura distinguida, que debió ser esbeltísima é interesante en su juventud; era proverbial su cortesanía, y acerada su frase, y firme y perseverante en los propósitos su carácter. Había vivido siempre entre una atmósfera artística, aun en tiempos en que necesitaba crearla para gozar de sus encantos, y hasta por enlace de su hija Cecilia fué padre político de Fortuny. Fué uno de los padres del renacimiento pictórico de este siglo, y no sin grandes luchas y contradicciones naturales en el ejercicio de las artes é intervención en el profesorado, oposiciones, premios, y cuanto más personal y dado á quejas hay en ellas; y, sin embargo, al morir, todos rindieron tributo á sus grandes cualidades y servicios al arte. Su cadáver fué expuesto en la rotonda del Museo, con el humilde hábito de San Francisco, rodeado de blandones con cirios encendidos, negras colgaduras y magníficas coronas; en la cabecera una Virgen de Murillo, y en lo más alto, el prodigioso Cristo de Velázquez; socios del Círculo de Bellas Artes y discípulos de la Academia bajaron en hombros su ataúd; el Ministro de Fomento, el Sr. Cánovas del Castillo, el general Riva Palacio, D. Raimundo y D. Ricardo de Madrazo formaron el duelo, y una larga comitiva formada en su mayoría de personas ilustres rindieron al artista el último tributo, acompañando su cuerpo al cementerio de la Sacramental de San Isidro.

°°°

Nos hemos impuesto el deber, hace muchos años, de no intervenir en las rivalidades políticas de España, sino referir ligeramente lo más curioso, importante ó trascendental de lo que se refiere á la política. Lo que ocurre en el Senado español es un caso extraño: sabido es que el Tratado con Alemania no se puede discutir, porque la Comisión que ha dar dictamen no lo hace, ni puede hacerlo, por no haber mayoría y decidir el empate un senador hostil al Tratado, aunque haya estado afiliado al partido que hoy gobierna. Claro es que se da por pretexto para demorar la discusión la conveniencia de informarse muy detenidamente por medio de consultas; pero, en rigor, todo el mundo sabe que los tres ministeriales de la comisión le apoyan, y los tres conservadores le combaten; de manera que lo que en aquéllos y éstos es disciplina de partido ó acto natural de ministerialismo y oposición, en el Sr. Chávarri es, respetando su derecho y sus convicciones, un caso de obstrucción parlamentaria ejecutado por un solo individuo. Esta situación anormal, en que el Gobierno ha sido tachado de débil por algunos, ha concluído por determinar al Sr. Ministro de Estado á un acto de dignidad y de energía: la de definir elocuentemente su situación en estos términos: ¿Cree el Senado que es conveniente la prolongación indefinida de esta actitud de la Comisión? Pues debo retirarme. ¿No lo cree? Pues debo pedirle que lo evite. Ahora bien: ¿en qué términos ha de resolverse el conflicto parlamentario? Lo ignoramos. No conocemos bien el Tratado que se combate y se defiende; hemos preguntado sus ventajas é inconvenientes á algunos que le son favorables y hostiles, y creemos que lo son como aquellos caballeros que se batían por el Tasso y Ariosto sin haber leído á ninguno de los dos. Pero este es el caballo de batalla en estos días, cuando el conflicto de Marruecos está reclamando á voces la unión de todos los españoles de buena voluntad.

°°°

Que nuestro amigo y colaborador el Excmo. Sr. D. Luis Vidart es persona simpática, lo demostraron la lucida concurrencia que asistió á su recepción solemne de académico de la Historia y los aplausos con que aprobó su discurso. Versó éste acerca de la utilidad de las monografías para el cabal conocimiento de la Historia de España, título que se anuncia en la portada, contra lo acostumbrado en esta clase de trabajos, que sólo tienen el título genérico de discursos, por lo cual el público ignora que se han estudiado muchas cuestiones importantes. Tiene la novedad el folleto de haberse inaugurado en él la serie de necrologías, en adelante obligatorias para todo recipiendario, del académico á quien sustituyen, y al Sr. Vidart le ha correspondido la necrología del Excmo. Sr. D. Vicente Vázquez Queipo. El Sr. Vidart ha desarrollado su tema con lucimiento, como pensador á quien estudios filosóficos habían preparado á generalizar y abarcar en su conjunto la aspiración de la verdadera y aun no establecida ciencia de la Historia: si ésta tiene que estar basada en lo concreto para deducir leyes ciertas, preciso es que establezcan toda clase de hechos é iluminen el pasado, cada cual adonde su vista alcance, los especialistas con sus monografías, que han de ser los ladrillos con que se construya la historia futura, más verdadera, por más completa, que la antigua.

No hemos de extractar ese discurso erudito, ilustrado con citas de los pensadores más famosos que han escrito acerca de lo que debe ser la Historia, álbum de opiniones bien elegido, y que dan variedad á ese trabajo y suponen gran lectura; ni escudriñar la evolución del pensamiento del Sr. Vidart hacia la ortodoxia, de que le apartaron sus ideales filosóficos, y á que le inclina en parte el sentimiento, y en parte la reflexión y la experiencia, y palpita en su discurso. El Sr. Fernández Duro, que en nombre de la Academia contestó al Sr. Vidart, hizo una crítica juiciosa y amena, mezclando con ingenio la gravedad con el gracejo, del carácter é importancia de la obra literaria del Sr. Vidart, presentándola en todos sus aspectos y demostrando el derecho y títulos con que ha ingresado en la Corporación. No olvidó ni su antipatía hacia la fiesta de toros, odio que acaso le lleve á negar, contradiciéndose, la utilidad de las monografías acerca del toreo para el cabal conocimiento de la Historia de España. Cuéntase, y creemos que dicen la verdad, que una señora que concurrió al acto académico, al oir los aplausos que dieron al Sr. Fernández Duro por una oportuna cita de Jovellanos contra los toros, dijo levantándose:

—Niña, ya no podemos detenernos; la corrida va á empezar.

Fué el único acto de oposición que se hizo al Sr. Vidart en aquel día. Por la noche su casa se llenó de amigos, que acudieron á felicitarle y abrazarle.

°°°

—El interregno de un Sultán á otro en Marruecos es la cesación de todo derecho; las venganzas son lícitas y los atropellos: los anarquistas no han inventado nada. ¿Hay algo peor?

—Sí; que continuase la anarquía con un Sultán al frente: la anarquía y el despotismo combinados.

Una anciana se arrodilla ante el altar de San Antonio, y le dice:

—Santo bendito, jamás te he pedido en mi larga vida un novio; pero me encuentro sola en el mundo, y te ruego me concedas uno; que no le molestaré mucho, porque no puedo tardar en morir.

—¿Qué edad tienes?—pregunta el santo sonriendo.

—Setenta y ocho.

—Tu asunto no me corresponde; haz tu petición á Santa Rita, abogada de imposibles.

Entre los nuevos arbitrios que trata de establecer el Ayuntamiento de Madrid, hay uno que gravará sobre los coches fúnebres, por detenerse delante de la casa mortuoria. Cuando lo supo D. Damián, prohibió á sus herederos que pagasen ese impuesto.

—¿Cómo lo evitaremos?

—Nada de coches ni acompañamiento; que alquilen un caballo y me lleven á la grupa.

Un guardia recoge del suelo un perro chico.

—Ese perro es mío—dice un transeunte.

—¿Está matriculado?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO. (Véase el artículo del Sr. Picón en esta misma página.)

ROMA.

Centenario del nacimiento de Pío IX.—Solemne misa de *requiem* cantada en la capilla Pontificia de la basílica de San Lorenzo.

En Roma han celebrado ahora el Centenario del nacimiento de Pío IX (aunque nació en 1792) con solemnes fiestas, de las cuales las principales han sido: misa de *requiem* cantada en la capilla Pontificia en la iglesia de San Lorenzo *fuori delle mura* (cuya misa reproduce nuestro grabado de la página 361); misa dicha por Su Santidad León XIII en el Vaticano; bendición de Su Santidad á los individuos de las Asociaciones católicas; conmemoración académica en la iglesia de San Ignacio, etc., etc. En la carta del Sr. Conde de Coello, que en otro lugar publicamos, hallarán los lectores noticia más completa del Centenario.

PARÍS.

La nueva iglesia del Sagrado Corazón.—El altar mayor.

Este nuevo templo erigido por la piedad de los católicos franceses, levántase en el cerro de Montmartre, y será de los más suntuosos de la capital de Francia. Comenzóse la fábrica en 1875, encontrando al principio grandes dificultades para establecer con la necesaria firmeza los cimientos. En 1886 fué consagrado solemnemente, asistiendo á la ceremonia diez y nueve obispos, y en 1891 quedaron terminadas las bóvedas y cubierta la iglesia.

Esta no es muy grande. Tiene 100 metros de largo por 50 de ancho, y su principal mérito consiste en lo bien proporcionadas de todas sus partes y en la severidad del conjunto. Una de sus partes más notables es la capilla mayor con su hermoso altar (véase la pág. 361), y aunque hay quien la considera un poco pesada, no cabe negar que es verdaderamente majestuosa.

BELLAS ARTES.

Madrid. Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes: *Sobre el campo de batalla*, cuadro de D. Vicente Cutanda; *Horas felices*, cuadro de D. Angel Andrade; *La quinta del pintor*, cuadro de don F. Masriera; *El globo en el convento*, cuadro de D. Eugenio Oliva. París. Exposición de los Campos Elíseos de 1894: *Orfeo llorando la pérdida de Eurídice*, cuadro de E. Thirión; *Un almacén de flores artificiales*, cuadro de V. Gilbert.

Sobre el campo de batalla (pág. 364) es de Cutanda, pintor que ha conseguido triunfos merecidos en anteriores Exposiciones, entre los cuales citaremos su cuadro *Episodio de una matanza de judíos en la Edad Media*, que fué premiado con tercera medalla en la Exposición de 1887. Su *Huelga de obreros en Vizcaya* le valió una primera medalla en la Exposición de 1892.

El que ahora presenta está inspirado en un asunto muy del día. Un obrero se ha herido trabajando en el taller, y un médico le hace la primera cura allí mismo y en presencia de los compañeros de trabajo. El gesto del operado; la posición del cuerpo, que se retuerce movido del dolor; la actitud de los compañeros, y principalmente la del muchacho que se ve en primer término, están magistralmente expresados. El dibujo y la luz son también buenos. El cuadro impresiona; lo que quiere decir que el autor ha conseguido lo que al pintarlo se propuso.

De muy distinto género es el titulado *Horas felices*, presentado por el Sr. Andrade (pág. 365). En aquél hay tragedia; en éste idilio, pero un idilio hermoso y consolador, que muestra cómo hay también felicidad en el hogar del pobre, cuando éste descansa de las fatigas del trabajo, gozando las puras alegrías que proporcionan el amor de la mujer y las caricias de los hijos. Todo esto lo ha sentido muy bien el Sr. Andrade. Basta mirar el cuadro para comprender que es obra de hombre convencido, ó, para hablar en términos apropiados, de artista inspirado. Entre otros cuadros de esta Exposición, que se ha dignado comprar S. M. la Reina Regente, cuéntase *Horas felices*.

El Sr. Andrade comienza b illantemente su carrera artística, iniciada hace años en Ciudad Real (donde nació), proseguida en Madrid como pintor escenógrafo en los talleres de Busato y Bonardi, completada en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid; y, por último, en Roma, donde entre otros cuadros pintó *El aniversario*, que le valió una tercera medalla en la Exposición de Madrid de 1890.

El Sr. Masriera presenta en esta Exposición, entre otros, un cuadro muy original y muy bonito. *El mirador* de su propia quinta. Es obra digna de la reputación de su autor, sin duda uno de nuestros buenos pintores. También es original *El globo en el convento*, cuadro del Sr. Oliva, que, como el anterior, publicamos en la pág. 368. El grupo de monjas, asustadas por la caída del aeronauta dentro del convento, está pintado con gran delicadeza y arte.

Publicamos en la pág. 372 de este número dos cuadros del *Salon* de los Campos Elíseos de París, elegidos entre los que más han llamado la atención. El de Thirion representa un bonito asunto, no moderno, pero por eso mismo más poético. Aquel buen Orfeo á quien Plutón arrebató su amada Eurídice y que por ella bajó á los infiernos, siendo el único mortal á quien los dioses permitieron volver de tan terribles lugares, cruza el bosque expresando su pena en armoniosos lamentos que suavizan la terrible aspereza de las fieras.

El otro es de muy diverso estilo, pues representa una escena moderna: *Un almacén de flores artificiales*. Está pintado con sencillez y con gran amor á la verdad.

D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA,

naturalista, historiador y geógrafo español.

En nuestra época es tan poderoso el anuncio y son tantos los atacados de manía de publicidad, que pocas veces se encuentra hombre superior á su fama y muchísimas llega ésta á ser mayor de lo debido. El Sr. Jiménez de la Espada pertenece al número de los primeros. Tiene sobrados méritos para ser muy conocido y estimado en su patria, y esto no obstante le conocen pocos, si bien esos pocos son los primeros sabios y escritores de España, y le aprecian en su justo valer.

Nació en Cartagena en 1831. En Barcelona, Valladolid y Sevilla hizo sus primeros estudios, y en Madrid cursó las asignaturas de la Facultad de Ciencias, en la sección de Físicas y Naturales.

En 1853 ganó por oposición una plaza de ayudante de la Facultad; por los trámites reglamentarios obtuvo luego el destino de ayudante primero del Museo de Ciencias, y hasta el año 1862 explicó cursos completos de Mineralogía, Anatomía comparada y Zoología general en la Universidad de Madrid y en el citado Museo, unas veces en calidad de ayudante, otras como profesor auxiliar, supernumerario, honorario, etc., títulos que, como los servicios especiales, de nada le han servido en su carrera, por más que con exceso ha llenado todas las condiciones requeridas para obtener cátedra como numerario.

Nombrado en 1862 profesor naturalista de la expedición al Pacífico, con encargo de estudiar la fauna americana, viajó por este continente tres años y medio, y en varias excursiones ascendió á los famosos volcanes y nevados de Izalco, Chimborazo, Cotopaxi, Antisana, Sumaco y Pichincha. En el enorme cráter de éste estuvo perdido tres días. Regresó á España, cruzando el Continente sudamericano desde Guayaquil al Pará. Pasó los Andes por Papallacca, y siguió el curso del Napo basta dar en el Amazonas y su puerto de Tabatinga, embarcado en canoas y balsas; difícil y penoso viaje de más de 4.000 kilómetros, y en gran parte por regiones casi desconocidas. De esta famosa campaña científica en la América Meridional, en la que perdieron la vida dos de los expedicionarios, apenas queda recuerdo, y fué, no obstante, muy superior por sus resultados á todas las que han realizado en nuestros tiempos y en ese continente otras misiones extranjeras. En la colección de Jiménez de la Espada figuraban tres especies nuevas de mamíferos y un tipo de familia, nueve géneros y veintiséis especies no conocidas de batracios, ramo de la Zoología al que se dedicó más especialmente, descubriendo en ellos algunos notables y curiosísimos fenómenos fisiológicos, como consta en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, de la cual fué uno de los fundadores. Comenzó la publicación de todos sus trabajos zoológicos, y aunque hubo de suspenderlos porque faltó la subvención que á este fin se destinaba, no abandonó Jiménez de la Espada sus estudios predilectos, alternándolos con los de Historia y Geografía de los países que había recorrido.

La Real Academia de la Historia le otorgó el sillón que había dejado vacante el Duque de Osuna, y el Gobierno español le designó para representar á su patria en los Congresos de Americanistas de Bruselas, Turín, Berlín y París. En las actas de estos Congresos pueden leerse excelentes y muy originales trabajos de Jiménez de la Espada. Fué vocal de la Comisión encargada de informar al Gobierno en la cuestión de límites entre las Repúblicas de Colombia y Venezuela, y, gracias á los datos que aportó, pudieron resolverse las principales dificultades que había para señalar la línea fronteriza. Hoy, el académico electo de la Historia, el descubridor de nuevas especies zoológicas, el viajero de los Andes y del Amazonas, el infatigable investigador y crítico de antiguos documentos que arrojan nueva luz sobre la historia de nuestra dominación en América, vive dedicado á sus estudios predilectos y al desempeño de su modestísima plaza de ayudante del Museo de Ciencias dotada con 1.500 pesetas anuales. Es oficial de la Academia de Francia, correspondiente de la Sociedad Antropológica y Prehistórica de Berlín, socio fundador de la Geográfica de Madrid, á cuya Junta directiva ha pertenecido, y posee la medalla de la Sociedad francesa de Aclimatación, con que ésta le premió por haber introducido, por primera vez en Europa, algunas especies útiles y curiosas de animales, como el pausí, el condor, los cisnes de cuello negro, la liebre de Patagonia ó de las Pampas, el huanuco, que hace poco vivía en el Parque de Madrid, etc. Desde 1893 es académico de la de Ciencias Físicas y Naturales.

Sus principales obras y publicaciones son: de Historia Natural: *Batracios del viaje al Pacífico; Reproducción del Rhinoderma Darwini; Fauna neotropicalis species quardam nondum cognitæ; Algunos datos nuevos ó curiosos acerca de la fauna del Alto Amazonas.* Las de Historia y Geografía son tantas, que no nos atrevemos á intentar una lista de ellas.

Tales y tan grandes servicios por el Sr. Jiménez de la Espada prestados á la Historia y la Geografía de la América española han tenido hace poco una recompensa honrosísima. El Gobierno del Perú, por decreto de 5 de Diciembre de 1892, acordó acuñar una medalla de oro y regalársela en manifestación del alto aprecio en que tiene sus trabajos.

El decreto consta de un breve preámbulo y de los dos siguientes artículos:

«Art. 1.° Concédese una medalla de oro al Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, por sus importantes trabajos históricos y geográficos relativos al Perú, la cual se le entregará con el diploma correspondiente por el Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Madrid.

»Art. 2.° Dicha medalla tendrá cuarenta y cinco milímetros de diámetro, noventa y seis gramos de peso y la inscripción correspondiente.»

El Sr. Jiménez de la Espada es, además de sabio tan eminente como queda dicho, escritor castizo, de los pocos que en nuestros días escriben en verdadero castellano, pudiendo contársele entre los primeros que en este caso se encuentran.

Publicamos su retrato en la pág. 369 de este número, tomándole de una excelente fotografía de Huerta, del cual es también la que nos ha servido para el retrato de D. Federico de Madrazo, que publicamos en la pág. 360.

TOLOSA (GUIPÚZCOA).

Meeting celebrado por iniciativa de la Liga Nacional de Productores contra los tratados de comercio en proyecto.—Aspecto del frontón de Beotibar al comenzar el *meeting*.

El tratado de comercio con Alemania es materia tan grave que no debió tocarse sino con grandísimo cuidado y por manos muy expertas y prudentes. Había para ello dos razones: la primera, el interés de la producción española, muy de atender, tratándose de una de las naciones de mayor poder industrial y que, por la baratura de sus productos, posee una fuerza invasora análoga á la que, en otro concepto, posee China, gran exportadora de trabajadores, con los que no pueden competir los europeos; la segunda, que siendo Alemania la única potencia europea que puede contener eficazmente la invasión del Imperio marroquí por Francia el día en que no baste el *veto* de Inglaterra, conviene á España mantener con ella buenas relaciones de amistad, las cuales podían haber existido sin tratado; pero son incompatibles con informalidades repetidas y aplazamientos que no pueden dejar de lastimarla. De suerte que, dado mal el primer paso en este negocio, todos los demás que se sigan han de ser en daño nuestro, hiriéndonos en lo mercantil ó en lo político, según se apruebe ó no se apruebe el tratado. Tal es la situación á que hemos llegado, vista por los que, ajenos á las miserias políticas, sólo atendemos á la conveniencia de la nación.

El *meeting* celebrado en Tolosa contra el asendereado convenio ha sido importante por la calidad de las personas que lo han organizado, por los elementos que éstas representan, y por la gran riqueza industrial de la región guipuzcoana de que Tolosa se puede considerar centro.

Tolosa aprovecha muy bien los 2.500 caballos de fuerza que producen el río Oria y sus dos afluentes el Araxes y el Elduayen. De esos 2.500 caballos, el 80 por 100 se emplea en la fabricación de papel, llegando ésta á ser de 40 á 45.000 kilos diarios, cifra á que no alcanza la papelería de ninguna otra población española. Hace tiempo que las fábricas de papel tolosanas sufrían, como las del resto de la Península, las consecuencias de la crisis económica y de haberse casi paralizado la exportación á América, y en estas desfavorables circunstancias se han visto amenazadas por el proyecto de tratado con Alemania, que abre las puertas al papel de esta nación especialista en producirlo á precios muy reducidos.

Compréndese con lo dicho la alarma de los fabricantes de Tolosa, y el *meeting* que ha sido su natural consecuencia, y al que han concurrido otros fabricantes de aquella hermosa y trabajadora región. Porque además de las fábricas mencionadas, tiene otras de boinas (que producen de 2.500 á 3.000 diarias), de curtidos, de fósforos, de achicoria, de harinas, de fundición de cobre y caldererías de metal y hierro, de telas metálicas, de tejas y ladrillos, serrerías mecánicas, talleres de construcción y reparación de máquinas, hornos continuos de cal, etc. Á lo que hay que añadir los centros industriales de las inmediaciones, Beasaín, Villabona, Hernani, Andoain, etc., etc. En todos estos establecimientos se utilizan los últimos adelantos industriales, en maquinaria como en lo demás, y con decir que importan diariamente sólo los de Tolosa 500 toneladas de primeras materias, se comprenderá la intensidad del trabajo que en ellas se hace.

La iniciativa del *meeting* fué de la Liga de Productores de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, parte de la Liga Nacional de Productores. Celebróse en el hermoso frontón de Beotibar, acudiendo al acto unas 3.000 personas. (Véase nuestro segundo grabado de la pág. 369.) Presidió el señor Goitia, y hablaron los Sres. Mendía (fabricante de papel), Lizarriturry (copropietario de una de las primeras fábricas de jabones y bujías que hay en España), Picavea, Oramiz, Molina, Presidente de la Liga de Vizcaya, Jamar, Goitia é Iñarra, representante de Navarra.

Después del *meeting* hubo gran banquete en la Casa Consistorial, en el que se repitieron las mismas opiniones hostiles al tratado, estando todos de acuerdo en que, de realizarse, la industria nacional sufrirá los mayores perjuicios.

G. Reparaz.

DON FEDERICO DE MADRAZO.

Este pintor insigne, á cuyo nombre va unido medio siglo de nuestra vida artística nacional, ha muerto en Madrid el día 10.

Honrado por La Ilustración Española y Americana con el encargo de dedicar un artículo á su memoria, y hallándose inmediata la publicación de este número, pienso que el respeto debido á tan ilustre artista y la índole de esta publicación exigen juntamente plazo más largo y estudio más atento del que imponen las circunstancias. La prensa diaria tiene que cumplir su difícil misión narrando al correr de la pluma cuanto puede y debe satisfacer el interés ó la curiosidad del público; mas las revistas artísticas forzosamente han de consagrar más tiempo y atención más delicada á las personalidades que en la conquista del progreso intelectual han servido de guía á sus contemporáneos; y D. Federico de Madrazo es por tantos conceptos digno de consideración, que ha-



EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO.

(Retrato inédito, hecho por D. Alfredo Perea en 1876.)

blar de él á la ligera y sin la conveniente preparación sería imperdonable falta de respeto.

....

Nace en Roma en 1815, cuando por leal á la patria se hallaba en la emigración su padre; restituída á España su familia, comienza á formarse, teniendo por maestros á hombres como Gil y Zárate y D. Alberto Lista; pasa gran parte de su juventud en París, y en plena revolución romántica pinta su primer cuadro de *Godofredo de Bouillon*, que Francia coloca en la Galería de Versalles; vive luego en Roma, empápase su espíritu de otros ideales, y traza el cuadro de *Las Marías ante el sepulcro de Cristo*, que arranca entusiastas frases á Overbeck; torna después á España, con la autoridad conquistada en tales victorias, y desde entonces, por su talento, por su ilustración y por la fuerza de las circunstancias, llega rápidamente á las más altas jerarquías artísticas, y en ellas se sostiene, siendo compañero de cuantos pintores notables produce su generación, y maestro de casi todos los que nacen más tarde.

Durante el largo reinado de Isabel II ve deslizarse los años cultivando el trato de hombres ilustres, cuya estimación se atrae por su caballerosidad, y retratando á damas aristocráticas á quienes pinta hermosas, cuando lo son, ó á quienes embellece tan discretamente, que en su pincel se confunden la verdad y la lisonja.

Ha sido *Don Federico*, pues así le llamábamos todos familiar y respetuosamente, director del Museo del Prado, de la Escuela Nacional de Pintura, de la Academia de San Fernando, senador del reino y presidente de cuantos centros ó corporaciones artísticas se han creado en su tiempo; ha fundado publicaciones, y, según afirma uno de sus biógrafos, deja inédita una *Historia de la Pintura en el siglo XVIII*.

Desde 1840 hasta su muerte casi no hay impulso artístico en España á que no vaya unido su nombre. De suerte que vida tan larga, labor tan fecunda, influencia tan poderosa y figura tan importante, exigen detenido estudio. No es un artista á quien pueda considerarse aisladamente, sino un hombre al cual va unida la vida artística de medio siglo. Su personalidad tiene marcada semejanza con aquel insigne Francisco Pacheco, suegro de Velázquez, cuya casa fué un centro de cultura en la Sevilla del siglo XVII. Estudiar á *Don Federico* equivale á trazar el cuadro de toda la pintura española contemporánea, porque no se puede hablar de él sin hablar de sus predecesores, de sus discípulos, de sus partidarios y de sus adversarios.

Limitémonos, hoy por hoy, á deplorar la muerte del insigne artista y del cumplido caballero, honra de la patria, enviando á sus hijos la expresión de nuestra antigua amistad.

En cuanto á historiar la vida de D. Federico de Madrazo, para reunir y presentar al público los datos necesarios á que la posteridad le conozca y le juzgue, hay—como ha dicho en la prensa mi ilustrado compañero Abascal—una personalidad moralmente obligada á ello: su ilustre hermano D. Pedro: no hallará mejor lenitivo á su pena que tejer corona tan bien ganada.

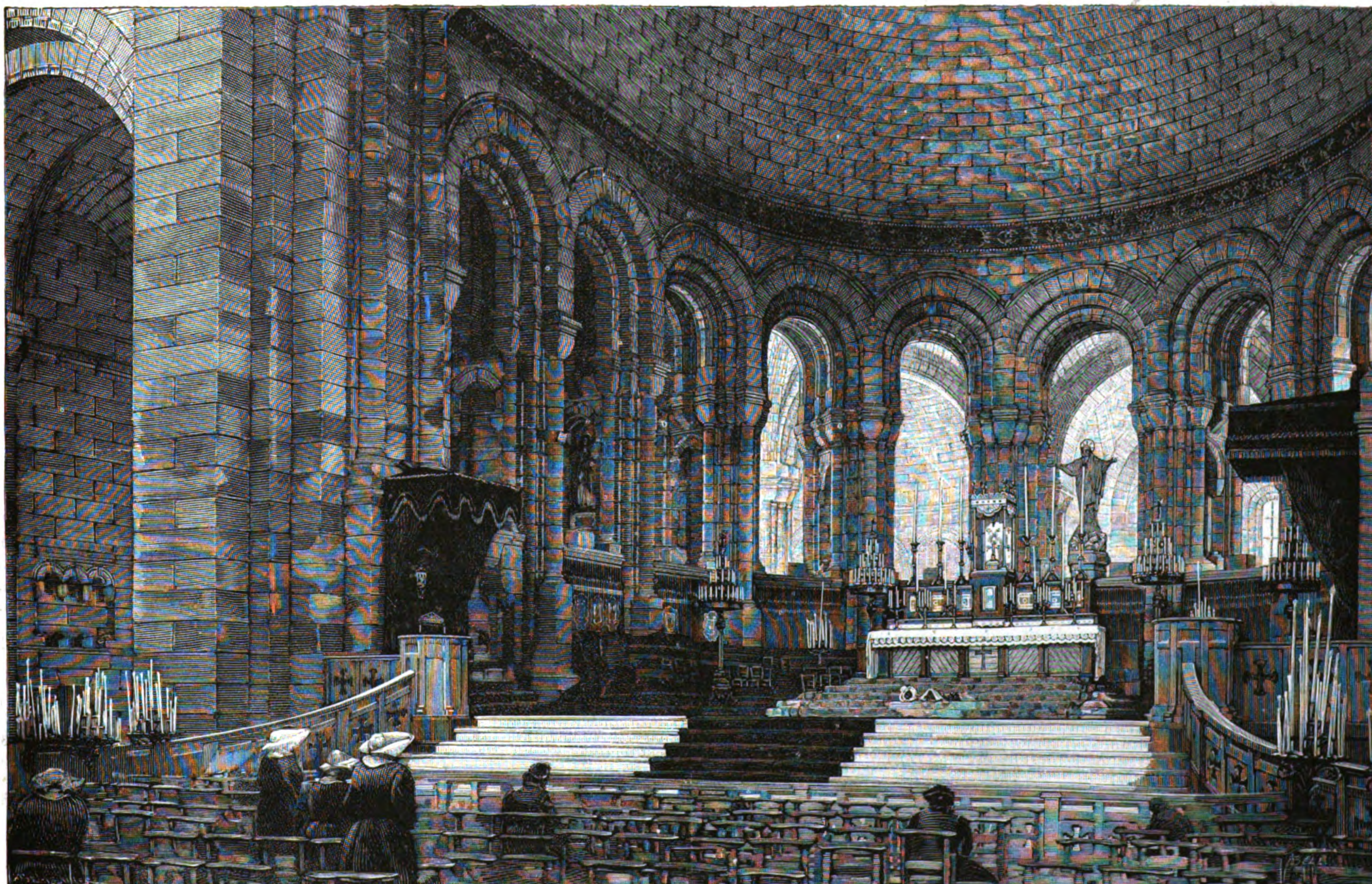
Entre tanto nadie puede negar que D. Federico de Madrazo ha sido uno de los hombres á quienes más tiene que agradecer la cultura artística de la España de nuestros días.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



ROMA.—CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE PÍO IX.—SOLEMNE MISA DE «REQUIEM» CELEBRADA EN LA CAPILLA PONTIFICIA DE LA IGLESIA DE SAN LORENZO, EL 30 DE MAYO ÚLTIMO.

Del natural, por H. Estevan.)



PARÍS.—LA NUEVA BASÍLICA DEL SAGRADO CORAZÓN.—EL ALTAR MAYOR.

(De fotografía de Cherojón.)

LOS SOLDADOS
DE LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

Un poeta insigne y hombre de Estado, D. Gaspar Núñez de Arce, al oir de mis labios la narración de algunos episodios de la guerra de la Independencia, que hoy también me propongo recordar aquí, me estimulaba á la composición de una como cartilla con que, hiriendo la fantasía, no poco romántica, de nuestros soldados, fortificara en ellos el entusiasmo patriótico y el ardor bélico que les son igualmente peculiares. Las palabras del laureado vate, pronunciadas como él sabe hacerlo y en la Torre de los Lujanes, sitio tan propio para encender el ánimo de todo patriota culto, me impresionaron vivamente, y, ya que no en un libro, aprovecho el consejo para en La Ilustración Española, órgano el más escuchado de la opinión pública en nuestro país, proclamar de nuevo las excelencias del soldado español, el heroico protagonista de los dramas militares que así exaltaron la poderosa mente de mi ilustre amigo.

A los generales, jefes y oficiales de nuestro ejército, que tan á fondo conocen á ese soldado, á quien cien veces han conducido á los campos de batalla, y vístole arrostrar, lo mismo que los riesgos, las fatigas y privaciones de la guerra, no les sorprenderá la elección de tal tema, ni el concepto tampoco en que pueda fundar mis opiniones acerca del sér generoso que todos consideramos como el primer instrumento y el pedestal más sólido de nuestras glorias patrias.

¡Ojalá que este escrito logre justificar ante todos el sentimiento que me ha embargado durante la ya larga etapa que me ha cabido recorrer en la vida, en la que, lo digo con toda sinceridad, ha sido preocupación constante de mi espíritu la tarea de admirar y enaltecer, en la medida de mis fuerzas, el valor, el desapropio y la abnegación de nuestro soldado!

Un distinguido coronel prusiano, testigo de la guerra de África, dijo, de regreso ya en su patria, que España poseía en sus clases de tropa un material muy superior al de los demás ejércitos de Europa; y yo voy á demostrar que en esos soldados, con ser su fuerza muscular tan fuerte que sorprendía á los clásicos historiadores del Pueblo-Rey, predomina el espíritu que los lleva á la ejecución de actos y de empresas de que solamente el genio, la emulación y el artificio logran salir victoriosos.

Gentes de pasiones violentas, es verdad que los españoles, para satisfacerlas, engendraron en su pecho la discordia y los rencores, los gérmenes todos del cáncer devorador que ha producido la serie dilatadísima de nuestras desgracias nacionales. Pero en el espíritu conservador que los caracteriza cual á ningún otro pueblo del mundo, si han guardado ese cruel y execrable vicio, fruto de mil causas dignas de profundo estudio en ocasión distinta, también abrigan inextinguible el fuego de las altas cualidades que hicieron la gloria de sus mayores. Por eso, nuestro hombre de guerra es tan capaz de las sublimes resoluciones que dictan el valor generoso y la abnegación cristiana, como de desplegar en sus más enérgicos arranques la ruda y hasta salvaje ferocidad de los tiempos primitivos.

La cultura ha modificado el carácter que antes ofrecía la guerra, y la educación que se da á los ejércitos y su disciplina, cada día más filosóficas, hacen menos frecuente el espectáculo de rasgos tan significativos del genio peculiar de cada una de las agrupaciones en que se ha fraccionado la especie humana. En España, sin embargo, ese espíritu conservador y motivos ciertamente ocasionales, pero despertando el recuerdo que la tradición, mejor aún que la historia, y la leyenda, tan grata á los oídos de nuestro pueblo, nos han legado de sus antiguas luchas por la independencia patria, han hecho revivir en las últimas generaciones aquel anhelo de alardes personales que también fué después el distintivo de las lides en la Edad Media. El personalismo que, por lo inmemorial sin duda, hemos dado en llamar ibérico, tan preconizado en la antigüedad por los que hubieron de sentir su fuerza, volvió, con efecto, á desplegarla en la guerra española de principios de este siglo con los mismos caracteres de fuego que en las anteriores y con rasgos y accidentes de tal semejanza, que admira y sorprende á cuantos, propios y extraños, se han ocupado en el estudio filosófico de nuestra historia.

Ese personalismo tiene su genuino representante en el guerrillero, campeador independiente y á su cuenta y riesgo, ó, como el Adalid de la Reconquista, sirviendo de descubridor y guía en los ejércitos, seguido de unos cuantos admiradores de su exaltado patriotismo, que, además, confían en la fortuna que ven le acompaña en sus primeros esfuerzos.

Pero por más que nadie como el guerrillero caracterice la genial condición de la nacionalidad española con sus costumbres y maneras de pelear, esos medios que Montesquieu explicó por la virtud, la constancia, la fuerza y la pobreza que, decía, no se agotan jamás, no será hoy, ni lo serán tampoco sus estupendas hazañas, objeto preferente de este pobre escrito. No: hay en España otro tipo militar, que á las cualidades del guerrillero, en cuanto á su patriotismo, á su valor y desapropio, añade la más recomendable aún y generosa de sujetarse á las severidades de la disciplina militar, que, no hay para qué decirlo, entraña la razón fundamental, la causa más eficiente de los grandes éxitos en la guerra.

En una solemnidad académica ya remota describía yo así al soldado español: «Despreciador de los peligros, imperturbable en los reveses, estoico en las privaciones, nuestro soldado se apasiona por la guerra; todo lo resiste cuando su penetración aplica los vaivenes de la fortuna á un fin útil para la patria. Cuando no, el recuerdo del monte, del arroyo, del bosquecillo que dan sombra y frescura al hogar paterno, haciendo confundir el patriotismo con la nostalgia, le empujan hacia las resoluciones más perturbadoras. Quien le ha visto fuera de su país ó le haya estudiado en la historia de nuestro ejército, le habrá encontrado el mismo, alegre al partir, valiente y disciplinado en la batalla, temerario en toda empresa que se roce con lo maravilloso, triste en la tregua, y en la inacción murmurador, voltario, exigente y amotinado.»

Este concepto que creo haber justificado entonces, tratando de los soldados del Marqués de la Romana al negarse en Dinamarca á jurar á José Bonaparte por rey de España, espero corroborarlo ahora en La Ilustración con ejemplos tan elocuentes ó más que aquél, aun habiéndose hecho tan glorioso y memorable.

Y voy, por lo menos, á intentarlo.

Necesitaba el ejército español ser muy fecundo en héroes para contrarrestar el número, el ímpetu y la pericia de sus enemigos en la guerra de la Independencia. Su estado orgánico era deplorable, á pesar de cuanto dice en sus Memorias el funesto valido Príncipe de la Paz, su generalísimo hasta 1808. El de fuerza no era menos triste, reducido, es verdad, á su menor expresión por las exigencias de una guerra marítima que todo lo absorbía: caudales ya muy escasos por estar incomunicada la metrópoli de las colonias que antes proporcionaban los más pingües; los recursos navales que aún mantenía la previsión de nuestros marinos en los arsenales de la Península, tan ricos de material en los venturosos tiempos de Fernando el VI y de Carlos III, y la atención, por fin, del torpe Gobierno, árbitro entonces de la suerte de la desgraciada España. Hasta esa fuerza, la naval, se había abismado en las sombrías aguas de Trafalgar, á que la llevaron las ambiciones del flamante Emperador de los franceses, que ya pretendía hacer un feudo de nuestra patria, según lo despóticamente que la trataba; y la poca que había quedado de aquella irreparable catástrofe, se pudría ya inerme y olvidada en nuestros más abrigados puertos del Atlántico y el Mediterráneo. De la terrestre sólo existían dos núcleos de tropas, y esos no en España, sino secundando las miras de Napoleón, ya dirigidas desde Austerlitz, Jena y Tilsit al establecimiento del gran imperio de Occidente, modelado en el de Carlomagno, de origen ni más legítimo ni más ilustre. Uno de aquellos cuerpos se hallaba en Dinamarca, después de haber contribuído con el valor de sus soldados y la pericia de su General al vencimiento y á la sumisión del Rey de Suecia en sus provincias de la Pomerania. El otro compartía también con los del César francés la ocupación de Portugal, que se había pensado en fraccionar, *en honor, por supuesto, y provecho de España*, llevando á reinar en algunas provincias septentrionales á la hija de Carlos IV, á quien se despojaba en cambio de su soberanía de Etruria, y en las del Mediodía, sobre el promontorio Cuneico, al favorito del Monarca castellano, no satisfecho aún en sus desatentadas ambiciones con tanta y tan inmerecida merced como se le estaba caprichosamente otorgando. La tierra española no poseía, pues, para su defensa sino tropas apenas suficientes para la guarnición de las también pocas fortalezas de la frontera, que, ni abastecidas como era debido, ni vigiladas como aconsejaba la prudencia, fueron muy luego presa de la perfidia y deslealtad francesas.

He ahí por qué decía hace un momento que nuestro ejército necesitaba ser muy fecundo en héroes para vencer en la nueva lucha en que iba á comprometerse, con los que ya se aplicaban el arrogante y, hay que reconocerlo, justificado título de *Los Invencibles*.

Pero, con efecto, surgieron de esta tierra en tal número, que ni es fácil contarlos, ni dable tampoco, en ocasión cual la presente, calificar con todos sus detalles los eminentes servicios que prestaron en tan terrible y desigual contienda.

El único héroe anónimo que voy á conmemorar, un soldado de los regimientos que con el brigadier Vigodet se retiraron en orden del campo de batalla de Almonacid el 11 de Agosto de 1809, impresionado por la voladura de los carros de nuestra artillería y la carga de los dragones franceses que supieron aprovechar aquel funesto accidente, se separó de las filas de su compañía para no detenerse en la fuga hasta Sierra Morena, donde se reunió el ejército á los pocos días.

Indignados sus camaradas, le negaron el honor de comer el rancho con ellos hasta que en otro combate lograra rehabilitarse de acción tan cobarde como la de abandonar su bandera en ocasión tan solemne; y nuestro hombre se mantuvo completamente retraído de la compañía, fuera, por supuesto, de los actos de servicio en que le era obligatoria su presentación y asistencia. Así llegó el 19 de Noviembre de aquel mismo año, el día de uno de los mayores y más trascendentales reveses que registra la historia de aquella guerra. El fugitivo de Almonacid forma con su regimiento en la primera línea de los españoles, establecida en los caminos que conducen de Aranjuez á Ocaña, por donde avanzaban las columnas francesas regidas por los mariscales más esclarecidos del Imperio y por aquel, mejor que rey de una nación independiente y tan altiva como España, instrumento, más aún, juguete de las desapoderadas ambiciones de su despótico hermano.

La división Vigodet resiste, como la de Girón, de su lado, el empuje de los franceses, y aun los ataca á su vez, no sin fortuna en los primeros momentos; pero las demás de la derecha, cediendo al huracán de la caballería de Sebastiani, se retiran al abrigo de la segunda línea, para, después de una brava pero corta defensa, entregarse á la más vergonzosa derrota. Entonces Vigodet hubo de emprender otra retirada no muy desemejante de la de Almonacid, con la suerte también de llegar con su tropa unida y conservando sus banderas y artillería á La Guardia y Turleque, para allí ponerse de nuevo á las órdenes de su jefe el heroico, inhábil, sin embargo, y desgraciado general Areizaga.

Pero al punto de comenzar esa marcha que tanto honor hace á la memoria del brigadier Vigodet y de su división, y dar media vuelta el regimiento del héroe anónimo á que me estoy refiriendo, ni el riesgo ya inmediato, ni las órdenes de sus oficiales, ni las excitaciones, por fin, de sus compañeros lograron de él que cesara en su fuego ni menos que abandonase su puesto.

«Esta noche, les dijo, he de cenar con la compañía ó en el infierno.»

Y á los pocos momentos caía destrozado por las lanzas de los polacos enemigos.

«El único espartano que había sobrevivido al combate de las Termópilas, dice Cantú, se libertó de la infamante nota de cobarde muriendo en Platea.»

La batalla de Ocaña, en medio del terrorífico desastre que representa, ofreció el espectáculo de episodios los más sublimes y honrosos para nuestro ejército. El regimiento de la Corona, rodeado de franceses, dueños ya del campo y que habían puesto en completa dispersión á las demás tropas españolas, juró ante su coronel mantenerse unido y salvar sus banderas y la artillería que se le incorporó en la retirada. Y resistiendo valerosamente varios asaltos de los jinetes enemigos, las salvó sin abandonarles un solo herido ni una sola pieza. El cabo Antonio Martín, del batallón Voluntarios de Sevilla, viendo herido y por tierra al abanderado, recogió de sus manos la bandera y, rodeada á la cintura debajo del uniforme, la mantuvo oculta todo el tiempo que estuvo prisionero, presentándola á su general en La Carolina cuando logró fugarse. En premio de conducta tan patriótica y digna, el Gobierno le concedió la subtenencia de la misma bandera. Y si los generales Zayas, Girón y Lacy consiguieron salvarse en el torbellino de tan deshecha borrasca militar, lo debieron á la abnegación de las tropas de su mando, que en grupos más ó menos numerosos se consagraron á la noble tarea de arrancar tan queridos jefes de las garras de sus implacables enemigos.

Pero un día antes de aquella fatal jornada, cargada en Ontígola parte de nuestra caballería por los dragones de Milhaud, si consiguió rechazarlos y hasta marchar sobre ellos con la mayor gallardía, luego hubo de retroceder atacada en su flanco derecho por los lanceros polacos con que acudió en socorro de los franceses el general París, del cuerpo de ejército del mariscal Mortier. No decayeron, por eso, de ánimo los nuestros; y, sobre todo, los guardias de Corps pelearon con tal denuedo que vendieron bien cara la victoria; saliendo de entre ellos con once heridas nada menos el después Duque de Rivas, embajador, ministro y poeta, maestro insigne en eso de romances heroicos de entre moros y cristianos.

El regimiento de Pavía fué, sin embargo, el que logró sacar más ventaja de acción tan reñida. El general París, encendido con la resistencia de los jinetes españoles, se entró por sus filas sable en mano para acabar la victoria iniciada por los polacos; pero, saliendo á su encuentro el cabo de Pavía Vicente Manzano, lo derribó atravesado de parte á parte. Aquel era el resultado de un acto de valor nada extraño tratándose de españoles: lo excepcional, lo extraordinario en el remolino de una carga tan obstinada y sangrienta, es que Manzano, llevado del ansia de no retirarse sin un trofeo digno de su hazaña, despojó al veterano general francés de varias prendas de su brillante uniforme, y particularmente de papeles que encerraban en sus pliegues todo el plan de aquella campaña. Con dos escudos, uno de distinción y otro de premio, recompensó la Regencia al heroico cabo de Pavía, que además obtuvo el aplauso unánime de sus compañeros de armas, como después la admiración de la posteridad.

Servicios como el del cabo Manzano, si no frecuentes, no eran tampoco raros en una guerra, muy desigual, es verdad, al pelear con las innúmeras y formidables legiones de Napoleón, pero en que el patriotismo de los españoles y su anhelo por vengar los ultrajes y atropellos de la soldadesca francesa, les impelía á las acciones más arduas y temerarias. Otro género de sacrificios, ofrecidos en aras de la causa nacional, que recuerdan los de nuestros más remotos antepasados, la repetición de los ardides y estratagemas que usaron, imitados hasta por Aníbal, el clásico maestro en tales maniobras, y rasgos de una delicadeza, del desapropio digno de las más elevadas clases de la sociedad, son los que voy á presentar á los ojos y la admiración de mis lectores.

Felipe Gallardo, gastador del batallón de Canarias, que formaba parte del cuerpo expedicionario á la Serranía de Ronda en Julio de 1810, se brindó á comunicar la orden de retirarse á una guerrilla olvidada por su jefe en posición sumamente peligrosa. Al guiarla nuestro valiente en un terreno que, por lo escabroso, creía libre de enemigos, se halló de improviso atacado y casi envuelto por una gran fuerza de los dragones franceses que iban cargando á la columna española, puesta á las órdenes del general Lacy en aquella memorable jornada.

La situación de la guerrilla era, repito, arriesgadísima, y los momentos, críticos en sumo grado, exigían una resolución tan hábil como enérgica. Gallardo, entonces, se puso á la cabeza de algunos de sus camaradas y, haciendo una demostración ofensiva sobre los enemigos, varió de dirección, tomando la de un angosto desfiladero, mientras la fuerza principal de la guerrilla continuaba á todo correr su retirada. Sorprendidos los dragones con la inesperada acometida del canario, se dirigieron sobre él y los suyos, que, resistiendo como podían, lograron internarse en la estrechura que recorre la senda, mal llamada entonces camino de Gaucín á Casares, dominada en su flanco izquierdo por alturas inaccesibles y dominando, á su vez, en el derecho un áspero y casi vertical despeñadero.

Seguro ya el sagaz y valeroso gastador de no verse cortado de su columna, despidió á los que le seguían para que se incorporasen á ella, quedándose tan sólo con el que más confianza le inspiraba para que le cargara el fusil en tanto que él hacía uso del suyo contra sus perseguidores. Estos intentaron varias veces forzar el paso acometiéndolo á la desfilada; pero como el más avanzado, herido él ó su caballo, caía al abismo, después de cuatro ó cinco asaltos, todos inútiles, hubieron de desistir de su empeño, con lo que el canario volvió tranquilo al campo español acompañado de su camarada y de un dragón, además, que hubo de rendírsele en la refriega.

Y me contaba el ilustre brigadier Hezeta, oficial del Estado Mayor allí, que al presentarse Gallardo á su General, éste, encantado con la noticia de tal hazaña, había querido recompensársela con una suma considerable de oro, que el gastador rechazó, diciendo:

—¡Mi general! Estas cosas no se hacen por dinero.

—¿Quién eres, pues, y qué deseas?—le había contestado Lacy.

—Soy de las islas Canarias, y deseo que figure mi nombre en la *Gaceta* para que sepan mis padres que tienen un hijo valiente y honrado.

Con efecto, la *Gaceta de la Regencia* del 14 de Agosto publicaba el parte de aquella expedición, y en él se leía lo siguiente: «Al mismo tiempo tengo el honor y complacencia de recomendar por conducto de V. E. á S. M. la noble y valerosa acción del gastador del batallón de Canarias Felipe Gallardo, que retirándose la tarde del 8 de avisar á una guerrilla del mismo cuerpo, se halló en el camino de Casares entre los dragones enemigos, de los cuales hizo uno prisionero y lo condujo hasta el mismo Casares. La generosidad y nobleza de este verdadero soldado español ha igualado á su valor, pues habiendo yo mandado se le diesen ocho onzas, ha hecho presente las agradece, que se le permita no admitirlas, y que sólo apreciará una distinción, que espero de la bondad de S. M. se le conceda en obsequio de su verdadero mérito, publicándose para estímulo de los demás.»

Otro ejemplo de bizarría tan generosa como gallarda y feliz.

Mandaba las columnas de operaciones en los montes de Cuenca, riñón y baluarte de la antigua y tan celebrada Celtiberia, el general D. Luis Alejandro Bassecourt, que, disfrutando de gran crédito por sus servicios en Mora, Consuegra, Medellín y Talavera, había sido destinado á gobernar aquella provincia, muy importante entonces por su proximidad á Madrid y por hallarse sobre las comunicaciones del centro de la Península con los reinos de Valencia y Murcia. Fuera por reconocer ó por despejar esos caminos, los franceses no cesaban en sus correrías por el áspero y laberíntico terreno en que están abiertos, y era raro el día en que las inmediaciones del de Valencia por Las Cabrillas no fueran teatro de sangrientos choques entre las partidas de uno y otro de los beligerantes. En uno de esos choques, habido el 19 de Junio de 1810 junto á Almodóvar del Pinar, los húsares de Daroca y un escuadrón de Cuenca fueron atacados por gran golpe de jinetes franceses. Cayó del caballo en la refriega un húsar, y al punto fué rodeado de enemigos que pretendieron apoderarse de él; pero voló en su auxilio un camarada, el que iba á correr igual peligro cuando se interpuso entre los dos y los franceses el cabo de Cuenca Francisco Matos, el heroico protagonista de aquel glorioso drama. Solo, ya que el resto de los españoles no podía acudir en su ayuda, resistió todo el furor de los enemigos y los contuvo lo bastante para que, á caballo de nuevo el caído y juntos con él sus protectores, pudieron luego los tres abrirse paso por entre los imperiales hasta reunirse á sus respectivos cuerpos. En la orden general de la división se decía el 17 de Julio al coronel D. Angel Ladrón de Guevara: «El teniente D. Santiago Mariano entregará á usted la hermosa espada que he mandado fabricar á propósito, en cuya cazoleta se lee la inscripción siguiente: *La patria al valor de Matos. Fuentes*, 19 *de Junio de* 1810. Este instrumento del valor patriótico y honor español lo destino á Francisco Matos, cabo primero de la primera compañía del primer escuadrón de Cuenca, caballería de línea, para premiar, entre otras acciones, la que ha executado el 19 de Junio próximo pasado en el ataque de Fuentes, á fin de que se la entregue usted en nombre de la patria. Y para aumentar quanto sea posible el mérito de esta distinción tan apreciable, formará usted su compañía, y puesto al frente de ella, hará leer en alta voz esta orden, y en seguida se la ceñirá usted por su mano al toque de degüello de los clarines, haciendo entender á los demás individuos de la misma compañía que en las ocasiones que pronto les proporcionaré para que se distingan, espero imitarán el valor de Matos, y tendrán en su memoria este acto tan señalado y honorífico.»

Como ese hecho, que ciertamente no necesita más explicaciones ni comentario alguno, podría yo recordar á los lectores de La Ilustración muchos otros, si con diversos accidentes en la forma más ó menos clásica del antiguo valor de los españoles, todos revelando que ni ha llegado á apagarse el ardimiento que tanto celebraron los historiadores romanos, ni tampoco se oculta en las cenizas amontonadas sobre él por el tiempo y las desgracias que con tanta frecuencia han afligido á nuestra patria.

Otro cabo, en la división de Dinamarca, sale de las filas del regimiento de la Princesa, y presentando el arma al Marqués de la Romana, le dice: «Mi general, mi compañía no jura á José ni á otro alguno, sino á esa bandera; pues en llegando á España veremos á quién representa.» Un tambor, mozo de doce ó catorce años, que sustituye su caja, rota de un balazo, con otra que arrebata al enemigo el 21 de Octubre de 1810 en la acción de Lladó, viendo huir á los suyos, los persigue á pedradas y cubriéndolos de improperios y denuestos para obligarlos á volver por su honor, con lo que obtiene también una mención envidiable en el parte de su general Barón de Eroles. Un centinela en las obras exteriores de Gerona, desfallecido y cayéndose de necesidad, rechaza el pan que le ofrece el enemigo, que, no pudiendo vencer con las armas la constancia militar de los sitiados, trata de someterlos con llamar en su ayuda al hambre, á la astucia y los halagos. Ciento y mil de esos héroes de nuestras batallas de la guerra de la Independencia, mártires del rencor feroz de quienes tomaban la resistencia española por alarde necio de valor salvaje, que ellos habrían de vencer, y de un mal entendido patriotismo, que estaban llamados á dirigir por los senderos de sus intereses y ambiciones; ciento y mil, repito, de esos seres de las ínfimas clases militares, todo ímpetu en los combates y abnegación en los reveses, dignos por lo mismo de elevarse á las regiones de la inmortalidad, podría yo sacar aquí á plaza, si no me lo vedase la estrechez de las columnas de La Ilustración.

Sin eso veríase cuán sano y cuán patriótico y generoso era el consejo del ilustre vate, objeto hace poco de una de las más justas y grandiosas manifestaciones de la opinión pública más ilustrada, para la composición de un catálogo breve y compendioso de historias militares que enardeciesen, si más es posible, el espíritu ya de por sí ardiente y hasta levantisco de nuestros por tantos conceptos incomparables soldados.

Desde el momento en que nuestro pueblo se pronunció con la energía que nadie esperaba por la honda perturbación que tenía así como amortiguado su ardimiento genial, volvieron á mostrarse en él aquellos rasgos de fuego que desde las primeras edades de su existencia lo habían hecho admirar. Y de ahí el prestigio alcanzado en el mundo por los espectáculos que ofreció la guerra de la Independencia, y el respeto además que inspira el recuerdo de aquella grandiosa lucha cuando surge en Europa cuestión cualquiera que haga temer una ruptura con España.

El general José Gómez de Arteche.

DECEPCIONES.

«¡Las impurezas de la realidad!»

¿Dónde lo he leído? ¿Cuándo? No puedo decirlo con toda exactitud, porque no lo recuerdo bien. *Me va por la cabeza* (según dicen en una comarca española que me gusta mucho) que lo vi en *El Imparcial*, y que hace de eso bastantes días, tal vez algunos meses; pero sí diré, con toda verdad, que la impresión desagradable producida por aquella lectura en mi espíritu no se ha borrado todavía, ni seguramente se desvanecerá nunca.

Se trata de un tesoro regio robado, esta es la palabra, robado por dos militares ingleses, los cuales después de hecho el robo enterraron las alhajas robadas (entre ellas la corona del rey Theebaw, muy señor mío; corona de piedras preciosas de incalculable valor) en un sitio de ellos solos sabido.

Uno de los dos ladrones ha muerto, y en la hora de su muerte reveló aquel secreto y además reveló el nombre de su cómplice.

El cual cómplice está vivo, y ha pactado con el Gobierno inglés que éste, quiero decir el Gobierno inglés, pague al robador superviviente el viaje á Birmania y los gastos originados por la busca de tan preciado tesoro, y le entregue después un tanto por ciento de lo que valga el mismo.—El mismo tesoro, se entiende, no el mismo Gobierno, ni el mismo ladrón; altas partes contratantes en este tratado de..... comercio.

Esta historia, verdadera ó falsa, nada de extraordinario tiene. Algo muy parecido, casi igual á eso, fuera de pormenores insignificantes, es lo que inventan en nuestros presidios los autores de los denominados por el vulgo ENTIERROS, y que, en sustancia, son cuentos semejantes á la presente historia: si ya no es también cuento lo del moribundo y lo del tesoro del rey Theebaw, muy señor mío, como llevo dicho. Porque en eso de los entierros se adelanta más cada día, y si hasta ahora sólo se ha engañado con ese procedimiento á ciudadanos particulares, suficientemente candorosos para dejarse atrapar en tan burdos lazos, puede que desde hoy se lleven las cosas á perfección tal, que se engañe á gobiernos tan cautos y tan prudentes como el del Reino Unido.

El moribundo podría muy bien haber sido un moribundo de pega, como el que representaba nuestro inolvidable Mariano Fernández en el sainete *El sutil tramposo*, y que, una vez hecha la confesión engañosa, diese un puntapié á los chirimbolos y menesteres de enfermo. Y aun podría ser moribundo caritativo ó de buen humor que pretendiera, bien favorecer á un su camarada de campamento dejándole preparado un excelente negocio; bien dar ese bromazo á lord Kimberley, estiradísimo ministro de las Colonias.

Aquí lo verdaderamente peregrino, lo realmente asombroso es..... (parto del supuesto de que haya verdad en la noticia) que el Gobierno inglés haya descendido hasta celebrar pacto sinalagmático con un apreciable ladrón; que, sin permiso, de ese modo nombramos en esta tierra á los que roban.

Que el robado sea un simple particular, ó lo sea un rey, simple ó compuesto, como el de Birmania, Don *Theebaw*, muy señor mío, según he repetido con insistencia; que el robo consista en unas cuantas pesetas, ó consista en preciosas alhajas valuadas en muchos millones, para la calificación del acto y para su valor moral, es exactamente lo mismo.

El espectáculo que nos ofrece todo un Gobierno poderoso y fuerte y respetado, reconociendo—por el corto interés de algunos centenares de libras esterlinas—la *beligerancia* de un criminal, es, reconózcanlo ustedes conmigo, muy poco edificante..... ¡nada edificante! y viene á echar por tierra las ideas que sobre moralidad, rectitud y honradez hemos adquirido todos desde nuestra más tierna infancia.

Muchos años, siglos, se han deslizado desde que el sapientísimo autor de *El Espíritu de las leyes* escribió, si no recuerdo mal:

«En estos tiempos recibimos tres educaciones distintas y aun incompatibles; son á saber: la que nos dan nuestros padres, la que nos inculcan los maestros, y la que nos propina el mundo.»

No respondo de que el autor lo dijese de esa manera precisamente, pero me parece que una cosa así dijo. Y lo mismo podría haberlo dicho, á pesar del tiempo transcurrido, para nuestra época que para la suya, porque esos procedimientos y esas componendas del Gobierno inglés contradicen y anulan cuanto nuestros padres y nuestros maestros, en lo que respecta al decoro y á la probidad, nos han enseñado.

Tratándose de gobiernos débiles, como lo fué en ciertos momentos el de Italia; como lo era—por varias razones que ahora no he de exponer—el mismo de España; como lo ha sido muy frecuentemente el de Grecia, comprendíase, aunque se deploraba, que un Poder constituído, la genuina representación de un Estado, reconociese personalidad en bandoleros famosos para entablar con ellos negociaciones.

Esto ha sucedido más de una vez. Cuando la persecución continuada era infructuosa; cuando la seguridad individual de los ciudadanos, constantemente amenazada, exigía toda clase de sacrificios en evitación de males mayores, admitíanse, por triste y vergonzoso que fuese el admitirlos, esos tratos entre las autoridades y los malhechores; y aun en tales casos de absoluta impotencia del Gobierno para conjurar por la fuerza males duraderos, seguíanse las negociaciones con el recato indispensable para guardar, cuando menos, las formas, y dejar incólumes el principio de autoridad y la respetabilidad del Gobierno. Y ahora damos á los vientos de la publicidad lo sucedido, como si fuera la cosa más natural y más sencilla.

Se trataba entonces de bandidos como un Roque Guinart, por ejemplo—y nombro éste, porque es el primero que ha venido á mi memoria, y porque lo cita nuestro Cervantes en su libro inmortal—que, á los ojos del pueblo, antes eran héroes de leyenda que malhechores.

En esta benditísima tierra de *los bandidos generosos*, sobre todo, anduvieron siempre tan revueltas y tan confundidas las especies, que la misma aureola de popularidad circundó al intrépido Viriato que al guapo Francisco Esteban. Allá se van el prestigio y la fama logrados por los guerrilleros (que en nuestro país los hubo siempre), y la que alcanzaban los salteadores de caminos, siempre que éstos, como aquéllos, fuesen arrojados, dadivosos, compasivos con el pobre, sensibles con el débil y soberbios con el fuerte y el potentado.

Muchas veces en el curso de nuestra historia se ha repetido el caso de

Viriato guerrero,
Pasando de pastor á bandolero,

y en todos estos casos, y cuando se trata de seres poetizados por la imaginación del vulgo («y el vulgo, hija mía, es casi todo el mundo», según dice el protagonista de una comedia muy conocida) á nadie escandaliza que las autoridades pacten con ellos de igual á igual. Pero se trata ahora de un soldado que entró en el palacio del monarca *Rheebaw* ó *Theebaw*—que de ambos modos lo nombraba el diario de referencia;—se apoderó allí, *contra la voluntad de su dueño*, de muchos objetos preciosos y de gran cantidad de alhajas y de dinero; lo escondió donde pudo y como supo, y ahora viaja á costa del Gobierno inglés, y *de acuerdo con éste*, para buscar el tesoro escondido y repartirlo en amor y compaña, como buen hermano, como *su socio capitalista*.

Esta comunidad de intereses entre un merodeador de la soldadesca indisciplinada y el Gobierno supremo de un país culto, estas *comanditas* entre el que ha cometido un delito y la entidad en quien reside el derecho á imponerle castigo, choca tan de frente con el concepto que todos tenemos de lo justo y de lo injusto, que habrá sido para todos, como fué para mí, verdadera y dolorosísima decepción. ¡Cuán cierto es ahora, como lo era hace siglos, que la educación dada por el mundo es casi siempre incompatible con lo que nos enseñan los maestros!

Espero todavía que los periódicos ingleses desmientan de un modo categórico y terminante lo afirmado por el autor de esa noticia estupenda.

Creo sinceramente, y celebraré no equivocarme,

MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



SOBRE EL CAMPO DE BATALLA.

CUADRO DE D. VICENTE CUTANDA.

MADRID.—CUARTA EXPOSICION BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



HORAS FELICES.

CUADRO DE D. ÁNGEL ANDRADE.

(Adquirido por S. M. la Reina Regente.)

que el honorable lord, ministro de las Colonias, no es hombre de esos tratos, y no se entendería con un malhechor ni aun para dar á su país (que nada en la abundancia) algunos millares de libras.

Pero si mis esperanzas se desvanecen; si mis creencias son equivocadas; si, en efecto, van ya camino de Birmania el enterrador del tesoro y los agentes del Gobierno inglés, ¡así haya desaparecido el tesoro, ó el autor del *entierro* logre burlar la vigilancia de sus acompañantes y se alce, cuando ellos menos lo piensen, con el santo y la limosna—inclusive la corona del rey Theebaw, muy señor mío—y deje al Gobierno inglés á la luna de Valencia!

¡Justo castigo á su antipática *sinvergüenzonería!*

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UNA CRÓNICA DE ROMA.

SUMARIO.

Las sentencias sicilianas y las bombas explosivas de Roma.—Una nueva crisis ministerial en Italia.—El primer centenar de Pío IX.—Un falso Papa, y el más dramático y *fantástico* de los procesos judiciales.—Importancia de las relaciones oficiales restablecidas entre Rusia y el Vaticano.

Si la consideración de no acaparar en breve período de tiempo el limitado espacio que LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA puede ofrecer á su antiguo cronista de Roma no me hubiese detenido, pocos meses habrían dado más amplia cosecha que los de Mayo y Junio á una crónica que, sin presentar para España el poderoso atractivo de su inolvidable peregrinación á la Ciudad Eterna, habría interesado vivamente también á los lectores de esta revista universal. Á fines de Mayo, y enlazándose con las primeras semanas de Junio, se pronuncian efectivamente los solemnes y severos fallos de los Consejos de guerra de Palermo, contra los conspiradores de la Sicilia, á los que siguen manifestaciones ruidosas, y por último, estallido de bombas ante los Ministerios de la Justicia y de la Guerra.

A las emociones vivísimas producidas por estos acontecimientos, sucede en las regiones políticas del Quirinal una nueva crisis ministerial, en los momentos en que escribo no resuelta todavía, pero que, según todas las probabilidades, producirá otro Gobierno Crispi, aunque de todos estos acontecimientos, que pertenecen á la crónica diaria de los periódicos políticos, más que á una revista semanal histórica y literaria, LA ILUSTRACIÓN puede fácilmente prescindir. Más doloroso ha sido á su cronista renunciar á describir en sus columnas, los dos hermosos Consistorios de la segunda quincena de Mayo, en que han proclamado una decena de Arzobispos y Obispos españoles, constituyendo corona en derredor del nuevo purpurado, Arzobispo de Valencia. Pero también, no sólo el telégrafo, sino la prensa diaria, se me han adelantado en llevar á España y América los nombres y títulos de los nuevos purpurados, de los metropolitanos que obtuvieron el palio en estas asambleas de la Iglesia, y de los Obispos numerosos que, muchos de ellos presentes en Roma, han celebrado después en sus más hermosos templos sus consagraciones episcopales.

°°°

Muchos de los nuevos purpurados, como grandísimo número de otros prelados de la cristiandad, prolongaron su estancia en la Ciudad Eterna para asistir á las funciones religiosas del centenario de Pío IX. Inauguróse aniversario tan solemne para Italia y para España, donde tan amado era el Pontífice de la Inmaculada, en su patria Sinigaglia, á la que concurrió numerosa legión de peregrinos, procedentes de todas las regiones itálicas y de muchas naciones del universo católico. Nada ha faltado para su lucimiento, pues habiéndose dirigido, á nombre del Comité de Señoras, la Condesa Merlini á la reina Margarita para que concurriese á la Exposición de Beneficencia celebrada en Sinigaglia, la Princesa, que heredó desde niña la piedad de su madre, se apresuró á ofrecer lindísimo servicio de té, en plata cincelada y en porcelana de Sajonia, aunque teniendo la precaución, como esposa de un Monarca constitucional, de que acompañase al donativo una comunicación del Presidente del Consejo, en la cual, haciendo éste elogio del corazón de la Reina, se asociaba al recuerdo del nacimiento del hijo de Sinigaglia, á quien, añadía, enaltecerá siempre la historia por cuanto hizo en los primeros tiempos de su pontificado. Limitación cuyo alcance comprenderán cuantos conozcan la historia de Italia.

Las principales fiestas del centenario en Roma fueron las celebradas en la basílica de San Lorenzo y en el Vaticano. En aquélla León XIII se hace representar por su Cardenal Vicario de Roma, por el Sacro Colegio, la Antecámara de los Palacios Apostólicos, y los cantores de la capilla Sixtina, que entonarán la admirable misa de Palestrina, llamada del papa Marcelo, dicha por el Patriarca de Constantinopla, mientras el cardenal Parrochi dará la absolución al túmulo, asistiendo todos los embajadores de las naciones, las princesas y príncipes romanos, y, llevando más de cuarenta estandartes, los peregrinos celebrando el centenario del Pontífice, y las sociedades obreras de Roma é Italia. Desde la parte alta de la Basílica aquel concurso solemnísimo descendió á la cripta que guarda las reliquias del mártir español San Lorenzo, junto á las cuales quiso Pío IX tener su tumba humildísima, dirigiendo él el dibujo de su propio sepulcro. Pero al lado de él, y como manifestación de protesta del mundo católico contra el ultraje hecho á su féretro en la triste noche del estío de 1881, al ser trasladado el cadáver desde San Pedro á San Lorenzo, se ha elevado magnífico monumento en mosaico veneciano, obra del eminente escultor Rafael Cataneo, arrebatado joven á su gloria artística, y por el pintor Luis Seitz.

A la función de la basílica de San Lorenzo sigue, ante un concurso todavía más grandioso, la misa de *requiem* por el Papa actual en el Aula Sacra, sobre el pórtico de Carlomagno, y el recibimiento de la romería piana en la sala Mantuana de las logias de Rafael.

°°°

Es preciso descender desde estas alturas á los fastos judiciales de la moderna Roma, donde, junto al conmovedor proceso de los gerentes estafadores del Banco de Roma y de tantos personajes políticos comprometidos en estos escándalos, se acaba de ver una causa, si no de estas proporciones sociales, verdaderamente fantástica y destinada á ser famosa.

Loigny es una villa, casi una aldea, de la diócesis de Chartres, no lejana de París, donde el 2 de Diciembre de 1870 se riñó la sangrienta batalla que lleva su nombre, y en la que, junto á otros hijos de Francia, perecieron en lucha contra los ejércitos prusianos 1.200 zuavos pontificios, restos de la legión que un trimestre antes defendía el principado temporal de los Papas tras los muros de Roma. Sepultados estos cruzados de nuestro siglo en aquella tierra empapada de sangre francesa, se ha erigido, junto á su tumba, un santuario consagrado al Sagrado Corazón de Jesús y á la Santísima Virgen, derivación del más famoso de Lourdes, y en el cual hay una religiosa llamada sor María Genoveva, que, como la tierna pastora de la gruta inmediata á Pau y los moradores del valle de Pompeya, en Italia, tiene el privilegio de que alguna vez, no sólo se le haya aparecido, como á aquéllos, la Virgen, sino que la *Madona* y Jesús, en su advocación del Sagrado Corazón, conversen con ella, cuando lo exigen grandes intereses sociales ó la religión amenazada. Como á nuestra famosa sor Patrocinio, la llaman los creyentes franceses la inspirada del cielo.

En derredor del santuario de Loigny, y en esa Francia tan dividida por las luchas políticas, y donde junto al socialismo más ateo vive el fanatismo más ardiente, son numerosos en nuestros mismos días los que creen que por un milagro del cielo se salvó de la muerte en las prisiones de la Conserjería el tierno Delfín, hijo de los reyes mártires Luis XVI y María Antonieta, y se ha constituído una liga, si no tan poderosa como la del siglo XVI, bastante fuerte para sostener, con el título de defensa del altar y del trono, una lucha contra la república, con los imperialistas de Víctor Napoleón y con los orleanistas del Conde de París.

Reclamó el Gobierno francés contra lo que debió parecer foco de conspiradores, y por consecuencia de negociaciones entre el Elíseo, la Nunciatura y el Vaticano, el Prelado de Chartres, ejecutando la sentencia del Santo Oficio, pronunció un entredicho contra el Santuario, la sor María Genoveva y el abate José Xae, párroco de Nonhigny, sacerdote, no belga, como ha dicho algún diario español, sino hijo de Francia.

Pero los llamados amigos de Loigny son muy numerosos; su cariño á Carlos XI sobrado fuerte, y los lucros que produce á los jefes de la liga de bastante importancia para que se resignen á renunciar á sus esperanzas, que todos los años se fortifican al contemplar el entusiasmo con que las más ardientes falanges de los realistas franceses celebran en Diciembre la apoteosis de los zuavos muertos por la religión y por la patria. El abate y un tal gerente de la revista *Los Anales de Loigny*, se trasladaron hace tres años á Roma, á costa de la Liga y como sus representantes y misioneros, para conseguir se alzase el fallo severo de las autoridades pontificias. Sea que se lo hiciese esperar la suprema bondad del Padre Santo, sea que inventasen coloquios tenidos con Su Santidad, el caso es que han estado mucho tiempo alentando á los llamados amigos de Loigny, mientras los auxilios que de Francia les llegaban les permitían tener vida holgada en la Ciudad Eterna, si bien iba acompañada de obras de caridad para los desvalidos de la región del Coliseo, donde habitaban, y de educación moral para los párvulos, que todavía acuden á su morada. El que esta crónica escribe ha tenido ocasión de conocer al sacerdote Xae, que vino á pedirle un servicio; y esta es la hora en que, á pesar de lo fantástico de sus escritos y del absurdo de sus afirmaciones sobre la sustitución del verdadero León XIII por un Papa falso, hechura de Satanás, no puede decir si se trata de fanáticos, convencidos de cumplir una misión divina, ó de farsantes y estafadores. Es lo cierto que hallando al fin cerradas las puertas del Cardenal Vicario, y no pudiendo mantener más tiempo la ilusión de las cruzadas de Loigny, idearon la novela más dramática y palpitante que habría dado á Zola argumento mucho más vasto que el de Lourdes. Avisos secretos de una titulada Condesa de Saint Arnaud, de otro fantástico Duque Bustelli-Foscolo, el octogenario servidor de Pío IX y del príncipe Torloni Salvucci, y un *lazzarone* napolitano, fingido jefe de un grupo de obreros prontos á libertar al Pontífice, hicieron creer á los misioneros de Loigny, si es que la idea no surgió de éstos, que León XIII está encarcelado en los subterráneos de San Pedro donde lo fué el Apóstol, ó en el sitio misterioso en que se guardan los tesoros preciosos del Vaticano y que un día sirvió también de calabozo al célebre cardenal Gonzalvi, comunicándose por altísima escalera secreta, de la cual tiene la llave el Papa, con las habitaciones pontificias, según se ha visto en la causa. La Saint Arnaud es una señora llamada Arnó, de buena familia, de Módena, viuda de un Conde, servidor del gran duque difunto Francisco de Este. El Duque, hijo de un Bustelli Foscolo, cónsul pontificio en los días de Gregorio XVI, fué siempre desgraciado en sus empresas, fantásticas todas, por lo que estaba sumido hace un año en una miseria grande, pero hasta cierto punto honrada, cuando sin duda cayó en las redes de la inteligente Condesa, más pródiga de promesas para él y su compañero Salvucci, que de escudos de Francia.

Según la leyenda fantástica consignada como evangelio en los *Anales de Loigny* y en los folletos que á millares han repartido sus misioneros en Roma, un núcleo de Príncipes de la Iglesia, no pudiendo conseguir de León XIII que reconociese solemnemente y apoyase la República francesa, condenando las aspiraciones de sus Príncipes y el patriotismo de los Charetes y tantos otros defensores de la monarquía, ideó el negro complot de narcotizar al Padre Santo, y conducirlo, con su fiel servidor Luis, á las Catacumbas vaticanas, donde al despertar de su sueño letárgico se encontraron en una misma estancia, sirviéndoles sus alimentos tres gendarmes pontificios, que se relevaban por días, usando la escalera secreta, y á las órdenes de un joven personaje misterioso que desempeñaba el oficio de principal carcelero.

Este carcelero era nada menos que el archiduque Juan Salvador de Lorena, hijo de la venerable gran Duquesa de Toscana María Antonieta. El Archiduque, enamorado de la bella y célebre María Wattshera, cuando vió arrebatada su prometida por el archiduque Rodolfo, heredero del trono de Austria-Hungría, concibió el proyecto vengador de envenenarlos, como lo hizo con el veneno de los Borgias, cuyo secreto conocía, servido en el agua y en el vino que bebieran en el *chalet* de Meyerling, si bien teniendo la precaución de colocar al lado del seductor de María un revólver descargado, para que creyese Europa el doble suicidio de los amantes. Tragedia cuyo secreto descubrió y ha querido revelar al mundo la madre de la infortunada María, y participó el archiduque Salvador de Lorena al rey Leopoldo de Bélgica, padre de la viuda princesa Estefanía; el cual, aunque perdonándolo por su parte, le dijo que el único perdón salvador para su alma, y el olvido del crimen por parte de los emperadores, sólo podría alcanzarlo del Padre Santo, para quien le entregó una epístola sellada. Portador de ésta vino á Roma, se arrodilló en 1891 á los pies del Padre común de los fieles, obteniendo de él indulgencia de su delito, á condición de que en las Catacumbas vaticanas hiciera larga penitencia. De cuya circunstancia se aprovecharon los Cardenales conjurados para continuar su prisión, si bien prometiéndole que la habría extinguido el día del fallecimiento del augusto prisionero, del cual le hacían carcelero, y ante la amenaza de una muerte inmediata si faltaba á tal misión.

°°°

Sería imposible seguir todo el proceso, que á los lejanos lectores de LA ILUSTRACIÓN nunca podría emocionar tanto como á los testigos de este drama judicial. Pero no me perdonaría la omisión de algunos de los principales rasgos de la causa, durante cuyas audiencias surgen los más dramáticos altercados entre la Condesa, el Duque y el viejo servidor del príncipe Torlonia, negando con energía y verdad estos últimos haber recibido los billetes del Banco de Francia que se reservó la Saint Arnaud, mientras con asombro se oye á los misioneros de Loigny, en su calidad de testigos, sostener la inocencia de todos los culpables, que dicen haber jurado á Su Santidad mantener el secreto más absoluto sobre los hechos ocurridos en el Vaticano. Hasta fingen creer, estampándolo en su memoria, que un día, y mientras el duque Bustelli Foscolo estaba en su modesta morada, los Cardenales culpables de la prisión de León XIII, yendo á visitar su calabozo, se encontraron guardando la entrada una representación del arcángel San Miguel, como aparece en los altares, si bien había tomado la figura del fantástico Duque. Cuentan la liberación del verdadero Padre Santo con circunstancias no menos novelescas. Nos hallamos en la Semana Santa de 1893, habiendo transcurrido un año desde la prisión de León XIII. El momento es propicio, pues ocupados los Príncipes de la Iglesia con las solemnidades de la Pasión, olvidan un tanto al cautivo en las Catacumbas. Los tres gendarmes, ganados por los libertadores; el archiduque Salvador, que ha ofrecido su concurso, siempre que la Condesa, alma de la liberación pontificia, cumpla su promesa de conducirle en los pequeños vapores del Tíber hasta el puerto de Anzio, y darle los medios de alejarse de Europa, para perecer más tarde en un naufragio del Pacífico, suceso envuelto todavía en el misterio; el fiel servidor Luis, compañero de prisión del Papa; el oficial de la Guardia palatina, Stampa, y el sargento de la Suiza, que está el Sábado Santo de semana en los Palacios apostólicos, piden impacientes no se demore más tiempo el momento supremo, pues si se descubre el plan libertador puede costarles la vida, como ha costado su empleo en las milicias vaticanas más tarde al oficial y al sargento. Pero se necesita un dinero que no llega de Loigny, para asegurar los medios de fuga al Archiduque y pagar á los *lazzaroni* católicos venidos de Nápoles para la eventualidad de que sea necesario un golpe de mano contra la fuerza vaticana. Sor María Genoveva, si ha conseguido en sus coloquios con la Virgen que ésta declare imponerse urgentísima la libertad del Pontífice, nada ha querido decir sobre la cuestión de dinero, y el superintendente de la Liga francesa, el rico Jordan de Lyon, sigue dando largas al envío de los veinte mil francos necesarios. A los salvadores del Pontífice se presenta el portador de un telegrama anunciando la expedición telegráfica de la suma reclamada. Las horas que quedan del Sábado Santo ocúpanlas en los preparativos: los libertadores penetran á las altas horas de la noche en la prisión del Pontífice, de donde le sacan en brazos Bustelli y Martinucci, mientras la Condesa guía al archiduque Salvador de Lorena, que antes se ha arrodillado pidiendo el perdón á su prisionero, á la barca que le espera en el Tíber. El cuadro se completa con la desaparición del falso Papa, en quien los creyentes de Loigny ven la sombra del mismo Satanás, y que aun en el año de 1894 ha hecho alguna aparición en los jardines del Vaticano. Este falso Pontífice ha sido el autor de las Encíclicas reconociendo y ensalzando la República francesa.

Era más difícil explicar cómo libre León XIII, ni se ha mostrado agradecido á sus libertadores, ni alzado el interdicto de Loigny, castigando á sus carceleros y desterrando á los Cardenales que le han tenido un año en prisión. Los li-

bertadores del Pontífice lo explican diciendo que éste ha tenido que ceder ante la República francesa, y que no ha podido aún deshacerse de los Cardenales, que, si no en prisión material, lo mantienen hasta cierto punto en cautiverio moral. Por último, todos han dado en las cárceles de Regina-Cœli, donde han permanecido siete meses.

Tal es el fondo del proceso, dramático en extremo durante todas las audiencias, y especialmente aquellas en que el abate Xae, actuando como testigo de descargo de los reos, proclamando su inocencia y su convicción sobre el cautiverio del verdadero León XIII, á la par que manifestando la extrañeza de que se quiera condenar como estafadores á personas contra las cuales los que podrían creerse estafados, el notario de Lyon, que envió los veinte mil francos, y el que los entregó á la Condesa, nada reclaman, aplaudiendo por el contrario su empleo, pide á los magistrados, como lo ha realizado en un escrito anterior al Tribunal, que para fallar con verdad y con justicia, lo primero que los jueces deben hacer es llevar los acusados ante León XIII y preguntar al Pontífice si los extraordinarios sucesos de que fueran actores son una realidad ó un sueño fantástico. El, sacerdote creyente é inspirado por la fe, pronto está á testificar la verdad delante de León XIII, el cual, alzando el juramento del secreto impuesto al Duque Bustelli y al anciano Salvucci, les permitirá, en vez de negarlo ardientemente como lo hacen hoy desautorizando á la Saint-Arnaud, confesar el paso por sus manos de las sumas consagradas á la libertad del Santo Padre.

Compréndese bien los conflictos en que se han visto los magistrados, acabando por pronunciar la absolución del anciano Salvucci y del *lazzarone* napolitano, é imponiendo pena tan leve como la de quince meses de arresto, de los que descontarán siete pasados ya en su prisión y tres de la reciente amnistía, á la Condesa, alma, con el abate Xae, de toda la fantástica empresa; al amante Martinucci, falsificador de las epístolas de León XIII, y al Duque, general de los nuevos cruzados para la libertad del Pontífice. Pero lo que nadie se explicará es la completa impunidad en que quedan los llamados misioneros de Loigny, que han estipendiado á todos los elocuentes abogados, defensores de los reos, que han inundado el tribunal de folletos ensalzando sus hazañas, y que siguen sosteniendo con constancia digna de mejor causa, á la faz de Italia, de Francia y del universo católico, que León XIII ha estado un año, desde Pascua á Pascua, encerrado en las Catacumbas del Vaticano; y que aun hoy día no es enteramente libre, en la esfera moral, el Pontífice autor de las encíclicas *Rerum Novarum* y de las bellas invocaciones á la concordia de los católicos de Francia.

Y, sin embargo, este Papa, cautivo moralmente, acaba de conseguir el más alto triunfo de la política, que inició desde su advenimiento al solio pontificio, completando la obra de pacificación de la Santa Sede, respecto de Alemania, Suiza y Bélgica, consiguiendo el reanudamiento oficial de las relaciones entre el Vaticano y Rusia, cuyo enviado del czar Alejandro, después de veintiocho años de apartamiento entre los Pontífices y la Imperial dinastía de los Romanof, será recibido estos días solemnemente en el Palacio Apostólico.

CONDE DE COELLO.

Roma, 10 de Junio.

LA OLA.

Ola gentil que al brotar
Alzas tu frente serena,
Cual leve grano de arena
Del desierto de la mar;

Globo azul que soberano
Pinta el iris diamantino;
Arco del cristal divino
Que hierve en el Oceano;

Fugitiva catarata
Que rizándose circula;
Ala de cisne que ondula
En un espejo de plata;

Grada de inmensos altares;
Respiración escondida
De alguna virgen dormida
Bajo el cristal de los mares;

Hija del mundo bendito
Que hace cantar al poeta;
Hoja de plata sujeta
Al árbol del infinito.

Reina..... en ardiente ansiedad
Te dan su manto las brumas,
Su corona las espumas,
Su trono la inmensidad.

Cuelgas al flotante seno
Rojos corales por banda;
El aura dócil te ablanda
Y te ensoberbece el trueno.

Ya bulliciosa te miro
Hervir con viva inquietud,
Ya gimes como un laúd,
Ya suenas como un suspiro.

Tal vez tu són lastimero,
Allá en la noche sombría,
Trae con el viento al vigía
Los cantos del marinero.

Tal vez perdida al flotar
De la inmensidad en pos,
Levantas un himno á Dios
Que te dió un mundo en la mar.

Por eso en ardiente anhelo,
Cuando la tormenta estalla,
No encuentras dique ni valla
Para remontarte al cielo.

Ya ruedas entre la bruma
Sobre alfombras infinitas;
Ya ronca te precipitas
Sobre un diluvio de espuma.

Y rauda subes y subes,
Hinchando el hirviente seno
Cuando rueda el ronco trueno
Por las masas de las nubes.

Mas la tormenta desmaya,
Y te vuelves tan serena,
Que sólo un grano de arena
Te hace morir en la playa.

ANTONIO GRILO.

MUNDANAS.

LOS VENCEJOS.

I.

MAÑANA y tarde se les encontraba á los dos en lo alto de la torre, en aquel coronamiento de los mechinales donde aun en los días serenos reinaba un viento terrible. El llegaría ya muy á gusto á los setenta años, y era un viejo dulce y suave, afeitado el rostro, con una enorme calva que le rebasaba bastante del occipucio, con cierto aplanamiento en la actitud, como de persona que ha tenido que vencer el vértigo; ella no pasaría de las doce primaveras, y era una niña fina y menuda, de cara expresiva, con una hermosa cabellera rubia que la pasaba de la cintura, con cierta libertad de movimientos reveladora de la costumbre de andar por allá arriba, entre los esquilones.

Habíanse quedado solos en el mundo el viejo y la niña, y él encontrándose apoyado como en un báculo en la jovencita, y ella sintiéndose protegida en el anciano, formaban una deliciosa pareja con la que estaban familiarizados los canónigos de la catedral. A todas horas se les hallaba juntos; el cargo se transmitía de padres á hijos, y próximo á la rotonda de las campanas tenían de tiempo inmemorial sus encargados un chisconcillo que les servía de habitación. Pero el pobre abuelo prefería al cuarto ahogado y mezquino el aire libre, y más vivía entre sus bronces, sentado en un frailero en desuso de los capitulares, al cuidado de lo que su nieta hacía.

Porque si bien el viejo era el campanero de derecho, en realidad de verdad la muchacha resultaba desempeñando de hecho tan importantísimo cargo. Al principio, aunque nacida y criada entre las venerables esquilas, el anciano temía á los doce años de la niña, á las irreflexiones propias de su edad siempre dispuesta á tender el vuelo, y no la dejaba coger la cuerda del badajo. Pero á sus pies les faltaba ya ligereza y á sus manos pulso; un día la consintió que tocara á muerto; otro la permitió un gloria, y de doble en doble y de repique en repique concluyó la nieta por sustituir en absoluto á su abuelo.

¡Y que no se enorgullecía el pobre hombre viendo á la muchacha maniobrar de la campana mayor á la Santa Isabel, de la Berenguela á la cascada, del bordón al campanillo! Jamás, ni aun en los días felices en que vivían sus dos hijos, dos mozallones con unos puños de hierro, había visto tan bien servida la torre el valetudinario como ahora, en que corría el bronce al cuidado de unas delicadas manecitas de niña. Los mismos canónigos se lo decían de cuando en cuando. ¡Parece que hay arriba una legión de chicos! ¡Vaya si suena el carrillón! Y era ella sola, solita, la que tocaba, salvo en los días de gran función en que se necesitaba más gente. ¡Diantre con la mocosa! pensaba entonces el viejo hecho una jalea con el elogio.

II.

No duró mucho esta felicidad. Una tarde, después del toque de *Angelus*, cuando se retiraban á su chiscón el abuelo y la nieta, se estremeció la niña, y exclamando: «¡Tengo frío!», vióse precisada á apoyarse en una de las campanas para no caerse.

—¿Te sientes mal?—la preguntó el viejo espantado, sosteniéndola.

La muchacha no contestó; inclinóse entonces el pobre anciano sobre ella, y á la débil claridad del anochecer descubrió su rostro pálido como la cera, sus ojos cerrados. En el último resto de claridad de aquellas alturas, resultaba la cara de la niña la de un cadáver.

El anciano pidió socorro á grandes voces; pero sus gritos se perdieron en el espacio sin que acudiera nadie: estallaban en una garganta de setenta años. Hizo entonces un esfuerzo el pobre abuelo, tomó en sus brazos á la chiquilla desmayada, después de arroparla, y atravesando la rotonda de las campanas, se hundió con su preciosa carga por la estrecha escalerilla de la torre, negra por la hora y la falta de luz, bajando los escalones con toda la velocidad que le permitían sus ruinosas piernas. Dejó luego á la jovencita en su cama, cogió el frasco del vinagre con que humedecía las cuerdas de los badajos, la frotó las sienes, y sentándose al lado del lecho, quedóse mirándola de hito en hito, murmurando con un acento de suprema ternura:

—¡Niña! ¡niña! ¿Por qué no abres los ojos?

Quizás fué el vinagre, quizás fueron aquellas palabras acariciadoras; la niña abrió los ojos al cabo, y fijándolos con inmensa dulzura en la faz llena de angustia del abuelo, le dijo tratando de incorporarse y sonriendo:

—Esto no es nada. ¡Ya pasó!.....

Sin embargo, la pesaba mucho la cabeza, la ardían las mejillas, y no tuvo más remedio que acostarse. Ya recogida, bajóse el campanero á la iglesia, contó el lance en la sacristía, y el sacristán despachó un acólito en busca del médico. Cuando el doctor llegó al chiscón, la muchachita deliraba, devorada por una calentura tremenda.

Casi un mes tiró con su enfermedad la pobre chiquilla. Durante la dolencia, el infeliz viejo no pasó del vigésimo escalón de la torre, en el que se abría la puerta de su cuarto. La rotonda de las campanas quedó desierta y triste sin la figura de la niña, y sólo en los momentos en que había que dar algún toque veíase por allá arriba la triste silueta del anciano deseando escapar junto á su nieta. Ya no tenían encanto para él los afinados esquilones, privados de la mano segura de la muchachita que tales sonidos sabía sacar de ellos en los días de gran función. La dulce criatura no se olvidaba de los mechinales, y á lo mejor decíale al valetudinario, que la contemplaba en silencio: «Suba usted, que es hora de nona. ¡Abuelo, que es hora de maitines! ¡No se olvide usted de que hoy hay vísperas! ¡Mire usted que hoy corresponden honras!.....» Y el desdichado, envolviéndo á la pequeña en una mirada de supremo cariño, se iba entonces á cumplir con su obligación.

La pobre muchacha había caído en la cama para no volverse á levantar. Al principio no parecía cosa de cuidado su indisposición; pasado el síncope, hasta se mejoró algo, y la calentura tendió á ceder; pero repentinamente se elevó de un salto la fiebre á los cuarenta y un grados, y el ataque á la cabeza se manifestó con toda claridad y con una violencia enorme. La niña era de linfático temperamento, hallábase por añadidura muy débil, y no pudo resistir la congestión.

Cierto anochecido, un mes después del en que le acometió el primer síncope, el médico le dijo al anciano, que salió á acompañarle hasta la escalerilla de la torre:

—¡No tenga usted esperanza ninguna! ¡No sale del amanecer!

El pobre abuelo sabía el grave estado de su nieta, pero no se había atrevido nunca á creer que pudiera resultar un desenlace funesto. La terrible noticia, cayendo como un mazazo sobre su cabeza, le dejó anonadado, y sin pronunciar palabra, se quedó mirando con ojos de idiota al doctor. Luego, sin alientos para despedirle, se entró en su chiscón llorando desesperadamente, pero en silencio por si la muchacha le oía.

El médico fué profeta. Desde la media noche, la enfermita comenzó á empeorarse; á la madrugada, la mujer del sacristán, que por caridad de aquel viejo en lo último de la senectud, incapaz para nada, y de aquella criatura delicadita y abandonada á sí misma, habíase instalado casi en el chiscón del campanero, advirtió que la niña tendía á coger «puñados de embozo», y llamando á su marido, que la acompañaba en atención á la inminencia del peligro, le dijo en voz baja:

—¡Es preciso llevarse al viejo!..... ¡Esto se va!.....

Pero el viejo, que comprendió de lo que se trataba, no quiso irse; arrodillóse al pie de la cama, agarrando con las suyas una de las manos de la moribunda y acostó la cabeza sobre sus deditos, dejando ya que corriera el llanto á sus anchas. Era una crueldad separarle de su nieta; quizás resultara contraproducente para el pobre anciano, y la sacristana no insistió. El primer rayo del alba entraba en el chiscón del campanero por la rasgada ventana abierta en el muro de la torre como una tronera, cuando la enfermita, cesando de agarrar las sábanas y de mover la cabeza, se quedaba súbitamente inmóvil.

—¿Está dormida?—preguntó el anciano, rebelándose contra la horrible realidad.

Y la sacristana, acercándose á la niña, la cerró los ojos, y contestó con la voz ahogada por las lágrimas:

—¡Está muerta!

III.

Mientras permaneció el cadáver en el chiscón, el pobre viejo se estuvo contemplándolo, sentado junto al féretro azul, en el que dormía el sueño eterno la muchachita, besándola en la frente, cuidando de que el velo que la había puesto la sacristana «no la molestase» con sus arrugas, atizando los cirios. Cuando á la mañana siguiente fueron por la muerta, el anciano se abrazó á la caja, y costó gran trabajo apartarle; quería asistir al entierro. Para evitarlo hubo que cerrar el paso de la torre, y el pobre abuelo se quedó preso, incapacitado de huir, golpeando con desesperación la puerta.

Una idea repentina surgió en la mente del infeliz anciano: dejando de pronto de aporrear la puerta, tomó á escape escaleras arriba, llegó á la rotonda de los esquilones, agachándose para pasar por debajo de la campana mayor, se asomó al mechinal, y apoyándose en la barandilla de piedra, miró hacia la calle con ansia, con unas pupilas de loco.

Llegaba á tiempo. Abajo, al pie de la catedral, descubrió un sencillo entierro, un tierno grupo de cuatro niñas alboreando en la pubertad, que llevaban cogido de las asas un ataúd con la tapa quitada. Dentro se distinguía el cadáver vestido de blanco de otra jovencita. Todo aquello era obra de la piedad de la sacristana, obra de ese amor del pueblo siempre dispuesto á sacrificarse por el prójimo, siempre lleno de abnegación por los demás. Siguiendo la comitiva iban un señor cura y cinco ó seis seglares, el sacristán, el pertiguero, los amigos de la familia. El pelotón, contemplado á tal altura, resultaba lleno de una suavidad inmensa; la muerte perdía su repugnancia, y quedaba sólo la nota dulce del ángel dormido para siempre.



MIRADOR DE LA QUINTA DEL AUTOR.

CUADRO DE D. F. MASRIERA.



EL GLOBO EN EL CONVENTO.

CUADRO DE D. EUGENIO OLIVA.

El campanero, inmóvil, rígido, convertido en una estatua, con los ojos muy abiertos, espantados, estuvo viendo pasar la triste procesión, contemplando cómo se llevaban á la que había constituído la alegría de su vejez. El cortejo, mientras, se apartó de la catedral, tomó por una calleja que bajaba perpendicularmente al templo y que le permitió seguirle mucho tiempo con la vista, y se fué perdiendo en la distancia, esfumándose, haciéndose confuso hasta no ser más que una silueta borrosa. El sollozo que hervía en el fondo del pecho estalló entonces impetuoso, y el anciano, sin dejar de mirar á la lejanía, exclamó con una voz desgarradora, de un desaliento supremo:

—¡Hija mía!

De pronto, un rumor estrepitoso de muchos pitidos, un coro de gorjeos estalló en el aire, junto á los oídos del pobre anciano, y le arrancó á su dolor haciéndole levantar la cabeza. Un ejército de pájaros se entraba atolondradamente por los mechinales de la torre, volando por los lados de las campanas, por entre las vigas de la rotonda, sin cesar de piar, como si reconocieran el sitio. Buscaban algo, algo suyo, aquellas aves; investigaban, sentíanse en su casa, la visitaban pieza por pieza; algunas veces se reunían dos ó tres sobre un madero, se paraban un instante, diríase que se consultaban, y luego seguían sus locas carreras. Igual zaragata se advertía fuera, en las cornisas de la fachada, en los adornos del remate de la torre. El bando acababa de llegar; aun las rezagadas no habían posado sus alitas y venían enfilando el vuelo á la catedral. Eran los vencejos, los volátiles de la primavera, los que vienen en Mayo, los heraldos del tiempo plácido, de las auroras tranquilas, de las noches serenas, los precursores de las verbenas y de las frutas, los viajeros puntuales á la cita de las flores.

El anciano los conoció en seguida. ¡Como que los veía llegar hacía sesenta años sin faltar una primavera! Pero toda aquella alegría que se entraba por los mechinales de repente, todo aquel alborozo que comunicaba á la rotonda de las campanas la jubilosa invasión de los alborotadores vencejos, le trajo á la memoria los pasados Mayos en que la niña acogía palmoteando á las aves, gritando con su vocecita argentina: «¡Ya están ahí! ¡ya están ahí!» Ahora las recibía él solo; la niña ya no estaba allí esperándolas contenta y satisfecha; la niña había muerto.

El pobre viejo, entonces, ante el contraste entre su dolor y su soledad y aquella explosión de vida de las aves primaverales, se aferró con mano convulsa á la barandilla de piedra, pareciendo por un momento que iba á lanzarse al espacio, y encarándose con los vencejos y contemplándolos con una mirada tristísima, les gritó entre el tropel de sus lágrimas sueltas:

—¡Dichosos vosotros que aun podéis hacer nidos!

Alfonso Pérez Nieva.



D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA,

NOTABLE ESCRITOR Y NATURALISTA ESPAÑOL.

(De fotografía de D. M. Huerta.)

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Escuelas prácticas de excursionistas en el verano: las dos grandes metrópolis del Norte de América; el Broadway y la Wall street en New-York. — El *shopping* femenino. — San Francisco de California: el interior; los alrededores; las razas; las aspiraciones.

Epoca del estudio de las prácticas sociales la del verano, para el elemento mundano ambulante, ahora que se ha acabado la de los estudios teóricos de las escuelas y universidades, ofrece singularísimo contraste con la vida de los continentes viejos, cuyos territorios se desiertan y cuyos imperios se derrumban, la existencia de los grandes pueblos de la América sajona, en nada semejante á la de los rincones más históricos y á la de las metrópolis más pomposas de este lado del Atlántico. Para el cursillo de prácticas, dejando, pues, á la humanidad abrumada por el peso de las armas, y hundida por las exageradas expansiones del crédito falso y por las maléficas y agotadoras fiebres de las deudas, en estos



TOLOSA (GUIPÚZCOA). — «MEETING» CELEBRADO POR INICIATIVA DE LA LIGA NACIONAL DE PRODUCTORES, CONTRA LOS TRATADOS DE COMERCIO EN PROYECTO. — ASPECTO DEL FRONTÓN DE BEOTÍBAR AL COMENZAR EL «MEETING».

(De fotografía de D. J. Arrillaga.)

horizontes de Europa, necesario es cruzar el que ahora puede llamarse breve espacio del Océano y estudiar ese mundo modernísimo que se dilata entre la capital del Atlántico, New-York, y la capital del Pacífico, San Francisco de California, los dos grandes centros de vida comercial del Norte americano, hace cien años desconocidos y sin asiento ni nombre en la tierra ni en los mapas. No hay que llevar libros, ni álbums, ni pertrechos de artificial estudio, sino los sentidos bien despejados, el corazón entero y el juicio sereno, para que, con atento espíritu de observación, contemplemos la vida de aquellos pueblos tales cuales son en sus diarias y públicas manifestaciones, las cuales, grabadas en la retina y en el alma como en inalterables y magistrales placas fotográficas, se recordarán siempre con placer, apareciendo ante las evocaciones de nuestra memoria con el mismo relieve y colorido con que las vimos. Como cátedras prácticas, como observatorios en uno y otro extremo del mundo americano, tomemos á Broadway street en New-York y á Kearney street en San Francisco, admirables vías repletas de vida y de movimiento, superiores en cuanto á riqueza y originalidad á las que animan las grandes avenidas de Piccadilly, Reading Road y Green Park en Londres, á los afamados é inmensos bulevares de París, á nuestra Puerta del Sol, Carrera y calle de Alcalá en días de populares solemnidades, y al Corso romano, donde ostentan sus arrogancias los grandes palacios de Torlonia, Doria Pamphili, Sciarra, Ruspoli, Bernini, Venezia y Chigi.

°°°

Broadway street y Upper Broadway, en aquella interminable línea de edificios de diez kilómetros, que recoge toda la vida del comercio y de la elegancia de la reina del Altántico septentrional, parecen como evocadas por una imaginación quimérica. Aquello no tiene historia; allí bien puede decirse que no hay nombres de héroes, de guerreros, ni de filósofos: aquello es todo de ayer, y ha surgido por el vigoroso impulso de la acumulación de anónimos negociantes, que mimados por la fortuna dejaron en pos de sí un reguero de oro y de magnificencias. Como meditando, abstraídos, pensando en ellos, se mueven centenares de hombres de negocios, impelidos por la fiebre del negocio, persiguiendo al dios *Dollar*, sin ruido, sin paradas ni corros de desocupados charlatanes, en compactas filas puede decirse, que atraídas por un ideal, se apiñan con las carteras y documentos de crédito en las manos para explotarse mutuamente. Nada hay semejante al cuadro que ofrece la legión de banqueros, bolsistas y negociantes en el espacio de Broadway que media entre la plaza de Union square y la Battery, y parece que siempre va á volver á pasar por aquella amplia avenida la inolvidable procesión de comerciantes y explotadores que en líneas de cuarenta en fondo desfilaron por allí en 1889, tardando nada menos que ocho horas en pasar. No les detengáis ni les habléis, porque no os harán caso los que van olfateando algún negocio: «para el newyorqueño—dice un refrán—no hay en el mercado, ó en el escritorio, ni mujer, ni padre, ni amigo.» Desde el gran paso metálico, inmenso caño de gente de Brooklyn bridge, bajan á Broadway á millares, formando un verdadero caudaloso río de personas, con las que desembarcan de los ferry-boats y barcos de vapor, con las que parece que brotan espontáneamente del Elevated railway y con el cúmulo que nunca se corta de los que acuden de las calles inmediatas, de aquella masa de emigrantes que llegan de casi todos los Estados de Europa y que invaden el cosmopolita barrio de Bowling Green. Separándose de la turbamulta, los verdaderos hombres de negocios, los especuladores hábiles van generalmente desde esa gran arteria á Wall street para internarse como hurones en los grandes palacios, bancos ó casas de banca que allí se han construído, con espesos muros de granito, dentro de los cuales están incrustadas las cajas de caudales, alma, vida y corazón de aquel mundo, perfectamente custodiadas por grupos de vigilantes diurnos y nocturnos. Hormiguean en Wal street los batalladores del oro y del papel, los *bulls* y los *bears*, los alcistas y los bajistas, cuyas impresiones, noticias y trabajos se comunican á toda la capital, y bien puede decirse que á todos los mercados del mundo, por el telégrafo. Allí cerca se alza un gran monumento de estilo grecoromano. ¿Será la Bolsa? No; es algo más importante: el restaurant comercial; el Delmónico, donde los hombres de negocios entran y toman, casi todos en pie, el lunch, *amarretaco* en Ochandiano, teniendo en una mano los papeles, títulos, pagarés y telegramas, y manejando con la otra el cuchillo ó el tenedor con que se asimilan los sandwichs, la langosta, las ostras y los fiambres, ó empinando sendas copas de vinos espumosos, ó aromáticos, calientes ó helados, ó de matalotajes helados, para encender después un habano, ó un mariland de á cuarta, que fuman por un cabo y mastican por el otro.

En aquella misma calle, donde tantos grandes negocios se han realizado, donde se fraguaron la colosal quiebra de la casa Cooke y la gran fortuna de Jay Gould, y el crimen de James Fisk, alza sus elegantes agujas góticas la iglesia de la Trinity, y elegantes jardines el cementerio adjunto, que guarda las cenizas de algunos famosos personajes newyorkeños. De dos á tres de la tarde, la animación llega á su máximum; á las tres se paga en las cajas, y los jefes de las bancas reciben en los *privates offices*. De tres á cuatro se fabrica á millares, porque parece una verdadera fabricación, la correspondencia comercial en los escritorios. A las cuatro empieza la prensa á lanzar á la calle las primeras ediciones en que se da cuenta de los negocios del día; y por entre los grupos de gentes se cuelan centenares de vendedores de periódicos, *new-boys*, pregonando las más estupendas novedades. A las cinco pasa la invasión de millares de trabajadores, que vuelven de las fábricas y de las obras, y poco después es el momento en que empieza el *shopping*, cuando aceras, tiendas y avenidas se pueblan de mujeres, que llegan á pie, ó en carruajes particulares, en los ómnibus y en los tranvías. Ni las ricas, ni las burguesas, ni las buenas, ni las peores faltan jamás á aquel *rendez-vous* diario, que es todo una gran parada femenina. Parte del dinero que sus maridos y allegados han recogido por la mañana en Broadway, lo gastan ellas por la tarde en el *shopping* de Broadway. Los comercios parecen una Babel; el movimiento es asombroso; parece que todas buscan una ganga, *bargain*, en sus compras, allí donde tanto se vende todas las tardes de cuatro á siete, en los maravillosos almacenes de novedades que hay entre las avenidas 10 y 23 de la gran calle metropolitana. Desde la 25 á la 42 el campo pertenece á las mujeres alegres, á las aventureras más ó menos elegantes, y en el cual el tropel de gente se compone de ellas y de centenares de Tenorios callejeros de todas categorías, de todas cataduras y de todas las naciones. La animación de Broadway en la parte comercial y de negocios se ha convertido en silencio, y en cambio en este otro extremo, invadido por la gente alegre, es imposible andar. Á la una de la madrugada, descanso general. New York duerme, y sus calles tienen la misma soledad que las de Zugarramurdi.

°°°

A 1.100 leguas al Oeste de New-York y á 1.800 al Este del Japón se alza la otra gran metrópoli americana, la que ha de ser verdadera capital de la Oceanía septentrional, San Francisco, la octava ciudad en importancia de la gran República, rival hoy de Baltimore, Boston, Cincinnati y Filadelfia, con sus 400.000 habitantes cosmopolitas, hijos de todas las razas del orbe, herederos de aquellos buscadores de oro que, movidos por el *auri sacra fames*, convirtieron en un pueblo colosal la modestísima ciudad española de la California. Para el mundo mercantil, San Francisco ofrece su interior rico, activo y severo; para el mundo de los placeres, la ciudad está rodeada de hermosos campos y residencias, como las preciosas aldeas barrios de Santa Clara y San José, los bosques de naranjos de San José, los fantásticos jardines de Santa Bárbara y los oasis de Sonoma. Todo ello puede decirse que es improvisado, lo mercantil y severo, y lo artístico y placentero. Cada palacio del interior, cada hotel del exterior, tienen, más que una historia, una leyenda, un cuento del minero afortunado, del comerciante que no se sabe de dónde procede, del jugador de la banca que brotó de la más obscura plebe; narraciones que toda la vecindad repite, y que causan la admiración de las gentes que allí llegan, y que están acostumbradas á saber la historia de otras familias de su país con las que jamás se operaron memorias tales, y en cuyos pueblos no se han acumulado tantos y tantos millonarios como allí se agrupan. Prescindiendo del elemento chino, allí perseguido como en todos los Estados Unidos, el resto de la población se entrecruza con los elementos de las razas predominantes, dando excelentes resultados, porque á la sesuda complexión y pureza de la sangre del elemento sajón, se une la viveza, lucidez de espíritu y cosmopolitismo ó heterogeneidad sanguínea de la gente latina, y especialmente de la española. No hay que buscar entre los californios de la capital las terribles antipatías que hay en New-York y en Chicago entre la aristocracia del dinero, ó en Filadelfia y Boston entre la de la sangre y de la vieja nobleza oriunda de Europa, ó en los Estados del Sur entre la de raza. Allí, al surgir todo de nuevo, todo ha nacido igual, y el que trabaja y gana está en condiciones de enlazarse con la familia más empingorotada. Ellos, procedan de donde quiera, se atreven á todo y ayudan á todo. Después de la guerra separatista, se echó un guante en la República para atender á los heridos, que produjo 24 millones en toda la nación; pues bien, la California sola dió siete. Ayer Chicago quiso asombrar al mundo con su Exposición, la *World's Fair;* hoy San Francisco se ríe de sus rivales del Norte, abriendo la *Mid-Winter Fair*, que sin tanta pompa ni ruido tiene muchísimos más atractivos que aquélla. Si no es pronto la capital marítima de la Oceanía del Norte, será la capital de uno de los dos ó tres pedazos en que los pesimistas creen que la gran República se dividirá, cuando no puedan vivir por más tiempo juntos bajo el mismo régimen económico los Estados manufactureros, los Estados agrícolas y los Estados mineros que componen aquel heterogéneo conjunto.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Fauna Universal. *Mamíferos, aves y otros animales.* Dos tomos publicados por la casa editorial de A. J. Bastinos, de Barcelona.

Con la publicación de estos álbums zoológicos presta la casa de Bastinos un señalado servicio á la enseñanza. Contiene la *Fauna Universal* numerosas figuras de animales, representando los principales tipos de la escala zoológica con exacto colorido y forma, y acompañados de una explicación sumaria y clara, cual conviene á las tiernas inteligencias á que han sido destinados.

Recuerdos de Toledo, con ilustraciones de Banda, por D. José Ibáñez Marín.

Pocas lecturas habrá tan sabrosas y entretenidas como la del último libro del Sr. Ibáñez Marín. Sus *Recuerdos de Toledo* tienen un sabor tan original y fresco, ofrecen tanta variedad pasando de lo grave á lo jocoso tan fácilmente, y encierran tantos rasgos de fino ingenio, que el lector va de uno á otro con creciente interés y acaba por creer que también son suyos y que conoció á los personajes y los trae á la memoria.

A veces aparenta el Sr. Ibáñez discurrir de ligero sobre graves asuntos: pero siguiéndole despacio y pensando, se advierte que muchas de aquellas bromas encierran amargas veras. Véase, en prueba de ello, el capítulo titulado *Palique*, en el que lamenta el estrago que en nuestra hermosa lengua han hecho y siguen haciendo los infinitos galiparlistas que á diario la maltratan. Véase también el último, titulado *Toledo y el Rif* (Hiel y poesía), en el que tan discretamente sabe mostrar la hiel entre trozos de poesía.

Las ilustraciones corresponden al texto, y son muy dignas compañeras suyas. El libro cuesta 4 pesetas en la Península y 2 pesos oro en Ultramar. Los pedidos al autor, Princesa, 14, segundo.

Entre vivos y muertos, por A. Sánchez Pérez.

La obra del Sr. Sánchez Pérez es una novela muy intencionada y muy bien escrita. Sea cual fuere la opinión que se llegue á tener acerca de la tendencia de la obra, no puede negarse que está bien pensada y escrita en buen castellano, lo que no es de extrañar en literato tan castizo como el señor Sánchez Pérez.

Cuesta el libro 3 pesetas, y véndese en las principales librerías.

Harmonías del Corazón de la Virgen Madre, por el Rdo. P. Mariano Aguilar, misionero hijo del Inmaculado Corazón de María, con un prólogo de D. Toribio del Campillo, catedrático de la Escuela de Diplomática

Contiene esta obra numerosos ejemplos del poder de la fe y del amor á María Santísima. Está además muy bien escrita, y es muy propia para despertar sentimientos piadosos.

Véndese en la librería de Hernández, Paz, 6, en las principales librerías católicas de Madrid y provincias, y en todas las casas y residencias de los misioneros hijos del Corazón de María, al precio de 4 pesetas en rústica, 5 en tela, 6 en piel, y 10 en chagrín.

El gran misterio de la Santísima Trinidad, por el Ilmo. Sr. Fray José María de Jesús Portugal, obispo de Sinaloa.

Este hermoso libro, admirablemente escrito, y en todo el cual se advierte un calor religioso, una galanura en el decir y una doctrina tan pura, que bajo cualquiera de estos puntos de vista son muy pocos los que pueden comparársele, acaba de ser publicado por la importante casa editorial de Méjico *Herrero Hermanos*, la cual ha prestado de esta suerte un notable servicio á las letras y á la religión.

La edición es sencilla y elegante, y sale con todas las licencias de la autoridad eclesiástica.

Ejercicio de perfección y de virtudes cristianas, por el V. P. Alonso Rodríguez, compendiado por el Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fray José M. Portugal. Segunda edición revisada por el Sr. D. Juan Manuel de Ortí y Lara, catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid.

Resplandecen en este libro los mismos méritos que en el anterior, y puede aplicársele, por tanto, cuanto de aquél decimos.

G. R.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

EL ADMINISTRADOR.



ORFEO LLORANDO LA PÉRDIDA DE EURIDICE.

CUADRO DE E. THIRION.



UN ALMACÉN DE FLORES ARTIFICIALES.

CUADRO DE V. GILBERT.

«SALON» DE LOS CAMPOS ELÍSEOS DE PARÍS, EN 1894.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXIII.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Junio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



D. DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA.

RETRATO AUTÓGRAFO EXISTENTE EN EL MUSEO DE VALENCIA.

(Dibujo de D. F. Domingo.)

SUMARIO.

Texto.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Ferrocarriles españoles, el primero y el último, por el Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.—Tipos madrileños, D. Pedro Ochavo, por D. Carlos Frontaura.—Aun hay vándalos: urge amparar las ruinas, por A. H. Cenizares.—La tramoya regia, recuerdo histórico, poesía, por D. Eduardo Bustillo.—A Horacio, soneto, por D. Manuel Reina.—Madrid fin de siglo, por don Eduardo de Palacio.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Carreras de velocípedos, por X.—Sueltos.—Importante.—Anuncios.

Grabados.—Retrato autógrafo de D. Diego Velázquez de Silva.—Inglaterra: Lord Rosebery, presidente del Consejo de Ministros, conduciendo del diestro, entre los aplausos de los espectadores, á su caballo *Ladas*, vencedor en las carreras del Derby.—Marruecos: Posesiones del Sultán en los alrededores de la ciudad. El Menara.—Madrid: Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes. La *Tómbola* en la sala de Velázquez, composición y dibujo de M. Bringas.—*La Dolores*, cuadro de D. José Garnelo.—*La Siega*, cuadro de D. Ángel Andrade.—Madrid: Exposición del cadáver del Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo en la rotonda del Museo Nacional de Pinturas.—La fúnebre comitiva saliendo del Museo.—Retrato del Presidente de la República de Costa Rica.—Roma: Centenario del nacimiento de Pío IX. Sepulcro del Pontífice en la basílica de San Lorenzo.

CRÓNICA GENERAL.

A la intranquilidad que produjo en muchas naciones europeas el fallecimiento del Sultán de Marruecos, Muley Hassán, ha sucedido una excesiva confianza en la sensatez y docilidad de aquellas gentes. No creemos que la falta de pago del primer plazo de la indemnización signifique otra cosa que la perturbación administrativa causada por un cambio brusco de reinado, mucho más, cuando el retraso está previsto y producirá un gravamen al deudor. Las naciones no son implacables prestamistas que no atienden á razones, ni se hacen cargo de las circunstancias en la reclamación de sus derechos: sino entidades morales, que necesitan guardar respetos y miramientos en ocasiones tan justificadas como la presente. No es la tardanza, en último caso potestativa, pues lleva en sí recargos y ejecuciones, lo que deba preocuparnos, sino las intrigas á que se pueda prestar el cambio de Gobierno en un país tan mal organizado á los que busquen pretextos para innovar ó trastornar. Hasta ahora, las apariencias son pacíficas, y todo va sucediendo mejor de lo que generalmente temíamos. El joven Muley Abd-el-Azzis obtiene el reconocimiento de las ciudades más importantes, y ha demostrado en los primeros actos de su reinado que no es un joven pusilánime é indeciso, sino que tiene el vigor necesario para hacer rodar las cabezas que le estorben. Y si esto es así, con el derecho bien establecido y el alfanje bien afilado puede prometerse salir adelante en la difícil tarea que le ha impuesto su destino.

°°°

Un fanático, de cuyo nombre no quiero acordarme, ha conseguido devolver al jefe del Gobierno de Italia, señor Crispi, la popularidad que falta á todo el que ocupa el poder, disparándole un tiro sin herirle. Como es natural, en las calles, en las Cámaras y en Palacio obtuvo aplausos, felicitaciones y pruebas de estimación el Presidente del Consejo, y costó trabajo á la policía impedir que el pueblo castigase al asesino. Este, pues, sólo ha podido dar un susto al señor Crispi; y aun ello es dudoso, pues demostró gran serenidad, y él mismo detuvo al agresor; que sucede con frecuencia ser tan rápidas estas acometidas y su desenlace, bueno ó malo, que no dan tiempo al miedo de producirse: en cambio, le ha hecho el servicio de poner de su parte á toda persona honrada, y aumentar su fuerza y su prestigio.

°°°

Nada más respetable que el Senado: los senadores tienen que probar una edad y una renta que debe dar á quien la alcanza posición social independiente de la que le presta su cargo en la Cámara, y la prudencia y respetabilidad de los años: estas condiciones dan á aquel alto Cuerpo un carácter grave y circunspecto. Por eso, cuando los ánimos se acaloran y el ruido y las tempestades de la palabra alteran la calma del salón de sesiones, aquellos alborotos parece como que tienen fuera mayor resonancia. Las discusiones en estos días no han sido mesuradas: el Gobierno ha obtenido del Senado una votación que necesitaba para demostrar que tiene mayoría, y el Ministro de Estado una aprobación de su conducta; pero las protestas y luchas han sido muy vehementes. Tanto en el Senado como en el Congreso se ha puesto á discusión una vez más, mejor dicho, se ha puesto una vez más en evidencia, que cuando se llega á legislar más allá de lo que alcanza la jurisdicción de lo posible, las leyes no se pueden cumplir, y son y tienen que ser sustituídas por temperamentos contemporizadores. Y suele resultar una confusión de términos en que aparecen todos discordes y todos tienen razón: habla la Iglesia por boca de un prelado ilustre, el Sr. Obispo de Salamanca, y condena el juego por ocasionado á ruinas y peligros, y tiene su Ilustrísima razón: hablan los jurisconsultos en nombre de la ley, y no se les puede contradecir; pero hablan los representantes del Gobierno en nombre de la realidad y de la experiencia de todos los siglos y los pueblos, y tampoco tienen réplica sus argumentos. ¿Qué sería de la justicia si todas sus sentencias vinieran á estrellarse contra un estado general de rebeldía y una falta de medios materiales para hacer efectivo su cumplimiento? Hay en el juego una fuerza mayor constante que anula toda prohibición y se impone al derecho; ó hay, quizás, y lo exponemos con temor, en el individuo, facultades naturales que, por no necesitar para ejercerse ni el amparo, ni la intervención, ni el conocimiento de ningún poder público, están fuera de su influencia, de su acción y de su alcance, y en vano se legislan, y acaso con detrimento de la justicia. El juego, prohibido por las leyes militares á los soldados, en tiempo de guerra era consentido, á pesar de la dureza de la disciplina antigua, por la costumbre. Hasta la venta de dados se castigaba en Castilla con leyes atroces, que no se cumplían, considerándose en la práctica como leyes *ad terrorem*. En cambio, del juego lícito por excelencia, la pelota, se ha hecho hoy la mayor ocasión de trampas y de ruinas. En sí, es un contrato del que resuelve, después de bien analizado, en su *Summa* teológica, moral y canónica Fr. Enrique de Villalobos: «El contrato de las suertes es lícito de su naturaleza, habiendo igualdad, si no hubiera alguna circunstancia que lo hiciere vicioso.» Y como cuanto más oculto es más expuesto á tener vicios por menos vigilado, de aquí que se hallan en las leyes contradicciones tan grandes como la existencia de la lotería y la prohibición de los juegos de azar.

Nada más ruinoso que la usura, y es legal, y con la desventaja de que no entretiene ni divierte, y no deja lugar nunca á la ganancia, porque la ruina es siempre inevitable. Ruinoso es el juego de la Bolsa, y no se puede evitar ni reprimir; ruinoso es el lujo, y es la vida del comercio; ruinosa es la generosidad, y es una bella condición; ruinosas son ciertas mujeres, ¿y quién podrá evitar sus peligros? ¿Cómo no se legisla contra estos elementos de perdición? Porque serían de imposible cumplimiento todas esas leyes. Ello es que el juego siempre se ha sobrepuesto á la ley y la ha eludido siempre, consiguiendo una especie de beligerancia, como el rebelde á quien no se puede obligar ni someter, y con el cual es forzoso y preferible transigir. De transacciones se vive en sociedad; y suponer un solo instante que hay ley, reglamento ni deber que se cumpla en absoluto, es vivir en un mundo ideal: si así fuera, no podríamos vivir. No sabemos qué opinarán los lectores, ni la entidad moral de este periódico, pero hace tiempo tenemos una persuasión que podríamos compendiar de esta manera: —El juego es inextirpable: contenido en los términos honestos de una distracción económica, es un placer lícito, pero como vicio, es un manantial de peligros. El Estado es impotente para evitar las ruinas que ocasiona, como toda clase de efectos de prodigalidad, y esto corresponde al interés particular, único que puede vigilar, conocer, sorprender y no consentir el juego en la vida privada. El Estado debe intervenir, reglamentar el juego público, vigilar esos establecimientos, persiguiendo á los tahures, garantizando el orden y haciendo que el juego contribuya á los gastos de la Nación.—Mientras esto no suceda, lo mejor que se podrá hacer es..... sortear los tiempos del mejor modo posible, y convertir el mal en bien, como se ha hecho.

°°°

El verano político ha empezado con verdadero calor en ambos Cuerpos colegisladores, y dejamos á los diputados discutiendo con calor una proposición del Sr. Gasset, en que pide la investigación de las causas que han impedido la creación de la escuadra, para la cual se votaron recursos de importancia. Aunque el asunto es de interés, tiene en su contra la investigación que se propone de ser, en rigor, un juicio de residencia de la política administrativa de todos los partidos militantes, y como son los vicios generales é inherentes á nuestro estado político-social, claro es que para ser justos deberían pedirse cuentas á todos aquellos que han influído y ejercido cargos y están vivos. Peca el propósito de exceso de intención para ser práctico y viable, pero puede dar ocasión á ruidosas discusiones. Asomados tranquilamente á la ventana, desde la cual vemos pasar á todos los que mandan y figuran, sin tomar parte por unos ni por otros, y simpatizando con aquellos que hacen lo que pueden, por modesta que sea la obra, no somos amigos de intervenir en estas peloteras, de que no hemos de sacar otra ventaja que recordarse los unos á los otros culpas más ó menos viejas: á nuestro juicio, todos contribuímos á que no haya marina, ni dinero, ni orden, y, por desgracia, seguiremos lo mismo durante mucho tiempo.

°°°

El hermoso poema dramático *Los Pirineos*, que escribió en verso catalán D. Víctor Balaguer, acaba de ser traducido en verso al italiano por el Sr. Arnaldo Bonaventura: en el prólogo de la tercera edición castellana de la trilogía manifiesta el editor que dicha obra fué traducida al alemán por el Sr. Fastenrath, al francés por Leoncio Cazaubon y al provenzal sus principales escenas por Federico Mistral. Finalmente, fué extractada y convertida en ópera, con libreto italiano, por D. José María Arteaga Pereira, y con texto francés por el Sr. Julio Ruelle, cuya música compuso el maestro catalán D. Felipe Pedrell, ocupándose de uno y otra muchos críticos extranjeros, y el P. Eustaquio en la *Revista Agustiniana*. Obra ya juzgada, nos complacemos en consignar su propagación en los idiomas citados, y los elogios que mereció á los literatos de diversos países. «La sólida, vigorosa y elegante arquitectura de la obra—escribe el traductor italiano;—la brillantez de las imágenes, la poesía encantadora, y la abundancia y armonía de los versos, me decidieron á intentar la traducción de la grandiosa trilogía del poeta español D. Víctor Balaguer.» Y nosotros sentimos verdadero placer en traducir estos elogios.

°°°

La Biblioteca Nacional premió, en 1873, y ahora se publica á expensas del Estado, un libro que ya vió la luz en un pequeño volumen, y aparece al fin en toda su extensión. Se titula: *Apuntes para un Catálogo de periódicos madrileños*, desde el año 1661 al 1870, por D. Eugenio Hartzenbusch, hijo del ilustre D. Juan Eugenio, y es y será la primera fuente histórica que conserve la noticia del periodismo madrileño, á contar desde la aparición en 1661 de la primera *Relación* ó *Gazeta*. El orden que ha adoptado el autor del *Catálogo* es el de los años, á partir del citado 1661, y dentro de ellos se citan los periódicos que se publicaron en aquella fecha, seguidos de algunas noticias de los redactores de que tuvo conocimiento el colector, y siguiendo un orden numérico. Sigue una lista de periódicos por orden alfabético; luego un cuadro gráfico del desarrollo de la prensa periódica, muy curioso, pues se conserva sin medrar en todo el siglo XVIII; asciende algo en la conclusión de la guerra de la Independencia; crece en la época constitucional del 20 al 23, para menguar durante el absolutismo de Fernando VII, y aumentar extraordinariamente desde entonces, sobre todo en los años de la revolución, que comprende dicho cuadro. Por último, completa la obra una lista de periodistas alfabética. El trabajo del Sr. Hartzenbusch ha sido grande, y será para la historia del periodismo lo que el *Catálogo* de Barrera para las obras dramáticas, y una obra de sumo interés en toda redacción y para los periodistas que quieran conocer á sus antecesores. Podrá haber omisiones, que no es natural que no las haya en trabajos de esta índole; pero es un arsenal copioso é importante de datos, que libra del olvido muchas colecciones y nombres destinados á desaparecer, y sienta las bases de un modo sólido para hacer la monografía de la prensa madrileña; y como viven aún muchos de los redactores de aquel tiempo y llega la lista hasta 1870, convendría que remitieran noticias de sus nombres y algún periódico omitido, al autor, que tiene su oficina en la Biblioteca Nacional, y merece que la prensa le anime en su penoso trabajo, y que le auxilien los periodistas de provincias, pues manifiesta intenciones de completar la historia de la prensa española. Y ya que hablamos de esta obra, debemos congratularnos de que la Biblioteca Nacional continúe la serie de sus importantes publicaciones, pues todas las obras que en aquel centro se premian son solicitadas y estimadas por los bibliófilos.

°°°

En un pueblo de Galicia se han cobrado á balazos las cédulas de vecindad, y hubo muertes.

Pero algunos se salieron con la suya y no pagaron.

Los difuntos.

Creemos justa una compensación. Cuando se averigüe que los arrendatarios cobren con exceso alguna cédula, que la autoridad exija el reintegro á tiros.

El Ayuntamiento ha decretado la destrucción de la fuente de la Puerta del Sol, sustituyéndola por una farola monumental. La luz ha vencido al agua.

En realidad no se pierde mucho· pero cuando desaparezca ese pilón, ¿dónde meterán la cabeza los que sólo se la bañan en la noche de San Juan?

Rodeada siempre de granujas, era una fuente extraña: los peces estaban fuera.

Dos lavanderas en Carabanchel se desafían y salen á reñir: las compañeras las siguen para presenciarlo, y se hunde el lavadero, salvándose de la catástrofe.

¿Qué cosas se habrían dicho esas mujeres para que se hundiera el edificio?

José Fernández Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

D. DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA.

Retrato autógrafo existente en el Museo de Valencia.

La fama de Velázquez es tal, que excusa ponderaciones de su talento de pintor, y su historia, tan sabida de las personas cultas, que nos guardaremos de contarla. Únicamente recordaremos, pues publicamos su retrato en la primera página de este número, algunas principales circunstancias de ella.

Pronto será el centenario de su nacimiento, pues vino al mundo en Sevilla en 1599. Fué discípulo del famoso Herrera *el Viejo* y de Francisco Pacheco. La pintura era entonces casi exclusivamente religiosa. Velázquez la hizo profana copiando del natural bodegones, pescaderías, etc. Por desgracia, la mayor parte de sus cuadros de aquella época se han perdido. Casó con la hija de Pacheco y vino á Madrid en 1622, de donde, después de retratar á Góngora, se volvió á Sevilla.

Tiempo después le llamó á la corte el Conde-Duque, y retrató á Felipe IV, exponiéndose el retrato á la admiración de los entendidos en la calle Mayor, con licencia y gusto del Rey. Este retrato se quemó.

Poco después estaba Velázquez empleado en palacio, sin dejar de estarlo hasta su muerte, ocurrida en 1660. Desempeñó los cargos de hujier de cámara, ayuda del guardarropa, sin ejercicio y con él, ayuda de cámara, y por último aposentador del Rey.

Velázquez fué además de gran pintor, hombre honrado y de corazón, de lo que es buena prueba la amistad que conservó al Conde-Duque después de caído éste de la gracia de Felipe IV; caso raro en aquella corte y en todas.

En 1629 fué á Italia, donde completó su educación artística sin menoscabo de su hermosa originalidad.

Los principales cuadros de Velázquez son: *La rendición de Breda*, vulgarmente llamado de *Las lanzas*; *Las fraguas de Vulcano*; *Las meninas*; *Las hilanderas*; *Los borrachos*; *La adoración de los pastores*; *La visita de San Antonio Abad á San Pablo*, y el *Cristo en la Cruz*. Otros muchos no inferiores á éstos ha pintado, é infinidad de admirables retratos, sin contar cuadros de menos importancia; pero es imposible nombrarlos todos: baste recordar los más célebres.

Madrid, que tantos monumentos ha levantado á héroes del día, gente menuda que nació del calor de nuestras desgracias contiendas civiles, no ha honrado á Velázquez con una estatua digna de tan insigne pintor. Al proponerse el Círculo de Bellas Artes remediar esta gran falta hace una buena acción que merece la mayor alabanza. Conforme dijimos en nuestro núm. XXI, con los cuadros y demás objetos artísticos remitidos á la sala que en la Exposición

lleva el nombre de Velázquez debía hacerse una gran rifa, cuyo producto se dedicará á los gastos del monumento proyectado. En nuestro grabado de la pág. 377 damos una vista de dicha sala en ocasión de verificarse la rifa.

INGLATERRA.

Lord Rosebery, presidente del Consejo de ministros, conduciendo del diestro á su caballo *Ladas*.

La afición de los ingleses á las carreras de caballos es tan grande como la que tienen los españoles á las corridas de toros, y del mismo modo que en Madrid se sobrepone el interés de una corrida de Beneficencia al de todos los sucesos del día, en Londres las carreras del Derby absorben la atención general, desviándola de otras preocupaciones más graves.

Las victorias que en estas carreras se obtienen son tan sonadas como los mayores triunfos de nuestros matadores (*spadas*, dicen los franceses estropeando el español).

El caballo vencedor, el *jockey* que le montaba y el dueño del animal dan tanto que decir como Marlborough después de Malplaquet, ó Wellington después de Waterloo. Buen ejemplo de ello es lo ocurrido al caballo *Ladas*, vencedor en el Derby hace pocas semanas. Salió de la pista más vitoreado que lo sería Nelson si resucitara. Su dueño, el propio lord Rosebery, ministro de Estado, y jefe del Gobierno, le lleva de la rienda, y una muchedumbre entusiasmada vitorea y aplaude á ambos, dándoles *hurras* estentóreos y arrojando sombreros á su paso, ni más ni menos como se hace en España con el torero que acaba de poner un buen par de banderillas. (Véase nuestro grabado de la pág. 376). Para ser en todo igual la escena, sólo faltan los cigarros.

Nuestro grabado antes citado es una buena muestra de costumbres inglesas, y prueba de que no son éstas tan superiores á las nuestras como se suele pregonar. Pero (según recientemente hemos dicho) los errores y defectos ajenos no disculpan los propios.

MARRUECOS.

Posesiones del Sultán en los alrededores de la ciudad.—El Menara.

En nuestro grabado de la pág. 376 hallarán los lectores reproducido uno de los más pintorescos palacios de recreo que los sultanes de Marruecos poseen. Está tomado de una fotografía hecha por el distinguido capitán de ingenieros Sr. Echagüe en su reciente viaje á Marruecos. El Menara hállase á media legua de la ciudad, y en él dió Muley Hassán á la Embajada española el banquete de despedida.

MADRID.

Entierro del Excmo. Sr. D. Federico de Madrazo.

El entierro de tan insigne artista como lo había sido don Federico de Madrazo, no podía dejar de ser manifestación de duelo y de simpatía para el finado, el cual reunía, á sus grandes méritos de pintor, otras dotes que daban singular encanto á su trato, haciéndole particularmente simpático. De suerte, que siendo tan llorado como lo primero, no lo fué menos como amigo y caballero.

Socios del Círculo de Bellas Artes bajaron en hombros el cadáver hasta depositarlo en la humilde carroza que, por expresa voluntad del Sr. Madrazo, debía conducirle á la última morada. El Prado y las calles vecinas estaban llenas de gente para ver pasar el féretro y su acompañamiento.

Convertida en capilla ardiente la rotonda del Museo, y decorada para tan fúnebre circunstancia con verdadero gusto, á ella fué transportado el cuerpo, el cual quedó colocado en una gran cama imperial, rodeada por treinta y dos candelabros de talla que sostenían ciento treinta y dos luces. Adornaban los intercolumnios grandes paños de terciopelo negro festoneados de laurel.

Unas treinta coronas estaban colocadas á los pies del ataúd. Todas eran hermosas, y algunas magníficas; pero la mayor y más notable, la de los discípulos de la Escuela especial de Pintura. A la cabecera veíase una de las *Concepciones* pintadas por el Sr. Madrazo, y sobre aquel admirable conjunto, dominándolo y como presidiéndolo, hallábase el *Cristo* de Velázquez.

Los socios del Círculo de Bellas Artes velaron por turno el cadáver. Presidieron el duelo los Sres. D. Raimundo y D. Ricardo Madrazo, hijos del finado, y los Sres. Cánovas del Castillo, Ministro de Fomento, el Superior de los dominicos y el Sr. Conde de Morphy en representación de S. M. la Reina Regente.

El acto de sacar del Museo el cadáver para trasladarlo al cementerio fué tan solemne como el de la conducción á aquél. Infinidad de literatos, sabios y artistas seguían el féretro, y tras ellos iba una muchedumbre inmensa prestando también su homenaje de respeto y simpatía al hombre que tanta honra dió al arte español.

Nuestros grabados de las págs. 380 y 381 dan exacta cuenta del aspecto de la capilla ardiente en la rotonda del Museo, el primero, y de la solemnidad y pompa con que fué sacado el cadáver, el segundo. Con ambos á la vista juzgará el lector, mejor que con cuantas descripciones pudiéramos hacer, de lo que fué el entierro del Sr. Madrazo.

BELLAS ARTES.

Madrid. Cuarta Exposición bienal del Círculo de Bellas Artes: *La Dolores*, cuadro de D. José Garnelo.—*La Siega*, cuadro de D. Angel Andrade.

El Sr. Garnelo ha estado acertado al elegir el tema de su cuadro *La Dolores*. La escena del drama del Sr. Feliu y Codina es altamente dramática, á la par que encierra una poesía delicada y tierna, de esa que es, ha sido y será siempre fuente de inspiración para el literato y para el artista. El acierto en la ejecución corre parejas con el acierto en la elección. El rostro de la protagonista está hermosamente hecho, y expresa muy bien los hondos sentimientos que en aquel momento la conmueven.

Este cuadro ha sido adquirido por S. A. R. la infanta D.ª Isabel.

La Siega, de Andrade, es otra prueba de lo que vale este pintor, uno de los que mejor comprenden la Naturaleza. *La Siega* es un cuadro muy bello y muy verdadero.

Reproducimos estas dos obras en la pág. 384.

D. RAFAEL IGLESIAS,

presidente de la República de Costa Rica.

El actual Presidente de la República de Costa Rica ha llegado muy joven á tan alto cargo, merced á méritos excepcionales que hasta sus propios adversarios le reconocen.

Nació en San José, capital de aquel Estado, el 17 de Abril de 1861, de familia ilustre, contando entre sus antepasados al primer Obispo de Costa Rica y á varios ministros y dos presidentes de la República.

Hizo sus primeros estudios de Humanidades en el Colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, y los continuó, incluyendo los de Derecho, en la Universidad de Santo Tomás.

Desde muy temprana edad mostró talento claro, constancia en el trabajo, noble ambición y singular energía para vencer toda suerte de dificultades. Entró en varias de las tentativas que se hicieron para derribar al general Guardia, erigido en dictador; pero siéndole adversa la suerte, sufrió penosos destierros. Al terminar el período presidencial del general D. Bernardo Soto, defendió con gran calor la candidatura del licenciado D. José J. Rodríguez, y siendo éste elegido, tuvo el Sr. Iglesias á su cargo la cartera de Guerra, desempeñando con gran acierto estas difíciles funciones.

Concluído el período constitucional del licenciado Rodríguez, ha sido electo, por una inmensa mayoría, para desempeñar la presidencia de la República. Aunque tan joven, posee gran experiencia en el manejo de los asuntos públicos, y Costa Rica tiene fundadas esperanzas de que su gobierno será una era de paz y prosperidad.

Publicamos su retrato en la pág. 385.

ROMA.

Sepulcro de Pío IX en la basílica de San Lorenzo.

Quiso Pío IX que su tumba fuese humilde y estuviese en una de las menores iglesias de Roma; pero su deseo no se ha cumplido, pues sólo por estar enterrado en San Lorenzo ha venido á ser ésta una de las más principales. El traslado de los restos del Pontífice á este templo se hizo el 13 de Julio de 1881.

La idea de decorar rica y esplendorosamente el túmulo de Pío IX fué del Conde Acquaderni, noble siciliano, muy venerador del Santo Padre. Aceptado el proyecto por una comisión de Arqueología sagrada que para el caso se nombró, hállase hoy terminado en la forma que verán nuestros lectores en el grabado segundo de la pág. 385.

El estilo de la decoración es bizantino. Las paredes están cubiertas de mosaicos, sobresaliendo en la del fondo el magnífico tímpano, en medio del cual se ve el pavo real, símbolo de la inmortalidad.

G. Reparaz.

FERROCARRILES ESPAÑOLES.

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO.

Recuerdo la inauguración del primer ferrocarril de España, con la vaguedad de un sueño. Contaba yo cinco años; corría el mes de Octubre de 1848, según he sabido después, porque en aquella mi temprana edad ni siquiera tenía noción del tiempo, y hallábame con mi familia en Mataró, de cuyo partido era juez de primera instancia mi buen padre, D. Gil Fabra é Illas, de grata memoria para cuantas personas tuvieron ocasión de aquilatar la severidad de sus virtudes públicas y privadas.

A cada instante oía una frase que despertaba ahincadamente mi curiosidad infantil: «el camino de hierro de Barcelona á Mataró, próximo á inaugurarse». ¿Cómo era aquel peregrino invento? Representábase en mi imaginación una carretera con pavimento de planchas de hierro, sobre el cual corrían los coches. Pero ¿y la locomotora ó el locomotor, como decían entonces algunos periódicos? ¿Cómo podía andar sin el auxilio de caballerías? ¿Era acaso un inmenso peón disparado sobre la tersa superficie? Ardía en deseos de contemplar aquella maravilla, y á todas horas importunaba á mi abuela materna, de quien era yo objeto del más tierno cariño, para que me condujese á la estación de la vía férrea, la cual construíase con la mayor premura.

Por fin un día mi abuela accedió á mis reiteradas súplicas; pero al llegar á la estación nos negaron la entrada. Entonces seguimos la valla de tablas pintada de negro que cerraba la vía. Un portillo hallábase abierto; se oyó en aquel momento el silbido de la locomotora; corrimos hacia allí; mas en aquel momento un mozo, á pesar de los ruegos de mi abuela, cerró violentamente la puerta gritando: «Atrás; está prohibida la entrada.» Yo rompí en llanto, y la buena señora, tomándome en brazos, me levantó en alto y á través de dos tablas mal unidas vi pasar la locomotora. No olvidaré jamás la primera impresión que produjo en mí aquel monstruo de hierro, con un penacho de humo, sus ráfagas de vapor, su prolongado y estridente silbido, y sus pesadas ruedas girando con estruendo, mientras á su paso se estremecía y trepidaba la tierra.

Era el 10 de Octubre de 1848, y yo presenciaba en aquel momento uno de los sucesos más memorables de España: la prueba oficial de su primer ferrocarril.

Desde fines del pasado siglo existían algunos en Inglaterra y Francia, aunque de manera rudimentaria, para fines industriales y particularmente mineros; pero hasta el año de 1825 no se abrió al servicio público la primera vía férrea. Fué ésta la de Darlington á Stockton, empleándose, á causa de las fuertes pendientes, el motor de sangre. A la sazón se ensayaron máquinas de vapor, consiguiéndose sólo velocidades de 10 kilómetros por hora, y, por lo tanto, sin resultado práctico.

Cinco años más tarde, el célebre ingeniero inglés Stephenson inventó la caldera tubular. *The Rocket* (el Cohete) fué el nombre de la primera locomotora de este sistema. Ensayóse con éxito completo en la línea de Manchester á Liverpool, y comenzó á prestar servicio en la misma el 15 de Septiembre de 1830. Era su velocidad máxima de 25 kilómetros por hora. Gracias á sucesivas perfecciones, se obtuvieron en 1834 máquinas con marcha de 34 kilómetros; en 1838, de 51; en 1859, de 62; en 1868, de 80, y en épocas posteriores, superior á 100; pero esta última velocidad no se ha aplicado, sin embargo, al servicio público. El tren expreso del *Great Northen* en Inglaterra, acaso el más rápido de Europa, anda á razón de 88 kilómetros por hora, comprendidas las paradas.

Las vicisitudes políticas y económicas por que atravesó España, y la prolongada guerra civil que ensangrentó su suelo durante siete años, fueron sin duda la principal causa de que el Gobierno no adoptase medida alguna respecto de la construcción de ferrocarriles desde 1825, en que se inauguró el primero en Inglaterra, hasta el 31 de Diciembre de 1844 (1). En dicha fecha se firmó una Real orden «dictando reglas para el examen y admisión de las propuestas que quisieran hacerse al Gobierno sobre establecimiento de ferrocarriles».

No he podido averiguar cuándo comenzó á usarse la palabra *ferrocarril*, que no responde á la traducción literal de la inglesa *railway* (carril-camino), ni quién fué su autor.

En Mayo de 1836, D. Mariano José de Larra, hablando de estos modernos medios de comunicación, decía sólo *caminos de hierro;* pero en la citada Real orden de 1844 ya se emplea la voz *ferrocarril*, y un artículo inserto en la *Gaceta de Madrid*, de 2 de Enero de 1845 sobre *Telégrafos eléctricos*, al hablar de aquéllos usa las palabras *camino de hierro* y *ferrocarril*.

La *Gaceta* del 28 de Enero de 1845 comienza á publicar el «Informe dado por la Comisión de ingenieros de Caminos y la Dirección general del ramo, y adoptado por ésta al proponer á la aprobación del Gobierno las condiciones generales bajo las cuales se han de autorizar las empresas de caminos de hierro». En los cuatro números posteriores del diario oficial aparece la continuación de este documento, en el cual se habla indistintamente de *ferrocarriles* y *caminos de hierro*. La comisión decía «que donde quiera que el Gobierno tuviese su crédito bien sentado, era preferible se ejecuten los caminos de hierro por cuenta del Estado», y alegaba gran copia de razones políticas, comerciales y de conveniencia pública. Al propio tiempo exponía los sistemas establecidos en los diferentes países, y demostraba la necesidad de la intervención directa del Estado en los ferrocarriles construídos y explotados por empresas particulares, reservándose aquél, entre otras muchas, la facultad de revisar las tarifas.

Con fecha 6 de Abril de 1845 se otorgó la primera concesión de ferrocarril, la de Madrid á Aranjuez; pero este trozo de 48 kilómetros, perteneciente á la línea de Madrid á Almansa, no se abrió al servicio público hasta el 10 de Febrero de 1851.

En 16 de Marzo de 1847 se concedió á otra empresa particular la línea de Barcelona á Mataró, de 28 kilómetros, haciéndose la prueba de ella, como he dicho antes, el 10 de Octubre de 1848, é inaugurándose solemnemente el 28 del mismo mes.

Recuerdo también este suceso, tan fausto para la nación española, y he consultado los periódicos barceloneses del siguiente día, los cuales dan cuenta detallada de aquél.

El Fomento se expresa en estos términos: «¡Hoy es un día grande y memorable, día que hará época en toda España! Se ha bendecido é inaugurado el primer ferrocarril de la Península.»

Refiere que asistieron á la fiesta las autoridades y personas notables. Los Obispos de Barcelona y Puerto Rico bendijeron, el primero la vía, y el segundo las locomotoras y los coches. A las diez y cuarto de la mañana salió el tren, conduciendo á los invitados. En el *locomotor* (sic) flotaban dos banderas nacionales. Los Ayuntamientos de Badalona, Mongat, Premiá y Vilasar, que aguardaban en las estaciones respectivas, se agregaron á la comitiva, la cual llegó á Mataró á los treinta y ocho minutos de su salida de Barcelona. El recibimiento fué en extremo entusiasta. Las autoridades locales é inmenso gentío ocupaban el andén de la estación. Los expedicionarios dirigiéronse por las principales calles de la ciudad, cuyas casas estaban adornadas con colgaduras y banderas, á la iglesia parroquial, profusamente iluminada, donde cantóse solemne *Te Deum*.

Celebróse después un banquete: á los postres brindaron varias personas, y el presidente de la Junta del ferrocarril, D. Juan Miret, pronunció «un sentido y *filosófico* discurso».

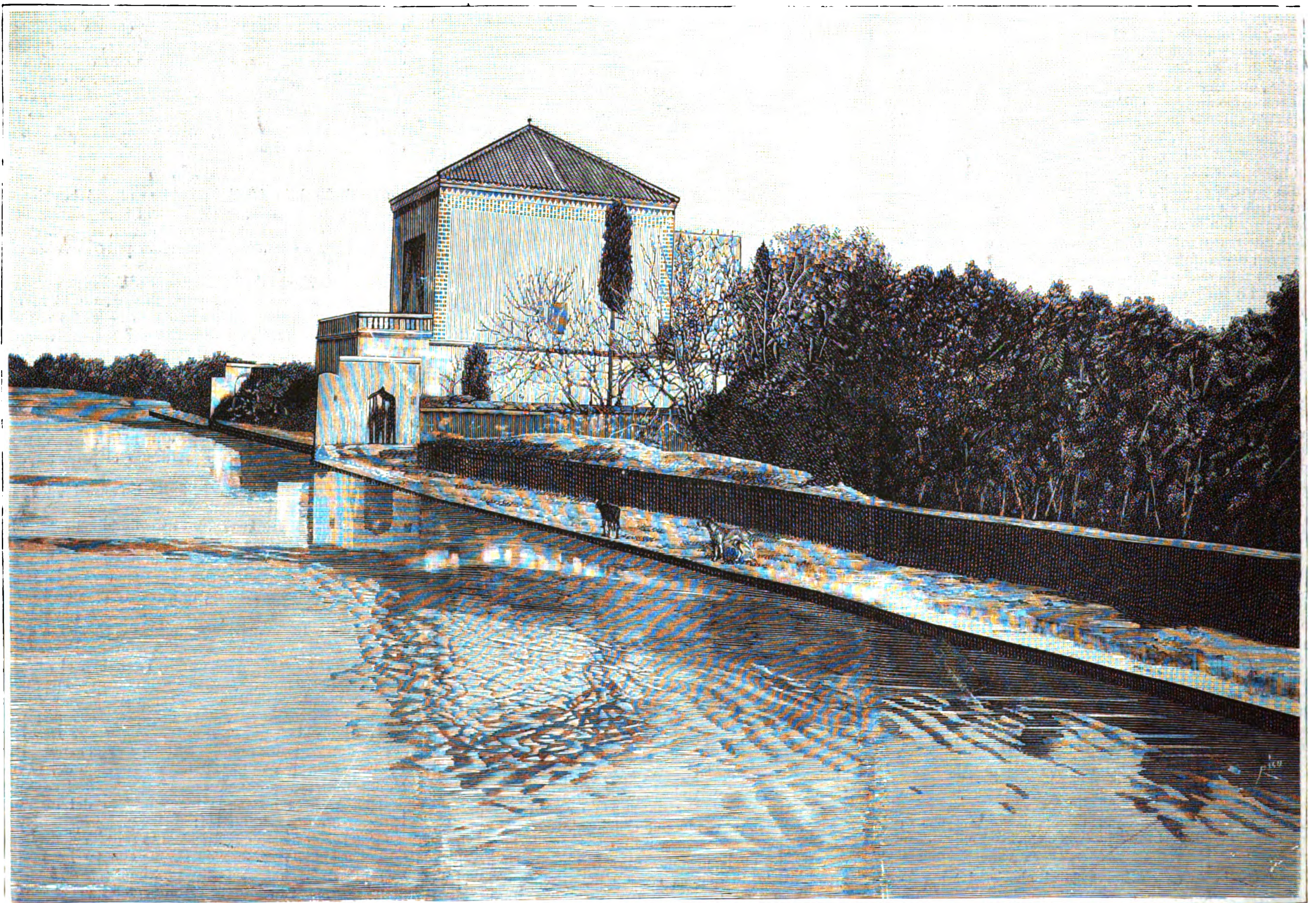
Esta frase está tomada textualmente del citado diario barcelonés, que termina así:

«Con razón puede envanecerse la provincia de Barcelona de haber sido la primera en contar con un ferrocarril. Tómenlo por ejemplo las demás provincias, y será nuestra nación tan grande, poderosa y feliz como merece serlo.»

(1) Un francés residente en Reus pidió en 1840 la concesión de un camino de hierro de dicha ciudad á Tarragona; pero la instancia quedó sin resolución en el Ministerio.—(*N. del A.*)



INGLATERRA.—LORD ROSEBERY, PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS, CONDUCIENDO DEL DIESTRO, ENTRE LOS APLAUSOS DE LOS ESPECTADORES, Á SU CABALLO «LADAS», VENCEDOR EN LAS CARRERAS DEL DERBY.



MARRUECOS.—POSESIONES DEL SULTÁN EN LOS ALREDEDORES DE LA CIUDAD.—EL MENARA.

(De fotografía del capitán de ingenieros D. F. Echagüe.)

MADRID.—CUARTA EXPOSICIÓN BIENAL DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.



LA «TÓMBOLA» EN LA SALA DE VELÁZQUEZ.

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE M. BRINGAS.

Con motivo de la inauguración de esta vía férrea, se acuñó una medalla conmemorativa. Mi excelente amigo de la infancia D. Pablo Bosch, que conserva en su numerosa é importante colección un ejemplar de aquélla, me la ha facilitado para su reproducción en LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

He aquí el facsímile del anverso:



En el reverso hay la siguiente inscripción:

OPTIMAE SOCIETATI
QUAE PRIMA IN HISPANIA
VIAM FERREAM AD ILLURUM USQUE DUCENTEM
SUMMO LABORE VIGILIS SUMPTIEUSQUE
CONSTRUERE FECIT
BARCINONENSIS SENATUS
HOC CIVIUM LAUDIS ET GRATI ANIMI PIGNUS.
D. O. C.

°°°

En 29 de Junio de 1852 se concedió á la misma Compañía de Barcelona á Mataró la prolongación de la línea hasta Arenys de Mar, 9 ½ kilómetros, la cual se inauguró el 10 de Enero de 1857.

En 26 de Febrero de 1858 se otorgó la concesión de Arenys á la rambla de Santa Coloma, 37 kilómetros, abriéndose este trozo al servicio público el 1.º de Agosto de 1861.

De 4 de Febrero de 1860 es la concesión del trozo de la rambla de Santa Coloma á Gerona, 29 ½ kilómetros, y su explotación data del 17 de Marzo de 1862.

Con fecha 27 de Julio de 1863 fué otorgada la concesión del ferrocarril de Gerona á Figueras, 41 kilómetros, el cual se inauguró el 17 de Diciembre de 1877.

Por fin, en 10 de Marzo de 1854 se concedió el trozo restante de Figueras á la frontera francesa, 27 kilómetros, quedando abierto al tráfico todo el trayecto entre Barcelona y aquélla el 23 de Enero de 1878.

De modo que transcurrieron más de veintinueve años desde la inauguración del ferrocarril de Barcelona á Mataró hasta poner en comunicación esta línea con la red general francesa.

El 14 de Noviembre de 1853 se inauguró el ferrocarril de Barcelona á Molins de Rey, que más tarde, el 15 de Abril de 1865, llegó hasta Tarragona.

El 22 de Julio de 1854 comenzó la explotación del ferrocarril de Barcelona á Granollers, y el 1.º de Septiembre de 1860 el trozo de Granollers á la rambla de Santa Coloma, donde empalmó con la línea del litoral, que á la sazón se estaba terminando.

Las compañías de las citadas líneas que se dirigen á Francia, por el litoral la una y por el interior la otra, y la de Barcelona á Tarragona, se fusionaron más tarde, tomando la denominación de «Compañía de los ferrocarriles de Tarragona á Barcelona y Francia».

°°°

En 2 de Enero de 1877 había sido concedida una línea de 90 kilómetros de Barcelona á Villanueva y Valls, cuyo primer trozo entre las dos primeras poblaciones citadas se abrió al servicio público el 29 de Diciembre de 1881, y el último, de Calafell á Valls, el 31 de Enero de 1883, y posteriormente, el 1.º de Junio de 1883, un ramal de 5 kilómetros de Valls á Picamoixons para enlazar con el ferrocarril de Montblanc á Reus.

En 3 de Septiembre de 1882 se otorgó la concesión de un ferrocarril de 543 kilómetros de Madrid á empalmar con la línea de Valls á Villanueva y Barcelona, al cual se dió el nombre de *Directo*.

El primer trozo del mismo, de Roda á Reus, 31 kilómetros, se inauguró el 17 de Julio de 1884.

La Compañía que acometió la vasta empresa de unir las dos primeras poblaciones de España por esta comunicación directa, sufrió reveses considerables por efecto de la crisis que sobrevino al vértigo bursátil que durante corto tiempo ofuscó las más claras inteligencias en el mundo de los negocios, particularmente en la Ciudad Condal; y cuando el proyecto parecía de todo punto abandonado, á lo menos en gran parte, la Compañía de los ferrocarriles de Tarragona á Barcelona y Francia, de acuerdo con los accionistas del *Directo*, se encargó en 1886 de proseguir los trabajos y de explotar la línea, conviniéndose al mismo tiempo la fusión de ambas sociedades.

Por de pronto, se limitó el proyecto á unir directamente á Barcelona, no con Madrid, sino con Zaragoza, utilizándose en parte el ferrocarril llamado de Escatrón, ya construído entre Zaragoza y la Puebla de Hijar, por la orilla derecha del Ebro, cuyo último trozo, de la Zaida á la Puebla, se inauguró en Julio de 1879.

En 1.º de Abril de 1887 la Compañía de Tarragona á Barcelona y Francia comenzó los trabajos del primer trozo de Reus á Marsá, de la línea llamada *Directa*. Comprendía solamente 29 kilómetros; pero la obra era tan difícil como costosa. En el proyecto primitivo figuraba un túnel de nueve kilómetros para salvar la divisoria de los ríos Francolí y Ebro; pero el ingeniero D. Eduado Maristany, que ha perpetuado su nombre en esta empresa gigantesca, varió el trazado con pendientes que no exceden de 14 ½ milímetros, y subiendo 80 metros más, redujo el túnel á 4.040 metros. Resulta éste, no obstante, el más largo de España, superando en 1.000 metros al célebre de la Perruca, de la línea de Asturias. A pesar de los obstáculos de todo género que ofrecía el terreno, gracias al auxilio de poderosas máquinas y de inmensos sacrificios, el gran túnel, llamado de Argentera, quedó terminado el 25 de Marzo de 1890. ¡En menos de tres años se perforó un túnel de cuatro kilómetros, cuando en 1848 se necesitaron diez y ocho meses para abrir el de Mongat, que mide sólo ochenta metros!

La sección de Reus á Marsá se abrió al servicio público el 8 de Diciembre de 1890.

La siguiente, de Marsá á Mora de Ebro, se inauguró el 1.º de Abril de 1891; la de Mora á Fayón, el 1.º de Febrero de 1892; la de Fayón á Caspe, el 15 de Diciembre de 1893, y, por fin, la de Caspe á la Puebla de Hijar, empalme de la antigua línea de Escatrón ó del Bajo Aragón, quedó concluída el 15 de Mayo del corriente año.

Terminada esta sección, faltaba sólo, para unir directamente las dos primeras poblaciones de España, un ferrocarril de circunvalación en Zaragoza, entre las líneas de la Compañía Madrid, Zaragoza y Alicante y la del Bajo Aragón, adquirida por la Sociedad Tarragona, Barcelona y Francia. Al efecto se procedió á la construcción de un ramal de 3.400 metros, casi todo él en zanja, comprendida en muros de mampostería, atravesada por cuarenta pasos superiores y acueductos, en cuyas obras no se sabe qué admirar más, si la elegancia y la solidez, ó el breve tiempo con que aquéllas se han llevado á cabo, siendo preciso expropiar á 45 propietarios y traer materiales desde grandes distancias, incluso ladrillos, por no bastar la industria local, á causa del enorme consumo. Sólo en las bóvedas y pretiles se han gastado 5 millones de ladrillos. El coste del ramal asciende á 2.590.000 pesetas. Tiene éste además un puente de hierro de veinte metros sobre el río Huerva, cuyas pruebas oficiales he tenido ocasión de presenciar, las cuales, como todas las restantes en esta importantísima línea, han dado los resultados más satisfactorios, poniendo de manifiesto que los ingenieros de la gloriosa Escuela de Madrid nada, absolutamente nada tienen que envidiar en el terreno científico y práctico á los extranjeros, y que el material ferroviario procedente de las fábricas españolas puede competir con el importado de Alemania, Bélgica, Francia y hasta de Inglaterra.

En otro artículo me propongo describir este nuevo ferrocarril, cuya Compañía se fusionará en breve con la de Madrid, Zaragoza y Alicante. Merced á él, desde 1.º de Julio próximo los trenes expresos, con cómodos coches-camas y salón-restaurant, recorrerán en el espacio de diez y siete horas la distancia que separa á la capital de España de Barcelona, facilitando al propio tiempo el viaje entre aquélla y la frontera Sudeste de Francia.

Dentro de pocos meses se completará la red de la Compañía Madrid, Zaragoza y Alicante con la apertura del ferrocarril de Ariza á Valladolid, quedando de esta suerte en comunicación rápida y directa el principal centro de la producción agrícola de Castilla la Vieja con la gran región industrial de la Península y su puerto mercantil de mayor importancia.

NILO MARÍA FABRA.

TIPOS MADRILEÑOS.

D. PEDRO OCHAVO.

VAYA usted á ver nuestro Asilo—me había dicho el sábado, en la tertulia de la Duquesa del Troncoverde, mi antigua amiga la Baronesa de la Nube, una de nuestras más caritativas damas de la nobleza, que no piensa más que en los pobres, ni atiende más que á los pobres, ni trabaja más que para los pobres..... Y así el Barón su marido, que es muy rico, tiene envidia á los pobres á quienes cuida y mima su mujer, para él siempre arisca y desabrida.

Invitaciones como la que me hizo amablemente la amable Baronesa las agradezco siempre como es debido; pero, francamente, me contrarían, porque me obligan á proceder con una generosidad que no me permite mi situación de cesante y de emborronador de cuartillas, toda vez que lo menos que he de largar para contribuir á la buena obra de las egregias damas, es un Goya de veinticinco pesetas, lo que me sabe lo mismo que si me arrancaran una muela sana. Y no puede uno hacerse el distraído y olvidadizo, porque si un día no responde usted á la invitación, la dama piadosa repite la suerte una y otra vez, hasta que al fin, á no querer que le tengan por un avaro grosero, sin alma y sin corazón, tiene usted que resolverse á perder de vista acaso el único Goya que le quedaba en la cartera.

Con que el martes me decidí á visitar el Asilo de que es protectora, con otras ilustres señoras, la distinguidísima Baronesa de la Nube. Había otras personas invitadas, como yo, y después de un ratito de descanso en la salita en que reciben las diligentes religiosas á cuyo cargo está el servicio de la casa, pasamos á ver los diferentes departamentos.

Entramos en un salón donde había unas cuarenta camas, todas iguales, limpias, bien hechas, con sus mesitas de noche, y de día, al lado de cada una de aquéllas.

—Aquí duermen.....—dijo cándidamente una señora gorda que formaba parte del grupo visitante, sospechando, sin duda, que los demás no sabríamos para qué sirven las camas.

Todos admiramos las dos filas de camas, bien que no tenían nada de particular; y pasamos á otro salón donde admiramos asimismo otras camas iguales á las de la primera sala.

—Pero ¡qué bien está todo esto!—exclamó la misma señora gorda que nos había dado la noticia de que allí dormían los asilados.

Y acercándose á una cama, levantó la colcha para ver las mantas y las sábanas, y añadió:

—¡Anda, dos mantas nada menos!..... Yo no tengo más que una en la mía. Y de muy buena clase que son estas mantas.

Y abrió la mesilla de noche para que la viéramos y admirásemos por dentro.

—¡Jesús! ¡qué lujo!.....—exclamó la distinguida señora;—aquí viven los pobres como unos príncipes.

Vimos luego el salón de lavabos, admirándose aquella señora de la buena disposición del servicio de aseo, y haciendo los mayores encomios de las damas que dirigen el Asilo. Mucho se conmovió cuando vió que cada pobre tenía su toalla marcada con sus iniciales, lujo que no habrían conocido en sus casas. El comedor con su mesa larga, su mantel limpio, sus vasos, sus botellas de barro para refrescar el agua, no le admiró menos que los dormitorios. Pero donde llegó al extremo la sorpresa de aquella señora fué en la cocina y en la despensa. En la primera nos hizo admirar la enorme marmita donde se estaba cociendo la cena, que consistía en patatas con bacalao y cebolla.

—¡Jesús! ¡qué olor tan rico!.....—dijo.—Parece como que se le abre á una el apetito.

La hermana de servicio en la cocina quiso que probásemos el guiso, y solamente la citada señora correspondió á la galante invitación.

—Está riquísimo—dijo, después de probar una cucharada.—Siento que no lo prueben ustedes. No se come en Lhardy un plato mejor sazonado. ¡Cuando digo que están aquí los pobres mejor que nosotros en nuestras casas!

En la despensa fueron de oir las exclamaciones de la misma señora, contemplando en un rincón el enorme montón de patatas, en un arcón el arroz, en inmensos cajones las alubias y los garbanzos, y la enorme zafra de aceite, y los grandes barriles de vino, y la cuchilla para partir el bacalao y otra para cortar el pan de la sopa, y las ristras de ajos colgadas artísticamente de una viga, y la gran vasija colmada del rico pimentón, y, en fin, todas las provisiones necesarias para tanta gente.

—Esto es lo que se llama una despensa bien surtida. Ya quisieran tenerla así más de cuatro grandes de España—dijo la dama que se había encargado espontáneamente de ser intérprete de la admiración que á todos nos producía cada uno de los departamentos del Asilo.

Vimos también el lavadero, el cuarto de repaso de la ropa, el ropero, donde cada asilado tenía la suya, para los días de fiesta, muy doblada y bien acondicionada, resguardada del polvo y de la polilla, y por fin vimos los pobres, los favorecidos con tal refinamiento de comodidades y de exquisitos cuidados.

Los pobres estaban en el jardín, sentados unos solos, abrumados en sus pensamientos, otros en corro, hablando de sus cosas, y paseando otros para hacer saludable ejercicio.

Los árboles, acacias nuevas, no daban mucha sombra todavía; pero, ya lo dijo aquella señora, «cuando las acacias se desarrollen con el tiempo, esto será un Paraíso».

La señora habló con algunos pobres, felicitándoles vivamente por la buena suerte que habían tenido, y oyendo estaba yo, como todos los demás, lo que ella decía á los pobres y lo que éstos le contestaban, cuando sentí un suave golpecito en el hombro. Volví la cabeza, y cuál no sería mi asombro viendo á D. Pedro Ochavo, mi antiguo amigo.

—¡Don Pedro! ¡qué sorpresa!—exclamé.—¿De dónde sale usted?..... Yo creí que estaba usted ya en el otro mundo.

—No, señor, no; ahora estoy aquí, gracias á Dios.

—¿Tiene usted aquí algún cargo?..... ¿Es usted administrador, abastecedor, contratista?.....

—No, señor, soy pobre—me contestó D. Pedro, sonriendo plácidamente.

—¿Pobre?..... ¿Usted es asilado?.....

—Sí, señor, y á mucha honra.

—Pero ¿cómo ha sido eso? ¿cómo le encuentro á usted aquí? Usted, una persona tan distinguida, tan laboriosa, tan honrada.....

—Comprendo el asombro de usted; pero no hay nada más natural que lo que me ha sucedido.

—¿Y está usted aquí contento?

—Sí, señor, muy contento. Sentémonos en este banco, y le contaré á usted.

—Con mucho gusto, amigo D. Pedro.

—Ya sabe usted que yo era administrador del Marqués de la Panoja.

—Sí, señor, y que le quería á usted mucho, tanto como usted ha merecido siempre.

—Sí, señor, siempre me demostró singular afecto.

—Recuerdo que usted le desembrolló la administración y le aumentó las rentas considerablemente.

—No hice más que cumplir mi deber. Murió el Marqués; sólo estuvo enfermo tres días; pocas horas antes de morir llamó á sus sobrinos y á sus sobrinas, las mujeres de sus sobrinos, que habían acudido al olor á muerto como los grajos, y les dijo que quería hacer testamento para que no hubiera cuestiones después de su muerte; «y no quiero, añadió, que D. Pedro se quede sin alguna recompensa. Le dejaré 10.000 duros.»

—Era muy justo.

—Pues el pobre se murió por la tarde, cuando entraba el notario en el portal. Los sobrinos, tramitado el *abintestato*, heredaron al Marqués, me echaron de la casa, y aseguraron no haber oído las palabras que pronunció, expresando su deseo de recompensarme con un legado de 10.000 duros. Algo más importaba anualmente el aumento que logré en sus rentas.

—¿Y qué hizo usted?

—¿Qué había de hacer? Los sobrinos me dijeron unánimemente que el anciano no había dicho nada de favorecerme, y uno de ellos hasta me insultó y me afrentó, diciéndome que ya habría yo hecho mi negocio en el tiempo que desempeñé la administración. Merecía que le hubiese dejado seco de un tiro; pero estaría ahora en presidio en vez de estar aquí, y tendría un grave peso en la conciencia.

—En fin, le robaron á usted 10.000 duros los señoritos.

—Sí, señor, como si me los hubieran robado. Yo tenía, como siempre he sido tan económico, unos 1.500 duros ahorrados de mi sueldo anual de 20.000 reales que cobré algunos años, y entré en sociedad para establecer una librería con aquel amigo que usted conoció.....

—Recuerdo, aquel Leandro.....

—Sí, aquél; pusimos la tienda, tomamos libros en comisión, compramos algunos sobre barato, y se gastó mi dinero; el suyo se gastaría cuando fuera preciso. Entre tanto decía que lo tenía colocado en una Sociedad. Íbamos viviendo; se vendía alguno que otro libro; pero como él no acababa de aportar su parte, y quería llevarse la mitad de las ventas, creí que no me convenía el trato; ádemás de que descubrí que era jugador y llevaba mala vida y pegaba á su mujer, y desde aquel punto me propuse apartarme de tan peligrosa compañía. Lo que me determinó á hacerlo fué el empeño que tuvo en que asegurásemos de incendios la librería por 20.000 duros, cuando todo lo que allí había no valía 30.000 reales. Yo no quise ser cómplice de tan escandalosa falsedad; él solo hizo el seguro, auxiliado por un agente de ninguna conciencia.....

—Y, por supuesto, á poco habría fuego en la casa.

—Sí, señor, á los tres meses ardió todo, y aunque Leandro no era digno de compasión, crea usted que me dolió mucho pensar que probablemente iría á presidio por incendiario, y le compadecí sinceramente.

—¿Y fué á presidio? No merecía menos.

—No, señor; cobró los 20.000 duros en que había asegurado lo que no valía nada. La Compañía hubiera querido no pagar; pero Leandro llevó comunicados á los periódicos, encareciendo él mismo su probidad y su mala suerte, y acusando fieramente á la Compañía de no querer cumplir sus compromisos, alborotó y amenazó, y en vez de ir á presidio, que hubiera sido lo justo y equitativo, se impuso con su descaro, y la mala fe triunfó de la razón y la justicia. La Compañía prefirió dejarse estafar á entablar una querella de dudoso resultado y al escándalo y al descrédito consiguientes de un fallo contrario.

—Triunfó el bribón.

—Sí, señor; y yo, por no ser cómplice en el delito que meditaba cuando hizo el seguro, me quedé sin dinero, sin librería y sin otro recurso que pegarme un tiro. Por suerte, siempre he sido católico ferviente, y he tenido la virtud cristiana por excelencia, la resignación. No referiré á usted todas mis andanzas en un período de quince años. Trabajé muchísimo, siempre sin hacer picardías; estuve en una escribanía y notaría, de la que salí porque ya estaba harto de que me llamaran el principal y los compañeros *candidote*, *inocente*, *lila* y *pobre hombre*, siempre que hacía alguna observación sobre ciertas cosas que notaba; fuí empleado en consumos, y los compañeros me miraron desde el primer día con malos ojos, no por otra cosa sino porque me parecía que los empleados en el ramo teníamos la obligación de evitar el matute..... Un día, á pesar de que me habían prometido una paliza si descubría cierto alijo en grande, me presenté al concejal de tanda, al mismo que me había colocado, y le conté *ce* por *be* lo que sabía, lo cual que me lo agradeció mucho; pero al día siguiente recibí el premio, es decir, la cesantía.

—¿Quién le mandaba á usted ser hombre de bien?.....

—Es claro, es una cualidad que en este país no se perdona. Fuí representante de la empresa de una compañía cómico-lírica, y en Málaga el empresario, que venía ya bastante derrotado, se embarcó una tarde y nos dejó á todos por puertas. Todos los artistas se convirtieron en tigres y panteras contra mí, reclamándome el dinero y suponiéndome cómplice del fugitivo empresario, que además se había llevado consigo á la tiple ligera; la tía de esta tiple me abofeteó cuando yo la quería calmar; los coristas me amenazaron con sus garrotes; las coristas con sus uñas, y el Gobernador, para salvarme, aunque persuadido de mi inocencia, me metió en la cárcel. No quiero cansar á usted más. Bástele saber que siempre, siempre, he procurado obrar en toda ocasión con la mayor corrección, sin hacer daño á nadie, sin faltar á las leyes divinas y humanas, obediente hasta á los guardias de orden público, y nunca encontré consideración para mí en grandes ni pequeños; solamente el desdén, la injusticia y la ingratitud.

—¿Y no tuvo usted familia?

—De eso no hablemos. Mi mujer, Dios la haya perdonado.....

—¿Ha muerto?

—No, señor, no quiso participar de mi mala suerte, y está en grande; es ama de gobierno de un señor solo, el Conde de la Trastienda, ex comerciante de ultramarinos, senador del Reino, vitalicio.

—¡Pobre D. Pedro!

—No diga usted eso; ahora es cuando ya no soy pobre, ahora es cuando no me falta nada, cuando todo el mundo me atiende. Mire usted, las damas más ilustres de la aristocracia son mis amigas, vienen á verme, se interesan por mi salud, trabajan para mí; aquí tengo, en el bolsillo del chaquetón, estos calcetines; vea usted qué bonitos, de algodón encarnado; pues me los ha hecho la Marquesita del Aguarrás, que es más bonita que un sol; arriba tengo una levita, que está muy buena, forrada toda de seda, y me permiten que me la ponga para ir á paseo, hecha por Caracuel nada menos; me la regaló con otras prendas interiores y exteriores el Conde de la Carraca, en celebridad del casamiento de su hija; la Baronesa de la Nube siempre que viene, ya se sabe, trae un par, lo menos, de cigarros habanos de los más caros que fuma su marido, y dos ó tres cajetillas de Susini para *su amigo don Pedrito*, así me llama cariñosamente la amable señora, y hasta me requiebra, ponderando mi sano color, mis buenos ojos, mi dentadura y mi buen cuerpo. Aquí vivo con la mayor tranquilidad, servido perfectamente; duermo como un prior, y velan mi sueño las hermanas de la Caridad y cuidan de que no me desabrigue; estas excelentes mujeres me distinguen de los demás, y aunque á todos los tratan con caridad, á mí, que agradezco mejor sus cuidados y no me quejo de estar en un asilo, ni de las comidas, ni de nada, me demuestran naturalmente más afecto, y suelen proporcionarme algún libro con que entretenerme, algún periódico de los que vienen á la Administración, y por lo que en los periódicos leo con profunda compasión comprendo lo que se afanan mis conciudadanos por exhibirse, por hacer negocio, por obtener ventajas en la lucha por la existencia, por engañarse unos á otros, por llenarse de cruces y veneras, como el asno cargado de reliquias, por aparentar lo que no son, y veo, en fin, tales miserias y lástimas, que no puedo menos de pensar: «Don Pedrito, como me llama la Baronesa mi amiga, qué sabio has sido metiéndote á pobre inquilino de este Asilo, para vivir cristianamente, ni envidioso ni envidiado, bien alimentado con tu arroz con patatas, con tus patatas con bacalao, con tus judías con tocino, ¡qué ricas!; con tus cien gramos de carne los domingos, con tu vinito en la comida y en la cena..... Aquí nadie te persigue, nadie te engaña, nadie te disputa el puesto, nadie te pide, ni te roba, ni te castiga por ser hombre de bien. Bendito y alabado sea el Señor, que me inspiró la buena idea de venir aquí á reirme del mundo y hasta del Gobierno.»

Felicité á D. Pedro Ochavo por su buena posición de asilado distinguido, y nos despedimos, prometiéndole hacerle alguna visita para deleitarme en la conversación con un hombre feliz, placer que no se puede encontrar fácilmente en la sociedad.

Carlos Frontaura.

AUN HAY VÁNDALOS:

URGE AMPARAR LAS RUINAS.

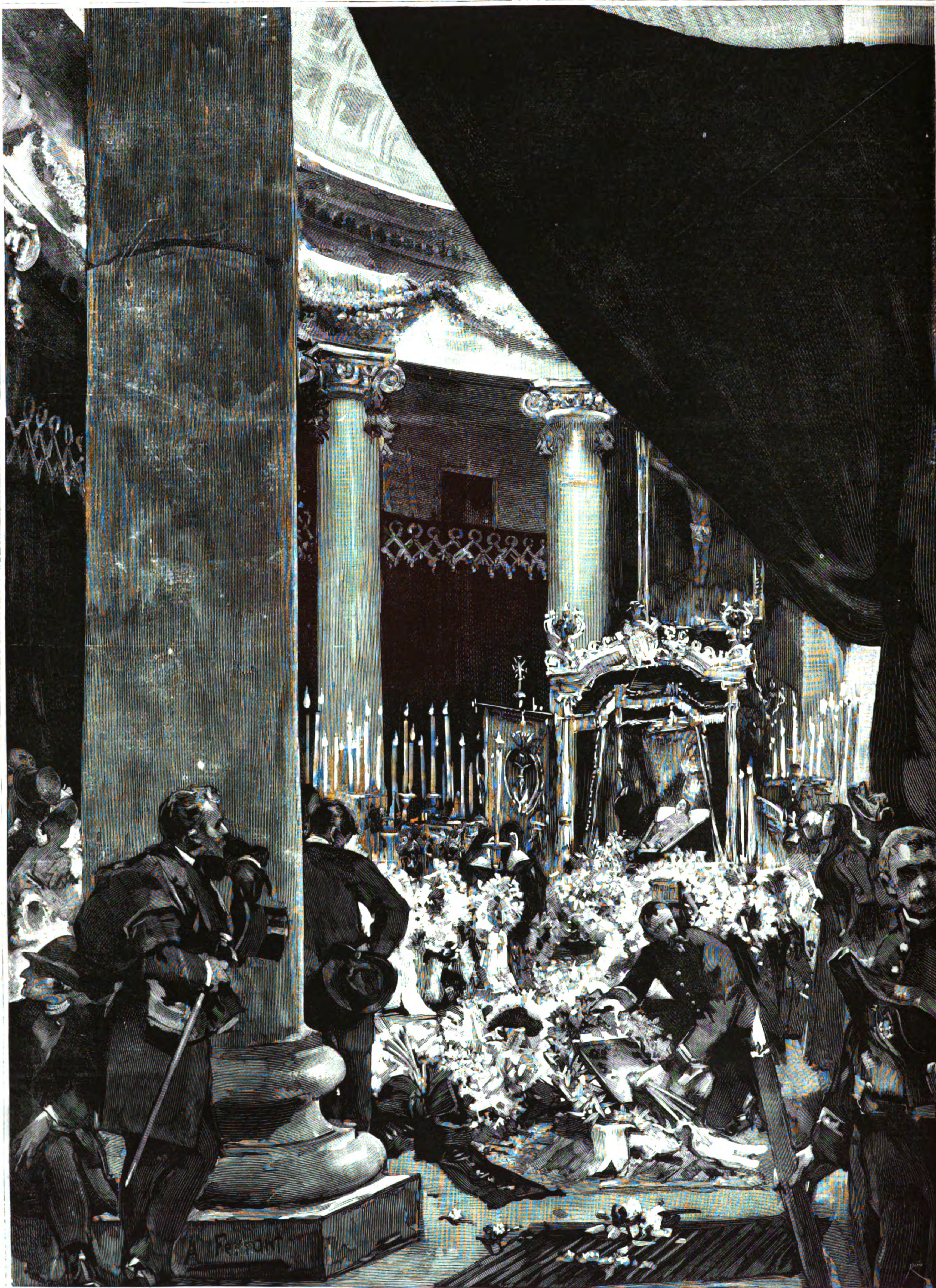
Con el epígrafe que precede apareció en el número de La Ilustración correspondiente al 30 de Octubre último un notable artículo del sabio é ilustre académico D. Pedro de Madrazo, encaminado á demostrar la necesidad urgente que existe de que el Gobierno de la nación dicte las medidas oportunas, tanto para amparar, conservar, limpiar y embellecer las ruinas de monumentos histórico-artísticos que no puedan ser debidamente restaurados, cuanto para la restauración y conservación de aquellos que, ó por las injurias del tiempo, ó por el culpable abandono de los hombres, amenazan ó pueden, en término no lejano, amenazar ruina.

Temeridad increíble, y por ende imperdonable, sería en mí, lego en el asunto de que se trata, manifestar mi opinión enfrente de la del erudito Sr. Madrazo; asístele sobrada razón en lo que dice, y aun cuando no le asistiera, no sería mi inexperta pluma la encargada de contradecirle. Así que repetiré con él, para que segunda vez llegue á los oídos de aquellos á quienes incumbe poner el remedio: *Aun hay vándalos: urge amparar las ruinas*. Sin embargo, aunque profano en el arte, como he dicho, español ante todo, y amante como el que más de las glorias patrias, que constituyen hoy nuestro más preciado y rico patrimonio, séame lícito aclarar, amplificar y aun poner ciertos reparos á algunos conceptos emitidos por el Sr. Madrazo en su artículo.

I.

Cierto que en todos los pueblos cultos se profesa hoy gran respeto á las reliquias de la antigüedad; cierto también que en España los actos de vandalismo contra los monumentos artísticos se registran casi á diario, y cierto, ciertísimo que muchos de los Gobiernos que han regido la nación desde los tiempos de Carlos III han tratado, al menos en la apariencia, de poner al mal remedio. Y aquí se me ocurre preguntar: ¿Es cierto que las propensiones antiartísticas, que los instintos inestéticos de nuestro pueblo esterilizan los esfuerzos del Gobierno? Y dado que así sea, ¿de dónde proceden esos instintos? ¿Quién los ha sostenido, ó, mejor dicho, quién los ha sembrado en el corazón de los españoles para que tan funestos frutos den todos los días? ¿Por qué á medida que se ha intentado poner una valla al torrente devastador, lejos de decrecer va en aumento progresivo é incontrastable? Y finalmente, ¿son los Cabildos, Diputaciones, Ayuntamientos ó Corporaciones particulares solidariamente responsables de semejantes atropellos?

Empecemos por confesar ingenuamente que si en muchos casos los esfuerzos del Gobierno han resultado y resultan inútiles, se debe á la insuficiencia misma de los medios empleados, á la carencia de unidad en la organización y acción legislativas y á la falta de constancia y energía para llevarlas á la práctica. Para que esos esfuerzos no resulten estériles, es preciso que se asienten en una base fija y estable, y ésta no puede ser otra, á mi ver, que un reglamento uniforme que tenga fuerza de obligar, una especie de *Código de monumentos y antigüedades artísticos* en que se determinen de una manera clara y precisa las facultades y prerrogativas, y al mismo tiempo las obligaciones de cada una de las diversas entidades ú organismos llamados á intervenir, de suerte que sin rozamientos de ningún género, y moviéndose cada cual en su propia órbita, pueda concurrir en unión con los demás á un fin único y común. ¿Existe ese código ó reglamento al que deban sujetarse en su acción desde el Ministro del ramo hasta la última de las Corporaciones y hasta los mismos particulares? Existen, sí, reglamentos particulares para las diversas academias y comisiones; existen disposiciones aisladas, circulares y Reales órdenes para casos determinados; pero un reglamento general como el que se necesita, yo no tengo noticia de él, y las continuas dudas y confusiones que surgen casi siempre que se trata de algún monumento artístico parecen denunciar la no existencia ó la gran deficiencia de él. De donde resulta que las mismas comisiones llamadas á intervenir no se entienden entre sí, y mutuamente se atropellan en sus funciones, ó se prescinde de lo que no se debía prescindir, cuando no sucede que, unas por otras, como vulgarmente se dice, dejan la casa por barrer. Si alguno pusiera en duda mis palabras, no tiene más que fijarse en lo que en estos días está sucediendo con motivo de las obras de restauración que se están llevando á cabo en el antiguo monasterio de San Salvador de Leyre, y tendrá una prueba acabada de lo que he afirmado. No soy yo; el erudito publicista vicepresidente de la Comisión de monumentos de Navarra, don Juan Iturralde, citado también por D. Pedro de Madrazo con motivo de las ruinas del palacio de Olite, es quien habla: «Hace algún tiempo—dice—el Gobierno creó la dirección de construcciones civiles y varias plazas de arquitectos en provincias, encomendando la conservación y restauración de monumentos nacionales á dichos señores, quienes, por lo menos en Navarra, funcionan con absoluta independencia de la Comisión de monumentos, á pesar de ser



MADRID.—EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DEL EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO EN LA ROTONDA DEL MUSEO NACIONAL DE PINTURAS.

(Composición y dibujo de D. A. Ferrant.)



MADRID.—ENTIERRO DEL EXCMO. SR. D. FEDERICO DE MADRAZO.

LA FÚNEBRE COMITIVA SALIENDO DEL MUSEO NACIONAL DE PINTURAS.

(Composición y dibujo de D. J. Comba.)

éstas delegados y representantes oficiales de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes, y de estarles encomendadas por el reglamento vigente la inspección y custodia de aquéllos. De esa imprevisión en deslindar las atribuciones de cada uno, se han originado rozamientos inevitables, etc.» Y más adelante continúa: «La Comisión de Monumentos de Navarra no ha tenido ni tiene intervención alguna en la restauración, que por lo visto está verificándose en el monasterio de San Salvador de Leyre, y aunque sea depresivo y anómalo, nadie la ha consultado acerca de ello» (1).

Demos, no obstante, por sentado que ese reglamento existe y que no es deficiente. ¿Se ha tratado alguna vez seriamente de llevarle á la práctica y hacerle cumplir con la energía y el tacto que se requieren? ¿Qué responsabilidades se han exigido ó qué multas ó castigos se han impuesto á los transgresores? ¿Cuántas veces no ha ocurrido que las Delegaciones de Hacienda han procedido á la incautación ó enajenación de objetos y monumentos de indisputable mérito contra las disposiciones gubernativas, ya de carácter transitorio, y aun de carácter permanente? ¿Y qué han hecho las autoridades superiores? ¿Han impuesto el correctivo necesario para que el caso no se repita? No; conminan para otra vez, anulan lo hecho, si aun se llega á tiempo, y si no se llega, encógense de hombros, y eso es todo. Amenazan, pero no dan. La ley, para ser tal, necesita una sanción, y casi siempre una sanción penal: sin esta condición resulta ilusoria y no se concibe. Una ley que no obliga; una ley que no lleva en sí misma la fuerza de ligar, no es ley, es un fantasma de ella.

II.

Veamos ahora qué causa ha podido engendrar y sostener instintos de destrucción en nuestro pueblo. Yo creo firmemente que no existen tales instintos. La propensión, el instinto son intrínsecos al hombre, son una manera de ser de su misma naturaleza; pueden ser, sí, despertados, movidos, dirigidos y acrecentados por una causa exterior; pero no reconocen en ella su origen, sino en la misma naturaleza, á diferencia de las ideas y de las doctrinas que nos pueden venir de fuera. Así que yo creo que los actos vandálicos que se cometen contra los monumentos artísticos, ya sea por los particulares, ya por las Corporaciones de cualquiera especie, obedecen á una idea, á un sentimiento que se ha procurado asentar bien en la cabeza y en el corazón de los españoles; que son el fruto natural y espontáneo de doctrinas más ó menos peligrosas esparcidas á los cuatro vientos con ahinco y tesón inquebrantable y con notable falta de precaución; en una palabra, se han sentado principios disolventes, y la destrucción de tantas glorias patrias es sólo una consecuencia que de esos principios saca el pueblo español, que aun conserva algo de lógica. Voy á probarlo con un argumento sencillísimo. Al pueblo español se le ha predicado por muchos años el odio, se le ha excitado por todos los medios hábiles á la destrucción de la superstición y la tiranía como único medio de emancipación y progreso: es así que los monumentos histórico-artísticos son obra y representación genuina de la tiranía y la superstición (tal como se entienden hoy estas palabras); luego al pueblo español se le ha inculcado el odio y se le ha incitado á la destrucción de dichos monumentos; luego al destruirlos no hace otra cosa que sacar una consecuencia de los principios que se le han enseñado. Conste que en lo que voy á decir no trato de combatir ideas políticas ó filosóficas de nadie ni hacer alarde de las contrarias, sino únicamente probar, apoyado en la historia, el argumento propuesto.

Hace ya algunos años, y aun pudiera decir siglos, que la nobleza española, aquella nobleza feudal y caballeresca, fuera por las tendencias absorbentes del trono, ó fuera por otra causa, que en eso yo no he de meterme, empezó á decaer visiblemente de su primitiva grandeza y esplendor, hasta tal punto, que al advenimiento de la casa de Borbón era un satélite de la Corona. Sin embargo de esta decadencia, quedábanla todavía bastantes vestigios de su antiguo lustre y poderío para ser respetada y temida como una de las fuerzas más poderosas del Estado. El trono, aunque privado de aquella pujanza y predominio absoluto de los tiempos de Carlos I y su hijo, y aunque gastado y vacilante en los débiles hombros del último rey de la casa de Austria, como institución secular y profundamente arraigada en nuestra patria gozaba de todas las prerrogativas del poder y de largos años de vida. La Iglesia, como en tiempos anteriores, tenía, no sólo gran prestigio, sino además una influencia muchas veces decisiva en los asuntos políticos y en la gobernación de la cosa pública.

En aquel entonces, é importados juntamente con la dicha casa de Francia, empezaron á pulular y extenderse con extraordinaria rapidez las ideas modernas, lo que llamamos hoy, quizá con notable ligereza, el gran triunfo de la civilización del siglo XIX. No son los presentes ocasión ni lugar oportunos para hablar de las nuevas ideas, cuyos principios filosófico-políticos todos conocemos; sólo diré que el protestantismo, con todas sus guerras, incendios, devastaciones y horrores, fué su padre; que el racionalismo ateo de Voltaire, Rousseau, D'Alembert y demás filósofos de la pasada centuria que provocaron la revolución francesa, con su corte de regicidios, asesinatos, expoliaciones y grandes trastornos, dió á luz en España al liberalismo filosófico-político, que no es otra cosa que el racionalismo aplicado á la gobernación del Estado.

Que el primer triunfo de las nuevas ideas en nuestra patria fué una revolución ridículo remedo de la francesa, por sabido no hay para qué nombrarlo. Volvamos á nuestro argumento. Al implantar aquí las nuevas ideas, encontráronse sus corifeos con tres grandes fuerzas que era preciso vencer, perseguir y aniquilar, para sobre sus ruinas y despojos alzar el nuevo sistema, y con un poderoso obstáculo que era necesario superar á toda costa. Estas tres fuerzas eran *la nobleza*, *el trono* y *la religión*; es decir, *la superstición y la tiranía*, tal como, según dejamos dicho, se toman hoy estas palabras: el obstáculo eran las creencias y la opinión del pueblo favorables á aquellas instituciones. ¿Cómo vencerlas? ¿Cómo destruirlas? De una manera muy sencilla: poniéndolas en desacuerdo, utilizando el poder y la fuerza de uno de esos organismos, empleándolo como un ariete contra los otros. La elección no era dudosa. La Iglesia se manifestaba recelosa y hostil; con el pueblo no había que contar por entonces, si bien podría después utilizarse como una poderosa palanca; la nobleza, dado caso que se prestara á secundar sus proyectos, renegando de su pasado, era la menos fuerte; quedaba el trono. Pusiéronse, pues, al servicio del trono, para que más adelante el trono se pusiera á su servicio. Cómo lo lograron, no seré yo quien se detenga á mostrarlo; ahí está la historia de aquella época que lo pregona en sus páginas. El hecho es que los cargos públicos, que las dignidades, que las riendas mismas del gobierno se encomendaron á personas adictas á las nuevas ideas; que las corporaciones, asambleas, centros de enseñanza y asociaciones de todo género fueron regidos por reglamentos y personas conformes con las nuevas ideas; que en la cátedra, en la tribuna, en la prensa dominaron como con derecho propio los principios liberales, y que después de haber crecido á la sombra del trono, consiguieron por fin que éste se echara en sus brazos como único medio de regenerarse y regenerar la sociedad. El hecho es que la antigua nobleza ya no existe; que degradada y envilecida, salvo honrosas excepciones, ó pasó á engrosar las filas del nuevo sistema, ó después de una existencia lánguida bajó á confundirse con el polvo del sepulcro, siendo sustituída y aun suplantada por una nobleza de nuevo cuño, por una aristocracia viciosa y corrompida, que sólo piensa en gastar sus fuerzas físicas en la orgía y el sensualismo, y sus caudales en fiestas y saraos, en exhibir su pulcra y almibarada figura en las públicas reuniones, y en vaciar su hueca mollera en los elegantes salones del Veloz-Club; una aristocracia, en fin, que no puede infundir recelos. El hecho es que al pueblo se le predicó y enseñó por todos los medios, en el periódico, en el folleto, en la novela, en el teatro, en el foro y hasta en las plazoletas y callejones, las nuevas y salvadoras doctrinas, y juntamente el odio á la tiranía, á la superstición y á todo lo que con ellas tuviera parentesco; al pobre se le excitó contra el rico, al obrero contra el patrono, al pechero contra el señor, y que el pueblo, deslumbrado y fanatizado por las hermosas palabras de *libertad, emancipación, progreso, civilización, igualdad, fraternidad* y demás zarandajas del sistema, tan traídas, llevadas y mal interpretadas por la mayoría, se declaró en gran manera campeón decidido de los nuevos ideales, y enemigo furibundo de las antiguas ideas é instituciones. Quedaba, sin embargo, la más temida y por tanto la más execrada, la Iglesia; á ésta no se la podía atraer, alucinar, corromper ni suplantar. ¿Qué hacer con ella? Primero engañarla hipócritamente, y una vez engañada y confiada, aislarla, empobreciéndola y cercenando sus derechos, sus prerrogativas y su influencia. Y bajo las protestas del más acendrado catolicismo, y bajo los juramentos más solemnes del más entrañable y filial amor, so pretexto del bien público y del provecho de la misma Iglesia, se concibieron, redactaron y promulgaron las leyes de desamortización y secularización, se invocaron como derechos inconcusos de la Corona con el nombre de *regalías* las concesiones hechas al trono por la Iglesia, é invocando el santo nombre de *libertad* incautóse el Estado de la enseñanza y dióse rienda suelta á la prensa.

Resumamos. Objetivo del liberalismo: emancipación del individuo, de la familia y de la sociedad, como condición indispensable para la civilización y el progreso.—Obstáculos que hay que vencer para llegar á ese fin: la superstición y la tiranía. Guerra, pues, á la tiranía y á la superstición.—Organismos ó instituciones que en España representan esas dos ideas: la religión, la nobleza y el trono. Guerra, pues, al trono, á la nobleza y á la religión.—Medios que se han de emplear: cualesquiera; todos son buenos, pero especialmente gran difusión del sistema entre el pueblo, la osadía y la astucia. Resultado: la Iglesia aislada y empobrecida; la nobleza, salvo honrosas excepciones, envilecida y degradada; el pueblo, fanatizado y corrompido; y el trono, reducido á la menor cantidad posible, y expuesto á romperse en cien pedazos, como ya otra vez se rompió, á la menor convulsión.

Si se me acusara de exagerado en estas mis apreciaciones é ideas, ábrase la Historia; ella responderá. Compárense fechas con fechas, la época presente con las que pasaron, y con ingenuidad y espíritu imparcial dígase si la Iglesia española de los siglos XV, XVI y XVII, si el cetro que regía dos mundos, si el pueblo noble, sencillo y leal de la Monarquía cristiana, si la aristocracia altiva, pundonorosa y caballeresca de la dinastía austriaca son los mismos de la actualidad. La Iglesia sí es la misma, pero no su estado, no su esplendor, no su poder é influencia bienhechora; el cetro no tiene de común con aquél más que el nombre; el pueblo, bastardeado en sus creencias y sentimientos, se revuelca con fruición en el inmundo lodazal del socialismo y del anarquismo, hijos gemelos del liberalismo; y la nobleza apenas conserva otra cosa que sus viejos pergaminos.

Siento haberme detenido demasiado en cosas al parecer ajenas al asunto que nos ocupa; pero he creído necesario dejar sentada esa serie de hechos que llevan necesariamente á la consecuencia de mi argumento.

Hagamos ahora la aplicación de estos principios y hechos generales á la materia de que se trata. Los monumentos histórico-artísticos, ante cuyas ruinas, respetuosos y entristecidos, nos paramos, ¿por quién fueron levantados? Por la religión, la nobleza y el trono. ¿Qué son esos monumentos? El Gobierno de la República que presidió el Sr. Castelar, en el preámbulo de decreto de que tan oportunamente hace mérito el Sr. Madrazo, lo ha dicho: «Obra de la tiranía y engendro de la superstición.» ¿Qué significan? ¿qué simbolizan? Del palacio de Olite ha dicho el citado D. Juan Iturralde: «Sus truncadas torres, sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas, son como el emblema de las vicisitudes por que ha pasado el noble país navarro; y ese castillo, obra predilecta de un gran monarca, esas bóvedas bajo las cuales se celebraron tantos triunfos, que presenciaron acontecimientos tan notables, que resonaron con los gritos de guerra ó con las trovas de amor de los juglares, parecen hoy la tumba de un reino.» Y del referido monasterio de Leyre afirma que es «representación genuina de aquella noble tierra, joya del arte cristiano, tesoro de gloriosas memorias, asilo sagrado de la religión y de la patria, inexpugnable baluarte de nuestra independencia, panteón de nuestros reyes y morada de santos». Lo que se afirma de estos monumentos puede decirse de todos los demás, de suerte que si pereciera por completo la historia de la Monarquía cristiana española bastarían los monumentos del arte para reconstituirla. Ellos simbolizan el dominio, el poder, el esplendor y los triunfos de lo que ha dado en llamarse tiranía y superstición; son su expresión más genuina y en cierto modo su personificación; cada monumento, cada ruina, son una gloriosa página de su historia; en sus robustas torres, en sus soberbias almenas, en sus esbeltas columnas, en sus atrevidos arcos y hasta en sus hornacinas severas parece que anida, vive, crece y se agiganta el espíritu de las pasadas generaciones; y cuando la moderna civilización pisa sus umbrales para escudriñar, publicar y tal vez hacer escarnio y mofa de los secretos que guardan, parece como si, brotando de sus ennegrecidos muros, ó alzándose de sus silenciosas tumbas, ó animándose en sus estatuas, una legión de héroes se adelantara gritando con voz terrible, con voz que llenando las espaciosas naves y rebotando en las solitarias bóvedas, fuera á perderse en el ángulo más obscuro del panteón: «¡Atrás, profana, atrás! ¡No pises nuestras cenizas, no turbes nuestro reposo, no mancilles nuestra gloria! ¡Tú eres la luz del siglo XIX, nosotros representamos las tinieblas de los pasados siglos; tú eres la libertad y la ciencia, nosotros fuimos la tiranía y la superstición; nada hay de común entre nosotros; ¡atrás, profana, atrás!» Y seguramente que si esas dos tan calumniadas ideas hubieran de volver á la vida, á estos monumentos irían á buscar el espíritu que las informara.

Ahora repitamos el argumento. Al pueblo español se le ha predicado, se le ha inculcado la aversión, se le ha incitado y arrastrado de palabra y por escrito al odio y destrucción de la superstición y tiranía, y á cuanto pueda evocar su nombre, como único medio de emanciparse y regenerarse: es así que los monumentos artísticos son obra y representación genuina de la tiranía y superstición; luego al pueblo español se le ha enseñado é incitado á la destrucción de dichos monumentos; luego al destruirlos no hace más que sacar una consecuencia de los principios en que los nuevos redentores de la sociedad le han educado: es así que los Gobiernos de este último siglo, como liberales, han sido los mantenedores y propagadores de esos principios disolventes; luego no son los instintos inestéticos de nuestro pueblo quien esteriliza los esfuerzos del Gobierno, sino los Gobiernos ó prohombres que han sembrado en nuestro pueblo esas ideas ó instintos.

Y no sólo los han sembrado, sino que los han sostenido con la voz y con el ejemplo, y voy á probarlo. Las doctrinas que, según queda demostrado, han llevado al pueblo á la destrucción de tanta riqueza artística, lejos de ser combatidas por los Gobiernos, han sido por los mismos patrocinadas y esparcidas; luego han contribuído á sostener ideas destructoras en el pueblo. Es indudable, y á la Historia me atengo, que la mayor parte de las ruinas que cubren nuestro suelo fueron causadas por la revolución. Túrbase la mente, el corazón se apena y hasta la vista se nubla cuando se registran las crónicas, manchadas de sangre y lodo, de estos últimos tiempos. Incendios, devastaciones, expolios y profanaciones de todo género fueron siempre el séquito obligado de los revolucionarios, y en pos de sí no más dejaron que llantos, dolores, cenizas, escombros y ruinas, claustros deshabitados, iglesias profanadas, castillos incendiados y palacios demolidos. Y como si tanta barbarie y salvajismo no bastaran, las leyes de desamortización vinieron á completar la obra. Por las tales leyes se vendieron públicamente, no sólo los bienes de las iglesias, monasterios, abadías y santuarios, sino los mismos santuarios, abadías, monasterios é iglesias. Es indudable que entre estos monumentos había muchos, y acaso la mayor parte, de un mérito indiscutible. Por el contrato de venta sin restricciones se concede al comprador pleno derecho sobre la cosa comprada, de suerte que puede destruirla, modificarla, locarla ó destinarla á los usos que tenga por conveniente. Que los compradores de monumentos religiosos lo fueron sin restricciones, y han hecho pleno y bárbaro uso de este derecho, no hay más que abrir los ojos y mirar. El citado Sr. Iturralde dice: «Por eso cuando el insigne monumento (habla del legeriense), arruinado en su mayor parte y convertido en inmunda guarida de ganados y alimañas, víctima del vandalismo revolucionario, fué vendido por un puñado de reales....., etc.» Yo mismo, con ser un niño y apenas haber salido de la aldea en que vi la luz y del colegio en que me eduqué, he visto en una sola ciudad, y de las más católicas, tres magníficas iglesias, una convertida en paneras, otra en pajar y la otra en establo, sin que á esta última le valiera ni su hermosura y esbeltez, ni las muchas preciosidades que encerraba y aun encierra, ni ser obra predilecta de los Reyes Católicos, que la erigieron en memoria de la toma de Granada, ni guardar en soberbio y elegante túmulo de finísimos mármoles, hoy horriblemente mutilado, las cenizas del príncipe D. Juan; y si hoy se encuentra rescatada de tan miserable estado, débese á la generosidad de una Reina. Y no hay que decir que las leyes desamortizadoras tenían un fin laudable, cual era el levantar la Hacienda pública, que iba dando tumbos y revolcones, el cual fin pudiera cohonestar en algún modo los abusos cometidos, no; el erario público no se levantó por eso de la postración en que estaba. ¡Cómo se había de levantar si quien menos percibió fué el erario! ¡Si hubo monumento

(1) De una carta dirigida á *El Correo Español* y publicada en el número correspondiente al 18 de Enero de este año.

tasado en cuatro ó cinco millones, de cuya venta, según tengo entendido, vino á percibir el erario una peseta! De donde se deduce que sólo el odio á determinadas instituciones pudo ser el móvil de leyes tan desastrosas.

Queda probado que la revolución y las leyes desamortizadoras han sido la causa inmediata de la destrucción de la mayor parte de los monumentos artísticos. Y bien; ¿quién hizo la revolución? Las nuevas ideas. ¿Quién la lanzó á la arena? Los prohombres de la nación, los políticos descontentos; los enemigos del Trono y de las antiguas instituciones, es decir, los mismos que poco á poco se habían ido apoderando del gobierno y quisieron coronar su obra dando un puntapié á la monarquía. ¿Quiénes hicieron y llevaron á cabo las leyes desamortizadoras? Los Gobiernos liberales; es decir, empezaron los padres y continuaron los hijos de la revolución. Luego los Gobiernos han contribuido con su ejemplo y medios de acción á sostener en el pueblo ideas de destrucción.

Ahora ya se explica satisfactoriamente por qué, á medida que se ha tratado de poner remedio á la devastación, ésta ha ido en aumento. Hase verificado aquí la fábula de los cangrejos. Si los Gobiernos andan hacia atrás, ¿cómo quieren que el pueblo ande hacia adelante? Y como los Gobiernos en este asunto han marchado para atrás desde los tiempos de Carlos III, desde aquella época hubo que empezar á poner los medios, aunque inútiles, para que el pueblo anduviera hacia adelante. Si el mismo Sr. Castelar, que tan celoso de las glorias nacionales se muestra en el decreto á que nos hemos referido, con ser uno de los padres más legítimos é inmediatos de la revolución, tuvo que poner frente á ella, para que no le arrollara en su avance de avalancha, las bocas de los cañones, ¿podía esperar que esa misma revolución respetara los monumentos artísticos tan sólo porque eran tales? «Señores, paciencia—podríamos decir á los Gobiernos, parodiando una frase del Diógenes de *Pequeñeces;*—si levantan ustedes la tapadera del común, ¿podrán quejarse de que apesta?» Después de todo lo dicho, ¿quién se atreverá á hacer solidariamente responsables de tantas ruinas á las corporaciones particulares?

III.

Poco me resta que decir para terminar este ya inacabable artículo. Estoy conforme, en un todo conforme, con el parecer del Sr. Madrazo en lo que se refiere á la conservación de ruinas. Muchos monumentos no pueden ser restaurados, y los que lo son, ¡cuánto no suelen perder en la reparación! De las murallas de Avila, único ejemplar en su clase, no sólo en España, sino acaso en toda Europa, he visto yo levantar algunos lienzos y torres derruídas, y me han parecido un remiendo de sayal hilvanado en un rico manto de púrpura. Consérvense, sí, las ruinas limpias, aseadas y embellecidas con los recursos que prestan la naturaleza y el buen gusto, y hágase obligatoria esta conservación y embellecimiento á sus poseedores, que muy puesto en razón está y nada perderán en ello, como elegantemente demuestra el Sr. Madrazo. Pero si es muy justo que el Gobierno imponga y haga cumplir con escrupulosidad este deber á las corporaciones poseedoras de monumentos artísticos, no veo yo tan factible ni tan justo que estas mismas corporaciones sean obligadas á la restauración de dichos monumentos, ni que á ellas incumba su conservación. No lo puede ser la Iglesia respecto á los monumentos religiosos, porque está empobrecida, y, por tanto, en una verdadera impotencia física. Cuando la Iglesia tenía propiedad no se veía forzada á recurrir á los Gobiernos en demanda de auxilio para sostener sus monumentos, sino que de su patrimonio atendía á las reparaciones necesarias. Hoy carece de ese patrimonio y, naturalmente, tiene que dejar caer sus monumentos. ¿Quién será el obligado á conservarlos y restaurarlos? El Gobierno, que la despojó de sus bienes. Esto es de sentido común. Además, esta obligación tiene su fundamento principal en un contrato solemne celebrado entre la Iglesia y el Estado, en virtud del cual este último se comprometió á sostener el culto y los lugares destinados á él, como indemnización de la propiedad usurpada. Luego no es á la Iglesia, sino al Estado á quien incumbe la conservación y restauración de monumentos religiosos. Se dirá que ya tiene asignada cada iglesia una cantidad determinada para atender al culto. Es cierto; pero tan exigua, que se pueden dar por muy contentos muchos rectores de iglesias con que les alcance para quitar goteras. ¿Cómo esos infelices van á emprender una obra de restauración qué importe algunos miles de pesetas? Hace observar el Sr. Madrazo «que para la reparación de los templos abiertos al culto, palacios episcopales, seminarios, etc., hay una consignación especial en el presupuesto de Gracia y Justicia.» También es cierto; pero esa consignación tiene el mismo defecto que la destinada al culto; es tan insignificante, que no llega á cubrir la vigésima parte de las más apremiantes necesidades. Por otra parte, se exigen expedientes tan complicados y costosos para recabar algo de esa consignación, y suelen tener una tramitación tan larga, cuando no duermen años y años en las oficinas del Estado, que es preferible en muchos casos renunciar á ese recurso. Y respecto á los monasterios, abadías y edificios que pertenecieron á institutos religiosos, creo que el mejor medio de dar un paso hacia adelante, es darle hacia atrás; esto es, el mejor medio de conservarlos, si aun pueden conservarse, es devolverlos á sus antiguos dueños; sólo así podrán librarse de la general devastación, según nos enseña la experiencia de todos los días.

Que las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos no pueden, según el régimen actual, atender á este ramo, lo prueba con harto triste evidencia el estado de postración en que la mayor parte se hallan: sea por mala administración, sea por otros motivos, es lo cierto que no pueden levantar las graves cargas que sobre ellos pesan. Para que este mal se remediara, ó al menos se mitigara, sería necesario que en el presupuesto anual se consignara una cantidad determinada para conservación de monumentos, y que esa cantidad se invirtiera.

Urge que el Gobierno se determine de una vez seria y formalmente á dictar las medidas necesarias para amparar las ruinas y conservar los monumentos del arte; y si ha de proceder con tino y en justicia, ya que atrás no podemos volver, entiendo que en la *Ley de monumentos* que se dicte, á las bases tan sabiamente propuestas por el Sr. Madrazo, deben agregarse estas:

Que todo edificio declarado monumento nacional artístico ó histórico, ó que, á juicio de la respectiva Comisión deba ser declarado tal, y que haya pertenecido á familias ó institutos religiosos, sea devuelto á éstos, quienes cuidarán de su conservación y restauración.

Que cuando un monumento religioso, que según el dictamen de las Comisiones ó Academias deba ser conservado ó restaurado, no lo pueda ser por la Iglesia, por carecer de recursos, correrá por cuenta del Estado su restauración y conservación.

Que los expedientes para reparación de monumentos se simplificarán cuanto sea posible, y se activará con toda energía su gestión.

Y, finalmente: que para la conservación del patrimonio artístico-monumental, propio del Municipio ó la provincia, se consignara en capítulo especial en el presupuesto de cada año una cantidad mayor ó menor, en relación al mayor ó menor número de monumentos á que tenga que atender, y que esa cantidad será invertida con exactitud en dicho objeto.

Con estas reformas que me ha parecido conveniente apuntar, juntamente con las que propone el Sr. Madrazo, creo que se conseguirán plenamente los fines que dicho señor se proponía en su precioso artículo.

A. H. Cenizares.

LA TRAMOYA REGIA.

(RECUERDO HISTÓRICO.)

Aquel rey aventurero
Que, como aquel rey *devoto*,
Tuvo ya su favorito
Antes de subir al trono;
El que al fin hizo del cetro,
En manos del ambicioso,
Juguete que rompe un niño
Por satisfacer su antojo;
Aquel don Felipe Cuarto,
Que *grande* encontraron pocos,
Los unos agradecidos
Y aduladores los otros,
Fué en su infancia comediante
Para divertir los ocios
De la turba palaciega,
Carcoma suave del solio.
Y, oyendo el Príncipe niño
Los ya pagados elogios,
En farsa muy bien dispuesta
Hizo un Cupido precioso,
Mientras de la hermosa Venus
Copiaba el divino arrojo
Aquel gentil primogénito
Del Conde de Puñoenrostro.
Y así se distrajo el Príncipe
De aquel su pesar tan hondo
Por la muerte de Bonami,
Su enano y bufón gracioso.
Y las teatrales fiestas
En que, al salir por el foro,
Dió el futuro rey entrada
Á sus caprichos de mozo,
Sirvieron al Conde-Duque,
Que al fin, de España en desdoro,
Convirtió en tramoya regia
Del Estado los negocios.
Poetas y comediantes
Al Príncipe hicieron coro,
Y, siendo ya rey Felipe,
Buscó en ellos muy gustoso
Modelos para sus coplas,
Pretextos para el jolgorio,
Y capas de aventurero
Y mantos de manirroto.
Con histrionisas graciosas
Era en dádivas muy pródigo,
Y á lo infiel el Rey hacia
La vida del matrimonio.
Pagaba el pueblo en tributos
Las menguas del Real Tesoro,
Y en fiestas del Buen Retiro
Andaba el juego entre bobos.
Isabel, la misma reina,
Siguió el humor á su esposo,
Y en sus papeles de dama
Fué de galanes asombro.
Allí los Fontana y Loti,
Los italianos famosos,
En tramoya y maquinaria
Nunca se quedaron cortos;
Y, del largo presupuesto,
Cobraba el ingenio poco,
Y lo más lo consumían
Pinturas, trastos y adornos.
No se harían hoy prodigios
Mayores que aquellos otros,
Pies forzados de poetas,
Por forzados prodigiosos.
Del Retiro en el estanque,
Circe, al conjuro diabólico,
Se alzó en su islote cubierto
De perlas, corales y oro.
Ninfas cantaban en tierra;
Brotaban del agua mónstruos;
Ulises daba de Circe
En los brazos engañosos;
Y al fin en la escena líquida
Se iba derrumbando todo,
Porque la Virtud triunfaba
Del encanto del demonio.
Pero no del de Olivares,
Que avivó el regio alborozo
Que así en sus manos dejaba
El poder en abandono.
Y así el Rey entre telones,
Y el Conde-Duque en el solio,
Portugal al fin perdido
Y nuestra gloria en el foso.
Y así la regia tramoya
Dió al arte fugaz decoro,
Y España perdió en imperio
Siendo de fiestas emporio.

Eduardo Bustillo.

Á HORACIO.

SONETO.

En la profunda copa reluciente
De tus versos dorados, gran latino,
El néctar de tu numen peregrino
Bebió mi corazón adolescente.
Tú me enseñaste á amar el bien presente,
Las hermosas de cuerpo alabastrino,
La sagrada amistad, el áureo vino,
El verde campo, el patriotismo ardiente.
Tú, en horas de cansancio y amargura,
Mitigaste mis lúgubres dolores
Con tus máximas llenas de dulzura.
Por ti desdeño ya pompas y honores,
Y soy feliz con mi existencia obscura
Entre pájaros, árboles y flores.

Manuel Reina.

MADRID FIN DE SIGLO.

El viajero ó *touriste* ó transeunte que visitó á Madrid en 1870, supongamos, y vuelve á verle hoy, no le conoce.

—¿Y el que no le ha visto desde principio del siglo?

—¿Y el que nunca ha estado en Madrid?

Son opiniones, pero convergentes para demostrar el adelanto de la capital en todos los órdenes.

Con fundamento dicen algunos madrileños patrióticos:

—De Madrid al cielo.

En esta capital encontrará el observador costumbres griegas, fenicias, cartaginesas, romanas, árabes, góticas, toreras y «pelotaris».

Está dividida en diez distritos, y al frente de cada cual hay un teniente.

Los forasteros que lean este dato pensarán:

—Escasa es la guarnición de Madrid.

Porque falta añadir que esos tenientes son de alcalde, y tienen á sus órdenes los precisos alcaldes de barrio, celadores y demás operarios.

Son los encargados de empadronar á los vivos y á los muertos, en períodos electorales.

Madrid cuenta hoy con ilustrado personal de mangueros y barrenderos marítimos, primorosamente uniformados, conforme á las exigencias del servicio.

Cuenta igualmente con parejas llamadas de seguridad, con agentes de vigilancia latente, con celadores de carruajes.

Y con la Divina Providencia, que no nos abandone en esta villa ó en esta vida y en la otra. Amén.

Hubo ordenanzas municipales molestas para algunos vecinos, y para los adelantos ó anticipos de la capital, y apenas si hacemos caso de ellas, teniendo en cuenta que estamos en fin de siglo, y para el tiempo que nos queda de vida no hemos de pelear unos con otros ó unos con ellas; con las ordenanzas municipales.

Nuestras aficiones taurinas nos llevan á cercarlo todo con barreras.

Solares perpetuos, declarados de inutilidad y aun de perjudicialidad pública, acordeones de seguridad y «desagüe», jardines.

Malas lenguas dicen que Madrid carece de calles principales y limpias.

Ahí están, para desmentirlo, las *avenues* y *boulevards* de L'Ours, Le Chien, Le Chat, Les Lyons, Le Taureau, y demás, dedicadas á animales domésticos «ó del campo».

En medios de comunicación contamos en Madrid con tranvías, ómnibus, carruajes particulares



LA DOLORES.

CUADRO DE D. JOSÉ GARNELO.

Adquirido por S. A. R. la Infanta D.ª Isabel.



LA SIEGA.

CUADRO DE D. ÁNGEL ANDRADE.

y generales, y en breve estrenaremos tranvías de vapor y «berlinas de petróleo».

Esto sin contar caballos, asnos, velocípedos y nodrizas y niñeras, que todos son medios de transporte con arreglo á la edad del transeunte.

En algunas calles del centro, los caballos ó los vecinos del encuarte dificultan el tránsito.

En las noches del estío salen de los portales de casas al parecer de bien, algunas piernas de señora, caballero ó niño.

Gentes que tienen calor y opiniones libres respecto á policía urbana.

Zánganos que juegan al toro, sin reparar en transeuntes, que suelen resultar alcanzados y con alguna cornada del chico-toro ó del granuja de puntas.

En pleno día se ve en alguna calle céntrica una nube de polvo negro.

—¿Será incendio? — se pregunta un transeunte.

—¿Será algún volcán inconsciente y espontáneo?—exclama un erudito, también de paso.

Y, atravesados sobre un palo, patalean, haciendo contrapeso, cinco ó seis ciudadanos carboneros, ó «carbonarios», que les decían antes, acorazados ó con fundas de cuero impersonal.

Dios libre á ustedes de un pie aéreo, porque el golpe sería mortal.

En varias calles, así del centro como de la circunferencia, verán ustedes verdaderos bazares de objetos preciosos, movilizados.

Los dueños de aquellos establecimientos comerciales al aire libre, huyen de las autoridades municipales.

¡Ellos! ¡personas de responsabilidad, con casa abierta, como pueden justificar, huyendo de los representantes del paternal Municipio!

—¿Qué es aquello?—me preguntaba un amigo forastero— ¿zapatería ó baratillo?

Formadas en fila había hasta cinco pares de botas y botillos de diversas razas, varias prendas de vestir y una linterna sobre la losa que cubre el pozo por el cual descendieron los señores de la ronda subterránea.

La losa está colocada sin encajar, como cobertera de olla para dar salida al exceso de vapor.

La linterna sirve para decir al pasajero:

—Mira por dónde caes, y abre el ojo.

Y cuando alguno cae, suele acudir á levantarle el subterráneo de centinela, diciéndole al mismo tiempo.

— Hombre, parecen ustedes ciegos de nación. Pues miste que pa no ver la linterna y el brocal se nesecita ser bruto.

El aludido da las gracias ó una bofetada al subterráneo.

Si el pozo está descubierto, el transeunte que cae avisa por sí mismo á los de abajo.

Pero el de arriba, cumpliendo estrictamente con su deber, grita:

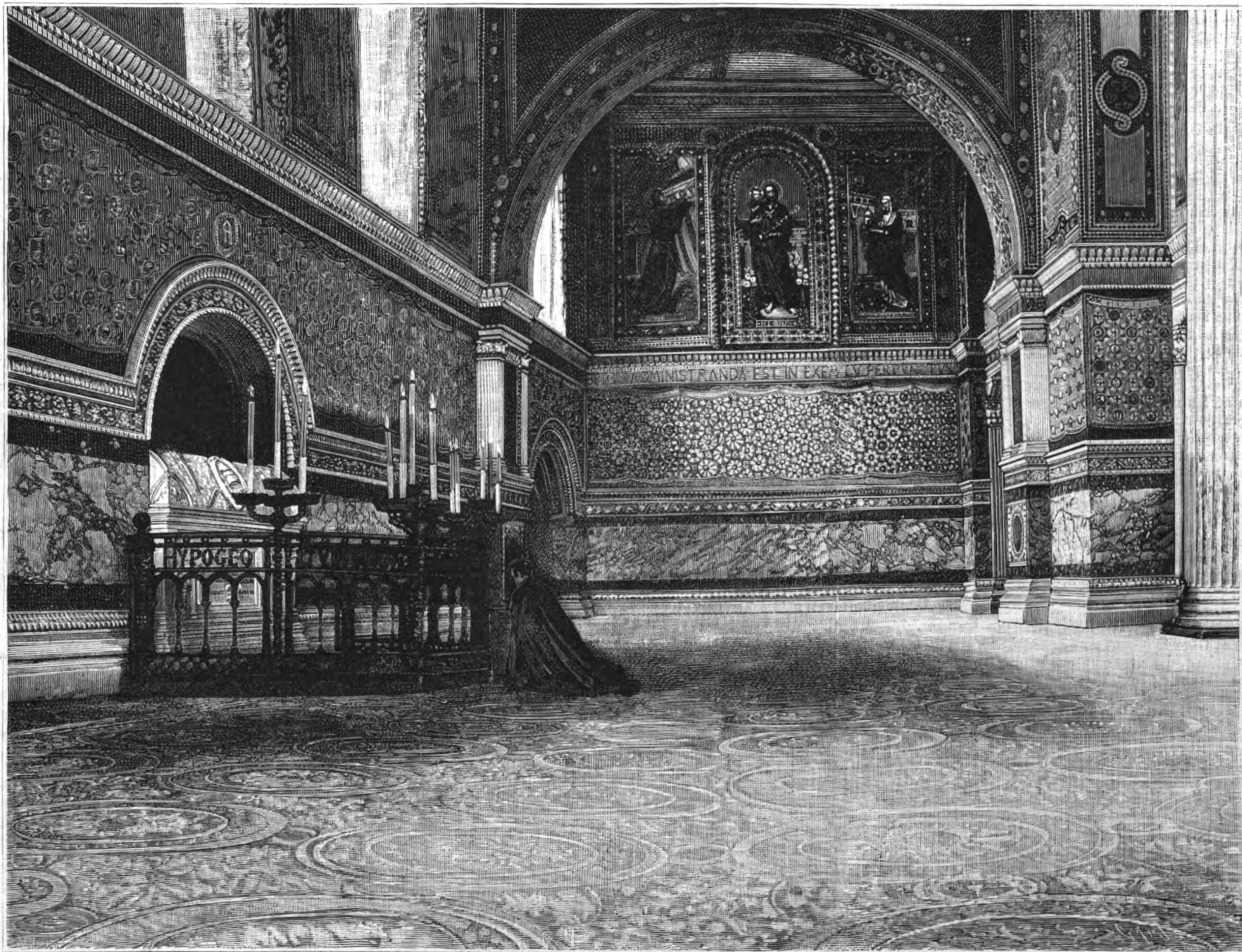
—¡Ahí va ese caballero á ver eso!

En la mendicidad y el pauperismo y las clases obreras y «demás palabras», también se ha adelantado en Madrid.

A más de los discursos pro-



D. RAFAEL IGLESIAS,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA.
(De fotografía de F. Valiente.)



ROMA.—CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE PÍO IX.—SEPULCRO DEL PONTÍFICE EN LA BASÍLICA DE SAN LORENZO.
(Del natural, por H. Estevan.)

nunciados por oradores eximios, hay prácticas.

Hace pocos días se aproximó á un caballero un pobre de solemnidad implorando una limosna.

—Dios ampare á usted—dijo el caballero.

A lo cual replicó el pobre:

—Quien le va á amparar á usted va á ser el veterinario; porque le voy á dar á usted dos pinchazos en el vientre, para que se le salga á usted el aire.

—¡Qué modales!—exclamó el acometido, un tanto alarmado.

Y el mencionado sujeto murmuró:

—Cosas de caráiter. Cada uno tiene el suyo; y que es menester darles á ustedes, para que se ablanden.

EDUARDO DE PALACIO.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

Rusia: La cultura intelectual de las mujeres: homenaje á Mme. Carnot.—El libro de oro *Cronstadt-Tolón:* dibujantes y pintoras rusas; la ilustración femenina en general.—*París:* Las mujeres teósofas; la H. P. B. y la *Doctrina secreta:* la gran sacerdotisa de hoy Mrs. Annie Bessant; «la reencarnación»; «la fraternidad», y «la ley del amor»: chifladuras exotéricas.

UNA manifestación reciente y positiva de alta cultura intelectual, realizada en París, con motivo de un homenaje de afectuoso respeto á la esposa del Presidente de la República, ha dado á conocer el envidiable estado de exquisita civilización que puede decirse que caracteriza á la mujer en las clases media y aristocrática de Rusia. Que el Imperio moscovita constituye una sociedad en la que brillan por modo admirable los hombres científicos, cosa es harto sabida en el resto del mundo culto, porque nadie que haya estudiado desconoce hoy los nombres de Mendelejeff, Wedensky, Mendelssohn, Tarchanoff, Verner de Odesa, Kronstchoff, Kronner, Darkevitch de Moscou, Backlund, Stoletoff, Willm, Krassusky y los de tantos otros como trabajan y brillan por sus talentos y sus investigaciones en la Química, en la Electrotecnia, en la Ingeniería, en las Ciencias naturales, en la Micrografía y Bacteriología, en las Ciencias médicas y en la Filosofía natural.

A esta aristocracia del saber entre los hombres, no suele corresponder en otros pueblos un nivel de cultura semejante ó proporcional entre las mujeres, y, sin embargo, en Rusia, donde la aristocracia femenina tanto se ha distinguido siempre por la ostentación de la riqueza y del buen gusto, por la de su esplendidez en la corte y por la de su poderío en las provincias, bien puede afirmarse hoy que no sólo las clases elevadas, sino las que por aquí suelen llamarse burguesas ó medias, se distinguen sobremanera por su educación escogida y esmerada. Hoy admiran en París las gentes de fino entendimiento lo que las señoras rusas saben, en un concepto no general, sino un tanto limitado, es verdad, pero que no por eso deja de revelar cuál puede ser el grado de cultura que las distingue. El libro «de oro» que las señoras rusas han ofrecido á Mme. Carnot, por mano de la condesa Magdalena de Montebello, esposa del Embajador de Francia en San Petersburgo, se titula *Cronstadt-Tolón*, y es una muestra de agradecimiento, en recuerdo de la entusiasta acogida que los franceses hicieron á los marinos rusos al pagar en Tolón la visita de Cronstadt. Los trabajos á la acuarela y á la aguada que aparecen en él, dibujados y pintados por señoras y señoritas rusas, son toda una maravilla. Bien merece que la prensa española reproduzca los nombres de las inspiradas y hábiles artistas, como en estos días los reproducen, además de la prensa francesa, los periódicos ingleses, flamencos, austro-húngaros y suizos. Está dedicada una de las páginas á la glorificación de las mujeres rusas, á consagrar el recuerdo de Santa Olga, Santa Eufrosina de Polotsky, Marta de Nevgorood, la gran duquesa Sofía, hermana de Pedro el Grande; Santa Eufrosia de Suzdal, la emperatriz Catalina, la princesa Catalina Doshkowa, presidenta de la Academia de Ciencias de San Petersburgo en 1810; la emperatriz María Fedorowna, la gran duquesa Elena Paulowska, la poetisa Eudoxia Rastopchine, y la eminente matemática Sofía Kowalewskaya. Ha dibujado sus retratos la Srta. Elisa Boehm, y ha pintado la rica ornamentación que los rodea la Srta. Bárbara Schneider. Otra hoja simbólica representa á Francia y á Rusia, y es obra de la Srta. Elena Samokish-Sudkowsky. En otras aparecen hermosos paisajes de diversas localidades del Imperio, pintados por las Sras. María Fedorowna, Olga Semenowa, Alejandrina Constantinova y Pelagia Curiard. La ornamentación que les encuadra y la que rodea algunas páginas llenas de firmas, pertenece al estilo neobizantino moscovita y está primorosamente ideada y hecha por las Srtas. Ludmila Sveznewskaya, Nadejda Almazowa, Nadejda Kubibena, Olga Glazunova y Natalia Onufriewa.

El cuadro que contiene las firmas de las profesoras é institutrices rusas, adornado según el gusto moscovita de la Edad Media por la Srta. María Kozlowa, está dibujado por la Sra. Catalina Kavos. Las doctoras en Medicina de San Petersburgo y de Moscou firman dentro de una espléndida composición, pintada por la Srta. Olga Turkul; y las alumnas de la Escuela de Bellas Artes de San Petersburgo, en otra magistralmente preparada por la Srta. Podoschenko. Está dedicada otra hoja á la historia del teatro ruso, y son sus miniaturas, escenas y retratos, obra del pincel de las Sras. María Savina, Gliceria Feodotova y María Ermolowa. La popular pintora rusa y profesora de la juventud artista, Sra. Olga Kotschetowa, ha cooperado con una admirable página, que representa su estudio. Firman las damas de las provincias de la Rusia Central en un cuadro adornado por las Sras. Hubner-Simonis y Karpinski, y las de los Gobiernos de Perm, Tula, Karkow, Smolensko, Varsovia, Radom, Kertch, Odesa, Ekaterinoslav, Petroskow, Witebsk, Groduo, el Báltico y Wiatka, en otras tantas curiosísimas páginas, dibujadas y pintadas por las Srtas. Vanda Terletzky, Nadejda Kulibina y Olga Rupini.

En el hermoso conjunto que forma el libro, no sólo brilla como artista la mujer rusa, según queda dicho, y no sólo se consagra el recuerdo de las mujeres ilustres de la historia de aquel país, sino que brillan también, en nutrida falange, orlada por los divinos resplandores del genio y de las victorias de la inteligencia, las literatas, las doctoras y profesoras, las artistas eminentes del teatro ruso, las viajeras ilustres y las conferencistas, haciendo ver al mundo entero que aquella sociedad, entre las que enseñan y las que estudian, entre las que trabajan al frente de las familias ó en la cátedra y en la prensa, aunque parece separada del contacto de las grandes corrientes de la civilización, reune elementos tan valiosos como los de las naciones que pretenden ser las primeras en el progreso moderno. De tales mujeres, de tales madres y esposas puede esperarse un gran porvenir. En el libro de oro *Cronstadt-Tolón* este progreso *se ve*, excita, estimula y enseña al espíritu con el testimonio del hecho visible, mucho más convincente y persuasivo que todas las referencias que puedan llegar á nuestros oídos. Al revisarlo y admirarlo se adquiere, en efecto, esa convicción superior, tal cual la expresó el poeta, al decir:

Segnius irritant animos demissa per aurem
Qua quæ sunt oculis subjecta fidelibus.

⁂

Otro país, otras mujeres. En Inglaterra y en los Estados Unidos la cultura corriente no basta á satisfacer la sublimidad de las aspiraciones extravagantes de muchas molleras femeninas, y además de artistas y doctoras y políticas, hay *teósofas*. En París está predicando ahora una de ellas, la gran sacerdotisa Mrs. Annie Bessant, esposa escapada del domicilio conyugal del reverendo pastor protestante mister Franck Bessant. Antes que ella predicó las doctrinas teosóficas la señora Elena Petrovna Blawatsky, denominada H. P. B. entre sus discípulos. Fué esta dama polaca la autora del programa filosófico y libro titulados la *Doctrina secreta*, y la fundadora de la sociedad ó religión nueva. Mezcla de buena moza y de bruja, por su rompe y rasga y por sus habilidades de escamoteo, volvió locas á muchas gentes sencillas, á no pocos tontos y á algunos que se pasaban de listos. Dicen hoy sus feligreses que dicha extraordinaria señora, al escribir su obra se durmió, y al despertar encontró que el libro tenía otras 30 páginas más que las que ella había redactado, escritas no se sabe por quién. Se encontró la señora Blawatsky en la batalla de Mentana, donde cayó herida de cinco heridas mortales, y fué enterrada en el hoyo común; pero como después anduvo y predicó por muchas naciones, sostienen, á pies juntitos, sus partidarios que esta nueva Blawatsky era un cuerpo artificialmente animado, una especie de misterio psíquico incesante, cuya *giba* (ó principio primario de la vida) fué aniquilado en aquel combate. Su sucesora, Mrs. A. Bessant, no ha hecho milagro alguno, pero ha dado más conferencias «que estrellas hay en el cielo», según sus adeptos. Alta, seca, pálida, vestida de negro; de facciones varoniles y angulares, parece una de esas ánimas de armadura de madera y largo manto, que se ponen en los ángulos de los catafalcos en los funerales caros. Tiene los ojos claros, de color de ceniza, y cuando habla los pone en blanco, como si se le hubieran escondido en el cogote. Pero esto no importa para los que idolatran su doctrina. «*Quæ minime sunt pulchra, ea pulchra videntur amanti.*»

Jamás ha predicado Mrs. Bessant en Francia hasta ahora. Y se comprende: «Después de la India—dijo—los países más á propósito para oir la divina palabra teosófica son: la América, de clima ecléctico y de población revuelta, la Inglaterra, la Suecia y la Rusia: en Francia el espíritu volteriano burlón se opone muchísimo á la difusión de las ideas; en Italia y España la indiferencia imposibilita toda propaganda.» No hacen caso en el Mediodía de la gente discursionista y parlante. «*Nimia consuetudo conteptum parit.*» Además en la tierra de los ajos detestan á los oradores difusos, y ocurre siempre lo que le ocurrió en Corella á un predicador, que se disparó en una función presidida por el alcalde Zenarro, según reza la copla de aquel pueblo:

Fué tan largo y machacón,
Que, por prudencia, Zenarro,
Como serio y buen navarro,
Le capó el fin del sermón.

Por la novedad del caso y de la cosa acuden en París á oir á la predicadora del salón-instituto Rudy muchos hombres más ó menos extravagantes, como el oculista Mr. Arthur Arnould (en literatura novelesca A. Matthey); la Duquesa de Pomar; la sacerdotisa de la Luz, Mme. Lucía Grange; el renovador egipcio parisién del culto de Isis, Mr. Gilbert Agustín Thierry; el historiador de las *Religioncillas de París*, Mr. Jules Bois, y otros colandangas semejantes, que viven alegremente de mogollón: *Tibicinis vitam vivit.*

La *teosofía* parece que no es una religión, sino una explicación exotérica de las religiones, idénticas todas, según estos feligreses, en sus puntos esenciales. Cosmológicamente es un panteísmo ligero de cascos, y fisiológicamente considera al hombre como un ser envuelto en cinco ó seis cáscaras distintas, como la del deseo, la astral, la concupiscente, la enfática, etc., etc. Personifica lo que la psicología clásica denomina «las facultades del alma», que cuando están sanas no hay filosofía que las meta el diente. «*Qui vere valent corpore, purgatu sunt difficiles.*» Según estos creyentes, «en el mundo astral suprasensible viven como seres positivos los inspiradores de nuestros pensamientos. El dogma capital «*Undarum in ulnis*» es «la reencarnación». ¿Para qué hemos de conformarnos con morirnos para siempre?»—Toda miseria actual, toda expiación, toda vida desheredada y perra actual, es la expiación de los pecados y faltas cometidos en existencias anteriores, que ahora se purgan, para que perfectamente purificados los seres vayamos en pelotón, juntos, al empíreo de la teosofía. Hay solidaridad humana en esto, tal unión entre todos los hombres, accidentes diversos de la misma sustancia, que mientras no se purifiquen todos, no se salvará ninguno. La humanidad entrará en el *nirrana* (?) en *bloc*. Nuestros pensamientos influyen, para el bien lo mismo que para el mal, en los demás, y en esta responsabilidad mutua se funda «la fraternidad», no sólo sentimental, sino científica. Por esto la fraternidad, «la ley del amor» que nos iguala:

«Mille modis morimur mortales; nascimur uno;
Sunt hominum morbi mille; sed una salus»;

y la contemplación de lo que somos y de lo que mutuamente nos debemos, es el dogma esencial para ser admitido en esta parroquia filosófica cosmopolita, cultilatiniparla.

No se entiende muy claro lo que quieren los creyentes; pero el credo resulta muy divertido, y más cuando las mujeres lo dirigen. Para ponerlo más obscuro lo ha explicado Mr. Jules Bois, diciendo: «El fin de esta asociación es crear una sección exotérica, que bajo la garantía del secreto más absoluto explique á sus adeptos el sentido de todos los símbolos y les confiera un poder idéntico al de los dioses de las religiones antiguas.» Preciso es estudiar fisiológicamente á estos locos, para ver si los productos de su fiebre son claros ú obscuros, á fin de que no nos contaminen el destornillamiento de sus cabezas. Antes que Mme. Blawatsky y que Mrs. A. Bessant, ya había dicho esto mismo Hipócrates, sectio IV, tít. LXX: *Quibus autem in febre urinæ conturbatæ, qualis jumentorum, his capitis dolores, aut adsunt, aut aderunt.* ¡Singularísimo contraste! La cultura hace prodigios entre la sociedad femenina de Rusia, y la ultracultura, el libre cultivo del cacumen, entre las faldas, produce caricaturas sociales como las que París está contemplando, para regocijo de todas las gentes amigas de reirse del prójimo.

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Pisto social, ó apuntes sobre economía particular y *general*. Segunda edición corregida y aumentada.

A su tiempo dimos cuenta de haber visto la luz la primera edición. En ésta como en aquélla, el autor ha coleccionado algunos bonitos trabajos, en todos los cuales campea una sana filosofía y un profundo amor á la tierra eúskara. Cuesta 50 céntimos el tomo en toda España, y véndese en la imprenta y librería de D. José Astuy, Carrera de Santiago, Bilbao.

Historia crítica de la poesía castellana en el si- *glo XVIII*, tres tomos. Librería de Murillo, Alcalá, 7.

Acaba de darse á la estampa en la «Colección de escritores castellanos» la tercera edición de esta importante obra de historia literaria, escrita por el Sr. Marqués de Valmar.

Con razón dice el editor que este libro, ya juzgado por insignes escritores, no necesita encomios. Entre estos escritores, el eminente crítico D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Antología de poetas líricos*, forma, entre otros varios raciocinios favorables, el siguiente juicio de la obra:

«El copioso estudio del Marqués de Valmar acerca de los líricos del siglo XVIII es una verdadera historia, quizá la mejor y más completa que tenemos de ningún período de la literatura española. Obra es ésta que trasciende con mucho de los límites de una apreciación puramente literaria, y llega á penetrar en la historia moral de aquel siglo, tan ceremonioso y tranquilo en la superficie, tan agitado y revuelto en el fondo..... Nadie ha de negar al egregio autor de este magnífico trabajo el lauro de la investigación honrada y pacientísima, del buen juicio constante, del gusto templado y fino, que en algunos casos contrasta con vigor las opiniones generalmente recibidas, abriendo nuevos rumbos á la crítica.»

El ilustre literato D. Juan Valera aplaudió también esta obra en términos muy encarecidos en un extenso artículo publicado en la *Revista de España*.

Á esta autorizada opinión de los Sres. Menéndez Pelayo y Valera, sólo debemos añadir que la *Historia crítica* del Marqués de Valmar ha venido á llenar el vacío que todos advertían en nuestra historia literaria del último siglo.

Nadie había acometido anteriormente la difícil y fatigosa empresa de aclarar y explicar cómo se había verificado la transformación de las letras españolas, tan libres, tan *nacionales* en el siglo de oro, tan encadenadas, tan *extranjeras* en la época de la decadencia y de la imitación.

Sara Rosales, novela de costumbres españolas contemporáneas, por D. José Vancells y Marqués.

La novela del Sr. Vancells y Marqués es muy interesante, y muestra que su autor tiene condiciones literarias apreciables. La hemos leído con creciente interés, lo que prueba que posee uno de los mayores méritos que debe buscarse en una obra de esta clase.

Forma dos tomos muy bien impresos, y editados con lujo y buen gusto, cual corresponde á los créditos de la casa editorial de los Sres. Puig y Alfonso, de Barcelona.

Higiene profiláctica. *Desinfectantes y desinfección*, por el Dr. César Chicote, jefe del Laboratorio Químico Municipal de San Sebastián.

El jefe del Laboratorio Químico Municipal de San Sebastián es harto conocido por anteriores y notables trabajos que le han dado merecidos créditos. De uno de ellos, publicado hace dos ó tres años, habló casi toda la prensa de Madrid con gran alabanza, cosa de admirar tratándose de una obra científica, y sobre científica, huérfana de cierto género de protecciones.

El librito que con el título de *Higiene profiláctica. Desinfectantes y desinfección* hemos recibido, nos ha parecido, no sólo de notable valor como trabajo científico, sino además de una grandísima utilidad práctica. Toda persona culta y deseosa de mantener su casa en buenas condiciones higiénicas debe poseer el libro del Sr. Chicote, en la seguridad de que podrá serle de mucho provecho.

La edición, hecha por F. Jornet, de San Sebastián, es elegante, siendo la impresión excelente. Precio del libro en todas las librerías: una peseta.

Teorías sobre la belleza y el arte en las obras filosóficas de *Cicerón y Séneca*.—Tesis doctoral leída en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, por D. José Jordán de Urriés y Azara.

Trabajo notable por la erudición que revela, y en el que el autor muestra completo conocimiento, no sólo de las doctrinas de aquellos dos filósofos sobre lo bueno y lo bello, sino también del concepto general que de la belleza tuvo la antigüedad clásica.

Biblioteca Colombina. *Catálogo de sus obras impresas*, publicado por primera vez en virtud de acuerdo del Excmo é Ilmo. Sr. Deán y Cabildo de la Santa Metropolitana y Patriarcal iglesia de Sevilla, bajo la dirección inmediata de su bibliotecario el Ilmo. Sr. Dr. D. Servando Arbolí y Farando, dignidad de capellán mayor de San Fernando.

Hemos recibido el tomo III de esta importante publicación, que de tanta utilidad es para conocer parte de los tesoros que encierra la Biblioteca Colombina. Acompañan á la obra eruditas notas del Dr. D. Simón de La Rosa y López.

Algunas consideraciones sobre el enlace geodésico *y astronómico de Argelia con España*, por el Conde de Cañete del Pinar, capitán de fragata retirado.

Este notable trabajo contiene la historia del enlace geodésico entre España y Argelia, para cuya importantísima operación sirvieron de base en nuestro suelo las cumbres de Mulhacen y Tetica de Bacarés. Después de la reseña histórica vienen importantes estudios sobre los errores teóricos y prácticos que el autor ha creído encontrar en la Memoria oficial, en todos los cuales muestra el Sr. Conde sus excepcionales dotes de geodesta y calculista.

De este trabajo sólo se han tirado 120 ejemplares.

Repertorio doctrinal y legal por orden alfabético *de la Jurisprudencia civil española*, por D. José María Manresa y Navarro, magistrado jubilado del Tribunal Supremo y vocal de la Sección 1.ª de la Comisión general de Codificación. (Años 1889 á 1893.)

La *Revista de Legislación* acaba de publicar la obra indicada, que viene á satisfacer una imperiosa necesidad: la de dar á conocer la jurisprudencia establecida por el Tribunal Supremo en materia civil desde 1.º de Enero de 1889 á 31 de Diciembre de 1893. El método seguido en dicha obra es el adoptado en el *Repertorio doctrinal* de 1883 á 1888, si bien se han introducido algunas provechosas reformas, entre otras, la de incluir la jurisprudencia sentada por las Direcciones de los Registros de la Península y Ultramar durante los años de 1889 á 1893, y la de citar las *Gacetas* en que se contienen íntegras las sentencias. Los extractos de las sentencias y resoluciones resultan hechos con notable fidelidad, claridad y concisión, siendo suficientes para comprender la doctrina legal; los epígrafes son los más propios para la materia que en cada uno de ellos se contiene, y el orden es rigurosamente alfabético, comprendiéndose todo en un solo tomo de más de 600 páginas. Al final del mismo se inserta un *Repertorio legal*, en el que se citan los artículos de las leyes de Enjuiciamiento civil, Hipotecaria, Notarial y Códigos de Comercio y civil vigentes, tanto en la Península como en Ultramar, que han motivado sentencias ó resoluciones, procurando facilitar su busca mediante la indicación de los epígrafes del *Repertorio alfabético* en que se contiene el extracto. La primera edición del *Repertorio doctrinal* de 1883-1888 publicada en 1890 por el Sr. Manresa, está próxima á agotarse; no dudamos alcanzará igual éxito el *Repertorio* hoy publicado (continuación del anterior) por las reformas en él introducidas, el esmero con que está realizado el trabajo, el ser indispensable á los suscriptores de la *Revista* y *Gaceta oficial*, y á todos los que lo sean á los *Comentarios á la ley de Enjuiciamiento civil* y *Código civil* del Sr. Manresa y por la utilidad que encierra para abogados, registradores de la propiedad, notarios y funcionarios de la carrera judicial.

Nueva Geografía Universal, por Eliseo Reclus.

Hemos recibido los cuadernos 295 y 296 de esta importantísima obra, muy bien editada por *El Progreso Editorial*.

Precio de cada cuaderno: una peseta.

Historia General de España, escrita por individuos de número de la Real Academia de la Historia, bajo la dirección del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Los cuadernos 185 á 189, que últimamente han llegado á nuestro poder, pertenecen á dos partes igualmente importantes de esta obra: unos á la historia de la marina de Castilla, y otro á la de los primeros pobladores. Todos son de gran interés y novedad.

Inventos y descubrimientos.—Maravillas del ingenio humano.—*Conquistas de la civilización*, por D. Joaquín Boigas de Argullol.

Hemos recibido estos tres bonitos tomos de la biblioteca *Minerva*, que publica la acreditada casa editorial de Antonio J. Bastinos, de Barcelona. Además de estar muy bien escritos y al alcance de las tiernas inteligencias á que se destinan, contienen muchos y bonitos grabados.

La España Moderna. El último número que hemos recibido es interesante. Contiene: El secreto de un Consejo de ministros, por Pirala.—Los Explosivos, por Echegaray.—Los Orígenes del teatro español, por Cotarelo.—La Cuestión social en Andalucía, por Romero de Tejada.—Una descortesía con la Reina, por Cambronero.—Un curiosísimo artículo de la Sra. Pardo Bazán.—Crónica internacional, por Castelar.—Revista crítica, por Menéndez y Pelayo.—Impresiones literarias, por Villegas.—Revista científica, por Hoyos Sáinz, etcétera, etc.

Se suscribe á esta publicación, que envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida por tarjeta postal, en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.—Madrid.

Poemas infantiles, de Manuel Ossorio y Bernard.

Este tomito contiene varios cuentos, en verso todos ellos, muy bonitos, muy bien escritos y muy adecuados al objeto á que su autor los destina, esto es, al recreo y enseñanza de la juventud. El Sr. Ossorio y Bernard, literato conocido y de merecida reputación, ha acreditado en otras ocasiones su acierto en esta clase de trabajos.

Precede al libro una ingeniosa *autobiografía*, en que el autor se presenta al público con gran sinceridad y con excesiva modestia. Las ilustraciones que acompañan al texto son de Parada y Santín, Cilla, Cuevas, Cuadra y Pando, y están muy bien hechas.

El libro cuesta sólo una peseta, y se vende en todas las librerías.

La Revista Internacional contiene, entre otros importantes artículos: La Embustera, preciosa novelita de Alfonso Daudet.—El lord helado, por Eugenio Mouton.—Punuin y Baburin, por Turguenef.—Una historia sin nombre, por Barbey d'Aurevilly.—Los Paraísos artificiales, por Baudelaire.—Littré y el positivismo, por E. Caro.—Mi juventud, por Tolstoï.

Se envía un tomo de muestra gratis á quien lo pida en tarjeta postal al Administrador, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.—Madrid.

Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana *Alcoforado, dirigidas al Conde de Chamilly, capitán del ejército francés*.—Edición de 200 ejemplares tirados en magnífico papel, á 3 pesetas ejemplar.

Estas cartas están consideradas como las más notables entre las muchas de amor que se han impreso, desde las de Eloísa hasta nuestros días. El entusiasmo de los primeros tiempos, ¡qué contraste forma con la desesperación que á la pobre monja le causa el verse abandonada por el hombre á quien amaba tanto, por el famoso Conde de Chamilly, cuando llegó á ser gran Mariscal de Francia! No hemos leído nunca páginas más tristes ni que más conmuevan.

Cuentos para el viaje, por Federico Degetau y González.

El Sr. Degetau y González es literato ya conocido por anteriores obras que han sido muy leídas. La que ahora publica es, como dice su título, una colección de cuentos, pero de cuentos muy bien escritos, muy amenos, que revelan una vez más la delicadeza del autor, su buen gusto y su conocimiento del género literario que cultiva.

Cuentos para el viaje forma un tomo de 240 páginas, muy bien impreso, con bonitos grabados y que, á pesar de todas estas circunstancias, sólo cuesta 2,50 pesetas.

Secretos de la creación, por D. Zoilo Espejo, ingeniero agrónomo.

No podemos juzgar en pocas líneas un libro que trata de los más graves problemas de las ciencias naturales, y de la vida del globo. Diremos únicamente, que en él muestra el Sr. Espejo gran conocimiento de tan importantes materias (harto descuidadas en España por desgracia), y que su libro contiene excelente lectura para toda persona regularmente culta. Véndese por 2,50 pesetas en las librerías de Romo y Fussel, Alcalá 5, y de Cuesta, Carretas 9, y en casa del autor, Fuencarral, 97.

Message adressé au Congrès National, par le maréchal *Floriano Peixoto, vice-président de la république des Etats Unis du Brésil à l'occasion de l'ouverture de la première session ordinaire de la deuxième legislature*.

En este curioso documento de actualidad refiere el Sr. Peixoto la historia de los sucesos ocurridos en la república desde las tentativas revolucionarias de 1892, hasta el desenlace de la guerra civil provocada por Custodio José de Mello.

Después da cuenta al Congreso de diversas medidas adoptadas por el Gobierno, entre ellas la de haber comenzado ya la transformación del armamento de la infantería, la caballería y la artillería, y termina exponiendo la situación económica y rentística de la nación.—G. R.

CARRERAS DE VELOCÍPEDOS.

Las del domingo 13, y de que por falta de espacio no pudimos dar noticia en nuestro último número, fueron muy notables y estuvieron bastante concurridas.

Las carreras fueron seis.

Ganó la primera (2.500 metros), el Sr. Besó, por haberse caído el Sr. Birazel que iba el primero. Este señor se produjo rozaduras de bastante extensión en las piernas y las manos, por lo que los médicos le prohibieron que volviera á correr en toda la tarde.

La segunda (3.000 metros) la ganó el Sr. Martí en competencia con D. Andrés Rodríguez.

En la tercera (5.000) quedó vencedor, llevando una vuelta de ventaja á sus compañeros, D. Ricardo Periquet.

En la cuarta (3.000) llegaron primero y segundo respectivamente los Sres. Besó y Martín.

La quinta la ganó el Sr. Periquet, corriendo 3.000 metros en cuatro minutos cuarenta y ocho segundos.

En la última se retiró éste y ganó el Sr. Besó.

Hubo bastante animación, y la música del regimiento de Canarias amenizó el acto tocando bonitas piezas.—X.

IMPORTANTE.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas*; 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*

EL ADMINISTRADOR.

UN MILLÓN DE GRACIAS.

El amigo en la necesidad, ese es el amigo dice el proverbio. Esa clase de amigos que te visitan, te hablan, te molestan y te piden prestado, es decir, amigos de conveniencia, de esa clase hay muchos; pero de esos otros que se ponen á tu lado cuando te ven infeliz y que aplican su espalda á las ruedas de tu carro en un mal paso del camino, de esos bien puedes esperar por más de un día trabajoso, antes de encontrar uno. Y, sin embargo, esos amigos existen, y uno de ellos es á quien el Sr. D. Claudino Sánchez alude cuando exclama: «Un millón de gracias al amigo que me dió tan buen consejo.»

El caso fué como sigue: Durante dos años había estado enfermo el Sr. Sánchez, sin que medicina ni tratamiento de ninguna clase le aliviara. Era su enfermedad una enfermedad de los órganos digestivos, la misma que por desgracia es tan común, y que con tanta frecuencia termina fatalmente. Por desgracia, los síntomas son bien conocidos de todos aquellos que la sufren: pérdida de apetito; mal gusto de boca; tristeza y pesadez después de comer, como si el estómago no tuviese vida, fuerza, ni calor; dolores, con frecuencia agudos, en el pecho, costados y espalda; llamaradas de calor por todo el cuerpo, seguidas de escalofríos incesantes: coloración amarillenta de los ojos y piel; falta de sueño; depresión de ánimo, excitabilidad y gran ansiedad mental sin justo motivo; constipación de vientre é irregularidad en los intestinos; pesadillas; manos y pies fríos; vahidos; palpitaciones y ardores en el corazón, y una sensación general de fatiga y malestar que no procede de sobra de ejercicio, ni se alivia con el descanso

No hay enfermedad que tan por completo deprima al hombre, en alma y cuerpo. Ella le llena la sangre de mortal veneno; ella le entorpece el cerebro, le postra los nervios, le impide la asimilación de los alimentos y le pone el corazón, los riñones y los pulmones en un estado, que á la hora pensada puede terminar en inesperada muerte.

Después que la enfermedad ha tomado cuerpo, ninguna de las medicinas que usualmente se prescriben parece hacer efecto en ella, y su pobre víctima viene á ser lo mismo que un barco desmantelado en la costa á merced del huracán. Cuantos esfuerzos se hacen para rescatarle, parece que no sirven más que para hacer más cierta su inevitable pérdida. En una palabra, la inflamación producida por la indigestión y dispepsia del tipo maligno que en estos días parece prevalecer, esa puede decirse que es la combinación de todas las enfermedades en una sola.

En su carta, fechada en Villagarcía de Arosa á 12 de Septiembre de 1893, el Sr. Sánchez dice: «Las medicinas eran ya inútiles, y ya no me quedaba otro remedio sino entregarme en manos de Dios y confiar mi suerte á su Providencia, cuando un incidente que ocurrió vino á demostrarme que yo no esperaba en vano. Un amigo que sabía muy bien de qué hablaba, me persuadió á que tomase el Jarabe Curativo de la Madre Seigel, y ¡cuán sabio y feliz consejo! No hice más que tomar una botella, con arreglo á las instrucciones, cuando experimenté ya un gran alivio, y la segunda botella completó la cura. Desde entonces no he usado ya más medicinas, ni he tenido más enfermedad de estómago. Mi salud es ahora perfecta, y no tengo dolores ni molestias de ninguna clase. Recomendaré á todos ese maravilloso remedio. Un millón de gracias al amigo que me indujo á recurrir á él. Sírvase usted aceptar mi profunda y sincera gratitud. De usted afectísimo (firmado), CLAUDINO SÁNCHEZ.»

Y ahora el lector preguntará:—¿Y por qué el Jarabe Curativo de la Madre Seigel logra tales resultados allí donde tantos otros remedios son impotentes?—Pues porque, á diferencia de aquéllos, está propiamente adaptado para destruir la enfermedad en su asiento radical, la torpeza del estómago. El es la llave que nos abre la puerta de la prisión.

Si el lector se dirige á los Sres. A. J. White, Limitado, 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendedurías de medicinas del mundo. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero	50 francos.	26 francos.	14 francos.

AÑO XXXVIII.—NÚM. XXIV.

ADMINISTRACIÓN: ALCALÁ, 23.

Madrid, 30 de Junio de 1894.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demás Estados de América y Asia	60 francos.	35 francos.



M. SADI CARNOT,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

Nació en Limoges, el 11 de Agosto de 1837; † en Lyon, el 25 de Junio de 1894.

(Cuadro de Mr. Bonnat.)

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—¡Ancha es Castilla!...., por D. Conrado Solsona.—De Madrid á Barcelona en diez y siete horas: el ferrocarril directo entre las capitales de Aragón y Cataluña, por el Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.—Los coleccionistas, por D. José Jackson Veyan.—Riperdá en Africa, por D. Ricardo Beltrán y Rózpide.—¡Buena compra!, por D. Rafael Campillo.—La hermana de la Caridad, el cólera morbo en Aranjuez, poesía, por el Excelentísimo Sr. Marqués de Valmar.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Libros presentados á esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Sueltos.—Importante.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato de M. Sadi Carnot, presidente de la República francesa.—Retrato de Mme. Carnot, viuda del ultimo Presidente de la República francesa.—Lyon (Francia). Entrada principal de la Exposición, cuya solemne inauguración presidió Mr. Carnot.—El Palacio del Comercio, donde se celebró el banquete en honor del Presidente de la República, la noche del 24 del corriente.—El *Hôtel de Ville.*—El Gran Teatro, adonde se dirigía Mr. Carnot al ser asesinado.—Bellas Artes: Segunda Exposición general de Bellas Artes, de Barcelona. *La beguda dels segadors*, cuadro de D. J. Pinós y Palá.—*¡A ése!*, cuadro de D. A. Fillol Granell.—*¡Será difteria!*, cuadro de D. M. Santamaría Sedano.—Retrato de D. Euardo Maristany Gibert, ingeniero jefe de las obras del ferrocarril directo de Zaragoza á Barcelona.—Caldas de Mombuy (Barcelona): Fachada principal del Balneario Rius.—Ferrocarril directo de Zaragoza á Barcelona: Pasos cuarto y quinto sobre el río Matarraña.—Tunel en la estación de Pradell.—Viaducto sobre el barranco de los Massos.—Túneles de las Taconeras.

CRÓNICA GENERAL.

ASESINATO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

TODA Lyon se había engalanado el día 23 para recibir al presidente Mr. Sadi Carnot; las autoridades, con el prefecto del Ródano Mr. Rivaud le recibieron en un departamento lujosamente decorado en la estación; y después de las arengas de costumbre, el Presidente de la República subió á un landó tirado por cuatro caballos, en medio de las aclamaciones populares. Todas las casas de la carrera lucían colgaduras y trofeos; de alguna de ellas cayó lluvia de rosas sobre el carruaje, y era unánime en Lyon el regocijo, la gratitud y simpatía con que el vecindario recibía al Jefe del Estado, vitoreándole con estruendo, y agitando pañuelos y sombreros á su paso. Era la segunda vez que Mr. Carnot visitaba la ciudad, y en aquel día su viaje tanto más de agradecer, cuanto que Mr. Carnot hacía meses no gozaba una salud satisfactoria, y su señora telegrafiaba con frecuencia durante el camino preguntando por el tiempo, aunque en realidad para informarse del efecto del viaje en la salud de su marido. Era de gran importancia para Lyon aquella visita, que atraía á la capital y á su Exposición Regional muchos forasteros y todos los alcaldes del Departamento con sus naturales allegados. Era, pues, una gran fiesta, y sólo ideas risueñas abrigaban los lyoneses: Mr. Carnot estaba conmovido y satisfecho, así como Mr. Dupuy, el jefe del Gobierno. Recibido en el palacio Municipal por el maire ó alcalde, salió al balcón, donde volvieron á aclamarle con estruendo, y los orfeones entonaron la *Marsellesa* y otros cánticos. Á la recepción oficial acudieron todas las autoridades y corporaciones, que le cumplimentaron cortésmente; y de aquel acto sólo haremos notar algunas circunstancias especiales: el cuerpo consular fué presentado por el cónsul de Italia, comendador Basso, que le felicitó en términos expresivos; el notarial recordó con orgullo al Presidente que descendía de una familia de notarios; el Arzobispo de Lyon, á quien se habían suspendido las temporalidades, y cuya arenga era esperada con curiosidad, declaró que «nada le costaba cumplir con el deber de darle las gracias por la visita que hacía á sus feligreses, los industriales, comerciantes y obreros de Lyon, pues todos se inspiraban en el servicio de Dios y la prosperidad de Francia». El representante de las iglesias reformadas hizo un discurso más caluroso y más político; y el gran rabino de Lyon, recordándole con gratitud que su padre había defendido hacía medio siglo á los suyos, pedía á Dios para el hijo sus bendiciones y favores.

Al día siguiente, después de visitar la Exposición lyonesa, y asistir á un banquete de 1.100 cubiertos, dirigíase Mr. Carnot al teatro, siempre vitoreado, cuando un panadero italiano, fingiendo presentarle un ramillete, clavó su puñal traidoramente en el pecho del Presidente de la República francesa. Las gentes que llenaban el teatro vieron entrar en el palco de honor, no al Presidente, sino al Prefecto, que, trémulo y acongojado, anunció al público la horrible noticia, con lo cual se dió por terminado el espectáculo. Entre tanto, el Presidente, entregado á los médicos, no pudo recibir ningún auxilio de la ciencia; eran inútiles. Ni del pueblo, que pedía que le entregasen el asesino para destrozarle: en la triste alcoba sólo podía ejercer su ministerio el sacerdote. ¿Quién había de decir el día antes á Mr. Carnot que aquel Arzobispo de cuyo discurso se temía algo discordante con la ovación general de aquel día, había de ser á la noche siguiente quien recogiera sus últimas confidencias, y recomendara su alma á Dios?

Lyon descolgó los trofeos, apagó las luminarias, enarboló á media asta las banderas enlutadas, é hizo en el término de tres días una entrada triunfal y un entierro solemne al Presidente de la República. El que entró lleno de vida, satisfecho y sonriente, volvía á la estación amortajado sobre un armón de artillería y envuelto en la bandera francesa: en vez de la *Marsellesa*, las músicas tocaban marchas fúnebres, y ya no caían rosas de los balcones, sino lágrimas de los ojos, y la flor de despedida eran las siemprevivas que en señal de duelo llevaban en los ojales todos los habitantes de Lyon.

En toda Francia, en toda Europa, y creemos que hasta en el confín más retirado del mundo donde llegue la noticia y exista la menor noción de la humanidad y la justicia, el hecho ha sido y será reprobado. En España, S. M. la Reina, haciendo transmitir á la desolada é interesante viuda de la ilustre víctima la expresión de su dolor; las Cámaras, levantando su sesión en señal de duelo, y todos los partidos y la prensa asociándose al fúnebre tributo, han demostrado su respeto hacia la víctima y su horror á tan bárbaro delito.

Mr. Sadi Carnot ha muerto á los cincuenta y siete años de edad, cuando ya estaba próxima á terminar su presidencia. Correcto, honrado, de carácter afable, neutral con los partidos y guiado en su conducta por las votaciones de las Cámaras, sólo ha tenido un defecto para los que han analizado su vida presidencial: el no tener ninguno: les hacía el efecto que hacen al libertino las mujeres de quienes no se puede contar ninguna historia: ha caído sin mancha, en medio de esos motines en que los franceses se arrojaban el lodo á la cara unos á otros; ha caído como un mártir de la justicia y el deber, y pasará á la historia con envidiable renombre: mayor que el de su padre, mayor que el de su abuelo, aunque se le llamara á aquél el organizador de la victoria: á éste tendrán motivo para aborrecerle los que empujó á la guerra brutalmente, y los que pelearon contra sus ejércitos: á Sadi Carnot le saludarán con respeto todos los pueblos y los hombres honrados de todas las naciones, por su vida y por su muerte.

Acaso no subió á la presidencia por una superioridad intelectual de esas que elevan á los hombres sobre los partidos y les imponen á los pueblos en épocas parlamentarias; pero hay algo de físico también en esas jefaturas conseguidas en la tribuna, y algo de convencionalismo y transigencia oculta en las direcciones no siempre efectivas, algunas veces aparentes. Fué elegido de rechazo, por oposición á Mr. Ferry y Mr. de Freycinet, que trataban de encaramarse á la presidencia en hombros de sus sectarios, con un mandato imperativo de éstos: el de saciar sus ambiciones y desarrollar una idea política; pero son injustos los que afirman que pudo una Asamblea de hombres inteligentes fijarse en otro hombre por su obscuridad: tenía para reunir tantos sufragios lo que en todos los países tiene siempre valor; el prestigio de su raza, su capacidad demostrada en el poder y un carácter respetable; es decir, abolengo revolucionario, entendimiento y garantías de neutralidad para dirigir una República, y su presidencia demostró que acertaron los que le eligieron. No subió por condiciones negativas, pues le hubieran desacreditado, sino por condiciones que serán menos brillantes, pero más sólidas y adecuadas para ejercer los altos puestos, desde los cuales las pasiones son escándalos, las amistades privanzas que levantan oleaje de envidias, y las chispas de la cólera rayos que abrasan un país. Mr. Carnot tuvo lo que es muy difícil encontrar en la política: un gran tacto, una gran prudencia y un gran sentido común: cualidad mediocre, cuando se malgasta en un objeto frívolo; genio, cuando se emplea en dar decoro y prestigio á una alta magistratura y majestad á una nación.

Se comprende que el pueblo y las autoridades de Lyon hayan sufrido una contrariedad y se hayan sentido humilladas por haber sido la causa involuntaria de la muerte del jefe del Estado; por el fracaso de las fiestas y de su Exposición; pero ya no se explica tan fácilmente la ceguedad de los que quisieron hacer responsables á Italia del crimen de un fanático anarquista, es decir, de uno de esos hombres que reniegan de toda patria. Mala cuenta ha dado el Prefecto del Ródano del jefe del Estado confiado á su custodia; mala cuenta ha dado no reconcentrando la fuerza necesaria para impedir los saqueos é incendios de las casas; y mal ha correspondido Lyon ofendiendo á una nación que había demostrado tan correctamente su odio hacia el crimen del Cesáreo Santo, que al gritar ¡viva la anarquía! dijo bien claro que no tenía patria. ¿Recordaban los lyoneses que Orsini el regicida fué también italiano? No se puede esperar que reflexionen los pueblos exaltados en un día de motín; sólo saben en esos momentos de ira rugir y destrozar; por eso sufren tantas veces sus zarpazos los que desencadenan á la fiera.

Otro nuevo fanático, de mano más segura, se ha lanzado á la muerte por el instinto de matar. Algunos se han alarmado de que esa serie de sacrificios santifiquen una causa con la sangre de sus adeptos ó sus mártires. No: el mártir es la víctima que muere, como de Mr. Carnot dijimos antes, por la justicia y el deber: pero los mártires no derraman la sangre de los otros, porque entonces serían mártires todos los asesinos que han perecido á manos del verdugo desde que el asesinato se castiga con pena de muerte. No hay martirio donde no hay inocencia, y esta es la primera condición que le da su carácter, y sin la cual carece de santidad un sacrificio. Sólo en una sociedad de tigres puede ser mártir el asesino. Sólo en una sociedad de cobardes y de infames pueden temblar las gentes ante una horda de malvados que quieren amedrentar á los que tienen la fuerza, la inteligencia, el poder y todos los derechos.

Y, ó hay que desconfiar del género humano, de la eficacia de la redención y de la luz de la inteligencia, ó esas desesperaciones colectivas son enfermedades pasajeras de la razón, que la postran un momento y pasan para siempre, hasta no concebirse después que hayan existido.

Pocos curiosos en París á la llegada del ataúd que conducía el cuerpo del Presidente de la República. ¿Cómo se explica el fenómeno en un pueblo donde hay sobra de curiosos para todo, y donde la multitud no duerme la víspera de una ejecución? Esperan la traslación solemne del cadáver al Panteón Nacional con todo el aparato fúnebre; además, París es el cerebro y tenía la preocupación del sucesor.

En efecto, eran varios los candidatos á la presidencia de la República, y los más indicados y probables Mr. Perier, Mr. Dupuy, Mr. Brisson y Mr. Arago. Todos tuvieron votos en la Asamblea nacional, convocada por el Presidente del Senado en Versalles, para el día 27: componían dicha Asamblea las dos Cámaras reunidas, con el mandato de votar y sin facultades deliberantes. Al primer escrutinio quedó vencedor Casimiro Perier, que fué proclamado presidente de la República francesa.

La villa de París se prepara, en el momento en que escribimos, á rendir el último tributo al cadáver de Mr. Carnot; las gentes acuden al Elíseo para desfilar delante del féretro, al cual dan guardia los alumnos de la Escuela Politécnica; las coronas son innumerables, y las hay magníficas y de enormes precios: los estudiantes de París han pedido alternar, en la vela y guardia del cuerpo de Mr. Carnot, con los alumnos, y han telegrafiado á todas las universidades de Francia, para acudir al entierro con coronas y banderas; las calles que ha de recorrer el cortejo fúnebre se están decorando con atributos de duelo. Cuando llegó á París el ataúd del Presidente asesinado, la preocupación, la curiosidad y los recelos hacia lo desconocido, hacían dirigir los pensamientos á Versalles; elegido el nuevo Presidente que ha de representar á Francia, si Dios lo permite, hasta el año segundo del siglo XX, la atención de los parisienses vuelve á dirigirse hacia el entierro y última expresión de simpatía que merece la víctima ilustre derribada por el puñal de un asesino que ha desafiado y menospreciado á todo un pueblo. París comprende que debe hacer ostentación de su dolor y su respeto, y es indudable que el entierro será imponente y el espectáculo grandioso. ¡Quiera Dios que sea más pacífico que el duelo de Lyon, y que no prosperen ciertos gérmenes de discordia que han brotado en algunos oficios, donde están mezclados obreros italianos y franceses! Y hoy que acaba un Gobierno y empieza otro en la nación vecina nuestra, debemos desearle que la presidencia de Mr. Casimiro Perier sea tan pacífica como la de Mr. Carnot, y tenga mejor fin.

Empieza á cundir la creencia de que el crimen de Cesáreo Santo no es un hecho aislado, y que este criminal, ó es un instrumento, ó un ejecutor designado por la suerte de la venganza de los sectarios. Desde luego sus relaciones con los anarquistas de acción excluyen la probabilidad de que sea un delito solitario, y tiene, en la falta de conexión entre el matador y la víctima, toda la apariencia de un crimen impuesto á un hombre de escasos alcances por una tiranía que se ejerce misteriosamente: no creemos que sean fanáticos sueltos que trabajan cada cual por cuenta propia, sino á propio riesgo. Y acaso esté ligado ese delito que se creía puramente personal, pero que algunos sabían que estaba proyectado, con los desórdenes y saqueos de Lyon. No es, á nuestro juicio, una idea política, que al fin y al cabo no tiene afirmaciones que convenzan la causa de esos estragos que están escandalizando al mundo; es que la sociedad criminal se organiza por abajo, y en vez de cometer delitos aislados, funciona al por mayor y en grande escala; y así como la industria al por menor está cediendo el puesto á la alta industria, así el crimen en pequeño está sucediendo el colectivo, y amparándose con el color y algunas tendencias sociales de las clases obreras, surgen de cuando en cuando esos fanáticos de la destrucción que nada tienen de común con los hombres honrados que viven del trabajo y tienen tendencias á mejoras legítimas y justas, aunque la realización sea difícil.

Debíamos terminar haciendo un bosquejo del hombre público que la Asamblea de Versalles ha colocado al frente de su país. ¿A qué fijarnos en su pasado? Mr. Juan Casimiro Perier pertenece al porvenir, y la historia le juzgará según sus obras. En el acto de su elección hubo quien propuso antes de votar, ó quiso proponer, la supresión de la presidencia de la República; hubo quien acusó de usurpadores á los que votaban según las leyes vigentes; se achacó su elección de una inteligencia de elementos reaccionarios. ¡Palabras huecas! Cuando se eligió á Mr. Carnot todos creían que era una interinidad sin fuerza, y todos se equivocaban. ¿Quién sabe lo que ha hecho, en bien ó para mal de su país, al depositar su voto en la urna para elegir la presidencia? Que este inconveniente tiene para el hombre toda clase de actos que se dejan á su elección.

°°°

La importancia de los sucesos de Francia, país tan inmediato al nuestro que ningún hecho de trascendencia deja de influir sobre nosotros, ha impedido que nos fijemos en la marcha de las cosas por aquí. El Ateneo eligió anoche por su presidente al ilustre orador D. Segismundo Moret y Prendergast. La política nada nos ha ofrecido propio de la índole de nuestra crónica. No parece que ha resultado cierta la sospecha de que iba á atentar contra la vida del Gobernador de Barcelona un individuo de mala facha que quiso entrar en su despacho. Sólo tronadas é inundación de algunas casas en la calle del Barquillo han turbado en estos días á los vecinos de Madrid. Se han inaugurado con mal tiempo los Jardines del Retiro, y aun no hemos podido visitarlos. La Academia de la Historia ha dedicado una sesión á honrar la memoria del primer Marqués de San Román, que legó á dicha corporación su hermosa biblioteca, y fué encargado de su elogio nuestro distinguido colaborador el ilustrado general Arteche. El infatigable escritor D. Adolfo Llanos de Alcaraz ha escrito un nuevo libro titulado *Melilla*, en que se da noticia día por día de los movimientos é intervención de todos los cuerpos, y se inserta la lista de los jefes y oficiales del ejército y armada, y paisanos que en ellos figuraron: también el Sr. Llanos Alcaraz juzga con un criterio, que no es el nuestro, aquellos desagradables choques con unos vecinos turbulentos y sin civilizar. Por último, un título de Castilla, que figura en la *Guía* entre los que fueron creados en tiempo de Carlos II, movido por una pasión funesta, hirió gravemente á una señora, y se dió á sí propio la muerte.

Esto es, en resumen, lo que más ha fijado nuestra atención estos días en la vida madrileña.

°°°

—Señor, déme la cuenta, que me marcho—dice la criada.
—¿Tan mal te va en mi casa?
—Es que aquí se ayuna mucho y no se gana el cielo.
—Pues bien gordita estás.
—Es que usted me puso á dieta, pero yo me he alimentado á traición.

—En la última tormenta de Madrid cayó un rayo en una casa é incendió la ropa de una doncella.
—Sería guapa.
—¿Por qué lo dice usted?
—¿Por qué? Júpiter continúa haciendo de las suyas.

Anuncian al Alcalde que se inundan varias casas en la calle del Barquillo.
—¿Y qué he de hacer—dice el infeliz—si ese barrio carece de marina?.....
—Es que se anega la Embajada italiana.
—Sólo veo un recurso: que envíe un acorazado el rey Humberto.

José Fernádez Bremón.

NUESTROS GRABADOS.

ASESINATO DE MR. CARNOT, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

Noticia biográfica de Mr. Carnot.—Cómo se cometió el crimen.—Madame Carnot.—Lyon: Fachada de la Exposición.—El *Hotel de Ville*.—El Palacio del Comercio.—El Gran Teatro.

De las más infames calumnias levantadas en daño de la reputación de España por sus enemigos, una de las mayores es la de haber nacido entre nosotros la doctrina de que es lícito matar al tirano cuando manifiestamente llega á ser éste peligroso á la patria. Y aunque algunos malaventurados españoles han seguido en esto á los extranjeros, singularmente á los franceses, sin saber lo que escribían, puede asegurarse, y esta nos parece excelente ocasión de repetirlo, que en parte alguna de Europa existe pueblo menos apropiado que el nuestro para la prosperidad de tales iniquidades. Porque en todo asesinato hay traición, y repugna ésta tanto al carácter nacional, que todavía hoy, al cabo de seis siglos y siendo tan borroso el recuerdo que de nuestra Historia guardamos, inspira unánime repulsión la felonía de que se sirvió Beltrán Duguesclin para asesinar á D. Pedro de Castilla, desembarazando el camino del trono á la dinastía bastarda, fratricida y funesta de los Trastamaras.

De entonces acá, ningún rey español ha muerto asesinado, siendo cosa indudable que de nuestra patria no pudo salir la doctrina del regicidio, practicada en casi todas las naciones de Europa muchos siglos antes de que apareciera la obra del P. Mariana, en que, al decir de nuestros detractores, así propios como extraños, se defiende y aconseja.

Siempre que las pasiones humanas se han exaltado en grado sumo ha habido asesinos, y precisamente contra españoles famosos, como lo fueron D. Juan de Austria, Requesens y Farnesio, los pagaron nobles extranjeros y la reina Isabel de Inglaterra. De aquellos tiempos á los de ahora no hay más diferencia que la magnitud de los móviles y de las ocasiones. Entonces había más grandeza y peleábase por nobles ideales Hoy padecemos la locura furiosa de unos miserables para quienes el ideal es tener un cubierto de más precio en el banquete de la vida (frase de uso corriente que compendia el estado de espíritu de la sociedad contemporánea).

Son virtudes generalmente reconocidas del pueblo español la lealtad y el desinterés. ¿Cómo explicar que hubiera nacido de ellas la doctrina del regicidio, ni cómo podría hermanarse ahora con las ideas impregnadas de grosero materialismo en que se inspira la nueva secta? Por eso la noticia del asesinato del Sr. Carnot ha producido en España general y profundo horror, á la par que inmensa repulsión, sin ningún atenuante, hacia el asesino.

El Presidente de la República francesa era hombre bondadoso, recto y gran cumplidor de sus deberes constitucionales, habiendo tenido además la rara fortuna de que su gobierno fuera felicísimo, pues nunca había sido Francia más rica y más respetada que en los últimos siete años.

Era ingeniero notable. En 1857, á los veinte años de edad (nació en Limoges en 1837) entró en la Escuela Politécnica con el núm. 5, y poco después en la de Ingenieros de Caminos con el núm. 1.

En 1870 peleó contra los prusianos, organizando la defensa de los tres departamentos del Sena inferior, Eure y Calvados, siendo nombrado prefecto del primero al año siguiente. Fué diputado en la Asamblea Nacional, figurando entre los de la izquierda republicana, y secretario en la Cámara de 1876. Votó contra el ministerio Broglie en la famosa votación de los 363, siendo uno de los reelegidos. Pronto se conocieron sus talentos de ingeniero y de administrador, por lo que perteneció varias veces á la comisión de presupuestos, y llegó, por último, al puesto de subsecretario de Obras Públicas cuando tenía este ministerio á su cargo el Sr. Freycinet. Dos veces más fué subsecretario de Obras Públicas, con Wadington y con Freycinet, en el mismo año de 1879. En 1880 le encargó de aquel ministerio el Sr. Ferry, para que continuara los grandes trabajos comenzados por Freycinet, su antiguo jefe y condiscípulo. Volvió á él en 1885, para pasar poco tiempo después al de Hacienda, en el que adquirió gran crédito, sobre todo por haberse atrevido á declarar el *déficit*.

A pesar de esto y de haber sido vicepresidente de la Cámara, nadie, en 1887, podía pensar que Carnot había de llegar á presidente de la República.

Los candidatos á la sucesión de Grevy eran todos políticos de gran prestigio, principalmente Ferry, Freycinet, Floquet y Brisson. ¿Por qué los venció á todos Carnot? (ó Sadi Carnot, como todavía se firmaba entonces). Rochefort nos dirá la razón: «*Carnot no es temible; votémosle*», dijo en una reunión secreta que hubo la noche antes de la elección. Y porque por su poca importancia no era temible, le votaron casi todos los republicanos.

No era temible, en efecto, pero insignificante tampoco, pues tuvo el tacto especial de encerrarse estrictamente dentro de la Constitución, reduciéndose al papel que marca á los presidentes de la República francesa, y que por cierto no consiente iniciativa alguna al jefe del Estado.

Mero servidor de las Cámaras y de la opinión pública, el Sr. Carnot podrá ser siempre citado como presidente modelo. De su honradez bastará decir que ha estado al abrigo de toda sospecha, á pesar de las suspicacias y de la libertad de lenguaje de una parte de la prensa francesa y de haber ocurrido en su tiempo los famosos escándalos de Panamá, que no dejaron en pie ni la honra de Lesseps, llamado *el gran francés* en mejores tiempos.

¡Y contra este hombre, neutral en las contiendas políticas; que si condenó fué en cumplimiento de la ley; que no indultó porque la Constitución y la opinión pública, irresistiblemente expresada, se lo impedían, se ha levantado la mano de un miserable asesino! Ningún crimen se justifica ni disculpa, pero algunos se explican. Este ni explicación tiene. No se ha visto nunca monstruosidad parecida, si no es la del Liceo de Barcelona.

Referiremos con la brevedad posible el horrible suceso.

El 29 de Abril habían inaugurado la Exposición de Lyon el Sr. Perier, presidente del Consejo (hoy de la República), Marty, ministro de Comercio, y Burdeau, ministro de Hacienda, pero como las obras no estaban aún terminadas, quedó la inauguración solemne, que debía presidir el señor Carnot, para cuando lo estuvieran. El sábado 23 salió de París á las diez de la mañana, acompañado del general Borius, secretario de la Presidencia, y de otras personas. Á las seis y quince de la tarde llegó á Lyon, donde fué recibido con vivas y otras demostraciones de entusiasmo. Teníanle preparadas grandes fiestas, la primera de las cuales era el banquete del Palacio del Comercio. De allí debía ir al Gran Teatro, donde la compañía de la Comedia Francesa iba á representar la tragedia de Racine titulada *Andrómaca*.

El banquete acabó á las nueve y media de la noche. El Presidente salió del Palacio del Comercio en un landó, en el que iban también el general Borius y el Prefecto de Lyon. El coche caminaba despacio entre la compacta muchedumbre, que daba vivas entusiastas. Al llegar á la entrada de la calle de la República, salió no sin trabajo de entre los espectadores un joven menos que medianamente vestido, pero de aspecto inofensivo, y que llevaba en la mano, según unos, un ramo de flores, según otros (entre ellos el redactor de *Le Temps*, Sr. Perreau, testigo presencial) un papel. Llegóse el joven al landó con ademán respetuoso y hasta sonriente, y alargó al Sr. Carnot el papel. El Presidente se inclinó solícito y cariñoso á cogerlo, y en el mismo instante el joven sacó el puñal que llevaba oculto y se lo clavó en el vientre con gran fuerza. Tan rápida fué la puñalada, que aunque el Prefecto vió brillar el puñal sólo tuvo tiempo de descargar una fuerte bofetada al asesino, haciéndole rodar por tierra. Arrojáronse sobre él cuantos cerca de allí estaban, y de seguro hubiera acabado á manos de la enfurecida muchedumbre sin la inmediata intervención de la Guardia municipal de caballería, que le prendió, salvándole de recibir luego el merecido castigo.

Llevaron en seguida al Sr. Carnot á la Prefectura, adonde llegó desfallecido. Examinada la herida por el D. Poucet, vióse que era muy grave. Fué preciso ensanchar la boca, de dos centímetros que tenía hasta doce, para llegar al hígado y cerrar la vena porta, cortada en dos sitios. La herida tenía 25 centímetros de profundidad; el hígado estaba perforado.

Á pesar de todos los cuidados que médicos insignes prodigaron al ilustre herido, falleció éste á las doce y media de la noche, después de haber recibido la Extremaunción, de manos del Arzobispo de la ciudad.

¡Dios le haya acogido en su seno! Deja en el mundo honrada memoria, y á Francia agradecida á lo mucho que le debe. Su retrato va al frente de este número, y con él y estas breves líneas la expresión de nuestro sincero y muy sentido pésame á la nación vecina.

Publicamos también en la pág. 392 el de Mme. Carnot, insigne compañera del desgraciado Presidente, señora virtuosísima, discreta, de todos respetada y querida, que había devuelto al Palacio del Elíseo parte de la animación que en otro tiempo tuvo, y que en el de Grevy había perdido. Amaba entrañablemente á su marido, y ante su gran dolor se descubren hoy con respeto todos los hombres honrados del mundo.

En la pág. 392 hallarán nuestros lectores una vista de la Exposición de Lyon, con tan terrible desgracia inaugurada. Rivales Milán y Lyon, celebran casi al mismo tiempo dos Exposiciones parecidas. Nuestros lectores, que conocen ya la fachada principal de la Exposición milanesa, pueden compararla con la de Lyon.

Damos también vistas de los tres edificios, dos de ellos relacionados con este tristísimo suceso. El primero es el Palacio del Comercio (pág. 393), construído por el arquitecto Dardel. Lo mejor de él es la Sala de la Bolsa, cuyo piso alto sostiene una fila de cariátides de muy buen efecto. La fachada pertenece, por su estilo, al siglo XVII. En segundo lugar y en la misma página, está el *Hôtel de Ville*, hermoso edificio construído en tiempo de Luis XIII. Encierra algunos frescos de mucho mérito. Por último, en la pág. 404 reproducimos la fachada principal del Gran Teatro, construído en 1829, según planos de Antonio Chenavard, pero arreglado años después en su disposición interior por Dardel. Las pinturas del techo son de Pujol, y pasan por notables. El escenario es uno de los más espaciosos de Francia.

⁂

BELLAS ARTES.

Segunda Exposición general de Barcelona. *La beguda dels segadors* (La merienda de los segadores), cuadro de D. Juan Pinós y Palá.—*¡A ese!*, cuadro de D. Antonio Fillol Granell.—*¿Será difteria?*, cuadro de D. Marcelino Santamaría Sedano.

La Exposición de Bellas Artes de Barcelona ha sido notable, habiendo concurrido á ella muchos pintores famosos, y algunos que sin duda vendrán á serlo. Con citar á Jiménez Aranda, García Ramos, Gonzalo Bilbao, Salvador Viniegra, Luna, Masriera, Pla, Cutanda, Urgell y Borrell, todos los cuales han enviado cuadros, queda probado que no hay exageración en lo que decimos.

En la pág. 396 reproducimos dos de ellos, *La beguda dels segadors*, del Sr. Pinós y Palá, y *¡A ese!*, de D. Antonio Fillol. El primero está pintado con gran sencillez y amor á la verdad. Es una hermosa escena campestre de plácido ambiente, delicada y suave en alto grado. El segundo es realista en toda la acepción de la palabra: pero aunque el autor ha pintado una escena tan vulgar, no hay vulgaridad en el cuadro. Los rostros de los circunstantes y la figura del municipal que corre, están muy bien estudiados y dibujados.

El cuadro *¿Será difteria?* (pág. 397), del Sr. Santamaría, ha sido justamente reputado uno de los mejores de la Exposición. El anciano médico que examina la garganta de la niña es la figura culminante, y también la más bella, de la obra. El Sr. Santamaría es un joven pintor burgalés, discípulo aventajado de Domínguez, y pensionado por su ciudad natal en Roma. Su talento, ya varias veces acreditado, lo ha sido principalmente por este cuadro pintado en la capital de Italia, y que en Burgos estuvo expuesto y fué muy admirado hace meses.

⁂

D. EDUARDO MARISTANY Y GIBERT,

ingeniero jefe de las obras del ferrocarril directo de Zaragoza á Barcelona.

Merece el Sr. Maristany una biografía más extensa de lo que la índole de esta sección consiente, pues aunque joven aún, ha dado ya mucho mayores muestras de su talento que otros en largos años de vida.

Nació en Barcelona, y sólo cuenta ahora treinta y ocho. Estudió en la Escuela de Caminos de Madrid. Fué ingeniero de la división de ferrocarriles del Este; pero pronto pasó al servicio de la Compañía del ferrocarril de Tarragona á Barcelona y Francia, de que era director el Sr. Planas, para emprender el estudio de la línea de Balaguer á Igualada y otros, entre ellos, el de los pasos del Pirineo catalán á Francia. Después, siendo ya ingeniero director de la Compañía, estudió la línea de Zaida á Reus, la de Monreal de Ariza á Zaida, y la de Medina del Campo á Monreal de Ariza con sus ramales á Valladolid y á Palencia, trabajos que abrazan una zona de 2.500 kilómetros y que terminó en cuatro años.

El Sr. Maristany es, además de notabilísimo ingeniero, administrador y organizador insigne, como lo prueba el orden que reina en cuantas oficinas dirige y ha dirigido. Es también escritor de mucho mérito, aunque pasma que haciendo tantas y tan difíciles cosas, le quede tiempo para escribir. Esto no obstante, ha publicado, entre otras obras, las siguientes: *Enclavamientos Saxby y Fermer; Medio de evitar las aglomeraciones de mercancías en las estaciones; Frenos continuos; Señales del Block system; Enclavamientos entre las señales, agujas y otros aparatos de la vía; Mejoras que pueden introducirse en la explotación de los ferrocarriles; Fórmulas y tablas para el cálculo y trazado de los muros de sostenimiento;* etc., etc.

Publicamos en la pág. 400 el retrato del Sr. Maristany.

⁂

CALDAS DE MOMBUY (BARCELONA).

Fachada principal del balneario Rius.

De muy antiguo es famosa la población de Caldas de Mombuy por sus aguas minerales, y de toda Cataluña, y aun de fuera, acudían infinidad de enfermos á buscar en ellas alivio á sus males. Pertenecieron mucho tiempo á los Duques de Almenara Alta, pero después las adquirió la familia Rius, cuyo nombre llevan. Muchos médicos de reputación las han alabado grandemente, después de haber visto probada su eficacia en enfermos graves. Entre estos médicos citaremos á D. Luis Góngora, que fué muchos años director de la Puda de Montserrat, y D. Rafael Rodríguez, catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona, quien las examinó por encargo del Gobernador de la provincia.

En varios concursos han obtenido notables victorias las aguas termo-salinas de Caldas de Mombuy, señaladamente en las Exposiciones internacionales de Franckfort, Niza y Barcelona, y la Mineralógica de Madrid.

Los manantiales son tres. La temperatura de uno de ellos es de 36° centígrados, y la de los otros dos de 76°, siendo la composición del primero muy semejante á la del manantial de Caldas de Estrach ó Caldetas. Curan estas aguas muchas enfermedades; pero, entre todas, más particularmente los reumas, parálisis, neuralgias, afecciones cerebro-espinales, catarros, caries y anquilosis.

El balneario de Caldas de Mombuy ha sido siempre considerado uno de los mejores de Cataluña y aun de España. Recientes mejoras le colocan entre los primeros del extranjero, habiendo construído sus actuales dueños espaciosas galerías, cómodas escaleras, magníficos salones, etc. Los cuartos de baños son muy buenos; las pilas de mármol y los servicios todos que requieren las modernas aplicaciones hidroterápicas, de primer orden.

En el piso bajo, al nivel de la plaza de la Constitución, hay habitaciones de preferencia, con pilas únicamente destinadas al ocupante de la habitación, con la que comunican por escaleras particulares. La misma agua mineral sirve de calefactor en invierno, ó en caso de cualquier imprevisto descenso de la temperatura en otra época del año.

El comedor, estrenado ahora, es muy cómodo, capaz para 200 personas, y tiene al lado una magnífica galería de

cristales. Ha dirigido su construcción D. Enrique Sagnier. Junto á este comedor está el de segunda clase, también muy bueno. El salón de reuniones hállase, como los comedores, en el piso bajo.

Los alrededores del balneario son amenos. Tiene dos jardines, y cruzado un hermoso puente construído sobre la *riera*, se pasa al Parque, que es frondosísimo y de gran extensión.

Nuestro grabado de la pág. 400 reproduce la fachada principal del balneario, viéndose en él el puente que le une al Parque.

°°°

FERROCARRIL DIRECTO DE ZARAGOZA Á BARCELONA. (Véase el artículo del Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra, en la pág. 394).

G. REPARAZ.

¡ANCHA ES CASTILLA!.....

Figuraos un sujeto de buenos principios, buenos medios y buenos fines, que sienta y piense con filosofía; cuanto menos mejor.

Lo primero que cada día se pregunta es lo siguiente:

—¿Qué haremos hoy?

Y se dirige la pregunta en plural, para rendir mayor homenaje á su persona, como si fuera más de uno, ó como si él solo constituyese la sociedad entera.

Observad también cómo se inician las conversaciones en la calle, en el paseo, en la visita, en los círculos, entre aquellos que se dedican al ejercicio de la vida pública ó al examen de las vidas privadas, ó á todo, para no perder el tiempo, ó á nada, para gozarlo más y con menores penas; y oiréis que todos empiezan diciendo:

—¿Qué hay?

Y si en ocasiones se confiesa la segunda parte de la pregunta que se queda generalmente en el pensamiento, se podría ampliar sin error en estos términos:



MME. CARNOT,

VIUDA DEL ÚLTIMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

(De fotografía.)

—¿Qué hay? ¿Qué pasa en el mundo que nos convenga ó que nos interese?

Y pasando tantas cosas, de tal manera está la gente convencida de que no tiene otro sentido aquella pregunta, que si nada interesa á los interlocutores, recíprocamente se contestan:

—Nada de particular.

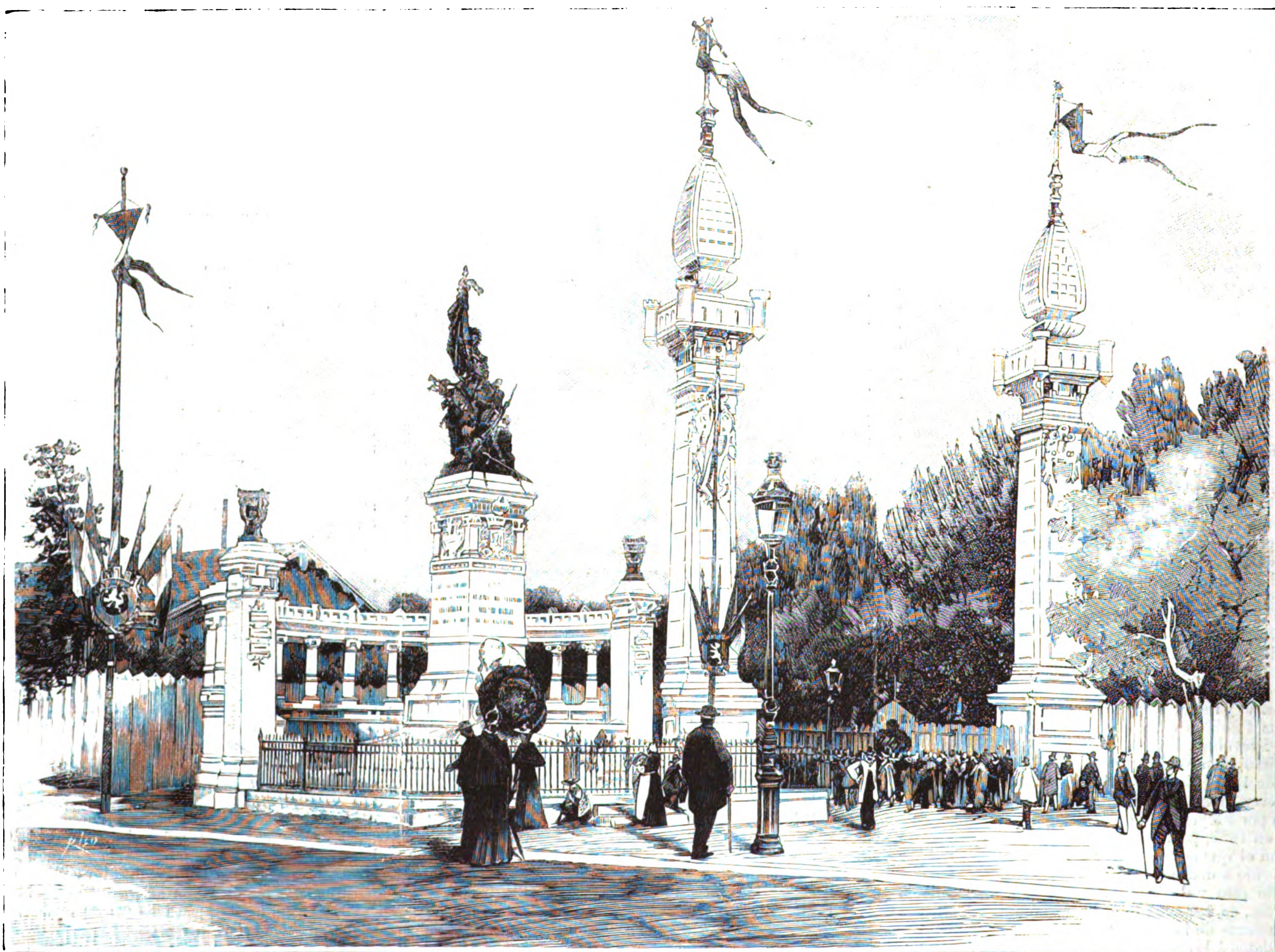
Así dispuesto y consultado el ánimo por los que pueden representar un papel distinto cada veinticuatro horas, y dan el tono á la música del mundo, el compás á la marcha de la sociedad, la ruta á los desocupados, la seña á la cuadrilla pródiga y alegre, los atractivos al espectáculo, la dirección á la moda, al advenedizo el nombre, á los vicios el dinero, y frecuentemente al arte y al trabajo la orfandad, y á la religión el olvido; nada más fácil que el contagio de la despreocupación elegante y del escepticismo invasor que adormece toda la vida del alma.

La duda, musa fatal, pero musa contemporánea, musa nuestra, ha engendrado el ansia de conocer más pronto, no la verdad negada, ni la fe entredicha, ni la esperanza por tardía borrada del corazón; sino la novedad pasajera, el conflicto del momento, lo que nos separa de nosotros mismos y nos entrega á la masa, á la muchedumbre, al prójimo; porque cuando se han aventado las ilusiones se puebla de sombras el cerebro, se enfrían las entrañas, y buscamos lo de afuera que entretiene y alegra, porque lo de adentro desconsuela y entristece.

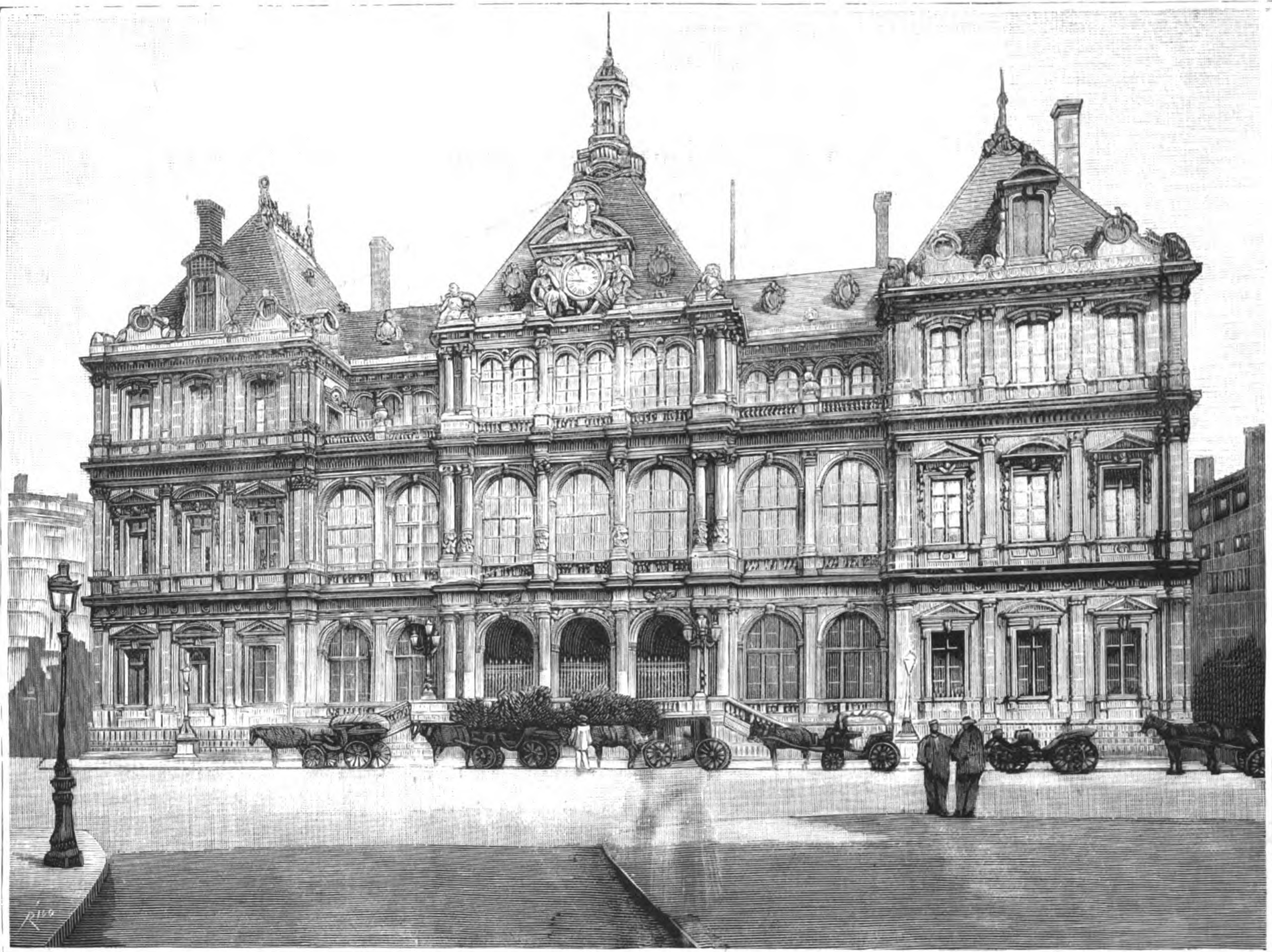
Y vivimos de la confusión y del estrépito, para menos padecer, para excitarnos más, para aturdirnos más.

No hay que extrañar, por lo mismo, que perseguido el bienestar físico y declarado fin principal del hombre, el espíritu del cuerpo social, la justicia, acabe por abandonar el mundo.

Ya ha desaparecido la metafísica alada y cantante, y queda la filosofía práctica, real y positiva, que no



LYÓN (FRANCIA).—ENTRADA PRINCIPAL DE LA EXPOSICIÓN, CUYA SOLEMNE INAUGURACIÓN PRESIDIÓ MR. CARNOT.



LYÓN (FRANCIA).—EL PALACIO DEL COMERCIO, DONDE SE CELEBRÓ EL BANQUETE EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA LA NOCHE DEL 24 DEL CORRIENTE.



LYON (FRANCIA).—EL HOTEL DE VILLE.

regala las satisfacciones, sino que las comercia, que no entrega las amistades, sino que las cotiza, y que se resigna con el propio estado cuando es bueno, y cuando no, se subleva, maldice y destruye.

Somos cortos de vista y cortos de moral. Más arriba de nuestra estatura vemos poco; más abajo, nada. Más arriba, lo que necesitamos, más abajo ni lo que debemos. Más arriba al que nos tiende la mano, más abajo á nadie.

Parece que está cerrado el cielo de las ideas.

En la política se vive de la servidumbre ó del espanto. Son más temidos los enemigos más pequeños; el envidioso, el imbécil, el vulgo que no posee cosa de más valor ni sustancia que el arte de atentar contra las calidades que en el prójimo se revelan y que á él le faltan. Al cómplice se le acaricia, y al que no se le teme se le desdeña. Cuando la honradez aprueba ó la modestia aplaude, se sienten menos satisfechos los principales actores de la comedia humana que cuando la adulación marea ó la lisonja ahuma.

No faltan apoteosis para los muertos que no estorban, ni fiestas para los vivos que todavía pueden hacer favores; pero nunca tales cumplidos al que figura y existe en las alturas mayores surgen ni se imaginan alrededor suyo, sino más abajo. Desde que los genios fueron declarados iguales, no se pueden ver los unos á los otros. Llueven los versos y las sentencias, y habréis observado que al publicarse más tarde con elogio aparejado las cosas escritas en el álbum ó dichas en los brindis, jamás se dan á conocer las mejores, que suelen ser las de los más humildes, sino las de los más elevados, que acostumbran ser las más vulgares y mentirosas, por aquello mismo de la mala voluntad de los iguales. Y se les prefiere á ellos, porque la guerra más cruel que se puede hacer al que se levanta es la del silencio. Y porque también abajo es frecuente que se pague el favor que se adelanta, pero que no se adelante la justicia para nadie.

No solicitamos el arte que ennoblece, sino la impresión que conmueve; no nos animan los sentimientos, sino las sensaciones; no nos rige la razón, sino los nervios. Disueltas las creencias colectivas, arrasados los fundamentos del orden, minado todo por la conspiración política y social, en pleno crédito ó en plena vida económica de artificio, no es lo peor que empujemos á las instituciones históricas para que no se sostengan, sino que se caigan sin empujarlas.

La gente lee con gusto los periódicos. Es el único elemento de cultura que se utiliza. El libro no se estima y no se compra. Es largo y fatiga, y no siempre se entiende. Y se acepta el periódico, no por lo que cuenta solamente, sino porque después de referir juzga. Los hechos solos interesan á gran parte de los lectores, pero el hecho definido y juzgado interesa á todos. El periódico ahorra el discurso del lector, y este es su mayor atractivo. Da las opiniones formadas, y este es su mérito. Y ofrece en treinta minutos de lectura todas las cuestiones del día y todas resueltas, todos los sucesos y todos definidos también, todos los rumores y todos aclarados. El periodista lee por sus abonados, estudia por ellos, por ellos encanece y ciega, y por eso vive el periódico. Por eso y porque cuesta menos de lo que vale.

Todo reducido al accidente, todo encerrado en la fórmula más breve; pero todo lo queremos sustancioso, todo barato, y todo lo necesario y lo superfluo, pronto y fácil. En el Parlamento preferimos las votaciones á los discursos, y en la Administración los destinos á las carreras. Hemos olvidado el Padre nuestro, la oración dominical que pide el pan de cada día, y no se nos caen de los labios aquellos versos de la comedia de Ayala:

Señor, dignate en seguida
Y de un golpe concederme
Todo el pan que he de comerme
Mientras me dure la vida.

De la economía doméstica se ha suprimido el ahorro.— Hoy necesitamos, hemos dicho. ¡Quién sabe si mañana viviremos!.....

Y en la economía política hemos declarado que la única solución es el empréstito; el empréstito que todo es para hoy y nada para mañana. Cuando las deudas nos ahogan las convertimos; y la conversión se reduce á rebajar los intereses, que ya es quedarse con algo, y á presentar las deudas de perfil para que no parezcan tan grandes.

Lo que antes era revolución y tragedia lo hemos convertido en espectáculo y mudanza. Lo que nos molesta, incomoda y pone en riesgo de vida ó de grave lesión, lo hemos suprimido. En aquella época primera del régimen constitucional nos enloquecían los pronunciamientos. Por ellos nos moríamos y nos mataban; es decir, se mataban otros. Había que arrastrar á alguien y quemar algo de cuando en cuando. Los muebles de más valor eran los que mejor volaban de las habitaciones á la calle. En 1854 ardían hasta las alhajas del Conde de Quinto, y si no las alhajas, por si acaso las desvalijaron antes como temía D. Vicente Lafuente, los estuches.

Ahora nos bastan las crisis ministeriales para la distracción y el entretenimiento, y durante una semana, que tanto suele prolongarse la mudanza, cada cual forma á su gusto las candidaturas y los gobiernos. Para que todos intervengan en la política labor, se han reducido las discusiones y se han alargado las disputas. Y se ha desterrado la lógica que hacía discurrir, la historia que hacía pensar, la retórica que hacía sentir, y la convicción que hacía creer, á fin de que pueda hablar todo el mundo con mayores facilidades y sin preparación de ninguna especie. Nos enzarzamos en dimes y diretes; nos place más arañarnos como las mujeres que mordernos como los leones; las benevolencias suavizan el drama; prodigamos los discreteos y los sofismas, y llevamos al Parlamento las gacetillas y el parlamentarismo á todas partes.

Nos dedicamos á la vida pública por afición, perseguimos ahora los distritos como antes á las colegialas, y hemos cambiado la novia por el acta del diputado. Así vienen los congresos; pero la política nos recuerda la conversación de los amantes, que se anima cuando se enreda.

El haber sido muchas veces presidente del gobierno, ministro en muchos gabinetes, subsecretario con muchos ministros, ó director vitalicio, ó diputado con abono á todas las Cortes, ó pariente de personaje en cualquiera de los grados que aseguran la posición oficial, es lo que constituye la altura del estadista, la capacidad del consejero, y la aptitud del favorecido. Será probable que quien más gobernó tenga más culpas; pero nuestra ley es otra, y medimos al personaje, no por lo que elabora, sino por lo que alcanza.

La razón es el éxito.

Hay que aplaudir al que sube después que llega, al que llega después que se sostiene, y más al que se sostiene cuanto más se asegura. De esta manera se confirma y se consagra al jefe, se organiza el partido, y se le puede seguir, no sólo en sus errores, sino hasta en sus horrores.

Argensola preguntaba al ciego si era la tierra el centro de las almas. Pero Argensola es un poeta antiguo, y de Barbastro. Nosotros hemos encontrado el que más nos convenía, que era el centro de los cuerpos, y cada cual lo coloca en el suyo.

Nos interesa la manera de hacer las cosas, la manera de presentarnos, el efecto, la impresión, lo accidental. Nos entendemos y nos comunicamos por fuera. Solicitamos al prójimo para que nos forme el coro. Por secreto acuerdo, todos hacen de los demás su compañía. Nos vamos á divertir en la casa del amigo. Hemos resuelto que no haga el favor quien convida á comer, sino el que acepta la comida. Al conocido que encontramos en la calle lo acompañamos..... hasta nuestra casa. Seguimos al jefe hasta que nos satisface. Y no hay nadie que después de llegar arriba no le pegue á la escalera un puntapié.

No se luce sin rivales ni se triunfa sin enemigos, y para las batallas de la vanidad, porque no damos otras, necesitamos reunirnos todos. Por eso vamos al teatro el día de moda, al paseo en hora fija, al concierto en día de beneficio; á fiestas de la religión no faltamos nunca si es en iglesia abierta sólo para los privilegiados, como si no ofendiéramos á Dios cerrando su casa á los que no tienen papeletas de convite, ó no están presentados con la debida anterioridad; al sermón cuando predican ciertos Padres, y llevamos las niñas á la misa donde van los pretendientes y donde se pueden ver más seguramente con los niños. Los lunes vamos al Circo, los martes al drama, los miércoles á la comedia, los jueves á la música, los viernes al sainete, los sábados al salón, y los domingos á ver matar al torero, ó á ver cómo lo matan.

En esto de los toros lo paga todo el animal. Si no acomete, es malo; si acomete y hiere, es peor, y si mata, pésimo. Sin embargo, se le recría para luchar, se le dan pastos para hacerle feroz; después se le encierra para exasperarlo, se le quiebran las articulaciones con la capa, se le desangra con pinchos, se le *gallea* y se le martiriza, se le enciende la piel con las banderillas, y cuando furioso, colérico y desesperado ni lo rige el instinto ni lo puede regir el arte, un hombre lo desafía, y nos sorprende que no muera siempre el toro y no quede siempre ileso el matador.

Las razas inferiores domestican á las fieras. Nosotros en cambio enfurecemos al toro para que despanzurre caballos, y si llega la ocasión, acabe con algun infeliz que, esclavo de la miseria, como fueron los gladiadores esclavos de la conquista, vaya á cambiar la cornada del *miura* por la cornada del hambre.

El espectáculo es bello, porque es típico, brillante, deslumbrador. Y vamos á él, porque amamos menos el bien que la belleza; y nos distraemos en él fácilmente, porque fácilmente nos enteramos de que otras fiestas nos consolarán de los males que ocurran, y porque si no se presentan, una fiesta más tampoco estorba. Y, sobre todo, porque otra vida habrá mejor para las almas en otra parte, pero mejor vida que en ésta, para el cuerpo, será difícil. Esta es toda la filosofía corriente.

Referir, por lo mismo, la vida entera á las debilidades y satisfacciones orgánicas; alentar lo que nos regocije y exalte; dar á cada uno lo suyo, después que cada uno asegure lo propio; soltar el bolsillo menos que la lengua; ser coristas en las tristezas y primeros actores en las alegrías; dejar el entierro por la boda y la muerte por el bautizo; huir las desafinaciones y procurarse las armonías entre las necesidades y los medios de satisfacerlas; *flanear* en las carreras, apostar en el frontón y abonarse al Congreso y al Casino; partir el corazón de alguna tiple, más ó menos ligera; practicar la caridad bien ordenada, que sabemos por quién empieza y no hay que recomendar que acabe en el mismo punto de partida; oir, si se puede, como el otro, los pensamientos; y olfatear, si á tanto se llega, como aquel que en la víspera sentía los olores del día siguiente, es el ideal del momento.

Y para perseguirlo se imaginó la enseña feliz, el *ferro desperta* de la huelga y el jaleo, y así grita desaforadamente una generación que *¡Ancha es Castilla!*

CONRADO SOLSONA.

DE MADRID Á BARCELONA EN DIEZ Y SIETE HORAS.

EL FERROCARRIL DIRECTO ENTRE LAS CAPITALES DE ARAGÓN Y CATALUÑA.

Con la apertura al servicio público del nuevo ferrocarril de Zaragoza á Barcelona, el viaje en tren expreso entre Madrid y la Ciudad Condal queda reducido á diez y siete horas. A pesar de las dificultades que ofrece la explotación con una sola vía, no cabe duda de que la velocidad puede aumentarse de manera notable. El trayecto de Madrid á Zaragoza es de 341 kilómetros, y el de Zaragoza á Barcelona, por el indicado camino de hierro, de 343: total, 684. Con una velocidad comercial (comprendidas las paradas) de 50 kilómetros por hora, se recorrería en menos de catorce la distancia que separa la capital de España del puerto más importante de la Península. De esperar es, por tanto, que el itinerario fijado por las empresas tenga carácter provisional, y que con la mejora y perfeccionamiento del material móvil, se consiga mayor rapidez en los trenes de viajeros.

Hecha esta observación, voy á describir, conforme anuncié en mi artículo anterior, el ferrocarril directo entre Zaragoza y Barcelona, que he recorrido en toda su extensión, examinando detenidamente sus obras más importantes, en las cuales un ingeniero español, D. Eduardo Maristany, ha puesto de manifiesto sus profundos conocimientos, su sentido práctico y una perseverancia y laboriosidad dignas del mayor encomio, venciendo en todas partes los obstáculos que presentaban la naturaleza y los intereses privados, acaso más rebeldes que ésta, mayormente cuando es forzoso luchar con el apremio del tiempo, dadas las deficiencias de nuestra legislación en materia de expropiaciones por utilidad pública.

La nueva línea arranca de la estación de Zaragoza, llamada de Campo Sepulcro (215 metros de altitud), y atraviesa la rica y fértil campiña de Zaragoza, poblada de pintorescas quintas, huertas y jardines, por la zanja, comprendida en muros de mampostería, de que ya tienen noticia mis lectores, y enlaza á los 3.400 metros con el ferrocarril llamado del Bajo Aragón. Los trenes marchan por éste, siguiendo el curso del Ebro, por su margen derecha, en un trayecto de 59 kilómetros, hasta el barranco de Lopín, 155 metros de altitud, donde se separan de aquél y comienzan á subir para salvar la divisoria de los ríos Aguas y Martín, lo cual se verifica cerca de la estación de Azaila á 275 metros sobre el nivel del mar.

En la estación de la Puebla de Híjar, kilómetro 72, después de descender la vía 75 metros, termina la antigua línea del Bajo Aragón y comienza la nueva, la cual continúa bajando para atravesar el río Martín. Antes de llegar á éste, cruza la Acequia Madre de Valdezafán, por un puente de 17 metros, cuyas fundaciones exigieron costoso pilotaje. El puente sobre el Martín tiene tres tramos: el central de 58 metros, y los extremos de 48, siendo la longitud total de 178; todo él de sillería y sillarejo. En sus fundaciones fué preciso apelar al aire comprimido; las profundidades variaron entre 7 y 11 metros bajo el nivel del astiaje; la altura es de 22 metros sobre la rasante.

Desde este punto (232 metros) la línea sube hasta la estación de Samper (280 metros), donde comienza á bajar hasta el río Regallo (238 metros), y sigue luego hacia Caspe, sensiblemente horizontal, menos en los tres últimos kilómetros. La mayor pendiente de este trozo, así como del resto del nuevo ferrocarril, no excede del 1 ½ por 100.

La sección de la Puebla de Híjar á Caspe comprende las siguientes obras importantes: un puente de sillería, de 14 metros de luz y 18 de altura, sobre la Val de Primera; otro de hierro (en curva de 600 metros de radio), de 48 metros de longitud y 18 de altura, sobre el río Reguero; y otro, parabólico, de 54 metros de luz y 12 de altura, sobre el Regallo, para cuyas fundaciones fué preciso bajar 11 metros y recurrir al aire comprimido; cuatro túneles de 304, 19, 35 y 353 metros respectivamente, y cuatro pontones sobre Val de Calvadores, Val de Cantarito, Carbón y Val Segunda, todos ellos de difícil y costosa cimentación.

La obra relativamente de mayor coste de este trozo fué, sin duda alguna, el desmonte llamado del Pajarito, donde, á causa de las condiciones especiales del subsuelo, extremadamente cenagoso, hubo necesidad de varios trenes de madera para entibaciones y pilotaje, y de montar poderosas bombas de agotamiento. Era, además, tan difícil la extracción y transporte de aquella enorme masa de barro, que una trinchera de 40.000 metros cúbicos costó 600.000 pesetas, cuando en condiciones ordinarias no hubiera excedido de una peseta cincuenta céntimos el metro.

En el kilómetro 112 está situada la estación de Caspe (121 metros), la cual, aunque figura como de segunda clase, es notable por su amplitud y elegancia, y por la riqueza de los materiales de construcción. En el trozo comprendido entre ésta y la de Fayón, se encuentran magníficos y soberbios puentes y largos túneles, siendo uno de los más difíciles del trayecto.

Junto á la estación de Caspe la línea cruza el río Guadalope por un puente de tres tramos: el central de 48 metros y los laterales de 38; resultando la longitud total de 150, y la altura de 22. Sube luego por rampas que no exceden del límite anteriormente citado, atravesando tres montañas por túneles de 655, 209 y 205 metros, y en la estación de Fabara, kilómetro 130, á los 261 metros de altitud, salva la divisoria de los ríos Guadalope y Matarraña. A la salida de Fabara se halla un túnel de 383 metros, y siguiendo la vía por Val Barnola llega al río Matarraña, que cruza primero por un puente colosal de cinco tramos, de los cuales los tres centrales de 58 metros cada uno y los extremos de 47,50, siendo la longitud total de 300, y la altura sobre el lecho del río de 30. Las pilas fueron fundadas á 10 metros bajo zarpa. Por dos túneles de 170 y 121 metros se atraviesan luego las montañas, entre las cuales serpentea el Matarraña, y por otro puente de 178 metros de longitud y 18 de altura se pasa á la orilla opuesta, que se sigue hasta la estación de Nonaspe (155 metros).

Entre ésta y la de Fayón, en una distancia de 12 kilómetros, el ingeniero Sr. Maristany encontró todos los obstáculos que puede ofrecer la construcción de un camino de hierro. Para apreciarlos, baste decir que hay doce túneles de las siguientes longitudes: 66, 1.195, 1.404, 77, 78, 46, 56, 60, 58, 54, 60 y 1.849 metros; otros dos grandes puentes sobre el Matarraña, de las mismas dimensiones que el anterior; dos viaductos, uno metálico sobre Val de Batea, formado por un tramo parabólico de 55 metros de luz, y otro de sillería sobre el Val Mala, de cinco arcos de 12 metros de luz, siendo la altura de ambos de 22 metros, y además grandes trincheras, con muros de contención, elevados terraplenes y numerosos pontones y alcantarillas, para cuyas fundaciones fué preciso apelar al aire comprimido y á las bombas de agotamiento.

En la pág. 401 publicamos el grabado núm. 1 que representa la entrada del último de los citados túneles, el de 1.849 metros, llamado de Fayón, al cual da acceso el cuarto

puente de hierro sobre el Matarraña. Perforóse aquél en un escarpado, que, á 250 metros de altura, tiene un desplome de cinco metros sobre la vía. Para defender á ésta y al puente de desprendimientos se prolongó en una extensión de 10 metros la entrada del túnel, pero fué preciso buscar los cimientos de aquélla debajo del lecho del río.

Nuestro grabado núm. 5 de la página citada da idea de la serie de túneles llamados de las Tasconeras, que se encuentran en esta sección entre los kilómetros 147 y 148.

Pasado el 151 se ha emplazado la estación de Fayon (59 metros), á la orilla derecha del Ebro, cuyo curso sigue la vía, atravesando en su confluencia al Matarraña por un gran puente en curva, de tres tramos, dos de 52 metros y uno de 36, cuya hermosa perspectiva reproducimos en el grabado núm. 2.

Durante un trayecto de 36 kilómetros bordea el camino de hierro casi constantemente el Ebro, siendo éste uno de los trozos más pintorescos, pasándose las estaciones de Ribarroja (50 metros), Flix (46 metros) y Ascó (36 metros). Para proteger la vía de las avenidas hay muros de contención en una longitud total de 6.000 metros. Se pasan nueve túneles de 80, 257, 66, 302, 53, 48, 242, 27 y 293 metros.

Después del kilómetro 187, y tres antes de la estación de Mora, el ferrocarril abandona la orilla derecha del Ebro, dirigiéndose á la opuesta por un puente de cinco tramos, cuya longitud total es de 309 metros, y su altura de 20 sobre el astiaje del río. Algunas de las pilas están fundadas á 17 metros de profundidad.

La estación de Mora (53 metros) merece especial mención. Levántase en medio de sonriente y riquísima campiña, sobre pequeña eminencia, á la cual sube un camino de suaves rampas, terminando con elegante escalinata, rodeada de frondosos jardines. La riqueza de los materiales de construcción y la armonía de las líneas arquitectónicas contribuyen á darle aspecto monumental; es, sin disputa, uno de los edificios más hermosos en su género que existen en España.

La línea abandona el valle del Ebro, y comienza á subir para ganar la divisoria de dicho río y el Francolí, lo cual se efectúa á los 254 metros de altitud en el kilómetro 216.

La sección de Mora á Marsá tiene obras costosísimas. Hay en ella diez túneles de 744, 152, 55, 332, 374, 68, 82, 72, 215 y 701 metros; dos grandes viaductos de mampostería y de ladrillo, de 38 metros de altura, formando una serie de arcos de 12 metros de luz en dos pisos. Los trabajos de saneamiento exigieron gastos de consideración.

En el trozo de Marsá á Reus se encuentra el túnel mayor de España: el de Argentera. Dicho trozo ha costado 12 millones de pesetas: de los 29 kilómetros que mide, 7 son en túneles.

Después de Marsá (309 metros) la línea prosigue en ascenso, y atraviesa tres túneles de 45, 40 y 171 metros, el viaducto de Pradell de 7 arcos de 9 metros de luz y un túnel á cielo abierto, pasada la estación del mismo nombre; el cual reproducimos en nuestro grabado núm. 3. Dicho túnel artificial, de mucha amplitud en su entrada, para el servicio de la estación, fué construído con objeto de poner la vía á cubierto de continuos desprendimientos en vista de la inestabilidad de las trincheras, debida á las malas condiciones del terreno. Su longitud es de 409 metros, y á los diez de la salida, espacio suficiente para la ventilación, comienza el célebre de la Argentera, que mide 4.040 metros, con una sobrecarga de 350. En su perforación se encontró inmensa cavidad á cuyo fondo se precipita un río subterráneo, siendo preciso recurrir á una serie de arcos, á manera de puente, para asentar la vía.

El Sr. Maristany ha publicado un libro de seis voluminosos tomos con profusión de dibujos, explicando detalladamente los trabajos de esta obra gigantesca, que tanto le honra. Lo más admirable es la rapidez con que se llevó á cabo, en medio de las contrariedades de todo género que hubo que vencer en los pozos y galerías, invadidos constantemente por el agua, y en el trasporte y establecimiento de poderosas bombas de agotamiento. Las perforadoras movidas por el aire comprimido dieron excelentes resultados, pero á costa de considerables gastos.

A poca distancia del túnel de Argentera se encuentran otros dos de 87 y 237 metros, y luego tres grandes viaductos de mampostería y ladrillo.

El mayor de ellos es el llamado de los Massos, cuya vista representa el grabado núm. 4. Tiene 40 metros de altura, 280 de longitud, dos pisos y 14 arcos de 12 metros de luz.

A estos viaductos siguen siete túneles de 223, 382, 129, 98, 140, 66 y 91 metros, y entre el sexto y séptimo otro viaducto de seis arcos de 12 metros de luz, antes de llegar á la estación de Riudecañas (245 metros) en el kilómetro 226.

Entre la última y la de las Borjas (216 metros), kilómetro 231, hay tres puentes sobre las rieras de Ruidecols, Vollas y Borjas, y desde la estación de este nombre á Reus uno de 7 arcos, de 9 metros de luz sobre la riera de Despujols.

A partir de la importante estación de Reus, que se halla en el kilómetro 239 y á 130 metros de altura sobre el nivel del mar, la vía sigue descendiendo, sin presentar ninguna obra digna de especial mención, hasta llegar al río Francolí (kilómetro 250), sobre el cual se halla un puente de dos tramos, de 36 metros de luz y dos de 42.

Cruzado el río, la vía comienza á subir desde la cota 79 hasta la 117, en el kilómetro 255, que está en el centro de un túnel de 994 metros, divisoria de los ríos Francolí y Gayá. Baja hasta el kilómetro 263, estación de la Riera (47 metros), pasando un pequeño túnel; asciende luego, siendo el punto culminante el Apeadero de Pabla (71 metros), kilómetro 267, y en Roda (61 metros), kilómetro 270, bifurca con la línea de Valls y Picamoixons. Entre la Pabla y Roda existe un túnel de 150 metros.

Desde la última estación sigue bajando hasta la cota 15, kilómetro 277, donde se levanta la estación de San Vicente, punto de empalme de la línea de Tarragona.

La vía marcha después casi paralela al mar, pasando las estaciones de Calafell y Cubellas, atravesando cortos túneles y pequeños puentes sobre varias rieras. En el kilómetro 295 está la estación de Villanueva (9 metros), y en el 302 la de Sitges (18 metros).

Desde el primer punto hasta Castelldefels (3 metros), kilómetro 318, hay una serie de túneles de 100, 88, 36, 260, 360, 108, 415, 418, 332, 232, 82, 682, 128, 132 y 66 metros para atravesar las escarpadas, acantilados y promontorios de la costa de Garraf, y varios puentes, uno oblicuo, sobre la Riera de Canyellas, de 3 arcos y 12 metros de luz, y 3 viaductos, de los cuales el último de 8 arcos de 9 metros de luz.

Entre Castelldefels y Barcelona se encuentran un puente de un tramo, de 42 metros, y de dos de 34 de luz sobre el río Llobregat; el empalme en el kilómetro 330, con el ramal del puerto; otro empalme en la Bordeta (kilómetro 335) con la línea de Martorell y Tarragona, y la zanja revestida de la calle de Aragón. Se corta por un paso á nivel el camino de hierro del Norte (antiguo de Barcelona á Zaragoza), y se llega por fin al kilómetro 343, término de la línea, donde está situada la Estación Central (4 metros) de los ferrocarriles de «Tarragona á Barcelona y Francia».

En resumen: la nueva línea de Zaragoza á Barcelona tiene setenta y seis túneles y cuarenta y cinco puentes y viaductos, de los cuales treinta y cuatro son metálicos, construídos en Barcelona, en los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima.

El coste del trayecto de Reus á la Puebla de Híjar se calcula en 60 millones de pesetas próximamente, de cuya suma, la mitad ha sido adelantada al interés del 4 por 100 por la Compañía «Madrid á Zaragoza y Alicante», la cual á su vez, según se afirma, la recibió en préstamo de la casa Rothschild hermanos, de París. Para cubrir el resto se emitieron obligaciones.

Los carriles proceden en su mayor parte de la industria bilbaína.

El 1.º de Enero de 1898 la Compañía de Tarragona-Barcelona-Francia deberá fusionarse con la de Madrid-Zaragoza-Alicante, la cual conservará este nombre, quedando en sus manos, sin solución de continuidad, la siguiente comunicación ferroviaria, que atraviesa la Península por su mayor distancia desde el Sudoeste al Nordeste.

	Kilómetros.
De Huelva á Madrid..................	681
De Madrid á Barcelona................	684
De Barcelona á la frontera francesa.....	173
Total....................	1.538

Esto sin contar las restantes líneas de Alicante, Toledo, Cartagena, Cuenca, Ciudad Real y Badajoz, Mérida á Sevilla, y algunos ramales, ni las de Tarragona y Valls.

No es esta ocasión de discutir las ventajas ó inconvenientes, dentro del orden económico y de la utilidad pública, de que las grandes empresas de ferrocarriles, se vayan apoderando de todas las líneas del país y monopolicen el tráfico. Si por una parte el interés general puede resultar perjudicado, por otra se gana tal vez en unidad y regularidad en los servicios.

Lo que me permitiré sólo indicar—lejos de mi propósito ofender á personalidad alguna—es la conveniencia de que las Compañías de ferrocarriles, y particularmente la de «Madrid-Zaragoza-Alicante», entren de lleno en el espíritu mercantil moderno, inspirándose en su marcha progresiva, y prescindiendo de añejas preocupaciones, que traspasan los límites de la circunspección y de la prudencia. Busquen mayores ingresos, si no para el momento, para un porvenir cercano, en la reducción de las tarifas, en la facilidad y prontitud de los transportes; en la creación de un servicio especial de paquetes y encargos á domicilio; en el perfeccionamiento del material de los trenes de viajeros, y en la mayor rapidez de los expresos, adquiriendo al efecto las locomotoras necesarias.

Cuando se han hecho tan grandes sacrificios para la construcción de nuevas líneas, ¿deben las empresas retroceder, pusilánimes, ante la idea de mejorar su material móvil? ¿No ha de aumentar el número de viajeros, como demuestra la experiencia desde el establecimiento de los sud-expresos, á medida que aquéllos encuentren mayores comodidades y completa seguridad personal en trenes á la americana, de suave movimiento, provistos de *restaurants* y coches-camas, con calefacción general en invierno, pudiendo circular por todos los carruajes y realizando el viaje con gran celeridad, sin inútiles y enojosas paradas? Y no se hable del mayor consumo de combustible, cuando la locomotora arrastra coches de veinte toneladas, ni del desgaste de los carriles de la vía y de las ruedas, ni de peligros imaginarios, ni se aleguen otras razones parecidas, porque esto es impropio de la elevación de miras que deben tener los administradores de las grandes Compañías de caminos de hierro. Las mercancías, como los viajeros, no se obtienen siempre de manera natural y espontánea: hay que buscarlos y atraerlos. Por ejemplo, si las diversas Compañías españolas interesadas llegasen á un acuerdo y estableciesen un buen servicio de trenes cómodos y rápidos desde la frontera francesa á Cartagena y excelentes vapores entre dicho puerto y la Argelia, los millares de extranjeros pudientes que van á invernar todos los años á esta región harían el viaje por la Península, ahorrándose las molestias de la navegación de Marsella á Argel. Lo mismo debiera hacerse respecto de Gibraltar para los pasajeros procedentes de Inglaterra que se dirigen á la India en los vapores que no hacen escala en Brindis.

Estos argumentos no convencerán, sin embargo, á los obstruccionistas de nuestra burocracia ferroviaria, los cuales, á impulsos de un pesimismo sistemático y crónico, han acabado por perder la fe en el desarrollo progresivo de la industria que dirigen y en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas del país, cuando tal vez ellos podrían contribuir en gran manera á tan patriótico y laudable fin y á mejorar al mismo tiempo la situación de las Compañías, dignas, por otra parte, de la consideración del Estado, sobre todo en vista de la crisis por que están atravesando.

Nilo María Fabra.

LOS COLECCIONISTAS.


L afán de la *colección* trae á mal traer á media humanidad.

Reunir algo, sea lo que fuere; he ahí «the great atraction» del siglo. (Nadie tan *autorizado por su firma* como yo, para meter de cuando en cuando sus palabritas en inglés.)

Los monetarios andan de capa caída por falta de ejemplares.

Yo quise coleccionar monedas de oro, y no pude pasar de la de *veintiuno y cuartillo*.

Desde que los *gramos* se impusieron, las *onzas* han desaparecido de la faz de la tierra, y el que tiene *cinco duros en una pieza*, puede hacerle la competencia al Banco de España, con la seguridad del triunfo.

Hace pocos días me enseñó *un Luis* un francés, sin soltarlo de la mano, por supuesto, y estuve á punto de romper á llorar, recordando el hermoso busto de nuestro pobre Carlos III.

Me han asegurado que un opulento banquero conserva tres monedas de oro de Isabel II.

Yo mientras no lo vea no lo creo.

Cuando Gamazo no dió esa *existencia del precioso metal*, para mí no hay ni tal banquero ni tales Isabelinas.

En la Casa de la Moneda me han dicho que del *retrato en oro* de nuestros monarcas se ha roto el *cliché* y que no se pueden hacer reproducciones, por ahora.

Esas monedas en montones que se ven entre cristales en las casas de cambio, son falsas, y por eso están allí.

Son *ilusiones mentidas como el placer*, para tormento de los transeuntes y desencanto de los españoles del *duro* y del *perro chico*.

Hay quien *alimenta la esperanza* de que el Sultán nos pague *en oro* la indemnización; pero, hablando *en plata*, creo que esas *monedas infieles* no las verán nuestros cristianos ojos.

A falta de otra cosa, hay muchos que entretienen sus ocios coleccionando sellos.

Esta afición tiene algo de anarquista.

Hacerse con *las cabezas* de todos los Monarcas y todos los Presidentes del mundo.

Una colección completa la tienen muy pocos.

Esa es la suprema ambición de los coleccionadores.

En París he visto un local llamado la «Bolsa de los sellos», en donde se cotizan como si fuesen *valores públicos*.

Se necesita *valor* para dárselo á un timbre usado que no ha valido nuevo una peseta, en la generalidad de los casos.

En esta *chifladura* de la colección existen infinitas variedades.

Hay aficionado que colecciona carteles de corridas de toros, y tiene á mucha honra que no le falte un cuerno desde el año 23 hasta la fecha.

¡Dios nos libre de los *amateurs* de retratos!.....

Esos *le piden la cara* á todos los que sobresalen en ciencias, despuntan en artes ó cacarean en política.

La colección debe resultar amena y variada.

Cánovas al lado de Gamborena; Echegaray junto al Espartero, y Emilio Castelar con Emilio Mesejo.

Entre los naturalistas hay cada Buffón que hace reir, con las dos ff y todo.

La ocupación más *pesada* es la de coleccionar minerales.

Es delicioso el pasarse la vida llenándose de pedruscos los bolsillos y reuniendo *adoquines* más ó menos *municipales*.

Los coleccionistas de *coleópteros* y *lepidópteros* tienen una ocupación más filosófica.

¿Qué hacemos los hombres, después de todo, sino andar cazando *mariposillas* toda la vida?

Y á pesar de nuestros trabajos y nuestros afanes, hay un *lepidóptero* que se burla del cautiverio y vuela sin cesar á nuestro alrededor.

¡Nadie ha conseguido hasta la fecha clavar su alfiler en esa *mariposa blanca* que se llama felicidad!

Colecciones de billetes del tranvía las hay muy completas.

De los coches Ripperts no hay quien conserve un billete. Son tan bruscos los movimientos, que el pequeño papel se rompe en pedazos al recibirlo de la mano del cobrador.

La verdad es que por cinco céntimos no tiene derecho el público á conservar otra cosa que el *gratísimo recuerdo* de su viaje.

En esto de las *colecciones* cada hombre es un misterio, y cada mujer un abismo insondable.

Hay solterona inconsolable que conserva entre las hojas de su libro de memorias todas las flores marchitas de sus *fallidos amores*, desde el clavel doble á la rosa de té, y desde la margarita á la lila blanca.

Los hombres somos más aficionados á las *calabazas*.

Empieza la recolección en el Instituto, y no acaba hasta que nos caemos de viejos.

La afición al *culottage* ó á la colección de pipas y boquillas de espuma de mar *curadas al humo*, se encuentra muy extendida entre los fumadores.

Tengo amigos que no se verían como se ven si se hubiesen *quitado del vicio*.

Lustonó (y que me perdone el buen Eduardo este abuso de confianza) tendría á estas horas dos ó tres millones de pesetas si no se las hubiera fumado.

Sommer, el acreditado fabricante de París, tiene la culpa.

Le he conocido boquillas de todas clases, y se ha chupado brevas de todos tamaños.



«LA BEGUDA DELS SEGADORS» (LA MERIENDA DE LOS SEGADORES).

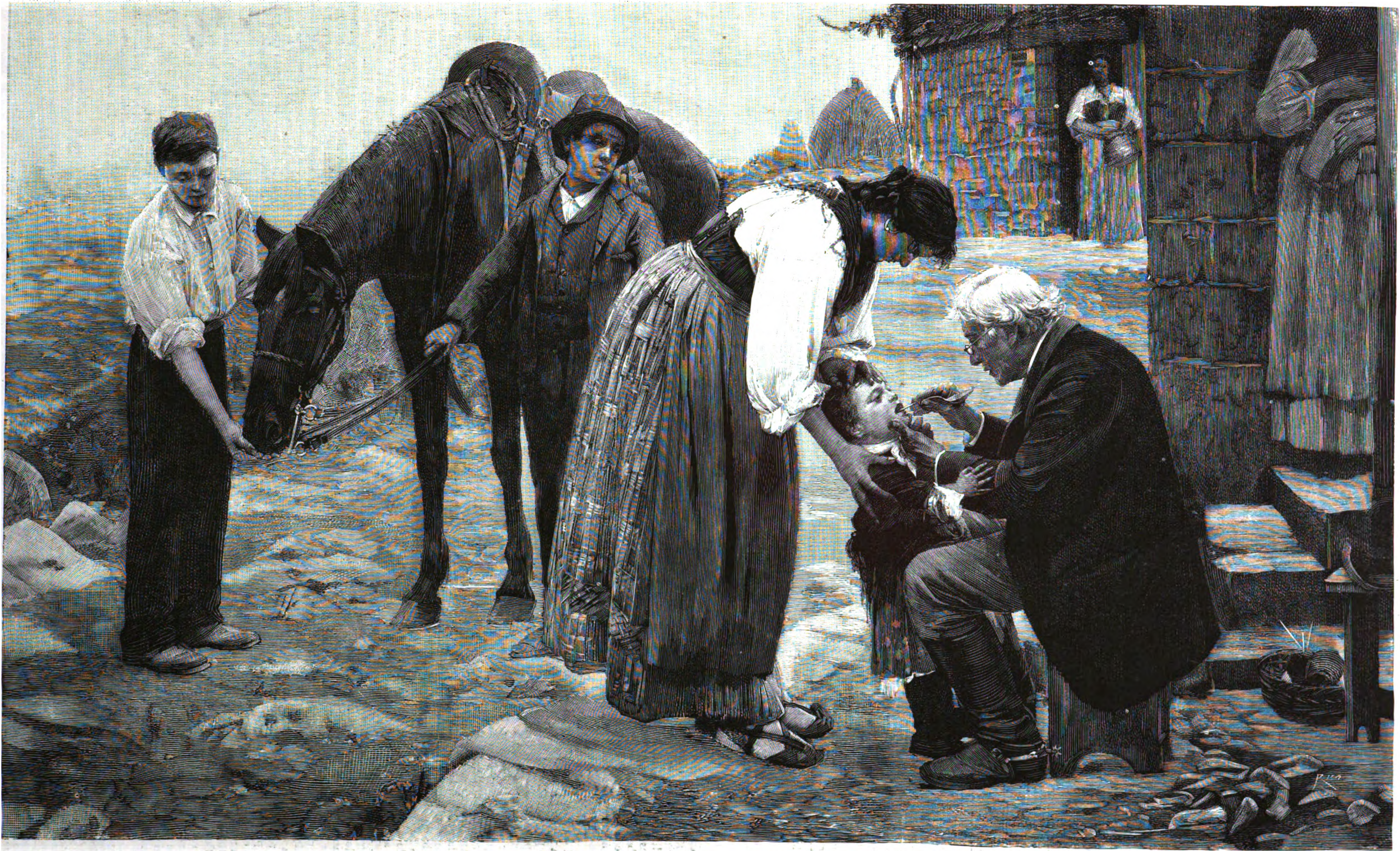
CUADRO DE D. JUAN PINÓS Y PALÁ.



¡Á ÉSE!

CUADRO DE D. ANTONIO FILLOL GRANELL.

BARCELONA.—SEGUNDA EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES.



¿SERÁ DIFTERIA?

CUADRO DE D. MARCELINO SANTAMARÍA SEDANO.

Cuando nadie las usaba todavía, tuvo que hacerse un bolsillo en la capa para una de sus boquillas monumentales. ¡Una pieza de artillería casi de tamaño natural!

Ahí en *El Heraldo* tienen ustedes al aludido, que no me dejará por embustero.

Como notable coleccionista de bastones, ahí está Perico Arana, el discretísimo y aplaudido actor, que es la envidia de Grass y de todos los bastoneros de Madrid.

Tiene un bastón para cada día del año, y le sobran algunos para el año siguiente.

Tiene bastón-reloj, bastón-escopeta y bastón-catre para viaje.

Si en vez de actor fuese crítico, ¡válgame Dios y *los palos* que podía dar en este mundo!

Hay quien colecciona tapices y telas del siglo XV y clavos del siglo XVI.

Ese anda por ahí buscando siempre *trapo y hierro viejo* que comprar.

Los *ratas* se dedican especialmente á *coleccionar* relojes.

Los cómicos malos *coleccionan* gritas de todos los teatros donde trabajan.

Yo *colecciono* chiquillos en el hogar doméstico y mamarrachos cómico-líricos en el templo de Talía.

Conozco otro *coleccionista* notable.

Un amigo mío, viudo por sexta vez, y que anda detrás de la séptima mujer que le concede la ley.

Y no se casa por amor.

¡Su chifladura consiste en *coleccionar* señoras!

José Jackson Veyan.

RIPERDÁ EN ÁFRICA.

Corría el año de 1728, y el Duque de Riperdá, que más de dos llevaba de encierro en el alcázar de Segovia, perdida ya toda esperanza de conseguir la libertad por la mediación de sus amigos, decidióse á lograrla con el propio esfuerzo y la eficaz ayuda de Josefa Ramos, doncella de la alcaidesa, que en cuerpo y alma habíase entregado al ilustre cautivo.

Era la Ramos moza de veinticinco años, bien parecida, de instrucción no vulgar en su humilde estado, de agudo entendimiento, y mujer tan resuelta y animosa, «que no había dificultad que la resistiese ni embarazo que no facilitase» (1). Se procuró llaves falsas, ganó á soldados de la guarnición, y en la noche del 30 de Agosto, por escalera secreta que bajaba hacia una puerta del parque, huyó con el Duque, el caballerizo de éste y el soldado Pérez. Fuéronse hacia Portugal, sin perder tiempo embarcaron en Porto, y el día 1.º de Octubre tomaban tierra en la playa de Cork.

El 19 estaban en Londres, donde Riperdá obtuvo del Rey y de la corte grata acogida. Tranquilo, de todos halagado, vivió los primeros meses en la capital de Inglaterra. Pero su genio bullicioso é inquieto se avenía mal con la tranquilidad, y los mismos halagos y favores que le dispensaban, le ensoberbecieron hasta el punto de inspirar recelos. Suponíase, con razón ciertamente, que el aventurero holandés aspiraba á ganar en Inglaterra el puesto que perdió en España.

Por otra parte, el Gobierno de Felipe V, preocupado ante la posibilidad de que un hombre que había sido el árbitro de la política internacional y que poseía importantes secretos de Estado pudiera servir á las órdenes de otro monarca, mostrábase poco satisfecho del proceder del inglés, y aun parece que pretendía que se le entregase el fugitivo.

Dióse á entender á Riperdá que Jorge II vería con singular complacencia que abandonara sus dominios. Así lo hizo aquél, y en Octubre de 1730 llegó á Holanda y se estableció en La Haya. Aunque procuró recatarse y parecer ajeno á los negocios de la política, la corte de Madrid no le perdía de vista, y previendo Riperdá nuevas exigencias que le obligaran á salir de Holanda, inquiría con afán lugar hospitalario donde hallar á la vez refugio contra sus enemigos y esperanza de satisfacer su ambición de gloria y de mando: cincuenta años tenía y aun se consideraba capaz de grandes empresas. No era Italia, influída por austriacos y Borbones, asilo seguro; Francia vivía en estrecha intimidad con España; en Alemania no había que pensar, pues el Emperador fué la causa principal de su caída; en Portugal hallaba las mismas dificultades que en Francia. Volvió los ojos á Rusia, y escribió á la Tsarina. La respuesta no se hizo esperar: «los estados y dominios de Ana Iuanovna estaban abiertos para toda clase de personas, y con mayor motivo para las que eran tan distinguidas como Riperdá.» Pero el errante Duque no pretendía ir á Rusia como uno de tantos; quería protección especial y probabilidades de llegar á influir en la política moscovita.

A la sazón hallábase en La Haya como embajador extraordinario del Sultán de Marruecos el almirante Pérez, descendiente de renegado español. Con Andrés Pérez, el soldado que favoreció la fuga de Riperdá, bromeaba el Duque, diciéndole que debía ser pariente del moro, con lo que entró aquél en deseos de ufanarse visitando á un embajador, y más cuando supo que éste hablaba correctamente el castellano. Realizó su propósito el soldado, y la visita fué el origen de amistosas relaciones entre el musulmán y el Duque, y de insinuantes ofertas de aquél para decidir á Riperdá á que pasara á Marruecos, donde hallaría poder y riquezas y acaso la curación de la gota que sufría.

(1) *Historia del Duque de Riperdá..... dedicada al Excmo Sr. Cardenal de Molina, presidente que fué de Castilla, dividida en dos partes: la primera contiene desde el nacimiento del Duque de Riperdá hasta su elevación al Ministerio, en cuya época manifestó sus raros talentos; y la segunda desde su caída y prisión hasta su muerte en África, en que sus verdaderos hechos por ser tan raros y extravagantes parecen una de las más exquisitas y graciosas novelas.* Traducida del francés al español y nuevamente corregida de los muchos defectos que contenía, por *Salvador Josef Mañer.* — 2.ª edición. Madrid. 1796 De esta traducción y arreglo no debieron tener noticia Coxe, Dunham ni Gebhardt, puesto que ni la citan, ni los datos que consignan relativos á Riperdá convienen con los que en aquella constan. Lafuente menciona en una nota la obra de Campbel, *con rectificaciones y notas puestas por un español:* debe ser cita de referencia ó leyó sólo la portada, pues no había motivo para omitir el nombre del autor, estampado al pie de la dedicatoria al Cardenal.

La Josefa Ramos secundaba con gran empeño las gestiones del marroquí. Andrés, convertido en espía pagado por el Gobierno español, circunstancia que no ignoraba Riperdá, notó cierto despego en su amo; atribuyó la causa á mala voluntad de Josefa, y procuró ganarse las simpatías de la manceba con el falso aviso de que la Duquesa de Riperdá (1) iba á reunirse á su esposo. La noticia produjo efecto; Josefa á todo trance deseaba partir lo más lejos posible, y procuró convencer al Duque de las ventajas que habría de proporcionarle su residencia en Marruecos.

Aun buscó Riperdá otro medio de salvación: pidió gracia á Felipe V. Ni obtuvo respuesta, ni cedía el moro en sus instancias; pintábale á Marruecos como el mejor país del mundo y le brindaba con la protección del Sultán. Aceptó por fin el desesperado Duque, no sin pactar capitulaciones, por virtud de las cuales se le prometió respeto á sus creencias religiosas, libertad para salir de Africa cuando le pluguiese, entrada para él de toda clase de artículos sin pago de derechos de aduana, poder vivir en la población que escogiera, y libre disposición de sus bienes en todo caso. Con gran presteza aprobó el Sultán estas capitulaciones, pues deseaba tener á su servicio un hombre que había gobernado en España y de tanta experiencia en los negocios de Estado.

En Septiembre de 1731 se embarcaron en Amsterdam Riperdá, Josefa, el caballerizo D. Jacobo y el ayuda de cámara Dupré (2), y el 7 de Noviembre hallábanse á la vista de Tánger.

°°°

Nuevos horizontes, campo de acción nuevo también se ofrecían á la infatigable actividad de aquel hombre, que pudo vivir sosegado en obscuro retiro, pero que prefirió siempre el fausto y la ostentación, y buscaba, por caminos rectos ó tortuosos, puesto eminente en la política contemporánea y lugar privilegiado en las páginas de la historia.

En las aguas del Estrecho, cuando se acercaba á Tánger la nave que lo conducía, debió verter Riperdá lágrimas muy amargas al contemplar la costa de aquella tierra española donde la fortuna y sus talentos tan alto lo elevaron para dejarlo caer en el olvido ó en el desprecio bajo el estigma de la imprudencia ó de la traición. Pero los tristes recuerdos que le abrumaran debieron borrarse ante el espectáculo de aquellas montañas que por la banda opuesta surgían del mar poco á poco y le anunciaban otro continente, otro pueblo, otras costumbres, su tierra de promisión, donde vivían gentes semibárbaras, en las que siempre ejercen influjo irresistible las audacias del genio y el brillo y seducción de las inteligencias superiores. Oreábale ambiente de luz y calor vivificante, tan opuesto al de las frías y brumosas regiones que dejara allá en las orillas del mar del Norte; como recostado sobre azulados montes, aparecía el blanco caserío de Tánger, doraba el sol las arenas de la playa, y las huertas y arboledas de Marchán se destacaban sobre el rojizo suelo, dando tono y color al paisaje. Debió sentir como un renacimiento de su propia naturaleza; el júbilo del hombre que se ve á las puertas de la muerte y vuelve á la vida con esperanzas, con ideales, con alientos para realizarlos. Allí, en efecto, estaba ya todo su porvenir, aquel porvenir de grandezas en que siempre soñó.

Pocos días permaneció en Tánger. Ansiaba presentarse en Mequinez, entonces corte y residencia del sultán Abd-Allah, quien dos años antes había alcanzado el trono merced á la sagacidad de su madre, la inglesa Lala Yanet. No hubo agasajo ni fineza que omitieran el Sultán y los principales de su corte para halagar al Duque, que, lleno de gozo, no acababa de dar gracias á su fortuna. Pronto se informó del dominio que ejercía la Sultana madre, y puso la mira en ganarse su afecto y voluntad. Lo consiguió sin gran esfuerzo; la humilde esclava de Muley Ismael, que había subido hasta el trono, y aquel hombre que llegó al alto puesto de primer ministro de España para caer en la triste condición de reo evadido de prisiones, entendiéronse bien. Con alianza tan valiosa se juzgó Riperdá dueño y señor de Marruecos; sus iniciativas, su genio emprendedor podrían acaso hacer de este país una potencia rival de las naciones europeas, y de él un nuevo *Pedro el Grande.*

Pero diversas circunstancias hubieron de contrariar sus aspiraciones y obligáronle á retirarse temporalmente de la corte. Émulos, que tampoco allí le faltaban, dieron en decir que Riperdá había pasado á Marruecos de acuerdo con el Gobierno español, que eran fingidas su desgracia y persecuciones, y que traía la misión de facilitar á las tropas de Felipe V la conquista de algunas plazas del Imperio. Por otra parte, como iba creciendo el favor de la Sultana, y ésta tenía fama de muy lasciva, suponíase entre ambos ilícitos amores; los enemigos de Lala Yanet aprovecharían sin duda el rumor para desconceptuarla ante su hijo, y la ruina de aquélla habría de ocasionar seguramente la desgracia de Riperdá. Agréguese á todo esto grave dolencia que sobrevino á Josefa, y para cuyo alivio aconsejaron los médicos mudanza de aires. Con la ausencia calculó el Duque que pasarían las nubes de tormenta que le amenazaban, y fuése á Tánger, donde, no hallando mejoría la enferma, hubo que enviarla á Europa (3).

Ya en esta época había perdido Riperdá el título de duque y la grandeza de España. El caballerizo Jacobo, enemistado con su amo, regresó á la Península y declaró que Riperdá proyectaba ayudar al Sultán en la conquista de Ceuta (4). Y el 16 de Julio de 1732 se dictó decreto mandando borrar, anular y cancelar las mercedes que se le concedieron en años anteriores por «el enorme delito de haberse pasado á los moros en Mequinez».

(1) Era D.ª Francisca Eusebia Xarava del Castillo, con quien casó Riperdá en segundas nupcias el 19 de Agosto de 1721.

(2) En Amsterdam, y al cuidado de M. Trove, amigo de Riperdá, quedaron los dos hijos que éste había tenido de Josefa.

(3) Murió en Amsterdam, á los pocos meses de su llegada, en 1733.

(4) Mañer nada dice del sitio de Ceuta por los marroquíes en 1732, ni, por consiguiente, de la intervención que en él se supone que tuvo Riperdá.

De Tánger, Riperdá trasladó su residencia á Tetuán, donde le dieron casa ricamente alhajada y con hermosos jardines (1). Apremiante misiva de la Sultana madre hízole regresar á Mequinez. Lala Guinach, la esposa favorita de Abd-Allah, ibase alzando con el favor de éste, y Lala Yanet necesitaba el consejo y el apoyo de Riperdá. Pretendía desmembrar el reino de su hijo en provecho propio y de su aliado, y para la empresa ponía á disposición de éste todos sus tesoros. No era imposible en el Mogreb, antes al contrario, muy hacedero, provocar insurrecciones á favor de alguno de los pretendientes al trono y rivales de Abd-Allah, y obtener del vencedor, á cambio del apoyo que se le diera, la cesión de un territorio para constituir con él un nuevo estado independiente ó tributario del Sultán. Riperdá hallaría medio de imponerse, y aquel pequeño reino podría llegar á ser el núcleo de la gran potencia civilizada que proyectaba crear en el Africa septentrional.

Pero había que preverlo todo, y disponer de un asilo propicio para asegurar la retirada en caso adverso. Eligieron á Túnez, cuyo bey mantenía amistosas relaciones con la Sultana madre, y acaso se brindaría á auxiliarles en la conjura que fraguaban. No era éste asunto que se pudiera fiar á las cartas, y Riperdá se ofreció á tratar personalmente el negocio. Antes, pusiéronse de acuerdo uno y otra respecto á la adquisición de armas y demás pertrechos de guerra, y aun discutieron si convenía dar principio á la campaña con la conquista de Tánger, Tetuán ó alguna otra plaza marítima (2).

Ya en Túnez Riperdá, procuró ante todo ganarse amigos y auxiliares, empresa no difícil, teniendo á mano dinero abundante, para aquel hombre de fácil y persuasiva palabra, que poseía ya el idioma árabe (3), y que, como dice su biógrafo holandés, «en las conversaciones excitaba la admiración de cuantos le oían, discurría con sutileza, acomodábase á la capacidad de aquellos con quienes trataba, y sabía tomar en algún modo el punto y grado de su talento sin afectar querer sobresalir». Perplejo hubo de quedar el Bey al informarse del complot que tramaba la Sultana de acuerdo con Riperdá; pidió tiempo para reflexionar, pudieron más en su ánimo las insinuantes instancias de aquél que el temor de un conflicto y guerra con Abd-Allah, y aceptó la complicidad en la empresa.

Tratóse luego de elegir el territorio en que se había de crear el nuevo reino. En los confines meridionales de Marruecos y lindando con el Océano hállase la región llamada Sus, en cuyas montañas buscó refugio años antes el rival de Abd-Allah, su sobrino Muley-Abú-Fers; el reino del Sus ó de Tarudant podría ser el precio del apoyo que le dieran los conjurados para subir al trono del Mogreb. Pero aquel país distaba mucho de Túnez y de Europa, y por otra parte las aguerridas é indómitas gentes que lo pueblan no serían ciertamente vasallos muy sumisos. Riperdá y el Bey se fijaron después en el país de Constantina, vecino de Túnez; conveniale más al Bey, y como no era de Marruecos, quedaba descartada la enemistad del Sultán; su situación en la costa del Mediterráneo prometía á Riperdá acción é influencia más eficaz en la política europea. Este, sin embargo, mostróse tardo en decidir; hallaba compensadas las ventajas con el probable peligro de mala fe por parte del Bey, y recelaba que el tunecino pudiera aprovechar en beneficio propio exclusivo la conquista, incorporando á sus dominios el territorio de Constantina.

En tal estado de ánimo Riperdá, entró en relaciones con un clérigo italiano, agente de los corsos sublevados contra Génova, y con el barón alemán Teodoro de Neuhoff, un aventurero á quien había conocido en España. Riperdá vió el cielo abierto. Encontraba lo que con tanto afán venía buscando; iba á sonar de nuevo su nombre en Europa, podría ceñir su frente con la corona de Córcega, y esta isla sería su base de operaciones para conquistar el reino que más le conviniera en Africa.

Aprobó la Sultana el proyecto, y aun ofreció decidir á su hijo á que ayudase á la conquista de Córcega, para caer después á golpe seguro sobre el premeditado y último objeto que perseguían. Con esto, juzgó Riperdá que tenía plenos poderes para disponer del universo y dar y quitar coronas como se le antojase; se tuvo ya por rey de Córcega, nombró al Barón capitán general de sus ejércitos, y ofreció al clérigo el mejor obispado de la isla.

Informado el Bey de estos proyectos, no puso más que un inconveniente. Negó á Riperdá permiso para marchar á Córcega sin el beneplácito de la Sultana, y fué preciso solicitarlo. La demanda no tuvo buena acogida; temió Lala que Riperdá, una vez dueño y señor de la isla, prescindiera de sus compromisos para sólo atender al propio interés. Sin los tesoros de la Sultana la empresa era ya imposible; los perdía si contra su voluntad marchaba á Córcega, y con gran amargura hubo de abdicar su ilusoria corona en el Barón, que logró hacerla efectiva (4).

No hay que decir que Teodoro I había prometido á Riperdá cuanto éste pidiera; sin embargo, de lo que más interesaba prescindió, pues siendo su principal misión conseguir que los corsos firmaran alianza con Riperdá para el logro de sus aspiraciones en Africa, ni aun llegó á proponerla. Conseguido su objeto, el nuevo rey dió á entender con sus actos que no le preocupaba el cumplimiento de las ofertas que hizo; Riperdá se vió perdido, temió las censuras de la Sultana y resolvió presentarse á ella para darle cuenta verbalmente de los sucesos. Hízose á la vela para

(1) El P. Castellanos, en su *Descripción histórica de Marruecos*, dice que aun se conserva en buen estado la casa que en Tetuán habitó Riperdá.

(2) De este y otros hechos se da noticia en carta escrita por Riperdá el 22 de Mayo de 1734 á su amigo Troye, de Amsterdam, en la que le encargaba que aprontase 500 barriles de pólvora, 2.800 fusiles y 100.000 balas para ellos.

(3) Hablaba además Riperdá con gran perfección las lenguas latina, holandesa, francesa, española, alemana é inglesa.

(4) Teodoro de Neuhoff ó Neuf fué coronado rey de Córcega el 15 de Abril de 1736; no llegaron los grandes refuerzos que Riperdá ofreció, y aquél tuvo que huir de la isla.

Tetuán; corrió peligro de naufragio en las inhospitalarias costas del Rif, y tras muchos días de estar mirando la tierra sin poder pisarla, logró embocar el Guad-el-Gelú. El alcaide de la ciudad le informó de que tenía orden de no dejarlo marchar á la corte hasta nuevo aviso, con lo que Riperdá se alteró sobremanera, temiendo las consecuencias de mayores aplazamientos. Escribió á la Sultana, asegurándola que tenía mucho y muy importante que decir, y que urgía la conferencia entre ambos. No llegó ni pudo llegar la respuesta, sino la noticia de la muerte de aquélla, á quien su nuera había propinado un tósigo.

Sorprendido quedó Riperdá, mas no del todo contrariado; pues como la muerte fué repentina, era de presumir que la Sultana no hubiese declarado los caudales que le entregara, y nadie le podía hacer cargos, como en efecto sucedió. Libre de estos temores, decidió pasar á Roma, y acogiéndose á las capitulaciones que pactó con el Sultán pidióle permiso para salir de Marruecos; procuró, además, ganarse el patrocinio del cardenal Cienfuegos, á quien escribió en 20 de Septiembre de 1737, diciéndole que nunca había tenido la más remota idea de abandonar la religión cristiana, y que deseaba hacer confesión de sus culpas á los pies del Padre Universal de la Iglesia.

El Sultán, sin negar la licencia, tampoco la otorgaba. Acudió Riperdá á los cónsules europeos, á quienes ya abiertamente declaró Abd-Allah que no consentía la salida de aquél; pidieron entonces su libertad por rescate, y se les respondió con aspereza y manifiesto enfado. Se abandonó Riperdá al mayor desconsuelo, considerándose esclavo del moro; con esta agitación de espíritu cargó con más rigor la gota que le afligía, le entró mortal calentura y acabó de vivir el 5 de Noviembre de 1737, á los cincuenta y siete años de edad.

Sin ambición tan desmedida y presuntuosa como la que tuvo siempre, tal vez Riperdá habría llegado á ocupar altos puestos en la corte de Marruecos, pues aun suponiendo que allí viviera y muriese en la religión católica, no era en verdad, á juzgar por el carácter que revelan los extraños acaecimientos de su vida, hombre de fe acrisolada y dispuesto á sacrificar brillante posición en aras de sus ideas religiosas. Pero no le satisfizo lugar secundario en el Mogreb; le deslumbró el esplendor de aquella corona con que le brindaban las intrigas y las ambiciones de Lala Yamt; quiso subir hasta el trono, asombrar á Europa con su incontrastable poder, y dejar eterna memoria de su nombre como reformador de un imperio y de una raza.

Empeño loco que no podía prosperar. Y así, en aquel suelo africano donde soñó mandar como rey, sólo tuvo unos cuantos pies de tierra en el cementerio de los *perros cristianos*, ó acaso en el muladar; que, según otras versiones, ni cristianos, ni moros, ni judíos le dieron sepultura, porque nadie supo en qué religión había muerto.

RICARDO BELTRÁN Y RÓZPIDE.

¡BUENA COMPRA!

I.

SATURNINO Parral era uno de los estudiantes más formales de la Facultad de Ciencias. No entretenía sus ocios en los billares; odiaba los juegos prohibidos, y rara vez trasnochaba. Vivía feliz y contento, arreglándose con los veinticinco duros que mensualmente le remitía su padre para su manutención y estudios.

—El señorito Saturnino—decía frecuentemente su patrona doña O—es el ejemplar, el modelo, la flor y nata de los buenos estudiantes: paga á *toca-teja*, come poquísimo, es amable y no *da un ruido*. ¡Dios le libre de las malas compañías!

II.

Parral acababa de recibir los consabidos veinticinco duros de la casa paterna; digo mal: eran cuarenta los que contenía la grata misiva. Un parrafito de ella explicaba aquel aumento:

«Te remito esos trescientos reales más, para que te compres un buen traje obscuro y de última moda; quiero que te presentes bien vestido en el pueblo la próxima Navidad; por lo tanto, consérvalo y no lo eches para diario, etc.»

Saturnino, como de costumbre, pagó inmediatamente su mesada á la patrona; separó dinero para fumar durante todo el mes (era el único vicio que se permitía), y acto continuo tomó la pluma para contestar la carta de su padre.

III.

Federico Chambón era el único amigo de Parral. Esta amistad no podía explicarse más que por aquello de «*que los extremos se tocan*». Chambón era el reverso de Parral. No tenía el diablo por donde desecharle, como se suele decir: quizá fuera esta la causa del vivo afecto que á su amigo inspiraba; pero sus vicios no contaminaron á Parral, y éste, á pesar de sus buenas cualidades y ejemplares virtudes, no pudo conseguir que Chambón se enmendara. Sin embargo, ambos estudiantes eran íntimos é inseparables amigos.

Basta, pues, de preámbulos, que lo apuntado tiene ribetes de principio de cuento, y para completarlo narraré un episodio de la vida de Parral; y conste que no soy amigo de meterme en vidas ajenas, y confío en la reserva del que me lea.

IV.

Con sus trescientos reales en el bolsillo dirigíase Saturnino á una sastrería para encargar el traje—*aquel buen traje obscuro y elegante*, de que su padre le hablaba en la carta—cuando una voz conocida le detuvo: era la de Federico Chambón.

—¡Hola, Parral! celebro encontrarte; iba á tu casa.

—Pues aquí me tienes, querido: ¿qué te ocurre?

—¡Algo muy grave!—dijo el calavera tristemente.

—¡Me asustas, Chambón!—repuso mi héroe.—¿Estás enfermo?

—Peor todavía. ¡Estoy gravemente comprometido!..... Acabo de empeñar el gabán de mi padre en cuarenta pesetas....., y ¡ha venido la contraria!..... dentro de dos horas..... esta noche lo echará de menos..... y..... ¡me romperá cuatro costillas!.....

—No permitiré—interrumpió Parral—que tus costillas sufran detrimento alguno. He aquí el dinero: te lo presto. Vamos por el gabán. No te opongas, porque será inútil. Tengo quince duros para un terno....., no lo compro, y punto concluído.

—Eres mi providencia, Saturnino..... mi paño de lágrimas..... mi.....

—No exageres; tú harías lo mismo en mi caso.

—¡Con el alma y la vida!..... pero..... ¡calla!..... ¡tengo una idea salvadora! ¡una idea mediante la cual tendréis: tú un flamante traje, y mi padre su gabán!..... ¡Qué placer!..... óyeme. En las casas de préstamos venden toda clase de objetos y ropas, tres veces más barato que en los comercios. ¿Ves estas botas? ¡Me costaron veintidós reales! ¿Qué te parece esta capa?....., pues doce pesetas; mi americana de verano, que es tan elegante, tres duros.....

—Y bien, ¿qué pretendes?

—¿No lo adivinas? Con el dinero que te queda comprarás un terno que ni por cien pesetas lo haría un sastre. Precisamente he visto uno en la casa donde está *preso* el gabán, que no hay más que pedir: es obscuro; la americana tiene dos carreras de botones, amplias solapas y forros de lana escocesa: el pantalón es ancho..... de moda.

—Justamente lo quiero así; pero, la verdad, tengo escrúpulos de ponerme prendas usadas Dios sabe por quién.

—¡Qué niñería! ¡Si te sienta bien, por treinta pesetas es tuyo! Vamos; vamos pronto, no lo vayan á vender.

V.

No había exagerado Chambón. Su amigo hizo una compra soberbia. El traje le sentaba á las mil maravillas, estaba casi nuevo y era de buen género é irreprochable corte. Parral se mostraba contentísimo y agradecido á pesar del *sablazo*. Sus escrúpulos desaparecieron. Nadie hubiera creído que no estrenaba aquellas prendas.

«Ya verá usted qué terno. Es elegantísimo; bueno, bonito y barato: tanto, que espero *dar golpe* en esa cuando vaya; y ya sabe usted que no soy presumido.»

Así le decía á su padre en una carta.

VI.

Se acercaban las fiestas de Navidad. Parral, en vísperas de volver á los *patrios lares*—como diría un poeta—arreglaba su equipaje. Al doblar el chaleco recientemente adquirido, advirtió que tenía un bolsillito en el forro; introdujo en él la mano, y sacó unos papeles: entonces vaciló un momento sorprendido. Su conciencia le impulsaba á quemarlos sin leerlos: pero la pícara curiosidad le incitaba á enterarse de su contenido, y venció. Eran dos cartas amorosas de mujer, ambas llenas de simplezas; una tarjeta que decía:

> ACACIO BOTARGA.
>
> ABOGADO.
>
> Luna, 80.

y un paquetito que encerraba un rizo de pelo.

Parral dedujo que Acacio Botarga sería el ex dueño de su traje, y pensó:—Puesto que están aquí sus señas, puedo devolverle estos objetos que para nada me sirven; quizá él los tuviera en gran estima.

Decididamente, mañana iré.

VII.

....

....

—¿El Sr. Botarga?

—¡Ha muerto!..... Soy su madre, caballero.

—¡Muerto!..... Pues yo..... señora..... venía á entregar unos papeles de su pertenencia..... Adquirí varias ropas en cierta casa de préstamos, y en el bolsillo de un chaleco hallé estos objetos.....

—Gracias, joven..... Mi pobre Acacio murió del cólera morbo, este verano..... ¡pero, ese traje!..... ¡sí!..... ¡es el mismo!..... ¡no me explico!..... ¡¡Se ha cometido una infame profanación!!

—¡Luego estas prendas!.....

—¡Puestas las llevaba cuando lo enterraron!

RAFAEL CAMPILLO.

LA HERMANA DE LA CARIDAD [1].

EL CÓLERA MORBO EN ARANJUEZ.—1885.

¡Espléndido Aranjuez! en tus verjeles,
que con su luz benéfica el sol dora,
entre tus sanos mirtos y laureles
ensáñase epidemia asoladora.

Mientras la ira del cielo no se ablanda,
á pesar del horror que el mal inspira,
hay que acudir, porque el deber lo manda,
allí donde la muerte se respira.

Mas la mujer, caritativa y fuerte,
la primera se ofrece al sacrificio,
y en noble triunfo de piedad convierte
el terrible y mortífero suplicio.

Con santa fuerza, emanación del cielo,
indiferente á aplausos y esplendores,
para dar vida y derramar consuelo,
tan sólo busca angustias y dolores.

Flores, perlas, esmaltes, pedrería
jamás ornaron su gentil cabeza:
no cuadran con el goce y la alegría
su afán acerbo, su moral grandeza.

Como no tiembla ante el tumulto humano,
la paz no busca en la quietud del yermo:
sabe que en bien del hombre, que es su hermano,
la llama Dios al lado del enfermo.

No vive para sí: santa heroína,
corre al martirio intrépida y serena;
siempre, constante en su misión divina,
dispuesta á dar su vida por la ajena.

No ignora que en la estancia dolorosa
si es útil hoy, perecerá mañana:
nunca á esfera más alta y más gloriosa
llegó jamás la voluntad humana.....

En esta edad de orgullo y de egoísmo
¿quién le infunde tan puro y noble aliento?
Sublime abnegación, santo heroísmo
prodigios son de amor y sentimiento.

El oro, los festines, la lisonja
en su conciencia firme no hacen mella:
su pobre condición de humilde monja
juzga la más gloriosa y la más bella.

Arde de su piedad la llama pura,
y en su fervor bendice su destino:
le dice Dios que la inmortal ventura
al fin está del áspero camino.

Cuando, animosa, en tan sagrada empresa
con el martirio y con la muerte lidia,
todos la contemplamos con sorpresa;
¡debiéramos mirarla con envidia!

....

Del contagio al rigor su vida acaba:
darle una dulce muerte el cielo quiso:
dicha el rostro sereno reflejaba
cual mística visión del Paraíso.

....

Buscando con honor altos blasones,
á todo el héroe bélico se atreve,
la muerte arrostra en ínclitas acciones;
mas de la gloria la ambición le mueve.

Ella es más grande: en su existir infausto
su hazaña es silenciosa, pero inmensa:
más modesto y sublime es su holocausto:
ni halla ni quiere humana recompensa.

....

Cuando exhaló, infeliz, su último aliento,
fué del mendigo mísero á la fosa:
para aquel sér, de caridad portento,
no hay un nombre, un recuerdo, ni una losa.

¿Qué son, para subir hasta su esfera,
grandezas, glorias, ostentosos nombres?.....
No hay diadema en el mundo de los hombres
igual á la corona que le espera.

EL MARQUÉS DE VALMAR.

Madrid, 1885.

(1) Se refiere, como tipo de las demás, á la más joven de las cinco Hermanas de la Caridad (Sor Mercedes, de veinticuatro años) que, víctimas del contagio á causa de su heroica asistencia á los enfermos, murieron en pocos días, durante la terrible invasión del cólera morbo asiático.

POR AMBOS MUNDOS.

NARRACIONES COSMOPOLITAS.

. . . .

Adiós al año escolar: en *Cambridge*, la *May Week:* las fiestas de los estudiantes, en la Universidad, en el teatro, en el campo y en el rio; las regatas y el *bump*.—En *Oxford:* la *Commemoration Week:* los doctores honorarios extranjeros: la Encænia en el *Sheldoman Theatre*.

Hoy se va el mes de los estudiantes, el de los días más solemnes de la juventud, el período inolvidable de los apuros, de las tristezas y de las alegrías. En nuestra patria, donde parece que toda tradición se ha borrado ante la indiferencia igualitaria con que se dejan venir y pasar los sucesos más dignos de ser celebrados y comentados, no se celebra en colectividad la fiesta de la juventud estudiosa en este mes de Junio, sino que cada cual pasa ante los tribunales con próspera ó mediana fortuna, recoge sus papeles, festeja en su casa la nota con que se acredita que puede darse el año escolar por bien pasado, y sin cuidarse de las dichas ó desdichas ajenas, descansa de las *terribles* tareas durante los meses del verano, y vislumbra con disgusto, allá para Octubre, la continuación fatal de la monótona y prosaica vida estudiantil. Con esta indiferencia forma singular contraste la tradicional costumbre con que en Inglaterra se solemniza la *May Week*, la «Semana de Mayo», que aunque así se denomina, siempre cae en pleno mes de Junio, y que se dedica toda entera á celebrar los triunfos del fin del curso y á sostener vivo el espíritu universitario y nacional de la gente joven, de los *undergraduates* ó estudiantes. La escuela y ciudad de Cambridge la han solemnizado éste año como nunca. Y así como en Madrid, por ejemplo, desde principios de Enero, la juventud, que tiene poco de universitaria y mucho de *juerguista*, se prepara para el Carnaval, ensayando y metiendo ruido por las calles con sus abigarradas *estudiantinas:* así en la capital inglesa, desde dos meses antes de que llegue la *May Week*, sueñan chicos y chicas con ella, y preparan sus representaciones teatrales y sus conciertos y sus cabalgatas, y mueven gran animación entre sastres, modistas, pintores, *sportistas*, literatos y patronas, y hasta la parte material de la población se lava la cara y se viste de gala. Así ha ocurrido ahora, ya que no sólo el Ayuntamiento de Cambridge, sino los particulares, han revocado y pintado casi todos los edificios, ante la respetable consideración de que, además de celebrarse con gran entusiasmo las fiestas escolares, á continuación de ellas se iba á abrir el Gran Concurso agrícola de Inglaterra, que en estos momentos luce sus riquezas y positivas enseñanzas, y era preciso que calles y casas se adornaran y atildaran con todo el buen gusto del arte para recibir á los forasteros. «En pleno Abril y en Mayo, cuando la Naturaleza embalsama el ambiente con el perfume de las flores, Cambridge—ha dicho un poeta sentimental—está que apesta, oliendo por todas partes á pintura y á barniz.»

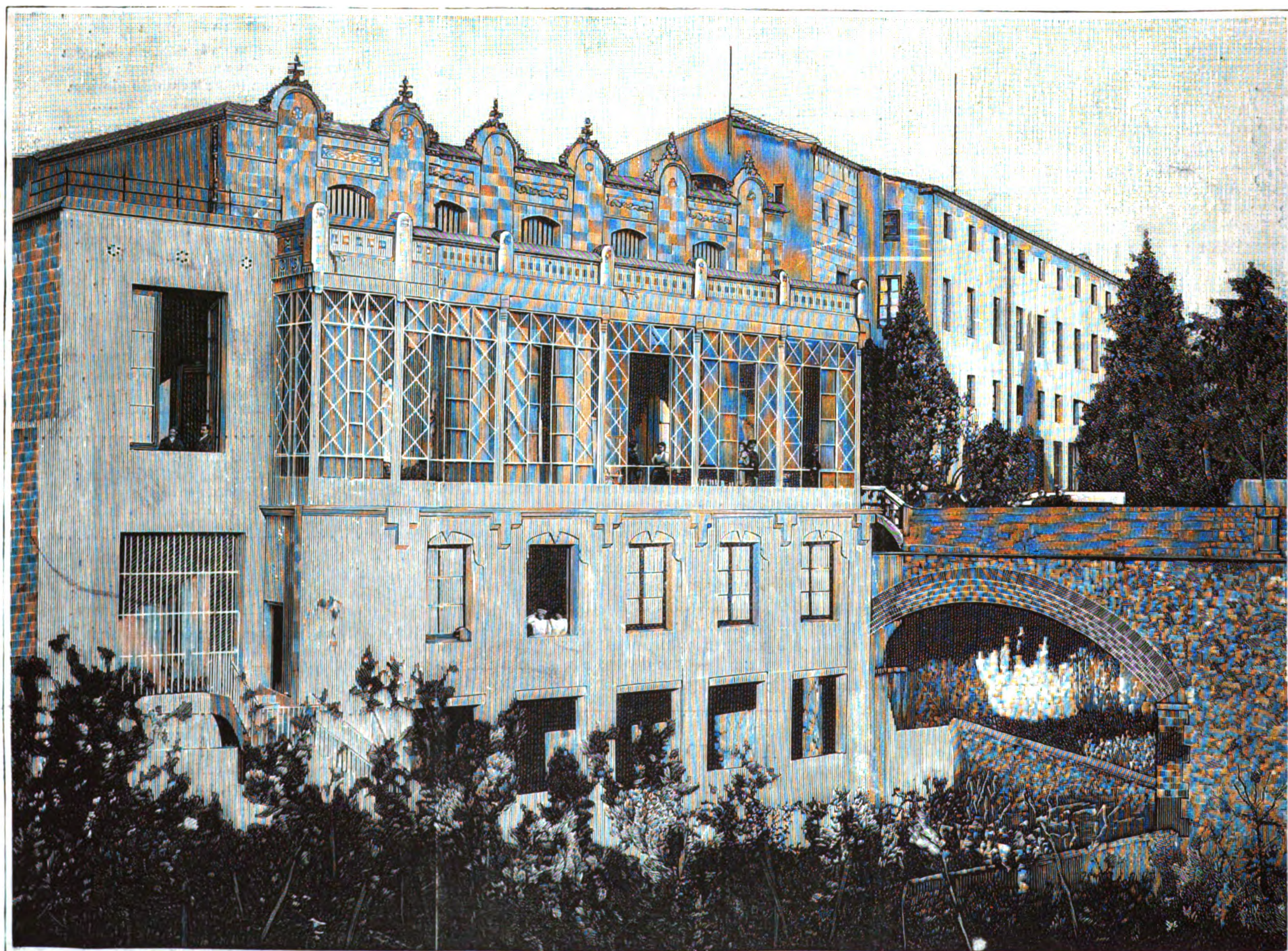
Pasan los exámenes, y las familias de los *undergraduates* se dirigen en cerrados batallones á Cambridge, á ocupar, las más de ellas, como sardinas en banasta, los cuartos ú hospedajes, *lodgings*, que sirven de habitación á los escolares externos, con gran pesadumbre de éstos, porque su bello ideal se realizaría si sus papás y hermanos, retrasando la visita para mejor tiempo, para la apertura del curso, por ejemplo, les dejarán correr á su gusto, casi en libertad completa durante esta semana tan deseada.

Una nube de hermanas y primas, de *misses* jovencitas y elegantes, ataviadas con sombreros de chicos, y cuellos y corbatas de chicos, y chalecos y pecheras y chaquetas de chicos, y hasta con zapatos de chicos, convirtió á Cambridge en una exposición divina, desde ocho días antes de empezar la *May Week:* tantas y tan bellas señoritas, digna y severamente guardadas por sus papás, concurrieron alegres á la metrópoli universitaria para presenciar, entre otros típicos espectáculos, las representaciones escénicas preparadas por los estudiantes, que hacen los papeles de actores y de actrices. No se diga de autores, porque cuanto se representa en estos días es producto del chirumen estudiantil. Asistir á la sala de los *Footlights*, ó al A. D. C., *Amateur Dramatic Club*,



D. EDUARDO MARISTANY Y GIBERT,
INGENIERO JEFE DE LAS OBRAS DEL FERROCARRIL DIRECTO DE ZARAGOZA Á BARCELONA.

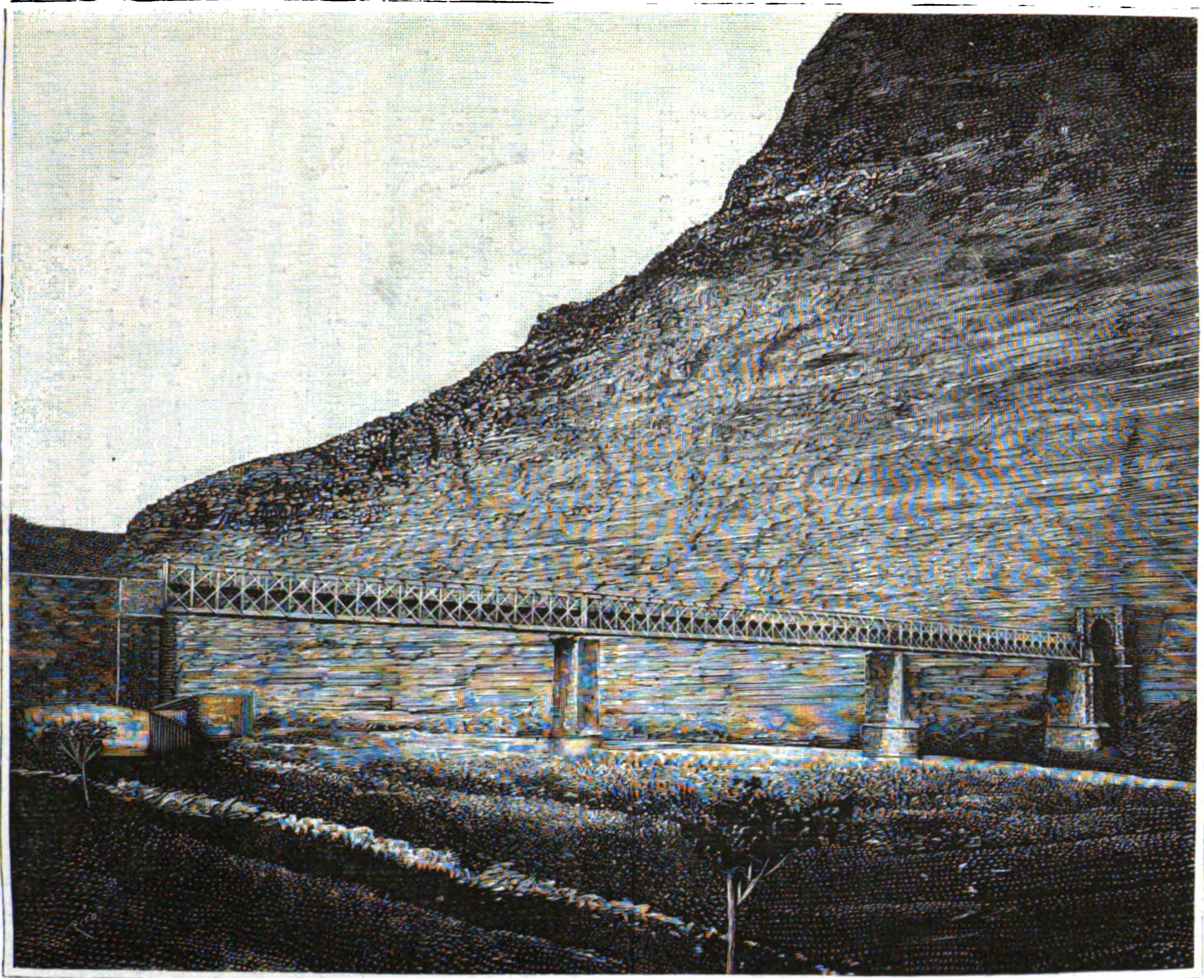
(De fotografía de Napoleón.)

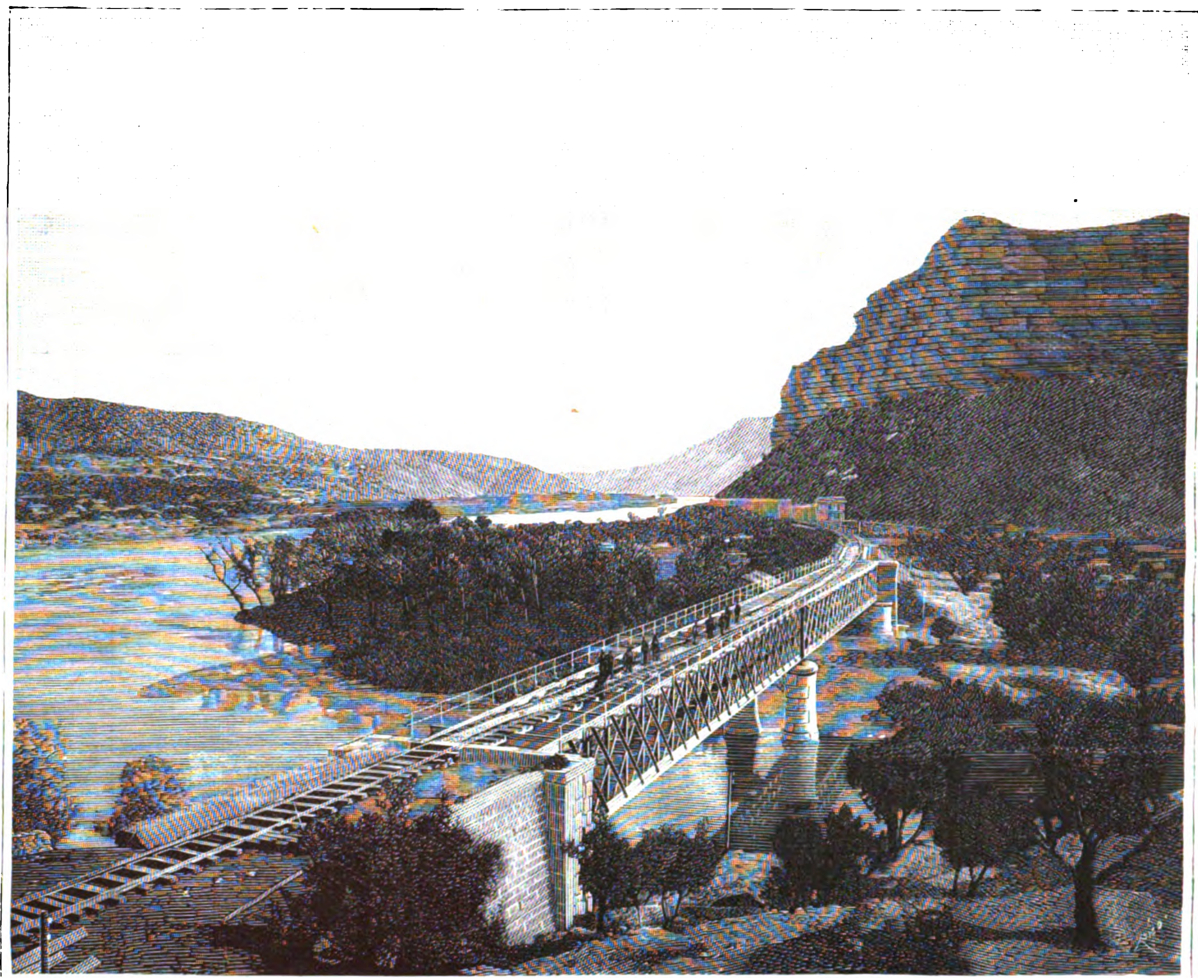


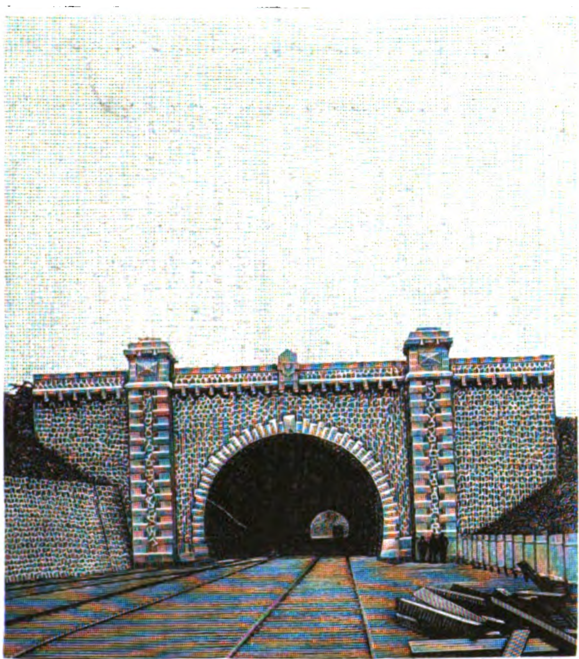
CALDAS DE MOMBUY (BARCELONA).—FACHADA PRINCIPAL DEL BALNEARIO RÍUS.

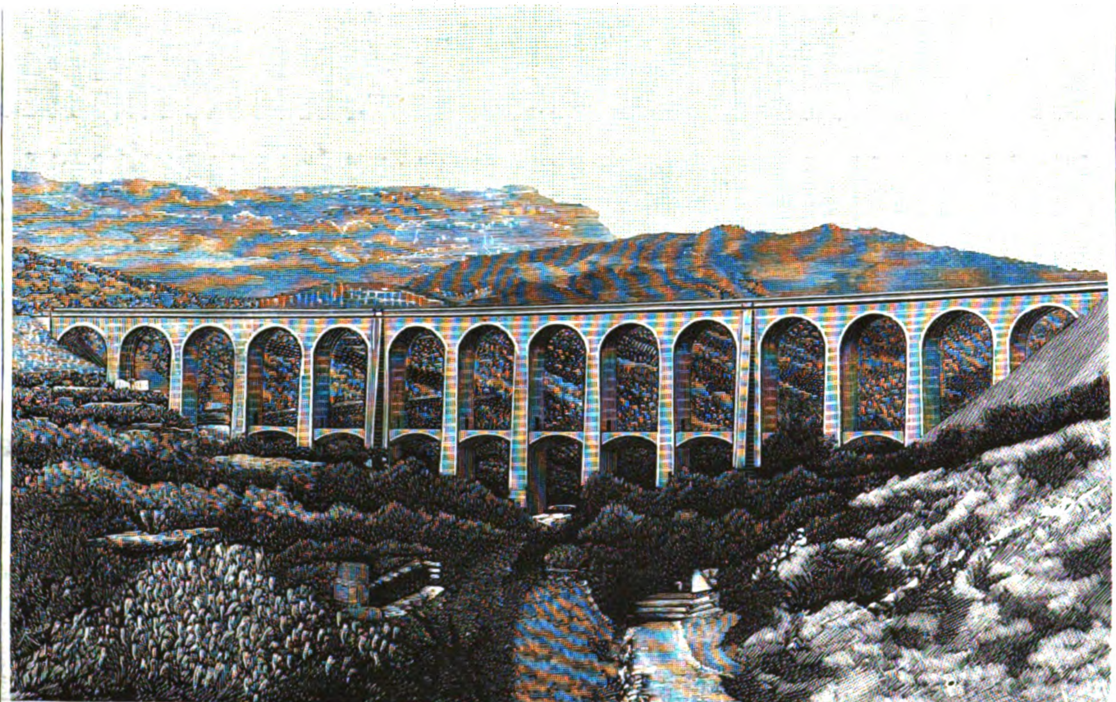
(De fotografía de D. José Cabrerizo.)

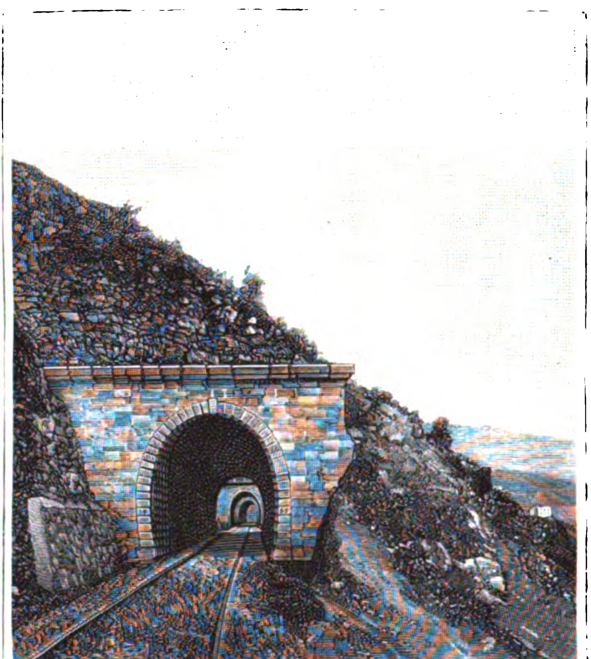
FERROCARRIL DIRECTO DE ZARAGOZA Á BARCELONA.











1. Cuarto paso sobre el río Matarraña, á la entrada del túnel de Fayón.—2. Quinto paso sobre el mismo río, á la salida de la estación de Fayón.—3. Túnel á cielo abierto en la estación de Pradell.—4. Viaducto sobre el barranco de los Massos, á dos kilómetros del gran túnel de Argentera.—5. Túneles de las Tasconeras, entre las estaciones de Nonaspe y Fayón.—(De fotografías de los Sres. Audouard y Compañía.)

donde se han puesto en escena: *Júpiter doctor en derecho* y la *Mixtura remixturada*, en cuyas tiradas de versos se ridiculizan con discreta y picante gracia los tipos vivos de la Universidad; ó acudir á los teatros improvisados en medio de los jardines, donde se representan «pastorales» clásicas, es una delicia para aquel pueblo que, aunque parece tan grave y estirado, gusta mucho de la pimienta y de la caricatura. ¿Y la música? Bien puede decirse que en toda la *May Week* no cesa en las calles, en las casas, en los salones, en las iglesias, en las capillas de los colegios *Trinity* y *Saint-John's*, en la Universidad misma y en los afamados conciertos de la *Guild Hall* ó casa de la ciudad.

Estudiantes cómicos y músicos son, más que estudiantes y artistas, gimnastas y atletas en los ejercicios físicos. Allí es donde hay que ver á la juventud que estudia en Cambridge. El partido del juego nacional, el *match de cricket*, jugado entre los estudiantes y la juventud rural del condado de Surrey, y ganado por ésta; los *matchs de polo* en tierra y en el río; los de *tennis* y los desafíos y apuestas de natación, son otros tantos espectáculos interesantes y animadísimos en los que la gente moza luce su habilidad, su energía y sus fuerzas. Pero nada entusiasma tanto á aquel público culto é inteligente como las regatas, la *boat-races*, y pocas veces se celebran éstas con tanta pompa y animación como cuando toma parte en ellas la juventud escolar. Cambridge entero se traslada á las orillas de su famoso río el Cam, en cuyas aguas se mecen los botes de los diez y ocho colegios de la ciudad, tripulados por ocho estudiantes cada uno, y en cuyas riberas centenares de familias aguardan, almorzando al pie de los olmos, de los castaños y de los sauces, á que suene el aviso de que los botes están enfilados cerca de la esclusa de Baitsbite para empezar la regata. Como el río tiene un cauce relativamente estrecho, no caben los diez y ocho ó veinte botes colocados en la misma banda, así es que aparecen enfilados uno detrás de otro con sus grandes globos de cauchú en la proa y en la popa. No se trata de salir á un tiempo y de ver quién gana el premio, llegando el primero á una meta, sino de alcanzar al que va delante y darle un golpe en el globo, antes de que el que viene detrás toque al globo de la popa. Esto es lo que se llama allí el *bump*. La victoria consiste en *bumpar* y no ser *bumpado*. Para el orden de colocación y salida, se guarda siempre el que cada bote tiene en la lista de los premios que haya conseguido en anteriores regatas. Al sonar el tercer cañonazo de atención, salen rápidos los botes, surcando la superficie con increíble velocidad, como si volaran sobre las aguas, impelidos por el vertiginoso movimiento de los remos. Cada tripulación viste y ostenta sus colores característicos, cuyos tonos y matices llevan también, en bandas y cintas, los amigos y partidarios respectivos, que desde las orillas presencian el combate, y que animan y excitan con sus gritos, con sus exclamaciones y con sus atronadores *rackles* de madera, á los tripulantes. Un bote alcanza á otro, le *bumpa*, y ambos se detienen; el vencido va á tomar su puesto á la cola, y entre los victoriosos y los derrotados se arma un juego revuelto de ir y venir, de cruzarse, encontrarse y girar que produce en la vista un maremagnum indescriptible. En las regatas últimas ha ganado el primer lugar el bote *Trinity Hall*, colores blanco y negro; y en cambio el *Corpus Christi*, blanco y cereza, ha ido desde el lugar duodécimo á la cola, á servir de bote-sandwich. Terminadas las regatas, todo aquel concurso que las presenciaba desde tierra se embarcó en lanchas y botes, y formando una escuadra inmensa que cubría la superficie del Cam, tomó río arriba hacia la ciudad, *bumpándose* unos á otros, en medio de la más pintoresca, espantosa y admirable algarabía. Las regatas se repiten durante cuatro días, y los vencedores, los estudiantes afortunados, recorren la población con sus banderas desplegadas, y ocupan los puestos de honor en los banquetes y en los bailes de la Universidad y de la Casa de Ayuntamiento. ¡Ocho días de incomparables fiestas para la juventud! ¡Quién se acuerda de los nueve meses de curso, ni de los malos ratos de los exámenes, ni del brumoso Octubre que abrirá de nuevo las puertas de las cátedras! En Junio y en Octubre, y durante todo el año escolar, brilla en el horizonte, ya como un recuerdo ó ya como una esperanza, la *May Week*, encanto de la juventud masculina y verdadero campo de combate de las espirituales *misses*, que acuden á él á conquistar los corazones de los que al terminar la carrera, si resultan bien *bumpados*, les han de dar su nombre y su fortuna. ¡*God willing!*

°°°

En tanto, la Universidad de Oxford ha celebrado también, como fin de curso, durante la semana dedicada á estas solemnidades escolares, *Commemoration Week*, la gran ceremonia de la *Encænia*, ó concesión y entrega de los grados universitarios, *honoris causa*, á los sabios extranjeros á quienes la ciencia inglesa otorga tan envidiable distinción. Así como nuestro ilustre compatriota el sabio profesor de Histología de la Facultad de Medicina de la Universidad central, D. Santiago Ramón Cajal, recibió el título de doctor honorario de la Universidad de Cambridge, y fué encargado de la *Croonian Leture* ante la Sociedad Real de Londres á principios de Marzo del año corriente, han merecido en Oxford ese honor en estos últimos días el gran químico ruso D. Mendelejeff, el físico francés monsieur Boutmy, el profesor de Topografía de la Universidad de Roma V. Lanciani, y el historiador de la Marina de los Estados Unidos capitán Malsan, los últimos á quienes se han conferido los *honorary degrees*. La ceremonia se verificó en el *Sheldonian Theatre*, especie de circo inmenso, como el de Marcelo, de Roma, y en cuyas graderías altas y bajas se reunió un respetabilísimo concurso de doctores y profesores, de *fellows*, *graduates* y *undergraduates*, cuyos trajes severos, birretes, mucetas y togas formaban singular contraste con el pintoresco mosaico y salpicado campo de flores, que resultaba de la interpolación de centenares de lindísimas señoras y señoritas, ataviadas con vaporosos y elegantes trajes claros, y con sombreros más ó menos microscópicos y más ó menos enormes, también llenos de rosas, claveles, violetas, margaritas, cintas, plumas, *sprits*, penachos, crestas y pompones. En aquel teatro no hay escenario, pero ocupa el testero un órgano verdaderamente inglés, grande y sonoro como el de una catedral. Ante él, y frente á la puerta de la sala, se alza el estrado para el Vicecanciller de la Universidad; á los lados las tribunas para los oradores; en el hemiciclo los asientos de los decanos; en las primeras bandas de artísticos sillones los escaños de los doctores; después las filas escalonadas de puestos para el público invitado, y arriba las tribunas y galerías para los estudiantes. Éstos, como dueños de la casa, dirigen la función, antes de que empiece, por supuesto, ordenando á gritos que alguien «diga algo», que algún improvisador suelte algún poema ó discurso alegre, y, en fin, que salga alguien que divierta á todos. Y entre verso y prosa, los estudiantes piden también al organista *(musical doctor)* que toque alguna composición más ó menos seria, como, por ejemplo, la *After the ball* (Después del baile), que fué la escogida este año, y que corearon rabiosamente desde lo alto unos seiscientos estudiantes.

Se abrieron al fin las puertas grandes que dan al claustro, y entró el personal docente de la Universidad, precedido de los maceros, hujieres, y *proctors* ó bedeles y servidores, desfilando gravísimos el *principal*, *masters*, *provosts*, *wardens* y otros funcionarios, y larga fila de doctores en teología con togas de seda colorada y mangas de terciopelo obscuro, y los doctores en derecho con togas rojas y vuelos y vueltas carmesí, y los de las demás facultades con otras vestimentas de vivos matices. El cortejo se recibió con vivas, hurras, aclamaciones y silbidos desenfrenados, que en Inglaterra son manifestaciones de consideración y de alegría, al revés que aquí. Todo el colosal barullo cesó cuando la música dejó oir los acordes del *God save the queen*, que los circunstantes oyeron puestos en pie y con el respeto de costumbre. Colocado cada cual en su sitio, leyó el Vicecanciller el discurso de rúbrica en latín, coreado también por las exclamaciones y aspavientos de los estudiantes del paraíso, los cuales decían de cuando en cuando:

—¡Dígalo usted en inglés!

—¡No se oye! ¡Más alto y más claro!

—¿Entiende usted lo que dice, señor rector?

Después del discurso entraron los sabios agraciados con los *honorary degrees*. Eran doce, los cuatro extrajeros ya indicados y ocho ingleses, entre ellos el actual ministro de Negocios extranjeros lord Kimberley, varios profesores de la Universidad y Mr. Galton, afamado naturalista, cuñado de Darwin. La sátira natural del público se fija en cada uno de los recipendiarios para soltarles alguna indirecta ó alguna pulla. El aspecto, la turbación ó el empaque, la facha, los apellidos y las profesiones de los nuevos doctores honorarios, todo se utiliza para decir una gracia, que, pronunciada en voz baja ante un corro, vuela de boca en boca por todo el salón, celebrándose con múltiples carcajadas y aplausos. La presentación de los sabios extranjeros fué acogida con grandes muestras de respeto y con entusiastas saludos. Esta es la verdad. Los ingleses, muy satíricos y mordaces, pero muy corteses, guardan las sátiras y los alfilerazos para sus compatriotas. La presentación se hizo en latín por el profesor del Derecho civil, y todos los nuevos miembros de la Universidad fueron nombrados doctores en dicho derecho *(doctors in civil law)*, pegue ó no pegue, por lo cual no dejó de exclamar desde allá arriba algún estudiante, dirigiéndose á un viejo á quien se nombraba doctor y cuyos méritos se estaban leyendo:

—¡No hagas caso, abuelo, que te engañan!!

Después, más latín, la *Creweian Oration*, un recuerdo de vivos y muertos, y para fin de fiesta la distribución de premios á los autores de las composiciones de mayor mérito *(prize essays)*. Como complemento de estas solemnidades académicas, durante la *Commemoration Week*, así los estudiantes como los doctores, se reunen á celebrar sus triunfos y fortalecer sus relaciones de compañerismo y de amistad, en animados banquetes y en otros actos de carácter familiar, de los que se conserva gratísimo recuerdo durante toda la vida. Así es aquel pueblo individualista, muy dado á la comunidad y á la confraternidad de las clases. Nosotros, en cambio, que tan poco amigos dicen que somos del individualismo, no nos relacionamos unos con otros, ni dentro ni fuera de la Universidad, ni de la cátedra, sino que, como buenos discípulos del gran filósofo Juan Palomo, nos las arreglamos, guisamos y saboreamos en la más encantadora soledad personal y en el más delicioso aburrimiento. Y así seguiremos *nolens, volens, per secula seculorum* en este patriarcal *statu quo*: «*Willing or unwilling the state in which it was.*»

R. BECERRO DE BENGOA.

LIBROS PRESENTADOS

Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

Tratado de las pruebas, por F. Ricci, traducción aumentada con notas y apéndices relativos á la legislación y á la jurisprudencia españolas. Este es el libro de mayor utilidad para los abogados en ejercicio, jueces, magistrados, registradores y notarios, pues en España no hay más obras sobre tal materia que los antiquísimos tratados de Mittermaier y Bonnier. No se trata en este libro de mera filosofía de las pruebas, sino de casos particulares reales y efectivos de los que constantemente ocurren en los tribunales, señalando la solución de las leyes civiles, mercantiles y procesales, y las decisiones de jurisprudencia. En esta forma estudia y resuelve el ilustre Ricci 487 casos prácticos distintos.

A fin de que este libro resultase en el foro y en los tribunales españoles completamente útil, se encargaron de su traducción y comentario el ex decano del Ilustre Colegio de Abogados, decano de la Facultad de Derecho, catedrático de la Universidad de Oviedo, Buylla, y el catedrático de la misma Universidad Sr. Posada, los cuales han anotado y concordado el libro según la legislación y la jurisprudencia españolas, haciendo de esta obra el repertorio más completo que se conoce en la materia.

La Escuela criminológica positivista, por Lombroso, Ferri, Garofalo y Floretti. Obra de grandísima importancia para conocer las corrientes modernas del Derecho, lo que es y lo que se propone la nueva escuela penal. El mayor elogio que puede hacerse de este libro es citar los nombres de sus autores, que son los cuatro más famosos criminalistas italianos.

Melilla. Historia de la campaña de África en 1893-94, por D. Adolfo Llanos y Alcaraz.

Contiene este tomo un estudio detallado y completo de los sucesos militares ocurridos en el Rif. El Sr. Llanos los refiere con claridad y calor, y aunque procura limitarse á narrar, no siempre puede ocultar el dolor que le producen muchos de los incidentes ocurridos.

Vese en todo el libro que el autor ha estudiado á fondo la materia, y que no ha omitido dato alguno que sirviera para ilustrarla, lo que supone un largo y pacientísimo trabajo. Nuestros lectores podrán juzgar el mérito de éste recordando la reseña de la acción del 2 de Octubre, escrita por el señor Llanos y que publicamos en los números XV y XVI de LA ILUSTRACIÓN de este año.

Melilla, está muy bien impreso y encuadernado.

Clave telegráfica internacional, de D. José A. March y Reus. Sistema especialmente adoptado por la banca, el comercio, la industria, etc., etc; concordancia perfecta entre las ediciones española, francesa é inglesa.—Edición española.

La utilidad é importancia de esta obra es tal, que no requiere demostración. La clave March está tan ingeniosamente estudiada, que basta una palabra para dar una noticia, comunicar una orden, etc., etc., y ofrece además la ventaja inapreciable de que pueden comunicar entre sí franceses, ingleses y españoles, sin conocer unos los idiomas de los otros y con solo emplear la clave.

Precede á la obra una *Explicación* muy clara del empleo de ésta.

La utilísima obra del Sr. March ha sido premiada con medalla de oro, gran modelo, por la *Academie parisienne des Inventeurs*. En una advertencia que se encuentra al abrir el libro, declara el autor que dedicará parte de las utilidades de éste á la construcción de un elegante hospital que se denominará *Palacio Internacional de Salud*, caritativa idea muy digna de aplauso.

Diccionario técnico de Comercio, Industria, y Banca. Obra nueva de verdadera utilidad, con una extensa explicación de más de 4.000 voces, por D. Rafael F. y Esteban, corredor de comercio de Zamora.

Forma un tomo de 400 páginas en 4.º; contiene multitud de anuncios de importantes casas, y modelos de documentos mercantiles intercalados en el texto. Su primera edición, consistente en muchos miles de ejemplares, se va ya agotando, habiendo sido distribuída y arrebatada por las mejores casas de Comercio. Cada ejemplar se vende sólo á 4 pesetas, franco envío en casa del autor en Zamora, y en las mejores librerías de Madrid.

G. R.

IMPORTANTE.

Los Señores Suscriptores recibirán con el presente número la *Portada* y el *Indice general* correspondientes al tomo LVII de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, que termina en esta fecha.

Rogamos á los Señores Suscriptores cuyos abonos terminen en fin del presente mes, y piensen seguir honrándonos con su concurso, que se sirvan anunciar su propósito á esta Administración con la mayor anticipación posible, á fin de que el servicio de sus respectivos abonos no sufra retraso por la aglomeración de trabajos, propia de esta época del año, en nuestras oficinas.

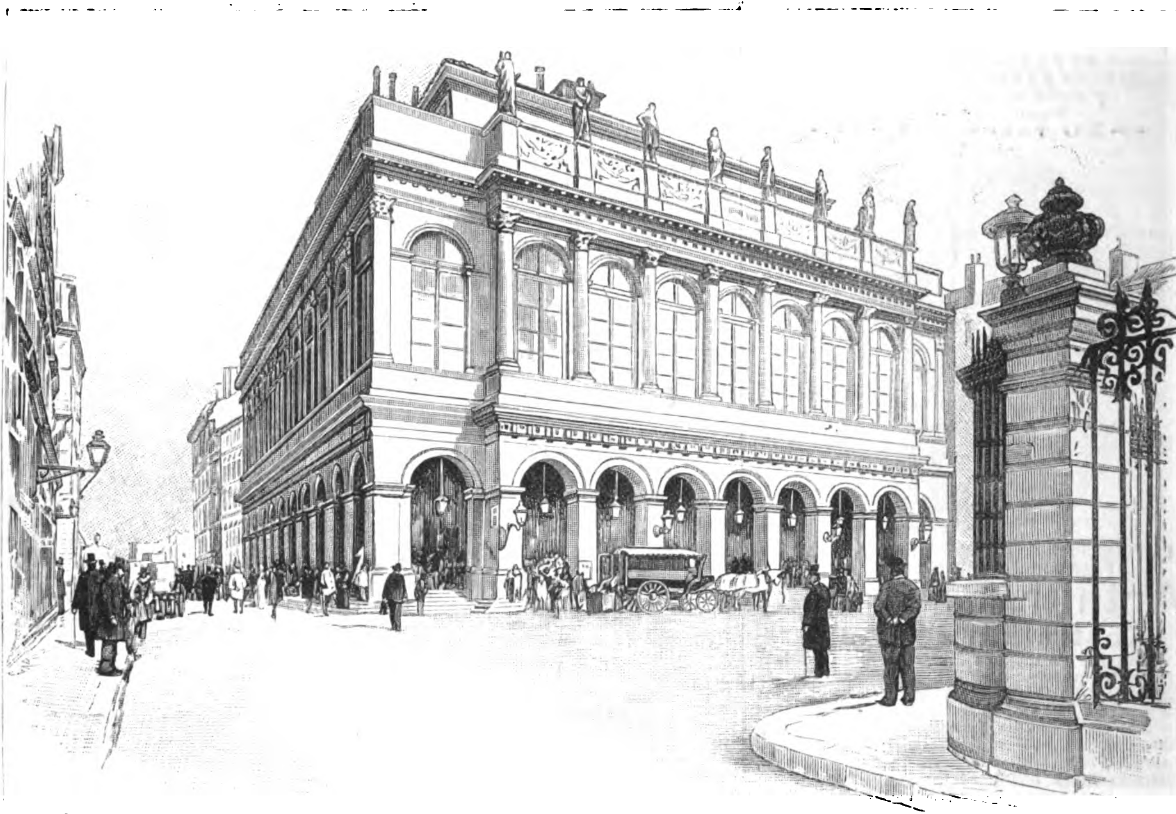
Tanto para avisar las renovaciones, como para hacer cualquier reclamación sobre el servicio, es muy conveniente acompañar á las cartas una de las fajas con que se recibe el periódico.

Esta Empresa cree conveniente recordar á los Señores Suscriptores á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, que, en calidad de tales, pueden obtener para sus familias la suscripción á LA MODA ELEGANTE, con la rebaja del 25 por 100 en el precio de esta última publicación.

EL ADMINISTRADOR.

ADVERTENCIA.

Los frecuentes abusos que vienen cometiéndose por individuos que falsamente se atribuyen el carácter de representantes de esta Empresa en las provincias, nos ponen en el caso de recordar nuevamente: 1.º, *que no respondemos más que de aquellas suscripciones que se hayan formalizado y satisfecho en nuestras oficinas;* 2.º, que el público debe acoger con la mayor reserva las instancias de personas que, á la sombra del crédito de la Empresa, y atribuyéndose una representación que de ningún modo pueden justificar, abusan de su buena fe, y 3.º, que siendo en gran número los libreros, impresores y dueños de establecimientos mercantiles que en todas las capitales y poblaciones importantes del Reino reciben suscripciones á LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA y á LA MODA ELEGANTE, correspondiendo con honradez á la confianza que en ellos deposita el público, no nos es posible estampar aquí una lista tan numerosa, ni es tampoco necesario; porque conocidos como son en sus respectivas localidades por el crédito que su comportamiento les haya granjeado, nada es tan fácil, para las personas que deseen suscribirse por medio de intermediarios, como *asesorarse previamente de la responsabilidad y garantía que puede ofrecerles aquel á quien entregan su dinero.*



LYON (FRANCIA).—EL GRAN TEATRO, Á DONDE SE DIRIGÍA MR. CARNOT AL SER ASESINADO.

FIN DEL TOMO LVII.

MADRID.—Establecimiento tipolitográfico «Sucesores de Rivadeneyra», impresores de la Real Casa.

